



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 1º

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 25 DE MARZO DE 1848. [Num. 1.

INTRODUCCION.

El carácter y objeto de este periódico, son fáciles de comprender en vista de su primer número. El Observador Católico se propone cultivar un terreno, tiempo hace abandonado entre nosotros; un campo rico y fecundo, y el mas importante quizás en las circunstancias actuales. Este campo es el de la discusion de los *principios religiosos*, base eterna sobre la cual descansan las sociedades, que desaparecerian de la faz de la tierra, si posible fuera que desapareciese el cimiento sobre que se apoyan.

Si la ruina total de los principios religiosos acarrearia infaliblemente la ruina total de las sociedades, el trastorno parcial de aquellos principios debe necesariamente acarrear á la sociedad trastornos mas ó menos graves y trascendentales. Por eso salimos á la palestra ahora que, embozada con el disfraz de la tolerancia y de la reforma, levanta la irreligion sus horribles garras, y amenaza destrozar el corazon ya enfermo de esta sociedad desventurada.

Manifestemos cuáles serán los principios y la marcha de nuestro periódico.

Sin sentimiento religioso no pueden existir las sociedades; pero sin unidad religiosa aquel sentimiento se convierte casi siempre en fecundo manantial de discordias civiles y luchas sangrientas. Hé aquí los dos grandes principios que nos servirán de norte en nuestras tareas, y hé aquí en dos palabras esplicado ya nuestro programa.

Huiremos de las discusiones políticas, de esas discusiones casi siempre sistemáticas, estériles é impotentes, que despues de haber sumido á esta nacion infeliz en un lago de sangre y desventuras por cerca de medio siglo, han dado por resultado su desmoralizacion, su humillacion y deshonor, y casi su total ruina. Pero no se entienda por esto que los movimientos de los partidos hayan de sernos de todo punto indiferentes. Siendo nuestro periódico esencialmente religioso y social, no nos limitaremos solamente á predicar principios generales, sino que, descendiendo á las aplicaciones prácticas, nos opondremos enérgicamente y sin ninguna consideracion ni miramiento, á cuantas medidas ataquen á la religion y á la sociedad, dimanen de donde dimanaren.

Procuraremos con cuidado especial, que El Observador Católico sea no solo útil, sino tambien agradable. Para lograr este fin, llamaremos á nuestro auxilio las flores de la poesía, y adornaremos sus páginas con los encantos de la bella literatura. Pero una literatura cristiana; una literatura que, ora tenga su orígen en los sagrados libros, ora en la fantasía é imaginacion del poeta, haga siempre vibrar las fibras mas delicadas del corazon, y tienda, en último resultado, á su purificacion y reforma. Siguiendo el consejo de un célebre autor contemporáneo, «untaremos ligeramente « con miel de Engaddi los bordes del vaso « que ofrecemos á las gentes del mundo, á

« esos niños viciados que rechazan con un « gesto de desdeñoso enojo, toda bebida « que no exhala, como los sorbetes de « Oriente, el perfume de la violeta y de la « rosa.»

En suma, haremos que EL OBSERVADOR CATOLICO á la vez que no se desvíe ni un ápice de su importantísimo objeto, sea tambien un agradable instructor para el círculo doméstico, y un ameno compañero para las horas del descanso.

Tal vez algunos escritores, interesados en el triunfo de las doctrinas que nos proponemos combatir, levantarán contra nosotros el grito, y querrán atacarnos con las armas vedadas de la calumnia y el ridículo: pero desde ahora protestamos no entrar JAMAS en polémicas inútiles y agenas de nuestro designio, ni escribir UNA SOLA LÍNEA que se separe en lo mas mínimo del objeto de nuestro periódico.

SOBRE LA INTRODUCCION DEL PROTESTANTISMO EN MÉXICO.

Se han hecho como de moda entre nosotros las frases Tolerancia religiosa *y* Libertad de cultos, *sin que aquellos que de buena fé las pronuncian y las repiten, se aperciban quizás de su verdadera importancia. Algunos periódicos las han proclamado como principios: otros han ido mas lejos, y han predicado la introduccion del Protestantismo en la República; y alguno de ellos ha llegado hasta el estremo de achacar á la religion Católica los males que aquejan á una gran parte de nuestro pueblo. Nosotros creemos que esta cuestion es de importancia vital para la República, y nos proponemos examinarla en algunos artículos, que iremos publicando sin interrupcion ninguna, y el primero de los cuales insertamos á continuacion.*

ARTICULO I.

En medio de la confusion y del caos que rodean á esta nacion desventurada, el observador filósofo distingue una luz, un faro de salvacion que no han podido estinguir todos los embates de las tormentas revolucionarias. Este faro brillante, á cuya cima se distingue una cruz, es el dogma católico, la unidad religiosa, única idea que ha podido salvarse del universal naufragio: única, sí; pero grande y robusta, y capaz por sí sola de regenerar é infundir nueva vida á esta sociedad moribunda.

Observad bien lo que pasa: las ideas en choque, los intereses encontrados, desprestigiado el gobierno, desacreditados los sistemas, el pueblo sin fé, el ejército sin moralidad, las autoridades sin fuerza y sin recursos, despedazados, en fin, todos los vínculos sociales. Y sin embargo, esta sociedad subsiste, esta sociedad no se disuelve, y abriga todavía esperanzas, aunque remotas, de un lisongero porvenir. ¡Cómo esplicareis este fenómeno? ¡Qué fuerza oculta sostiene á esta sociedad y le impide que caiga deshecha en mil fragmentos? ¡Qué idea general, qué principio conservador ha quedado subsistente en ella? Uno solo: la UNIDAD RELIGIOSA, este principio poderoso y fecundo que salvó la civilizacion europea en la irrupcion de los bárbaros; que defendió la in-

dependencia de Europa contra los embates del islamismo; que dió á los guerreros de España el valor y la constancia suficientes para emprender y terminar gloriosamente una guerra de ocho siglos; y que salvó, en tiempos mas modernos, la independencia y libertad de Europa, armando contra Napoleon al primer pueblo que supo detener su marcha triunfante: este principio grande y vivificador es el que todavía liga á esta sociedad y deposita en su seno el gérmen fecundo que ha de regenerarla y levantarla del estado abyecto en que ahora yace. Los errores pasan, las ambiciones privadas desaparecen; y si las sociedades subsisten, tarde ó temprano recobran su equilibrio, y marchan por la senda del deber.

Pero suponed que el cisma religioso levantase ahora su horrible cabeza: suponed que á las antipatías de partido y al espíritu local que ya se ha desarrollado entre nosotros con gran fuerza, se agrega el espíritu de secta y las antipatías religiosas: el resultado será una guerra de estermínio, ó la pérdida total de nuestra nacionalidad é independencia.

El corazon desmaya y la mente se ofusca al contemplar el horroroso cuadro que ofreceria entonces esta nacion infeliz. Divididos los mexicanos en pequeñas secciones, sin ningun vínculo comun que los uniera, sin una idea general que, manteniendo las antiguas simpatías, conservase su nacionalidad; obligados á deponer las armas ante un poder estraño, serian estrangeros en su propia patria. El hijo de Veracruz, que ahora vé un hermano en el de Puebla, entonces contemplaria en él á su mortal enemigo; y aun los hijos del mismo pueblo, de la misma familia, divididos entre sí, desconfiarian unos de otros, y el odio y el rencor establecerian por todas partes su poder absoluto.

Ved aquí por qué los que desean la humillacion de México, no cesan de abogar por la introduccion del protestantismo. Mientras subsista la unidad religiosa, México formará siempre un pueblo, dividido, sí, por el espíritu de partido y por ambiciones privadas; pero un pueblo al fin, ligado por un poderoso lazo, y acorde y unánime en el grande y único principio que forma ahora todo su espíritu social. Cortado este lazo, disuelto este gran principio, México no formará ya un pueblo: México consistirá en una multitud de individuos discordes, de principios opuestos, de intereses en pugna, sin ningun punto de contacto, sin ningun lazo social. La conquista de un pueblo entero, por débil que sea, es siempre difícil y costosa; pero la sujecion de un número cualquiera de individuos aislados, sea cual fuere su valor, sea cual fuere su orígen, es fácil y sencilla.

Hé aquí esplicado completamente el motivo que impulsa á los que predican la introduccion del protestantismo en México: no busqueis otro, porque no lo hallareis..--*EE*. (*)

(Se continuará.)

(*) *Como nada deseamos menos que adornarnos con agenas galas, y como nos hemos propuesto reproducir todo lo bueno que se publique, especialmente fuera de la República, sobre las materias de que ha de tratar el* Observador Católico; *para distinguir los artículos copiados ó traducidos, de los que sean originales de la redaccion, pondremos al calce de los primeros* Traducido, *ó* Copiado, *y los segundos los señalaremos con estas iniciales* EE.

travíos de la superesticion y del fanatismo; es un hecho innegable, de que en vano quisieran prescindir el lejislador y el republicano, que el *sentimiento religioso* ha predominado en la sociedad española mucho mas que en ninguna otra nacion europea.

Asentado este dato (que mal pudiera ponerse en duda, sin desmentir la historia), séanos lícito preguntar siquiera: si se mina por todos medios el *sentimiento religioso*, haciendo los mayores esfuerzos para debilitarlo y destruirlo, ¿de qué suerte habrá de llenarse tan inmenso vacío?...

Con la *instrucion*, se dirá acaso: y es quizá la mejor respuesta. Mas, cuenta que la instruccion, aun en las naciones mas adelantadas, no se estiende sino por la superficie de la sociedad, filtrando á duras penas hasta las clases ínfimas, que componen el pueblo. Es decir: que se aplica el remedio cabalmente donde menos se ha menester, y falta ó escasea donde es mas necesario y urgente. Una educacion esmerada, los ejemplos domésticos, el influjo de los hábitos, el pundonor, el decoro, y hasta la cultura de los modales, son como otros tantos frenos que contienen á las personas nacidas en una condicion aventajada, y mas de una vez les impiden dar rienda suelta á sus pasiones; pero éstas, son en el pueblo vivísimas, violentas, y no puede abandonársele á ellas, sin esponerse á la sociedad á gravísimos riesgos.

¡Dareis *instruccion!..* En buena hora; pero ¿qué *instruccion* dareis al pueblo, si prescindís del *sentimiento religioso?* Todas las obras de los filósofos, antiguos y modernos, juntas y amontonadas en una balanza, no pesan tanto á los ojos del pueblo como el diminuto *catecismo* que aprendió al nacer. Las teorías mas sublimes, los sistemas mas seductores, ataviados con las galas del saber y de la elocuencia, hacen muy leve mella en el ánimo de la gente comun: ha menester preceptos claros, sencillos, como los preceptos del Evangelio, sancionados con el sagrado sello de la religion, que cautiva insensiblemente la veneracion y obediencia.

Ostentad en las universidades y liceos á los sabios mas profundos y á los mas insignes oradores, derramando á raudales la doctrina, para instruir el pueblo en sus deberes; á buen seguro que recojan tanto fruto como el humilde cura de una aldea, predicando á sus feligreses en las gradas mismas del presbiterio; allí, donde han visto bautizarse los hijos, casarse los esposos, y esperar los cadáveres que los confien á la tierra, despues de las devotas preces.

Tal es el corazon del hombre: la moral ha menester un principio de vida, que la anime y sostenga; y ese principio no puede ser otro sino la religion. De cuantos prodigios ha obrado el cristianismo en favor del linage humano, pocos hay tan maravillosos como haber resuelto el dificilísimo problema de inclinar á las clases elevadas á la igualdad y benevolencia, al paso que inspira á las clases inferiores sumision y respeto: ¡admirable concierto, necesario para el buen régimen y sosiego de la sociedad!

Porque, no hay que cansarse: aun cuando fuese dable difundir la instruccion por el pueblo, á tal punto que adquiriese, por decirlo así, un *sesto sentido*, no es fácil decir si se habia causado un bien ó un mal, como faltase el fundamento de una *educacion religiosa*.

Dad á las clases pobres nuevas ideas, por precision mas ó menos incompletas; despertad en su alma nuevos deseos; creadles nuevas necesidades, al paso que falten ó escaseen los medios de satisfacerlas; y colocad á ese pueblo, aguijoneado por tantos acicates y estímulos, frente á frente de las clases acomodadas, que le provocan y le exasperan con la mera ostentacion de sus bienes; y apenas se concibe cómo pu-

diera subsistir la sociedad en medio de esta hostilidad permanente, si bien solapada y oculta, hasta que estalle con las armas.

Tal vez la continua perturbacion y el interno desasosiego que se nota en algunas naciones, y que á tal punto despierta la atencion de los filántropos y de los economistas, procede en grandísima parte de esa *causa moral,* que tan malamente se desatiende: se ha debilitado el *sentimiento religioso*; y no se ha conseguido, ó ni quizá es posible, suplirlo con nada.

Los que confien y descansen en la filosofía, para reparar tamaña falta, han olvidado en breve que ya se ha hecho en el mundo tan imprudente ensayo. Hubo una nacion, enriquecida largos años con los tesoros de las ciencias y de las artes, escelente entre todas por su civilizacion y cultura, y cuyos filósofos, como desde una cátedra, predicaban á todos los pueblos de la tierra sus principios y sus doctrinas. Vejeces y antiguallas apellidaron á la religion y al culto: socavaron los altares, antes de derribarlos; y escitaron á las naciones á sacudir juntamente el yugo de la supersticion y de la tiranía.

Estremecióse violentamente el suelo, vinieron á tierra los templos, á la par que el trono; y en el esceso del frenesí, hasta se proclamó el *ateismo*, insultando juntamente al cielo y á la tierra!..... Mas los mismos caudillos de la revolucion se espantaron de su propia obra; temieron y cejaron al ver la sociedad trocada en una manada de fieras. Ellos mismos, con sus impuros labios, manchados aun con sangre, tuvieron que reconocer en alta voz *la existencia del Sér Supremo*, y que ensayar vanamente uno y otro culto, objeto de irrision y de escarnio, en medio de una sociedad escandalizada, que ansiaba volver á descansar bajo el ala protectora de la *religion de sus padres*.

Pues si lo que no alcanzan la *industria* y la *filosofía*, se quisiese encomendar acaso á las *instituciones políticas*, se incurriria en otro error de muy funestas consecuencias. Tal vez es posible concebir una nacion, en la cual se haya debilitado el *sentimiento religioso*, y que, sometida al duro régimen del gobierno absoluto, como los soldados á una severa disciplina, presente por algun tiempo cierto aspecto de regularidad y de órden; pero es tan imposible labrar una ciudad en el aire, como fundar un gobierno libre, en una nacion desmoralizada y descreida.

Bajo un gobierno despótico, obra poderosamente el temor, obra la amenaza, obra el influjo de los antiguos hábitos: caminan los hombres encajonados entre angostos lindes y barreras; mas al punto en que se dé ensanche y holgura al pueblo, concediendo á cada individuo la mayor suma de libertad posible, ¡qué prenda, ni fianza queda á la sociedad, si se rompen de un golpe los vínculos morales?

Las *leyes*.... Pero las leyes son á veces ineficaces, otras impotentes; y con su *flaqueza* ó con su rigor mismo, suelen convidar á la impunidad: desde el punto y hora en que sea posible burlarlas, falsea ya su escudo, y ni defiende ni preserva. Mas aun cuando se suponga que sean eficaces y poderosas, no alcanzan á todas las acciones de la vida, ni á una pequeñísima parte, y cabalmente dejan en desamparo lo que mas íntimamente toca á la dicha del hombre!...

Suponed una sociedad dotada de las mejores leyes y escrupulosamente ejecutadas: si no existe en ellas un *principio de moralidad* sostenido y alimentado por el *sentimiento religioso,* esa sociedad, lejos de inspirar confianza, debe infundir espanto. Muy de temer es que la moral de semejante pueblo se convierta en un *cálculo de probabilidades;* llevando cada persona el *código penal* en el bolsillo, para consultarlo y regir su conducta, como se cuenta de aquel patricio que llevaba por las calles

juzgar la composicion de Mr. Süe, y desde luego me ocurrió la idea de dirigir las reflexiones que me sugiriese la lectura de su libro, á la persona que me habia puesto en la ocasion de hacer este estudio. Aunque estas cartas sobre los *Misterios de Paris* fueron escritas para ella, he creido, sin embargo, que no carecerán de algun atractivo para todas las que se encontraren en igual disposicion intelectual y afectiva, y espero por lo mismo que las gentes de mundo, y sobre todo las mugeres, leerán con interés las observaciones sugeridas por una obra de que tanto se han ocupado, y que á lo menos tienen el mérito de ser la espresion fiel de un juicio formado por un estudio atento é imparcial.

En efecto, comenzado una vez mi sacrificio, lo he continuado hasta el fin pacientemente. He leido, como no se lee el dia de hoy: he leido, repito, sin omitir una línea, todos los volúmenes de los *Misterios de Paris*, como si se hubiese tratado de Racine y de Corneille; los he leido todos de seguida, sin detenerme á mirar atrás: lo he leido todo, hasta la parte moral y dogmática; porque Mr. Süe no es solamente novelista, sino tambien filósofo, moralista, y cuando es necesario, legislador; ¡tan completo es el hombre! No he pasado por alto ni una sola frase: lo he observado, pesado y estudiado todo, antes de fallar, y para no hacerlo sino con conocimiento de causa. Haciendo al autor toda la gracia posible, no he ido á investigar su idea en la forma primitiva, en el Folletin del periódico, ni aun en la primera edicion de su libro; sino que lo he estudiado y juzgado sobre una de sus últimas lecciones, revisada, aumentada, corregida y anotada por él.

Me encuentro, pues, segun esto, en estado competente para apreciar y juzgar su obra; y los motivos que vd. invocó en nuestra primera conversacion para recusar mi competencia, ya no existen en la actualidad. No hay que sorprenderse, por lo mismo, de que me halle pronto á responder sobre todos los puntos, ni de que mis observaciones recaigan sobre la concepcion, el plan y cuadro del libro, los tipos que contiene, los procedimientos literarios del autor, su estilo, la moralidad de su obra, y las causas, en fin, á que se debe atribuir el buen éxito que ha obtenido en el público. Nada disimularé á vd., ya que no me ha hecho ningun favor en obligarme á la lectura de los *Misterios*. Cuando se ha leido una novela tan voluminosa, debe confesarse que se ha adquirido el derecho de ser despiadado, y que aunque caiga en algun estremo, me hallo suficientemente autorizado, sobre todo despues de haber vivido quince dias en tan mala compañía. Tranquilícese vd., sin embargo, pues le prometo, á fé de hombre de bien, ni hablar *caló*, ni querer asesinarla.

Cuando, despues de haber leido los *Misterios de Paris*, se reflexiona sobre todo el libro, hay una impresion que choca. Parece no ser esta la vez primera que se halla uno al frente de esta obra; ó á lo menos se presentan á la memoria ciertos vagos recuerdos de un libro casi análogo, y cuya idea se le asemeja. Examinando mas de cerca esta impresion, he descubierto muy pronto su orígen, y este descubrimiento me ha conducido á concluir, que el plan y cuadro de los *Misterios de Paris* no han costado mucho á Mr. Süe. Para los libros, así como para los sucesos, hay una cierta succesion; diré mejor, casi una cierta generacion, porque la lógica por todas partes ejerce su imperio. No carece, pues, de razon el que éstos aparezcan en tal ó tal tiempo, ó que á aquellos les hayan allanado el camino otras obras. Mr. Soulié ha sido quien ha prestado esta clase de servicio á Mr. Süe, y los *Misterios de Paris* han tenido por precursoras á las *Memorias del Diablo;* mas claro, los *Miste-*

rios no son mas que la continuacion de las *Memorias*, con un nuevo título para sorprender al público y calmar los escrúpulos del lector, que habia sido alarmado por el título algo vivo de Mr. Soulié.

¡Qué cambio pueden producir en el destino de una obra dos ó tres palabras mas ó menos! Las *Memorias del Diablo*, de Mr. Soulié, no habian podido aparecer en el Folletin de un periódico, acaso por su denominacion satánica, que asustó aun á ciertos periodistas nada hipócritas ni gazmoños. Es verdad que estas *Memorias*, á pesar del concepto que desde el principio se merecieron de un mal libro, habian sido leidas por bastantes personas; pero no habrian podido serlo por otras, antes de ser pavonadas, por decirlo así, al fuego de las novelas que despues han salido á luz, entre las que deben contarse los *Misterios de Paris*. Mr. Süe, encontrando lectores aguerridos por un primer escándalo, ocultó las garras de Satanás, que Mr. Soulié habia dejado vislumbrar; calló, como diestro secretario, el nombre del autor, y con solo esta táctica pudo presentar su obra, capítulo por capítulo, en un periódico, tantear el pulso á su público, y proporcionar la dósis del escándalo á la situacion de las inteligencias. Desfigurado y cubierto el libro con esta suerte de disfraz, fué leido por todo el mundo, y los *Misterios de Paris* entraron en gran número de bibliotecas, donde, sin estas precauciones, seguramente no habrian sido admitidos.

Algunas palabras bastarán para establecer este parentesco, ó mas bien esta filiacion de las *Memorias del Diablo* y los *Misterios de Paris*, y nos conducirán naturalmente á esponer el plan y concepcion de esta última obra.

En las *Memorias del Diablo*, ha tenido por objeto Mr. Soulié esponer, á la vista de todos, el envés de la sociedad, si se puede hablar así; correr el velo á todo lo vergonzoso, disfrazado bajo hermosas apariencias; y descubrir lo interior de esas tiendas de infamia, que alucinan á los transeuntes por el brillo de sus enseñas. Para desempeñarlo, ha imaginado un hombre, dotado por el poder infernal de una vista sobrenatural, la que paga, sacrificando cuantas veces invoca á Satanás, una porcion del tiempo que debe vivir. Así es como el baron *Luiggi*, en esas *Memorias*, penetra horrorosos secretos, descubre la corrupcion bajo la máscara de la virtud, sorprende por todas partes el homicidio, el adulterio, el envenenamiento, el incesto, &c.; y como Mr. Soulié, su secretario, hace desaparecer la sociedad toda entera bajo un diluvio cenagoso, producido por el desborde de todos los albañales y derrames inmundos de las calles.

La idea de Mr. Süe es precisamente la misma. El pretende tambien penetrar los misterios de iniquidad que encierra la sociedad, aunque con la diferencia de que los busca mas especialmente en la sociedad y civilizacion parisiense, ó, por mejor decir, en el recinto de Paris; porque desciende á los abismos donde la civilizacion no ha descendido, y de que la sociedad aparta los ojos con horror. Solamente ha dejado aparte lo sobrenatural y maravilloso, á que Mr. Soulié habia ocurrido para esplicar la perspicacia sobrehumana de su héroe.

En vez de manifestar un hombre armado de un poder infernal, supone Mr. Süe uno que dispone de todos los medios de potencia natural que existen. Rodolfo es príncipe soberano, inmensamente rico, de una inteligencia vasta y elevada, de un carácter enérgico y resuelto, de una fuerza de voluntad, que, lejos de contener, escitan los obstáculos; de una belleza rara, de una fuerza muscular verdaderamente hercúlea, de una agilidad de cuerpo incomparable, en estado de vencer al pugilista mas famoso de Inglaterra, y echar abajo al lucha-

dor de Paris mas ejercitado en esta esgrima popular, cuyas ilustraciones se encuentran en la *Chaumière*, *Grand Vainqueur* y la *Courtille* (*).

Llamemos las cosas por sus nombres: Rodolfo, príncipe soberano de Gerolstein, lucha á lo menos tan bien como gobierna; brilla en un salon por su talento, así como en una taberna por la manera con que tira con los puños y se hace entender de la figonera y sus parroquianos; pudiera matar á un hombre instruido con un epigrama, y á un toro de una puñada; habla con elocuencia la lengua de los reyes, y pudiera enseñar, en caso necesario, la gerigonza de los asesinos y ladrones; compite en nobleza y dignidad con los mas nobles y dignos, y no se sobrecoge á la idea de pelear cuerpo á cuerpo con hombres cubiertos no menos de lodo que de sangre y de crímenes; forma por su conversacion las delicias de las tertulias mas elevadas, y se ocupa en replicar á una vieja portera; inspira un amor lleno de delicadeza á las señoras de mas renombre por sus gracias y virtudes, y sabe, cuando se necesita, simpatizar, en un chiribitil, con una costurera ú otras mugeres de baja condicion. Con esta variedad de dotes, casi todos opuestos, y algunos incompatibles, el héroe de los *Misterios de Paris* se halla en aptitud de representar el papel que le destina Mr. Süe; es decir, el de iniciarnos en los misteriosos horrores que él mismo descubre, porque precisamente se ha impuesto, como expiacion de un delito muy grave que ha cometido en su primera juventud, la carga de solicitar el castigo de los crímenes impunes, y de asegurar la recompensa de las virtudes no conocidas.

Rodolfo es, por tanto, para decir verdad, un desfacedor de agravios, un Don Quijote; pero tomado á lo sério, en vez de serlo bajo el aspecto cómico como el de Cervantes, sin faltarle ni su Sancho Panza, en el *squire* Murph, este leal y honrado escudero, á quien si falta el rúcio, le sobran trages con que presentarse en la escena. Cuando Don Quijote se disfraza en operario, en mozo de mulas, y tambien, si se ofrece, en salteador y asesino, el fiel Murph se metamorfosea en carbonero, carnicero, carromatero, y quién sabe que mas. El representa, cuando es necesario, hasta el papel de víctima, y se deja asesinar por complacer á su amo; ¡tan ciega es su obediencia! Supóngase por un momento que Cervantes, en vez de hacer de Don Quijote una epopeya heroico-cómica, hubiera hecho una séria; y entusiasmado de la idea concebida por su héroe, se hubiese propuesto reemplazar la *santa hermandad* que existia (*), la policía que estaba establecida, la magistratura que sentenciaba en los tribunales, la administracion judicial que se hallaba organizada en su tiempo, y convertirse él solo en magistratura, administracion judicial, santa hermandad y policía: que hubiera cantado, con una séria admiracion, el famoso combate que el caballero de la Triste Figura sostuvo contra los molinos de viento, ó el otro, en que su espada invencible horadara unos cueros de vino, ó aquel en que liberta de una cautividad injusta una cuerda de galeotes, que lo robaron en recompensa y pretendieron asesinar; ó en fin, el en que emprendió dar libertad á unos leones furiosos, que estuvieron á pique de probarle su reconocimiento, devorándolo; ya se tendrá toda la idea de Mr. Süe. Esta es la rehabilitacion de Don Quijote, el apoteósis del caballero andante, y su desquite contra la civilizacion, que lo habia entregado á la risa pública en el poema de Cervantes.

(*) *Tabernas bien conocidas en Paris.* —T.

(*) *Especie de tribunal con jurisdiccion para proceder contra los delitos fuera de poblado, la que se fué despues ampliando, hasta su destruccion. Este era el que en nuestro pais se conocia con el titulo de la Acordada.*—T.

Así es como. sériamente y para conquistar la general admiracion, Mr. Süe hace obrar á su Don Quijote, en lo que Cervantes hizo desbarrar al suyo para divertir al público. Aquel abandona su principado de Gerolstein para venir á buscar sus aventuras en Francia, y colocarse sin ceremonia en el puesto de la magistratura: pronuncia sus fallos, é instituye á su médico negro en verdugo para que los ejecute: tiene una policía, ó mas bien, él mismo es su policía: no hay un chiribitil que se le escape, una buhardilla á que no suba, un albañal que no registre, un crímen que no descubra; se hará presente hasta en la gefatura de los gendarmes, á la que dará lecciones de cómo debe conducirse. Como verdadero caballero andante, vaga en las encrucijadas, protejiendo las Dulcineas de los carreteros, y en solicitud de aventuras, y ¡Dios sabe si las encuentra! Sin él, los asesinatos, los envenenamientos, las injusticias, las alevosías, los robos, los cohechos, los estupros, las calumnias, los vicios todos quedarian impunes; y las virtudes, la inocencia, el valor, la castidad, la honradez, la franqueza permanecerian sin recompensa; ó mas claro, gemirian en la opresion, ó subirian al cadalso.

¡Se creerá, acaso, que hasta ahora la magistratura era quien protegia la tranquilidad pública y castigaba á los asesinos? ¡Error! Este es Don Quijote, quiero decir, el príncipe Rodolfo de Gerolstein. ¡Se pensará que si los delitos mas atroces llegan á descubrirse, es debido á los ojos de lince de la policía? ¡Desatino! Esta es ciega como un topo, y solo el Don Quijote de Gerolstein es quien vé con toda claridad, donde la policía no percibe gota. ¡Habrá quien se imagine que si la inocencia tiene alguna seguridad, lo debe á la perfeccion judicial de nuestros códigos, á la religiosa atencion de nuestros jueces? ¡Disparate, repito, monstruosa equivocacion! Todo es debido al príncipe de Gerolstein.

¿Y qué va á ser ahora de nosotros, Dios mio, cuando, despues de haber llenado cuatro volúmenes de sus servicios y empresas, ha partido el príncipe de Gerolstein para sus Estados? ¿Qué va á ser de Paris privada de su Don Quijote? ¿quién castigará el delito? ¿quién recompensará la virtud? ¿quién protegerá la inocencia? ¿quién hará sacar los ojos á los malhechores? ¿quién descubrirá á los perversos en sus antros y á los miserables honrados en sus buhardillas? ¿quién desfacerá los agravios? ¿quién desbaratará los maleficios de los encantadores y atacará lanza en ristre los descomunales endriagos? Ciertamente es digna de llorarse tal desgracia; y si esto no se remedia, no habrá quien se atreva á salir de su casa el próximo invierno. Si Mr. Süe no negocia, por conducto del periódico conservador, su confidente, la vuelta de Rodolfo, bien podemos ya darnos por perdidos. Pues ¡qué! ¿no escuchais hablar por todas partes, de crímenes, de escesos, de pasageros destrozados en las calles? ¡Paris no se ha convertido ya en otra Sierra Morena, donde reinan despóticamente los bandoleros? Y ninguno lo duda, la partida del príncipe Rodolfo es la que les ha dejado libre el campo de batalla. ¡Y apartarse de esta suerte de nosotros! ¡irse á su principado de Gerolstein, sin dejarnos siquiera, como á Madama de Harville, á su consejero, el famoso Murph! ¡y abandonarnos á nuestra triste suerte, despues de habernos manifestado los horribles peligros de nuestra situacion! ¿Qué hubiera pensado la Grecia de Hércules, si se hubiese contentado con dar cima á uno de sus doce trabajos, retirándose en seguida, para ir á descansar antes que fuese cumplida su mision?

Es cierto, porque todo debe decirse, que el príncipe Rodolfo ha tenido motivos muy suficientes para justificar la precipitacion de su partida. Al recorrer los lugares mas infames que tiene Paris, ha en-

contrado á su hija única, que creia muerta desde la edad de seis años, y la ha encontrado, ejerciendo en las callejuellas cenagosas de la Cité (*) una profesion sin título, y sirviendo á los placeres de los malhechores, entre el robo y las galeras, entre el asesinato y la guillotina. Ahora bien, para acompañar á la princesa María á su corte, ha partido tan precipitadamente.

La idea, pues, de los *Misterios de Paris*, ó, si así se quiere, el cuadro de la obra de Mr. Süe, se presenta de esta suerte en su magestuosa sencillez. Es la narracion pintoresca de las aventuras de un príncipe de la Confederacion Germánica, que hace en Paris el oficio de un agente de la policía de seguridad, y encuentra á su hija, princesa tambien de la Confederacion Germánica, ejerciendo, en un figon de la Cité, un oficio mucho menos elevado que el suyo.

¿Qué juicio debe formarse de tal idea? ¿No se tiene por muy ingeniosa, muy verosímil, muy poética, y sobre todo muy noble y decente? ¿No se admira una concepcion tan feliz, y no se réconoce que hace un honor infinito á la imaginacion de Mr. Süe, á lo delicado de su gusto, á lo puro de sus sentimientos y á lo elevado de su inteligencia? Estoy seguro de que el dia en que vd. me hizo el elogio de los *Misterios de Paris*, no habia examinado todavía esta obra bajo este punto de vista. Tal es la ilusion que produce el folletin-novela. La idea primera desaparece en la relacion; y sin duda no se aceptarian semejantes concepciones, si, presentándolas el autor en globo, pudiesen registrarse de una sola mirada. Esta es la razon porque las disfraza, las mezcla con mil episodios, las desmenuza y atenúa, hasta lograr se reciba su asquerosa escoria fundida en moneda de calderilla. ¡Y será posible darse una concepcion mas estravagante, mas falsa, mas monstruosamente inverosímil, mas cínica? ¡ser tan desgraciado novelista en la idea primera y el plan de una obra, en que se tiene la pretension de ser exacto y positivo al mas alto grado?

Los admiradores de Mr. Süe responderán á esto, que yo despojo á su pensamiento de todos sus ornatos, y que él ha cubierto la desnudez de su objeto con elegantes telas de que no hago ningun mérito. Convengo en ello; pero agregaré tambien que este es el derecho y el deber de la crítica. Si hay un vicio íntimo y fundamental en un libro, ella debe armarse de un escalpelo para ir á buscarlo bajo las carnes, que lo cubren sin impedirle que exista. No se trata aquí de estudiar un libro bajo su careta; es necesario que se le quite y que todos los disfraces vayan fuera. Una idea falsa, perniciosa, inverosímil, cínica, podrá desenvolverse con ingenio, amenidad, fluidez y elegancia de estilo; pero todos estos adornos no podrán destruir su falsedad, depravacion, inverosimilitud y cinismo. Cuando Mr. Süe estudiaba la ciencia que tan hábilmente practicó su padre, y se hallaba en un anfiteatro al frente de una lápida de diseccion, ¿qué hubiera dicho si se le hubiese puesto delante un cuerpo cubierto de magníficos vestidos, con una careta de seda y oro y la cabeza coronada de flores, pero descubriendo su insoportable fetidez el estado de una avanzada descomposicion? ¿No habria desembarazado el cádaver de esa hermosa mortaja? ¡Armado de su escalpelo, no habria ojeado sus entrañas para llegar á descubrir en ellas la lesion interna, causa oculta de la muerte?

Pues bien: los *Misterios de Paris* son un cadáver pomposamente vestido, sobre el que debe ejecutarse lo mismo. Sea cual fuere el artificio con que se haya ocultado la idea primera del libro, es importante descubrirla y revelarla á la vista de todos; y esto es lo que hemos hecho. Un prín-

(*) *Islote situado en el centro de Paris, habitacion ordinaria de ladrones, asesinos, galeotes y perseguidos por la justicia.*—T.

cipe, una testa coronada, recorriendo todos los antros del vicio, y hallando en un figon de la Cité á su hija, ejerciendo el mas innoble de los oficios: véase el cuadro de Mr. Süe. De esta manera ha exagerado el sistema literario de Mr. Hugo, que consiste en abatir y envilecer todo lo que es noble y elevado, y arrastrar, sobre todo, la magestad real en el cieno y el desprecio, sin duda porque aun conserva mucho prestigio, y porque el poder todavía se honra en nuestros dias.

Mr. Hugo nos habia presentado á Francisco I á los piés de un bufon, en *El rey se recrea*, y á una reina en pasatiempos amorosos en un gabinete, ensuciando el manto real con el contacto de la librea de un lacayo, en *Ruy-Blas*. Mr. Süe ha hecho dar á la literatura un paso mas en los *Misterios de Paris*: ha introducido ante el público una princesa hablando *caló*, y vendiendo sus favores *banales* en una taberna de la calle de Féves, á la hez de la sociedad, á los presidarios cumplidos; y en un periódico conservador, en un papel monarquista por escelencia, en el *Diario de los debates*, es donde Mr. Süe ha prestado este raro servicio á la moral, á la sociedad y á la monarquía.

Soy, señora, con el mas profundo respeto, &c.

MISCELANEA.

--Hermanas de la Caridad.--El rey de Prusia, satisfecho de los cuidados que las Hermanas de Saint Charles (cuya casa principal se halla establecida en Nancy, y que poco hace se han trasladado á Berlin) prodigan á los enfermos, ha querido darles un público testimonio de su aprecio y veneracion. S. M. las ha invitado á pasar á Saint Souci, y las ha admitido á su mesa. Los carruages de la corte fueron á buscarlas al hospital, y el rey y la reina les hicieron la mas cariñosa y digna acogida. La princesa de Prusia por su parte, ha regalado á las santas Hermanas un magnífico Cristo para su capilla.

---Reforma de los israelitas.---Se acaban de celebrar por primera vez en domingo los oficios religiosos de los judíos residentes en Koenisberg. En la sinagoga habia mas de seiscientos israelitas y unos doscientos cristianos, entre ellos muchos altos funcionarios, hallándose tambien el director de la policía, que se habia opuesto fuertemente á que los judíos trasladasen su fiesta del sábado al domingo.

---Conversion.--El sultan de la isla Bauka (Java) acaba de convertirse al Cristianismo. Ha mandado construir una iglesia católica en la metrópoli de Bauka. Es probable que todos los baukeres (69.000), y casi todos los chinos sigan tan saludable ejemplo.

--Iglesia católica en Rusia --La Iglesia católica no es tan desgraciada en Rusia como generalmente se cree. La poblacion católica de Rusia asciende á 2.700.000 almas, divididas en siete *eparchas*, con 2.266 iglesias. El clero recibe una pension anual; pero lo mismo sucede con el clero de la iglesia dominante, y aun con el clero evangélico, á escepcion de las provincias del Báltico. Hay tres clases de

obispos, y cada uno disfruta de una renta de 4.500 á 6.000 rublos de plata. Los vicarios tienen 2.000. La pension de los curas párrocos está en proporcion con las rentas de los distritos, y varia entre 230 á 600 rublos por año. En San Petersburgo hay una Academia eclesiástica para los teólogos católicos, que tenia, á mediados del año de 1847, cuarenta discípulos.

(Copiado.)

EL MONITOR REPUBLICANO.

Al anunciar este periódico el de Puebla, titulado *la Dignidad*, manifiesta su opinion de que los editores son unos *frailes monarquistas*. Ignoramos de dónde deduce esta consecuencia. Las interesantísimas cuestiones de que dicho periódico va á ocuparse, pueden ser tratadas por frailes, clérigos y hombres *de capa y espada*, como se decia antiguamente, sin escluir á republicanos netos y *muy liberales*, siempre que sean *muy católicos*. Esto se llama tener poca razon, dando principio á que se vean las producciones de *la Dignidad* bajo un aspecto odioso y á la verdad ridículo; pues tiene tanta conexion su programa con la *monarquía*, como con los cerros de Ubeda. Ademas; ¿qué es lo que tiene el nombre de fraile, que siempre se usa como apodo entre ciertos escritores? Séalo en hora buena en los paises protestantes, en que se abomina cuanto huele á catolicismo.... ¿Pero en un pais católico? ¡en una nacion llena de los mas honoríficos recuerdos de los servicios de las órdenes religiosas! Basta por ahora.

EL ECO DEL COMERCIO.

Los señores editores de este periódico, en su editorial del 17 de Marzo, manifiestan sus deseos de que se forme un banco con los doce millones que, conforme á los tratados de paz, ha de recibir nuestro gobierno del de los Estados-Unidos del Norte; al cual *fondo, y empleando la persuasion, la política á la vez que la* ENERGIA, *podrian añadirse otros doce del clero*. El proyecto es indudablemente patriótico y grandioso: la desgracia es, que el clero, ni por *persuasion*, ni por *política*, puede disponer de unos bienes que, segun la doctrina de los Santos Padres y las decisiones de los Concilios que admiten todas las naciones católicas, son de especial propiedad de Dios, cuyo usufructo es de las iglesias, de los ministros y de los pobres; cosas sagradas, que no pueden emplearse en otros usos que para los que fueron ofrecidos á Dios y donados á la Iglesia; fondos legítimamente adquiridos, y de que, si á veces, con la autoridad pontificia, se han hecho donativos en casos de calamidades públicas, no es porque la Iglesia sea *tributaria* de los príncipes seculares, sino por su voluntad y consentimiento libre y espontáneo. Los fundamentos de estos asertos pueden verse en muchos escritos, y especialmente en el *Ilustrador Católico*, que se publicaba en esta capital en el año pasado.

Hay otra dificultad. El clero no está tan rico como vulgarmente se piensa, por las continuas exacciones que sufre hace muchos años por los gobiernos del pais, bajo diversos pretestos; y los doce millones que, por *persuasion* ó *política*, diera para ese banco, le costarian el sacrificio de dos ó tres tantos mas, y la ruina de millares de sus censuatarios, como ya se ha demostrado en el repetido *Ilustrador*, fuera de otros daños que no se compensarian con los beneficios de veinte caminos de fierro, ni con otros mayores: observacion que ya se hizo en la cámara de diputados cuando la famosa ley de 11 de Enero.

Nuestro gobierno, que conoce bien todo esto, y ademas se halla penetrado de la opinion de la República en el particular, mas bien empleará la ENERGIA en impedir este derroche de los bienes eclesiásticos,

que en proteger con tales medios la creacion de ese banco, mucho mas si, acatando el artículo 4. ° de la Constitucion que nos rige, obra de acuerdo con el principio católico: ☞ que los soberanos del siglo no pueden valerse de los bienes eclesiásticos, *ni aun en las públicas necesidades del Estado*, sin el consentimiento de los gefes de la Iglesia, á cuyo cuidado están encomendados. ☜

Es cierto que, segun la opinion del *Eco del Comercio*, es una exigencia la *reforma evangélica del clero;* pero ¿qué haremos con los que creen que el tener bienes no le está prohibido por el Evangelio; que estos bienes son una propiedad mas sagrada que la de ningun particular ó corporacion; que estos bienes, en fin, no pueden distraerse de los objetos á que están destinados, ni por *persuasion* ó *política,* ni menos usarse de ENERGIA, sin sacrilegio, para emplearlos en usos profanos?

SOBRE LA POESÍA RELIGIOSA.

La literatura es hija de la imaginacion, y la imaginacion obra de Dios. Facultad la mas grande y creadora, y que bajo este aspecto parece ser la que mas semejanza da al hombre con su Hacedor, la imaginacion, hallándose estrecha en este mundo, y como desdeñándose de vivir con los sentidos de las cosas presentes ó de las pasadas, como la memoria, se lanza por su propia fuerza á otro mundo, en busca del elemento del cual emanó, y al cual debe volver; mas como, ciega y desatentada, pudiera perderse por tan inmensos espacios, Dios le dió fé que la alumbrase, y por decirlo así, bajó á su encuentro por medio de la revelacion, queriendo de este modo que el destino del hombre apareciera espléndido é infinito como su fantasía, pero fijo y seguro como su raciocinio. Este impulso incesante que sentimos, nacido de la insaciabilidad de nuestra imaginacion y de nuestros deseos, no seria mas que un movimiento irregular y sin objeto, una fuerza centrífuga ilimitada, si no se nos añadiera otra fuerza que debiamos llamar centrípeta; fuerza de unidad y de atraccion, con la cual gravitamos y giramos en órden en torno del eterno sol de quien, planetas oscuros, recibimos la vida y esplendor.

De esta suerte se comprenderá bien lo que es la literatura religiosa, imaginacion y fé, poesía y verdad, libertad infinita en la forma, estricta unidad en el fondo. Los que sin ese contrapeso de la fé se lanzan á indagar lo infinito, pasan como fugaces metéoros que, dando un estallido, se deshacen en los aires; ó como siniestros cometas que, describiendo una curva inmensa, van á perderse en insondables abismos, que no sabemos cuáles son. Los secretos de lo pasado, las anomalías de lo presente, los destinos del porvenir, todo lo que puede inquietar y estimular á la imaginacion, se nos ha descubierto con una palabra que, lejos de limitar el horizonte abierto á su curso, le ofrece otros mas bellos y grandiosos, á los cuales jamas hubiéramos podido llegar por nuestras propias fuerzas. Trazada está la senda, y fijados los límites del error y la mentira: separarse de ellos por la presuncion de abrirse otra senda, ó bien por el placer de vagar á la ventura en las tinieblas, esto no es libertad, es estravío; no es emancipacion, sino locura. La religion no corta

las alas á la imaginacion: la ayuda á sublimarse, á enaltecerse: le da, podemos así decirlo, ojos para dirigir su vuelo.

Hemos llegado felizmente á una época en que no se necesita mucho empeño para probar que no hay asunto tan digno para dar impulso al espíritu como el espíritu mismo. ¡Quién se atreveria á negar que el Creador presta infinita materia á sus criaturas para ser cantado y ensalzado? Por demas seria, pues, recordar que la poesía ha sido siempre amiga de la religion; que el nombre de poeta y sacerdote se confunden en su etimología; que los versos, esas flores y primicias de la palabra que precedieron á los frutos de las ciencias como la imaginacion precede al discurso, han sido constantemente consagrados á la Divinidad desde los mas remotos tiempos. Superfluo por demas, por lo sabido y repetido, seria manifestar que la poesía debe ser cristiana, y que no debe acudirse para inspirarse á ninguna otra religion que á la de Jesucristo. Sí; los misterios del Cristianismo prestan con mayor abundancia que ningunos otros, materia preciosísima para graves y sublimes consideraciones: su culto y solemnidades exhalan ricos perfumes de poesía; su ley está escrita en un gran libro, el mas grande de cuantos se conocen... La Biblia. ¡Quién no se ha deleitado leyéndola?

Pero ¡ha ganado en eso la religion? La poesía, es verdad, háse acercado á ella; mas no como un fiel que adora, sino como un anticuario que examina, como un artista que juzga una estatua que no tiene otro valor que el del mérito de su ejecucion. Quizás la encuentra desnuda de vulgares atractivos: la cubre de oro y de seda, la viste con ropages magníficos cortados á la moda, y la enseña luego con orgullo á las gentes, como diciendo:--Mirad lo que he hecho de una antigualla.--Y mucho es si los poetas, esos hijos predilectos y rebeldes del Soberano Artífice, como los israelitas en medio del desierto, no desconfian del poder salvador de la religion, y dudan de llegar al término del viaje bajo su poderoso amparo é invisible guía; y entonces de sus propias joyas funden un becerro de oro para prestarle adoracion, llamando al becerro *genio*, é *imágenes* y *concepciones* á sus profanas joyas.

En los primeros siglos de la Iglesia, y aun en la edad media, época en que empezó, si bien con imperfectos ensayos, la poesía originalmente cristiana, iban unidas la imaginacion y la fé; pero con estrechez tal, que parecia imposible su division, la cual no se comprendia, como no se comprende que pueda existir el cuerpo sin el alma. No se hablaba entonces de *literatura religiosa, ni de espiritualismo, ni del elemento de lo infinito;* pero á pesar de esto, ó mas bien por esto mismo, se sentia mejor su influencia sobre los autores, porque muchas veces no se inventan las palabras sino cuando han pasado ya las cosas, y en este caso se parecen á las inscripciones funerales que recuerdan el nombre de un difunto. Desnuda la imaginacion de propias galas, tenia que asirse de la fé, y con ella se elevaba mas alto de lo que, sin su ayuda, hubiera podido hacerlo: agradecida por tanto la imaginacion á su conductora, nada le pedia despues para sí misma mas que el placer de tributarla sus homenages. Por esto es que las poesías de aquellos tiempos, tan pobres la mayor parte de ellas de los aliños que presta el arte, tienen un sello de grandeza y magestad sorprendente, de que carecen muchas de las modernas mas ricamente ataviadas y perfectas. Contentándose aquellas con ser un eco de la voz augusta del santuario, y un traslado fiel de sus inspiraciones, hallaban mas poder y dignidad en su servidumbre y gloriosa sumision, que éstas en su mal entendida independencia.

Con el siglo XVI llegó la restauracion de la antigüedad y de la literatura del po-

liteismo, como ahogada hasta allí por la escrupulosa ortodoxia de los siglos anteriores. Entonces, con el entusiasmo harto escusable que dispertaron aquellos preciosos monumentos, desenterrados, ó rescatados del olvido, se verificó una gran mudanza, de resultas de la cual la literatura se dividió como en dos manantiales que raras veces se encontraban: continuó el uno inalterable y terso su mision, en toda su pureza, y á la sombra de los sagrados templos: el otro corrió bullendo por el cauce nuevamente descubierto entre mirtos y laureles, y volvió á ser la Hipocrene de los antiguos. Y cierto que, constituido ya en código de literatura el libro de un filósofo gentil, la Poética de Aristóteles, un libro en que la fábula se toma por sinónimo de poesía, debió rebajarse mucho de su alto precio este arte divino, y substraerse cuanto antes de su jurisdiccion el reino por esencia de la verdad y de la fé.

Desdeñóse de comunicar con ella la imaginacion; pero no sin hacerle antes una profunda reverencia, pues no se le mostró hostil y enemiga, sino que le pareció tan hermoso lo que habia descubierto sobre la tierra, que no pudo resistir á la tentacion de juguetear un momento con las preciosas fruslerías que la rodeaban, y á correr retozona y embriagada por las bellas Arcadias y perfumados Eliseos. Pendiente estaba del sagrado muro el arpa santa de David; nadie de puro respeto se atrevia á tocarla. De sacrilegio se hubiera juzgado cantar el nombre escelso de Jehová al son de las cuerdas de la restaurada lira que habia celebrado á Baco y los Amores. Un error era este literario, mas no religioso: error nacido de un esceso de religion. Aquellos hombres no creian que Dios, tan ensalzado en los templos y palacios, por la sociedad y las familias, echase de menos sus poéticos conciertos; y juzgaron que, habiéndole consagrado su razon y entendimiento, podian disponer inocentemente de su imaginacion. Estaban á la verdad muy distantes de prever los *altos destinos* de la poesía; las *escelsas misiones* á que un dia seria llamada sobre la tierra, ni que su caramillo, que por pura diversion con tanta gracia tañian en sus ocios, pudiera ser, ora la lira de Anfion para formar imperios y sociedades, ora la trompeta de Jericó para derribarlos y dislocarlas. Nuestros padres vivieron piadosos y creyentes; esto no obstante, tanto en su poesía como en sus mascaradas, se disfrazaban de paganos. Nosotros vivimos á lo pagano; pero no tomamos la cítara sin revestirnos antes de la ínfula sacerdotal.

Este cuadro que lijeramente acabamos de bosquejar de la literatura moderna, llamada clásica, está trazado segun la idea general que, con mas ó menos razon, han formado de ella muchos de los mas modernos literatos europeos ; y lo hemos hecho en la hipótesis de suponer merecida la acusacion genérica de pagana como se la califica, lo que, segun nuestra opinion, está muy lejos de ser exacto. Pues ¡qué! ¿no fueron religiosos, ortodoxos y espiritualistas, el Taso en su Jerusalen, Corneille y Racine en sus trajedias? ¿No lo fueron los poetas líricos españoles del siglo XVI, aun sin meter en cuenta los versos tan magestuosos como dulces de Fr. Luis de Leon, y los verdaderamente divinos de San Juan de la Cruz? Si los trozos religiosos no abundan mas en sus composiciones, esto débese solo á que raras veces eran religiosos sus cantos; mas apenas se les presentaba la ocasion, vertian con ingenuidad y llaneza todos los tesoros de su fé, como quien cumple con un deber, como el que rebosa en convicciones.

No diremos, sin embargo, que sacasen de los sentimientos religiosos todo el partido que era de esperar de tan aventajados

ingenios: debióse, ó se debe esta falta á que la fé sofocaba en ellos la imaginacion, no sujetándola tiránicamente, sino aterrándola con su grandeza misma, y manteniéndola sin voz á respetuosa distancia. Entre nosotros, ó en nuestros dias, la imaginacion sofoca á la fé, y juega con ella como jugaban los clásicos con los dioses del Olimpo. Ellos sin duda, por lo comun, rastreaban por la tierra; pero al menos no escalaban, como los gigantes, el Cielo. Puede que el escluir primero por respeto á nuestra religion de la poesía, se hiciese luego por indiferencia, despues por odio ó desprecio, y que esta fuera una de tantas causas como apresuraron los aciagos tiempos en que la *ciencia se admiró de verse atea*, y cuyas luces fosfóricas no fueron sino *relámpagos precursores de la mas horrenda oscuridad*. Mas con todo, puede decirse que cuando tanto se cegó y degradó el entendimiento, quedó pura la imaginacion, y que el torrente cenagoso que todo lo invadió respetó á la poesía. Hubo poetas irreligiosos; no poesía irreligiosa. Así es que al citarse, por ejemplo, á Voltaire como poeta, es al autor de Jaira y Alcira á quien se cita; no al versificador pedante de la Ley natural, ni al infame libelistà de la *Pucelle*.

De esa terrible sacudida, que sepultó entre sus ruinas á una nacion y conmovió á las demas, renació, juntamente con la religion, mas pura y mas brillante la poesía. El hombre, á quien un escritor llama *el hombre de bien por escelencia*, el hombre que aparecerá mas grande conforme vaya alejándose en el curso del tiempo, el inmortal Chateaubriand, aprovechándose de su posicion y prestigio literario, ha prestado á la religion un servicio inmenso, el de reconciliarla con la literatura; servicio que no podia apreciar quien no conociera el espantoso é increible divorcio que las separaba; que no apreciará tampoco el que solo juzga por sus resultados tan piadosa como magnánima empresa. Chateaubriand debia probar únicamente, como lo probó, que la religion es una fuente inagotable de poesía, y que puede sublimar á la imaginacion á mayor altura que otro objeto, por mas hermoso y fecundo que éste sea: otros, con intenciones menos nobles, con creencias menos ortodoxas, dedujeron que la religion no era mas que un lindo objeto de arte, y que la imaginacion podia recoger rico botin entrando á saco por aquel nuevo mundo descubierto. Hé ahí el orígen del oscuro misticismo que envuelve los mas crasos errores bajo de una ininteligible neología; esa, y no otra, la causa de ese ridículo é indecente sentimentalismo, que profana todos los afectos y diviniza todas las pasiones; de ahí dimanan las estraviadas interpelaciones al Creador, esas alabanzas frias y dadas como de limosna, esas sacrílegas comparaciones, que vuelan sin cesar de lo sagrado á lo profano, y de lo profano á lo sagrado. Por fortuna no es general el contagio. En medio de ese tumultuoso y disonante coro resuenan algunas voces como un himno celestial: algunas imaginaciones, hijas de la fé, se elevan hácia la increada inteligencia, sin torcer su curso, y dejan á gran distancia, entre la tierra y el Cielo, luchando acerbamente unos contra otros, á los que no han sabido, ó no han querido tomar la revelacion por guía.--*EE.*

INVOCACION (*).

Sonoras fuentes, lagos cristalinos,
Dad á mi voz vuestro sagrado acento;
Prestadme ya vuestros alegres trinos,
Aves parleras que cruzais el viento:
Y vosotros, ¡oh céfiros divinos!
Que halagais mi atrevido pensamiento,
Llevad en vuestras alas sonorosas
El eco de mis voces misteriosas.

Campos risueños, deliciosos prados,
Escarpadas colinas y montañas;
Robustos olmos, por la edad doblados;
Flexibles juncos, cimbradoras cañas;
Moradores de alcázares dorados,
Habitantes de míseras cabañas;
Oid mi acento, que inspirado suena,
Al blando son de sacrosanta avena.

Y tú, que en alas del sereno viento
Rápidamente hasta tu alcázar subes;
Tú que hallas firme y poderoso asiento
En trono escelso de purpúreas nubes,
Y escuchas sin cesar el blando acento
Con que te arrullan cándidos querubes,
Dále armonía á mi laúd sonante,
Fuerza á mi voz con que tus obras cante!..

Espíritu inmortal, gérmen de vida,
Foco de luz, cuyo fulgor divino,
Torna en risueña, plácida y florida
La senda del mundano peregrino;
Tú ofreces á mi planta dolorida,
Cansada en la mitad de su camino,
En vez de abrojos y ásperos dolores,
Alegre campo de vistosas flores.

Tú eres mi Dios; con caractéres de oro
Tu nombre escrito entre los astros leo;
Tú eres Jehová, cuya clemencia imploro;
Tú eres el Dios en quien descanso y creo:
Tú el Sér omnipotente en quien adoro,
Que eternamente reconozco y veo,
Ya en las aguas del lago cristalino,
Ya en alas del furioso torbellino.

Ven á inflamar mi arrebatada mente
Con tu sagrado espíritu; ya sea
En el eco sonoro del torrente
Que lleva el aura que mi rostro orea,
Ya en el blando rumor de esa corriente
Que por los valles fértiles serpea,
Dá á beber á mi ardiente fantasía
Raudales de purísima armonía.

Yo, que el pendon de tu grandeza sigo,
Bardo infeliz en estrangero suelo,
Sin màs amparo, proteccion ni abrigo
Que el manto azul de tu estrellado cielo,
Para cantar mi fé cuento contigo:
Descorre ante mi vista el denso velo
Que avaro encubre tus misterios santos,
Y absorto el mundo escuchará mis cantos.

No te pido, Señor, torpe riqueza,
Que el hombre adora y que desprecia mi al-
Mi corazon no envidia la grandeza (ma:
Ni el brillo del poder; mas dulce calma,
Mas deleites y lánguida pereza
Encuentro yo, tal vez, bajo una palma,
Dando mis pobres cánticos al viento,
Que en su rico palacio el opulento.

(*) *Aunque esta poesía ha visto ya la luz pública, por estar corregida y aumentada, y por su objeto, la juzgamos digna de reproducirla en nuestras columnas.*

Y nunca, oh Dios, mi espíritu animoso
Ante el poder se humilla reverente,
« *Que un corazon entero y generoso*
« *Al caso adverso inclinará la frente,*
« *Antes que la rodilla al poderoso.* »
Y yo sé bien que mientras tú clemente
Oigas mi voz desde el azul del cielo,
No ha de faltarme en mi afliccion consuelo.

Solo imploro de tí la escelsa llama
Que otorgas á los tiernos trovadores
Y á cuyo fuego su razon se inflama;
¡Ay! dáme que los gratos resplandores
Que esa lumbrera fúlgida derrama,
Se estiendan hasta mí consoladores,
E inflamado mi espíritu á su lumbre
Me escuchará sin voz la muchedumbre.

Y no el estruendo atroz de los combates
Ni el regio fausto y ostentoso brillo
De apuestos caballeros y magnates
Mi canto ensalzará blando y sencillo;
Lejos de mí el afan de aquellos vates
Que en las doradas puertas de un castillo,
Buscan tal vez con criminal empeño
Una mirada de su adusto dueño.

Mas regio alcázar, mas sublime altura
Cantar anhelo, y á invadirla aspira
En tu favor fiado y su ventura
El pobre acento de mi tosca lira.
Yo quiero remontarme hasta la anchura
Que sobre mí se estiende, y donde gira
La parda nube en cuyo hinchado seno
Revienta ronco y fragoroso el trueno.

Perdóname, Señor, si ves que osado
Y atrevido mi espíritu alza el vuelo
En alas de su afan arrebatado
Hasta el inmenso cóncavo del cielo:
Perdóname; en el cieno del pecado
Sumergido hasta aquí mi torpe anhelo,
Ni una vez ha buscado en tus altares
El asunto inmortal de sus cantares.

Pero ¡ay! á tí te implora el navegante
Cuando revuelto el huracan azota
La vela de la nave zozobrante
Que al fiero empuje de las ondas flota;
Tú escuchas su gemido suplicante,
Y en medio de la playa mas remota,
Haces lucir, como iris de bonanza,
Un puerto de salud y de esperanza.

Pequé, Señor, y pecador remiso
Pisé del vicio el criminal sendero;
Pero mírame ya, reo sumiso
Ante tu augusto tribunal severo;
Mi castigo es, lo sé, grande y preciso,
Y ya con calma y humildad le espero;
Padre de amor, si tu rigor mitigas;
Mas justo Juez serás si me castigas.

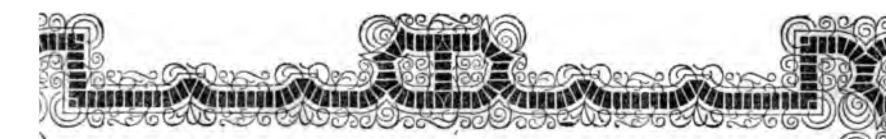
Y ya sea, Señor, que triste llore
El inmenso castigo de tu mano,
Ya que tranquilo tu grandeza adore
Por tu piadoso indulto soberano,
Desde que el sol el firmamento dore,
Hasta que se hunda allá en el Océano,
Te ensalzará magnífico mi acento;
Tú mismo, oh Dios, me prestarás aliento!...

A. Rivero.

CONDICIONES.

El OBSERVADOR CATOLICO se publicará todos los sábados, y se repartirá á los señores suscritores á *un real y medio* cada número en la capital, y *un real y tres cuartillas* fuera de ella, franco de porte. Se reciben suscriciones en el despacho de la imprenta de la calle de Cadena número 13, adonde deberán dirigirse todas las comunicaciones, reclamaciones, &c. Fuera de la capital, se reciben suscriciones por los señores y en los puntos que constan en la lista inserta en la cubierta.

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13.

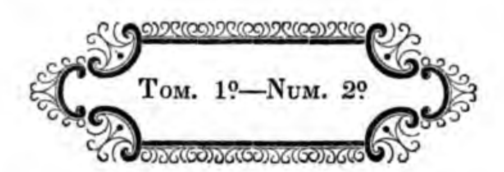


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 1.° DE ABRIL DE 1848. [Num. 2.

SOBRE LA INTRODUCCION DEL PROTESTANTISMO EN MÉXICO.

ARTICULO SEGUNDO.

Yo no me propongo hacer el paralelo entre el Catolicismo y el Protestantismo, ni bajo el punto de vista religioso, ni bajo el político, ni bajo el social. El que quiera estudiar á fondo esta cuestion importante, lea al inmortal Bossuet, y mejor aún al célebre Dr. Balmes, en su reciente é incomparable obra (*). Pretendo solamente impugnar lo que alegan los abogados del Protestantismo en la República, apoyando mis observaciones en hechos notorios, y en el conocimiento de las localidades. No sé hasta dónde me será permitido estenderme, pues ignoro qué límites tiene hoy dia el campo da la discusion, sobre todo en materias en que, para parar bien el golpe, es preciso á la vez herir severamente al adversario.

En el *Norte-Americano* de 19 de Febrero se atribuyen todos los males de México, y especialmente de las razas indias, á la Iglesia Católica. El primer mal que le achaca el articulista, es el del pauperismo. Espláyase sobre este tema á su placer, y termina su párrafo con estas palabras que reasumen el cargo: "Mientras "que en otras naciones uno está acostumbrado á no ver la miseria y el vicio sino "en ciertas calles de una ciudad, aquí ambas cosas se miran por do quier, sobrepujando espantosamente en número á "las clases de la sociedad que tienen alguna profesion, ó que se dedican á las artes ó al comercio. Mientras que en nuestra tierra el pauperismo es *un grano de* "*arena* en la llanura, aquí, por el contrario, compone la inmensa mayoría de la "nacion."

Cierto es que en vuestras ciudades no se vé el vicio y la degradacion sino en ciertas calles; pero esto, lejos de ser un argumento en vuestro favor, manifiesta mas bien la impotencia de vuestros sistemas. No habiendo podido contener al vicio, no solo lo habeis consentido, sino que, por decirlo así, lo habeis legalizado, *con tal que se ejerza en ciertas calles*. Sin embargo, nadie podrá negarme el aspecto repugnante que ofrecen desde el oscurecer los lugares mas decentes y concurridos de las grandes ciudades de la Union Americana. El que, al caer la tarde, se haya paseado por Chesnut-street en Filadelfia, y por Broadway en Nueva-York, dos calles principales y hermosísimas, de que con razon se envanecen los naturales de aquellas ciudades, sabe bien el espectáculo degra-

(*) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea*. Méxiço, 1847.

dante que se ofrece constantemente á la vista, y que el rubor se resiste en recordar. No tocaremos mas este punto delicado, cuya decision remitimos á todo viajero imparcial que haya visitado á México y á las grandes ciudades de la Union Americana; y pasaremos á ocuparnos de la acusacion de *fomentar el pauperismo*, que el articulista dirige á la religion católica.

Esta es una cuestion ya ventilada, y hoy dia, los escritores de nota, á cualquiera religion que pertenezcan, convienen generalmente en el hecho de que el Catolicismo es mucho mas á propósito que las sectas protestantes, para impedir el desarrollo de la espantosa plaga del pauperismo. WILLIAM COBBET, escritor protestante, pero imparcial, en su famosa *Historia de la Reforma*, contiene los siguientes pasages:

"El que haya leido hasta aquí mi obrita, "es imposible, absolutamente imposible, "que abrigue la mas leve duda con res- "pecto al hecho interesantísimo de que *la "mayoría del pueblo inglés se ha empo- "brecido y degradado desde que acabó en "Inglaterra el predominio de la religion "Católica*. Es igualmente imposible du- "dar de que *esa degradacion y ese empo- "brecimiento han sido causados por la "mal llamada Reforma* . . . .
" . . . . Pero antes de con- "cluir, quiero seguir al *pauperismo* en su "espantoso y horrible desarrollo. El he- "cho innegable de que en los tiempos ca- "tólicos jamas se exigieron en Inglaterra "contribuciones forzosas para los pobres, "ni se oyó en ella el degradante y vergon- "zoso nombre de *pauperismo*, y que am- "bas cosas se conocieron desde el mo- "mento que empezó la *Reforma;* este he- "cho innegable, repito, debiera bastar y "*basta* para mi objeto, Sin embargo, quie- "ro seguir los pasos y manifestar la mar- "cha progresiva de ese empobrecimiento "protestante . . . .
". . . . ."

"Pero cuando vino el *libertador*, cuan- "do se verificó la *gloriosa revolucion*, "cuando, en fin, se empezó la guerra y se "crearon *la deuda* y *el banco*, todo con el "objeto de aniquilar para siempre al pa- "pismo, *entonces fué cuando la miseria "general fué desarrollándose de un modo "tan horroroso*, que el parlamento ordenó "á la cámara de comercio le informase so- "bre las causas de aquel aumento, y le "propusiese el remedio . . . .
". . . . ."

". . . . Pero á pesar de todo, el *pau- "perismo* subsiste, como un eterno padron "que la Iglesia Católica puede clavar en "la frente de la Protestante, diciéndole al "mismo tiempo: *¡Mira; hé aquí tu obra! "Hé aquí el resultado de todos tus esfuer- "zos para destruirme! En esa sola cala- "midad, en esa miseria vergonzosa, en "ese perpetuo y degradante castigo, yo "quedaria mas que vengada, si posible "fuera que yo me complaciese en la ven- "ganza. Anda, escita aún á esos infeli- "ces á quienes has engañado, á esos ig- "norantes hartos de papas; escítales á que "todavía griten:* ¡FUERA EL PAPISMO!;—*pe- "ro cuando se retiren á descansar á sus mi- "serables chozas, procura que no recuer- "den la causa de su degradacion y mise- "ria*" (*).

El célebre ARCHIBALD ALISON, otro escritor protestante de nuestros dias, en la grande obra que publicó en 1840 titulada: *Historia de Europa desde el principio de la revolucion francesa en* 1789, *hasta la restauracion de los Borbones en* 1815, hablando de España, dice lo siguiente:

"En España, *lo mismo que en todos los "demas paises*, se habia esperimentado "que la Iglesia era el mejor y mas indul- "gente propietario . . . . Habia mas: la "caridad y beneficencia de los religiosos "habia establecido en todas partes gran-

(*) *Cobbet's History of the Reformation, Let. XVI*, § 468, 473 *and* 476.

"des institutos, los cuales, *mejor que nin-* "*gunos otros*, socorrian las necesidades "de los pobres. . . . Los religiosos eran "á la vez preceptores, abogados, médicos "y boticarios. Ademas de alimentar y "vestir á los pobres, y visitar y curar á los "enfermos, daban á todos consuelos espi- "rituales. Eran propietarios indulgentes; "pacificadores de los disturbios domésti- "cos; apoyo de las familias desgracia- "das . . . adelantaban fondos á los pobres "necesitados, y les daban semillas cuando "se malograban sus cosechas. . . . . Al- "gunos viajeros superficiales, al observar "que las puertas de los conventos se ha- "llaban siempre rodeadas de ancianos, en- "fermos y mendigos, supusieron que los "conventos eran el orígen de esos males, "cuando no hacian mas que remediarlos; "y por consiguiente, creyeron que la Igle- "sia era responsable del incremento del "pauperismo. Los que así piensan, se ol- "vidan de que los pobres acuden siempre "á aquellos puntos donde hallan alivio á "sus miserias. El atribuir estas miserias "á tan benéficas instituciones, seria tan "absurdo como el declamar contra los hos- "pitales, porque están siempre llenos de "enfermos. . . . . . ." (*).

El mismo autor, en otra parte, dice lo siguiente:

"El gran crímen de la Reforma, fué la "confiscacion de la mayor parte de los "bienes del clero, para satisfacer ambi- "ciones temporales, y para enriquecer á "la nobleza que habia tomado parte en la "lucha. Cuando estalló aquel gran movi- "miento, el clero católico poseia en pro- "piedad casi la tercera parte de los terre- "nos de la Gran Bretaña. ¡Qué fondo "tan noble para la instruccion moral y re- "ligiosa del pueblo, para la propagacion "de la verdad, *para la cura de los enfer-* "*mos, y para el alivio de la miseria!* . . . ". . . . . . . Casi todos los males sociales "que en la actualidad abruman á la Gran "Bretaña, pueden atribuirse á ese fatal é "inicuo despojo *del patrimonio del pobre*, "llevado á cabo con el disfraz de la reli- "gion, *y por causa de la Reforma*. . . (†).

Nada mas injusto ni mas absurdo, que acusar á la Iglesia Católica de crear y fomentar el pauperismo. La nacion protestante por escelencia, la Gran Bretaña, jamas conoció esta horrorosa plaga sino despues de consumada la mal llamada Reforma. Hoy dia, ningun pueblo católico independiente en toda la redondez de la tierra, tiene ni la cuarta parte del pauperismo que la Gran Bretaña.

El pauperismo inglés, el pauperismo protestante, ese pauperismo horroroso que COBBETT describe con tan vivos y espantosos colores; ese pauperismo que obliga á una gran parte del pueblo de la costa de Irlanda á alimentarse de *algas* (*); que hace que miles de los infelices habitantes de Yorkshire se vean obligados á robar y comerse en las zahurdas los corrompidos manjares con que se alimentan los cerdos; que obliga á muchos de los naturales de Lancashire y Cheshire á sustentarse devorando los caballos muertos y semillas secas; que obliga al pueblo bajo de Hampshire y Sussex á que, aparejados y enganchados como bestias de carga, ganen su miserable subsistencia arrastrando arena y cascajo; que hace que las autoridades inglesas hayan declarado en diversas partes, que el alimento de la clase trabajadora en Inglaterra no debe ser mas que *pan y agua* (§); que consiste, en fin, en que perezca DE HAMBRE la mitad de un pueblo cuando se malogra la cosecha de papas ó de cereales; ese pauperismo espantoso,

(*) *Alison's History of Europe, ch. L.*

(†) *Ibid. ch. LXXVIII.*
(*) *Yerba que crece en el agua del mar.*
(§) *Cobbet's History of the Reformation, let. XVI, § 459 and 460.*

decimos, no se conoce todavía en México. Si el editor del *Norte-Americano* quiere sostener lo contrario, lo desafiamos á que nos cite un solo caso de un mexicano muerto de hambre, á pesar de las escaseces, de las angustias, de la miseria general que nos ha traido la presente guerra.

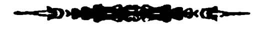
Cierto es que esta terrible plaga tampoco es conocida en los Estados-Unidos, tan universalmente como en Inglaterra. Circunstancias particulares que no es del caso referir aquí, han impedido allá el desarrollo completo de esa miseria profunda, que, cual cáncer devorador, roe y consume el seno de la sociedad inglesa. Pero no cabe duda en que los males sociales que dimanan del pauperismo, amenazan ya de un modo alarmante aquella nacion rara y escepcional, á pesar de su industria, de su comercio, y de la estraordinaria estension de su feraz territorio. En las grandes ciudades de la Union, y especialmente en invierno, á pesar del aparente bienestar que por do quier parece manifestarse, la mano fria é inexorable de la necesidad, armada del hielo y del hambre, arrebata no pocas víctimas. Hé aquí lo que referia en Nueva-York un ministro protestante en 1845: "En algunas de nuestras grandes "ciudades, existen males y miserias que "oprimen el corazon del filántropo. Acon-"tece á menudo que una madre de fami-"lias se queda sola, sin mas recursos que "los que le proporciona su trabajo perso-"nal para su sustento y el de sus pobres é "inocentes hijos.—Hay en Nueva-York "una avaricia tan cruel, tan atroz, tan em-"pedernida, como la que pueda hallarse "en cualquiera otro pais estrangero.--Ha-"ce cosa de dos dias que uno de los agen-"tes de la *Sociedad de Beneficencia para "el socorro de los pobres*, halló, entre "otros casos, á una pobre muger bien "educada, sacrificando su salud con un "prolongado trabajo para procurarse su "subsistencia y la de sus tres ó cuatro hi-"juelos. La infeliz habia empeñado ó ven-"dido hasta el último harapo de que la "decencia le permitia desprenderse, para "procurarse un pedazo de pan. Pagaba "por su vivienda un peso semanal de ren-"ta. Su único recurso era la costura, y "el único trabajo que habia podido hallar, "era el de hacer camisas para un negocian-"te de la ciudad. Trabajando asiduamen-"te y hasta una hora avanzada, llegaba á "completar dos camisas diarias. Cuando "se las llevaba al mercader, cada punta-"da era examinada con la mayor minucio-"sidad, para ver si el trabajo estaba bien "hecho; y el *benéfico y generoso* nego-"ciante parecia deseoso de hallar un moti-"vo cualquiera para reprender á la infeliz "muger y rechazar su obra. Y ¡cuánto "pensais, lector, que recibia esa desdicha-"da madre por su trabajo? MEDIO REAL POR "CADA CAMISA!!!. . . . ¡*Un real* por un "dia de trabajo incesante y prolongado! "¡*Un real*, con el que la desgraciada ma-"dre de familia tenia que procurarse su "alimento y el de sus inocentes hijos, con-"servar todo el dia lumbre encendida pa-"ra no perecer de frio, y pagar el al-"quiler de su vivienda!. . . . . *Este caso "no es mas que uno de tantos*, que prueban "hasta la evidencia la miserable retribu-"cion que en nuestras grandes ciudades se "paga á las mugeres por un trabajo ince-"sante. Y, sin embargo, en esta ciudad "republicana, en esta ciudad cristiana, á "una bailarina estrangera se le dan miles "y miles de pesos solo porque exhiba sus "miembros y haga algunas piruetas inde-"centes en el teatro. ¿Y nos sorprendere-"mos todavía de que nuestras cárceles es-"tén henchidas de criminales, cuando en-"tre nosotros se mata de hambre al tra-"bajo honesto y virtuoso, y se premia con "abundante tesoro la propagacion de gus-"tos corrompidos?" (*).

(*) The Christian Parlour Magazine, *New-York, March*, 1844.

¡Hé aquí el *grano de arena* del editor del Norte-Americano! Pequeño é insignificante como es, segun el articulista, este grano de arena todavía no es conocido entre nosotros, y ¡ojalá nunca llegue á conocerse!

No lo llegaremos á conocer, ni á los demas horrores que hoy carcomen á las primeras naciones protestantes, si, á pesar de las tristes circunstancias que nos rodean y de las discordias que han desgarrado el seno de la patria, conservamos el dogma católico y la unidad religiosa. Esta unidad, este dogma, son el arca preciosa que guarda un bálsamo eficaz para todos nuestros males, y un porvenir de paz y de ventura para esta nacion, ahora tan abatida.--*EE.*

(Se continuará.)



PIO IX.

CARACTER DE SUS REFORMAS.

De *El Español*, periódico de Madrid, copiamos el siguiente artículo, así como la pequeña introduccion que lo precede. Dice así:--"*En* El Faro *de ayer hemos leido un artículo, de esos que de tarde en tarde aparecen en las columnas de los periódicos para realzar y ennoblecer la profesion del publicista y para señalar el mas elevado punto á donde puede rayar la polémica.*

"*Este artículo grandilocuente, profundo y filosófico no tiene firma, no tiene señal alguna que le marque y le distinga entre los demas; pero no lo ha menester.*

"*El estilo es la firma de los grandes escritores: es mas que su firma, es su fisonomía que no puede olvidarse nunca, que no puede engañar jamás.*

,,*Este artículo, que á continuacion copiamos, está revelando desde las primeras líneas el nombre de su autor, el señor Donoso Cortés.*"

La historia de la Europa es la historia de la civilizacion: la historia de la civilizacion es la historia del cristianismo: la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia católica: la historia de la Iglesia católica es la historia del pontificado: la historia del pontificado con todos sus resplandores y todas sus maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su dia y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pio IX el predestinado, el grande, es uno de esos pontífices santos y de esos hombres augustos que vienen á dar una solucion pacífica á todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos y que han legado á la nuestra todas las edades pasadas.

Esas cuestiones son antiguas: antiquísimos los medios de resolverlas; pero uno es el dia destinado á los problemas, y otro el destinado á las soluciones. Aquel ha pasado ya, y este comienza á despuntar en el horizonte del mundo.

El gran propósito de Pio IX es hacer independiente y libre á la Iglesia, libre é independiente á la Italia: es emancipar pacíficamente y á un tiempo mismo la socie-

dad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del órden.

Dos diversas soluciones han tenido hasta ahora esos problemas temerosos: la solucion de los reyes, y la solucion de los pueblos. El encargo providencial de Pio IX es ofrecer al mundo la solucion de los pontífices. En el órden de los tiempos debia venir despues de la solucion monárquica y de la revolucionaria, la solucion católica.

El inventor de esa solucion no es Pio IX, es Jesucristo. Pio IX viene en los tiempos anunciados para aplicarla en su nombre: en ese magnífico encargo consiste su grandeza y en él se funda su gloria.

Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilizacion moderna tiene un orígen filosófico: todas proceden de la religion cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vias de la verdad, ha rendido adoracion y culto al plagio de la filosofia. Pio IX trae el encargo de derrocar al ídolo y de mostrar su engaño á las gentes.

La idea de la fraternidad, escrita en la bandera de los demagogos, trae su orígen de la idea de la unidad del género humano; idea que no es demagógica, sino idea genesiaca; idea que ha sido revelada al hombre por Dios, y que no ha sido inventada por el hombre.

La idea de la libertad se funda en la del libre albedrío, y el libre albedrío no es un descubrimiento de la filosofia, es un hecho revelado por Dios al género humano.

La distincion entre la potestad civil y la religiosa, entre Dios y el César, entre el pontífice y el rey, era una verdad fecundísima, desconocida de las gentes hasta que se reveló al mundo la Iglesia católica.

Si se nos preguntase cuál es el carácter distintivo de las sociedades que caen al otro lado de la Cruz, y el de las sociedades modernas, no vacilaríamos en afirmar que su distincion consiste en que las últimas están fundadas en tres verdades, y las primeras en tres negaciones. Las negaciones en que las sociedades antiguas se fundan, son las siguientes:

1.ª La negacion de la unidad del género humano.

2.ª La negacion del libre albedrío.

3.ª La negacion de toda especie de distincion entre la potestad civil y la religiosa.

Las tres verdades que sirven de fundamento á las sociedades modernas, son las que siguen:

1.ª La unidad del género humano.

2.º El libre albedrío del hombre.

3.ª La distincion é independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa.

El conjunto de las consecuencias que proceden de estas verdades y de aquellas negaciones, constituyen todos los rasgos distintivos de las sociedades modernas y de las sociedades antiguas.

De la negacion de la unidad del género humano procedió entre los antiguos la de la fraternidad de los hombres: de ésta, la de su igualdad ante los ojos de los legisladores; y de todas ellas, la division de la sociedad en castas, division que fué el fundamento de las constituciones políticas de Oriente, y la division de los hombres en libres y esclavos, division que vemos establecida en todas partes; en el Oriente, como en el Occidente, en el Septentrion como en el Mediodía, porque dimanaba de principios que eran comunes á la sazon á todas las gentes y naciones.

De la negacion del libre albedrío de Dios y del hombre, procedió la de la libertad divina y humana; y de ambas la concepcion aterradora y fatalista de un Dios, destino anterior y superior á todos los hombres y á todas las divinidades, á quien obedecian en medio de temblor los reyes y los pueblos, los dioses y los hombres.

los cielos y la tierra; Dios inmóvil, silencioso, tremendo, que enviaba las furias á los palacios de los príncipes para precipitarlos al abismo mas hondo desde su escollo eminente; que condenaba á unos á ser adúlteros, á otros á ser incestuosos, á otros á ser fratricidas; que inspiraba en los reyes pasiones infernales, en las familias de los reyes odios inestinguibles, y en las mugeres de los reyes amores corrosivos; Dios que solo pensaba en las razas reinantes, olvidado de las razas sirvientes; es decir, del género humano, indigno de elevarse hasta la grandeza del crímen.

En los dramas antiguos, el pueblo es espectador siempre y no es actor nunca, al revés de lo que sucede en el dia, en que el pueblo llena la escena, como el mas grande y el primero de todos los actores: consiste esto en que los antiguos, no teniendo idea de la libertad del hombre, no la tenian tampoco de la dignidad humana; y en que en las modernas edades, en las edades católicas, la idea de la libertad humana ha dado orígen á la idea de la dignidad del pueblo.

De la negacion de toda especie de distincion entre la potestad civil y la religiosa, nació entre los antiguos la confusion absoluta de ambas potestades. Si hay un hecho consignado claramente en la historia, ese hecho es el carácter teocrático de todas las sociedades antiguas. Teocrático fué el gobierno de los hebreos, el de los chinos, el de los habitantes del Japon; teocrático el de los indios, persas y egipcios; teocrático el de los etruscos, galos y germanos; teocrático, en fin, el de los bretones, griegos y romanos.

La teocracia no era un hecho en la sociedad, sino porque era una teoría aceptada por todos los legisladores y proclamada por todos los filósofos. Licurgo, Dracon, Solon, Rómulo, Numa, Zalenco y Charondas, cuya fama se ha dilatado por toda la prolongacion de los siglos, se sirvieron de la religion para levantar sobre ella el edificio de sus instituciones. Platon y Aristóteles no concebian la sociedad civil sin que la potestad dominante residiese en la sociedad religiosa.

Ahora bien: donde el soberano es á un mismo tiempo rey y pontífice; donde la autoridad es á un mismo tiempo religiosa y civil, humana y divina; donde hay un apoderado general de Dios y de los hombres, ese apoderado llámese rey, dictador, cónsul, presidente, es el confiscador por escelencia de todas las libertades, es el tirano de Hobbes, es decir, un hombre absolutamente libre puesto á la cabeza de un pueblo absolutamente esclavo; porque si bien se mira, ¿en qué otra cosa consiste la absoluta potestad sino en la libertad absoluta?

De aquí nació en las sociedades antiguas el aniquilamiento del individuo y la deificacion del Estado: el primero no era susceptible de derechos, ni el segundo podia estar ligado con deberes; porque ¿dónde cabe absurdo mayor que suponer deberes en lo que es divino con respecto á lo que es humano, ni derechos en lo que es humano con respecto á lo que es divino?

Platon era el mas consecuente de todos los filósofos, cuando, caminando en la suposicion de esta teoría, proclamaba al Estado padre de todos los hijos y señor de todas las propiedades, como quiera que la propiedad particular y la paternidad particular no pueden considerarse en el sistema de los antiguos sino como dos grandes usurpaciones cometidas por el hombre y por el individuo contra la Divinidad y contra el Estado.

Rousseau ha dicho en su Contrato social de las teocracias antiguas: "Esta forma social tiene la ventaja de reunir el culto divino y el amor de las leyes: en las teocracias antiguas morir por su pais era ser mártir; violar las leyes, ser impio; y entregar el culpable á la execracion pública

era tambien entregarle á las iras de los dioses.» Rousseau, con toda su fraseología democrática, desconoció de todo punto el carácter inviolable y santo de la libertad del hombre; y al escribir estas palabras no sabia que hacia en ellas el elogio del despotismo.

La deificacion de la ley y del Estado fué causa de aquel patriotismo absurdo, obstinado y feroz que escita nuestro asombro en las antiguas repúblicas. Ser patriota en la antigüedad era servir á una ciudad y ponerse en guerra con el género humano: era considerar á los estrangeros como enemigos; á los enemigos como condenados á la servidumbre por los dioses de la patria: era consagrar el principio de la guerra universal, dividir en bandos el cielo y la tierra, las divinidades y los hombres.

(*Se continuará.*)

SOBRE LAS REPRESENTACIONES TEATRALES CONTRA LOS ECLESIASTICOS.

Cuando el consejo general de Leon (en Francia) en sus acuerdos del año X (1802) espresó de la manera mas noble su juicio sobre prohibir las representaciones escandalosas, en que los ministros de la religion eran *inmolados al ridiculo* por viles histriones; y cuando esos dignos representantes de una ciudad tan civilizada reclamaron los primeros contra un abuso tan propio á deshonrar á la nacion como al teatro; todos los corazones cristianos y bien formados aprobaron tal medida y colmaron de elogios á sus autores. Pero ¡cómo es que no ha tenido imitadores tan religiosa conducta! ¡Cómo existe todavía en otras ciudades y poblaciones populosas esa licencia! ¡Cómo no han sido proscritas estas farsas revolucionarias, bajo un gobierno que desea hacer olvidar las desgracias todas, así como todos los crímenes de la revolucion! ¡Por qué lamentable contradiccion se vé á unos saltimbanquis destruir con una mano lo que nuestros sabios legisladores establecen con la otra! ¡Cómo! ¿Se trata por una parte de manifestar á la religion nacional todo el respeto debido, y por la otra se permite todo lo que es mas capaz de deshonrarla en el espíritu de los pueblos? ¿Se restablecen los altares, y se deja en pié lo que contribuye al mas alto grado á envilecer á los ministros? ¿Se previene de órden del gobierno á todas las autoridades constituidas, que reciban á los obispos y curas con todas las formalidades que exige su elevado carácter, y se vé á estos mismos hombres mofados sobre las tablas, con todas las formas que inspira el desprecio? Semejante inconsecuencia es inesplicable, y no puede durar por largo tiempo.

¿Qué se diria si se hiciera salir á las tablas, para servir de irrision, á los cónsules, senadores, jueces y otros miembros de la administracion? ¡No se juzgaria esto por un trastorno de todo órden y de toda policía! ¡Y merecen menos consideracion los ministros del culto que los de la ley? ¿Y si mofar á éstos seria un verdadero atentado á la sociedad civil, ridiculizar á aquellos, no deberá considerarse como un ataque punible á la moral pública, de la que son depositarios?

No hace mucho tiempo que vimos proscribir cierta pieza de Vaudeville, por las aplicaciones injuriosas al honor de nuestras armas á que podia dar lugar: y ¡qué!

¿la religion del Estado no vale tanto como la gloria nacional? ¿Habrá menos interés en respetar á ésta que á aquella? Si debe evitarse con razon cuanto pueda deslustrar el buen nombre de los héroes que defienden la patria en lo esterior, ¿por qué será permitido obrar de diversa manera respecto de los sagrados ministros, destinados por su estado á instruirla, pacificarla y consolarla interiormente?

Recuérdese la algarabía que armaron los secuaces del filosofismo, cuando se representó la comedia intitulada: *Los Filósofos;* el furor con que atacaron á una señora del rango mas ilustre (la princesa de Robeck), que se habia atrevido á asistir á esa representacion, y lo que declamaron contra la indecencia, y, segun su jerga favorita, contra el fanatismo, la persecucion y la intolerancia que osaba violar los derechos de su pretendida soberanía. ¿Y qué hizo entónces el gobierno de aquella época? Por una debilidad inconcebible, y herido ya de un mortal vértigo, al mismo tiempo que dejaba hollar su autoridad en cien piezas dramáticas, y la dignidad de la religion en sin número de escritos impíos; marchando visiblemente á su pérdida y guardando para con sus enemigos unas consideraciones que no se tenia á sí mismo, dando oidos á esa tumultuaria grita, si no les otorgó la muerte del autor, al menos les fué concedida la sepultura de la pieza. ¿Y de qué se trataba, sin embargo, en esa comedia que escitó tantos clamores y cólera, sino de las estravagancias y ridiculeces de los que tan merecida tienen la sátira y burla de los poetas? Es cierto que se hablaba allí del egoismo, de la falsa humanidad, hipócrita beneficencia, y aun mas hipócrita tolerancia de los titulados *filósofos*; pero éstos no formaban un estado y órden aparte de ciudadanos, sino solamente una secta y una faccion oscura, que trabajaba en las tinieblas en destruirlo todo, y por consiguiente que no deshonraba á ningun individuo en particular, la crítica que únicamente recaia sobre todo el partido. Mas no pasa lo mismo con el estado eclesiástico: á él es á quien se entrega á la risa pública; una clase entera de ciudadanos es á la que se trata de envilecer; y en consecuencia se comete una injusticia contra todos los particulares que la componen.

No negaremos que en la pieza de que se habla, era representado el ilustre Juan Jacobo caminando en cuatro piés y devorando su *lechuga*; mas esto no era mas de un simple ridículo, que no solo no comprometia su honor, sino que hasta cierto punto podia lisonjearlo en secreto, dándole aquel aire de originalidad que él no desdeñaba, aquel modo de andar de *un oso mal lamido* de quien tomó el nombre, aquellas maneras selváticas, en fin, que tanto recomendaba y que debian aumentar esa celebridad que solicitaba con tanto ahinco. ¡Y esta crítica no era una pena bastante suave para un loco, que en todos sus escritos mina la civilizacion en sus mas hondos cimientos, y cuyas máximas políticas conducen todas al estado salvage? A un estúpido que profesaba el principio favorito de *que el hombre que discurre es un animal depravado*, ¡qué burla mas propia podia hacérsele que presentarlo caminando en cuatro piés, ya que todas sus miras eran devolvernos á la culta vida de los bosques?

Pero no hay que dudarlo: la misma algazara que armaron los filósofos en esa época, la armarian hoy tambien sus succesores y partidarios, si algun nuevo Aristófanes representase sobre nuestros teatros estas recientes *nubes*, que han traido entre nosotros tantos estragos y calamidades. ¡Y unos hombres tan delicados y exigentes sobre el profundo respeto que creen se les debe, pueden tener por bueno provocar el envilecimiento de los eclesiásticos? Pues ¡qué! ¿el honor de cuatro literatos ha-

raganes, cuando nó perjudiciales á lo menos inútiles, importa mas á la nacion que el de esos varones recomendables y esos virtuosos pastores, cuya proscricion fué la señal de nuestra ruina, así como su restablecimiento ha marcado el término de nuestros males y de nuestras locuras?

Entre esas piezas indecentes, desatadas filantrópicamente contra los eclesiásticos, hay dos sobre todo, que aunque justamente despreciadas por los hombres de gusto y de talento, deberian ser castigadas con todo el rigor de las leyes; y son *El Fenelon* y *Cárlos IX,* partos perversos y embusteros de los dias de nuestros desastres y convulsiones políticas y religiosas, nutridos con el cieno y la sangre en que nos hallábamos entonces sumergidos. La primera, deshonra la memoria del grande arzobispo de Cambray, pintándolo con unos colores que se habria ruborizado haber merecido por su conducta; es decir, como el vil cómplice de una intriga amorosa, un predicante de humanidad y un gazmoño de beneficencia; alucinando de esta suerte á los espectadores, y persuadiéndoles por este hipócrita manejo á que Fenelon fué el único, en el clero, sensible, humano é indulgente, y que en consecuencia todos los eclesiásticos que no se amoldan á este tipo imaginario, no son sino fanáticos, perseguidores é intolerantes. La segunda, convirtiendo, contra la verdad de la historia, á un cardenal en asesino, ha provocado horrorosas represálias. En efecto: ¡quién puede calcular hasta qué punto esta impostura teatral exaltó todas las pasiones é incendió todas las cabezas! ¡Quién puede dudar que no haya preparado esas escenas de carnicería y matanzas, esos nuevos *San-Bartolomé*, mas deplorables y desastrosos que el antiguo! ¿Quién deja de conocer que al sonido de la campana dramatúrgica no se hayan reunido entonces los bandidos de la Abadía del Cármen, como en otro tiempo los conjurados á la del relox del palacio! ¿A quién se oculta que los *septembrizadores* no aprendieron, en la escena fabulosa de la bendicion de los puñales, á aguzar los que les sirvieron para inmolar sus víctimas! ¿Y qué diremos de esos hombres que no han temido recargar un cuadro de por sí tan horroroso, y se complacen en ser aun mas horribles que la historia, calumniando á los muertos para llegar mejor á degollar á los vivos?

Conviene, pues, así á la dignidad como á la justicia del gobierno, prohibir una pieza infernal que ha llenado mas que demasiadamente su objeto; que so pretesto de estinguir el fanatismo, no hace mas que inspirarlo; que para hacernos gemir sobre los abusos de la religion, nos arrastra á odiarla; que solo es propia para recordar memorias peligrosas, y en el estado actual de cosas, forma un monstruoso contrasentido, volviendo á abrir llagas que se desea curar, y resucitando odios que deben sofocarse. Nada, en fin, es mas decoroso y justo que imponer silencio á esos tragedistas pérfidos, que, inculcándonos sin cesar que debe olvidarse lo presente, nos hacen volver continuamente hácia los siglos pasados; y esmerándose en echar un velo á los crímenes de que hemos sido víctimas, nos traen eternamente á la vista unos escesos de que nada tenemos ya que temer.

Filósofos, hé aquí un tratado que os proponemos; tanto mas generoso por nuestra parte y ventajoso á la vuestra, cuanto que en él todo lo vais á ganar. No hableis mas de los escesos de nuestros padres, si deseais que silenciemos los crímenes de sus hijos. Vosotros convidais á que se olvide y se perdone, y nosotros aceptamos la oferta; tanto mas, cuanto que el perdon es para nosotros un precepto, y para vosotros solo un consejo. Pero á lo menos sed prudentes ya que no os mostrais justos. No afecteis incesantemente realzar las desgracias de que la religion ha sido el pretesto y que sus máximas condenan espre-

samente, si no quereis que hagamos justicia de los que la filosofía ha sido la causa y que sus principios han autorizado formalmente, y reflexionad que vuestros libros, bien esplicados, han hecho correr mas sangre en solos cinco años de revolucion, que el Evangelio, mal entendido, durante cinco siglos de ignorancia y barbarie.

Los dramaturgos anti-eclesiásticos nos dicen, que los sacerdotes no constituyen la religion, y que por lo tanto, sin comprometerse el honor de ésta, puede burlarse á aquellos: ¡sofisma maquiavélico con que se ha destruido á la religion! Afirman que no pretenden sino hacer irrision de los malos eclesiásticos; pero así es como han llegado á hacer odiosos á los buenos. Los tiros se asestan aparentemente á los ministros; ¡y adónde, por último resultado, van á parar, sino en el culto, cuya integridad y pureza ellos mantienen; en los sacramentos que administran, en los dogmas que sostienen y en la moral que enseñan?

Dejemos, pues, á los eclesiásticos; y si se necesitan algunas víctimas que sacrificar al ridículo, no hace falta la linterna de Diógenes para buscarlas. Burlemos á esos charlatanes de toda especie, que nos rodean por todas partes: á esos pedagogos arrogantes, que se creen nacidos para enseñar al género humano, mas pedantes y ridículos que lo fué jamas ningun doctor de sopalandas: á esos nebulosos fisiólogos, aun mas absurdos y estravagantes que los *Nominales* y *Realistas* del siglo XV: á esos bufones ideólogos, que á fuerza de reducir todas nuestras ideas á sensaciones, terminarán muy presto por resolver todos nuestros deberes en ideas: á esos delirantes disecadores del hombre, que siguen las huellas del pensamiento hasta lo mas profundo de las entrañas, y que pretenden que el arte del silogismo depende de las nociones que han adquirido sobre la circulacion de la sangre: á esos gárrulos dietéticos, mil veces mas risibles que Tomas Diafoiro, que nos quieren dar la virtud por la sanidad y la moral por infusion. Burlemos á esos geómetras entusiastas, que aplican su cálculo infinitesimal á la moral como á la poesía, á la educacion como á las constituciones de los pueblos: á esos celebros huecos, dignos de las casas de locos, que despues de haber refabricado al hombre, quieren tambien refabricar los Estados, y piensan muy seriamente que jamas se alcanzará la perfectibilidad de la sociedad, si cada cual no se fabrica y lleva en el bolsillo un pacto social: á esos orates incorregibles, que despues de haber perdídolo todo por sus delirios y sus abstracciones, nos echan en cara que, por no haberlos seguido, nosotros hemos causado sus males y los nuestros, y que es obra nuestra la que en toda su plenitud es suya. Burlemos, en fin, á esos escritores sofistas, esos novelistas románticos, esos periodistas barbiponientes, esos poetas descocados, esos políticos ardientes, esas comadres, mas ridículas que las *mugeres sábias*, que nos venden una moral sibarita; que desconocen las reglas del buen gusto no menos que la medida de la pasion; que sabiendo apenas leer, de todo hablan, todo lo critican, y se han convertido en altos justicieros de todas las opiniones, de todos los actos y de los sucesos los mas sencillos é indiferentes; que corrompen su idioma; que creen á pié juntillas que tres ó cuatro libretines de tafiléte y cantos dorados bastan para constituir á las naciones, y que, ignorando hasta el modo de arreglar sus acciones y disponer un menage, quieren mezclarse en reformar los imperios ú organizar nuevas repúblicas. Hé aquí inmensos materiales con que proveer de un repertorio inagotable á todos los histriones: hé aquí los que deben entregarse á la risa pública, y no á esas honradas víctimas de sus deberes, á esos hombres por tantos títulos recomendables, que han suavizado nuestras costumbres, creado nuestro idio-

ma, enriquecido nuestra literatura con las obras maestras mas bellas, fundado entre nosotros los establecimientos mas magníficos de que pueda gloriarse la humanidad, y, últimamente, que despues de haber sido los primeros en civilizar á la Francia, contribuyeron tanto con sus luces á elevarla al alto grado de esplendor de que el filosofismo llegó á hacerla decaer, y al que se remonta de nuevo cada dia, á despecho de los filósofos.

¡Ojalá que el ejemplo del consejo general de Leon sea imitado por todas las administraciones francesas! ¡Ojalá que sea atendido su juicio por un gobierno reparador, que, siempre de acuerdo consigo mismo, no puede sufrir por más tiempo un escándalo, de que no hay ejemplar alguno entre las naciones antiguas y modernas; y cuyo efecto inmediato, para servirnos de la espresion de esos virtuosos representantes, es el de *minar la moral en sus mas sagrados fundamentos*!

(**Miscelánea de religion, literatura, etc., del Illmo. Boulogne, obispo de Troyes.**)

LOS MISTERIOS DE PARIS.

CARTAS Á UNA SEÑORA DE MUNDO.

CARTA SEGUNDA.

Los tipos.--Clases populares.

Muy señora mia:--Al esplicar á vd. el cuadro y la idea de los *Misterios de Paris*, le he indicado suficientemente que esta cínica epopeya no podia tener consecuencia ni plan. Sterne decia, que ningun escritor mostraba mayor confianza en la proteccion de la Providencia, que él, porque jamas sabia, cuando comenzaba á escribir la primera página de un libro, lo que diria en la segunda. Respetamos mucho vd. y yo á la Providencia, para mezclarla, sea en lo que fuere, con los *Misterios de Paris*; así es que, modificando la proposicion, diré, que con lo que Mr. Sue ha contado probablemente, es con aquel poder, bajo cuyo influjo Mr. Soulié, su precursor, ha escrito sus *Memorias*; ó, porque no se diga que en todo lo satirizo, que el sistema que ha adoptado es el mismo del de el *Tristam Shandy* y del *Viage sentimental*. obras en que por ninguna parte se descubre la marca de un plan, sino que todo marcha á la ventura, sin relacion ni consecuencia. Efectivamente, en toda la novela de que hablamos, no se encuentran sino episodios sin trabazon que se encabestran, intrigas que se empujan, historias que comienzan sin razon, para suspenderse sin motivo; y durante cuatro volúmenes, el autor se enreda en asuntos interrumpidos, dejando un cuento para empezar otro, que corta muy pronto para anunciar un tercero, dejando suspensa la historia y al lector en espectativa.

Este órden de composicion es, hasta cierto punto, tolerable en un periódico, en que cada artículo es un todo, separado naturalmente del que le antecede y sigue; pero fatiga y desagrada no poco en un libro. El lèctor, que desea que continúe la accion,

se enfada de ver que se interrumpe, y se agota su atencion en anudar los hilos cien veces cortados de una narracion nómada y vagabunda, que cambia á cada momento de giro y de objeto. En el estilo pomposo y remontado que encuentra el autor cuantas veces intenta ser pintoresco, compara una especie de pesadilla, durante la cual uno de los asquerosos héroes de su obra vé aparecérsele todos los crímenes, á la *linterna mágica del remordimiento*. Pudiera muy bien decirse, tomando á Mr. Süe sus propias espresiones para juzgar su libro, que los *Misterios de Paris* son la linterna mágica del vicio. Porque, efectivamente, no hay mas relacion entre las diversas escenas que allí se representan, que entre los desemejantes vidrios que, en una linterna mágica, se succeden sin órden, presentando á las miradas de los espectadores asombrados, mil imágenes incoherentes y mil apariciones estravagantes.

Esto quiere decir que los *Misterios de Paris* no se prestan al analísis; porque en efecto, analizar no es otra cosa, que estraer de un libro las ideas principales, escamondando las descripciones y suprimiendo los episodios. ¿Y cómo suprimir las descripciones, donde no hay cosa que no se describa? ¿Cómo dejar á un lado los episodios, cuando todo es episódico en una obra? Yo me veo, pues, obligado á adoptar un método distinto para dar una idea, completa á la vez y sumaria, del todo de la composicion de Mr. Süe; y me limitaré á delinear los tipos de los personages que figuran en ella. Prevéngase vd., señora, y tenga ánimo, porque vamos á entrar en un estraño museo, y necesitará no poco valor y perseverancia para seguirme hasta el cabo.

Conviene, sin duda, comenzar esta revista por los tipos mas importantes que representan el principal papel en la obra. Bajo este título, el primer personage ante quien debemos presentarnos, se encuentra naturalmente indicado. Pero antes de todo, permítame vd. le dirija una ó dos preguntas. Sea la primera: ¿sabe vd. hablar *caló*? Esta pregunta le parecerá impertinente; mas no importa, me veo precisado á hacerla. Cuando no se sabe *caló*, y se quieren leer los *Misterios de Paris*, es necesario aprenderlo; porque sin él, se asemejará el que lo intente al navegante sin brújula, ó mas bien á aquellos viageros que, caminando por un pais cuyo idioma les es desconocido, no pueden pronunciar, y mucho menos comprender una palabra, sin consultar su diccionario de bolsa. Si la fortuna de los *Misterios de Paris* se consolida, y si la literatura sigue las nuevas sendas que le ha franqueado Mr. Süe, deberá necesariamente crearse una cátedra de *caló* en el colegio de Francia, donde no se habla ya muy buen francés. Y, mientras tanto, permítame vd. dolerme de que sus señores padres no hayan pensado en dar este último realce á su esmerada y brillante educacion; porque con una tintura de *caló*, seria verdaderamente una señora completa.

¡Seré yo mas feliz en la segunda pregunta que voy á dirigirle, que en la primera? Si vd., señora, no habla *caló*, ¿no habrá por casualidad visitado alguna taberna?-- ¡Cómo! ¡Hablais seriamante?--Aguarde vd., aun no lo he dicho todo. Cuando yo hablo de taberna; no entiendo uno de aquellos figones comunes, donde el pueblo parisiense, á quien todo se vende adulterado, va á embriagarse con ese brebage malsano, que, con el nombre de vino, se vende en esas casas, que tiene tanto que ver con la viña como las pinturas que adornan sus paredes esteriores. Se trata aquí de un antro tenebroso, en que el crímen tiene sus juicios, aguardando ser citado despues á otros; donde reina la crápula mas asquerosa al lado del robo, la alevosía y el asesinato; de uno de esos vestíbulos de gale-

ras, de donde se pasa á las cárceles ó á la guillotina, y adonde se vuelve luego que se sale de las prisiones; de una de esas tiendas inmundas, en que los presidarios cumplidos, los galeotes prófugos, los perseguidos por la justicia y malhechores van á olvidar sus remordimientos y á procurarse sucias é innobles diversiones; donde el hambre y el libertinage se dirigen á buscar asquerosos potages, y donde el manjar sucio que allí se sirve con el nombre de alimento, los placeres y los convidados, todo horroriza al corazon y repugna á las buenas costumbres.

¡Y en una taberna de tal naturaleza es donde tengo el honor de preguntar á vd. si ha concurrido alguna vez? Conozco la vergüenza é indignacion que le causa esta pregunta; pero la culpa es de Mr. Süe, porque este es el santuario en que ha colocado á su heroina, y al que nos obliga á irla á buscar. Ahora bien: como vd. tiene la doble desventaja de no hablar *caló* y de no haber frecuentado el *Tapiz franco* (así es como se llama en *caló* la honrada casa que acabo de pintarle) de la calle de Féves, preveo con pena que va á encontrarse un poco embarazada y como forastera, ante la heroina de los *Misterios de Paris*.

No es ella esa altanera Clara de Richardson, que hizo derramar tantas lágrimas á la Inglaterra, y cuya voluntad, siempre pura é inocente, resistió á Lovelace, aun cuando, con el auxilio de una bebida letárgica, logró éste inferirle un agravio mortal. No esa Sofia, á quien Fielding, antes de introducir en la escena, coronó de hermosura, de virginidad y poesía, ordenando á los rayos del sol que se cubriesen y á los vientos que soplasen mas suavemente para no marchitar el blanco ídolo de sus delirios. No la Heloisa de Rousseau, noble y digna aun despues de su desliz, ni la dulce y encantadora Carlota de Goethe, ó su tierna Margarita. No la Julieta de Shakespeare, ni la sensible Atala de Chateaubriand; no en fin, ninguna de esas heroinas de los grandes maestros, que entrando en su corazon, en la hora de la vida en que las ideas se elevan frescas y puras como la brisa de la mañana, han cantado ese ideal que todos encontramos en nuestra alma, y que condensando los vapores de su imaginacion, han traducido al idioma humano esos sueños dorados que todos hacemos de veinte años: no; ninguna de ellas se le parece, ni tiene nada que hacer aquí. Mr. Süe entiende la poesía de distinta manera que todos ellos. Los tipos que, apareciendósenos en nuestra juventud, elevaban nuestro corazon y lo llenaban de sensaciones, acaso muy exaltadas, pero á lo menos nobles y grandiosas, en nada se asemejan á los que el autor de los *Misterios de Paris* propone á la admiracion de las generaciones que seguirán á la nuestra. Contemplemos este flamante tipo.

Antes de llamarse *Guillabaora*, lo que en *caló* quiere decir cantadora, la heroina de Mr. Süe se llamaba *Chillona*. Su primera infancia la habia pasado sobre el Puente Nuevo, donde vendia buñuelos á los transeuntes, de cuenta de una tuerta plebeya y malvada, que tenia una tienda de *sedales ó anzuelos de pescador*. La ocupacion de la *Guillabaora*, en la época en que se llamaba la *Chillona*, consistia en ir á recoger, todas las mañanas, al muladar de Montfaucon, sobre los cadáveres corrompidos de los caballos que allí se matan, los gusanos blancos que los cubren, llamados *miñosas*, y que sirven para pescar. Cuando la *Lechuza*, este era el mal nombre de la tuerta, en cuya casa se hallaba la *Chillona* desde la edad de cinco años, sin saber de dónde habia venido; cuando la *Lechuza*, repito, estaba contenta de su pupila, le arrojaba un pedazo de pan á su pocilga; pero cuando no se hallaba satisfecha de la venta de los buñuelos, ó de la cantidad recogida de las *miñosas*, le daba, y el mismo Mr. Süe se encarga de enseñár-

noslo por la boca de uno de sus personages y en un estilo inimitable, *le daba correa por cena.*

Un dia, aun hizo mas. La *Chillona*, bajo el imperio *de dos pasiones*, la curiosidad y la glotonería, habia cometido el crímen imperdonable de comerse cinco buñuelos, y entonces la *Lechuza* la arrastró hasta su pocilga, y armándose de unas tenazas, le arrancó un diente. La *Chillona* se escapa, pasa una noche al raso, y arrestada por la policía y presentada al tribunal por vagamunda, no habiendo quien la reclamase, fué sentenciada á prision hasta los diez y seis años. Puesta en libertad luego que los cumplió, con un corto peculio, fruto de sus labores, lo gastó con una compañera de prision, llamada *Alegría*, en paseos, pájaros y flores. Se hallaba al punto de agotarse su bolsillo, cuando supo que en la vecindad una pobre muger del pueblo estaba al punto de parir en un sótano, sin tener ni un jergon en que acostarse, ni un pedazo de lienzo con que vestir á su reciennacido.

Ya no quedaban sino unos cincuenta francos á la *Guillabaora* (así se la llamaba en la prision, por las hermosas canciones que *guillaba*....--digo cantaba, porque á pesar mio me he dejado arrastrar del mal ejemplo de hablar *caló*).—Repito que no le habian quedado mas que unos cincuenta francos, los que dió generosamente. Cuando los hubo dado, como no le gustaba el trabajo, y como, por otra parte, no lo encontraba con facilidad, se entregó al fin á una horrible meguera, cuyas proposiciones antes habia rehusado; y era la tia *Pelona*, la figonera del Conejo Blanco de la calle de Féves, conocida tambien en la historia con el sobrenombre de *Ogra* (*).

Esta palabra *Ogra* espresa algo peor que figonera, porque en *caló* equivale á una muger que tiene un bodegon reunido á un burdel para toda especie de bribones, donde especula con asquerosos manjares y una ó dos miserables criaturas que mantiene á su costa, y cuyos harapos le pertenecen, para que no puedan salir de su antro sin esponerse á ser presas por ladronas. Pero concluyamos con la historia de la degradacion de la *Guillabaora*, valiéndonos de las palabras que el autor de los *Misterios de Paris* pone en su boca: "*me fuí con ellas* (*la tia Pelona* y otras viejas)... *me hicieron beber aguardiente...y...y... ¡no sé!*"

¡Y.... no sé! Esta palabra dice mas que las sílabas que contiene, y el *aquello que se entiende* de *las Preciosas ridículas*, palidece á su lado. *¡Y... no sé!* Esto quiere decir, en efecto, que la *Guillabaora* ha descendido del rango de persona, á la situacion de cosa especulada; que ha descendido mas abajo que la bestia, porque el hombre hace servir á ésta á sus necesidades y no á sus vicios; mas bajo que el esclavo, de quien decia la ley romana que era aun menos vil que nulo; porque la pensionista del Conejo Blanco es tan vil como nula, es menos que una persona, menos que una cosa, atendido á que no se manchan ni se ajan de esta suerte las cosas. Mr. Süe, que trata familiarmente esta clase de materias, no gasta ceremonias, y para espresar la metamorfósis de su heroina, le bastan dos palabras: *¡Y.... no sé!*

Véase, pues, á la *Guillabaora* convertida en el ornato de las partidas de los placeres de los ladrones y asesinos. En los dias buenos se la regala con *arlequines*; ya se sabe qne el arlequin es una gustosa pepitoria, ó *un ómnibus de pedazos de ave y de galleta, colas de pescado, huesos de costillas, hojaldre de pasteles, criadillas, cabezas de alabancos, legumbres, queso, ensalada*, mezclados en el mismo plato. Figúrese cualquiera, en una palabra, la olla de un pordiosero que acaba de atravesar

(*) Ogresse. *Así la llama el original francés.*

una calle larga como la de San Francisco, volcadá sobre un plato, y ni aun así acaso se formará idea del delicado potage que nos describe Mr. Süe; á lo menos por lo que toca á vd., señora, no creo equivocarme al asegurar que jamas ha visto un *arlequin*. Para completar el banquete, los criminales que se relacionan con la *Guillabaora*, le ofertan aguardiente en abundancia, ó *peñascaró*, como se llama en *caló*; bríndis á que no se niega la remilgada, alargando con toda franqueza su vaso. Es cierto, no obstante, que esta medalla tiene su reverso. Si la pensionsita de la tia *Pelona* es á veces regalada, con mas frecuencia recibe golpes, y los presidarios cumplidos sin dinero, los malhechores perdidos del juego, exigen con la mano levantada y alzando el pié para acocearla, que les entregue el fruto de las economías que ha podido hacer en su honroso empleo. En estas ocasiones la *Guillabaora* responde en *caló*, porque la heroina de Mr. Süe habla este idioma admirablemente; contesta pues, al que la golpea:--*Voy á sacarte los ardientes con mis cortantes*; (*) lo que significa en un lenguage mas conocido: «Voy á sacarte los ojos con mis tijeras.» Ahora bien: el efecto sigue muy luego á la amenaza, y las tijeras de la jóven perdida se hunden en la carne del malhechor.

Iba á olvidar decir á vd. que la *Guillabaora*, desde que pasa esta vida poética; desde que ha venido á ser la pensionista de la tia *Pelona*; desde que pertenece al primer malhechor que quiere amenizar una orgía que sigue ó precede á un crímen; desde que está en posicion de servir á los placeres de los presidarios cumplidos; desde que hace parte, en fin, del material de esa tienda de inmundicias, de libertinage y de infamia, ha cambiado por tercera vez de nombre. Y ¿cuál es este nuevo apelativo? *Flor de María*, que en *caló* quiere decir *¡la Vírgen!*

No se diga que yo he inventado á mi antojo este horrible delirio, y que es imposible que ningun escritor se haya avanzado hasta el punto de arrastrar en el cieno un tipo semejante; calmen las gentes sensatas la indignacion y asombro que debe haberles causado la vergonzosa profanacion de un nombre tan sublime: no soy yo quien debo avergonzarme y confundirme. No, lo repito; un autor de talento es quien ha bosquejado un tal retrato, y un periódico que fué el regulador del gusto, y que al fin de la época del Terror ha levantado las caidas estatuas de Bossuet, de Corneille, de Racine y de Boileau, es el que ha abierto sus columnas á esas inmundicias literarias, y ha introducido á sus lectores y lectoras en lugares en que Juvenal, que empujó al estremo la lujuria latina, no hubiera osado introducir á la emperatriz infame, cuyo nombre sirve aún de una mortal injuria al vicio mas descarado.

¡Qué es esto! ¿Hemos caido por ventura aun mas profundamente que el Bajo-Imperio? ¡Hemos descendido á mas hondos abismos que aquella sociedad de mugeres perdidas, de gladiadores y juglares que deshonraron la decadencia de Roma, para que los personages ante quienes los vengadores azotes de Juvenal se hubieran contenido, de temor de ensuciarse, hayan llegado á ser los héroes y heroinas de nuestras epopeyas? Ir á pescar en el pantano mas infecto de los vicios parisienses el ti-

(*) *Estas palabras de* caló, *dirigidas por la* Guillabaora *al* Churiador, *así como otras varias que se hallan en el original francés que tenemos á la vista, se han omitido en la traduccion, ó se han variado, para hacerlas menos disonantes, y atenuar el escándalo de los personages. Nosotros las hemos conservado, á pesar de habernos propuesto seguir en todo la edicion española, publicada en México en la casa de Arévalo, para que se vea el horror primitivo del tipo asqueroso de la* Guillabaora, *que se ha osado llamar* Flor de María, *ó ¡la* Vírgen!!!--T.

po mas innoble de la cortesana; hundir consigo á los lectores en el fango, para hacer sumergir mas abajo aún que las asquerosas voluptuosidades de los esportilleros de Roma, á quienes Juvenal entregó á Mesalina, las de los malhechores y marcados de la justicia; engastar á la degradada criatura que ocupa este deshonroso empleo en el seno de los antros del crímen; colocarla en una caverna de presidarios cumplidos, de ladrones y asesinos, que forman la corte de amor donde ella reina; entregarla alternativamente á las caricias y bofetadas de los galeotes; avanzar en seguida el cihismo de la blasfemia, hasta colocar sobre su cabeza manchada el sagrado nombre de la que representa el pudor y la virginidad en el Cielo y sobre la tierra; echar el nombre de *Flor de María* á la cabeza de la pensionista de la tia *Pelona*, como una corona de flores sobre un monton de cieno, y concentrar sobre esta prostituta todo el interés de un libro destinado á las mugeres de educacion y jóvenes doncellas, supuesto que se publica en un periódico que anda continuamente en sus manos: esto parecia fuera de razon, monstruoso, imposible.

Sí, parecia imposible; pero no lo es. ¡Necesitaré decir á vd., acaso, que nada he añadido á los rasgos del cuadro trazado por Mr. Süe? En verdad que no, pues vd. que lo conoce bien, sabe, que antes he omitido mas de una pincelada que no habrian sobrellevado los lectores que exigen se les respete (†). ¡Nuevo y deplorable modo de escapar de la crítica! Los escritores de nuestro tiempo se sitúan sobre un terreno, en donde ella no puede seguirlos sin faltarse á sí misma. Pero, me dirá vd., ¿cómo Mr. Süe ha esperado atraer interés sobre un personage que no puede inspirar otro sentimiento que de disgusto? ¿Cómo ha emprendido hallar el tipo de una heroina de novela, en la inmunda criatura, de que se aparta la vista como de uno de esos tristes objetos que nos enseñan hasta qué punto puede abatirse la degradacion humana, y hasta dónde el hombre, hecho á imágen de Dios, puede caer mas abajo de la béstia? ¿Qué medios ha empleado para llenar su objeto y causar, hasta tal grado, ilusion á sus lectores? Uno que, en nuestro juicio, es el mas contrario al buen sentido, á la verdad y al arte, y que, bajo el aspecto moral, es mas culpable que todo lo demas.

Por el mas horrible de los adulterios, cual es el del vicio y la virtud, de la prostitucion y de la castidad, de la luz y las tinieblas, ha confundido Mr. Süe, en el tipo de *Flor de María*, lo que hay de mas puro y de mas manchado.--Le ha dado, en un cuerpo abandonado á todos los borrones del vicio, una alma de vírgen; en el mas abyecto de todos los empleos, una increible delicadeza de talento y de corazon: ha hecho, como lo indica el tercer nombre que le ha dado, una Nuestra Señora de una vil ramera. Adivine vd. quién suspira en los *Misterios de Paris* en la égloga siguiente: *Me preguntais si me agradan las flores; juzgadlo por lo que voy á deciros. La tia Pelona, conociendo mi gusto, me regaló un rosalito. ¡Si vierais qué contenta estaba! ya no habia tristeza para mí.... No hacia mas que mirar y mirar el rosal, y me divertia en contar las hojas y cogollos.... Pero el aire es tan malo en la Cité, que al cabo de dos dias comenzó á marchitarse.... y entonces.... pedí licencia para sacar á pasear mi rosalito, como si fuese un chiquillo.... A estos cuidados debió sin duda mi rosal diez dias mas de vida.... Lo he llorado, sí; lo he llorado con mucha pena.*

¡Será sin duda alguna Estela, tan blanca

(†) *Véase por nuestra nota anterior, cómo el mismo empeño ha tenido el que tradujo los* Misterios; *y sin embargo, no le ha sido posible disminuir la fealdad de este cuadro.*--T.

como sus corderos, quien recita al pastor Nemorin este pequeño idilio, de que Florian habria hecho una novela bastante sentimental? ¿Será tal vez una novicia que, arrojada de su convento en la época revolucionaria, y encerrada en un calabozo, cultivaba á la escasa luz de su ventana esta flor tan bella, cuyos aromas, menos suaves y puros que los sentimientos é ideas de la esposa de Jesucristo, subian hácia el Cielo con sus oraciones? Pues no es así. Quien relata este idilio florido, la heroina que lo representa, es la pensionista de la tia *Pelona*, la que habita los lugares inmundos en que abundan los marcados por la justicia, los presidarios cumplidos y asesinos.... Ese corazon sensible que se conmueve hasta derramar lágrimas por el próximo fin de un rosal, es una asquerosa ramera. Esa mano que teniendo preciosamente la flor querida, la presenta al aire y al sol para que la revivifiquen, levantaba algunos momentos antes un vaso lleno de aguardiente y estrechaba la del primer malhechor, que en el harem inmundo de la calle de Féves, se dignaba hablarla de amor.

¿A quién cree vd. tambien que el autor de los *Misterios de Paris* ha querido pintar en la descripcion siguiente?

Seria imposible decir los gritos de gozo, los saltos y arrebatos de alegría que dió y sintió Flor de María. ¡Pobre criatura! despues de tan largo encierro, la embriagaba el aire libre.... Su rostro, blanco y trasparente, de ordinario pálido, estaba entonces cubierto de un vivo sonrosado. Sus ojos azules brillaban con dulzura; sus labios encarnados y entreabiertos dejaban ver dos hermosas hileras de perlas húmedas... Con una mano comprimia los latidos del corazon, y con la otra presentaba á Rodolfo el ramillete de flores silvestres que habia cogido. Nada mas hermoso que la espresion de gozo inocente y puro que exhalaba su rostro!

¿Es este el retrato de otra Pamela, ó de una nueva Virginia, salvo el color inimitable de los grandes pintores, que han hecho resplandecer sobre la tela estos tipos elevados de la belleza moral, realzada por la hermosura física? Respóndase: ¿es esta Atala, sonriendo con Chactas en su inocencia? ¿Carlota, recorriendo con Werther las floridas veredas del bosque frecuentado? ¿O bien la blanca Amarilis, acechando escondida al pastor Títiro, que, descansando á la sombra de una encina, hace repetir su nombre á los ecos de las vecinas peñas? No, esta muger es la prostituta, cuyo tipo he procurado delinear; es la *Güillabaora*, que canta para recrear á los ladrones y asesinos, cuya belleza venal hace parte del comercio de la *Ogra* del Conejo Blanco. Hé aquí *la que con una mano comprime los latidos del corazon* á la vista del espectáculo de la naturaleza, y aquella *cuyo rostro exhala la espresion de gozo inocente y puro*!!!

¡La pureza ligándose á la corrupcion, el candor á la infamia, la sensibilidad á la prostitucion! Bajo el punto de vista de la verdad literaria, ó del arte, como se dice el dia de hoy, esto es falso y absurdo. Es imposible que la muger que pasa una vida infame, conserve la pureza de los sentimientos; que una jóven perdida que se pone á replicar á los galeotes y salteadores, que habla *caló*, vive en el estiércol y el cieno, y sonrie á las torpes palabradas de los malvados con quienes mora; es imposible, repito, que la misma persona posea la sencillez de alma de las heroinas delirantes y melancólicas de las *Meditaciones* de Lamartine; que se enternezca á la vista de los encantos inocentes de la naturaleza; que acomode con tanta facilidad el idilio y la prostitucion, la poesía y la gerga picaresca, la castidad de los sentimientos y la infamia de la conducta.

Cuando el autor de los *Misterios de Paris* nos ha mostrado á la *Guillabaora*

(ó *Flor de María*, como no ha temido llamarla) pronta á atravesar con sus tijeras los ojos del *Churiador* (que en *caló* significa *el asesino*); cuando nos la ha representado bebiendo aguardiente, tuteándose con los presidarios y tuteada por ellos; riendo á carcajadas del gracejo de un malhechor, que dice que el estiércol es un lecho mas caliente que la paja, y que añade: *pero dicen que hay gente tan melindrosa*..... ¡*porquería*!.... *sale de mala parte;* y cuando, en seguida, el mismo escritor nos muestra á la misma muger llorando la muerte de un rosal con la candidez de un niño, poniendo la mano sobre su corazon para contener las pulsaciones á la vista de la verdura de los campos, escuchando con una alegría inocente el canto de las aves, y complaciéndose en representar bucólicas é idilios en accion, es evidente que el autor disfraza la verdad literaria, delinea un tipo mentiroso que no puede existir, y que no existe. Desde ahora añadiré, aunque me reservo dedicar una carta particular á la moralidad de la obra de Mr. Süe; que insulta de una manera mucho mas grave la verdad moral, porque rehabilita á la prostitucion, dejando creer que puede envilecer el cuerpo sin ajar el alma, y que las flores mas esquisitas y olorosas pueden existir en ese fango de vicios, en medio del cual eleva Mr. Süe un pedestal para colocar á *Flor de María* y ofrecerla al interés y casi á las adoraciones de sus lectores.

Soy, señora, con el mas profundo respeto, &c.

MISCELANEA.

MISIONES PROTESTANTES.

Las sociedades de las misiones de la Gran Bretaña se reunieron á mediados del año pasado en asamblea general, para imponerse del importe de lo colectado por sus administraciones; resultando de las respectivas cuentas, que la Sociedad metodista de Wesley habia realizado en el año el total de 115.782 libras esterlinas (*pesos nuestros* 578.910); la de los episcopales 116.827 (584.135 pesos); la de la conversion de los judíos 29.046 (145.230 pesos); y la de los *Tratados* 50.416 (252.080 pesos). Total 1.560.355 pesos fuertes.

Si se reflexiona en la enormidad de estas contribuciones y en el número infinito de Biblias falsificadas difundidas por las misiones protestantes (veinte millones en cuarenta y tres años), y se consideran los pocos frutos que estas misiones sacan de tantos sacrificios, comparados con la magnitud de los que la Iglesia Católica recoge de los trabajos de sus ministros, no puede dejar de admirarse la evidente bendicion del Cielo sobre los trabajos de éstos, y la profunda ceguedad que impide á las sociedades heterodoxas, de reconocer de qué parte se encuentra la enseñanza de la verdad y la proteccion divina.

(*L'Univers.*)

--Ha causado en Lóndres gran sorpresa la noticia de haberse convertido al Catolicismo, durante su residencia en Paris, el hijo mayor de la *honorable* madama Norton, heredero presunto del título de baron Grantley. Dícese que un clérigo francés fué quien le hizo abjurar el Protestantismo.

--El nuevo código penal de Holanda impone las siguientes penas al duelo:

Por la provocacion, un mes de prision y una multa de 150 florines; por su aceptacion, un mes de prision y la multa de 25 á 100 florines; por haber comprometido ó determinado á alguna persona á batirse en duelo, seis meses de prision, y de 100 á 500 florines de multa; por muerte en el acto ó de resultas del duelo, cuatro ó seis años de prision, ó diez ó doce de destierro, cuya pena podrá disminuirse si el autor del homicidio es la persona ofendida. Ninguna pena se aplica á los testigos del duelo.

--Se va á fundar en Francia una sociedad de templanza, á imitacion de las que hay en Inglaterra y Alemania.

--Suecia, cuya poblacion es de 3.500.000 habitantes, que se distingue por su sencillez de costumbres y aficion al trabajo del campo, no tiene mas que tres mendigos por cada 400 individuos, mientras que por cada 100 se cuentan cinco en la Noruega, cuatro en Dinamarca, cinco en Wurtemberg, diez en Suiza, trece en Italia, quince en Francia, diez y siete en las islas británicas y diez en Inglaterra.

En Francia, el número de niños espósitos sostenidos por el Estado era en 1847 de 123.394, los cuales producian el gasto de 6.707.829 francos 2 centavos; ó sea 54 francos 6 centavos por cabeza.

En Paris socorren los establecimientos de beneficencia á 95.000 desgraciados.

En Berlin, el número de mendigos se ha duplicado desde 1822 á 1847, siendo el de las familias sostenidas en la capital de Prusia de 2.980, á 3.545.

Segun se vé en el estado que antecede, en Inglaterra es donde mas pobres hay. Solo en Londres pasan de 25.000 los que diariamente se esparcen por toda la ciudad para ejercitarse en la mendicidad á la vez que en el robo.

(*Traducido.*)



RELIGION.

La religion es el conjunto de los deberes y de las obligaciones sagradas que el hombre tiene que cumplir; y mientras mejor cumple con ellas, mas le acercan á su Creador. Algunas de estas obligaciones, como lo son obedecer y respetar á nuestros padres, nos las hace conocer la razon natural: las otras únicamente han podido ser comprendidas de la inteligencia humana, porque Dios se ha dignado hacérselas saber por otro medio muy distinto. ¿Hubiera si no el entendimiento humano llegado á comprender jamas que para que la criatura pudiese volver á la gracia y amistad de su Dios, perdidas por la primera culpa, eran indispensables el bautismo y la penitencia, ó un arrepentimiento verdadero, sostenido por el firme propósito de recibir esos sacramentos? No; y para que lo conociese, fué preciso que el mismo Dios hecho hombre se lo demostrara. Esta diferencia entre los deberes que tiene el hombre respecto de su Creador nos hace comprender que la religion se divide en natural y revelada; es decir, en dos partes: la primera comprende las obligaciones que la luz de la razon hace conocer; la segunda, las que sin duda nos serian desconocidas sin la revelacion. Estas dos partes revelan verdades sublimes, siendo entre todas la primera y principal la que da á conocer la existencia de un Sér Eterno, Omnipotente, Sabio, Justo, Benéfico, Creador de todos los vivientes, Creador de Cielo y tierra, Padre y Legislador de los hombres. Verdad fecunda que ocupa

el primer lugar no menos que en la religion en las ciencias morales y políticas. Esa creencia constituye la verdadera felicidad en esta vida. Sin esa creencia, seria dificil practicar la virtud y consolidar el imperio de las leyes, porque no se tendria sin ella el temor de la eternidad ni esa conciencia oculta que nos grita cuando procedemos mal, y nos convence de que estamos siempre delante de un Severo Legislador, á quien nada se le oculta y á quien no es posible engañar.

Débiles é ignorantes nacemos todos, y todos pereciéramos acaso en el primer dia de nuestra existencia, si los que nos dieron el ser no miraran como el mas sagrado de sus deberes sostener nuestra debilidad y disipar nuestra ignorancia. Triste suerte que alcanza á todos los humanos, y que lo mismo se siente en el palacio de los reyes que en la choza de los pobres. Por manera que, subiendo del hijo al padre, del padre al abuelo, de éste al bisabuelo, y continuando así, no podriamos menos que llegar hasta un primer hombre, padre de todos los demas. Este primer padre no ha podido darse él mismo la existencia: ha debido, pues, recibirla de otro sér superior que tuviese el poder de comunicarla. Por consiguiente, es una verdad clara, palmaria y evidente que existe un Sér, Padre y Creador de todos los hombres. Para creerlo así basta tener la dósis mas pequeña de entendimiento; y hé ahí cómo la razon natural nos enseña esa verdad sublime, que sobresale entre todas.

Eslo tambien que aun entre los que están dedicados á las letras, son muy pocos los que tienen un conocimiento profundo de la Naturaleza; poquísimos los que la estudian: conocimiento difícil de poseer ademas, y que solo se obtiene despues de largos años de incesante lectura, de reflexion y de esperiencia. De suponer es, no obstante, que todos ellos habrán admirado mas de una vez las magníficas bellezas que el universo encierra, el inmenso resplandor del sol, la claridad de la luna, el brillo de las estrellas y la vasta estension del firmamento. ¡Hay cosa mas portentosa que ver elevarse al astro del dia sobre el horizonte, disipar la oscuridad, estenderse por el espacio inmenso, y anegarlo todo en torrentes de luz vivificante? Ese piélago insondable, magestuoso, bello é imponente, ora esté en calma, ora irritado amenace absorverse la tierra que circunda; el átomo mas vil de la creacion ¡no basta á convencernos de que existe un Sér Omnipotente, Superior, Incomprensible, dotado de fina y sin igual inteligencia y de un poder sin límites, un Sér Infinito, Principio de tantas maravillas, Regulador y Conservador de todas ellas? ¡Quién se atreverá á buscar el orígen de las menos sorprendentes en la estéril casualidad? Si en las obras mundanas y perecederas, cuya creacion y perfeccion concedió el Sér Eterno al poder y á la inteligencia del hombre; si una estatua, por ejemplo, nos revela que es hechura de un artífice mortal, simple imitador de la Naturaleza y esclavo del arte; si en el entendimiento humano no cabe suponer ni por un momento que el acaso pueda ser autor de obras menguadas que, no obstante sus bellezas, están plagadas de imperfecciones y lunares, ¡ quién, si no un demente, un sér destituido absolutamente de razon, se atreverá á creer hijas de la casualidad esas obras verdaderamente grandes, verdaderamente sublimes y portentosas que por do quiera nos ofrece la pródiga Naturaleza! ¡Quién puede creer que ésta es hija del acaso! ¡Quién se persuadiria de que no ha sido creada por un Artífice Superior, á cuyo incontrastable poder todo cede y se humilla, y sin cuya voluntad suprema nada se mueve en el Cielo ni en la tierra?

Todo cuanto el vastísimo universo nos ofrece; el aire que respiramos, la luz que nos alumbra, la inteligencia que abrigamos

en nosotros mismos, este innato poder que tenemos de obrar, de movernos, de pensar; el innumerable conjunto de sensaciones diversas que sentimos; nuestra frágil, á la vez que robusta construccion; el mas leve de nuestros movimientos,... todo, todo nos revela la existencia de una Divinidad, Orígen, Autor, Arbitro y Juez de cuanto es y ha sido desde la creacion del universo. Negar la existencia de esa Divinidad incomprensible, solo se le ha podido ocurrir al ateismo, y por lo tanto, enumeraremos algunos de los males que éste acarrea á la sociedad y á los individuos que la componen.

Llámanse, pues, ateos los que se atreven á negar la existencia del Sér Supremo. Esta existencia es, sin embargo, tan clara y evidente, que muchos metafísicos no pueden persuadirse de que haya efectivamente hombres que la desconozcan: no; creen, y debe creerse, que los que la niegan, y hablan y obran y proceden como si no tuviesen qué dar en la otra vida cuenta de sus acciones, lo hacen á pesar de su conciencia, que les grita lo contrario, y que se esfuerzan en sufocar y desmentirla, sin que atinemos el por qué. "No hay Dios, dijo un necio *en su corazon;*" palabras de David que espresan la presuncion vana, arrogante y miserable de los hombres que quisieran ser mas que su Creador.

Abundancia y escasez, prosperidad y desgracia, son las condiciones que dividen en otras tantas clases á los míseros mortales. No seria fácil distinguir en cuál de ellas sea mas necesaria al hombre creer en la existencia de Dios, para alcanzar el bienestar que es asequible en una vida cercada por todas partes de calamidades y miserias, y para proseguir hasta su término con la posible bonanza por el camino que á él conduce, tan sembrado de escollos y peligros. Menguada, menguadísima seria en verdad la prosperidad de los ricos y los poderosos desde el instante mismo en que se persuadieran que no hay un Dios que vea, que juzgue, y haya de premiar ó castigar en un tremendo dia el buen ó mal uso que hagan de sus riquezas, y recompensar tambien el sacrificio que debe ser para ellos dejarlas en el mundo cuando su alma lo abandone. ¿Cómo podrian tener satisfaccion, solaz y contentamiento si no aspirasen á otra felicidad que á la mil veces acibarada que con infinitos pesares y disgustos les proporcionan sus tesoros por tiempo tan limitado como lo es el de la existencia de la criatura! ¡Y qué diremos de los pobres y desafortunados! ¿Podrá acaso el ateismo mejorar su triste condicion? Responded, hombres incrédulos, los que negais la existencia de un Dios Justo y Remunerador, ¿qué cosa hay en la tierra que alcance á derramar tanto consuelo en el corazon de los afligidos, á mitigar las penas, las cuitas y padecimientos de los míseros mortales, como la dulce esperanza que inspira la creencia de que hay un Padre Celestial y Eterno, que todo lo vé, que todo lo penetra, hasta el mas oculto de los sufrimientos, que da la recompensa y el castigo, y que solo de él debemos esperar la bienaventuranza! Probad lo contrario, hombres sin fé, miserables ateos; haced que el mísero oprimido, que el desvalido sin ventura, que el enfermo infeliz, que el indigente se persuadan, que crean que no hay un Dios testigo de sus padecimientos, que ha de remunerarlos, dándoles el premio debido á sus virtudes; y entónces pondreis el colmo á sus desgracias y les hareis insoportable la vida.

Sin la idea de la Divinidad, no habria otro medio para contener á los ciudadanos dentro de los límites que sus deberes les prescriben, que la jurisprudencia criminal, y el celo y la vigilancia de los magistrados. Recursos falaces é infecundos que, á lo mas, sirven para hacer hipócritas, seductores, aduladores é intrigantes. Y ¿qué tendrian éstos que temer del rigor de las le-

yes y de los magistrados, si el temor del castigo eterno no los pusiese á raya, con tal de que tuviesen la necesaria sagacidad para desmentir su carácter y encubrir sus malas acciones? Pronto se veria devastado, sin propiedad y sin virtudes, y poblado solamente de facinerosos el pais malhadado donde se alimentase esa planta venenosa. Preciso es confesar que en esta parte se quedan muy en zaga los sabios y políticos del dia, respecto de los sabios y políticos de la antigüedad. Nada llamó tanto la atencion de los legisladores de la Grecia, como la necesidad de inculcar á los ciudadanos la idea de que tenian siempre á su lado un oculto juez que los miraba y observaba, un legislador imparcial, justo y sabio, que veia los mas secretos movimientos del alma, y cuya justicia eterna habia de recompensar la virtud y castigar el vicio en esta vida y en la otra. Nada creyeron tan digno de castigo como la impiedad, ni pensaron emplear nunca el rigor de las leyes, que cuando lo empleaban contra el sacrilegio. Amigos cuanto es posible serlo de la libertad, solo en ese punto se mostraron intolerantes. ¡Quién ha sido mas fuerte defensor que Platon de la soberanía popular? Sin embargo, enemigo declarado de la libertad de conciencia, enseñó que era necesario tomar la defensa de los dioses siempre que se hablase de ellos indecorosamente y sin el respetuoso acatamiento debido á la divinidad. ¡Qué diria el que así amonestó al pueblo, si viviese entre nosotros y oyera las blasfemias escandalosas que se profieren en público?.... No es esta la ocasion que esperábamos para dirijirnos á las autoridades á quienes corresponde evitar tales desacatos; mas ya que la materia se ha venido, sin saber cómo, á la mano, no soltaremos la pluma sin escitar con este objeto el celo de esas autoridades, para que hagan por corregir ese escandaloso cinismo, ese desenfreno punible con que en nuestras calles y paseos se ultraja á la Religion Católica. Pues no se puede negar que hay un Dios, á quien todo lo debemos, y al cual es preciso reverenciar y acatar en todas partes, y á todas horas, cuiden los magistrados, cuide el ayuntamiento de poner freno al sacrílego comportamiento de esa chusma inmoral y corrompida que infesta á esta ciudad, y que tan sin pudor vive y se espresa, sin diferenciarse, mas que en el habla, de las bestias.

EE.

ORACION DEL HUERFANO.

Señor, yo soy un huérfano
Que surco sin amparo
Los agitados mares
Del mundo corruptor....
¡Ay! muéstrame la lumbre
De tu celeste faro
Que el rumbo me señale
Del puerto salvador!....

Aunque inesperto niño,
Sin nadie que me instruya
En los misterios santos
De tu gloriosa fé,
Yo sé, Señor piadoso,
Que mi existencia es tuya,
Yo sé que tú formaste
Cuanto mi vista vé....

Yo sé, amoroso Padre,
Que el tenebroso Caos
Rodó bajo tus plantas
En negra confusion;

Yo sé, Señor, que entonces,
Solo á tu voz.... "¡*Alzaos*!"
Alzáronse mil mundos
Y fué la Creacion.....

Y que desde ese espacio
Magnífico y sereno
Que en vano han pretendido
Mis ojos penetrar,
Diriges desde entonces
La tempestad y el trueno,
Las ondas encadenas
Del proceloso mar.

Yo sé que tú derramas
Con generosa mano
La espléndida abundancia
Con que se viste Abril;
Yo sé que tú la esquivas
Cuando el invierno cano
Los trinos enmudece
Del ruiseñor gentil.

La tierna y jóven madre
Que me arrulló en la cuna
Mil veces me lo dijo
Con cariñoso afan:....
Yo oia sus palabras,
Señor, y una por una
En mi ánima grabadas
Como con fuego están....

Porque ¡ay! tuve una madre
Que fué mis embelesos;
El ángel me llamaba
De su esperanza á mí;....
Ella gustando siempre
Mis inocentes besos,
Yo siempre preguntándola,
Sumo Hacedor, por tí....

Recuerdo que me hablaba
De muerte y de Calvario;
De la amorosa Vírgen
Que te asistió en la Cruz;
Despues, de tu celeste
Magnífico santuario,
Donde cercado te hallas
De arcángeles de luz....

Yo te amo desde entonces,
Señor, y te venero
Como á esa tierna madre
Que mi ventura fué:....
Solo de tí, Dios mio,
Mi salvacion espero;
En tí, Señor, descansa
Mi religiosa fé....

Yo anhelo desde entonces
Subir hasta esas nubes
Que tiñen tus alcázares
De fúlgido arrebol;
Postrarme ante tus plantas
Al par de esos querubes,
Y ver bajo las mias
Al encendido Sol....

Pero ¡ay! si tú le niegas
Tu paternal cariño
En medio del desierto
Por donde errante vá;
¡Quién guiará los pasos
Del desvalido niño?...,
¡Quién le abrirá la senda
Que á tus palacios dá?....

¡Cómo podrá, privado
De tu divino amparo,
Cruzar los anchos mares
Del mundo corruptor?....
¡Ay! muéstrame la lumbre
De tu celeste faro
Que el rumbo me señale
Del puerto salvador!......

ALEJANDRO RIVERO.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. 1º—Num. 3º

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL. calle de Cadena N.º 13.

1848.

Rey de los reyes la hizo reina. Tan alta, tan augusta, tan inviolable es á los ojos del Catolicismo la libertad del hombre.

Cuando llegó aquel dia, grande entre todos los dias, anunciado en el tiempo por la voz de los profetas, en que el Salvador de los hombres vino al mundo, el mundo presenció el mas sublime de todos los dramas, y el mas grande de todos los espectáculos: el drama y el espectáculo de la Cruz, en el cual figuran dos actores: de una parte el mismo Dios, que quiere ser reconocido, y de otra la libertad humana, que se niega á reconocerle y que le lleva al Calvario: al Calvario, teatro misterioso de dos opuestas victorias: la de Dios en lo futuro, y la de la libertad en el presente: la de Dios en la eternidad, y la de la libertad en el tiempo. Dios murió allí por no hacer violencia á la libertad de los hombres.

Venid á mí todos los que arrastrais cadenas, yo os haré libres. Y como lo prometió, así lo hizo el que nó prometió nada en vano. La muger arrastraba las cadenas del marido, y la hizo libre: el hijo arrastraba las cadenas del padre, y le desató las cadenas: el hombre era esclavo del hombre, y dió la libertad á sus miembros: el ciudadano arrastraba las cadenas del Estado, y le sacó de prisiones. El Catolicismo ha quebrantado en el mundo todas las servidumbres y ha dado al mundo todas las libertades: la libertad doméstica, la libertad religiosa, la libertad política y la libertad humana.

A vista de esto, no podrá ya causar estrañeza la inconmensurable distancia que hay entre la tragedia antigua y el drama cristiano. En aquella hasta el infortunio es un priviligio de los reyes: en éste, el infortunio y la gloria son el patrimonio comun de todos los hombres. En aquella, el hombre que quiere el bien, obra el mal, arrastrado por aquellos grandes vientos que vienen bramando de las regiones heladas del feudalismo: en éste, en presencia de Dios que quiere el bien, el hombre quiere el mal y obra el mal, árbitro supremo de sí mismo. En aquella no hay mas sino fuerzas que vencen y debilidades que sucumben: en éste, pasiones que luchan. En aqüella, catástrofes: en éste, virtudes y crímenes. En aquella, horror: en éste, lágrimas.

De la distincion é independencia recíprocas de la potestad civil y de la potestad religiosa proclamadas por el Catolicismo, ha venido á resultar la victoria definitiva de la libertad individual y el definitivo quebrantamiento de la omnipotencia tiránica del Estado. Esta distincion, haciendo inevitable la lucha entre las fuerzas morales y las materiales de la humanidad, ha venido á hacer de todo punto imposible aquella servidumbre que resultaba en lo antiguo de la reunion de esas fuerzas en una sola mano. El príncipe depositario de todas las fuerzas materiales de la sociedad, puede oprimir los cuerpos, pero deja exentas de todo yugo las almas. La potestad religiosa, depositaria de las fuerzas morales de la humanidad, y sobre todo, de las verdades divinas, no ejerce señorío sobre los cuerpos, si bien afirma su imperio en las conciencias. Siendo el hombre á un mismo tiempo corpóreo é incorpóreo, no puede ser completamente esclavo, sino de una potestad que reuna ambas naturalezas, que sea materia y espíritu, corpórea é incorpórea, humana y divina. Esto es cabalmente lo que sucedia en las antiguas repúblicas; esto es lo que sucede en nuestra misma edad, allí, donde están establecidas las religiones nacionalas, y en donde, en consecuencia de este establecimiento, el soberano es á un tiempo mismo rey y pontífice. Y véase por dónde el Protestantismo, que ha restaurado esa confusion, ha venido á restaurar el despotismo, quebrantado por la doctrina católica, y con él todas las tradiciones paganas.

La proclamacion de la independencia

respectiva de las dos grandes potestades que rigen y gobiernan el mundo, es un hecho histórico al abrigo de todo género de controversias. La voz de los santos Padres, y lo que es mas, la voz de los pontífices, lo atestiguan en toda la prolongacion de los tiempos. Pongamos atento oido á las nobilísimas palabras llenas de independencia y de mesura que, reprendiéndole su conducta, dirigia el Papa Gelasio el emperador Anastasio, protector de los eutiguianos: "Este mundo, augusto emperador, se rige y gobierna principalísimamente *por dos potestades;* conviene á saber: la de los reyes y la de los pontífices: siendo la última tanto mas pesada, cuanto que el sacerdocio ha de dar cuenta á Dios en el dia del juicio de la conducta de los reyes. Ni se os oculta ciertamente clementísimo hijo, que aun siendo vos tan sobre los otros hombres por vuestra dignidad soberana, no por eso estais exento de humillaros ante los que están encargados de la administracion de las cosas divinas, ni de dirigiros á ellos en todo lo concerniente á la salvacion de vuestra alma: ni podeis dejar de reconocer, que, lejos de tener jurisdiccion sobre ellos, les debeis obediencia en todo lo relativo á la recepcion y á la administracion de los santos sacramentos. Bien sabeis que en todas estas cosas la suya, y no vuestra voluntad, es la verdaderamente soberana. Y en efecto; *si los ministros de la religion obedecen á vuestras leyes en todo lo concerniente al órden temporal, porque saben que vuestra potestad viene de Dios*, ¿con cuánto amor, decidme, no debeis vos prestar obediencia á los dispensadores de nuestros augustos misterios!»

Síguese de estas palabras, que el Papa Gelasio, intérprete de la tradicion y de la doctrina católica, creia que las dos potestades eran de todo punto independientes: que su esfera de accion era completamente distinta: que una y otra eran soberanas en los negocios de su competencia, y que así como una se sujetaba al príncipe en lo temporal, de la misma manera la del príncipe debia estar sujeta á la del sacerdocio en las cosas espirituales.

A la distancia de catorce siglos del Papa Gelasio, ocupando la cátedra de San Pedro San Gregorio el Grande, en ocasion en que la Italia, abandonada de los emperadores de Constantinopla, gemia bajo el yugo de los lombardos, recibió para su publicacion el santo pontífice una ley del emperador Mauricio, y aunque le parecia contraria á los intereses de la religion, no por eso retardó su publicacion en las provincias de Occidente, sujetas de hecho á su obediencia, limitándose á pedir su revocacion en esta forma: "Sujeto como lo estoy á vuestra potestad, he publicado vuestra ley en las diversas partes del mundo: creyéndola, empero, contraria á la ley de Dios, he creido que no cumpliria con mi deber si no os sometiera sobre ella algunas observaciones, con lo cual me ha parecido que satisfacia á un tiempo mismo á dos imperiosas obligaciones: á la de la obediencia que os debo, y á la que tengo de hablar, cuando de mi silencio pudiera resultar el menoscabo de Dios y de su honra.»

Tal ha sido constantemente la doctrina del pontificado y de la Iglesia acerca de los límites que puso el mismo Dios entre los dominios del sacerdocio y los dominios del imperio. El derecho divino de la Iglesia de intervenir directa ó indirectamente en lo temporal de los príncipes, no ha sido nunca una doctrina católica; el orígen de esta doctrina no está mas allá del siglo XII, y aun en este siglo y los siguientes, la Iglesia no la ha reconocido como suya, si bien fué aceptada y sostenida por eminentes varones. Ni se diga que los pontífices romanos ejercieron ese derecho en la edad media, como quiera que ese ejercicio se debió principalmente á la libre y espontánea voluntad de los príncipes y de

los pueblos, los cuales creyeron convenirles sujetar sus diferencias al fallo de los pontífices romanos ó de los santos concilios, representantes augustos de la virtud y de la sabiduría en la tierra.

Materia es esta tan importante y tan espinosa de suyo, que mereceria que le consagráramos algunos artículos, si su misma grandeza y su misma dignidad no nos retrajera del propósito de tratarla en las columnas de un periódico diario. Tiempo vendrá en que el autor de estos renglones la trate de caso pensado, si á tanto alcanzan sus fuerzas, y si se lo permiten las recias tempestades que asoman por los negros horizontes de esta nacion sin ventura. Entre tanto, y para poner término á este artículo, estamparemos aquí las palabras que la fuerza de la conviccion y de la verdad han arrancado á pesar suyo á eminentísimos escritores, adversarios todos de la religion católica, acerca de ese poderío de los Papas en los siglos bárbaros y feudales.

Senkenber, célebre jurisconsulto *protestante* del siglo pasado, dice así: "Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que no hay en la historia un solo ejemplo de un Papa que haya procedido contra aquellos príncipes que, contentándose con sus legítimos derechos, no hayan acometido la criminal empresa de convertir su potestad en tiranía.»

Hablando Voltaire, en su Ensayo sobre la historia, de aquellos tiempos calamitosos en que los pontífices romanos trabaron sus grandes luchas con los emperadores de Alemania, dice: "En aquellos tiempos desgraciados, el pontificado y casi todos los obispados estaban puestos á pública subasta: si la autoridad de los emperadores hubiera prevalecido, los pontífices no hubieran sido otra cosa sino sus capellanes, y hubiera venido sobre la Italia la mas dura servidumbre.»

"Poco importa, dice Leibnitz, que la primacía del Papa sobre los reyes haya tenido su orígen en el derecho divino ó humano, si es una cosa puesta fuera de duda que los pontífices han ejercido esta autoridad durante muchos siglos, con asentimiento universal y con universal aplauso.»

Leibnitz va mucho mas allá en una carta á Grimarest, en la que se leen las siguientes notables palabras: "Yo seria de parecer que se estableciese en Roma un tribunal para fallar los pleitos de los príncipes, y que fuera su presidente el pontífice romano, recobrando aquella potestad judicial que ejerció en otro tiempo con los reyes. Pero para esto seria necesario antes que el sacerdocio recobrara el prestigio que ha perdido, y que un entredicho ó una escomunion bastaran para hacer temblar á los príncipes en sus tronos, como en tiempo de Nicolás I ó de Gregorio VII. Todo bien considerado, este proyecto me parece mas hacedero que el del abate Saint-Pierre. Y supuesto que á todos es permitido entregarse á sus imaginaciones, ¡por qué no se me permitirá á mí entregarme á una que, si se realizara, *restauraria* la edad de oro en la tierra?»

Pedro de Toux, publicista aleman y protestante, dice en sus Cartas sobre Italia: "El gran poderío que alcanzó la Iglesia salvó á la Europa de la barbarie: la Iglesia fué el gran centro de union de todas las naciones condenadas entónces á un aislamiento absoluto. Ella se puso entre el tirano y la víctima; y formando entre los pueblos enemistados entre sí relaciones de interés, de alianza y de benevolencia, llegó á ser la salvaguardia de las familias, de los individos y de los pueblos.»

Robertson afirma que "la monarquía pontificia enseñó á las naciones y á los reyes á considerarse mútuamente como ligados por los vínculos del patriotismo, y como igualmente sujetos al blando yugo de la relijion." "Este centro de unidad religiosa (añade) ha sido por espacio de mu-

chos siglos un beneficio inmenso para la humanidad."

El protestante Sismondi, en su *Historia de las Repúblicas Italianas*, dice: "En medio de este conflicto de jurisdicciones entre los señores feudales, el Papa era el único que se mostraba defensor del pueblo, y el único pacificador de las turbulencias de los grandes. La conducta de los pontífices esplica la reverencia con que eran considerados, y sus beneficios sirven para esplicar el agradecimiento de las naciones."

En el libro intitulado *Viajes de los Papas*, obra escrita por el protestante Juan de Muller, se leen estas palabras: "Gregorio, Alejandro, Inocencio pusieron un dique al torrente que amenazaba con una invasion universal á toda la tierra; sus manos paternales levantaron y fortificaron la gerarquía, y con ella la libertad de todos los pueblos."

El protestante Ancillo, en la obra que intituló *Cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa*, escribió lo que sigue: "Durante la edad media, en cuyo tiempo habian como desaparecido las nociones elementales del órden social, el pontificado solamente fué quizás el que salvó á la Europa de una barbarie completa. El pontificado puso vínculos entre las naciones mas apartadas y fué el centro comun de todas ellas. El pontificado fué á la manera de un tribunal supremo levantado en medio de la anarquía universal, y cuyos fallos fueron algunas veces tan dignos de respeto como respetados. El pontificado previno y reprimió el despotismo de los emperadores y disminuyó los inconvenientes del réjimen feudal, restableciendo el equilibrio perdido."

En el *Ensayo sobre la historia del Cristianismo*, del protestante Coguerel, se leen estas palabras: "El gran poderío de los Papas en aquellos tiempos en que disponian de las coronas á su antojo, despojó al despotismo de sus propiedades mas atroces. Esto esplica por qué en aquellos tiempos tenebrosos no nos ofrece la historia ejemplo ninguno de tiranía comparable con la de Domiciano en Roma. Un Tiberio era á la sazon de todo punto imposible: los pontífices lo hubieran pulverizado. Los grandes despotismos aparecen cuando los reyes llegan á persuadirse de que no hay poder que iguale el suyo y que limite su voluntad soberana: entonces es cuando la embriaguez de un poder sin límites engendra los crímenes mas atroces."

"Es de todo punto imposible, dice el protestante Voigt, en su *Historia de Gregorio VII*, formular sobre este pontífice una opinion que reuna todos los pareceres. Su gran idea, y jamas tuvo mas que una, era la *independencia de la Iglesia*. Todos sus pensamientos, todos sus escritos y todas sus acciones venian á agruparse alrededor de esta idea fija, á la manera de rayos luminosos. Esta idea era la que daba el impulso á su actividad prodijiosa, y es como el compendio de toda su vida y el alma de todos sus actos. El poder político se inclina naturalmenre á la unidad, y así sucedió que Gregorio VII quiso proporcionársela á la Iglesia, levantándola sobre todas las potestades del mundo....Alcanzar ese poder, consolidarle, dilatar su dominacion por todos los siglos y por todas las naciones, tal fué el fin constante de todos los esfuerzos de Gregorio, y en su íntima conviccion, el gran deber del encargo que habia recibido del Cielo.... Aun suponiendo que, á imitacion de la antigua Roma, hubiese tenido el propósito de dominar á todas las gentes, ¿quién se atreverá á condenar los medios que empleó para el logro de aquel fin, sobre todo si se considera que todos estaban en el interés de los pueblos?.... Para juzgar sus actos con acierto, es necesario poner la consideracion á un mismo tiempo en su fin y en sus intenciones; es necesario examinar an-

cubre una imágen suya en el sol. De su sustancia sale la luz, y de su luz y de su sustancia procede el calor.

El Verbo es Dios en el esplendor divino; pero es hombre en la Encarnacion. Por este misterio una de las personas divinas es á un tiempo hombre y Dios: sin duda este es un hecho difícil de comprender; pero la union del alma y del cuerpo no es menos impenetrable á nuestro entendimiento.

El hombre tambien es una sustancia espiritual unido á una sustancia material, y por la union de estas dos sustancias es á un tiempo corruptible é incorruptible, mortal é inmortal: ¡asombrosa analogía entre nosotros y Jesucristo! La naturaleza humana y la divina están unidas como la naturaleza material y la espiritual. El misterio es tan grande en el hombre como en Jesucristo, y la razon no puede desechar en el uno lo que está obligada á admitir en el otro. Si decimos: "Dios murió en la Cruz," decimos en el mismo sentido: "El hombre muere, aunque el alma sea inmortal como Dios."

Véase tambien el enlace de los misterios de la creacion y de la redencion, de la naturaleza y de la gracia. Un hombre y una muger causaron la muerte del género humano: un hombre y una muger dieron la vida á toda la humanidad. El antiguo Adan nos transmitió un cuerpo perecedero: el nuevo Adan, Jesucristo, nos transmite un cuerpo inmortal.

Eva, por su desobediencia, fué la causa de su propia muerte y de la muerte de todos los hombres: María, por su obediencia, fué la causa de la salvacion de Eva y de la salvacion de todo el género humano. "Si la primera (dice San Ireneo) fué desobediente á Dios, la segunda obedeció, á fin de que el género humano, sujeto á la muerte por una vírgen, fuese libertado por una vírgen." ¿Qué cosa, pues, mas sencilla en el plan de Dios, que la sustitucion de María á Eva, de Jesucristo á Adan.

Si os admirais de que el cuerpo de Jesucristo haya sido formado por el espíritu divino, sin intervencion del hombre, decidnos: ¿cómo pudo ser formado el cuerpo de Adan si no inmediatamente por el mismo Dios?

Contemplad ahora el misterio de la Eucaristía. Jesucristo, luz increada, presente en diversos lugares á un tiempo, entra en todas las iglesias de la tierra; y como para manifestar este divino misterio, el sol, cuerpo sutil y luminoso, penetra á un tiempo en una multitud de iglesias. Jesucristo y el sol se encuentran en el mismo altar. Jesucristo se multiplica en las hostias: el sol multiplica su imágen en espejos; y esta imágen calienta y quema. Jesucristo transforma sobre el altar la sustancia del pan y del vino en su carne y en su sangre; y en el alimento que tomamos, el pan y el vino se convierten en nuestro cuerpo: el pan y el vino se hacen en nosotros sangre y carne: el pan y el vino se han convertido sobre el altar en la carne y la sangre de Jesucristo. ¡Admirable analogía! La multiplicacion de los panes, figura de la Eucaristía, no es mas asombrosa que la multiplicacion de las semillas. La palabra multiplica el pensamiento para millares de personas: una vela enciende miles de velas. Como el cuerpo del Señor se multiplica en el altar, el prodigio del ingerto se reproduce en la Eucaristía. Ved á aquella alma que ha sentido el dolor de haber ofendido á Dios: por medio del arrepentimiento ha recibido la incision saludable; y la comunion, introduciendo en ella el gérmen de la inmortalidad, la vivifica y la convierte en una criatura nueva: el viejo Adan se hace el nuevo Adan, como el árbol silvestre con sus frutos amargos se convierte en un árbol de sabroso fruto. El vino de la tierra fortifica nuestro cuerpo: el vino del altar fortifica el alma; y el Verbo se une á un cuerpo para mostrarnos que nuestra alma puede unirse á Dios.

¡Admirable enlace de todas las verdades esenciales al hombre! Si no quereis que medien hombres entre vosotros y Dios para transmitiros su palabra y su verdad, para ofrecer el sacrificio de expiacion sobre la tierra, para consagrar y bendecir, preguntad tambien cómo Dios, en vez de habernos hecho nacer á todos al mismo tiempo, ha encargado á otros hombres que nos comuniquen la vida. La de la inteligencia se propaga del mismo modo que la vida sensible, y la obra del padre y la obra del hijo están sometidas á la misma ley: prueba de unidad perfecta en la Trinidad y señal patente de la verdad cristiana.

Os admirais de la transmision del pecado de Adan á toda su descendencia, y esta transmision os parece contraria á todas las ideas de justicia y de bondad divinas: pues esplicad los males hereditarios que vemos entre los hombres. Aquí hay paridad; y si acusais al Dios de la Biblia, teneis que acusar al Dios de la naturaleza.

Decís que no podeis comprender que Dios haya enviado el diluvio, esterminado á pueblos enteros, castigado con lepra á los murmuradores, y abierto la tierra á sus piés. Pero el Dios de Moises ¿no es el Dios de la naturaleza? Pues este Dios de la naturaleza (segun los deistas) ha creado la muerte, la guerra, las plagas, la peste, los temblores de tierra, los volcanes, las revoluciones, todo lo que asuela y trastorna el mundo. Si llamais al Dios de los cristianos un Dios cruel, hay que dar el mismo nombre al Dios de la naturaleza, aniquilar á Dios en todas partes, y decir en el fondo de vuestro corazon que no existe; ó si no, es menester confesar que el Dios del universo y el Dios de la Biblia son el mismo Dios.

La naturaleza y la Biblia son tanto la obra de la misma mano, que para espresar las verdades morales, todas las espresiones é imágenes están tomadas del órden material. Las condiciones de la luz no se encuentran sino con el fuego. La tierra es atraida hácia el sol, como el alma hácia Dios: la atraccion es una ley del mundo físico.

Si hay en la naturaleza una ley contraria á la atraccion, hallamos en nosotros un movimiento contrario al de la gracia, y este movimiento nos aleja de Dios. La sucesion de las tinieblas y de la luz nos representa el combate de Satanás contra la verdad: el invierno nos ofrece la imágen de la muerte: la primavera nos da idea de la resurreccion: los males y los bienes de esta vida nos revelan el Cielo y el infierno: el sol suave y ardiente á Dios magnánimo en su bondad y severo en su justicia. El alumbra siempre aunque detrás de la nube: el Verbo iluminaba al mundo, aunque el mundo no le viese. El carbon y el diamante son de la misma sustancia, como el alma del justo en el Cielo y el alma del pecador en el infierno.

Así todo este mundo material es la imágen del mundo inmaterial: *invisibilia enim ipsius à creatura mundi per ea quæ facta sunt*. Las enfermedades físicas nos representan las enfermedades morales, y los venenos los errores: la muerte es imágen del pecado; es la separacion del alma y del cuerpo, como el pecado es la separacion del alma y de Dios. El cristal cubierto de un velo negro que le oculta los rayos del sol, es la imágen de una alma que no vé ya á Dios. La gota de agua que el sol hace brillar, es el alma que se ofrece á los rayos del Cielo. El alma, ese santuario oculto, es el templo del Espíritu Santo. El alma contiene un mundo de que es imágen el universo. Una alma en pecado es tan espantosa, que se necesitan todas las tinieblas del infierno para ocultarla; y una alma en estado de gracia es tan hermosa, que se necesitan todos los resplandores del Cielo para iluminarla.

El cuerpo espiritual y glorioso que la revelacion nos promete, tendrá las propiedades del pensamiento, y podrá estar don-

de quiera el espíritu. ¡No ven nuestros ojos sin confusion, en el mismo instante, montañas, valles y multitud de árboles? ¡No ven lo que está á miles de leguas, la luna y los astros, con tanta celeridad como la cumbre de una montaña? ¡Por qué, pues, el alma no ha de abarcar un dia todo el mundo espiritual, supuesto que los ojos podrian reflejar todo el universo creado? El hombre puede cerrar los ojos á la luz, como puede cerrar el corazon á la gracia. Los hechos del mundo moral se esplican así por los del mundo físico. Gracias á los misterios de la religion, toda la naturaleza tiene un sentido de que carece sin ellos. Así la religion hace por la naturaleza lo que la naturaleza por la religion: mútuamente se ilustran y prueban que salen de la misma mano.

El universo mismo no es mas que un reflejo del mundo invisible. La hermosura, la gracia, la armonía, el amor, la gloria, la alegría, son rastro de la Divinidad, escalones puestos en la tierra para elevarnos hasta el Cielo.

Veamos ahora las relaciones de los misterios del Cristianismo con las necesidades de la sociedad.

Antes que aquellos fuesen conocidos del universo, los vicios mas groseros tenian altares. San Justino, Taciano, Atenágoras y San Clemente Alejandrino, esponen el estado del mundo pagano entregado á todas las infamias, y es menester leer en sus obras el estado á que habia venido á parar el universo bajo el yugo de la supersticion y de la idolatría, para conocer hasta qué punto se habia degradado el hombre con su caida. La tierra era una guarida de crímenes, y el Olimpo estaba mas corrompido aun que la tierra. El culto de los dioses no servia mas que para degradar á sus adoradores. El pueblo, los sacerdotes, todos estaban igualmente pervertidos.

El orgullo y la ostentacion, esa era toda la filosofía pagana. La sabiduría consiste en conocer á Dios y al hombre, y todos los sabios de la antigüedad desconocian la naturaleza divina y la humana.

De pronto aparecen los Apóstoles en el Areopago de Atenas, enmedio de los filósofos de Roma, enseñando á los pueblos los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Redencion y de la Eucaristía.

Escuchad sus predicaciones: abrid los libros de los primeros cristianos: Dios, uno en tres personas, único en su esencia, hizo al hombre á imágen suya: la grandeza de éste consiste en unirse constantemente á estas tres personas divinas: el ser, la razon y el amor; en vivir de cada una de ellas.

¡Qué sublime revelacion! ¡Qué magníficas ideas de Dios y del hombre se ofrecen en este primer dogma! Mortales, teneis dentro de vosotros el pensamiento, la palabra y el amor; y este amor, unido al pensamiento y á la palabra, hace de vuestra alma una misma existencia. El hombre, pues, es una trinidad comenzada. El hombre, ese rayo de la gloria de Dios, ese soplo de su vida, puede conocer, contemplar y amar á Dios, como Dios se conoce, se contempla y se ama. La religion es el lazo de Dios y del hombre. Por ella una criatura unida *al que vive en todos los siglos*, entra en la sociedad eterna que *subsistia antes de la aurora*, y penetra en los resplandores de la Trinidad. La Trinidad es la religion del Cielo. Supuesto que existe fuera de Dios sobre la tierra una criatura que representa á la Trinidad, esta criatura se hace el segundo templo de la religion eterna.

Ved á San Pablo esponiendo estas verdades delante del Areopago: "Atenienses, decia, nosotros somos de orígen divino: ¿cómo, pues, podemos envilecernos á adorar unos ídolos de oro ó de plata?" La idolatría cayó ante la grandeza del misterio de Dios y del misterio del hombre, esplicado por el Cristianismo, porque el misterio de

la Trinidad hizo conocer á Dios y al hombre al universo.

El mundo comprendió entonces qué mano enemiga habia desfigurado aquella imágen de Dios, y cómo una de las tres personas divinas le restituia su primera hermosura, levantando al hombre de su caida, y restableciéndole en toda su dignidad. ¿Qué decir, pues, del misterio de la Encarnacion y de la Redencion, del misterio de la Cruz y del misterio no menos tierno del Sacramento de nuestros altares, que nos transmite los frutos de aquellos?

"Dios, dice San Pedro, nos ha traido por medio de su Cristo grandes dones y preciosas promesas, que nos hacen participar de la naturaleza divina.» El Verbo se hizo hombre para que cada hombre aprendiese á reproducir á Dios en sí mismo, imitando al Verbo, su imágen. El Verbo es antes de todos los hombres, y todas las cosas se reunen y se concentran en él: es el principio y el vínculo de todo lo que subsiste: en él habita la plenitud de las cosas. El Verbo estiende su Encarnacion á todos los hombres, que con la imitacion de su vida rinden á Dios el culto en espíritu y en verdad. Hállase satisfecha la necesidad de lo infinito nacida con todos los hombres. Sin la Encarnacion hay un tormento que nos devora. La Encarnacion nos trae la paz, supuesto que nos apaga esa sed ardiente que nada puede satisfacer. Dios es hombre: el hombre es Dios: hé ahí el misterio de los misterios: hé ahí la alegría, la grandeza del hombre: hé ahí el cumplimiento de sus esperanzas, el fin de su destino. La Eucaristía es la estension de la Encarnacion. El Verbo se encarna, por decirlo así, en todos los que le reciben con las disposiciones de sacrificio y de amor.

El hombre, uniéndose á Jesucristo, se diviniza en cierto modo: los escogidos no hacen mas que uno con él, y Jesucristo no hace mas que uno con su Padre Celestial: la gloria de la Divinidad del Verbo se derrama sobre todos los cristianos.

Por la Encarnacion Dios nos ama, supuesto que todos somos dioses por nuestra union con el hijo de Dios. Estas verdades, reveladas de pronto al mundo, fueron un nuevo sol que aparecia á los hombres sepultados en las sombras de la muerte. A la palabra de los Apóstoles todo se conmovió: la luz del Cristianismo penetró las tinieblas del paganismo.

La Encarnacion, los padecimientos y la muerte de un Dios, estos misterios han resucitado el universo. En la sangre de un Dios ha vuelto á encontrar el hombre el amor divino. Estos misterios han mudado el mundo, porque son los misterios del corazon, los misterios del amor. La abolicion de la servidumbre y de la idolatría, el respeto á la infancia y á la vejez, la rehabilitacion de la muger, porque una muger fué la Madre de Cristo; la fraternidad humana proclamada en el universo, el culto de un solo Dios en los templos y en los corazones: eso es lo que han producido los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Eucaristía.

No hay moral sin religion; y los dogmas cristianos son la moral mas elocuente. La niñez, lo mismo que la edad madura, entiende lo que quiere decir un Dios nacido en un pesebre; que evangeliza á los hombres; que muere en una Cruz para destruir el pecado, y que resucita del sepulcro para regenerar el linage humano. Amar á Jesucristo es amar á los pobres, es amar á toda la humanidad. Los hombres son nuestros hermanos en Jesucristo: la sangre del altar corre por mis venas y por las suyas. Hombre, aun tienes tu dignidad, gracias á los misterios: destrúyelos si te atreves; seria aniquilarte segunda vez.

A medida que se propagan estas grandes verdades, los miembros desparrama-

dos de la dilatada familia de Adan se reunen: todos los vínculos se estrechan: no corre ya la sangre humana sobre los altares: el amor sustituye en todas partes al odio: la civilizacion succede á la barbarie; y las luces mas puras brillan al lado de los mas generosos sacrificios.

A la voz de la religion que nos propone los misterios, se vé caer las cadenas de la esclavitud; y la infancia, arrancada de la muerte ó del crímen, halla en la leche de una madre cristiana, la vida que le niega una madre natural. Cada miseria, cada padecimiento alcanza el alivio que le es propio, y encuentra un asilo pronto á recibirla. Por todas partes es respetada y aliviada la humanidad: por todas partes se levantan monumentos de la caridad cristiana que recoge en su seno á todo el que sufre. Esos asilos de la miseria y del dolor son diariamente testigos de los mas nobles sacrificios. Una multitud de doncellas van allí á enterrar su hermosura, su juventud, todas sus brillantes esperanzas, segun el mundo, para abrazar á la humanidad doliente. Los paises mas remotos, las regiones mas bárbaras, son recorridas por hombres que abandonan á sus padres, á sus amigos, su patria, por llevar la verdad á otros hombres, á quienes nunca han visto ni volverán á ver jamas.

Estos son los prodigios de valor, de amor y de abnegacion que nuestros divinos misterios han obrado. Donde quiera que han sido conocidos, han reformado al hombre y la sociedad. La Trinidad ha arrojado á los dioses del Olimpo, y derribado los ídolos: la Redencion ha creado el amor de Dios y de la humanidad. Ved el Cristianismo desde su entrada en el mundo: de siglo en siglo se va siguiendo el rastro de sus beneficios. La civilizacion y el respeto á la humanidad comenzaron con el conocimiento de sus dogmas en todos los pueblos, y se debilitaron á medida que fueron debilitándose los mismos dogmas, como el principio de la noche se deja sentir á medida que el sol se aleja. Contémplense las regiones de Africa en tiempo de San Agustin, y véase hoy lo que son desde Mahoma. Recuérdese en qué vino á parar la Francia cuando perdió la fé: la Francia tan dulce, tan culta, asombró á los mismos bárbaros.

Por esto el universo, gracias al conocimiento de los misterios de Dios esparcido por todo el mundo, repite ahora las palabras de los ángeles al tiempo de nacer Jesucristo: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Creamos, pues, en los misterios, supuesto que están en tan perfecta armonía con el mundo físico y con la naturaleza del hombre: nos será dada toda verdad cuando la miremos como destinada á reinar sobre nosotros, cuando no le neguemos ningun sacrificio: seamos puros, y seremos iluminados con la luz del Verbo, y entraremos en el santuario de Dios, y todos los velos se descorrerán para nosotros. La recompensa de la fé será ver con claridad. Contemplad al justo entrando en aquella mansion donde desaparecen todas las sombras. ¡Qué transportes, qué delicias llenan su alma! ¡Cómo bendecirá el tiempo en que haya creido, á pesar de la obscuridad en que haya amado sin ver! Unido á la eternidad del Padre, á la ciencia del Hijo, y al amor del Espíritu Santo, vé, ama y posee todo lo que entrevemos nosotros ahora: la luz inunda sus ojos, y él camina de claridad en claridad, perdiéndose en los resplandores de un sol que no tendrá noche.

(Se continuará.)

CONSUELOS DEL HOMBRE EN LA CONTEMPLACION DE DIOS.

Si nuestra naturaleza moral exige que el objeto de nuestros deseos esté siempre á grande distancia; si el pensamiento es semejante al curso de las olas, á las cuales agita sin cesar un movimiento continuo; si nuestros placeres tienen un secreto enlace con los bienes de opinion, cuyo término no es mas que una sombra fugitiva; si en la suerte del hombre todo es precario é incierto, ¿con qué interés, con qué respeto, con cuánto amor no deberemos contemplar el hermoso sistema de esperanzas fundadas en la existencia de un Dios Eterno y Supremo Remunerador? ¡Qué valor no nos comunica esta sublime idea? Sin cesar encamina nuestra mente hácia el porvenir, como si salvase del instante presente la parte mas pura de nosotros mismos: esa suprema idea es el encanto del mundo moral; y si posible fuera destruirla, una eterna melancolía se apoderaria de nosotros, y un fúnebre y tenebroso manto reemplazaria al diáfano y sutil velo por entre el cual divisamos el espectáculo mas hermoso de la vida. Hallariamos tal vez una sombra de felicidad en aquellos hermosos dias de la juventud, en que los placeres de los sentidos se multiplican hasta el punto de parecer que llenan el espacio; pero cuando las pasiones están mas templadas por la edad y por el hábito de satisfacerlas; cuando las fuerzas se sienten abatidas por la vejez ó destruidas por las enfermedades; cuando llega el tiempo en que los hombres se ven precisados á buscar en los sentimientos morales el principal alimento de su felicidad; ¡qué seria si se disipasen esas consoladoras esperanzas que tanto los reaniman y consuelan? ¡Cuán infeliz no seria su existencia si se debilitase en ellos esa imaginacion activa que vivifica los objetos futuros á que pueda alcanzar la prevision?

Reflexiónense las funestas consecuencias que nacerian de la total destruccion de esas ideas religiosas. No es una opinion sola, una sola perspectiva lo que perderian los hombres: perderian tambien el interés, el encanto de todos sus deseos y de toda su ambicion. Nada hay indiferente cuando nuestras acciones y designios pueden alzarse de cualquier modo á un deber, ni cuando el ejercicio y la perfeccion de nuestras facultades parecen ser principio de una existencia cuyo último fin nos es desconocido; pero si este fin se ofreciese á nuestra vista en todas partes; si le palpásemos, por decirlo así, á cada momento, ¿qué fuerza de ilusion seria bastante para librarnos de que cayésemos en un triste y penoso desaliento? Estrechamente circunscritos en el breve espacio de la vida, tendriamos de tal modo presente nuestro último fin, que á cada empresa, á cada pensamiento, á cada sensacion nos parariamos á examinar si merecia la pena de que nos ocupásemos de ellos seriamente. La gloria misma que se llama inmortal no nos estimularia, nos seria del todo indiferente si estuviésemos convencidos de que no puede nacer, elevarse y subsistir, sino en espacios y en tiempos enteramente estraños aun á nuestra imaginacion. Necesario es, pues, que lo futuro nos pertenezca, para que podamos sentir el amor inquieto de una dilatada celebridad, y el movimiento ardiente hácia las cosas grandes, que es su natural consecuencia.

Se engaña tristemente todo el que cree que la religion nos hace mirar con disgusto los negocios y los placeres lícitos de este mundo, pues que, por el contrario,

ta de los señores sacerdotes de que hice mencion al principio, para que con su ejemplo, predicacion y administracion de Sacramentos, con las amplísimas facultades que les he delegado, se alcance la reconciliacion con Dios nuestro Señor, mediante el fruto de la sangre de su divino Hijo, á cuya reconciliacion se seguirá, como espero, el sosiego público que turba fundamentalmente el pecado, y que en vano procuran los hombres recobrar sin la verdadera penitencia.

Oid, pues, amadísimos hijos mios, con docilidad á esos sacerdotes de Jesucristo, que vuelvo á decir os envio: deponed á sus piés vuestros resentimientos: hacedlos depositarios de vuestras quejas, que ellos sabrán transmitirlas á la autoridad respectiva, á quien toque poner remedio.

Oid tambien, amados hijos, la voz de Dios en la de vuestro Pastor diocesano, y no querais endurecer vuestros corazones, ni tentar á Dios despreciando su misericordia, si volveis las espaldas y cerrais los oidos al clamor de sus ministros. Dios os visita, Dios os busca, Dios os llama, Dios os convida en esta ocasion la mas oportuna, para que merezcais gracia del Cielo, favor y proteccion de los poderes de la tierra.

¡Gran Dios! Vos que lo sabeis todo; que lo penetrais todo; que lo podeis todo; que podeis todo lo que quereis, y que nada mas quereis que la salvacion de unas almas que os costaron la sangre y la vida; miradlas con ojos de misericordia: en este santo tiempo prevenidlas con vuestra luz; preparadlas con vuestra gracia; enterneced las con vuestra dulzura; convertidlas con vuestra piedad; sanadlas con vuestro poder; hacedlas del todo vuestras aquí por gracia, y en la eternidad por gloria que les deseo cordialmente con mi pastoral bendicion.

En Mérida, dia de la Purificacion de María Santísima, mi ama y Señora, á dos de Febrero de un mil ochocientos cuarenta y ocho años.--*José María*, Obispo de Yucatan.



CARTA DEL GENERAL DE LOS JESUITAS AL COURRIER FRANÇAIS.

"Roma, 14 de Setiembre de 1847.--Señor redactor: En el número de vuestro periódico correspondiente al 27 de agosto, se publicó una carta anónima fechada en Roma, en la que leo los pasages siguientes: "El partido jesuita-retrógrado está "en complot permanente contra Pio IX... "La Cerdeña parece quiere sostener á Pio "IX; pero el partido jesuita es poderoso "en el Piamonte....Se está convencido de "que el partido austro-jesuita hace todos "sus esfuerzos para derribar al cardenal "Ferreti."

"A pesar de la repugnancia que me causa el ocupar al público acerca de mis justas quejas contra una malevolencia obstinada, me es imposible, señor redactor dejar sin respuesta unas acusaciones, que serian muy graves si no carecieran de fundamento.

"Ignoro absolutamente, señor redactor lo que el corresponsal de vd. ha querido decir al hablar de un *partido jesuita, de un partido jesuita-retrógrado, de un partido austro-jesuita*, que existe en Roma ó en el Piamonte. Los verdaderos jesuitas, esto es, los individuos de la Compañía de Jesus, en ninguna parte son hombres d

partido. Nuestra compañía es una órden religiosa aprobada solemnemente por la Iglesia; su único objeto es el que espresa su instituto, la gloria de Dios y la salvacion de las almas; sus medios, la práctica de los consejos evangélicos y el celo de que los Apóstoles y varones apostólicos de todos los siglos les han dado ejemplo; ella no conoce otros. La política le es estraña; nunca ha unido su suerte á la de ningun partido, sea el que fuere: su mision es mayor, mas elevada que todos los partidos. Hija sumisa de la Iglesia, está á su servicio donde ésta quiera emplea la. Puede muy bien la calumnia complacerse en esparcir pérfidas insinuaciones y en presentar á los jesuitas como ocupados en intrigas políticas; pero estoy seguro de que no se me señalará ni uno solo de los religiosos que están bajo mis órdenes, que en esta parte se haya apartado del espíritu de nuestro instituto y de lo que en él espresamente se prescribe.

"No concibo, pues, señor redactor, qué ha querido decir el corresponsal de vd. con eso de un partido jesuita. ¡Habrá pretendido insinuar que los jesuitas de los Estados romanos han hecho alianza con el Austria? Pero entonces seria dar á estos religiosos estraordinaria importancia. Sin embargo, semejante suposicion es tan contraria al buen sentido, á la razon, á la evidencia misma, que hace imposible toda refutacion. ¿Habrá querido hacer creer que los jesuitas están infeudados al gobierno austriaco, y que la forma de este gobierno es la única que obtiene las simpatías de los jesuitas? Pero esto, señor redactor, me presenta la ocasion de esplicar de una vez para siempre la posicion que la Compañía de Jesus ha tomado, y que procurá conservar con todos los gobiernos, bajo los cuales tienen que vivir sus individuos.

"La Compañía de Jesus, á imitacion de la Iglesia, no tiene antipatía ni predileccion á las diferentes constituciones políticas de los Estados. Sus individuos aceptan con sinceridad la forma de gobierno bajo la cual les coloca la Providencia, ora los aliente y fomente un poder amigo, ora se limite á respetar en ellos los derechos que reconoce y respeta en los demas ciudadanos. Si las instituciones políticas del pais en que habitan son defectuosas, ellos sufren sus defectos; si se perfeccionan, ellos aplauden sus mejoras; si proclaman para los pueblos nuevos derechos, ellos reclaman para sí mismos el mismo beneficio; si ensanchan los medios de libertad, ellos se aprovechan de esa anchura para dar mas estension á las obras de beneficencia y de celo. Por todas partes se amoldan á las leyes, y respetan los poderes públicos, y tienen los sentimientos todos de todo buen ciudadano, y comparten con éstos sus cargas, sus padecimientos y sus goces. Y esto es así, señor redactor, porque á los ojos de los jesuitas un interés supremo domina á todos los demas, y ese interés e la felicidad de los hombres en una vida mejor y mas duradera. Donde quiera que este objeto se consiga, los jesuitas se aclimatan sin repugnancia y sin dificultad.

"Ahí tiene vd., señor redactor, cuáles son los principios de los jesuitas respecto de los gobiernos y de sus diversas constituciones políticas; ahí tiene vd la línea de conducta que se han trazado, y de la que esperan no separarse jamás.

"Pero respecto del gefe de la Iglesia, los jesuitas se creen unidos á él con obligaciones mucho mas rigurosas. Ellos creen deberle una parte mucho mas estensa en sus afectos y en su adhesion. A sus ojos, el soberano Pontífice no es solamente un príncipe temporal á quien deban sumision y respeto; es sobre todo para ellos un Padre y el representante de Jesucristo. Bajo este título recibe de los jesuitas testimonios los mas espresos de veneracion; cuantos actos emanan de su autoridad, son

recibidos por ellos con amor, y las disposiciones que cree deber tomar para la administracion de sus Estados, las aprueban y defienden: sus avisos son para ellos órdenes; y mirarian como su mayor desgracia el contristar su corazon paternal.

"Rechazo, pues, señor redactor, con toda la energía de mi alma, tanto en mi nombre como en el de toda la órden que me eligió por su gefe, la calumnia á que ha dado vd. cabida en las columnas de su periódico. Es tan contrario á la verdad como á la notoriedad pública, el que los jesuitas se hallen *en complot permanente* contra el augusto Pontífice á quien el universo entero saluda con sus aclamaciones. Amar, venerar, bendecir, defender al papa Pio IX, obedecerle en todo, aplaudirle las prudentes reformas y mejoras que le plazca introducir, es para todo jesuita un deber de conciencia y de justicia, que siempre les será grato cumplir. Y este deber, comun á todos los súbditos de los Estados romanos, será tanto mas fácil de cumplir, cuanto que el Santo Pontífice que hoy ocupa la cátedra de San Pedro, reune al sagrado carácter de que está revestido, todas las virtudes que la Iglesia honra, todas las grandes cualidades que el mundo admira. Esto ademas será para los jesuitas en particular un deber de gratitud, puesto que Pio IX, desde el dia que ciñó la triple corona, no ha cesado de dar á la Compañía de Jesus prendas de su benévolo y paternal afecto.

"Sírvase vd. recibir la seguridad de todos mis sentimientos, &c.--*Roothaan*, general de la Compañía de Jesus.

CONSUELOS DEL HOMBRE EN LA CONTEMPLACION DE DIOS.

Las ideas sobre la felicidad son de igual importancia para todos los hombres, y ejercen en todos el mismo influjo, dependiendo su felicidad ó su desgracia de su mayor ó menor filosofía y de lo mas ó menos que esté perfeccionado por la educacion su pensamiento.

Los hombres que parece tienen necesidad mas urgente y mas continua de la idea de Dios, son aquellos á quienes la muerte de sus padres ha dejado sin ninguna especie de propiedad, y privados al mismo tiempo de los recursos que proporciona una buena instruccion. Esta clase de hombres, condenados á trabajos groseros y como á existir encerrados en los límites de una vida penosa y uniforme, en la que cada dia es igual al que le precede, sin que pueda distraerlos ninguna lisongera esperanza: esos hombres, que saben que hay un muro de separacion entre ellos y la fortuna, y que, si dirigen sus miradas á lo futuro, no descubren sino el estado miserable á que puede conducirlos una enfermedad, ó la situacion deplorable á que se verán espuestos por el cruel abandono que los acompañará en su vejez, ¡con qué gusto, con cuánto placer no abrigarán la consoladora esperanza que nos inspira la idea de un Supremo Remunerador! ¡Con cuánta satisfaccion no deben saber que despues de esta vida, en que los oprimen tantas desproporciones, ha de haber un tiempo de recompensa y de igualdad! Y ¡cuán dignos no serian de lástima si tuviesen que renunciar á un sentimiento que se trasforma para ellos en una idea general, la única que pueden concebir con facilidad y aplicar debidamente, la única de que hacen uso en todos los sucesos y circunstancias de su vida!--"Dios lo quiere,"--se dicen á sí mismos; y este pensamiento mantiene su resignacion.--"Dios os recompensará; Dios os lo pagará,"--dicen á los demas, cuando de ellos reciben algun beneficio; y estas palabras les recuerdan

que el Dios de los ricos y de los poderosos lo es tambien de los pobres, y que lejos de serle indiferentes sus desgracias, se digna encargarse del agradecimiento. ¡Cuántas otras espresiones populares conducen sin cesar á los mismos sentimientos de confianza y de consuelo!

Estas relaciones continuas del pobre con Dios, son las que le ensalzan á sus propios ojos; las que le impiden agobiarse enteramente bajo el peso de los desprecios con que le tratan, y las que le dan valor para resistir al orgullo de los soberbios. ¡Qué mayores efectos podrian esperarse de una idea tan sencilla! Así es que entre los diversos caracteres de que está revestida la religion, el que mas llama la atencion y el que mas particularmente descubre un Poder Divino, es ese bien moral que produce, el cual, como los grandes beneficios de la naturaleza, pertenece igualmente á todos los hombres; pues así como el sol no distingue clases ni condiciones en la distribucion de sus rayos, del mismo modo las ideas consoladoras que nacen de la creencia de un Sér Supremo y de todas las esperanzas que en él se reunen, pertenecen igualmente al pobre y al rico, al débil y al poderoso, y se pueden disfrutar en una rústica cabaña tan bien como en los suntuosos palacios levantados por el orgullo y la magnificencia.

No podriamos ménos que compadecernos justamente, si, despues de considerar con atencion la suerte de la mayor parte de los hombres, los viésemos privados de repente de la única idea que les dá aliento y los consuela; porque en ese caso no tendrian á Dios por confidente en sus trabajos: no irian á buscar al pié de los altares sentimientos de paz y de tranquilidad: no levantarian sus preces al Cielo para implorar su misericordia; y su pensamiento se limitaria solo á esta tierra de dolor, de muerte y de perpetuo silencio. Entónces la desesperacion ahogaria sus sollozos: entónces, revelándose contra ellos todas sus reflexiones, solo servirian para atormentarlos: no correrian entónces de sus ojos las lágrimas consoladoras que ahora derraman con tanto gusto, porque dimanan de la dulce persuasion de que existe en la otra vida una Fuente inagotable de misericordia y de bondad. ¿Quién no ha visto á algunos ancianos venerables postrados frecuentemente sobre las losas de los sepulcros, en los pavimentos de los templos? Su cabello, encanecido por el tiempo, su frente arrugada por el curso de los años, el temblor que la mucha edad les imprime, y cuanto se nota en ellos, ¡no inspira respeto, veneracion? Y ¡qué sentimientos se apoderan de nosotros cuando los vemos levantar sus trémulas manos para invocar al Dios del universo, al Dios de su corazon y de su alma! ¡cuando, en aquel momento solemne de profunda devocion, los vemos olvidados de sus dolores presentes y de sus trabajos pasados! ¡cuando los vemos levantarse con un semblante mas sereno, é impresa en su frente la tranquilidad y la esperanza! ¡Ah! vosotros, los que juzgais la felicidad por las alegrías de este mundo, no los compadezcais, pues aunque sus facciones están desfiguradas, y su cuerpo vacila, y aunque la muerte dirige sus pasos y los sigue de cerca, ellos la ven venir sin susto, y no temen el fin inevitable, cuyo solo pensamiento os hace estremecer. Ellos, por medio del amor, se han acercado á Aquel que es Bueno, á Aquel que todo lo puede, á Aquel que no es posible adorar sin una dulce consolacion. Vosotros, los que despreciais la religion, id y contemplad ese espectáculo; los que os creeis dotados de superiores talentos, id á contemplarlo, y vereis cuán poco vale vuestra pretendida ciencia para la verdadera felicidad. ¡Ah! Mudad la suerte de los hombres, y dadles á todos, si podeis, parte en los bienes y delicias de la tierra; y si á tanto no alcanzais, respe-

tad un sentimiento que sirve para rechazar las injurias de la adversa fortuna. Y puesto que los mas crueles tiranos jamas intentarán destruirle, ni lo hubieran logrado por grande que hubiera sido su poder, no pretendais vosotros conseguirlo; mas si por una desapiadada doctrina quereis privar á los ancianos, á los enfermos, y á los indijentes de la única idea de felicidad á que pueden acogerse, recorred tambien esas prisiones, esos subterráneos en que los desgraciados desfallecen con el peso de las cadenas, y destruid con vuestras propias manos, si podeis, el único resquicio por donde les entran en su alma algunos rayos de luz consoladora.

Pero no se crea que sola una clase de la sociedad esperimenta continuamente esos consuelos: tambien los sienten los que tienen que quejarse de los abusos de la autoridad, de las injusticias del público, y de las varias contrariedades de su destino: tambien los esperimentan el inocente condenado, el virtuoso perseguido, el que cayó una vez por flaqueza y se vé calumniado y severamente reprendido; en fin, todos aquellos que, seguros de la pureza de su conciencia, buscan un testigo de sus intenciones, y un juez recto de su condu ta.

El hombre de carácter sublime, y dotado de un corazon capaz de varias impresiones, siente tambien la necesidad de contemplar en el Sér Infinito, y en considerarle Autor de todas las ideas de perfeccion de que está llena su mente: á él dirige los varios sentimientos de que no puede hacer ningun uso en medio de la corrupcion que le rodea: en él encuentra un motivo inagotable de admiracion: en él puede renovar y purificar sus pensamientos cuando sus ojos están cansados del espectáculo de los vicios de la tierra y de la continua succesion de unas mismas pasiones. En fin, la idea de Dios suaviza á cada instante y hermosea á nuestra vista el camino de la vida: por ella gustamos del placer de todas las bellezas de la naturaleza, y por ella participamos de todo lo que vive y de todo lo que se mueve. El ruido de los vientos, el murmurio de las aguas, el pacífico movimiento de las plantas, todo nos causa placer, todo enternece nuestro corazon, con tal de que nuestro pensamiento pueda elevarse hasta una Causa universal; con tal de que podamos descubrir en todas partes la obra de Aquel á quien tanto amamos; con tal de que podamos distinguir las huellas de sus pasos, y los vestigios de sus intenciones; con tal de que creamos asistir así al espectáculo de su Poder y á la magnificencia de su Bondad.

Mas donde principalmente esparce su Piedad nuevas delicias y nuevos consuelos, es en los placeres de la amistad. La sensibilidad y el amor no tienen límites; pues siendo infinitos como el pensamiento, no podrian subsistir sin inquietudes, si las opiniones benéficas, engrandeciendo la esfera de lo futuro, no nos permitiesen considerar sin espanto la revolucion de los años y el curso rápido de los tiempos. Por eso se convierte en una dulce emocion aquella melancolía que se apodera de nosotros cuando estamos separados de los objetos de nuestro cariño, pues una meditacion de las ideas generales de felicidad, nos los presenta delante con la esperanza de volvernos á juntar con ellos algun dia. ¡Ah! ¡cuánta necesidad no teneis de estas preciosas ideas vosotros los que, tímidos en medio de este mundo, ó desalentados por la desgracia, estais como solos, aislados, porque no participais de las pasiones y del bullicio de la mayor parte de los hombres! Necesitais un amigo, y no hallais mas que compañeros de fortuna; necesitais de un consolador, y no hallais sino ambiciosos, egoistas indiferentes á todo lo que no es crédito y poder; necesitais de un tierno y sensible confidente, y tampoco lo encontrais; porque el continuo movimiento de la sociedad dispersa todos los afectos y dis-

minuye todos los intereses. Y si por dicha hallais á ese amigo, á ese confidente, á ese consolador; si le adquirís por medio de los lazos de la mas perfecta union; si vivís en un hijo, en un tierno esposo, en una muger querida, ¡qué otra idea sino la de Dios puede socorreros cuando se os presenta la espantosa imágen de una separacion perpetua? ¡Ah! en semejantes momentos, ¡con cuánto regocijo abrazamos las ideas de una vida futura! ¡Con qué ansia prestamos el oido á estas palabras consoladoras que se conforman tan perfectamente con los deseos y con las necesidades de nuestra alma! ¡Cuán mal se avienen la idea del amor y la de una eterna aniquilacion! ¿Cómo será posible unir á la dulce comunicacion de intereses y de pensamientos que el amor proporciona, al continuo y puro placer de todos los dias y de todos los instantes, á una vida tan deliciosa; cómo unir á toda esa felicidad la persuasion íntima y la imágen espantosa de una muerte sin esperanza y de una destruccion completa? ¿Cómo ofrecer la sola idea de olvido á las personas que aman, á aquellas que cifran todo su amor propio y toda su ambicion en el objeto de su cariño y de su ternura? En fin, cercanos al sepulcro, ¿cómo pronunciar delante de ellos las insoportables, las terribles palabras *¡para siempre! ¡para siempre!* Dulces son cuando se consagran á un objeto querido las lágrimas y los suspiros, y mucho mas dulces aún cuando, en medio de los dolores, podemos invocar el nombre de Dios.

Pero si todo el universo estuviese sordo á nuestras voces; si nadie oyese nuestras lastimeras quejas; si una eterna separacion hiciese desaparecer la imágen de nuestro amor; si el mas desdichado, el que tiene todavía en la mano una de las estremidades de la cadena de la union y de la felicidad que la muerte ha roto, no pudiese decir:—"en la otra vida está su alma pura y celestial, y confio en que su corazon, que supo amarme, me espera y me llama cerca del Gran Sér á quien juntos adoramos de comun consentimiento;"--si en lugar de tan dulcísimo consuelo fuese necesario considerar la tierra como un sepulcro cerrado para siempre,... ¡ah! el corazon desfallece,... y no hay fuerza, no hay apoyo para semejantes ideas: parece que la naturaleza entera se estremece y que el universo se desploma para sepultarnos en sus ruinas.... ¡Oh sublime idea de Dios, manantial de tantas esperanzas; no abandones jamas al hombre! ¡Tú eres su aliento, tú su esperanza, tú su vida!: ¡no le abandones, ni le dejes dominar de esa absurda filosofía que, fingiendo dar consuelo, martiriza el corazon!

Vosotros, los que os creeis iluminados por una nueva sabiduría, figuraos que hay un infeliz necesitado de consuelo, que os dice:--"Me hallo oprimido por el mas acerbo dolor: un padre querido, una madre tierna que eran mi único apoyo, que me guiaban con sus consejos y me hacian feliz con su amor, acaban de desaparecer: un hijo, una hija que eran toda mi gloria y todo mi consuelo, han dejado tambien de existir: una esposa adorada, una compañera fiel, cuyas palabras, cuyas acciones, cuyos sentimientos, cuyas miradas alimentaban mi vida, acaba de espirar en mis brazos: hé ahí mi infortunio; ¿qué me decís? ¿qué consuelo me dais?"--Y vosotros, ¿qué le respondeis?--"Procura distraerte,--le aconsejais;--olvídalos: un abismo sin fin te separa para siempre de esos objetos tan queridos; y esos pensamientos, esas lágrimas que tan dolorosamente te atormentan, no son mas que una forma de vegetacion, y el último juego de una materia orgánica."--"¡Ah!--os responde el infeliz;--vosotros habeis amado, y podeis pronunciar tranquilamente tan horrorosas palabras! Escusaos de darme esos bárbaros consejos, que me son mas crueles que mis propias penas.--Y tú,--prosigue re-

signado,-- hija del Cielo, amable y dulce Religion, ¡qué me dices? *Espera, espera: un Dios te ha dado cuanto tienes; te ha creado, y él solo puede volverte la felicidad que perdiste.»--*

¡Qué diferencia entre esos dos lenguajes! ¡Cuánto nos envilece el uno, y cuánto nos ensalza el otro! ¡Cuán contrario es el uno á nuestros sentimientos mas amados y cuán dulcemente se une el otro á todas las ideas que constituyen nuestra felicidad! A los hombres toca escoger entre esas dos guias tan diferentes: digan si quieren mas las tinieblas que la luz; la muerte que la vida: si prefieren al benéfico rocío los vientos abrasadores; la aridez del invierno á las flores de la primavera, y la insensibilidad de las piedras á los dones mas brillantes de la naturaleza.

Sin la idea de Dios, el mundo no seria mas que un desierto adornado de algunos prestigios; y el hombre, desencantado por la luz de la razon, no hallaria sino motivos de tristeza por todas partes. La idea de la existencia de un Sér Supremo se aplica á todas las circunstancias de la vida, y solo ella pueda inspirar á los hombres una verdadera dignidad; porque pequeña cosa es todo lo que es puramente personal, todo lo que eleva á los unos algunas líneas sobre los otros. Para tener algun motivo de orgullo, es necesario elevar nuestra naturaleza y compararla con aquella Sublime Inteligencia, á cuya semejanza fué formada. Entónces es cuando se conoce la pequeñez de todas estas distinciones unidas á nuestra superficie, sobre las cuales ejerce su imperio la vanidad; entónces cuando se dejan á esta reina del mundo sus adornos pueriles y sus locas pretensiones para buscar en otro mundo otra fortuna; y entónces, por último, es tambien cuando se vé que las virtudes solas son la única gloria que el hombre debe codiciar en la tierra.--*EE.*

OBSCURIDAD.

Ya no se notan lucientes
En el firmamento azul,
Aquellos rastros de lumbre
Que erraban en él aún.
Oculta ya en el Ocaso
Del sol la radiante luz,
Todo es misterio en el mundo,
Todo silencio y quietud.
Cubre la estension del globo
Denso tenebroso tul:
Cesa el murmullo, y renace
La calma del ataúd.
Que, cual fúnebre sudario,
Sobre nuestra urna comun,
La noche sobre la tierra
Tendió su negro capuz...
El aire gime revuelto
Como fatídico augur
En las anchísimas hojas
Del gigantesco abedul;
Desciende espesa la lluvia,
Ruge el trueno, y á la luz
Del relámpago, el vacío
Se tiñe en cárdeno azul.
¿Qué es esto? ¡Llegó á su colmo
La perversa ingratitud
Del mortal, y se desborda
La cólera de Jesus?....
¿El brazo de la justicia
¿Se armó ya de la segur
Que ha de reducir á polvo
Nuestra soberbia comun?...
¿Vuelven á hundirse en el Caos,
La tierra, el cielo y la luz,
Como en Nínive, cumpliéndose
La prediccion de Nahun?...
Suspende, Señor, tus iras;
Retira tu brazo, ¡oh tú
Que por nosotros sufriste
Muerte sangrienta en la Cruz!
Si es muy grande nuestra culpa,
Mayor es tu excelsitud,
Y es capaz el hombre mísero
De arrepentimiento aún....
Vuelve á mostrarte sereno
En el firmamento azul,
Y vuelvan á ver mis ojos
Del sol la radiante luz. *A. R.*

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

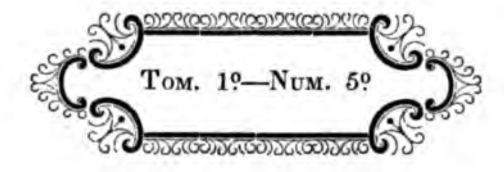


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



TOM. 1º—NUM. 5º

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

dos Europas, la religiosa y la moral, la material y la guerrera, los pontífices hubieron de ver la necesidad en que estaban de construir dos poderosos centros de atraccion y de unidad, que correspondieran exactamente á esas dos Europas distintas. Entonces fué cuando los pontífices, con solo su querer, dieron el soplo de vida al imperio del Occidente, al cual se sujetaron y obedecieron todos los príncipes y todas las naciones. Las relaciones entre el imperio y el pontificado fueron, cuando se llevó á cabo esta gran mudanza, las que habia puesto entre esas dos potestades la naturaleza misma de las cosas. Tenia el pontificado sobre el imperio el derecho de primogenitura, y hasta el de la paternidad; de donde resultó que los emperadores de la raza Carlovingia rindieron un culto filial á los pontífices de Roma, y que la espada del imperio estuvo puesta al servicio del pontificado: y así debia de ser, si se atiende á que el imperio era el representante robusto de la fuerza social, y la Iglesia el representante altísimo de la conciencia humana.

Siguióse de aquí, que los emperadores, cualquiera que hubiera sido el modo de su aleacion, no podian tomar el título, ni las insignias de la dignidad imperial, sino despues de haber prestado al papa un juramento de fidelidad, que si no significaba una dependencia feudal, significaba por lo menos la obligacion en que se constituian, de reverenciar la dignidad altísima del pontificado, y de defender los intereses de la Iglesia. La fórmula de este juramento, conservada por Muratori, era en el siglo IX como sigue:--"Yo (aquí el nombre), rey de romanos, por la gracia de Dios, futuro emperador, prometo y juro en presencia de Dios y de San Pedro, ser en adelante protector y defensor del soberano pontífice, y de la santa Iglesia romana en todas sus necesidades, así como tambien ser el guardador y conservador de todas sus posesiones, honores y derechos, hasta donde alcance y pueda, con la ayuda de Dios y con recta y pura voluntad, *sic me Deus adjuvet, &c.*" Esta fué, con ligeras variaciones, la fórmula adoptada para el juramento de los emperadores durante los siglos medios. En los que vinieron despues mudaron las cosas de semblante.

Enflaquecida la fuerza moral del pontificado, el imperio no solo aspiró á consolidar su independencia, sino tambien y mas principalmente á abrir las zanjas y á echar los fundamentos de su dominacion sobre la Iglesia y sobre la Italia, la cual fué considerada desde entonces como un feudo por los emperadores alemanes. Esas pretensiones cesáreas han sobrevivido al imperio de los Césares, siendo uno de los espectáculos mas singulares de la historia, que existan todavía las pretensiones del imperio occidental, cuando no existe ya el imperio de Occidente. Cuando habia emperadores de Alemania, habia imperio. Pero desde que Napoleon, llevando sus águilas por el mundo, quiso ser en el imperio solo, y dió al traste con el Santo Imperio Romano, el imperio, considerado como institucion europea, ha dejado de existir, siendo solamente la dignidad imperial, en la casa de Austria, una dignidad ociosa y un título vano. Esto no obstante, los emperadores de Austria han sido constantes en reclamar sus privilegios con respecto al pontifi ado y á la Italia.

Su yugo, señaladamente desde que la revolucion francesa fué comprimida por los ejércitos de la Europa, ha sido duro, pesado é implacable; sin que sea fácil calcular hasta dónde hubieran llegado los desmanes de la insolencia austriaca, si Dios, apiadado de la esclavitud de la Italia y de la servidumbre de su Iglesia, no las hubiera enviado un libertador en el gran pontífice que hoy ocupa con gloria la silla de San Pedro.

Gobernador de pueblos que pertenecen

á diferentes razas, vínculo artificial de cohesion entre razas separadas unas de otras por rencores históricos; el emperador de Austria, temeroso de la disolucion de un imperio en cuya formacion no ha tenido parte la naturaleza, sino solo el artificio, es por la fuerza misma de las circunstancias el mantenedor en Europa de la unidad indivisible de la potestad suprema. La libertad que vigoriza y robustece á las sociedades compuestas de miembros fuertemente adheridos entre sí, disuelve instantáneamente aquellas otras en cuyos miembros ni hay trabazon ni adherencia. Su facticia unidad no puede conservarse sino en virtud de la accion irresistible de una potestad avasalladora; y si, por ventura, la fuerza de presion llega á faltar, luego al punto el edificio se cuartea y cae. El absolutismo es para el Austria, compuesta de razas enemigas, la fórmula de su conservacion; y puesta en aquella zona del mundo en donde soplan constantes ya las apacibles brisas de la libertad, ya los recios vendabales de las revoluciones, para resistir á su empuje, tiene que acudir al despotismo, que viene á ser de esta manera la forma necesaria de su potestad absoluta. De aquí procede aquel hondo terror, que hiela y paraliza sus miembros cuando se levantan aquellos revueltos torbellinos, que suelen llevar consigo en su carrera polvorosa á las naciones europeas: de aquí aquel insensato furor con que se precipita sobre el pueblo que con sus movimientos da señales de vida, si está solo y si es flaco. Así cayó á sus piés Polonia la heróica, la cristiana; tan rica de gloria como exhausta de sangre, exenta de amparo y escasa de ventura.

Pero como quiera que ese imperio facticio no puede durar largo tiempo, las señales de su declinacion son cada dia mas profundas y cada dia mas visibles. Por un lado tiene á la Rusia, que la abruma con su peso: por otro á la Prusia, que ha arrebatado ya de sus enflaquecidas manos el cetro de la Alemania: por otro lado á la Francia, tierra fecundísima, en donde han germinado todas las ideas de los pueblos, y de donde la ha de venir la muerte mas tarde ó mas temprano. La verdadera importancia, el verdadero poderío del imperio austriaco, consiste, por una parte, en la dominacion que ha ejercido hasta ahora sobre los pueblos italianos y sobre los cantones helvéticos, y por otra, en la grande autoridad moral, que, como potencia diplomática, han reconocido en ella las naciones. Ninguna voz ha sido mas augusta, ninguna mas respetada que la suya en los consejos de los príncipes y en los congresos de la Europa.

Ahora bien: las señales de su decadencia son visibles, aun considerándola bajo el punto de vista de su influencia esterior, la cual va menguando y cayendo de una manera prodijiosa. Por una parte, su voz ni ha sido la mas autorizada, ni la mas decisiva en las conferencias de Lóndres, relativas á la Béljica, y en aquellas á que dieran ocasion los ruidosos sucesos del Oriente, y por otra, su dominacion está comprometida por lo que toca á los cantones helvéticos; y por lo que toca á la Italia, se le resbala visiblemente de las manos.

Su política consiste en promover divisiones y en encender discordias: division entre los Estados para que la Italia no sea una. discordias entre los pueblos y los príncipes para que los príncipes estén solos y sean flacos: discordias principalmente entre el Padre Santo y sus pueblos para dominar á un tiempo mismo al rey y al pontífice, á los Estados romanos y al mundo católico. El imperio austriaco es el primero y el mas grande de todos los enemigos esteriores de Italia, y para el Sumo Pontífice el mas embarazoso de todos los obstáculos.

El segundo obstáculo le viene de la Inglaterra. Es cosa árdua y difícil por de-

su libertad, amparadas con el potentísimo escudo de Carlo-Magno. Carlos Martel derroca entre Tours y Poithiers al musulman prepotente, y aquel grave emperador, magnífico y dichoso entre cuantos llevaron el cetro de estas regiones occidentales, levanta diques contra la avenida del septentrion, salvando á la Francia y á la Europa del yugo de los bárbaros sajones.

¿Y qué es lo que hace ese gran pueblo en Italia? ¿Qué es lo què va á hacer en aquella gloriosa península? ¿Va á combatir por su libertad santa y por su nobilísima independencia, siguiendo las tradiciones carlovingias? ¿Va á descolgarse de los Alpes para caer sobre el insolente aleman, como cayó en otro tiempo sobre los insolentes lombardos? ¿Va á pregun ar, por ventura, qué es lo que hace allí el inglés, y cómo es que tiene, el que renegó de la fé, la insolencia de aspirar á la gloria de protejer la ciudad santa y al padre comun de los creyentes?

Seremos francos, y sobre todo imparciales, con Francia, y por lo tanto diremos sin empacho y sin rebozo, que su política en Italia, es la política propia de los pueblos que van declinando, ó que han declinado ya, y que con los infortunios y los años han perdido hasta la memoria de sus gloriosas tradiciones: diremos sin rebozo, que esa misma política, propia de pueblos decadentes, es la seguida en España, en la Grecia, en Constantinopla, en el Líbano, en el Egipto, en la Argelía y en Marruecos. La Francia, ostentosa de suyo, hace alarde de su decadencia como lo hizo de su gloria: sus retiradas y sus victorias la sirven igualmente de materia para sus vanos triunfos.

Esa visible declinacion es debida á difetentes causas: se debe por una parte, á la ascension al poder de las clases medianamente acomodadas, las cuales tienen en poco las gloriosas aventuras de los patriciados heroicos, y llaman insensatez y locura á las aspiraciones inmensas, que suelen tener las democracias en sus sublimes arrebatos: se debe en segundo lugar, á esa transformacion laboriosa, en que desde la revolucion de Julio está ocupada, de todos sus elementos sociales; como quiera que no es pequeña hazaña la que consiste en ajustar una sociedad á un nuevo molde, y en asentar sobre la lava ardiente de los volcanes, una nueva dinastía: se debe por último, y sobre todo, á ese estéril escepticismo que la tiene como rendida y postrada; como quiera que ni los hombres escépticos han dejado nunca en pos de sí ningun rastro luminoso, ni las sociedades escépticas han dejado huella en la historia. La fé que mueve á las montañas, mueve tambien á las naciones: los imperios sin creencias, viven y mueren ignorados.

Esto sirve para esplicar por qué la Francia va cejando en Italia y en el mundo: y para hablar solo de Italia, ¿quién no vé que la Francia es la única entre todas las naciones que allí se observan mútuamente, que está sin fé y sin creencias? El Austria tiene fé en el absolutismo como forma esencialmente conservadora de los imperios, y se lleva en pos de sí á todos los que recelan de la libertad y de sus torpes desmanes. La Inglaterra habla en nombre de una independencia gloriosa y de una libertad turbulenta, y arrastrará en pos de sí á todos los hombres inflamables y á todos los espíritus soberbios y varoniles. Pio IX muestra á la Italia y al mundo el semblante manso y apacible de la libertad católica, inflamada con los rayos de la caridad divina, y está seguro de ver rendidos á sus piés á todos los hombres de buena voluntad y de limpios pensamientos. Por lo que hace á la Francia, no conoce la libertad católica, recela de la revolucionaria, teme al gobierno absoluto, y predica una libertad enferma y quebrada de color, que ni es grandiosa como la revolucionaria, ni como la católica virginalmente apacible.

Tales son los graves obstáculos, las gravísimas complicaciones con que lucha heroica y hasta ahora dichosamente el hombre augusto y el Pontífice Santo que hoy gobierna á la cristiandad, y á quien rinden humilde culto de admiracion los príncipes y las gentes. Su deber es combatir, y combate: el nuestro es combatir á su lado sin contar los enemigos. Solo á Dios toca despues repartir con mano justiciera el vencimiento y la victoria.

LOS MISTERIOS DE PARIS.

CARTAS A UNA SEÑORA DE MUNDO.

CARTA TERCERA.

CONTINUACION DE LOS TIPOS.--CLASES POPULARES.

Muy señora mia:--Despues de haber procurado en mi primera carta hacer apreciar á vd. la concepcion y plan de los *Misterios de Paris*, comencé en la segunda el exámen de los diversos caracteres que contiene esta obra, único analísis que permite la epopeya vagabunda de Mr. Süe. Efectivamente, le he hecho observar, que no hay accion, propiamente dicha, en su libro; quiero decir, que es menos un objeto único que se desenvuelve de una manera constante y regular para conducirlo á un desenlace, que una especie de caos formado de objetos desemejantes y elementos heterogeneos, que, como otras tantas corrientes, arrebatan el espíritu de los lectores en direcciones opuestas. No es una sociedad bien regularizada, donde todos los miembros tienen entre sí relaciones naturales; sino una batahola que la fantasía del autor ha amontonado en el mismo lugar; un museo semejante al de Versailles, en que los cuadros mas desiguales y figuras disímbolas, están arbitrariamente reunidos.

El retrato de la *Guillabaora* ocupa un lugar preferente en la galería en que he introducido á vd., no solamente en razon del papel importante que representa en los *Misterios de Paris*, sino porque este tipo presenta, de una manera muy marcada, un carácter comun á la mayor parte de los que debo hacer pasar ante la vista de vd. Si *Flor de María* ha caido en los abismos mas profundos del vicio, ha sido casi por virtud. En efecto, ¿no fué á una buena accion á la que habia consagrado el poco dinero que ya le quedaba, y en seguida su desnudez la que la condujo á escuchar las proposiciones de la *tia Pelona*? (*) ¿Su depravacion, por otra parte, le impidió el

(*) *No es la* Guillabaora *la única á quien le sobrevienen desgracias por una buena accion. Entre otros puede citarse á German, reducido á prision, donde iba á ser víctima del* Esqueleto, *por haber pretendido salvar á la familia de Morel; á Marcial encerrado en su misma casa y casi asfixiado y muerto de hambre, por desear sacar de las infames manos de su madre y hermanos mayores, asesinos y ladrones, á los chicos Amandia y Francisco, &c.*--T.

haber conservado las cualidades mas brillantes del talento y del corazon? ¿El autor no la ha representado mas bien como víctima que como culpable? ¿Y no es evidente que se empeña en concentrar todo el interés ácia su persona?

Pues bien: este no es un accidente en el libro de Mr. Süe, sino un sistema. El autor tiene una fecundidad de imaginacion asombrosa para encontrar escusas á las acciones mas reprensibles, y alega la circunstancia atenuante con una superioridad que le habria asegurado un lugar distinguido en los bancos de una Audiencia. A la verdad, nos admiramos de que en ese numeroso escuadron de malhechores, que de algun tiempo á esta parte ha comparecido ante la justicia, no haya habido uno solo que haya reclamado los oficios de Mr. Süe, aun cuando solo fuese por librarse de una multa.

Casi todos los personages que han cometido crimenes, en los *Misterios de Paris*, han tenido, si no una razon para obrar como han obrado, á lo menos su escusa. Es cierto que no eran precisamente inocentes; pero sus mayores delitos debian cargarse á cuenta de la sociedad. Despues de la *Guillabaora*, permítaseme presentar al *Churiador*, á este hombre valeroso, leal y agradecido, digno de todo aprecio, que se dejará matar, y en efecto así se sacrifica, por quien sepa apreciar su mérito.--¿Y de dónde viene este *Churiador?* ¿Qué hace? ¿Quién es? Y ¿qué cosa es un *Churiador?* Procedamos por órden. El Churiador viene de galeras; mata cuando está de mal humor; y si una vez ha puesto la punta del dedo en la sangre, se sumerge en ella: ser *churiador* es ser asesino; *churiar* es degollar. Salvas estas pequeñas nulidades, es el hombre mas galante del mundo, incapaz de robar, bien entendido. El robo lo horroriza. ¡Cojerse lo de otro! ¡guarda! No lo hará por todo el oro del Potosí. El *Churiador* es firme en sus principios: mata; pero nada en el mundo le obligará á que robe.

Convengo en que esta monomanía homicida no carece de ejemplares; pero cada cual tiene su temperamento y su constitucion, y el *Churiador* es homicida por constitucion y asesino por temperamento. El homicidio no es en él un acto de crueldad, sino de higiene. El mismo cuenta que apenas salido de una infancia agitada por diversas vicisitudes, encontró una profesion á la que reconocia una vocacion verdadera, y era la de matar y desollar caballos viejos en Montfaucon: *Era de ver cuando estaba con las manos en la obra: á no ser un pantalon viejo que tenia, lo demas estaba en cueros vivos. Cuando tenia alrededor de mí quince ó veinte caballos arreatados, esperando su vez, con mi gran cuchillo bien afilado en la mano... ¡Caay! cuando me ponia á matar, no sé lo que me pasaba.... me volvia loco; me zumbaban las orejas.... todo el mundo era encarnado; la sangre se me subia á los ojos, y mataba.... y desollaba.... y desollaba... y desollaba, hasta que me caia el cuchillo de la mano. ¡Rayo!! ¡Qué gusto! Si hubiera tenido millones los hubiera dado por hacer aquel oficio.*

¿Qué podrá replicarse á esto? ¿Y qué podia hacer este pobre *Churiador* contra una pasion tan decidida? Si no hubiese matado, habria contraido una enfermedad; y desgraciadamente cuando le acometia el acceso, no hacia distincion de hombres á caballos. *Cuando la sangre me sube á los ojos*, dice el mismo, *veo encarnado y es fuerza que hiera.* Convéngase en que el *Churiador* no es del todo culpable en ejercer el oficio de asesino, así como la *Guillabaora* el suyo.

Casi lo mismo diré de la *Loba*. Esta muger (porque la *Loba* es una muger) merece bien tal nombre. Mas de una muger y aun mas de un hombre lleva su sello, y ella figura en el número de esas criaturas

degradadas que se alimentan del vicio mientras viven. Pero, semejante á la *Guillabaora* y el *Churiador*, la *Loba* es infame casi por fatalidad; y, en efecto, ¿cómo pudiera luchar con su destino? Ella era hija de un jornalero que no vivia con su muger, sino con una concubina llamada Magdalena, la que por su lado tenia dos hijos. La *Loba*, todavía niña, fué la amante de uno de ellos: cierto dia el padre, enfadado de la tia Magdalena, la dejó y se volvió á su pais, y ésta tomó amistad con un albañil, el que obligó á la *Loba*, entonces de diez y seis años, á ser tambien su querida, confesion que con un descaro encantador hace esta misma á la *Guillabaora* en una conversacion íntima y amistosa.

Pero, continúa la misma, *temia que la tia Magdalena me pusiera en la calle, si llegaba á descubrir algo, lo que no dejó de suceder; pero como tenia tan buen genio, me dijo: "Ya que no tienes mejores modos, como cumpliste ya diez y seis años, y no sirves para maldita la cosa, y no tienes bastante cabeza para ponerte á servir ó para aprender un oficio, vénte conmigo* y te inscribirán en la policía; *como no tienes padres, yo responderé por tí; y de esta manera tendrás un oficio autorizado por el gobierno, que no te dará mas que hacer que* pasearte y divertirte. *Con eso no tendré que cuidar de tí, ni que mantenerte."*--La *Loba*, sumamente agradecida al importante servicio que le habia hecho la tia Magdalena, entregándola á la prostitucion, esclama: *Era una buena muger, muy clara, y sin mas hiel que una paloma.* Nosotros tenemos la misma claridad, y nada exageramos en este cuadro, sino antes disminuimos la fealdad de todos sus rasgos.

Por otra parte, la *Loba* es una jóven admirable, activa, valerosa, decidida, pronta á arrojarse al fuego ó al agua por los que ama, y se arroja en efecto á ella por salvar á su amante Marcial. Ademas, á pesar del descuido un poco cínico que habrá podido notarse en las palabras citadas arriba, es muy capaz de sostener, cuando se necesite, una conversacion en una escena de bucólica.

--*Hay una cosa* (dice) *que me gusta tanto como el silencio de los bosques; el ruido que hacen las gotas de lluvia en el verano al caer en las hojas: ¿os gusta á vos tambien?*

--*Pero no solo á nosotras nos gusta la lluvia del verano. ¿Y los pajarillos? ¡qué alegres están, cómo sacuden las plumas, y qué gozosos cantan!... Pero no tienen mas gozo que vuestros hijos, que tambien andan libres y saltan de contento como ellos. ¡No veis cómo á la caida del sol corren los mas pequeñitos para salir al encuentro al mayor, que vuelve con sus vaquillas del prado? ¡Mirad cómo brincan de alegría al oir la campanilla de la ternera!....*

--*No parece sino que estoy viendo al mas pequeñito á horcajadas sobre una vaca, y á su lado el mayor sosteniéndole para que no caiga.*

--*Y el pobre animal anda con tanta precaucion como si conociese la carga que lleva encima.... Vuestro hijo mayor se ha divertido en llenar un cestito de fresas del bosque, que os trae cubiertas con violetas silvestres.*

--*Fresas y violetas....¡qué cosa tan linda!....Sí, hay que dar gracias á Dios por dejarnos ser tan dichosos con tan poco....*

Pudiéramos fácilmente dejar adivinar á nuestros lectores el lugar en que se encuentra esta égloga, desde Virgilio, que hace cantar á Títiro bajo una encina, hasta Florian en sus óperas pastoriles, nuestro ilustre Chateaubriand en su *Atala*, y Bernardino de San-Pedro en su *Pablo y Virginia.* Pero no, mejor será decirles que el sitio de este idilio es la prision de San Lázaro, y que las dos interlocutoras son dos pensionistas de esta casa, la *Guillabaora*, á quien ya conocemos, y la *Loba*, á

la que acabamos de dar á conocer; la cual, entre parentésis, tiene grabado sobre el brazo un corazon atravesado por un puñal, con este epígrafe: *¡Mueran los cobardes!*

Mas ya que hemos topado arriba con el nombre de Marcial, pasemos, señora, si no le parece mal, á continuar estudiando los tipos de los *Misterios*, haciendo una visita á la isla del *Ravageur*, donde mora la familia de Marcial el Guillotinado. Esta se compone de su viuda, cuatro hijos y dos hijas: el segundo de estos seis, marchando sobre las huellas de su padre, se halla en presidio: Nicolas, el tercero, es un ladron consumado, y comienza á juntar á esta industria, la de asesino: Calabaza, la hija mayor, presta, segun se necesita, su auxilio al asesinato y al robo, enseña á Amandia á *desmarcar la ropa blanca robada*, y se encarga tambien de hacerle una especie de catecismo del arte de hurtar, enseñando á ésta y á Francisco, el último de los hijos, que en *caló*, *garfiñar* es *robar.....y que cuando uno es diestro para garfiñar, siempre se pesca algo*. Por lo demas, la viuda Marcial ama mas que á Calabaza á Nicolas, aunque á éste menos que á su hijo el presidario.

Su amor hácia sus hijos es proporcionado á su respectiva perversidad; tiene cierta aversion á los pequeños que no anuncian malas disposiciones, y ódia al único de ellos, que, sin hacer una vida irreprochable, tiene la desgracia de no ser ladron ni asesino. *No te reconozco*, le dice, *por hijo ¡cobarde! Tu hermano está en presidio; tu padre y tu abuelo han muerto con valor en el cadalso, insultando al sacerdote y al verdugo: es necesario vengarlos, acreditar que eres un verdadero Marcial, burlarte de la cuchilla de Charlot y de la casaca encarnada, y acabar como tus padres y tus hermanos....¡Oh cobarde, y aun mas hipócrita que cobarde!*

Tal es la doctrina que se enseña en esa casa por su escelente cabeza; y así como cada madre de familia destina á sus hijos á una carrera, ésta endilga á los suyos al robo, al asesinato y al libertinage; trabaja en destruir su inocencia nativa, y siembra en sus tiernos corazones el gérmen de las depravadas inclinaciones que les faltan. El objeto de todos sus castillos en el aire es la plaza de Greve (*); y el delirio maternal de la felicidad de sus hijos é hijas es....la guillotina.

No pretendo decir, por esto, que Mr. Süe representa precisamente á la viuda Marcial como honor de su sexo y modelo de madres; pero halla tantas circunstancias atenuantes á su carácter y conducta, para hacer pesar sobre la sociedad una parte tan grande de la responsabilidad de los crímenes de los habitantes de la isla del *Ravageur*, que casi se vé uno tentado á defenderlos en vez de condenarlos. La fatalidad que se ha encontrado en la conducta de la *Guillabaora*, del *Churiador* y de la *Loba*, se representa tambien en los tipos de ese nido de bergantes, todos, á escepcion de uno, ladrones, asesinos, fratricidas ó parricidas. Por otra parte, el autor ha tenido cuidado de dotar á la viuda Marcial de una firmeza estoica y un valor que no se desmiente jamas. Permitáseme este recuerdo universitario: ella es el Arrio de la guillotina, y dirá con gracia, enseñando el cuchillo sangriento: "Vamos, esto no hace mal."

Yo no quiero ni puedo citar ya mas; pero es necesario dar la última pincelada á este cuadro. Sobre los escalones del cadalso, dirige una mirada la viuda Marcial sobre los que la sobreviven, y el porvenir de sus hijos ocupa todo su pensamiento. ¡Pero de dónde nace esta preocupacion? ¡Cuáles los sentimientos que espresa respecto de la suerte que les aguarda? Voy á decirlo. Se muestra muy asegurada del destino futuro de Francisco y Amandia,

(*) *Plaza de Paris en donde se ejecutan las sentencias de muerte.*—T.

que van á quedar huérfanos de doce á trece años; y se dice con satisfaccion: *ya tienen el vicio en la sangre....la miseria acabará la obra.* Pero lo que la inquieta es el porvenir del primogénito de su raza, su hijo Marcial. Lo hace llamar, al momento en que se dispone la fúnebre ceremonia para salir al patíbulo, para tener una última entrevista con él, é intenta inocularle su dominante perversidad: lo escita al crímen, como las lacedemonias á sus hijos á la guerra; y lo maldice, porque este hijo desnaturalizado rehusa á su moribunda madre la satisfaccion de que se diga, que su hijo mayor será, como ella, un ladron, un asesino y un malvado. A vista de semejante resistencia, desesperada la viuda de corromper á su primogénito, no piensa ya sino en honrar su fin por palabras estoicas; entre otras, son notables las que dirige al verdugo mientras le corta sus largos cabellos canos: *Con esta,* le dice, *habré sido peinada tres veces en mi vida: el dia de mi primera comunion, cuando me pusieron el velo; el dia de mi casamiento, cuando me pusieron la flor de naranjo;...y hoy. ¿No es verdad, peluquero de la muerte?*

Sin duda estará vd. horrorizada y llena de disgusto, y con razon, porque imágenes tan vergonzosas ó sangrientas de prostitucion, homicidios y cadalsos, causan mortales náuseas. Querrá vd. ya respirar otro aire, y voy á darle gusto, aunque todavía me quedan tipos del mismo género que ofrecer á sus miradas.

En efecto, no he hablado á vd. de la *Lechuza*, de esa abominable muger, *de una fisonomía maliciosa y astuta, un solo ojo verde, redondo y centellante, nariz de gancho, barba saliente, lábios delgados y hundidos, cubiertos de largas cerdas, y que en su siniestra sonrisa dejan ver tres ó cuatro grandes dientes amarillos y descarnados;* ni la he iniciado en los pormenores de sus relaciones con el bandido que se llama por sobrenombre *Maestro de Escuela*, intimidad inicua fundada sobre el cariño mútuo que ambos se profesan por su perversidad y el conocimiento que tienen de sus crímenes. Pues bien, la *Lechuza* no es mas que una variedad del tipo de la viuda Marcial. Ella ama el mal por cuanto lo es, y siente una inclinacion casi maternal por el *Cojuelo*, jóven de doce años, que anuncia una perversidad precoz. *Amor de los amores de tu mamá,* le dice,... *no hay muchacho en el mundo que tenga mas vicios que este bribonzuelo.*

Tampoco he iniciado á vd. en las escenas de homicidio y crímenes del jabardillo del *Corazon sangriento*, donde el *Maestro de Escuela,* privado de la vista por órden de Rodolfo, ha sido encadenado por la *Lechuza* y el *Cojuelo, porque su* MUDA (su conciencia) *se habia vuelto impertinente y habladora* (usamos de las palabras de su abominable asociada). Nada le he dicho del *Esqueleto*, ni de la *tia Pelona*, la horrible figonera del Conejo Blanco; ni de *Brazo rojo*, contrabandista, receptador y cómplice de todos los robos y delitos, y entregando á la policía los ladrones y criminales que van á formar complots en su garito, ó mas bien caverna del *Corazon Sangriento,* donde Rodolfo ha sido precipitado por el *Maestro de Escuela* en una cueva que inunda la creciente del Sena, y donde este mismo *Maestro de Escuela* ha sofocado, golpeado y hecho pedazos, entre grandes aplausos del *Cojuelo*, que se figura asistir á una comedia, á la *Lechuza*, su cómplice, que se aprovecha de un resto de vida para devorarle una mano. Ultimamente, he omitido ponerle delante, ya que así me lo ha suplicado por favor, otros cuadros no menos horribles; y he renunciado á la idea de hacerla penetrar en los lugares infames en que introduce Mr. Süe á sus lectores, haciéndolos pasar sobre el cieno sangriento de los figones y burdeles, las cárceles y el cadalso.

Pasemos de estos antros tenebrosos á

tad de imprenta por los escritores charlatanes, sin juicio ni crítica? Lo que se responda á esta argumentacion, contestaremos á los que se empeñan en denigrar al clero por faltas de sus miembros, pues, en igualdad de circunstancias, todas estas y las demas clases influyen en las costumbres públicas. La causa del clero, cual hoy se presenta, es inseparable de la de las demas corporaciones sociales: piénsese bien, y se verá que los cargos con que se intenta hacer odioso á aquel, hacen dignas de desprecio á las demas.

Para corregir esos gravísimos defectos de algunos particulares, se propone la abolicion del fuero eclesiástico, y aun se quiere persuadir que tal medida en nada per judicaria al clero, y que antes ganaria mucho con ella. A los editores les choca que en el siglo XIX, y en una república, haya quienes se declaren partidarios de ese fuero: á nosotros tambien nos admira cómo en el mismo siglo, que se llama de *progreso*, se retrogade tan vergonzosamente á las épocas de horror y sangre en que se promovieron estas mismas innovaciones: cómo en una nacion católica se ataca de una manera tan brusca á la Iglesia; y cómo republicanos y liberales afectan ignorar unos principios reconocidos por las antorchas de la filosofia, admitidos en todas las repúblicas católicas, y no rechazados en la mas libre y tolerante que se conoce, y en que ningun resto hay del sistema colonial, ni de aristocracia que apoye ningun trono. No entraremos en materia sobre todo cuanto podria decirse en el particular, y en lo que cualquiera podrá instruirse en la multitud de escritos que han ventilado esta importante cuestion: bástenos citar, por ahora, el que con el título de *Esposicion del clero de Caracas en defensa del fuero eclesiástico*, se publicó á principios del presente año en esta capital, (*) que contiene los principales argumentos á su favor, y del que vamos á estractar uno ú otro en contestacion á los de *El Eco*.

Si se registran las historias, hallaremos que no solo las naciones gentiles, como los egipcios, persas, romanos, galos, druidas, &c., honraron de tal modo á sus falsos sacerdotes, que aun dejaban á su arbitrio lo que tocaba al gobierno político; sino que, salva la cismática y sanguinaria convencion de la Francia, no se encontrará un reino ó república que haya promulgado una ley general de desafuero contra los ministros del altar; y con razon, pues siendo esta inmunidad conforme al derecho divino, debida al decoro del sacerdocio, al fin de su ejercicio, y al respeto y honor que no le negaron los mismos paganos, ha venido á ser una ley comun en todos los concilios, desde los primeros siglos hasta la edad presente, y un punto esencial y muy respetable de la disciplina eclesiástica en los Estados católicos. Atacar, por lo tanto, este fuero, es desconocer la autoridad de la Iglesia, y convidar manifiestamente á erigir un templo á la maldad de los cismas del cristianismo, de lo que se hallan muy distantes unos escritores tan católicos.

Pero cuando los tiempos y las instituciones han variado, se dice, ¿cómo conservarse esos abusos y preocupaciones del gobierno colonial y de la forma monárquica? Guárdense para ellos esos privilegios que repugnan al sistema republicano y á la igualdad, alma de la democracia........ Poco á poco: todas las repúblicas católicas, como las de Luca, Génova, Ragusa y otras, han conservado ese fuero; y aun en los mismos Estados-Unidos del Norte, sin embargo de su tolerancia y de no haber reli-

(*) *Esta esposicion se repartió profusamente, y* gratis, *y es muy difícil que no haya llegado á manos de los editores de* El Eco. *Se encuentra tambien en el* Ilustrador Católico *que se publicaba en México el año pasado.*

gion dominante, las sectas diversas religionarias gozan en la Pensilvania ciertos privilegios, derechos é inmunidades de que habian disfrutado antes de su revolucion (*), sin que á ninguno haya ocurrido ser esto contra la igualdad; y con razon, pues como dice D'Alembert, analizando el libro del Espíritu de las leyes de Montesquieu, "la igualdad de la democracia no es una "igualdad estremada, absoluta, y por con-"siguiente quimérica;... sino aquel feliz "equilibrio que hace á todos los ciuda-"danos igualmente sometidos á las leyes, "é igualmente interesados en observar-"las". (†)

Pero qué! ¡no podrán denunciarse algunos delitos cometidos por clérigos, que, sujetos á la autoridad civil, hubieran sido severamente castigados; y que la eclesiástica ha dejado impunes, por la mal entendida consideracion de que mal podria castigarse sin escitar un escándalo, quedando entre tanto la justicia burlada, y las víctimas del delito sin satisfaccion? Demos por ciertos estos hechos, y sin meternos en honduras de si la falta de los jueces es vicio de las leyes, y si porque hay abusos en las cosas deben proscribirse, preguntaremos nosotros á la vez: ¡no es un hecho público que la administracion de justicia está viciadisíma, y que contra sus abusos, demoras, arbitrariedades, &c. &c., han clamado hace mucho tiempo los periódicos? ¡Su reforma no es una exigencia nacional, aunque la haya olvidado *El Eco*? ¡Pues con qué razon creeremos que habia de obrar con toda rectitud y severidad solo con el clero? ¡No se han cometido gravisímos delitos por ministros, legisladores, generales, empleados, jueces, letrados, comerciantes y por individuos de todas las clases? ¡No se pasean por las calles los asesinos? ¡no está la República plagada de ladrones? ¡no se hace gala del adulterio y concubinato? ¡no es un honor haber trastornado cien veces el órden público? ¡no....! Pero nosotros respetamos mucho á la justicia, y tememos se crea que hacemos alusiones á determinadas personas, á pesar de la publicidad de sus crímenes; y solamente haremos observar, que si en los seculares no ha bastado para contener sus delitos el retraente del desconcepto público, del merecido castigo y de la satisfaccion de la víndicta pública, lo mismo sucederia con los eclesiásticos, y que á éstos no costaria mas que á aquellos la impunidad.

(*) *Constitucion de la Pensilvania, art. 7, §. 3.*

(†) *Analis. de l'Esprit des loix, tom.* 1.°, *Montesquieu.*

Reducir al clero al fuero comun, no seria reformarlo, sino envilecerlo ante los ojos de la multitud, y por consiguiente inutilizar el medio que se propone para que no oponga obstáculos á los adelantos. A vista de esto, es creible que los editores, que no pertenecen á aquella clase de cristianos de nombre que no ven en la religion mas que una grande institucion, digna sin duda de algunos respetos; sino que soportan su rigor y sus preceptos, y saben muy bien que los ataques á los abusos acaban siempre por destruir el dogma y la moral, escogiten otros medios de reforma evangélica; haciendo la reflexion de que, si al fin se hizo necesario crear un tribunal mercantil para espeditar los negocios comerciales, ¡cuánto mas deberá conservarse un fuero especial ya reconocido y cimentado, que vigile sobre unas personas que, en razon de sus ministerios, tienen tanta necesidad de que se observe su conducta, y que fácilmente se escaparian á unos jueces ocupados en tantos y tan diversos asuntos? Pasemos al segundo medio.

La educacion de la juventud, tal cual hasta ahora ha marchado entre nosotros, es decir, asociada á ciertas preocupaciones monásticas, y animada de una especie de misticismo, es el otro obstáculo que el cle-

ro, en juicio de *El Eco*, presenta para los adelantos; y una educacion mas de acuerdo con nuestras nuevas exigencias, y con lás nuevas relaciones é influencias á que en la actualidad estamos sujetos, el medio para remover ese obstáculo. Como los editores se reservan esponer imparcialmente sus opiniones sobre el particular, cuando hablen de la enseñanza pública, nosotros nos reservamos tambien el juzgar de ellas; y únicamente les rogamos que, cuando nos honren con sus producciones sobre este importante punto, nos espliquen qué quiere decir preocupaciones monásticas, misticismo, nuevas creencias, nuevas relaciones é influencias, nuevas exigencias; pues de lo contrario, no nos entenderemos, y será muy fácil divagarnos en inútiles investigaciones sobre el sentido de estas palabras, lo que promoverá una discusion logomáquica interminable. Por lo que toca al obstáculo y al medio, diremos: que no es exacto decir que la instruccion que ha estado bajo de la vigilancia del clero mexicano ha sido restringida á ciencias abstractas y metafísicas y solo ha enseñado cánones y teología; y es una equivocacion muy notable, asegurar que el clero, en general, no cultiva las ciencias naturales y políticas, y que en el baile, en el canto, en el estudio de la naturaleza y de la cronología encuentra un peligro para cada estudiante, y que con timidez fomenta estos ramos; hablemos sin embozo, que teme que éstos destruyan las antiguas creencias. Vamos por partes.

Por lo que toca al clero mexicano, no creemos que se le haga cargo de que en cada siglo haya enseñado las doctrinas corrientes y acomodádose á la enseñanza general de todos los paises cultos; ni se pretenda que enseñase en profecía las que succesivamente han ido apareciendo en la república literaria. Pues bien, salvo algunas escepciones, el clero mexicano no se ha mantenido estacionario en las ciencias físicas, sino que siempre ha estado al nivel de los conocimientos; y por no hablar mas que de México, ahí están los colegios de San Ildefonso, Seminario y Letran, en que vimos de jóvenes enseñar á Jacquier, Para, Brisson, Bails, &c., autores entonces de moda, y hoy se ha visto en los actos públicos sostenerse las doctrinas de Biot, Povillet, Vallejo, &c.: ¿cómo, pues, se dice con tanta frescura que solo se enseñan ciencias abstractas y metafísicas? Por otra parte: ¿qué estado tenia el padre Gamarra, autor de un curso de filosofía moderna; el padre Alzate, editor de unas gacetas de literatura; el padre Espinosa, dueño de un escogido museo; el doctor Lallave, grande botánico y naturalista; el padre Ochoa, poeta y humanista? ¡Cuál era el del juicioso historiador Clavigero, el sábio arquitecto y arqueólogo Márquez Campoy, Cavo, Alegre Abad y Landivar, que tanto honor dieron á los mexicanos, cuando su inicua deportacion á Italia? ¡Todos estos y otros muchos eclesiásticos que omitimos, solo enseñaron, únicamente profesaron las ciencias metafísicas y abstractas?

Alguna vez probaremos que ninguna clase ha influido mas en los progresos de las ciencias físicas y naturales que el clero, y que ningun temor ha tenido de cultivar este fértil campo, que con sus descubrimientos cada dia confirma mas y mas las antiguas y constantes creencias católicas. Limitándonos por ahora al baile, canto y cronología, ignoramos por qué las primeras infundan temor, ni qué pueda recelar la religion de su estudio. Mientras que se nos saca de la duda, diremos: que en el colegio imperial de los Jesuitas de Madrid se enseñaba á sus nobles alumnos el baile, la música y la esgrima, y lo mismo entendemos se practicaba en Coimbra, Paris y Roma: que los autores clásicos de cronología, por confesion de los inteligentes, son el jesuita Petavio, Pagi, el cardenal Noris, Usserio, los sábios benedictinos autores del *Arte de verificar las fechas*, y

en muchos puntos los famosos Bollandistas. Diremos tambien que cuando los impíos, engreidos en sus supuestas luces, han atacado á la religion con los nuevos descubrimientos de las ciencias naturales, cálculos astronómicos, &c., los han confundido eclesiásticos muy sábios, como Nonnote y Sabarier, jesuitas, á Voltaire, en sus *Diccionarios anti-filosóficos*, el abate Guenne en sus *Cartas de algunos judios*, el abate Du-Clot en sus *Vindicias de la Biblia*, y el eruditísimo jesuita Veith en su *Scriptura sacra contra incredulos propugnata*. Diremos en conclusion, que por el dicho mismo de un periodista nada católico, pero sí muy justo é imparcial, "el arma mas bien templada con que el ministro protestante ataca al escepticismo, no es de su propiedad ni de ningunos seculares, sino prestada del clero, es decir, de la armería de los Jesuitas (*)."

Terminemos ya un artículo que ha sálido mas difuso de lo que permiten nuestras columnas. Esos gravísimos defectos de los eclesiásticos, si bien los privan del doble honor que merecen los buenos, segun la espresion de San Pablo, ni manchan al sacerdocio, santo é inmaculado, ni son obstáculos que presenta el clero para los adelantos. Privar á éste de su fuero, es un atentado que condena el Catolicismo, reprueba el ejemplo de otras naciones, los principios de la filosofía y la misma esperiencia, y que no seria útil, sino perjudicial á su pretendida reforma. Denigrar la enseñanza del clero, es no conocerla; y decir que la religion teme á los conocimientos humanos, es desconocer su verdad, y los trabajos de sus ministros para demostrarla y defenderla con ellos mismos, de los ataques de los incrédulos. Afortunadamente, diremos con los editores de *El Eco*, la Iglesia mexicana puede gloriarse de tener hombres doctos, justos y piadosos, ocupando las sillas episcopales de todas las diócesis, y en ellos confiamos muy particularmente que corregirán los defectos de algunos miembros podridos del clero, defenderán los derechos de la Iglesia, se opondrán á los modernos novadores; y entre tanto, nosotros haremos frente con nuestras pobres reflexiones á los que, con mala fé, ciego celo y poca cordura, quieran destruir al Catolicismo, hiriéndolo por los flancos de algunos malos ministros, para contribuir, con argumentos tan impotentes como añejos, á la destruccion de los verdaderos principios sociales, so pretesto de llevar al cabo la que llaman obra grandiosa de la prosperidad nacional.--*EE.*

(*). *Jersey Chronicle, 20th. October* 1842.

PASION Y MUERTE DEL REDENTOR DEL MUNDO.

Incauta pecó Eva; seducido por ella Adan cayó en la culpa; la culpa se estendió y cubrió toda la tierra, y la tierra fué maldita de Dios en su tremenda ira. Manchados ¡ay! y de vergüenza y pavor llenos, sin atreverse á mirarse, ni á elevar su vista al Cielo, tristes los padres del linage humano abandonaron la mansion de la Inocencia, donde el dragon triunfante quedó solo en tinieblas sumergido.

Errantes anduvieron Adan y Eva: propagóse su especie desdichada. á la esplendente luz que iluminaba el orbe succedió la oscuridad; al júbilo el pesar; á la calma la zozobra; á la gracia el pecado. Cada vez mas distante del Cielo, sentia sobre sí el hombre el peso terrible de la maldicion eterna: la mísera humanidad no ofrecia ni el ejemplo mas leve por el cual pudiera esperar verse libre del supremo

anatema. Las puertas de la celestial bienaventuranza se habian cerrado para el alma; el cuerpo fatigado buscaba reposo y no le hallaba; la humana criatura suspiraba en vano por la felicidad; temia sin saber por qué ni de qué; mil dolores agudos le atormentaban carne y espíritu; y convencida de que para éste no encontraria la dicha que anhelaba, se entregaba toda á los sentidos y á los mundanos goces, al deleite, por ver si así la lograba; pero en vano: cada paso que daba, la acercaba á su aniquilamiento: los vicios todos devoraban su corazon; el hastío, la indiferencia, el desprecio de sí misma la embrutecian, poniendo el colmo á su depravacion: blasfemaba de Dios, y sumergida en un caos profundo de inmoralidad, de corrupcion y de perfidia, desgastaba su ser y hacia dueño á Satanás de su alma rebelde.... Para castigar tantos crímenes,

De horribles plagas descargó en la tierra
la cólera de Dios funesto enjambre,
y audaz el hombre se lanzó en la guerra
entre horrores y luto, peste y hambre.
Si alzó sus ojos al celeste trono
mas se aumentó su encono,
de tan dulce mansion viéndose indigno:
atroz blasfemia formuló su boca;
surcó su sien esterminante signo,
y no tembló su corazon de roca.

Y mas el hombre ensangrentaba el suelo
creciendo mas en su insolente arrojo,
y aun con su voz los ángeles del Cielo
aplacaban de Dios el justo enojo.
Artífice del mundo soberano
en él sentó su mano;
los astros separó de su carrera;
tinieblas y no mas dejó en el mundo;
cargadas nubes suspendió en la esfera,
y levantó el nivel del mar profundo.

Volcáronse sus olas y cubrieron
espacio inmenso de llanuras gratas,
y espantosas y horrísonas cayeron
del Cielo desprendidas cataratas.
Todo era inundacion; y las naciones
plegaron sus pendones
de tanta ruina y mortandad testigos:
sus rencillas sin fin allí cesaron,
y monarcas y pueblos enemigos
en sus trémulos brazos se estrecharon.

Holló los templos su caduca planta
invocando al Señor su lengua impía;
mas ni un rayo de luz su imágen santa
vertió en la antorcha de su fé tardía.
Estéril fué su afan: faltos de asilo
lágrimas hilo á hilo
brotaron de sus ojos hechos fuentes;
lágrimas ¡ay! para anegarse en ellas,
acreciendo el raudal de los torrentes
que iban en pos de sus fugaces huellas.

Inútil fué al cariño del hermano
en su vírgen tener casta paloma,
y las madres solícitas en vano
juntas treparon á la enhiesta loma.
¿Qué vieron desde allí? Rocas distantes,
do tímidos amantes
en la antigua mansion de sus venturas
hallaban de un volcan la ardiente lumbre,
y antes de ahogar en él sus amarguras
sorbia el mar la portentosa cumbre.

En vano la amistad ruda embestia
de horribles osos formidable tropa,
y el tronco de los árboles asia
para subir á su robusta copa:
¡Tambien allí con incesante anhelo
su fatigado vuelo
detuvo el ave que á su esposa llama,
dulce, consoladora, mústia y sola;
y al buscar salvacion de rama en rama,
soberbio el mar crecia de ola en ola!

Si en desusada union los vivos séres,
la oveja humilde y el hambriento lobo,
aves, reptiles, hombres y mugeres,
ganar lograron del perdido globo
peñasco escelso,... en su eminencia informe
chocó la masa enorme
del ronco mar que estrepitoso ruge
sin valla alguna que su triunfo estorbe,
y allí sepulta en su postrer empuge
la última cima que ostentaba el orbe.

Truécase el ruido en funeral sosiego:
del cáos imágen bajo el mar profundo,
muerta la luz y sin calor el fuego,
se disuelve tal vez sumido el mundo.
Si una chispa en tu cólera derramas,
si las nubes inflamas,
envuelto ¡oh Dios! en su vapor rojizo
tambien el mar hácia su nada rueda,
y llevándose en pos cuanto deshizo,
ni un solo rastro de tus obras queda.

Mas no vibra, Señor, tu Omnipotencia
el rayo destructor de la venganza;
desarma á tu justicia tu Clemencia;
brota de tus castigos la esperanza.
No ya la lumbre de tus justas iras
en tus órbitas giras,
ni densa nube tu dosel empaña:
vário de tornasol, rico de lujo
brillante el iris tus esferas baña,
y todo cede á tu divino influjo.
Mandas que el mundo ante tu faz reviva:
tornan las aguas á su antiguo cauce:
su frente eleva la gallarda oliva;
su frente dobla el macilento sauce.
¡Contraste misterioso! Verde aquella
nuestra ventura sella;
y sus ramas el sauce mústio inclina,
de nuestro miedo inestinguible nota,
pues aun parece que en el mar germina
sus aguas destilando gota á gota.
De verdores la selva se reviste;
mas las borrascas su contorno agitan,
y despiertan sus ecos, y en son triste
de inmensas olas el bramido imitan.
Renace el sol; magnífico, opulento,
da á cuanto vive aliento;
mas siempre de las aguas se desprende
su escelsa luz: por los espacios vaga:
hácia su ocaso espléndido desciende
y allá en los mares su esplendor apaga.
Si arroyos dulces con murmurio blando
amenos valles en sus giros riegan,
raudos torrentes á la vez rodando,
su gala inundan, su verdor anegan.
Si de árboles se cubren las montañas,
tambien voces estrañas,
lúgubres ayes en sus antros quedan
cual testimonio del diluvio aciago,
y su cárcel quebrantan, y remedan
la confusion de tan terrible estrago.
¡Allí está el mar, aterrador coloso!
su ira sofoca, su rigor enfrena,
y ofrece al mundo universal reposo
débil muralla de menuda arena.
Ya le comprime Omnipotente mano,
y en flujo cotidiano
su estensa mole á levantarse vuelve,
y nuevas muestras de esterminio añade,
y un dia y otro su muralla envuelve,
y un dia y otro su recinto invade.
Do quiera que tendamos nuestros ojos,
er mucho que á su angustia hallen recreos,
hay de aquella catástrofe despojos
de la Divina cólera trofeos.
Presagios son de asolacion mas honda,
en que nada se esconda
de otro futuro y vengador castigo
que hunda y sepulte nuestra raza impía,
sin que se alce otro mar como testigo
del negro cáos de tan infausto dia.=

Antes del estrago universal, el mundo se vió á pique de perecer para siempre. ¡La Diestra alzada del Supremo Artífice iba á disparar el rayo que debió destruir su escelsa obra! Temblaron Cielo y tierra; conmovióse el Océano; rugieron con furor los desencadenados vientos; marchita quedó la Natura toda; enmudecieron las parleras aves; las fieras de los montes lanzaron rugidos lastimeros; los ángeles y querubines lloraron con dolor en las Alturas; solo Luzbel y las furias del Averno rieron con júbilo infernal; solamente en el Orco resonó con estrépito la desenfrenada alegría. ¡Iba el orbe á perecer! ¡á reducirse al cáos del cual le hizo brotar el Creador!.... Entónces, en lo mas alto del Firmamento, sobre las lóbregas nubes que ocultaban la luz del sol, sonó una escelsa voz que cual trueno discurriendo, llenó súbito el inmenso espacio, é hizo temblar de cólera al infierno.

—"¡Perdon, Padre y Señor! ¡No destruyas tu hechura! ¡Perdona al hombre! ¡Yo le redimiré de la culpa, muriendo por él crucificado!»

—"Sea,»—dijo el Eterno; y el iris de la esperanza, de la redencion brilló fulgente en el espacio.

Despues del diluvio, el mundo fué nuevamente poblado por otra generacion inmensa; pero el estrago universal no le limpió de la culpa; no impidió que Satanás siguiese arrastrando al hombre al horrendo crímen; no le libertó de ser presa suya. "Engendrados y concebidos en maldades,» los humanos séres no podian volver á la gracia del Señor, sin que su Hijo, hecho hombre, los reconciliase con el

Cielo. Pero el Hombre Dios, el Redentor de los hombres, debia ser concebido sin mancha y sin pecado original, por una muger concebida igualmente sin pecado y sin mancha, y á quien no hubiese alcanzado la maldicion universal, ni la culpa de la primera madre.» Porque quiso Dios que así como una muger fué causa de la perdicion del mundo, fuese otra muger la que concibiese y abrigase en sus entrañas al Justo que debia de redimirle con su muerte: por eso María, escogida por él para obrar el milagro de la Concepcion, fué preservada de la maldicion comun, y por eso recibió sin mancha en su seno al nuevo Adan, Redentor del hombre.

La concepcion inmaculada de la Madre de Dios, se verificó por los méritos del que habia de ser su Hijo, y el año 4004 del mundo, nació en Belen, donde su nacimiento fué anunciado á los pastores. Una estrella que apareció en el Oriente condujo á los reyes magos á Jerusalem, y habiéndose dirigido á Belen, adoraron al Niño-Dios, y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Atemorizado Herodes por lo que presagiaban aquellos portentos, mandó matar á todos los reciennacidos con el intento de incluir á Jesus en esta mortandad general. José, esposo de la Vírgen María, advertido por un ángel, se retiró á Egipto con la Madre y el Hijo, y no volvió á la Judea hasta despues de haber muerto Herodes, y cuando Arquileno ocupaba su trono. La sagrada familia se estableció en Nazaret, cumpliéndose así las profecías que daban á Jesus el nombre de Nazareno. A la edad de doce años, Jesus causaba grande admiracion, con la sabiduría de sus respuestas, á los doctores que disputaban en el templo. El hijo de Zacarias, Juan Bautista, profeta y precursor del Mesías, anunció la mision del Hijo de Dios; y el primer milagro con que éste manifestó su gloria y su poder, fué el que obró en las bodas de Canán de Galilea, convirtiendo el agua en vino; y su primer acto de autoridad fué echar del templo á los tratantes que lo profanaban. Con su profunda ciencia instruyó Jesucristo al doctor fariseo Nicodemo, y declarando y confirmando con repetidos milagros el objeto de su mision y la verdad de su doctrina, llamó contra sí la envidia y el encono de los judios, cuyos corazones estaban demasiadamente endurecidos para oir con docilidad la voz del verdadero Mesías.

En todas partes se manifestó Jesucristo sensible á los males agenos; en todas partes hizo el bien: su lenguage fué siempre el del amor, el de la indulgencia y de la paz; y si alguna vez pareció que hablaba con indiferencia, fué cuando anunciaba las injurias, los tormentos y la muerte que sus enemigos le preparaban. Y en verdad, su muerte ignominiosa fué obra de los fariseos, que no podian ni sabian sufrir por su orgullo la dulce moderacion de Jesucristo. Amenazando, pues, á Pilato, con que le acusarian al César si perdonaba á un hombre que se llamaba Rey de los judíos, obtuvieron de aquel débil gobernador su sentencia de muerte; pero así como la vida de Jesucristo habia sido una série continuada de prodigios y de acciones benéficas, así tambien su muerte fué en estremo gloriosa. Al tercero dia résucitó; se apareció á sus Apóstoles y les mandó que fuesen á predicar su doctrina, y les ofreció que estaria con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. "Así el Señor Jesus, despues de haber hablado á sus discípulos varias veces, fué elevado al Cielo por su propia virtud, y allí está sentado á la Diestra del Dios Padre»

Desde entónces sus Apóstoles empezaron á predicar, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban. De esta manera en un siglo ilustrado, y en medio de ciudades opulentas, centro del lujo y los placeres, doce hombres del pueblo, luchando con

las terribles contradicciones de los doctores, y aun de los soberanos mas poderosos, hicieron triunfar el Evangelio de Jesucristo, y lograron estender por toda la tierra una religion pura y santa, contraria á las pasiones del orgullo humano, y enemiga del fausto y los deleites.

En estos dias de tribulacion y santo recogimiento, celebra la Iglesia Católica el mayor y mas grandioso de sus misterios: la redencion del mundo por medio del Hijo del Sér Eterno, convertido en hombre. En estos dias nos recuerda la vida, la pasion y muerte del Divino Salvador, que con su preciosa sangre volvió á la gracia del Omnipotente al linage humano, que la habia perdido por la primera culpa del primer hombre. En estos dias nos hace recordar la Iglesia todos los milagros que hizo Nuestro Señor Jesucristo, haciendo oir á los sordos, dando vista á los ciegos, salud á los enfermos, haciendo andar á los cojos, purificando á los leprosos, y resucitando á los muertos: nos recuerda su caridad, su mansedumbre, su piedad inmensa; los escarnios, las humillaciones y desprecios que sufrió con resignacion admirable; la ingratitud é infames proceder y codicia de Judas Iscariote, uno de los de la tribu de Efraim, escogido por Jesucristo para ser uno de los doce Apóstoles, que criticó á la Magdalena porque derramaba ricos perfumes á los piés del Salvador, y osó entregarle á los judíos por treinta dineros: nos recuerda que fué por éstos cruelmente azotado y escarnecido; su penosa marcha hasta el Calvario con la pesada Cruz á cuestas, y su muerte, por último, crucificado entre dos ladrones: su resurreccion gloriosa, y aquellas divinas palabras:—"*Perdónalos, Señor, como yo los perdono,*" con que acabó de consumar la redencion del mundo pecador, obtenida á precio de su preciosa sangre. Y el Soberano Artífice concedió á los hombres el perdon y los volvió á su gracia, abriéndoles las puertas del Cielo, que por la culpa de nuestros primeros padres habian estado cerradas hasta el momento en que, espirando el Hijo de Dios, esclamó:—¡*Recíbeme en tu Gloria*!

Que nunca ha sido el Dios de los humanos
el dios que al ruego se resiste y huye,
y la obra bella de sus propias manos
con caprichosa sinrazon destruye.
No es nuestro Dios el dios de los tiranos
que con la fuerza al corazon arguye,
sino el Gran Dios que á la inocencia abona,
y oye al que "ruega," y al que "cree" perdona.

No es nuestro Dios el dios de la venganza
que se goza en el mal y duelo ageno,
y sofoca la luz de la esperanza
convirtiendo su bálsamo en veneno.
No es Dios el "dios" á quien jamas se alcanza
ébrio de su poder, de su ira lleno,
sino el Dios que despeja el ceño adusto
benigno oyendo la oracion del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
es el Dios del consuelo y la indulgencia;
el Dios á quien, si enojan las maldades,
desarman la humildad y penitencia:
es el Dios que perdona á las ciudades
de diez justos no mas por la inocencia;
el Dios que el crímen sin piedad castiga,
pero es el Dios que castigando obliga.

El Soberano Díos, Justo y Severo
que el rayo al fulminar de su justicia
al torpe criminal muestra primero
la inmensa gravedad de su malicia.
El Dios que toca el corazon sincero
del pecador cuyo perdon codicia,
para que al conocer su Omnipotencia,
con ruegos le desarme y penitencia.

Dios es el Dios que con afan prolijo
formó la creacion; y viendo luego
la maldad de los hombres, los maldijo,
y estinguirla pensó con voraz fuego;
mas escuchando de su Escelso Hijo,
de la inmensa piedad el santo ruego,
SEA, esclamó, calmando el justo encono:
A PRECIO DE TU SANGRE LOS PERDONO.

EE.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 29 DE ABRIL DE 1848. [Num. 6.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA TRINIDAD.

El que no sabe el misterio de la Trinidad, no conoce á Dios ni á sí mismo. Sin la fé en este misterio, el hombre no sabria que existe únicamente por las tres Personas Divinas; ignoraria que corre peligro de muerte cuando no está en relacion con cada una de dichas Personas. Por el dogma de la Trinidad sabemos que el hombre, la imágen de Dios, debe restaurar en sí esta imágen alterada por el pecado. En efecto, ¡qué es Dios? Dios es á un tiempo poder, razon, amor. El Padre es el Todopoderoso; el Padre, por el conocimiento de sí mismo, engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por via de amor. El hombre tambien es á un tiempo ser, razon, amor: solo que en el hombre, criatura imperfecta, el poder, la razon y el amor son facultades; y en Dios, Sér infinitamente perfecto, son personas verdaderamente subsistentes. Hé aquí todo el misterio de la Trinidad y del hombre. Lo que es propiedad, facultad en el hombre, es en Dios persona distinta. Así Dios hace comprender al hombre, y el hombre hace comprender á Dios supuesto que es su verdadera imágen. ¿Qué dogma mas necesario para la salvacion? La Trinidad nos da á conocer las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios: así es como vamos á considerar este gran Misterio.

El conocimiento de tan importante dogma no existia en ninguna parte antes de Jesucristo. No se ven en Platon mas que denominaciones vagas; pero no la idea clara y distinta de las Personas Divinas que San Juan reveló de un modo tan positivo en este pasage de una de sus epístolas: "Hay tres que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos Tres no son mas que Uno." ¡Misterio incomprensible! Sí, sin duda. La Unidad en la esencia y la Trinidad de las Personas, son el gran misterio de la incomprensibilidad de Dios; pero la única cosa que podemos conocer bien en Dios, es que es incomprensible. Nos basta saber, para admitir la Trinidad de las Personas en la esencia divina, que el mismo Dios nos ha revelado este misterio. ¡Cómo, dice San Hilario, no creer á Dios hablando de sí mismo! *Ipsi de se Deo credendum est*. Cuando tenemos la seguridad que Dios nos ha hablado por la Escritura y por la Iglesia, aceptamos como inspira-

cion divina lo que la Escritura y la Iglesia nos enseñan: preferimos á la luz vacilante de la razon la obscuridad infalible de la fé; y la ciencia de la revelacion, es decir, la razon humana continuada por la razon Divina, nos sirve despues para elevarnos á la mas alta contemplacion de Dios y del universo.

¿Cómo vivió Dios solo antes de la creacion del universo? Dios no estaba solo: tenia un Hijo, y de su union con su Hijo, procedió una tercera Persona, el Espíritu Santo ó el Amor. No estaba solo, dice Santo Tomás, porque vivia en la compañía bienaventurada de las tres Personas Divinas. ¿Qué seria, en efecto, la existencia, si Dios no la poseyese con el conocimiento y el sentimiento de lo que es? Dios posee este grande atributo de la existencia en su Verbo, su inteligencia, su sabiduría, su razon, como posee todos los gozos y todas las delicias del amor en su Divino Espíritu.

Esta fecundidad, esta palabra, este amor, ó si se quiere mas bien, este Poder, esta Sabiduría, este Espíritu, estas tres Personas, verdaderamente subsistentes, eso es lo que me esplica la eternidad antes de la Creacion. Dios tiene un Hijo: es Padre: ama eternamente; el Amor es él mismo: este Amor procede del Poder y de la Sabiduría infinitos. Yo no puedo penetrar; pero presiento, adoro y callo: el Poder solo me inspiraria temor: el Poder y la Sabiduría me llenan de admiracion; el Poder, la Sabiduría y el Amor me inundan de alegría y delicias. Luz inaccesible, obscuridad impenetrable, y profundos secretos de la eternidad; brillantes resplandores de la gran claridad de Dios; comunicaciones inefables donde no se dice mas que una palabra, donde no se produce mas que un solo amor; conservacion de Dios en sí mismo, gozo infinito de su divina esencia, á vuestra presencia mi inteligencia se cubre con sus alas como el ángel que vió Isaías: mi razon es conocer que sois incomprensible: mi gloria creeros y amaros: mi grandeza, anonadarme á vuestra vista.

Ahora comprendo, Señor, que habeis podido vivir una eternidad antes de la existencia de los séres criados: que éstos no son en ningun modo necesarios á vuestra felicidad; y que el hombre no hubiera podido descubrir estas maravillas, que le hacen entrever la Naturaleza Divina, si vos mismo no se las hubieseis revelado.

¡Padre, Hijo y Espíritu Santo, nombres divinos, nombres de gloria y de magestad, nombres terribles al infierno, delicias del Cielo; vosotros encerrais comunicaciones y relaciones que esceden mi inteligencia y mi corazon; pero cuya infinita belleza vislumbro cuando pienso en la alegría y la dicha que las imágenes humanas de esas relaciones divinas nos ofrecen sobre la tierra! Dios es, Dios habla, Dios ama: estos actos son personas: poder, palabra, amor, maravillosa intimidad, secreto de la esencia divina; el peso de la gloria confundiria al que quisiera sondearos. Hay tres Personas Divinas que subsisten eternamente: el mundo de los séres el mundo de las ideas y el mundo de los afectos; un océano de grandeza, un océano de verdad y un océano de amor; y estas tres Personas Divinas que no forman mas que una esencia única, han gozado eternamente en sí mismas de la contemplacion y del amor infinito de toda perfeccion. Sentimiento sagrado de la maternidad, amor filial, union indisoluble, contraida á presencia de Dios delante de los altares; placeres de la amistad, comunicacion íntima de las almas, no sois sino una ligera sombra en comparacion de lo que pasó en aquella soledad eterna y fecunda de la Beatífica Trinidad! Hé aquí, pues, cómo vivia Dios en la eternidad. ¡Oh profundidad de los tesoros de Dios! Hé aquí cómo vivió y cómo vive aún ese Espíritu Puro, para quien no

hay pasado ni futuro, sino que todo lo tiene presente, que está en todas partes, que todo lo llena con su Inmensidad; ese Principio invisible, Criador de todo lo visible, ese Principio eterno, inmutable, inefable para cualquiera que no sea él mismo.

Figuraos los trasportes del Padre al ver la hermosura del Verbo, el éxtasis del Hijo á la vista de la grandeza del Padre, y conocereis lo que puede ser el Amor que procede de semejante contemplacion, de un rapto de esta especie. El Espíritu Santo era producido, dicen los teólogos; pero era el único de la Trinidad que no producia. Así, para manifestar Dios la fecundidad de su espíritu, crió el Cielo y la tierra y esa multitud de séres inteligentes y libres. El universo ha sido el resultado del amor.

Abranse los libros santos: sígase la obra de los seis dias, y se verá que todo en la Creacion fué hecho sucesivamente por las tres Personas Divinas, el Poder, la Sabiduría y el Amor, y que el Espíritu Santo lo fecundó todo. El Padre con su poder crió el Cielo y la tierra y sacó el universo de la nada: el Hijo con su sabiduría todo lo dispuso y ordenó, y el Espíritu Santo, el Amor, calentando las aguas sobre las cuales era llevado, infundió el movimiento y vivificó el universo. *Verbo Domini cœli firmati sunt, et spiritus oris ejus omnis virtus eorum.*

La Trinidad, uniendo la materia y el espíritu por medio de la creacion del hombre, habia establecido una relacion íntima entre el hombre y el universo: todas las bellezas físicas se habian hecho para los ojos del hombre, así como todas las bellezas morales para su alma. Los ojos abrazaban el mundo: su alma podia contemplar á Dios.

El hombre, dice San Gregorio Nacianceno, adorador compuesto, compendio del universo, ángel de un órden nuevo, unido al Cielo y á la tierra, rey del mundo corporal, sin ver otro superior que Dios, debia referir todo el universo á la Trinidad. El poseia en sí el ser, la razon y el amor, tres facultades que no hacen mas que una sola alma, una sola vida, una sola naturaleza; las tres diferentes una de otra y unidas inseparablemente. No tenia, pues, mas que mirarse á sí mismo para elevarse hasta Dios y para unir el Cielo y la tierra: el alma y el corazon del hombre se habian hecho el santuario del universo: el hombre debia servir de lengua y de razon á todas las criaturas mudas y privadas de la razon; pero ¡ah! el mal estuvo en el hombre: Adan cayó, y con su caida se degradó el universo. Alterada la imágen de Dios, triunfaba Satanás.

¡Qué hará la Trinidad? Se manifestará otra vez en la creacion de Jesucristo, el nuevo Adan, y por medio de él restablecerá el vínculo de amor entre Dios, el hombre y el universo.

En el órden de los misterios de la Redencion, la Trinidad seguirá el mismo plan que en los misterios de la naturaleza.

Examínense el órden y la série de estas maravillas. Despues de la caida del hombre, el Todopoderoso, Dios Padre, el Creador de las cosas visibles é invisibles, como dice el Símbolo, promete que nacerá un Mediador de la muger. Mas adelante, acordándose de su promesa, salva del diluvio á los descendientes de Seth.

Cuando los hijos de Abraham formaron un gran pueblo, aparece en Egipto Moises, el instrumento del Padre, del Omnipotente: Moises, que debia hacer brillar la grandeza de Dios libertando á su pueblo del yugo de Faraon, Moises se presenta á este príncipe con toda la fuerza del Altísimo: castiga al reino con la esterilidad, atrae todas las plagas, hace morir á los primogénitos: el mar abre paso á los hebreos: cae maná del Cielo: los Israelitas, acampados en el desierto, hallan agua en todas partes: la espada diezma todos los

pueblos de Chanaan, y los judios se establecen en la tierra prometida. Hé ahí al Dios fuerte, al Padre, al Omnipotente, manifestado por Moises y por todos los prodigios obrados para asentar y conservar el reino del Mesías á la faz de las naciones. Hé ahí el mundo moral sacado del diluvio, de las pasiones humanas, de las revoluciones de los pueblos, de las tinieblas del paganismo y del caos de la idolatría.

Va á llegar la segunda época del tiempo. El Verbo, Dios de Dios, Luz de Luz, la Palabra, la Razon, la Sabiduría, la Inteligencia, despues de haberse ofrecido para rescatar al hombre del pecado, se une á la naturaleza humana, baja á la tierra curando todas las enfermedades físicas, y anunciando la curacion de todas las enfermedades morales, es clavado en la Cruz y muere para expiar nuestros crímenes: resucita de entre los muertos para resucitarnos: reconcilia á Dios con el hombre y al hombre con Dios: con su vida y su muerte hace conocer la justicia de Dios y su amor: en su humanidad representa todas las perfecciones divinas: con su Ascension coloca al hombre en el santuario mismo de la Trinidad: dispone y ordena toda la obra de Dios, destruye la obra de Satanás, y revela toda la sabiduría divina.

El Espíritu Santo y vivificador, el Consolador, que no ha cesado de hablar por los Profetas, y que formó al Hombre Dios en el seno de una humilde vírgen, baja sobre los Apóstoles el dia de Pentecostés, acaba la obra de la Trinidad, y funda la Iglesia, una, santa, perpetua; la comunion de los Santos en la tierra y en el Cielo. La ley de gracia y de amor sustituye á la ley de temor: los escalones para subir al Cielo están en nuestro corazon: el amor fecunda el poder del Padre y la palabra del Hijo: la adoracion de Dios en espíritu y en verdad se restablece en la tierra como en el Cielo: el hombre es libertado del pecado, del demonio y de la ignorancia: los ídolos caen: los sacrificios humanos desaparecen: el amor habita entre nosotros: los hombres aman á Dios y se aman entre sí: se renueva la faz del universo; y el Espíritu Santo da otra vez el movimiento y la vida á éste.

Toda la Trinidad tomó parte en la Creacion, en la Redencion y en la Santificacion; pero se atribuye mas particularmente la Creacion al Padre, la Redencion al Hijo y la Regeneracion al Espíritu Santo.

Así, todo el culto de los cristianos consiste en el culto de la Trinidad; todas las fiestas se refieren á ella, la Creacion, la Redencion y la Santificacion de la Trinidad: Dios, el hombre y el universo.

La humanidad y la Divinidad son unidas por el amor en el tiempo, como el Padre y el Hijo en la eternidad. El universo, el hombre y Dios: hé aquí la nueva Trinidad producida por el Espíritu Santo ó el Amor. *Amor non permisit Deum sterilem in se ipso manere.*

Dios puso al hombre en el universo para que sirviera en cierto modo de lengua y de razon á todas las criaturas privadas de una y otra; porque debia animarlas á todas, y hacerlas, por decirlo así, inteligentes en su persona, sirviéndose del grande espectáculo de la naturaleza como de un espejo para contemplar en él la hermosura de los séres criados, y para admirar y reverenciar el poder y la sabiduría de Dios. Las otras criaturas no son mas que huellas de Dios, *vestigia Dei.* El hombre es su imágen y semejanza; pero ¿dónde está esta imágen de Dios? ¿Está en el cuerpo, en el cual se parece el hombre al animal? No, sino en el alma, sustancia impenetrable, tan oculta á los ojos de nuestro cuerpo como la misma esencia divina; el alma, sombra del alma de Dios, segun los Santos Padres, soplo de su espíritu. Véase hasta qué punto es exacta la semejanza: simple, única, indi-

visible, sin estension, independiente de los lugares y de los tiempos, libre en su voluntad, sin mas que un deseo, el de ser eternamente feliz, queriendo poseerlo todo, espiritual, inmensa. ¡Oh maravilla! Cuanto acabo de decir, se aplica al alma, y se creeria que he definido la Divinidad.

Como Dios es una sustancia que se conoce y se ama, y con su conocimiento y con su amor halla en sí mismo su perfecta bienaventuranza, así el alma, imágen de Dios, es inteligente y libre; pero como no tiene en sí el sér, la razon y el amor, se vé precisada á buscarlos en Dios, y por eso posee tres facultades correspondientes á las tres Personas Divinas. El hombre, dice Bossuet, semejante al Padre, tiene el ser: semejante al Hijo, tiene la inteligencia: semejante al Espíritu Santo tiene el amor, y semejante al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tiene en su ser, en su inteligencia y en su amor una misma felicidad y una misma vida. Dios es la perfeccion de su ser, el alimento inmortal de su inteligencia y la vida de su amor.

Dicho está que Dios inspiró un soplo de vida en el rostro del hombre, y que así formó en él una alma viva á su imágen y semejanza. La Trinidad, pues, fué impresa en el alma del hombre, que es una Trinidad terrenal, donde debe reflejarse todo lo criado para rendir homenage á la Trinidad celestial.

Al Padre debe el hombre el ser, la vida y el movimiento: al Hijo la razon, la vida intelectual: al Espíritu el movimiento ó el amor; y si quiere tener la paz, la sola dicha de esta vida, es preciso que no separe la Santísima Trinidad en él: que viva de las tres Personas Divinas: que halle en ellas el ser, la razon y el movimiento. Solo así todo será perfecto en él; todo se consumará en la unidad.

Por una maravilla inefable, el mundo material, obra de Dios, contiene en sí todo el ser del hombre. Sin los alimentos esteriores, debidos al Poder Divino, el cuerpo caeria en la disolucion y el alma se separaria del cuerpo. Todo este edificio no se sostiene sino por la incorporacion de las sustancias terrenas á la sustancia de la humanidad. ¡Oh Dios mio, vos sois el Autor de todos los bienes y os debo toda la conservacion de mi vida! *Substantia mea apud te est.* Si cesara un instante la accion del hombre, y la tierra, el aire y el agua no produjeran nada, ¿qué seria del hombre? Se convertiria en un cadáver, en podredumbre, en un no se qué, como dice Tertuliano, que no tiene nombre en ninguna lengua. Así la conservacion no es mas que la Creacion continuada. Así el Padre es el ser de nuestros cuerpos y de nuestras almas: nuestro ser no es otra cosa que nuestra union á su poder, nuestra asimilacion á las cosas criadas por él: el Padre es el sostén de nuestra sustancia espiritual y corporal: no solo el cuerpo se aniquila sin el Padre, sino que el alma queda sin sostén.

El hombre privado enteramente del Verbo, está destituido de toda razon, de toda sabiduría, de toda ciencia. No comprende nada del mundo físico, ni del mundo moral, y su inteligencia tiene que renunciar á la vida. Del mismo modo que la muerte nos manifiesta, despues de la caida del hombre, lo que éste viene á ser sin el Padre, el mundo, entregado á la idolatría, por espacio de cuatro mil años, nos ha mostrado lo que viene á ser la humanidad sin el Verbo. Antes de Jesucristo, Razon encarnada, la luz estaba tan oscurecida en el mundo moral, que no se encuentra una sola nacion, escepto el pueblo judio, donde Dios tuviese altares. Y ahora, ¿qué hallamos donde quiera que Jesucristo no es conocido? Una profunda ignorancia de todo lo que mas interesa al hombre con relacion á Dios, conocimientos que se contradicen, que se destruyen, inteligencias cansadas,

la duda universal. Gracias á Jesucristo, existe un sol de los espíritus, como existe un sol de los cuerpos. Supuesto que el alma privada del Verbo está sin luz y sin verdad, nuestra razon no es mas que la union del Verbo de Dios, de la razon de Dios con nuestra alma, como nuestro ser no es mas que nuestra union al poder de Dios.

Consideremos ahora al hombre sin el espíritu ó el amor de Dios. Si este amor no reina en él, el hombre es víctima de las pasiones. Y ¿cómo Dios reinará en él por el amor, si no cree que Dios sea amor, que le haya amado? Figuraos el hombre cuando el Espíritu Santo ó el amor no llena la inmensidad de su corazon. No hay para él tranquilidad: nada puede satisfacerle: pide á todas las criaturas la felicidad, y ninguna puede satisfacer la necesidad que le devora: no dice jamas: *basta*; y padece tormentos indecibles. ¡Cosa admirable! En cuanto el Espíritu Santo deja de habitar sustancialmente en el corazon del hombre, éste quiere aniquilarse. El movimiento que lleva á los santos á perderse en Dios, impele á los criminales á perderse en la nada. ¡Por qué un solo pecado grave basta para destruir la vida divina? Porque el pecado mortal arroja al Espíritu Santo, esto es, el vínculo de amor: entonces se suspenden todos los movimientos del alma: un espíritu estraño habita en ella que parece viva, pero está muerta. *Vivens et mortua est.*

¿Qué es la verdadera vida? preguntaba San Agustin hace mil trescientos años, y respondia: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en nosotros.

Para juzgar lo que seria el hombre sin la Trinidad, basta mostrarle separado de cada una de las Personas Divinas. Si no vivia del Padre, quedaria privado del ser. ¿Y si no vivia del Hijo? Estaria destituido de la razon divina. ¿Qué seria si no viviese del Espíritu Santo? No hallaria jamas la felicidad. Y si no viviese al mismo tiempo é igualmente de las tres Personas Divinas, no habria paz posible para su alma, porque ésta no se hallaria en la constitucion natural que el Cristianismo le impuso. Esta nueva constitucion es que siendo ella Trinidad reciba la Trinidad: ahí está su salud y su dicha; porque dichosa y sana, son dos palabras sinónimas para el alma. "Del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la Trinidad creadora, dice San Bernardo, se desprendió la trinidad creada que cayó en otra trinidad, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida; y esta Trinidad únicamente pide levantarse otra vez por la Trinidad de la fé y de la esperanza y del amor. Por esta Trinidad nueva la Trinidad siempre feliz y siempre inmutable sacó del profundo abismo nuestra trinidad miserable, y le restituyó su felicidad perdida.»

Tinieblas, desórden, muerte: ese es el hombre sin el auxilio de las tres Personas de la Trinidad. El hombre que se nutre con los alimentos preparados por el Padre, y que sostiene así su ser, pero que tiene la razon estraviada por el error y el corazon espuesto á las pasiones, se halla en la situacion que un autor pagano pintó tan bien: goza de un Dios airado: *fruitur Deo irato*. De todas las criaturas solo el hombre puede un instante sustraer su corazon á la Omnipotencia de Dios: ¡terrible privilegio y de corta duracion! No está distante el tiempo en que si no ha querido someterse á la ley de misericordia, esa ley del Verbo y del amor caiga bajo la ley de justicia. ¡Desgraciada el alma que no vive de razon y de amor! Si Dios Padre continúa dándole el ser, es para que pueda volver al Hijo y al Espíritu Santo; pero si persevera en esta situacion terrible, el poder se volverá contra ella, la existencia se le hará insoportable, y la luz del sol no será mas que un fuego que la consuma.

Por la Trinidad, pues, se ha resuelto el problema del destino humano: el Padre,

Creador de todas las cosas visibles é invisibles, es el sostén de nuestra alma y de nuestro cuerpo: el Hijo nutre nuestra razon, y el Espíritu Santo nuestro amor. Hé aquí por qué nuestros deseos no tienen límites, y por qué el mundo entero no puede satisfacernos. La grandeza de nuestro ser, la inmensidad de nuestro entendimiento y de nuestro corazon, se han hecho para las tres Personas Infinitas, y solo con la posesion de la Trinidad entera pueden saciarse. Pero para que la Trinidad y el hombre no hagan mas que uno, es preciso que el hombre, en virtud de su libertad, se inmole á Dios, y que Dios se dé todo á él. Así se verifica el acto de adoracion perfecta, que pone en relacion la Soberana Grandeza con la pequeñez infinita, y que hace de ellas un todo inseparable. Para ser una trinidad, debemos á la Trinidad el holocausto completo de nosotros mismos: es menester inmolar nuestra existencia renunciando todos los atractivos sensibles, todas las inclinaciones de nuestra naturaleza: es menester inmolar nuestra razon no buscando ni el *por qué*, ni el *cómo* de las cosas, cuando hemos reconocido que vienen de Dios: es menester inmolar nuestro corazon, refiriendo todos nuestros afectos á Dios, y no queriendo ocupar como ídolo el corazon de nadie. Así entramos con Dios en la unidad perfecta, la unidad indivisible, la unidad eterna: así preparamos en nosotros el lugar de las tres Personas Divinas. Esta es la razon por qué la humildad es el fundamento de la religion. Si no estamos vacíos de nosotros, no podemos llenarnos de Dios.

El Señor no nos ha criado sino para vivir de su vida, para ser dichosos con su dicha. Su ser, su vida, su felicidad, esa es la eternidad, ese es el Cielo. Dios es el bien de todos los bienes: *Deus omnis boni bonum*. No siendo cuanto vemos aquí abajo mas que una imágen de la Trinidad, no es la felicidad; es solo una sombra de la felicidad, *quasi felicitas*.

¿Qué es, pues, la bienaventuranza? San Gregorio Nacianceno va á enseñárnoslo: "Es," dice, "la contemplacion de la Trinidad que se mezcla en todo el espíritu." Por eso los teólogos han hecho consistir la bienaventuranza en una cierta emanacion de la Esencia Divina, que se insinúa en el fondo del alma, que la penetra, que la posee y la llena enteramente; que se junta y une á ella corazon con corazon, espíritu con espíritu, esencia con esencia, inmediata é íntimamente como el alma á su cuerpo, como la luz al aire que ilumina, como el fuego á la sustancia que abrasa. Digámoslo, pues, en una palabra: la bienaventuranza es la Trinidad de Dios que se une á la trinidad del hombre.

Y en el Cielo ¿cuál es la ocupacion de los ángeles y de los bienaventurados? Adorar á Dios en tres Personas, y repetir aquel cántico que Isaías oyó en el templo: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra está llena de tu Gloria;" mientras que la Iglesia canta sin cesar estas palabras, que adoptó en otro tiempo contra el arrianismo: "Glória al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, segun era al principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos." Así la tierra y el Cielo no se ocupan mas que en celebrar la Trinidad, y en producir nuevos Cristos para las mansiones eternas.

LOS MISTERIOS DE PARIS.

CARTAS A UNA SEÑORA DE MUNDO.

CARTA CUARTA.

CONTINUACION DE LOS TIPOS.--LOS SALONES.

Muy señora mia.--He prometido á vd. no asustarla mas con los ladrones, asesinos, rameras, y toda esa sociedad, cuyo contacto contamina, y se revuelca en los inmundos sitios de que acábamos de salir; y por difícil que sea cumplir una oferta de este género continuando el análisis de los *Misterios de Paris*, me esforzaré en hacerlo. Despidámonos de los garitos frecuentados por los malhechores, de las cavernas infames, de las chozas, de las galeras, de los chiribitiles y de esa poblacion degradada, que no reconoce otro idioma que el *caló*, ni otro cetro que la vara del cómitre ó la cuchilla del verdugo. ¡No siente vd. ya una brisa embalsamada que viene á refrescar la atmósfera? ¡No percibe el reflejo de las bugías centellando sobre las tersas superficies de los diamantes? El oro, los terciopelos, la seda, los espejos, los muebles suntuosos, las magníficas salas, los palacios de portadas magestuosas, las carrozas tiradas por fogosos caballos, los armónicos ruidos de los conciertos, el hechizo de los bailes; ninguna cosa, en fin, de lo que puede hacer completo el contraste, se ha pasado por alto. Véase lo esterior; pero si se estudian juntamente los tipos que giran en este magnífico mundo ¡qué es lo que se hallará?

En medio de este mundo de lujo y de placeres, percibimos desde luego una muger, cuyo retrato parece haber delineado el autor con todo cariño. La marquesa d'Harville posee todas las gracias y todas las virtudes. El universo la aprecia, el príncipe Rodolfo la admira; es el modelo de su sexo y el objeto del respeto de todos los hombres. Sin embargo, si se vé un fiacre amarillo de cortinas echadas dirigirse hácia el barrio mas apartado de Paris, no hay que echar una ojeada curiosa al través de esas cortinas, porque la consideracion que se merece madama d'Harville quedaria muy comprometida. Se apercibiria, en efecto, á la heroina del gran mundo de Mr. Süe, salida muy de mañana de la casa de su marido, dirigiéndose.... ¡á dónde se pensará que se dirige?--¡A alguna bohardilla, sin duda, para socorrer á una familia necesitada?--No. Para esplicar esta escursion matutina, que es un acto caritativo, pero de un género algo diferente que la caridad comun, será necesario contar toda la historia.

Madama d' Harville, sin estar totalmente seducida, ha sido tentada de la pasion romántica que cree haber inspirado á Mr. Cárlos Robert, que tiene el talante de un romano desgraciado, la figura vulgarmente bella, y que finge adorar silenciosamente á la jóven marquesa, sin tener bastante valor para espresar su pasion, ó demasiada pasion para tener valor. A fin, pues, de ocurrir á una cita insolente dada por este presumido é imbécil egoista, á una vivienda de la calle del Templo, que ha alquilado á este efecto, y que mira como su burdel, es á lo que madama d'Harville ha salido tan de mañana. Sin el príncipe Rodolfo, que se encuentra en la escalera y la hace subir á un desvan donde hay una familia pobre que socorrer, la marquesa seria sorprendida por su marido

en el fragante delito de tan culpable cita. Esto habria sido, sin duda, fatal; pero escúchense las esplicaciones de Mr. Süe, y se convendrá en que madama d' Harville no deja de ser admirable, y que lo mas que se le puede echar en cara es una ligera imprudencia. ¿Qué hay que decir? *Ella tiene un corazon tierno y un marido epiléptico.*

Se necesita, por tanto, que encuentre en otra parte donde colocar los tesoros de ternura, de que no puede disponer en favor de su marido; y esto es lo que nos esplica Mr. Süe con la alta indulgencia que le es propia, ó, lo que todavía es mejor, la marquesa d' Harville se encarga ella misma de esplicarlo al príncipe de Gerolstein; y esta narracion de una jóven casada á un hombre de treinta años á quien ama, y á quien descubre por qué no puede amar á su marido, es una de las historias mas estrañas que jamas se habrán leido. Nosotros recordamos involuntariamente al leerla, el dicho de la duquesa de Orleans á su hijo: "A fé mia, que concluireis por hacer indecente al matrimonio."

¿Sabe vd., en el fondo, cuál es el carácter de la marquesa d' Harville? El de *Flor de María:* la misma facilidad, las mismas inclinaciones, igual debilidad. Madama d'Harville es la *Guillabaora*, con cien mil francos de renta mas, y, por consiguiente, con las tentaciones de la miseria de menos. Aquí la ociosidad de la opulencia, como allá la de la pobreza: aquella ocurriendo á la cita de Mr. Robert por su buen corazon; ésta conducida por igual motivo á casa de la tia *Pelona:* ambas, no obstante, encantadoras, y las dos permaneciendo puras, virtuosas y aun virginales, aun cuando madama d' Harville, á pesar de hallarse casada con el jóven marqués, ame al príncipe Rodolfo y acepte la cita de Mr. Cárlos Robert; y *Flor de María*, sin amar á nadie, consienta en servir á los placeres de los galeotes y asesinos. ¿Qué mas se desea? La última es pobre, y el marido de la primera *epiléptico.* Es necesario ser muy exigentes para no admitir estas dos escusas, y si vd. es de este número, Mr. Süe la colocará entre las preciosas ridículas y del tiempo de las golillas.

Si la marquesa d'Harville tiene mas de un rasgo de semejanza con la *Guillabaora*, puede decirse que la duquesa de Lucenay es la analogía aristocrática de la *Loba*, sin que le falte otra cosa que su corazon grabado en el brazo, con su epígrafe: *¡Mueran los cobardes!* Esta fiera duquesa desprecia, como una preocupacion, la hipocresía, que un famoso predicador (perdóneseme la cita) llamaba el último homenage que el vicio presta á la virtud. Es de un pergenio admirable, y de una libertad, que Mr. Süe llama aristocrática, en sus amores. Ama perdidamente al conde de Saint-Remy, uno de esos jóvenes epicúreos que apuran cuanto es posible la poesía de la vida material, dictan las leyes del gusto y la elegancia, hacen regla si se trata del corte de un vestido, del color de una carretela, del estilo de un mueble y de las calidades de un caballo de carrera. Las consecuencias de este amor, cuanto puede inferirse de un pasage muy equívoco del libro, han arrastrado á la duquesa á una de esas acciones en que los tribunales de justicia tienen ordinariamente la indiscrecion de mezclarse. Una tarde, en efecto, que Rodolfo sube la escalera de cierta casa de la calle del Templo, donde Mr. Cárlos Robert dió la cita á madama d' Harville, escucha salir un grito doloroso de la vivienda de Polidori, especie de aventurero italiano que se vende por dentista, pero que se sospecha unir al ejercicio público de esta profesion, el secreto de otra mucho menos legal que atrae á su morada á las mugeres comprometidas á ocultar una falta á sus maridos, con auxilio de un crímen. Al bajar la escalera Ro-

dolfo, encuentra en los escalones un magnífico pañuelo.... ¿á quién pertenece? Todo lo que puedo decir es, que tiene la cifra y las armas de madama de Lucenay, cuyo esposo, que habia partido para un largo viage, acaba de llegar repentinamente á Paris. De esta suerte, nada detiene á la duquesa, como nada cuesta á su viva y ardiente pasion, cuando se trata de salvar al que es su objeto.

Por él vende sus diamantes de familia, y por su causa se presenta tambien al despacho del notario Ferran, para tomar á préstamo una suma de cien mil francos, y se espone á las propuestas cínicas de ese Tartufa del notariado, que espera hallar en ella una Elmira, y que pone un precio vergonzoso al servicio que se le pide. La duquesa de Lucenay, *adivinando el pensamiento grotesco y las pretensiones amorosas del notario, prorumpe en una carcajada loca y estrepitosa, y se retira, dejándolo anonadado por el odio, el despecho y el furor.* A muy poco sabe que ese conde de Saint-Remy, por quien ha hecho sacrificios tan costosos, se ha entregado no solamente á desórdenes de todo género, sino que, para continuar por mas tiempo su vida de lujo y de placeres, no ha reparado ni en estafas ni en robos, y que ha considerado siempre á la duquesa, no como á una muger amada, sobre cuya correspondencia cuenta, sino como una simple, con cuya ligereza especula. Entonces se decide á no volverlo á ver, y como el conde le pregunte el motivo de este rompimiento, le responde noblemente: *Tened entendido que cuando un lacayo me roba.... no acostumbro* romper con él.... *sino echarlo de mi casa.*

¡Qué costumbres! ¡Qué lógica! ¡Qué amores! ¡Qué rompimiento! ¿Cómo esta muger que Mr. Süe presenta tan altanera, no comprende que, arrojando en sus palabras injuriosas una librea de lacayo sobre las espaldas del hombre que ha sido su querido, se abate ella misma, y que un faldon de esa librea en que rebuja al conde de Saint-Remy, cae sobre su trage de terciopelo? Todo esto embaraza poco á Mr. Süe. El confiesa bien claro que la duquesa de Lucenay no es muy regular en su conducta; pero es tan altanera, se asemeja tanto á esas grandes damas de la regencia, que se abatian sin perder nada de su grandeza, que el autor de los *Misterios de Paris* no deja lugar á sus lectores de menospreciar á la duquesa de Lucenay. Otra circunstancia atenuante: ella tiene un marido boruquiento y maniaco, que rie antes de hablar, no habla sino cogiéndose el pié con la mano, no puede tocar una porcelana sin hacerla pedazos, ni tirar de un cordon de campanilla sin echarlo abajo. Ya se conoce, segun esto, que la primera de las desgracias de la duquesa de Lucenay, es el duque su marido. Considérese tambien que ella no podia absolutamente conducirse de otra manera de la que procede, y en lugar de condenarla debe tomarse su defensa.

¿Y qué dice vd. de ese Mr. de Saint-Remy? Este hombre que quiere gozar á todo precio; que establece impuestos sobre la ternura de una muger que no ama y de la que es amado; que, para prolongar por algunos dias su vida epicúrea, consiente en hacerse falsificador, tracalero y ladron, y avanza su epicureismo hasta esponerse á ser presentado ante la justicia, ó reducido á prision, ¡no es un tipo de elegancia y de buen gusto que merece ser puesto en escena? ¿Por haberse degradado hasta no ser acreedor ni al desprecio, debe este carácter dejar de escitar interés? Nada de eso, si es necesario creer á Mr. Süe. Todos los delitos de Mr. de Saint-Remy son de la sociedad, que el autor acusa de no ocuparse en moralizar al rico y al pobre; y en vez de ser culpable este petardista elegante y gracioso falsificador, no es sino víctima.

Sí, lo es, lo mismo que el marqués d'Harville, que despues de un almuerzo de amigos, se vuela la tapa de los sesos, como un hombre que sabe pensar y un marido lleno de delicadeza, que no pudiendo hacer de la marquesa una feliz esposa, quiere hacerla á lo menos una dichosa viuda. Esta historia merece la pena de ser contada; los caracteres de esta naturaleza y las acciones de este género son bastante raras para omitir la narracion.

Apenas habrá caballero mas perfecto que el marqués d'Harville; generoso, valiente, de talento, de un corazon franco y resuelto, de una inteligencia elevada; que adora á su muger y está siempre dispuesto á servir á sus amigos: solo tiene una falta, y es, la de ser epiléptico, y haber ocultado á la familia de la muger con quien se ha desposado, el mal incurable y hereditario de que es presa. Desde que la marquesa ha conocido la enfermedad de su marido, y esto remonta á la primera noche del dia de su matrimonio, de la que ha hecho una narracion al príncipe de Gerolstein, ha concebido hácia el marqués un odio desdeñoso. Sin embargo, á fuerza de las observaciones de Rodolfo, ella consiente en manifestar al pobre epiléptico, no un poco de amor, sino algo de amistad, como una hermana *gris* (*) que la Providencia ha destinado para cuidar, durante su vida, á un mismo enfermo.

El marqués queda penetrado de reconocimiento; ¿pero cómo espresarlo á su muger? ¿De qué manera mostrarse digno del perdon que ella ha tenido á bien concederle? ¿Qué hará en fin para hacerla dichosa? Despues de maduras reflexiones, reconoce que el único medio que tiene de contribuir á la felicidad de su esposa, es el de volarse la tapa de los sesos. Pero al verificar este acto de gratitud, usa de una delicadeza y un refinamiento de galantería, de que no es fácil formarse alguna idea. ¡Volarse brutalmente la tapa de los sesos en la recámara de la marquesa! ¡Quita allá! esto seria manchar las alfombras del suelo, y un suicidio mal combinado. ¡Matarse en su propia pieza! Seria mejor sin duda; pero habria que temer entonces los remordimientos de su esposa, que pudiera acusarse de la muerte de su marido, y los juicios de la malignidad pública, siempre dispuesta á echar en cara á esta encantadora muger el no haber hecho la vida bastante dulce al marqués d'Harville, y reducídolo á quitársela por sus propias manos.

El galante epiléptico se decide, pues, á disimular su suicidio con un accidente. Hace llamar á un arquitecto para que construya una galería sobre el jardin en el ala derecha de su palacio, destinada á convites y bailes, y tambien á su joyero para que le traiga un aderezo de diamantes para su muger; compra unas magníficas armas de fuego, y dispone un almuerzo para sus amigos. Despues de haberse mostrado en él lleno de alegría, los conduce á ver sus nuevas escopetas y pistolas, y tomando una de éstas, la monta y dice sonriendo: *Aquí está, señores, la panacea universal de todos los males.... del esplin.... del tedio.... Voy á mostraros cómo se hace la operacion: se introduce con mucho tiento el cañon entre los dientes* (lo ejecuta como burlando).... *se pone el dedo en el gatillo.... se tira un si es no es.... y....* sale el tiro: ya no hay marqués d'Harville, y todos los periódicos, al dia siguiente, agregan un nuevo artículo á las numerosas consideraciones que se han escrito sobre el peligro de jugar con las armas de fuego.

Ya veo á vd. dispuesta á clamar contra la locura de este suicidio romántico, que no es menos culpable por ser hipócrita; pero permítame interrumpirla un poco de

(*) *Con este nombre se llama en Francia á las Hermanas de la Caridad, fundadas por San Vicente de Paul.*--T.

parte de Mr. Süe, que le replicará que el verdadero culpable aquí no es el marqués d'Harville, sino la sociedad, que ha suprimido el divorcio. Por la falta de un artículo de ley, el marqués se ha volado la tapa de los sesos, y ha demandado á una pistola de Lepage lo que le rehusaba el código. Así, por favor, no condene vd. á esta generosa víctima de la injusticia social: ella ha dado á los maridos que están de mas en su casa un bello ejemplo que seguir; pero que, á pesar de la autoridad de un moralista tan elocuente como Mr. Süe, me temo que no tendrá muchos imitadores. Y verdaderamente es lástima, porque por muy poco què este ejemplar se hiciese contagioso, podria dispensarse ya el divorcio.

Bastaria, pues, á una muger que tuviera que sentir de su consorte, demostrarle alguna indulgencia y amistad, y remitirle el tomo que contiene la narracion del suicidio del marqués d'Harville; y el marido de talento y obediente no tendria que hacer sino elegir entre los accidentes, en invierno las armas de fuego, en verano ahogarse nadando; á no ser que el marido condenado á muerte no prefiriese una partida de caza con alguno de los miembros de la comision de la última ley, pasatiempo que no podria tomar sino despues de haber firmado su testamento, si debe creerse á Mr. de Lasteyrie.

¿Qué cuento inventais? me dirá vd.—Yo no invento nada, á fé mia, sino que analizo fielmente los caracteres que he hallado en los *Misterios de Paris*, y hago pasar á la vista de vd. los tipos de los salones, despues de haberle señalado los que se encuentran en los lugares bajos de la sociedad. Le suplico me preste todavía una poca de paciencia, porque aun no he terminado mi objeto. Esa muger de un mirar feroz y duro que se halla por todas partes. en la taberna del Conejo blanco, como en los salones ministeriales, es la condesa Sarah Mac-Gregor. De jóven doncella habia concebido, sobre la prediccion de una paisana de Bohemia, las esperanzas de casarse con una testa coronada; y fiada en ella, se habia hecho presentar, en compañía de su hermano, en la corte del príncipe de Gerolstein, padre de este Rodolfo que es el héroe de los *Misterios de Paris*.

Muy pronto, de acuerdo con el abate Polidori, ayo entonces de Rodolfo, y que no reconocia en filosofia sino dos principios, el ateismo y el materialismo, como no tenia mas moral que la del interés, Sarah llegó á ocupar el corazon del príncipe heredero. Un matrimonio secreto unió sus destinos; y Sarah, en un estado de preñez avanzado, hizo todo lo posible para hacer público el resultado de este matrimonio clandestino, á fin de obligar á Rodolfo á ponerla en posesion del rango que ambicionaba. Una violenta altercacion entre el viejo duque de Gerolstein y su hijo fué la consecuencia de este escándalo. Rodolfo, no sufriendo oir infamar á su querida, casi llega á desenvainar la espada contra su padre.

Este le demuestra al dia siguiente, por pruebas, por escrito, es decir, por una correspondencia de la jóven Sarah con el abate Polidori, que la infamia con que habia marcado su frente, era merecida, y que Rodolfo habia sido juguete de una intrigante que habia abusado de su inesperiencia y sencillez. Sarah, despedida vergonzosamente de la corte de Gerolstein, emigra á Francia, y da allí á luz una hija, á quien desde su nacimiento profesa el ódio que tenia á su padre; y para impedir que éste pudiera hallarla con el tiempo, la confia á una muger llamada Serafina, encargando al notario Ferran, que lograba una grande reputacion de probidad, impusiese en cabeza de la niña, en rentas vitalicias, una suma de doscientos mil francos dada por el príncipe de Gerolstein.

Serafina y Ferran, de comivencia ambos, se apropiaron el capital y la hicieron pasar por muerta, entregándola á la *Lechuza;* y esa es la *Chillona*, la *Guillabaora* y *Flor de Maria*, de que tanto hemos hablado. Pasado algun tiempo, Sarah-Seyton se casa con el conde Mac-Gregor; pero enviudando á muy poco, vuelven á revivir en ella sus supersticiosas esperanzas.

Desde entonces se pone á seguir los pasos de Rodolfo, lo espia por todas partes y lo rodea de sus emisarios. Toda muger que le parece agrada al príncipe, es proscrita: así es como la marquesa d'Harville, comprometida por la condesa Mac-Gregor á corresponder á la pasion de Mr. Carlos Robert, y denunciada por ella á su marido, en una carta anónima, estuvo á punto de caer en el precipicio que habia abierto á sus piés. Equivocándose sobre la naturaleza del afecto del príncipe hácia *Flor de Maria*, cuyo orígen ignora, la hace robar de la quinta en que ha encontrado un asilo, y la entrega al *Maestro de Escuela* y la *Lechuza*, con quienes se halla en comunicacion. En fin, recibe el golpe mortal de mano de esta horrible muger, al momento en que, preguntándole si no podria proporcionarle una jóven de la edad de la hija que cree haber perdido, para sustituirla á ésta, y decidir al príncipe á un casamiento que rechaza, sabe de su misma boca que esa niña, cuyo retrato le enseña en un medallon rodeado de diamantes, vive todavía.

Bien lo vé vd.: Sarah-Seyton es el tipo de la ambicion cruel y desnaturalizada; que destruye bajo sus piés de bronce lo que le impide llegar á su fin; que carece de escrúpulos, de pudor, de remordimientos y conciencia; que para conseguirlo, últimamente, miente, deshonra y mata.

No diré á vd. sino una sola palabra de Madama d'Orvigny: ésta se halla calcada sobre el mismo tipo, y únicamente en vez de aspirar á ser princesa, aspira á ser rica. Introducida á la casa del conde d'Orvigny como aya de su hija, despues marquesa d'Harville, se vuelve muy pronto la querida del padre; envenena á la madre, de concierto con el doctor Bradamanti, que no es otro sino el abate Polidori, aquel preceptor materialista y ateo, cómplice en otro tiempo de Sarah-Seyton; y envenenaria al mismo conde d'Orvigny, sin la intervencion de la marquesa d'Harville, asistida del leal Murph, especie de fiel Acates, ó de *bulldog* virtuoso, que el príncipe de Gerolstein aparta de su lado para reemplazar á la *Providencia indolente*, como lo hace hablar Mr. Süe con mas fatuidad que ortodoxismo.

¡No reconoce vd. que no nos hallamos en mejor compañía, aunque sea mas rica? ¡No la sorprende no estrañar el figonde la calle de Féves y la cárcel de San Lázaro, en presencia de esta perversidad bajo artesones dorados y de esa iniquidad con títulos? Pero tenga vd. espera, que aun no hemos llegado al fin. Sin hablarle con mas espacio del consejero Murph, especie de Sancho Panza colosal, como le he dicho al principio, del Don Quijote de la Confederacion germánica, y citando solamente por memoria al negro David, cuya especialidad, como médico, es sacar los ojos á los que el príncipe Rodolfo juzga indignos de ver la luz del dia; vengamos al notario Ferran.

Este notario es el tipo de Tartufa, exagerado hasta la hipérbole. Moliere ha pintado, con aquel vigor de pincel que le es propio, á un hipócrita, ocultando bajo la máscara de la religion, las dos pasiones que le son mas opuestas: la avaricia, y, perdónese la bajeza de la palabra, la lubricidad; lo ha mostrado cayendo en el lazo que le tiende Elmira con una hábil coquetería, y arrastrado por ella hasta el punto de declarar su malvada pasion delante de Orgon, que no queria creer su perfidia. Puede decirse que Moliere ha alargado el carácter de Tartufa hasta donde ha podido. La

sensualidad de este odioso personage es puesta en relieve en sus relaciones con Elmira, y su rapacidad y doblez vienen admirablemente á espresarse en las que lleva con Orgon. Esto es cuanto puede sufrir una literatura que se respeta y tiene consideracion á sus lectores, que quieren ser respetados. Porque si Moliere hubiera dado un paso mas, habria caido, por una parte, en la cínica y brutal pintura del amor físico, y, por la otra, tomaria al pié de la horca un sugeto indigno de interesar á personas honradas.

En lugar de un paso, Mr. Süe ha dado diez. Del sensual Tartufa ha hecho un viejo Priapo víctima de una sobrescitacion sensual; de captador de testamentos y donaciones, ha formado un bergante predestinado á la mano del verdugo, que mata para robar, y que está en relaciones con hordas de asesinos, que lo desembarazan, por el puñal, el veneno ó sumersion, de los que ha despojado. Para hacer caer á este monstruoso Tartufa en el lazo en que debe perecer, ha desnudado literalmente Mr. Süe á la Elmira de Moliere, formando á Cecilia, esa ardiente americana, medio desnuda, que reemplaza las seducciones graciosas de la coqueta Elmira, por las puramente físicas. De manera que la escena, bastante audaz, de la comedia del gran siglo, viene á ser, en la novela, de un cinismo de tal suerte intolerable, que es imposible dar una idea de él.

Baste decir que Rodolfo, que ha llamado de sus Estados, donde la tenia encerrada en una fortaleza, á la criolla Cecilia, cuya perversidad conocia, la encarga de exaltar hasta el furor las pasiones sensuales del notario, para obtener de él la prueba de los crímenes que ha cometido, y que éste acaba por morir de una enfermedad sin nombre en el idioma ordinario, exhalando, con el postrer suspiro, los ultimos gritos y furores de una pasion bestial. Ferran, esto es claro, es una monstruosa caricatura de Tartufa, trazada con vitriolo sobre la cubierta de la comedia de Moliere.

Conoce vd., pues, ya bastante los principales tipos de los *Misterios de Paris*, los que brillan en los salones, como los que se ocultan en antros obscuros. El trabajo que acabo en este momento es ingrato y penoso, pero era necesario; porque debia hacerse para conocer bien el libro antes de juzgarlo, é importaba dar una idea de la epopeya de Mr. Süe á los que no quieren leerla, aun cuando no fuese sino para justificar á sus propios ojos su resolucion.

Acaso con lo dicho hasta aquí pudiéramos dejarles el cuidado de apreciar los *Misterios de Paris*, porque ya poseen todos los elementos necesarios para formar su juicio: ellos conocen, en efecto, el plan del libro, su primitiva idea, el cuadro en que se mueve la accion, la naturaleza de ésta, y los tipos principales que se agitan en ese caos formado de vicios y de crímenes, y amasado con sangre y cieno. Pero llenaremos, no obstante, hasta el fin el objeto que nos hemos propuesto. Por otra parte, ¿no debemos una contestacion á los admiradores de Mr. Süe, que, usando de un derecho que no les disputamos, critican nuestra censura y condenan las espresiones de reprobacion que hemos dejado escapar en este escrito?

Así es que no me parece bastante haber hecho pasar ante la vista de vd. á la *Guillabaora*, esa prostituta virginal de los ladrones y presidarios; el *Churiador*, ese maton de vocacion, que mata hombres á falta de caballos viejos; la *Loba*, fatalmente conducida á la infamia; la viuda Marcial con toda su familia de guillotinados; la tia *Pelona*, la sucia tabernera que vende á bajo precio asquerosos manjares y aun mas infames vicios; el monstruoso *Maestro de Escuela*; la espantosa *Lechuza*; el *Cojuelo*, ese cínico y perverso jóven; *Brazo Rojo*, su padre, ladron, contrabandista, asesino y espía: sin hablar del *Esqueleto*, hombre

perdido, á quien de justicia se debe la horca, y de otros tipos tan degradados pero menos originales. Ni juzgo suficiente haberle puesto delante, despues de los tipos de los bajos lugares de la sociedad, los de los salones; Rodolfo, ese príncipe completo en la ciencia del pugilato y la del *caló*; la marquesa d'Harville, cuya atrevida inocencia acepta citas en casas sospechosas; la duquesa de Lucenay, que despide un amante como á un lacayo, y deja caer su pañuelo bordado de armas ducales en la escalera de una casa de aborto; el conde de Saint-Remy, el vagamundo falsario y elegante petardista; el marqués d'Harville, el galan suicida; Polidori, el clérigo ateo y materialista, propinador de abortivos como de venenos; la condesa Mac-Gregor, pagando asesinatos; la condesa d'Orvigny, dos veces envenenadora; en fin, el notario Ferran, esa monstruosa mezcla de sensualidad bestial y de avaricia sanguinaria, cuya espantosa figura parece escapada del infame libro de Aretin, ó de las ruinas de esa ciudad de Pompeya, en que el Vesubio solo, vecino de mal agüero, puede interrumpir las cínicas orgías y las escandalosas priapeas. Debemos, pues, concluir, reasumiendo cuanto se ha dicho, en una apreciacion moral y literaria de la obra de Mr. Süe.

Soy, señora, con el mas profundo respeto, &c.

EL ECO DEL COMERCIO.

En su editorial del 7 de Abril, bajo el título de "Sentimiento religioso," ha dado principio á una materia que formará, segun ofrece, el objeto de algunos artículos, previniendo que va á levantarse en su contra el grito, de lo que anticipadamente y para disponer mal los ánimos de los lectores, se llama de intereses mezquinos y vergonzosos, que no pueden sufrir las indicaciones de la razon y de la verdad (así califican módestamente y de antemano las suyas), y apelando al mismo clero, á quien se insulta, á que tome la defensa de esos temerarios asertos, y corresponda á esos gritos profanos que, bajo la capa de religion, lo ultrajan del modo mas indigno. Ya veremos si los respetables eclesiásticos, cuyo auxilio se implora, se prestan á sostener esas ideas: por lo que toca á nosotros, simples seculares, pero muy católicos, de lo que nos gloriamos, nos opondremos á ellas, movidos, no de intereses bajos y personales, sino de los mismos de que se dicen animados los editores: el interés de nuestra religion, el interés de nuestra patria, y aun el verdadero interés de los que no han premeditado todas las consecuencias de esa reforma que solicitan, que no va á ser sino la manzana de una nueva discordia entre los mexicanos, y acaso la tea incendiaria que reduzca á cenizas nuestra pobre sociedad.

Despues de un largo preámbulo en que parecia natural se establecieran algunos principios, se diesen algunas definiciones, se fijaran algunas bases para tratar con seguridad de una materia tan resbaladiza, tan difícil y tan espinosa, ó siquiera se esplicase, lo que se queria dar á entender por la palabra *sentimiento religioso*, sobre que iba á dilucidarse; viene á concluirse, entre mil figuras y triviales metáforas, con la trillada cantinela de la relajacion del clero, en que los ministros del altar no solamente han viciado lo que se llama sentimiento religioso, sino que, relajando este principio de union y de fuerza, de paz y de virtudes sociales, han sido los

agentes de la anarquía y desórdenes y la causa final de todos nuestros males. ¡Terribles, pero injustas acusaciones! ¡Calumnias las mas atroces, pero las mas infundadas! ¡Cargos enormísimos, pero que un momento de reflexion y buena fé basta para disipar como humo! Entremos en materia.

El sentimiento religioso, se dice, viene á ser como las entrañas de las naciones: constituye el eje y fundamento en que se apoya la existencia de éstas; así en las paganas como en las cristianas lo ha sido siempre: en éstas últimas, y mas si son católicas como la nuestra, lo es esencialísima y especialísimamente. Bien; ¿pero qué entienden esos grandes escritores que se citan, por sentimiento religioso? ¿La simple nocion de que hay un Dios, y que debe dársele culto? ¿La idea de que existe una revelacion divina, que instruye en los dogmas, que dicta las ceremonias con que debe tributarse adoracion al Criador y Señor de todas las cosas, que establece la regla infalible de las costumbres? Esta esplicacion debió haber precedido para hacer bien claro el paralelo, en cuanto al modo de sentir religioso entre los gentiles y hereges, entre éstos y los católicos; porque de otra manera, disuena la proposicion, y es muy inexacta respecto de la nulidad de este ó el otro sistema de gobierno, este ó el otro sistema económico, este ó el otro sistema administrativo, para que no perezca la sociedad; pues no toda clase de creencias religiosas tienen el mismo influjo para su existencia y felicidad. Si quiere decirse que no puede haber sociedad sin religion, estamos de acuerdo; mas habiendo tan enorme distancia de las muchas falsas á la única verdadera, ¿podremos conceder á todas igual influencia? No, y así lo confiesan, no solo los que no están por la maldad de los cismas del Cristianismo, sino los mismos protestantes imparciales y honrados. "En la diversidad de todos los "gobiernos conocidos, dice el Lord Fitz-"William, ninguno ha contribuido mas á "la felicidad del género humano, que los "que han sido establecidos bajo la religion "católica romana." "Es imposible (es-"cribe en otra parte) formar un sistema de "gobierno cualquiera, que pueda ser per-"manente ó ventajoso, á menos que no es-"té apoyado en la religion católica roma-"na...." Ultimamente, demuestra hasta la evidencia lo funesto que ha sido el Protestantismo á los paises, por las disensiones civiles, la corrupcion de las costumbres, la estincion de la caridad, la supresion de las comunidades religiosas, &c., &c. (*)

"¿Y de qué modo puede viciarse ó relajarse este sentimiento? Viciándose, contestan los editores, ó relajándose sus maestros, sus reguladores, sus depositarios, en fin.... los ministros del culto." Lo entendemos; ¿pero cualquiera vicio ó relajacion será suficiente para producir este efecto? ¿Bastarán algunos defectos, aunque gravísimos muy personales, y solo valorizados por los escarnios y exageraciones de hombres perversos? Para viciar y relajar el sentimiento religioso católico, ¿qué errores ha enseñado el clero mexicano como maestro? ¿Qué cismas ha promovido como regulador? ¿De qué doctrinas ha abusado como depositario? ¿Se ha predicado en todos estos veintisiete años un evangelio distinto del que antes se predicaba? ¿Se ha sacrificado la entereza de la disciplina á mezquinos intereses? ¿Se ha corrompido la moral con opiniones proscritas por la Iglesia? ¿Ha hecho otra cosa el clero que sufrir y prudenciar aun en los rudos ataques que ha llevado de algunos gobiernos? Y cuando se ha defendido, ¿no ha obrado con toda la cordura posible, con un celo

(*) *Lettres d'Atticus, ou considerations sur la religion catholique et le protestantisme, par un anglais protestant:* en la carta quinta.

apostólico y con un ejemplo digno de los primeros siglos del Cristianismo? ¿Aun insultado por soeces folletistas, ha usado de sus derechos para enfrenar sus inmundas lenguas? Hechos queremos y pruebas de lo contrario: lo que afirmamos tiene por testigo á toda la República. ¿Y se comete, sin embargo, la injusticia de culparlo de la impiedad de muchos, de la inmoralidad de no pocos y de la frialdad del sentimiento religioso de innumerables, por las fragilidades de algunos de sus miembros? ¡Horrorosa temeridad! Tantos males, tanta irreligion, tan depravadas costumbres, no son resultado en nuestro pais, así como en los otros que los padecen hace ya algunos años, sino de las máximas y principios de esos escritos que abortó el averno el siglo pasado en Francia, donde proclamando el sentimiento religioso, se arrastró al pueblo á toda clase de escesos, llevándose por Paris los corazones de los mas respetables ministros del altar en las puntas de las lanzas, cantándose con una ferocidad digna de un iroqués, aquella bárbara letrilla: *¡Ah! no hay fiesta alguna cuando falta el corazon....*

Todavía se da otro paso mas. México, se dice, ha probado toda clase de gobierno, el monárquico, el dictatorial, el republicano con sus variaciones infinitas: todas las clases y todos los partidos han ocupado los altos puestos: todos han tenido las riendas en la mano, y ninguno ha acertado á hacerla marchar por el camino del bien, ni ha podido sistemar una buena administracion gubernativa. ¿Y por qué? "Porque el sentimiento religioso está relajado en México; porque lo están sus maestros, sus depositarios, los individuos del clero." Podian aun tomarse en consideracion diversas causas, como si la independencia fué inmatura por falta de elementos, si los defectos de su régimen interior han originado los quebrantos de la nacion, ú otras que no se ocultan á hombres tan políticos como los editores de *El Eco;* pero esto no debe entrar en la cuestion; de todo debe prescindirse, y no hay para qué boquear cosa alguna, cuando existe ese *hircus pro peccato*, el clero, á quien debe purificarse, reformarse.

El mismo hipócrita empeño de conservar los antiguos gobiernos absolutos en el siglo pasado, y sistemar en el presente los moderados, ha hecho á los adversarios del clero pintarlo contradictoriamente, ya como enemigo del poder de los reyes, ya como el mas fuerte contrario de la libertad de los pueblos y el mayor fautor del despotismo; y bajo el mismo pretesto de purificar el sentimiento religioso de absurdos, y de velar sobre las buenas costumbres, lo veremos convertido en blanco de la persecucion y la calumnia. Oigamos dos testimonios de ambas épocas, que no dejan de venir al caso. "En Europa (escribe Condorcet) se formó una clase de "hombres, ocupada, no tanto en describir y profundizar la verdad, cuanto en "divulgarla;... acariciando las preocupaciones con astucia, sin amenazar casi "nunca, ni á muchos á un tiempo, ni aun "á uno solo en un todo;... tratando con "miramiento el despotismo, cuando se "combatian los absurdos religiosos, y el "culto cuando se elevaba contra la tiranía;... ya manifestando á los amigos de "la libertad, que la supersticion, que cubre al despotismo con un escudo impenetrable, era la primera víctima que debian sacrificar; y ya, por último, denunciándola por el contrario á los déspotas, "como el verdadero enemigo de su poder, "atemorizándolos con el cuadro de sus intrigas hipócritas y de sus furores sanguinarios (*)." No es diversa la conducta que hoy se guarda con el clero, despues de la reforma de esos gobiernos. "En las monarquías constitucionales (dice el Illmo. "Tharin), afectadas, como la de Francia, "de un espíritu de irreligion y de rebel-

(*) *Ensayo de los progresos del espíritu humano, pág.* 190.

"día, no se podrian conferir al clero los de-"rechos políticos, sin que al instante mis-"mo el gobierno no tuviese que sufrir el "fuego mas sostenido de todas las bate-"rías del partido liberal.... ¡No lo ha re-"presentado (la faccion revolucionaria) en "sus periódicos y folletos, como una casta "consagrada de corazon á los intereses "del despotismo, como una clase ambi-"ciosa, que, bajo el manto de la religion, "oculta un violento deseo de gobernar los "Estados, dirigiendo las conciencias? ¡Qué "de calumnias atroces no ha inventado, "para persuadir al pueblo que era el mas "pernicioso enemigo del órden estableci-"do!... ¡Con qué aparente celo por la con-"servacion de las buenas costumbres, se "recalcaba empeñosamente en la narra-"cion de un escándalo sobrevenido en el "rincon de una provincia, imputando á "cuarenta mil eclesiásticos él crímen de "uno solo; desnaturalizando la verdad con "mil circunstancias embusteras; pasando "en silencio las virtudes y los servicios de "otros; esforzándose en hacer creer á la "multitud, que el clero no era sino una vil "reunion de intrigantes, de avaros y vo-"luptuosos! Y si algunas veces citaban un "rasgo de caridad en la vida de un minis-"tro de la religion, era tan solo para afec-"tar insidiosamente un espíritu de impar-"cialidad; para dar á sus calumnias de to-"dos los dias, los seductores coloridos de "la verdad; alabando con hipocresía para "sumir mas adentro sus dardos veneno-"sos en el seno de su víctima.... (*)

Así, pues, cuando conviene al partido anti-eclesiástico, el clero es sedicioso, tiranicida, enemigo del poder real; y cuando le tiene cuenta, este mismo clero es fautor del despotismo, opuesto á las libertades públicas, apoyo de la tiranía, declarado contrario de los derechos de la humanidad, &c., &c. ¡Cuán cierto es que la iniquidad se desmiente á sí misma! *Iniquitas mentita est sibi!* Como el estado normal de nuestra sociedad ha sido el de la incesante variacion de sistemas y de administraciones, de revueltas continuas, desenfrenada ambicion del mando, choque de los partidos y de las pasiones, inmoralidad y corrupcion de todas las clases; en vez de investigarse racional y filosóficamente el orígen de tantos males en la rápida transicion de unos principios á otros, en el olvido de todos los deberes políticos y religiosos, en el aspirantismo, sociedades secretas y complots protegidos aun por algunos gobernantes, impunidad de los mayores delitos é injusticias, difusion de perversas doctrinas y obras maestras de impureza é impiedad, desenfreno de la prensa periódica, desprecio á la religion y á sus ministros, total abandono de la educion moral del pueblo, &c., &c,; se toma el efecto por la causa, se grita: el sentimiento religioso está relajado: y por cuanto desgraciadamente algunos eclesiásticos se han dejado arrastrar del torrente impetuoso de tantos desórdenes; como si todo el clero hubiera presidido á ese número increible de revoltosos, aspirantes, impíos, falsos políticos, pésimos escritores, ó hubiese autorizado tantos pronunciamientos, tantos contratos ruinosos, tanto libertinage, tanta codicia, tanta relajacion de costumbres, se agrega: ¿pero cómo no lo ha de estar con tales maestros, tales reguladores, tales depositarios? Si esta no es la mayor de las injusticias, ignoramos cuál otra pueda merecer ya este nombre.

Si no se hubiera renunciado á las mas justas y universales ideas adoptadas por todos los hombres por mas de cinco mil años, para poder participar de la pretendida luz de los titulados filósofos de los siglos XVIII y XIX, despojando al clero de un poder ó autoridad, fundado sobre el mérito real de este estado, su utilidad religiosa y política, su divino orígen, su sagrado y autorizado ministerio, la misma

(*) *Du gouvernement representatif, par Monsign. Tharin, págs.* 211 *y* 212. (Paris, 1835.)

palabra de Jesucristo que le ha entregado las llaves del reino de los cielos y la facultad de atar y desatar, la naturaleza de la religion cristiana, ó por mejor decir, la de cualquiera religion, la cual en todos tiempos y lugares ha tenido siempre sus ministros revestidos de una autoridad correspondiente á su oficio (*); si no se hubiesen abjurado, repetimos, estos principios, privándose á la religion de su debida influencia en los negocios civiles, habria razon en acusar hoy á los eclesiásticos de los males que aquejan á nuestra sociedad:.... ¡pero qué decimos? Ellos no existirian ni entre nosotros, ni en otra nacion, especialmente republicana. "En los Estados "republicanos, dice el citado Illmo. Tha-"rin, la influencia del clero es útil y aun "necesaria, bajo el aspecto político, porque "él en todas partes predica la obediencia "á las leyes y la sumision á la autoridad (†)." Ni es esta opinion solo de un prelado eclesiástico. El influjo de la religion, y por consiguiente de sus ministros en el órden social, es una verdad tan clara, que no ha podido negarse ni aun por los que solicitan la mayor independencia entre ella y el Estado; y véase cómo se espresa uno de los políticos mas profundos y liberales de la época: "La religion, el amor de los "súbditos, la bondad del príncipe, el pun-"donor, el espíritu de familia, las preocu-"paciones provinciales, la usanza y la opi-"nion pública limitaban el poderío de los "reyes.... ¡Qué nos queda hoy dia de los "valladares que atajaban en otro tiempo "la tiranía? Habiendo perdido la religion "su imperio sobre las almas, se encuentra "derribado el linde mas visible que divi-"dia el bien y el mal; todo parece dudoso "é incierto en el mundo moral, los reyes "y los pueblos andan allí á la ventura, y "á nadie le es dable decir en dónde están "los límites naturales del despotismo y de "la licencia.... Cuando éstos (los repu-"blicanos) impugnan las creencias religio-"sas, siguen sus pasiones y no sus intere-"reses. El despotismo es el que puede "prescindir de la fé, y no la libertad. La "religion es mucho mas necesaria en la "República que encomian, que en la mo-"narquía que atacan, y en las repúblicas "democráticas que en todas las demas. "¿Cómo, pues, dejará de perecer la socie-"dad, si mientra se afloja el lazo político "no se aprieta el moral? ¿Y qué se ha de "hacer de un pueblo enseñoreado de sí "mismo, si no está sometido á Dios?" En otra parte asienta esta proposicion, que recomendamos mediten los editores de *El Eco*, al tratar de la educacion pública, sin preocupaciones monásticas, misticismo, &c.: "Los filósofos del siglo XVIII es-"plicaban de un modo sencillo la diminu-"cion gradual de las creencias. El celo "religioso, decian, debe apagarse á pro-"porcion que se van aumentando la liber-"tad y las luces. La lástima es que los "hechos no están conformes con esta teo-"ría (*)." Atacar, pues, á la religion es atacar tambien al Estado (†): enflaquecer el sentimiento religioso, es hacer bambolear las sociedades: poner obstáculos á la influencia religiosa, es ponerlos á la marcha libre y desembarazada de cualquiera sistema, especialmente el republicano: suscitar las discordias religiosas, es promover eficazmente las civiles. ¿Y los maestros, los reguladores, los depositarios de la religion, el clero, han aflojado esos lazos; ó los que los persiguen, infaman y calumnian?

Decia San Agustin, hablando de los hereges de su tiempo, que, cometiendo todo género de desórdenes, los atribuian á los

(*) *Véanse estos principios perfectamente desarrollados en la* Biblioteca religiosa, *tom. XIV*, opúsc. 6. ° --1838.

(†) *Lugar citado arriba en la nota.*

(*) *De la democracia en América, tomo II, págs.* 250, 251 *y* 286.

(†) *Véase la famosa obra de Haller:* Restauracion de la ciencia política, *donde se trata sólidamente este punto.*

católicos: "Esos crímenes de que nos acusan, para inducir en error á los hombres poco instruidos... ellos los han cometido;" y lo mismo podria hoy decir el clero á sus adversarios. En efecto, cuando entre nosotros ha existido una secta democrática, como la que describe un sábio escritor, "errónea en sus principios, perversa en sus "intenciones, violenta é injusta en sus ac- "tos, ha dejado siempre en su huella un "reguero de sangre: lejos de proporcionar "á los pueblos la verdadera libertad, ha "solo servido para quitarles la que tenian, "ó en caso de que en realidad los haya en- "contrado gimiendo en la esclavitud, solo "ha sido á propósito para remachar sus "cadenas. Hermanándose con las pasio- "nes mas ruines, se ha presentado como "la bandera de cuanto abrigaba la socie- "dad de mas vil y abyecto; reuniendo en "torno de sí á todos los hombres turbulen- "tos y malvados, fascinando con engaño- "sas palabras una turba de miserables, y "brindando á sus secuaces con el sabroso "cebo de los despojos de los vencidos, "ha sido un eterno semillero de disturbios, "escándalos, encarnizados enconos, que "al fin vinieron á producir su fruto natu- "ral: persecuciones, proscripciones y ca- "dalsos. Su dogma fundamental ha sido "negar la autoridad, sea del órden que "fuere: su empeño constante, destruirla; "y la recompensa que esperaba de sus tra- "bajos, era sentarse sobre montones de es- "combros y ruinas, cebarse en la sangre de "millares de víctimas, y mientras se repar- "tia los despojos ensangrentados, entre- "garse á la insensata algazara de groseras "orgías (*)." ¿Cómo se echan en cara tantos delitos á quien ha profesado y enseñado principios diametralmente opuestos; á quien acaso por esta razon persiguen y aborrecen todos los facciosos? Las máximas del clero son, entre otras, que todo poder viene de Dios; que resiste á él quien resiste á la autoridad; que ha de darse al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios; que debe obedecerse á las autoridades legítimas; que ningun particular tiene derecho de trastornar al gobierno por autoridad propia. ¡Y tales máximas no destruyen todos los principios anárquicos, y con especialidad los promulgados por Rousseau, sobre el derecho de insurreccion, y que apechugan íntimamente todos los revolucionarios para alterar el órden establecido, cada vez que les viene á las mientes cuando asienta que "las claúsulas del "contrato social son de tal manera deter- "minadas por la naturaleza del acto, que "la *menor* modificacion las haria *vanas* y "*de ningun efecto*,....volviendo cada cual "á sus derechos primitivos y á su *libertad* "*natural* (*)?" ¿Cuáles de estos principios relajarán y viciarán el sentimiento religioso? ¿los del Evangelio, ó los del Contrato social? Luego si él se halla relajado y viciado, ¿cuya es la culpa? ¿á quién debe atribuirse ese vicio y relajacion?

Ultimamente: nosotros hemos esperimentado, sin sistemar empero ninguna, todas las formas de gobierno, y en ninguno de ellos se ha acertado á hacer marchar á la nacion por el camino del bien. Esta es una verdad; pero se equivocan los editores de *El Eco* en alegar por causa la relajacion del clero. Si éste hubiera conservado su antiguo influjo, teniendo como ha tenido en su seno individuos de tanto saber, y amoldándose sus principios á cualquiera forma de gobierno que se hubiese adoptado, éste se habria sistemado y consolidado, y no llorariamos ahora esa variacion, á que justamente se atribuyen todos nuestros males. Escuchemos al juicioso Balmes, cuya sublimidad de pensamiento y precision lógica nada dejan que desear.

"Cuando se ha ensalzado el Protestan- "tismo por haber debilitado la influencia

(*) *Balmes:* El Protestantismo comparado con el Catolicismo: *tom. II, pág.* 267.--México, 1846.

(*) *Contrato social, lib. I, cap.* 6.

"política del clero católico, no se ha re-"flexionado bastante sobre la naturaleza "de ella. Difícil fuera encontrar una clase "que tuviera afinidades con los tres elemen-"tos de poder, intereses comunes con todos "ellos, sin estar esclusivamente ligada con "ninguno. La monarquía nada tenia que "temer del clero, pues que los ministros "de una religion que mira al poder como "bajado del Cielo, mal podian declararse "enemigos del real, que, como hemos vis-"to, era la cabeza de todos los demas. La "aristocracia tampoco tenia que recelar "del clero, mientras se limitase á un cír-"culo razonable. Al alegar sus títulos de "propiedad con respecto á sus riquezas, y "sus derechos á cierta consideracion y pre-"ferencia, no se viera contrariada por una "clase que, por sus principios é intereses, "no podia ser enemiga de cuanto estuviese "encerrado en el ámbito de la razon, de la "justicia y de las leyes. La democracia, "y entiendo ahora por esta palabra la ge-"neralidad del pueblo, habia encontrado "á la época de su mayor abatimiento, el "mas firme apoyo, el mas generoso ampa-"ro en la Iglesia; y ella, que tanto habia "trabajado por emanciparle de la antigua "esclavitud, por aligerarle las cadenas feu-"dales, ¡cómo podia ser enemiga de una "clase á quien miraba como á su hechura? "Si el pueblo habia mejorado su estado ci-"vil, lo debia al clero; si habia alcanzado "su influencia política, lo debia á la mejo-"ra de su situacion, y esta mejora era de-"bida al clero; y si á su vez el clero tenia "en alguna parte seguro apoyo, habia de "ser en esa misma clase popular, que es-"taba con él en continuo contacto, y que "de él recibia todas sus inspiraciones y "enseñanza.--Ademas, la Iglesia tomaba "indistintamente sus individuos de en me-"dio de todas las clases, sin que exigiera, "para elevar á un hombre al sagrado mi-"nisterio, ni títulos de nobleza, ni rique-"zas; y esto solo era bastante para que el "clero tuviese con las inferiores, relaciones "muy íntimas, y que no pudieran éstas mi-"rarle con aversion ni desvío. Echase, "pues, de ver, que el clero, ligado con todas "las clases, era un elemento escelente para "impedir el prevalecimiento esclusivo de "ninguna de ellas, y muy á propósito "para que se mantuvieran todos los ele-"mentos en cierta fermentacion suave y "fecunda, que, andando el tiempo, pro-"dujese una combinacion natural y sazo-"nada.--No es esto decir que hubiesen fal-"tado desavenencias, contiendas, quizás "luchas; cosas todas inevitables mientras "los hombres no dejen de ser hombres: "pero ¿quién no vé que entonces fuera im-"posible el espantoso derramamiento de "sangre que se hizo en las guerras de Ale-"mania, en las revoluciones de Inglaterra, "y en la de Francia (*)?"

Concluyamos de una vez: que no siendo el sentimiento religioso, ó por mejor decir, la religion una palabra sin sentido ó una vana abstraccion, es indispensable mantenerlo cuanto sea posible en el corazon de los pueblos; y que hablando y obrando ella por sus pastores y ministros, y conservándose viva por sus preceptos y enseñanza, si la calumnia viene á herirlos y desconceptuarlos en la opinion pública, la religion misma es la atacada é infamada. Luego cuando sin ningunos datos manifiestos se presenta al clero bajo un aspecto odioso y como la causa final de todos los males, ¡qué motivo podrá justificar una ligereza tan cruel? ¡á quién le es permitido burlarse así del honor de las personas? Y cuando los editores de *El Eco* se empeñan tanto en aparecer fieles al Catolicismo, ¡no obran contra sus mismas convicciones, ajando la reputacion de los que al menos son tan católicos como ellos? ¡no lo atacan directamente, acusando sin ningunas pruebas á sus ministros, de males que todas las clases han causado, vilipendiando de esta manera su sagrada dignidad ante sus lectores?--*EE.*

(*). *Balmes: obra y tomo citados, páginas* 279 *y* 280.

EL TRATADO DE PAZ.

Dijimos al empezar nuestro periódico, y ahora lo repetimos, que no queriamos entrar en el terreno de las discusiones políticas; pero tambien dijimos entonces, y repetimos ahora, que *no por esto los movimientos de los partidos habian de sernos de todo punto indiferentes....* y que *nos opondriamos enérgicamente y sin ninguna consideracion ni miramiento, á cuantas medidas atacasen* ó amenazasen A LA RELIGION *y á* LA SOCIEDAD; y ahora añadimos, que defenderemos con igual energía todo cuanto tienda á conservarlas. El tratado de paz no puede, pues, sernos indiferente, como que afecta profundamente á ambas.

Una série de circunstancias harto conocidas, y que seria inútil repetir, han hecho estallar una guerra lamentable entre México y los Estados-Unidos. No espondremos aquí la justicia de nuestra causa: nadie duda de ella: el mundo civilizado la ha reconocido; y hasta del seno de la nacion misma que nos invade y avasalla, se han alzado mil y mil voces que la han proclamado.

Pero la victoria ha abandonado los estandartes de la justicia. "No inferimos "de nuestros triunfos (decia un ministro "protestante americano, testigo de casi to-"das las acciones que han tenido lugar en "la presente guerra), no inferimos que el "Altísimo aprueba la causa de nuestro "pais, ni que se ha declarado en nuestro "favor porque seamos mejores ó mas dig-"nos que nuestros adversarios; no: Dios; "en su inescrutable sabiduría, permite que "á menudo triunfe la injusticia, y que la "razon sea aniquilada." (*) Ni es estraño que haya tenido lugar tal resultado. No lo produjo la inferioridad del valor de nuestros soldados; no el mayor atraso de las ciencias militares entre nosotros; no la traicion; no la pública miseria. Estas causas pueden haber contribuido al resultado; pero ellas han sido á su vez producidas por otra causa general. *Los errores políticos;* hé aquí lo que ha producido y producir debia nuestra humillacion y abatimiento.

Innobles y vergonzosas luchas civiles, emprendidas por el interés personal de impudentes ambiciosos, fueron el primer resultado de aquellos errores. Estas luchas despoblaron nuestras ciudades, atrasaron entre nosotros las ciencias y las artes, arruinaron nuestro comercio, aumentaron la miseria pública, *desmoralizaron al pueblo*, provocaron con el desengaño un egoismo general, y produjeron por último resultado esa indiferencia en todas las clases de la sociedad, esa indiferencia funesta, síntoma inequívoco de la muerte de las naciones. "*Pro his nos habemus luxuriam atque avaritiam; publicè egestatem, privatim opulentiam; laudamus divitias, sequimur inertiam; inter bonos et malos nullum discernimus; omnia virtutis præmia ambitio possidit.*" (*) Esas luchas fatales hicieron todavía mas: vaciaron nuestros arsenales, agotaron los recursos todos de la nacion, y la entregaron inerme en manos del estrangero audaz que quiso invadirla. Hasta el entusiasmo del pueblo le faltó en la hora suprema del último combate. Ese entusiasmo, siempre invencible, que pudo y debió salvarla, habia sido completamente amortiguado por *los errores políticos*; y aunque quiso reanimársele en la dolorosa agonía de la patria, no dió mas signos de vida que un movi-

(*) *Discurso pronunciado por el ministro protestante* JOHN MCCARTY, *capellan del ejército de los Estados-Unidos, en la manifestacion religiosa que el general en gefe de dicho ejército mandó celebrar el* 3 *de Octubre de* 1847 *en el palacio nacional de México, en accion de gracias por las victorias que habia alcanzado.*

(*) *Sallust. de Bell. Cat.*

miento sin plan, sin direccion, sin objeto, como el momentáneo estremecimiento de un cadáver galvanizado.

Sin *confianza*, no puede haber entusiasmo; y ¡qué confianza podia tener un pueblo á quien tan cruelmente y tan á menudo habia hecho servir de juguete la ilegítima ambicion, no ya de los partidos, sino de hombres perversos, que invocaban los sistemas para asaltar el poder, oprimir á sus compatriotas, y saquear la hacienda pública?

El resultado de la guerra fué, pues, el que ser debia. México sucumbió ante un enemigo *unido*, superior en ciencia, en disciplina, en recursos de todas clases.--Nuestros ejércitos han sido dispersados, nuestras fortificaciones demolidas, destruido nuestro armamento, y nuestra hacienda aniquilada. Tal es el estado en que nos hallamos ahora.

En tan tristes circunstancias, cuando nuestra nacionalidad está á punto de perecer, cuando nuestra sociedad revela por todas partes síntomas de disolucion y de muerte, la patria llama á sus escogidos, á los electos del pueblo, para que la aparten del espantoso abismo, á cuyo borde toca ya moribunda. Tremenda es la responsabilidad que sobre estos hombres pesa.-La suerte de millones de millones de seres no nacidos aún, está en sus manos; y la historia, ó bien consagrará una página de oro á los que salvaron á la patria, sobreponiéndose á las miras mezquinas del interés privado, ó bien cubrirá de eterno baldon é ignominia á los que le dieron el último golpe que la dejó sin vida.

¡Qué hará el congreso en una situacion tan espinosa? ¿Cómo empleará los UNICOS QUINCE DIAS que se le dan de plazo para decidir de la existencia ó no existencia de la República? ¿Se inclinará á la paz, aprobando el tratado, ó lo desechará, prefiriendo continuar la guerra? Hé aquí la gran cuestion que va á decidir de la suerte de la República. No se trata ahora de un interés secundario; de obtener mas ó menos ventajas en un punto cualquiera: nuestra nacionalidad, nuestra religion, nuestra existencia misma, todo pende ahora de una determinacion del congreso.

A nuestro modo de ver, la cuestion es muy sencilla, y se reduce únicamente á esto: *¿podemos continuar la guerra con probabilidad de buen éxito?*--Al resolverla, preciso es despojarse de un amor propio, harto natural y disculpable; pero que en las actuales circunstancias podria ser funesto á la República. El remontarse á las regiones de lo abstracto, discutiendo la estension de nuestros derechos, enumerando las injusticias de que hemos sido víctimas, blasonando de sacrificios heróicos consumados en tiempos que ya fueron; el abultar las dificultades que pueda hallar el enemigo en la prosecucion de la guerra; el alimentar ilusiones prestando fingida forma á lo que no existe, y desfigurando el verdadero estado de las cosas; el emplear tan puerilmente el brevísimo tiempo que se concede al congreso para decidir *para siempre* de la suerte de la República, seria traicionar á la nacion, seria abusar de la confianza de los pueblos, conduciéndolos con los ojos vendados á un inútil sacrificio; seria cavar el abismo en que se hundieran para siempre nuestra independencia, nuestra religion, y hasta la sociedad misma.

¿Podemos continuar la guerra con probabilidad de buen éxito?--Un tiempo fué en que tuvimos á nuestra disposicion un ejército numeroso, con abundante material de todas clases; en que nuestros soldados marchaban entusiasmados al combate, seguros de la victoria; en que el enemigo no contaba mas que con fuerzas muy inferiores á las nuestras, y que ademas tenia la desventaja de pelear en medio de un pais hostil. Y sin embargo, la suerte nos fué adversa, y la victoria nos volvió la espalda.--Y hoy que nos encontramos en una posicion diametralmente opuesta: hoy

que no tenemos ni ejército, ni material de ninguna clase, ni recursos con que procurárnoslo; que nuestros pocos soldados, desmoralizados y desconfiando de sus gefes y aun de sí mismos rehusan combatir de nuevo; hoy que el enemigo cuenta con un ejército acostumbrado á la victoria, triplicadas sus fuerzas; con un material inmenso, con recursos de todas clases, y que se halla, en fin, posesionado de los mejores puntos de la República; *¿podremos continuar la guerra con probabilidad de buen éxito?*

Preciso es hacer, en el altar de la patria, el sacrificio de los deseos mas vehementes de nuestro corazon. Nadie mejor que nosotros desearia ver brillar nuestras armas con el esplendor de la victoria: nadie mejor que nosotros quisiera ver lanzado ignominiosamente de nuestro hermoso suelo al orgulloso anglo-sajon que tan injustamente lo ha invadido. Pero estamos palpando la imposibilidad de conseguirlo: estamos palpando que la prolongacion de la guerra solo puede traernos males sin cuento, y hasta el completo esterminio de nuestra raza.--Por esto deseamos la paz, y por esto confiamos que el congreso, penetrado del mismo convencimiento, se apresurará á aprobarla.

Conocemos bien la injusticia de las condiciones que se nos han impuesto; pero *no hay ya ningun medio de evitarlas*. México tendrá un poco menos de estension, es cierto; pero si salva su nacionalidad é independencia, quédanle todavía abundantísimos recursos para llegar á formar una de las primeras naciones del mundo. Sálvese la nacionalidad é independencia de la República; y si luego se logra poner un dique á nuestros errores políticos, quizás no está lejos la hora en que México pueda lavar, de un modo glorioso, la mancha con que ha empañado su honor la presente guerra.

Ningun congreso ha tenido en sus manos, tanto como el presente, la suerte de la nacion, y aun diremos los elementos para prepararle un porvenir de paz y de ventura. Nosotros esperamos que no los malogrará, porque al fin, mexicanos son los que lo componen, é interesados como todos en la felicidad de la República. No somos nosotros de los que dan importancia á vagos rumores, ni podemos creer la especie vertida en estos dias, de que algunos de los diputados iban á oponerse resueltamente al tratado, para lograr por este medio la entera conquista del pais y su agregacion á los Estados-Unidos. Esta seria una traicion demasiado negra, demasiado infame, para que creamos capaces de ella á unos hombres que, al aceptar su augusto encargo, juran solemnemente ante Dios y los hombres, desempeñarlo con toda fidelidad.

Reducido en demasía es el plazo que se da al congreso para discutir el tratado; y no fuera estraño que esa muchedumbre de hambrientos milanos que desean el aniquilamiento de la República para devorar su cadáver, empleáran todos los recursos de su infernal astucia para entorpecer la discusion, y lograr así que espirase aquel plazo sin que estuviese terminada. Para evitar este escollo, esperamos que, penetrado el congreso de la necesidad de aprobar el tratado, así como de la imposibilidad de hacerle modificacion alguna, autorizará plenamente al Supremo Gobierno para que lo apruebe. Confiamos que nuestros senadores y diputados se harán de esta suerte acreedores á la gratitud de los pueblos, y que la posteridad, al inscribir con letras de oro el nombre de cada uno de ellos, añadirá á continuacion: "PERTENECIÓ AL CONGRESO DE 1848, Y CONTRIBUYÓ CON SU DESINTERESADO PATRIOTISMO A SALVAR NUESTRA NACIONALIDAD, NUESTRA RELIGION, Y NUESTRA RAZA."--*EE.*

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. 1º—Num. 7º

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

rio de la Encarnacion, y pronunció estas sublimes palabras, que los filósofos platónicos querian mandar grabar con letras de oro en la puerta de todas sus escuelas: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios:" palabras en que se encuentra la unidad de Dios y la distincion de las personas que hay en Dios. En el principio era el Verbo: hé ahí la eternidad del Verbo. El Verbo estaba en Dios: hé ahí la distincion de las personas. El Verbo era Dios: hé ahí la unidad de la Naturaleza Divina.

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: hé ahí su naturaleza humana. ¿Qué es, pues, el Verbo?

Gracias á la fé cristiana, sabemos que el Verbo es la segunda Persona de la Trinidad, un sér subsistente, eterno, que recibe toda la esencia, todo el carácter, toda la sustancia divina; palabra íntima que espresa todo lo que Dios es, todo lo que hay en él, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, como dice el Símbolo, Figura de toda la gloria del Padre, Imágen de todo su esplendor.

El Verbo es producido de toda eternidad por su Padre, como el rayo procede del sol sin estar separado de él.

"Considerad, dice el gran obispo de Meaux, ese Rayo que es como el hijo del sol; sale de él sin disminuirle, sin separarse, sin esperar el progreso del tiempo." Inmediatamente que el sol fué formado, nació su esplendor, y se esparció con él. Todos los rayos están unidos al sol, su resplandor no se separa jamas de él: así el Hijo de Dios, unido siempre á su Padre, sale eternamente de él; y ver á Dios sin su Hijo, es ver la luz sin rayos y sin resplandor. Dios quiso hacer una imágen aun mas viva de su eterna y pura generacion, y la hizo en nosotros mismos para que nos fuese mas conocida. Nuestra palabra, que nace del pensamiento, es una imágen de esa generacion inmaterial, revelada por el Evangelio. El Hijo de Dios es, pues, la palabra de Dios; no una palabra estraña, accidental: Dios no conoce nada semejante, sino una palabra que está en él, una persona subsistente, que ordena todas las cosas con él; la palabra por la cual un Dios eterno y perfecto se dice á sí mismo todo lo que es, produce todo lo que dice.

Y ¿quién nos ha manifestado ese Verbo? La Creacion, la Redencion: por él lo ha criado Dios todo, lo ha reparado todo; y por estos dos caracteres se va á reconocer en él la razon, la sabiduría, la inteligencia de Dios.

Todo ha sido hecho por el Verbo, y nada de cuanto se ha hecho se ha hecho sin él. El Verbo ha dispuesto y coordinado todas las obras de Dios. "El estendió los cielos como un espejo de bronce: él hace brillar el oro del sol, y estableció las medidas de la tierra. La sabiduría de Dios está oculta á los mortales; pero Dios conoce sus caminos. Cuando Dios pesaba la fuerza de los vientos y media las aguas del abismo; cuando daba leyes á la lluvia y señalaba su rumbo á las tempestades; entonces veia la sabiduría, la encerraba en sí, y sondeaba su profundidad."

Acabais de oir á Job: escuchad á Isaías: "El mira con lástima la ciencia de los filósofos y la justicia de los jueces de la tierra. Estos no están plantados, ni arraigados en la tierra: un soplo los toca de repente, y al punto se secan, y un remolino los echa delante de sí como la paja ligera. Levantad los ojos á lo alto: considerad quién ha criado los cielos, quién hace girar en tan buen órden la multitud de estrellas: quién las llama por su nombre; ninguna se le oculta: tan grande es la fuerza y el poder de su palabra." El Verbo suspendió los astros sobre nuestras cabezas: les prefijó leyes de que no se apartan jamas; esas leyes por las cuales se atraen sin confundirse. Tambien el Verbo es, segun Orígenes, luz de nuestros ojos, ar-

monía de nuestros oidos: es el perfume de las flores y el sabor de los frutos. "Todo lo que brilla en el Cielo, dice San Agustin, todo lo que vuela por los aires, todo lo que respira en la tierra, todas las criaturas, los ángeles, los hombres, son obra de la Sabiduría, y el mundo es la imágen del Verbo, como el Verbo mismo es la imágen de Dios." El Verbo, pues, está en todas partes, en Dios, en el hombre, como en el menor átomo del universo.

El mundo habia sido hecho por él, y Dios, conversando con su Verbo, vió que su obra era buena; pero una mano enemiga vino á desfigurarla. Todo nos atestigua la caida de los ángeles y del hombre: ésta forma el fondo de la historia de todos los pueblos, y en donde quiera subsisten vestigios de aquella profunda degradacion. ¿Quién, pues, reparará estas ruinas? Otra vez el Verbo: él será el reparador de su obra alterada por la caida.

El Verbo, humillado, niño, va á reparar el mundo moral, como el Verbo enmedio de los resplandores divinos crió el universo visible.

¡Qué mezcla de grandeza y de humildad! Los llantos y los gemidos anuncian su entrada en el mundo: un establo es su morada y un pesebre su cuna. Isaías mas de siete siglos antes le vió aparecer como un débil arbolillo, como un vil vástago salido de una tierra árida, y preguntó si era él el que debia venir. Vedle haciendo lucir la estrella que anuncia su nacimiento á los magos; recibiendo las adoraciones de los gentiles, comenzando así la conversion del mundo, y echando los fundamentos de ese reino espiritual que se estiende hoy por todo el universo. La alegría se ha esparcido entre los humildes, el terror entre los fuertes. Herodes tiembla delante del Hijo de María. Los ángeles se regocijan: los demonios se asombran: no estorbarán la obra de Dios, porque no pueden comprenderla: su inteligencia no penetrará la sabiduría del Verbo, no pueden reconocer á un Dios *envuelto en pañales y reclinado en un pesebre:* un niño confundirá el orgullo de los soberbios. Pero ¿cómo un Dios niño, un Dios hombre ha sido necesario para regenerar el universo?

Todo se ha hecho para el Verbo y por el Verbo, y de toda eternidad el Verbo debió unirse á la naturaleza humana, inocente ó degradada. San Juan Crisóstomo, para esplicar el secreto de la apostasía de los ángeles, dice, que despues de la creacion de los espíritus celestiales, les propuso Dios el gran misterio de la Encarnacion del Verbo, y que pronunció estas palabras, repetidas por San Pablo: "Adórenle todos los ángeles: *Adorent eum omnes angeli.*" Añade el mismo gran doctor que unos, San Miguel y los ángeles fieles, se sometieron respetuosamente; pero que los otros se negaron por orgullo, y que en castigo de su desobediencia los precipitó Dios en el abismo eterno. Es opinion de varios teólogos que el Verbo se hubiera encarnado aun sin el pecado del hombre. Habiendo criado Dios el espíritu y la materia, quiso, aparte de la Redencion, milagro de amor hecho necesario por la caida, que un sér á un tiempo material y espiritual, fuese el pontífice de toda la Creacion. Para reunir á sí el mundo entero, pensaba en unirse á un sér espiritual y corporal, á fin de que las naturalezas espiritual, material y divina, fuesen consumadas, por decirlo así, en la unidad y en la gloria; pero Satanás, el mayor de los ángeles, vió que se le arrebataba el primer puesto, y se rebeló contra este plan del Altísimo, que trató luego de imposibilitar, seduciendo al hombre. ¡Puede creerse, en efecto, que Satanás haya querido igualarse á Dios? Semejante pensamiento escede hasta el delirio del orgullo; pero cuando él vió que la naturaleza angélica iba á ser inferior á la naturaleza humana por la Encarnacion del Verbo, entraron en su corazon la envidia y

mismas proporciones. ¿Quién produce en las inteligencias el mismo efecto que el sol sobre el horizonte? El Verbo, la verdad universal, esa luz superior á todos los espíritus, esa belleza eterna siempre pura é inmutable, esa verdad propia de cada uno, comun á todos. Esa razon, esa belleza, esa luz, esa verdad, es el Hijo de Dios, la luz increada, la luz de los espíritus celestiales que la carne y la sangre no ven, la palabra de Dios, la luz de los hombres, la voz interior que habla á todos los corazones; y del mismo modo que sin el sol el universo yaceria en la noche y en la muerte, así sin el Verbo, la palabra divina, el alma y el Cielo mismo estarian sin vida y sin calor. La palabra humana es la imágen de esa luz de que el sol no es sino la sombra, y hé ahí por qué el Verbo se llama luz, inteligencia, razon, palabra. En el Verbo se vé Dios, y en el Verbo vemos nosotros. Nuestra razon, la mirada de nuestra alma, nos sirve para contemplar la verdad en la razon de Dios, la razon eterna.

Ademas de estas iluminaciones interiores, siempre ha habido en el universo una revelacion del Verbo directa, permanente; y los patriarcas y los sumos sacerdotes han guardado este depósito sagrado hasta Jesucristo. El género humano ha tenido siempre á la vista el espectáculo de esta tradicion viva, que ha conservado y trasmitido la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, la promesa de un Redentor. Así, gracias á la conciencia y á la fé, el reino de la verdad está fundado en el mundo y nada puede conmoverle. Las pasiones, los esfuerzos de la impiedad, los errores, las preocupaciones, todo pasará: la verdad subsistirá siempre.

Antes, lo mismo que despues de la Encarnacion, mas allá como mas acá de la cruz, en todo tiempo y en todo lugar, el Verbo ha sido la luz que ha iluminado nuestras tinieblas. Estaba en el mundo, y el mundo no le comprendió.

El hombre ha recibido del Verbo, no solamente todas las ideas, sino tambien las inspiraciones y los auxilios en el órden de la salvacion. Impongamos silencio, dice el gran papa San Leon, á los que se atreven á murmurar contra la Providencia Divina, y quejarse de la tardanza del nacimiento del Salvador, como si los siglos transcurridos no hubieran tenido ninguna parte en los misterios consumados en los últimos dias. La Encarnacion del Verbo ha producido los mismos efectos antes que despues de verificarse, y en ningun tiempo se ha interrumpido el plan de la salvacion de los hombres: *sacramentum generis humani in nullâ antiquitate cessavit.* "He aquí por qué la religion de Jesucristo, el Verbo Encarnado, es la religion universal: no solo comprende todos los lugares, sino todos los tiempos. El Verbo no ha faltado jamas á ninguno con sus iluminaciones ni con su gracia. Así, añade el doctor incomparable, la salvacion anexa á la única religion á la cual está prometida, no ha faltado jamas á ningun hombre digno de recibirla, y todo el que ha estado privado de ella, se habia hecho indigno.

Santa Iglesia Católica, verdadera Jerusalen terrenal, depositaria de la fé, de la esperanza y del amor, razon habeis tenido de anatematizar á los novadores que querian poner límites á la verdad y á la misericordia de Dios. ¡Ciegos! que no limitaban su poderío, y querian sujetar su bondad. Vos habeis pronunciado contra ellos estas hermosas palabras: "Dios quiere salvar á todos los hombres;» y repetís sin cesar al celebrarse el sacrificio divino el cántico de los ángeles: "Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

El Verbo pues, antes de la Encarnacion era la razon, la conciencia ó la ley de los pueblos. Todas las ideas verdaderas conservadas entre los hombres, eran su obra, y sus errores eran el fruto de sus pasiones.

"El intrépido romano sacrificaba al miedo, y la Grecia honraba la castidad de Jenócrates, prosternándose delante de los altares de Venus;" prueba manifiesta de que la luz del Verbo, la razon, no cesaba de lucir en medio de las tinieblas del paganismo, ni de oirse el grito de la conciencia en medio del tumulto de los sentidos. *El Verbo era la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* Pero el hombre no queria comprender por no verse obligado á obrar bien; y de ahí la enseñanza de crímenes y de voluptuosidad que se llamaba la religion pagana.

Los pueblos habian confundido entre las tinieblas las obligaciones morales que no querian cumplir. Hé aquí cómo conservaron la verdad en algunos puntos, y cómo la alteraron en tantos otros; pero jamas han cesado de entenderse en cuanto á las verdades que sus pasiones no oscurecian.

Dios era conocido y adorado en la Judea; pero los judíos, ensoberbecidos con ver al pueblo escogido, y despreciando á los otros ocupados únicamente en ceremonias esteriores, no tenian idea del remedio que requerian las dos grandes llagas del género humano, la voluptuosidad y el orgullo; en términos que, aun ahora, sus descendientes, fieles á sus tradiciones, esperan á un Mesías guerrero y conquistador, como si Jesucristo no hubiera cumplido todas las profecías con la conquista de los corazones y de los entendimientos. Solo un corto número de hombres de deseos entre ellos, sabian descubrir al Mesías en los sacrificios y bajo la letra de la ley.

Tal era el estado del mundo antes de la venida de Jesucristo, el Verbo encarnado. El Verbo era el sol de los entendimientos; pero el sol tras de las nubes. Cuanta luz se veia en el universo procedia de él; pero las pasiones iban siempre encubriendo la verdad; y la noche en que Jesucristo nació en Bethleem, es la imágen de la noche profunda en que se hallaba sepultado el género humano. Por fin, el Verbo aparece en un niñó: á la vista de aquel sol moral, todas las verdades salen de la obscuridad, y recobran su resplandor. Aparece el Verbo, y concluye la revelacion hecha á los patriarcas y á Moises: enseña á distinguir en todas partes el error de la verdad, y separa de nuevo la luz de las tinieblas. Aparece el Verbo: el mundo se turba: se trastorna el reinado del mal: lo que hay en nosotros de divino, siente la necesidad de quebrantar las cadenas y de recobrar la libertad. Aparece el Verbo, y desde aquel dia feliz cesa de correr la sangre de las víctimas ya inútil: los altares de los falsos dioses son derribados: caen los ídolos: los templos consagrados á las pasiones, se convierten en casas de oracion; y se establece en la tierra el culto en espíritu y en verdad. Ese divino sol continúa ahora su carrera, é ilumina succesivamente al mundo. Desde los estremos del Oriente baja hasta los límites del Ocaso: nada se oculta al calor de sus rayos, su resplandor se ha difundido por todo el universo. Pero el primer rayo de luz para los pueblos salió visiblemente del pesebre donde descansa el Dios encarnado.

Acabamos de ver lo que era el mundo antes de Jesucristo, y lo que ha sido despues: investiguemos ahora en qué viene á parar la razon de los que enmedio de las luces del cristianismo no creen en el Verbo encarnado. En el momento que Jesucristo cesa de ser para ellos la razon de Dios y la razon del hombre, desaparece la revelacion, y se desvanece el mundo espiritual: ya no hay verdad religiosa trasmitida con la vida y conservada durante cuarenta siglos por los patriarcas y los sumos sacerdotes, y de mil ochocientos años acá por los succesores de Pedro: ya no hay vínculo entre las generaciones, ni tradicion: ya no hay luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, ni conocimiento de Dios y del alma, ni regla de lo justo y de

lo injusto, ni razon divina, ni razon humana, ni Verbo en Dios ni en el hombre. Dios es indiferente á nuestros pensamientos y á nuestra vida: los sepulcros no deben volver á abrirse. No hay pasado, ni futuro: todo acaba con nosotros.

Conviene decir, para conocer la profundidad del mal hecho á la sociedad, conviene decir dónde caen tantos desgraciados: conviene manifestar, para precaver el azote, cómo entra la muerte en las almas y el suicidio en la sociedad. Negar á Jesucristo, el Verbo encarnado, es destruir el vínculo entre Dios y el hombre, porque no hay religion posible si Jesucristo no es el Verbo. Si Jesucristo no es el Verbo, Dios no ha hablado jamas al hombre, una vez que la ley natural y la de Moises no sirvieron mas que para anunciarle. Si Dios no ha hablado al hombre, no le hablará jamas: si la palabra de Dios, la verdad, no ha sido oida por el hombre, el amor de Dios, el Espíritu Santo no ha bajado á la tierra: la luz y el amor no existen; y el mundo es aquel infierno en cuyas puertas escribia el poeta: "Abandonad toda esperanza los que entrais aquí."

Todo está ligado y unido, gracias á Jesucristo, el Verbo encarnado, que esplica todos los hechos. Quítese á Jesucristo del universo, y no se halla en la historia centro ni unidad. Si desapareciese de repente, se veria de nuevo el caos que la palabra destruyó: las sombras de la muerte se esparcirian por todas partes: la naturaleza de Dios, su poder, su justicia, su bondad, vendrian á ser tinieblas y enigmas: la razon de Dios, la razon del hombre serian borradas de la tierra, y apareceria otra vez la noche en el mundo.

Sí, Dios mio, habeis hablado á los hombres desde lo alto del Cielo: *locutus es cum eis de cœlo, Domine*. Hace sesenta siglos que vuestra palabra no ha dejado de brillar en el mundo. Una misma luz se nos aparece en todas partes, dice Bossuet: nace en tiempo de los patriarcas: auméntase en el de Moises y los profetas; y Jesucristo, mas grande que los patriarcas, mas autorizado que Moises, mas elevado que los profetas, nos la muestra en su plenitud.

La palabra de Dios se encarnó: el Verbo se hizo carne; y Cristo es la solucion de todas las dificultades: *solutio totius difficultatis Christus*.

A vista de todo lo que el Verbo divino ha hecho para sistemar nuestra naturaleza y reparar sus ruinas, ¿cómo no esclamar con San Agustin: "Dichosa culpa que nos valeis tal Redentor!" *Felix culpa quæ talem meruit Redemptorem*. Si el Verbo se hubiera unido á nuestra naturaleza inmortal en el paraiso terrenal, en vez de unirse al hombre degradado por la caida, hubiéramos admirado su grandeza; pero hubiéramos tenido menos pruebas de su amor.

Mortales, no digais ya· ¡Qué soy yo á los ojos del Dios inmenso, infinito! Dios no ha hablado al hombre: no piensa en mí: la naturaleza divina no es accesible á la naturaleza humana: el temor ha hecho los dioses; y el hombre, echado al acaso en el mundo, es el miserable juguete del Cielo, que no hizo al crearle mas que dar una alma al dolor. Este lenguage es una blasfemia. La palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros: *et Verbum caro factum est, et habitavit in novis*. La bondad de Dios apareció en el universo: *apparuit benignitas Dei*.

Los dos mundos, el visible y el invisible, se han puesto otra vez en comunicacion: la tierra no está ya separada del Cielo por un abismo.

La luz que regocija á la Trinidad y á los ángeles, comunica su gloria á todos los hombres. La vida, la ciencia, el amor, estos tesoros divinos están cerca de nosotros. Se nos ha revelado el secreto de nuestras aspiraciones hácia lo infinito. La naturaleza divina está de tal modo unida á la humana, que podemos decir hoy: Un

Dios es hombre, un hombre es Dios. Todo se ha restablecido como era al principio. Hemos visto la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. La religion del tiempo se confunde otra vez con la religion de la eternidad.

LOS MISTERIOS DE PARIS.

CARTAS A UNA SEÑORA DE MUNDO.

CARTA QUINTA.

MORALIDAD DE LA OBRA DE MR. SUE (*).

Muy señora mia.--Aunque solo el análisis de los *Misterios de Paris* es bastante para dar una idea completa de la moralidad de esta obra, que cuanto ha hecho crecer los abonados al *Diario de los debates*, tanto ha aumentado tambien las quejas y reclamaciones á los tribunales de justicia: y aun cuando los tipos que he presentado succesivamante á la vista de vd. son suficientes, sin mas reflexion, para decidir sobre esta cuestion; creo debo ocuparme de ella detenidamente, por la impor ancia que bajo este aspecto se ha dado á Mr. Süe, hasta llegar algunos, en su fanática preocupacion, á aclamarlo uno de los mejores moralistas de nuestro siglo.

Bien fácil me seria señalar con el dedo las dos escuelas de donde parten especialmente esos gritos de alabanza, y demostrar la conformidad de la única opinion en que ambas convienen, con los principios profesados por Mr. Süe; pero exigiendo esta tarea para su desarrollo, mayor volúmen que el que permite una carta, la dejo á plumas mas desocupadas, contentándome con indicar que el *fourierismo* y *sansimonismo* son los que, dejándose arrastrar del parcial entusiasmo de secta, hasta tomar las ideas del escritor de los *Misterios* por hechos comunes y averiguados, en vez de decir: "¡Que libro!» han esclamado: "¡Qué sociedad!»

En efecto, siendo el principio comun de esas escuelas, entre las muchas cuestiones en que se hallan divididas, que cuanto pasa en este mundo, el peor de los planetas que giran al rededor del sol, es para mayor mal de sus moradores; ¿cómo podian dejar de recibir naturalmente los *Misterios de Paris* como un argumento á favor de su sistema? ¡cómo esa especie de fatalidad social, bajo la que sucumben casi todos los personages de la epopeya de Mr. Süe, no seria totalmente de su gusto? Es cierto, v. gr., que la *Loba* debe haberles parecido una nota fuera de lugar, que turba la armonía general, porque no se ha empleado como debia serlo; pero ¿la *Guillabaora* no es una prueba viva de la necesidad de la emancipacion de la muger redu-

(*) *En esta carta, ademas de darse una idea en general de la moralidad de la obra, contesta el autor á Mr. Süe, que habia pretendido replicar á las observaciones hechas en las antecedentes á los* Misterios de Paris. *Nosotros hemos omitido en gran parte esta contestacion, porque carece de interés, no teniendo á la vista lo replicado por Mr. Süe, y porque casi todo se reduce á personalidades, ó á repetir sin prueba los mismos errores que se combatian ó ridiculizaban. No así con las reflexiones sobre la moralidad de la repetida novela, que nos parecen muy racionales y oportunas.*—T.

cida á la esclavitud?....Mas ya olvidaba mi promesa de no internarme en esta materia árida y fastidiosa: volvamos al camino que me habia propuesto seguir en esta cuestion.

Cuando Mr. Süe se propuso escribir los *Misterios de Paris*, ¿tuvo la idea de componer un libro de moral? Parece que no, pues al comenzarlo se manifestó en su *Advertencia preliminar* (*), tan tímido, tan modesto y considerado hácia sus lectores, que lo único que por entonces exigia, era la lectura y no el aprecio de su obra. ¿Y ésta ha sido presentada desde un principio por su mismo autor como digna de los aplausos que se le han prodigado bajo el aspecto de su moralidad? No, por cierto: él mismo se ha echado en cara presentar esos episodios disonantes, esa pintura fiel, animada y atrevida de unas costumbres que horrorizan y angustian el corazon, esas escenas que se representan entre los naturales de la raza infernal que pueblan las prisiones y galeras, cuya sangre mancha los cadalsos; y únicamente se disculpa con esa especie de curiosidad tímida que escitan alguna vez los espectáculos horribles, y que hacen resaltar mas *el poder de los contrastes*. "Bajo este punto de vista del ar- "te, dice, puede acaso ser bueno reprodu- "cir ciertos caracteres, ciertas existencias "y figuras, cuyos colores sombríos, enér- "gicos, y tal vez exagerados, servirán de "oposicion á escenas de muy diverso gé- "nero....» Resulta de lo dicho, lo primero, que ni el autor mismo ha creido, sea lo que fuere lo que haya escrito despues para defenderse de los que lo han impugnado, que su obra era digna de consideracion bajo el aspecto moral, sino solamente disculpable bajo el del arte; y lo segundo, que no habiendo presentado jamas esos contrastes, ha faltado á su palabra, pues salvo el pequeño epílogo con que se cierran los *Misterios de Paris*, tales contrastes se quedaron en el tintero. Así ha sido en efecto: comenzó la obra con escenas torpes, asquerosas y sangrientas, y concluyó con las mismas: esas luces con que los pintores hacen contrastar ciertas partes de sus cuadros en la sombra, se buscan y solicitan en vano: Mr. Süe no hace otra cosa que pasar de la Cité á Paris, de las tabernas á los salones, de las cárceles á los palacios. ¿Y en esto hace consistir los contrastes? ¿Es este el carácter del moralista, presentar en todas partes el vicio, en ninguna la virtud; costumbres brutales y horrorosas, instintos sensuales y sanguinarios, máximas depravadas y anti-sociales en cada página; y ni en una sola el modo de reprimirlas y combatirlas, si no es exagerando siempre los vicios de la organizacion social, de las leyes y de los magistrados? ¿Será el de atenuar constantemente los actos viciosos mas degradantes, culpar de ellos casi siempre á la sociedad, mantener sin cesar á los lectores, con riesgo inminente de manchar sus almas, en una atmósfera pútrida y corrompida? ¿Se ignora que hay asfixias morales, así como las hay físicas? ¿Cómo en un contacto habitual con el vicio, en lo que tiene de mas vergonzoso, no se perderá esa castidad de ideas y sensaciones, que son para el alma lo que el vello á los frutos?

No ignoro que podra decirse á esto, que los espartanos enseñaban á sus hijos ilotas ébrios para preservarlos de la embriaguez; pero tambien en Esparta se hacian luchar jóvenes doncellas con hombres mozos, en la desnudez de la palestra, y no pienso que se intente introducir este uso entre nosotros. Es necesario dejar á los esparciatas en Lacedemonia, y procurar ser franceses en Paris. Todas las partes de una civilizacion se apoyan entre sí, y las civilizaciones emprestadas pierden lo que creian ganar.

(*) *Esta advertencia no se ha puesto, ignoramos por qué, en la traduccion española.*--T.

Seria una manera singular de justificarse, decir que no se muestra en un libro sino lo que se ha visto en la naturaleza ó en la sociedad. Voltaire responde á esto con un gracejo demasiado vivo para que pueda reproducirse; pero que prueba á lo menos, que, relativamente á las cosas que pueden ó no manifestarse, no era él de la opinion singularmente avanzada, que Mr. Thiers, se dice, ha puesto en accion en Grandvaux. En el cuerpo social pasa lo mismo que en el físico: hay ciertas partes que deben cubrirse, sobre todo cuando los retratos que se hacen se destinan á ser presentados al público. Ahora bien, no queda á Mr. Süe ni aun el recurso de decir que no ha escrito sino para cierta clase de espíritus observadores, que tienen necesidad de saberlo todo, y pueden verlo todo sin inconveniente.

El ha escrito en un periódico, y este es el libro de todo el mundo. Si se pretende que cualquiera puede leer sin inconvenientes los *Misterios de Paris*, yo pediré permiso de hacer una simple pregunta: ¿Se juzgaria conveniente que doncellas jóvenes y tiernas niñas frecuentásen el *Tapiz franco* de la calle de Féves, é hiciesen sus delicias de la conversacion de la *Guillabaora*, de la *Loba* y del *Churiador*? Si el mismo Mr. Süe define la germania *el idioma innoble de la prostitucion y del crimen*, ¿se tendrá por decente y útil que esta *repugnante jerga* suene en los oidos que tienen la mayor necesidad de ser respetados?

El primer carácter de inmoralidad que se encuentra en los *Misterios de Paris*, es la infamia de un grande número de cuadros y el escándalo de ciertas escenas que no sabrian cubrirse con un velo bastante espeso. Jamás podrá persuadirse á un hombre de buen sentido, que haya podídose, sin insultar la moral pública, pintar esas provocaciones sensuales de la criolla Cecilia al notario Ferran, y la muerte vergonzosa de este último, abrasado por las llamas del amor físico y sucumbiendo en las convulsiones del horrible mal, cuyo nombre ha tomado el arte moderno del antiguo tipo de la lubricidad. Este es un dibujo del Aretin espresado con la pluma; y hasta ahora nada sabemos en contrario, no se ha tenido la costumbre de esponer los dibujos de ese autor en nuestros museos. Es ciertamente un singular método de higiene moral, el de hacer respirar á una sociedad todos los albañales que contiene; y bajo este aspecto, lo repetimos, hay causa de asfixia en los *Misterios de Paris*.

Pero no es este el carácter mas general de inmoralidad que allí se encuentra, ni el único. Hemos señalado como un ridículo, analizando los tipos de esta estraña epopeya, esa especie de partido tomado por Mr. Süe de hallar sistemáticamente escusas á las culpas de la mayor parte de sus personages y aun á sus crímenes, y de concentrar sobre ellos todo el interés. Así es que, en la *Guillabaora*, la prostitucion es casta; en la *Loba*, involuntaria y llena de buenas cualidades; en el *Churiador*, el asesinato generoso y honrado; en la duquesa de Lucenay, la mala conducta tiene circunstancias atenuantes; en el conde de Saint-Remy, las acciones mas bajas son culpa de la sociedad; en la marquesa d'Harville, la virtud acepta citas en casas sospechosas, y en el marqués, su esposo, le hace volar la tapa de los sesos. Todo esto es peor que un ridículo. Cuando el vicio deja de ser vicioso y la virtud virtuosa, y cuando una fatalidad, mas fuerte que la voluntad humana, la domina y subyuga, todos los límites de la moral quedan trastornados. Las buenas acciones vienen á ser sin mérito, y los crímenes sin perversidad; puesto que éstos y aquellas son involuntarios. Tal es, sin embargo, el espíritu general del libro de Mr. Süe. Por todas partes el vicio es escusado y aun justifica-

do; los criminales lo son fatalmente, y el autor de los *Misterios de Paris* les encuentra tan buenos flancos, que verdaderamente cualquiera será tentado á mirarlos como oprimidos y presa de las persecuciones sociales. Desde este momento, el mayor dique que se opone á los desbordes de los vicios, el horror moral que inspiran, viene á tierra, y de una en otra circunstancia atenuante, se termina por concluir que el vicio pudiera muy bien, á pesar de todo, no ser tan vicioso como algunos moralistas exagerados quieren decirlo, y que hay cierta situacion en que las acciones son necesarias, lo que destruye el dogma de la libertad, y por consiguiente el de la dignidad humana.

He dicho que el libro de Mr. Süe era inmoral, porque quitaba al vicio su verdadero carácter; y pudiera añadir que lo es tambien, porque se lo quita á la virtud.

El tipo de la marquesa d'Harville, de que he procurado dar á vd. una idea, bastaria para justificar este aserto; pero hay otro del que nada he dicho todavía, y que lo justificará mejor. *Alegria*, la costurera, es la Liseta de Beranger, con la prudencia de mas y el amor de menos. Esta buena doncella, ó mejor este buen amigo, acepta sin repugnancia á su vecino de cuarto por cortejo, va con él á la cartuja ó á la ermita de Mont-martre á los bailes, á comer de su cuenta á una fonda y algunas veces al teatro; pero todo con honor y la virtud por delante. ¿Y tiene ella principios, ó sentimientos religiosos que la defiendan de los peligros de la ocasion? Nada de esto: oigamos al autor.

Ni habia luchado ni meditado.—Habia trabajado, reido y cantado.... Quizá se tendrá esta moral por ligera, fácil y poco séria; pero la causa es lo que menos importa si los efectos existen.... Esta hermosa jóven se ha conservado pura, y su vida honrada y laboriosa podria servir de estímulo y de ejemplo.

¿Quiere vd. conocer los principios de esta encantadora doncella? Oígala contar á ella misma la historia del matrimonio del pintor de aguazo y de la bordadora que la criaron: *Pero aunque digo matrimonio*, dice ella, corrigiendo la espresion, *no estaban casados, á pesar de que se llamaban marido y muger.... Uno de sus amigos les preguntó por qué no se casaban.—Si llegamos á tener hijos, le respondieron, desde luego;.... pero en cuanto no somos mas que los dos, estamos mejor así.... ¿A qué fin se nos obligará á hacer lo que hacemos de tan buena gana?... Y ademas eso nos ocasionaria gastos, y á la verdad no andamos muy sobrados de dinero.*

Alegría es, para hablar verdad, la Matilde de la bohardilla, tan peligrosa para el operario, como aquella lo es para la muger de mundo. Cada *griseta*, leyendo los *Misterios de Paris*, se dirá: "Yo no pasaré mas allá que Alegría;» y ella irá mas lejos, porque la prudencia sin principios está poco segura de sí misma, y es una base de poca solidez para la buena conducta de una jóven doncella, espuesta á todas las seducciones de la vida de la corte, la de la diversion y el canto. ¡Qué importa si los efectos existen! dice Mr. Süe. Existen en la novela, sí; pero nunca en la historia. Alguno que conocia mejor el corazon humano que todos los novelistas, ha dicho: "Quien no evita la ocasion, perecerá en ella.» Esta verdad no ha dejado de serlo: Alegría no es mas que el tomo I de la historia de la griseta; el último será la Liseta de Beranger. Mr. Süe habrá cantado bien; pero la moral cantada no es sino una cancion.

Soy, señora, con el mas profundo respeto, &c.

SOBRE EL ESPÍRITU DEL CLERO (*)

Sin duda no es de nuestro deber, ni del plan de nuestros anales, tratar de conspiraciones: la religion es absolutamente estraña á todos estos objetos políticos; y si las pasiones humanas han mezclado frecuentemente en ellos su augusto nombre, nunca podrán trasladar allí su espíritu ni sus principios Habrán podido á veces los conspiradores vestirse de su librea, para lograr mas fácilmente sus fines; pero como demasiado elevada para abatirse á complots, ella los ha desaprobado siempre, rechazándolos como indignos de sí. Sabe someterse, mas no conspirar: se resigna y no se insurrecciona. Pero precisamente porque condena toda conspiracion, y porque nada tiene que ver con la que en la actualidad ocupa la atencion pública, es por lo que vamos á decir dos palabras en el particular. Sin meternos, pues, en juzgar aquí de su *divisa*, y mucho menos de su realidad: ¿no es muy notable que entre los veintinueve artículos que forman el plan, no se encuentre una sola cláusula en que aparezca quererse valer del clero, de la influencia de su ministerio, y del ascendiente que puede tener la religion sobre el espíritu del pueblo? Se decia en él que podia dirigirse á ciertos ministros, á ciertos magistrados, á ciertos diputados, á ciertos generales, á ciertos regimientos: pero en todos los pormenores del proyecto, nada habia que nos indicase que se debiera servir de los eclesiásticos y ponerlos á la vanguardia para acelerar el triunfo. Estos sacerdotes contra-revolucionarios con que se asusta á los niños, estos eclesiásticos tan peligrosos y terribles, ante quienes afectan temblar los que conmueven á la Europa, han parecido tan impropios al proyecto de la conspiracion, que para nada se mientan, como si no hubiese tales hombres; y estos mismos á quienes la calumnia nos pinta sin cesar como propios para todo, aquí no parecen buenos para nada. Es cierto que entre uno de los tres arrestados hay uno que es eclesiástico; pero esta circunstancia, tan lejos de debilitar nuestras observaciones, les añade un nuevo peso; porque él no hace aquí papel como tal, nunca se propuso contar á la religion como uno de sus medios; y si en las piezas que han aparecido, el nombre de Dios se invoca alguna vez, no ha sido sino para conducirnos á esta voluntad suprema, que impone silencio á todos los odios y manda sofocar todas las venganzas.

No teniamos necesidad de este último ejemplo para probar que la religion y el ministerio sacerdotal no son tan peligrosos como los impíos intentan persuadirlo. La conducta toda de los sacerdotes fieles, desde la revolucion, prueba invenciblemente la verdad del principio de que están penetrados, á saber: que su ministerio, independiente de las vicisitudes humanas, y mas fuerte que todas las revoluciones, debe ser, por consiguiente, superior á ellas. Pero aun cuando este ministerio santo hubiera sido algunas veces comprometido en estas terribles crísis, puesto que son hombres los que lo ejercen, ¿qué pudiera con-

(*) *Este artículo fué compuesto con la ocasion de un complot descubierto en Marzo de* 797, *y que tenia, segun se dijo, por objeto volver á los Borbones á la Francia. La Villeheurdiois, Duverne de Presle y el abate Brottier fueron arrestados el* 14 *del mismo mes, en la escuela militar, donde se habian reunido invitados por el coronel Malo, y sentenciados á la pena capital, que despues se les conmutó en la de destierro. El abate Brottier, que murió en Synamary á* 13 *de Septiembre de* 1798, *no ejercia las funciones de su ministerio.*

cluirse de aquí? ¿Acaso seria menos cierto que la religion se acomoda felizmente con todos los gobiernos, sean los que fueren, y jamás conmueve á ninguno; que en todos tiempos ha hecho un deber á sus hijos de sufrir el yugo de las nuevas leyes, mas bien que perpetuar las guerras intestinas; que esencialmente amante del órden y de la paz, coloca al órden antes de todo, y recomienda la paz sobre todo; y que el sacerdote que se sirve de ella para otro fin, traiciona á su religion y no la sigue, profana su ministerio y no lo ejerce?

Fieles á estos principios, los ministros del altar dejamos agitarse á los políticos: nos encerramos en el santuario, y desde el fondo de su sagrada obscuridad, contemplamos con un terror religioso á todos los imperios, chocándose, bamboleándose, destruyéndose bajo la mano de Dios. Si con frecuencia esclamamos con el rey profeta: *¿Por qué los pueblos se han enfurecido y meditan cosas vanas?* es porque para el hombre religioso todo es vanidad, escepto Dios y la virtud que no perecen jamas, y porque miramos tambien con lástima á esos insensatos que conspiran contra el Señor y contra su Cristo. Sabemos que todas las conjuraciones contra la religion, contra la moral y la justicia, deben recaer mas ó menos tarde sobre sus culpables autores (*); pero dejamos á Dios el cuidado de desvanecer sus intrigas, y no confiamos sino en el que tiene los destinos de los imperios en sus inmortales manos. Si á veces nos quejamos de los hombres que gobiernan, nunca dejamos de respetar el gobierno establecido; y no olvidando jamas que es de nuestro deber someternos á él, por injusto que pueda parecernos, creemos que lo único que debemos oponerle, son nuestras oraciones y nuestros ejemplos.

Véanse nuestros sentimientos invariables, y cuánto distan las conspiraciones de esta política elevada y divina; ¡y no obstante se procura aprovecharse de una conspiracion en que los eclesiásticos no hacen ningun papel, para solicitar lo que debe hacerse respecto de ellos? No se aguarda á lo menos el momento en que los ánimos estén mas calmados, para solicitar una deliberacion que exige el exámen mas ma-

(*) *¡Yucatan! ¡Infeliz Yucatan! ¡Estado eminentemente* progresista *y despreocupado! ¡qué cancer corroyó tus entrañas antes de esa horrorosa detonacion que hoy ha alarmado á toda la República, y de esa revolucion de espanto y sangre que asola á todas sus poblaciones? El sacerdocio católico era el único freno que contenia la ferocidad de esos indígenas, y ese fué quebrantado por los revoltosos que, so capa de velar por los intereses de los pueblos, lo envilecieron ante los ojos de los que lo amaban y respetaban; lo calumniaron atrozmente, y lo hicieron pasar por una reunion de egoistas, ambiciosos é interesables. Véase ya el fruto de las declamaciones de esos hombres sin religion ni cálculo político, de los que no pocos habrán sido víctimas en sus vidas, y todos en sus intereses, sacrificando ademas á su suelo natal. Ahora se cree "que el arma mas poderosa para atraer á los indios á una pronta sujecion es la mediacion eclesiástica:" ahora se ocurre á los sacerdotes del Dios verdadero, entendiendo que "su accion podrá acaso tener mas eficacia que la de los agentes seculares".... ¿Y por qué no se invoca á los predicantes de los derechos del hombre y de la tolerancia religiosa; á los detractores del clero, á los periodistas reformadores, moralizadores, ilustradores y regeneradores de la sociedad? Políticos, abrid los ojos: las piedras que tirais contra la religion, recaen sobre el edificio social: las revoluciones se tragan á sus autores; y las innovaciones religiosas devoran á todas las naciones, sin perdonar á sus culpables promovedores. ¡Dios de clemencia! salva á tu pueblo, ilumina á sus autoridades, y dales valor para desoir los cantos de esas engañadoras sirenas que lo conducen á su precipicio, y para castigar sus atentados contra tu religion de paz, de órden y civilizacion, y contra los ministros de tu verdadero culto.*--T.

duro y la mas fria discusion: se presenta en el instante mas peligroso ese FANTASMA REFRACTARIO, para que sirva de espantajo á un pueblo siempre burlado y siempre enfermo: se encuentra una facilidad asombrosa en absurdas denuncias, sin tomarse el trabajo de conservar el pudor de la verosimilitud ó el respeto á la justicia: en nada se tienen esos millares de monarquistas, que, como es público, existen en todas las provincias de la Frància, individuos de todas las clases, y algunos sin las menores relaciones con el clero: se han transformado en maniobras de éste, las mismas vejaciones de los comisarios de policía, que, en su mayor parte, ateos públicos y fanáticos irreligiosos, han servido á la vez de jueces, acusadores y verdugos: se ha visto llegar por un espreso la ridícula acusacion de la administracion del Bajo-Rhin, de que los eclesiásticos hacian sonar las campanas, y obligaban á los fieles, sin duda con sus cañones, á concurrir á los oficios divinos: se han presentado mil denunciaciones embusteras, en que, hombres cubiertos de sangre eclesiástica, han osado hablar de *sacerdotes que hacen correr sangre*. Esta es sin duda una táctica ya gastada, pero que siempre surte sus efectos; y tal es la mágia de la prevencion, que tan atroces calumnias, repetidas hasta el fastidio, no dejan todavía de ser acogidas con transporte.

¡Cómo! ¿Aun no han terminado nuestros tormentos? ¿Y no será cierto que hemos sufrido lo bastante? ¡Cómo! ¿Ocho años de persecuciones, de ultrages, de prisiones, de torturas, de muerte, aun no bastan para desarmar el odio de nuestros enemigos? ¡Cómo! ¿Siempre inquisiciones y violaciones de conciencia, invocándose los derechos del hombre? ¡Siempre la tiranía en nombre de la justicia! ¿Siempre míseros destrozados bajo la proteccion comun de la ley! ¡La especie humana ha cambiado acaso de esencia? ¿En qué pais y en qué siglo se ha visto jamas una persecucion sostenida con mas constancia, razonada con mas frialdad, y mas horriblemente sábia? ¿Y qué debe admirar mas, el calmado furor de los que la urden con tanto arte, ó la virtud de los que la sufren con tanta resignacion como valor?

¡Qué dicen entre tanto, qué hacen en este momento los escritores sentimentales, todos nuestros profesores de moral, amigos de la constitucion y oradores á la moda? ¿Quién de entre ellos ha hecho escuchar su voz á favor de veinte mil eclesiásticos, cuya libertad y existencia se amenaza todavía? El Directorio acaba de hacer oir la palabra terrible de *destierro*: se han visto legisladores firmar la proposicion con todas las señales de la pasion y el arrebato del odio; y no obstante, todas las plumas están paralizadas y todas las lenguas mudas: indudablemente guardan para mejor ocasion sus cláusulas de humanidad, y sus apelaciones á la justicia, como si la constitucion no estuviese aquí visiblemente comprometida; como si los eclesiásticos no fuesen hombres; como si la persecucion de veinte mil ciudadanos no interesase nada para la seguridad y libertad de los demás. Algunos, es cierto, han dirigido sobre nosotros, de paso, una mirada de lástima, porque una mirada cuesta muy poco. Otros han probado, con demasiada sensibilidad, á nuestros perseguidores, que deben contenerse; que la persecucion produce mártires; que debe temerse hacernos muy interesantes á fuerza de injusticias, y que pretender, por otra parte, darnos muy pronto la muerte, es querer con poca destreza prolongar nuestra vida. Es necesario, sin embargo, manifestar alguna gratitud por este primer paso hácia la humanidad; porque al fin no es un esfuerzo poco comun para esos corazones de acero, templados por la filosofía, el consentir aun en que nuestros enemigos se manejen con menos dureza, si quieren

lograr sus planes con mas seguridad. Demos, pues, gracias á su moderacion, porque á lo menos viviremos algunos dias de mas.

¿Pero qué decimos? ¿Para qué necesitamos del socorro de los hombres? ¡No tenemos un brazo mas poderoso que nos proteja ¡No estamos destinados á servir de ejemplo á la tierra? ¡No debemos probar que estribamos en apoyo mas elevado? ¡Y nos abatiremos á reclamar esos vanos y frágiles estribos, cuando contamos para nuestro sostén con Dios y con nuestra conciencia?

Los enemigos de la religion han intentado quitarle la gloria de sus primeros mártires. Voltaire ha pretendido que las persecuciones que combatieron á la Iglesia en su cuna, no han existido jamas; queriendo á lo menos debilitar su verdad, ya con la suposicion de que unos emperadores tan filósofos, como Trajano y Juliano, no podian perseguir, ya citando ciertos edictos de tolerancia, espedidos á favor de los cristianos. ¡Pero qué dirán ahora los admiradores de Voltaire, á vista de lo que pasa á sus ojos? ¿Qué pensarán de sus decisiones los que se han decidido siempre sobre su peligrosa palabra? ¡Qué diria él mismo si volviese á la tierra? ¡Ah! Nosotros tambien vivimos bajo el reino de filósofos, y nosotros tambien, y nosotros, leemos desde la mañana hasta la noche, *edictos* sobre la tolerancia y sobre la libertad de los cultos. Todos los dias admiramos en el papel las admirables obras maestras que han producido las luces sociales; pero no por eso la sangre de nuestros hermanos ha dejado de correr á torrentes; no por eso nuestros desgraciados ancianos dejan de consumirse sobre la paja de los calabozos, pero no por eso estamos menos reducidos á mirar como una gracia el dia en que se nos permite gozar de la circulacion del aire y de la luz del sol. Así á lo menos, nuestras desgracias son útiles á la Iglesia; ellas sirven, cuando menos, á confirmar la historia de sus mártires; prueban que en todos tiempos sus enemigos han sido los mismos; y que así como supo triunfar de los antiguos, no sacará menor gloria de las injusticias y persecuciones que le hacen esperimentar los nuevos.

No será inútil observar que casi en el instante mismo en que nuestros legisladores acaban de señalar su beneficencia á favor de los religionarios fugitivos, devolviéndolos á su patria, y reintegrándolos en sus derechos, es cuando meditan nuevas medidas de intolerancia y rigor contra los eclesiásticos. Nosotros hemos escuchado con motivo de esta rehabilitacion, las imprecaciones de la filosofía contra ese rey célebre, cuyo nombre no pronunciaban sino con entusiasmo Voltaire y Juan Jacobo, así como todas las blasfemias contra ese siglo de gloria, cuyo esplendor ofusca nuestra pequeñez y nos reprocha nuestra nada. No pretendemos, sin duda, justificar aquí todas las faltas que sobre este particular pudo cometer la política de nuestros padres. ¡Qué diferencia, no obstante, entre la persecucion que sufrieron entonces los protestantes, y la de que hoy es blanco el clero católico! ¡Qué comparacion entre esta revocacion del edicto de Nantes con que se hace tanto ruido, y esta revocacion absoluta de toda humanidad y de toda justicia hácia los eclesiásticos, que cada dia es justificada! En la primera, se suprimió un edicto que habia sido arrancado evidentemente por la fuerza; en la persecucion actual, se han revocado todos los edictos de quince siglos á favor de los eclesiásticos, y todo lo que les garantizaba el pacto social. Por la ley de Luis XIV no se castigaban sino las gavillas sediciosas; por la ley de los filósofos de hoy dia, se castiga en masa, se castiga hasta el nombre de sacerdote, se castiga hasta la *vejez*, se castiga hasta la *enfermedad*. En aquella, no habia encarnizamiento sino contra

el ministro que predicaba, ó que queria ejercer otras funciones públicas; en ésta se encarniza aun contra el sacerdote que no ejercita su ministerio, contra el individuo que quiere vivir aislado. Bajo Luis XIV se procuraba obrar conversiones por promesas, por recompensas, por estímulos lisongeros; medio que, si no era bastante noble, carecia á lo menos de barbarie: bajo la constitucion libre que nos rige, se ha querido forzar á los eclesiásticos al perjurio. y se tortura sin cesar su conciencia por nuevos juramentos. En fin, por la revocacion del edicto de Nantes, no se quitaba sino á una muy pequeña parte de la nacion el ejercicio público de su culto; por las leyes penales del dia contra los eclesiásticos, se le arrebata á casi la totalidad de la nacion que lo reclama por todas partes; porque sin la libertad de los ministros, la del culto no es mas que una irrision y un sarcasmo. ¡Y entre tanto, se tiene valor para hacer con tanta algazara el proceso á Luis XIV, y para preconizar con tanta fuerza la superioridad del siglo XVIII sobre el que le precedió! ¡No permita Dios que nosotros condenemos el decreto que rehabilita á los descendientes de nuestros emigrados! ¡Pero si es dulce para ellos volver á su patria, lo será á los eclesiásticos ser lanzados de ella? ¡Por ser protestante se merecerán todas las consideraciones y todo el interes de las almas sensibles, y á nada se será acreedor siendo eclesiástico? ¿Habrá tanta piedad para los desterrados del último siglo que ya no quede ninguna para los perseguidos de este? Filósofos, sin duda es permitido deplorar la suerte de las familias emigradas hace mas de cien años; ¿pero lo será menos arrojar algunas miradas de compasion sobre estos desgraciados eclesiásticos, espulsados por vuestras órdenes, cuando no han sido asesinados á vuestra vista? Es necesario, sin duda, que tengais un fondo de sensibilidad esquisita, para hacer lamentaciones sobre unos rigores que ya no existen; ¡pero no convendria tambien sentir algo por estos mucho mayores que pesan diariamente sobre vuestras propias víctimas? ¡Y si es laudable apiadarse de los muertos, no habrá tambien algun mérito para enternecernos un poco por los vivos?

Pero los eclesiásticos, se dice, no aman la república. Esto es precisamente lo que Luis XIV decia de los protestantes: "Ellos no aman la monarquía." De esta manera, no pudiendo atacar nuestras acciones, se ocurre á nuestro sentimiento; medio infalible de tener siempre razon en nuestra contra. ¡Oh vosotros que venís aquí á escrutar hasta nuestros pensamientos, y mandar hasta nuestros afectos! decidnos, ¿qué medio habeis tomado para hacerla amar? ¿Cuál es el tirano que haya hablado jamas del encanto inefable de las reclusiones, de los despojos y destierros? ¿Dónde se ha visto nunca que deba amarse una igualdad que no es *igual* para todos, y una libertad mil veces mas insoportable que la mas dura de todas las esclavitudes? Ciertamente bien podemos ser resignados y sometidos, pero no nos es dado todavía ser estúpidos; y por haber renunciado á todo sentimiento de odio y de venganza, no se nos ha exigido renunciar al sentido comun. ¿Será acaso la república tan amable, que sea digna del *amor puro*, sin ninguna mezcla de consuelo y de esperanza? ¿Y este heroismo sobrehumano de una total abnegacion, que la religion misma ha condenado, será un deber sagrado para con la república, cuando el mismo Dios no lo reclama para sí? Dichosos sin duda los que pueden amar á la constitucion por sí misma, y por la sola contemplacion de sus invencibles atractivos: por lo que mira á nosotros, á quienes la naturaleza no ha dotado de tanta sensibilidad por la metafísica, guardamos nuestro corazon para los objetos reales. No es la division geométrica de los poderes la que nos encanta; tenemos la

debilidad de no amar sino á la ley viva y á la justicia puesta en accion. ¡Legisladores! hay un medio seguro de cautivar nuestros afectos, y es el de protegernos como hombres, y mucho mas aún como eclesiásticos; el de respetar la mas sagrada y la mas inviolable de nuestras propiedades, la de nuestro culto y de nuestra conciencia; el de convenceros lo bastante que no es de vosotros de quien hemos recibido esta propiedad, sino de la moral y de la justicia eterna; el de hacer cesar esas leyes insidiosas que parecen otros tantos lazos que se nos tienden, esas leyes versátiles que hacen siempre incierta y precaria nuestra existencia, esas leyes tan felizmente inhumanas, que por vuestra propia confesion son inejecutables por su propia atrocidad; en fin, el ser humanos y justos. Haced el ensayo una sola vez, y vereis si no amamos todo lo que es bueno, todo lo que es útil, todo lo que nos probará que la tolerancia no es un nombre vano, ni la libertad una quimera.

Pero no, los eclesiásticos no son los que no aman á la república; ésta es la que no les profesa ningun amor. Los filósofos son los que quieren aniquilar la religion para colocarse en su lugar, y los que trabajan en arrancarla al pueblo para hacerlo mas dócil á su dominacion. Reinar esclusivamente, hé aquí toda su política; no inspirar otro temor que el suyo, véase toda su religion. Este es Nabucodonosor, que quiere destruir todas las estátuas de los dioses, para que no se adore mas que la suya.

Agreguemos á este orgullo incurable en los filósofos, el odio que profesan al mismo Dios. Despues de haberlo arrojado de la constitucion, quisieran todavía, si les fuese posible, espulsarlo del universo. Impotentes para aniquilarlo en el fondo de su corazon, se esfuerzan á lo menos en desaparecer de sobre la haz de la tierra á todos esos sacerdotes importunos, cuya presencia se los recuerda sin cesar. Muy débiles para destronar al sol que reina en el firmamento y los viste de su luz, creen al menos que podrán obscurecerlo á sus propios ojos, arrojando hácia el cielo algun poco de polvo. No pudiendo vengarse del Autor de su existencia, cuyo pensamiento los espanta, quieren degradarlo, cuanto es de su parte, en sus propios ministros, y rechazar muy lejos á esos incómodos testigos de una moral pública y de una venganza celestial. Sí, persiguen á los eclesiásticos, porque su conciencia los persigue: tienen temor de los sacerdotes, porque tiemblan de un porvenir. En esto hay tanta miseria, como atrocidad. ¡Pobres hombres! hacen los desdeñosos y soberbios, y no son sino débiles y poltrones.

Otra causa puede tambien esplicarnos ese encarnizamiento sin ejemplo y esa inagotable animosidad contra el clero, cuya persecucion alegra cada dia el corazon de los filósofos, y les hace pasar tan dulces momentos; y es el mal mismo que le han hecho, la conciencia de sus propias injusticias que los atormenta, la necesidad desgraciadamente muy real que existe en el hombre, de perseguir porque ha perseguido, y de odiar porque ha odiado; ese grito interior que sin cesar les dice que si alguna vez se llega á hacer justicia....Pero estén seguros; la religion que persiguen constituye ella misma su propia seguridad. Si los sacerdotes de un Dios clemente han manifestado que sabian sufrir, probarán siempre que saben perdonar, y aquí es cuando dirigen á sus enemigos aquellas palabras célebres, que han dejado de ser profanas por la sublimidad de los sentimientos que inspiran: "Comprende la diferencia "de los dioses á quien servimos: los tuyos "te prescriben el asesinato y la venganza; "y el mio, cuando tu brazo viene á quitar- "me la vida, me ordena te compadezca y "perdone (*)."

(*) Des dieux que nous servont connois la difference: Les tiens t'ont commandé le meurtre et la vengeance;

¡Oh misterio de los destinos humanos! estos son los eclesiásticos que nos han educado, que nos han instruido, que nos han enseñado la moral mas pura, que nos han inspirado esta dulzura de costumbres que distinguia antes al pueblo francés de todos los de la Europa. Ellos han enriquecido nuestra literatura, han creado nuestro idioma, han levantado nuestros establecimientos útiles con sus manos, ó sostenídolos con su celo. Cuanto la virtud tiene de mas grande y el génio de mas augusto, ¿quiénes lo han introducido? ¿quiénes alimentaban á los pobres? ¿quiénes reconciliaban las familias? ¿quiénes consolaban á los enfermos? ¿quiénes asistian á los moribundos? Habia sin duda entre ellos hombres que deshonraban su estado por el escándalo de sus costumbres; pero eran filósofos que se veian en las academias. Estos eran sacerdotes solo en el nombre; y todos los demas, aplicados á sus santas funciones, no dejaban de formar la clase mas útil, la mas ilustrada, la mas incontestablemente virtuosa, la mas inclinada hácia esa venturosa tolerancia que todo lo concilia á la vez, los intereses de la humanidad y los de la religion, Pero ¡ah! virtudes, talentos, beneficios, ejemplos, todo ha sido olvidado. Sobre ellos es sobre quienes han venido á vertirse todas las calamidades; sobre estos hombres* de consuelo y de paz se ha hecho fuego como sobre bestias feroces; y por una inconsecuencia de que solo los franceses son capaces de dar ejemplo, mientras que elevaban una estatua al sacerdote Fenelon, aguzaban el puñal que debia degollar á los sacerdotes. ¡Fenelon! ¡qué tierno recuerdo! ¡qué nombre tan dulce á nuestra alma! ¡Ah! nos parece en este momento ver su sombra pacífica y amante indignarse en su tumba; nos parece escucharlo aquí, dirigiéndose á los franceses, y decirles: "¡Cómo! vosotros, filósofos, vosotros, admiradores de mis escritos, vosotros, panegiristas de mi dulzura y de mi tolerancia, ¿habeis olvidado que yo tambien he sido sacerdote de esta religion, contra la que os insurreccionais el dia de hoy? Si he llenado algunos deberes y practicado algunas virtudes, el espíritu de mi estado es quien me las ha inspirado. En vano pretendeis separarme de mi santo carácter; cuanto he hecho, cuanto he dicho, lo he dicho y lo he hecho como sacerdote. Con este carácter, y no con el de filósofo, visité las humildes chozas, asistí á la viuda y consolé al huérfano. ¿Y quién de vosotros pudiera hacerme el ultrage de suponer que he predicado una religion en que no creia, y ejercido un sacerdocio cuyos principios no estaban en mi corazon? La causa de los eclesiásticos es por lo tanto inseparable de la mia: piensan como yo, y yo he pensado como ellos. He sido educado de la misma manera, he predicado la misma moral; el juramento que han rehusado, lo habria yo tambien rechazado: y sin embargo, me tratais á mí de sábio y á ellos de fanáticos; me elevais estátuas, y los oprimis de ultrages. ¡Ah! pulverizad mi estátua, ó dejad de perseguir á mis hermanos; y reflexionad que si éstos son dignos de vuestro odio, yo lo soy de vuestro desprecio."

(**Miscelánea de religion, literatura, etc., del Illmo. Boulogne, obispo de Troyes.**)

* Et le mien, quand ton bras vient de m'assassiner,
M'ordonne de te plaindre et de te pardonner.

EL ECO DEL COMERCIO DE MÉXICO, Y EL ARCO-IRIS DE VERACRUZ.

Es á la verdad una fortuna pertenecer al progreso, y ser de aquellas almas grandes que no se dejan dominar por las preocupaciones. con semejante salvaguardia puede incurrirse en mil contradicciones, defenderse el pro y la contra, y destruir alternativamente todos los principios, con tal que se tienda á un solo fin, y por *fas* ó *nefas* se venga á las mismas consecuencias. ¡Viva la ilustracion del siglo! ¡viva el espíritu de discusion y exámen! ¡vivan, sobre todo, los regeneradores de nuestra decadente sociedad!

El Eco del Comercio, en México, se ha propuesto tratar de la necesidad de la "reforma evangélica del clero;» pero protestando no usar de la calumnia, no desprestigiar al sacerdocio; recomendando y no desconociendo sus antiguos servicios, especialmente los prestados á los mexicanos; confesando la maldad de los cismas del cristianismo, y haciendo justicia á la mayor y mas sana parte del clero, á la que aun invita á secundar sus miras; y últimamente, al solicitar lo que llama su reforma, no lo insulta con los apodos de enemigo decidido de las luces y encarnizado adversario de las instituciones republicanas, sino mas bien, aunque equivocadamente, disculpando las faltas en que en el particular pueda haber incurrido, por un temor religioso de conmover antiguas creencias, ó por un respeto servil á añejas preocupaciones. Tales son los principios estampados por sus editores y si bien en ellos no son consecuentes, si en sus asertos hay notables equívocos, si vierten proposiciones avanzadas, &c., como se les ha procurado demostrar y se continuará en lo de adelante, aun cuando solo opongan como hasta aquí un silencio desdeñoso; han tomado el mayor empeño en salvar todas las apariencias, en *aparecer* como católicos, en no escandalizar á los pequeñuelos, en afectar, por último, un carácter de justicia, imparcialidad y buena fé.

No así *El Arco Iris*, en Veracruz, que ha desenvainado la espada para herir atrozmente al clero, y sobrepuéstose á todas las consideraciones religiosas y sociales; sus editores hacen gala del título de *irreligiosos*, al mismo tiempo que aseguran tener el mas profundo respeto por el espíritu de las creencias de sus padres. ¡Cuál seria ese espíritu! Llevan á mal se ensalcen los antiguos servicios de los ministros del altar á todo el mundo, calificándolos de opuestos, *en todos tiempos*, á la verdadera prosperidad de las naciones: enemigos acérrimos de la que llaman supersticion, el clero, en su juicio, no solo no debe reformarse, sino destruirse como á la hidra que corroe las entrañas de la sociedad, como al que ha introducido la discordia, como al que mantiene la ignorancia en las masas del pueblo; proponiendo, en conclusion, no devolver el perdido prestigio á la religion y remover los "obstáculos qne encuentrá en México para los adelantos,» sino introducir la tolerancia de la maldad de los cismas del Cristianismo; no contar con la clase que mas que otra podrá todavía reorganizar á la sociedad desquiciada, con el carácter de depositaria, maestra y reguladora de la moral, sino destruir completamente su influencia.

¿Y tal artículo, diametralmente opuesto al espíritu que anima á *El Eco*, pudo haber tenido lugar en sus columnas, cuando sus mismas producciones reformistas constituyen su mas sólida refutacion? ¡Un periódico tan enemigo de la calumnia, esa arma terrible de la impiedad, pudo dar acogida al que con tanta ignorancia asegura que el clero se opone al desarrollo de la civilizacion; con la mayor impuden-

cia lo hace responsable de las desgracias de México, cuyos agentes son conocidísimos y ninguno de ellos eclesiástico; con una necedad sin par afirma que desde ahora trescientos años la educacion del pueblo mexicano se halla en poder de los frailes; y que para remediar tantos males propone la introduccion de la maldad de los cismas del Cristianismo? ¡Uno seditores tan sensatos pudieron dejar ensuciar sus preciosas producciones, haciendo aparecer entre ellas el ridículo argumento, á favor de esa tolerancia, de que Dios tolera en el mundo el ejercicio de todas las religiones, como si no tolerase tambien á los asesinos, ladrones, incendiarios, falsificadores, adúlteros, trapaceros, &c., á quienes, sin embargo, es un deber desterrar de la sociedad y perseguir como á una plaga pestilencial! ¡Unos editores tan patriotas pueden promulgar especies que incendian á toda la nacion, como están reduciendo á cenizas á la desventurada Yucatan? ¿Unos editores, en fin, tan celosos de su buen nombre literario y reputacion política, pudieron acoger una acre sátira de sus máximas, una terminante desmentida de sus escritos, una espresa condenacion de los medios con que intentan satisfacer á una de las exigencias nacionales de mayor importancia? Lo vemos, y aun no nos es posible creerlo: lo palpamos, y todavía creemos que nos engañan los sentidos.

Si los editores de *El Eco* hubieran sido de la opinion de muchos, que tienen por exigencias nacionales muy urgentes el arreglo de la libertad de imprenta y de las elecciones populares, alma del sistema liberal, cuando se usa bien de ambos derechos, y su tumba cuando se abusa de ellos y se profanan; y al estar empeñados en manifestar, con el saber y elocuencia que los distinguen, todas las ventajas que resultan á las naciones de su ejercicio, y el modo de contener en sus límites á los escritores públicos y á los aspirantes, viesen atacadas en un artículo sus producciones del modo con que lo ha sido ahora su reforma evangélica del clero; ¡lo copiarian con tanta franqueza, solo porque en conclusion se decia, que debia escribirse libremente y nombrarse los representantes del pueblo de las clases todas de la sociedad, sin escluir ninguna? Pongamos mas de bulto esta reflexion, suponiendo que así se espresaba un articulista:—"Yo convengo en que no debe haber trabas para el pensamiento, como existen para las acciones: que cara á cara no se puede insultar á nadie, ni en un juicio se admiten acusaciones sin pruebas; pero por la prensa no es ilícito calumniar ni injuriar á toda una clase, y condenarla á toda por el dicho de un solo periodista, sin mas prueba que su palabra, ni mas alegatos que calumnias inverosímiles, contradictorias y aun ridículas. A pié juntillas defiendo que el pueblo soberano debe nombrar sus representantes y gobiernos; pero ¡por qué en el número de pueblo no se ha de comprender tambien á las mugeres, á los dementes, á los borrachos, jugadores, procesados y niños? Si por talentos va, ¿quién se atreverá á negárselos? Si por instruccion, ¿quién de todos ellos no ha leido *el Instructor*, *la Colmena*, *el Judio errante* y *los Misterios de Paris!* Si por ilustrar las materias, cooperando así al bien comun, ¿cómo no se advierte que puede en un congreso tratarse de la introduccion de efectos de lujo, de hilados ó manufacturas, de que tanta esperiencia tienen las mugeres; de casas de Orates, que conocen bien los locos; de naipes y licores, en que dan su voto los cofrades de Birjan y Baco; de presidios, á que van los criminales; de escuelas, en que aprende la infancia!...." ¡Se apresuraria *El Eco* á copiar semejantes delirios? Pero prosigue el escritor: "Cuando una nacion ha llegado al grado de decadencia en que se halla México, cuando

es patente que su abatimiento es el fruto de la desmoralizacion que ha cundido en todas las clases, ¿quién duda que esa hidra que corroe las entrañas de la sociedad mexicana es la libertad de imprenta y las elecciones populares, porque se han separado completamente de los fines para que fueron instruidos? ¡Quién no conoce que las leyes de imprenta y la inviolabilidad de ciertos funcionarios introducen la discordia entre los ciudadanos, creando distinciones que son objeto de codicia para los que no las poseen.... y que nada es mas opuesto á la igualdad republicana? ¡A quién se oculta que esa libertad y esas elecciones mantienen calculadamente la ignorancia en las masas del pueblo, para tener un objeto sobre que ejercer su influencia, y que habiéndose hecho todo bajo ella, ambas son responsables de las desgracias de México!...» Basta, y si semejantes proposiciones no merecerian sino el castigo de su autor ó el desprecio, aunque se hiciese la salva de que se tenia el mas profundo respeto al espíritu de las creencias políticas, que solo se atacaban los abusos, el egoismo y los vicios de los particulares, y que únicamente se solicitaba su reforma; no alcanzamos por qué no se guarda la misma conducta con la clase mas respetable de la sociedad, que solo por indefensa, hoy se ha convertido en objeto de sarcasmo, de burla y de persecuciones de ciertos hombres, que para nada han servido ni sirven en la sociedad; y, porque apenas algun periódico la ataca, al momento se apresuran los demas en copiar sus artículos, sin consecuencia á sus principios ni respeto á sus propias opiniones.

Periodistas, desengañaos: todos vuestros esfuerzos contra la religion serán vanos, y ella triunfará de los actuales, como ha triunfado de todos, durante diez y nueve siglos, como una firme roca contra una serie no interrumpida de débiles aunque furiosas oleadas. ¡Religion santa y divina, que cuanto mas se ha empeñado la impiedad en atacarte, mas ha resplandecido la verdad de tus principios!--*EE*.

NECROLOGIA.

El dia 22 de Marzo, ha sido un dia de duelo para la Iglesia de Puebla, por la pérdida de uno de sus mas virtuosos y sábios capitulares, el Sr. D. Luis Gutierrez del Corral, cuya memoria debe ser eterna, así por la calidad de sus servicios, como en honor del clero mexicano, tan atrozmente calumniado actualmente, con especialidad en sus dos respetables clases, los regulares y los párrocos, á las cuales perteneció este digno eclesiástico. Diremos dos palabras sobre su biografia.

El Sr. D. Luis Gutierrez del Corral nació en esta ciudad de México, el 23 de Enero de 1799, y fué hijo de D. Juan Gutierrez del Corral y Doña María de la Luz Cortés. Desde muy niño tuvo la desgracia de perder á su padre; pero la escelente educacion que recibió de la madre, sus virtuosas inclinaciones y claros talentos, lo libertaron de las muy frecuentes y tristes consecuencias de la orfandad. A la edad de nueve años ya se ocupaba en formar algunos piadosos discursos, que recitaba al pueblo en los vespertinos que acostumbran los padres del Oratorio de San Felipe Neri; y á los once comenzó sus estudios en el colegio de San Ildefonso, donde con lucimiento hizo sus cursos de latinidad, filosofía y teología, obteniendo los primeros lugares, sustentando los ejercicios literarios públicos mas honoríficos, y mereciendo las mas decorosas calificaciones.

De dicho colegio pasó á la Compañía de

Jesus, recien restablecida en esta capital, y desde entonces, que era muy jóven, manifestó sus raros talentos para la predicacion, catequismo y composicion de rezos piadosos, ya originales, ya traducidos, que despues le dieron tanta nombradía.

Suprimidos los jesuitas en 1821, se volvió á su colegio, donde permaneció, con el cargo de la presidencia, primero de filosofía y luego de teología, hasta 822, que, ordenado de sacerdote, salió de aquel distinguido seminario, para dedicarse á las sagradas funciones de su ministerio.

Dió principio á ellas por la parroquia de Amecameca, como simple particular, dedicándose al confesonario y predicacion, y encargado ademas de una santa escuela y de las pláticas doctrinales semanarias, por espacio de cuatro años; y por otros cinco en calidad de párroco, en los pueblos de Ozumba, Ameca, Tecpactzinco, y Ecazingo, predicando ya en ambas y confesando en idioma mexicano.

En Diciembre de 831, el Illmo. Sr. obispo D. Francisco Pablo Vazquez, informado de su mucho mérito, lo llamó á la ciudad de Puebla, para servir la cátedra de lengua griega en el seminario conciliar, y el curato del Santo Angel: fué nombrado ademas censor de libros y traductor de letras apostólicas, y suprimida la cátedra de griego, enseñó retórica y luego teología polémica, en que manifestó sus profundos conocimientos, así en esta ciencia como en los idiomas griego y latino; ocupacion en que duró hasta 1834, en que una de las muchas persecuciones de nuestros partidos lo obligó á salir de Puebla.

Tanto por esto, como por su quebrantada salud, que no se hallaba bien sino con los aires puros del campo, se trasladó el Sr. Corral á Santa Inés Zacatelco, donde permaneció como juez eclesiástico y vicario foráneo, otros tres años, hasta Febrero de 39, que volvió á Puebla á servir la parroquia de Sr. S. José, de la que pasó en Marzo de 840 á la del Sagrario de la misma Santa Iglesia, desempeñando el cargo de catedrático de teología, el de secretario de la venerable junta diocesana de censura, y diversas comisiones de confianza, hasta el 5 de Diciembre de 845, en que, prévia una lucida oposicion, y haber optado el grado de licenciado en teología con un aplauso no comun, tomó posesion de la canongía penitenciaria de la repetida Santa Iglesia, en cuya sede vacante fué electo secretario del gobierno eclesiástico de esa diócesis, postrer cargo que desempeñó con la exactitud y acierto que le fueron característicos.

Obtuvo tambien el Sr. Corral varios cargos políticos y literarios, en los que manifestó igualmente su alto saber, suma probidad y el justo concepto que merecia su persona. Dos veces fué electo vocal de la asamblea departamental de aquel Estado en 1840 y 843, y en ambas se manejó como un hombre ilustrado y nada partidario; y México habria escuchado sus escelentes discursos parlamentarios, si su modestia y otras justas consideraciones, no lo hubieran impulsado á renunciar en 42 el nombramiento de miembro de la junta nacional legislativa y en 45 el de senador. El gobierno de Puebla lo nombró rector del colegio del Espíritu Santo, en cuyo cargo permaneció dos años. En diversas ocasiones fué comisionado para visitar los colegios y establecimientos literarios de dicha ciudad: la junta lancasteriana de la misma lo hizo su socio, y la general de estudios de esta capital le dió lugar en la subdireccion de aquel Estado.

Esta diversidad de ocupaciones fué cumplidamente desempeñada por el Sr. Corral, pues reunia á una instruccion no vulgar en las ciencias eclesiásticas, no pocos conocimientos en humanidades, historia profana y otros ramos de las físicas y naturales, especialmente en los idiomas, poseyendo con perfeccion el patrio, el latino,

santos aman á Dios en el Cielo, que los colma de delicias; pero si no hubieran sufrido por él en la tierra con alegría, ¿cómo podrian conocer que le aman por sí solo, y no por el torrente de goces en que están inundados? Porque creyeron en medio de las tinieblas, porque esperaron entre angustias, y amaron llenos de trabajos; por eso gozarán completamente del amor de Dios. Este santo amor le han empleado en este valle de lágrimas antes de habitar los eternos collados. Han comprendido, á pesar de todos los males de la vida, que Dios los amó siempre, y que en medio de sus angustias, se descubria la razon de este amor. ¡Cuán dulce será para estos bienaventurados repetir entre los trasportes de su alegría: ¡Señor, nunca os desconocí en los dias de prueba, porque entre las mismas miserias descubria yo vuestra ternura, porque en la Eucaristía se revela todo!

Entonces puede la esposa mística decir al divino esposo: "Hallé por fin al que mi corazon ama: mio es mi amado, y yo soy suya.» *Dilectus meus mihi, et ego illi.* Me recosté á la sombra del que yo deseaba. Señor, vos me amais mas que á vuestra propia vida: yo estoy dispuesta á hacer lo mismo: pierdo mi nombre por tomar el vuestro.

De aquí nace esa santa embriaguez, de que la otra no es mas que una figura; porque si la de los sentidos hace vivir la vida comun y terrena, la que se halla en la santa Eucaristía nos arranca de nosotros mismos para que hagamos una vida divina.

Oculto maná, prenda sensible y permanente del amor de Jesucristo, pan celestial, místico vino, refrigerio, paz del Cielo, torrentes de goces inmortales, sagrado alimento de las almas, ¡qué lenguage enérgico y seductor es el tuyo! Cuanto mas os medito, mas admiro, mas conozco que al recibiros solo las apariencias apartan de mí al Cielo entero.

Levantemos nuestros corazones: Dios está en nosotros por la Eucaristía: hijos somos de Dios, unidos á Dios. San Pablo dice: "Participaremos de la Divinidad, si retenemos hasta el fin el principio de su existencia.» En nosotros se destruyó la naturaleza de Adan, aquella naturaleza en que dominaba el orgullo, el deleite y la muerte. Reemplazóse con la vida la razon y el amor. Se ha consumado la union invisible de Dios con la naturaleza, de la tierra con los cielos; y ahora son una misma cosa Dios y el universo: *Deus omnia in omnibus*. La religion, en su estado actual, es, lo repetimos, la verdad y el amor.

REFORMA DEL CLERO.

La liga del viejo jansenismo con la moderna filosofia, en el siglo último, dió orígen á los dos géneros de combate con que se ataca al clero: uno insidioso, hipócrita y cubierto con capa de piedad, que incautamente ha sido secundado por algunos hombres de buena fé, religiosos y sensatos, que respetan á la religion y solicitan la reforma de los abusos; otro franco, atrevido é impío, propio solo de ciertos jóvenes malignos, irreligiosos y casquivanos, que se han convertido en ciegos instrumentos de ese inmoral filosofismo, que ha hecho la desgracia de todas las naciones, so pretesto de regenerarlas, y las ha inundado de sangre, destruyendo las barreras que las contenia en sus deberes. Este principio, que no debemos olvidar, esplica suficiente-

mente las contradicciones que se notan en los adversarios del clero, de que vamos á ocuparnos, contestando al editorial de *El Eco* primero que lleva el título de Reforma.

Sus editores, para hacer resaltar mas la que nombran relajacion del clero, han ocupado las tres cuartas partes de su artículo en la apología de los *clérigos de otros dias*, y no pocas líneas de la última en alabar las funciones del estado religioso, en que *es grato* y *dulce que vivan juntos los hermanos;* y debemos confesár que tal pintura, salva una ligerísima equivocacion, es muy exacta, como bosquejada por los dietros pinceles con que los defensores de la religion la han retratado, para desmentir los negros borrones con que han procurado afearla la impiedad de escritores no tan concienzudos é imparciales, como á los que tenemos la honra de dirigir nuestras humildes reflexiones. Decimos, que salva una ligerísima equivocacion, porque aunque los religiosos, frailes ó hermanos que es grato y dulce que vivan unidos, pertenecen al clero, no son llamados *clérigos* en toda la estension de la palabra, pues están sujetos á una regla aprobada por la Iglesia, por lo que se titulan *regulares*, con título ó no de *Fray*, con capilla ó con bonete, calidad de que carecen los últimos, que viven en sus casas, sin sujecion á particular superior, y sin otro voto que les obligue que el de castidad. Llamamos sobre esto la atencion, por lo que diremos despues y para conservar toda la verdad histórica, pues la mayoría absoluta y sobreexcedente de esos misioneros famosos, que tan imponderables servicios han prestado á la Iglesia, á la humanidad, á la civilizacion, á las ciencias naturales, á la historia, &c., han pertenecido á las órdenes ó congregaciones religiosas, como las de Santo Domingo, San Francisco, Compañía de Jesus, agustinos, carmelitas, lazaristas, &c.; así como los establecimientos de hospitales de todas clases, el instituto de librar cautivos de las cadenas de los infieles, y el de enseñanza primaria de los niños, se deben en gran parte á las órdenes de San Juan de Dios y de la Caridad (San Hipolito) á la congregacion de San Vicente de Paul, á los mercedarios, bethlemitas y otras regulares no conocidas en el pais. Aclarado este punto de la mayor importancia, en que convendrán fácilmente los repetidos editores, y cuyo equívoco esperamos corregirán otra vez, siguiendo el principio de justicia: "A cada cual lo suyo:" *Suum cuique*, véamos cuál ha sido la opinion y los principios de los llamados filósofos respecto de estas mismas corporaciones, tan colmadas ahora de elogios y alabanzas.

Sin remontarnos á los tiempos en que fué necesario que los grandes doctores de la Iglesia, San Gerónimo y San Agustin, ocupasen sus plumas en combatir á los adversarios de los monges, ni en que los ilustres Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, se vieron precisados á defender á las religiones mendicantes de los sarcasmos y calumnias de los hereges de su época, ni á los de las blasfemias vomitadas contra las mismas por Erasmo, Wiclef, Juan de Hus, &c., y de los ataques de los luteranos, calvinistas, jansenistas y otros sectarios, á los votos, institutos y bienes monásticos, á sus reglas, doctrinas, ministerios y prácticas; ¿cuánto no infamaron á los *clérigos de otros dias*, Voltaire, D'Alembert, Federico II Argens y los enciclopedistas? ¿Cuántas persecuciones no tuvieron que sufrir los ministros del altar de esos filósofos humanísimos y tolerantísimos? ¿No se hablaba del clero *de otros dias*, cuando se daba á los religiosos los títulos de clarines de la supersticion y fanatismo, obstáculos á la poblacion de los Estados, entes despreciables, conservadores del error, predicadores de fábulas absurdas, y que en lo necesario nada producian de nuevo; gente ociosa que se mantenia á espensas de la parte laboriosa de la nacion, usur-

padores de la autoridad de los soberanos, enemigos de los progresos de la razon y de la luz? ¡Quiénes sino los *clérigos de otros dias*, esos benéficos é ilustrados misioneros de Levante, de la China y del Japon, cuyos trabajos científicos hasta ahora constituyen el embeleso de los sábios; esos admirables legisladores del Paraguay, que llegaron á realizar en su *República cristiana* los sueños de Platon; esos apóstoles de las Californias, cuyos servicios no pueden recordarse sin sentir un movimiento de gratitud; esos directores y maestros de aquellos colegios, á que deben tantos beneficios los pueblos civilizados; esos ilustres jesuitas, digámoslo sin embozo, á los que son tan acreedores la religion, la humanidad, las ciencias y las artes; quiénes, repetimos, si no ellos fueron las primeras víctimas de la vanidad, de la venganza y de la intriga, cubiertas con el manto de la filosofía (*)? ¡quiénes sino ellos fueron el blanco primero y el primer modelo de ese modo bárbaro (†) con que posteriormente han sido tratados los de mas cuerpos religiosos, "recurriéndose á la calumnia, atacando su "instituto hasta en sus principios, con mengua de toda verdad y justicia, y aun sin "conservar las esterioridades; acusándolo "audazmente de inmoralidad, fanatismo, "entusiasmo perseguidor y sacrilegio, bajo la máscara de la piedad; de usurpaciones odiosas con el nombre de privilegios; de política intrigante y doctrinas "sediciosas con la apariencia de patriotismo (§)." ¿A qué *dias* pertenecieron esa multitud de eclesiásticos, sacrificados sangrienta é inhumanamente en la Alemania, Inglaterra y Francia? ¿esos hospitalarios arrojados con la mayor indignidad, en la Bélgica, de los asilos de la humanidad, en que curaban al enfermo, recogian al huérfano, alimentaban al peregrino, y *hacian bien á todos*; y aquellas venerables religiosas azotadas cruel é impudentemente por los filósofos, por la fidelidad en guardar un instituto de que tanto bien resultaba á los pueblos (*)?

Y descendiendo á *dias* mas próximos, ¿qué hemos visto con nuestros ojos? Suprimidos nuevamente á los mismos jesui-

(*) *Esta proposicion es de Federico II, rey de Prusia, en su correspondencia privada con los filósofos, citada en un opúsculo que con el título de*: Los proyectos de los incrédulos sobre la destruccion de los regulares, *se reimprimió en Puebla en* 1820, *pag*. 45.

(†) *Así lo confesó el mismo D'Alembert, en su obra* Sobre la destruccion de los jesuitas en Francia.

(§) *Véase la obra de un protestante irlandés, el Lord Fitz-William, titulada:* El Concordato esplicado, *que se publicó en* 1801. *Semejantes testimonios podiamos alegar de otros escritores correligionarios del citado, como Ranke, Muller, Dallas, Kent, &c.; pero la cuestion de la inocencia ó culpabilidad de los jesuitas, no viene aquí al caso. Si hacemos mérito de ella, es puramente para hacer ver, que la misma conducta que se usó con esa compañía, so pretesto de amor á la religion y al órden público, de calumniarla é infamarla, se observó despues para destruir á las demas órdenes religiosas, pues el proyecto fué comenzar por aquella por el mayor concepto de que disfrutaba, y seguir con todas.—En la obra citada de* Los proyectos de los incrédulos, &c., *pueden verse los planes de esta conjuracion, anunciada entre otros por La-Chalotais, y descubierta posteriormente por D'Alembert, en las pags*. 62 *y* 63.

(*) *Las Hermanas de la Caridad, y las llamadas en la Bélgica* Sœurs de pot.—*Tratándose de conservar estos preciosos establecimientos de la humanidad, así los combatió Necker, filósofo bien conocido*: "*Perteneciendo estas bellas asociaciones "de criados y criadas de los pobres, esclusivamente á la religion católica, solicitar la destruccion de ésta y la conser"vacion de los heroes de caridad que ella "sola produce, es querer el efecto sin la "causa, la consecuencia sin el principio.*" *¡Milagro que no quiso reformarlas á su modo!*—Miscelanea de religion, &c., por el Illmo. Boulogne, *tom. II, part.* 3, *cap. IV*.

tas, despues de rehabilitados solemnemente, declarados sus supuestos delitos, calumnias y *chismes*, y recibidos por los pueblos con un entusiasmo sin igual. arrojados de los hospitales los religiosos de San Juan de Dios, que con tanto esmero como edificacion asistian á los enfermos, los de San Hipólito y los bethlemitas (únicas fundaciones de nuestra América), que cuidaban los primeros de los dementes y los segundos de los que aun necesitaban auxilios para convalecer: lanzados de su hospicio los benedictinos, succesores de los que salvaron las letras del torrente de depravacion é ignorancia de los siglos de barbarie; destruyéndose así de un golpe, solo por imitar á la Asamblea francesa. unas corporaciones tan útiles, con un decreto que, como lo nota Madama Stael, hablando de aquel, "debia irritar todavía mas á los amigos de la libertad, que á los buenos católicos: tan contrario era á la equidad y á la justicia (*)".... ¡Qué mas hemos visto! Insultar constantemente por los periódicos liberales á todo el clero regular, llamándolo: una turba de frailes inútiles y aun perjudiciales,.... que profanan sacrílegamente el sagrado testo, han ajado groseramente los Evangelios, manchado la pureza de la religion revelada con un gran número de falsas historias, de indecentes patrañas, de supuestos milagros y abominables supersticiones;.... una masa egoista, estraña á los intereses comunes de la sociedad en que viven, sirviendo solo para minar siniestra y ocultamente todas las administraciones:... y esto sin contar las acusaciones sándias, torpes, indecentes é irracionales, con que escritores asquerosos, sin respetarse á sí mismos ni al público á quien hablan, manchan el papel llenando de oprobios á hombres y aun á débiles mugeres, que en nada los han ofendido, y para quienes la equidad y la justicia se han hecho tambien, procurando sumir su nombre bajo el yugo de un temor estúpido (*) y de un inmerecido desprecio.... Pero, gracias á la buena fé y á la imparcialidad de los editores de *El Eco*, tantas imputaciones y calumnias han venido á tierra, y su artículo será una victoriosa contestacion á cuanto se oponga al clero; pues allí se verá lo que ha sido por sus principios é institucion; lo que es en sí, como cuerpo; lo que puede, en fin, esperarse de sus servicios para la regeneracion tan importante de nuestra desquiciada sociedad.

Pero al concluir esa bella pintura, un sentimiento de amargura y desconsuelo se apodera de los editores de *El Eco*, viendo cuán distantes estamos hoy de aquellos venturosos dias; y esclaman: "¿En qué se parece el clero mexicano de ahora al de los tiempos próximos á la conquista?" Como sólo se ha dado una *rápida ojeada* á la historia, y no hay obligacion de saber las épocas de los sucesos, no debe estrañarse ver retrotraer algunos, como los de las Californias, á la que conviene al argumento. Nosotros somos mas francos en nuestras cuestiones, y preguntamos á la vez: ¿en qué se parece nuestra sociedad á los tiempos anteriores á la independencia? Ya daremos razon de esta pregunta, y por ahora únicamente nos limitaremos á hacer observar lo que se abulta esa relajacion del clero. Entonces, se dice, aque-

(*) Considerat sur les principaux evenemens de la revolut. franc. *tom. II parte* 3ª. *cap. IV.*

(*) *Llega á tanto la monomania antimónaca en algunos, que no hay cosa que no atribuyan á las comunidades, sin la menor verosimilitud, y solo por erutar el odio que abrigan sus corazones. Hace unos cuantos dias que criticándose el nombramiento de cirujano mayor del ejército, se escribia con una envidiable candidez: "que las Hermanas de la Caridad y la compañia de Jesus intervenian en este negocio," que solo es el de Pedro á Pedro:* ¡Risum teneatis amici!

llos venerables varones, á los conocimientos mas vastos de todas las ciencias, reunian la mas ardiente caridad; ahora solo vemos la mas crasa ignorancia, el sórdido egoismo y una lamentable frialdad. Proposicion falsa en su primera parte, y calumniosa en su segunda. Recien hecha la conquista, llegaron á la América varones muy apostólicos, pero no tan cumplidamente sabios, y *en todas las ciencias*, como se asegura; y dígalo si no, el celo indiscreto de algunos por destruir los monumentos mas preciosos de la antigüedad, como objetos de supersticion é idolatría. En la actualidad no se dará ciencia que no cultiven eclesiásticos, y esa crasa ignorancia que se les echa en cara, es de quien no conoce ni sus trabajos ni sus escritos: aquellos eran caritativos; éstos lo son cuanto pueden, y aun existen familias y pueblos que lo atestiguen: la desgracia es que como éstas no son noticias de periódicos, no tienen toda la publicidad que algunos exigirian: los primeros eran desinteresados; los segundos, egoistas.... ¿Por qué?.... ¡Ya! no satisfacen todos los antojos, ni quieren guardar en sus casas los tesoros de la verdadera ilustracion.... ¿Pero qué estraño es se acuse al clero de vicios, que solo dependen de quejas personales, cuando se le imputan los que todo el mundo reconoce por falsedades notorias? ¿Dónde existe, sino en la imaginacion de cuatro alucinados, esa opulencia escandalosa que empobrece á las naciones é insulta la miseria pública? ¿dónde esas lenguas que se ocupan en dar pábulo al fuego de las discordias civiles? ¡Santo Dios! En medio de tantas fortunas repentinas y colosales, debidas á inicuos y ruinosos contratos con los gobiernos: entre tantos caudales improvisados con la sustancia de los huérfanos y viudas, con la ruina de millares de familias y la bancarrota de los bienes eclesiásticos, robados *bajo* diversos pretestos: á la vista de los magníficos palacios, de los suntuosos trenes, de los espléndidos festines y ruidosos saraos de hombres que antes no tenian camisa, ni un pedazo de pan que llegar á la boca, sino por la droga y estafa; ¿se hace alto en las comodidades de tres ó cuatro individuos del clero, en que á lo mas puede condenarse abuso ó lujo, y no se atiende á la indigencia á que han sido reducidas comunidades enteras? Y cuando por el espacio de veintiseis años, la prensa periódica ha sido especialmente la tea de la discordia y el lanzafuego de todas las revoluciones; cuando aun en frioleras y por desahogar resentimientos mezquinos, se hace burla de los ciudadanos pacíficos y honrados (*), faltando al decoro que se merece el público, y azuzando así á los partidos; cuando si alguna vez se ha tomado en nuestras interminables revueltas á la religion por pretesto, siempre y por siempre han sido muy conocidos los agentes y motivos de ellas; ¿todavía hay valor para atribuirlas al clero, que en ninguna ha figurado, y en todas ha padecido de mil y mil maneras? ¡Ah! ¡Cuán bien viene á nuestro caso el dicho que ya hemos citado otra vez de San Agustin: "Los crímenes de que nos acusan para engañar á los ignorantes.... ellos, y solo ellos los han cometido."

Preguntábamos arriba en qué se parece nuestra sociedad á los tiempos anteriores á la independencia; y vamos á dar razon de esta pregunta. Cuando no hay clase alguna

(*) *De esto se ha visto mucho en nuestro pais y se vé todavía, aun en los periódicos que se tienen por sensatos y regeneradores. No hace muchos dias que uno de éstos, burlándose de las elecciones, propuso como candidatos liberales, nombrándolos, á tres mexicanos, de mucha moralidad y honradez, nada aspirantes ni de partido; y por suplentes, á la concubina de un soberano y á tres príncipes estrangeros.... ¿Y esto no es promover discordias? ¿Hasta cuándo habrá juicio y formalidad?*

en que no se encuentren abusos y gravísimos defectos, al grado de que, como se ha escrito en *El Eco*, la sociédad se halla desquiciada; ¿cómo ese contagio que ha inundado y corrompido, mas ó menos, á todas las clases del Estado, no se habria de haber introducido en el clero? El sacerdote no baja de los cielos, sale del pueblo: corrompido éste, viciada su educacion y animado de unos principios tan poco cristianos, ¡qué tiene de particular que los miembros que salen de su seno para formar despues el sacerdocio, lleven en sí mismos el gérmen de los vicios y el elemento de la relajacion? Luego si las costumbres no se encuentran tan puras; si la anarquía ha desolado el santuario; si algunos eclesiásticos manchan su alma con los siete pecados capitales, en vez de adornarlas con las virtudes prescritas por el Evangelio; si favorecen el desarrollo de las pasiones en lugar de comprimirlas; si emplean el poco tiempo que vivimos sobre la tierra, en intereses temporales, olvidados de los eternos; ¿de quién es la culpa, sino de ese génio del mal, que cambia de forma y de nombre en cada siglo, y que el dia de hoy, con el título de *filosofismo*, ha fijado su imperio sobre este desgraciado pais! Al lanzarse, pues, anatema al clero y al conspirarse en su contra con el pretesto de sus exagerados defectos, se forma el proceso contra la sociedad que ha formado á sus miembros, contra esa multitud de sofistas que lo han inficionado, contra esos rebaños de epicúreos, que, llamandose filósofos, solo piensan en saciar sus viles pasiones.

¡Y no es una falta de crítica y de lógica, exigir que los que hoy se dedican al estado eclesiástico, tengan las mismas virtudes, el mismo saber, el mismo celo y caridad que el antiguo clero, cuando su primera educacion, sus entrañas, digámoslo así, se han formado de tan diversa manera que en los tiempos anteriores? ¡Ah! fuerza es decirlo para mengua de nuestra ridícula ilustracion y para confusion de los culpables: las tramas de los impíos las vemos ya realizadas. El autor del *Exámen del sábio sobre las preocupaciones*, estampó, que para hacer prosélitos á la filosofía, el medio mas oportuno era: "quitar á los "eclesiásticos la educacion de la juventud, "de la cual estaban en posesion, para en-"cargarla á los filósofos, y que esto la pre-"servaria y garantizaria contra las preo-"cupaciones religiosas, con las cuales, "hasta el presente, las escuelas la habian "infestado desde el nacimiento (*);" y no hay duda que lo acertó, pues si no hubiera sido porque el clero ha continuado todavía con la enseñanza pública, aunque faltándole aquellos maestros tan literatos como acreditados, que el mismo Federico II no se atrevió á tocar en su reino, á pesar de su filosofismo, no serian tan pocos los gravísimos defectos que se notan en nuestro clero, ni se habria encontrado tanta oposicion á su pretendida reforma.

Otra causa á que deben atribuirse esos gravísimos defectos, es, á la burla que se ha hecho del estado religioso, lo que ha servido de retraente á muchos para que lo abracen; pues fácilmente convendrán con nosotros los editores de *El Eco*, que no puede exigirse á todos una heroicidad tan grande, que se sobrepongan á todos los respetos humanos, para ser objeto de la irrision y mofa de los hombres perversos por seguir las mas sublimes máximas de su religion. Tal fué el motivo porque los emperadores Licinio y Constantino detestaron á los filósofos regeneradores y los condenaron á muerte, llamándolos el veneno y la peste de las repúblicas. La historia nos hace ver á Diágoras condenado á morir en Atenas por haber simplemente puesto en duda la existencia de los dioses, y aun á Anaxágoras, por sospechoso de un

(*) *Tomo* 2.° *pag*. 306.—*Paris* 1789.

escepticismo igual, perecer de un modo infeliz. El sensual Alcibiades expió en destierro una irreverencia que, estando embriagado, hizo á la estátua de una de las deidades subalternas. En Roma, un decreto del senado condenaba igualmente al que quisiese introducir nuevos dioses en la república, y á los que blasfemasen de los ya recibidos y cuyas liturgías estuviesen aprobadas por la pública sancion. Si en algun punto convinieron todas las gentes para hacer una universal ley de policía, fué en el presente, sin duda. No hay en el mundo, ni podrá jamas encontrarse una nacion ó pueblo que deje impunes los sacrílegos atentados que se cometan contra sus dioses ó contra su culto. ¡Y qué! ¿no ha sido un ataque á la religion y al culto católico mofarse de los preceptos evangélicos, de las reglas de las órdenes religiosas, de sus santos patriarcas, y de los fundadores de las iglesias y claustros? ¿No lo han sido tambien esas leyes contra los diezmos, contra la coaccion civil de los votos monásticos, y otras que han disminuido el debido respeto y consideracion á los ministros del altar? ¿No lo son las que se solicitan sobre la abolicion del fuero y ocupacion de los bienes eclesiásticos, para constituir al clero en la clase de mercenario, ó dependiente, dotado por la autoridad civil?

A propósito de observancia regular: *El Eco* lamenta la soledad en que se encuentra la morada de paz de los conventos religiosos, el silencio que reina en sus bóvedas, en que no se escuchan los cánticos sagrados, y el que se vean desiertos los claustros, y mezclados, confundidos en la barahunda del mundo á la mayor parte de los religiosos.... ¿Y cuya es la culpa de estas faltas? De los que no han respetado la inmunidad de esos asilos santos, convirtiéndolos en cuarteles de tropas en tiempos de paz, y en puntos militares en los de revoluciones intestinas, sin respetar ni aun los de las mas austeras y retiradas vírgenes; de los que han consumido poco á poco, ya con este motivo, ya con aquel, las rentas destinadas para el sustento de las comunidades, sostén y lustre del culto; de los que de esta manera han obligado á los religiosos á proporcionarse la subsistencia y el socorro de sus primeras necesidades por medios muy agenos de su profesion, quitándoles el tiempo necesario al estudio para hacerse aptos al púlpito y al confesonario, estrechándolos á vivirse en las calles, en vez de mantenerse retirados para ocurrir al primer llamamiento, á la asistencia del moribundo, al consuelo del enfermo, á reconciliar las familias, y á los demas loables ministerios de su respectivo instituto. ¡Cuán cierto es, como lo asegura Bossuet, que "antes de atacar la fé, "siempre se comenzó por la usurpacion "de los bienes de la Iglesia, á fin de envi- "lecer á los eclesiásticos (*)!"

¿Pero no será lícito, á vista de esta relajacion, que no puede negarse, pretenderse la reforma, y clamarse contra estos abusos, por los infinitos daños que ha hecho al mundo el clero, cuando se ha separado de las máximas del Evangelio? Ya nos ocuparemos tambien nosotros de este punto, cuando hayamos oido al *Eco;* y por ahora solo haremos dos observaciones. Primera: que esta clase de reformas, especialmente la de reducir á las comunidades á su instituto primitivo, sin nuevas leyes ni reglamento, sino obligándolas á seguir las reglas de sus santos fundadores al pié de la letra, no es tan fácil, como parece á muchos. San Bernardo, que entendia mejor esta materia que los que se meten á tratarla sin conocimiento ó con una presuncion despreciable, decia: "que se les habia de exhortar á esa vida mas estrecha, mas no obligarlos de ninguna manera:" *hortandi sunt ad arctiorem vitam, non*

(*) Histor. de las variac. *lib.* 1, *núm.* 2.

cogendi (*). Segunda: que esta reforma se emprenda, como debe ser, por las autoridades á que corresponda, y no como nos acordamos haber leido que se criticó en Francia cuando se trataba allí del mismo negocio que ahora nos ocupa, y que recordaremos, por lo que pueda importar. Salió una caricatura ó pintura ridícula, en la cual habia á un lado un petimetre muy perfilado y compuesto á la última moda, de suerte que podia pasar por una representacion viva del mundo y de la carne; y al otro lado pintaron un capuchino con sus barbas largas, hábito remendado y grosero, y los ojos mirando á la tierra, en una actitud tan mortificada y penitente, que daba bien á entender habia ya vencido al demonio. De la boca del petimetre salia un letrero hasta la del capuchino, que decia: *Este reforma á este....* Concluyamos.

Si, segun la opinion de Chateaubriand, que ha servido de epígrafe al artículo de que nos hemos ocupado, "despues de una "revolucion que ha relajado los vínculos "de la moral, é interrumpido el curso de "los estudios, nadie mejor que una socie-"dad sábia y religiosa aplicaria un reme-"dio seguro á nuestros males," ¿no nos será permitido reclamar á los gobiernos se tomen providencias sérias para que se respete á los ministros del Señor, para que se procure sean estimados como merecen, para que no se permita se les envilezca, si es que de ellos se esperan frutos saludables? Si quereis ¡óh autoridades de la República! que los eclesiásticos sean útiles al Estado, protegedlos y honradlos con vuestras justas disposiciones, y á vuestro ejemplo todos se esmerarán en amarlos y darles el honor debido. Si edificais por un lado, no lo destruyais por otro. El medio que se ha usado en todos los paises para destruir á la Iglesia, ha sido oprimir á los eclesiásticos, calumniarlos, infamarlos, y hacerles perder el concepto público, ya directamente, y ya bajo el equívoco y poco meditado pretesto de reformarlos y reducirlos á su primitiva pureza. Este es un medio, demasiado sabido para que se nos oculten los fines de estos pretendidos reformadores, á quienes nada importa la reforma espiritual de las corporaciones religiosas; pues antes cuanto mas santas sean, son tanto mas contrarias á su vida disipada y tanto mas abominables á sus ojos. Lo que quieren es, sus rentas en primer lugar, y despues, que se vayan estinguiendo poco á poco, por no oponerse de repente á la opinion, y mucho á mucho, ó de un golpe, si estuviera en su mano. Bastante lo habeis visto, y nada mas os decimos.--*EE.*

(*) Epíst. 83, Abb. Simon.

POST SCRIPTUM.

Los señores editores de *El Eco* han llevado á mal les hayamos reconvenido por la publicacion del artículo del Arco Iris, queremos decir, el *Veracruzano Libre.* Nos enseñan que esto no es porque se adhieran á las opiniones de dicho periódico, sino porque así lo pide su tolerancia y deseo de ilustrar la cuestion, y que tal es la práctica de los periodistas. Como no hemos visto que se publique en El Eco ninguna produccion que no sea en el sentido de su programa, no creimos que era para dar á conocer *el pro* y *la contra*, sino para corroborar sus ideas. Esta imparcialidad y tolerancia de los periodistas, es una quimera: cada uno enarbola su bandera, y bajo ella se colocan los de su color y opiniones, y nada mas, salvo en algunos asuntos puramente personales.

No es necesario declarar una escomunion á las producciones contrarias á nuestro modo de pensar, y borrarlas para que no circulen; ¡pero por eso se ha de dar publicidad á todo? Si los señores editores de El Eco, cuyo sentimiento religioso es tan opuesto al de Voltaire, publicaran alguno de sus temerarios errores sin impugnarlo,

¿dejarian de incurrir en una suma responsabilidad? Si siendo, como son, eminentemente republicanos, insertasen un artículo monarquista, ¿dejaria de reprendérseles?

Otra palabra: la ironía y la sátira, cuando no declina á la chocarrería y al sarcasmo, verdaderamente tal, no pugna con el carácter religioso, social y literario de ningun periódico ni escrito: la han usado muy grandes hombres, sin desdoro de su dignidad, y sin que nadie se haya atrevido á echárselos en cara. Pero cuando los que nos arguyen de poca decencia han usado ese tono burlesco y sarcástico contra personas determinadas, y han atacado con tanta virulencia al clero, clase tan respetable de la sociedad, ¡reclaman para sus producciones literarias una consideracion que hasta ahora no ha sido derecho esclusivo de ningun escritor? En las controversias literarias, el público es el juez y los contendientes las partes. Falle quien debe fallar: tal es nuestra última contestacion á este y semejantes artículos, que pueden promoverse en una polémica importante, que ha comenzado con alguna viveza; pero que sostendremos, sin hacer caso, sino muy por encima, de lo que no venga esencialmente á la cuestion.

SEMANA SANTA.

Por las tristes circunstancias en que se halla la capital, no se ha celebrado en el presente año con las funciones religiosas de costumbre. Pero las personas piadosas tuvieron el consuelo de poder recibir la Sagrada comunion el Sábado de Gloria, en virtud del siguiente Edicto, que publicamos ahora, por no haber llegado á nuestra noticia oportunamente.

El Arzobispo de Cesarea, Vicario capitular del Arzobispado de México, á todos los fieles de ambos sexos.

La Sagrada Congregacion de Ritos declaró por decreto de 22 de Marzo de 1806, lo siguiente:

¿An liceat in Sabbato Sancto inter Missarum solemnia Sacram Eucaristiam fidelibus distribuere, et nam per eamdem sumptionem Sacrae Communionis preceptum Pascale adimpleatur?
Affirmative in utroque.

¿Si será lícito distribuir á los fieles la Sagrada Eucaristía en la Misa de los Oficios del Sábado Santo; y si por la recepcion de esta Sagrada Comunion se cumple con el Precepto Pascual? Afirmativamente sobre ambos puntos.

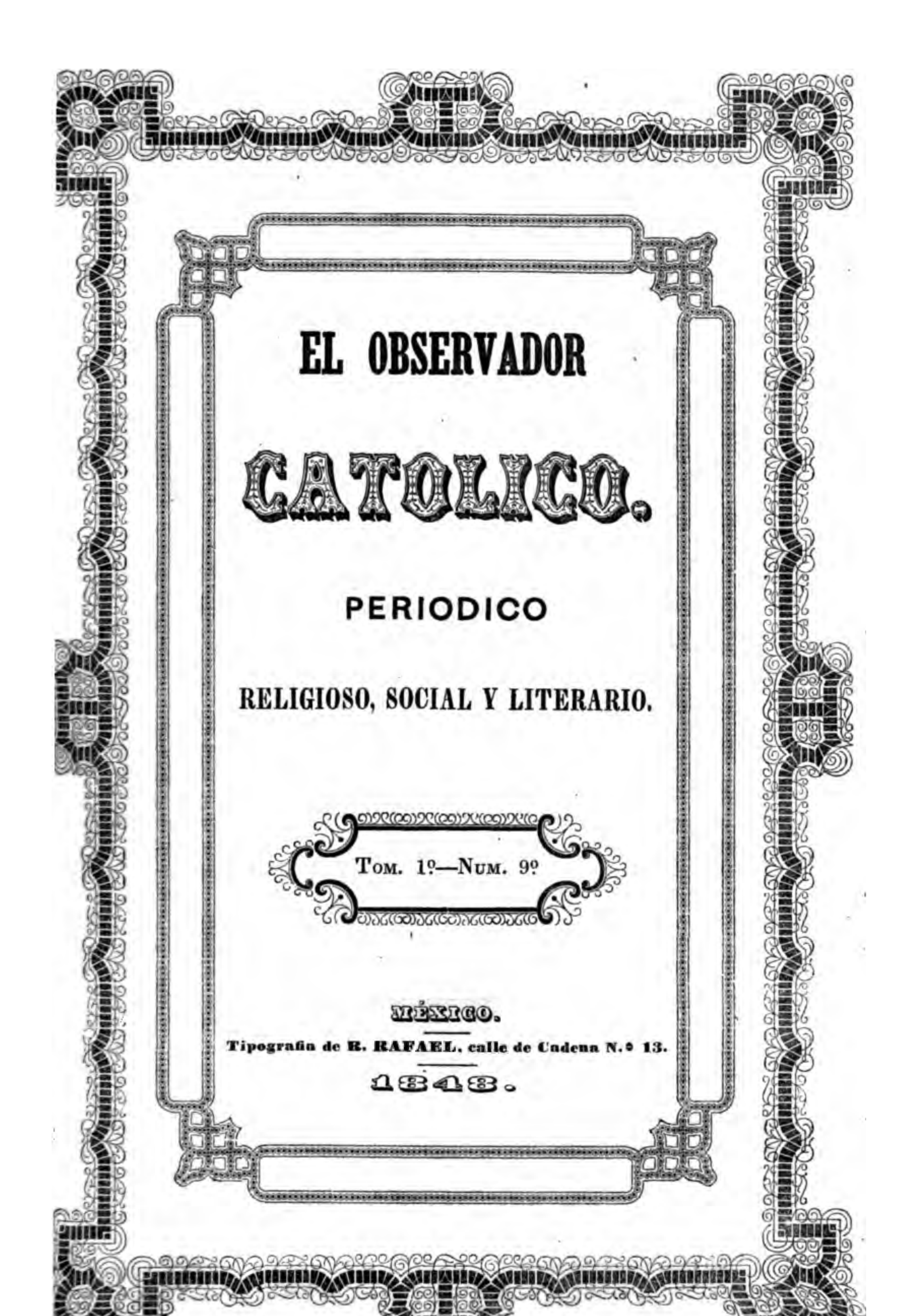
En cuya virtud, todos los Curas, Capellanes y Rectores de las Iglesias pueden ministrar la Sagrada Eucaristía á cuantos en dicho dia la pidan, consagrándose en la Misa de los oficios número competente de formas.

Lo que hemos determinado tenga efecto desde el próximo Sábado de Gloria, y no se priven personas piadosas de tan amable y adorable Sacramento; dejando desde luego á las Religiosas en plena libertad ese dia para recibir ó no la Sagrada Eucaristía. A las almas piadosas que en desagravio de tantas profanaciones é irreverencias como se cometen en los dias anteriores lo practicaren, concedemos indulgencia plenaria en virtud de rescripto pontificio.

Y para que llegue á noticia de todos los fieles de este Arzobispado, se leerá este Edicto en el primer dia de mas solemnidad y concurrencia.

Dado en México, á diez de Abril del año del Señor, mil ochocientos cuarenta y ocho. --*Juan Manuel*, Arzobispo de Cesarea. --Por acuerdo del Illmo. Sr. Vicario Capitular, *Dr. José Braulio Sagaseta*, secretario de gobierno.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 9º

MÉXICO.
Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.
1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 20 DE MAYO DE 1848. [Num. 9.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,
ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA REDENCION.

El grande misterio de amor es la Crucifixion de Nuestro Señor Jesucristo, compendio sublime de la doctrina evangélica, y de toda la cristiana teología, porque es la muerte de un hombre Dios. ¡A qué órden de ideas nos hemos trasladado! ¿Qué terrible necesidad exigia semejante sacrificio? ¡Qué perversidad profunda pudo consumarle! Y ¡qué inmenso amor pudo sufrirle!

¡Qué vemos en el Calvario! Un justo perseguido por la envidia y el odio, abandonado por la tierra y por el Cielo: un justo, á quien crucifica una nacion entera, despues de agraviado con una injusta y apasionada sentencia: un justo, de quien se burla el tirano, y le entrega á la muerte por la política humana, abandonado de todos, vendido por un discípulo, renegado por otro: un justo, á quien no quedó mas que su Madre, unas cuantas mugeres y el amigo impertérrito á quien nada le espanta. Aquí teneis al hombre.

Cúbrese el Cielo de tinieblas, resucitan los muertos, cúmplense las profecías, un ladron se convierte en los últimos instantes de su vida, estremécese el mundo, predícase por todo él la unidad de Dios, la ley traspasa los límites de la santa Sion, profetízase la ruina de Jerusalen, caen los ídolos, se convierten las naciones, se acaba la esclavitud: ved aquí el Dios que, puesto en la Cruz, todo lo atrae y llama á sí.

Jesucristo, hombre y Dios en su pasion, es el misterio de los misterios. Vamos á verle en las humillaciones de su vida mortal, y à contemplarle en las grandezas de su divina vida: le lloraremos con su Madre y discípulos, y le adoraremos con todos los pueblos.

Nadie duda que el hombre era inocente y feliz desde el principio, y que si estábamos castigados, era por la culpa original. Los poetas decian, que en castigo de alguna falta, se habia encerrado al alma racional en el cuerpo, á manera de un sepulcro; porque la idea del hombre pecador y degenerado, se encuentra en todos tiempos y lugares: hasta los incrédulos se han visto precisados á confesarlo.

Es verdad, nacemos en el pecado: nacemos apartados de Dios. No seria fácil de otra manera esplicar el desórden de nuestra naturaleza, la ansiedad de nuestro espíritu, las angustias del corazon y el sufrimiento del cuerpo. Si la humana naturaleza no estuviera inficionada de la corrupcion original, ¿cómo yaceriamos en tan funesto abandono? No habria á qué atribuir nuestro disgusto, desasosiego, dolo-

res y muerte: la muerte, terrible castigo, imágen de la completa desaparicion de nuestro sér; la muerte, que antes de anonadar mi cuerpo, deja en el alma la mayor obscuridad sobre el destino de ésta, seguramente inmortal; la muerte, instante terrible, en que, separado el hombre de cuanto ama, cubierto con las lobreguecez de la tumba, pendiente sobre el abismo de la nada, nada le queda en su inminente caida sino un acto de fé, de esperanza y de amor.

Por esto han considerado todos los pueblos la muerte como un castigo: todos han esperado ó adivinado que Adan tendria un hijo privilegiado, un nuevo hombre, salvador del género humano. Job, distante de la nacion judaica, despues de sus amargas quejas, se espresaba así: "Sí, yo sé de cierto que mi Redentor vive, y que le veré en mi carne, en mi propia carne." Ahí le teneis, ese Redentor anunciado en los libros hebreos mil años antes que naciese. El por sí mismo os habla: ¿quereis conocerlo? Examinad el cuadro exacto y fiel de todas las miserias humanas.

El Mesías esclama: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?" (*Salmo XXI de David.*) "He llegado á ser el oprobio de los hombres y la hez del pueblo. Cuantos me ven, me insultan y desdeñosamente se sonrien, burlándose de mi esperanza en Dios, del poder de mi Dios, y de mi Padre, y de la confianza que tengo de ser su Hijo querido, en quien tiene todas sus complacencias. Mis fuerzas se han consumido como la tierra, mi lengua se ha pegado al paladar, y me habeis precipitado hasta el polvo de la muerte. Estoy rodeado del consejo de los malvados: todos los huesos de mi cuerpo han podido contar: me han mirado, me han examinado; han repartido mis vestidos, han echado suertes para adquirir mi túnica, y me han clavado de piés y manos en la Cruz."

Todo cristiano, poco versado en la lectura de la Sagrada Escritura, ¿no creerá que estas palabras se contienen en los Santos Evangelios? ¡No es esta la santa agonía de nuestro Redentor, minuciosamente descrita mil años antes de su aparicion?

Y este justo, *hombre de dolor*, segun los profetas, era el justo mismo que habian adivinado los paganos: de manera, que las mejores obras del entendimiento humano estaban en completa armonía con lo que han dicho las Santas Escrituras del Divino Mesías. "Desconocido, ultrajado, perseguido, justo, dijo Platon, perseverará hasta la muerte en la virtud; virtud que lleva siempre tras de ella sufrimientos y humillacion. Apalearán á este justo, le atormentarán, le cargarán de cadenas, y le colgarán en un patíbulo." Oid tambien á Arrianos, en sus comentarios á Epitecto. "Un hombre honrado, reducido á triste situacion de pobreza y miseria, de infamia y de dolores, será el verdadero ministro, el apóstol y el embajador de Dios cerca del hombre."

Aquí tenemos al Redentor en las profecías, en las figuras del Antiguo Testamento, en las tradiciones profanas del género humano: véamosle ahora en los Santos Evangelios.

Este Divino Nuncio y mediador entre el Cielo y la tierra, ha sufrido todas nuestras miserias desde la cuna al Calvario. Nacido en un pesebre y perseguido en su infancia, ganó su escaso sustento con el sudor de su rostro: sufrió nuestras dolencias, nuestras inquietudes, nuestras amarguras, contradicciones, insultos, ultrajes; no encontró asilo donde reposar, y en su sagrada pasion quiso revestir su persona de cuantas miserias pueden exasperar al hombre mas abyecto. Seguidle al jardin de las Olivas, al pretorio, al Calvario, á la calle de la Amargura: vereis que su dolor, su paciencia y su amor, todo lo recorren.

Si le observais en la última Pascua, vereisle encaminado á Jerusalen, para celebrar en ella el sacrificio de su muerte; y en el momento en que anunciaba á sus discípulos las befas, flagelaciones, crucifixion que le esperaban, el pueblo corre y sale á su encuentro, y desparrama por el camino ramos de árboles, y puebla el aire con los cánticos de triunfo. Irrision amarga para aquel que veia la Cruz que le esperaba, y tenia aceptada desde la eternidad; y que conoce que estos cánticos de alabanza habian muy pronto de convertirse en peticiones de muerte y anatema.

Despues que dejó Jesucristo á sus discípulos el Testamento de su amor, atraviesa el Cedron y llega al huerto de las Olivas. Aquí es donde su alma padece todas las congojas y deliquios de la agonía, como que llevaba sobre sí los pecados del mundo, y tenia que satisfacer con sus padecimientos á la justicia de su Eterno Padre: *Cæpit tædere et pavere, et contristari et mæstus esse.* No pudiendo sostenerse, entra en una agonía mortal: *factus in agoniâ.* Invocaba á su Eterno Padre, pedíale socorro: "Padre mio, apartad este cáliz de mí; pero hágase vuestra voluntad." Confiesa á sus discípulos sus penas y deliquios. Ya estamos en el terrible y último combate, entre la vida que fenecé, y el dolor que va á concluir con ella. Los que habeis visto morir á los que amabais; los que visteis existencias tan dulces, tan queridas, y que creiais necesarias para conservar la vuestra, estinguirse en medio de la pesadumbre que causaba su desaparicion y las lágrimas que corrian de vuestros ojos, observad ese trance. Jesus pidió tambien á su Padre que separase de sus lábios este cáliz, y no pudo lograrlo. "Turbada está mi alma, y triste hasta la muerte:" *tristis est anima mea usque ad mortem.* Sus discípulos dormian, y contemplando el Salvador en su sueño y flaqueza el primer acto de su completo abandono, esclama: "¡No habeis podido velar una hora conmigo!" El sudor de sangre que corre por todos sus miembros, cae en la tierra: "*Et factus est sudor ejus sicut gutæ sanguinis decurrentis in terram.*" No tenia límites su tristeza; rodéanle los dolores de la muerte, porque le han conturbado torrentes de iniquidad.

Era necesario que se sufriera anticipadamente por la víctima esta muerte, que iba á romper todos los vínculos de la tierra: habia que sufrirla en el alma, antes que en la realidad. No puede aprovechar Calvario alguno, que no haya principiado en el huerto de las Olivas.

Apenas salió Jesus de esta terrible agonía, que sumió su bendita alma en un mar de tristeza: *magna sicut mare contritio tua;* cuando llega Judas, un discípulo suyo, á la cabeza de un peloton de soldados que los príncipes de los sacerdotes enviaban á prenderle: nada mas que un instante precedia la mas horrible traicion á la huida de los otros discípulos y á la negacion de Pedro.

Noche lamentable, tú viste que arrastraban al Salvador hácia sus enemigos, condenado á muerte, en pié, delante de los soldados, con los brazos atados, vendados los ojos y entregado á oprobios, cuya memoria horroriza. Noche cruel, en tus sombras has contenido todos los dolores del mundo. Noche terrible, el dia á que has precedido, ese funesto dia es el último de la vida del Salvador; sin embargo, no puede ser mas funesto que tú.

Jesucristo tuvo apóstoles y discípulos: habia curado una infinidad de enfermos, llenando su fama y milagros toda la Judea: gran número de acusadores se elevan contra él; nadie toma su defensa, y los pontífices, los doctores de la ley y los ancianos le juzgan digno de muerte. Engañado el pueblo por la envidia de los sacerdotes, por las bufonadas de Herodes, por las dudas de Pilato, vé en Jesucristo un impostor

que le ha fascinado con milagros, y grita para que le sentencien á muerte. Pilato esperaba que el pueblo se apaciguase, haciéndole atar á una columna, y mandándole azotar. Aun prueba si elegirian á Barrabás, con preferencia á Jesus, y se lo propone; pero este pueblo, entre el que Jesus habia vivido haciendo bien, prefiere para la libertad á Barrabás, que era un insigne malhechor: *Non hunc, sed Barrabam.* Para burlarse los soldados del reinado de Jesus, le ponen un manto de escarlata, y una caña en la mano, á manera de cetro, y una corona de espinas en la cabeza, y pasan por delante doblando la rodilla y riendo con desprecio. En este paso fué cuando, señalando á Jesus como un varon de dolores, dijo Pilato al pueblo, creyendo enternecerle: *¡Ecce homo!* Ved al hombre. Cálculo vano de la prudencia humana: la sangre del justo escitaba la ferocidad de la multitud, y Pilato, en su debilidad, destinó al patíbulo al mismo que en el juicio habia reconocido inocente. Así todo lo que no es con Jesucristo, es contra él, y Pilato indiferente, Herodes burlon, y Judas traidor, contribuyeron tanto á su muerte, como la envidia de los fariseos y el orgullo de Caifás.

Ya conducen al Calvario á Jesus entre dos ladrones, y por donde pasa va derramando sangre. Desde lo alto de la Cruz observa el dolor de su Madre y los de Magdalena y Juan, suplicio acaso mas cruel que el furor de la multitud y el abandono de sus amigos. Una tortura universal le abruma en su persona y en cuanto le rodea: todas las que caben en el cuerpo y en el alma, las ha sufrido. En el huerto de las Olivas, en el pretorio, en el Calvario, se vieron hollados y escarnecidos todos los sentimientos humanos. Temores, tristeza, afliccion, agonía, en el huerto: en el pretorio, desnudez, mofa, ultrajes: en el Calvario, llagas, su cuerpo lacerado, sed, gritos de congoja, un pueblo ingrato, discípulos infieles, abismo de dolores, muerte y el sepulcro.

Sí, todo se acabó: con la humillacio y el sufrimiento bajasteis, Señor, m abajo que el hombre pecador habia caic por la concupiscencia y el orgullo.

Jesucristo es hombre, fué niño, pobr artesano, sacerdote, rey, doctor de l pueblos: pasando por todos los estad del mundo, los santificó todos.

Hízose semejante en un todo á nosotro y esta sociedad de desgracias, dice un Sa to Padre, no añadió nada á su infinita cie cia, pero mucho á su natural ternura.

En efecto, al echar una mirada sob la pasion de Jesucristo, ¡qué mortal pu de decir que sufre mal alguno, que haya sufrido Jesucristo? ¡Os quejais la injusticia de los hombres? ¡Con qui han sido mas ingratos que con Jesucrist ¡Estais tristes hasta la muerte? pues acc daos del jardin de Gethsemaní.

Si habeis colocado en la amistad vue tro placer y llorais una estrañeza ó ma accion de vuestros amigos, acordaos d pretorio y del beso de Júdas. Hac cuanto podeis en favor de la humanidad, no os lo agradecen; sois un sacerdote ó obispo que no cuidais de otra cosa que la salvacion de vuestras ovejas, y os pag con calumnias. Ved á Jesucristo, co templadle desde su nacimiento; porque sagrada pasion empieza en el pesebre, co tinúa en las agonías de la muerte, en ignominia de la Cruz, hasta en su baja á los infiernos. Ultimamente, vosotr para quienes la vida se acabó, que hab llegado al instante de la muerte, tan ho rible sin la de Jesus, cualesquiera que se vuestros dolores y angustias, decid si h padecimiento semejante ni comparable de Jesus, ni un fin que se aproxime al s yo. Mirad, hombres, y acordaos bien habeis sufrido tribulacion alguna, que J sucristo se haya olvidado de padecer: d cid si Jesus no ha sido semejante en to

al resto de los hombros, si sus brazos estendidos en la Cruz no abrazan á la humanidad entera. Reconoced, pues, vuestro modelo, vuestra guia en los trabajos, en la debilidad, en los sufrimientos, en la angustia y en el oprobio. Ese es verdaderamente el rey de la humanidad, porque la humanidad no es otra cosa que miseria y todos los males de ella se concentran en él. Sí, ved ahí el hombre: *¡Ecce Homo!*

¡Ah! si Jesucristo hubiera nacido rodeado de púrpura, rodeado de corte; si hubiera subido al Cielo sin haber pasado por la tumba, seria un legislador, pero no un mediador: no podria esclamar: Venid á mí todos los que estais abatidos, y yo os aliviaré; porque los desgraciados le contestarian: No conoceis nuestras dolencias y sufrimientos; como ahora que consta que materialmente padeció. Ahora reconocemos al hijo de Adan, al que ha honrado nuestros dolores y divinizado nuestros trabajos; conocemos con distincion la vida y la muerte: la pasion de nuestro Señor Jesucristo esplica sola la vida, y sola ella esplica la muerte. El monte de las Olivas y la montaña del Calvario resuenan para nuestro consuelo con estas palabras, que pesan sobre el género humano: *sufrimiento, agonía, sacrificio; muerte.* Sí, ese es el hombre: Jesucristo tiene de nuestra carne todo, menos el pecado; con todo, le lleva encima, supuesto que va á expiarle y beber hasta las heces el cáliz de la amargura. Sí, divino Jesus, vos sois ciertamente el nuevo Adan, cabeza del género humano: nosotros somos vuestros miembros, porque yo os examino en esta comunidad de dolores.

Jesucristo es verdaderamento hombre, y así no podemos decir para libertarnos de imitar su vida: ¡Como imitar á un Dios! Hemos probado que es hombre; al mismo tiempo que es Dios. Ahora vamos á designarle á aquellos que solo reconocen en este sugeto un sábio y no mas.

Todos los oráculos que han anunciado la Redencion, dicen que se haria por medio de un hombre, que seria tambien Dios. Esta creencia de un Dios Salvador, no solamente pasó y se conservó entre los judíos: igualmente la tuvieron otros pueblos; todos fundaban su esperanza en la venida de un Dios. Los antiguos tambien hablaron de dioses libertadores: un incrédulo moderno ha dicho que las tradiciones sagradas y mitológicas esparcieron por el Asia la creencia de un gran mediador que debia venir, de un juez supremo, de un salvador futuro, rey, conquistador, Dios, legislador, que restableceria la edad de oro sobre la tierra, y libraria á los hombres del imperio del mal. Un autor pagano dice: que fué antigua y constante opinion, propagada por todo el Oriente, que saldria en Judea un hombre que alcanzaria el imperio universal: de repente apareció este hombre, y dijo que era Dios, hijo de Dios, é igual á Dios. No era un monarca supremo que obligaba á los pueblos á postrarse á la vista de su imágen: no era un conquistador que hiciese callar al universo en su presencia, y que, embriagado de sus victorias, se proclamase un semidios, ó semejante á los dioses del Olimpo: no, este nuevo conquistador pasaba su vida en la obscuridad, y en una nacion felizmente preservada de la idolatría, en un pueblo que encabezaba su ley con estas palabras: *No adorarás mas que un solo Dios*, y á ningun otro reconocerás en esta gerarquía: en un pueblo donde estaba prohibido con pena de muerte atribuirse los honores divinos, y Jesus no deja de hablar á las turbas en estos términos, desafiando á los judíos si le convencian de haber pecado. "*Yo bajé del Cielo, saliendo del seno de Dios: yo existia antes que los montes, antes de Abraham: yo soy la verdad, la resurreccion y la vida: mi Padre y yo no somos mas que uno. Creed en mis obras, para que conozcais que el Pa-*

dre está en mí, y yo en el Padre.» Cuando estas palabras causaron escándalo, en vez de retractarlas las repite y confirma: quiere que Pedro reconozca en su persona al Cristo, el Hijo de Dios vivo, y esta confesion de su divinidad es el orígen del sacerdocio que se comunica á Pedro. En vano acusan al Salvador ante Pilato de qué sublevaba los pueblos, y de que aspiraba á la corona: decídese en el tribunal del sumo sacerdote. Oid su declaracion: juntos están los dos pontífices, el de la Antigua ley y el de la Nueva alianza: el pontífice nombrado para un año, y el consagrado desde la eternidad. "Conjúrote, por el nombre de Dios vivo, dijo el gran sacerdote, para que declares si eres Cristo, Hijo de Dios.» Responde Jesus: "Tu lo has dicho; yo soy Cristo, y os declaro que vereis venir sobre nubes desde el Cielo al Hijo del hombre, sentado á la diestra del trono de Dios.» Al oir estas palabras esclama el sacerdote: "Blasfemaste,» y rompe sus vestiduras, y profetiza así sin saberlo, segun San Leon, que á Jesucristo pertenecia desde entonces el sacerdocio supremo. Despues de haberle condenado sus enemigos, le envian á Pilato, y éste á Herodes, porque todos huian del crímen de esta condenacion. ¡Vanas precauciones! ¡rodeos inútiles de la debilidad y cobardía! La ley del Estado le absuelve, las leyes romanas le reconocen inocente, y es preciso volver á la sentencia de Caifás: cuando duda Pilato, dicen los sacerdotes: por una ley nuestra debe morir, porque se llama Dios. Antes habian querido apedrearle los judíos, y le decian: "Es por tus blasfemias, y no por tus buenas obras; porque siendo hombre, nos dices que eres Dios.» Aquí resulta comprobado que no estaba convicto de pecado: su mision era el delito: tambien aquella mision era su gloria: su crímen es haberse llamado y ser Hijo eterno de Dios.

Testigos de sus profecías y milagros sus discípulos, desaparecieron. Ning
cuantos resucitó ó curó vino á su d
á falta de discípulos, á falta de ag
dos, un malhechor que espiraba á s
reconoce su divinidad y le pide un l
el Cielo. El centurion que custodi
reos, declara que verdaderamente
jo de Dios: *ver hice homo filius De*
pese el velo del templo, porque el
fice eterno ha ofrecido el gran sa
que sustituirá á todos los sacrificio
pense las piedras, ábrense los sep
levántanse los muertos, cúbrese la
de tinieblas, toda la naturaleza at
la divinidad.

Jesucristo no habia anunciado sc
te que seria mofado, azotado y cruc
añadió que no quedaria del templo
nor vestigio, que Jerusalen seria t
destruida, dispersos los judíos, y
puertas del infierno no prevaleceri
tra su Iglesia: que serian abolido
siempre los sacrificios de la antig
y que elevado en el árbol de la Cruz
ria hácia sí á todo el universo.
exactamente se cumplieron. En el
sitio, en el huerto de las Olivas, tes
las lágrimas del Salvador, una leg
mana principió la guerra contra la
deicida. En el tiempo de su muer
Pascua, cuando aun subsistia la gen
que habia visto á Jesus, levantóse
dias aquella pasmosa muralla, que
ró, como si fuera un sepulcro, á to
judíos que habian venido de sus n
para esta gran solemnidad. Así
ma Josefo, historiador de los judío
diendo, que para que fuese mas e
el crímen á vista de su castigo, to
que quisieron saltar aquella valla
cercaba, fueron azotados y crucific
en número tan grande, que faltaba
para fijar las cruces, y madera p
cerlas: *spatium crucibus deerat, et c*
bus cruces. "No lloreis por mí, de
sus á las mugeres de Jerusalen

acompañaron al Calvario, sino por vosotras y por vuestros hijos. Felices las estériles, porque será grande la afliccion en aquel dia.» El citado historiador continúa: "No creo que pueblo alguno haya sufrido mayor calamidad que la que estamos refiriendo de Jerusalen.» Queria el vencedor salvar el templo; y en un consejo que se tuvo, se determinó así, conceptuándole como monumento de la grandeza romana; pero en el Cielo se habia determinado lo contrario. Un soldado, impelido por una oculta fuerza, arroja un combustible que reduce á pavesas este augusto edificio, y Josefo hace esta reflexion, tan inconcebible como la accion de un soldado romano: "Dios habia condenado este templo á que pereciese por las llamas: *Sed id templum planè Dei sententia jamdudum igni damnaverat.*» Manda Tito destruir la ciudad y el templo hasta los cimientos, y toda ella se arrasó, de manera que, segun el mismo historiador, nadie que ignorase el sitio en que habia existido Jerusalen, hubiera conocido, ni sospechado siquiera que allí hubo jamas pueblo alguno. Caifás habia dicho: perezca uno por la salud de todos; y vemos despues que perecieron un millon y cien mil hombres, expiando la muerte de uno. Pilato dijo al pueblo: "Ved ahí vuestro rey;» y el pueblo esclamó: "No queremos que ese nos mande, ni otro rey que al Cesar: *nolumus hunc regnare super nos. Non habemus regem nisi Cæsarem.*» ¡Insensato pueblo! No perderás á tu Cesar, él vendrá; pero César, el mas dulce emperador romano, será para vosotros un tirano feroz, el mas terrible vengador y mas implacable ministro de la justicia divina. En adelante no formareis nacion, ni necesitareis rey: en todo el universo sereis estrangeros, sufrireis el yugo de vuestros dueños, estareis sometidos á todos los Césares que haya en todos tiempos y lugares, porque crucificásteis á vuestro Rey en el momento en que vino para reinar en todas las naciones.

Aquel pueblo que proponia á Jesus que bajase de la cruz, y le reconocerian por Dios: *si rex Israel est, descendat de cruce, et credimus ei;* puede ver ahora si ha descendido, y si está sentado á la diestra del trono de Dios, como se lo decia á Caifás.

Acercaos á Jerusalen; no hallareis allí mas que un sepulcro, objeto de las adoraciones y del respeto del mundo. Los apóstoles y los pontífices han reemplazado en el Capitolio á los Césares y á los ídolos. ¿El sol es mas claro que estos prodigios? ¡Es menos visible el Verbo encarnado que el astro del dia?

Los que en la cuna del Cristianismo oyeron á los ángeles anunciar las maravillas futuras; los que escucharon al mismo Jesucrito, ¡estaban tan seguros de su divinidad como nosotros, que por un continuado milagro le vemos realizar todas sus predicciones, desde la altura de los Cielos? ¿No autoriza el Padre, con el testimonio de los sucesos, la infalibilidad de todas las palabras del Hijo? Por espacio de mil ochocientos años se verifican las promesas, las amenazas todas de Jesucristo; de manera, que mas habla ahora con su silencio, que hablaba en Jerusalen. Es, pues, necesario reconocer que ha recibido el Redentor toda potestad para que en la Cruz verificase la conquista espiritual del mundo, que estaba anunciada: que con madera y no con la espada le ha vencido, y que reina glorioso por medio del mismo instrumento de su suplicio.

No es Jesucristo un ángel, ni un arcángel, ni monarca, ni filósofo, ni legislador, ni mensagero: es lo que él mismo dijo de sí: el rey del mundo, el Hijo eterno de Dios, el principio y el fin de todas las cosas, y el Dios del universo. Solo aquel que crió el mundo con su palabra, ha podido cambiarle con la Cruz.

¿Acaso esperarian algunos, á semejanza de los judíos, que apareciese Jesucristo en

el mundo, desbaratando ejércitos, arruinando muros, y fundando con el fuego y el hierro una monarquía sobre los escombros de veinte reinos? Fácilmente se comprenden por los pueblos esas victorias y conquistas: pero un Dios que se hace hombre por salvar á los hombres; un Dios que se degrada y encoge por nivelarse con nosotros; un Dios cargado en el Calvario con todos los crímenes del hombre para pagar y satisfacer por ellos á la justicia divina; un Dios que bebia en el huerto de las Olivas el cáliz amargo que se le habia preparado para salvarnos; esto es magnífico, es divino; no lo comprenden los sentidos nuestros, y aun sin entenderlo lo abraza nuestro entendimiento y nuestro corazon enagenado.

Tertuliano dice, que es obra del poder el mandar á la naturaleza; pero que mandar en el corazon humano sin privarle de su libertad, es obra superior en mérito á la creacion del mundo, obra de Jesucristo: es el beneficio de su sagrada pasion: *Plus est naturam demutare, quam materiam facere.*

Lo que mas padece en el hombre es el corazon, porque nos es necesario un amor inmenso; y sola la pasion de Jesucristo completa y satisface este amor. San Bernardo dijo: "Es mucho mas amor pagar por los pecadores, que perdonarles. ¿Qué hubiera servido un perdon sin el sacrificio?»

Hay mayor gloria en hacerse amar de los hombres, que la que resultó de haberlos criado: es mas grandioso reinar por la misericordia, que por la fuerza y el poder. En mi lugar se pone Dios como víctima, muere para que Dios me ame, y este Dios vale mas para mí, que un Dios que me hubiera criado, y dejándome luego á mi albedrío, insensible á mis males, se hubiera retirado para siempre en los misterios de su gloria. Un Dios que sufre, que llora, ese es el Dios de mi corazon; y el Dios de mi humanidad miserable, un Dios que muere en una Cruz por mis pecados: *Ecce D noster est.* Así quiso morir el que quie nuestro amor.

Vemos, pues, ahora lo que signifi aquellas humillaciones en el pretorio, aquel sudor de sangre en el huerto de Olivas. Ahora entendemos estas palab del grande apóstol: *Era preciso que Cri padeciese.* Que padeciese, sí, no por pecado, mas por los nuestros. No po temer los tormentos aquel que llamaba muerte un cáliz y un bautismo: lloró j Lázaro sepultado, llora por los innume bles Lázaros que, envueltos en su cul no quieren oir la voz que les dice: lev tate, Lázaro. Pesan sobre sus sagra hombros todas las debilidades, miseri iniquidades: por eso lleva tan grande c ga: este es el misterio del amor: el c que Jesucristo rehusa beber, es la mue eterna de todos los que no se salven.

Vosotros, los que hayais verdaderam te amado, esposos, esposas, amigos, hij padres, madres sobre todo, decidnos s es verdad que los sacrificios ofrecido admitidos son los verdaderos vínculos corazon. Sin el sacrificio de la Cruz, ¿ mo podriamos estar seguros de que an bamos á Dios verdaderamente? ¡Ah! to vosotros que habeis amado, ¿sabeis si minariais de buena gana un dia de aque en que os manifestaron su correspond cia, con un sacrificio, las personas á quie amabais? ¿Hubierais desatendido ning de sus privaciones ó cariños? Este sac ficio viene á ser la vida del alma y la m jor ocupacion del corazon. Aquel que ha sacrificado nada á Dios, no sabe na aquellos solamente que han inmolado el ara de Dios á su Isaac, el primogén del corazon, como dice la Santa Esc tura, conocen los secretos del amor. M clado el amor con el dolor, es el perfecto el amor de la madre; es el amor de Cris

Nosotros hemos nacido de las llagas Dios y de las nuestras: nuestra cuna e

Calvario: hijos de sangre y de dolor, no reneguemos de nuestro orígen. Cuando Dios nos quita aquella cosa que amamos, dice un Santo Padre, y le ofrecemos con sumision un corazon herido y ensangrentado por la pérdida de lo que justamente amamos, ofrecemos á Dios sangre nuestra, siguiendo su ejemplo, sangre de la penitencia que sale con las lágrimas de nuestros ojos: es la sangre de nuestras almas, como la llamó San Agustin. Dios mio, vos quereis el abandono entero de mi voluntad. el holocausto de mi espíritu y de mis sentidos, mi obediencia filial hasta la muerte: no me pareceria posible tan grande sacrificio por la obediencia de vuestra santa ley; pero al contemplar vuestra pasion y vuestra Cruz, todo se me hace fácil. Tanto amó Dios al mundo, que para salvarle nos envió á su propio Hijo: quiso que la Divinidad se uniese á la humanidad tan íntimamente, que pudiéramos decir con verdad: Dios ha padecido, ha muerto por nosotros. Aquí teneis por qué toda la religion consiste en el sacrificio. Prosternémonos con toda confianza al pié del trono de misericordia. La Cruz es el trono de Jesucristo, el compendio de las maravillas de Dios, el fin de sus consejos, la obra maestra de su amor, el misterio que todo lo esplica, el problema sin el que es imposible comprender nada, y la nube milagrosa que ilumina nuestra oscuridad: *nubes tenebrosa illuminans noctem*.

SECTAS RELIGIONARIAS DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Es imposible dejar de gemir sobre la ceguedad del espíritu humano, al considerar la muchedumbre de sectas que dividen á los Estados-Unidos, que cada dia se hacen mas numerosas, por las divisiones y subdivisiones continuas que allí se verifican; ¡y cómo podria dejar de suceder, cuando ninguna tiene regla de fé que las contenga?

Las principales son: los *baptistas*, nombrados al principio *anabaptistas;* los *metodistas*, discípulos del famoso Juan Nesley, ministro anglicano; los *presbiterianos*, que profesan el calvinismo; los *episcopales*, que están unidos á la iglesia anglicana; y otras muchas, como los *tembladores*, *las nuevas luces* (*newlights*), y los *universalistas*: cuéntanse tambien multitud de *deistas*, sobre todo entre los *fracmasones*, de que hay un número considerable.

Los baptistas administran públicamente el bautismo por inmersion, en los arroyos ó en los rios. Cuando el ministro ha entrado en ellos con el catecúmeno, le pasa el brazo derecho por la espalda, y apoyando en seguida la mano izquierda en su pecho, lo sumerge en el agua hácia atrás, diciéndole antes de la inmersion: "Por obedecer á Nuestro Señor Jesucristo, yo te bautizo, en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo;» advirtiéndose desde luego, que se suprime el artículo colocado antes del nombre de las dos últimas Personas. Esta ceremonia, durante la cual el ministro y el catecúmeno están vestidos de sus trages ordinarios, se hace en presencia de una multitud de pueblo, reunido en la ribera, que canta *Alleluia*, cuando el neófito sale del agua: espectáculo que nada tiene de edificante, sobre todo cuando es una muger la bautizada.

Los baptistas no creen que el bautismo sea necesario, ni que por sí mismo tenga alguna eficacia; ni lo miran sino como una simple formalidad para entrar en su igle-

sia. Se dividen, ademas en muchas ramas. Los generales ó armenios, rechazan la predestinacion, admitida por los baptistas particulares ó calvinistas. Los de la estrecha comunion (*close communion*) no quieren admitir á la cena, sino á los que han sido bautizados por inmersion; aunque los de la comunion franca (*open communion*) admitan á ella al que se crea bautizado, sea como fuere. Otros, ademas de la Biblia, que la mayor parte de los sectarios se hacen un deber de respetar, exigen tambien una profesion de fé, comun á todos los que desean asociarse á la secta; por cuya rason se les llama credo-baptistas (*creed-baptists*). Los anti-credo-baptistas, pretenden, al contrario, que no es de necesidad tener una profesion de fé, que basta la Biblia, y que debe conservarse comunion con todos los que la admiten. Se ha tratado igualmente entre ellos de abolir toda denominacion particular, llamándose todos cristianos; pero no se ha podido realizar este proyecto, persistiendo el mayor número en conservar el nombre de baptistas. Una nueva traduccion inglesa del Nuevo Testamento, hecha por Campbell, de Edimburgo, en Escocia, acaba de ser causa de una nueva division entre ellos, queriendo unos adoptarla, porque en vez de la palabra bautizar, se vale constantemente de la de sumergir (*immergere*); y otros mantener la traduccion protestante, que es la mas comun.

Cuando alguno pretende incorporarse en la secta, debe preliminarmente manifestar en público sus disposiciones interiores relativas á su conversion; es decir, esponer las señales particulares en que reconoce que le han sido perdonados sus pecados; señales que el Espíritu Santo no dejará de dar al instante que se obra el cambio del corazon. Esto se llama hacer parte de su esperiencia (*give in his experience*), y puede reducirse á la fórmula que sigue: "¡De qué peso no me sentia oprimido, por la gravedad de mis pecados! ¡Qué densas tinieblas rodeaban mi alma! ¡En qué abismo no me habia hecho caer mi desesperacion! Pero de un golpe me he sentido descargado del peso que me oprimia; la esperanza, ha penetrado hasta el fondo de mi corazon, y de esta suerte he adquirido la perfecta seguridad de habérseme perdonado todas mis culpas." Despues de haber recitado gravemente tan bellas imaginaciones, se procede á votar, y si las disposiciones del convertido parecen suficientes, se pasa al bautismo.

Los metodistas, que en 1823 ascendian al número de 312,540, esparcidos en los Estados-Unidos, son mucho menos numerosos que los baptistas en el Kentucky. Las sectas principales en que se dividen son, las de Wesseianos, Witfieldistas y Kilamitas: los primeros profesan los errores de Wessey, de que se apartaron los segundos, para abrazar los de Calvino, enseñados por Witfield; y los últimos, llamados tambien metodistas de la nueva reunion, se separaron en 1797 de los antiguos, que datan de 1729, para establecer una nueva forma de gobierno, en que los simples miembros de la secta gobiernan asociados á los ministros.

Entre todas las prácticas de los metodistas, es la mas notable la que observan todos los años durante el otoño; y consiste en una reunion increible, nombrada asamblea del campo (*camp meetings*), porque se verifica en un lugar preparado á este fin en los bosques y fuera de poblado. Este parage, que tendrá como cuatrocientos estadales de estension, ó poco mas, está rodeado de casas de madera, formadas de troncos de árboles, y en cuyo centro se encuentra una especie de tablado cubierto, desde donde los ministros, que ocurren en gran número á estas asambleas, hablan á la multitud que los rodea. Allí permanecen cuatro dias con sus noches, alojados en las casas de que se ha hablado, y que

están llenas de personas de ambos sexos, y á las que han tenido cuidado de trasportar en carros sus camas, víveres y cuanto necesitan. Se tienen tres ó cuatro discursos al dia, sobre todo en la tarde, tiempo el mas favorable á la conversion de los que tienen necesidad de ella. La naturaleza de estas conversiones se conocerá mejor por la narracion de lo que ha pasado el último año en el condado de Washington; pero ántes debe observarse, que en el campo se encuentra una especie de vallado circular, nombrado, quién sabe por qué motivo, el *altar*, ó con mayor razon, el *parque* (*the pen or altar*), que sirve para contener á los convertidos.

En el discurso de la tarde, levanta el ministro la voz estraordinariamente, invita á todos los pecadores á llorar sus pecados, y á entrar, con este motivo, al parque. "El espíritu de Dios, dice, está en el campo. Venid, pecadores, no os avergonceis de llorar vuestras faltas. Dirigid al Cielo vuestros suspiros, é implorad la misericordia divina." A estas palabras, avanzan repentinamente jóvenes de ambos sexos; entran en el parque, se postran sobre la paja que allí está prevenida, lanzan hondos gemidos, acompañados de horribles gritos, y caen, por último, en convulsiones. Doncellas de una constitucion muy delicada son sacudidas de movimientos tan violentos, que apenas pueden contenerlas cuatro mugeres, y salvar, si es posible, las apariencias del pudor. Todo esto, no obstante, se llama operaciones sobrenaturales del espíritu. Nada debe admirar, por otra parte, que personas de un espíritu débil y de una viva imaginacion esperimenten convulsiones en semejantes circunstancias, cuando todo concurre á producirlas. Cincuenta, y á veces mas de cien sectarios, se ocupan á la vez en los ejercicios que les dicta una piedad imaginaria. El ministro hace resonar su voz; y otros que se llaman *exhortadores*, dirigen las palabras mas vivas y mas llenas de entusiasmo á los que se hallan inmediatos al parque. Unos hacen escuchar estos gritos: ¡misericordia! ¡misericordia! otros rezan en voz alta: quiénes cantan himnos, quiénes arrojan horrorosos alaridos; de manera, que es casi imposible dejar de ceder al torrente, y de resistir á esa fermentacion universal. Es evidente que esta residencia en medio de los bosques y en casas repletas de gente, debe causar grandes desórdenes; así es que, aunque se alegue el pretesto de religion para justificar semejantes reuniones, la opinion pública las reprueba, como provocando á los mas repugnantes escesos á una juventud licenciosa.

Los tembladores (*shakers*) poseen, en el condado de Mercer, un establecimiento que se parece á una pequeña ciudad, habitado por gran número de hombres y mugeres; y forman una secta de los Kuakeros. En uno de sus libros, impreso en 1808, en Libanon, ciudad del Estado del Ohio, réconocen ellos mismos que su orígen es posterior al año de 1750. Ana Leé, nacida en Inglaterra, se considera como la madre de su religion. Están actualmente gobernados por un hombre y por una muger, que lleva, como la fundadora, el nombre de madre, y á la que se profesa la veneracion mas profunda: cuando sale de casa, lo que no sucede sino muy rara vez, la toman en brazos y la levantan en alto, para que se vea lo mas lejos posible.

Niegan el misterio de la Santísima Trinidad, los méritos y divinidad de Jesucristo, la maternidad de la Vírgen María, la resurreccion de la carne, y los demas artículos de la fé; y avanzan la blasfemia hasta sostener que el Padre y el Espíritu Santo son dos seres incomprensibles, unidos en la misma esencia, como varon y hembra; aunque no forman dos personas. En su opinion, el Espíritu Santo es del género femenino, y madre de Jesucristo: afirman tambien que el Verbo Di-

vino se comunicó al hombre Jesus, y que por esta razon fué llamado Hijo de Dios, y que de la misma suerte se comunicó el Espíritu Santo á Ana Leé, y así pasó á ser hija de Dios. Condenan igualmente el matrimonio, como ilícito; y no obstante, sin contar las danzas que forman con las mugeres, viven en su compañía en el establecimiento de que se ha hablado. Son muy aplicados al trabajo, y escelentes en algunos oficios. Hay tambien entre ellos quienes sostengan la necesidad de la confesion, pero no con los sacerdotes, ni en secreto.

El culto de los tembladores consiste principalmente en danzas religiosas, muy singulares. Los hombres están colocados en una hilera, y las mugeres, al frente, forman otra, y ambas dispuestas con mucho órden y regularidad: un hombre lleva el compás sonando las manos. Como el movimiento al principio es muy moderado y fielmente seguido por los que bailan, no hacen otra cosa que mover los piés á derecha é izquierda, sin cruzarlos como en los bailes comunes; pero haciéndose en seguida mas y mas vivo, saltan tan alto cuanto les es posible, y á veces hasta tres ó cuatro piés del suelo: ejercicio que no termina, hasta que no están sumamente fatigados y cubiertos de sudor, y entónces es cuando dicen estar llenos de espíritu. En la fuerza de la danza, los hombres se despojan de sus fracs y chalecos, y las ropas de las mugeres giran velozmente á derecha é izquierda. Parece que el mismo espíritu que ha inspirado los *camp meetings*, debe haber sugerido la idea de estas danzas.

No bastaria un volúmen para describir las demas sectas y referir los errores que profesan. Los *nuevas luces*, llamados tambien *Stonitas*, del nombre de su gefe *Ston*, siguen la doctrina de los arrianos. Los universalistas niegan la eternidad de las penas, y otros innumerables sostienen estravagancias semejantes.

En fin, en la Indiana, un hombre llamado *Owens*, se propuso formar una nueva secta, consiguiendo en pocos dias reunir cuatrocientos discípulos de ambos sexos que vivian juntos. Pretendia que para destruir el pecado, era necesario abolir la trinidad del mal, es decir, toda religion, toda propiedad y todo matrimonio. Un sistema tan impío, á la vez que destructor de toda sociedad, no encontró ninguna oposicion de parte del gobierno, que no se ocupa ni de los errores especulativos, ni de los que pueden tener consecuencias prácticas, á no ser que se manifiesten por algun tumulto ú otro cualquier desórden público.

(Anales de la Filosofía cristiana, núm. 3[?] tom. 6.°)

LOS MISTERIOS DE PARIS.

CARTAS A UNA SEÑORA DE MUNDO.

CARTA SESTA, Y ULTIMA.

MORALIDAD.—LITERATURA.—CUALIDADES.—FALTAS.—CAUSAS DE SU NOMBRADÍA.

Muy señora mia:—Al reprobar los *Misterios de Paris* bajo su aspecto moral, ¿he pretendido decir que todo estaba bien en la sociedad? Suponer este venturoso optimismo habria sido un delirio de mi parte mayor que el de otro cualquiera, pues por mi profesion de abogado debo conocer las cosas y los hombres en su verdadero punto

de vista, y confesar, aunque me pese, que hay mal y mucho mal en ella, tal cual lahan formado los vicios y pasiones; dolorosa verdad en que creo convendrá vd. conmigo. Lo que sí me asombra, y no puedo negarlo, es cómo el *Diario de los debates* ha podido hacerse el éco de estas quejas apasionadas contra la sociedad francesa, cuando, teniendo sus editores todos los poderes en las manos, no la reforman en lugar de insultarla, y no comprenden, que, acusándola, se condenan á sí mismos, como reguladores poco diestros de los destinos sociales.

Sin dejar de estar de acuerdo en las numerosas imperfecciones de nuestro estado social, se han echado en cara, hasta ahora, solamente tres defectos en estas cartas á lo obra de Mr. Süe. Esa rebusca de escenas horrorosas, como aquellas en que figura la familia de Marcial el guillotinado; de cuadros repugnantes, como los de la taberna de la calle de Féves; y de pinturas obscenas, como las de la vida y muerte del notario Ferran; ha parecido desde luego una primera inmoralidad. La atmósfera general del libro, permítaseme este término, recuerda la de esos suburbios bajos y fangosos, donde emanaciones malsanas vician el aire que se respira. Un buen médico no aconsejaria á vd. jamas, como precepto de higiene física, que fuera á pasearse al muladar de Montfaucon; ¡cómo, segun esto, dejará de asombrar se tema para un espíritu y corazon recto el contacto de los *Misterios de Paris*, especie de Montfaucon moral, en que el aire no vale mas para la salud del alma!

El novelista del *Diario de los debates* deja ver por todas partes una tendencia fatal á hacer el vicio interesante; lo adorna y reviste de calidades que no puede tener, y de que en efecto carece: véase el segundo reproche. Si hace virtuoso al vicio, vuelve viciosa á la virtud por las libertades que le deja tomarse, y los pasos en que le hace correr riesgo; de manera, que las fronteras que separan los dos tan diversos imperios del bien y del mal, quedan como anuladas, en grave perjuicio de la moralidad, que subsiste de distinciones: tal es el sentido de una última observacion crítica. Efectivamente, si la moralidad depende del acaso, ya no hay mas moralidad; y si la virtud y el vicio son dos suertes que se juegan, por decirlo así, á la lotería, al antojo de la fortuna, la virtud no merece ya homenages, el vicio es mas digno de lástima que de reprobacion, y el mundo vuelve á caer bajo el yugo del principio del fatalismo que corrompe las costumbres de la sociedad doméstica, y destruye los imperios, como la Turquía nos ofrece un vivo ejemplo.

Esa tendencia á descubrir, en todo, el ascendiente de la fatalidad, es visible en la novela de Mr. Süe. El mismo epílogo de la obra, que, puede suponerse sin injusticia, ha sido escrito para servir de correctivo y pasaporte al principio del libro, lleva la marca de las doctrinas del fatalismo. *Flor de María*, convertida en princesa del imperio, admirada y adorada por todos los príncipes que se disputan su mano (no se olvide que se trata de la *¡Guillabaora!*), es cierto que va á morir á un convento bajo el peso del recuerdo de su antigua vida. Pero la remembranza de una desgracia horrible é inmerecida, es quien la mata, y no la de una falta. Ese recuerdo es la sensacion del pudor de una muger que, durante su sueño, ha sufrido un ultrage; es la indignacion de Lucrecia contra su destino, cuando, sintiendo su corazon siempre casto pulsar en su cuerpo manchado por Tarquino, se arroja sobre la punta de un puñal y muere víctima del fatalismo.

Adonde el fatalismo reina, Dios desaparece. De esta manera, el papel de Rodolfo es precisamente el de un hombre que, sustituyendo la actividad humana á la divina, hace lo que ella deberia hacer; lo que vale

tanto como decir que Dios no existe; porque no obrar, es para Dios lo mismo que no existir. Esa idea es tan profundamente enraizada, no en el entendimiento del autor, así quiero creerlo, sino en la lógica de su libro, que viene á espresarse algunas veces, no solamente por las tendencias de los caracteres, sino por máximas positivas. Así Rodolfo es frecuentemente representado como un hombre que ejerce el oficio de la Providencia, que llega hasta á calificarse en un pasage de *indolente*. La Providencia indolente es una afirmacion y una negacion. Prever y proveer, hé aquí la Providencia. Si ella no prevé ni provee, ó, en otros términos, si es indolente, no es ya Providencia: en dos palabras, no existe.

Parece difícil dudar de la exactitud de estos tres reproches, hechos bajo el aspecto de la moralidad, á los *Misterios de Paris*; sin embargo, es necesario examinar el valor de una escusa, ó mas bien, de una promesa hecha por Mr. Süe al principio de su obra, para hacer tolerar el cinismo horroroso de las escenas del figon de la calle de Féves. Como la pitonisa de Virgilio, al momento de introducir á Eneas á la morada infernal, le prometia hacerlo salir muy pronto de esa horrible habitacion y volverlo á la claridad de los cielos, Mr. Süe decia al lector, que *á medida que avanzara en la obra, se purificaria la atmósfera* (*). ¡Pero dónde y en qué lugar ha cumplido esta animadora oferta, hábilmente imaginada para sostener, en la lectura de los *Misterios de Paris*, á los que la hubiesen emprendido?

¡Se debe, por ejemplo, mirar como purificada, la atmósfera impregnada en un todo de sangre y cieno, en que respira la perversa familia de la viuda Marcial, esa raza del guillotinado, que ha mamado el crímen con la leche, y en la que el robo y asesinato son, por decirlo así, inclinaciones innatas? Sin embargo, nos hallamos ya en el tercer tomo, cuando comienza la historia de dicha familia, y debe confesarse, que si la atmósfera hubiera ido purificándose, deberia estar un poco menos impura que lo está en este lugar de la obra.

¿Es acaso mas adelante donde comienza la purificacion moral? Allí se encuentran los atrevidos adulterios de Madama de Lucenay, y su visita á una casa de aborto, las falsificaciones y trapacerías de Mr. el conde de Saint-Remy, la historia de la *Loba*, despues la escena del *Corazon sangriento*, el *Maestro de Escuela* encadenado, rompiendo sobre una piedra, al ruido de las carcajadas del *Cojuelo*, la cabeza á la *Lechuza*, que acaba de devorarle la mano, y dando vueltas *al rededor de su caverna, arrastrando tras sí por los piés el cadáver de su víctima, cuya cabeza estaba horriblemente aplastada y mutilada.*

¡Se juzgará acaso que la atmósfera de esa cueva aun no está bastante pura? Continúense algunas páginas, y se encontrará la historia de Polidori, el abate ateo, los crímenes y la tentacion del notario Ferran por la criolla Cecilia, escena digna de los pinceles de Aretin.

¡Se continuará avanzando para gozar del beneficio de la atmósfera que va purificándose? El lecho de muerte de ese horroroso personage, espirando en las convulsiones de la vergonzosa pasion que le ha hecho cometer tantos crímenes, va á presentarse al lector. Lo verá estendiendo las manos hácia las víctimas ó los objetos de sus perversas codicias, y Mr. Süe hará seguir *en la fisonomía de aquel mártir condenado de la lujuria, las últimas convulsiones de la agonía sensual.*

No nos cansemos: vamos á buscar al fin de la obra, en la última escena, que precede al epílogo, la realizacion de la promesa

(*) *Esta proposicion se halla en la* Advertencia preliminar, *que, como dijimos en la carta anterior, se ha omitido en la traduccion española.--T.*

de Mr. Süe. Nicolás Marcial, el hijo del guillotinado, se ha fugado de la prision con el *Esqueleto* y *Barbillon*, dos asesinos como él, y reunido al *Cojuelo*, cuyos vicios precoces lo han hecho recibir en esa perversa sociedad; se entrega á un baile obsceno, en una taberna, con infames criaturas venidas del figon del Conejo Blanco con la tia *Pelona*..... ¡mientras guillotinan á su madre, la viuda Marcial, y á Calabaza, su hermana!

Véase cómo el novelista del *Diario de los debates* cumple la promesa que habia hecho de *purificar la atmósfera de su novela á medida que siguiese adelante*. Comienza en un figon, y concluye en otro: principia por un retozo torpe, el *caló* y una riña de *puñetazos* entre un príncipe y un asesino, y acaba con un combate de bandidos, en que su primer camarada, el *Churiador*, queda muerto de una herida que *picó en el punto;* con el mismo *dialecto de los ladrones y rufianes:* y al pié de la guillotina en que muere una muger abominable, insultando á la sociedad y blasfemando á Dios, mientras que su hijo se entretiene en danzar obscenamente á las gradas del cadalso.

Las tres notas reprensibles, hechas á la obra de Mr. Süe, subsisten, pues, en toda su fuerza. Pero no son estas las únicas que pueden hacérsele. El novelista del *Diario de los debates* aspira al título de legislador, y esta es su manía, su *caballito*, como decia Mr. Shandy en Sterne: vamos, que apenas habrá legislador mas formidable que Mr. Süe. Observando, sin duda, que sus predecesores en novelas, han respetado mucho, entre las instituciones sociales, la del matrimonio, él emprende reformarla. ¿Y qué es lo que propone para hacerlo mas santo y respetable? Simplemente el divorcio.

El órden de los razonamientos en que apoya Mr. Süe los motivos que hace valer, es tan estravagante, que apenas me atrevo á indicarlo. Vd. ignora, sin duda, y tiene razon para no saberlo, que cuando se compran animales ó caballos, hay ciertas enfermedades, que, cuando se ocultan por el vendedor al que compra, producen la nulidad da la venta; y esos se llaman vicios redhibitorios. Me avergüenzo de decirlo; pero es necesario, al fin, sobreponerme á todas mis repugnancias. Mr. Süe propone con toda sencillez elevar esos vicios redhibitorios, de nuestros establos y caballerizas, hasta el lecho nupcial. El estilo se encuentra á la altura de la proposicion. Escuchémos: *Si compramos un animal cualquiera*, dice, *y despues de cerrado el contrato descubrimos en él algunos de los males señalados por la ley,... la venta es nula,... es un escándalo, un crímen, una atrocidad sin igual, verse uno obligado á conservar un caballo que tiene muermo, un buey que da cornadas, ó un pollino que cojea... Pero si se trata de una jóven que, unida con lealtad y buena fé á un hombre, descubre al otro dia que es epiléptico, esta ley tan previsora, que no permite que un caballo lisiado sirva de reproduccion,.... esta ley se guarda bien de librar á la víctima humana de semejante union.... Sus lazos son sagrados, son indisolubles; y el romperlos ó desatarlos, seria ofender á Dios y á los hombres.... El hombre se entrega á veces á una humillacion muy vergonzosa, y se deja llevar otras de un egoismo y de un orgullo detestables.*

¡Qué dice vd. á esto! Este ejemplo de *un animal cualquiera*, ¿no le parece bien escogido? ¡No comprende que cuando *se ha hecho compra* de una muger ó de un marido, el remate, quiere decir, el matrimonio, debe ser nulo si alguno de los dos tose, cojea, ó se halla atacado de otra cualquiera enfermedad, prevista por el código de las béstias? ¡No percibe lo honorífico que es para la naturaleza humana, este proyecto, fundado sobre la legislacion de la casa de yeguas! ¡Cuán bien dicho ha sido

todo esto, y con cuánta nobleza se ha pensado! ¡Qué elevacion en las ideas, y qué elegancia en ese lenguage, que va á recoger sus metáforas al estiércol de las caballerizas! ¡Gloria inmortal á Mr. Süe y al *Diario de los Debates!* No quedará por su falta, si no elevan el corazon y las inteligencias de las nuevas generaciones; y estas consideraciones sobre la reproduccion de los caballos, aplicadas á la nacion que ha producido á los Bossuet, Bourdaloue, Descartes, Fenelon, Turena y Condé, y que cuenta todavía entre sus miembros á Chateaubriand, Lamartine, Ravignan y Arago, son verdaderamente lisongeras para nuestro pais.

Bien se echa de ver á dónde se dirige todo ese raciocinio: el matrimonio es un mercado; una muger compra á un hombre con su dote, ó á aquella éste con las rentas de viudedad que le asegura. Pero cada cual entiende que adquiere un *animal* sano; y si no lo encuentra así, ó le sobreviene una enfermedad grave, ya no está obligado á la compra, en opinion de Mr. Süe.

Es, sin duda, vergonzoso ocuparse en contestar á semejantes ideas, y mas cuando se espresan en un idioma tan singular. Desde luego se vé que el discurso de Mr. Süe es el mas miserable del mundo. Compone una historia para combatir la inmutabilidad del matrimonio, fundándose sobre una desgracia privada, producida, en su juicio, por esta inmutabilidad. ¡Pero en cuántas historias, y muy reales, no pueden apoyarse las razones contra el divorcio? ¿En qué viene á parar la familia, con la fragilidad del matrimonio que desata ese nudo? ¡Cuál será la suerte de los hijos, cuando la union que ha producido su nacimiento pueda ser disuelta, y cuando sus padres sean colocados entre el recuerdo de un lazo disuelto, y las exigencias del nuevo que puedan contraer! Huérfanos, y aun peor que huérfanos, porque los padres que han perdido viven, carecen de todos los cuidados del hogar paterno, en el que solo viene á hallarse como un escándalo original que pesa sobre su cabeza (*). He aquí ciertamente desgracias particulares, que abogan con mayor elocuencia á favor de la inmutabilidad del matrimonio, que ataca Mr. Süe, valiéndose de una desgracia privada, que representa como producida por ella.

Si la indisolubilidad del matrimonio parecia deber proscribirse, por la sola razon de que impide que Madama d'Harville sea feliz, con mayor debe prohibirse el divorcio, por los infortunios individuales que ha causado, y la funesta influencia que ha ejercido sobre el destino de tantas familias, privadas, al principio de este siglo, por la inconstancia de sus autores, de la felicidad de que deberian haber disfrutado. Se infiere, pues, que el argumento que Mr. Süe dirige contra la inmutabilidad del matrimonio, puede, con mayor razon, volverse contra el divorcio, lo que prueba que carece de solidez.

(*) *En la misma marquesa d'Harville tenemos un ejemplar. Su querida y única hija habia contraido la enfermedad del marqués, en el que, atendidas sus bellas cualidades y sensibilidad, es muy natural suponer tendria siempre un abrigo, un protector, un consolador, un padre, en fin, en cuyo corazon hablaria la sangre y la naturaleza con mas imperio que la amistad y la compasion. En efecto, ¿á qué se reduce todo el interés de Rodolfo por esa triste criatura? A pueriles caricias, y al ofrecimiento de que la curaria su* médico negro: *lo que no nos dice Mr Süe si llegó á verificarse. ¿Y esto puede pesar mas en la opinion de un escritor que conoce el mundo, que los cuidados de un padre? Y si, como las cosas se disponen para que Madama d'Harville venga á parar en gran duquesa de Gerolstein, valiéndose ella de la solubilidad del matrimonio, que se recomienda en los* Misterios de Paris, *se casa con Mr. Cárlos Robert, ú otro caballero de la misma calaña; ¿cuál habria sido la suerte de la infeliz niña?*—T.

El legislador de los *Misterios de Paris* ha perdido de vista completamente el objeto de las instituciones sociales, y esto es lo que causa su error. Ellas no se han establecido para hacer felices todos los destinos individuales, obra verdaderamente imposible de realizar en la tierra; sino para mantener las sociedades y dar á la generalidad de los individuos la mayor suma, en lo pronto, de virtud, y despues de felicidad posible. He aquí por qué el divorcio es, á la vez, religiosa y socialmente prohibido en los paises católicos. Por el interes de algunos matrimonios mal afortunados, se conmoverian todos, quitándoles su carácter de perpetuidad; y ofreciendo á toda clase de personas la perspectiva de un cámbio, haria desaparecer ese sacrificio y esa paciencia tan necesarias en las tribulaciones de la vida. La regla seria hecha para la escepcion, en vez de que ésta debia inclinarse ante aquella.

¡Qué idea tan mezquina se forma, pues, del matrimonio, Mr. Süe, y cómo no concibe que no lo hay verdadero, sino donde hay estabilidad en esta union santa, la primera de todas las humanas, y la única, como dice la Iglesia en su hermoso lenguage, que no ha sido desheredada de la bendicion original que Dios le dió en el Eden? Si puede romperse una union tan íntima por una enfermedad, á cubierto de la que ninguno podrá ponerse, jamas faltarán motivos á la inconstancia humana para autorizar esos rompimientos, y cada cual alegará una razon para sacudir un yugó, frecuentemente pesado de llevar. Aquí es una muger que creyó haberse casado con un marido sano, y *descubre al otro dia que es epiléptico*; otra vez será necesario satisfacer al reclamo de la que, despues de casada con un hombre rico, descubre al dia siguiente que está arruinado; ó al de la que lo tuvo por hermoso y de un esterior seductor, y se lo encuentra con algun defecto corporal ó desfigurado por la enfermedad, ¡qué sé yo? Despues de los males físicos, seguirán los morales. Se harán valer las incompatibilidades de carácter, y no se encontrarán sino mugeres rencillosas y maridos brutales. Cada cual echará en cara sus defectos ó violencias á su consorte, y se le culpará siempre de lo que difiere la realidad de lo ideal, y de lo que la esperiencia desmiente por lo comun las promesas del deseo.

¡Será necesario enseñar á Mr. Süe que, precisamente porque el hombre y la muger son superiores á los animales, su union no está sujeta á las leyes y condiciones que rigen la mezcla de las béstias? Estas no son sino la obra del Creador; nosotros somos hechos á su imágen. Para aquellas no hay mas que cuerpos, para nosotros hay almas. Respecto de las primeras, no se trata sino de la multiplicacion y perpetuidad de las especies; pero frutos mas nobles y puros resultan de la sociedad del hombre y de la muger: la resignacion, el sacrificio, la perfeccion moral, la virtud.

Véase por qué la indisolubilidad del matrimonio resiste á las consideraciones que harian disolver á una sociedad menos elevada, menos inteligente y moral. Ella tiene un objeto, aun cuando sobrevienen los pesares, aun cuando alguno de los dos miembros de esta sociedad admirable es el blanco de una catástrofe cruel é imprevista. Entonces no ofrece ya felicidad, pero sí deberes; ¡y no es la dicha mas pura de todas, el sentimiento de un deber bien desempeñado? Lo que constituye la nobleza del hombre, es, que la sensacion de bienestar no sea el único móvil de su conducta, sino que es una criatura moral que sacrifica lo útil á lo hermoso, lo ventajoso á lo justo, que puede hallar santos goces en el sacrificio, y esquisitos y puros placeres en el rendimiento y la abnegacion. El mismo Mr. Süe lo ha percibido instintivamente. Despues de haber mostrado á la marquesa d'Harville indignada contra su

destino, nos muestra su resignacion, y bajo este último aspecto es cabalmente como ella interesa, agrada y conmueve.

A la falta de haber presentado la estravagante apología del divorcio, que no se puede leer sino con una sensacion de disgusto, Mr. Süe agrega otra, la defensa del suicidio. El marqués d'Harville, en el trasporte de su dolor, esclama: *No amo, ni puedo amar mas que á una sola muger.... á la mia.... Su conducta noble y elevada aumentaria mi loca pasion.... si fuese posible aumentarla.... Tiene derecho para despreciarme... y la he engañado infamemente para unirla á mi detestable suerte.... Estoy arrepentido.... ¿Pero qué debo hacer ahora por ella? Librarla de los lazos odiosos que la impuso mi egoismo. Solo la muerte puede librarla de estos lazos!... Debo, pues, quitarme la vida.* Despues continúa así Mr. Süe: *Y hé aquí la razon por qué el marqués d'Harville ha llegado á consumar este grande y doloroso sacrificio. ¿Se hubiera acaso suicidado, si existiese el divorcio? ¡No! La inexorable inmutabilidad de la ley hace con frecuencia irremediables ciertas faltas, y no permite lavarlas, sino con un nuevo crímen.*

Entre los títulos de moralidad de Mr. Süe, es, como puede verse, poner la apología del suicidio despues de los ataques contra el matrimonio; apología tanto mas condenable, cuanto que favorece y escita una de las enfermedades mas deplorables de este siglo, en que el sombrío y fatal genio del suicidio, se asienta, como un siniestro consejero, al lado de tantos jóvenes materialistas. Y nótese aquí cómo lo que hay en él de irracional, en la idea de Mr. Süe, se refleja hasta en sus espresiones. ¿Qué quiere decir un crímen que lava una mancha? ¿Tiene esto algun sentido? ¿No es claro que léjos de lavarla, la agrava? ¡Qué lógica, y al mismo tiempo qué moral!

Todavía pudieran dirigirse otros cargos contra la moralidad del libro de Mr. Süe. ¡Qué no habria que decir sobre las estravagantes ideas de su Rodolfo, en materia de justicia y de moral; sobre las facultades judiciales que se concede él mismo en Paris; sobre la sentencia que pronuncia contra el *Maestro de Escuela*, al que hace vaciar los ojos, por humanidad, para darle tiempo de arrepentirse, despues de haberlo tentado él mismo, proponiéndole un robo nocturno; sobre el estraño medio que emplea para obtener las pruebas del crímen del notario Ferran, en cuyas venas enciende una enfermedad asquerosa, sirviéndose de las provocaciones lúbricas de la criolla Cecilia! ¡Dónde, dónde está en todo esto el sentido.... moral, iba á decir el sentido comun? ¿No es evidente que semejante libro tiende á exaltar el sentimiento de la fuerza individual, á convidar á cada uno á sobreponerse á la ley, á sustituir su iniciativa privada, á la sancion general? ¡Singular mision, á fé mia, ha tomado sobre sí un periódico que se precia de conservador!

Yo entiendo que, con lo dicho, ya no puede ponerse en duda la moralidad del libro de Mr. Süe. En cuanto á sus faltas y cualidades, bajo el punto de vista del arte, para servirme de la espresion adoptada por el mismo autor, esta es otra cuestion que debe dilucidarse.

No hablamos del estilo: un libro medio escrito en *caló*, no lo tiene. La única observacion que puedo añadir en el particular, es, que la pluma del autor, parece, en los *Misterios de Paris*, hallarse mas á su libertad en las escenas horribles ó triviales, que en aquellas cuyas ideas mas morales y puras, exigen ser bien espresadas; el estilo de Mr. Süe, por lo comun enérgico, en la primera circunstancia, se hace ampolludo y declamador desde que intenta elevarse.

¡Quiere pintar una conciencia horroriza-

da por sus recuerdos, y perseguida por sus propios fantasmas? La llama *la linterna mágica de los remordimientos*. ¿Trata de representar un misterio impenetrable? *Este misterio*, esclama, *es el túmulo de mi espíritu*. Cuando Rodolfo juzga al *Maestro de Escuela*, y lo condena á que le vacíen los ojos, le dirige estas frases: *Tu castigo, lejos de ser estéril, como la muerte, será fecundo... te privo del esplendor de la creacion... te sepulto en una oscuridad impenetrable.... tendrás que contemplarte á tí mismo... Todas tus palabras son blasfemias.... todas ellas se convertirán en plegarias que dirigirás al Omnipotente*. Confiésese que cuando se sacan los ojos á cualquiera, se deberian tratar con un poco mas de clemencia sus oidos, y evitar estos lugares comunes académicos. Otro ejemplo. Cuando el *Maestro de Escuela*, ciego y encadenado en la cueva del *Corazon Sangriento*, tiene en sus manos á la *Lechuza*, medio sofocada, le dirige el discurso siguiente: *Ahora acabaré de esplicarte cómo he ido sintiendo poco á poco el arrepentimiento....Aunque estoy ciego, mi pensamiento toma una forma y un cuerpo tales....que me representa sin cesar de un modo visible.... casi palpable, el cuerpo y la forma de mis víctimas.... La imágen de estas ideas, tenaces sin duda, se retrata casi materialmente en el cerebro, cuando uno no tiene vista.*

Al oir este galimatías metafísico, le grita el *Cojuelo*: *¡Cuidado, viejo! Mira que estás haciendo el papel de Moessard.... ¡Bravo! ¡Bravo!* Yo pido permiso de adherirme en esto, salvo el estilo, á la opinion crítica de Mr. el *Cojuelo*, que me parece perfectamente fundada.

Si Mr. Süe tuviese un estilo, y si todo no le fuera lícito á un hombre que se permite el *caló*, que llama á las personas ricas *parnés*, á los bandidos *nicabaos*, y que cuando quiere decir *matar*, vacila entre cuatro sinónimos, *chourinar*, *mojar*, *despachar*, *diñar*, yo señalaria un resabio suyo de lenguage, muy desagradable, y es, una palabra que ha adoptado y emplea por todas partes, de la manera mas estraña: la espresion de *valiente*. "Ella descendia *valientemente* en este cieno infecto," dice en un lugar: "la *Loba* es una *valiente* jóven:" "él tenia un corazon tan *valiente*:" "¿no he desempeñado *valientemente* mis deberes de padre y madre?"

No han sido, pues, la moralidad de la obra de Mr. Süe, ni tampoco su estilo, las causas de la fortuna de los *Misterios de Paris*. ¿A cuál debe atribuirse, segun esto? Desde luego al motivo sobre que el mismo autor contaba, cuando comenzó su obra. En una época, hablemos con mas propiedad, en una situacion en que Lacenaire ha escitado interés, Fieschi conseguido una popularidad real en la cámara de los pares, y Madama Lafarge adquirido casi un partido (*), no es necesario preguntar por qué lo horrible prueba bien, y lo espantoso recrea. Este instinto de curiosidad enfermiza, que tiene sed de emociones nuevas y punzantes, ha sido el primer elemento del favor que se ha adquirido el novelista del *Diario de los Debates*. Los *Misterios de Paris* podrian ser comparados á una ejecucion pública que cualquiera puede ver desde su casa, ó á una visita á la cárcel, hecha por el lector, sin salir de su gabinete. La facilidad de disfrutar del placer de este espectáculo, junto con la horrible novedad de las emociones que origina, ha tenido gran parte en la fortuna del libro.

Ademas, es necesario confesar que Mr. Süe tiene un verdadero talento de espo-

(*) *Habla aquí el autor de los tres célebres procesos que por ese tiempo llamaron la atencion pública en Francia: el de madama Lafarge, por haber envenenado á su marido; el de Fieschi, por conato de regicidio; y el de Lacenaire, segun creemos, por el robo de unos diamantes.*—T.

sicion dramática, y él ha debido producir y ha producido efectos poderosos, cuando ha sido aplicado á esta especie de América del crímen, que ha descubierto en los lugares bajos de la sociedad, y cuyas odiosas particularidades ha exagerado, aprovechándose del privilegio que tienen todos los viageros.

Otra razon de la fortuna de la novela conservadora: ella ha adulado, como se ha hecho ya la indicacion, uno de los mayores errores de la época, y satisfecho una pasion profundamente revolucionaria, exaltando, sobre toda medida, la opinion exagerada de la personalidad y potencia individual del hombre. Su Rodolfo es mas bello, mas virtuoso, mas prudente y mas hábil que la sociedad entera. Vela donde ella duerme; repara sus yerros, socorre la inocencia que ella abandona, castiga el crímen que deja impune. Es mas que un hombre, iba á decir mas que Dios. En efecto: ¿no obra, cuando la Providencia *indolente*, esta es la palabra de que se vale Mr. Süe, descansa, y cuando por este reposo funesto, va á dejar prevalecer á la envenenadora madrastra de Madama d'Harville? Tanto en el mal, como en el bien, el autor exagera las proporciones de la individualidad humana. La viuda Marcial es de una magnitud satánica, como Rodolfo es de un grandor divino.

Los *Misterios de Paris* han recibido un reflejo de esa filosofia moderna, que debe el favor de que disfruta al orgullo, esta vieja enfermedad de nuestra naturaleza, á que se dirige. El hombre ha querido siempre que se engrandezca su poder, y le parece que el individuo se agranda con el tipo: los *Misterios de Paris* dan una ámplia satisfaccion á esta inclinacion desordenada. Los personages del libro, así en el mal como en el bien, tienen algo de colosal. El hombre allí desciende á los infiernos y sube hasta el cielo, para destronar á Satanás y á Dios.

Ni echemos en olvido un procedimiento, que no por ser algo forzado, ejerce ménos una cierta accion sobre el espíritu del lector. Se sabe que entre las emociones á que el hombre es mas sensible, es necesario contar la de la sorpresa. Esta es la que hace de la juventud la mas bella de las edades, y de la vejez la mas triste y severa, á no mirar las cosas sino bajo el punto de vista humano. La edad en que nada sorprende, hace, por lo comun, echar menos aquella en que se sorprende de todo. Pues bien, Mr. Süe ha procurado en su obra continuas sorpresas á sus lectores. ¡Entra en su compañía en el figon de la calle de Féves! Pues es para enseñarle á un príncipe reinante, en sociedad con un presidario cumplido, á quien momentos ántes ha espantado á puñadas, y con una ramera que acaba de quitarle de las manos. ¡Lo introduce en la cárcel? Es para hacerle escuchar un puro y gracioso idilio. ¡Lo lleva al pulido gabinete de un hombre á la moda! Es para hallar allí una verdadera caverna. Hace aparecer las flores mas olorosas de su pensamiento, en los pantanos infectos, que parece debian marchitarlas en un instante. Empuja á una taberna al que lo acompaña, y al levantar éste los ojos con sorpresa, descubre una imágen de la Vírgen en ese lugar infame. Estas continuas sorpresas tienen algo de atractivo y original que escita la atencion de los lectores ordinarios, y su interes les impide dormirse. La verosimilitud es violada sin duda; pero esto es nuevo, esto no tiene semejante, y para un grande número de gentes, no se necesita mas.

Queda, pues, por mi parte, cumplida la promesa que hice á vd. He entrado resueltamente en los *Misterios de Paris*; y trabajando en apreciar la idea primera de este libro, que tan vivamente ha ocupado la sociedad, la he creido encontrar en las *Memorias del Diablo*. He examinado la concepcion, que nada tiene de original, e

plan, que no tiene unidad y que parece prestado del de Ariosto, á cuyo ejemplo, interrumpiendo Mr. Süe á cada capítulo la narracion comenzada, deja siempre á sus personages en una posicion crítica, y á sus lectores en la suspension de una curiosidad mal satisfecha. He hecho pasar los principales tipos á la vista de vd. Resignado de antemano á que el autor que ha llamado virtuoso al negro Atar-Gull, asesino de toda una familia, coloque nuestra correspondencia temeraria entre las *conversaciones de ébrios, y que en el fondo no condenan á Mr. Süe, sino porque les impide digerir* (*); me he tomado la libertad de probar que la rebusca de lo horrible, de lo infame, y obsceno; la confusion de los principios del bien y del mal; la tendencia al fatalismo; la justificacion de los crímenes individuales, con la falta de armonía social; la apología del divorcio y del suicidio, no logran el carácter de una elevada moralidad.

En cuanto al mérito literario, no he podido permitirme dar una opinion general sobre el estilo de Mr. Süe, por falta de conocimientos de *caló*. Pero he indicado sus calidades y faltas, cuando quiere hablar bien el idioma de todo el mundo: energía en las escenas triviales y horrorosas; hinchazon y mal gusto, cuando se trata de espresar las ideas de una moralidad mas elevada; un verdadero talento de esposicion dramática, auxiliado de una imaginacion viva y poderosa; la exageracion de las fuerzas del hombre en el bien como en el mal; adulaciones hechas á su orgullo; la novedad y el horror penetrante de los cuadros, dos caracteres que convienen á la curiosidad enfermiza y á la sed de emociones de que algunos son urgidos; efectos nuevos, producidos á espensas de la verosimilitud por las bellezas y gracias de la virtud, trasportadas á las regiones del vicio: hé aqui la esplicacion de la fortuna de esta obra.

Para ser justos hasta el cabo hácia Mr. Süe, convendré en que el artificio de la composicion de los *Misterios de Paris*, es bastante hábil. El consiste en encabestrar escenas dramáticas y llenas de interes, donde los principios de la moralidad no son ofendidos, á otras totalmente inmorales, de manera que las primeras hagan pasar á las segundas. Que este talento sea bueno, hablando literariamente, quiero decir, *comercialmente*, porque la literatura se ha convertido en comercio, no pretendo decir lo contrario; pero lejos de disminuir el peligro moral de este libro, lo aumenta semejante combinacion.

¡Qué hacen los envenenadores hábiles? Mr. Süe, en su calidad de médico, ha podido algunas veces haber sido llamado para certificar sobre el método que emplean. ¡Ministran acaso el veneno solo? No; la naturaleza, para servirnos del nombre científico de la Providencia, ha dotado á casi todas las sustancias venenosas de un sabor acre y desagradable, que denuncia su presencia. Ellos mezclan, pues, esta sustancia mortal, con manjares sabrosos, que pueden ocultar su gusto, y hacen de esta suerte tomar el veneno que debe matar, con los alimentos que hacen vivir. Alguna cosa de semejante hay en esta mezcla de moralidad y falta de moral, que se encuentra en los *Misterios de Paris*. Si este libro hubiera sido en todas partes lo que es en el mayor número de sus capítulos, habria sido imposible escusarlo y aun admitirlo, y todo el mundo se habria avergonzado de leerlo. Pero su autor se ha conducido de manera á dar pretestos á los que arrastra la curiosidad; ha hecho de su novela, no en un todo una de esas casas infames, en que nadie se atreve á poner el pié, sino una de aquellas equívocas, adonde todavía ocurren multitud de personas, teniendo cuidado de no profundizar las apariencias, por-

(*) *Espresiones injuriosas de Mr. Süe, en una de las que tituló* Contestaciones *á estas cartas.*--T.

que, despues de todo, se halla diversion, con tal que no se tenga el gusto muy delicado.

Soy, señora, con el mas profundo respeto, &c.

(*Traducidas*).

TEATRO.—LUCRECIA BORGIA (*).

Todo el mundo conoce la funesta tendencia de los escritores dramáticos de nuestros dias, que so pretesto de renovar el arte, lo han corrompido, arrojado en el cieno y convertídolo en un horrendo monstruo, sin que los clamores de la crítica contra tan deplorable sistema de composicion, hayan logrado impedir que el genio de lo horrible, deje de llenar, con una fortuna espantosa, el objeto de su infame mision. En la mayor parte de los teatros de la capital de la Francia, de esa ciudad que tanto tiempo há se reputa como la metrópoli de la civilizacion, no se representan, hace muchos dias, sino piezas licenciosas bajo el doble aspecto del gusto y la moral; y difundiéndose desde ellos, como de un foco pestilencial, esas producciones obscenas, se estienden por todas partes, y conducen la corrupcion hasta los mas distantes puntos de la atmósfera en que tantas provincias vagan al rededor de Paris.

De todas partes, empero, mil voces elocuentes y acostumbradas al respeto y á la atencion de los pueblos, fulminan el anatema contra semejante desórden, y hacen escuchar las quejas doloridas de la religion y de la moral ultrajadas. *¡Desgracia! ¡desgracia!* gritan, sobre esta generacion que corre al mal como á un agradable banquete, al mismo tiempo que los amigos de las sanas doctrinas literarias, se apresuran igualmente á protestar contra los horrorosos progresos de lo que se llama la *escuela moderna;* como si el vicio y la inmoralidad, en una sociedad regularizada, pudieran tener jamas doctores de oficio y una enseñanza pública. Paris apenas los escucha; no comprende á unos ni á otros; y su inmensa poblacion se agolpa y precipita para beber en la copa emponzoñada.

¡Seremos mejor escuchados y entendidos en nuestra Bélgica, tan fiel hasta el dia á los preceptos del catolicismo; nosotros, débiles pero concienzudos escritores, cuando, á nombre de cuanto hay sagrado en el mundo, conjuramos á nuestros conciudadanos á separarse de la senda fatal que conduce á las representaciones de la nueva escena! Así lo esperamos: mas sea lo que fuere, y aun cuando debieran esterilizarse nuestras espresiones, no por eso dejariamos de haber desempeñado nuestro objeto, que es el de defender siempre, con esa seguridad que conviene tan bien á la causa de que somos los órganos, los derechos

(*) *Casualmente en esta misma semana* (*el miércoles* 17), *ha insertado* El Eco del Comercio *un artículo sobre el propio asunto, contrayéndose á criticar la ejecucion dramática de esta pieza: "de gran celebridad, y juzgada por hombres que, como Girardin, poseen grandes conocimientos del corazon humano." Con lo que ahora decimos, acerca de su* moralidad, *podrá completarse la idea que se debe formar de esa comedia, y del estado de nuestras costumbres y de nuestro teatro; y á vista de la íntima relacion del sentimiento moral con el religioso, disimúlesenos esta pregunta: ¿Esta y semejantes comedias, de que hablaremos en otra ocasion, no son mas capaces de viciar el sentimiento religioso, que cualquiera práctica piadosa, pura en su orígen, pero de la que puedan abusar las pasiones humanas? ¿Tambien se atribuirá al clero la relajacion del teatro, que se llama escuela de las costumbres?*

imprescriptibles de la religion, de la moral y del buen gusto.

Se dice mucho que en esta ciudad (*Lieja*) se está preparando, en el teatro, una representacion del último drama de Victor Hugo, titulado: *Lucrecia Borgia.*--¡Qué clase de composicion es esta de *Lucrecia Borgia?*--Narracion de homicidios é incestos, escenas de envenenamientos, orgías, prostituciones, asesinato de una madre por su hijo..... Nos avergonzamos de decir mas, y no osariamos esponer á la vista de nuestros lectores el horrible cuadro que abrazan los tres actos de esta pieza, cuyo solo análisis nos repugna.

¿Qué diremos, pues, de la representacion?

Nada, sino que todas las personas honradas, que todavía tienen horror al vicio, é intentan conservar aquella sensibilidad natural, fuente única de los verdaderos placeres del alma y de las puras emociones de la virtud, no contribuirán con su presencia á la fortuna de esta pieza. Si los espíritus corrompidos abundan para formar una numerosa concurrencia, que solo para ellos se ofrezca en la escena *Lucrecia Borgia*; pues que no perdiendo ya nada de sumergirse en ese pantano en que se nutren tantos corazones, y no pudiendo ser afectados sino por sensaciones convulsivas, *Lucrecia Borgia* acaso se las producirá; porque la vista de este drama es mas propia que la de ningun otro, para sofocar el sentimiento de lo bello y estinguir el gusto de lo verdadero, en las almas que el hábito del vicio y los frios cálculos de la impiedad aun no han acabado de desecar.

Lucrecia Borgia es una pieza histórica.--Bien podriamos esponer algunas dudas sobre este punto; porque ¡quién hay que ignore cómo se ha compuesto la historia en cierta época? Pero séalo enhorabuena. *Lucrecia Borgia*, tal como Victor Hugo la presenta, *Lucrecia Borgia* la inmunda, la envenenadora, &c., es de la historia. ¡Mas qué nueva pretension es esta del arte, de hacer público todo lo pasado, en la escena? ¡dónde se contendrá, prosiguiendo esta carrera? Las orgías de Calígula, las deshonestidades de Mesalina, las crápulas sanguinarias de Neron, y en tiempos mas próximos á nuestra época, las saturnales de la regencia, los placeres impuros del directorio, todo esto tambien es de la historia. ¡Y qué! ¿la conciencia social permite á un escritor trasformar estas infames páginas en accion teatral; esponer todos estos horrores á la vista del público, y convidar á sus conciudadanos á tan horrible espectáculo? ¡Y esto se llama progresos del arte? ¡Y así se exaltan todavía los prodigios de nuestra civilizacion? ¡Y no cubrirá á nuestras megillas el rubor de la vergüenza, como hombres racionales y como cristianos? ¡Ah! no exageramos: consúltese á la razon universal, escúchese el sentido comun del pudor; su juicio no diferirá del nuestro. Hay crímenes que para siempre debian quedar sepultados en la sombra del misterio: sacarlos á toda la claridad del dia, es ultrajar al hombre, á la sociedad, á Dios.

¿Qué importa, segun esto, el talento del escritor? ¡Qué interesa el nombre de Victor Hugo, si Victor Hugo es un ángel decaido, si Victor Hugo arrastra en el cieno las alas de oro que lo habian elevado hasta los astros, si Victor Hugo es infiel á su mision de hombre de génio, si Victor Hugo es traidor á Dios, que ha dotado tan ricamente á su alma, si Victor Hugo pierde en vez de salvar, si corrompe, en vez de cicatrizar, si asesina, en vez de curar? Victor Hugo tiene un estilo brillante.... ¿El rayo que destroza y demuele todo, no brilla tambien en la nube? ¡Y por eso deberemos esponernos á sus golpes?

(*Conservador belga*).

MISCELANEA.

Baviera.--El piadoso instituto de las Hijas de San Vicente de Paul, perseguido por los protestantes, en el gran ducado de Baden, prospera diariamente en Baviera, donde ellos mismos no rehusan hacerles justicia. La pequeña ciudad de Suching, inmediata á Ratisbona, les ha abierto hospital, y dádoles ademas casa para el desempeño del ministerio de instruir gratuitamente á las niñas, que les previene su regla. En Alemania no son conocidas estas venerables hospitalarias, como en Francia, por las Hermanas de la Caridad; el pueblo aleman, penetrado de respeto por su virtud, las llama: *Hermanas misericordiosas*; y bien merecen este honorífico nombre; á vista de las obras de misericordia que tan cumplidamente desempeñan.

(*L'Ami de la Religion.*)

América del Sur.--Por una carta particular de Córdoba de Tucuman, de la república Argentina, sabemos que los jesuitas de la provincia de Buenos-Aires, han sufrido una dispersion y persecucion, que se ha estendido á esas provincias internas, *por no querer tomar parte en las cosas políticas;* sin embargo, en fuerza del amor que les profesan esos pueblos, y sobre todo, de la Providencia Divina, que protege su inocencia, permanecen en esa provincia de Córdoba, reunidos en casa y noviciado, con siete sacerdotes, ocho novicios escolares, y dos coadjutores: en la de Catamasco, tres sacerdotes y un coadjutor: en San Juan de Cuyo, otra residencia, con tres sacerdotes y un coadjutor. Ejercitan libremente sus ministerios en la ciudad, y el de misiones por sus muchos pueblos; siendo cada curato, como obispado sin obispo ni pastores secundarios, competentes al número de feligreses y á la estension del territorio. En San Juan de Cuyo, han abierto una clase de gramática, que si se les deja en paz, será el principio de un colegio tan famoso como cualquiera de Europa. El gobernador de aquella ciudad, D. Nazario Benavides, está muy empeñado en que le reciban á su hijo en dicha clase.--En Montevideo y Santa Catalina (Isla del Brasil), hay tambien colegios y misiones.--En Nueva Granada ó Columbia, los jesuitas son mas numerosos, y protegidos por el Illmo. Sr. arzobispo Mosquera, se establece allí la Compañía de un modo mas sólido y radical, y se cuentan los mejores sugetos que tiene la repetida órden religiosa en las Américas.

IMPORTANTE.

En la libreria del portal de Agustinos núm. 3 se halla de venta, al moderado precio de dos reales, un librito cuyo título es *Esplicacion y refutacion del Protestantismo.* ó sea: *Catecismo de controversia.* Recomendamos eficazmente su lectura, por juzgarla muy necesaria en las actuales circunstancias de nuestra nacion. Suplicamos á los señores párrocos lo circulen entre sus feligreses, seguros de que, con este auxilio, afirmarán la *unidad* en la creencia, que es ciertamente el antemural inespugnable contra las nuevas calamidades que se nos esperan.

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13.

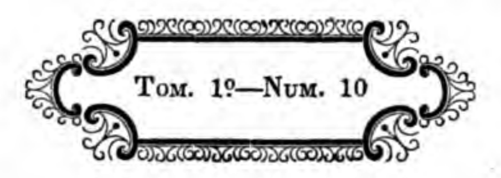


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 10

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 27 DE MAYO DE 1848. [Num. 10.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,
ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA RESURRECCION.

La gloria de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, ha sepultado los oprobios de su muerte: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam.*

Segun San Ambrosio, Dios dijo en aquel dia á Jesucristo: "Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado: ahora conoces que participas de mi Divinidad, triunfas del pecado y de la muerte, entras en la vida de la gloria, y manifiestas al Cielo, á la tierra y al infierno, cómo eres un Dios." *Inresurrectione totus Deus.* Si los discípulos han debido creer que Jesucristo era hombre, viéndole en la Cruz, no pueden dudar que era Dios, viéndole salir del sepulcro. No solo Jesucristo venció á la muerte, sino que domó y sujetó la mortalidad: *¡ero mors tua, ó mors!* En el sepulcro vienen á estrellarse las glorias humanas, comienza la suya; y es su sepulcro verdaderamente el glorioso por escelencia: *sepulchrum gloriosum ejus.* Jesucristo resucitado de entre los muertos, no muere ya: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur.* Jesucristo triunfa del infierno y del mundo: él ha triunfado, y nos enseña á vencerlos. *Surrexit verè....et nos resurgemus.* Jesucristo recibe despues de su Resurreccion una alegría que iguala á su dolor, y una belleza mayor que sus oprobios. La gloria del sepulcro borró las ignominias de la Cruz. El cristiano que resucita á la gracia, recibe una alegría espiritual que escede á todas las tribulaciones, una gloria superior á todos los resplandores mundanos, una belleza inefable, y una vida que absorve la muerte.

Ciertamente que ha resucitado Jesucristo, y nosotros tambien resucitaremos.

Jesucristo ha resucitado: Jesucristo nos resucitará. *Qui suscitat Jesum, et nos suscitabit.*

Todos los Profetas representaron al Mesías en el oprobio y en la gloria, en las grandezas y en la miseria, en la vida y en la muerte, para venir á parar al sepulcro, donde debia descender, pero que saldria de él. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem.* ¿Dónde, pues, hallariamos sin la muerte y la Resurreccion, al Mesías de la Escritura, un Mesías humillado y triunfante, mortal é inmortal, obscuro y glorioso, el Mesías de los judíos y el Mesías de los cristianos?

Jesucristo, el Redentor prometido, no solo habia anunciado á los Apóstoles que seria mofado, azotado y crucificado; les dijo muchas veces, que resucitaria el tercero dia de su muerte: *Quia oportebat eum occidi, et tertia die resurgere.* No solo á

sus discípulos, sino hasta á sus enemigos les decia: "Derribad el templo, yo le reedificaré en tres dias, porque yo puedo morir y volver á vivir. *Pono animam mean à me ipso: potestatem habeo ponendi eam et iterum sumendi eam.*" Pedia el pueblo una muestra: no se le dará otra que la de Jonás, el milagro de la Resurreccion. Este es el sello brillante de la autoridad divina, la cierta señal en que todo el universo reconoce al Hombre Dios.

La idea de que el Mesías resucitaria, y que Jesucristo habia anunciado que saldria del sepulcro, era general entre los judíos, porque los príncipes de los sacerdotes dijeron á Pilato: "Nosotros recordamos que este seductor ha dicho muchas veces, que resucitaria al tercer dia: *Quia seductor dixit adhuc vivens: post tres dies resurgam:*" y pidieron guardas por miedo de que los Apóstoles quitasen el cuerpo. Si hubieran hecho creer al pueblo que ha resucitado, este error seria peor que el primero: *erit novissimus error pejor priore.* Pilato les respondió: "¡No teneis una guardia? Haced lo que querais de Jesus!" ¡Disposicion admirable de la Providencia! Si Pilato hubiera enviado soldados romanos, dice San Juan Crisóstomo, que los judíos no hubieran confiado en la fidelidad de ellos, y tampoco estaban á sus órdenes: y Dios quitó este pretesto á los incrédulos. El espectáculo de la pasion del Justo, estaba reciente en todas las imaginaciones; se repetian sus palabras, sus prodigios, sus oprobios, su sentencia, cuando Pedro, que habia renegado de su Maestro delante de una criada, y Juan, que habia huido en el huerto de las Olivas, comparecen delante de los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, y los acusan de haber crucificado al Mesías, Hijo eterno de Dios. Las piadosas mugeres oyeron al ángel, que Jesucristo habia resucitado: ya no está aquí. Los guardas vieron al ángel que abria el sepulcro, y que el rostro del Redentor brillaba como un relámpago: *erat aspectus ejus sicut fulgur.* Todos estos testigos corrian por Jerusalen en la relacion de tan grandes acontecimientos. Túrbase la sinagoga, y júntase el consejo.

¡Cómo es que los Apóstoles, desesperados de la muerte del Salvador, tímidos y turbados hasta renegar de su Maestro, se presentan ahora en las calles de Jerusalen? Porque Jesucristo se les habia aparecido, no una vez, sino muchas; no á unos pocos, sino á todos. Por espacio de cuarenta dias le vieron sentado á la mesa con ellos: vieron su pecho atravesado con la lanza: le vieron cerca del sepulcro, en Galilea, en el camino de Emaús á Jerusalen, en el Cenáculo, y á las orillas del lago de Genezareth. Mucho trabajo les costó el creer lo que estaban por sus ojos viendo: *et visa sunt ista.* Cuando las piadosas mugeres vinieron hablando á los Apóstoles de la aparicion de los ángeles, aquellos no las creyeron: *Illi audientes non crediderunt.* Los discípulos de Emaús dijeron á su Maestro que no le reconocian: esperábamos que éste fuese el Redentor de Israel: *sperabamus quia ipse esset redempturus Israel.* Todos sabian que Tomás, ántes de creer, quiso tocar el costado y las manos que habia visto heridos. ¡Dichosa incredulidad, decia San Hilario, que sirvió para que en todos los siglos se creyese! San Juan Crisóstomo se espresa así: "El dedo de Tomás es el maestro y doctor del universo: *digitus Thmaæ doctor et magister orbis.*" ¡Qué dicen los sacerdotes al ver estos testimonios? Dudan, esparcen el rumor de que los discípulos habian robado el cuerpo de Jesucristo, cuerpo que se condujo públicamente al sepulcro, guardándose cuidadosamente, y que no se halla. Este es el hecho mas importante de la historia. Se trata, para inteligencia de todos, quiénes tienen razon, los cristianos, ó los judíos: es necesario saber si el cuerpo de Jesucristo ha sido sustraido del sepulcro, ó si salió de él victo-

riosamente. Nada interesa mas á la humanidad que la resurreccion de uno de sus hijos.

El sepulcro está abierto, la piedra que se hallaba á la puerta, removida, y el cuerpo del Señor no se encuentra allí: ¡que ha sido de él! ¡Dónde está ese cadáver, con cuya simple esposicion se confundia á los Apóstoles, y se escitaba la indignacion general contra la impostura? Los judíos dicen que le sacaron los discípulos; pero guardábanle soldados: toda la nacion judaica tenia el mayor interés de escusarse de haber crucificado al Mesías, y los soldados eran judíos. San Agustin dice: "Locura: si los soldados velaban, ¿cómo han "consentido en la estraccion? y si dormian, "¿cómo han sabido lo que se les hizo de-"clarar?" Si Jesucristo no ha resucitado, su cuerpo estará en poder de los príncipes de los sacerdotes: si los Apóstoles le quitaron, los sacerdotes, dueños de la fuerza pública, descubririan el delito. No es posible que los criminales oculten el cuerpo de su víctima: los rios arrojan á las orillas los cadáveres: la sangre vertida, siempre deja un rastro: aunque se descuartice un cuerpo, algun miembro se halla. Si le quemaron, no es dificil descubrir el hecho; y los mismos discípulos, examinados separadamente, hubieran justificado el hecho con sus mismas contradicciones. Sin embargo, nada se les preguntó. Responded, judíos, ¡dónde está el cuerpo de Jesus Nazareno, á quien habeis crucificado? Los discípulos, ni se ocultaron, ni se negaron á vuestras preguntas é indagaciones; porque jamas se mostraron mas fuertes que cuando les acusabais del rapto. En consecuencia, sacamos claramente, que los Apóstoles no robaron el cuerpo, ni pudieron tampoco, ni quisieron: sus manos hubieran sido insuficientes, y su voz y su valor petrificados.

Quinientos testigos dijeron que habian visto subir al Cielo á Jesucristo despues de resucitado: imposible parece semejante conformidad entre personas que se hubieran concertado para mentir. Todos sabian que, segun la palabra de su Maestro, se les habia reservado á ellos tal suerte: siempre les hablaba de su Cruz: que ellos mismos en adelante serian tambien azotados, perseguidos y condenados al último suplicio. Y estos mismos hombres, tan tímidos pocos dias antes, arrostran el peligro y desean participar de la Cruz de su Maestro, á quien antes habian abandonado. Algo quiere decir este vehemente deseo de ser pobres, despreciados, perseguidos y crucificados, unos hombres que se disputaban los primeros puestos en el reino de su Señor. Pedro, en vano buscas la muerte para justificar tu amor á Jesucristo, porque no se repara en el Calvario la negacion del pretorio. Los judíos te martirizaron; pero no en Jerusalen, porque allí, testigos presenciales, dirian claramente la verdad, y recaeria un juicio decisivo. En Roma es donde pedirán tu cabeza; en Roma no temen tu confesion, en Roma se mezclará tu sangre con la de Pablo, y fecundarán la Iglesia eterna.

Y ¡qué!; ¿sin interes por esta vida ni por la otra, sin mira alguna humana, hubieran querido los Apóstoles hacer pasar por Dios, en todo el universo, á un impostor crucificado en Judea, y formado tan temerario designio? ¡Y aun formado, le hubieran conseguido? Confesémoslo, solo la Resurreccion puede esplicar el nuevo aspecto del Apostolado: su fé y su valor serian, sin este milagro, otro grande milagro inesplicable en las prácticas del corazon humano. Al contrario, si ellos han visto resucitar al Maestro, como lo tenia prometido, ¡no habian de convertirse en los hombres mas intrépidos? ¡Cómo podian titubear en repartirse el mundo, para llevar la palabra de Dios y conquistarle espiritualmente? Han visto resucitar al Señor de Cielos y tierra, y él es quien les dió la órden de enseñar y reducir al universo entero.

Así Jesucristo hizo mas que lo que le propusieron los judíos para insultarle: no bajó de la Cruz, sino que salió del sepulcro: hizo mas que presentarse despues de resucitado á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos, en todo el esplendor de su poder, como pretendian los incrédulos: este poder le comunicó á sus Apóstoles, porque cuando marchaban éstos y les ponian en el camino á los tullidos y leprosos, quedaban sanos, sin mas remedio que su sombra. Hablaba Jesucristo por medio de sus discípulos, se aparecia, y obraba lo mismo: todos los milagros de éstos eran suyos, y probaban victoriosamente el grande de su Resurreccion. Solo el hecho de la Resurreccion esplica la intrepidez de los Apóstoles: solo él esplica su antigua cobardía y la de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos.

Sin la Resurreccion de Jesucristo, ¡cómo se habian de comprender las tergiversaciones y la debilidad de los jueces de Israel? ¿Cómo es que no persiguen á los Apóstoles? ¿Cómo no exigen la estrecha responsabilidad de los soldados? Han dispuesto la guardia del sepulcro: los soldados, si se durmieron, faltaron á su deber, y eran reos de muerte. ¿Por qué fueron gratificados con una suma considerable, *pecuniam copiosam*? ¿Por qué se les impuso silencio á los guardas y á los Apóstoles? ¡Á qué venia este premio ó soborno, si no fuesen los soldados los primeros testigos de la Resurreccion, y los Apóstoles los segundos? Conténtanse los magnates de la nacion, desde luego, con despedir encomendándoles el silencio, á los hombres que decian públicamente que Jesucristo habia resucitado por su propia virtud, que acusaban á los judíos de haber crucificado al Mesías, Hijo de Dios Eterno; hombres que, en opinion de los príncipes de los sacerdotes, habian quebrantado los sellos y violado la santidad del sepulcro; hombres que acreditan, que enseñan un error, que los gefes de Israel han declarado mas funesto que el precedente, *novissimus error pejor priore;* hombres, en fin, que hacen recaer sobre toda la nacion judaica el crímen de Deicidio. Acaso se dirá: si está justificada la Resurreccion, ¡cómo no proclaman á Jesucristo por Mesías verdadero? Porque el orgullo y el interes obstruyen su boca: porque la envidia, la ambicion y el amor á su reputacion, y el deseo de conservar el poder los ciegan. Si hubieran conocido la mision del Redentor, era consiguiente la confesion de que habian asesinado al Hijo de Dios, al prometido de la ley, que ellos esperan todavía. Cuando entró Jesucristo en Jerusalen, gritaba el pueblo: *Hossana*, gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene á nombre del Señor. El pueblo proclamaba al Salvador; pero los sacerdotes y los fariseos le perseguian, acusándole de impío y de blasfemo. Si la mision de Jesus hubiera sido reconocida por ellos, resultaba alterada por los gefes de Israel la Santa Escritura, obscurecida la luz de los Profetas, y atropellada la persona Divina: jueces y verdugos del Mesías eran reos de sacrilegio, y debian temer el suplicio que impusieron al Justo: todo habian de temerlo de un pueblo que habian groseramente engañado.

Todos los humanos intereses se oponian á esta declaracion de los fariseos y á la confesion de los Apóstoles. La debilidad de aquellos y la intrepidez de éstos, quedan suficientemente esplicadas con la Resurreccion de Jesus. Los sacerdotes judíos se confiaban y erguian ántes de crucificar al Señor; y despues aparecieron débiles y tímidos: los Apóstoles, que ántes temian, se han fortificado y robustecido. Si ningun suceso estraordinario hubiera mediado desde la muerte de Jesucristo, serian estas alteraciones inesplicables, un suceso incomprensible. La historia no tiene ya bases. Todo se esplica, todo está claro, porque Jesus habia resucitado.

Aquí estriba la certidumbre moral en el mas alto grado; y para dudar de la Resurreccion de Jesucristo, es necesario dudar de todos los hechos humanos. ¡Sacerdotes de la nueva ley, apóstoles de la nueva alianza, vosotros sois para el nuiverso una prueba irrecusable! La fuerza de unos, la debilidad de otros, la intrepidez de éstos y la perplejidad de los otros, son efectos del mismo milagro. Los que afirman y los que contradicen, forman un dato de irresistible testimonio.

Todas las circunstancias que acabamos de referir, fueron públicas en Jerusalen, escritas por los Apóstoles, y recordadas hasta á los autores de la muerte de Jesucristo; y no se levantó una sola voz entre los judíos ni romanos para contradecirla. San Pablo decia, que ninguna de esas cosas han sucedido en la oscuridad, ni nadie las ignora; y San Pablo lo hablaba en Judea, hasta al rey Agrippa.

Digámoslo de una vez: Cristo ha resucitado, todo se acabó: *resurrexit Christus: absoluta res est.* Todo se acabó, porque los Apóstoles no han podido ser engañados ni querido engañar; porque los gefes de Israel no se han atrevido á perseguir á los guardias ni á los Apóstoles; porque los ocho mil judíos que se convirtieron desde el primer dia de la predicacion de San Pedro, pudieron bien examinar el suceso de la Resurreccion, cuando en Jerusalen abundaban toda clase de testigos de vista; porque no le han contradicho, ni judío, ni pagano alguno; porque nadie, sin creerlo, se ha bautizado; porque el mundo se ha cambiado, y el cumplimiento de todas las profecías apenas data de ayer, y continúa hasta ahora, y dispensa de todos los demas. Que nos pregunten ahora por qué no se han convertido muchos judíos: han seguido la preocupacion, el torrente, la multitud. Por otra parte, todos los que han confesado á Jesucristo, lo hicieron arrostrando toda clase de peligros, abrazando una vida heróica: así la conversion de un solo judío, prueba mas en favor de la Resurreccion, que las objeciones que pueden sacarse de todos los que no han reconocido al Mesías.

La religion cristiana subsiste entera en un hecho tan luminoso. No se trata de un hecho aislado, que se anuncie como los pretendidos milagros de Apolonio de Tyana, mucho despues que habian ocurrido; no: todos los testimonios se concentran para establecerle. San Pablo decia: "Una cosa sé de cierto, y es, que Jesucristo ha resucitado." Todos los Apóstoles, dicen los actos, daban testimonio de la Resurreccion de Jesucristo; *et reddebant Apostoli testimonium resurrections Jesucristi.* Y no son hombres que mueren por una opinion, para fundar una autoridad de un gefe de secta ó de un maestro que los haya engañado ó seducido con el ascendiente de su talento: son unos hombres sencillos, veràces, que van á morir, para confirmar los hechos que han presenciado, con este sangriento testimonio: son unos mártires, que significa lo mismo que decimos arriba: testigos que pier den su vida en testimonio de su conviccion, y que sellan este testimonio con el doloroso sacrificio de su existencia. Copiemos á Pascal en este pasage: "Yo doy crédito al testimonio de aquellos que se dejan decapitar en prueba de la certeza de sus asertos."

No es, por consiguiente, estraño, que el sepulcro del Salvador sea glorioso, el único glorioso del universo, el sepulcro de donde salió resucitado: *sepulchrum gloriosum ejus.* Un templo levantado hace mas de quince siglos sobre el sepulcro de Jesucristo, ha llegado hasta nosotros por entre mil revoluciones, reemplazando al único templo en que fué Dios adorado. Este sepulcro está custodiado por enemigos del nombre cristiano, para que mejor se cumpliese el oráculo de Isaías. ¿Cómo

males de la impiedad, que son mayores, en diez años que impere á una nacion, que cuantos pudo originar, en tres siglos, toda esa abultada relajacion del clero.

Y no se crea que las pretendidas virtudes republicanas son capaces de suplir la falta de las religiosas; y basta dar una ojeada á diversas naciones, sin escluir la nuestra, para convencerse de esta verdad. Oigamos á un moderno escritor, cuyas palabras nada dejan que desear en la materia: "Si se quiere saber, dice, lo que seria una democracia, de la que el Cristo, este grande conciliador, se hubiese apartado, no se necesitaria inventar, basta hacer un recuerdo, y hace medio siglo que la Francia ha tenido este cuadro á la vista, cuando con motivo de la justa reclamacion de los derechos que pertenecen esencialmente á la sociedad Francesa, estalló una revolucion, provocada por las faltas de unos, y ensangrentada por los crímenes de otros. Los que se asombran de los horrores que mancharon entonces nuestra historia, no han estudiado bien las leyes que rigen á la humanidad. Los ventarrones del siglo diez y ocho habian estinguido en todos los corazones la lámpara del Evangelio; las clases superiores habian olvidado sus deberes, habian creido que no poseian sino para disfrutar las ventajas del rango y la fortunas, y habian dejado de trabajar en la mejora moral y material de las que les eran inferiores; y aun el clero, en una parte de sus miembros, parecia haber echado en olvido la moral que predicaba (*). Se produjo en el mundo una de esas noches solemnes, cómplices de las grandes inmolaciones y de las grandes catástrofes, y la democracia, saliendo de su guarida como una béstia feroz, devoró el órden social. Entonces se vió lo que es una libertad que no es cristiana, y se comprendió la necesidad de la esclavitud antigua: la miseria, arrojándose contra la prosperidad, metió las manos en sus entrañas y le arrancó el corazon (*). Esto es horrible, pero muy natural. Los infelices sentian hervir en sus venas las cóleras acumuladas por muchos siglos; y desde que la imágen de un Dios, perdonando de lo alto de la Cruz á sus verdugos, habia sido borrada de todos los corazones, la humanidad paciente no perdonaba ya los goces de la prosperidad. No habia mas que una Cruz menos en el mundo, y la sociedad se precipitaba en el caos; pero debe añadirse que á la sombra de la cruz habia nacido la sociedad moderna (§)."

Concluyamos con que si "el espíritu "del siglo en que vivimos, el grado de ilus"tracion que han alcanzado las sociedades "humanas, y las circunstancias particula"res en que se encuentra hoy nuestro pais, "hacen que no sean de igual naturaleza los "estravíos del clero," que lo fueron en la edad media, es una imprudencia, por lo menos, presentar á las miradas públicas un cuadro, que aun prescindiendo de su infidelidad, puede dar lugar á aplicaciones injuriosas á una clase que debe considerarse como el principal baluarte de la tranquilidad y órden público.

Adviertan, pues, los que de buena fé solicitan la reforma del clero, en medio de una sociedad desquiciada, en que todas las clases están corrompidas y las pasiones todas desencadenadas, que es muy peligroso promover semejante cuestion, que puede dar lugar á nuevos escándalos y turbaciones, á renovar antiguas rencillas, y á

(*) Véanse los Discursos sinodales y las conferencias de Massillon.--*He aquí otra prueba del influjo de una mala sociedad sobre los ministros del altar, que al fin son hombres, y sujetos como tales, al error y á las pasiones.*

(*) *Bien se echa de ver hasta qué punto estas espresiones, por fuertes que parezcan, son literalmente verdaderas.*

(§) Etudes critiques sur le Feuilleton-Roman, par A. Nettement, *pág.* 68.--*Paris* 1846.

precipitar el mal en vez de curarlo. Sobre todo, no se olvide, que no privando al clero de sus moderados *privilegios*, ni conspirando contra su decantada *riqueza*, ni atacando su exagerado *prestigio*, será como se obtenga el fin que se pretende, como lo hicieron los soberanos perseguidores del siglo nono al duodécimo, sino mas bien imitando el ejemplo de los príncipes católicos de la misma época, honrando su elevado carácter, proveyendo á su subsistencia y haciéndolo respetable al pueblo.-*EE.*



NOTA DEL NUNCIO APOSTOLICO DE ESPAÑA

AL GOBIERNO CONSTITUCIONAL, SOBRE LA INMUNIDAD ECLESIASTICA.

Escmo. Sr.—Despues que la constitucion política de esta monarquía, conservando ilesos los privilegios del sacerdocio, habia espresamente decretado en el artículo 249, que continuasen los eclesiásticos usando *de su fuero en los términos prescritos por las leyes, ó que en adelante prescribieren*, el infrascrito nuncio apostólico no debia creer jamas que *se eludiese en su esencia* un artículo tan justo y tan religioso, con el nuevo decreto adoptado por las córtes contra la inmunidad eclesiástica personal, en la sesion del 23 de setiembre. Ciertamente no se niega, ni puede negarse, que dicho artículo daba márgen á modificaciones y mudanzas que podrian sobrevenir sucesivamente, aunque la religiosa piedad de la nacion debia alejar ese temor; pero es evidente que admitida y establecida como principio firme é inmudable la *concesion* del *fuero eclesiástico*, las mencionadas restricciones y modificaciones, sin oponerse al espíritu y sin eludir la fuerza del mismo artículo, jamas podian ser de tal naturaleza, que lo alterasen esencialmente en su sustancia, dejando apenas el aparente simulacro de un privilegio tan interesante y tan precioso para la Iglesia, que la constitucion defendia, y del que salia garante.

El infrascrito deja ahora á un lado toda disputa legal sobre la conformidad ó disonancia del nuevo decreto con las leyes fundamentales del Estado, y le basta haber manifestado en este punto una duda harto razonable, que sin mucho trabajo podria llevarse hasta la evidencia de una demostracion, si esto no fuese estraño á su encargo. Pero siguiendo sus deberes, reclamará la conservacion del *fuero eclesiástico*, al que directamente se opone el mencionado decreto, por los motivos religiosos que debe únicamente tener presentes, y que no pueden menos de escitar y merecer el interes de todos los fieles.

Si la inmunidad de los bienes eclesiásticos es sagrada é inviolable, como se probó en la nota de 25 de setiembre, con mayor razon lo es tambien la *inmunidad personal* de los ministros del Señor, puesto que llevan en sí mismos el carácter indeleble de una consagracion mas augusta y mas especial, y que están mas directamente destinados al servicio de los altares. Así es que desde los primeros siglos en que la Iglesia se vió libre, y en los mas antiguos concilios se halla establecida esta inmunidad, que los mas grandes y piadosos monarcas observaron religiosamente y protegieron, bien convencidos que no era menos conveniente al honor de los sacerdotes del Altísimo y á los progresos de la religion de Jesucristo, que á la prosperidad de sus Estados. Por esto advierte el eruditísimo

Tomasino: *poderse reconocer en general que el privilegio de las personas siempre se ha respetado mas esactamente que cualquier otro.*

No es esto decir que la Iglesia haya pretendido ó intente jamas sustraer al castigo merecido aquellos eclesiásticos que, desmintiendo sus sagrados deberes, se abandonan á los mas deplorables escesos. Al contrario, es la primera que arroja del seno de la tribu santa á aquella porcion impura que la deshonra y profana; y para conservar sin mancha é intacta la dignidad sacerdotal, despoja de todo privilegio á los que con culpables estravíos intentasen amancillarla. Y si entonces su mansedumbre la impide imponer penas graves á los delincuentes, deja el cuidado de castigarlos á la potestad temporal, cuya clemencia, sin embargo, implora cual madre compasiva que mira siempre con afecto á los que, aunque rebeldes, son sus hijos. Tal es la disciplina saludable y prudente establecida en la Iglesia y admitida en España, mediante la cual, si el eclesiástico, que no deja de ser ciudadano de la república civil, se hace reo para con ella de atroces delitos, la autoridad eclesiástica, despues de haberlos legalmente comprobado, procede á entregarlo á la potestad temporal para su oportuno castigo. De este modo la vindicta pública queda satisfecha con el escarmiento, y no se afea la dignidad sacerdotal con un castigo que debe ser personal del individuo, y no degradante al sagrado ministerio que se le ha confiado, dando márgen á una infamia ó deshonra, que la opinion pública, hartas veces injusta, estiende á todo el cuerpo al que pertenece el individuo.

El *juicio preparativo* que la autoridad eclesiástica ejerce del modo indicado, quita estos inconvenientes, sin vulnerar los derechos de la sociedad; y al contrario, el *nuevo encargo* qúe el reciente decreto de las córtes deja á los obispos, de atemperarse, por decirlo así, materialmente y como viles ministriles á las sentencias de los tribunales seglares, degradando sin ningun prévio exámen á los eclesiásticos condenados por dichos tribunales, lejos de salvar el decoro debido á su augusta cualidad, envilece y prostituye tambien el carácter mismo del prelado, reduciéndolo al oficio oprobioso en estos tristes casos de cooperador.

Empero no es esto lo peor del decreto. La estension que se le da es lo que le hace mas perjudicial y ofensivo á la Iglesia. Todos los delitos, no solo atroces sino aun los mas leves (pues no pueden ser jamas atroces los castigados con las penas mencionadas en el artículo 2.°), llevan consigo la privacion del privilegio de esencion de las penas, aun las mas ignominiosas, sin escluir la de azotes en público, aplicadas á los eclesiásticos; el mismo episcopado se vé sujeto á ellos y privado de toda esencion: tales son las ulteriores y gravísimas infracciones, tan deplorables, de las mas sagradas leyes de la Iglesia, y del respeto debido al sacerdocio, que presenta el mencionado decreto. ¿En vano habrá dicho la Divina Sabiduría, *honrad á Dios y á sus Pontífices* (Eccl. VII 33), y severamente prohibído *tocar á los ungidos del Señor?* (Paral. XVI 22) ¿Y por qué, pudiendo, no se ha de querer conciliar la necesidad del castigo con la veneracion que los fieles deben al carácter sacerdotal? ¿Y por qué se ha de anular esa sábia disciplina, á cuya formacion habian concurrido las dos autoridades, y que impedia recayese la infamia de la culpa de los individuos sobre el ministerio que ejercen, y sobre el clero á que pertenecen como miembros, siendo claro que no se puede respetar una religion santa, cuando se vilipendian y se cubre de oprobio á sus ministros?

Las declamaciones que muchos se permiten, y se han permitido siempre contra este justísimo privilegio del clero, parecerán, á todo el que mire á sangre fria el

asunto, muy infundadas é irrazonables: ¿á qué título, se pregunta, debe el clero elevarse sobre las otras clases de los ciudadanos, y disfrutar de una esencion de las leyes comunes, á las que todos deben estar igualmente sujetos? Ciertamente, si no se consideran los principios religiosos, ó se miran con indiferencia, el privilegio será injusto; pero si hay un Dios y una religion; si Jesucristo es verdaderamente el enviado del Cielo; si su ley es santa, su moral sublime, su sacerdocio augusto, no hay cosa mas sagrada y mas importante para la sociedad que el carácter sacerdotal, establecido para santificar al hombre, y para honrar á la Divinidad. Y si por consecuencia las funciones de los sacerdotes son tan elevadas y esenciales á la prosperidad de los ciudadanos y de los pueblos, ¡no será un deber de justicia, de gratitud y de religion, emplear todos los medios para librarlos de aquel envilecimiento, que en gran parte haria infructuoso su ministerio, y conservarles la posesion de aquellos privilegios moderados y prudentes, que les asegura no menos la disciplina de la Iglesia, que el antiquísimo consentimiento de la potestad temporal!

Prescindiendo, pues, de examinar de dónde trae su orígen el privilegio de los eclesiásticos en los juicios criminales, y considerando con el sapientísimo pontífice Benedicto XIV (De Sinod. Dioces. libr. 9, cap. 9.) como muy *superfluo* descubrir su orígen primordial, para reconocer cuán justa, antigua y conveniente sea esta posesion, basta atender á que fué proclamada y asegurada por la potestad temporal desde el primer instante en que, cesando las tempestades de las persecuciones, tuvo la Iglesia un emperador cristiano. Los decretos que, segun refiere *Nicéforo*, en el libro 7, cap. 46 de su Historia Eclesiástica, dió el grande Constantino sobre tal privilegio, hacen la cosa evidente. La Iglesia se mostró siempre tan celosa de su conservacion, que ya desde el año 397 los padres del tercer concilio Cartaginense, cánon 9, ordenaron la degradacion de los clérigos que acudiesen en adelante á los tribunales civiles, declinando en las causas criminales el foro de la Iglesia. En la edad siguiente los sumos pontífices, los concilios y los príncipes, con unánime consentimiento, se distinguieron á cual mas en sancionar siempre la esencion eclesiástica; y por último, el sacrosanto concilio de Trento la recomendó estrechamente y con la mayor fuerza á las supremas potestades, recordándoles que, estando puestas por Dios para proteger la Iglesia, no querian jamas permitir se violase la inmunidad personal establecida *divina ordinatione, et canonicis sanctionibus*.

En todos tiempos será célebre y memorable aquella antigua ley de España, que reconociendo haber los paganos mismos honrado siempre á los sacerdotes de las falsas divinidades, establece como gran derecho: "es *gram derecho* (ley 50, tít. 6, "part. 1.) que se les mantenga (á los ecle-"siásticos) en el goce de sus privilegios é "inmunidades: é pues que los gentiles "(prosigue la dicha ley), que no tenian "creencia derecha, ni conocian á Dios "cumplidamente, los honraban tanto (á "los sacerdotes), mucho mas lo deben fa-"cer los cristianos, que han verdadera "creencia, é cierta salvacion, é per ende "franquearon á sus clérigos é les honra-"ron mucho, lo uno por la honra de la fé, "é lo al por que mas sin embargo pudie-"sen servir á Dios, é facer su oficio, é que "non se trabajen si non de aquello." Pero sin citar infinitos documentos de las leyes eclesiásticas y civiles, que confirman, en cuanto á la España, estar la Iglesia desde la época mas remota en la pacífica posesion del derecho de esencion, basta fijar la vista sobre el cánon 13 del tercer concilio de Toledo, para ver que los obispos ejercian ya entónces la mas amplia juris-

diccion en las causas de los eclesiásticos.

La consecuencia, pues, de esta no interrumpida prescripcion, es, que establecida semejante inmunidad, aun cuando se admitiese la opinion de los que la atribuyen á la concesion de los príncipes, queda siempre *firme é irevocable*, como una de las muchas propiedades que han entrado en el dominio de la Iglesia, y sido consagradas á Dios, y que le están inviolablemente ofrecidas en sacrificio y oblacion. La opinion contraria es puramente la doctrina de Lutero, reprobada por la Sorbona como falsa, impía y cismática. "*Si el emperador*, decia Lutero, *ó el príncipe revoca "la libertad dada á las personas y cosas "eclesiásticas, no se le puede resistir sin "impiedad y pecado:*" proposicion que la precitada ilustre facultad de teología calificó con la siguiente censura: *Hæc propositio est falsa, impia, schismatica, libertatis ecclesiasticæ enervativa, et impietatis tyrannicæ excitativa, et nutritiva.* Ademas de la *religion, la simple justicia* persuade se conserve el privilegio de inmunidad. "El primer efecto de la justicia y de las "leyes (dice el ilustre Bossuet, en el libro "8, art. 3 de su Política) es respetar los "derechos legítimamente adquiridos..... "Así fué conservada á la tribu de Judá la "prerogativa de que habia disfrutado de "marchar al frente de las tribus. *Así la "de Levi mantuvo eternamente los dere"chos que la habian concedido las leyes.* "Así las tribus de Gad y de Ruben con"servaron lo que Moisés les habia dado, "por haber sido las primeras que pasaron "el Jordan: la buena fé de los príncipes "les empeña á guardar estos privilegios "inviolablemente."

V. E. ciertamente no mirará como superfluo cuanto el infrascrito ha creido deber representar en el momento en que se ven el episcopado y el sacerdocio espuestos al mayor vilipendio, y privados de todas sus prerogativas, sujetándolos á las penas mas infamatorias, no solo en los casos atroces y de mayor gravedad, sino tambien en otros infinitos, que están muy lejos de merecer la pena capital. V. E., al contrario, hallará ser muy justo se dirijan las mas vivas quejas sobre un decreto que, por una parte, quita y escluye á la jurisdiccion eclesiástica del conocimiento de los delitos en que por desgracia caiga cualquier eclesiástico, aunque esté revestido de la dignidad episcopal, y por otra abandona á tal ignominia y á tal oprobio á los ministros del Señor, en los castigos á que desde ahora los sujeta, que necesariamente deben quedar abatidas y envilecidas la magestad de la religion y la dignidad sacerdotal.

¡Y no se dirá que de este modo se ha derogado *el privilegio del fuero eclesiástico*, que la piedad de la católica España jamas puso en duda, y del que solemnemente salió garante la vigente constitucion?

El infrascrito suplica á V. E. eleve esta representacion al conocimiento de S. M. Católica, de cuya justicia y religion, no menos que de la eficaz y poderosa mediacion de V. E., espera los mas felices resultados: en cuya atencion tiene el honor de ofrecerle los sentimientos de su mas alta y distinguida consideracion.

Nunciatura, 30 de Septiembre de 1820. --*El Nuncio Apostólico.*

MISCELANEA.

TEATRO PRINCIPAL.

Con una numerosa concurrencia, se representó ayer, por la tarde, en el Teatro Principal, el drama intitulado *Cárlos II el hechizado*, que habia estado prohibido desde que hace tiempo se ejecutó por el Sr. Pineda. Por no tenerlo á la vista, no podremos dar una idea completa de su argumento, no siempre interesante, y con algunos episodios que interrumpen la accion y repugnan á los espectadores. Entre algunas escenas de grande efecto, tiene otras insufribles, y que mucho ganaria el drama con que se suprimiesen. De esta clase son todas las que representan ceremonias de iglesia, y en las que el Santo Oficio figura en primer término. El papel del rey Cárlos II, á quien quieren hacer creer su confesor, un cardenal y los inquisidores, que está hechizado, lo ha llevado el autor hasta el último estremo de imbecilidad y estupidez, y, mas que lástima, inspira indignacion. El del padre Froilan y los de los inquisidores, son estremamente odiosos, particularmente el del primero, confesor del rey, que es el tipo de la perversidad é hipocresía. Inés, supuesta hija del rey, y su amante, son los únicos personages que no repugnan en el drama, aunque este último se convierte al fin en asesino.

El padre Froilan se enamora de Inés, y se declara rival y enemigo del amante de ella. Convencido de que no la consigue, hace porque la acusen á la Inquisicion de hechicera, y este tribunal la condena á muerte: tambien sentencia á su amante á ser quemado.... Pero sin saber cómo, Inés se escapa cuando la llevan á la hoguera, y se refugia en el palacio del rey: éste descubre entónces que es su hija, por un anillo que tiene de su madre: trata de salvarla, lo cual no puede, y cuando el tribunal del Santo Oficio reclama á su víctima, el rey se la entrega, y cae desmayado. No bien se la llevan de nuevo, entra su amante, que tambien se escapa de su prision, se presenta con un puñal en la mano delante del padre Froilan, y lo mata en el mismo palacio del rey. Aquí concluye el drama, dejando en el ánimo del espectador sensaciones desagradables.

Notamos que su representacion halagó al populacho, que grito entusiasmado: *¡mueran los frailes!* (*). . . . . Nos parece perjudicial y antipolítico que se representan semejantes dramas. Nada inmoraliza mas á los pueblos ni corrompe tanto las costumbres, como el teatro, cuando se le distrae de su objeto, que es solo el de *instruir y amonestar, deleitando.* (*Monitor.*)

(*) *En el mismo dia, y en otra concurrencia pública, se gritó tambien:* ¡Mueran los blancos! *como lo dice el* Monitor; *y nada es mas natural, pues hasta ahora la persecucion á la Iglesia, siempre ha sido el preludio de la destruccion de la sociedad. En Francia se comenzó por hacer burla á los eclesiásticos en las tablas, y se acabó degollándolos en los cadalsos, juntamente con los nobles, los ricos, os sabios, y hasta con muchos de los que promovieron esas ideas irreligiosas, que despues trajeron la anarquia civil; porque el freno que sujeta á las pasiones tiene dos riendas, y faltando una, se sale de su sitio. ¡Cuán cierto es que la religion y la civilizacion marchan de frente, así como la impiedad y la barbarie! Autoridades de la República, abrid los ojos, y mirad á donde va á parar ese empeño de deprimir al clero, infamarlo, empobrecerlo y desprestigiarlo. Periodistas políticos, aprovechaos de la esperiencia de los siglos que nos han precedido: no olvideis á Yucatan.*

ANÉCDOTA.

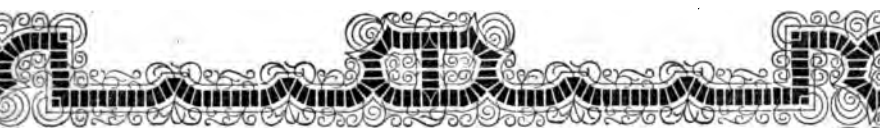
"Eugenio Süe posee en Paris una gran fortuna, vive retirado de la sociedad, como hastiado de sus deleites y placeres, y únicamente visita con frecuencia á una dama de la corte, la que le tributa mil consideraciones, por la complacencia de oir de su boca sus elegantes y sabios discursos. Un dia le preguntó la dama, si acostumbraba socorrer á la clase menesterosa y miserable. Le respondió Süe:-Que no tanto como él deseaba. Retirándose una noche de la visita para su casa, le salió al paso una pobre llena de harapos, pidiéndole una limosna, por amor de Dios: Süe no hizo caso, mas insistiendo en su solicitud la pobre, le dijo algo incómodo:--"Idos de aquí, buena muger, porque si me importunais mas, os mandaré arrestar."--¡Cómo! dijo la pobre, ¿pues no sois vos el autor de los *Misterios de Paris* y del *Judio Errante*?--"¿Quién sois vos, que así me hablais!" le repuso Süe.--"Yo soy la dama que acabais de visitar." Diciendo esto, se retiró la fingida mendiga desairada, se metió en un coche que estaba allí inmediato, dejando á Süe estupefacto y avergonzado." (*Estrella Americana.*)

CONTRASTE.

"La historia de los jesuitas es la de una lucha perpetua contra la idolatría y el ateismo; la infidelidad jamas ha encontrado adversarios tan completos é infatigables. El arma mas bien templada, con que el mismo protestante ataca al escepticismo, es prestada de la armería de los jesuitas. Ellos fueron los primeros que, sin que los conturbase el miedo de una muerte cierta y horrorosa, plantaron la Cruz en la China, han caido allí á millares, bajo de la espada de la persecucion; pero luchan todavía sin desmayar, sin desalentarse ni dejarse vencer.--Perseguidos desde el principio de su existencia, jamas han perdido ni por un momento el valor ni la esperanza.--Siempre se mantuvieron entre los nobles y el pueblo; de aquí el odio que les profesaron las monarquías áristocráticamente gobernadas de Europa, las cuales compelieron á Clemente XIV á que, aunque á su pesar, suprimiese su órden. Fueron espulsados la primera vez de Francia, por la influencia de maestros rivales, y la segunda, porque no quisieron aprobar el concubinato de madama de Pompadour con el rey. Si hubieran sido mas complacientes, las intrigas de Choisseul, tanto en Paris como en Madrid, hubieran sido inútiles para ellos. Aun el escéptico Lalande lamentó su caida, y Voltaire confiesa que habian merecido bien de la patria. Cualesquiera que sean los crímenes que les imputaron las coronas y los cortesanos, *fueron siempre amigos de la multitud trabajadora. Jamas la mano trémula de la pobreza, llamó en vano á la celda de los jesuitas; jamas el niño huérfano invocó sin fruto su caridad.*--Su fortuna ha sido abundantemente variada. Mártires en un reino, y consejeros respetados en otro. De algunos paises fueron lanzados por disolutos imperiales ó reales prostitutas. Allá han sido heridos por una plaga de Egipto; acá atacados y momentáneamente vencidos por insectos y cosas que se arrastran."--(*Jersey Chronicle, 20 de Octubre* 1842.)

NOTA --Los redactores del OBSERVADOR ofrecen á los señores suscritores, no dejar ninguna materia de que traten, pendiente, bien sean producciones agenas ú originales; y que por su parte no tendrán ninguna baja de precio los números que queden sin espenderse, pues no se tiran mas que los necesarios para cubrir los costos.--*EE.*

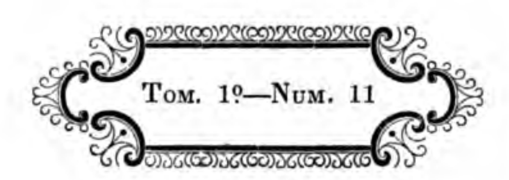
TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



TOM. 1º—NUM. 11

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 3 DE JUNIO DE 1848. [Num. 11.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA ASCENSION.

Divinizada la humanidad por el Verbo, el Verbo y la humanidad no forman mas que un solo sér. Por medio de Jesucristo, la humanidad, arrojada del paraiso al principio del mundo, está hoy sentada á la diestra de Dios vivo, y reverenciada por las potestades y principados celestes. Un hombre Dios gobierna el mundo, y gracias podemos darle porque el Cielo nos ha sido abierto á todos. Los miembros deben reunirse á su cabeza: *quo præcessit gloria capitis, eo vocatur et spes corporis*, y Jesucristo es la cabeza del género humano. Si la Resurreccion del Señor es nuestra esperanza, su Ascension es nuestra gloria. ¿Qué espectáculo presenta la humanidad, aplazáda en el santuario de la Divinidad, en la persona de Jesucristo? No era posible manifestar al universo los adorables designios de Dios en la creacion del hombre de un modo mas brillante y magnífico.

Recordemos el sentido de las palabras que el Espíritu Santo empleó en el Símbolo, para precisar el estado de Jesucristo en el Cielo: *Sentado á la derecha de su Padre*. La diestra de Dios significa el poder con que está revestido y la autoridad que ejerce. Desde allí dirige todos los acontecimientos para que se propague la fé, y para el triunfo de la Iglesia, y desde allí tambien descenderá para juzgarnos. Todo sirve para preparar esta gloriosa y soberana aparicion, como todo sirvió para que en su advenimiento le considerásemos cercado de la humildad y del oprobio. Hablando á los Apóstoles, les dijo Jesus: "Estad seguros que yo permaneceré con vosotros hasta el fin del mundo." Allí es donde habita hasta el restablecimiento de todas las cosas: *usque in tempora restitutionis omnium*. Desde allí reina y juzga: allí se presenta como víctima, y ora, y desde allí estiende su justicia y sus misericordias sobre todas las criaturas.

Sentado Jesucristo al lado de su Padre, es rey y pontífice, juez y víctima. Jesus reina con la Iglesia triunfante, y ruega por la iglesia militante y la paciente. Todo, finalmente, lo gobierna desde su silla, y lo juzga sin distincion de tiempos: es el altar, el sacerdote y la víctima.

Rey es Jesucristo, y la estension de sus dominios no se halla limitada por lugares ni tiempos: los caracteres de su reinado son la justicia y la misericordia.

Jesucristo es rey: así lo dijo Pilato, atestiguando, sin querer, la verdad, y mandando poner en la Cruz este letrero: *Jesus Nazarenus rex Judæorum est*. San Juan dice que Jesucristo llevaba en su tú-

nica estas palabras: Rey de reyes, Señor de los señores: *Et habet in vestimento scriptum: rex regum et Dominus dominantium.* Jesucristo es rey por su nacimiento; es el hombre Dios, y el Verbo, que reside en él, fué el que crió los Cielos y la tierra. Es rey por derecho de conquista, porque esta conquista le costó toda su sangre.

Apenas principiaron los tiempos, Adan, formado á la imágen y semejanza de Dios, se precipitó de su estado de Señor del universo. Los patriarcas y profetas no cesaban de anunciar el verdadero rey, destinado á vencer al príncipe de las tinieblas, y recobrar el imperio del mundo. David, que habia visto al Mesías crucificado, veia al mismo tiempo al Mesías rey. "Dios, dice, ha establecido al rey en la montaña santa, para que desde allí proclame sus preceptos." Todas las monarquías de la tierra anunciaban la del Salvador. Los reyes asirios, vencedores de Israel, castigaban á los judíos con la dilatada cautividad de Babilonia, porque se inclinaban á la idolatría, y así perseveraron en la fé del Mesías. Ciro, que libertó al pueblo de Dios, fué anunciado por Isaías doscientos años antes que naciese, para que el mundo comprendiese que en los consejos de lo alto, todo se hace por Jesucristo, sin dependencia de los influjos humanos. Dueños los persas de Babilonia, levanta Nehemías los muros de Jerusalen. Y tú, fiero conquistador, que apenas tocas en la tierra, y á cuya vista guardan silencio las gentes, ¿qué piensas adquirir? Para tí, una tumba, y para Cristo, el imperio universal. Cuando los romanos entraron por primera vez en la Judea, estaban los judíos repartidos por todo el Oriente, en Egipto, en Siria, en Asia, en Creta, en la Macedonia y en la Grecia, como testigos providenciales de la promesa, y como profetas del que habia de venir. ¿Por qué el águila victoriosa recorre estos paises, ostentando las huestes romanas? Para someter al rey verdadero las naciones que aquellos habian vencido. Nacion fiera, has peleado y vencido por ensanchar las posesiones del imperio de Jesucristo: tus discordias civiles preparaban la pacífica monarquía de Octavio, tan favorable á la predicacion de los Apóstoles. En fin, aparece el Mesías, sube á la Cruz, y desde ella contempla su imperio: con una mano llama al Oriente, y al Occidente con la otra; y si en adelante sube á lo mas alto de los Cielos, es para gobernar al universo. Cuatro mil años han producido su venida y preparádola. Ahora no se podrá negar que todo cuanto sucedió en aquel espacio y en todo lugar, tenia por objeto el cumplimiento de sus palabras y el establecimiento de su reinado. Desmenuzando Bossuet el sublime testo de San Agustin, en su *Ciudad de Dios*, ha demostrado que todos los acontecimientos que han precedido á la venida de Nuestro Señor, debian prepararla; y nosotros podemos añadir, que los sucesos ocurridos en los diez y ocho siglos posteriores á ella, son la preparacion para su segunda venida, para el cumplimiento final de todas las promesas. Muy cercana estaba la entrada gloriosa del Salvador en los Cielos, cuando declaró á sus Apóstoles su mision en estos términos: "Toda potestad se me ha dado en el Cielo y en la tierra." "Id, instruid á los pueblos; marchad." Y desde entonces tuvo principio este reinado *espiritual*, que dejó profetizado Daniel: reino que aparecia sobre las ruinas de los terrenos imperios de asirios, persas, griegos y romanos; reino que no habia de perecer como éstos, sino durar eternamente. Esta es una *muy diferente* monarquía universal, que han soñado en su ilusion tantos conquistadores.

Mientras los Apóstoles derribaban los ídolos, los judíos deicidas se hallaban entregados á la mas terrible desolacion; y Tito reconoce que no es él el victorioso. Las

palabras y la sangre de Jesucristo cayeron sobre el templo y la nacion entera. Los romanos, que hicieron morir al justo, y se saciaron con la sangre de los mártires, fueron tambien castigados, como Jesucristo se lo predijo al discípulo muy amado. Los pueblos, que acudieron presurosos desde las mayores distancias para consumar la venganza del Señor espiritual del universo, se inclinan ante el rey de los reyes, y pierden sus propios nombres para tomar el de cristianos. Caen los imperios; pero la Iglesia de Jesucristo subsiste, y sobre los escombros de los tronos arruinados, siempre queda la Cruz alta y triunfante. Se alza mas á cada nueva ruina y destella mas brillo y esplendor. Segun su santa voluntad dispone de los destinos de los pueblos, y ahora vemos que el universo se conmueve; que se estiende el cisma de Occidente á Oriente; que se prepara la conversion de los judíos; á los mahometanos perdiendo su fanatismo; vencida á la filosofía, y al mundo atónito, esperando el combate del ante-Cristo, despues del cual el Hijo del hombre aparecerá sobre las nubes. Los descubrimientos de los viageros han servido para anotar nuevos pueblos al reinado de la Cruz. Fenelon dijo, que San Francisco Javier habia avanzado mas en la India que Alejandro; y da la razon, porque la caridad camina mas lejos que el orgullo. ¡Qué punto hay en la tierra, á donde no haya penetrado el celo de nuestros Apóstoles? Echad una ojeada á las estremidades de la América del Norte. Los que se avanzaron mas por estos ingratos lugares, ¿quiénes son? Los que, émulos de Javier, tratando de establecerse frente á las conquistas de aquel Apóstol, en el mismo sitio en que finó, son misioneros del Rey de los Cielos, que van á clavar la Cruz y atraer á sus habitantes al rebaño de Jesucristo.

Hace diez y ocho siglos que la monarquía que principió en Bethleem no ha dejado de arraigarse y estenderse. La fé, á la manera que el sol, gira al rededor de todo el mundo. Un punto luminoso que salió de Jerusalen, inunda toda la tierra con sus rayos. Asia, Africa, Europa y América han visto sucesivamente esta luz, este sol; y convertida la China, y recibiendo la luz el interior del Africa descubierto, serán cumplidas las promesas, y la fé dominará al mundo. Un solo pendon flotará sobre él, y tendrá este letrero: *Cristus vincit, Cristus regna, Cristus imperat:* Cristo vence, reina, é impera. ¡No veis ya la Cruz en el remate y adorno de las coronas, y proclamado Jesucristo Rey de reyes, en los palacios lo mismo que en las chozas? ¡Habria obtenido de los pueblos mas respeto, mas obediencia, mas adoraciones, si hubiera venido al mundo con todo el esplendor del poder y de la gloria mundanos? Este rey espiritual ha realizado lo que esperaban los judíos del Mesías conquistador.

Es, pues, el catolicismo una antorcha moral, cuya luz, así como la del sol, ilumina al mundo entero: alumbra la senda que han de correr los judíos y mahometanos para entrar en el seno de la Iglesia universal, y la que puede conducir al momento en que todas las comuniones cristianas, separadas por muy débiles barreras, se reunan bajo un mismo símbolo. El tiempo se acerca en que todas las inteligencias reconozcan por rey á Jesucristo.

Pero el reino espiritual de Jesucristo será seguido de su eterno reino. El gran movimiento que agita al universo, anuncia la segunda venida del Verbo encarnado. Aparecerá su gloria, cuando venga á juzgar á todos los hombres, cuando ejerza visiblemente su justicia, esta suprema funcion de la corona: *Deus, judicium regi da.* Si Jesucristo se presentó en Judea oscuro y humillado; si continúa aún en silencio sus conquistas, no falta mucho para que se manifieste con todo el aparato de

su grandeza. Acabamos de ver toda la estension de su reinado, que abraza todos los tiempos y todos los lugares; vamos á considerarle ahora con los caracteres de su imperio, imperio de justicia y de misericordia.

En esta misma vida se estiende sobre el hombre un juicio impenetrable, pero justo; y lo mismo sucede con respecto á los pueblos y naciones. Jesucristo castiga, purifica, y da ó niega sus soberanas luces; levanta ó humilla; hiere ó sana; azota ó perdona; escoge una nacion ó la abandona. Justicia, misericordia, son la continua accion de Jesucristo sentado á la diestra del Padre.

Preguntad á esas ruinas de naciones opulentas que desaparecieron de la tierra; preguntad á sus cenizas, y en ellas hallareis la sentencia con que fueron condenadas. En su tiempo oportuno la sufrieron. Los judíos deicidas y no arrepentidos, arrancados de su patria, errantes por el mundo; Roma verdugo de los mártires, destruida por bárbaras naciones; Constantinopla perseverando en el cisma, entregada á los infieles; Jerusalen humeando todavía del rayo que la abrasó; las disoluciones del Africa, castigadas con las crueldades de Genserico, aunque una nueva aurora asoma y ofrece luminosos dias; Inglaterra entregada á la heregía, y empapada en sangre; Francia, un momento incrédula, y despues de una monarquía de catorce siglos, conmovida hasta sus cimientos, y presenciando los crímenes del paganismo que en ella retoñan: estos son los testimonios del poder de Jesucristo. Muchos mas podriamos reunir en favor de esta justicia que en el mundo se ejerce sobre cada hombre y sobre cada nacion. Pero aquí tambien, en la vida temporal, va unida la justicia á la misericordia. Para comprender la justicia sola, es menester elevarse sobre la tierra, ir mas allá de ella. ¿Quién es el cristiano que, consultando su conciencia, no sabe que Jesucristo tenia derecho para ser un juez inflexible, cuando nuestra alma comparezca á su presencia, haciéndole cargo de los auxilios que ha estado recibiendo! San Juan dice: "Jesucristo tiene toda la potestad de juzgar á los hombres, y descenderá del Cielo, acompañado de todos sus ángeles, para pronunciar á los hombres, reunidos en los aires, el juicio que decidirá de su suerte por toda la eternidad." "Entre el ruido de una terrible borrasca, dice San Pedro, los Cielos pasarán; luchando los elementos se disolverán, y la tierra será consumida por el fuego, con todo cuanto en ella se contiene: todo concluirá despues de este juicio solemne. Elevaránse entonces los tronos de los Santos: aquel que llama la escritura el Anciano de los dias, subirá sobre el primer trono: se abrirán los libros, se verá correr un rio de fuego: la luz estará á un lado, y al otro las tinieblas, para recibir en ellas á los que sean arrojados.

Vosotros, que no habeis querido reconocer por vuestro rey á Jesucristo, que habeis rechazado el beneficio de su mediacion, mirad ahora al Hijo del hombre que baja á juzgaros. Todos presenciaremos la justicia del fallo que dará Dios al universo entero. Los designios de la Providencia sobre la humanidad y sobre la vida de cada particular, se manifestarán, para que sean conocidos generalmente. El juicio final será, por último, el juicio de Dios y el juicio del hombre. Esta será la última revolucion, que concluirá con todas las anteriores; el último acto del gran drama de la vida humana, y que por fin tendrá un completo desenlace. Dios entónces reinará por su misericordia en los Cielos, y por su justicia en el infierno; entonces se comprenderá la relacion, el concierto y el fin de todo lo que existió; y solo Dios será grande en aquel dia.

¡Y cuándo ocurrirán todas esas maravillas! Cuando los judíos se hayan con-

vertido, cuando se haya predicado el Evangelio en todo el mundo, y cuando se haya presentado el ante-Cristo, ese hombre inicuo á quien matará el Salvador con un soplo: entónces los muertos, tomando sus despojos terrenos, irán al encuentro de Jesucristo: entonces se acabará con todos los vivientes: sabremos la razon de lo que ha pasado en el mundo: por qué unos fueron ricos y otros pobres; unos engrandecidos y otros envueltos en el oprobio: los elegidos entrarán en el cielo, y los réprobos serán abismados para siempre en un lago de fuego con los demonios y el ante-Cristo. Y las sillas que dejaron vacías Satanás y sus secuaces, las ocuparán los justos: la guerra que empezó al principio de los tiempos, entre Satanás y Cristo, en que todos combatimos, porque en ella se trata de la felicidad ó desgracia eternas, se acabará; y el gran edificio, fabricado por Jesus, quedará concluido. El que quiera entender en esta vida el consejo de Dios, se pareceria á aquel hombre que mirando los materiales reunidos para construir un edificio, reparando en el desórden de aquellos criticara la ciencia del arquitecto; pero pasado algun tiempo, en lugar de escombros, mirando un magnífico palacio, se llenaría de justa admiracion.

Jesucristo es rey del mundo, y rey de la eternidad. Acercaos al trono de la misericordia, si no quereis temblar despues delante del trono de la justicia: el trono de la misericordia es el altar, la Cruz, porque Jesucristo, al mismo tiempo que es nuestro rey, es nuestro pontífice: *Adeamus cum fiduciâ ad tronum gratiæ*. Esperaba el género humano un pontífice, un medianero, un sacrificador y una víctima, cuando Jesucristo se nos apareció en la tierra. Examinémosle bajo estas relaciones, y conoceremos su sacerdocio. El hombre antes de su caida no oraba, sino alababa. San Agustin le decia: "Tú alababas pero no orabas:" *laudabas non orabas*. Cuando caimos en el estado de humillacion, no podia reducirse á las alabanzas el culto que tributamos á Dios, porque teniamos que expiar una culpa gravísima: fueron necesarios el sacrificio y la oracion. Segun los mismos filósofos, este es el culto del hombre degenerado. Un incrédulo dijo: "en todas y en tan diferentes religiones como se conocen, no hay una que no tenga por principal objeto la expiacion de un delito." Así como toda la ley antigua anunciaba el reinado de Jesucristo, todo tambien preparaba su sacerdocio, sacerdocio de oracion y de sacrificios. La sangre de los animales no era la que purificaba, porque para que la víctima purifique, debe ser de mayor precio que el que la ofrece, si ha de ser verdaderamente expiatoria. Pontífice de Israel, no eras tú el Santo de los Santos, el santuario del Espíritu Santo. Arca de la alianza que subias y bajabas en el desierto, tú figurabas la Santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, la verdadera arca de la alianza. Templo de Jerusalen, si tú fuiste el único donde queria Dios por entonces ser adorado, fué porque Dios no tendrá en la eternidad mas que un templo, el adorable cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Velo misterioso, que cubrias el arca y el santuario, tú nos enseñabas que la esencia divina estaba oculta para la humanidad. Velo situado delante del Santo de los Santos, que te rasgaste en el momento que murió el Salvador, tú dices al mundo que ahora los hombres pueden acercarse á la Divinidad. Mesa, pan de propiciacion, perfumes, candeleros de oro, hijos de Aaron, levitas, ángeles que con vuestras alas desplegadas cubriais el arca santa, templo, tabernáculo, santuario altar para los sacrificios, ofrenda.... Vosotros no erais mas que unas sombras ó figuras del sacrificio de la Cruz y de todo lo que hoy existe á la diestra de Dios; las sombras del sacerdocio del tiempo, y del sacerdocio de la eternidad; promesas, pa-

labras mudas, profecías y representaciones, que anunciaban la realidad del sacrificio. Estos velos se levantaron en el Calvario y en el dia de la Ascencion; porque el sacrificio cumplido por Jesucristo en la Cruz, y continuado en nuestros altares, no termina aún su soberano sacerdocio. Este divino Mediador debia ser el centro de union para todos los hombres, los ángeles y Dios Padre, el vínculo universal de todas las cosas; y de él proceden el sacerdocio, los sacrificios y las expiaciones. Un pontífice debia pacificar todas las cosas en el Cielo y en la tierra. Jesucristo, el rey del Cielo y de la tierra, es hoy el pontífice del tiempo y de la eternidad.

San Pablo decia: "Nuestra esperanza penetra mas allá del velo y hasta aquel lugar en que Jesucristo ha entrado por nosotros. Habia, continúa el Apóstol; un velo ante los ojos del pueblo carnal; pero nosotros, pueblo espiritual, contemplamos al descubierto la gloria de Dios." Sin Jesucristo todos los hombres estaban desterrados del santuario en que Dios habita, y de la luz inaccesible en que se complace residir. Jesucristo ha penetrado dentro del velo, por él son santificados los justos, y por él gozan la vista de la Trinidad Santísima. Por su medio todo el universo suplica. Segun San Agustin, la víctima eterna debia ser un hombre, hijo de una vírgen, y unido á un Dios: el sacerdote en él era por su persona y por su naturaleza una misma cosa con Dios, su Padre, y una misma cosa con los hombres. Reconciliándolos con Dios, nos reunió á los unos con los otros, y nos ofreció á todos juntos con él, para consumirnos para siempre en la unidad del Padre. De este modo la religion de la eternidad se convierte en religion temporal: una sola oracion, una sola víctima, un sacrificio y un solo Dios. Jesucristo es el pontífice y el mediador entre Dios y los hombres.

El sumo sacerdote de los judíos entraba en el Santo de los santos una sola vez, despues de haber inmolado las víctimas por los pecados del pueblo: oraba, teñido con la sangre de los animales sacrificados, imágen admirable del santuario del Eterno, abierto por la oracion, en el huerto de las Olivas, con la sangre de Jesus. Segun los teólogos, lo que vemos materialmente de la hostia, no es la hostia; lo que vemos del sacerdote, no es el sacerdote; lo que vemos como templo y altar no lo son tampoco. La fé, que nos descubre las cosas invisibles, debe hacernos buscar la realidad de todo lo que se figura en el sacrificio, y para hallarlo hay que elevar nuestro espíritu hasta el seno de Dios, donde se perfecciona, pues que Dios mismo es el sacerdote y la víctima del sacrificio. Por Jesus adoran los ángeles, las dominaciones y los principados. Por Jesucristo el universo entero no tiene mas que un corazon y una alma: todo está reconcentrado en la unidad de la súplica y del amor.

Ancianos, que nos representais á los espíritus dichosos, segun los pinta San Juan al rededor del trono de Dios, vosotros estais postrados ante un cordero, que parece inmolado; este cordero es Jesucristo, cuya muerte está siempre presente á los ojos del Todopoderoso. El trono de Dios es ahora un trono de gracia, y el Cordero contraresta al rayo.

Y ¡por qué Jesucristo continúa cada dia en nuestros altares y en nosotros el gran sacrificio de la Cruz, el sacrificio que pacificó los Cielos y la tierra? Para enseñarnos á que cada dia le ofrezcamos el nuevo sacrificio que anuda el tiempo con la eternidad. Si cesara de correr un momento la sangre adorable, se pararia toda la vida celestial en el mundo. Cesemos un instante de ofrecernos á Dios, y toda la vida divina, toda la vida celestial se entorpece para nosotros. Ved aquí por qué los imperios donde no se ofrece la sangre del hombre Dios, no tienen duracion alguna,

ninguna vida moral; porque á la sangre de Jesucristo debemos todo cuanto hay en el mundo de vida, fuerza y progreso. La oracion es la aspiracion del alma, y el alma debe sin cesar aspirar á Dios. El corazon del hombre se diviniza por su sacrificio propio, y este sacrificio debe renovarse á cada instante en el altar de nuestro corazon, el altar del amor. Jesucristo subió á los Cielos en cuerpo y alma, para que elevásemos nuestro espíritu mas arriba de este mundo material. El seno de Dios es el templo en que Jesucristo sacrifica todos los dias por nosotros, sirviendo de sacerdote, de víctima y de altar.

Ya podemos comprender lo que significa en el mundo el sacrificio de la misa, ó sea el temporal. Ved aquí cuánta profundidad ocultan esas apariencias. Jesus es pontífice y es rey, rey y pontífice del tiempo y de la eternidad. Levantáos, puertas de la eternidad, y el rey de la gloria entrará por ellas. ¡Quién es el rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso. De él viene la oracion y el sacrificio; él es el sacerdote universal del Padre, *sacerdotem Catholicum Patris*, segun la bella espresion de Tertuliano. El sacrificio del Cielo es el del amor perfecto, de la justicia, de la santidad, de la unidad divina, de la eterna alabanza, y de la consumacion de todos los elegidos en Dios. El sacrificio visible es el signo y la figura del sacrificio consumado por los espíritus invisibles. Segun San Ambrosio, debemos aspirar á la perfeccion y á la verdad de los misterios. Aquí tenemos en el suelo no mas que las sombras ó las imágenes; arriba está la verdad. Tenemos en la tierra las realidades cubiertas de nubes y de figuras: aunque las hay, están con un velo; mas nosotros las veremos claramente en el Cielo, cara á cara, en su entera perfeccion: veremos lo perfecto y la verdad completa. Entonces serán una misma cosa el tiempo y la eternidad. En la ley antigua se ofrecian á Dios los frutos de la tierra y la sangre de los animales. Por el sacrificio de Jesucristo hemos aprendido á ofrecernos personalmente, hemos llegado á la perfeccion desde el amor: Dios quiere que el hombre use de su libertad, para que se la dedique voluntariamente. Esta es la hostia viva, santa, agradable: este es el culto racional. Así tenemos que el altar del universo es la persona del Verbo eterno, es la verdad. Los sacrificios que se hacen en la tierra son la alegría del Cielo, porque son prueba de nuestro amor. "Ya está patente y transitable el camino del Cielo (decia Santo Tomás de Villanueva): las puertas del paraiso abiertas; cuando salimos de esta vida no vamos al limbo, sino á la mansion de los ángeles." Ezechías rehusaba morir, y los Santos ahora aspiran á la muerte, porque Jesucristo abrió los Cielos y nos puso en manos de Dios. El sacrificio temporal es la muerte voluntaria: el sacrificio de la eternidad es nuestra alma, consumida por la abnegacion y el amor. Ahora está Jesucristo en el celeste tabernáculo, en el seno mismo de Dios. No olvidemos la grande leccion que nos repite la Iglesia: por el sufrimiento, con los piés y las manos clavadas, y la cabeza coronada de espinas, es como se logra la bienaventuranza. Los padecimientos no aprovechan solos, así como tampoco la fé sola: prueba de ello es que los demonios creen y padecen. El amor es el que santifica los trabajos y fructifica la fé: el amor asciende al Cielo y nos hace gozar de las delicias eternas, dándonos la misma felicidad de Dios. El amor, el culto en espíritu y en verdad, es el sacrificio del hombre unido al sacrificio de un Dios.

TOLERANCIA DE RELIGION.

Prescindiremos por ahora de tratar esta materia bajo el aspecto social, y ni aun bajo el religioso, contentándonos en presentarla bajo un punto de vista meramente filosófico. De este modo fijaremos el verdadero sentido de la palabra *tolerancia*, de que tanto se abusa, y que tan adrede se ha querido confundir, y veremos en qué concepto es compatible con nuestra libertad de pensar, con la sana razon y con la recta filosofía.

La *tolerancia*, dice el Sr. Bonald (*), es de las palabras que mas se han sostenido entre las vicisitudes que en la época presente han sufrido aquellas, así como las sociedades; y se hace necesario esplicar los motivos por los cuales se ha sostenido. La tolerancia es grata á las almas sensibles, por las ideas de paz y de indulgencia que ofrece; pero gusta tambien á los hombres débiles ó corrompidos, que reclaman para su conducta la tolerancia que otros reclaman para sus opiniones. Esta tolerancia, pues, única plaza que ha conservado de sus conquistas la filosofía del siglo XVIII, habia prometido para cuando reinase sin obstáculo, la felicidad del género humano; mas solo ha logrado sustituir á la caridad cristiana la humanidad filantrópica, y esta humanidad ha sido para ella objeto de sesenta años de declamaciones no muy humanas.

Tiempo es ya de investigar si esta tolerancia, que acusa á la religion de esencialmente intolerante, tiene el sentido que se le atribuye, y si alguna vez se le ha dado el verdadero sentido.

La tolerancia es, ó absoluta ó condicional, ó llámesela provisional. Absoluta es sinónima de *indiferencia*, y esta es la que combatimos. La condicional ó provisional, equivale á *sufrimiento*, y esta es la que la sabiduría aconseja y la religion prescribe; pues la falta de inteligencia recíproca ha sido muchas veces orígen de disputas entre filósofos y teólogos.

La tolerancia condicional, ó el sufrimiento, debe ejercerse con respecto al error, y aun con respecto á la verdad. Consiste en aguardar el momento favorable al triunfo pacífico de la verdad, y en disimular el error, mientras que no pueda destruirse sin esponerse á males mayores que los que se quieren evitar. La tolerancia *absoluta*, ó sea la indiferencia, no conviene ni á la verdad ni al error, que no pueden nunca ser indiferentes al sér inteligente, *obligado* por su naturaleza á investigar en todo la verdad, distinguiéndola del error para abrazar la una y desechar el otro.

La tolerancia absoluta, como la entienden los sofistas, no convendria sino á lo que no fuere falso ni verdadero, ó lo que es igual, indiferente en sí mismo. Mas, como puede asegurarse que nada hay indiferente en los principios morales, esto es, religiosos y políticos, de la ciencia del hombre y de la sociedad, síguese que la tolerancia filosófica no es de un uso muy estenso; y que hubiera sido muy razonable el definir la tolerancia, antes de declamar con tanta acritud contra la intolerancia.

(*) *Las ideas de este discurso son tomadas de las* Reflexiones filosóficas sobre la tolerancia de opiniones, *escritas por el Sr. Bonald, por ser el autor que, en nuestro concepto, ha tratado este asunto con mayor solidez, concision é imparcialidad y con una fuerza de raciocinio irresistible. Advertimos tan solo á nuestros lectores, que no juzguen inútiles, aunque á primera vista lo parezcan, algunos de los pormenores á que se desciende en este artículo, pues que, concluida su lectura, se echará de ver la relacion que tienen con su principal objeto.*

De aquí se sigue tambien una consecuencia, no menos inesperada que rigurosa, y es, que á medida que los hombres se ilustran, las cuestiones se ilustran tambien, y se deciden aquellas mas ó menos importantes, cuya opinion parecia antes indiferente á nuestra ignorancia. Así que, á medida que las luces progresan en la sociedad, ha de haber menos tolerancia absoluta ó indiferencia sobre las opiniones; porque perfeccionándose la inteligencia en la investigacion de lo verdadero ó de lo falso, se ha de decidir por la verdad precisamente, y ha de ser menos tolerante con el error. El hombre mas ilustrado ha de ser el menos indiferente sobre las opiniones. El estado de duda, en ciertas materias, es un estado completo de ignorancia, así como en otras la gran ciencia consiste en saber dudar.

Queremos la tolerancia absoluta en las opiniones morales, y no la hallamos de otra parte en ninguna especie, ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, ni en las artes.

El hombre, en cuanto al cuerpo, está sometido á ciertas leyes, contra las que no tolera la naturaleza infraccion alguna: todo está determinado, nada es indiferente en el órden natural, y perecemos si faltamos á las leyes de la templanza sobre los placeres y aun sobre las necesidades. Las leyes humanas son otras tantas declaraciones públicas de intolerancia; prescriban ó prohiban, nada dejan al capricho, arreglando todas nuestras acciones civiles bajo penas, de las que la menos severa es la nulidad de los actos que hacemos sin consultarlas. Su precaucion se estiende hasta nuestras últimas intenciones, las que no respetan sino en cuanto están acordes con su voluntad, y despues de haber vivido bajo su dominio, es preciso, por decirlo así, morir en su intolerancia.

Las costumbres son aun mas intolerantes que las leyes, y lo que éstas no pueden alcanzar, lo someten las costumbres á su jurisdiccion. Verdad es que no castigan con suplicios, pero manchan con el vituperio, ridiculizando cuanto se separa de lo que ellas han arreglado como honesto, decoroso, ó conveniente; mandando algunas veces cosas irregulares, y aun ilegítimas, pues á menudo las costumbres están en contradiccion con las leyes, y el hombre se halla colocado entre dos intolerancias, igualmente temibles, la de las leyes, y la de las costumbres.

Para este legislador arbitrario, nada es indiferente, ni aun lo que parece inútil. La autoridad de las costumbres se estiende hasta al modo de vestirse, saludar y arreglar hasta las formas de cumplimiento mas pueriles.

¿Qué puede haber en el mundo de mas intolerante que las ciencias? ¿Qué otra cosa son los libros y las cátedras de instruccion, sino cursos públicos de intolerancia? La crítica no *tolera* en ellas un principio atrevido, una consecuencia mal deducida, una demostracion viciosa, una cita inesacta, una fecha falsa, ni un hecho controvertido. Por medio de los periódicos se publican las sentencias de su tribunal, en el orbe literario, y se manifiestan las faltas de los autores.

Las artes mismas, estos placeres de la imaginacion, estos festivos entretenimientos de la holganza, ¿son otra cosa que un campo de batalla, en el que la intolerancia del buen gusto combate contra un gusto falso ó corrompido? No le basta á una obra ser bien ideada, pues no se *tolera* si es mal escrita; ni le basta que instruya, es preciso que guste; y aun cuando su destino sea únicamente recrear la imaginacion del lector, se exige que divierta, segun ciertas reglas establecidas por el gusto, sancionadas por el ejemplo de los modelos, y cuya observancia es mas difícil y la

práctica mas rara, á medida que es mas profundo su conocimiento (*).

Y no obstante, ¡qué cosa mas indiferente no es en la apariencia, para la sociedad, un mal drama ó algunos errores gramaticales ó literarios? Y si alguna tolerancia pudiese esperarse de los hombres, ¡no deberian, reservando toda su severidad para los escritos peligrosos, respetar toda produccion inocente, aunque débil, como una confianza que el autor les ha hecho de la medianía de su talento, ó como una desgracia, cuyo primer motor ha sido el deseo de agradar al público?

Obsérvese tambien que los escritores que con mas vehemencia han reclamado la tolerancia sobre todas las materias, son cabalmente los que mas se han escedido en intolerancia literaria. La crítica en manos de Voltaire, no ha perdonado ni aun á los buenos ingenios del siglo precedente, y ha tomado á menudo hácia los contemporáneos el carácter de libelo infamatorio, y hasta el tono injurioso y grosero del populacho mas vil. ¡No ha sido este escritor y los demas de su escuela, los que han difundido el gusto y dado el modelo de ese tono burlon, que desflorando el vicio desconcierta la virtud, y en el fondo no prueba sino una igual indiferencia por uno y otra?

No solo en las artes de ingenio ejercen los hombres unos sobre otros una continua censura; pues las artes mas frívolas no están sujetas menos que las otras á este tribunal, y hasta en las artes puramente mecánicas los que las ejercen suponen en sus trabajos una importancia ridícula, juzgándose recíprocamente, cegados por el interés, é ilustrados por la envidia.

Es preciso, no obstante, confesar que esta intolerancia que ejercemos unos contra otros sobre nuestras producciones, y que es el orígen de tantos juicios falsos ó temerarios, de tantos odios y discordias, esta intolerancia procede de un principio natural al hombre, y aun puede decirse que está en el órden; porque siendo la perfeccion el estado natural del hombre, el que le está *mandado*, el hombre es y debe ser intolerante en lo que se separe en todos los géneros de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, que conciba ó imagine tal. Es intolerante en todo, porque en todo hay de verdadero ó de falso, bueno ó malo, órden y desórden, buena y mala moral, buena y mala filosofía, buena y mala política, buena y mala literatura, oratoria, poética, &c.; bueno y malo tanto en las leyes como en las artes, en las costumbres como en las maneras, en los procedimientos como en las opiniones, en la especulativa como en la práctica. Cuanto mas penetrado se halla el hombre de ciertas verdades, conoce mejor en dónde se hallan la belleza y la bondad, y mas le repugna lo que es opuesto á estos principios; y Voltaire era mas intolerante que otro en literatura, tan solo porque tenia un sentimiento mas vivo de las bellezas literarias, y mas seguro y ejercitado el gusto en estas materias.

Verdad es que el hombre desecha á menudo como falso lo que es verdadero, ó aprueba como verdadero lo que es falso, tomando lo bueno por lo malo, y al contrario; pero aun en este estravío obedece al principio universal del sér inteligente, y tan solo se engaña en su aplicacion. Ver-

(*) *En el juicio de las piezas dramáticas es donde la crítica se manifiesta mas intolerante. En el teatro es donde, lleno de angustias y dolores, comparece personalmente un autor, como un reo, para ser juzgado en audiencia pública; y si á beneficio de algunas circunstancias felices ó de manejos diestros, logra adormecer la severidad de los espectadores en una pieza mediana, arrancando algunos aplausos del momento, vuelto el público á su intolerancia ordinaria, le hace expiar un éxito arrancado por la sorpresa, castigando con un eterno olvido la satisfaccion de algunos instantes.*

ra por preocupacion de juicio; pero nunca por la determinacion de la voluntad.

Sin embargo, estos mismos hombres tan intolerantes sobre todo otro objeto, reclaman una tolerancia *absoluta* sobre las opiniones ó creencias religiosas. Suponen, pues, que no hay en la religion, considerada en general y en todas sus diferencias, nada de verdadero ni falso, ó que si lo hay en la religion como en las demas cosas, el hombre no tiene medio alguno de distinguirlo; ó finalmente, que la religion, sea falsa ó verdadera, es igualmente indiferente para el hombre. Y como la tolerancia absoluta no puede, como hemos ya observado, aplicarse sino á lo que es indiferente, la tolerancia filosófica de todas las opiniones religiosas ha conducido á la Europa á una indiferencia absoluta de todas las religiones: estado el peor de todos y el mas próximo al ateismo; y es digno de observarse que esta tolerancia absoluta ha pasado á la práctica de las costumbres, y que desórdenes que otras veces habrian provocado la severidad del poder público ó doméstico, en nuestros dias se toleran con un disimulo que degenera en indiferencia.

La suposicion de que todas las religiones son indiferentes, no puede sostenerse en buena filosofía; advirtiendo, que no entendemos por filosofía aquellas cuestiones sutiles sobre cosas inútiles ó aserciones atrevidas, ni dudas afectadas sobre cosas importantes, sino el conocimiento de la verdad, esto es, la relacion de las *causas*, de los *medios* y de los *efectos* entre sí; estas tres ideas, madres de todas las ideas, y las mas generales que le sea dado espresar al don de la palabra, y por consiguiente á la inteligencia de concebir; fuera de las que no conozco otra filosofía, pues ésta no existe sin un primer principio, causa de todos los efectos morales y físicos; como la aritmética sin una primera *unidad*, madre de todos los números; y como la geometría sin un primer punto generador de las líneas, de las superficies y de los sólidos.

En efecto, ¿cómo suponer que no haya nada de verdadero ni falso en las religiones opuestas entre sí, cuando en todas partes son la relacion verdadera ó falsa de Dios con el hombre, y de éste con sus semejantes; la razon del poder, la regla del deber, la sancion de las leyes, la base de la sociedad; cuando hay verdadero ó falso en todo cuanto los hombres ejercitan su razon ó sus pasiones, verdadero ó falso en todo, aun en la *ópera*, y hasta en los objetos mas frívolos de nuestros conocimientos y de nuestros placeres? Si hay, pues, verdadero y falso, órden y desórden, bueno ó malo en las diferentes religiones, consideradas en general, ¡puede suponerse en buena filosofía, que el Sér que es la misma inteligencia no los distinga, ó que el Sér que es la suprema verdad pueda permanecer indiferente á la una ó á la otra? Y si las distingue, si prefiere la una á la otra, ¡puede pensarse que haya rehusado á los hombres, séres inteligentes, capaces tambien de conocer y escoger, de amar ó de aborrecer, todo medio de distinguir lo bueno de lo malo en las relaciones que tienen con él? ¿Y á qué fin les hubiera dado este ardor desmedido de aprender, y les hubiera permitido el descubrir las relaciones que tienen aun con las cosas insensibles, objetos ó instrumentos de su industria, y los mejores medios de labrar los metales para su uso, ó domesticar los animales para sus necesidades? Y si existe algo de verdadero y falso, de bueno y de malo en las diversas religiones, como en todo otro objeto de nuestros conocimientos; si el hombre puede distinguirlo, ¡cómo suponer que pueda permanecer indiferente á la verdad y al error, cuando no puede ser indiferente con nada, porque en él la indiferencia es el carácter mas señalado de la estupidez!

Pero si todo es indiferente en las opiniones religiosas de los hombres; si no las hay de verdaderas y de falsas; si la opinion de los que creen en un solo Dios, la de los que creen en una multitud de ellos, y las de los que no creen absolutamente en Dios, son igualmente indiferentes, igualmente establecidas (pues no se puede sin inconsecuencia escluir de la tolerancia absoluta una opinion cualquiera que sea), todo es indiferente tambien en las prácticas de los diversos cultos; y todo lo que emana de un principio cualquiera religioso, es igualmente bueno ó igualmente malo. Entónces es preciso sostener que es igual entre sí el ofrecer á la Divinidad una *hostia* inocente, ó inmolarle víctimas humanas; el sacrificar, como los chinos, los niños recien nacidos al *espíritu del rio*, ó ponerles, como los cristianos, bajo la proteccion del bautismo; el autorizar la esclavitud ó proscribirla; el llorar un esposo ó abrasarse en la hoguera sobre su sepulcro; el imponerse privaciones que no perjudican la salud, y que muchas veces prolongan la vida ejercitando los sentidos á la templanza y el corazon á la docilidad, ó entregarse como los bonzos á estas torturas prolongadas, que consideran como una virtud, y que la humanidad no permitiria ejecutar para castigar los mayores crímenes. Entónces la poligamia con todos sus desórdenes es tan buena en sí misma como la unidad de esposa con toda su dignidad y sus ventajas; y la facultad del divorcio, condenada aun por los legisladores que le proponen, no es mas imperfecta que la indisolubilidad del lazo conyugal, á la que no puede objetarse sino un esceso de perfeccion. Y no obstante, tal es para el entendimiento humano la necesidad de ser consecuente aun en la opinion mas inconsecuente, que los partidarios de la intolerancia se han visto forzados á sostener, al insinuar la indiferéncia de todos los actos religiosos, ó autorizados por las diferentes religiones; y cuando estos actos han parecido tan bárbaros ó estravagantes, han acusado de ello á la religion en general, esto es, á todas las religiones indistintamente, diciendo como Lucrecio *tantum religio possit suadere malorum*, atribuyendo de este modo á la religion cristiana horrores que ella desaprueba y ha hecho desaparecer en todos los paises en donde se ha estendido (*).

Ultimamente, esta tolerancia absoluta, que cierta filosofía reclama sobre las opiniones religiosas, ¿ha existido nunca en la religion, ni aun en la filosofía? Es preciso observar, que toda nueva opinion es esencialmente intolerante por el solo motivo que es nueva, y que repele las opiniones antiguas. Cuando Lutero se separó de la Iglesia romana, acusó á los fieles á ésta de idólatras y groseros, llamándoles *papistas*, *diablos*, *perros* y *cochinos*. Los sofistas del último siglo y los del presente han prodigado á los cristianos, entre los cuales vivieron y viven, y con quienes tu-

(*) *Verdad es que en los pueblos cristianos se ha ejercitado muchas veces la intolerancia de opiniones, en controversias que solo parecen sutiles ó indiferentes. En estas cuestiones en que se ha querido ridiculizar la palabra* escolástica, *es en donde los sofistas, que no penetran el fondo de las cosas, han triunfado, sin dejar de hacer ver que nada de semejante se agitaba entre los gentiles. Pero es justo observar, que en los pueblos cuya religion habla solamente á los sentidos, y no á la razon, no puede haber disputas de opiniones sobre cuestiones intelectuales, del mismo modo que entre los niños ó artesanos no puede haber disputas de metafísica; y que en los pueblos ilustrados, cuya religion es toda espiritual, las opiniones de este género han debido adquirir una grande importancia, porque de las opiniones proceden los dogmas que conducen á los actos, y que si la moral arregla, bien ó mal, la conducta de los individuos, los dogmas solos constituyen la bondad moral de los pueblos: principio de filosofía política que los gobiernos han perdido de vista demasiado.*

vieron y tienen todas las relaciones que dan una patria y habitacion comunes, los epítetos de *fanáticos*, de *supersticiosos*, de *hipócritas* y de *tontos*. Hablando de buena fé, ¿es esto tolerancia? Para los hombres ilustrados, y por consiguiente, sensibles, ¿hay cosa mas intolerante que las injurias? Para dar ejemplo de esta tolerancia que se pi le, Lutero ó nuestros sofistas debian haber hablado así á sus adversarios: "Vuestras opiniones son sabias y verdaderas; pero no nos convienen, y por esto publicamos otras diferentes." Esto, aunque no hubiese sido muy razonable, hubiera sido perfectamente tolerante, pues de cualquier modo que se tome, y por moderacion que se emplee para decir á algunos hombres que se engañan, y que han caido en errores groseros ó en vergonzosas supersticiones, es decirles, en sustancia, que son tontos y fanáticos. El solo pensamiento que un semejante nuestro permanece en el error, es ya un acto interior de intolerancia: mucho mas lo será cuando se manifiesta este pensamiento acompañado de actos y de injurias; y en las naciones cultas, lo mismo distan las injurias de todos los escesos que les son consiguientes, que entre los hombres de elevada clase dista la palabra ofensiva del duelo.

La cuestion de la tolerancia ha sido cuasi siempre presentada con el apoyo de un juego de palabras. Se ha reclamado la *libertad de pensar*, lo cual es un absurdo mayor que si se hubiese reclamado la libertad de la circulacion de la sangre. En efecto, ni el tirano mas caprichoso, ni el monarca mas absoluto, pueden atentar contra la una ni la otra de estas dos libertades; y el mismo Dios, que deja á los hombres que piensen de él lo que les parezca, no podria impedir la *liberta l de pensar*, sin desnaturalizar al hombre, y quitar á sus determinaciones la libertad de merecer ó desmerecer. Mas lo que los sofistas llaman libertad de pensar, es la libertad de pensar á voces, esto es, de publicar sus ideas por medio de los discursos ó de la imprenta, y por consiguiente, de combatir las opiniones de los demas; siendo así, que hablar y escribir son acciones, y aun las mas importantes de todas, en una nacion civilizada. La libertad de pensar, pues, no es la de obrar; y ¡cómo podria exigirse del gobierno una tolerancia absoluta de la libertad de obrar, sin hacer inútiles todos los cuidados de la administracion para mantener la paz y el buen órden, ó mas bien, sin desquiciar la sociedad!

Acabaremos con una reflexion importante. Una falsa opinion debe ser tolerante, pues si no, ¡qué derecho tendrá para condenar las demas opiniones? Mas los que las profesan son regularmente celosos é intolerantes. Así es que, la religion de Mahoma es tolerante, y los mahometanos han sido muy intolerantes. Al contrario, si la verdad no es un ente de razon, una opinion verdadera debe ser esencialmente intolerante de los errores que se oponen á ella; pero los que la profesan deben ser tolerantes, con tanta mayor razon, cuanto mas seguros están que tarde ó temprano triunfará la verdad. Mas cuando una opinion empieza en la sociedad, ya sea falsa ó verdadera, lejos de pedir ni conceder la tolerancia, se esfuerza por estenderse, aspirando á la dominacion. De aquí el espíritu de proselitismo, comun á todas las opiniones religiosas, políticas, literarias, filosóficas, &c. La guerra empieza, pues, entre la nueva doctrina y las doctrinas antiguas que están en posesion del imperio, y va avanzando, por decirlo así, con las armas en la mano. Si esta doctrina es verdadera, se estiende y se consolida mas bien con la persecucion, que por la tolerancia (*). Si es errónea, va ganando ter-

(*) *Así sucedió en nuestra religion augusta. La sangre del Divino Redentor que la fundó, fué la primera semilla que*

reno hasta un cierto punto, y algunas veces por la contradiccion; pero pronto se detiene y declina si ha llegado á ser muy dominante en la sociedad, pues una vez conseguido el imperio que no ha dejado de pretender incesantemente, se convierte en un peso, que oprime su debilidad y manifiesta su impotencia. Entónces suspira por la tolerancia, y quiere componerse con la verdad; y, como los litigantes de mala fé, invoca un recurso, una composicion amistosa, que puede ser definitiva entre los hombres, pero nunca entre principios opuestos.

La doctrina enemiga de todo poder religioso que se ha llamado *filosofía del siglo XVIII*, ha sido, tanto en sus principios como en sus progresos, enteramente intolerante. Usaba de *palabras magníficas* para hablar el lenguage de la Escritura, y prodigaba la injuria y la mofa á sus adversarios; y cuando se vió en el trono de la Europa como opinion dominante, no pudo, como otro Faetonte, sin abrasar el mundo, tener las riendas de estas pasiones fogosas, que la religion sujetaba con tanta facilidad.

La Europa estaria mas adelantada, y seria mas feliz, si tanto ingenio é intrigas como se han empleado para establecer la tolerancia absoluta de todas las opiniones, que en su fondo no es otra cosa que la indiferencia para todas las verdades, y la libertad de pensar, que es un sofisma, se hubiesen hecho servir para preparar los entendimientos á una misma creencia, único medio de conciliar los corazones. Pero si los hombres no han tenido aún el pensamiento de esta union tan deseable, los acontecimientos, mas poderosos que los hombres, en virtud de las leyes generales, tienen tendencia á conducir al órden, que es la unidad, dando cada dia pruebas de la necesidad de ello; y así como la diversidad de opiniones religiosas y políticas, y la division que esta diversidad sostiene, han sido la causa primitiva de la revolucion francesa, ó por mejor decir, europea, la unidad de opinion será tarde ó temprano el último efecto.

Pedir á séres inteligentes, *que no viven solamente de pan*, sino de la investigacion y del conocimiento de la verdad, la indiferencia absoluta sobre opiniones, sean las que fueren, es pedir imposibles, y prescribir el reposo absoluto á la materia, que no existe sino por el movimiento. Pero si la tolerancia absoluta, ó sea la indiferencia, es absurda y aun culpable entre opiniones verdaderas y falsas, y por consiguiente necesariamente esclusivas las unas de las otras, la tolerancia condicional, ó el *sufrimiento mútuo*, debe existir entre hombres que de buena fé profesan opiniones distintas. La necesidad de este disimulo, si tuviese precision de ser probada, lo seria con las razones mas decisivas, y está, sobre todo, apoyada en el ejemplo del Maestro de todos los hombres en moral y en política; debiendo en esto observarse la diferencia de la tolerancia filosófica, á la tolerancia cristiana.

(Copiado.)

no tardó en llenar la tierra de hombres que creyeron en él y fueron salvados. La persecucion y la barbarie de los perseguidores, estendió mas y mas el Cristianismo en los siglos mas florecientes de la religion, y la sangre de los mártires continuó á ser, segun la ya sabida espresion de Tertuliano, un semillero de cristianos.

REFORMA DEL CLERO.

Cuando vimos que *El Eco del comercio* solicitaba como una de las exigencias nacionales "la reforma evangélica del clero," y comenzaba á tratar esta delicada materia, no haciéndole declarada guerra, como los impíos, sino bajo las apariencias de católicos, y de no desear otra cosa que la correccion de aquellos abusos que manchan la santidad de la religion é inutilizan su influjo en las mejoras sociales, confesamos francamente, que, por lo que nos enseña la historia de esta clase de hipócritas reformadores, sospechamos pertenecer los que promovian tales especies á aquellos de quienes decia Bossuet: "del seno de la Iglesia saldrán ciertos hombres murmuradores (*quærulosi*, como los llama San Judas), que, gritando sin cesar contra los abusos para erigirse en reformadores del género humano, se harán, dice San Agustin, mas insoportables que los que ellos no quieren sufrir (*)." Este juicio no parecerá temerario á los que no ignoran que los protestantes siempre han invocado *reformas evangélicas*, los jansenistas se atienen á la venerable antigüedad y cristianismo puro, y que tal ha sido la costumbre frecuente de los hereges, aun los muy antiguos; pues como escribe Saccarello (†), los donatistas "firmaron el convenio para la Colacion, llamándose profesores del sincero cristianismo y de la verdad católica," no siendo sino lobos rapaces, vestidos de ovejas, que en vez de amar la unidad de la Iglesia, como buenos católicos, la dividian y despedazaban con sus cismas. La esperiencia de tales ataques, no en una ni otra nacion, sino en todas; no en un solo siglo, sino casi en su totalidad, harán disimulable nuestra equívoca opinion, ante la imparcial ilustracion de los señores editores de dicho periódico; porque no nos era notoria su buena intencion, ni habian protestado que "és a era de que la reforma se realizase por medios legales y canónicos," y que sometian á la "decision de la Iglesia" cuanto dijesen en un asunto de tanta trascendencia é importancia; como porque no podiamos tener por tan ortodoxas sus opiniones, á vista de que ni llamaban á la reforma *canónica*, atacaban al fuero eclesiástico, y en diversos lugares de sus apreciables producciones, no perdian ocasion de declamar contra los bienes del clero, de satirizar á los regulares, y de avanzar ciertas proposiciones, en que mas bien parecia hacerse la guerra á la clase que á los abusos.

Pero despues de una tan paladina confesion de principios, tan conformes á los nuestros, hariamos un agravio á los mencionados señores editores, en tenerlos por mas tiempo como *antagonistas* y sospechar de su ortodoxismo y buena fé; cuanto que ni negamos que haya abusos, ni nos oponemos á su reforma "por medios legales y canónicos," ni queremos sea condenable el que, con la moderacion, el respeto y la verdad debidas, se denuncie todo lo que pueda ofender la pureza del dogma, la entereza de la moral y la santidad del culto, para que se corrija por la autoridad á quien corresponda, segun "la decision de la Iglesia." Esta franca manifestacion de nuestras ideas, que acaso no se aguardaria de nosotros, exige, en nuestro juicio, una igual correspondencia que acaso no se nos negará. *El Eco* clama por la estincion del fuero eclesiástico; entiende que es perjudicial que el clero posea bienes, y solicita su despojo; le atribuye la permanencia de

(*) Instruct. pastor. sur les promess. de l'Eglis.
(†) Tom. *VIII*, *pág*. 60.

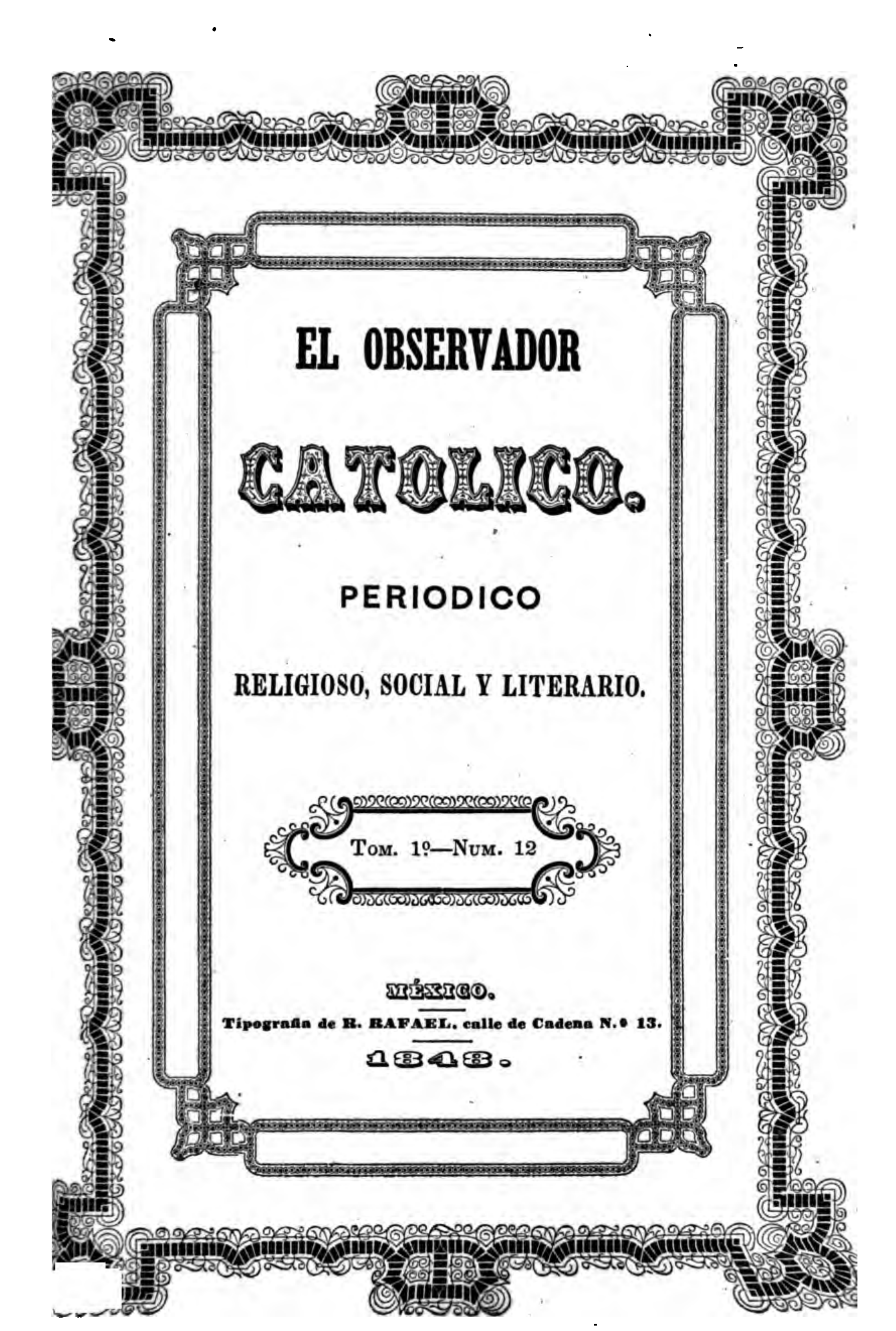
seando saber anticipadamente lo que seguiría, cuando sucedió á la armonía de las voces é instrumentos melodiosos, la música incomparable de la elocuencia. El atractivo con que el señor Alberto Voorhies pronunció su discurso, no podia dejar de suscitar en todos los corazones aquel patriotismo que supo pintar tan bien y recomendar en un idioma tan enérgico. Aunque no conozco muy á fondo la lengua francesa, me atrevo á decir que la oracion mereció cumplidamente los aplausos que le fueron prodigados por todo el concurso. Esta efusion de patriotismo fué participada por sus compañeros, los que, en una cancion verdaderamente patriótica, acompañada por la orquesta, celebraron con un entusiasmo sin igual la gloria de su patria y de sus héroes. La marcha nacional bien conocida *Hail Columbia*, puso fin á la funcion, dispersándose en seguida la respetable concurrencia, totalmente satisfecha de la celebridad patriótica y agradable espectáculo que le habian proporcionado los discípulos y profesores del colegio de San Cárlos."--*Gaceta de Opelousas.*

"Hemos oido, el domingo en la tarde, un discurso dirigido por el reverendo padre Larkin á una inmensa asamblea, compuesta de ciudadanos y de militares. El orador no hubiera podido elegir un objeto mas apropiado á las circunstancias, ni desempeñar de una manera mas feliz el difícil cargo que se le habia impuesto.--La profunda erudicion y elocuente estilo de este ilustre jesuita adornaron el asunto monótono de nuestra regeneracion nacional, de formas nuevas y pulidas, y enteramente desconocidas á su auditorio, reuniendo las solemnes lecciones de la historia y de las Santas escrituras con una dignidad y energía que subyugaba los corazones y arrebataba de placer y admiracion á sus numerosos oyentes.--Visto de lejos en un templete campestre, el orador, cuya magestuosa estatura se elevaba desde el tablado casi hasta las ramas de la encina que lo cubria, y cuyo trage eclesiástico contrastaba admirablemente con los brillantes uniformes que lo rodeaban, reclamando con un semblante animado y una gesticulacion imponente la atencion del bravo militar y del piadoso paisano, se presentaban naturalmente á la memoria los recuerdos casi estinguidos de las maravillosas escenas de la edad media, y cada cual se creia trasportado á esos tiempos caballerescos, en que un humilde ministro de la Iglesia romana pasaba revista á las legiones cristianas, que erizadas de hierro, iban á combatir al infiel para libertar el Santo Sepulcro,"--*The Advertiser.*

IMPORTANTE.

En la librería del portal de Agustinos, núm. 3, se halla de venta, al moderado precio de dos reales, un librito cuyo título es *Esplicacion y refutacion del Protestantismo.* ó sea *Catecismo de controversia.* Recomendamos eficazmente su lectura, por juzgarla muy necesaria en las actuales circunstancias de nuestra nacion. Suplicamos á los señores párrocos lo circulen entre sus feligreses, seguros de que, con este auxilio, afirmarán la *unidad* en la creencia, que es ciertamente el antemural inespugnable contra las nuevas calamidades que se nos esperan.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 18.



EL OBSERVADOR
CATOLICO.
PERIODICO
RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.
Tom. 1º—Num. 12
MÉXICO.
Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.
1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 10 DE JUNIO DE 1848. [Num. 12.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

DEL ESPIRITU SANTO.

El universo, criado de la nada, publica el poder de Dios: la Encarnacion, ese prodigio, que reparó la caida del hombre, anuncia la sabiduría: la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, hace conocer su amor. La creacion nos eleva á la contemplacion de la gloria del Padre: la luz que alumbra al mundo, la palabra que ilumina las almas, nos descubre el Verbo. La Iglesia, en su establecimiento y perpetuidad; la Iglesia, sociedad de las inteligencias y de los corazones reunidos con el vínculo del amor, nos manifiesta al Espíritu Santo. Este Espíritu es el amor: *Deus charitas est*. Gracias á este misterio, conocemos la Persona divina en quien colocamos nuestro amor, como en el seno del Padre encontramos el ser, y en el seno del Verbo la inteligencia. El mundo visible descubre claramente el invisible. El Espíritu Santo es amor, y conduce por el camino derecho; nos da un nuevo corazon, y destruye el que antes teniamos de piedra, *cor lapidem;* es un espíritu de gracia y de paz, está entre nosotros los hombres, porque él es el conducto por donde pasan nuestros corazones al amor de Dios: habla, ora y gime con nosotros: es el espíritu profético, el espíritu de verdad y el maestro de todas las cosas. Tambien es el que certifica que todos somos hijos de Dios. Para comprender bien el gran misterio del Espíritu Santo, vamos á considerarle en Dios y en los hombres, y al instante veremos cómo es el que fecunda y propaga la obra del Verbo encarnado. El Espíritu Santo en el mundo invisible; el Espíritu Santo en el mundo visible: estas serán nuestras dos reflexiones. Hay en el hombre, ademas de su ser y su inteligencia, una sensacion imperiosa que se apodera de él en los brazos de su madre, que le acompaña en toda edad, y que hace agradable su vida; esta sensacion es el amor, que, segun el obispo de Meaux, no es otra cosa que el deseo de unirse á un objeto; y si oimos á San Dionisio, llamado Areopagita, un éxtasis, un trasporte del alma, que va á buscar fuera de sí una satisfaccion que no halla en sí misma: satisfecho ó frustrado el amor, es la felicidad ó la desdicha del hombre. Todos los demas sentimientos del hombre, el deseo, la alegría, la tristeza, la esperanza, la desesperacion, y aun el odio mismo, son ofuscaciones de diferente especie. Santo Tomás asentó, que nuestros ojos tienen placer en ver las cosas bellas, los colores y la luz; nuestros oidos se lisonjean con la dulzura de los sonidos y la armonía; pero nada de esto es igual

al placer que goza el corazon cuando ama un objeto que es digno de serlo: *Nulla virtus habet tantam inclinationem ad suum actum sicut charitas*.

Mas ¿dónde se halla este amor? ¿Cuál es su orígen? ¿Puede el hombre, que tiene la facultad de amar, ponerla por sí solo en ejercicio? No; necesita objeto que avive su pasion, y si no, no ama. El amor al padre, á la madre, al hijo, al esposo, ó el conyugal, no existirian sin la relacion á los objetos que los causan. Si Dios nos hubiera criado á todos al propio tiempo, no habria padres, ni madres, ni esposos, ni hijos, y, por consiguiente, ninguno de los afectos que inspiran estas relaciones; por esto se vé que el amor emana de Dios, y no reside en el hombre como orígen ó principio. Así como está fuera de nosotros el Verbo, la Luz increada, la Razon eterna; el Verbo, repetimos, gérmen de nuestras ideas é inteligencia, siendo inmutable, independiente y universal, del mismo modo fuera de nosotros existe un amor increado, eterno manantial de todos los afectos y movimientos de nuestros corazones. El amor, como la razon, vienen de Dios, que le posee en sí mismo y goza de él eternamente. Concluyamos; ¿pero qué amor es este? Este amor es el *Espíritu Santo*.

El Amor, el Santo Espíritu, la tercera Persona de la Trinidad, Dios inmenso, infinito, es un mismo Dios con el Padre y el Hijo, que le comunican toda su divina esencia, produciéndole eternamente con idéntica voluntad. Esta tercera Persona divina, es el Espíritu santo y vivificante, el don del Padre y del Hijo, la alegría de su corazon, el vínculo que los une, y su eterno amor. San Cirilo de Alejandría, dice, que el Espíritu Santo todo se lo debe á las otras dos Personas divinas, á la manera del perfume que despide una flor, y trasmite su naturaleza y sus cualidades. Procede del Padre y del Hijo; es decir, que es la efusion, el trasporte, el éxtasis de amor, la mirada de admiracion del Padre y del Hijo, el amor personal y subsistente: *genitoris genitique suavitas*, el centro y el nudo que los liga.

Si oimos á Bossuet, dirá: "El Padre y el Hijo, abrasados uno y otro en un amor mútuo, producen un océano de fuego, que es el Espíritu Santo.» Así como el Hijo de Dios, procediendo por la inteligencia, es inteligencia y subsiste por sí mismo, así el Espíritu Santo, procediendo del amor, es tambien amor. Cuanto hay que decir él lo dice: todo lo entiende. En los secretos divinos, el Espíritu Santo es el tercero. En esta unidad nada se dice á medias: todo se entiende perfectamente. Queriendo San Bernardo probar que el Espíritu Santo es el Amor, le llama *osculum oris Dei*, el ósculo de la boca de Dios; un rio de placer celestial, uno que viene de dos, que une á dos, vínculo vital y viviente: *Unum ex duobus, uniens ambos vivificum gluten*. El Padre no cesa de engendrar; el Hijo nace sin cesar: *Semper gignit Pater, semper nascitur Filius;* y de esta eterna generacion procede eternamente el Santo Espíritu. Hablar á nombre de Dios es lo mismo que engendrar su Verbo: *Loqui Dei, Verbum genuisse;* amar no es mas que ver á su Hijo.

Segun los teólogos, en Dios no es menos poderosa la voluntad que la inteligencia, ni menos fecundo el amor que la sabiduría. La inteligencia en Dios es una persona: la voluntad en Dios es una persona, y estas personas son en Dios coexistentes y coeternas. En el hombre el pensamiento produce la espresion; y cuando el pensamiento y la espresion están en armonía, goza el alma una viva satisfaccion que resulta de este perfecto acuerdo. Entonces el hombre ama y se adhiere á su obra, porque la admira, la contempla y la satisface. El Espíritu Santo no es el objeto del amor, es el mismo amor. Santo

Tomás no admite que se diga que el Padre y el Hijo aman al Espíritu Santo, sino que ellos se aman recíprocamente por medio del Espíritu Santo: *non amant Spiritum Sanctum; sed amant se Spiritu Sancto.* Esta es la funcion del Espíritu Santo en la Trinidad; torrente inalterable de amor, inundar á las otras dos divinas Personas de las puras delicias de la eternidad: en él se aman con infinito amor, y se renueva incesantemente su felicidad inagotable. Por el Santo Espíritu podemos alcanzar la inefable comunicacion del Padre y el Hijo, sirviéndoles de alimento, dulzura y gozo el mismo Espíritu: por esto el Padre y el Hijo se inundan en un piélago de amor, y se embriagan con estas fruiciones, de que nosotros hemos de participar. Todos los goces del mundo, todos los afectos, todo lo que admira, encanta y seduce; los trasportes los éxtasis, los olores, las delicias, el amor y la felicidad temporal, son emanaciones del Espíritu Santo.

Sabido ya que hay amor, y dónde está, véamos cómo desciende á nuestros corazones, y cómo henchidos éstos de amor, le repartimos entre nuestros hermanos, y cómo el Espíritu producido en la Trinidad, fecunda en el universo: *Amor non permisit Deum sterilem in se ipso manere.* Si nada produce el Espíritu Santo, si nada procede de él en la Trinidad, produce un mundo á Dios, uniendo por el amor la humanidad con la Divinidad. Los nombres tan dulces en nuestro afecto, padre, madre, hermano, amigo, esposos, se nos han concedido para enseñarnos los nombres de los afectos y sensaciones que debemos á Dios. El amor natural es en nosotros un movimiento cuyo principio es divino, puesto que nuestros afectos en la tierra provienen de las relaciones que Dios nos ha creado. Debe nuestro corazon escoger el amor divino entre los afectos terrenos, como nuestra inteligencia sabe discernir la verdad entre los errores. No creamos por eso que estos afectos sean pasageros: consagrados por el Espíritu Santo, eternos como él, son las gradas por donde nos elevamos á Dios; goces anticipados de la eterna felicidad, y que aun en el Cielo formarán parte de nuestras delicias. El amor humano no existe en nosotros, proviene de Dios, y él nos imprime el movimiento del corazon y nos ha criado el objeto amado; y para que este amor llegue á ser divino, necesitamos una nueva conmocion que causa en nosotros el Santo Espíritu, y la debemos al sacrificio de Jesucristo: entonces salimos del órden de la naturaleza, para entrar en el de la gracia. Es de fé que la vida puramente natural jamas nos conducirá á la salvacion, como que es un fin sobrenatural. Para que nuestros actos sean meritorios, es necesario que procedan de inspiraciones del Espíritu Santo, porque solo él es capaz de superar nuestra naturaleza corrompida. Por sí mismo el hombre no puede producir actos de amor sobrenatural, ni puede divinizarse el sentimiento del amor sino por el Santo Espíritu. Santo Tomás dice, que la persona del Espíritu Santo se le entrega al alma por medio de la gracia santificante; lo mismo que la persona del Hijo fué dada á la Santa Vírgen, cuando se la elevó á la dignidad de Madre de Dios. La persona del Espíritu Santo se puede decir que se halla en un justo, como el Verbo estaba en el seno de la Vírgen. El mismo Espíritu Santo, que hace las delicias de Dios, es el que satisface y llena nuestros corazones y nuestras almas; por eso añade aquel santó doctor: "Parece que el hombre es el dios de Dios." Sin el movimiento del Espíritu Santo ó la gracia, nada alcanza el hombre en el Cielo.

La maravillosa variedad de la gracia, envuelta ahora en la oscuridad de la fé, será objeto de la contemplacion de los bienaventurados y el esplendor de la gloria. Amor sobrenatural, movimiento del Espí-

ritu Santo en nuestras almas, tú eres el amor á Dios mismo, la alegría, la paz y la felicidad. Santo Espíritu, cuando estais en una alma, estrechais el vínculo de esta alma con Dios y con el prógimo, y creais una trinidad de relaciones que cruzan su felicidad. Por lo mismo, Divino Espíritu, haceis que nazca una necesidad de esta union que hay entre el Padre y el Hijo. "Padre mio, decia Jesucristo á sus discípulos en el sermon de la Cena, que todos estén unidos á mí, como yo estoy con vos, y vos en mí.» La union de las divinas Personas es el modelo de la nuestra, y la condicion para ser felices en el Cielo y para serlo tambien en la tierra. No cabe union en el mundo sin que resulte una perfecta unidad. La unidad de los espíritus es obra del Verbo; la union de las inteligencias y de los corazones, es un milagro del Espíritu Santo, fuera del interes delas pasiones y de la carne y la sangre. Contemplad la primitiva Iglesia, en que todos los fieles no tenian mas que un corazon y un alma, pues la caridad era el signo con que se reconocian los discípulos de Jesucristo. San Agustin, hablando de la muerte de su madre, dice: "Sentia en mí que se desgarraba esta doble vida, compuesta de la suya y de la mia.» Entre el prógimo y yo no debemos tener mas que una sola vida, la vida divina, la vida del amor, el Espíritu Santo. Principiais á tener un afecto, entrais en íntima comunicacion con otra alma; probad si podeis conservar secretos para ella; no lo podreis lograr: es necesario hallarse atormentado hasta que se verifique la íntima union, ó se disuelva para siempre. El hombre no está en el mundo para otra cosa que para llegar á producir un acto completo de amor. Ya lo hemos dicho: Dios quiere ser amado como lo merece, antes que le véamos como es. La luminosa vista de su esencia nos obligaria invisiblemente á que le amásemos; pero quiere que le tributemos un amor libre. El universo, el tiempo, las criaturas, los acontecimientos felices ó desgraciados, las tentaciones, las pruebas, la muerte, todo se ha preparado para que demos á Dios la completa preferencia sobre los séres sensibles. Contemplemos la maravillosa conducta que Dios ha empleado, en uso de su poder y su sabiduría, para disponer las cosas de modo que en la religion y en el universo se hallen contrastadas y como confusas las sombras y la luz, las inclinaciones naturales y los auxilios de la gracia, á fin de que el hombre dude en su eleccion entre Dios y las criaturas. Si se nos descubriera Dios en toda belleza, ¿qué mérito tendria nuestro amor? Si percibiéramos claramente el Cielo y el infierno, nada podriamos titubear entre el bien y el mal. De esta manera podemos comprender el fin de todas las cosas, cuando vemos que un acto libre de amor, en medio de nuestras tinieblas, basta para unirnos á Dios. La misma muerte no es otra cosa que un medio dispuesto por Dios, para ayudarnos á la separacion de todos los objetos sensibles, supuesto que obra necesariamente los sacrificios que el amor nos obliga á cumplir con alegría; y de aquí la verdad de que el amor es fuerte como la muerte. Todo se concluye con Dios, por medio del amor en el hombre; todo se hace mediando el amor; todo lo dirige el amor, y de esta relacion todo vuelve á Dios, de que procedió, por medio del Espíritu Santo. El amor es la ley entera; solo una cosa se necesita, que es el acto que entrega á Dios todo el hombre, su alma, su cuerpo, sus pensamientos, sus sensaciones, sus deseos, sus miembros, sus venas, sus entrañas. Segun Bossuet, este acto encierra todo cuanto hay en el hombre, para que corresponda á todo lo que hay en Dios. Este acto, el mas perfecto y el mas sencillo tambien, es ademas el cumplimiento de nuestras promesas en el bautismo, la entera conformidad de nuestra volun-

tad con la de Dios. Aquellos que hacen esto acto con la perfeccion que Dios nos manda, nada tienen que temer, ni los pecados pasados, ni suplicios, ni castigos: para ellos no hay infierno, no hay purgatorio; no hay para ellos mas que el Cielo. Este acto es la completa unidad del alma con su Criador.

Todo amor anhela á la posesion del objeto amado, y dándose Dios en la Encarnacion y en la Eucaristía al hombre, cumple las leyes del amor. Los nombres de padre, madre, esposos, amigos y hermanos, los sacramentos, las ceremonias y el sacerdocio, no son mas que socorros y signos para alimentar en nuestra memoria la verdad y el amor. Muy luego desaparecen las sombras, el velo se levanta, y el Verbo, á quien veremos en la gloria, se manifestará en forma humana para ligar la tierra con el Cielo, y concentrar en sí toda la creacion: la vida de Dios será contemplar y amar; contemplar y amar será tambien la del hombre.

Acabais de ver al Espíritu Santo en el mundo invisible, en el mundo de los espíritus: véamosle ahora en el mundo visible, ó en el universo renovado por él.

El Verbo divino, Jesucristo, habia separado la luz de las tinieblas por segunda vez, haciendo que la verdad saliese del caos de los vicios y de los errores en que los hombres la habian sumergido. De un estremo al otro de la Judea sembró la divina palabra. Habíase ya promulgado la ley de gracia, y en ella se comprendia lo que habia de bueno en la ley natural, en la mosáica y en los Profetas; todo cuanto habian previsto los filósofos y todo cuanto era verdadero en el espíritu de los hombres. Predicciones cumplidas, milagros obrados á la vista de los pueblos todos, atestiguaban la mision de Jesus y la sublimidad de su doctrina. Con todo, los que escuchaban al Salvador Divino, dice San Juan, *mirabantur*; pero no se enmendaban, añade San Agustin; *non corrigebantur*. ¿Quiénes llegaron al Calvario de aquellas turbas que seguian á Jesus en el desierto y que le proclamaban rey; de los que bajaban de los montes y le salian al encuentro en el de las Olivas? Unas pocas mugeres, su Madre, un Apóstol: en el Cenáculo y el dia de Pentecostés ciento y veinte discípulos. ¡Y el Verbo, la palabra de Dios, estaba en el mundo: el Verbo se habia hecho carne, y los Apóstoles le vieron por sus mismos ojos, tocáronle con sus manos; viéronle curar los enfermos, resucitar á Lázaro y transfigurarse en el Tabor! Estaban en Judea la potestad la sabiduría, la inteligencia, la palabra, el Verbo de Dios, ¡y era estéril su presencia! De repente observamos una prodigiosa mudanza: conviértense los Apóstoles en unos hombres nuevos, y ellos renuevan al universo.

¿Cómo habrá sucedido esta maravillosa transformacion? Todos estaban en el Cenáculo, y oyeron un gran ruido, y vieron aparecer lenguas de fuego, que, esparciéndose, se colocaban sobre sus cabezas: segun los Actos, fueron inflamados del Espíritu Santo, y empezaron á hablar en diferentes lenguas. Acudieron muchas gentes, y decian: pues ellos son galileos, y nosotros entendemos todo lo que hablan, ¿qué significará este prodigio? *Quidnam vult hoc esse?* El prodigio no era otra cosa que el cumplimiento de la profecía de Joel y de la promesa de Jesucristo; la nueva alianza de Dios con los hombres; el descendimiento del Espíritu Santo, del amor del Padre y del Hijo: el milagro del amor fecundando la palabra. Cuando Jesucristo, durante su vida mortal, esplicaba á sus Apóstoles los misterios, no le entendian los Apóstoles: *Et ipsi nihil horum intelligebant:* su palabra estaba escondida: *et erat verbum ejus absconditum ab eis*. Disputábanse la primera silla en su reino: querian que el fuego del Cielo cayera en las

ciudades que se negaban á recibirle; y se valian de la espada para rechazar á los que intentaban ofenderle. Antes de su Ascencion, le preguntaban nuevamente si trataba de restablecer el reino de Israel; y aun tímidos despues de haber visto al Señor que subia al Cielo por su propia virtud, se refugiaban al Cenáculo para orar en él. Y á poco tiempo ya solicitaban el honor de morir por Jesus, y pedian el perdon de Dios para sus verdugos, y no se valian de otras armas que de la paciencia y la humildad.

Ya no son los Apóstoles, decia San Juan Crisóstomo, aquel oro tosco é informe, tal como le hallamos en la tierra, sino el oro finísimo, ensayado y purificado por el fuego. Todos los que oyen sus palabras se admiran y confunden y no cesan de esclamar: ¿Cómo estos hombres pueden saber lo que están diciendo, si nada han estudiado en su vida? Segun eso, los pescadores del lago Genezareth esceden en ciencia á los filósofos y doctores; y vemos que los artesanos reforman la moral del mundo y están dándonos leyes. Hombres flacos, ignorantes, van á ser los preceptores y maestros de las naciones. La inteligencia fecunda en ellos el corazon y en cambio el corazon ilumina su espíritu.

Pues lo que pasó en el Cenáculo se repite diariamente á nuestra vista. Mirad esos hombres que tienen fé sin amor, que conocen la verdad y que la practican: ellos hablan elocuentemente de los vicios y de las virtudes. Dirán que poco importa la vida: que las glorias humanas no son mas que una sombra: que los bienes de la tierra son perecederos; pero en sus obras se conoce que tratan de ofuscar á los demas, que procuran alargar su vida, y aumentar su fortuna. Porque las verdades que residen en su espíritu no han descendido á su corazon; su lenguaje es hijo de su inteligencia; su conducta de los atractivos que saben seducirlos. Pero si la gracia de Dios inflamase su alma; si el Espíritu Santo descendiese á ellos, entónces el amor divino, apartándolos de sus pasiones, haria que la luz del Verbo penetrase en ellos; y este es el sentido en que dice la Iglesia que el Espíritu Santo es la luz de los corazones, *lumen Cordium:* entónces sí que desprecian los honores, las riquezas y los placeres del mundo. Del corazon provienen los grandes designios, porque el corazon es el que verdaderamente cree. Es preciso que baje al corazon la inteligencia, para que sea poderosa: el corazon forma los santos y los héroes. La venida del Espíritu Santo se verifica completamente en aquellos que pasan de la fé especulativa á la práctica de la verdad. Solamente así llegan á ser hombres completos, como si dijéramos, hombres cuyos pensamientos, palabras y acciones jamas se desmienten. Así pueden hacer á Dios el sacrificio entero de sí mismos, inmolando su espíritu, su corazon y sus sentidos. La religion, la razon revelada, someteria con facilidad á todos los hombres, si consistiera solo en teoría; pero es una ley, una regla de las inclinaciónes del corazon, y por esto la voluntad se rebela contra ella. El Verbo sin el Espíritu Santo no basta para la santificacion de nuestras almas: el amor es indispensable para que fecunden las doctrinas del Verbo. La obra de la redencion concluye en la voluntad, y solo el espíritu divino puede dirigir y mover los corazones. No basta para ser bienaventurado y santo, ver y comprender, es necesario amar. Muy grande es la relacion entre la naturaleza de Dios y la del hombre. Vino el Verbo divino primeramente para curar nuestra ignorancia, y el Espítitu descendió para superar nuestra inclinacion á las cosas terrenas. El amor en Dios y en el hombre procede de la verdad, porque la verdad produce el amor. La semilla la habia echado el Verbo en la Judea, y el Amor bajó á fecundar la palabra: ahora examinaremos la

propagacion de la palabra ó del Verbo, obrada por el Espíritu Santo ó por el amor; es decir, los prodigios de Pentecostés estendiéndose á todo el universo. Los discípulos de Sócrates no habian podido convertir una aldea del Atica; el pueblo judío no logró atraer ni una sola provincia al conocimiento del verdadero Dios. Pues bien, los Apóstoles salieron no solamente para enseñar á todos los pueblos, sino para humillar la presuncion de los sábios, resistir el poder de los magnates, vencer el orgullo y la concupiscencia, abolir las supersticiones y convertir al mundo. Los doce hombres mas insignificantes del pueblo, doce artesanos sin crédito, sin riquezas, sin títulos, sin poder, sin elocuencia, sin armas, van á arrastrar en su séquito los maestros, los grandes, los ricos, los sábios, lo mismo á los reyes que á los esclavos, y todo sin mas que una Cruz que llevan en sus manos. Bossuet lo dijo: "La Cruz ha triunfado de los corazones, y estimo por mas glorioso haber alcanzado esta grande victoria, que si hubiera afirmado el órden en todo el universo: porque no veo en él cosa mas indócil, mas fiera, mas indomable que el corazon humano.» Subamos desde el efecto á la causa, descendamos desde la causa al efecto, y nada podremos esplicar si no apelamos á la Divinidad. No hicieron los Apóstoles su conquista al grito de libertad, ni escitando el apetito de los placeres y de los bienes de la tierra, ni por el brillo de su lenguage, ni por saber; y sin embargo cambiaron el aspecto de la tierra. ¿Cómo llamaremos á estos hombres? ¡Filósofos? si no han aprendido las ciencias de la Grecia y de Roma. ¿Oradores? tampoco se les vió en escuela alguna. ¡Serán legisladores? no conocen siquiera la historia, ni las necesidades de los pueblos. ¡Serán conquistadores? si no tienen armas, no saben mas que padecer y morir. ¡Pues qué son en efecto? Son enviados por Jesucristo; á su nombre derribarán todas las sectas y establecerán la religion única, que consiste en la verdad y en el amor. Confundirán la humana sabiduría, y rectificarán las disparatadas ideas de los hombres. Con efecto, los Apóstoles han derrotado á los sábios y vencido á los grandes, al pueblo, al orgullo, la voluptuosidad y la supersticion; todo en nombre de un Dios crucificado, y sin mas precepto que los discípulos deben morir como el Maestro. A los cristianos se hizo la guerra trescientos años, y los paganos los llamaban hombres de rueda y de hoguera, *peraxii senmentarii*. Durante este periodo todo el que se declaraba por la fé de Jesucristo, tenia que renunciar sus bienes, sus empleos, su honra, su libertad y su vida. Decia Tertuliano: "es necesario comprar á precio de sangre la libertad de profesar el cristianismo.»

Se llegaron á cansar los verdugos; pero jamas faltó á las víctimas paciencia para sufrir sus crueldades. Confesemos aquí, que es necesario admitir un poder sobrenatural, ó desmentir todas las nociones esenciales del hombre. Hay que reconocer el poder divino, la virtud del Altísimo: es preciso creer la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, ó declarar que la conversion del mundo es inesplicable; y si no puede verse en este gran prodigio la obra aislada del hombre, es indispensable confesar la obra de Dios. El mundo, dividido como estaba antes de Jesucristo, se conoce procedia de la confusion de las lenguas en Babel; milagro efectuado por la justicia divina para castigar el orgullo: la conversion del mundo no puede esplicarse sino con un milagro del amor, producto del amor mismo. El amor ha reunido á los hombres que habia dispersado el orgullo en Babel: el amor habló en todas lenguas, y el amor bajó sustancialmente sobre los Apóstoles. Es el mayor acontecimiento que ha ocurrido en el mundo. Desciende el Espíritu de Dios sobre

los apóstoles, inflamando la palabra en sus corazones, y propagándola por el universo: era como el sol, que pone en movimiento la luz esparcida en el espacio. Las lenguas de fuego que caen sobre sus cabezas, son la señal del amor ó caridad. San Gregorio Nacianceno decia, que para vivificar la Iglesia le era conveniente una cabeza y un corazon. Jesucristo es la cabeza, por cuyo medio conocimos á Dios, y el Espíritu Santo el corazon, por el cual le amamos: *Ut per hunc amaremus, per illum intelligeremus.* El mayor don de Dios es el Espíritu Santo: por eso nunca se perdonará el crímen contra el Espíritu Santo: es el crímen de Júdas y de Cain, que se perdieron para siempre por haber desesperado del amor. La venida del Espíritu Santo nos eleva á la contemplacion de todo el plan del universo. El poder lo habia todo creado: la razon ó el Verbo todo lo habia coordinado, y el amor completó la obra. De todas estas cosas fué término el corazon: á éste le corresponde poseer á Dios: el corazon es el universo moral. El alma es un mundo invisible, y nosotros tenemos en el corazon el paraiso ó el infierno, porque en él se forman el amor ó el odio. Mirad dos hombres que pasan por delante: en lo esterior parecen semejantes, pues el uno lleva dentro de sí la vida, y el otro la muerte.

El gran milagro del Verbo y del Espíritu Santo, de la palabra fecundada y propagada por el amor, está subsistente siempre en la Iglesia. La predicacion de la verdad es el Verbo, los sacramentos son la lenguas de fuego que aparecieron en el Cenáculo. Todos los sacramentos comunican la gracia santificante y los dones del Espíritu Santo. San Juan Crisóstomo se esplica así: "Si no tuvieseis cuerpos, si fuerais unas puras inteligencias como los ángeles, Dios os comunicaria sus dones de un modo espiritual, invisible; pero como vuestra alma esta cubierta de un cuerpo terrestre, Dios incorpora la gracia en elementos materiales y en sensibles figuras." Así se perpetúa el Espíritu Santo por medio de los sacramentos. La perpetuidad de la Iglesia es el milagro del amor, milagro no menos asombroso que la conversion del mundo. No teneis que preguntar ahora por qué los milagros han cesado en la Iglesia, supuesto que veis que la existencia de la Iglesia es un milagro visible, permanente, inmortal, que los incluye todos, y los supone todos. El Espíritu de Dios, según la promesa, ha llenado el mundo. Los esparcidos miembros de la gran familia de Adan, separados por el odio, se han acercado con el vínculo del amor. Ya no corre en los templos la sangre humana; un mismo poder espiritual se estiende sobre todas las naciones. Roma. en otro tiempo gobernada por tiranos, hacia temblar al universo: ahora el mundo entero acepta voluntariamente su dominacion. Consagrados antes los templos á los ídolos, eran el refugio de todos los vicios, y ahora por todas partes se rigen al verdadero Dios: todas las miserias, todas las penalidades encuentran en ellos asilo y consolacion: rompiéronse las cadenas de los esclavos: la infancia desvalida se ha sustraido de la muerte ó del crímen. Bien dijo San Bernardo: "el amor hace prodigios; es la única cosa en que podemos imitar á Dios." Donde notamos que despues que Dios nos dejó al morir cuantas señales podian atestiguar su amor hácia nosotros, Jesucristo nos ha enviado su mismo Amor

El amor de Dios y del prógimo: esa es toda la ley y los Profetas. Conocer á Dios por el Verbo, amarle por el Espíritu Santo: ved ahí el Cielo. La fé y la esperanza pasarán; pero el amor subsistirá por toda la eternidad.

OJEADA POLITICA Y RELIGIOSA A LA FRANCIA EN MARZO DE 1848.

Proclamada la república por una parte de la poblacion de Paris, la Francia entera aceptó esa forma de gobierno, no tanto por simpatía, sino como único medio que las circunstancias exigian para salvar á la patria, por el momento á lo menos, del abismo en que hubiera podido hundirla cualquier manifestacion de la mayoría de los franceses en contra del sistema democrático.

Todas las clases, pues, de la sociedad, todos los bandos políticos, toda la prensa del pais, haciendo abnegacion completa de sus intereses, sacrificando sus mas íntimas convicciones, se adhirieron unánimemente al órden republicano, á fin de formar un centro de union y de dar fuerza moral al gobierno existente.

Sostenido así por la universalidad de la nacion, nada le hubiera sido mas fácil, ni nada le hubiera sido mas natural, mas necesario, mas justo, que conservar una perfecta armonía entre gobernados y gobernantes, haciendo efectivos estos últimos los principios evocados en la revolucion misma, es decir, *la libertad, la igualdad, la fraternidad*, para conservar, para afianzar la alianza del pueblo con el gobierno, para restablecer por ese medio el órden, asegurar la tranquilidad, resucitar la confianza pública. Por desgracia el gobierno provisional no ha sabido, ó la moyoría de sus miembros no ha querido fomentar esa dichosa union. La conducta del gobierno, sus proclamas, sus providencias, generalmente hablando, han tendido hasta ahora, mas bien á contradecir que á hacer triunfar aquellos mismos principios.

El primer paso de los gobernantes al comenzar su carrera, fué de entregarse en manos de la plebe, tratando de conciliarse su apoyo con preferencia al de las otras clases de la sociedad.

Semejante injusto comportamiento desagradó en estremo al público, al ejército, y con especialidad á la guardia nacional, porque es evidente que sin su cooperacion el movimiento de Febrero no habria pasado de una mera asonada popular, de la que habria quedado triunfante el trono de Francia. Pero sea por desconfianza, por política, ó bien por miras particulares, el gobierno provisional ha desdeñado toda otra alianza que no sea la del populacho de Paris.

Este es hoy, en consecuencia, el ídolo de los gobernantes, el soberano de la Francia, el emblema y personificacion de la república, el tirano de todas las otras categorías de la nacion. Y no es él por cierto el que se apropiara el triunfo de Febrero, entronizándose en el pais de un modo tan absoluto, tan fratricida: el gobierno es el que lo ha proclamado héroe, el que ha declarado que la revolucion se hizo *par le peuple et peur le peuple* (no en la acepcion que debe darse á la palabra *pueblo* en el sistema republicano, sino en el sentido de *plebe, populacho*); el gobierno es el que lo sostiene, el que lo considera, el que lo halaga, el que lo adula, el que todo se lo sacrifica, con perjuicio de las otras porciones de la gran familia francesa, de la que los gobernantes no recelan, ó no aguardan lo que temen ó esperan de la hez de la poblacion parisiense.

El gobierno provisional ha logrado así dividir á la nacion en dos facciones principales, *la vencida y la vencedora*, clasificando esta última en dos categorías, la *sospechosa* y la *favorita*. La parte *vencida* comprende á todos los hombres que no profesaban las doctrinas republicanas antes del

dia 24 de Febrero (lo que quiere decir casi toda la masa de la poblacion francesa): la *vencedora* la forma la pequeña cantidad de personas de todas clases y condiciones que se mezclaron individualmente en la revolucion: la *sospechosa*, la parte de esas mismas personas que pertenece á lo que, por lo comun, se llama gente decente. La *favorita* la constituye esencialmente la plebe, batiérase ó no en 23 y 24 de Febrero.

Esta se espanta, ó la hacen que se espante, con la pretendida posibilidad de una contra-revolucion: las otras temen la repeticion de las horrorosas escenas de 1793, ó cuando menos, una prolongada y destructora anarquía.

Los individuos que componen el gobierno provisional comenzaron sus actos reasumiendo las funciones de gobernantes y las de ministros del despacho, y abarcando para sí, ó para sus allegados, los mejores empleos del pais. Su mision, mision transitoria, se limitaba únicamente á mantener la tranquilidad pública, á administrar para hacer respetar el actual órden de cosas, y á reunir la asamblea nacional á la mayor posible brevedad; pero ensanchando los poderes que recibieron de una parte del pueblo de Paris, y fijando una época mas lejana de la que era necesaria para la eleccion y la reunion de los diputados (que posteriormente han retardado mas de un mes), se arrogaron entre tanto la facultad de legislar, y semejante á un impetuoso huracan, han derribado todo lo que existia anteriormente al 24 de Febrero, sin levantar, sin plantear siquiera los cimientos del nuevo edificio social.

Innumerables han sido, en consecuencia, las disposiciones legislativas que han dictado y dictan diariamente, sin que las presentes circunstancias del pais lo exijan con tanta urgencia que no pudiesen esperar á la reunion de la asamblea.

Si entre las leyes que ha dado el gobierno provisional, algunas merecen los mayores elogios, por ser altamente benéficas á la humanidad, como por ejemplo, la abolicion de la pena de muerte en materias políticas, la manumision de los esclavos en las colonias francesas, la anulacion del arresto por deudas, con que harán siempre grande honor á los sentimientos filantrópicos de los hombres que las decretaron, aun cuando no hayan tenido autoridad legítima para ello; otras son de un carácter tan despótico, de una naturaleza tan intolerante, tan violenta, tan incendiaria, que han asombrado y alarmado á la nacion y aun á la Europa entera.

La circular que dirigió el ministro del interior á los comisionados del gobierno en los departamentos (los nuevos prefectos), ha producido una indignacion y una alarma difíciles de esplicar. Mr. Ledru-Rollin declara en dicha circular que esos comisionados deben ser esencialmente revolucionarios, por el hecho mismo de representar un gobierno revolucionario, y que en tal virtud deben revolucionar á los departamentos: que se consideren investidos de la soberanía de la nacion: que sus facultades ó poderes son ilimitados: que no dependen mas que de su propia conciencia: que todos sus actos deben tener por único objeto la salud del pueblo: que escluyan de las futuras elecciones á todos los ciudadanos que no eran demócratas antes del 24 de Febrero (que es igual á escluir á la inmensa mayoría de la Francia): que consideren el asunto de las elecciones mas como la obra maestra de ellos mismos (de los comisionados), que como un acto del ejercicio libre de la soberanía nacional: que trabajen para que los votos recaigan en operarios jóvenes, aun cuando sean ignorantes, pues que para legislar no se necesita la educacion ni dinero: que traten de someter á la Francia al sistema de terror que reinó en ella en 1793: que dispongan á su arbitrio de la tropa nacional, de la de línea, de la magistratura &c. &c.

El mismo ministro del interior comunicó una órden reservada á dichos comisionados, segun se ha descubierto despues, para que publicaran proclamas anónimas en todas las ciudades y pueblos de Francia, protestando contra la próxima eleccion de diputados, de la que quiere apoderarse la aristocracia para arruinar á los pobres labradores, que hace tanto tiempo se hallan reducidos á la humillante condicion de esclavos; y que ademas se solicite, usando de amenazas, que se reserve la eleccion para mas adelante.

Los periódicos que sirven ahora de órganos del gobierno, han declarado traidores á la patria á todos los franceses que no profesan principios republicanos.

Todas estas disposiciones y otras muchas que se han tomado por el gobierno y por sus comisionados, no hacen otra cosa sino atemorizar los ánimos, escandalizarlos, y lo que es peor, predisponerlos contra el sistema actual; en vez de acostumbrarlos á él, en vez de hacérselos abrazar francamente, por medio de la suavidad, de la persuacion, de la tolerancia de los miembros del gobierno, individual ó colectivamente.

Verdad es que algunos de ellos niegan su participacion personal en esas medidas de intolerancia, de opresion, de ilegalidad y despotismo, principalmente Mr. de Lamartine, y aun el gobierno entero tuvo que dar una especie de paliativo á la Francia, para calmar la irritacion moral que la produjeron las circulares de Mr. Ledru-Rollin.

Mr. Louis Blanc publicó un cuaderno, el año pasado, sobre la organizacion del trabajo en Francia, promoviendo al mismo tiempo la mejora de la condicion de las clases obreras, por medio de asociaciones entre los operarios y los dueños de fábricas y talleres. Uno de los principios que sentó el autor en su folleto y que tanto alagaron á los trabajadores, es la obligacion en que está el gobierno de procurarles obra todas las veces que carezcan de ella. Como el mismo Mr. Blanc fué electo miembro del gobierno provisional, todos los trabajadores acudieron á él en los momentos mismos en que se proclamaba el sistema republicano, pidiéndole que pusiera en práctica las doctrinas que contenia el panfleto.--Los gobernantes accedieron en el acto al deseo de los obreros, ya porque los intimidasen, ya porque lo creyesen justo, ó ya por captarse el apoyo de esa masa de gente, que no baja de doscientas mil personas, y nombraron una comision permanente á efecto de que se ocupara de la solucion de los grandes problemas que interesaban á los artesanos y trabajadores de toda especie.--Estos designaron en seguida sus respectivos delegados, para que se entendiesen con la comision del gobierno, de la que fué aclamado presidente el mismo Mr. Blanc; y mientras se estudian y debaten las delicadas cuestiones que encierra este asunto tan complicado, que es lo que ha producido hasta ahora la revolucion de Febrero, el gobierno espidió un decreto disminuyendo las horas del trabajo diario de los obreros.--No contentos éstos aún con tal gracia, piden ademas el aumento de sus jornales, una parte en los beneficios de sus patrones y una renta asegurada para la vejez, protestando no trabajar hasta que no hayan obtenido esas concesiones.--Los dueños de los talleres se las niegan abiertamente, alegando por causal la ruina inevitable de todos los establecimientos.

Muchos de ellos han sido cerrados ya por sus dueños, tanto en Paris como en varios departamentos, dejando sin ocupacion á la gente que tenian empleada, toda la cual casi ha venido á esta capital en busca de labor.--El gobierno ha mandado que se emprendan diferentes obras públicas, con el objeto de proporcionarles el medio de que ganen su subsistencia sin alterar el órden; pero como son trabajos distintos de los de sus profesiones, los rehu-

san, y prefieren permanecer ociosos para poder concurrir á los clubs (que se han instalado en esta capital en número de 80 á 100), ó para recorrer los barrios y calles de Paris, formados en numerosas columnas, precedidas de tambores y banderas, cantando himnos patrióticos, victoreando la república y aclamando la libertad.

El gobierno los asiste con un franco diario por persona, á fin de tenerlos contentos, y tambien para evitar que el hambre los obligue á provéer á su mantencion por medio del pillage.

Tambien socorre diariamente á otra clase de gente muy numerosa que encierra Paris en su poblacion, gente que no sale de los antros en que se oculta sino en los dias de asonadas ó de revolucion: gente soez, brutal, impetuosa, ave de mal agüero, que al aparecer esparce el espanto entre los parisienses; pero la que por fortuna regresa á sus madrigueras tan luego como la paz renace.--Fiel á su costumbre, tomó una par e ac iva en la construccion de las *barricadas* de Febrero, en la devas acion in erior del palacio de las Tullerías y del palacio Real, en el incendio de la quinta de Neully (propiedad particular de la familia de Orleans), en la destruccion de los caminos de hierro, en la fuga de los malhechores y asesinos que se hallaban presos en las cárceles, y en otros actos de vandalismo que ocurrieron aquí á fines de aquel mes.--Esos *boemianos*, que es como el pueblo los denomina, no han querido volver ahora á sus escondrijos.--Diseminados en la ciudad y provis os del cuan ioso armamento que robaron en el arsenal, amedren aban al vecindario no menos que á los goberman es.--Es os tomaron el partido de atraérselos, preconizando su patriotismo, su valor en el combate, no menos que su moderacion despues de la victoria, y lograron así regimen arlos en 24 batallones de á 800 plazas cada uno, con el título de guardia nacional amovible, y pagada con un prest elevado, á razon de uno y medio francos diarios.--De ese modo se les ha encerrado en los fuertes que circundan á Paris, en donde á cada ra o se sublevan contra sus gefes.

Así, las sumas de dinero que gasta el gobierno para mantener quieto al populacho son considerables.--Mientras tenga fondos el tesoro nacional para auxiliar pecuniariamente á esa mul i ud de operarios sin trabajo, de vagos y de facinerosos, nada habrá que temer por la tranquilidad pública ni por la propiedad privada: mas será imposible contener esa masa de hombres hambrientos y decididos, cuando el erario se halle falto de recursos, y ese dia está muy próximo.

El ministro de hacienda ha presentado al gobierno una memoria sobre el estado del ramo. La deuda pública ascendió en 1.° de Enero de 1848 á 5.179.644.730 francos, es decir, 912.329.328 francos mas que en 1847. La deuda flotante en 1831 impor ó 250.000.000. En 1848 asciende á 872.000.000. El gobierno de Luis Felipe gastó, á mas de lo ordinario, en los últimos nueve meses de su existencia, 294.800.000 francos, que tomó del tesoro, de las cajas de ahorros y de distintos préstamos. De Abril de 1847 á Febrero de 1848, ascendió la suma de bonos del tesoro, de 86 á 325.000.000. De los 355.000.000 depositados en las cajas de ahorros en tiempo de la administracion anterior, no hay hoy en cuenta corriente en el tesoro mas que 60.000.000 de francos. Los restantes fueron invertidos en rentas del Estado y en acciones en curso en la Bolsa de Paris, que es necesario rescatar con prontitud. El presupuesto de gastos del gobierno en 1848 monta á 1,712.973.630 fr., es decir, 698.065.630 francos mas que en 1830. De 1840 á 1847 inclusive, los gastos escedieron de 604.525.000 francos. El déficit del pre-

supuesto del gobierno en el corriente año es de 48.000.000, sin incluir gastos estraordinarias, gastos suplementarios, &c. A otro tanto asciende el déficit de los fondos pertenecientes á la deuda flotante, á las cajas de ahorros y á las obras públicas. El gobierno provisional se ocupa de dictar las providencias necesarias para remediar esos males; pero esto ofrece mayores dificultades que las que se temieron en un principio, porque los arbitrios propuestos por el ministerio y por los hombres mas versados en hacienda están muy lejos de llenar aquel objeto; y como cada dia disminuye la confianza pública, cada dia es mayor la crísis que conducirá infaliblemente á la Francia, antes de poco tiempo, á una bancarrota inevitable.

Una de las providencias dictadas por los gobernantes para lisonjear al populacho fué la de mandar que se reformaran los cuadros de la antigua guardia nacional. Esta halló varios inconvenientes en la medida, y dispuso representarlo así respetuosamente al gobierno, enviándole una comision, compuesta de algunas de las compañías de preferencia de las legiones de Paris. La diputacion se dirigió á la residencia del gobierno, en número crecido en verdad, pero sin armas, aunque iba de uniforme. El populacho tuvo noticia de la demostracion qne preparaban las tropas cívicas, y se reunió en la plaza del palacio para aguardar á la columna de nacionales. Esta fué recibida allí en medio de gritos, silbidos, dicterios y amenazas, acompañados de víctores á los gobernantes y de aclamaciones al ministro del interior que determinó la reforma de los cuadros. La multitud de plebe era tan compacta, que cortó fácilmente la cabeza de aquella columna, impidiendo el paso á las filas que no habian desembocado aún en dicha plaza. En esos momentos logró penetrar en ella el general comandante en gefe de la misma guardia nacional, seguido de su estado mayor, é invitó agriamente á los soldados ciudadanos á que se retirasen á sus casas. Así lo ejecutaron al instante, con el mayor órden, silencio y moderacion, no obstante la befa y risotadas de la plebe, que prodigaba al mismo tiempo mil aplausos al general. El gobierno sostuvo su decreto.

Semejante desaire hecho á la guardia nacional de Paris, de un modo tan público, tan soez, tan inmerecido, suscitó gran descontento, gran fermentacion, mucha alarma en esta capital.

La plebe se juntó á la mañana siguiente en cantidad de ciento cincuenta á ciento sesenta mil individuos, para llevar una protesta al gobierno contra la demostracion hecha la víspera por la repetida milicia cívica.--El general en gefe publicó una proclama, elogiando á aquel mismo populacho y anunciándole que dentro de poco tiempo será armado por el gobierno, é incorporado á la guardia nacional de Paris.

Constando esta hoy de ciento setenta y seis mil ciudadanos honradísimos, ilustrados y de buena crianza (sin incluir los batallones amovibles), no ha podido menos que resentirse, que deplorar y lamentar el anunciado refuerzo que va á recibir en su seno, y su proyectada amalgamacion con aquellos ciento sesenta mil vagos, pillos y gente perdida en su mayoría.

No es menor el descontento que abrigan contra el gobierno provisional los quinientos mil hombres de que consta el ejército permanente. Saben muy bien que se les ha confinado á los departamentos fronterizos, por la infundada desconfianza que inspira hoy la tropa de línea al populacho de Paris, y por la antipatía que éste la ha declarado, olvidando los sentimientos de humanidad, de verdadera fraternidad y aun de mansedumbre que animaron en favor de la plebe á los ochenta y tres mil soldados que se hallaban en guarnicion en esta capital en los dias 23 y 24 de Febrero últi-

mo.--El gobierno se encuentra bastante embarazado con la existencia de una fuerza armada tan respetable, tan bien disciplinada, y tan ofendida á la vez.--La teme, y querria licenciarla; pero la considera necesaria para un caso imprevisto de guerra, y la mantiene sobre las armas, elogiándola de tiempo en tiempo, aunque de un modo que no pueda desagradar al populacho.

Por todo esto se formará una idea de la crítica situacion en que se halla la Francia, del sumo descontento que reina en ella, y de la estraordinaria desconfianza en que vive toda la gente que no pertenece á la clase, predilecta del gobierno.--De ahí, el deseo, la urgencia de emigrar de Francia, la necesidad de vender fondos á cualquier precio, la precision de realizar cuantiosas sumas de papel para situar el dinero en lo esterior, ó bien para esconderlo en las entrañas del pais: de ahí, la obligacion en que se ha hallado el tesoro de cambiar en solo *diez dias doscientos diez millones* de francos en plata: de ahí, la escasez, ó por mejor decir, la falta absoluta de numerario: de ahí la desestimacion de los valores, la destruccion del crédito público y privado, las suspensiones de pagos del tesoro y de los particulares: de ahí, las quiebras de las principales casas de banca de Paris, la paralizacion del comercio, de la industria, de la agricultura, de las manufacturas: de ahí, la ruina de todas las empresas, de todas las especulaciones, de todos los ramos de la riqueza nacional: de ahí, la afliccion, el trastorno, la penuria, el pavor de las familias; y de ahí, en fin, el disgusto, la zozobra, la incertidumbre, el miedo que dominan hoy á los ánimos de todos los franceses que no están comprendidos en la fraccion favorita y soberana, árbitra actual de los destinos de este pais.

Tal es, pues, el horroroso estado á que ha reducido la revolucion política-social de Febrero; y en tanto es mas crítica la presente situacion de la Francia, en cuanto á que sobre no ser ya fácil sistemar aquí en lo futuro un órden regular de cosas, por haber saboreado el populacho la licencia y preponderancia de que hoy goza, tampoco puede retrogradarse á lo pasado. --Si la república es imposible en Francia, mas lo es aún el restablecimiento de la monarquía. El porvenir es tan tenebroso, que no deja prever otra cosa mas que una espantosa anarquía, cuyo término se halla fuera de todo cálculo.

Sin embargo, todas las esperanzas, todos los votos, todos los deseos, todas las ideas, todos los sistemas de la Francia se fundan hoy en la futura asamblea nacional, hácia la cual se dirigen tambien los ojos de la Europa entera. Mas hoy, que de los trabajos de esa augusta corporacion depende que la nacion se salve del naufragio; hoy que, como nunca, son necesarios los conocimientos de los publicistas, la esperiencia de los hombres de estado, la práctica de los legistas, la elocuencia, la lógica, la filosofía de los oradores aguerridos en la tribuna parlamentaria; hoy que se requiere tanto tacto, tanta ilustracion, tanta calma, tanta madurez, no solo para arrancar á la Francia del borde del precipicio en que se encuentra, sino tambien para constituirla sólidamente, á fin de que la república sea grande, fuerte, próspera, gloriosa; hoy, el ministro del interior pide á los departamentos que la eleccion de diputados recaiga en artesanos jóvenes, aun cuando sean ignorantes.

Una guerra esterior seria en la actualidad un gran bien para este pais, porque ella obligaria á salir de aquí á esa multitud de enemigos interiores que la destrozan; pero ni hay Napoleones que los conduzcan á Arcola, ni fondos en el tesoro con que alimentar los ejércitos.--Por otra parte, la Francia quiere estar en paz con la Europa (como lo espresa la circular espedida por Mr. de Lamartine á los agentes diplomáticos de la república, acreditados cerca de

los gobiernos estrangeros), y la Europa no pretende otra cosa mas que simpatizar con la Francia, cuya revolucion ha influido de un modo tan eficaz en el logro de las ámplias concesiones que en favor de la libertad han otorgado á los pueblos todos los monarcas de este continente, á escepcion de Isabel II y del emperador Nicolás.

Bajo el aspecto religioso no puede darse una idea muy exacta del estado de la Francia; pero ya comienza á preludiarse, en el decreto que Mr. Emanuel Arago, comisario del gobierno provisional en Leon, ha espedido, "disolviendo todas las congregaciones y corporaciones religiosas, no autorizadas por la ley, y particularmente á la de los jesuitas." No se olvide que así comenzó la revolucion religiosa en el siglo pasado. Principió á atacarse la autoridad de la Iglesia, las leyes de la justicia y los derechos de la humanidad, en la destruccion y destierro de los padres de la Compañía de Jesus; siguieron las demas comunidades de ambos sexos, cometiéndose en su disolucion mil atentados; sembróse el cisma entre los curas y obispos; se sancionó la constitucion civil del clero; corrió á torrentes la sangre inocente y pura de los ministros del altar, y de millares de católicos; profanáronse los sepulcros y lugares mas sagrados y respetables; deificóse la razon; se arrojó á Dios de sus templos; una vil prostituta recibió los honores de la Divinidad; se hizo el apoteósis de los hombres mas malvados y criminales; se... pero apartemos la vista de estos tiempos que los filósofos auguraban como de regeneracion, de color de rosa, de edad de oro para todo el universo, y pidamos al Autor de las sociedades aleje esos males de todas las naciones, y de esa *República francesa*, que otra vez ha sido ya el teatro de tantos horrores.

PRIVILEGIOS DEL CLERO.

No vamos á tratar aquí del poder supremo de la religion para anunciar la verdad, ni del que tiene para dictar leyes, independiente el primero en un todo de la sociedad, aunque no el último, á lo menos por lo que mira á su fuerza ejecutiva; sino de un tercer derecho, adquirido por la Iglesia, en gran parte por la libre concesion de los príncipes sus hijos, protectores y *tutores*, que por un motivo de piedad y de celo, han querido honrar á sus ministros, otorgándoles rangos, bienes y cierta autoridad relativa al progreso del culto y á la edificacion de los fieles. Tales son los *privilegios*, cuyo principio examinaremos ahora, bajo el aspecto de su adquisicion por la religiosa generosidad de los soberanos, y no como de esencia del ministerio eclesiástico, asunto de que se han ocupado varios escritores. Hagamos algunas reflexiones sobre este objeto.

Primeramente estos privilegios son legítimos, como emanados de príncipes soberanos, dispensadores de la autoridad y de los rangos. En este siglo ilustrado, no es de esperar vuelva á representarse la escena de quererse probar seriamente ante una asamblea nacional, como lo hizo Pedro de Cugneres, que todo poder temporal es incompatible con el espiritual; pues aunque en opinion de muchos, el ministerio sagrado no confiere por sí mismo ningun derecho civil, ni éstos ni ninguno dejarán de reconocer como absurda la pretension de que los ministros no sean susceptibles de adquirirlo, cuando los soberanos

quieran agraciarlos. Esto no admite disputa.

Estos privilegios presentan su carácter esencial, *la libre concesion*: porque siendo unos dones, es indispensable que sean libres y no arrancados por la fuerza. En un tratado de paz pueden exigirse de los vencidos condiciones bien duras, que, aunque forzadas, no dejan de ser legítimas, porque forman una convencion apoyada sobre justos motivos y en la igualdad de los contratantes. Pero en punto de privilegios, lo que se pretende con violencia, por el mismo hecho, es una usurpacion injusta, que tiene un carácter de nulidad y oprobio, como el que vemos en los pretendidos privilegios de los calvinistas. No así los del sagrado ministerio, que no tienen por apoyo y motivos, sino la religion de los príncipes, y la piedad y utilidad de los ministros.

Estos privilegios son equitativos. No perjudican á ninguno : contribuyen al bien de los pueblos, inspirándoles respeto hácia el ministerio y auxiliando el progreso del culto divino. Por otra parte, nada hay mas conforme á la razon: pues qué, ¡los que están encargados de la augusta funcion de tributar al Señor un homenage público, no deberán gozar de toda consideracion y respetos, con preferencia á cualquiera otra clase de ciudadanos!

Este uso, fundado sobre la misma naturaleza de las cosas, se deja ver desde el orígen del mundo. Aun no existian los Estados y las leyes, y ya los patriarcas, sacerdotes natos en sus familias, ofrecian al Altísimo sus dones; y esta funcion pública, independientemente del título paterno, atraia por sí misma el respeto, y era reservada á las personas mas recomendables. Moisés (despues de Noé y de sus hijos) no nos ha conservado el nombre sino de tres sacerdotes: Melquisedec, rey de Salen, Job, uno de los principales del Oriente, y Jétro su suegro. Esta circunstancia manifiesta el grado de esplendor y de veneracion en que estaban los sacerdotes de la ley natural (*).

La misma distincion aparece muy luminosamente en la ley revelada á Moisés. Al escoger Dios la tribu de Leví para consagrarla á su culto, la colmó de dones y privilegios; aprobando con esto, de la manera mas auténtica, el celo y generosidad de los príncipes protectores de su ministerio. Las minuciosas reglas prescritas para el matrimonio de los sacerdotes, y la eleccion de los que debian ejercer las funciones en el santuario; las cuarenta y ocho ciudades con sus suburbios reservadas únicamente á esta tribu, la menos numerosa de todas; la décima parte de las producciones de la tierra; los sacrificios y otras oblaciones voluntarias, que eran inmensas; la órden tan frecuentemente reiterada á los hebreos, de honrar á los levitas, de tener cuidado de ellos, de invitarlos espresamente á aquellos convites de familia autorizados por la ley, todo hace ver la alta veneracion que el Señor queria imprimir en su pueblo hácia el ministerio del santo tabernáculo.

Otro argumento no menos claro, que demuestra que el respeto al ministerio tiene orígen de la misma razon, es la consideracion que todos los paganos han tenido á sus falsos sacerdotes. Sin entrar en estos inmensos pormenores, arrojemos una mirada rápida sobre los principales pueblos.

"Los sacerdotes, en Egipto, ocupaban las primeras dignidades despues de la real; gozaban grandes privilegios y crecidas rentas, y sus rentas estaban libres de toda imposicion.... El príncipe ordinariamente les daba mucha parte en el gobierno, y disfrutaban de su valimiento; porque de todos los súbditos del imperio eran los de mejor educacion, de mas luces, y los mas adictos á la persona del soberano y al bien

(*) *Entendemos por ley natural, la religion del verdadero Dios antes de la ley escrita.*

público. Eran al mismo tiempo los depositarios de la religion y de las ciencias; y esto era lo que les conciliaba un respeto tan grande de parte de los habitantes del pais y de los estrangeros, los cuales se dirigian igualmente á ellos para consultarles lo que habia de mas sagrado en los misterios y de mas profundo en las ciencias (*).»

"Los magos, en la Persia, eran los depositarios de todas las ceremonias del culto; á ellos se dirigia el pueblo para ser instruido, y para saber á qué dioses, en cuáles dias, y de qué manera convenia hacer sacrificios. Siendo todos de una misma tribu, y no pudiendo aspirar al honor del sacerdocio sino los hijos de los sacerdotes, reservaban para sí y para sus familias las luces y conocimientos, así sobre la religion, como sobre su conducta en el Estado, no pudiendo comunicarlos á ningun estraño sin el consentimiento del rey. Este permiso fué concedido á Temístocles, lo que, segun Plutarco, se tuvo por un efecto particular del favor del príncipe hácia su persona.»

"Este estudio y ciencia de la religion.... les daba mucho crédito entre los pueblos y los príncipes, que no podian ofrecer ningun sacrificio sin su asistencia y ministerio; y aun era necesario que el rey, antes de subir al trono, hubiese recibido de ellos lecciones por determinado tiempo, y aprendiese de los mismos el arte de gobernar bien y de honrar dignamente á los dioses. Ningun negocio de importancia se decidia en el Estado sin haber sido primero consultados.... Eran los sábios, los doctores, los filósofos de la Persia, como los gimnosofistas y brammanes entre los indios, y los druidas en los galos (†).»

Estos gozaban tambien de los mayores privilegios. "Estaban exentos de ir á la guerra y de pagar tributo, creyéndose que defendian bastante á la patria con sus oraciones y sacrificios, y que prestaban suficientes servicios al público enseñando la filosofía y teología pagana á los jóvenes galos. Gozaban de grande autoridad. Todos los que tenian pleitos se dirigian á la asamblea general, y siendo ellos los intérpretes de las leyes, se recibian sus sentencias como oráculos emanados de la boca de los dioses (*).»

La Grecia era el pais en que se reunia y honraba á toda especie de dioses; y los agüeros, los mas célebres oráculos, los misterios, las pomposas solemnidades, los juegos y combates sagrados, todo nos prueba con cuánto esplendor se ejercia el culto supersticioso, y la consideracion en que estuvieron los sacerdotes en el Estado. ¿Qué cosa debe maravillar mas que aquella *guerra sagrada* (†) declarada á los foceses, tan solo por haber sembrado las tierras consagradas á Apolo, en las inmediaciones del templo de Delfos, á vista de los griegos? Esto era profanarlo, y tal fué el orígen de una guerra sangrienta.

Numa, dando una forma á la religion de Roma naciente, la hizo entrar en casi todos los actos públicos. "Desde entónces y en todos los siglos siguientes, no se creaban magistrados, no se declaraban guerras, no se daba batalla, no se emprendia nada en público, nada se hacia en particular, ni matrimonios, ni funerales, ni viages, sin que la religion lo consagrase antes (§).»

De aquí nacieron tantos privilegios concedidos á los templos, á los sacerdotes, á los augures, á las vestales y á todo lo perteneciente á la religion. La dignidad de Pontífice máximo llegó á ser tan considerable, que los emperadores se la atribuyeron á sí, como una de sus preeminencias,

(*) Histor. antig. *tom.* I.
(†) Ibid. *tom.* II.

(*) Discurso sobre la religion de los galos, *por el P. de Longueval*.
(†) Histor. antig. *tom.* VI.
(§) Ibid. *tom.* III.

y César lo era cuando fué asesinado, lo que sirvió de un nuevo motivo para escitar al pueblo á la venganza de su muerte.

Seria proceder á lo infinito intentar recorrer todas las idolatrías antiguas y modernas, en las diferentes naciones del globo, cuando en todas se vé reinar el mismo espíritu. Los gimnosofistas y los brammanes en las Indias, los bonzos en la China, los talapones en Sian, los lamas en Tartaria, y otros centenares de ejemplos, nos manifiestan que en todo el universo, y en cuantas partes se presenta alguna sombra de culto, han sido honrados altamente los ministros.

¿Y qué deberá concluirse de estos hechos? ¡La nobleza y el mérito de los falsos sacerdotes, la dignidad del culto? No, allí no se vé mas que supersticion absoluta é indecente, impostura y trapacería. Pero finalmente, no puede negarse, que de este respeto tan antiguo, tan universal, tan impreso en el corazon de las naciones mas diferentes en usos, en idioma, en clima, etc., debe deducirse ser él un vestigio alterado de la primera tradicion del mundo. Nada importa el lugar preciso en que haya principiado la idolatría; lo cierto es, que el primer pueblo idólatra, aunque separado de los demas despues de la confusion de lenguas, traia su orígen muy reciente de los hijos de Noé; y que á pesar de la supersticion que comenzaba á nacer, aun subsistia la memoria confusa de las antiguas verdades. Allí se sabia bien que Sem, Cam y Jafet, que Menetes y las primeras cabezas de las familias habian ofrecido sacrificios. Desde luego, por tanto, la cualidad de sacerdotes (porque últimamente, en un sentido exacto, lo eran estos patriarcas) siempre se presentó á su vista bajo una idea de veneracion. Por el mismo principio, los hombres mas recomendables fueron condecorados con este ministerio en los tiempos que siguieron á la emigracion del género humano, y de aquí vinieron aquellos privilegios y esos bienes que les fueron pródigamente donados; distincion, que, por su generalidad y uniformidad, por la relacion que tiene con el fondo de la misma religion y el homenage debido á la Divinidad, puede ser mirada, segun la famosa espresion de Tertuliano, como la *contraseña de una alma naturalmente cristiana*.

En las mismas tinieblas de la idolatría se hallan, pues, preciosas chispas, que manifiestan la luz primitiva, sofocada por los herrores é iniquidad, y el respeto de las naciones mas antiguas hácia los sacerdotes, descubre abiertamente la impresion que desde la cuna del género humano habia hecho en los gefes de las colonias. A reserva del infausto cambio del objeto del culto, todo lo que se vé subsistir desde los primeros tiempos entre los egipcios, los fenicios, los chinos, etc., no es sino una imágen alterada de la veneracion de los descendientes de Noé hácia sus padres, encargados de ofrecer el culto público.

Finalmente, puesto que la idolatría ha tenido orígen del resfrio de la ley natural, no ha sido formada, ni ha podido serlo, sino de las máximas y ritos de la misma, aunque falsificada y bastardeada. Todo lo que ella tiene, segun esto, de semejanza con la verdadera religion, lejos de degradar á ésta, como lo suponen nuestros ignorantes motejadores, demuestra su verdad y antigüedad.

En efecto, si la idólatría hubiese comenzado con el mundo (*), debe entónces confesarse que, cualquiera rito semejante al de los paganos, pareceria despreciable, y presentaria el oprobio de su supersticiosa

(*) *Hume y Bolingbroke se han escedido en el exámen de esta cuestion, defendiendo cada cual su sentencia. Pero uno y otro han fundado sus asertos sobre principios metafisicos: la escritura y la historia, únicas fuentes que debian consultarse en el particular, ni aun han sido nombradas.*

invencion. Pero habiendo la religion dominado veinte siglos antes del paganismo, y no habiendo venido éste graduadamente sino de la alteracion de aquella, se sigue de aquí, que su esterior no trae con su apariencia perjuicio alguno á la santidad de nuestros ritos; porque éstos tienen su orígen y modelo en un culto anterior á todas las supersticiones paganas. En cuya consecuencia, lejos de formar una duda poco favorable sobre la religion, ellas establecen mas bien su dignidad primitiva. Aquello que hay de respetable (permítase esta espresion) en el espíritu del paganismo, es decir, en la idea oscura de tributar homenage á la Divinidad, es como una tradicion, que, aunque falsísima, nos conduce, sin embargo, con un hilo precioso á la religion de los primeros patriarcas.

Ni de aquí se pretenda deducir cada rito pagano de los ritos de los hijos de Noé, lo que seria no menos inútil que imposible. Pero hay un punto simple y decisivo. En el tiempo de Noé ya habia sacrificios, y, por consiguiente, sacerdotes, lugares y tiempos destinados á ofrecerlos. Este solo gérmen nos presenta por entero todo el culto pagano, aun cuando los hombres, ciegos y desarreglados, los ofrecian á los ídolos, ó mas bien á sus pasiones. Basta, sobre todo, este gérmen, para demostrarnos, que el respeto hácia el ministerio es una verdad tan antigua y durable como el mundo. Mil hechos esparcidos en todas las historias profanas sobre la veneracion dada á los sacerdotes de los ídolos, nos presentan la que se debe á los del Dios vivo. Si todos los pueblos han honrado á los ministros que no ofrecian sino la sombra de un homenage impuro al demonio, ¿por qué deberá verse con desprecio á aquellos que ofrecen al Altísimo un legítimo culto, en espíritu y verdad?

Efectivamente, semejante respeto ha sido siempre inseparable de la verdadera religion; y así lo vemos desde el orígen del Cristianismo. No hablamos de aquella alta veneracion de los primitivos fieles durante los siglos de persecucion, sino únicamente de la proteccion pública de los príncipes, los cuales apenas han abrazado la fé, cuando han venerado á los ministros. Constantino tomó el mayor empeño en colmarlos liberalmente de honores. Hizo restituir no solo las iglesias (*), sino aun los bienes de que habian sido despojados; agregándoles dones inmensos y pensiones para los clérigos, para las viudas y huérfanos. Edificó iglesias magníficas en Tiro, Nicomedia, Antioquía, Roma y Constantinopla, dotándolas y adornándolas con una magnificencia de soberano. La sola iglesia de San Juan de Letran tenia de fondo trece mil novecientos sueldos de oro de renta anual, es decir, cerca de veinte y tres mil escudos romanos (§). Levantó otras seis iglesias en la misma ciudad, que ademas de las riquezas en vasos y fondos, poseian un tributo de veinte mil libras de renta, en aromas, que debian suministrar en numerario las tierras de Egipto y del Oriente. Júzguese por esto cuál debia ser la suntuosidad del culto. La iglesia de Antioquía se llamaba *dorada*, tanto así brillaba por su oro y ornamentos; y lo mismo era la de Santa Sofía, en Constantinopla, cuya edificante descripcion tomada de Eusebio y otros autores contemporáneos, puede verse en *Fleuri* (¶). Es interesante ver á qué grado de esplendor fué elevado el culto divino, tan luego como gozó de paz el imperio:

Constantino añadió otros privilegios. Permitió á las iglesias adquirir y poseer

(*) *Los dones hechos á las iglesias en tiempo de los emperadores paganos, no habian podido tener la validez de las leyes civiles, y con todo, Constantino se los hizo devolver.*

(§) *Cuando no se espresa que éstos no son de oro, valen menos que nuestros pesos fuertes ó ducados españoles.*--T.

(¶) *Lib. X, cap. XI.*

todos los bienes que les fuesen donados: dió facultad á los obispos y clérigos para libertar sus esclavos á su arbitrio (*): abolió las penas dictadas contra el celibato (de libertinage) á favor del de los cristianos: autorizó los árbitros ante los obispos, dándoles á sus juicios de caridad, fuerza de ley: quiso que en todas las provincias los gobernadores hiciesen edificar iglesias, encargando á los obispos vigilasen en esto. No es posible recordar todas las pruebas luminosas que dió Constantino de su respeto al ministerio y al culto, y de su proteccion á los ministros. Honorio confirmó, en 412, estos privilegios: prohibió con una ley espresa (†) que las tierras de la Iglesia estuviesen sujetas á los gravámenes estraordinarios de tributos, y que, por ciertas causas de religion, los eclesiásticos fuesen citados á otro tribunal que al de los obispos.

Graciano concedió, en 378, al concilio de Roma (§), que aquellos prelados que, citados al juicio de los obispos católicos, rehusaran presentarse, ó que siendo condenados no quisiesen obedecer, fuesen llevados á Roma por la autoridad de los gobernadores, y presentados ante el dicho tribunal.

El emperador Teodosio, al tomar las riendas del imperio, publicó en 380 la famosa ley *Cunctos populos* (¶), en que, atestiguando tan vivamente su afecto á la fé de la Iglesia romana, y su horror á los herejes, exhorta á todos sus súbditos á seguir su ejemplo, y amenaza con castigos á los refractarios.

Otras leyes dictó tambien en 381, ya para devolver á los católicos las iglesias usurpadas por los arrianos (**), y ya para la ejecucion de los cánones del segundo concilio general.

(*) *Fleuri, lib. X, núms.* 20, 27 *y* 40.
(†) *Ibid. lib. XXIII, núm.* 4.
(§) *Ibid. lib. XVII, núm.* 42.
(¶) *Ibid. núm.* 55.
(**) *Ibid. lib.* XVIII, *núm.* 9.

Valentiniano y Valente eximieron á las vírgenes de la capitacion: prohibieron toda accion contra los cristianos, en el domingo, y ordenaron que se abrieran las cárceles en honra del dia de Pascua, esceptuando solamente á los reos de graves delitos (*).

El emperador Marciano siguió las huellas de Teodosio (†). Permitió en 455, con una ley, á las vírgenes y mugeres consagradas á Dios, dar bienes á las iglesias, á los ministros y pobres, por donacion ó testamento. En 454 ya habia confirmado con una ley dirigida á Paladio, prefecto del Oriente, los privilegios de las iglesias, y las pensiones para el sustento de los pobres. Dictó en 456 una ley á favor de los clérigos, para que no pudiesen ser citados en juicio en ciertas materias, sino ante su obispo.

El emperador Leon dictó una famosa ley para los asilos. en 466, en la que, sin perjuicio de la justicia, conserva el respeto debido á los templos del Señor (§).

En 471, dió otra ley, conforme á la antecedente de Marciano, á favor de los eclesiásticos y aumentó sus privilegios. Por otra de 5 de Enero de 469 confirmó los de los hospitales y monasterios; y por la de 13 de Diciembre del mismo año, dictó reglamentos severos para la observancia de las fiestas, y ya el 15 de Marzo habia dictado una contra la simonía (¶).

De todos estos hechos nace una observacion decisiva contra ciertos críticos, que quieren atribuir á la seduccion de los ministros, á la supersticion de los príncipes, ó á su debilidad, cuando menos, ó á su piedad mal regulada, los privilegios del clero. Si tales privilegios hubieran comenzado con los siglos de ignorancia, el argumento pareceria mas especioso; pero cabalmente

(*) *Fleuri, lib.* XVI, *núm.* 1.
(†) Ibid. *lib.* XXVIII, *núm.* 53.
(§) Ibid. *lib.* XXIX, *núm.* 21.
(¶) Ibid. *núm.* 30.

los vemos nacer con la paz de la Iglesia, cuando los emperadores eran poderosos y absolutos, y cuando solo el celo de la religion podia inspirarles aquellas leyes favorables. Entonces los ministros eran modelo de humildad y desinteres, y solo hablaba á su favor su piedad y caridad. Luego si desde aquel tiempo se ven tantos privilegios y tantos dones, la razon es, por que no era posible á los césares abrazar el Cristianismo sin estender su veneracion y generosidad á los ministros de esta santa religion.

La misma conducta vemos en los demas monarcas, y limitándonos á los franceses, aunque vencedores de los romanos, no por eso cambiaron sus leyes, sino que ellas subsistieron desde la fundacion de esa monarquía, hasta la época de la revolucion del siglo pasado, que vino á trastornarlo todo; y antes, en vez de disminuir esos privilegios, constantemente los sostuvieron y amplificaron.

El gran Clodoveo, desde su bautismo señaló su celo por la Iglesia y su adhesion al clero. No solo fundó abadías (*), edificó iglesias y respetó el sepulcro de San Martin, le mandó ricos dones cuando fué á pelear con Alarico, y le conservó sus privilegios y heredades, sino que luego que obtuvo la victoria, escribió á los obispos de Aquitania, previniéndoles reclamaran cuanto sus soldados hubiesen quitado á las iglesias, á los eclesiásticos y vírgenes consagradas á Dios.

Su hijo Childeberto I, fundó como él, diversos hospitales y monasterios, los enriqueció y protegió. Dió á las iglesias todos los vasos sagrados, quitados á los templos arrianos en sus victorias contra Amalarico, y honró con su confianza á gran número de santos prelados.

Clotario I (†) eximió, por su devocion, de tributos á todas las heredades de las iglesias, confirmó todas las donaciones hechas á las mismas, declarándolas exentas de todo gravámen público, así como á los eclesiásticos, á quienes Clodoveo y Childeberto habian concedido la inmunidad.

(*) *Hist. Gall. lib. V.*
(†) *Ibid. lib.* VI.

Dagoberto, haciendo en 638 reducir las leyes sálicas de los alemanes y bávaros, insertó entre ellas ordenanzas favorables á la religion, é impuso castigos (*) á los que robaran á las iglesias y maltratasen á los eclesiásticos. Permitió hacer donaciones á la Iglesia, hizo grandes fundaciones, y dió en todas circunstancias pruebas de su afecto á los ministros. ¡Cuán feliz habria sido si á semejante celo hubiera reunido costumbres mas puras (†)!

El rey Gontranno sí supo asociar á las mismas liberalidades y á igual celo una virtud eminente, que le mereció un título mas glorioso que su diadema, el de santo. Clotario III, Childerico y su madre Santa Batilda, se distinguieron con ilustres fundaciones, cuyos monumentos subsisten hasta el dia (1786). El santo rey Dagoberto II, que reinó poco, manifestó el celo mas edificante y generoso (§).

Carlo-Magno, en 802, añadió á las leyes francesas los artículos mas favorables á la Iglesia (¶), sobre el derecho de asilo, el castigo de las violencias contra los eclesiásticos, los diezmos, la exencion del servicio militar, etc.

Toda la vida de este gran príncipe nos

(*) *Hist. Gall., lib.* IX.
(†) *Las faltas de este príncipe fueron una suma avaricia y un grande desarreglo en amores; aunque se moderó mucho en ambas, por las reprensiones de S. Amando, obispo de Tongres.*
(§) *Hacemos notar las liberalidades de los príncipes, no precisamente para medir por sus dones el elogio (como quiere sospecharse haber hecho los monges en ciertos siglos), sino para dar á conocer la piedad y celo de esos generosos bienhechores, en el honor que tributaban al culto divino y á sus ministros.*
(¶) *Hist. Gall., lib.* XIII.

presenta semejantes rasgos de proteccion y de celo, los que coronó con las famosas cláusulas de su testamento: "Ordenamos, dice, sobre todo, que los tres hermanos tomen la proteccion y defensa de la Iglesia romana, como lo hicieron nuestro abuelo Cárlos, el rey Pepino (*) nuestro padre, de gloriosa memoria, y como lo hemos hecho nosotros mismos.... Queremos tambien que tengan el mismo empeño en conservar los derechos y prerogativas de las iglesias que están en sus Estados."

Luis el bueno siguió en este punto los pasos de su augusto padre: protegió como él al clero, confirmó sus privilegios, fundó y fabricó cantidad de iglesias, y tomó empeño en secundar el celo de San Benito de Aniano, para hacer florecer la disciplina monástica. Toda su vida no nos presenta sino rasgos de su constante proteccion al sagrado ministerio.

Es notorio que en 921 (†), año en que entre las horribles turbulencias que reinaron, la mayor parte de los señores usurpaban los bienes de la Iglesia, el rey Cárlos III, lejos de aprobar tales usurpaciones, usaba con ella de la mayor liberalidad.

El rey Roberto, que edifico á todo su reino con su sólida piedad, fundó ó restableció veintidos iglesias ó monasterios, y les hizo, no menos que á los pobres, grandes dones. En su reinado, como lo observa *Fleuri*, fueron repuestas la mayor parte de las iglesias de Francia; circunstancia que por sí sola manifiesta la proteccion mas decidida del soberano.

La primera consagracion de los reyes de Francia de que se conserva la historia circunstanciada, es la de Felipe I, en Reims en 1059 (§); y en ella se vé la confirmacion de los privilegios y derechos del clero. Todos sus sucesores han hecho, en

(*) *Hist. Gall.*
(†) Ibid. *lib.* XVIII.
(§) Fleuri, *libr.* LV., *núm.* 41.

su consagracion, la misma promesa; ¿y á esa fidelidad de tan piadosos monarcas, no se debió tal vez, que el clero hubiese conservado la posesion de esos privilegios y derechos, sin interrupcion, por muchos siglos?

El papa Inocencio II, en el concilio de Reims, en 1131, así terminaba un discurso patético, dirigido al rey Luis, el gordo, sobre la muerte de su primogénito (*). "Debeis ¡oh príncipe! consolaros y consolarnos aun á nosotros con esta reflexion. Nos, que somos estrangeros, espulsos de nuestra silla, hemos sido acogidos por vos en vuestro reino, por amor de Dios y de San Pedro, y nos habeis colmado ademas de honores y beneficios. Que Dios os recompense, ¡oh gran rey! con un premio eterno en aquella ciudad en que se halla una vida sin temor de la muerte, y un contento sin fin."

Este elogio tan lleno de piedad y gratitud, es muy justo. No solo la Santa Sede debe á los monarcas franceses, á los Pepinos, á los Carlo-Magnos el orígen de su grandeza temporal (†), pero en los cismas y persecuciones no ha tenido jamas asilo mas seguro que la Francia. ¿Cuántos papas no se refugiaron allí en los reinados de Luis el gordo, y Luis el bueno?

Seria necesario compilar toda la vida de San Luis, de Cárlos el sábio y de tantos otros religiosísimos príncipes, para poder numerar todos los rasgos de su piedad, generosidad y proteccion.

Aun en el tiempo de la mas viva fermentacion contra la jurisdiccion eclesiástica, Felipe de Valois, aunque resueltísimo á mantener la integridad de los derechos del trono, despues de haber escuchado en todas sus partes la famosa disputa de Pedro de Cugneres, dijo á los prelados,

(*) Histor. Gall. *lib.* XXIV.
(†) *Véase el* Orígen del dominio temporal de los romanos pontífices, *del P. Orsi.*

que nada tenian que temer, que nada perderian á su tiempo, y que no intentaba dar el pernicioso ejemplo de atacar á la Iglesia (*); prometiendo ellos tambien, á la vez, vigilar atentamente en la reforma de los abusos que en el particular hubieran podido introducirse.

Concluyamos, pues, de tantos hechos auténticos: que los privilegios del ministerio son legítimos: que han sido libremente otorgados por los soberanos: que son equitativos y se fundan en las mas sencillas nociones de la razon y de la religion: que están, últimamente, apoyados en una tradicion constante de monumentos. Luego nada seria mas injusto en los ciudadanos que disputárselos y despojarlos de ellos. Emanados de la autoridad suprema, concedidos con las miras mas puras, anexos al respeto á la religion y á sus progresos, tantos motivos de equidad deben animar á todos los miembros del Estado de aquel mismo espíritu que dictó á los monarcas mas religiosos tan favorables leyes.

Nada es, al contrario, mas conveniente á los pueblos que el celo y atencion en conservar tan preciosos monumentos de la elevada religion y del afecto de los príncipes católicos, aun cuando ya no estén sujetos á su dominio; y si bien no se conserva ahora bajo la custodia y benevolencia del trono de que en gran parte emanaron, debe mantenerlos la obediencia, la confianza y el amor de los que no han abjurado aquel espíritu religioso que los inspiró, y todo esto concurre á asegurar el esplendor que con tanta utilidad de las naciones ha distinguido al catolicismo, de las demas sectas religionarias. ¡Ojalá y la nuestra se haga digna de las bendiciones del Cielo por su vivo reconocimiento, su respeto profundo, su celo, su inviolable adhesion, su sumision y fidelidad ilimitada á los ministros de una religion á que deben tantos beneficios! ¡Ojalá, repetimos, que la paz y union entre los eclesiásticos y demas clases de la sociedad pueda establecerse, crecer y consolidarse, mediante sentimientos de benevolencia mútua, y formar perpetuamente, como hasta aquí, un estrecho lazo, para la edificacion de los fieles, el progreso de la religion, y la felicidad de la patria!

(Gauchat.--*Los apologistas de la religion*, tom. VIII, part. I, opusc. 139).

(*) Fleuri, *libr.* XCIV. *núm.* 5.

EL PRESTIGIO.

¡Qué es *prestigio?* En su sentido literal, es el engaño, ilusion ó apariencia con que los prestigiadores emboban ó embaucan al pueblo, y prestigiador es el que hace juegos de manos y otras cosas, con que engaña á la gente sencilla. Por manera que, en cualquier sentido que se quiera tomar la palabra *prestigio*, siempre importará la idea de ilusion ó engaño. Así decimos, que el placer producido por las obras de fantasía, es un prestigio seductor, una bella ilusion que, obrando en nuestra imaginacion como una realidad, hace las veces de ella, por la grata impresion que nos causa.

La mayor parte de nuestros goces no tienen mas de realidad que la que les dá nuestra fantasía. Las pasiones se alimentan, por lo comun, de la ilusion; disfrutamos de las cosas por lo que de ellas pensamos; y pudiera decirse, no sin alguna propiedad, que la mayor parte de nuestros placeres son el prestigio de la felicidad.

Mas cuando un objeto digno y de cuya

realidad estamos convencidos, influye sobre nosotros y nos inspira ciertos sentimientos en cualquier sentido, sean de odio ó de amor, de afeccion ó de aversion, entonces la voz *prestigio* destruye la verdadera relacion entre nosotros y el objeto, y la pone en la clase de las ilusiones.

Estamos cansados ya de oir y de leer que la religion debe conservar su prestigio sobre el pueblo. Por lo que acabamos de indicar, el lector conocerá el sentido en que puede tomarse esta palabra, aunque no podamos responder del sentido en que la toma el que la usa. Si la religion no debe ejercer sobre nosotros sino un prestigio, ¡qué será de la realidad de su doctrina? ¿qué será de la certitud de sus promesas? Si el amor y el respeto que nos merece la religion y todo cuanto á ella pertenece no es mas que un prestigio, ¡qué fundamento tendrá nuestra fé! ¡qué estímulo nuestra caridad! ¡qué objeto nuestra esperanza? ¡Y esto se dice á un pueblo católico!

Aquí no hay medio, ni creemos puede hallarle la razonable imparcialidad. Si la religion ha de conservar su prestigio, ¡la religion misma, qué será! ¿Calificaremos esta palabra de impiedad, ó de ligereza? Cualquiera puede decirlo.

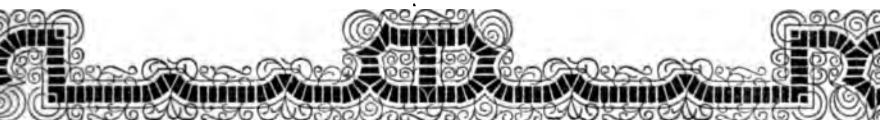
En el caso que la religion fuese tambien un prestigio, no puede tolerarse, porque el pueblo no debe ser engañado. Si es una verdad, ¿á qué llamarse prestigio al respeto y al amor que le merece? En este caso, las relaciones mas sagradas y mas dulces entre los hombres, los vínculos del amor que producen los lazos de familia, el cariño paternal, el filial, el imperio de las leyes, el poder de la virtud, todos los respetos morales podrán tambien llamarse un prestigio, y hé aquí todo el órden moral de la sociedad, y aun del universo, reducido á una ilusion, á un engaño, á un prestigio.

(*Copiado.*)

ERRATA.

En el *Almanaque Histórico* que publica diariamente *El Eco del comercio*, se lee, al 1. ° de Junio lo siguiente.--"1416. --Ejecucion de Gerónimo de Praga, discípulo de Wiclef y precursor de Lutero y de Calvino, *condenado al suplicio del fuego* por el concilio de Constanza."-- CORRIJASE, segun las actas del citado concilio, que pueden verse en la Coleccion de Labbe, tom. VIII, pág. 565, Paris 1714, en los términos que da de sí la sentencia, cuyo fallo es como sigue: "El mismo santo concilio decreta, que el dicho Gerónimo (de Praga) sea separado de la comunion de los fieles, como sarmiento árido y corrompido que no pertenece á la vid, lo declara herege y relapso en la heregía, y como á tal lo escomulga, anatematiza y condena:" *Eadem sancta synodus eundem Hyeronimum palmitem putridum aridum; in vite non manentem, foras mittendum decernit: ipsumque hæreticum, et in hæresim relapsum, excomunicatum, anathematizatum pronuntiat et declarat atque damnat.* Nada hay aquí de fuego, ni hogueras; y si el poder secular lo mandó á las llamas, no fué de órden del concilio, que antes intercedió por él, sino por culpa suya, y con toda su volutad; pues él mismo se sujetó á este castigo, en caso de pravedad, y no á solas con alguno de sus buenos amigos, sino á presencia de todo el concilio, hecho que no ignora quien haya saludado la historia eclesiástica. Es muy útil dar noticias, pero siempre por delante la verdad, para no divulgar patrañas y calumnias.--EE.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

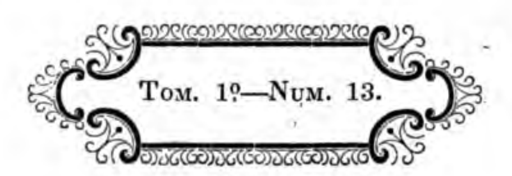


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



TOM. 1º—NUM. 13.

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.]   SABADO 17 DE JUNIO DE 1848.   [Num. 13.

PROCLAMA DE SU SANTIDAD PIO IX, A LOS PUEBLOS DE ITALIA.

"Salud y bendicion á los pueblos de Italia.--Los acontecimientos que durante estos dos últimos meses se han sucedido y eslabonado con tanta rapidez, no son obra del hombre. ¡Desgraciado el que no oiga la voz del Señor en medio de este viento que agi'a, desgarra y echa por tierra los cedros y los álamos! ¡Desgraciado el orgullo humano, si atribuye á las faltas ó al mérito de algun hombre estas maravillosas revoluciones, en vez de adorar los secretos designios de la Providencia, ya sea que se manifiesten por las vias de la justicia ó de la misericordia de esta Providencia, que tiene en su mano los destinos de todos los imperios de la tierra! Y Nos, á quien se ha concedido la palabra para interpretar la muda elocuencia de las obras de Dios, no podemos guardar silencio en medio de los pesares, temores y esperanzas que agitan los corazones de nuestros hijos.

"Por lo tanto, debemos deciros que si nuestra alma se conmovió al saber de qué manera, en una parte de la Italia, la intervencion religiosa supo prevenir los peligros de estos cambios, y supo cuánto hizo resplandecer la nobleza del alma con sus actos caritativos; sin embargo, no pudimos ni podemos menos que lamentar profundamente los insultos que en otros puntos han sufrido los ministros de esta misma religion. Aun cuando, olvidando nuestro deber, pasásemos en silencio estos insultos, ¿podria este mismo silencio ser un impedimento que disminuyese la eficacia de nuestras bendiciones?

"Ni podemos menos que deciros tambien, que el buen uso de la victoria es mucho mas grande y dificil que la victoria misma. Si el tiempo presente os recuerda otra época de vuestra historia, ¡aprovechen los hijos los errores de sus padres! Recordad que toda estabilidad y prosperidad cuentan como primera base civil á la concordia; que Dios solamente une á los habitantes de una misma morada; que Dios no concede este don mas que á los hombres mansos y humildes, á los que respetan sus leyes en la libertad de su Iglesia, en el órden social, y en caridad para con todos. Recordad que sola la justicia edifica; que las pasiones no saben mas que destruir, y el que se titula rey de reyes es tambien dominador de los pueblos.

"Puedan nuestras plegarias llegar hasta el Señor y hacer descender en vuestras almas ese espíritu de prudencia, de fuerza y sabiduría, cuyo principio es el temor de Dios; para que nuestras miradas contemplen con regocijo la paz sobre esta tierra de Italia, que, en nuestro amor universal por el mundo católico, no podemos llamarle pais predilecto, pero que Dios, por su bondad, ha querido al menos colocarle mas cerca de nosotros.

"Dado en Roma, á 30 de Marzo de 1848, año segundo de nuestro pontificado.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Nunca tuvo muger alguna virtud mas grande, y sabido es que la virtud es la perfeccion de nuestra alma, segun Santa Catalina de Sena. Si pudiésemos contemplar con los ojos materiales un alma en el estado de gracia, quedariamos encantados de verla sobrepujar á todas las flores, á todos los astros, á todo el universo: no habria nadie que no ofreciese su vida por la dicha de ver semejante belleza. Decid, ¿qué preciosa debe ser María, cuando un ángel la saludó con estas palabras: "Llena eres de gracia?» María, el templo verdadero en que residen el Verbo y el Espíritu Santo. "Materia es que me arredra tener que trazar la grandeza de María, decia el gran San Bernardo.» Todo lo que merecen juntos todos los demas santos, María sola lo posee enteramente. Dios crió á María como un especial mundo para sí solo. Por eso dijo muy bien esta señora: "Preparada estaba yo desde la eternidad: *Ab æterno ordinata sum.*» ¿Cómo una criatura ha merecido tanta gloria? ¡Cómo ha podido llamarse reina de los Cielos? ¿Cómo ha obtenido el honor de ser Madre de Dios? Precisamente vamos á procurar esplicar esta materia, considerando á María en Nazareth, en el Calvario y en el Cielo: la mayor de todas las criaturas por su inteligencia, por su amor y por su gloria.

Hija de reyes y de sumos sacerdotes y patriarcas, descendiente de David, María era pobre, de resultas de la cautividad de Babilonia, que habia cambiado todas las clases en Judea. Vivia en la villa de Nazareth, en la humilde casa de Joaquin y Ana, que fueron sus padres. Fué esposa de un simple artesano, con la condicion de proteger y ocultar su virginidad. Dedicada al templo desde su infancia, meditaba sin cesar las verdades reveladas, la caida de los ángeles y las de Adan y Eva, su castigo y la gran promesa que Dios hizo á Abraham: que todas las naciones de la tierra serian bendecidas por un hijo que saldria de su familia; prediccion que se ha verificado á nuestra vista. Contemplaba que la misma promesa se habia trasmitido de Isaac á Jacob, de éste á Judá, de éste á David; y como el cetro habia salido de esta familia y se hallaba en manos de un príncipe idumeo, creia, segun la prediccion de Jacob, que eran llegados los tiempos del Mesías. Meditando así, se aparece á María el ángel que habló á Daniel y á Zacarías, y le dice estas palabras: "Dios te salve, María, llena eres de gracia: bendita eres entre todas las mugeres.» Y al punto comprende María que va á ser madre del Libertador de Sion. Sabia muy bien que Dios suscitaria un enemigo al príncipe de las tinieblas, y que este enemigo seria una muger, que daria á luz un niño, destructor del imperio del demonio, y que habia de romper la cabeza de la serpiente. Siendo este el primer oráculo de los libros santos, era tambien el objeto de la continua meditacion de María, la cual tampoco habia olvidado que Dios prometió á la familia de David enviar una señal para conocer el advenimiento del Mesías, y era que una vírgen daria á luz un hijo, que se llamaria Emmanuel, ó sea, Dios está con nosotros. Aquí tenemos á esta santa vírgen esperando silenciosamente las órde-

nes del Altísimo. ¡Cuánto contrasta esta pobre y obscura morada, donde pasa la primera escena de la Encarnacion del Verbo, con la magnificencia y las delicias del Edem, donde un ángel vino tambien para hablar con Eva! ¡Cuántas lecciones pudieran recogerse, comparando á estas dos madres del género humano, la madre de los muertos y la madre de los vivientes! Por un lado la humildad, la pobreza, la obediencia; por otro la riqueza, el brillo, la gloria: todo lo que perece en una parte, en otra todo lo que se salva. Eva fué seducida por la oferta de ser semejante á Dios, y María oye decir que será la Madre de Dios; que por ella se libertará el mundo, y que su Hijo reinará para siempre. Hace voto de virginidad, pero duda de la mision, porque sabe que Satanás puede trasformarse en ángel de luz y engañarla. Mas al tiempo que oyó que vendria á su persona el Espíritu del Señor, y que seria vírgen y madre, como Isaías habia pronosticado, todo se le reveló, lo presente, lo pasado y lo venidero. Entonces, íntimamente unida á la ciencia del Verbo, María penetró el secreto del Cielo, este secreto oculto á las potencias aéreas, y encerrado en lo profundo de las Santas escrituras: la alianza de la humanidad con la Divinidad. Comprende María las expiaciones y los sacrificios: vé que las víctimas van á desaparecer, y su Hijo las va á sustituir y reemplazar; porque su Hijo era aquel puro holocausto sin mancha que debe ofrecerse al mundo. Asemejá á su Hijo con Abel, con Isaac, con el Cordero Pascual, con la serpiente de metal, segun las profecías de David, de Isaías y de Daniel. Considera que el primero de estos tres profetas predijo que el Mesías seria clavado de piés y manos: el segundo, que seria despreciado, el hombre mas dolorido y mortificado; y el tercero, que le quitarian la vida: *Cristus occidetur*. Repara que Dios quiso que interviniese una muger en la Encarnacion y la Pasion de su Hijo. Nada se le escondió, todo lo sabia. Vírgen, debia parir y consentir esta contradiccion: Madre, habia de sufrir el sacrificio de su Hijo. "Vírgen Santa, todos los hombres, todos los siglos están pendientes de vuestros labios; el ángel espera la respuesta y nosotros una palabra de misericordia.» Aquí añade San Bernardo: "Ved ahí, Señora, el precio de nuestro rescate: si consentis en la embajada, nos libertamos inmediatamente. Criados á la imágen de Dios, nos hemos perdido, y vos podeis facilitar nuestra restauracion con una sola palabra: esto es lo que piden Adan y su posteridad, arrojados del paraiso, y el patriarca Abraham; y todos nos arrodillamos á vuestros piés sagrados, porque de vos depende el consuelo de los miserables, la redencion de los cautivos, y la salvacion del universo.» Un ángel y una vírgen en la humilde morada de María, trataban de la suerte del mundo; el ángel enviado por el Criador, la vírgen, representando á todas las criaturas: un ángel y una vírgen mas angélica que el ángel mismo. Ya responde, oigamos: "*Ecce ancilla domini:* Aquí está la sierva del Señor.» "Hágase de mí lo que acabais de anunciarme. *Fiat mihi secundùm verbum tuum.*» Bossuet dice que se unió la Vírgen al amor fecundo del Eterno Padre, y responde á Dios que quiere el sacrificio de su Hijo, diciendo: muera nuestro Hijo para que el mundo viva. En la creacion dijo Dios: haya luz, y en el instante la hubo; pero esta palabra solo sirvió para que el sol naciese. La palabra de la Santa Vírgen dió nacimiento á un hombre Dios, cambiándose al oirla todas las leyes de la naturaleza. Una vírgen permaneciendo vírgen, concibe un hijo: un Dios se hace hombre: un hombre es Dios, y una muger es el santuario de la Divinidad. Ved aquí las admirables relaciones entre la creacion y la Redencion. La vida del género humano se hallaba en tres personas en el parai-

so terrenal. Tres personas en la morada humilde de Nazareth concurrian á la Redencion del género humano. En el Eden, Adan, Eva y Dios: en Nazareth, un ángel, una vírgen y Dios. Un ángel anunciaba la Redencion, una vírgen la recibia, y un Dios la daba. Pero esta ciencia que nosotros reconocemos en María, ¿no es una simple congetura de nuestra piedad? La misma Señora la acredita, y vamos á escucharla en el cántico en que prorumpió cuando Santa Isabel la llamaba bendita entre todas las mugeres. En el *Magnificat* hallareis toda la ciencia de las Escrituras y de los misterios de Dios. "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se llena de alegría porque ha mirado la humildad de su esclava; y por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones. El Señor ha obrado en mí muy grandes cosas: es el Altísimo: su nombre es la salud, y su misericordia se estenderá de generacion en generacion sobre aquellos que le temen. Ha ostentado la fuerza de su brazo: ha dispersado á los soberbios en los consejos de su corazon: ha derribado á los poderosos de su trono, y elevado á los humildes: ha llenado de bienes á los hambrientos, y á los ricos los dejó en la miseria, acordándose de su misericordia. Del modo que habló á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad hasta la eternidad." ¡Cómo una oscura niña de Nazareth, ha sabido que la llamárian bienaventurada todas las generaciones sucesivas? ¡De quién, si un ángel no la hubiera hablado, sabia que llevaba en su seno la redencion del mundo, que habia hecho el Señor con ella grandes maravillas, y que en adelante el nombre de salud seria el de Dios? ¿Cómo sabia que la Redencion, esta ley de misericordia y amor, se estenderia por todos los pueblos por su intermedio? ¿Cómo, si el Espíritu Santo no hubiera hablado por su boca, habria podido profetizar el triunfo de su Hijo y de los Apóstoles, pobres pescadores del lago de Genezareth, simples artesanos, y la caida de las potencias de la tierra, Roma y Jerusalen, y la manifestacion de la divina fuerza y la conversion del universo? ¿Cómo ha descubierto el secreto del Cielo en medio de las tinieblas del paganismo, la propagacion de la unidad de Dios en los sitios mas distantes? ¡Cómo afirmar que todos los pueblos vendrian á su Hijo, y que Jesucristo, durante los siglos restantes no cesaria de arruinar á los que el orgullo suscita contra su Iglesia, para elevar á sus puestos á los humildes de corazon? ¡Cómo, finalmente, ha podido vislumbrar el admirable espectáculo de la perpetuidad de la fé, en medio de esta escena tan móvil y transeunte de los tronos é imperios del mundo? San Ignacio mártir nos enseña que al demonio se le ocultaron tres misterios silenciosamente obrados: la virginidad de María y el nacimiento y muerte de un Dios. María sola sabia en Nazareth todos estos grandes misterios. Se complació Dios de esta manera en confundir la licencia de los sábios, y en humillar á los fuertes por medio de los mas débiles á la vista del hombre. Entretanto que una jóven de Nazareth se hallaba inundada de todos los resplandores del Cielo, los sábios de Grecia y de Roma yacian sumidos en las mas profundas tinieblas. La sumision de su espíritu era la prenda de asociacion á la redencion; y el orgullo de los filósofos, que todo lo querian saber, los alejaba de las verdades mas triviales. ¡Qué pequeños son esos grandes ingenios con sus decantados sistemas, á vista de esta humilde muger, que conocia todos los dogmas del género humano, la caida del hombre en el paraiso, la reparacion, y la deificacion de la humanidad! A María se le dió la ciencia en toda su perfeccion, gracias á la sumision de su espíritu y á la pureza de su corazon. Tuvo la Señora toda la ciencia de los Santos, la ciencia de su Hijo, la ciencia del mismo Dios. No será, pues,

muy dificil manifestar que su amor fué igualmente perfecto; pues Dios quiso que sirviese el amor de María para proclamar el suyo al mundo entero. María tuvo á Dios y á los hombres el mas perfecto amor, el amor de madre. De todos los sentimientos de la humanidad en la tierra, el amor maternal es el mas puro. El amor conyugal, mezcla de afecto y debilidad, habia atraido á Adan para que participase de la falta de Eva: este amor no podia salvar al mundo, antes le perdió. Reservado estaba á una muger, mas una muger madre, regenerar el universo: solo así se halla reconcentrado en una muger todo el amor: todo está contenido en el amor maternal, unido á la santidad que lleva necesariamente en su fondo. No hay idea mas profundamente grabada en nuestro corazon que la memoria de la madre, y ¡por qué? Porque á costa de sí misma no piensa mas que en su hijo. Involuntariamente asoman lágrimas á los ojos de un niño cuando recuerda á su madre, porque la vida de la madre es un sacrificio en favor de él: el mismo Dios, en la Santa Escritura, se sirve con frecuencia de esta imágen de la maternidad: á los judíos decia: "¡Puede una madre olvidar á su hijo, fruto de sus entrañas? Y cuando ella le olvidara, yo no os olvidaria jamas.» ¡Conoce una madre otro interés, otros placeres que su hijo? La salud, la enfermedad, la tribulacion, la alegría, todo le es indiferente cuando está inquieta por él. No hallareis en la tierra paciencia mas admirable en las contradicciones y sufrimientos, una generosidad, una abnegacion mas completa de sí misma que la de una madre. Que lo exija el interes de su hijo: ella se priva del sueño, sufre frio y calor, atraviesa las ciudades y las aldeas: que sea necesario sufrir el patíbulo.... nada le detiene. Aunque vea á los reyes que se prosternan á los piés de su hijo, contempla tranquila esa escena; que el amor que ella tiene al hijo es mas dulce que los honores y homenages que recibe. Y entre todas las madres, ¡cuál mostró mas ternura á su hijo que María, cuya vida entera puede llamarse un continuo sacrificio? Algunas madres tienen al menos sus ilusiones y esperanzas de la suerte futura de sus hijos, que compensan en cierto modo sus fatigas y desvelos: para María no queda siquiera este recurso. En los libros santos halló consignados todos los dolores que la esperaban, y Jesus padeciendo y crucificado, estaba sin cesar en su memoria. Un celebre orador dice, que todo el tiempo que María llevó en el vientre al Santo niño, que le alimentó con su leche, y que le vió sensiblemente, no cesó de atormentarla el pensamiento cruel de que le habia dado á luz, criado y conservado para el sacrificio. Jamas se apartaron despues de su imaginacion el huerto de las Olivas, el pretorio, ni el Calvario. Todo cuanto sirve de consuelo á otras madres, era para esta Señora ocasion de tormento. Si echaba el Niño sus inocentes manos hácia su Madre, creia esta Señora verlas ya cargadas de cadenas y atravesadas con los clavos que habian de fijarle en un infame suplicio: si se sonreia, miraba de frente á su Madre, ó buscaba sus caricias, creia su Madre descubrir en sus ojos la languidez de la muerte, su semblante cubierto de sangre y lágrimas, y todo su cuerpo desgarrado. Era un suplicio que cada instante se renovaba, y que solo el amor de María podia soportar.

María no tenia una voluntad, un sentimiento, una inclinacion, que no estuvieran unidas con las de su Hijo: estaba trasformada toda en este Hijo, identificada en todos los pensamientos y deseos suyos. Quiere el Hijo vivir pobre, acepta la Madre su pobreza: afirma el Hijo que no amará mas que á los que hagan la voluntad de Dios, ella no se une á su Hijo mas que por los vínculos de la religion: quiere el Hijo Morir, su Madre le acompaña, al Thabor

no, pero sí al Calvario. Mucho se ha escrito del sacrificio de Abraham: Dios no lo hubiera exigido de una madre; pero se le pidió á María. Clavado el corazon de María en la Cruz, allí siente los clavos, las espinas, la agonía y todos los dolores de su Hijo. San Ambrosio hace esta observacion: "No llora, está de pié en medio de los verdugos, de las tinieblas y del terremoto, y rodeada de los muertos que salieron de los sepulcros.» Madre es sin duda: pero es Madre de Dios. Hijo y Madre ofrecen al Eterno Padre un mismo holocausto por los pecadores: unidos en un comun dolor, tienen ambos el mismo anhelo de morir por la salud de los hombres: ambos pueden esclamar: "*O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*: Vosotros que pasais por el camino, mirad y decid si conoceis algun dolor que se parezca al mio.» En la Cruz, al pié de la Cruz veis los mayores dolores, el dolor de un Dios y el dolor de una madre: dos altares vereis en el Calvario, la Cruz de Jesucristo y el corazon de María. Dijo Jesucristo á su Madre, señalando á San Juan: "Muger, ese es vuestro hijo.» Bossuet añade: "Muger que sufres conmigo, fecunda conmigo; sé madre de los que yo engendro con mi sangre y mis heridas.» Esta palabra la mata, esta palabra la fecundiza: ¿y qué nace de esta nueva preñez? Un corazon desgarrado de aflicciones incomprensibles. San Epifanio, aludiendo al sacrificio perpetuo de la Vírgen Madre, dice que ella fué la primera Cruz en que Jesucristo fué sacrificado á su Eterno Padre. María es Madre de Jesus y de todos los hombres, en virtud de los dolores y el amor que le han ocasionado.

Despues de la venida del Santo Espíritu, María no pareció ni entre los Apóstoles ni los discípulos de Jesus: San Juan la mantuvo en Efeso; y su vida, que principió humildemente, concluyó igualmente humilde. María era la muger mas humilde de cuantas hubo; porque era la mas amante de todas. Obedecer, callar, esconderse, esta es la vida del amor. En nada se comprueba mas que María estaba en comunicacion con el mundo invisible, que de esta completa ausencia de toda clase de relacion con los hombres, y es el carácter esencial de su vida. Obrando en el mundo espiritual, los homenages de los mortales nada eran á sus ojos, porque ella los recibia de los ángeles. Como registraba lo venidero y sabia perfectamente lo pasado, lo presente solo era para la Señora asunto de sufrimientos y penalidades. En su corazon llevaba al Dios de la eternidad: no podia quedar sitio en él para nada que fuese temporal y perecedero. La oracion absorvia todas sus palabras, y la contemplacion toda su vida.

La perfeccion del amor entre nosotros consiste en sufrir, mas que gozar por el objeto amado. Dios ha dado á su Hijo la pobreza, las humillaciones y la muerte; y Jesucristo ha querido que su Madre la sufriese tambien. La indigencia, la obscuridad, las separaciones, el dolor no serán los verdaderos males, cuando el Señor los destinó á su Hijo, y éste los participó á su Madre.

Una muger se nos dió por madre en lugar de otra: una humile en vez de una soberbia. En las delicias del paraiso Eva nos presentó el fruto de la muerte: en medio de lágrimas y sollozos María nos ofrece el fruto de la vida. El placer nos dió muerte, y el dolor nos resucita. Unida Eva al orgullo del demonio y á la debilidad de Adan, nos ha perdido guiada por los sentidos. María, asociada al amor fecundo del Padre y á la muerte vivificante del Hijo, nos ha procreado en la sangre de Jesus, que ha sido el holocausto universal. La Santa Vírgen es nuestra verdadera Madre: es aquella muger de quien San Juan dijo: "Gritaba entre las angustias de la agonía, para imprimir en nosotros su Cristo.»

El amor de Dios tiene ahora por símbolo la maternidad, y del corazon de María se reparten los tesoros celestiales sobre todos nosotros.

Así la imágen de Dios en la tierra no es el sol, es el corazon de una madre.

Una Madre ha dado á luz la vida del universo. Es una Madre, que, segun la bella espresion de San Epifanio, sirvió de altar de misericordias y de comun propiciatorio del mundo. Todo pasa por el corazon de una madre en esta admirable teología católica. ¡Contemplacion sublime! ¡Brillante símbolo del amor! Formó Dios el primer hombre del barro; y el segundo Adan ha salido del corazon de una Madre: *Charitas mater est*, dice San Agustin. Véase aquí por qué la Redencion escede en mérito á la creacion del mundo, cuanto el amor es superior á la nada. El amor único que conservó su pureza primitiva, el amor de madre viene á ser el orígen de salvacion, de regeneracion del mundo, el principio de la gracia y la puerta del Cielo. Ved ahí á María unida á la ciencia y al amor de su Hijo: réstanos manifestaros cómo participa de la gloria de Jesus.

Si el ojo no ha visto, ni escuchado el oido, ni el corazon humano comprendido lo que Dios tiene reservado al menor de sus elegidos, ¿cómo podreis percibir y mucho menos esplicar lo que habia preparado para la mas perfecta vírgen? Es verdad que no está en la altura de Dios; pero esta bendita criatura es superior á todo lo que no es el mismo Dios, porque María es la Hija, la Madre y la Esposa de Dios: hija del Padre, madre del Hijo, y esposa del Espíritu Santo. San Hesiquio, patriarca de Jerusalen, refiriendo las maravillas obradas mediante el consentimiento de la Vírgen en la Encarnacion del Verbo, llama á esta Señora el complemento de la obra de la Santísima Trinidad: *totius Trinitatis complementum*. Era sin duda grande ocupacion el preparar morada, no á un hombre cualquiera, sino á Dios: para ser la madre del Verbo, era necesario que María entrase en cierta igualdad con Dios: *unde debuit elevari ad quamdam cum Deo œqualitatem*.

La maternidad divina, acerca á María al Padre, que el santo concilio de Trento llama el orígen de toda la Divinidad. Si tenemos un Dios salvador, lo debemos al Padre, que le produjo en la eternidad, y á la Vírgen Madre que á su tiempo le dió á luz. Las maravillas del nacimiento temporal del Salvador, no son menos asombrosas que los grandes prodigios de su eterna creacion. María es Madre de Dios y reina de las vírgenes. Veo, Señor, á vuestra diestra, una reina adornada con una túnica de oro, en la que brilla una variedad maravillosa: toda la gloria de la hija del rey viene de su corazon: sus vestidos resplandecen de oro y de bordados. Todas las vírgenes vengan detras de ella: *adducentur regi virgines post eam*. Porque ella es la Vírgen única, la Virgen madre, *virgo singularis*. Si Dios habia de nacer, debia ser de la vírginidad; y si la virginidad habia de producir, no podia ser mas que á un Dios.

La primera vírgen es la Trinidad, como dijo San Gregorio Nacianceno: *Prima Trinitas virgo est*. La segunda vírgen es María: San Ambrosio lo asegura: *Secunda virgo Maria est*. Dios Padre y la Santa Vírgen solos han producido un Dios: si nos atenemos á tan grande misterio, podremos comprender lo que dijo respecto de él San Pedro Damiano: "Toda criatura calla y tiembla, y apenas se atreve á contemplar la inmensidad de tan grande gloria."

María está enteramente unida á la gloria del Padre, y participa de toda la del Hijo.

Como su Hijo, María no trae á la vida al tiempo de nacer el principio de muerte, la mancha del pecado original: como su Hijo, ella no conoció la corrupcion del se-

pulcro: como su Hijo, fué recibida de toda la córte celestial en su dichoso tránsito. Despues de la gloria de su Hijo, no la hay mayor en los Cielos, que la suya. Semejante cuerpo no podia estar sujeto á corrupcion. Semejante gloria no podia padecer los ultrajes de la muerte. Donde no reside el pecado, la muerte no tiene derecho que ejercitar. Así el cuerpo de María se convirtió como su Hijo en un cuerpo impasible, inmortal, inalterable, mas brillante que los astros, resplandeciente de la gloria de su alma y de la gloria divina. Como al nombre de su Hijo, la rodilla de todos se dobla en la tierra, en los Cielos y en el infierno.

Los méritos del Hijo alcanzan todo de su Padre: los méritos de la Madre obtienen todo de su Hijo. No tiene María la omnipotencia del que manda; pero tiene la omnipotencia que suplica, *omnipotentia supplex*. ¡Tierna es por cierto y consoladora esta gerarquía de gracia y de misericordia! Junto al templo y altar de Jesucristo se levantan en todas partes templos y altares á María; unos y otros prendas de amor y reconocimiento: todos como manantial perenne de consuelo para todos los males, y asilo en que se dulcifican los infortunios de la tierra. En cuanto el corazon humano se dispone y entrega al amor del Hijo, ya está caminando al de la Madre. Apenas vé á Jesus en el altar, cuando le busca en los brazos de María. Perpetua es en el Cielo la misericordia: el Cie lo es imperio del Hijo y de la Madre.

Jesucristo dijo á María: venid y colocaré en vos mi gloria. En la tierra nadie me ha dado mas que vos, pero tampoco nadie recibirá mas de mi divinidad. Me habeis vestido de vuestra carne mortal; yo os revestiré de mi celestial esplendor. En la tierra habeis servido de velo al Sol divino; yo voy á revestiros de sus resplandores años eternos: me habeis alimentado con vuestra leche, yo os sustentaré con mi divina sustancia: *Communicasti mihi quod homo sum: communicabo tibi quod Deus sum.*

Pero no es bastante lo espuesto: María, esposa del Espíritu Santo, engrandece toda la especie humana en su Asuncion. Por ella el Espíritu Santo produjo la vida, la gracia y la gloria.

El Santo Espíritu, amor del Padre y del Hijo, se dió á María en el dia de la Anunciacion; dia en que no solo fué llena de gracia, sino esposa de la misma persona del Espíritu Santo. Porque ella fué tal esposa, en virtud del inmutable decreto del Padre, dice Bossuet, contribuirá constantemente á todas las operaciones de la gracia para salvar á los hombres.

Hácia vos, Vírgen Santa, como asilo comun, se vuelven todas las almas cristianas y las benditas del purgatorio, y las almas celestiales, y las que se hallan en la tierra, porque todas las generaciones os proclaman bienaventurada.

Por vos, Señora, la virginidad, la castidad, la fidelidad han sido honradas; como que sois el modelo de las doncellas, de las esposas y de las madres. Los dictados de hija, de madre y de esposa se han divinizado en vos.

María, Hija, Madre y Esposa de Dios, asociada á la omnipotencia del Padre, á la ciencia del Hijo, al amor del Espíritu Santo, unida á la Divinidad entera, penetra en lo profundo de la sabiduría, participa de la Trinidad, segun San Bernardo, está en el mismo trono de Dios, entre los brazos de su Hijo, en el medio dia eterno: una criatura es el complemento de la obra de la Trinidad: *totius Trinitatis complementum.*

Quedan esplicados los destinos humanos: la inocencia y el sacrificio de Jesus y de María abrieron al arrepentimiento el camino de la gloria, cerrados hasta entonces desde el pecado de Adan y Eva.

Tambien se vé cumplido el oráculo de

los tiempos primitivos, que anunciaba la regeneracion de la humanidad por medio de una muger. El Espíritu Santo cubrió á María con sus alas: la muger quebranto la cabeza de la serpiente: la especie humana, abatida por el príncipe de las tinieblas, se ha elevado hasta la Divinidad. En este misterio se descubre lo infinito de la misericordia. Tomando las mugeres cristianas por modelo á María, han contribuido á la regeneracion del mundo, han hecho cambiar las leyes y las preocupaciones bárbaras, han dulcificado las costumbres, preparando la abolicion de la esclavitud, templado la autoridad, y ennoblecido la obediencia. Compárense si no el estado de las mugeres cristianas y el de las infieles, y allí se hallará la obra del Espíritu Santo y la benéfica intervencion de María. En todo lugar donde María no sea conocida, no hay mas mugeres que las hijas de Eva, pero no se ha quebrantado en ellas la cabeza de la serpiente.

PUSEISMO.

El puseismo designa un sistema moderno de teología anglicana, que se ha hecho célebre de algunos años á esta parte; y es una escuela de sabios distinguidos, casi todos profesores ó discípulos de la universidad de Oxford. Este nombre les viene del doctor Pusey, y lo adoptaron en 1833, desde cuya época se comenzaron á ventilar por la prensa periódica británica ciertos proyectos tocantes á la reforma de la iglesia establecida por la ley. No fueron éstos de aquella clase de declamaciones trilladas sobre el esplendor y opulencia del clero, ni de esas teorías inaplicables que los charlatanes religiosos y políticos inventan, para elevar un pedestal á su vanidad sedienta de elogios y empeñada en adorarse á sí misma; sino al contrario, planes muy sérios, discutidos por amigos sinceros y fieles miembros de la iglesia anglicana, que aspiraban á modificar sus instituciones, liturgia y formularios. Como los que emprendian estas reformas no llegaban á entenderse en todos los puntos, la discordia reinaba sordamente entre ellos: de este choque nació el puseismo, que en 1833 comenzó á manifestarse por la publicacion de los Tratados para los tiempos presentes (*Tracts fort the times*) y otros escritos polémicos, destinados unos á defender el anglicanismo, y otros dirigidos contra Roma ó los protestantes disidentes. La Revista trimestre (*British critic*) se hizo el órgano de esta secta, que no huia como las demas de la luz, sino que la buscaba de buena fé.

En 1836, el doctor Hambden, á quien el gobierno de Saint-James habia nombrado catedrático de teología en Oxford, fué censurado por el claustro universitario, acusando de racionalismo sus anteriores escritos, y entre los opositores que le suscitó su sistema, se distinguieron Pusey, Vaughan, Thomas y Newman. El primero, que era el principal, publicó una obra muy notable en apoyo de sus ideas, y acaso esto fué lo que contribuyó á dar su nombre al partido.

Al principio parece que los gefes del puseismo no tuvieron mas objeto que sostener y reconstituir el anglicanismo; pues segun los *Tracts* y otros escritos polémicos ó dogmáticos, partian entonces del punto fundamental de que los antiguos reformadores eran hombres de tendencias relajadas, y al contrario ellos se esforzaban

en ser exactos, tanto en dogma como en disciplina. Oigase cómo hablaban á los anglicanos: "Conservad el símbolo de Anasio y todas las reglas del bautismo. Nada de acomodamiento con el espíritu del mundo. Oportuna é importunamente no transijais con vuestras obligaciones. No olvideis los deberes que habeis contraido con la iglesia en vuestra regeneracion con Cristo por el santo bautismo. La iglesia no debe nunca depender del Estado, y para éste es un honor su alianza. Reavivad la disciplina caida en desuso, y la práctica de las virtudes que nuestra iglesia ha visto desgraciadamente con negligencia, pero que nunca ha perdido. Observad los dias de abstinencia y las fiestas de los santos; sujetaos á las rúbricas; tened abiertos los templos, y nuestra iglesia aparecerá lo que es realmente, pura, apostólica, y sin la nota de esas doctrinas corrompidas y prácticas, si no idolátricas supersticiosas, de Roma, su hermana desgraciada; prácticas claramente reprobadas por la antigüedad, cuyo testimonio invocamos con respeto.»

Tales fueron las doctrinas primitivas de los puseïstas. Pusiéronse á la obra; estudiaron el cristianismo y el estado constitutivo de la unidad católica, no ya en los teólogos protestantes de los tres últimos siglos, sino en los Santos Padres, tradicion viva del apostolado; y si bien en sus primeros *Tracts* atacaron con violencia á la cátedra de San Pedro, porque sus proyectos no eran tanto inculcar las verdades católicas consideradas en sí mismas, como vivificar el sistema anglicano, tal como esta escuela lo comprendia; comprometidos ya en las condiciones que se habian propuesto, el estudio de las antigüedades eclesiásticas les produjo descubrimientos del todo inesperados. La naturaleza misma de la polémica sostenida por los puseistas, los obligó á poner en toda su luz doctrinas y actos cuya santidad no podian negar, aunque unas y otros perteneciesen á la Iglesia romana, lo que dió por resultado, en talentos reflexivos y apasionados por la verdad, el templar la amargura y modificar las ideas. Los *Tracts* habian formado escuela, y los primeros discípulos del puseismo, traspasando, como siempre sucede, su fórmula original, comenzaron á llevar mas allá sus investigaciones. Se les habia convidado al estudio de la antigüedad: abrazáronlo con todo empeño y la mayor buena fé; y procurando contestar á la famosa cuestion que se les habia propuesto, *¿A Roma potest aliquid boni esse?* con razones mas concluyentes que las que las viejas universidades habian hecho de rutina en su impotente lógica, y el fruto de tales estudios fue la conversion al catolicismo, entre otros muchos, de los doctores Sybthorp, Grant y Seaget. El mismo Pusey y el doctor Newman, en el centro del anglicanismo, investigaban la verdad con un ardor juvenil y lleno de sinceridad, dando pasos muy notables á favor de la fé católica, apostólica romana. En 1843 Pusey reconocia el dogma de la transustanciacion como lo proclama la Iglesia; y en un sermon predicado delante de los doctores de la universidad de Oxford, en la catedral de Cristo, no disfrazó su modo de pensar. El valeroso orador fué herido por la censura universitaria; pero este discurso, impreso bajo el título de: *La sagrada Eucaristía consuelo del penitente*, se vendió en número de trescientos mil ejemplares, y aun le suscitó multitud de adictos entre los regentes de la misma universidad. Por ese mismo tiempo el doctor Newman, renunciaba el curato de Santa María de Oxford, para entregarse mas libremente al estudio y á las prácticas de la vida contemplativa, retractando ademas las aserciones que, de 1833 á 1837, habia podido avanzar contra la Iglesia católica; paso de que no temió decir el *Stateman*, periódico protestante de Lóndres: "Està es una

ocurrencia grave en la crísis de que somos testigos." En 1845 Newman y no pocos de sus amigos han manifestado toda la importancia de este dicho, entrando en el seno de la unidad.

Los puseistas, arrastrados á su pesar, por la evidencia, á la fé romana, pretendian, no hay duda, no ir á dar al romanismo; pero abrazaban de hecho una parte de sus dogmas y aun de sus prácticas, y cierto número de sus discípulos volvian francamente al catolicismo. Aunque desde el mes de Abril de 1841 habia sido suspendida la publicacion de los *Tracts*, no faltaban otros medios de propagacion á este partido, y reinaba en muchas universidades ó seminarios, se estendia á la América y hasta á las Indias. El *British critic* continuaba su obra trimestre; y renunciando poco á poco á sus ataques contra Roma, oprimia con sus sábias hostilidades á los reformadores del siglo XVI. Los escritores de esta Revista son anglicanos, y desde lo elevado de su razon juzgan con una implacable equidad á todos los hombres que secundaron á Lutero, Calvino y Enrique VIII, en su separacion de la Santa Sede.

Esta escuela, cuya aptitud pacíficamente progresiva sacude al anglicanismo hasta sus mas sólidos fundamentos, no exige otra cosa que la verdad; ejerce una notable influencia por la estension de sus relaciones y su literatura; hace numerosos prosélitos; y los medios de que se vale todos son públicos y sujetos á la discusion. A los hombres instruidos dedica tratados de erudicion originales ó reimpresos; á los lectores ordinarios, escritos menos cultos; á los pobres y obreros, hechos y disertaciones al alcance de su inteligencia; á los niños, cuentos familiares. En todo esto no hay sin duda un pensamiento idéntico, ni un sistema regular; no obstante se reconoce un objeto, el que prueba manifiestamente todo el imperio que ejercen las nuevas doctrinas propagadas por el puseismo sobre las creencias inglesas. Por todas partes ha penetrado, en el parlamento, en la magistratura, y principalmente en las clases medias: á veces afecta ponerse sobre el pié de igualdad fraterna con los católicos del continente, y otras representa á la Iglesia universal como dividida en tres ramas, griega, romana y anglicana; pues se lisonjea con la esperanza de que existe entre las tres una comunion invisible, sancionada por el Espíritu Santo.

En medio de esta benevolencia hácia los católicos del continente, se nota no obstante una estraña contradicion, y es, una suerte de antipatía que domina entre algunos puseistas hácia los ingleses católicos, no viendo sin dolor entrar en la unidad á sus hermanos; y cuando en 1845 el doctor Newman y sus principales discípulos dieron este paso, el mismo Pusey no pudo contenerse en manifestar públicamente su pesar. Se creería que la nueva escuela se ha lisonjeado con el pensamiento de que algun dia será seguida por los fieles de los tres reinos; y aun se dice que mas de una vez se han hecho ciertas insinuaciones en este sentido; y si bien los católicos permanecieron firmes, muchos puseistas, arrastrados por la verdad, no tardaron en renunciar á los errores que habian mamado con la leche, y buscando un todo lógico, ofreciéndoselos la Iglesia romana, lo han aceptado. Esta escuela se encuentra, pues, en un inesplicable embarazo: es necesario que retroceda, ó avance, pena de suicidio. El sistema de exámen ha minado al anglicanismo, y éste no se atreve á refugiarse en el catolicismo, al que sus tendencias han prestado casi al mismo tiempo buenos y malos servicios. La mision del puseismo ha comenzado por estudios serios; debe continuar por la ciencia, y concluir por la fé.

(*Traducido.*)

JESUITAS.

Apenas pasa dia en que algun periódico no anuncie, con cierto placer, la disolucion ó proscricion de la Compañía de Jesus, ya de Suiza, ya de Francia, ya de algunas provincias de Austria, &c., &c., como se anunciaba en el siglo pasado; pues en éste, como vemos, se están reproduciendo las mismas escenas contra este célebre cuerpo religioso, representante en todas épocas del Catolicismo. Mucho se ha escrito, durante trescientos años, en pro y contra de los jesuitas; y se necesita no poca dosís de crítica, de instruccion, de imparcialidad y buena fé para fallar en esta importante cuestion. Así es que no tratamos nosotros, ni de formar la apología de estos ilustres proscritos, que muy pocos leerian, y acaso menos entenderian, ni de contestar á las acusaciones que se les prodigan; pero debiendo seguir la moda como periodistas, de hablar de estos sucesos, vamos á hacer sencillamente algunas reflexiones, con papeles del tiempo, sobre los decretos de destierro ó disolucion de los *reverendos padres*, que comprenden á todos los que constantemente se han espedido en su contra, ya que afortunadamente no vivimos como nuestros padres en 1767, en que debia *callarse y obedecer*, sino en 1848, en que hay libertad de imprenta, azote de los tiranos y antorcha de la ilustracion.

¿Cuáles son los hechos, comprobados en juicio, contra los jesuitas, que los hayan constituido acreedores á la gravísima pena del destierro? Oigamos á un moderno escritor que habla con los documentos en la mano. "Por una de estas anomalías á que la historia de la Compañía de Jesus nos ha habituado fuertemente, todos los monarcas que se dejan arrastrar á las vias de la arbitrariedad, todos los ministros que firman decretos de proscricion, todos los pueblos que miran pasar á estos desterrados, jamas se ocupan en preguntar cuáles son los crímenes de que se les acusa. Existe una ley que sirve de base á todo código penal y es el fundamento de toda justicia; y esta ley, tan antigua como el mundo, prohibe castigar, sea á quien se fuere, antes de haber juzgado y comprobado las acusaciones hechas contra él. Los jesuitas nunca han podido gozar del beneficio de esta ley. En Lisboa los condenó, en calidad de gefe, el marqués de Pombal; en España, Cárlos III y Aranda, su ministro, los suprimieron; los parlamentarios de Francia, á las órdenes de Choiseul y de madama de Pompadour, fabricaron decretos en que se disputan la iniquidad y la ignorancia, para destruirlos, y en la misma Roma, en un momento de ceguedad pontificia, Clemente XIV suprimió una Compañía, cuyos servicios y virtudes habian honrado y engrandecido los mas santos y grandes de sus predecesores sobre la cátedra de San Pedro. En estos pueblos, de costumbres tan diversas, pero que todas se apoyan en la legislacion natural como en la garantía de sus derechos, la Compañía de Jesus ha encontrado con frecuencia acusadores, proscritores y verdugos; pero nunca, por mas reclamos que haya hecho, magistrados íntegros: ha sido condenada, ultrajada, desterrada, diezmada, pero jamas juzgada (*)."

Pero, á falta de delitos, les sobran á los jesuitas acusaciones y acusadores, cuya calidad ya reasumió el conde de Peyronnet, antiguo ministro de justicia y del interior en Francia (†) en el pasage que vamos á

(*) *Crétineau Joly:* Histoir de la Compagn. de Jes., *t. VI, p.* 40. *Paris* 1846.

(†) Esquiss. politiq. *Paris* 1829.

esponer, y que cuadra muy bien no solo á la época en que se escribió, sino á la presente y á todas: "Se ha dicho que los jesuitas son perniciosos á la religion, ¡y por quiénes? Por aquellos que no aspiran sino á arruinarla.--Se clama que son enemigos de los reyes, ¡y de dónde emana ese grito? De los que solo intentan destronarlos á todos.--Se acusan de adversarios de la constitucion, ¡y de qué parte viene tal denuncia? De la de aquellos que la violan abiertamente.--Se grita que ejercen un influjo perjudicial en el Estado, ¡y de dónde sale ese clamor? De las filas revolucionarias, cuya funesta influencia produce muchos años ha todas las desgracias sociales.--Se les echa en cara que no son tolerantes, ¿y quiénes los inculpan? Hombres animados hácia ellos de la mas cruel intolerancia que existió jamas, la de los que nada creen.--Se vocifera que son enemigos de la libertad, ¿y cuáles son sus denunciantes? Los que los lanzan de sus iglesias, de sus escuelas y de su pais; los que atacan á la vez en sus personas la libertad religiosa, la libertad política y la libertad civil.--Es cierto que la necedad de tales acusaciones y el descaro de los acusadores, bastan para justificar á sus víctimas; pero cuando se deseaba ser engañado y se queria serlo, ¡qué hacer en este caso? --Por mí lo digo: aunque temiera á los jesuitas tanto como el mas fanático de sus enemigos, siempre creeria, que la conservacion de la libertad de conciencia es de mas precio que su espulsion."

Así es como piensan los verdaderos amigos de las libertades públicas; no como esos hipócritas que, bajo el velo de la libertad, quieren oprimir á todo el mundo, y con la capa de tolerancia, son los mas intolerantes de cuantos hasta ahora se hayan conocido. Y no se tache el juicio de ese ministro por aristócrata, cuando en nada difiere del de los hombres mas populares, en los momentos en que escuchan la razon: "Con que en fin, decia un periodista (*), vuestra sentencia está dada: no quereis jesuitas: bien; pero antes espliquémonos un poco. Puede haber hombres en el mundo que observen aisladamente la regla de San Ignacio: ¡hablais con estos? Si así es, ¿cómo entendeis la libertad civil y la de conciencia? Puede haberlos tambien que quieran formar una sociedad, para vivir reunidos en una casa que les pertenece, bajo una regla cenobítica, para lo que prefieren la regla de San Ignacio á las demas; que les acomode vestirse del mismo trage, comer en la misma mesa, ayunar los mismos dias, levantarse á la misma hora para hacer oracion á Dios. ¡Qué reprendeis en éstos? ¡La regla de vida? ¡dónde está entonces la libertad civil? ¡La regla de orar? ¡qué viene á ser la libertad de conciencia? Puede haber, igualmente, ciertos hombres, ligados con ciertos votos religiosos, los de San Ignacio, por ejemplo, que quieran consagrar su vida á la educacion de la juventud, ya en los colegios públicos, ya en los establecimientos sujetos á los obispos, ya, en fin, en las casas particulares á los niños á quienes les confian sus familias. Si á éstos son los que perseguis, advertid que si enseñan en los colegios del gobierno, de éste es la culpa que los llama; si en los del ordinario, atacais la libertad de nuestra Iglesia, de que os mostrais tan celosos; si privadamente, os tomais el derecho de inquirir en las familias las reglas de su vida y de sus creencias. ¡Conque pretendeis que todo sea libre en vuestro pais, menos la educacion de la familia?.... Me direis que varios decretos los han espulsado del reino. Es cierto; pero hablan del instituto de los jesuitas, de su órden, con cierta existencia legal, ciertos derechos de cuerpo, ciertos privilegios concedidos, y todo esto bien podeis negarlo ó concederlo. Pero el do-

(*) Gaceta de Francia *del* 24 *de Mayo de* 1828.

micilio, el domicilio comun, el domicilio considerado con respecto á ciertos individuos que lo ocupan sin afectar otros títulos, ni pretender mas ventajas que las que corresponden á todos los ciudadanos, ¡qué tienen que ver con esos edictos? ¡Qué son éstos, sobre todo, ante las leyes que la revolucion ha impuesto, y el estado político que la restauracion ha fundado.... Ambas han borrado hasta las últimas trazas de las interdicciones civiles y políticas, fulminadas en otro tiempo contra ciertos votos, condenándolos á la pena de escándalo y absurdo. Pero si el judío hace cuanto quiere como judío, y el protestante como protestante, con mayor razon el católico puede ser religioso, y el ministro de la religion del Estado puede ser domínico ó jesuita. Y cuando los edictos promulgados en otras épocas contra los judíos y protestantes, han desaparecido ante las leyes que acuerdan indistintamente á todos los franceses la libertad civil, la libertad política y de conciencia, ¡reclamais ardientemente una escepcion de servidumbre y dependencia al privilegio de intolerancia é interdiccion, á favor de esos edictos predilectos que hirieron á los jesuitas?.... Vosotros, últimamente, no los quereis, y este es punto decidido; pero los quieren los padres de familia, á quienes creemos algo interesados en esta cuestion, para que eduquen á sus hijos: los quieren los obispos para los ministerios de predicar y confesar en sus iglesias, y para el de enseñar en los colegios que están bajo su dependencia. ¡Y á nombre de la libertad obligareis á aquellos á sacrificar sus opiniones, é invocando los derechos episcopales, quitais á éstos los ministros de que gustan valerse? Sin embargo, así lo quereis; pero si cuando se os presenta algun maestro protestante, judío ó mahometano, no lo rechazais, y antes lo animais con vuestra aprobacion: ¿á nombre de la misma tolerancia é igualdad constitucional condenais y proscribis al preceptor que sea jesuita? ¡Oh hombres libres cuya imparcialidad edifica!»

Pero cuando los gobiernos temen á los jesuitas, ¿no les será lícito quitarlos de en medio, como uno de los obstáculos mas insuperables para constituirse y asegurar la tranquilidad pública? Demos una mirada sobre el pais que ha afectado mayor temor á la influencia jesuítica. De 1830 á 1840, las dos cámaras legislativas, la prensa y los diversos partidos de la Francia, no han cesado de burlarse de los terrores pánicos de los adversarios de los jesuitas, como los Dupin, los Portalis y los Montlosier de la restauracion. Todo el mundo confesó entonces que sus temores eran quiméricos; públicamente se hacia irrision de ellos, y aun uno de los miembros de la universidad, que posteriormente les hizo tan decidida guerra, Mr. Saint Marc Girardin, así se espresaba en la cámara de los diputados, hablando de los discípulos de ese instituto (*): "¡Cómo, señores, teneis miedo de esta Compañía, incesantemente mutilada, y siempre inmortal! La temeis, y cuando consulto nuestra historia, encuentro que la habeis vencido en 1763, y el dia de hoy poseeis todo lo que nos han legado nuestros padres: teneis un inmenso número de ediciones de Voltaire diseminadas por todas partes, que son una especie de artillería que combate sin cesar á los jesuitas: teneis mas que los antiguos parlamentarios, una tribuna y todos los poderes públicos: vosotros mismos estais de centinela, prontos siempre á descargar la espada de las leyes sobre cuantos quieran atentar á las libertades públicas ó inspirar doctrinas funestas; y á pesar de tanta autoridad y poder, que os vienen de vuestros antepasados, de vosotros mismos, de vuestros inmortales escritores y de vuestras leyes, ¡teneis temor? Yo no juz-

(*) Moniteur *del* 23 *de Marzo de* 1837, *pág*. 655.

go tan abatida la civilizacion de 89 que tiemble ahora de los jesuitas; antes la creo mas capaz de sobrepujar tantos terrores; y por lo que á mí toca, jamas haré una confesion que nos abatiria hasta tal punto en la opinion de la Europa.»

Este valor contra la Compañía de Jesus estaba tan arraigado en las costumbres, que otro periódico liberal de la Francia (*) así se espresaba sin embozo: "¿Se habla sériamente, decia, cuando se temen el dia de hoy los avances religiosos y la vuelta de la dominacion clerical? ¡Cómo! Somos los discípulos del siglo que ha producido á Voltaire, ¡y tememos á los jesuitas! Vivimos en un pais en que la libertad de imprenta pone el poder eclesiástico á merced del primer luterano que venga, ¡y tememos á los jesuitas! Vivimos en un siglo en que la incredulidad y el escepticismo corren á torrentes, ¡y tememos á los jesuitas! Somos apenas católicos, católicos de nombre, católicos sin fé y sin prácticas, ¡y se nos grita que vamos á caer bajo el yugo de las congregaciones ultramontanas! A la verdad, contemplémonos mejor á nosotros mismos; sepamos mejor lo que somos; creamos en la fuerza y virtud de estas libertades que nos enorgullecen; creamos, al menos, como grandes filósofos que somos, en nuestra filosofía. No, el peligro no existe donde nos lo señalan nuestras preocupadas imaginaciones. Vosotros calumniais al siglo con vuestras alarmas y clamores pusilánimes.»

Y hablando racionalmente ¿en qué comprometen los jesuitas con sus principios y opiniones la tranquilidad pública? Los hijos de Loyola se contentan con predicar en todos los paises el buen órden y la paz, y todo su empeño consiste en salvar el interes de la religion en medio de todas las convulsiones de los partidos. Esta prudencia sacerdotal y propia de su instituto, es cierto que sirve á todos ellos para imputarles actos cuya imposibilidad es evidente, y cuya sola suposicion, desnuda de todas pruebas, basta alarmar al pueblo, siempre crédulo y preocupado. El rey de la Bélgica ha dado bastantes muestras de pro eccion á los jesuitas que moran en esa monarquía constitucional; y en los viejos cantones suizos en que Guillermo Tell hizo triunfar la libertad, los jesuitas han sido proclamados demócratas, por muy respetables miembros de la asamblea legislativa: testimonios honoríficos que no podrán destruir las vias de hecho usadas ahora en su con ra (*). ¿Pero qué mas? En la citada *Gaceta de Francia* (†), en ese pais tan dividido por tan os partidos y opiniones, se escribia sin titubear: "Es fuera de toda duda que los jesuitas han prestado grandes servicios al órden actual de cosas.... Continuamente han representado el advenimiento de un régimen nuevo como un efecto de la voluntad de la Providencia, que debia respetarse, y su tendencia ha sido siempre la de alejar los ánimos de las luchas de la política, para ocuparlos únicamente de la religion.... Han aceptado el resultado de la revolucion; pero han rechazado sus principios.... Esto esplica perfectamente el grito general que se ha dado en cierto campo contra ellos.» Sí, repetimos, las formas mas ó menos combatidas, mas ó menos variables de las naciones, no interesan jamas á los jesuitas: su instituto no ha sido fundado para regentear á los reyes ó para oprimir á los pueblos: profesan obediencia al poder establecido, sin discutir su orígen ni procurar ponerle trabas. Su mision es mas elevada: han nacido para propagar la fé y defender la unidad.»

En 29 de Enero de 1846, el famoso Mr. Thiers denunció la enseñanza jesuítica co-

(*) Journ. des Debat., 4 *de Enero de* 1839.

(*) *Véase el Suplemento núm.* 18 *de la* Union Suisse.

(†) 29 *de Diciembre de* 1844.

mo peligrosa á las instituciones de la Francia, en la cámara de diputados, y mas de seiscientos de los discípulos de los pequeños seminarios (*) lo desmintieron en una protesta pública, que hizo enmudecer al calumniador. Oíganse algunos trozos: "Nuestros maes ros nos han educado conduciéndonos á las fuentes mas puras; y la historia, la filosofía, las lenguas, la literatura, las ciencias, todo pasa por este divino medio para llegar á noso ros.--Así es como hemos aprendido, que á Dios y á la religion establecida por él, le pertenecen ilustrar la razon y mandarla á veces, y, sobre todo, arreglar la conciencia.--Que todos los hombres son iguales delante de Dios, y deben serlo, por consiguiente, delante de la ley, que es su imágen.--Que los poderes públicos son para los pueblos, y no éstos para aquellos.--Que toda nobleza, toda dignidad, todo empleo, la simple calidad de ciudadano, obligan á consagrarse por toda suerte de sacrificios, aun el de la fortuna y de la vida, al bien de la patria.--Que las traiciones y tiranías son crímenes contra Dios y atentados contra la sociedad...." En seguida añaden los discípulos de los jesuitas con tanto valor como prevision: "Pero no hay que engañarse; estas calumnias, que parecen dirigirse á nosotros solos, en la intencion de sus autores hieren con mucha realidad á toda educacion verdaderamente católica.--Tal es nuestra conviccion: las persecuciones y clamores no la debilitarán: todo hombre sensato y sincero piensa como nosotros, y al hacer esta protesta, como antiguos discípulos de los jesuitas, somos realmente los representantes de todo hombre formado en la escuela de la fé y de la educacion creyente en Francia.... Que la calumnia inmoral y fácil no prevalezca á los ojos de la Francia contra la verdad.... Que sepa que esta educacion calumniada es profunda y únicamente católica: que enseñando de esta manera á unir la fé católica á la fé patriótica, no puede dejar de formar los mejores ciudadanos y los mas sinceros amigos de nuestras verdaderas libertades...."

¿Por qué, sin embargo, en la misma Roma, segun se afirma, los jesuitas han sido tambien lanzados de sus casas, agregándose que ha intervenido en esto la autoridad pontificia!... Para contestar á esta pregunta nos valdremos, aunque sin estar en todo de acuerdo con lo que vamos á copiar, de las palabras con que el *Correo Francés* (*) proclamaba á grandes gritos su victoria y ultrajaba al Sumo pontífice, cuando se supo en Francia que de órden de S. S. iba á terminar la Compañía en Francia, á dispersarse la misma, á cerrarse sus casas y á disolverse sus noviciados: nada manifiesta mas el espíritu de los perseguidores de los jesuitas, ni descubre sus planes al proscribirlos: "Habiamos, dice, hecho demasiado honor á la córte de Roma, al suponer que dejaria al gobierno francés la responsabilidad de una medida decisiva contra los jesuitas; pero Roma ha cedido.. . y no es esta la primera vez que la órden de Loyola esperimenta la ingratitud de la Santa Sede. Al prestarse otra nueva vez á un acto de rigor contra sus genízaros, el papado continúa en desarmarse, y completa su suicidio, mucho tiempo ha comenzado; todas las grandes cosas espiran lentamente. ¡Qué debe pensarse en efecto de la energía y habilidad del gefe de la Iglesia católica? Cuando los jesuitas se propagan abiertamente sobre el suelo de la Francia, donde se habian deslizado de contrabando, y encuentran por todas partes el apoyo declarado de los obispos; cuando de púlpito en púlpito, de pastoral en pastoral, de tribuna en tribuna, re-

(*) *Este nombre se da en Francia á ciertos colegios instituidos por los obispos, de los que los jesuitas dirigian veintisiete.*

(*) *7 de Julio de* 1845.

tienta el grito de una nueva cruzada para la conquista de las Galias á la fé de Clovis y de San Luis, ¡viene á ayudar al ministerio, embarazado con las leyes que proscriben á la Compañía de Jesus, desconoce á los suyos, y proscribe á su milicia?... ¡A quién debe atribuirse este triunfo?... Al espíritu filosófico que ha forzado al ministerio á este paso....» "¿Acaso será, añade un escritor, porque la córte de Roma habrá creido servir á la causa de la religion, retirando los jesuitas de Francia? ¡Se le habrá representado que la nacion entera está pronta á volver á la unidad, quitados los jesuitas, á quienes profesa antipatía, y que la supresion de este elemento parásito haria infaliblemente reflorecer en ella la augusta religion de sus padres?... Si así es esto, no es mas que la continuacion de las burlas del siglo XVIII. Cada vez que la filosofia se ha empeñado en obligar á la Iglesia á mutilarse, ha tenido el intento de pretender que lo hacia por el mayor bien de los principios inmortales de la fé. El jesuitismo ha encontrado sus amos y ha sido vencido con sus propias armas. Así es como, prosigue, con estas almibaradas palabras se obtuvo del papado, en el último siglo, el famoso sacrificio de la Compañía.... ¡Y todavía Roma no desconfia?... Ella es juguete de la misma comedia, ó finge serlo, ciegamente ó por debilidad. La escena que la filosofía y la Iglesia representan entre sí es absolutamente la de un médico y su enfermo.-- "¡Qué es lo que haceis con este brazo?-- ¡Qué decís?--He aquí un brazo que me haria cortar al momento, en vuestro lugar.--¿Y por qué?--¡No veis que él se atrae toda la nutricion, é impide aprovechar al otro?... Tambien teneis un ojo derecho, que me haria yo sacar, si fuera que vos.-- ¡Sacar un ojo!--¿No veis que él incomoda al otro? Creedme, amigo, hacéoslo sacar lo mas pronto, y vereis mas claro con el izquierdo.» ¡Y la Iglesia sigue las órdenes de la filosofia!»

Que la filosofia, en la persecucion de los jesuitas, no tiene otras miras que la destruccion del catolicismo, es una verdad mil veces anunciada por los periódicos liberales, que sin embozo han declarado, que bajo este nombre debe entenderse á todo el clero católico. ¡Qué decimos! A cuantos creen todavía en el evangelio, á cuantos no están por las ideas de las reformas, á cuantos, en fin, conocen que la religion no es una cosa indiferente, ni un antojo ó invencion de los hombres. ¡Y qué otro sino este espíritu, movió en 1840 á Mr. Cousin á hacer cubrir de gloria por la universidad al autor de las *Provinciales*, proponiendo como objeto de un premio el elogio de la elocuencia de ese jansenista embustero y falsario, cuyo odio al catolicismo nadie desconoce el dia de hoy? ¡Quién hay que dude que esas infames Cartas fueron las precursoras de los satíricos escritos contra la religion? Justamente Mr. Lharminier decia en el mismo año (†): "Pascal escribió las *Provinciales*, y el demonio de la ironía se desencadenó contra las cosas santas. Los jesuitas recibian en apariencia todos los golpes; pero la religion fué herida con ellos: Pascal preparó el camino, y ya pudo venir Voltaire.» No insistamos mas sobre este punto que ya ninguno niega, y pasemos á nuestra última reflexion. Al anunciarse el destierro ó disolucion de los jesuitas, rara vez deja de decirse, que tal medida se ha recibido con aplauso público y sido aprobada generalmente. A esto haremos observar, que si los jesuitas eran tan mal recibidos en los lugares que habitaban, y sus ministerios y personas tan odiadas y despreciadas, como se asegura, el mundo ha estado loco por mas de treinta años, pues en otros tantos que la Compañía de Jesus lleva de restablecida, el número de sus casas y personas progresaba tanto, que el

(†) Revue des deux Mondes, 15 *de Mayo de* 1842.

mismo *Constitucional*, periódico nada religioso, anunciaba, en Enero de 1844, que contaba en esa época con catorce provincias, en que tenia doscientos treinta y tres establecimientos y cuatro mil ciento treinta y tres individuos, de los que mas de quinientos cultivaban ya las misiones de ultramar. Ciertamente que si se alegara una proteccion tan decidida á favor de cualquiera otro cuerpo que no fuera el de los jesuitas, cualquiera diria sin vacilar que esto no era efecto sino de las mayores simpátías; pero como en los jesuitas todo debe entenderse al revés, tampoco nosotros vacilamos en creer, que ese placer, esa aprobacion, ese aplauso en su caida, debe entenderse por sumo dolor, mucho sentimiento y muchas lágrimas de los que han fundado esos establecimientos, han puesto á sus hijos en esos colegios, han ocurrido á esas casas por consuelo á sus males físicos ó morales, y han visto en ellos, no los hombres que pintan ciertos escritores como enemigos de la religion y de la libertad de los pueblos, sino á las mas firmes columnas de ella, y á los mas decididos amigos de la humanidad.

Ni se nos arguya con esa grita, que arma siempre el triunfo de los partidos y repiten los periodistas llamados liberales. Este argumento no tiene ningun valor para con los hombres pensadores, que no se dejan sorprender por eso que se llama voto nacional, opinion pública, aplauso general. Y no, no es este únicamente juicio de los que se llaman *retrógrados* anticuados y serviles, sino el de los hombres mas conocidos por sus ideas progresistas y la política de la época actual; y entre los muchos testimonios que podiamos exhibir, nos bastará el de Mr. Guizot, escritor intachable en esta materia: "En los tiempos, dice, de fermentacion y de desórden, el verdadero voto nacional, la verdadera opinion pública son desconocidos, sofocados y cubiertos de insultos; solo los partidos se manifiestan y obran, y la nacion no es sino una masa inerte, agitada sucesivamente en las direcciones mas contrarias, y conformada ó mutilada, al antojo de las pasiones ó de los intereses que se combaten en su seno. A cada alternativa de sucesos y reveses, el partido vencedor pretende ser el intérprete fiel, el verdadero defensor del interes nacional y de la opinion pública; el partido vencido solo es una reunion de revoltosos, estraños á la patria que han oprimido algunos momentos y que aplaude su derrota. Que varíe la escena, el nuevo vencedor usa el mismo lenguage, y se servirá de la misma ilusion para oprimir á su adversario (*)."

Lo admirable, lo particular, lo que llama mucho la atencion, ahora, lo mismo que en el siglo pasado, es el empeño que tienen los jesuitas en conservarse, profesando un instituto que les acarrea tantas persecuciones; en proseguir, en medio de tanto odio como se les profesa, en unos ministerios no menos útiles á la humanidad que penosos á los que los ejercen; y en sufrirlo todo antes que consentir en su destruccion... "Compañía deseosa de honra y estimacion (diremos con un apologista del siglo pasado), ¡qué mas quieres? ¿El bamboleo de los altares no honra bastante tu caida? ¡No es cosa gloriosa dejar de ser, cuando es con tanto esplendor? ¡No te consuelan esos gemidos de sentimiento que resuenan por todas partes en tu pérdida? ¿ese luto de que se cubren tantas familias? ¡esos elogios fúnebres que te hace todo el obispado católico? ¡ese sentimiento universal de todos los hombres á quienes no ha corrompido el espíritu filosófico, y que reconocen en tí el verdadero remedio de los males que aquejan á los pueblos, y el principal medio regenerador de la sociedad? ¡La posteridad no te hará la justicia que hoy hace

(*) De la souverain. et des form. du gouvernem. *por Mr. Ancillon, con notas de Mr. Guizot, pág.* 159.--*Paris* 1846.

á tus antecesores? ¿Vuestra inicua, ilegal y despótica destruccion actual, no es para tí un nuevo motivo de gloria, pues si no fueras éminentemente grande, no serias eminentemente temida (*)?» Pero no, no es esto lo que consuela á los jesuitas. Ellos solicitan la gloria de los oprobios y el honor de las humillaciones. Contra tantos adversarios como la Compañía de Jesus vé levantarse á su alrededor, no opone otras armas que la oracion y la paciencia de la Cruz. Los discípulos del instituto, por grandes que sean, mas modestos que los ínfimos entre sus hermanos coadjutores, no se ocupan, como hijos de obediencia, sino en desempeñar los deberes del apostolado, de la enseñanza y de la caridad. Jamas provocan las tempestades políticas, sino que saben sufrirlas sin temor, sin orgullo, sin desanimarse. La persecucion, así como el martirio, es la herencia que les está reservada en los consejos de la Providencia; porque desde el dia de su fundacion hasta el presente, ¿á quién mejor que á los jesuitas pueden aplicarse las palabras que Cristo dirigia á su discípulos en la víspera de su muerte?: "No me elegisteis vosotros á mí: mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que vayais y lleveis fruto; y que permanezca vuestro fruto..... Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo.... Acordaos de mi palabra, que yo os he dicho: el siervo no es mayor que su señor. Si á mí han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros: si mi palabra han guardado, tambien guardarán la vuestra. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me ha enviado..... Vosotros llorareis y gemireis; mas el mundo se gozará: y vosotros estareis tristes; mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.... En el mundo tendreis apretura; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo (*Joann. cap. XV*).»

(*) Nadie tiene razon. *Escrito de una dama filósofa.--Paris* 1762,

SERMON EDIFICANTE DEL DOCTOR SERRAÑO.

Para dar á conocer el espíritu que reina en las cámaras, ha hecho *El Eco del Comercio*, en su editorial de 7 de Junio, una sucinta relacion de las noticias recibidas de Querétaro; entre las cuales refiere una de las proposiciones del Sr. Pacheco sobre clausura de noviciados y aplicacion de los fondos de los conventos, para cuando se suprimiesen, á objetos de beneficencia pública; todo esto, se entiende, con la autorizacion de Su Santidad. A este proyecto de general reforma se opuso intempestivamente el doctor Serrano, en un *sermon edificante*, como lo llama el mencionado periódico, en que no solo predicó, dice, y fulminó un terrible anatema contra la inocente proposicion relativa á los noviciados y bienes de los futuros conventos suprimidos, sino contra todas las demas que el autor habia presentado; es decir, contra cuanto trataba de marina, de ejército, de guardia nacional, de instruccion pública y de todo cuanto es posible pedir y pedia en su proyecto el repetido Sr. Pacheco.

Algo nos resistimos á creer esa generalidad del anatema fulminado tan absolutamente, como se espresa *El Eco*, ó á lo menos, si así fué, es necesario convenir en que el *sermon edificante* no está bien redactado, pues todo lo que se escribe es: "El doctor dijo, olvidándose que era dipu-"tado, que él jamas consentiria que se ha-"blase contra la religion, ni contra los mi-"nistros de Jesucristo, ni contra los bie-

"nes que *eran de Dios....*" Pero sea de esto lo que fuere, á nosotros nos llama la atencion desde luego en esta redaccion, el reparo que se hace en que dicho señor se olvidara de que era diputado, lo que parece dar á entender, que el eclesiástico que lo sea, debe pasar por todo, aunque sacrifique á las opiniones del congreso sus deberes de cristiano y sacerdote; y la afectacion con que se marca con diverso carácter de letra las palabras *eran de Dios*, y esa suspension que indica alguna cautelosa reticencia.

Sobre esos puntos, especialmente los dos últimos, nos atrevemos á pedir esplicaciones á los señores editores de *El Eco*, para no dar una estraviada inteligencia á sus conceptos, que despues nos echen en cara; porque si bien han dicho en otra parte que están muy distantes de engolfarse en la cuestion de bienes eclesiásticos, el modo con que la inician no nos parece muy conforme á los que profesan opiniones tan ortodoxas como las de cualquiera, y nada agenas de lo decidido por la Iglesia. Ademas, el honor de nuestros respetables cólegas demanda imperiosamente esta esplicacion; pues si bien nosotros no les atribuimos intenciones depravadas, ni afectamos descubrir misterios de iniquidad en todas las reflexiones que hacen, ni pretendemos vilipendiarlos con la nota de impíos, pero ni todos los aprecian lo mismo, ni están convencidos de su buena fé. Sentimos espresarnos así; "pero "no lo estrañamos (habla *El Eco*), porque "existe una prevencion, harto fundada por "desgracia, contra esta clase de escri-"tos; y es preciso confesar que la pren-"sa periódica en estos últimos tiempos, "muy pocas veces ha hablado de re-"formas religiosas (*y tambien de bienes "eclesiásticos*) con buena fé y estimulada "por un verdadero celo en favor del culto "y de sus ministros. Guiada mas bien "por ese espíritu de impiedad que desde "mediados del siglo pasado ha sido la en-"seña de los llamados filósofos, no siem-"pre se ha presentado con la faz desnuda "á proclamar sus doctrinas, sino que en-"vuelta las mas veces con el velo de una "piedad hipócrita, ha invocado la pureza "de la antigua disciplina, ha deprimido al "estado eclesiástico ponderando la relaja-"cion de los tiempos modernos (*ha nega-"do su derecho á sus bienes, ha descono-"cido su naturaleza, ha pretendido hacer "creer que pertenecen á las naciones*); y ar-"rojando estas especies en medio de la "muchedumbre incauta, ha logrado des-"conceptuar á los ministros del santuario "(*reducirlos á la indigencia, constituirlos "en clase de mercenarios, eclipsar la ne-"cesaria pompa del culto*), y abrir, por "consiguiente, una mella profunda en las "creencias." A vista, pues, de esta conducta de la mayoría de los escritores del progreso, contamos con que, para vindicarse de esas feas notas los señores de *El Eco*, se apresurarán á darnos gusto y satisfacer á los maliciosos, esplicándoles á quién, en su católico juicio, pertenecen los bienes de la Iglesia, y si se calló algo en aquellos puntos suspensivos, que sea capaz de alarmar á los que tiemblan de las opiniones de moda.

Mientras tanto tenemos el placer de recibir sobre esto una contestacion sólida y categórica, hagamos algunas observaciones sobre la legítima acepcion que, mas de cien años ha, la esperiencia atribuye á esta pomposa palabra *reforma;* sobre la injusticia y perjuicios de la ocupacion, aun por los muy piadosos y cristianísimos monarcas, de los bienes que están consagrados en la sociedad á la religion, al sostenimiento del culto y á la manutencion de sus ministros; y si, segun la opinion de escritores nada tachables en el particular, debió quedar estupefacto el Sr. Pacheco de haber visto fulminada de una manera tan terminante esta parte de sus trabajos.

"La palabra *reforma*, dice un escritor, ha sido y es el encanto de cuantos han que-

rido y quieren trastornar el mundo y no dejar en él vestigio de cosa buena. Gobiernos, costumbres, rentas, leyes, comercio y cuanto hay sobre la tierra, todo ha sido, es y será defectuoso; pues hasta ahora solo á la religion de Jesucristo se ha concedido ser la escepcion de esta regla y carecer de defectos. Si basta, segun esto, tenerlos, para abrir la puerta á las reformas, éstas serian eternas, sin que de esta manera terminasen los defectos y concluyesen los abusos. A vista de este impotente aniquilamiento, ¿qué dicta la sana é ilustrada razon que se haga? Unicamente reformar los escesivos, que son los que requieren correccion y los que pueden admitirla; pues de lo contrario, es quitar la solidez é influencia civil á las leyes y á los gobiernos, que es lo mismo que destruirlos (*).» Acaso, y así lo creemos, las inocentes proposiciones del Sr. Pacheco no se desviarian de este prudente principio; pero como el espíritu de reforma que en los tiempos pasados fué un abuso, en nuestros dias ha venido á ser una manía rabiosa, hija de un espíritu vertiginoso de ruina y destruccion, no debe admirar que se exaltase el doctor Serrano, y con justicia, como que todos estamos ya escamados de las empresas de esos celosos reformadores, cuyo principal objeto es, generalmente hablando, el de destruir no los defectos, sino la sustancia de las instituciones. La misma prevencion que cegaba á nuestro doctor, tal vez no le hizo advertir que ahora se cuenta con Su Santidad, condicion que antes se omitia ordinariamente, quién sabe por qué; y que el autor del proyecto es cristiano, á prueba de bomba, sugeto de suma moralidad, que ningun interes personal puede tener en la supresion de los conventos, pues está contento con su honrado modo de vivir, sujetándose á lo que le producen sus bienes; que jamas ha sido aspirante, y es altamente ilustrado y conoce bien el mundo. Pero no le neguemos alguna indulgencia: no todos los que están animados del espíritu de reforma, que á grito herido piden las instituciones, son de la sensatez y demas prendas que el Sr. Pacheco; y cuando se ha visto al ateo querer reformar la religion, el libertino las costumbres, el disipador las rentas, el ambicioso los gobiernos, el lego al sacerdote, y el ignorante al docto, ¿deberá estrañarse que se encienda la *santa cólera* de un diputado eclesiástico?

Por otra parte: cuando la destruccion de los conventos y la ocupacion de sus rentas, ha sido, segun escribia Federico II á Voltaire, el mas poderoso atractivo para que los soberanos abracen la reforma, y su codicia se trague todos los bienes del culto; cuando estos proyectos de despojo se han presentado siempre ante el poder legislativo, olvidando que su objeto es formar leyes y no decidir hechos, ni trastornar las propiedades, como lo hacia observar el abate Sieyes ante la asamblea francesa (*); cuando, en fin, existen tantos testimonios á favor de esos cuerpos que hoy se piensa en destruir, y de los bienes á que se quiere dar diverso destino de aquel á que fueron destinados, ¿dejaria el doctor, olvidándose de que era diputado, de manifestar su oposicion á tales ideas, ya que no con un discurso parlamentario, á que acaso no está habituado, con un *sermon edificante*? Nada encontramos en esto que disuene ni á su carácter de legislador, ni á su profesion, cuando vemos que otros escritores, sin estas circunstancias, no han dejado de hablar en la materia, tal vez en términos mas fuertes. Revisemos algunos.

El moderno é ilustre escritor Sir Walter Scott, hablando de las reformas eclesiásticas que hizo en Alemania José II, á quien Federico II de Prusia llamaba con el ridículo apodo de mi *hermano el sacristan*,

(*) Vocabulario filosófico democrático, *tom.* 1.° *pág.* 68.--*México* 1834.

(*) *Discurso pronunciado, en* 10 *de Agosto de* 1789.

sé espresa así: "Las reformas introducidas por José II, bajo otro aspecto, eran propias para disponer los ánimos á las innovaciones que mas adelante debian ejecutarse en escala de mayor estension, y por manos mas robustas y severas. La supresion de las órdenes religiosas, la aplicacion de sus bienes á las necesidades generales del gobierno, podian, hasta cierto punto, lisonjear á los protestantes; pero bajo el aspecto moral, apoderarse de la propiedad de los individuos ó de las corporaciones, es quebrantar los principios mas sagrados de la justicia. Un despojo de esta naturaleza no será menos odioso, pretestando que sea necesario ó ventajoso al Estado (*la beneficencia pública del Sr. Pacheco*,) porque no existe necesidad que pueda legitimar la injusticia, ni ventajas para el Estado, que puedan compensar una violacion de la fé pública (*)."

Benthan (†), autor nada preocupado, ni adicto al partido del clero, decia que la antigua sentencia que atribuia á los soberanos el dominio de vidas y haciendas, ó no queria decir tanto, ó hablaba de los hechos y no del derecho; pero hoy dia está proscrita, y sancionan la contraria las modernas constituciones, cuando establecen que ninguna propiedad de corporacion ó particular pueda ocuparse, sino en raro caso de estrema necesidad y bajo indemnizacion. Al hacerlo, no tanto establecen derecho civil cuanto declaran el natural. Don Ramon Salas, su comentador, se espresa así: "La abolicion de las órdenes monásticas (*proposicion relativa á los honrados novicios de conventos*) considerada como una medida fiscal, es un acto de tiranía, es un atentado, tan evidente como injusto contra el derecho de propiedad.... Por otra parte, no conocemos soberano alguno que se haya verdaderamente enriquecido con los despojos de los monasterios. Las grandes riquezas de éstos solamente lo son en sus manos; y los despojos de los templarios y de los jesuitas, que se suponian escesivamente ricos, se desvanecieron como un humo en el momento de su supresion (*)."

Oigamos al respetable Burker (†): "Una vez que la nacion tiene declarado que los bienes de la Iglesia son una propiedad, nadie puede, sin inconsecuencia, meterse á examinar la cantidad mayor ó menor de estos bienes; lo que seria hacer traicion á la propiedad.... Muchas personas, en Inglaterra, conciben que algunos por envidia y malignidad hácia aquellos que por lo comun han sido los autores de su propia fortuna, y no por amor á la mortificacion y olvido de sí mismos, recomendado en la antigua Iglesia, miran con ojos celosos estas distinciones, estos honores y estas rentas, que sin perjuicio de nadie se han reservado y destinado para la virtud. El pueblo en este pais oye con discernimiento; distingue á estos hombres por el tono; los descubre por su propio lenguage, que es el idioma del fraude, el acento y gerigonza de la hipocresía. ¿Se podrá pensar de otro modo, viendo á estos charlatanes pretender que el clero vuelva al estado de aquella pobreza evangélica de la primera edad, que en su espíritu debiera existir siempre (así como en el nuestro, por poco que nos agrade), pero que realmente debe estar muy mudado, porque las relaciones entre este cuerpo y el Estado son otras enteramente, pues que las costumbres, el modo de vivir, y en fin, todo el conjunto de cosas de este mundo ha sufrido una revolucion completa? Entonces tendremos á estos señores por entusiastas tan honrados, como ahora los creemos falsos y embusteros, cuando los véamos poner sus bienes propios en un depósito comun, y

(*) Vida de Napoleon Bonaparte, *tom.* 1.°, *pág.* 10.--*Barcelona* 1830.

(†) Trat. de Legisl., *tom.* 2° *cap.* 11 *y* 15.

(*) *Tom.* 2.° *página* 272.--*Burdeos* 1829.

(†) Reflexiones sobre la revolucion de Francia.

someter sus personas á aquella disciplina austera de la primitiva Iglesia.»

Vaya otro testecito histórico, para los bobos que creen mejorarian su suerte con la ocupacion de los bienes eclesiásticos, y que estos fondos se destinarian á objetos de beneficencia pública: "Desde el momento, habla Cobbett (*), en que Enrique VIII, habiendo obtenido la acta del parlamento de supresion de los monasterios, es decir, la autorizacion para robar sus haciendas á los legítimos propietarios, y privar de sus auxilios á los pobres y estrangeros; desde el momento, pues, en que ese tirano entró en posesion de esta clase de bienes de la Iglesia, empezó á regalarlos á sus *cooperadores*, como los llama el acta. Se habia ofrecido solemnemente que cuando el rey estuviese en posesion de estos bienes, no exigiria contribuciones al pueblo, y tal vez el mismo rey creyó poderlo hacer así; pero no tardó en conocer que no le era fácil apropiarse todo el robo, y que no podria dar un paso mas del que ya habia dado, á menos que no partiese la presa con los demas, quienes le acometian siempre para arrancarle su parte, y le acosaban sin dejarle un momento de sosiego. Ya se vé, ellos lo habian habilitado para tener que darles, y conocian que en efecto habia adquirido muy buenas cosas; y como su intencion desde el principio fué participar del robo, es bien cierto que no le hubieran dado lo restante á menos que, para servicio de Dios Omnipotente y *honor y provecho* del reino, no les hubiese hecho sus cesiones. Aun no habian pasado cuatro años, continúa, y el tirano se halló ya tan pobre como si no hubiera confiscado un solo convento. ¡Tal fué el ánsia y el anhelo de los piadosos reformadores por agradar á Dios Omnipotente! Lamentándose aquel un dia con Cromwell de la avaricia con que éstos solicitaban sus regalos:--"¡Por nuestra Señora, esclamó, los cuervos van á tragarse el plato despues de haberse comido la carne!»--"Señor, respondió Cromwell, aun nos queda mucho que coger.»--"Calla, hombre, le replicó el rey, todo mi reino no es capaz de saciar su voracidad.»

¿Y qué diremos de los males que causó á nuestra patria la célebre consolidacion, aun aprobada por Su Santidad? "Todavía resuenan, escribe un mexicano, los gritos que originó en México la *consolidacion*, aun se perciben sus daños; todavía no se curan hondas heridas, y se pretende abrir otras nuevas, mas profundas é insanables. Nuestros insensatos y plagiarios reformadores nada edifican, pretenden destruir cuanto bueno existe, y que esos caudales, tan impropiamente llamados de *manos muertas*, pasen á las suyas, demasiado vivas, para disiparlos en cuatro dias en el juego, en la embriaguez, en el meretricio (*).»

No hay pais, en fin, que no tenga que lamentarse de estas medidas, que siempre se han combatido con tiempo para prevenir sus tristes consecuencias; y ahí está principalmente la Francia, cuyos pasos quieren seguirse, que en vez de que los pueblos saquen algun provecho de los inmensos bienes que en otro tiempo poseia el clero, hoy se encuentran con el gravámen de mantenerlo, para que subsista la religion, como oportunamente se les advirtió. "Yo no hablo aquí á toda la asamblea, decia un orador; hablo á los que la estravian, ocultándole bajo velos seductores el fin hácia donde la arrastran. A éstos digo: Vuestro objeto, no lo negareis, es quitar toda esperanza al clero, y consumar su ruina: no sospechando en vosotros ningun plan de codicia, ni mira ninguna sobre el manejo de las rentas públicas, debe creerse que no es otro el intento en la terrible operacion que os proponeis; y este debe ser el fruto. Mas el pueblo á quien interesais en esto, ¿qué pro-

(*) Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda, *carta* 6.

(*) *Ligeras indicaciones sobre lo injusto y perjudicial que seria despojar al estado eclesiástico de sus bienes.--México* 1842.

vecho puede hallar? Sirviendoos de él incesantemente, ¿qué haceis en su favor? Nada, absolutamente nada: por el contrario, vosotros haceis lo que conduce á oprimirlo con nuevas cargas... con el sobrecargo de un gasto anual de cincuenta millones, por lo menos, y un reembolso de ciento cincuenta.--¡Desgraciado pueblo! Hé aquí en suma el valor de los despojos de la Iglesia, y la duracion de los decretos que asignan la pension de los ministros de una religion benéfica. Estos en lo sucesivo estarán á espensas vuestras: sus limosnas aliviaban á los pobres, y vosotros vais á ser gravados para contribuir á su subsistencia (*).»

Basta por ahora con lo que llevamos espuesto en defensa del religioso y patriótico celo del señor doctor Serrano, así en oponerse á una medida que acabaria con las comunidades, que á pesar del triste estado á que las circunstancias las han reducido, aun traen no corta utilidad á la República, como á que se ocupen sus bienes, cuando falten los conventos, dándoseles diversos usos (mas que sean de pública beneficencia) que á los que fueron destinados por los legítimos donantes; conjurando de esta suerte los males que indefectiblemente vendrian á nuestra nacion de este sacrílego despojo, como á las otras de quienes se pretende imitar el ejemplo. Continúe, le rogamos, su marcha de oposicion á tales proyectos reformistas, que ya prevemos no será esta la última ocasion en que tenga que hacerles frente; tomando en esto tanto mas empeño, cuanto que no dejará de auxiliarlo la prensa periódica, especialmente el católico y juicioso *Eco del Comercio*, que jamas se apartará de los principios que profesa, aunque alguna vez dormite, como el buen Homero, y cuya palabra es la mejor garantía de nuestra promesa: "El clero, dice, debe "cumplir con su sagrado ministerio; y sin "apegarse á las riquezas del mundo (*el "desprendimiento del corazon no se opo-"ne á la justa defensa de los bienes legiti-"mos*), servir de consuelo á los pobres, "dispensándoles sus favores, instruyéndo-"los y socorriendo en cuanto sea posible "sus necesidades (*todo lo que se hace con "dinero*). Las órdenes religiosas, cum-"pliendo con sus institutos, deben dejar "la baraúnda del siglo y los goces profa-"nos (*consuelo á los honrados novicios*), "que no son ciertamente conformes con "la mente y preceptos de sus fundadores "(*para lo que establecieron rentas, pues "sus hijos eran hombres con necesidades, "y previnieron que viviesen solos en sus "monasterios, y no con soldados, guardas "del tabaco, &c.*), y consagrarse á morali-"zar al pueblo, á difundir las luces, á pro-"mover las buenas obras (*para esto tam-"bien se necesitan los bienes*) y á dar ejem-"plo de abnegacion y desprendimiento.» --*EE*.

(*) *Calonne:* Del estado de la Francia *pág*s. 81 *y* 92.

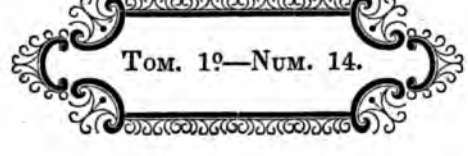
POST SCRIPTUM.

Sin duda para dar un ejemplo "de la urbanidad, la moderacion y la decencia que son las dotes propias de escritores juiciosos é ilustrados,» y que recuerda *El Eco* en el parrafito que nos dedica el dia 13, se nombró al señor diputado Serrano,—tan secamente, *el doctor*, se llamó su discurso *sermon edificante*, y se le aplicó el testecito de Moratin, *de la mareta sorda que anunciaba la tempestad*. ¡Válgate Dios por señores tan urbanos, tan moderados y decentes para enseñar á escribir á todos, y que usan de un modo tan poco digno en su *caracterizado* periódico! *Par pari refertur*.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

EL OBSERVADOR
CATOLICO.

PERIODICO
RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



MÉXICO.
Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.
1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 24 DE JUNIO DE 1848. [Num. 14.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA MUERTE.

La muerte es un misterio que Adan no podia penetrar. ¿Y cómo habia de comprenderle? Impasible, inmortal, cuando alargaba su mano al árbol de la ciencia del bien y del mal, ¿podia acaso, tan próximo al árbol de la vida, figurarse que habria en el mundo enfermedad y muerte? No conocia otra cosa que el Eden y el Cielo.

El mismo Satanás, bello, eterno, brillante, en medio del esplendor de los Cielos, ¿podia tampoco imaginar que hubiese dolores y tinieblas? Pero ahora el mismo Dios cambió la situacion de las criaturas libres é inteligentes. En vez de colocarlas junto á la luz y la felicidad, se esconde á sus miradas, para mas atraérselas; al paso que parece separarse de ellas, les hace temer la absoluta y eterna separacion; senténcialas á la muerte del cuerpo, para hacer que teman la muerte de sus almas.

El miedo, esta sensacion desconocida de los ángeles y del primer hombre, se ha convertido entre nosotros en principio de sabiduría. Hijos de Adan, digamos del pecado de nuestra primer padre: ¡Falta dichosa! ¡Feliz culpa! Conocemos la justicia y la bondad divina: ahora tenemos mas medios para sostenernos, y si caemos, para podernos levantar. Del decreto de muerte resaltan luces que no tenia el hombre en su inmortalidad. Ha reemplazado la fé á la vista y posesion de Dios: esta fé se acompaña con la esperanza y amor: por la fé pasamos de la oscuridad á la luz; por la esperanza y por el amor superamos los dolores y la muerte, y ascendemos á las delicias de la vida.

El cristianismo que nos esplica el misterio de la vida, nos esplica tambien el de la muerte. Al dar el golpe terrible, que publicó su justicia, Dios manifestaba que era siempre el padre del género humano. La muerte, este decreto de justicia, ha sido tambien un decreto de misericordia. Castiga la muerte el pecado, y nos separa de los bienes terrenos; pero tambien repara el pecado y nos adhiere á los bienes reales y eternos. El hombre está condenado á muerte desde su nacimiento; para él todo cambia, todo desaparece: muere en sí mismo, en sus amigos, en todo cuanto le rodea. Atraviesa por medio de imágenes que huyen sin cesar de sus ojos: *In imagine pertransit homo* En este mundo todo es una sombra ó sueño: la felicidad, la gloria, el poder. San Agustin decia: "En cuanto nos hallamos vestidos de este cuerpo, que tiene que morir, caminamos sin cesar á la muerte. Todos los momentos de la vida nos conducen á aquella. Maña-

na estaremos mas cerca que hoy, hoy mas que ayer, y dentro de algunas horas mas que en este momento. Así, pues, todo el tiempo de la vida no es otra cosa que una marcha continua hácia la muerte.

Sin embargo, todos probamos una interior repugnancia cuando nos hablan de la muerte, sin duda porque es cierto que no fuimos criados para sufrirla. Tan fuerte es en nosotros la idea de la inmortalidad, que á pesar de la continuada esperiencia de nuestra caducidad, obramos como si efectivamente fuéramos inmortales: polvo y ceniza, nos creemos dioses. En el miserable estado en que nos hallamos, Satanás no viene á tentarnos, como hizo en el paraiso con Adan y Eva, diciéndoles: No morirás: *nequaquam moriemini*, porque no hallaria nadie que le quisiera creer; pero nos seduce con otras palabras: "No morireis hoy, ni mañana: todavía estais distantes de la muerte." Y nosotros ahora, como nuestros primeros padres entonces, sucumbimos á la tentacion; y en vez de descubrir el artificio del maligno espíritu, nos dejamos llevar de sus pérfidas sugestiones, *nequaquam moriemini*.

El hombre, imágen visible del invisible Dios, recibió la inmortalidad, y debia participar de ella con su Criador por toda la eternidad. Habíale Dios destinado á la eterna posesion de la gloria, al goce del bien infinito. El soplo de la Divinidad animaba el barro de que estamos formados: habia en nosotros un gérmen de vida que no podia faltar. Todos los séres criados se destinaron para el hombre, solo el hombre era para Dios; y si era el universo el mundo del hombre, porque para servir á éste fué aquel criado, el hombre era el mundo de Dios, porque todo en él está hecho para Dios.

Pero el hombre, elevado á este grado de honor, se compara á los animales faltos de inteligencia, y se hace semejante á ellos. En cuanto pone la mano en el fruto prohibido, siente su desfallecimiento, entra la muerte en él por el pecado, y contagia á toda la posteridad.

Adan pecó con los sentidos, con el corazon, con su entendimiento. Sus sentidos le arrastraron á comer lo que le estaba vedado; su corazon se rindió á escuchar á Eva con preferencia á Dios, y su entendimiento consintió el deseo y los medios de hacerse semejante al Todopoderoso. Estos tres desórdenes son los que hemos heredado de él, y aun permanecen como inherentes á nuestra naturaleza. San Juan dice: "En el mundo no hay otra cosa que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y orgullo del entendimiento." La historia de Adan y Eva se encuentra copiada en todos los hombres. Curiosidad, apetitos, orgullo: estas son las grandes tentaciones, este el perpetuo combate del género humano. El fruto era hermoso á la vista, apetitoso para el paladar: el demonio ofrecia á nuestros primeros padres que, comiéndole, abririan los ojos y se equipararian con Dios. ¡Oh profunda doctrina de las Santas escrituras! ¡Oh profético milagro del Santo Espíritu! La relacion de la primera caida del hombre se aplica ahora á todas las sucesivas. Luego aquí la historia es otra profecía.

Habiendo el hombre perdido á Dios, no halla otra cosa que al mismo Dios, y, como dice San Agustin, por sí mismo es necesario que caiga mas abajo, porque no podia detenerse, ni en su alma, ni en su cuerpo: sus deseos se dispersan entre los objetos sensibles, y aun mas abajo de ellos: á la manera que un arroyo desde el alto de un monte, cae primero sobre una elevada roca, y desde ella se precipita y dispersa en el abismo, el alma racional cae desde Dios en sí misma, y se halla desde entonces espuesta á todas las caidas y bajezas imaginables.

La ofensa de Adan á Dios continúa gravando á la familia humana: podemos cla-

ramente conocer la admirable razon y consonancia que hay entre el castigo impuesto al padre del género humano y á los hijos, y la falta de que todos participan.

Venid y ved, vosotros tan sedientos de los bienes que perecen, venid y ved lo que dejais á las puertas del sepulcro: *veni et vide.* Desnudos venis al mundo, ¿cómo volveis? Vuestra carne cambia de naturaleza, vuestro cuerpo toma otro nombre; aun el de cadáver, dice Tertuliano, no le conserva mucho tiempo. Y añade Bossuet: "Conviértese en un no sé qué, de que no se halla nombre en ningun idioma." Ved aquí al hombre castigado eu sus sentidos; castigo proporcionado á la falta.

Pero Adan habia tambien pecado en su corazon. En lugar de fijar en Dios su primer amor, le desobedeció por complacer á Eva, su compañera. Y ¡qué hacen hoy los hombres? Aunque nacidos para ser racionales en su carne, son carnales en su corazon: ensanchan sus miras fuera de sí: llaman bellezas, luces, dulzura, gracia, alegría á las pasageras imágenes en que Dios dejó caer algun corto rayo de su grandeza y de su gloria. Coloca su felicidad en amar una criatura, y que ésta le ame: busca su dicha en figuras movibles de la belleza y del amor, y sacrifica á estas sombras su Dios, la belleza inmutable, el amor increado y eterno. Por consiguiente, este castigo ha de corresponder igualmente á la culpa. No solo se nos castiga en la persona, sino en los objetos de nuestro afecto, y se multiplica nuestra muerte con la de ellos. Poco á poco nos la quita de nuestra vista, y despues, por último, nosotros desaparecemos, y al morir es necesario separarnos tambien de todas las criaturas á quienes entregamos nuestro corazon. *¿Siccine separat amara mors?* ¡Y así, cruel muerte, decia aquel rey en la Escritura, vienes á separarme de mi felicidad! Mayor castigo está reservado al crímen mayor, á la última ofensa, al crímen de la inteligencia, que llama bien al mal, luz á las tinieblas, y que entrega el corazon y los sentidos del hombre al delirio de sus pensamientos. Habreis visto á esos orgullosos que en toda su vida querian igualarse con Dios: ya pasaron, y pronto: llamadlos, que no os responderán: entraron en el silencio de la noche. Repitieron con David: "La figura de este mundo pasa, y mi sustancia nada es delante de Dios: *Præterit figura hujus mundi, et substantia mea tamquam mihilum ante te.*" Dirian como Job al estiércol: "Vos sois mi padre;" y á los gusanos: "vosotros sois mi madre y mis hermanos."

Mirad aquel que se está muriendo: sabe que su cuerpo va á reducirse á polvo, y que ningun residuo quedará de él: túrbanse sus sentidos, debilítase su espíritu, los objetos se le presentan confusos como en una nube; y como no vé su alma, no sabe á dónde se refugiará la vida á la hora de la muerte: parece como que asiste á su entera destruccion. Hace Dios que toque y conozca el abismo en que merece caer, reduciéndose á la nada. Mirad á los que rodean á este moribundo: ¡qué pueden aprender de él? Esta copia de la nada, castigo del orgullo, es la mas increible maravilla de Dios. Parece que el hombre que no habia creido en la muerte, no puede creer en la vida. La muerte, el terror de los hijos de Adan, como dijo San Bernardo, es en este caso la pena mas proporcionada á la ofensa. *¿Quid superbit terra et cinis?* ¡De qué muestran orgullo la tierra y la ceniza? La separacion de las dos naturalezas, la destruccion del cuerpo, el aparente anonadamiento del hombre, este es el castigo del orgullo. "Dios, dijo el Profeta rey, nos humilla en este dia de afliccion, cubriéndonos con las sombras de la muerte: *Humiliasti nos in loco aflictionis, et cooperuit nos umbra mortis.*" El mundo entero viene á ser un altar expiatorio, en que todos los hombres son sucesivamente

sacrificados á la eterna duracion de Dios. Todos sin escepcion consuman este acto de justa dependencia: todos desaparecen bajo la mano del Dios vivo.

Dios hizo por el hombre y con los bienes de este mundo lo que Moisés cuando mandó derretir el becerro de oro: que los israelitas le bebiesen, para manifestar la vanidad de su ídolo. Redúcenos á ceniza, y así conocemos que él solo es grande en la tierra y en los Cielos. Preguntamos: ¿fué jamas mejor visible la justicia de semejante decreto, ni hubo castigo mas proporcionado á la ofensa? ¡Dudad, si podeis, del pecado del hombre y de la divina venganza! Esta culpa original, que es el fondo de la teología de todos los pueblos, y sin la que nada podria esplicarse en la tierra, está impresa enteramente en las miserias y en la muerte del hombre: Tierra, tierra, oye la voz del Señor: *Terra, terra, audi vocem Domini.*

Todo es mudable en esta vida. Nosotros vamos siguiendo siempre sombras vanas. Todo cuanto nos rodea lleva la señal de la justicia del Cielo; y cuando queremos fundar aquí y perpetuar una ciudad, nos parecemos á los pueblos que fijan sus viviendas sobre un volcan, cuando ven que el suelo se abre y agita por todas partes.

Jesucristo quiso morir para satisfacer á la justicia divina ofendida, y su vida fué opuesta á las tres concupiscencias. Cuando era Jesus la inocencia misma, murió en sus sentidos, en su corazon y en su espíritu, por la pobreza, las humillaciones y los sufrimientos; y como si hubiera tenido que combatir en sí mismo estos tres deseos que nos tiranizan á los demas, quiso sufrir las tentaciones mismas á que Adan sucumbió. Abramos los Santos Evangelios. Jesucristo tuvo hambre despues de haber ayunado en el desierto cuarenta dias y cuarenta noches. Acercóse el tentador y dijo: "Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan." Ved aquí la tentacion del fruto prohibido. El Salvador respondió: "No vive el hombre solo con pan, sino con la palabra que sale de la boca de Dios." Satanás condujo á Jesus á lo alto del templo y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, arrójate desde aquí al suelo: Dios ha mandado á sus ángeles que tengan cuidado de tí, y ellos te llevarán en sus manos para que no te lastimes en las piedras." A esta tentacion de curiosidad, ¿qué respondió Jesus? Estas precisas palabras: "No tentarás al Señor tu Dios." Ultimamente, Satanás traslada á Jesus á lo alto de una montaña, y manifestándole todos los paises del mundo, que desde ella se descubrian, le dijo: "yo te hago dueño de cuanto estás viendo, si prosternándote á mis piés me adoras." Esta fué la tercera tentacion, la del orgullo, semejante á la empleada con Eva: "Sereis como dioses." Respuesta del Redentor: "Retírate, Satanás, gritó: adorarás al Señor Dios vuestro, y solo á él servirás." Así debió responder nuestro primer padre al espíritu de las tinieblas, y así debemos tambien nosotros resistir á semejantes tentaciones. Mas el segundo Adan no dejará por eso de morir, porque tiene que expiar la desobediencia del primero, y sacar de su muerte el orígen de la vida: para reparar nuestra pérdida, lleva encima todas las condenas que merecemos nosotros, á fin de que el castigo, que tiene un precio infinito, apacigüe completamente la ira de Dios. Quiso el Redentor morir por el hombre, para que éste pudiese revivir: basta que el hombre se asocie á la muerte del nuevo Adan: que la reciba y adopte con el mismo carácter de sacrificio, como prenda de salvacion, para que sea apto para la luz y la vida. Uno solo pecó: otro ha pagado su culpa. La unidad está en la falta: tambien lo está en la reparacion. Y la muerte, que fué un castigo, vino á convertirse en una expiacion y una prueba de misericordia.

Temblaban los hombres al nombre de

Dios, por causa de la muerte que sirvió de castigo al pecado de Adan. Dios, que nunca fué llamado al principio con otro atributo que el de *bueno*, *in principio tantùm bonus*, era para los pueblos *el fuerte*, el terrible: sin embargo, desde el propio dia del castigo se manifestó su misericordia. Al momento en que se daba el decreto de muerte para Adan, se presentó el Verbo divino á su padre, y se ofreció para redimir por sí mismo al hombre. No abandonó la Providencia un solo instante á nuestro primer padre, ni á su posteridad: prometió un redentor al mismo tiempo que castigaba al infractor de la ley. Apareció la vida en el centro mismo de la muerte. La prenda de nuestra resurreccion es el segundo Adan, alcanzando esta gracia hasta al último hombre. La misericordia de Dios y su justicia han existido antes y despues de la Cruz. Queria Dios que el hombre supiera cuán odioso le era el pecado, cuando le castigaba tan severamente; pero cometido y castigado ya queria salvarle; y para ello anunció al Redentor. Si la ley antigua era ley de temor, la ley de gracia fué prometida desde luego, y la sangre de Jesucristo se ha derramado desde el principio del mundo. De esta manera Dios hizo de la muerte el medio de volver á la vida.

Por una merced admirable del Salvador, la pena merecida por el crímen sirvió de instrumento de virtud; y nuestros sufrimientos llegaron á ser á un mismo tiempo penitencia y expiacion.

Para reparar el pecado cometido simultáneamente por Adan en su cuerpo, en su espíritu y en su corazon, pues habia cedido al atractivo del fruto prohibido, al amor de Eva y al orgullo de Satanás, se sometió Jesucristo voluntariamente á morir, sacrificando sus sentidos, su espíritu y su corazon. San Agustin dijo: "Nuestra muerte es la pena del pecado, y la de Jesucristo es la reparacion del pecado." Al entrar en el mundo ¿qué dijo nuestro Salvador? "Padre mio, no habeis querido que continuasen los sacrificios de animales: me habeis dado un cuerpo, pues yo os le ofrezco: *Sacrificium et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi.*" Ahora el cuerpo del hombre reemplaza todas las víctimas de los antiguos sacrificios. ¡Admirable sustitucion! Jesucristo, estableciendo el culto en espíritu y en verdad, hizo de nuestra carne una parte de la hostia viviente que debiamos ofrecer al Señor. Gracias á nuestro cuerpo, tenemos sin cesar á nuestra disposicion una víctima que sacrificar en los altares de Dios.

Los ángeles están siempre gozosos, y los demonios padeciendo. Solo el hombre, mediante su naturaleza, puede á su gusto manifestar á Dios su amor, privándose del placer y aceptando el sufrimiento. Por medio de éste separa su alma de las criaturas, para aplicarla esclusivamente á Dios, y la muerte afortunadamente es el término de los dolores. La misma filosofía lo ha reconocido, que la muerte del cuerpo es la vida del alma. Y tambien por estas razones lo primero que hizo Jesucristo en el mundo, fué el sacrificio de su cuerpo. De esta manera se reparó la falta primera, falta cometida en el paraiso terrenal por el atractivo de los objetos sensibles, la concupiscencia.

En todo el curso de su vida mortal ¿qué se propuso Jesucristo? La voluntad de su Padre. Siempre consultaba esta suprema voluntad: en el huerto de las Olivas pide que esta voluntad se cumpla, y no la suya. En el Calvario no lanza el último suspiro, sino cuando se habia consumado todo lo que determinó su Eterno Padre. Su vida entera fué una vida de sumision y de obediencia: su muerte fué el abandono de su obra en manos de Dios. Este es el mas perfecto ejemplo del sacrificio del espíritu.

Desde lo alto de la Cruz Jesucristo qui-

so ver á su Madre, á Magdalena y á Juan, separándose voluntariamente de todos los que amaba, para manifestar que sacrificaba á Dios todos sus afectos, y esta es la inmolacion del corazon. Desapareced ya, sacrificios sangrientos: la muerte, que era pena del pecado, se ha convertido por Jesucristo en sacrificio de propiciacion. Tales son los caracteres de la muerte espiritual, que nos hace subir de la muerte á la vida; y esta muerte es, como lo vemos, el sacrificio del cuerpo, del espíritu y del corazon. Es un holocausto que nada deja en el hombre que no haya éste sacrificado voluntariamente á su Dios.

Mediante estos tres caracteres de la muerte espiritual, podemos nosotros cumplir el empeño que contrajimos en el bautismo; porque el bautismo, segun el Apóstol, nos sepulta con Dios para que despues vivamos y reinemos en su compañía: *Consepulti estis cum Christo per baptismum in morte.*

Entre las promesas que se hacen en este sacramento, renunciamos á la carne, al mundo y á Satanás, y nos obligamos á morir voluntariamente todos los dias respecto á estos cuerpos que un dia tenemos que abandonar, y á morir gustosamente por cumplir la voluntad de Dios, única que debe conducirnos y animar todas nuestras acciones; últimamente á morir á toda propension á los bienes mundanos, para los que no fuimos criados, á fin de aspirar siempre á esos bienes invisibles, eternos, porque para obtenerlos y gozarlos lo fuimos. Separar el alma del cuerpo, ¿es otra cosa que aprender á morir?

Ya hemos visto cómo se han reparado los tres desórdenes que el pecado causó en el paraiso: vencidos quedaron definitivamente la concupiscencia, la curiosidad, el orgullo, la carne, el mundo y Satanás.

El hombre es hoy un holocausto de justicia, ó un holocausto de amor. De justicia, si él no se sacrifica voluntariamente y espera que la muerte le sorprenda: de amor, si, imitando á Jesucristo, renueva todos los dias su propio sacrificio. Podemos elegir. La muerte natural satisface la justicia de Dios; la muerte espiritual alcanza su misericordia.

Si para unirnos á Dios es necesario abandonar desde ahora todos los objetos terrestres. despojarnos de todos los afectos que combaten á Dios, morir viviendo, morir nosotros en nuestros sentidos, en nuestro espíritu y en nuestro corazon, venimos á ser víctimas y sacrificadores, ofrécemos á Dios el verdadero holocausto, la adoracion en espíritu y en verdad. Unimos nuestra muerte á la de Jesucristo, y reparamos, imitando en lo posible al segundo Adan, el mal que nos hizo el primero.

Por este sacrificio el hombre viene á ser un ángel terreno, un hombre celestial; asóciase á la obra completa de la redencion; se coloca entre los elegidos que llenan las sillas que dejaron vacías los ángeles rebeldes; apresura la segunda venida de Jesucristo, el fin de los pecados y del imperio de Satanás; hace que cesen las angustias de todas las criaturas que gimen sometidas á la iniquidad y que esperan la aparicion de su libertad Entonces será santificado el nombre de Dios; porque se cumplirá su voluntad y llegará su reinado. El mundo de iniquidad, degradado por el pecado, no se purificará con el fuego hasta que se haya presentado el último escogido.

¡Maravilloso destino de los hijos de Adan! Hombres, por la muerte espiritual llegais á ser sacerdotes y víctimas. Jesucristo se traslada á vosotros, y principia de nuevo el sacrificio del Calvario en cada uno de vosotros. Os sacrifica con la espada del sufrimiento. El obispo de Meaux decia: "Que el cristiano, uniéndose no solo al cuerpo adorable de Jesucristo, sino

á su espíritu y á su corazon, y entrando en sus propios sentimientos, y queriendo disponer de su vida como el Gran sacerdote lo dispone, se convierte en sacerdote con él en su muerte; y concluye el sacrificio que habia principiado en el bautismo y ha debido continuar en todos los dias de su vida.»

Esta muerte espiritual, separándonos de cuanto hay en la tierra, se anticipa al dia final, y hace de nuestra vida una aspiracion continua hácia la otra. Por tanto, hallamos que todo el fondo de la vida cristiana consiste en los santos deseos del Cielo y los santos deseos de la muerte.

Para los cristianos la santidad de la vida y el deseo de la muerte son inseparables, porque nadie puede ser verdadero cristiano si no ama á Dios y no aspira á la vida eterna, prometida á todos los que le aman. No hay mas puerta para salir de la vida que la muerte; y sin pasar por ésta no se puede entrar en la celestial. Por esta razon todos los santos amaban la muerte. San Gerónimo repetia sin cesar, hablando de la muerte: "Hermana, amada amiga mia, negra eres, pero bella.» David esclamaba: "¡Quién me dará las alas de la paloma para volar á la montaña santa!» Santa Teresa se quejaba continuamente de que vivia en este mundo: "Muero, decia, de que no me muero.» Parecíase en esto á un ángel que habiendo visto el Cielo, hubiera sido desterrado á vivir en la tierra.

Es necesario desear tambien ardientemente el Cielo para obtenerle. El que no haya llorado como un desterrado, no se alegrará como ciudadano. San Agustin dice: "Que ningun hombre que haya salido de la tierra logrará hartarse de la justicia eterna, que es el placer de los bienaventurados, si no ha tenido una sed ardiente y una hambre insaciable de ella mientras estaba en el mundo.» Pero no confundais las santas tristezas del cristianismo con la melancolía del siglo; esta tristeza, que, segun el Apóstol, causa la muerte del alma. El impío, si desea la muerte, tiene puestos sus ojos en las cosas terrenas: el cristiano la desea levantando los suyos al Cielo. Tampoco los deseos de morir nos separan de los cuidados de la vida, ni del amor del prójimo; porque al separarnos de nosotros mismos, quedamos mas dispuestos para servir á los demas. Este deseo de muerte no es otra cosa que el sacrificio de la criatura á su Criador: es la union entera de la voluntad del hombre con la de Dios: es la adhesion á nuestros semejantes para su felicidad; porque en efecto, el amor á los hombres y la gloria de Dios, son toda la religion del Verbo encarnado. San Pablo decia: "No me aquejan mas que dos deseos: el primero marchar hácia Jesucristo, y el otro quedarme con vosotros todo el tiempo que me necesiteis.»

Sacrifiquemos en esta vida nuestro corazon y todo lo que hay en ella de pasagero en favor de lo eterno, lo finito á lo infinito, la sombra á la realidad, y la criatura á Dios.

No creais que esta muerte espiritual es seguida en el mundo del disgusto y de la tristeza.

El mundo tiene sus placeres peculiares, que son los sensuales, los afectos carnales, la satisfaccion del orgullo; pero todos ellos pasan rápidamente, y no dejan mas rastro que la turbacion y las angustias: el cristiano, que ha podido vencer el mundo y el pecado, el cristiano, muerto á sí mismo, halla un goce interior y espiritual, que llena su alma de tranquilidad y de dulzura. Esta divina alegría escede á toda sensacion, repártese entre los corazones que se hallan en sí reconcentrados y sacrificados á Dios, y ella los penetra y los trasporta. Esta uncion secreta, esta perpetua calma, esta paz inmutable y estos misteriosos consuelos, son un saboreo anticipado del Cielo, y hacen presentir las felicidades que proporciona la muerte.

Dios nos puso en el mundo en frente, por decirlo así, de la vida celestial, para que aprendiésemos á elevar nuestro espíritu desde las cosos visibles á las invisibles. Con la imágen de la muerte nos familiarizamos con la fé, y nos aplicamos á la esperanza, decia Tertuliano: *Per imaginem mortis fidem initiaris, spem meditaris.* Es necesario hacer actos de fé, de esperanza y de caridad en medio de las tinieblas: en esto consiste el hombre espiritual. Ya van á cavar la tierra y prevenir la sepultura: pues bien, en medio de esta proximidad á la muerte, de estas imágenes de destruccion y anonadamiento, debemos creer que vamos á vivir: nos lloran en la tierra, pues tengamos alegría y esperanza: nos hiere Dios en la oscuridad, nos separa de todo lo que amamos, pues es necesario creer que nos ama con eterno amor, amarle con todo nuestro corazon y repetir sin cesar el himno del Profeta rey: "Alabemos á Dios, porque es bueno, y porque su misericordia es infinita."

San Gregorio Niceno dice: "Aquí abajo nos parecemos á un niño que se halla en el seno de su madre, nadando en la carne y sangre, cubierto de espesas tinieblas. Esta criatura no conoce la vida en que va á entrar; y si la madre pudiera hablarle le diria: estais oprimido y sin libertad por las tinieblas, la carne y la sangre: nada veis, y sin embargo, cerca de mí y de vos hay un mundo lleno de habitantes, un magnífico sol: cuando salgais de mi seno, oireis una admirable música, comereis frutas deliciosas, y respirareis dulces perfumes."

¿Podria este niño dejar de creer lo que su madre le decia de un mundo que ella veia y en el que él iba á entrar? Y con efecto, ¿para qué le servirian los sentidos con que Dios le dotó, si no hubiese en el mundo un sol y flores y frutos? ¿De qué le servirian los piés, la lengua, los ojos, los oidos, si no tuviese nunca necesidad de andar, ver, hablar y oir? ¿Pero cómo este niño ha de comprender la luz y el sol, ínterin se halla envuelto en las tinieblas? Todas las palabras de su madre son para él un misterio incomprensible. Sin embargo, á pocos dias viene este niño al mundo visible, sus ojos al abrirse percibirán la luz, y verá sin falta alguna todo lo que la madre le predijo.

La Iglesia, nuestra verdadera madre, pues nos da á luz para la vida de la gracia, nos repite diariamente: "Este mundo es una cárcel: arriba hay un Cielo mayor y mas hermoso que la tierra. En este Cielo hay un Sol, el Sol de las inteligencias, mil veces mas hermoso que el que nos alumbra acá: los espíritus esparcidos á vuestro rededor, y que no podeis ver, se manifestarán á vuestra alma, gozareis de la comunicacion de los bienaventurados, contemplareis á Dios en su esencia, y gozareis de él. Teneis una razon capaz y suficiente de comprender las cosas espirituales, una voluntad que aspira á lo infinito, á la eternidad; y en el mundo donde vivis no hay ni criaturas sin fin, ni objetos puramente espirituales, ni vida eterna. Pues Dios nada hace en vano, hay una morada en que hallarán todas vuestras facultades una completa satisfaccion. Nada hay mas cierto que este mundo va á concluir, y que nosotros vamos á entrar en el mundo invisible: pero en este mundo y en el otro hay ciertas mansiones, y cada una está destinada para ciertos y determinados méritos, y se reparten segun nuestras obras lo requieren.

Dos grandes espectáculos tenemos á la vista: la muerte, homenage forzado que el hombre rinde á Dios; y el Calvario, homenage del alma que muere voluntariamente por Dios. Si el hombre no quiere subir al Calvario, si no quiere sufrir la muerte espiritual, se une á los méritos de Jesucristo, expia, repara, y sale del sepulcro como un astro resplandeciente, al modo que su Redentor.

Despojémonos de lo temporal, revistámonos de la eternidad, combatamos sin cesar contra nosotros mismos, sacrifiquémonos en el altar del amor, antes de serlo en el de la muerte.

El alma es el altar propio del Señor, dijo San Policarpo: quememos en él sin descanso el fuego sacrificador. Jesucristo es la víctima á cada instante: seamos tambien nosotros víctimas perpetuas de amor. Inmolemos nuestros sentidos, nuestros pensamientos, deseos y acciones: que sea la verdad la vida de nuestra alma, y el amor de Dios nuestro primer pensamiento. Alegrémonos de todos los dias y las horas que pasan, porque cada hora, cada dia, nos acerca á la muerte y por consiguiente á Dios.

Desprendámonos de las cosas visibles, porque está ya cerca de nosotros el mundo invisible. Penetremos esa santa obscuridád con la fé: todo lo que nos rodea es ilusion: Dios es un Dios oculto: *Deus absconditus*. Al otro lado del velo está la eternidad. Dentro de poco se levantará para nosotros ese velo.

LA FIESTA DEL CORPUS.

Desde la época de los Apóstoles ha celebrado la Iglesia santa en la feria quinta *In Cœna Domini* de la semana mayor (Jueves santo) la institucion de la Sagrada Eucaristía: mas como en este dia se halle aquella dedicada con especialidad en las ceremonias augustas con que honra los recuerdos de la pasion y muerte de Jesucristo, pareció mucho mejor y mas grato á los divinos ojos, el instituir una festividad peculiar, en que fuese honrado tan adorable misterio con públicas demostraciones de júbilo y magestuosa solemnidad, y á este fin se fijó la feria quinta despues de la primera domínica de Pentecostés.

El orígen de esta festividad se funda en una milagrosa vision que por repetidas veces tuvo la beata Juliana del Monte Cornelio, en la cual se le aparecia la luna con todo su disco lleno de luz y hermosura, y con una pequeña mancha en su centro; lo cual significaba, segun la fué revelado, la falta que hacia en las festividades con que la Iglesia honra todos los sagrados misterios, una festividad peculiarmente establecida para celebrar el triunfo del Divino amor en la institucion del adorable Sacramento del altar. En 1230 este hecho prodigioso y completamente comprobado, se consultó con varios teólogos y prelados eminentes de la Iglesia, entre otros, con Jacobo Pantaleon, arcediano Leodicense, que despues subió á la silla de San Pedro, bajo el nombre de Urbano IV.

Esta nueva festividad mereció la aprobacion universal; y despues de superadas algunas dificultades en un concilio celebrado en 1246, Roberto, obispo Leodicense, mandó celebrar esta festividad en toda su diócesis. Tratóse despues de establecer esta solemnidad por toda la universal Iglesia, y ya en 1264 el mismo Urbano IV instituyó solemnemente esta festividad, y la mandó celebrar en todo el orbe católico.

Posteriormente, en el concilio general de Viena, año 1311, durante el pontificado de Clemente V, al que asistieron los reyes de Leon, de Francia y de Inglaterra, fueron confirmadas las bulas de Urbano IV, y se mandó de nuevo la celebracion de esta fiesta por toda la Iglesia, que en los años anteriores, desde Urbano IV, habia quizás sufrido alguna interrupcion, por olvido, ó por indolencia. Así se des-

prende de la única Clementina sobre las reliquias y veneracion de los santos. Cinco años despues el papa Juan XXII añadió á la fiesta una octava, y dispuso que se llevase en pública procesion el Santísimo Sacramento. Los pontífices Martin V y Eugenio IV contribuyeron al aumento y mayor lustre de esta festividad, y desde entonces puede asegurarse que fué ésta generalmente celebrada en toda la Iglesia.

Por último, el sacro concilio de Trento, en el capítulo 15 de su seccion XIII, llama á esta solemnidad el triunfo de la heregía, y fulmina su anatema contra el que se atreviese á reprobarla (Can. VI). Y, segun opina el grande Benedicto XIV, el santo Sínodo, al decretar esta justa conminacion, tuvo sin duda presente la escandalosa resistencia del duque de Sajonia y de los príncipes luteranos, cuando no quisieron asistir á la procesion del Cuerpo de Jesucristo, en la cual el cardenal Moguntino llevaba la Sagrada Eucaristía, precediéndole los príncipes seculares y el clero, y siguiéndole el emperador Cárlos V, descubierto y con vela en la mano, al que seguian despues los demas arzobispos y obispos, llevando el palio por su turno los príncipes de la sangre imperial.

Crean algunos, y no sin fundamento, que la pública procesion de la Eucaristía se celebró ya desde la primera institucion de la festividad del *Corpus* por Urbano IV. Mas nos abstendremos de entrar en los pormenores de esta discusion histórica, asegurando únicamente que las iglesias de Cataluña celebran hace ya mas de tres siglos esta procesion solemne (*).

Tampoco hay duda alguna en que el oficio de este dia fué compuesto por el angélico doctor Santo Tomás de Aquino, hallándose á la sazon en Civitavechia, por encargo de Úrbano IV.

Admíranse algunos sábios y doctores, de que creyendo los griegos en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y en la obligacion de adorar con culto público al Santísimo Sacramento, no hayan adoptado esta procesion solemne de los cristianos, este acto imponente de religion, que con tan feliz éxito emplearon los propagadores del Evangelio en las misiones del Paraguay, y con el cual tantas veces ha triunfado el Señor de los corazones de los infieles, haciéndoles llorar de ternura y obligándoles á doblar la dócil rodilla para adorarle de corazon.

Estamos persuadidos que durará todavía en nuestros piadosos lectores la viva y tierna emocion que les habrá producido la sencilla narracion de una procesion del Corpus en Salónica, que insertamos en el último pasado número (*). ¿Y no nos llenará de asombro y de rubor, que el Dios de la magestad, llevado en triunfo por las calles de una ciudad infiel, sufra menos insultos, y sea mas sinceramente obsequiado que en muchas ciudades cristianas? El árido escepticismo del incrédulo, diremos mejor, la vanidad miserable de no parecer *fanático*, ofende con descaro y con brutalidad la presencia formidable del Dios de los ejércitos, que se deja conducir amorosamente por nuestras calles para escitar nuestro respeto, avivar nuestra fé, y mantener nuestra esperanza. No solo es la religion, esa madre comun de los fieles,

(*) Debemos al celo del laborioso é ilustrado anticuario D. Jaime Ripoll, canónigo decano de la santa iglesia de Vich, las siguientes curiosas notas acerca de este punto. Las mas antiguas procesiones del Corpus, de que nos quedan memorias, son la de Sens en 1320, la de Tournai en 1323, y la de Chartres en 1330. Por lo menos, no menciona otras anteriores Thiers, en su Trat. de la Exp. del S. Sacr., tom. I, lib. 2, cap. 1, para demostrar contra Gerebrardo y varios novadores, que no fué la primera la que se celebró en Pavía por los años de 1404. En cuanto á las iglesias de Cataluña, no debe negarse á la de Vich la gloria de haber sido de las primeras en celebrarla, habiéndolo verificado en 1330.

(*) Véase esta narracion en nuestra Miscelánea.—*EE.*

cuyo suave influjo no ha penetrado las duras entrañas del impío, la que se ultraja con los públicos desacatos cometidos contra el Señor Sacramentado; la civilizacion queda herida en lo mas delicado de sus instituciones, y toda sociedad, cuanto mas ilustrada y celosa de sus derechos, debe mas severamente castigar los insultos voluntarios cometidos contra uno de los actos mas augustos de la religion del Estado.

El autor que tan felizmente ha sabido pintar las bellezas poéticas y morales de la religion cristiana, parece que agotó con su pincel los coloridos para trazar y embellecer el cuadro embelesante de la fiesta del Señor (*). Y uno de los privilegios del genio es no dejar siquiera rebuscar en el campo en que se ha segado.

Representaos á David con los sacrificadores, los levitas y todo el pueblo, conduciendo en triunfo el arca del Señor en la casa de Obed Edom, y de allí con la misma pompa á la santa montaña de Sion, para reposar en el tabernáculo que David le habia construido. Cuando entre una nube de incienso y una atmósfera de luz,

(*) "En el momento mismo, dice este célebre escritor, en que anuncia la nueva aurora la festividad del Rey del mundo, se cubren las casas de tapices, se siembran las calles de flores, y los gozosos clamores de las campanas llaman al templo á la innumerable multitud de los fieles. Hácese la señal, se conmueve todo, y empieza á desfilar la religiosa pompa en órden solemne.

"En primer lugar se presentan los cuerpos que componen la sociedad de los pueblos. Conducen sobre sus hombros las imágenes de los protectores de sus tribus, y algunas veces las reliquias de aquellos hombres que, nacidos en la ínfima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes: leccion sublime que solo la religion cristiana ha dado al mundo.

"Despues de estas turbas populares, se vé enarbolado el estandarte santo de Jesucristo, no ya como una insignia de dolor, sino como una señal de alegría: á pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séquito de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y siglos. Viene el clero secular despues de estos solitarios, cuya religiosa cadena es tal vez prolongada de prelados revestidos de la púrpura romana. Aparece solo, en fin, el Pontífice de la fiesta en el remoto estremo. Lleva temblando en sus manos la imágen de la radiosa Eucaristía, que se deja ver bajo un palio al fin de la magestuosa pompa, á la manera que algunas veces se descubre el sol bajo una resplandeciente nube dorada á la estremidad de una luminosa avenida de sus rayos.

"Entre las filas de la procesion van tambien tropas de jóvenes: los unos presentan canastillos de flores; los otros, vasos de los perfumes. A la señal repetida del que la dirige, se vuelven estas almas puras hácia la imágen del Sol eterno, y hacen volar las rosas deshojadas por donde ha de pasar. Puestos los levitas de sobrepelliz, mueven delante del Altísimo las urnas, que con sus hachas y velas encendidas, despiden fuego. Elévanse entónces los piadosos cánticos á lo largo de las santas filas: el ruido de las campanas y el estruendo de los cañones anuncian á las naciones de la tierra que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos callan por intervalos, y este silencio, tan magestuoso como el de los grandes mares en un dia de calma, reina en esta multitud sagrada, sin oirse otra cosa mas que sus graves y mesurados pasos, que resuenan sobre las calles.

"Mas, ¿á dónde va ese Dios formidable, cuya magestad así proclaman las potestades de la tierra? A reposar bajo las tiendas y arcas de follages que le presentan, como en el dia de la antigua alianza, templos inocentes, y retiros campestres. Los humildes de corazon, los pobres, los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados le siguen. Así camina entre la simplicidad y la grandeza, y se muestra á los hombres como aquel hermoso mes, que ha escogido para su fiesta, entre la estacion de las flores y la del terror de los rayos.

"Las ventanas y los muros de la ciudad están coronados de habitantes, cuyos corazones se dilatan en esta fiesta del Dios de la patria;-el recien-nacido estiende sus bracillos al Jesus de la montaña. y el viejo, inclinado hácia el sepulcro, se siente repentinamente libre de sus temores: una esperanza secreta de vida le colma da una alegría inmensa á la vista del Dios vivo.

"Todas estas solemnidades del cristianismo están coordinadas de un modo admirable con las grandes escenas de la naturaleza. La fiesta del Criador viene en el momento en que la tierra y el Cielo declaran todo su poder, en que los bosques y los campos hierven en generaciones nuevas; todo está unido

al armonioso concierto de cánticos y músicas, acatais al Dios de la magestad en el dia grande del Señor, vuestras almas deben sentirse dulcemente oprimidas con el peso de todos los misterios juntos que abraza la religion. Al recuerdo de todas las figuras que representaban en los tiempos antiguos al divino Reparador del hombre, se une la memoria del amor inmenso de Jesucristo, y de la redencion. La humanidad de Jesucristo es la misma que nació prodigiosamente de unas entrañas virginales en la plenitud de los tiempos, la misma que estuvo pendiente de la Cruz, la misma que se levantó resplandeciente sobre la losa de la tumba, la misma que sobre el Monte santo desapareció de la vista de los hombres atónitos, para sentarse á la diestra del Omnipotente y volver en el último de los dias llena de gloria á juzgar las generaciones. En el círculo radiante de la sagrada hostia se oculta tambien la Divinidad.... aquella Divinidad, cuya velada presencia se hace sentir en vuestro corazon por un movimiento involuntario de ternura, de amor, de respeto, de sumision; por aquel delicioso sentimiento de placer con que contemplais que todo un inmenso pueblo se postra silencioso á los piés del Señor, que se le rinden todas las insignias de guerra y de poder, que le acatan todas las potestades de la tierra, y que en una misma hora millares de coros de sus criaturas unen sus himnos y cánticos con los coros invisibles de los ángeles, para engrandecer la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor y la gloria de que es digno el Cordero de Dios inmolado por la salud de los hombres.

Si este público y solemne triunfo del Señor es para un corazon generoso y sensible el mas sublime y tierno espectáculo que puede presentar en la tierra la embelesante magestad de la religion, ¿qué ha de ser á los ojos de la fé cristiana? Si el corazon del filósofo y la fantasía del poeta se sienten fuertemente conmovidos con el suntuoso aparato de la sagrada y religiosa comitiva que acompaña la carrera triunfante del Salvador, á quien anuncia el estrépito del cañon, el sonido de las campanas y el clamoreo de un pueblo inmenso embriagado de placer; si el alma se derrite de admiracion y de amor al contemplar la grandeza de ese Dios formidable, que desarmado, por decirlo así, de los rayos de su justicia, se deja conducir por los hombres, se para á los umbrales de sus puertas, descansa sobre aras que éstos le preparan, y saliendo de las suntuosas bóvedas de sus basílicas, se introduce hasta la humilde capilla de la aldea, en medio de corazones tan sencillos como las flores de que le rodean; ¡ah! si tanto tiene que asombrarse el espectador indiferente con solo contemplar este acto de religioso júbilo, ¡que sentirá el alma fiel, santamente iniciada en los misterios augustos y consoladores que mira compendiados en el glorioso Sacramento del altar? ¡Qué sentirá un corazon ardiendo de amor divino al ver la tierra ocupada en engrandecer á su Criador, imitando en este dia los coros inmortales que se ocupan sin cesar en darle gloria postrados ante su escelso trono?

¡Osará todavía la voz de la filosofía atea interrumpir con acentos sacrílegos la armonía de este himno universal? ¡Desgraciado si en estos dias augustos en que la religion, presentándose con todos sus atractivos esteriores, se hace sentir á los pechos mas helados, siente todavía su corazon cerrado á su influencia divina! Podrá

con los vínculos mas dulces; no hay una sola planta viuda en las campiñas; así como, por el contrario, la desnudez de las plantas anuncia la fiesta de los difuntos al hombre, que cae como las hojas de los árboles.

"En la primavera emplea la Iglesia en nuestras aldeas una pompa muy agradable. La fiesta del Señor conviene mas al esplendor de las córtes, así como las rogativas se avienen mejor con la sencillez de los lugares.

buscar en su interior una voz que le consuele, un impulso que le mueva, un resorte cualquiera que le ponga al nivel del contento y de la felicidad que anima á la multitud religiosa. Complázcase con su árido y descarnado raciocinio en pensar de otro modo, sin mas testigos que su orgullo y su insensibilidad. Solo, aislado en medio de un pueblo que aclama al Señor de los ejércitos, contemplará desde un ángulo retirado los gritos de la muchedumbre, que se esforzará en compadecer. Pero una voz que no puede sufocar, una voz que roe sus duras entrañas, y que se hace mas terrible á medida que se acerca el arca del Dios vivo, le dice: ¡Infeliz de tí! ¿Estás cierto de lo que dudas? ¡Felices los que creen!

REPRESENTACION

SOBRE LA INMUNIDAD PERSONAL DEL CLERO,

REDUCIDA POR LAS LEYES DEL NUEVO CÓDIGO, EN LA CUAL SE PROPUSO AL REY EL ASUNTO DE DIFERENTES LEYES, QUE, ESTABLECIDAS, HARIAN LA BASE PRINCIPAL DE UN GOBIERNO LIBERAL Y BENÉFICO PARA LAS AMÉRICAS Y PARA SU METRÓPOLI (†).

SEÑOR:--Si los siglos de ignorancia produjeron desórden y abuso en el ejercicio y goce de la jurisdiccion é inmunidades eclesiásticas, el siglo pretendido de las luces, disputando hasta lo mas sagrado y arrollando como un torrente precipitado la verdad con el error, la piedad con el fanatismo, y la autoridad con la supersticion, ha destruido en el todo estos sagrados derechos, ó los ha reducido á una sombra de lo que deben ser. (*).

Desde el siglo trece no ha cesado la disputa sobre el orígen, estension, utilidad y justicia de la potestad eclesiástica, y de las inmunidades de los ministros de la Iglesia y de sus templos. En el norte de la Europa se incendió mas la controversia, desde que Lutero, desencadenado contra la Santa Sede, comenzó á establecer su cisma, y separó del gremio de la Iglesia

(*) En la Francia ya no existen en lo absoluto. Casi sucede lo mismo en todos los dominios de la Italia, en donde solo resta la esperanza de que revivan. Y el emperador José II los redujo en sus dominios con esceso.

(†) El ataque que ya se prepara al fuero eclesiástico exagerando sus límites; las calumnias con que en varios papeles públicos se infama al clero, pintándolo como tirano de nuestros pueblos; y la insurreccion de los indios contra la raza blanca, que conviene á toda costa contener, nos impulsan á publicar la presente representacion. En ella se verá en su verdadero punto de vista ese *fuero*, de que se ha fabricado un fantasma para espantar á los incautos é ignorantes: se demuestra la injusticia de los cargos dirigidos á los ministros del altar, sobre ese estado de opresion en que estuvieron por tres siglos los indígenas; y últimamente, se manifiesta la necesidad de respetar los privilegios del clero, para conservar la tranquilidad y órden en los pueblos, y cortar esa funesta guerra que acabaria de sumir á la República en el hondo abismo cuyos bordes casi pisa. Las diversas circunstancias y principios políticos del dia con los que dominaban cuando se escribió esta sólida, juiciosa y *liberal* pieza, hace indispensable la omision de ciertas frases y aun periodos, que hoy disonarian: y así lo hemos hecho, con tanta mas razon, cuanto que lo suprimido nada tiene que ver con lo sustancial de la cuestion. Esperamos que las personas sensatas y despreocupadas tendrán gusto en su lectura, y nos agradecerán se las hayamos dado á conocer.—*EE.*

una gran parte del mundo católico, bajo el especioso título de reforma.

En el mediodia se trataron estas materias con mas circunspeccion. Pero en Francia se escedió la línea de lo justo; y ya veremos luego la poderosa influencia de este esceso en los recientes sucesos de aquel reino.

En España, en nuestra católica España, que podemos llamar con San Pedro (*), porcion escogida, nacion santa, pueblo adquirido, se arreglaron los derechos del sacerdocio y del imperio con dignidad y justicia. La innata piedad de nuestros soberanos, y la religiosidad de sus ministros, en uso de la autoridad régia y con intervencion de la pontificia en lo necesario, disiparon los abusos y conciliaron los intereses de ambas magestades: y no se habian intentado mas reformas que las que habia exigido el verdadero interes de la monarquía.

Pero en este tiempo, sin interes alguno del Estado, un golpe fatal aniquiló la inmunidad personal del clero americano. Hablamos, Señor, de la real cédula de 25 de Octubre de 95, y ley 71, lib. I, tít. 15 del nuevo código que se acompañó con ella: y las leyes 12, tít. 9, y 13, tít. 12 que se refieren en la citada ley 71, y de las cuales no tenemos mas noticia: y parece que por la 12, tít. 9, se establece la asociacion de la jurisdiccion real y eclesiástica en los delitos enormes de los eclesiásticos, y que por la 13 se establece conozca solo el juez real del crímen de lesa-magestad perpetrado por eclesiásticos.

Hablamos tambien, Señor, de la abusiva y escandalosa aplicacion que la real sala del Crímen de México hace de esta nueva jurisprudencia en los casos ocurrentes. Por esta y por aquella, haciéndose ilusorio y vano el fuero personal del clero, se le degrada de la consideracion que le es debida, y degradado y deprimido queda inhábil para el desempeño de su alto ministerio en órden al pueblo y sin existencia civil en la clase en que lo coloca nuestra constitucion........

Una novedad tan inopinada y de consecuencias tan terribles, causó su efecto. El clero entero secular y regular de la Nueva-España, y aun el comun de sus habitantes, entró en desolacion y amargura, que crecen y se aumentan con la esperiencia repetida del abuso. El clero ama cordialmente la persona sagrada de V. M. Obedece y venera profundamente sus resoluciones soberanas; pero desea existir.

En este conflicto, el obispo y cabildo de la santa Iglesia de Valladolid, de Michoacan, acordándose que V. M. con la escelencia de justo y de benigno reune los títulos consolatorios de nuestro protector y padre, recobrados con tan dulce idea de aquel doloroso transporte, imploramos la real clemencia de V. M. Y asegurados en lo absoluto que la bondad de su corazon no puede dejar de interesarse en nuestra desgracia, ni de atender nuestra justicia, espondremos con confianza y exactitud los fundamentos en que estriba, esperando como esperamos de su real clemencia, se digne mantener á esta su Iglesia de América en el goce de sus inmunidades, y sobre todo de la personal del clero mencionada, segun el tenor de los sagrados cánones, de las leyes municipales de estos reinos, y soberanas resoluciones de V. M. y de sus predecesores antecedentes á la publicacion de las citadas leyes del nuevo código y real cédula de 25 de Octubre de 95.

Los fundamentos de nuestra solicitud se pueden reducir á tres. Primero: que las inmuninades eclesiásticas son debidas á la Iglesia y sus ministros. Segundo: que ademas de esto, las inmunidades del clero español hacen parte de nuestra constitucion.... y no pueden reducirse con esceso sin peligro de alterarla. Tercero y último: que hallándose ya reducidas todo

(*) Epist. I. cap. 2. v. 9.

lo que permite su naturaleza y exige el bien público las referidas leyes, y especialmente la aplicacion que de ellas hace la real sala del Crímen de México, la reducen de hecho con esceso, degradando al clero de la consideracion necesaria, sin motivo y con perjuicio del bien público, y de los verdaderos intereses de V. M.

La idea de la Divinidad inspirada ó innata en el corazon del hombre, produce necesariamente el mas vivo sentimiento de veneracion, de confianza y de respeto hácia ella. Este sentimiento escita los actos de adoracion y culto el mas digno y mas respetuoso. Y por una consecuencia inmediata y naturalísima, resulta en el mismo corazon humano el aprecio de aquellos hombres que están únicamente dedicados al arreglo y á la oblacion de los votos y homenages debidos á la Divinidad. En esto consiste la religion y su ministerio, considerados en general. Es, pues, naturalísimo en el hombre el aprecio y el respeto de la religion y de sus ministros.

En efecto, la historia de todas las naciones y de todos los siglos, nos enseña que todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, constituidos en sociedad ó errantes por las selvas, han honrado la religion y distinguido mucho á sus ministros. Los siglos pasados no presentân escepcion en la materia. Parece que esto solo debiera bastar para comprender el abismo de males que ofrece al mundo la que se ha comenzado á establecer á fines del presente siglo.

Hasta ahora el respeto de la religion y de sus ministros habia entrado siempre en el plan de gobierno de toda sociedad, y en las miras de los directores de los hombres; y se habia creido que sin esto los hombres no podian ser gobernados ni felices. Y asi vemos que todos los gobiernos han distinguido y privilegiado los ministros de la religion, conviniendo solo en esto al tiempo mismo que variaron tanto en la religion misma y en todo lo demas. Y en la ley escrita, Dios mismo determinó las inmunidades y prerogativas de los ministros de la verdadera religion.

Es verdad que en la ley de gracia el hijo de Dios no hizo ley espresa sobre estas inmunidades; pero tambien lo es, que habiendo elevado el sacerdocio á la mas alta dignidad que pueden ejercer los hombres sobre la tierra, elevó tambien los ministros de la religion. Antes, estos ministros eran propiamente ministros de los hombres, sus representantes para arreglar y ofrecer á Dios el tributo de su humillacion, y para pedirle el remedio de sus males. Pero los ministros de la religion cristiana sobre aquel concepto, tienen tambien el verdadero título de ministros vicarios y delegados del mismo Dios, para ejercer sobre el espíritu de los hombres la potestad de ligar y absolver, para dispensar sus misterios, administrar sus sacramentos y gobernar su Iglesia. Y así aunque no haya ordenacion espresa en el Evangelio sobre las prerogativas de los ministros de la ley de gracia, se infiere, por lo menos del mismo Evangelio, que no deben ser de peor condicion que los de la ley escrita.

Así es en efecto, y así lo han sentido siempre los príncipes cristianos con el comun de los fieles. "Franquezas muchas han los clérigos (dice la ley de partida), mas que otros homes, tan bien en las personas, como en sus cosas.... é es gran derecho que las hayan, cá tambien los gentiles, como los judíos, como las otras gentes de cualquiera creencia que fuesen honraban á sus clérigos, é les facian muchas mejorías.... é pues que los gentiles que no tenian creencia derecha, ni conocian á Dios cumplidamente los honraban tanto, mucho mas lo deben facer los cristianos que han verdadera creencia y cierta salvacion.»

Es verdad tambien que la Iglesia está en el Estado, y que debe contribuir como los demas miembros al bien comun de la so-

ciedad civil. Pero lo es igualmente, que no todos los miembros contribuyen de un mismo modo; y que siendo recíprocas y proporcionales las obligaciones de los individuos al comun, y del comun á los individuos, la sociedad debe á cada uno de sus miembros la retribucion que es proporcionada á sus servicios. Las prerogativas y distinciones ds los jueces, magistrados, militares,... eclesiásticos, en una palabra, de todo miembro que ha hecho ó hace importantes servicios al Estado, son pagas legítimas con que el Estado satisface sus deudas naturales.

¡Y qué otros miembros dè los estados civiles han hecho mayores servicios que los ministros de la religion cristiana? Dedicados á procurar á los hombres la felicidad eterna, hace diez y ocho siglos que trabajan con celo, perseverancia y caridad la mas ardiente, en disipar errores y enseñar el dogma y la moral mas pura. La hambre, la sed, el contagio, la distancia, los desiertos, la mar, la persecucion, han servido solamente de incentivo para redoblar sus esfuerzos y acrisolar mas y mas la heroicidad de sus virtudes.

Inundado el mediodia de la Europa con las naciones bárbaras del Norte, que como olas de la mar agitada de un terremoto, se impelian las unas á las otras y hacian irresistible su choque, entonces los ministros de la religion cristiana detuvieron en parte sus estragos. Ellos templaron la ferocidad de aquellos vencedores, morigerando sus costumbres y convirtiéndolos del arrianismo á la religion católica. Y si no pudieron impedir que en aquellos siglos de guerras y de errores las tinieblas de la ignorancia se estendiesen sobre la tierra; conservaron á lo menos algunos restos de las ciencias, los cuales, unidos despues con las luces de los árabes de España, dispusieron la Europa para que pudiese llegar á ser lo que hoy es. Ellos fueron los principales agentes en el establecimiento de los nuevos gobiernos......... A ellos se les debe el triunfo de la humanidad en el destierro de la servidumbre en Europa. Y ellos, finalmente, por razon de su oficio sacerdotal, los mejores garantes de la observancia de las leyes civiles, de la obediencia y subordinacion de los súbditos á las potestades superiores, del pago de las contribuciones, y de la restitucion y desagravio en los daños comunes é individuales. Y sobre estos beneficios generales, el clero, como miembro de cada estado, hace en él otros particulares de mucha importancia y consideracion, mas ó menos segun las diferentes formas de gobierno y circunstancias locales en que se halla.

Resulta, pues, que por cualquiera aspecto que se miren las inmunidades eclesiásticas, ya sea por el motivo de ellas, ya por su objeto ó por el sugeto, se debe concluir, que ellas han existido en todo tiempo, en todas las naciones y gobiernos: que ellas son conformes al derecho natural y de gentes, espresamente establecidas por derecho divino en la ley escrita, y que tienen igual y aun mayor motivo en la ley de gracia: que de hecho se establecieron ó confirmaron por las leyes civiles de los Estados católicos; y en suma, que purificadas de los abusos, como ya lo están, son debidas de justicia á la Iglesia y sus ministros. Esta es la conclusion que deducen unánimes y contestes aun los defensores mas ardientes de las regalías (*). Ella sola basta para apoyar nuestro intento. Sea enhorabuena. Convenimos con ellos en que V. M. es el árbitro absoluto para arreglar la estension de estas inmunidades. Pero convencidos de que el movil único de su piadoso corazon es la justicia, esperamos con la mayor confianza que V. M., en uso de ella y atendiendo á las considera-

(*) Coleg. de Abog. de Mad. sobre los Thesis de Vall. Campomanes, Juicio imparcial: Conde de la Cañada, Recur. de fuerza: Lic. D. José Covarrubias, idem.

ciones que dejamos estendidas, conservará á la Iglesia de España y sus ministros todas las inmunidades y prerogativas que les son debidas.

Establecido este fundamento, que es el primero de nuestra solicitud, pasamos á tratar del segundo, es á saber: que las inmunidades del clero español hacen parte esencial de nuestra constitucion... y que reducidas con esceso pueden alterarla.

Entendemos por inmunidades, todos los privilegios concedidos á las iglesias y á sus ministros; y se suelen dividir en inmunidad local, inmunidad real, é inmunidad personal. De las dos primeras solo trataremos por incidencia en la relacion que tienen con el bien público, y en cuanto se refunden en la tercera, esto es, en la inmunidad personal del clero.

Por inmunidad personal del clero español, se debe entender la suma de los privilegios y favores concedidos á la profesion y á las personas consagradas á Dios en el clero secular y regular. Estos privilegios son negativos y positivos. Los negativos consisten en la exencion de contribuciones, servicios personales, y cargos públicos. Y los positivos consisten en la prerogativa del fuero clerical, ó de ser juzgados por jueces del propio cuerpo. Consisten tambien en la autoridad que nuestros soberanos concedieron á los prelados de su Iglesia, para tratar y conocer sobre muchas cosas y causas, que no siendo rigorosamente espirituales, las sujetaba á la jurisdiccion eclesiástica, por respeto á la religion y por honor de sus ministros. . . . .
. . . .

Esta dignidad del estado eclesiástico es relativa, y depende de los otros privilegios de exencion, autoridad, honor y facultades. . . . . . . Pues es constantemente cierto y conforme á la naturaleza del corazon humano, que la consideracion de un hombre, ó de una coleccion particular de hombres, procede de sus facultades y de su independencia del comun de los dem hombres.

. . . .

El tercero y último es, á saber: que inmunidades eclesiásticas están ya redu das todo lo que exige el bien público y verdaderos intereses de V. M., es el q presenta la cuestion de que se trata en verdadero punto de vista que requiere discusion; abraza todo su objeto y fin manifiesta las consecuencias que nece riamente deben seguirse en el estado a tual de las cosas. Exige, pues, un exám mas detenido y dilatado. Y entrando materia, confesamos de buena fé, que tiempos pasados el clero abusó de sus p vilegios, con perjuicio del bien público de las regalías soberanas. Pero asegur mos con la misma buena fé, que en el ya no hay abuso ni perjuicio.

. . . .
. . . . . . .Primeramente en la inmu dad local se redujeron los asilos, y se e cluyeron de su goce todos los delitos g ves. Por manera que en los homicidio por ejemplo, en que mas interesa el asil solo son inmunes los reos de homicid inculpable, esto es, del que se comete p error ó en defensa propia. Y últimame te se disiparon las competencias, y se all naron las dificultades todas de estos e pedientes, con el rasgo sublime de sabid ría que se contiene en el art. 13 de la re cédula de 15 de Marzo de 87. El senc llo encargo del soberano de que *en du sus ministros, se decidan siempre por inmunidad, sin empeñarse en sostener s conceptos*, interesó mas al bien público al decoro de los templos, que cuanto habia trabajado á este fin en los sigl precedentes. Es de desear que este ra go luminoso alcance á ilustrar otros obj tos. ¡Ojalá se tome por regla en las d mas controversias con la Iglesia!

En segundo lugar la inmunidad real, ésencion de contribuciones que gozab

los bienes de la Iglesia se halla tambien en el mismo punto de reforma. Por una parte la Iglesia de España y América contribuye con sus bienes á las cargas públicas del Estado y real servicio de V. M. con tercias, subsidio, escusado, millones, décimos, novales, mesadas y medias-annatas eclesiásticas, vacantes mayores y menores. Y por otra parte, los bienes adquiridos despues del concordato de 1737, modificado por el de 1752, están sugetos á todas las contribuciones propias de los bienes de los demas vasallos, esceptuando únicamente los bienes de igual naturaleza adquiridos antes del concordato.

La ley 16, tít. 4 lib. 5 de la Recopilacion de Castilla, y los Autos acordados 1 y 3. lib. 15 tít. 10, con otras providencias anteriores, detuvieron en gran parte el progreso de las adquisiciones de las manos muertas. Y por lo tocante á la América se estableció por la ley 10, tít. 12, lib. 4, que las tierras se dividiesen entre descubridores, pobladores antiguos y sus descendientes, con prohibicion de enagenarlas á iglesia ó monasterio. Y aunque esta ley no se ha observado en la última parte, vino á lograr su fin por efecto de la primera. Divididas las tierras entre pocos, quedaron los propietarios con grandes posesiones. Cada uno, deseando engrandecerse, emprendió solo el cultivo de la mejor tierra, y destinó el resto para la cria de ganados: de que resultó cada hacienda con cierta forma individual que impide su division: que los dos ramos de agricultura, labranza y cria de ganados se manejen en la N. E. por mayor; que el pueblo sin propiedad ni cosa equivalente, viva disperso en arrendamientos precarios en parages de estas mismas haciendas, en que no perjudica á sus dueños cón dificultades insuperables para su asistencia espiritual y civil. Resultó tambien que constituyendo una hacienda el patrimonio entero de un padre de familias, y exigiendo su manejo inteligencia, conducta y avio cuantioso, muerto el padre de familias, solo uno de sus hijos se puede quedar con ella, y es lo mas frecuente que no se quede ninguno, y que todos, sujetándose á la dura ley de la necesidad, sufren el dolor de enagenarla para dividirse su producto. Y resultó por último: que siendo pocos los poseedores, pocas las posesiones, y estas indivisibles, y rarísimos los que podian disponer del todo de ellas, debieron ser tambien pocas sus donaciones piadosas, y no pudieron hacerlas en tierras sino en dinero, como sucedió en efecto; y así no pasaron á las manos muertas. Y por consigiuente la inobservancia de la segunda parte de la citada ley, se corrigió por la observancia dela primera, que entre tantos malos efectos produjo este bueno.

Novísimamente V. M. estableció el 15 por 100 de todos los bienes raices y derechos reales que adquiera la Iglesia en sus dominios, por cualquiera título aunque sea oneroso, sin ecceptuar los bienes de primera fundacion, ni los subrogados (*). Y resolvió tambien la enagenacion y venta de todas las fincas rústicas y urbanas pertenecientes á obras pías, capellanías, colegios, hospitales, cofradías y demas lugares piadosos (†).

Por otro lado, el clero de América no goza ni pretende gozar el derecho de refaccion por los consumos, y contribuye llanamente, como los demas vasallos con todas las cargas impuestas sobre ellos.

Mas: la poca propiedad de la Iglesia y clero de América no consiste en posesiones. Esceptuando la corta dotacion que tienen en este género de propiedad las religiones de Santo Domingo, San Agustin y el Carmen descalzo, toda la demas consiste en capitales, que en calidad de depósito

(*) Real decreto de 19 de Septiembre de 1798.

(†) Real decreto idem.

irregular (que es el contrato mas frecuente en el pais) circulan en manos de los seculares, fomentando la agricultura y el comercio con gran interés de la real hacienda. De modo que en vez de ser una propiedad estancada en manos muertas, viene á ser un manantial fecundo que riega la tierra y anima la industria de la sociedad.

Digimos que era corta la propiedad de la Iglesia y clero de América. Y por lo respectivo á este obispado, lo acreditamos con la copia del plan adjunto, N. 1 que, en el espediente de subsidio eclesiástico que yo, el obispo remití á V. M. en 3 de Agosto de 91. Por este plan se vé que la renta de las capellanías eclesiásticas, memorias piadosas, y cofradías fundadas en las Iglesias seculares y regulares de este obispado, en ciento y veinte y ocho parroquias, inclusas las once que despues se agregaron al obispado de Guadalajara, y en cuarenta y ocho de regulares de ambos sexos, asciende esta renta á doscientos seis mil y treinta pesos, que corresponde al capital de tres millones y treinta mil pesos, que apenas llega al caudal de uno de los particulares vasallos de V. M., pues el del conde de Valenciana de Guanajuato, escedió esta suma cuando se dividió entre sus herederos. Y no siendo inconveniente que esta propiedad se halle acumulada en un vasallo particular, ¿qué influencia nociva puede producir en la sociedad, hallándose dividida entre tantos cuerpos é individuos?

Bien analizada la materia, resulta lo primero: que la inmunidad real del clero de América se halla reducida á la exencion del derecho de alcabala en la venta de sus fincas, que sucede rara vez, como se supone de contrario; y aun esta es la razon única de la nueva imposicion del 15 por 100. Lo segundo: que si se llevan adelante las referidas providencias, y exigiere el bien público que se estiendan á la propiedad de los regulares, en pocos años no quedará propiedad alguna en manos muertas que no contribuya mas que la que existe en manos vivas ó de legos, porque pagará, como ellos las imposiciones ordinarias, y sobre éstas el 15 por 100 de la nueva adquisicion (*). O por mejor decir, no quedará propiedad alguna en la Iglesia, y ella pagará siempre el derecho de nueva adquisicion. Y lo tercero que si hay

(*) Ha tenido su verificativo esta profecía. Estalló la revolucion del año de 810, y la Iglesia contribuyó con enormes y ruinosas sumas, que le exigia el gobierno español para su defensa. Se hizo la independencia, y sus muchos gobiernos siempre le han arrancado otras incalculables, sobre todo desde el año de 834, en que está pagando graciosamente el tres al millar de todos sus fondos, aun los dotales, sin embargo que de este gravámen estaban exentos éstos y los antiguos bienes, en virtud del artículo del concordato, citado en esta representacion, y esto sin contar con la de trescientos ochenta mil pesos que se le pidieron en estos últimos años, Ultimamente llegó á exigírsele no solo la duodécima parte de los rendimientos de su capital productivo, sino otra muy considerable por el improductivo y muerto de los edificios que habitan las comunidades, no considerado el valúo por los tiempos en que se fabricaron, sino por la época actual en que todo es mas caro.—Cualquiera capellan sufre hoy dia una pension de nueve pesos por cada capellanía de tres mil, ó lo que es lo mismo, por cada renta de ciento y cincuenta; de manera que dos capellanías, ó trescientos pesos, pagan diez y ocho de pension; y tres, ó cuatrocientos cincuenta de rédito, veinte y siete; siendo así que los empleados de ciento y cincuenta nada pagan, los de trescientos solo satisfacen seis, y los de cuatrocientos cincuenta, seis con seis, segun el decreto de 7 de Abril de 842.—Ultimamente, la pasada guerra casi ha reducido á la miseria al clero; y prescindiendo de las grandes cantidades de dinero que ha ministrado, las leyes dadas que han frecuentado mas las ventas de fincas eclesiásticas, han inferido á la Iglesia, como lo notó muy bien el *Ilustrador Católico*, en 21 de Octubre de 1846, tres gravámenes: "Primero, dice, exigirle tan graves contribuciones, que no bastando á satisfacerlas sus rentas ó productos ha necesitado menoscabar su capital, lo que no se ha hecho, á lo menos de intento y con pleno conocimiento de causa, con los particulares: Segundo, exigirle alcabalas de ventas que ha celebrado en favor del gobierno, que es lo mismo que si el dueño de un peage cobrara el de la mula que conduce tres mil pesos con que lo au-

motivo para eximir de las cargas públicas á los bienes destinados al culto de Dios y subsistencia de sus ministros, nada se puede intentar de nuevo contra ellos.

Sin embargo, Señor, como el clero americano entiende que V. M. puede conservarlo en su existencia civil y en la clase que le corresponde en el Estado sin este privilegio, no tendrá dificultad en renunciarlo si fuere de su soberana aprobacion. Ahora contribuye mas que los vasallos legos, como sería fácil demostrar por un cálculo comparativo. Y entónces aumentando sus servicios, aumentará tambien su satisfaccion y complacencia, pues honrado por V. M,. le será dulce el sacrificio de sus intereses y aun de su vida.

En tercer lugar, la inmunidad personal del clero español importa, como queda dicho arriba, la suma de los privilegios y favores concedidos á la profesion y á las personas consagradas á Dios, esto es, exenciones, autoridad y facultades de subsistir con decoro. Por este respecto resulta rebajada y disminuida la inmunidad personal del clero español y americano en toda aquella parte de consideracion que le producian las otras dos inmunidades, local y real, que, como hemos visto, se redujeron á casi nada, pues la reduccion de asilos, la esclusion de los delitos de su goce y la nueva forma en que se sustancian estos procesos, quitan casi en lo absoluto la materia y el objeto sobre que debia ejercerse la jurisdiccion eclesiástica, la cual viene á resultar por esta razon nula, ó una potencia sin acto. Y la reduccion de la inmunidad real le rebaja gran parte de sus rentas, que tanto contribuyen á su decoro y distincion.

La autoridad y jurisdiccion eclesiástica es otra de las principales partes integrantes de la inmunidad personal del clero. No hablamos de la jurisdiccion puramente espiritual, que es independiente de las leyes civiles. Hablamos solamente de aquella parte de la jurisdiccion eclesiástica que las leyes patrias concedian á los prelados y jueces de la Iglesia. Esta jurisdiccion, que se comenzó á combatir desde el siglo XIII en la Francia y en la Bélgica, y que se habia respetado en España hasta principios de este siglo, pereció por fin entre nosotros, y apenas se reconoce una sombra de lo que fué. Potestad económica y protectiva, cuestion de hecho aun en materias espirituales, abuso, distincion de petitorio y posesorio, anexion y conexion de lo espiritual á las cosas físicas y reales, hé aquí, señor, los motivos y los pretestos que tomaron los jurisconsultos franceses, los magistrados y aun los tribunales superiores para invadir esta jurisdiccion y acabar con ella, como lo hicieron, no obstante los edictos repetidos con que los reyes cristianísimos intentaron reprimir este furor, segun refiere Van-Espen. Y así quedó reducida la jurisdiccion eclesiástica en aquella nacion á lo puramente espiritual, como se vé por los diez

silia un amigo: Tercero, haber cobrado alcabala la rara vez que la Iglesia ha tenido que vender cuando se le habia estado cobrando el derecho de amortizacion; pues como éste se fundaba en la falta de ventas en lo futuro, cuando llegaba á haber alguna, ó debia ser libre, ó si se sujetaba á la alcabala, debian devolverse las tres que se habian adelantado á título de que no volveria á causar otra. ¡Y todavía se exageran los bienes del clero! ¡Aun no falta quien pretenda despojarlo de lo poco que le resta para el culto, sustento de sus ministros y auxilio de los necesitados! Si ha de haber religion, ha de haber ministros y culto, los que se han de mantener ó de sus fondos ó por contribucion de los pueblos. gravámen terrible para estos si no quieren ver destruida á su religion. En Francia el sueldo del clero se calculaba, solamente en los curas párrocos, en veintitres millones, quinientos veintidos mil ochocientos francos anuales esto es, cuatro millones, setecientos cuatro mil quinientos sesenta pesos nuestros; y en esa época (1838) se calculaba que mas de diez mil aldeas se hallaban todavía privadas durante todo ó parte del año de los auxilios de la Iglesia y del culto divino. ¡Qué suerte se le aguarda en nuestro pais, en que hay tanta repugnancia á nuevas contribuciones!.—*EE*

y seis artículos del famoso decreto del consejo de Estado de aquella nacion, de 24 de Mayo de 1766, que trascribe el Lic. Cobarruvias sobre recursos de fuerza.

En la nuestra se ha seguido muy de cerca este ejemplo, y se halla hoy esta jurisdiccion eclesiástica casi en el mismo estado. Ella se estendia antes á todas las cosas anexas por relacion antecedente ó consiguiente á lo que era espiri ual, y por tanto, conocia de todas las cosas dedicadas al culto de Dios y subsistencia de los ministros eclesiásticos, y aun de los bienes patrimoniales de éstos. Conocia de todo género de beneficios, fideicomisos y memorias piadosas, en todas sus relaciones de establecimiento, modo de ejecucion, pertenencia de su servicio ó patronato, recaudacion y cobro de sus réditos y principales. Pero en el dia solo tiene conocimiento en la ereccion y pertenencia de los beneficios rigorosamente eclesiásticos y colativos que no son del real patronato. Estos y todas las demas funciones de los otros se separaron de la jurisdiccion eclesiástica. Conocia de las causas matrimoniales, antes y despues del matrimonio, de dotes, de filiaciones, &c. Pero ya no hay caso apenas en que pueda intervenir, sino cuando se trata directamente de nulidad del matrimonio ó de divorcio. Conocia de la insinuacion, publicacion de testamentos, faccion de inventarios de testadores ó herederos eclesiásticos. Pero ya no tiene en esto intervencion alguna. Los obispos y sus vicarios, como establecidos para corregir errores y reprimir los vicios, conocian antes de adulterios, amancebamientos, embriagueces y demas desórdenes públicos que escandalizaban el comun de los fieles. Y ya están inhibidos en lo absoluto de intervenir en su correccion. Los crímenes de usura, simonía, perjurio, sacrilegio, sodomía, blasfemia y otros semejantes, se separaron tambien de su conocimiento á pretesto de la cuestion de hecho, y de la insuficiencia de las penas canónicas. Igualmente se separó el conocimiento sobre prerogativas de sepulturas, entierros y derechos funerales, sobre diezmos novales y diezmos secularizados, y sobre las tres gracias, subsidio, escusado y millones.

En suma, esta jurisdiccion eclesiástica está reducida en América á la ejecucion y visita de las disposiciones y lugares piadosos. Ella se halla espresamente establecida en las leyes de partida, en el santo concilio de Trento, en las leyes recopiladas de Castilla, y en las leyes recopiladas de Indias. Sin embargo, un autor moderno, compilador de mala fé, y de vista corta para penetrar los fines y las consecuencias de las leyes, se atreve á establecer y establece de hecho, que esta no es jurisdiccion, sino un cuidado de celo y diligencia estrajudicial, semejante al de los curadores de los menores (*).

Tenemos, pues, que la jurisdiccion eclesiástica, que hacia una parte muy considerable de la inmunidad personal del clero, se ha reducido en América tanto ó mas que las otras dos inmunidades local y real, y que por este capítulo se ha rebajado mucho la consideracion del clero.

No es de menor importancia la reduccion que ha sufrido el fuero clerical, especialmente en las causas civiles. Este privilegio es, propiamente hablando, el constitutivo de la inmunidad personal. Es la bula de oro ó carta magna de las.... libertades de cada individuo del estado eclesiástico. Los demas privilegios se dirigen primariamente al comun de este estado, esto es, á los prelados, á los jueces, á las cosas, y secundariamente á los individuos: y éste afecta y favorece primaria y directamente á los individuos, y secundariamente al comun del estado eclesiástico. De este privilegio depende esencialmente la

(*) El conde de la Cañada. Recur. de Fuerza, part. 1, cap. 2.

consideracion individual de los ministros de la Iglesia. El solo los ennoblece y distingue de los demas vasallos, protegiendo su honor y su vida contra los insultos y tropelías de un juez ignorante ó malévolo. Este es el mas escelente de todos los beneficios que V. M. dispensa á cada uno de los individuos del clero; y este es tambien el que mas los interesa y los empeña en procurar las glorias de V. M. y el cumplimiento exacto de su real servicio. El derecho de ser juzgado por jueces de su clase, es como una propiedad la mas preciosa en el concepto de cada individuo. Y por esta razon todas las clases distinguidas han pretendido y obtienen sus fueros respectivos. Y este es el orígen y motivo de cuantos existen en el Estado. Y es tan poderoso, que V. M. mismo lo calificó suficiente para elevar el corazon abatido de un grumete y de un soldado raso, y fijarlo en el servicio militar con desprecio de los mayores trabajos y aun de la muerte. El aparato esterior, la concurrencia de obispos y prelados en la degradacion de un ministro de la Iglesia, acreditan el alto aprecio que ella hace de este privilegio. Cada acto, cada solemnidad de esta ceremonia, es un testimonio del profundo sentimiento que le causa la pérdida de esta prerogativa en uno de sus ministros. En efecto, este es el mas interesante de todos los privilegios que la Iglesia y sus ministros deben al Estado. Y es, por consiguiente, respecto á los eclesiásticos como tambien á las demas clases distinguidas, uno de los mas poderosos resortes del gobierno.... y así debe conservarse en debida proporcion.

(*Se continuará.*)



MISCELANEA.

PROCESION DE CORPUS EN SALÓNICA.

En el año de 1836 se determinó por los misioneros hacer esta procesion por toda la ciudad. El oficial primero del consulapo ruso, aunque católico, se opuso fuertemente, y dijo que haria todo lo posible para impedirlo, temiendo grandes alborotos y malísimos resultados. La misma contradiccion avivó el deseo, y las razones calmaron tanto los ánimos, que todos los cónsules contribuyeron en gran manera á la magnificencia con que se hizo la procesion. Los grandes preparativos que se hacian, y el anuncio de esta fiesta, hicieron tanto efecto sobre los espíritus no solamente de la ciudad, sino de todos los alrededores, que la víspera los paisanos y los papás griegos venian en turbas de los pueblos vecinos de cinco á seis leguas, para ser testigos de esta sagrada ceremonia. Les judíos y los turcos no estaban menos admirados de este aparato. La iglesia estaba magníficamente adornada: se cantó la misa con música, y luego una salva de artillería anunció la salida de la procesion, durante la cual un navío austriaco saludaba al Santísimo Sacramento con un cañonazo de cinco en cinco minutos. Todos los habitantes de Salónica se habian esmerado en colgar sus casas con lo mejor que tenian, sin distincion de creencias; de suerte que Salónica no parecia una ciudad turca, sino una ciudad de la mas fervorosa cristiandad. Los cavaks de los consulados

abrian la procesion, los niños de la escuela vestidos de infantillos de iglesia hacian el oficio de turiferarios y floristas (*). Despues de dos líneas bastante numerosas de católicos, con una vela en la mano, venian los empleados de los consulados llevando cada uno una hacha encendida, y los cónsules, de grande uniforme, precedian al Santísimo Sacramento. Lo que fijó mucho la atencion en la procesion, fué un judío venerable por su edad, calvo, su sombrero en la mano, y en la otra una hacha, marchando con mucha gravedad, y habiendo tenido el cuidado de colgar bien su casa. El cónsul americano, aunque protestante, compuso en su casa un altar, ó mesa de reposo para el Señor, que era una capilla magnífica, decorada con un gusto y hermosura que admiraba, obra todo de la señora del cónsul, la cual, con sus niños que parecian ángeles, se portó con una fé tan viva y una piedad tan tierna hácia el Santísimo Sacramento, que causaba admiracion á todos; en la carrera se habian colocado varios altares, ó capillas para reposar el Señor, á cual mas hermoso. Todas las calles, las ventanas tejados, &c., estaban llenos de gentes, que al pasar el Santísimo Sacramento echaban desde las ventanas tantas flores, qse parecia una agradable lluvia, y se postraban al pasar el Señor aunque protestantes ó de diferente religion. Un piquete de soldados turcos que se habia pedido á la policía, hacia guardar silencio y respeto aun á los mismos turcos. Muchas reflexiones se podrian hacer sobre tan tierna como interesante escena. Basta decir que nuestro Señor triunfó verdaderamente en este dia. En la misma ciudad de Constantinopla tambien se ha hecho públicamente la procesion del Corpus algunos años, y con gran solemnidad y respeto. *(Copiado.)*

(*) En Francia se usa, como en España, el que dos niños echen de continuo flores de sus canastillos, delante del Santísimo Sacramento cuando va en procesion.

RUSIA.—El mismo dia en que Nuestro Santísimo Padre el papa Pio IX manifestaba en el consistorio secreto del 17 de Diciembre, al sagrado colegio, el sentimiento de no poder anunciar todavía de una manera cierta la conclusion definitiva de los negocios religiosos de Rusia, por una coincidencia singular, el emperador Nicolás dirigia un rescripto al conde Bloudolf, felicitándolo por el feliz resultado de su mision cerca de la Santa Sede.

Los términos en que el emperador se espresa son bien claros: "El concordato que habeis concluido en Roma, dice el Czar á su ministro plenipotenciario, ha dado un resultado positivo, segun las conferencias que tuvimos personalmente con el difunto papa Gregorio XVI, de gloriosa memoria; y así es como, con nuestro acuerdo y el del Sumo Pontífice, quedan sancionadas las disposiciones legales que desde ahora formarán la base de la jurisdiccion gerárquico-eclesiástica de la Iglesia católica romana en el imperio de la Rusia."

Este modo de hablar se halla en una manifiesta oposicion con las palabras pronunciadas sobre la misma materia por Pio IX en la alocucion al Sacro colegio (*); ¿y no deberá verse en la declaracion positiva del emperador, uno de esos ardides indignos, empleados tantas veces para engañar á los desgraciados católicos de Rusia? Hay tanta impudencia en la premeditacion y publicidad de semejante mentira, que todavía nos repugna admitir la suposicion de una tentativa tan deshonrosa. Seria menos odioso y acaso mas verosímil el suponer que las bases de un concordato entre la Rusia y la Santa Sede, habiendo sido únicamente decretadas en Roma, y no ratificadas en San Petersburgo, ha debido abstenerse el papa, en efecto, de anunciar como cierta y definitiva una conclusion sometida á la eventualidad de la ratificacion imperial;

(*) Véase nuestro número 8.

y que el emperador, habiendo tal vez á la fecha del 17 de Diciembre, aprobádolo ya, lo que no podia saberse en Roma el dia del consistorio, ha creido poder proclamar como positivo un resultado, que Pio IX tenia no pocas razones para mirarlo como dudoso. Sea lo que fuere de esta congetura, la publicidad dada al rescripto imperial y á la alocucion pontificia, no puede dejar de producir muy pronto esplicaciones, que disiparán cuanto hay de obscuro en este grave negocio. Véase el rescripto del emperador.

"Tiempo ha, dice, que ha llamado nuestra atencion el celoso y útil empeño de que habeis dado muestras en las diversas y elevadas funciones que habeis desempeñado.--Apreciando, pues, vuestro celo y circunspeccion en los negocios del Estado, os hemos confiado una mision dificil é importante, que exigia, no menos una profunda inteligencia de la legislacion en general, que un conocimiento muy vasto de sus diversos ramos; y la habeis satisfecho tan cumplidamente como lo esperábamos, sabiendo dar á las negociaciones de que os encargamos, en calidad de nuestro plenipotenciario cerca de la Santa Sede, la direccion mas conveniente á las instrucciones que habeis recibido de nosotros.--El concordato que habeis concluido en Roma ha dado un resultado positivo, segun las conferencias que tuvimos personalmente con el difunto papa Gregorio XVI, de gloriosa memoria; y así es como con nuestro acuerdo y el del Sumo Pontífice, quedan sancionadas las disposiciones legales que desde ahora formarán la base de la jurisdiccion gerárquico-eclesiástica de la Iglesia católica romana en el imperio de la Rusia.--Estas probarán á nuestros fieles súbditos de la misma confesion, nuestra paternal é infatigable solicitud por su bien estar y sus necesidades espirituales.--En testimonio de nuestro reconocimiento por el grande servicio que con esto habeis prestado, os remitimos la cruz de la órden de San Andres, guarnecida de diamantes, como una muestra de nuestro aprecio. (*Firmado*,--NICOLAS.)"

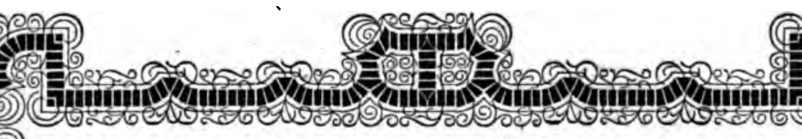
(*L'Ami de la Religion.*)

ERRATA.

En el *Almanaque histórico* que publica diariamente *El Eco del Comercio*, al 19 de Junio se lee:--325. Primer concilio de Nicea, *presidido* por el emperador Constantino."--Con licencia de los señores editores, y con el debido respeto á los conocimientos históricos del autor, CORRÍJASE: "Con asistencia del emperador Costantino;" pues quien presidió dicho concilio, fué el grande Osio, obispo de Córdoba, como legado del papa San Silvestre y á su nombre. Si no temiéramos otra nueva reprimenda de falta de urbanidad, moderacion y decencia, suplicaríamos á nuestros juiciosos é ilustrados cólegas revisasen ese almanaque y le dieran una pincelada, pues no les hace favor la publicacion de unas noticias, que con cualquiera libro elemental pueden ridiculizarse y echarse á tierra. Lo que choca es, que éstas equivocaciones sean por lo comun en materias eclesiásticas. ¡Y luego se enseña al clero que debe cultivar este importante ramo de las ciencias de su profesion!--*EE.*

NOTA.--Los redactores del OBSERVADOR ofrecen á los señores suscritores, no dejar ninguna materia de que traten, pendiente, bien sean producciones agenas ú originales; y que por su parte no tendrán ninguna baja de precio los números que queden sin espenderse, pues no se tiran mas que los necesarios para cubrir los costos.--*EE.*

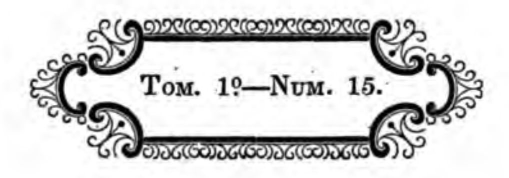
TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR
CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 15.

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 1.° DE JULIO DE 1848. [Num. 15.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

EL JUICIO FINAL.

Hay un dia que debe terminar todos los dias, un dia que debe abrir la eternidad, un dia que lo desenlazará y esplicará todo; dia en que todo lo que nos parece desórden no solo será reparado, sino restablecido: ese dia, será el dia del Señor, dia de gloria y de oprobio, de alegría y de dolor, el dia del juicio: *scitote esse judicium*. Esta es una de las verdades mas incontestables de nuestra fé, porque se apoya en las verdades mas sensibles, en predicciones cuyo cumplimiento es tan cierto como los hechos que están á nuestra vista.

¿Qué hemos visto de mil ochocientos años acá, y qué es lo que vemos ahora? La primera venida de Jesucristo, la ruina de Jerusalen, la caida de los ídolos, la Iglesia fundada por San Pedro sobre las ruinas del poder romano, los judíos dispersos, las naciones convertidas. Todos estos hechos que la sabiduría del hombre no podia prever, están escritos en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Solo, pues, Dios, autor de tales milagros, podia predecirlos. Mas si los acontecimientos que miran á lo futuro están escritos hace mucho tiempo en esos mismos libros, es evidente que deben cumplirse asimismo.

Véamos cómo se han cumplido las profecías que miran á la primera venida, y tendremos la certeza del cumplimiento de las profecías que anuncian la segunda, y por consecuencia, de un juicio final.

La idea de un redentor, salvador de las almas, remonta al orígen del mundo; y la religion de los judíos, que descendia de la religion de los patriarcas, estribaba toda en estos dogmas: un solo Dios, un solo Mesías. En el momento mismo de la caida, cuando fué pronunciado el decreto de muerte contra Adan y su descendencia, Moisés nos presenta en el hijo de la muger, la esperanza del género humano. Dios dijo á la serpiente: *Yo pondré enemistad entre tí y la muger, entre tu descendencia y la suya; y ella te quebrantará la cabeza.* Toda la religion, desde la salida del Eden, consistió en la promesa de un mediador entre Dios y el hombre. Mas adelante, se renovó esta promesa á los patriarcas. Dios dijo á Abraham: "Yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del Cielo y como la arena en la playa del mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, y todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de tí: *omnes gentes benedicentur in semine tuo*." Esta promesa, la promesa de la alianza divina, transmitida á Isaac, hijo de Abraham, pasa despues á Jacob, nieto de éste:

Mas adelante se vé á los hijos de Jacob, reunidos al rededor de su lecho de muerte en la tierra de Egipto. ¡Sobre quién recaerá la herencia de la gran promesa? Aquí no debe aparecer el espíritu del hombre. Tú, Judá, aunque hayas vendido á Josef á los madianitas, tú serás el heredero de la promesa. Hé aquí las palabras que acompañan á las bendiciones de su padre: "Judá, tus hermanos te alabarán: tu mano estará sobre la cabeza de tus enemigos: los hijos de tu padre te adorarán. El cetro no saldrá de Judá, ni el dominador de su descendencia, hasta que venga el que debe ser enviado, la esperanza de las naciones. Moisés dijo al pueblo hebreo: "Vendrá un Profeta semejante á mí, escuchadle." Desde la promesa de Jacob ni la tribu de Ruben, que descendia del primogénito de sus hijos, ni la tribu de Leví, aunque honrada con el sacerdocio, ni la tribu de Efraim, heredera de las bendiciones de Josef, ni la tribu de Benjamin que dió á Israel su primer rey, disputaron á Judá el privilegio de dar al mundo el Salvador; y todas las tribus creyeron al mismo tiempo que el Redentor saldria de la descendencia de David. Este recibe la promesa, y la transmite tambien á su hijo Salomon. "El pacto que yo he hecho con el dia y la noche, dice Dios por la boca de Jeremías, y las leyes que he dado al Cielo y á la tierra, pasarán antes que yo abandone á la descendencia de Jacob y de David." Isaías, que vió salir una rama y una flor de la raiz de Jessé, padre de David, vé tambien nacer al Mesías de una vírgen. Miqueas anuncia que Bethleem Efrata producirá al dominador de Israel, engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad. Sofonías le vé en el segundo templo: David le reconoce con los piés y manos atravesados y sus vestiduras sorteadas. Isaías anuncia que será despreciado, el último de los hombres, arrastrado á la muerte, mudo como una oveja delante del que la esquila, puesto entre malhechores: vé en él al Emmanuel, al Dios con nosotros, al príncipe de la paz, al padre del siglo futuro. Daniel fijó la época de su venida.

Así toda la historia de Jesucristo está escrita de antemano. Ningun rasgo, ninguna circunstancia falta en ella; su nacimiento en Bethleem, su vida retirada, su mision, su predicacion en el segundo templo, sus milagros, sus oprobios, su Cruz, su muerte, la gloria de su reinado. Por espacio de cuatro mil años fué anunciado por los Profetas, figurado por los patriarcas, dado á luz por los acontecimientos; de modo que puede decirse con verdad: ¿Cuáles son los historiadores? ¡son los Profetas! ¡Cuál es son los Profetas? ¡son los historiadores!

Mas la primera venida de Jesucristo no es sino el preludio de las grandes revoluciones del universo. Despues de su muerte se cumplen todos los oráculos: vemos una ley nueva publicada en todas partes, la ruina de Jerusalen, la dispersion de los judíos, la caida de los ídolos, la Iglesia fundada por Pedro, la conversion del mundo, y todas las naciones de la tierra bendecidas en un hijo de Abraham.

La ley sale de Sion, la palabra de Jerusalen. Las naciones son convocadas á una Jerusalen nueva. Todos los pueblos acuden á la montaña del Señor. promúlgase una nueva alianza entre Dios y los hombres: desde el Oriente hasta el Occidente una oblacion pura, un sacrificio nuevo admiran y consuelan al universo. Los Profetas predijeron el dia en que el hombre, arrojando de sí los dioses de oro y de plata, obra de sus manos, cesaria de adorar viles animales, y volveria sus miradas hácia el Santo de Israel. "El Señor, dice Sofonías, aniquilará todos los dioses de la tierra: cada uno le adorará en su pais, y todas las islas de las naciones le reconocerán." Escuchemos á Zacarías: "El Señor de los

ejércitos borrará de la tierra los nombres de los ídolos, y éstos desaparecerán para siempre.»

"No basta, dice tambien el Señor dirigiéndose al Mesías por el mismo Profeta, no basta que seais mi servidor para atraer á las tribus de Jacob, y para convertir los restos de Israel. Yo os he puesto la luz de las naciones, la salvacion hasta las estremidades de la tierra. Os he reservado para hacer una nueva alianza con mi pueblo, para restituirle á su patria verdadera, para recoger mi herencia dispersa, para decir á los que están entre cadenas: sed libres; y á los que yacen en las tinieblas: gozad de la luz.»

Ved ahí la monarquía espiritual vislumbrada por Daniel, que debia levantarse sobre todas las monarquías. La nueva Jerusalen que iba á salir brillante en claridad del desierto, es la Iglesia de Jesucristo. Cuando Isaías hablaba en estos términos, no existia ya el imperio de Salomon y de David: habian pasado los dias felices de Judá: las diez tribus estaban separadas. Así es que los judíos han aplicado siempre á la venida del Mesías los oráculos que ninguno de sus reyes podia cumplir. El Profeta entreve la grandeza de la Iglesia, la nueva Jerusalen, y continúa:

"Levántate, Jerusalen: la gloria del Señor brilla sobre tí; las naciones caminarán á tu luz y los reyes á tu esplendor. Levanta los ojos, mira á tu rededor: tus hijos vendrán de lejos, tus hijas acudirán de todas partes.» Esto debia señalar la venida del Mesías. Mirad ahora: ¿la ley universal no se ha promulgado en todo el universo? Roma, la nueva Jerusalen, ¿no ha establecido su imperio sobre toda la tierra? Los reyes no han caminado al resplandor de su luz? ¿No ha sustituido el sacrificio de Jesucristo á todos los sacrificios? La Iglesia ¿no ha recibido y recibe todos los dias en su seno lo mas escogido de las naciones?

Jesucristo, pues, pudo decir: "*Profundizad las Escrituras; ellas dan testimonio de mí;*» y San Pedro, despues de recordar el milagro de la transfiguracion, tuvo razon en decir: "*Nosotros tenemos un argumento mas fuerte que los milagros, la palabra de los Profetas, que brilla como una antorcha en un lugar oscuro.*»

¡Qué maravilla el cumplimiento de todos los oráculos! Preséntase Jesucristo, y de los restos de la sinagoga y de la reunion de los gentiles se forma una Iglesia esparcida por todo el universo: lo que los Profetas anunciaron lo cumplieron los Apóstoles, y los acontecimientos verifican la prediccion de los Apóstoles y de los Profetas.

¿Dónde están los ídolos que cubrian la tierra? ¿Qué se ha hecho aquel tiempo en que, segun la bella espresion de Tertuliano, todo era Dios, escepto el mismo Dios? Todos los templos del mundo conocido, son ahora lo que antes el templo de Jerusalen; y para encontrar hoy ídolos adorados, es menester penetrar en lo mas hondo de los corazones.

Pero en medio de este movimiento del universo, de esta conversion de naciones que acuden de tropel bajo el estandarte de Jesucristo y forman un nuevo pueblo, ¿qué es del antiguo, del pueblo judío, del único que por un momento adoró al verdadero Dios? Leed: los Profetas lo han referido todo de antemano, y la historia es tambien en esta ocasion el cumplimiento de la profecía. ¡Maravilloso testimonio! ¡Milagro superior á todos los milagros! ¡Palabra de Dios tan resplandeciente como el sol!

Daniel, orando en Babilonia, recibe esta respuesta del ángel.

"Setenta semanas se han señalado á vuestro pueblo y á la ciudad Santa para que sea borrada la iniquidad, para que las visiones y profecías se cumplan, para que la justicia eterna venga sobre la tierra, y

el Santo de los santos sea ungido. Sabe, pues, y nota bien esto: desde la publicacion de la órden para que Jerusalen sea reedificada, hasta el Cristo, gefe de mi pueblo, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. (Cuatrocientos noventa años.) Y despues de sesenta y dos semanas el Cristo será condenado á muerte, y el pueblo que debe renunciar á él, no será ya mi pueblo. Un pueblo con su gefe que debe venir, destruirá la ciudad y el Santuario, que se arruinará completamente; y la desolacion que está resuelta, continuará despues de acabada la guerra. El Cristo confirmará con algunos su alianza en una semana; y al medio de esta semana se abolirán las hostias y los sacrificios. La abominacion y la desolacion estarán en el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion y hasta el fin.»

Jesucristo, al citar la prediccion de Daniel, añade nuevas circunstancias. Cuando entra en Jerusalen, en medio de las aclamaciones de sus habitantes, esclama: "Jerusalen, ¡si tú conocieras en este dia la paz que vengo á traerte! Pero todo esto se oculta á tus ojos. Vendrán dias de calamidad sobre tí. Tus enemigos circunvalarán tus murallas, y te cercarán y estrecharán por todos lados. Te arruinarán, con tus hijos que están en medio de tí, porque no has conocido el tiempo de la visita.»

"¿Veis ese edificio? dijo otra vez á sus discípulos, mostrándoles el templo; pues no quedará piedra sobre piedra.»

Al conducirle al suplicio decia: "Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí: llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos; porque llegarán dias en que se diga: dichosas las mugeres estériles, cuyas entrañas no han engendrado y cuyos pechos no han criado.»

Aquí se predice de la manera mas terminante la ruina de Jerusalen, la única *ciudad donde Dios fué* adorado antes de Jesucristo. La dispersion de los judíos se halla en todas las páginas del libro que ellos mismos llevan á todas partes. Escuchemos al Profeta Oseas:

"Por mucho tiempo los hijos de Israel estarán sin rey, sin príncipes, sin sacrificios, sin altar; y despues de esto los hijos de Israel volverán al Señor su Dios, y le buscarán, así como á David su rey. Reverenciarán al Señor y sus dones, y esto acaecerá en los últimos dias.» Vuelva ahora cada cual los ojos al rededor de sí, y en donde quiera verá judíos sin rey, sin sacrificios, sin altar, sin territorio; perseguidos por la venganza divina, siendo los únicos en el universo que no conocen que han quitado la vida al Mesías, objeto de su espectacion. Se han cumplido los tiempos, y ellos no lo ven; tan distantes de entender los acontecimientos del mundo, como el ateo la direccion del universo.

"El que no vé á Jesucristo, decia San Agustin, es ciego: el que le vé y no le bendice, es ingrato: el que le blasfema, es insensato: *quisquis non videt, cœcus: quisquis videt, nec laudat, ingratus: quisquis laudanti reluctatur, insanus est.*»

En efecto, los oráculos, las figuras que denotaban la venida del libertador, ¿podian cumplirse con mas claridad y evidencia que en Jesucristo? ¿No se vé que en él reflejan todos los pasages sueltos de los Profetas? ¿No es él á quien anunciaban Abel, Noé, Abraham, Isaac, Josef, Moisés, y Elías? ¿Quién ha hecho caer los ídolos? ¿En cuyo nombre caen aún hoy? Los caracteres de la ley predicha por el Antiguo testamento, ¿no son exactamente los caracteres de la ley cristiana? La revolucion predicha para la época del Mesías ¿no es el grande acontecimiento verificado en el universo hace 1800 años? Abraham ¿no es hoy el padre de un gran pueblo? Cuando los hijos de este patriarca, conducidos por Jacob, entraron en Egipto, eran los únicos en el universo que reconocian

públicamente la unidad de Dios. Aquella tribu, hecha ya una nacion, salió de Egipto llevando el culto del verdadero Dios, y se estableció en la tierra de Chanaam prometida á sus padres, donde mas adelante se levantó el solo templo erigido en honor de la Divinidad, y hoy, por un milagro asombroso del poder divino, no hay un hombre de los que creen en la unidad de Dios, que no sea hijo de Abraham segun la carne, y el espíritu. Los judíos y los mahometanos descienden de Abraham segun la carne, y los cristianos son sus hijos segun el espíritu, supuesto que unos judíos enviados por Jesucristo, hijo de Abraham, procrearon á los gentiles para la luz divina.

Abraham, pues, es hoy el padre de los creyentes. Su posteridad se ha multiplicado como el polvo de la tierra, como las estrellas del cielo, como la arena del mar: posee las puertas de las ciudades, es decir, el poderío de la tierra: todas las naciones del mundo son bendecidas en un hijo de su descendencia. La promesa hecha al pastor de la Caldea, ¡no es un milagro siempre subsistente á los ojos del universo? Las naciones sentadas en la sombra de la muerte debian ser convertidas, y los judíos dispersos por toda la tierra. ¡No es esto lo que hemos visto, lo que estamos viendo todos los dias? El Sol de los entendimientos que salió en Bethleem, ¡no acabará de dar muy pronto la vuelta al mundo? ¡Qué querria decir el pueblo sin rey, sin territorio, sin sacrificio, esparcido por todo el universo, si no pesara sobre él la sangre de Jesucristo? ¿Por qué está desierta Jerusalem? ¡Por qué humea aún en la Judea el rayo que la hirió? ¡Por qué Roma, la señora del mundo, pertenece al sucesor del barquero de Genezareth, á quien dijo Jesucristo que le haria pescador de hombres? Los pontífices no están ya en Jerusalen: Dios no reside ya allí: Roma es la que *instituye* los sacerdotes que presentan á Dios el sacrificio puro y sin mancilla, hecho la redencion del universo.

Así, no hay un acontecimiento predicho por el libro de los judíos y de los cristianos que no se haya cumplido. Los gentiles sentados en las tinieblas están ahora en la luz, y los que estaban en la luz están ahora en las tinieblas. No puede, pues dudarse de la primera venida de Jesucristo. Dios ha hablado por medio de los acontecimientos de un modo tan solemne, como por el espectáculo imponente del universo: Dios ha hecho oir su voz á la tierra: su justicia y su amor se han manifestado á todos los ojos: la historia publica su justicia y su amor, como el universo cuenta su poder. ¿Cómo, pues, tener ninguna duda del juicio final y del cumplimiento de los oráculos que le anuncian?

Una vez que todo lo que ha pasado en la conversion del mundo se ha verificado conforme á las predicciones de los libros del Antiguo y del Nuevo testamento, Dios ha sancionado estos libros á los ojos de todas las naciones; y como el tiempo no ha hecho más que aclarar las palabras de los Profetas y de Jesucristo, Dios mismo autoriza á aquellos y diviniza á éste á los ojos del hombre. Dios dice tambien á todos los que tienen vista para ver y oidos para oir, como en otro tiempo en el Jordan y en el Thabor: "Este es mi Hijo muy amado: escuchadle." Las profecías, convertidas en sucesos, son la voz del Altísimo. Todo lo que tenemos delante nos dice: "Dios ha hablado." Nos habla por la ruina de Jerusalen, por el esplendor de Roma, por la caida de todos los ídolos, por los templos levantados á la unidad divina en toda la tierra. "*Se ha visto á Dios* (como dijo el Profeta) *en la tierra conversando con los hijos de los hombres: Ipse visus est in terris, et cum hominibus conversatus est.*" ¿Necesitamos nuevos milagros? Una profecía cumplida ¡no es un milagro

siempre subsistente? "Al principio, dice San Ambrosio, los milagros eran necesarios para afirmar los fundamentos de la fé: ahora no lo son, porque la fé pasa de un pueblo á otro por medio de la enseñanza: *populus populum ad fidem adducit.*"

Podemos decir que de mil ochocientos años acá Dios ha intervenido é interviene milagrosamente en la tierra. Cuanto mas nos alejamos, mas fuerte es la prueba. La conversion del universo, resultado de las profecías y de los milagros, es hoy el mayor de los milagros, y basta solo para hacer razonable nuestra fé, como dijo San Pablo.

Ahora ¿qué es menester para rendir el entendimiento? ¿Qué mayores prodigios se pueden pedir? ¡Qué nuevos milagros serian mas poderosos para persuadir!

Mientras que los judíos esperan aún la primera venida del Mesías, se prepara ya la segunda. Las tinieblas en que aquellos están sumergidos, provienen de que no han sabido distinguir la venida de humillacion de la venida de gloria, sin embargo de estar las dos tan claramente señaladas en la Escritura; y si no hubiese hombres bastante ciegos para negar la existencia de Dios, no podria esplicarse la obcecacion de los judíos á vista del brillo deslumbrador de los libros santos, que les muestran por todas partes á Jesucristo. En efecto, el sol no descubre mas visiblemente la existencia de Dios en el universo, que la Biblia á Jesucristo.

Abramos, pues, el libro de los cristianos y el libro de los judíos, esos libros que contenian la historia del universo antes de los hechos de que consta, y encontraremos las nuevas profecías, que, completando esa grande historia, desenlazan el drama del destino humano por medio del juicio final.

"Cuando se haya cumplido el órden de los siglos, dice el gran obispo de Meaux, *se hayan* consumado los misterios de Dios, *y anunciado el evangelio* por toda la tierra; cuando esté lleno el número de nuestros hermanos y completa la sociedad santa de los elegidos; cuando no haya ninguna vacante en las regiones celestiales donde la desercion de los ángeles rebeldes dejó tantos puestos, entonces será tiempo de destruir para siempre la muerte, y desterrarla á los infiernos de donde salió. Dios llama lo que es con la misma facilidad que lo que no es. La nada es de Dios así como el universo: *ejus est nihilum ipsum, cujus est totum.* Así todos los oráculos atestiguan la resurreccion. "En verdad, en verdad os digo, viene la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan tendrán la vida. Espíritu de los cuatro vientos, ven, sopla sobre los muertos, y que revivan, y los huesos se acercarán á los huesos, y los nervios y las carnes los cubrirán otra vez, y la piel se estenderá, y entrará en ellos el espíritu, y serán vivos, y el ejército innumerable de los muertos se levantará por sus propios piés." Al sonido de aquella voz omnipotente, que se oirá en un instante desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion hasta el Mediodia, el mar, la tierra, y los abismos se prepararán á restituir sus muertos. Pero ¿para qué esta resurreccion del género humano y esta multitud innumerable de muertos que se levantan en pié? Para asistir al grande espectáculo de la segunda venida de Jesucristo, al juicio final.

"Yo reuniré, dice el Señor, por la voz de Joel, todas las naciones en el valle de Josafat, y yo me sentaré en un trono para juzgarlas." "Entonces, añade Daniel, los que duermen en el polvo despertarán, para la vida eterna los unos, y los otros para un oprobio que no se acabará." "El sol, dice San Mateo, se obscurecerá y no dará mas su luz inútil: las estrellas, antorchas superfluas, no teniendo ya noches que iluminar, caerán del Cielo, y las potencias se conmoverán; mas entonces aparecerá en los

Cielos la señal del Hijo del hombre: todos los pueblos de la tierra estarán entre llantos y gemidos, y verán al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y magestad.» "Es preciso, dice San Pablo, que todos nos presentemos ante el tribunal de Jesucristo, á fin de que cada uno reciba lo que le corresponde, segun que haya obrado bien ó mal. Dios descubrirá lo que está oculto en las tinieblas, y manifestará el secreto de los corazones.» Los Profetas han anunciado de antemano, y como descrito todo lo que ha de suceder en aquel dia grande. "Aquel dia, dice Isaías, será un dia de oscuridad, de nubes, un dia de torbellino y de tempestad, un dia de calamidad y angustia. Montañas, caed sobre nosotros, esclamarán los impíos: ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono, y libradnos de la cólera del Cordero.» "El Señor, dice el libro de la sabiduría, precipitará á los impíos hechos pedazos y mudos, los conmoverá, destruirá su grandeza orgullosa: ellos estarán en medio del dolor, y su memoria perecerá. Al ver á los justos dirán: Ved aquellos á quienes despreciábamos y que eran el objeto de nuestros ultrages: nosotros, insensatos, teniamos su vida por una locura y su fin por un oprobio; y hé aquí que son contados entre los hijos de Dios, y su herencia está entre los santos. Hé ahí lo que han dicho en el infierno los que han pecado, porque la esperanza del perverso es como el polvo que se lleva el viento, como la espuma impelida por la tempestad, como el humo que disipa el viento, como la memoria del huésped de un dia que se ausenta.» "Entre el estruendo de una tempestad espantosa pasarán los Cielos, dice San Pedro, los elementos abrasados se disolverán: la tierra con todo lo que contiene, será consumida por el fuego.»

Finalmente, el Señor mismo, despues de su segunda venida dirá á los justos, segun lo anuncia en su Evangelio: "Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el principio del mundo:--Id, malditos, al fuego eterno que está preparado para el demonio y para sus ángeles.»

Vamos á ver ahora reunidos en un solo cuadro todos los pasages esparcidos de los Profetas y de los evangelistas: va á ofrecérnosle el que habia penetrado todos los secretos de lo porvenir en el seno del mismo Verbo, el Profeta de la nueva ley, el amigo del Señor, que fué Apóstol, Profeta y evangelista; el Verbo del Verbo.

"Yo ví un gran trono blanco, dice San Juan, y sentado en él uno á cuyo aspecto huyeron la tierra y el Cielo, y no se halló mas su lugar. Yo ví á los muertos, grandes y pequeños, de pié delante del trono: se abrieron los libros, y tambien se abrió otro libro, que es el libro de vida, y los muertos fueron juzgados con arreglo á lo que estaba escrito en aquellos libros, segun sus obras. El mar restituyó los que habian muerto en sus aguas: la muerte y el infierno restituyeron tambien sus muertos, y cada uno fué juzgado segun sus obras. El infierno y la muerte fueron precipitados en el estanque de fuego que es la segunda muerte.»

Las profecías que acaban de oirse, ¿no son tan claras y tan formales como las profecías que miran á la primera venida? Los libros que predijeron la conversion del mundo, la ruina de Jerusalen, la dispersion de los judíos y el reino espiritual de los sucesores de Pedro, ¿no anuncian igualmente el fin del mundo, la resurreccion de los muertos, el juicio final, el Cielo y el infierno? Y supuesto que no puede dudarse de las primeras predicciones, cuyo cumplimiento se está viendo, ¿cómo dudar de las segundas?

Cuando David, Isaías y Sofonías anunciaban la venida de un judío, de un hijo de Abraham, de Isaac y de Jacob, que debia convertir el universo; este, acontecimiento aparecia lejano en medio de una

grande obscuridad. ¡Qué pensaban los asirios, los persas, los griegos, los romanos, señores y vencedores de los judíos, cuando éstos les anunciaban la conversion del mundo, y la vasta monarquía espiritual que se habia de estender por el universo? Pensaban lo que se piensa hoy cuando se habla del fin del mundo. Hoy todo está claro, porque todo se ha cumplido. Pero aquellas profecías ¡eran mas claras que los oráculos en que se anunciaban los hechos de los últimos dias? No, sin duda. Sirva, pues, lo que se vé, para comprender lo que no se vé.

No son estas vanas congeturas de la imaginacion, sino deducciones rigorosísimas de los hechos mas ciertos: sí, todo es evidente. ¿Quién se atreveria hoy, á no tener cubiertos los ojos con una venda tan tupida como la que cubre los de los judíos, á negar la primera venida? ¿Quién podria negar la segunda? El libro de los judíos hace auténtico el libro de los cristianos: cerrado aquel de repente, se acaba en el segundo, que comienza por la genealogía de Jesucristo, y concluye con el juicio final y la separacion de los buenos y de los malos. Los judíos, pues, tienen el principio de una historia que no concluye para ellos; solo los cristianos tienen su continuacion y desenlace. El Cordero ha abierto los siete sellos del libro cerrado.

¡Quién podria en el dia dejar de creer en Jesucristo, y ser absuelto el dia del juicio? ¡Qué hombre no ha oido hablar ahora de Jesucristo y de su Iglesia? ¿Para quién no son Roma y Jerusalen testimonios vivos de la cólera y de la misericordia divina? El sol y los astros ¡son testigos mas brillantes del poder de Dios?

No podeis dudar del fin del mundo, ni de la resurreccion de vuestros cuerpos, ni del juicio final, ni del Cielo, ni del infierno: no os apegueis, pues, á esta tierra que va á pasar y que ya sentis temblar debajo de vosotros. Escuchad bien: ¿no creeis oir, como San Gerónimo, las trompetas del juicio final? ¡Quién sabe si estamos muy distantes de los dias *del hombre del pecado, de aquel cuya entrada en el mundo será por obra de Satanás. con milagros, con prodigios, con mentiras; aquel que debe ser el signo precursor de los últimos tiempos?* Como el mar y la tierra deben obedecerle segun los Santos padres: como toda la Iglesia debe ser perseguida por él, y como su reinado ha de ser muy corto, mil doscientos noventa dias, un año, dos años y medio año; es menester que el mundo esté en una comunicacion casi tan rápida como el pensamiento, para que los acontecimientos que miran al Ante-Cristo, sean, por decirlo así, universales. ¿Y no es esto lo que sucede á nuestra vista con esos progresos de las luces y de las ciencias, que harán pronto de todas las naciones un solo pueblo? "La tribulacion será grande, ha dicho Nuestro Señor, y tal, que no habrá habido jamas otra semejante desde el principio hasta el fin." ¡No parece que nos acercamos á aquellos dias en que los huesos secos de los hijos de Israel se han de levantar y reunirse para recibir nueva vida? Los reyes del Aquilon ¡no están en vísperas de espulsar á Ismael, el hijo del impostor, de los paises conquistados á Isaac, para reponer en ellos á los hijos de Abraham segun la carne? Arrojad á la esclava y al hijo de la esclava, decia Sara, porque el hijo de la esclava no será heredero con Isaac de las promesas hechas á Abraham. Así ¡no pudiera creerse que todos los esfuerzos de la Europa para conquistar el sepulcro de Cristo, y hasta la virtud de San Bernardo y de San Luis, fueron impotentes solo para hacer mas sensible el designio de Dios acerca de los judíos, destinados tal vez á reconquistar el sepulcro del Justo, el dia en que reconozcan á aquel á quien crucificaron?

Los acontecimientos se precipitan: los pueblos se dan de nuevo la mano: parece

que volvemos al tiempo en que la tierra no hablaba mas que un solo idioma. Diríase al ver este movimiento, este progreso al rededor de nosotros, que las naciones comienzan á reunirse para presentarse juntas ante el Juez de los vivos y de los muertos: todo parece que se precipita á su fin; pero no olvidemos que para cada uno de nosotros la segunda venida puede suceder hoy mismo. Al salir de nuestros cuerpos, hallaremos, no á Jesus humillado, sino á Jesus en la gloria. No necesitais, pues, las señales de los últimos dias para creer en todas estas verdades: apresuraos á convertiros. La trompeta suena para vosotros. Desgraciado, desgraciado el que no quiere comprender, por no verse obligado á obrar bien.

Tengamos siempre á la vista el gran desenlace de la vida humana, sin el cual lo que es obscuro parece inesplicable. Ese desenlace nos forzará á dar gloria á Dios viendo todo lo que ha hecho por el hombre, y condenarnos á nosotros mismos, porque este juicio será el juicio de Dios tanto como el del hombre. Este será juzgado y recompensado ó castigado. Dios será juzgado, porque es menester que pruebe que es justo, como que se interesa su gloria: será juzgado y admirado y bendecido: *scitote esse judicium*.

REFLEXIONES

SOBRE LAS VERDADERAS Y UNICAS CAUSAS DEL ESTADO EN QUE SE HALLA LA REPUBLICA, Y SOBRE LA INJUSTICIA, FALSEDAD Y MALA FE CON QUE SE ATRIBUYEN SUS CALAMIDADES AL CLERO.

"¿Quereis salvar á un pais que se pierde, con solo decir la verdad? Todos temen, ninguno os ayuda, y muy pocos os comprenden."

Truths would you tell to save a sinking land?
All fear, none aid you, and few understand.

POPE.

Ha aparecido en estos dias un cuaderno con el título de "Consideraciones sobre la situacion política y social de la República Mexicana en el año 1847," en que su autor, dando una mirada rápida sobre el pais, atribuye el deplorable estado en que se encuentra, al ejército, al clero y los empleados, sobre cuyas clases hace gravitar todos los males que actualmente sufre nuestra sociedad, considerándolas como las verdaderas y únicas causas que la han conducido á la decadencia y postracion en que se halla. Sin duda es muy interesante este estudio y ha sido una desgracia el que se haya emprendido sin la filosofía é imparcialidad necesarias, valiéndose de sarcasmos, calumnias y desprecios, desconociéndose las causas positivas de nuestros males, y promoviéndose la desunion, en una época en que, mas que nunca, debian unirse los mexicanos para entrar en el órden, hacerse respetar de sus enemigos y constituirse con mas juicio y cordura, haciendo prosperar todos los elementos que posee para ser una de las primeras naciones del universo.

No es de nuestro instituto contestar á todos los cargos que se hacen en ese in-

cendiario escrito á las clases que con tanta injusticia se acriminan: no faltará quien lo analice, y combata todos los errores y calumnias que contiene; y entretanto, por lo que á nosotros toca, daremos nuestra opinion sobre las verdaderas causas, en nuestro juicio, de las calamidades que sufre la República, y haremos conocer las calumnias que se dirigen al clero, y las groseras equivocaciones en que se ha incurrido respecto de su conducta en la última guerra. Ambas consideraciones nos demostrarán con cuánta exactitud como verdad dijo el sábio en los Proverbios: "El hombre astuto vé el mal y se oculta; pasa el inocente y él reporta el castigo." *Callidus vidit malum, et abscondit se: innocens pertransiit, et aflictus est damno.*

PARTE PRIMERA.

Breve ojeada sobre las causas de la decadencia y postracion en que se halla la República Mexicana.

Triste es á la verdad el cuadro que presenta la República Mexicana, y no podemos pintarlo con coloridos mas propios que como lo ha bosquejado el autor del cuaderno: "La guerra civil (dice) que ha sido "aquí permanente por espacio de treinta "y siete años, ha desmoralizado á todas "las clases y destruido así el único ele-"mento de órden que tenia este pais al "hacer su independencia, esto es, aquel "respeto y obediencia ciega á las autori-"dades, que formaba la base del sistema "colonial. Ese respeto y obediencia han "sido sustituidos por la licencia y el des-"enfreno mas escandalosos. La libertad "de imprenta, que es y debe ser en todas "partes empleada para ilustrar al pueblo, "ha servido aquí para desmoralizarlo y "embrutecerlo cada dia mas. En vez de "atacar con energía toda clase de abusos "y preocupaciones; en vez de ilustrar las "materias mas vitales para la sociedad, y "procurar con franqueza, lealtad y buena "fé las mejoras necesarias para el bienes-"tar y prosperidad del pais, los periódi-"cos, con pocas escepciones, se han ocu-"pado constantemente en exaltar las mas "ruines y mezquinas pasiones, y fomentar "los odios, estraviando la opinion pública "y comerciando así alternativamente con "los intereses de las mismas clases que "viven de los abusos, y con la ignorancia "del público en general.--Por otra parte, "en los infinitos gobiernos que se han su-"cedido unos á otros durante veintiseis "años, los hombres de todos los partidos "que han figurado en ellos se han puesto "en evidencia por sus torpezas ó por sus "maldades. El pueblo se ha acostumbra-"do á no respetar á sus autoridades, por-"que en vez de hallar en ellas el ejemplo "del saber y de las virtudes, no ha encon-"trado sino vicios y debilidades. Esto ha "dado por resultado, que todos los hom-"bres se odien ó se desprecien, y que no "haya uno solo de todos ellos que inspire "la confianza general; porque en nuestras "interminables cuestiones domésticas, to-"dos ellos se han manchado mas ó menos, "y han perdido el poco prestigio que te-"nian, algunos por sus maldades, y todos "por la incompleta incapacidad que han "demostrado para dirigir con acierto los "negocios públicos, y cortar de raiz los "males que sufre la República. El males-"tar general y permanente de la sociedad "ha fomentado, como es natural, los odios "mas profundos entre sus individuos. Di-"vididas las clases en bandos, con tales ó "cuales principios políticos, cada uno de "estos partidos cree ó pretende que sus "contrarios son la única causa de las des-"gracias de la nacion; y es tal y tan ciego "el frenesí con que sostienen sus diversas "opiniones, que verian sin duda con me-"nos sentimiento la pérdida total del pais, "que el triunfo de cualquier partido que "no fuese el suyo. En este torbellino de "las pasiones, en esa confusion de pala-

"bras puestas en juego por los mismos "partidos, la verdad ha desaparecido para "dejar su lugar al charlatanismo mas des- "preciable. Cada hombre tiene su plan "distinto de los demas, para hacer *á su* "*modo* la felicidad del pais; y en medio de "semejante algarabía, la República mexi- "cana presenta el curioso espectáculo de "que, aunque todos los hombres hablan "en ella el mismo idioma, nadie se entien- "de, y los únicos que sacan ventaja de tal "situacion son aquellos que, sin tener nin- "guna opinion política, se han formado "su subsistencia especulando sobre el mis- "mo desórden general."

En efecto, esto que se escribe en México, delante de miles de testigos, y sin temor de ser desmentidos, pues mas bien que exagerado se han omitido muchos tintes, que harian todavía mas negro y horrible el cuadro de nuestra desgraciada situacion, es la pura verdad, y nadie, por preocupado que sea, podrá atreverse á negarlo. En él se pintan los funestos efectos de una revolucion, no gloriosa para conseguir la libertad, sino favorable á ese ateismo que causó los males de la Francia: en él se descubren los crímenes de la prensa libre, arma la mas propia para desmoralizar y embrutecer cada dia mas á los pueblos: en él se deja entrever, aunque confusamente, en las torpezas ó maldades de los hombres de todos los partidos que han figurado en nuestros infinitos gobiernos, ese absurdo y perjudicial sistema de las *capacidades*, tan favorable á las facciones: en esa charlatanería de esa nube de reformadores que, cada cual, con un plan distinto de los demas, quiere hacer *á su modo* la felicidad del pais, la causa final del desacuerdo de las opiniones políticas, de ese estado de disolucion en que se encuentra el pueblo, y de esa impunidad con que se cometen los mas enormes delitos, los de conspiracion y revueltas. ¿Y despues de ponderados tantos elementos de anarquía y destruccion, no se sacan las legítimas consecuencias de esas premisas? ¿Se buscan las causas de tantas calamidades, en ciertas clases, y no en el espíritu que ha corrompido á toda la sociedad? Pero no nos apartemos de las proposiciones que asienta nuestro autor, y acomodemos á ellas nuestros discursos.

En juicio de algunos escritores que no reparan en que hablan delante de miles de testigos de la época gloriosa de 1821, en que México rompió heróicamente las cadenas que la ataban á su antigua metrópoli, no habia entre nosotros todos los elementos para hacernos independientes: equivocacion notable, pues no solo en esa época, pero aun desde el año de 1810, los habia, mal que les pese á los detractores de todo lo antiguo, y á los que en vez de referir hechos hacinan calumnias y amontonan falsedades, como Zavala y otros de esta calaña. "El vireinato de México, escribia hace pocos dias el *Monitor*, en trescientos años de pacífica existencia, habia alcanzado un grado tal de abundancia y prosperidad, que vive aún en la memoria de algunos que lo disfrutaron, y contrastando tan singularmente con las *miserias y desgracias* sobrevenidas, parece ya relegado al período fabuloso de la edad de oro de los pueblos.... No son estas pinceladas de fantasía, sino rasgos característicos de una época dichosa, grabados profundamente en la memoria de los restos que aun viven de la generacion que disfrutó de sus dulzuras." Y en efecto, ¿cuáles eran los principales elementos que existian entonces y que son el alma de las sociedades? ¿La religion entendida, practicada y reverenciada por los pueblos? con este elemento vital se contaba. ¿Unas autoridades respetadas y obedecidas? las habia. ¿Un ejército fiel y valiente, una escelente administracion pública, rentas nacionales, comercio, artes, instruccion pública? de nada se carecia. ¿Orden, paz, quietud, seguridad personal,

confianza recíproca, respeto á las propiedades, si no todos los goces, todas las satisfacciones y comodidades de la vida? todo se disfrutaba. ¿Premio á los virtuosos, castigo á los criminales, cuerpos colegiados facultativos, leyes sapientísimas, hijas de la esperiencia y sensatez? todo, todo lo teniamos. Es cierto que los nombres de Voltaire, Rousseau, D'Alembert, &c., eran pronunciados por los mexicanos como los de unos monstruos que habia enviado la Providencia para probar á los justos; ¿pero los funestos efectos de sus sistemas, no solo entre nosotros, sino en todos los paises en que han hallado cabida, no prueba el antiguo buen juicio y sensatez? Ni nuestros padres, ni nosotros en nuestra juventud, vimos en ellos otra cosa que unos enemigos de la humanidad; los aborreciamos y detestábamos, ¿y carecia de razon este odio? ¿La Francia, la Italia, Portugal, España, nuestras hermanas las Américas, todas, todas, cual mas, cual menos, no estaban cimentadas, no gozaban de la existencia de naciones, no vivian tranquilas, con estos mismos elementos, antes de que los principios impíos y anárquicos de esos pretendidos filósofos hubiesen penetrado en ellas, las hubieran trastornado y convertido en morada de llanto, de sangre y de horrores? ¡Y todavía hallan panegiristas semejantes asesinos del género humano! ¡Aun se desconocen las principales causas de todos nuestros males! ¡Se llena de dicterios á los que sábia y prudentemente se esforzaron en prevenir nuestras calamidades! A fé nuestra, que si ellos no hubiesen entrado en nuestro suelo, y si sus máximas no hubieran dirigido nuestra gloriosa revolucion, no nos veriamos en el lamentable estado en que nos hallamos. ¡Qué bien podriamos esclamar con el infortunado Luis XVI, cuando al entrar en su prision del Temple vió en sus paredes los retratos de Rousseau y de Voltaire: "Estos dos hombres han perdido á la Francia." Sí, éstos y sus discípulos han perdido á México.

"En vano se nos objeta la revolucion de los Estados-Unidos, decia Mr. Clausel de Coussergües (*), hablando de la francesa, cuando su objeto ha sido tan diverso: nada tienen de comun con ella esta y otras revoluciones. Allá se peleó por la libertad; el fin constante de la nuestra no ès otro que la destruccion del cristianismo, única base en los tiempos modernos de toda civilizacion...."

La revolucion de los Estados-Unidos, como lo nota Cobbett, fué favorable al catolicismo, no solo en ese pais en que la tolerancia hizo respirar á los católicos, sino en la misma Inglaterra, en que se suavizó su suerte (†); y en la Francia, en virtud de la ley, se estableció el ateismo por los revolucionarios. En aquel pais respiraron los obispos, disfrutaron de su libertad, pudieron llamar misioneros, aun regulares que coadyuvasen sus tareas espirituales; y en el último, la palabra misma se revistió de un nuevo carácter y casi de un nuevo significado; fué insuflada por una filosofía impía y frenética, que minando de mucho tiempo á esta parte los verdaderos fundamentos de todas las sociedades humanas, respetados y reconocidos hasta entonces por todos los pueblos del mundo, debia coronar su infernal obra desnaturalizando á los hombres. "Divididos en facciones, dice un escritor, y chocando diariamente esos impíos filosofastros unos con otros, todos estaban de acuerdo en el punto de establecer la irreligion y el libertinage. Cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas sobre la forma de gobierno, si en todo quisieron libertinage é irreligion, por necesidad quisieron tam-

(*) De la liberté et de la licence de la Presse.

(†) Historia de la reforma protestante en la Inglaterra é Irlanda. *Cartas* 14 *y* 15. --*México* 1832.

bien revoluciones, desórden y anarquía.... Voltaire y Raynal no tenian mas miras en su suspirada revolucion, que solazarse en la ruina del cristianismo; Rousseau miraba triunfante su republicanismo en la soberanía de un pueblo deista; D'Alembert, Condorcet y Diderot la consideraban como la tumba de la religion, el sepulcro de la moral y el triunfo del ateismo.... Todos procuraron imbuir á los pueblos en la aversion á la religion, en el amor á la independencia, en el desprecio de la moral, en el odio á los eclesiásticos, y en el total abandono de la razon y buen juicio. Cuando se llega á formar un pueblo en este gusto, ya está formado para todos los crímenes (*).» Hé aquí la razon por qué la República norte-americana y la francesa, instituidas bajo principios tan opuestos, han tenido opuestos resultados, y por qué una ha progresado al grado que la vemos, y la otra fué el escándalo del mundo y la total ruina de sus pueblos. ¡Y cuál de ambas ha servido de prototipo á la nuestra? ¿Cuáles fueron los proyectos de los regeneradores *ilustrados* de nuestra sociedad, al denigrar tanto las antiguas costumbres de nuestros pueblos, y al exagerar las nuevas luces (†), ó por mejor decir, las llamas que debian reducir á cenizas las que llamaban añejas preocupaciones? "Habla y te conoceré," decia un sábio. Véamos lo que ha sido entre nosotros ese don tan precioso para los pueblos; esa salvaguardia de los derechos públicos y del honor de los ciudadanos; esa libertad de imprenta, de que tanto se ha abusado en veintiseis años. Aquí, aquí es donde debe buscarse la verdadera causa de la fatal é incesante revolucion que ha desolado á nuestra patria y devasta á sus Estados: atribuirla á otra, es confundir la causa con los efectos, los principios con el caso, y el curso natural de los acontecimientos con los incidentes casuales.

Nosotros no somos enemigos de la libertad de imprenta: vemos en ella una escelente institucion: por su medio los hombres pueden instruirse, moralizarse y conocer todo el valor de sus derechos y obligaciones. La libertad de imprenta es, no hay duda, una arma poderosa para combatir la arbitrariedad, la tiranía y el despotismo de los gobernantes; para contener á los funcionarios públicos en la órbita de sus facultades; para defender al inocente de la preponderancia de hombres malvados y poderosos; para cubrir las libertades públicas con su egida de los ataques de los tiranos y de las atrevidas empresas de los ambiciosos demagogos. Pero, por una fatalidad, esta arma tan poderosa se ha convertido contra la misma sociedad, y es la que le ha causado las mas profundas heridas. Antiguamente componian los hombres los libros, y los dirigian y destinaban á instruir los pueblos en la religion, en las buenas costumbres, en las artes y en la cultura; pero hace mucho tiempo que la libertad de pensar y manifestar sus conceptos se ha separado de los límites que prescriben la razon y el bien comunal, y se ha vuelto un libertinage de publicar los pensamientos, por impíos, disparatados, inmorales y revolucionarios que sean. No tratamos de hacer pasar en revista los innumerables periódicos, en su mayoría redactados por liberales y reformadores, á quienes les cuadran perfectamente las tachas que el autor del cuaderno que impugnamos ha espresado con tanta exactitud y verdad; pero hagamos algunas reflexiones sobre la materia de sus trabajos, sin temor de ser desmentidos; y dígase, si despues de haber difundido sus pésimas máximas y anárquicos principios, exaltado las mas ruines y mezquinas pasiones, fomentado

(*) Vocabulario filosófico democrático: *verbo* revolucion.--*México* 1834.

(†) ¡Vd. niega las luces del siglo?--No, *respondia una dama*, pero el diablo es quien conduce las teas.

los odios, estraviado la opinion pública y comercia lo alternativamente con todos los partidos y con la ignorancia del pueblo en general, debe admirar el triste estado á que han reducido á la República; si no hay fundados motivos para atribuirle preferentemente todas nuestras calamidades; y no ha verificado en este infortunado pais lo que decia un periódico francés del siglo pasado: "El pensamiento de los sábios (los filósofos) preparan las revoluciones; el brazo del pueblo el que las egecuta (*)."

En efecto ¡cuáles son los crímenes del libertinage de la prensa? Ellos están bien caracterizados en el preámbulo al célebre edicto de Luis XIII de 1626, en estas palabras que merecen meditarse: "Así como la invencion de la imprenta ha proporcionado grandes comodidades á las ciencias, de la misma manera ha traido grandes y peligrosos inconvenientes en los Estados y *repúblicas* en que se ha permitido con demasiada libertad; porque por su medio se han deslizado y sembrado multitud de pésimas y falsas máximas de doctrina é impiedad contra Dios, la religion, las buenas costumbres, la paz y el bien público.... ha causado grandes turbaciones y desórdenes, porque todas las buenas leyes é instituciones han sido corrompidas y menospreciadas, emprendiendo cada cual atrevida é impunemente publicar y hacer imprimir lo que mejor le parece, con grave perjuicio de la doctrina cristiana, de las autoridades, bien público, paz y tranquilidad de nuestros estados (†)." Parece una narracion histórica de lo que ha pasado entre nosotros. Los poderes mas necesarios, los derechos mas sagrados, las creencias y verdades mas fundamentales han sido las mas combatidas con mayor audacia, constancia y encarnizamiento; las autoridades mas legítimas, las mas reconocidas, las mas morigeradas, han sido el blanco del libertinage de la imprenta: el sacerdocio, sus privilegios, sus bienes, sus corporaciones, su enseñanza y hasta sus innegables servicios, han servido de materia á las sátiras, á los dicterios y calumnias de los iluminados: se ha atacado el poder político y el religioso en su misma esencia, en sus caracteres, en sus derechos y acciones; unos descaradamente, otros con perfidia, pretestando combatir los abusos, llorar las faltas personales, y respetar las instituciones y el poder. No hay revolucion en nuestro pais, desde 1821 á la fecha, que no la haya promovido ántes la prensa periódica; ni gobierno alguno desde el del inmortal Iturbide en adelante, que no haya sucumbido al omnipotente influjo de la prensa. "Yo estoy harto, decia Voltaire en 1730, de oir decir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo; y me vienen ganas de probar que basta uno para destruirlo.... Yo soy gran demoledor, escribia cuarenta años despues (en 1770) á madama Deffaud; y dejo á mis contemporaneos bastantes limas y tigeras." El impío patriarca de Ferney se engañó: la religion triunfó de sus impotentes ataques, como fundada sobre una firme piedra; pero con sus desorganizadores principios y los de sus socios, ha dado armas poderosas para destruir incesantemente todos los gobiernos. ¡Qué ha sucedido en el antiguo mundo, en la culta Europa, en la ilustrada Francia? ¡Cuál de las muchas constituciones dadas en su revolucion de fines del siglo XVIII y principios del XIX subsistió y se consolidó? ¿Y qué acaba de suceder en la misma Francia! ¡qué en España, Portugal, etc., etc? Pero no nos remontemos tanto. El plan de Iguala, el imperio, la constitucion de 24, las leyes constitucionales de 36, las bases orgánicas de 42, todos los gobiernos es-

(*) Mercurio *del 7 de Agosto de* 1790.

(†) Des Crimes de la Presse considérés commé generateurs de tous les autres.

tablecidos en la República en veintisiete años, ¿no han corrido la misma suerte? ¡Quién de los presidentes, salvo uno, ha llenado su período constitucional? Y aun este.... Pero la pluma se cae de la mano al recordar los crímenes de 27 y 28, que preludiaron las desgracias de veinte años despues. Y dígase con ingenuidad y buena fé: ¿quién ha echado por tierra tantas instituciones? ¿quién no ha dejado sistemar ninguna? ¿quién ha soplado incansablemente la tea de la discordia? Esos centenares de millares de hojas incendiarias que han erutado mil ántros tenebrosos, diseminados por toda la República, y cuyas producciones penetran hasta los mas oscuros rincones de nuestros vastos terrenos. Esa multitud de escritos, verdaderos Proteos políticos, siempre dispuestos á la revolucion, sea cual fuere, con tal de que proporcione ascender á los puestos, á sus autores, tan inconstantes en su fé política, como los poetas románticos de la época (*). Esos periodistas inmorales, que siguiendo las huellas de sus oráculos, siempre se están despedazando mútuamente (†) segun triunfa ó es derrotado su partido. Esos.... ¡pero para qué cansarse? Todos esos hombres, de quienes podia decirse lo que de Voltaire decia un escritor de su tiempo, que "habria sido asesino si no hubiese escrito," son los que, abusando de la libertad de imprenta, han asesinado á la patria y reducídola al deplorable estado en que la vemos.

La gravedad de un crímen no se mide solamente por la estension de sus calamidades, ó por la mas ó menos depravacion de sus autores; se aprecia tambien por el número de sus agentes necesarios, ó en otros términos, por el de sus cómplices. ¿Y cuántos son los que se ha creado el desenfrenado abuso de la imprenta desde el año de 1821 á la fecha? ¡Quién si no ella ha corrompido al ejército, llamándolo á secundar las mas inicuas revoluciones, exhortándolo á olvidar sus deberes, y comprometiéndolo á ser infiel al gobierno á quien debia obedecer, y á la nacion que lo mantenia para conservar la paz y tranquilidad pública? ¡Quién si no ese órgano de los partidos, cuando el militar sostenia al gobierno, y oponia la fuerza de sus armas á la de los revoltosos, lo denostaba con los dicterios de enemigo de su patria, genízaro vendido, verdugo de sus hermanos, apoyo de la tiranía, inmolador de las libertades públicas etc., etc.? ¡De dónde, si no de esa misma prensa revolucionaria emanaban esas lisonjeras frases con que se le invitaba á la defeccion, de soldado del pueblo, firme columna de las garantías sociales, azote de los tiranos, y demas bajas adulaciones, á que no era fácil resistir corazones minados de antemano con máximas y doctrinas perversas?

(*) *Como el famoso Mr. La-Martine, de quien escribia el autor de la obra citada* Des crimes de la Presse: "*Ninguna dificultad tiene en cantar á la vez la república y la monarquía, la austeridad y el placer; y se le vé celebrar sucesivamente la muerte de Jesucristo y la de Sócrates, á Mr. de Bonald y á lord Byron, á Cárlos X y á Bonaparte.*

(†) *Citemos únicamente á Voltaire y Rousseau, representantes del* filosofismo, *y véamos su tolerancia y consecuencia con sus socios:* "*Nunca el patriarca de Ferney dijo mayor mal contra los eclesiásticos, ni vomitó mayores injurias contra los papas, como las que lanzó contra el autor de* El Emilio; *y jamas se dejó arrebatar de un furor tan grande contra la Biblia, como contra el* Contrato social: *nunca diremos nosotros tanto mal de los filósofos modernos, como el que ha dicho el filósofo ginebrino; ni diremos jamas tanto de él, como ha dicho de sí mismo; y nos avergonzariamos de referir los vergonzosos crímenes de que se acusa.*" (Pastoral del Illmo. Boulogne en 1821). *¡Hoy mismo no existe en México un asqueroso periódico, que nos ruborizamos nombrar, que en las mismas líneas denigra al sacerdocio y arroja cieno á todos los partidos!*

Y despues de que ha pasado esto á la vista de miles de testigos; cuando el ejército no ha sido sino el instrumento de las facciones, vil juguete de los partidos, y trastornador del órden por los halagüeños cantos de las sirenas periodísticas, ¿todavía se le acrimina, como si no hubiese obrado de acuerdo con sus ideas? Es cierto que cuando algun partido llegaba á entronizarse, su primer cuidado y mayor empeño era que la fuerza armada le jurase fidelidad, para oprimir con su auxilio á sus conciudadanos, y entonces se cuidaba de inspirarle sentimientos opuestos; pero no se contaba con que el partido vencido se valdria de las mismas armas para hacerlo traicionar, y que los mismos argumentos que habian impulsado una vez á la traicion, servirian para repetirla cuantas veces se proporcionase ocasion de cometerla.

A esta creacion de tan poderosos cómplices, á quienes en el cuaderno se hace soportar todo el peso de las calamidades públicas, echando en olvido sus seductores, se ha agregado en consecuencia otro mal no menos grave, en la impunidad de esta clase de delitos, los mayores que pueden cometerse en una sociedad. Sí, esta impunidad es la que ha animado á los coriféos de todas las asonadas á repetirlas incesantemente, confiados en que, si no llegaban á conseguir el triunfo, nada tenian que temer, pues la prensa clamaria desde luego por una amnistía y generoso perdon; invocaria la generosidad mexicana; desplegaria á la vista de las autoridades el manto de la patria que debia cubrir á los anarquistas; lloraria la sangre parricida que iba á verterse inútilmente, y aun se avanzaria á sostener el anárquico absurdo de que las opiniones no son delitos, aunque saliendo de su esfera, se convirtiesen en motines que trastornasen de alto á bajo á la nacion; y con estos y otros mil bellos principios que se dilucidaban frenéticamente, sin que nadie osase hacerles frente, ¡no quedaban los autores de tales atentados, no solo con su vida y empleos, sino aun sin la menor responsabilidad! ¡Pobre República. El tesoro nacional quedaba arruinado; mil propiedades particulares y públicas destruidas; centenares de familias reducidas á la mendicidad; sinnúmero de mexicanos muertos en los campos de batalla, ó estropeados gravemente; los pueblos escandalizados; la vindicta pública burlada.... y entretanto los agentes de tantas desgracias se solazaban en sus robos y depredaciones, desoian la voz de sus conciencias, se complacian en sus maldades, y solo espiaban el momento favorable para repetirlas. Entre sí se daban los parabienes de sus empresas, se animaban mútuamente á reproducirlas, ahogaban en sus corazones todo sentimiento de religion y humanidad: si alguna vez penetraba á ellos la luz de la verdad, procuraban ahuyentarla con la disculpa de la rectitud de sus intenciones, como si éstas escusasen los crímenes; y cuando repetia en sus almas el eco de las pasiones, respondian con toda prontitud, abrazando cualquier revolucion, aun la mas opuesta á sus supuestos invariables principios. En fin, para no alargarnos mas en un punto que daria materia á muchos volúmenes, concluiremos con las siguientes palabras pronunciadas ante un consejo de guerra de generales, que manifiestan hasta dónde habia llegado la inmoralidad de nuestro pueblo en este particular: "Con gobiernos de hecho, se declamaba voz en cuello ante la misma justicia, autoridades políticas cuya legalidad se ha disputado, con el triunfo sucesivo de los partidos, que hace familiares las sediciones, los ciudadanos han ganado á las tropas para que les ayuden; y multiplicándose los delitos políticos, no se pensó desde 1833 (ni ántes tampoco, sino con algun miserable, ó por una venganza particular) en levantar cadalsos para castigarlos, porque esos cadalsos

servirian en sangrienta represalia al que triunfase despues. Por ese acertado camino se ha conducido á la República, quitando infinitas víctimas al verdugo y evitando muchas lágrimas á la desgracia (*).» Podia haber añadido el autor, que por este *acertado* camino se ha vertido infinita sangre inocente, se han derramado torrentes de lágrimas de familias honradísimas. Pero ¿qué importa? Déjese ocioso al verdugo, no llore el criminal, y sepúltese en su ruina la República entera. ¡Y esta impunidad no es de mas funesto egemplo en un pais libre, soberano é independiente, que las tumultuarias deposiciones de los vireyes Iturrigaray y Apodaca en la época del sistema colonial? ¿No pesará nada en la balanza de nuestras calamidades públicas? ¿Aun se desconocerá la parte que el libertinage de la prensa ha tenido en ellas, habiendo influido tan poderosamente en convertirla en sistema?

Aunque nos convida nuestro autor á decir algo sobre esa multitud de hombres que durante veintiseis años se han sucedido en nuestros infinitos gobiernos, y que figurando en ellos, se han puesto en evidencia por sus torpezas ó por sus maldades; nosotros no tratamos de decir nada, porque no se nos acuse de aludir á determinadas personas y partidos; pero no podemos callar, que aun de estos males ha tenido gran parte el abuso de la prensa, formando esos hombres á los que modernamente se les ha dado la denominacion de *capacidades*, como ántes los antiguos compositores de comedias se denominaban *ingenios*. Sobre este particular nada podemos decir con mas propiedad que lo que escribia un escritor español hace muy pocos años: "Entro á hablar, dice, de esta clase (de las *capacidades*) con el mayor temor, porque el lenguaje no puede serle nada satisfactorio, á pesar de que es el lenguaje de una constante y nunca desmentida esperiencia.... Debo hablar de lo que suelen dar de sí, en general, los individuos de esta clase. En verdad no se les puede considerar como interesados en el sostén de ningun gobierno, cualquiera que sea su fortuna: toda revolucion les ofrece un campo favorable, porque tienen poco que perder, y se ponen en disposicion de ganar mucho. Ellos se consideran como hombres de talento, y únicos para arreglar y gobernar las sociedades; y por este motivo la ambicion, que tambien los arrastra á la codicia, llena el lugar que debieran ocupar los sentimientos del deber, el honor y la probidad: envidiosos del bien ageno, y no hallando medios justos y lícitos para poseerlos, deben desear cambios y trastornos políticos, deben provocarlos, y deben tomar parte en ellos desde el primer momento en que la disposicion de los espíritus y la debilidad ú odiosidad de los gobiernos les presenta una ocasion favorable: sus talentos y su instruccion (porque debe reconocerse que es la clase que se cree mas instruida en legislacion y política, así como la mas fecunda en intrigas y pretestos), les sugieren hartos medios para el éxito de lo que se proponen, y hartas esperanzas de lograrlo. Debo repetir que la esperiencia constante y uniforme es garante de lo que digo. No hay necesidad de traer á casa egemplos estrangeros, porque hace mucho tiempo que apenas se pasa un año que no veamos la España víctima de terribles y violentas concusiones, cuyo orígen, progresos y egecucion se debe á individuos de la clase de que estoy hablando (*).»

Al número siguiente parece que describe lo que ha pasado constantemente en nuestro pais: "La condicion esencial,

(*) Defensa del señor general don Joaquin Rangel. *México* 1845.

(*) Las leyes fundamentales de la monarquía española, segun fueron antiguamente y segun conviene que sean en la época actual, *tom.* 2. ○, *núm.* 21.--*Barcelona* 1843.

continúa, de todo gobierno que merezca el nombre de tal, es que sea obedecido de todos sus súbditos; y la condicion esencial del gobierno representativo es, que haya un partido que constantemente le haga oposicion. Este principio anárquico lo hemos visto erigido en dogma político.... y se ha proclamado mil veces en el salon de las córtes y en los periódicos.... Bajo este supuesto, los individuos de la clase de letras y pluma, deben estar interesados en favor de este sistema, porque, en primer lugar, es creador de un sinnúmero de empleos lucrativos, y á mas de esto pone á los ambiciosos, codiciosos é intrigantes, en disposicion de derribar á los que han subido y hecho su fortuna á costa de los sudores del pueblo y de los bienes usurpados; para subir y hacerlo ellos á su vez por los mismos medios, y para defenderse de los nuevos ataques con que han de combatirles los que vengan detras, y no hayan podido todavía encaramarse al poder y á los empleos. Reflexiónese sobre el resultado de todos los sacudimientos políticos.... y se verá que no ha sido otro que un cambio de fortunas, y siempre á costa de víctimas inocentes y de las lágrimas de la gente honrada del pais. Esto quiere decir que la clase de letras y pluma es la que mete mas ruido en la sociedad, y la que forma una opinion pública engañosa, contraria á la verdadera oponion del pais.... la mayor parte de estas personas, ó casi todas, apenas poseen bienes..... y se hallará apenas una sola que no pertenezca á la edad juvenil, edad en que el hombre debe oir, obedecer é instruirse, y á la cual, por razon de ser la mas audaz y la que menos repara en peligros, los gefes de partidos anárquicos han dado una importancia, bajo el aspecto político, que jamas ha tenido en sociedades bien organizadas, ni ha aprobado ningun legislador prudente, antiguo ni moderno, ni es tampoco natural á la constitucion de la sociedad humana.» Ultimamente dice en otro lugar: "Como es imposible que el gobierno pueda contentarlos á todos; como la codicia y la ambicion de los favorecidos produce la envidia y los celos en los que no participan del favor; como siempre hay rivales que no se ganan con empleos y dinero, porque aspiran al egercicio del poder supremo, ascendiendo al ministerio; como cada dia pululan por todas partes nuevas *capacidades* para engrosar el partido de la oposicion; como por efecto necesario del sistema, hay siempre mil periodistas cuya fortuna depende de la guerra que hacen al gobierno, resulta que al cabo caen los miembros del gabinete, y son reemplazados por otros, que, para sostenerse y gratificar á los que los han elevado al poder, han de destruir lo que sus antecesores han edificado, y han de levantar un nuevo edificio de empleados, de empleos, de gracias, de honras, de gastos exorbitantes, pagando siempre los pueblos las ruinas de lo que se destruye y lo que se edifica de nuevo. Y esas destrucciones y esas edificaciones, se puede calcular que se verifican dos veces cada año, contando las mudanzas parciales y casi cotidianas (*).»

Podiamos estendernos mas en nuestras reflexiones; pero no siendo este nuestro principal objeto, nos limitaremos únicamente á hacer observar, que si lo que hemos dicho hasta aquí ha podido escandalizar á ciertos hombres materiales, que desconocen en un todo el mundo moral, no viendo nada del juego, aunque tan visible y admirable, de las causas y de las consecuencias, los principios y los resultados; las personas inteligentes de ninguna manera deben sorprenderse, cuando los conocen y saben muy bien que siempre y en todos los lugares del mundo la verdad ha sido la madre del órden, y el error la del desórden y anarquía. Y en efecto, discurriendo bajo este principio de eterna certidumbre, ¿no fué como el ilustre metafísi-

(*) Obra citada, *núm*. 46.

co Leibnitz anunció la revolucion francesa un siglo ántes de que sobreviniese? ¿no han sido tambien anunciadas despues en todos los pueblos, con mas ó menos exactitud en sus circunstancias, por los que conocian á fondo la exageracion con que podian aplicarse ciertos principios, y abusos que podian cometerse en esta clase de instituciones? Es cierto que el oidor Bataller se dejó arrastrar de su espíritu de partido en la sentencia profética que aplicó á los mexicanos, considerando que adoptarian para gobernarse las máximas del *Contrato social* y demas obras filosóficas modernas, sumamente difícil de contener en sus límites; ¿mas por ventura no han hecho estas mismas predicciones en otros paises otra multitud de hombres ilustrados, y aun los mas hábiles é indiscretos de los mismos que preparaban las revoluciones?

Sobre todo, es triste, pero debe confesarse que tales vaticinios no han sido vanos. Sin hablar de las potencias europeas, preguntemos con un articulista guatemalteco: "¿Qué es de aquella hermosa república de Colombia, que tanto nombre alcanzó en la misma Europa, y que tantas esperanzas prometia? ¿Qué ha sido, y qué es del ilustrado Rio de la Plata, dividido hoy en tres secciones independientes unas de otras, y todas, principalmente la Argentina, agitadas de continuo por divisiones interiores? ¿Qué se hizo del rico y floreciente Perú, tambien dividido hoy en dos repúblicas distintas (*)?" ¿Y qué diremos de esa misma Guatemala, presa de tantas revoluciones? y sobre todo, ¿qué de Mexico? ¡Ah! En todas estas nuevas repúblicas han dominado las mismas ideas, se ha abusado de las mejores instituciones, se han dictado y echado abajo mil constituciones libres, se han preconizado sin la menor oposicion las bellas teorías filosóficas, y todas ellas han sido sin cesar el teatro de la guerra; todas, sin escepcion, yacen en el mayor decaimiento y postracion... ¡Y sin embargo, todas poseen los elementos mas favorables á su prosperidad y engrandecimiento! Esto no es ser serviles, sino racionales: no es suspirar por el régimen colonial, ni desear cosa que se le parezca; es lamentar los abusos que se han cometido de las instituciones mas propias, acaso, para nuestro pais y los demas americanos: es manifestar las causas de los males, para que se refrene esa desbocada libertad de imprenta, para que se castigue ejemplarmente y sin contemplacion á los revoltosos; para que, en fin, se cierre la entrada al templo de las leyes á los que carezcan de la cordura, ilustracion y esperiencia que solo dan las canas, la reconocida probidad y la pública fama de instruccion; dotes que no son muy comunes en esa turba de jóvenes aspirantes, que se denominan *capacidades*; que solo conocen los escritos de los llamados publicistas; que ignoran las objeciones que se les han hecho; que no consultan la historia; que carecen en un todo del tacto necesario para aplicar usos y costumbres de pueblos agenos al propio, y de cuanto se necesita para dictar leyes adecuadas á las circunstancias peculiares de cada pais, que concilien los intereses de los gobernantes y gobernados, y que no sirvan de espantajo á los débiles y flacos, sino que refrenen á los ambiciosos de poder y mando; á los que bajo el velo del anónimo insultan la moral pública y soplan incesantemente la tea de la discordia; á los que, en fin, solo tratan de saciar sus pasiones, sacrificando lo mas sagrado y respetable que hay en la sociedad.

"¡Y qué! clamaban entre otros los obispos de Francia en una memoria presentada al rey en 6 de Mayo de 1770, ¿por no detener los felices progresos del espíritu humano, deberá permitírsele destruirlo todo? ¡No será posible ser libre, sino cuando nada se tenga por sagrado? Esta libertad desenfrenada de hacer públicos los de-

(*) *Véase* El Eco del Comercio *del* 16 *de Junio.*

lirios de una imaginacion estraviada, lejos de ser necesaria al desarrollo de la inteligencia humana, solo puede retardarla por los estravíos á que la precipita, por las locas ilusiones con que los embriaga, y por las turbaciones diversas de que llena los Estados. Esta fatal libertad es la que ha introducido entre los isleños nuestros vecinos esa multitud confusa de sectas, de opiniones y partidos, ese espíritu de independencia y de rebelion que tantas veces se ha ensangrentado en las autoridades. Esta ilimitada libertad produciria acaso entre nosotros efectos todavía mas funestos; hallaria en la inconstancia de la nacion, en su actividad, en su amor á las novedades, en su ardor impetuoso é inconsiderado, mayores medios para hacer nacer las mas estrañas revoluciones, y precipitarla en todos los horrores de la anarquía (*).» Lo que se predijo en Francia en 1770, puede todavía vaticinarse en todos los paises; porque las leyes de la naturaleza siempre son las mismas, y las mismas causas producen sin cesar efectos semejantes. Los hombres todos así como han señalado los crímenes de la imprenta libertina, han indicado al mismo tiempo sus consecuencias. Y no, no se crea que solo los llamados retrógrados son de la opinion de que debe corregirse la libertad de la prensa: Mr. Girardin, liberal muy exaltado, así se espresaba en la cámara de diputados, al hablar de ciertas reformas que convenia hacer, en la restauracion, y entre ellas las de la prensa libre: "Un órden de cosas en todo semejante al que ha sido destruido, tendria infaliblemente las mismas consecuencias, y traeria nuevas crísis, mas terribles que las que hasta aquí han tenido lugar (†).»

Es por lo mismo una exigencia nacional, valgámonos de este término de moda, dictar una ley severa y que se haga efectiva, que reduzca á los escritores públicos, especialmente periodistas, á los límites de una sábia y justa libertad, si es que se desea poner un dique á los males que han causado, como principales agentes; males que hemos señalado, que la esperiencia enseña en todo el mundo, y que ninguno desconoce actualmente. Reprimir este libertinage, previniendo de esta suerte los perjuicios que ocasiona, no choca con la libertad de que debe disfrutar una nacion; y si bien los liberales exaltados clamarán que "el gobierno que apoya su poder sobre los intereses de la nacion (entre los que colocan en primer lugar el desenfreno de la imprenta) no teme las revoluciones interiores ni los ataques de los partidos, porque de todo quedará triunfante;» lo contrario que se ha esperimentado por mas de cinco lustros, debe mover á tomar en consideracion este punto, como capital de la reforma, por el poder legislativo: "Si el legislador, dice muy bien el autor del *Contrato social*, establece un principio diferente del que procede de la naturaleza de las cosas, el Estado no dejará de ser conmovido, hasta que aquel se destruya ó varie, y la invencible naturaleza recobre su imperio.»

Concluyamos, con que habiendo marcado los crímenes del libertinage de la prensa como la verdadera, única y principal causa que ha ocasionado por sí, por sus cómplices y consecuencias la postracion y decadencia en que se halla la República, así como el poder legislativo, que no le puso todas las trabas necesarias, ha sido responsable de ellos, aunque no maliciosamente; de la misma manera lo será ahora, con todo conocimiento de causa y deliberacion, si no los contiene. El mismo Espíritu Santo ha fulminado, por el órgano de uno de sus mayores Profetas, una terrible maldicion sobre los que autorizan esta iniquidad, así como contra los que difunden el error: *Vœ qui condunt leges iniquas et scribentes, injustitiam scripserunt!* (*Isai. X, vers.* 1. ° --*EE.*

(*) Des Crimes de la Presse, *cap.* 39.
(†) Constitucional *del* 12 *de Mayo de* 1825.

PROCESION DE CORPUS.--HONORES QUE DEBEN HACERSE.

Esta procesion, llamada por antonómasia la FIESTA DEL SEÑOR, cuyo orígen é institucion hemos descrito en nuestro último número, se ha celebrado siempre en todos los paises católicos con la mayor magnificencia posible, y en el nuestro, á pesar de las revueltas que lo han agitado incesantemente, y del espíritu de impiedad que brama contra todas las instituciones religiosas, se continuaba con la misma pompa que en los tiempos anteriores á la independencia. Dios se llama y es Señor de los ejércitos, no solo porque lo es de todo lo criado, sino porque en particular se vea que lo mas grande y temible de la tierra le está subordinado. Mas es, sin duda, ser Señor de los ángeles; pero á éstos no los vemos, y sí á los soldados con todo el aparato imponente y terrible de sus formaciones marciales; y al ver que estas escuadras, que son la fuerza física de las naciones, se prosternan delante de la Divinidad, rinden las armas en su presencia, y tienden sobre la tierra sus altas banderas para que sirvan de peana á la eterna magestad; la saludan con sus músicas, cajas y clarines bélicos, y hacen sonar el aire con el ruido de la mas formidable de las armas que ha inventado el arte de la guerra; los corazones todos se llenan de un religioso pavor; al ver anonadado todo el poder de la tierra á la vista de aquel Sér Infinito que, aunque oculto por nuestro amor bajo unas simples especies de pan, ha recibido de su Padre toda virtud y fortaleza, toda honra y gloria, y ningun grande del mundo, solo ó asociado de cuanto puede hacerlo respetable, osa levantar su frente ante el que oye decirle: *Yo soy el Señor.* Esta idea grandiosa y edificante quiso fomentar la ordenanza española, mandando que marchasen el dia de Corpus las tropas de la guarnicion, formasen valla é hiciesen públicamente honores al Divino Sacramento, para que los pueblos, mirando á los fuertes del siglo postrados como los mas débiles, reconociesen la infinita distancia que hay entre el Criador y la criatura. Por la misma razon los reyes salen en estas procesiones, y entre nosotros, por ley espresa, debe salir el presidente de la República (*). Todo debe contribuir á la honra de Dios en el mayor de los sacramentos, en la adorable Eucaristía, que es como el centro ó fin de todo culto esterno.

¡Y es posible que una costumbre tan respetable y edificante, encuentre contradictores y quienes la ridiculicen en nuestra católica México? Así en efecto lo vemos con dolor en ciertos periódicos, en que, de algun tiempo á esta parte, se hace gala de mofarse de los actos religiosos, creyendo con esto dar idea de que los anima ese espíritu fuerte que tantos desengaños ha sufrido de su debilidad, y tan gran cúmulo de males ha atraido á los pueblos. El *Siglo XIX* dice: "Aplaudimos la disposicion del gobierno para que en el Corpus no forme la guardia nacional, cuya institucion tiene por único y principal objeto mantener la tranquilidad pública, *y no servir de farsa.*" ¡Lindo argumento á la verdad y muy republicano! ¡Conque la guardia nacional, porque solo debe mantener la tranquilidad pública, no está obligada á solemnizar con su asistencia, en cuerpo, la grande solemnidad del catolicismo, dar buen egemplo, y demostrar con un acto edificante que respeta la única religion del Estado? ¡Será farsa para los señores editores, que se hagan estos honores militares al Dios de la magestad, solo porque la fuerza armada de la guarnicion no está dedicada á combatir con los enemi-

(*) *No inculpamos la falta de asistencia del Exmo. Sr. presidente, cuya religiosidad es notoria, y que sabemos que su salud se halla* muy quebrantada.

gos esteriores? ¡Seria farsa, porque no podian ir todos los ciudadanos que la componen, uniformados, y dando lustre á los oficiales que iban á su cabeza? ¿Dónde está entonces esa igualdad republicana, ese odio á las distinciones, esa enemistad á todo lo que asemeja al ejército? De paltós, de fracs, de chaquetas ó de cotones, todos los ciudadanos son iguales, y tienen por único y principal objeto mantener la tranquilidad pública: con esta diversidad de trages patrullan, hacen guardias, aun las principales; con ella asisten á los egercicios, y harian otras formaciones militares si fuera necesario. Si alguno entonces la llamara farsa, no tardaria en recibir la respuesta, y una buena reprimenda de los periodistas. ¡Y solo para la fiesta del Señor se ha de calificar su asistencia de farsa! Otra reflexion. Antes de la entrada del ejército enemigo en esta capital, se vió á la guardia nacional uniformada en varios cuerpos, y aun si no nos equivocamos, han formado ya otra vez en el Corpus y bandos nacionales: ¡y ya se habrán acabado todos estos uniformes? ¿No habrán quedado siquiera algunos, vestidos con uniformidad, para haber marchado detrás de la procesion y dádola algun decoro? Con esto se acababa la farsa y habria habido órden y decencia.

El *Monitor Republicano* aun está mas terminante en aplaudir esa disposicion, y se avanza hasta decir: "Estamos persua-"didos que los ciudadanos que tomaron "las armas para defender la independen-"cia de su patria, y ahora las empuñan "nuevamente para afianzar la tranquilidad "pública, se resistirán *á ponerse en ridí-"culo*. Quisiéramos que una festividad "tan solemne en todos los paises católi-"cos, tuviese entre nosotros el carácter au-"gusto que en otras naciones, sin dar ca-"bida *á los ridículos adefecios* con que "acostumbramos deslucir los actos mas "sérios." Mucho dudamos, á vista de lo que hemos dicho anteriormente sobre el espíritu con que se mandó asistir á la fuerza armada á la procesion de Corpus, y del que están penetrados centenares de individuos de la guardia nacional, muy católicos é ilustrados, que se resistieran á la formacion y se creyeran poner en ridículo con ella, ni degradarse por hacer honores á Jesucristo Sacramentado, como los hacen las guardias, que aun antiguamente destacaban dos ordenanzas armados, que acompañasen al Sagrado Viático, cuando pasaba por delante de ellas; costumbre edificante que se vé con descuido el dia de hoy. No, repetimos, no creemos que unos ciudadanos que aun no deben olvidar la visible proteccion de la Providencia, en la defensa de Churubusco, en que pudieron haber sido víctimas, se resistieran á tributar este homenage al Dios de los ejércitos, que sabe contener la ferocidad de un soldado triunfante y encarnizado: se les ha hecho un agravio en suponerlos capaces de tener por un ridículo, lo que no es sino un acto de humildad y edificacion. Mucho incomoda al *Monitor* la conservacion de *ciertas costumbres;* pero por fortuna éstas las vemos aprobadas y sostenidas por hombres, sin agravio sea dicho, mas políticos que los que redactan ese y otros periódicos de la República.

Cuando se restableció el catolicismo en Francia, el famoso ministro Portalis, nada gazmoño ni fanático, pero que tampoco era de la opinion de los que entienden por tolerancia el *ateismo legal*, juzgaba que la sociedad debia ser protegida contra ciertas doctrinas; y que si ninguno debia ser obligado á actos contrarios á su creencia personal, todo el mundo lo estaba á guardar los respetos que exige una solemnidad que excita la idea general de la Divinidad; hacia observar al gobierno de Bonaparte, en uno de sus informes: "que el respeto por la libertad de los cultos llevado hasta la indiferencia, seria muy mal visto, mal concebido, mal ejecutado, y tendia á propagar el libertinage, no siendo entonces esa liber-

tad un beneficio para los ciudadanos, cuando no ofrecia sino un daño al Estado.» Este respeto al culto católico, que predominaba en la Francia, lo movió á respetar *ciertas costumbres*, que acaso no lo habrian sido por otros. Consultado por un prefecto, si era la intencion del gobierno que los funcionarios públicos que profesaban la religion católica asistiesen á la procesion solemne de Corpus, que estaba próxima, le contestó: "que el gobierno los veria con gusto concurrir á esta ceremonia y dar buen egemplo;» y escribiendo al obispo de Vannés, en 1804, le decia: "Pienso lo mismo que V. S. I. sobre que las personas que ocupan los primeros puestos en un departamento, no deben permanecer estrañas á las ceremonias religiosas: y antes darian buen egemplo y afirmarian la autoridad civil, por la confianza que inspiraria su conducta religiosa. En la mayor parte de los departamentos, los prefectos, los *maires*, los magistrados se presentan en la iglesia y en las procesiones; y es de esperar que con el tiempo todos los funcionarios públicos reconocerán la necesidad de no aislarse del pueblo y de los objetos que fijan su veneracion....» (*). En iguales términos contestó á otro prefecto que le dirigió la misma consulta; y á la pregunta que le hacia, de si mandaria adornar las calles por donde debia pasar la procesion, sin ofender la libertad de cultos, le respondió: "Por lo que toca á la compostura de las calles, puede mirarse como una cortesía que se debe á una reunion del pueblo que pasa procesionalmente por ellas, honor puramente civil y que no es debido negar, sea cual fuere el culto que se profese; y así fué considerada en los años anteriores esta misma cuestion en un negocio llevado á la corte de casacion. No es lo mismo respecto á la genuflexion (recuérdese que se habla en un pais en que la tolerancia es legal), á que no puede obligarse, como uno de los actos que suponen la adhesion al culto; la que no debe exigirse sin destruir la libertad de conciencia (†).»

¡Y este prudente y sábio político tuvo por *adefecios y farsa* los honores que se tributan por la tropa armada á la adorable Eucaristía? Escúchese otra de sus providencias: "En las ciudades, previno en un decreto, en que las ceremonias religiosas se hacen fuera del recinto de las iglesias, si pasare el Santísimo Sacramento por delante de cualquiera clase de guardia, los soldados que la componen, tomarán las armas, las presentarán, pondrán una rodilla en tierra, inclinarán la cabeza y llevarán la mano derecha al sombrero; los tambores batirán marcha; el oficial que la manda, puesto á la cabeza, saludará con la espada. En la primera guardia por la que pasare el Santísimo Sacramento, *se le darán á lo menos dos hombres con fusiles para que lo escolten:* las guardias de caballería montarán á caballo, sable en mano; los clarines tocarán marcha, y los oficiales, *estandartes y guiones* saludarán. Item: si el Santísimo Sacramento pasare delante de una tropa que está sobre las armas, se observará lo mismo que está ordenado á las guardias; y si fuere en marcha, hará alto, se formará en batalla y tributará los mismos honores (*)."

¿Qué dirán á estas providencias dictadas en un pais de tolerancia pública, los señores editores del *Siglo XIX* y *Monitor Republicano?* ¿Osarán calificarlas de *farsa y ridículos adefecios?* ¿Dirán que la milicia nacional, que debe formarse de ciudadanos de mas religion y moralidad que lo comun de las tropas de línea, no está mas obligada que estas á manifestar su catolicismo y respeto al culto? "Es menester, concluye el *Monitor*, que nos esforcemos todo lo posible por desmentir en lo futuro la idea tristísima que se da de nosotros en los paises estrangeros, diciendo que nuestra única ocupacion es *repicar y tirar cohetes*." ¡Escelente consecuencia! La milicia nacional tomó las armas para defender la independencia de su patria, y ahora las empuña nuevamente para afianzar la tranquilidad pública.... Luego no debe haber *fiestas*, ni *repiques*. ¡Oh lógica digna del siglo del *progreso!* ¡Oh *ergo* dignísimo de un salmanticense de luengas hopalandas! Nosotros discur-

(*) Memoir. historiq. sur les affair. eclesiast. de France, *tom. I, pág.* 190.-- *Paris*, 1823,

(†) Ibid, *tom. II, pág.* 57.

(*) Obra citada, *tom.* 1.°, *pág.* 411. *Este mismo decreto habla de los honores que debian hacerse á los cardenales, arzobispos y obispos por la tropa armada, que omitimos, porque seria un escándalo para el* Monitor *y* Siglo. *¡Tan republicanos son!*

rimos de otra manera, tomando nuestras premisas de *El Eco del Comercio* · "¿Cuál "es actualmente la situacion de la Repú- "blica? . . . . Los caminos llenos de la "drones;--las ciudades sin seguridad y sin "siquiera una simple organizacion de po- "licía;--el ejército reducido á poco menos "de cinco mil hombres desmoralizados, "sin disciplina;-multitud de oficiales suel- "tos sin colocacion y disfrutando grandes "dotaciones; y toda esta clase, aunque es- "tenuada y reducida á la nulidad, forman- "do aún con sus *exigencias* un amago á "la tranquilidad social.--El contrabando "y el peculado sistemado en los puertos "del Sur.--El tabaco en bancarrota.--Una "nube de empleados flojos é inep os ha- "ciendo una constante invasion á las ex- "haustas arcas públicas.--Los pueblos de "indios de la Sierra, levantándose en gran- "des masas y haciendo incursiones bárba- "ras sobre los valles, y destruyendo la se- "guridad individual y la propiedad de los "agricultores.—Yucatan, al Sur, destro- "zado por una sangrienta y cruel guerra, "y Chihuahua, Durango,. Tamaulipas y "Coahuila, al Norte, invadidos por hordas "de comanches que esparcen impunemen- "te la muerte y el terror, y un partido que "no es puro ni progresista, sino inmoral y "especulador aun por los mas reprobados "medios. Los *grandes y pequeños pro- "pietarios* (*) enconchados dentro de sus "bienes, y en ese inviolable antemural "que sabiamente se han formado. Los "agiotistas, para quienes no hay ni patria, "ni opinion, ni creencias religiosas ni po- "líticas, están con la voracidad de un cai- "man acechando la oportunidad de devo- "rar las rentas públicas, los millones de "indemnizacion (*y los cortos restos de los "bienes eclesiásticos donados por la pie- "dad de nuestros mayores*).--Las clases "pobres de las poblaciones miserables, "mal educadas y ociosas. Este es, pues, "el horrible cuadro que presentan los ne- "gocios públicos; esta es la triste y difícil "posicion en que está el gobierno." ¿Y cuál es la causa de tantos males; cuál el orígen de tamañas calamidades y desgracias públicas? Nosotros la revelaremos aunque se burle la incrédula filosofía del siglo: nosotros, que por una felicidad nuestra todavía creemos, y que tenemos por oráculo las palabras de la Iglesia santa nuestra madre: esa falta, ese olvido de honrar á Dios, el único autor de las sociedades, fuente de todos los bienes, dueño de los corazones, legislador supremo, señor de los ejércitos, príncipe poderoso de la paz, poder por esencia y ante quien todos los poderes humanos son menos que humo que disipa el menor viento: *Sic nos tu visita, sicut te colimus*, se canta en el oficio divino el dia de Corpus. Y siendo tan tibios en reverenciar á Dios en esta su particularísima fiesta, escatimándole los honores, y aun blasfemando de las pequeñísimas muestras de adoracion, que unos miserables gusanos de la tierra pueden tributar á la Magestad infinita, de cuya omnipotente mano lo han recibido todo, ¿nos asombraremos todavía de tantas tribulaciones como nos cercan?--EE.

(*) El Eco del Comercio, *que así como del ministro de España Roda, decia el satírico Azara, que siempre tenia anteojos, y con un vidrio veia jesuitas y con otro colegiales mayores; parece que nunca se los quita, y solo vé soldados y clérigos: habla aquí del clero, olvidando el estado deplorable á que lo han reducido, especialmente las últimas contribuciones, cuyas libranzas han hecho ricos á los especuladores. ¡Válgate Dios por clero! él debe pagarlo todo, morirse de hambre, estinguirse junto con la religion y culto; mientras asombra el lujo de los que han devorado su sustancia y la de los pobres; se respetan bienes mal adquiridos; diariamente se improvisan negociaciones que nadie sabe de dónde salen los fondos etc., etc.--A la verdad que mas vale ser ogros, hechiceros, envenenadores, cuanto malo puede haber en una sociedad, que clérigos, frailes ó monjas. ¡Y así se proclama la union, cuando tan considerable parte del pueblo se indigna de estos tan repetidos é injustos ataques! ¡Todas las propiedades deben ser* inviolables; *menos la mas sagrada que se conoce y puede haber! ¿Serán estas opiniones tan ortodoxas como las de cualquiera? ¿Se opondrán á lo ya decretado por la Iglesia? ¿Se sugetarán á su nueva decision?*

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13.



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 16.

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 8 DE JULIO DE 1848. [Num. 16.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

EL PURGATORIO.

El dogma del purgatorio da la idea mas elevada del amor que Dios exige de nosotros hácia él y hácia nuestros hermanos: hácia él, supuesto que el pecado venial, la imperfeccion de este amor, puede suspender despues de esta vida nuestra felicidad mientras duran los siglos (*): hácia nuestros hermanos, supuesto que los seguimos con nuestras oraciones mas allá del sepulcro, cuando no tenemos ya nada que esperar de ellos. Ningun dogma, pues, asegura mejor desde este mundo la perfeccion cristiana, el amor de Dios y del prógimo. Si el infierno hace conocer el horror que tiene Dios al pecado mortal, el purgatorio muestra cuánto detesta Dios todo lo que debilita el amor. El purgatorio, pues, es un medio entre el Cielo y el infierno. Allí se encuentran la misericordia y la justicia: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia et pax osculatæ sunt.* Por este dogma quedan satisfechas todas las ideas que tenemos del amor y de la justicia, porque el purgatorio es al mismo tiempo un lugar de penas y un lugar de esperanzas.

Existe un lugar de penas en el que el alma expía despues de esta vida, donde no puede ya merecer. Este dogma que la Iglesia católica enseña, es de aquellas pocas verdades que no han borrado jamas de la tierra, y que brillaban con resplandor en medio de las tinieblas del paganismo.

"Aquellos, dice Platon, cuya vida no ha sido enteramente criminal, ni absolutamente inocente, padecen penas proporcionadas á sus faltas, hasta que, purificados de sus manchas, sean puestos en libertad, y reciban la recompensa de sus buenas acciones."

Los judíos sabian que existe un lugar de dolor temporal, y oraban para que las almas de sus hermanos saliesen de él. En el segundo libro de los Macabeos vemos establecida de un modo solemne la creencia del purgatorio.

Así Jesucristo encontró al universo orando por los muertos, y no reformó esta creencia; y San Juan oyó á todas las criaturas que hay en el Cielo, sobre la tierra, en el mar, debajo de la tierra, bendecir al Cordero. Por eso desde los primeros tiempos de la Iglesia se instituyeron oraciones por los muertos.

Tertuliano decia en el segundo siglo: "Hacemos ofrendas por los muertos, y si nos preguntais la razon, nos contentaremos con alegaros la tradicion y la costum-

(*) *Es decir, que con el tiempo cesará el purgatorio.*

bre: es una tradicion, un depósito de la fé: *traditio auctrix, confirmatrix consuetudo, fides servatrix.*"

"Señor, decia San Agustin, hacedme tal que no merezca ni el fuego que desespera, ni aun el fuego que purifica: *Talem me reddas, cui emendatorio igne opus non sit:*" fuego mas formidable que cuántos tormentos pueden padecerse en esta vida: *gravior erit ille ignis, quam quidquid potest homo pati.*"

Pero ¿qué es el purgatorio? ¿cuáles son las penas que allí se padecen? Segun todas las antiguas liturgias, el purgatorio es una mansion sombría, un lugar de tribulaciones, de gemidos, un lago profundo: tiene, dice un orador, las ataduras y el cautiverio, las tinieblas y las llamas voraces del infierno; todo, menos la desesperacion y la eternidad. Tambien nosotros tenemos en la tierra, como Dios, nuestra justicia eterna, en la condenacion á muerte, que separa para siempre de la sociedad al criminal, y nuestra justicia expiatoria en las penas temporales.

Mientras estamos en esta vida, no sentimos la violencia del amor que arrebata el alma hácia Dios, con la rapidez de la flecha ó de la piedra arrojada de lo alto, que se precipita hácia la tierra, porque nuestra alma está envuelta en la carne y la sangre; pero despojada de su cuerpo, al salir de esta vida, entregada enteramente á los movimientos del amor, y aspirando á unirse con Dios, única bienaventuranza, se arroja con impetuosidad hácia él, y padece violentamente por no poderle alcanzar. Tambien sufre por la privacion de todos los objetos á quienes estaba unida. Cada vínculo deja un vacío que el dolor ocupa. En el mundo el alma descansaba en alguna cosa terrenal: tenia amigos, parientes, hijos, riquezas, honores: tenia á lo menos el espectáculo del Cielo y de la tierra, todas las maravillas de la creacion, los prodigios producidos por el arte y el ingenio del hombre. Todos estos apoyos han desaparecido. Cuando el alma sufria en la tierra, mil objetos la distraian del dolor; despues de la muerte no hay ninguna distraccion: el dolor se apodera de toda el alma.

En el mundo tenemos como dos medidas del tiempo; una fuera de nosotros, que se toma del movimiento del sol, y otra dentro de nosotros, que se toma del movimiento de nuestro corazon. ¿Quién no sabe que la alegría abrevia la duracion, y la pena la aumenta? En el purgatorio no se mide el tiempo por el sol, sino por el dolor. A las almas del Cielo la eternidad parece un momento: á las almas del purgatorio, suspendidas entre la tierra y el Cielo, no viviendo mas que de deseos insaciables, tan inciertas del dia de su libertad como lo estamos en el mundo del de nuestra muerte, los momentos les parecen una eternidad: *In purgatorio erit dies unus tanquam mille anni.*

Hé aquí los tormentos del alma en el purgatorio, tormentos terribles, pero tan justos, que el alma misma se condenaria á ellos, si Dios no la hubiese condenado.

El alma, dice Santa Catalina de Génova, que separada de su cuerpo, no se encuentra tan pura como fué criada, viendo que solo las llamas del purgatorio pueden destruir este obstáculo, se arroja á ellas con impetuosidad; porque si la sabiduría de Dios no hubiese establecido este órden, el alma estaria no en un purgatorio, sino en un verdadero infierno. La esencia divina es de una pureza tan grande, tan incomprensible, que el alma que vé en sí la menor imperfeccion, se precipitaria en mil infiernos ántes que presentarse en tal estado delante de una magestad tan santa.

El amor de los justos á Dios recobra nueva energía en el purgatorio, se aumenta sin cesar, los devora, y no puede satisfacerse. Ellos conocen que han sido

hechos para él: piden Dios á cuanto los rodea, y la respuesta es gritos y gemidos, semejantes á los que su amor les arranca. Su entendimiento se ha aumentado con su voluntad para atormentarlos mas: saben que al otro lado de aquellas tinieblas está el Cielo: que mas allá de aquel fuego hay delicias inefables. Puestos entre el Cielo y el infierno, parece que llevan el uno y el otro dentro de ellos mismos. Si la mano de Dios que las castiga no las contuviera, las almas del purgatorio no podrian soportar este estado. El fuego que las abrasa es un fuego infatigable: *ignis indefessus*. ¡Espresion terrible, y sin embargo verdadera! ¡Espantosa semejanza con el infierno! ¡Fuego que no puede cansar la paciencia de aquel á quien devora, y que la justicia de Dios no puede hacer que cese!

Se preguntará qué han hecho las almas de estos justos; ellas aman á Dios supuesto que son justas, y este Dios, las castiga. Pero no le aman como Dios quiere ser amado. El mas leve afecto desordenado á las criaturas, basta para precipitarlos en las penas del purgatorio. ¡Cuántas almas saldrán de esta vida, dice Fenelon, cargadas de virtudes y de buenas obras, que no tengan aquella pureza interior, sin la cual no se puede ver á Dios; y por no hallarse en esta relacion sencilla y absoluta de la criatura á su Criador, necesitarán ser purificadas por aquel fuego celoso, que en la otra vida no deja nada al alma de cuanto le apega á sí misma! Estas almas no entrarán en Dios, hasta haber salido completamente de sí mismas en esta prueba de una justicia inexorable.

Todo lo que es todavía de uno, es patrimonio del purgatorio. ¡Ah! ¡cuántas almas descansan en sus obras, y no quieren oir hablar de renuncia sin reserva!

Dios á veces se ofende de una alma que no le está unida completamente, y la hace sufrir hasta que la funde en él, por decirlo así. Nuestra alma es el objeto de toda la creacion: nuestra alma es mas grande que el mundo ya que puede poseer á Dios. "Yo mismo, decia San Agustin, no sé lo que me habeis dado, ¡oh Dios mio y criador mio! al darme una alma de esta naturaleza: es un prodigio que vos solo conoceis, porque nadie puede comprenderle; y si yo pudiera concebirle, veria claramente que despues de vos nada hay mas grande que mi alma." Dios padece por las imperfecciones de una alma, y tiene que hacerla sufrir para que ella se pierda en su amor: hé ahí por qué está destinado el purgatorio á formar la última pincelada de la imágen de Dios que llevamos, y á concluir nuestra transformacion en él. *Deformatio pulchritudinis divinæ requirit purificationem.*

¡Qué espresion mas verdadera y mas tierna que esta queja del esposo en el Cántico de los cánticos. "Hermana mia, esposa mia, has herido mi corazon; has herido mi corazon con una sola de tus miradas, con uno solo de tus cabellos!" Su esposa se ha herido con un solo de sus cabellos, es decir, con la menor reserva de su amor.

Así el fuego del purgatorio hace conocer el odio que Dios tiene á todo lo que debilita su amor á las criaturas, supuesto que trata Dios con tanta severidad á las almas que ama, y de quienes es amado. ¡Oh tormentos del amor! Dios atormenta y ama, dice San Leon: *O tormenta misericordiæ! Cruciat Deus et amat.* Cristianos, venid pues al socorro de Dios que os ama: consoladle, pues que se aflige, y dejad que su amor os consuma aquí en el mundo, para no ser luego consumidos por su justicia.

¡Oh! ¡si nosotros supiéramos, esclama un santo padre, lo que nuestra alma es para el corazon de Dios! Aquella no puede vivir sin él, y el amor de Dios no está satisfecho sin ella: es mas que la respiracion para nuestros corazones. El que impidiese mi respiracion, sofocaria mi corazon.

¡No puedo yo creer que hago violencia al corazon de Dios, cuando mi alma no sigue las divinas inspiraciones que le atraen á él para descansar en su seno? ¡Oh Dios de amor, á qué rapto nos llevaria esta verdad si pudiéramos comprenderla! ¡Oh alma mia que llevas en tí la imágen de Dios, espíritu de su espíritu, suspiro de su corazon lleno de amor hácia tí, ama á ese Dios que tanto te ha amado, ámale única y ardientemente, y abrásate en las llamas de su divino amor!

Vosotros que intentabais poner límites á vuestro fervor en el servicio de Dios, como si este los hubiese puesto á su amor hácia vosotros, y os atreviais á cometer tantas infracciones de su ley só pretesto que eran ligeras; juzgad lo que son á los ojos de Dios esas faltas que tan fácilmente cometisteis y tan fácilmente os perdonasteis, por las penas con que el mismo Dios las castiga en el purgatorio.

Entrever la patria, no poder arrojarse á ella, sentir una mano invisible que nos sepulta en los horrores del mas sombrío calabozo, ¡qué suplicio tan horrible! Una sola cosa puede templarle y mitigarle, y es la esperanza: sin la esperanza, el purgatorio seria el infierno; pero ¿en qué se funda esta esperanza?

Las almas del purgatorio saben que verán á Dios en el Cielo, y que los fieles se interesan por ellas en la tierra: este pensamiento mitiga sus penas. Ellas aman á Dios, y en el infierno no se le ama: padecen, pero al mismo tiempo conocen que Dios las ama, y que se hace á sí mismo una especie de violencia, dice el abad Ruperto, para atormentarlas así.

Estas almas, pues, están seguras del amor divino: de ahí nace en ellas un sentimiento de alegría que templa el rigor de sus penas, y que cumple todo lo que place á Dios, á fin de purificarlas y hacerlas dignas de él.

Puede formarse una idea de este sentimiento mezclado de penas y consuelos, de dolor y alegría, de fuego y de inefable refrigerio. Cuanto mas se padece, mas gracias se dan al Dios que castiga, pues que cada suplicio muestra, asegura y acerca la eternidad de la bienaventuranza. ¡Ah! El Dios que ha dicho: *bienaventurados los que padecen*, nos ha dado una especie de gusto anticipado de aquel padecer desde este mundo. Cada desgracia recibida y soportada en la tierra con resignacion y amor, se mitiga con la esperanza del bien supremo que promete y asegura. En el purgatorio no hay ya promesas. La bienaventuranza es cierta.

Los condenados no sienten mas que la justicia. Los justos en el purgatorio esperimentan la justicia y el amor de Dios: saben que éste, no pudiendo consentir ninguna impureza en el alma, no puede dejar nada impune: conocen con mas viveza cuánto los ha amado Dios, por todas las gracias que recibieron de él en la tierra, y cuánto los ama el mismo Dios, por todos los bienes que les prepara. Saben que no pueden ofrecer ya nada á Dios para reconocer su amor; pero el amor de sus hermanos que han quedado en la tierra, abrevia el tiempo de su destierro: nosotros sus amigos, sus parientes, podemos ser sus libertadores. Este pensamiento los consuela y fortifica.

La muerte fija el estado de estas almas: ya no tienen cuerpo que las ponga en relaciones con el mundo esterior; no tienen ya nada que ofrecer: padecen y esperan. Solo nosotros podemos suplir lo que les falta: nosotros solos con el tiempo y nuestra libertad, mereceremos el alivio de sus penas y la terminacion de sus males.

Si los penitentes mueren, dice el santo concilio de Florencia, en la caridad del Señor, antes de haber satisfecho por sus pecados con frutos dignos de penitencia, sus almas son purificadas despues de la muerte con penas vivas; pero pueden ali-

viarlas los sufragios, los sacrificios, la oracion y las limosnas que los fieles vivos acostumbran á hacer por los muertos, segun el uso de la Iglesia. El concilio de Florencia habla como todas las iglesias, y y el concilio de Trento ha hablado como el de Florencia. Los santos del Cielo pueden alcanzarnos gracia, porque están en la fuente de ellas: pero no pueden abreviar el tiempo, porque no existen ya en el tiempo.

Así el amor de Dios y del prógimo es siempre el principio de todas las gracias transmitidas á las almas del purgatorio: el amor de Dios y de sus hermanos ha hecho el mérito de los santos: el amor de Dios y de los hombres ha producido el sacrificio de Jesucristo: el amor de Dios y de nuestros hermanos es el mérito de nuestras oraciones y votos. La caridad, pues, es el vínculo de todas las iglesias, de la iglesia triunfante, de la iglesia paciente, de la iglesia militante.

Vertamos lágrimas redentoras por las almas que padecen, como habla San Ambrosio. Nuestras oraciones suelen ser inútiles para la conversion de los pecadores, pero no lo son jamas para sacar las almas del purgatorio. Si la misericordia debe ser proporcionada á la desgracia, ¡qué cosa mas capaz de excitar nuestra compasion que las penas sufridas en aquel lugar de pruebas? ¿Y podemos hacer nada mas agradable á Dios, que mitigar el decreto de su justicia, y dejar á Dios todo entero á su amor? ¡Cuán dulce es poder conversar con los que ya no existen, y saber que nuestras oraciones alivian sus penas!

Es un deber tan sagrado pedir por los muertos, que un cristiano que no hubiese orado jamas con la Iglesia por las almas del purgatorio, seria incapaz, segun el pensamiento de un sábio teólogo, de aprovecharse en el purgatorio de las oraciones que la Iglesia ofrece por él. ¡Pero basta orar? ¿toda oracion es igualmente eficaz? ¿No sabemos que Dios escucha tanto mejor nuestras súplicas, cuanto mas puros estan nuestros corazones? Entonces ¿qué precio pueden tener las oraciones de aquellos que se hallan en estado de muerte, es decir, en la desgracia y aborrecimiento de Dios? Y en efecto, ¿qué puede ofrecerse á Dios cuando uno no tiene nada suyo? ¿Es uno capaz de merecer para otro, cuando no puede merecer para sí mismo? ¡Ah! Si amais verdaderamente á vuestros amigos, almas tiernas, ahora que conoceis el dogma del purgatorio, ¿permanecereis en el pecado, supuesto que en tal estado no podeis hacer nada por ellos? No, sino llorad, llorad por vosotras; ofreced á Dios un corazon contrito y humillado, y desde aquel mismo instante podreis orar eficazmente por aquellos á quienes amais.

Hay una oracion siempre agradable á Dios, que no saca su eficacia del mérito del hombre, y que reconcilia á éste con Dios, sin que los méritos de la criatura tengan ninguna parte: es la oracion eterna, el santo sacrificio, porque este sacrificio es la manifestacion mas grande del amor de Dios. Allí Jesucristo, inmolado por nosotros, es el vínculo entre los dos mundos, el invisible y el visible. Por él todos los fieles entran en comunicacion en el momento de consagrarse la hostia; todas las iglesias se reunen. Aquella carne divina, que sirve de medio y ocupa el gran espacio que separa las cosas mortales de las divinas, es como un puente que une á unas con otras, una comunicacion tan estrecha entre las cosas celestiales y las terrenas, que algun dia la incorruptibilidad divina penetrará todo lo que hay corruptible entre nosotros. En el momento del divino sacrificio todos los justos del Cielo y de la tierra, todos los ángeles se acercan á Jesucristo. Todos están unos al lado de otros: la materia y el espí-

ritu están en el Verbo encarnado que todo lo comprende, todo lo encierra, y se consuma la Iglesia universal en esta unidad gloriosa. La sangre que se derrama se convierte en manantial de la vida del mundo: todos los méritos, todas las satisfacciones, dimanan del sacrificio divino: todos los méritos todas las satisfacciones van á perderse allí sin cesar para reproducirse sin cesar. Es el corazon del mundo, de donde se reparte la sangre á todos los miembros, para volver á subir á él y renovarse continuamente. La union es completa. Los santos del Cielo ruegan por nosotros, y nosotros rogamos por las almas del purgatorio. La comunion de los santos es la comunion de los bienes espirituales entre los fieles: solo el infierno no participa de esta comunion. Véase cuántos desterrados podemos restituir á la patria: ¡los queriamos tanto en el mundo! ¿No nos ha sucedido alguna vez al pié, del lecho de un moribundo, ofrecer nuestra vida para alargar la suya? Pues renovad ahora aquellos votos que no pudieron darles la vida pasagera, y les proporcionareis una vida eterna. Los justos del purgatorio nos gritan: ¡Oh vosotros que sabiais tan bien compadecer nuestras penas cuando estábamos en el mundo, libradnos de las llamas que nos abrasan! ¡Oh amigos nuestros, tened compasion de nosotros, porque la mano de la justicia que nos toca solo puede ser desviada por vuestro medio: *Miseremini mei, saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me.*

"No os pido otra cosa que os acordeis de mí en el altar, decia al morir Santa Mónica á San Agustin: *tantum illud rogo, ut ad Domini altare memineritis mei.*» Eso es lo que piden las almas cristianas á sus amigos; así se espresa la amistad y el amor maternal. ¡Qué diré de la ternura de los esposos, relacion sagrada, nudo el mas estrecho que existe en la naturaleza, y que de dos corazones y dos almas hace un solo corazon y una sola alma, imágen admirable de la unidad de Dios y del hombre en la Encarnacion y en la Eucaristía! ¡Quién podrá ahora impugnar el dogma sublime del purgatorio, dogma del amor inspirado por el Espíritu Santo? ¡Cuán insensatos son los que hablando de su amor á los muertos quisieran hacer morir el objeto amado hasta en nuestro corazon!

Hay, pues, tres mansiones á donde van las almas al salir de sus cuerpos, y el instante de la muerte las fija para siempre en el amor ó en el odio. ¿No hay ya en esta vida tres estados correspondientes al infierno, al purgatorio y al Cielo? ¿No vemos hombres en pecado mortal, por consiguiente entre angustias inesplicables, entre los ardores de un fuego voraz? ¡No vemos á otros luchando aún, como Jacob, contra la voluntad de Dios, y verdaderamente víctimas de la pena y de la contrariedad del sufrimiento; mientras que otros, dichosos de hacer en todo la voluntad divina, gozan ya del Cielo en este mundo? Así el corazon del hombre representa todo el universo. El combate entre dos amores, la tibieza, la incertidumbre, el desaliento, la impaciencia, la repugnancia, los disgustos, el desfallecimiento, la tristeza, el fastidio, la duda: hé aquí el purgatorio.

La Iglesia, en el sacrificio que ofrece á Dios por los muertos, presenta las almas en una situacion de sufrimiento y de esperanza. Escuchad, escuchad los gritos de dolor, los gritos de alegría, las plegarias de los fieles,

El alma esclama: "las aguas me han sumergido, Señor; yo invoqué tu nombre desde lo profundo del lago: tú oiste mi voz; no apartes tus oidos de mis clamores y sollozos. Clamé de lo profundo del abismo hácia tí, Señor: Señor, óyeme; dame el descanso eterno.» La Iglesia dice á su vez: "Señor, inclina tu oido á nuestras oraciones: imploramos tu misericordia, pa-

ra que pongas el alma de tus siervos en la region de la paz y de la luz.»

El alma se siente refrigerada con la presencia de Dios: "aun cuando yo caminara en medio de la muerte, no temeria los males, porque estás conmigo, ¡oh Señor! Tu vara y tu báculo me han consolado.»

Los fieles dicen tambien: "Señor rey, Dios de Abraham, ten compasion de tu pueblo: no desdeñes la herencia que has rescatado, séle propicio: convierte nuestro luto en alegría, á fin de que alabemos tu nombre, Señor.»

Los fieles del purgatorio, seguros de la comunion de los fieles, esclaman: "¡oh alma mia, vuélvete hácia el lugar de tu descanso, porque el Señor te ha consolado! Yo agradaré al Señor en la region de los vivos.»

La Iglesia concluye así sus oraciones: "Señor, tu clemencia, implorada por el alma de tu siervo, le dé la paz y la luz.»

El purgatorio es un lugar de esperanza: llenemos pues la espectacion de los que aguardan de nosotros su auxilio. El purgatorio es un lugar de expiacion: procuremos no pasar por él. ¿Qué medio de evitarlo? Vivamos y muramos de amor: amemos los sacrificios: amemos los padecimientos: amemos padeciendo, padezcamos amando: no se muere al mundo sin dolor, supuesto que por este dolor se muere al mundo: amemos pues la Cruz. El hombre, por su amor á la Cruz, hace que su misma desgracia sirva para su felicidad: *moriar ego, modò regnet Deus.*

Padecer así es ser deificado: *sic affici, deificari est,* dice San Bernardo. La pena es la prueba del amor del hombre á Dios, como el goce es la prueba del amor de Dios al hombre. El padecimiento voluntario es la tierra: el padecimiento temporal y forzado es el purgatorio: el goce es el Cielo.

REFLEXIONES

SOBRE LAS VERDADERAS Y UNICAS CAUSAS DEL ESTADO EN QUE SE HALLA LA REPUBLICA, Y SOBRE LA INJUSTICIA, FALSEDAD Y MALA FE CON QUE SE ATRIBUYEN SUS CALAMIDADES AL CLERO.

"¿Quereis salvar á un pais que se pierde, con solo decir la verdad? Todos temen, ninguno os ayuda, y muy pocos os comprenden."

Truths would you tell to save a sinking land?
All fear, none aid you, and few understand.

POPE.

PARTE SEGUNDA.

Contéstase á las calumnias dirigidas al clero, y se demuestran las groseras equivocaciones en que se ha incurrido, tachando su conducta especialmente en la última guerra.

Haciamos notar en nuestra primera parte, que la revolucion francesa habia sido opuesta en su objeto á la de los Estados-Unidos del Norte; y que la nuestra, desgraciadamente, mas bien se habia asemejado á aquella que á ésta. En efecto, ¿qué fué lo que hizo el ateismo republicano en Francia, ó por mejor decir, que fué lo que omitió para esterminar los ministros de aquel Dios á quien obstinadamente negaba, contra la propia evidencia y razon que fuerza á todo hombre á reconocerle? Esta

palabra sacerdote, hasta entonces habia causado respeto á todas las naciones aun las mas bárbaras, y solo á aquellos furiosos demagogos movió á odio, rabia y despecho. No pudiendo desfogar su impotente rabia contra la Divinidad, la volvieron toda contra los verdaderos sacerdotes del verdadero Dios, y en nada tuvieron menos reserva, que en los medios de que se valieron para hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. "¡Puede imaginarse, esclamaba un escritor al hablar de esa revolucion (*), insulto ó daño que no les haya hecho sufrir! Persecuciones, destierros, cárceles, robos, denuestos, contumélias, hierro, fuego, tormentos y matanzas; todo lo han sufrido, y nada ha bastado á saciar su rabia contra ellos . . . . Roban los republicanos, continúa, saquean y llenan de amargura y desolacion los pueblos; y los sacerdotes deben pagar con la vida, si los pueblos repugnan el verse reducidos á la mendicidad y la miseria, y el no querer sufrir con resignacion, tranquilidad y sosiego la tiranía y la muerte. Privados los sacerdotes de todo derecho de ciudadanía, cuando se trata de entrar en el gobierno, de poseer bienes ó cualesquiera otras ventajas temporales, son archiciudadanos cuando se trata de contribuir y de aguantar cargas. *Ellos no deben entrometerse en cosas ni negocios temporales, sino solo en lo espiritual;* pero corre por su cuenta la quietud de los pueblos, que es el primero y principal oficio del gobierno temporal... Escluidos de toda *igualdad* en los bienes de la sociedad, son mas que *iguales* en los males que la sociedad debe sufrir."

Así fué como la revolucion francesa, con horror de las naciones mas bárbaras y crueles, trató á los sacerdotes católicos que respetó el mismo Atila; y así es como las demas revoluciones, que han sido animadas por este mismo infernal espíritu, han procurado proceder en todos sus actos; y si no tienen igual porte en todos los lugares, es solo porque no en todos han echado aún las competentes raices, ni están en pacífica é imperturbable dominacion. Pero ¡ojo alerta! porque ya es una verdad demasiado clara, que en todas partes consideran ellas al sacerdote, como una de las principales víctimas que irremisiblemente debe ser sacrificada á su endiablado furor. Los llamados regeneradores de la sociedad parece que, al proponerle la libertad, no tienen mejor oferta que hacerle que la falta de toda religion, só pretesto de tolerancia; y la carencia de toda creencia y culto, como el mejor medio de no encontrar obstáculos en el egercicio del poder. Pero cuanto se equivocan estos supuestos reformistas, lo ha manifestado bastante el respetable y despreocupado Burke (*) en la reflexion que sigue: "La consagracion del Estado, dice, por un establecimiento religioso, es necesaria tambien (hablaba antes de la influencia religiosa en las monarquías) para inspirar á los ciudadanos libres un temor respetuoso y saludable; porque para defender su libertad deben gozar de una porcion cualquiera de poder. Por eso mas particularmente necesitan de una religion que haga parte de su gobierno y sea el orígen del cumplimiento de sus deberes, lo que no puede verificarse en otras sociedades civiles en donde el pueblo está restringido, por las diversas condiciones de su pacto, á no obrar sino conforme á sentimientos privados é intereses particulares de familia. Todas las personas que gozan una porcion cualquiera de poder, deberian penetrarse íntimamente de la imponente idea de que no obran sino por delegacion, y que bajo este título deben

(*) Nuevo vocabulario filosófico democrático, *tom* 2. °, *verbo* Sacerdotes.

(*) Reflexiones sobre la revolucion de Francia.—*En la parte que habla sobre bienes eclesiásticos, que se reimprimió en México en* 1847.

dar cuenta de su conducta al único Señor Supremo, autor y fundador de toda sociedad.--Este principio deberia inculcarse tambien *mas profundamente en los ánimos de aquellos que componen una soberanía colectiva*, que en el de los príncipes que gobiernan solos.''

No nos avanzaremos á decir que todos los que tomaron parte en la causa gloriosa de nuestra revolucion, así en el año de 810, como en el de 21 en que se consumó, estaban animados de los principios impíos é inmorales del filosofismo francés; pero tampoco puede negarse que multitud de los muy influentes en ambas épocas, los habian apechugado ávidamente, y que llevaban por mira en sus empresas reproducir en nuestro pais las anárquicas é impías reformas, que cubrieron á la Francia de desolacion y luto; y que este mismo espíritu contagioso se ha trasmitido desde ese tiempo hasta nuestros dias en no pequeño número de escritores. Sin remontarnos, pues, á la primera época de la revolucion, en que de una y otra parte llovieron las diatribas, se desfiguraron los hechos, se calumniaron mútuamente los contendientes de uno y otro partido; fijémonos en una época posterior; la del año de 820, en que la libertad de imprenta sancionada por la constitucion española, dió lugar á que escribiesen los mexicanos, y á que consumasen su independencia. Miles de testigos vivimos de ese tiempo, y conservamos en nuestro poder los papeles públicos con que principió á estraviarse una opinion tan justa como la de la independencia política, con las máximas desastrozas de la filosofía anticatólica. Nuestra antigua metrópoli se inundó de mil folletos impíos, y éstos fueron reimpresos en nuestro pais con entusiasmo, aunque no sin contradicciones de los mexicanos que no estaban corrompidos, y veían con dolor preludiar en estos escritos el cúmulo de males que despues nos han sobrevenido. Prosiguió la España en sus reformas irreligiosas: suprimiéronse los jesuitas, órdenes hospitalarias y otras religiones en las córtes de Madrid; y entónces los hipócritas liberales de nuestro pais, olvidados de sus primeros pasos, aprovechándose de la piedad de los mexicanos, y uniéndose á la mayoría, que estaba de buena fé, gritaron *religion;* y á este poderoso grito, como lo notó muy bien el doctor Mier y lo han observado otros nada preocupados, se debió casi en un todo concluir con felicidad, despues de once años de horrores y sangre, en solos siete meses, la grandiosa obra de nuestra independencia.

Alcanzada ésta, y creyendo los hombres de buena fé que aquel grito de religion se habia dado sinceramente, principiaron á solicitar el restablecimiento de las órdenes religiosas suprimidas, así por su utilidad, como por el ataque que habia sufrido la religion en su ilegal esclaustracion; pero, ¡oh monstruosa anomalía! esos mismos liberales que tanto habian declamado contra esa misma destruccion para inflamar el ánimo de los mexicanos piadosos y hacerles abrazar la causa de la independencia, olvidándose de los servicios que los hospitalarios prestaban á los míseros dolientes, y de que estas religiones eran americanas en su fundacion, se opusieron tenazmente á esta medida. *El Sol* (uno de los primeros periódicos independientes) era el que mas vociferaba que la religion debia hacerse florecer en nuestro pais, y al mismo tiempo denigraba atrozmente á los jesuitas, á quienes, en juicio de Bossuet, "Dios ha suscitado para hacer resaltar su gloria por todo el universo;" y á los que el venerable pontífice Pio VII pocos años antes habia restablecido, llamándolos "vigorosos y esperimentados remeros, que voluntariamente ofrecen sus servicios para romper las olas de un mar que á cada momento amenaza naufragio y muerte (*)." A esos pri-

(*) *Bula* Solicitudo omnium ecclesia-

meros ataques á la religion, se siguieron los del titulado *Pensador mexicano*, los del pintor Ibar, y sucesivamente otros muchos hasta la época actual; y no ataques solamente por escrito, que han sido victoriosamente rechazados, sino de hecho, como se vió en la derogacion de las leyes civiles coactivas sobre diezmos y votos monásticos, el destierro de los obispos, la usurpacion de bienes eclesiásticos, y otros muchos que omitimos. Lo mas notable es, que esto lo hacian los adoradores del primer filósofo del tiempo, J. J. Rousseau, quien en las constituciones que dirigió á los pueblos, ponia la religion á la cabeza del Estado, "con la obligacion de creerla, so pena de destierro, y de manejarse como creyente bajo la de muerte, por haber cometido el mayor de los crímenes." ¡Pero qué mas! despues de la independencia se ha aplicado la pena capital, en dos diversas ocasiones, por el delito de sacrilegio *de hecho*, cuya necesidad se ha reconocido, al mismo tiempo que se han dejado impunes otros muchos delitos de igual clase que se han perpetrado por la prensa, y que pueden llamarse *de derecho*. ¡Qué bien puede aplicarse á este propósito lo que ha dicho sobre el mismo asunto un orador muy famoso! "No se juega con la religion como con los hombres, ni puede fijársele límites diciéndole con imperio que se sujetará á ellos sin pasar mas adelante. El sacrilegio que résulta de la profanacion de las hostias consagradas, ha sido tomado en consideracion por la ley; ¿y por qué solo éste, habiendo tantas maneras de ultrajar á Dios? ¡Por qué razon solamente el sacrilegio, cuando con igual autoridad la heregía y la blasfemia tocan á la puerta? La verdad no sufre estas parciales transacciones. ¡Con qué derecho vuestra mano profana divide á la Magestad divina y la declara vulnerable sobre un solo punto, invulnerable sobre todos los demas; sensible á las vias de hecho, insensible á toda otra especie de ultrage (*)!"

rum, *de 7 de Agosto de* 1814.--*Bossuet:* Sermon de la Circuncision.

Con lo que hemos visto y dicho, queda probado lo bastante, que nuestra revolucion desde su orígen ha sido insuflada por los irreligiosos principios de la filosofía francesa, que tantos perjuicios causó á aquella nacion, y ha puesto á la nuestra en el borde del precipicio. Desconociendo esta verdad nuestro autor, que sin duda pertenece á aquella clase de hombres, que llaman salud á la enfermedad y vida á la muerte, arrebatado hoy de furor, se desentiende de toda otra consideracion, se vuelve al clero, y lo convierte en blanco de todo género de calumnias y desprecios, y lanza contra él toda clase de dicterios, que, como decia el doctor Mora, desde que el sol calienta á la tierra son el idioma de las pasiones. Fiado en la ignorancia y malevolencia del vulgo de los que adoptan el cómodo oficio de criticarlo todo, vulnera atrozmente su fama, ultraja la verdad, la justicia, la tradicion y los monumentos históricos que constituyen su apología. Sin ningun miramiento, en fin, culpa su conducta por espacio de tres siglos, y le atribuye los males sin cuento que actualmente sufrimos, y de que le ha tocado no pequeña parte por los mismos que hoy blasonan de religiosos, ilustrados y patriotas. Como por todas partes hormiguean las acusaciones, se repiten y no se guarda órden ninguno en ellas, no seguiremos paso á paso el libelo; nos haremos cargo de las principales, y procuraremos no dejarlas sin respuesta.

Como si nuestro clero católico perteneciese á aquellos antiguos *hierofantas* del paganismo, que tanto abusaron de la credulidad de los pueblos, ó á los infames sacerdotes de Bel, cuyos engaños descubrió tan sagazmente el Profeta, ó á esos ministros protestantes que tantos males

(*) Discours de Mr. Royer-Collard.

han causado con su perversidad al pueblo inglés, de que tenemos por garante al imparcial y juicioso Cobbett; de la misma manera el autor del cuaderno se ha avanzado hasta llamar su historia, "la del egoismo y de todo género de maldades, cometidas bajo el sagrado nombre de la religion." Contra esta atroz calumnia clama la historia de todos los pueblos, y seria infinito lo que tendriamos que alegar para desmentirla; pero baste para confundir al calumniador, citarle lo que del cristianismo, y por consiguiente del clero que lo ha predicado, han dicho dos grandes filósofos, Rousseau y Moreau. El primero escribia: "El dió mas dulzura á las costumbres, dando á conocer mejor la religion y ahuyentando el fanatismo: mudanza que no fué obra de las letras, pues do quiera que ellas brillaron no fué por eso mas respetada la humanidad. Las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores romanos y de los chinos dan de ello testimonio (*)." El segundo aun se espresa mas terminantemente: "Mirad á las Galias á principios del siglo V, y vereis á la religion gobernar casi sola á un pais abandonado por la debilidad de su soberano: la vereis sobrevivir á la autoridad de éstos, triunfar de un pueblo conquistador, suavizar sus costumbres, darle principios de una administracion arreglada, y servir así de baluarte á los vencedores. (†)" Este es el egoismo y estas las maldades que el clero ha cometido en todas épocas: civilizar á los pueblos, hacer respetar la humanidad, proteger á los débiles contra los poderosos, fomentar las artes, hacer conservar el órden, suavizar las costumbres, socorrer la miseria general, enseñar desde los púlpitos los verdaderos principios de la moral, y dirigir, segun los mismos, aun las mas ocultas acciones de la vida privada. Nuestro autor, que en todo quiere descubrir misterios de iniquidad, denigra hasta estas funciones del oficio sacerdotal, y pretende revelar en ellas el secreto con que el clero asegura su poder, pero esta impostura la desvanecen los hombres mas fascinados, en el momento en que la verdad asoma á sus labios: "El ministerio del Evangelio, llegó á confesar Mandeville, y el cargo de predicar la palabra de Dios, deberian atraerse en la sociedad civil el mayor respeto y la mas profunda veneracion. Un eclesiástico que desempeña cual conviene sus deberes, tiene un derecho incontestable á la estimacion y tierna benevolencia de toda una nacion, y nadie puede pretenderla con mas justos títulos. Ni hay en el mundo sugetos mas necesarios á toda clase de personas, de cualquier rango y condicion que sean, que los directores espirituales, para que nos guien por el sendero estrecho de la virtud y nos muestren el camino que haya de conducirnos á la felicidad eterna (*)." No negaremos que en la edad media hubo algunos escesos por parte del clero, aunque no tantos como se han exagerado y hemos demostrado otra vez (†); ¡pero qué comparacion pueden tener estas faltas con los gravísimos atentados de esa "filosofía que solo consiste en destruir, y es un azote para una nacion," como lo ha reconocido uno de sus sectarios muy acreditado (§)? ¿Cómo se atreve la filosofía á llamar egoista al clero, cuando sus secuaces poseen este vicio en grado eminente, y aun les es tan característico como la hipocresía? "La irreligion, escribia en uno de sus intervalos lúcidos el autor del Emilio, y generalmente el espíritu razonador y filosófico, produce en las almas un apego á la vida que las afemina y envilece, y concentra todas sus pasiones en la bajeza del inte-

(*) Emilio, *lib.* IV.
(†) Leçons de morale politiq.

(*) Pensees libr. sur la relig., *cap.* 10.
(†) *Véase nuestro número* 10.
(§) Philos. de la natur., *part.* II, *lib.* I, *cap.* VII.

res personal y en la abyeccion del YO humano, y de este modo va sordamente minando los verdaderos cimientos de toda sociedad, pues lo que tienen de comun los intereses privados es tan poco, que jamas contrarestará á lo que tienen de opuesto. --Si el ateismo no hace que la sangre de los hombres se derrame, no es tanto por amor de la paz, cuanto por indiferencia del bien: vaya todo como quiera, poco le importa al supuesto sábio, con tal de que lo dejen disfrutar del reposo en su gabinete. Sus máximas no hacen matar á los hombres, pero impiden el que nazcan, destruyendo las buenas costumbres que los multiplican, enagenándolos de su especie, y reduciendo todas sus inclinaciones y afectos á un secreto egoismo, que tan funesto es á la poblacion como á la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja á la tranquilidad del Estado bajo el despotismo, que es la tranquilidad de la muerte; tranquilidad mas destructora que la misma guerra.--Fácil es ostentar bellas máximas en los libros; pero la duda está, en si ellas guardan consonancia con la doctrina, y si se derivan precisamente de ella, lo cual hasta ahora no ha parecido claro. Todavía resta que saber si la filosofía, logrando su libertad y sentándose en el trono, dominaria bien á la vanagloria, á la avaricia, á la ambicion y demas pasioncillas del hombre, y si practicaria esa humanidad tan dulce que nos pondera con la pluma en la mano (*).» Lástima que Rousseau no hubiera vivido quince años mas, que habria enmendado la entrada de este último período, y no diria ya *todavía resta que saber:* habria encontrado en el triunfo de la filosofía en Francia datos mas que suficientes para resolver su problema, y habria visto por sus propios ojos que esa humanidad tan decantada en los escritos de los filósofos, cuando éstos obtuvieron el poder, no se esplicó sino en hacer infelices los pueblos, y en derribar, demoler y destruir los innumerables asilos que para el indigente, para el huérfano, para el enfermo y para el desvalido habia allí edificado la piedad en el discurso de catorce siglos. Se habria desengañado y conocido que no solo *en fuerza de los principios*, sino tambien *en cuanto á la práctica*, es verdadera aquella su observacion que allí mismo añade por estas palabras: "La filosofía no puede hacer bien alguno, que la religion no haga mucho mejor; y la religion hace muchos bienes que no puede hacer la filosofía....» Pero basta con lo dicho, y prosigamos el exámen del cuaderno.

Hablándose de la enseñanza dada á nuestra sociedad, se dice que "la única variacion que se nota entre los antiguos indios y modernos, es la estincion de la idolatría con sus bárbaros sacrificios de sangre humana; pues á los indios de estos tiempos se les ha enseñado á adorar á Dios y á sus santos á *su modo*.... Ellos (el clero) han egercido su perverso influjo en la sociedad, para mantenerla estacionaria, ignorante y embrutecida.... Bajo la influencia del clero aprendieron los mexicanos á creer que la religion no consistia en la práctica modesta de la virtud, sino en vanas esterioridades..... Bien convencido el clero de que con la civilizacion habian de venir por tierra todos los abusos en que se fundaba su poder, &c.» Véase, pues, de un golpe convertido á nuestro clero en maestro de una doctrina que no fué creida, enseñada ni practicada por los Apóstoles; en un clero que en nada ha contribuido á civilizar al pais, y que al contrario, ha temido esa civilizacion; en un clero, en fin, empeñado en mantener, especialmente á los indígenas, en la servidumbre y abyeccion, para conservar su prestigio y su poder.

Solo un hombre ignorante en grado supino, ó trastornado completamente su ce-

(*) Emil., *lib.* IV.

rebro por los arrebatos de una ciega pasion, puede espresarse en unos términos tan descomedidos contra la clase que, mas que otra ninguna, ha servido para iluminar á los indios con la antorcha de la fé; sacarlos de sus supersticiones y barbarie; librarlos de la opresion y servidumbre (*); civilizarlos y mantenerlos en la paz, en el órden y sumision cristiana con que han sido felices durante tres siglos. Pero siendo esta una materia muy vasta, y no permitiendo los límites de un artículo escribir una disertacion para probar, con la historia en la mano, que nuestro clero secular y regular ha abundado desde el tiempo de la conquista y abunda hasta el dia en sugetos dotados de un grado eminente de piedad, de moral y de saber, y que si no han conseguido y egecutado cuanto su celo les ha inspirado, la culpa ha sido de las autoridades seculares; nosotros desafiamos al autor á que pruebe las proposiciones siguientes: primera, que los escritos del clero para enseñar á los indios la religion, están llenos de errores agenos del espíritu del Evangelio: segunda, que los establecimientos literarios y de beneficencia en toda la República no han sido obra suya, ó cuando menos, no los han fomentado con sus trabajos y dinero: tercera, que sus servicios no se han dirigido, desde 1821 á la fecha, á librar á los desvalidos indígenas de las crueldades, vejaciones é injusticias con que siempre han sido tratados, sino antes á oprimirlos: cuarta, que las pretendidas luces de la filosofía traen mas utilidades á la sociedad, que las instituciones monásticas y algunos establecimientos eclesiásticos, aun cuando se fomentasen por alguna especie de entusiasmo supersticioso. Mientras se nos dan estas pruebas, só pena de echarse sobre sí el que ha avanzado tales acusaciones el odioso título de infame calumniador, oígase en pluma de Rousseau la doctrina de los nuevos regeneradores, y dedúzcanse las consecuencias que de ella deben seguirse: "¿Cuáles son, decia ese filósofo antes de haberse él mismo implicado en la censura que proferia, cuáles son las lecciones de esos amigos de la filosofía? Al escucharlos, ¿no los podria uno tener por una turba de charlatanes, que cada uno por su lado en una plaza pública está gritando: *Venid á mí; yo soy el único que no engaña?* El uno pretende que no hay cuerpos, y que todo es una ilusion: el otro, que no hay mas sustancia que la materia, ni otro Dios que el mundo. Este asegura que no hay virtudes ni vicios, y que el bien y el mal moral son puras quimeras; y aquel, que los hombres son lobos y pueden devorarse sin escrúpulo de conciencia. ¡Oh grandes filósofos! ¿Por qué no guardais para vuestros amigos y para vuestros hijos esas útiles lecciones? Vosotros recibiriais bien pronto el pago, y nosotros nos veriamos libres del temor de hallar entre los nuestros algunos de vuestros sectarios (*)." Véase segun esto el trágico fin á que conducen á las naciones estos hombres que sindican la enseñanza del clero, denigran sus principios, calumnian sus servicios, y prometen á los pueblos restablecer *la edad de oro*, con tal de que destruyan el poder de sus adversarios. "Se apoderaron, dice otro filósofo (†), de la obra de la filosofía, unos hombres vomitados del infierno para desgracia de mi pais. Yo ví á la Francia cubierta de cadalsos, y á la sangre huma-

(*) *Bástenos por ahora citar al respetable obispo de Chiapas, D. Fr. Bartolomé de las Casas, de quien escribe Llorente, entre otros elogios: "que con su buena diligencia fué parte para que se libertasen los que eran tenidos por esclavos, y que no los hubiese de allí en adelante entre los indios."*

(*) Discours. couron. par. l'Acad. de Dijon. *año de* 1750.

(†) Desodoads, Histoir. philos., *lib.* I, *cap.* V.

na correr por todas partes, empapando una tierra desdichada durante la mas horrible y espantosa anarquía. Ví á los malvados mas infames y feroces, congregados por el crímen y alentados por la impunidad, promover la destruccion de las artes, la ruina de las manufacturas y de la agricultura, el desperdicio de los artículos de primera necesidad, el robo de las propiedades y el atroz asesinato de los propietarios: y despues de haberse apoderado de las riquezas de todos, insultar por medio de su cinismo ú obscena impudencia á la miseria general que ellos mismos habian causado.»

Pero el clero, continúa el autor del cuaderno, no era mas que una reunion de ignorantes, y todo su empeño no era otro que mantener en la abyeccion y en el embrutecimiento á los habitantes del Nuevo mundo, en donde gobernaban sin oposicion y se aprovechaban de sus inmensas riquezas; y no, no hay que poner en duda esta verdad, por mas que se nos enseñen esa multitud de colegios dirigidos por el clero, y esa nube de hombres grandes que han producido, cuando basta solo el testimonio del hombre mas ilustrado de la época, para asegurar, á pié juntillas, que en nuestro pais nada se sabia y se ignoraba hasta los nombres de las ciencias. Zavala, hé aquí el gran campeon que lo ha escrito; ¿y quién se atreveria á desmentirle? Multitud de testigos que todavía vivimos de esa época, y que hemos recibido nuestra instruccion en esos colegios, en que nunca puso los piés el héroe de 828. En esos colegios se enseñaba no solo esa latinidad y esa teología, que no conoció ni por el forro Zavala, sino la filosofía moderna de los Paras, Jacquieres, Lugdunenses, Gamarras, Almeidas, Brissones, que no fueron un tegido de disparates en su tiempo. Ese sistema de Copérnico, para el Sr. D. Lorenzo el único sistema verdadero, aunque no para otros mas astrónomos que lo fué S. E., se esplicaba y defendia como hipótesis; ni podia hacerse de otra manera, por la terquedad de Galileo en quererlo conciliar con la Biblia. Hace algun tiempo que se está engañando á los bobos con esos rayos que la Inquisicion y el Vaticano lanzaron contra el sistema de Copérnico, para ponerlo en horror. Esta es una de las falsedades del filosofismo: el movimiento de la tierra estaba ya admitido y reconocido por Copérnico, desde el año 1530; y tan lejos estuvo de alarmar al sacerdocio, que sacerdote era el mismo que lo descubrió, y al sumo sacerdote Paulo III dedicó el libro en que lo publicó, en 1543, sin que se le moviese persecucion alguna. Estas noticias eran vulgares en los cursantes de nuestras aulas (*) desde ese tiempo; ¿y hoy se nos viene con que solo se nos esplicaba la teoría de los astros, de mala manera, la *materia prima*, y otras abstracciones sacadas de la filosofía aristotélica, mal comentada por los árabes? Si hoy viviera ese grande escritor *de sentimientos nobles y generosos*, seria un empeño suyo el sostener el bárbaro aserto de la escomunion al sistema copernicano; pero porque no se diga que retamos á muertos y ausentes, nos dirigimos al autor del cuaderno para que exhiba el documento de esa censura, só pena de ser tenido por uno de tantos que todo lo creen porque lo miran de letra de molde.

Despues de exagerar tanto esa falta de instruccion en el clero, y de mentir tan descaradamente en una materia en que pueden confundirlo tantos miles de testigos; pasa el escritor á ponderar los inmensos bienes del clero, que importan, en su juicio, nada menos que "las tres cuartas partes del territorio de la República, ó mas de la mitad de su propiedad raiz:» falsedad notoria y que es muy fácil de demostrar. El clero de nuestro pais jamas fué tan rico co-

(*) Física de Brisson, *cap.* 16.

mo el de Francia ni el de otras naciones; y mucho menos lo es el dia de hoy, en que está arruinado por las innumerables y continuas exacciones que ha sufrido desde el año de 10 á la fecha, sin contar la *consolidacion*, que tantas lágrimas hizo llorar á los labradores y demas censualistas del clero. Sobre la riqueza de éste tenemos un dato mucho mas exacto, y es el cálculo que se hizo el año de 833, cuando se trató de ocupar los bienes de manos muertas, dizque para amortizar la deuda esterior é interior de la República, en el que ascendian esos bienes al valor de *ochenta millones* de pesos. ¿Y esta suma compondria mas de la mitad, ó las tres cuartas partes de la propiedad raiz de la República? Quiere decir entónces que todo el valor de dicha propiedad es, á lo mas, el de *cien millones* de pesos. Nosotros no estamos al alcance de lo que podrán valer las propiedades todas de la República; pero tenemos sentido comun, y no podemos menos de reirnos de semejante despropósito. En el año pasado de 847, un diputado calculó la suma de las propiedades de la República en *seis mil millones* de pesos (*), regulacion que á muchos pareció abultada, por el empeño de tragarse los bienes eclesiásticos; pero ninguno hubo en el congreso tan ridículo, ciego ó preocupado, que creyese que toda la propiedad raiz de la República valia cien millones: ¡lástima que el nuevo calculista no se hubiera hallado allí presente y les hubiese demostrado su error! de algo habria servido. Antes de salir de esta materia, hagamos de paso una observacion. Siempre que se presente aisladamente una renta cualquiera, sin examinar sus destinos, por pequeña que sea, puede aparecer muy grande; y al contrario, la mas escesiva, si se examina con los cargos que reporta, se apoca, ó á lo menos se hace disminuir de la idea ventajosa que se habia formado de ella. Al decirse ochenta millones de pesos, que producen un rédito, cuando menos, muy respetable, no dejará de esclamarse ¡qué hermosa renta! Pero distribuyámosla en lo que debe emplearse: sáquese la manutencion de los capellanes y religiosos de ambos sexos; los gastos del culto; las obras pias de socorros á los necesitados; las composturas de fincas; los vacíos de ellas y trampas de los inquilinos; los gastos de recaudacion y de pleitos, en que siempre pagan mas las comunidades; la morosidad de los censualistas; el tres al millar &c., &c., y, ¿qué es lo que queda? ¡en qué ha venido á parar esa asombrosa entrada? Si los enemigos del clero, en un rato de imparcialidad y buena fé, se impusiesen de las necesidades que éste pasa, puede que le tuvieran mas lástima que envidia; y si reflexionasen en la multitud de familias que subsisten de estos bienes, y del grande alivio que es al pueblo no tener que mantener en un todo á los ministros del culto, no dudamos que se convertirian en los mayores defensores de unos bienes que solo persiguen cruelmente y quieren apropiarse, ya con este pretesto, ya con aquel, ciertos individuos bien conocidos.

No será de esta clase el escritor del cuaderno, que numera entre las gabelas de los labradores el diezmo establecido por la Iglesia, que despues sacaban ellos del consumidor, y lleva á mal el que esas rentas no se distribuyan con mas proporcion entre todos los individuos del clero; sintiendo, con el modesto y despreocupado doctor Mora (*), que los que soportan,

(*) *Voto particular del señor diputado Galindo, sobre enagenacion de bienes de manos muertas, publicado en el núm.* 19 *del* Ilustrador Católico Mexicano.

(*) *Si á algun escritor debe dar vergüenza citar, es al Dr. Mora, clérigo refractario, inconsecuente y venal; y que estaba tan distante de opinar por esa igualdad en fortuna con los demas miembros*

como los curas de los pueblos, todos los trabajos y fatigas del ministerio, sufran indigencias, y abunden en comodidades mil capellanes, que llama ociosos, en las grandes ciudades, y disfruten de crecidas rentas los canónigos y obispos. Vamos por partes.

La base de los sueldos, de los honores y de las consideraciones, no es en ninguna sociedad bien organizada, ni puede serlo, el trabajo material de los individuos, con preferencia á los que presiden y dirigen los negocios públicos, representan á las corporaciones, tienen sobre sí responsabilidades, y fatigan en esto su espíritu mas que los mas laboriosos ganapanes sus cuerpos. Póngase en una balanza el trabajo material del soldado y el del coronel, el de éste con el del general, y el de todos ellos juntos con el del ministro de la guerra: hágase la misma comparacion con el del escribiente de las oficinas, y los gefes; de los porteros y empleados de las cámaras, y los senadores y diputados; de los alguaciles, y los jueces; de los escribanos y otros curiales, y los ministros de la suprema córte de justicia; ¿y á quiénes se da mas sueldo? ¿quiénes gozan mas consideraciones? ¿Los subalternos, ó los superiores? ¿los piés y manos, ó la cabeza? ¿los que trabajan todo el dia materialmente, sudan y se afanan sin cesar, ó los que sin esta fatiga corporal son el alma de un ejército, de una oficina, de un poder, de una nacion? ¿Y solo se ha de olvidar este principio tan claro con el clero? ¿Debe ser preferido en sueldo y consideracion el vicario de un pueblo de la Sierra, á su juez eclesiástico; éste y los curas, á los consultores natos de los obispos y sus coadjutores en el gobierno, que son los canónigos; y éstos últimos, á su prelado? A esta desigualdad que existe en la suerte de los individuos atribuye el libelista la desunion en todo el clero de la República, y su falta de combinacion para haber obrado de acuerdo en la defensa comun en la última guerra. Sea así, y en consecuencia, aplicando este principio *demostrado* á las demas clases del Estado, ¿no deberemos igualar la suerte de todos sus individuos, para anudar esos lazos que hace tiempo están disueltos entre todos, y producir esa union tan necesaria para conservar la sociedad? Hasta que llegamos á ver, gracias á las reformas progresistas, renacer la concordia y la paz en nuestro pais. El remedio es seguro: que el soldado gane lo mismo que el presidente; los porteros de oficinas, lo que los ministros; los alguaciles, lo que los miembros de la suprema córte de justicia; y comparativamente, el albañil lo que el arquitecto, el escribiente lo que el letrado, el enfermero lo que el médico, &c. &c.; y todos quedan contentos, el mundo reformado, y las naciones todas convertidas en el jardin de Eden ¡Oh ingenio admirable! ¿Por qué habeis tardado tanto en descubrir este específico general de todos los males? ¿por qué no haceis que vuestras peregrinas ideas se divulguen no solo en esta atrasadísima nacion, como ya lo ha hecho el *Monitor*, sino en todo el universo, sin esceptuar los bárbaros comanches, en que los capitancillos no dejan de sobrepujar en algo á los demas bárbaros á quienes presiden?

A la vista de los que no piensan ni saben el estado de las rentas eclesiásticas,

de su cuerpo (se entiende los pobres vicarios y curas), que no se le vió sino reunir en su persona cuantos empleos le eran posibles. Era sacristan mayor de la parroquia de Chamacuero, con muy pingüe renta, que disfrutaba en México, director de un establecimiento científico, miembro de la direccion general de estudios, diputado, y ¿quién sabe qué mas? Aun no se satisfizo su codicia, y por ganar dos mil pesos, faltó á las obligaciones de su estado, atacando los bienes eclesiásticos.—Semejantes hombres no honran á ningun partido, ni merecen citarse como autoridad, si no es en su contra.

ni la calidad de los trabajos de los obispos, canónigos y *capellanes* que abundan en las grandes poblaciones; todos éstos están rodeados de comodidades, disfrutan crecidos sueldos, y solo piensan en pasar una *vita bona:* nosotros no descenderemos á la importancia de las tareas de los obispos y canónigos en la direccion de las diócesis, ni á las de otros clérigos particulares; y solamente haremos una invitacion al escritor del folleto, sin temor de que la propuesta sea rechazada por parte de la que llama aristocracia del clero. Fije las rentas que en su juicio ganan los obispos y capitulares, para disfrutar de todas las comodidades de la vida y de la opulencia que sueña rodea á esos señores, y estamos seguros que como les asegure la mitad de lo que es necesario para vivir conforme á la decencia de su estado, se les cederán todas las entradas de las iglesias con suma fidelidad y sin que falte una blanca. Ya veriamos el chasco que se llevaba.

Por lo que toca á los señores obispos, cuyas rentas tanto se exageran, haremos notar, que aun cuando tuviesen doble cantidad de la que se les supone, tan lejos de ser un mal para la sociedad, seria un positivo bien, por el uso que la esperiencia ha enseñado que, especialmente en nuestro pais, han hecho de ellas los prelados eclesiásticos, que como decia San Agustin á su pueblo: "Si somos cristianos para provecho nuestro, somos obispos para vuestro provecho." Pero el objeto de los declamadores está bien conocido: no, no es el mejor estar de la patria lo que procuran, sino destruir el cristianismo; y así lo ha probado uno de los mas famosos de nuestros oradores, en el sermon de honras de uno de los mas benéficos arzobispos que ha tenido nuestra catedral, con la claridad y energía que demuestra este párrafo: "No ignoro, decia, que de lo que mas se suele hablar en el mundo profano, es sobre las rentas de la Iglesia y su distribucion; y que la codicia de muchos, que quisieran tragarse el último recurso de los menesterosos, vuelve sus ansiosas miradas hácia las riquezas de los obispos, y suele acusarlos de codiciosos, porque sin duda no se aconseja con la codicia de ellos en el *modo* de dar y en el *tanto*. Puntualmente quieren cumplir semejantes falsos políticos, lo que el docto Polemar decia en el concilio de Basilea, que el diablo les sugirió á los husitas: *El lobo dijo al pastor, ¿para qué gastas en mantener los perros, que todo el dia están ociosos y durmiendo?--Responde el pastor: para defensa de las ovejas, y que tú no las devores.—Replica el lobo: yo tambien lo hago por dar que hacer á los perros, pues me incomoda que coman sin trabajar: no les des de comer, y no robaré mas: trabajemos todos para mantenernos.--Me gusta el proyecto, dijo el pastor, y no dando de comer á los perros, se murieron.—Entonces pudo el lobo acometer á su placer la grey y devastarla.* A esto tiran los que claman que los sucesores de los Apóstoles no debian heredar mas que sus pobrezas y cruces. Mas la Iglesia, infalible tambien en su disciplina universal, mas los egemplos de obispos muy santos, mas los sagrados concilios responderán á estos destemplados clamores de los enemigos de sus rentas. La religion, en tiempos tan calamitosos, necesita contener á los osados y temerarios con el decoro y esplendor correspondiente de sus primeros ministros; y en un mundo avaro, y cuando el lujo endurece los corazones de tantos hombres de todas clases, el mejor recurso para los infelices es tener su patrimonio en manos de sus mejores padres; y la esperiencia propia nos hará repetir, que si nuestro prelado no hubiese obtenido tan pingües rentas, no hubiera podido hacer mas que contentarnos con una estéril generosidad y beneficencia» (*).

(*) Oracion fúnebre en las exequias

Réstanos contestar á la pregunta de por qué abunda el número de clérigos particulares en las grandes poblaciones. Esta respuesta toca darla, no á los que les estorban los eclesiásticos y quisieran que todos, ya que no fuera del mundo, se fuesen á las misiones de Californias ó á las tribus bárbaras, aunque sin los auxilios con que el gobierno de otra época favorecia sus apostólicas empresas; ni aquellos que quisieran que el clero volviese al tiempo de los doce Apóstoles, de peregrinar por todo el mundo predicando el Evangelio, fiados solo en la Providencia, mientras ellos están muy distantes de la pureza de costumbres de los primitivos cristianos, y mas bien por las leyes del *progreso* han vuelto á la relajacion y barbarie de los usos paganos. Estos, pues, repetimos no han de resolver la cuestion, sino la muchedumbre de verdaderos creyentes, que á pesar de la filosofía, aun existen en las ciudades populosas, y son amigos de oir la palabra de Dios, de ser dirigidos en sus conciencias, de asistir á los divinos misterios y complacerse de verlos celebrar con pompa y magnificencia; y los no menos necesitados, que encuentran en las casas de los clérigos y frailes los socorros que en vano imploran en los palacios de los filántropos filósofos, ó si allí los hallan, les ha de costar el rubor de que se divulgue en el público, de lo que están seguros entre aquellos que saben muy bien que "la mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha." A estas dos clases de personas apelamos para que decidan si el clero sobra alguna vez en las grandes poblaciones, y si no lamentan lo que va reduciendo su número el siglo progresista que lo empobrece, desprestigia y persigue con encarnizamiento.

No menos apelamos á las personas de buen juicio, que han presenciado todas nuestras revoluciones, han conocido á sus gefes, y no se les han ocultado sus diversos pretestos para derrocar todo gobierno, que no convenia á las miras siempre interesadas de los facciosos, para que digan si el clero ha promovido una sola de ellas, y si en todas, cual mas cual menos, no ha sido siempre víctima de los partidos vencidos y triunfantes. No intentamos pasar revistá de las innumerables asonadas que han devastado á la República; pero sí haremos observar, que las mas sangrientas y destructoras han sido capitaneadas por hombres muy marcados, en los que no solo no ejercia el mas mínimo influjo el clero, sino que, al contrario, los reconocia por sus mayores enemigos. Es cierto que en varias se ha invocado el nombre de religion, como un móvil poderoso para consumarlas con menos riesgo y mayor violencia, ¿pero esto prueba que el clero las ha insuflado? Sobre todo, ¡qué bien le ha resultado de ellas? ¿ha sacado algun partido? ¡sus propiedades y personas han sido mas consideradas despues del triunfo? ¡las consecuencias no han dado á conocer que todo no ha sido sino hipocresía y maldad en los promovedores de esas supuestas revueltas sagradas? No queremos por nuestra parte resucitar antiguos odios y renovar heridas mal cicatrizadas; pero si se continuan estos ataques, quizá se nos obligará á que, con los documentos en la mano, confundamos á inicuos detractores, y probemos que en nuestro pais se ha verificado lo que respecto de la Europa escribia Rousseau al Illmo. Beaumont, arzobispo de Paris: "Examinad todas esas guerras llamadas *de religion*, y hallareis

---

del Exmo. é Illmo. Sr. arzobispo y virey D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, *impresa en México en* 1800.—*Este benemérito prelado fué uno de los que lograron mejores tiempos en la República; pero tambien sus donaciones pasaron de dos millones de pesos en los veintisiete años de su pontificado. Quizá otra vez hablaremos de la beneficencia y liberalidad de otros señores obispos.*

que ni una hay que no haya tenido su causa en la córte, y en los intereses de los grandes ó intrigas del gabinete."

Un pueblo, desmoralizado con esa serie no interrumpida de revoluciones, lacerado por treinta y siete años de trabajos y miserias, y sin ningun género de freno, pues se le habia quitado el mas poderoso, que es el de la religion, y el de la autoridad temporal era nulo por los continuos ataques que habia sufrido hasta en sus mas esenciales fundamentos por los periódicos de oposicion, què siempre han prevenido las asonadas, fomentádolas y llevado al cabo, para proseguir despues la misma tarea; ¿qué estraño es que llegase á carecer de ese sentimiento noble y caballeroso que se llama patriotismo, y que hubiese ocupado su lugar esa indiferencia y vil egoismo, que es el síntoma de mas fatalidad en las naciones nuevas y viejas? ¿Por qué debe causar admiracion sucumbiese á la invasion de un ejército, aunque pequeño en número, temible por su union y disciplina? Nada era mas natural, segun el cuadro que de la República presenta el escritor del cuaderno, que el triunfo no interrumpido de las armas americanas, y la perpetua derrota de las nuestras: ¿mas con qué justicia se echa la principal culpa de tantas desgracias al clero? ¿Por qué de preferencia se azuza en su contra la odiosidad pública, señalándolo como el mas poderoso agente de sus calamidades?

Si las clases laboriosas de México dieron no pequeñas pruebas de lo mucho en que estiman el honor y buen nombre de su patria, facilitando enormes sumas para la guerra de Tejas por espacio de doce años, es bien público que el clero mexicano ha dado, comparativamente, mas que todas, y ha quedado arruinado hasta la fecha por las inmensas cantidades que ha desembolsado para el mismo fin, sin merecer la menor consideracion por sus sacrificios, y siquiera ser contemplado como los particulares; verificándose en esta vez lo que mas de treinta años ha escribia un autor nada fanático, y que trascribimos, aunque no estamos totalmente con sus ideas. "Es verdad (decia el *Pensador mexicano*, el año de 813, en uno de sus primeros discursos), es verdad que hay ocasiones en que los reyes ó las repúblicas pueden tomar las riquezas de la Iglesia, ¿pero cuándo será esto? Cuando la necesidad sea estrema, la causa justísima, y de los recursos el último. Esto es, cuando ningun particular ni reformador tenga ya ni una mancuernilla, ni un cubierto de plata, ni la mas pequeña alhaja en su casa; entonces sí se podra apelar á las preseas que sirven al culto de Dios; pero que se arrastren coches, que sobren bagillas para las mesas, aderezos para las mugeres, candeleros de plata para alumbrar en las mesas de escandalosos juegos, y tal vez guarniciones de plata para las mulas y caballos, y que prescindiendo de esto, se proyecte contra las alhajas del Santuario, no creo habrá canonista que lo apruebe, si no está asalariado para el efecto." ¿Y no se verificó esto mismo en la pasada guerra? ¿no se queria que el clero hiciese todo el gasto? Mas claro: cuando la Iglesia ofreció hipotecar sus bienes, bajo ciertas condiciones que le garantizasen sus propiedades, ¿no se vió el empeño en negarse á todo partido; empeño que hizo sospechar que la invasion norte-americana servia de pretesto para enriquecer á muchos de los descamisados proyectistas de la ocupacion? ¿Este capricho y tenacidad en despojar á la Iglesia, no dió lugar á la mas notable de nuestras asonadas, en que se vió entre las filas de los revolucionarios, no como siempre una turba de aspirantes, ambiciosos, vagamundos é ignorantes; sino á lo mas florido de la sociedad, propietarios, abogados, médicos, artesanos y sugetos juiciosísimos? No se olvide que existen miles de testigos de lo que decimos.

Sobre todo: el clero contribuyó para la guerra hasta quedar casi arruinado, dígase lo que se quiera en contrario, aunque sin ningunas pruebas: agotó sus recursos, hasta llegar al paso mas comprometido y destructor que puede darse, que es firmar libranzas para que se negocien con avaros usureros, y que estas harpías se tragasen todos los fondos, sin sacar al gobierno de ningun ahogo, volviéndosele los pesos reales, ó acaso octavos. ¡Y qué se hizo ese dinero? Ya nos lo dice el autor del cuaderno: "Muy público era en efecto, "que mientras el ejército enemigo avanza- "ba sin oposicion hácia la capital, algunos "de nuestros generales, coroneles, em- "pleados de categoría y otros infames fa- "voritos del gobierno, se disputaban con "este ó el otro título los solos recursos "que entraban en la tesorería; y creyendo "que cada peso era tal vez el último que "podrian coger del gobierno, se apresura- "ban á apoderarse de él, con la misma án- "sia con que una cuadrilla de bandidos se "apresura á quitar el relox y hasta la últi- "ma alhaja de algun valor que tenga so- "bre su cuerpo el moribundo viagero, á "quien deja tendido en el camino real." ¿Y despues de una confesion tan terminante, hay osadía para tachar al clero de egoismo y de falta de patriotismo, y hacerle reportar el peso de las calamidades públicas? ¡Oh mala fé! ¡oh malignidad! ¡oh encarnizamiento sin igual! Adelante.

Con el mucho ó poco dinero que quedó de esta despilfarrada distribucion, y que en gran parte habia salido de las arcas del clero, se levantaron fortificaciones, se fabricaron cañones, se hizo un acopio considerable de pertrechos de guerra, de bastimentos &c., &c., &c., en que manifestaron su gran patriotismo y ningun egoismo los diversos contratistas: ¡y qué sucedió? Que cada batalla, habla el escritor, ha sido una derrota, habiendo habido algunas que solo han durado minutos: que aunque lleno el ejército de generales, coroneles, tenientes coroneles, comandantes, &c., &c., como muchos de ellos no conocen ni los rudimentos del arte de la guerra, y por otra parte, reinaba la insubordinacion, nuestro ejército hizo un ridículo papel peleando con el estrangero, no supo obrar y constantemente fué arrollado. ¡Y de estas desgracias, qué culpa tuvo el clero? ¡Acaso él ha sido la causa del desórden y facilidad con que se han dado los empleos militares? no, sino "las continuas revoluciones." ¡Mandó él á este general que no se sujetara al plan de operaciones; á aquel que abandonara cobardemente un punto; á uno que no diera una carga, á otro que no prestara violento auxilio? no, este es "el resultado de la desmoralizacion de los gefes," que hoy se pronuncian contra el que ayer levantaron al poder. ¡La falta de pólvora que se dice hubo en alguna brigada, la equivocacion del parque, ya con bala de mas calibre que el que se necesitaba, ó ya con cartuchos de instruccion; la mala colocacion de las trincheras ó baterías, &c., &c., la ocasionó tambien el clero? no: "la ineptitud, la confusion y desórden" promovieron estas faltas en la defensa de los puntos militares; y éstas son hijas de la revolucion, que ha convertido en militares á hombres cuyo único mérito ha sido el ser siempre facciosos. Si en cada division, si en cada punto, si en cada regimiento hubiera habido un eclesiástico que hubiese dirigido las operaciones, ó las hubiese contrariado, venia bien el cargo; pero cuando no solo en estas desgracias no tuvo la menor influencia, sino que el general que corrió, el que desobedeció, el que quebrantó las órdenes, eran los mas notorios enemigos del clero, ¿debe atribuirse á éste sus derrotas? ¿Se reclama porque, "con todos sus elementos," no contrarió los avances del ejército enemigo? ¿Se acusa el egoismo que dizque ha manifestado por una causa que "debió consi-

derar como propia?» ¿Se le llama criminal por su "indiferentismo en la presente contienda"»

Pero las reglas de justicia y equidad, que á todos es debido guardar, no rigen para con el clero en el sistema de los filósofos. Los celos que los devoran por la sombra de las pocas ventajas temporales que todavía disfruta, no les permite ninguna moderacion: es necesario, cueste lo que costare, privarlos del honor, de la consideracion, del respeto que se merecen, aunque sea á costa de los mayores absurdos: el ascendiente que aun conserva el clero entre nosotros, los pocos privilegios que goza; los bienes que posee y defiende de la voracidad de los regeneradores, como destinados al culto, como medios de su subsistencia y patrimonio de los pobres: hé aquí agravios grandes á la filosofía, que sus sectarios no perdonarán jamas. Uno de sus corifeos, el baron de Holbach, no pudo disimularlo, y escribió: "Fórjense los hombres las quimeras que quieran; piensen como se les antoje, con tal de que sus sueños no les hagan olvidar que son hombres.... Contrapongamos á los intereses ficticios del Cielo, los intereses palpables de la tierra.... y aprendan los príncipes y los súbditos á resistir siquiera alguna vez á las pasiones de los supuestos intérpretes de la Divinidad (*).»

Tanto como esto último no ha dicho con tal claridad nuestro autor; mas á poco menos equivale la tacha general de su perverso influjo en la sociedad, para mantenerla estacionaria, ignorante y embrutecida; para seguir gozando tranquilo de todos sus abusos y privilegios; esa acusacion de que fomenta con sus riquezas la inmoralidad de la nacion, y tantas, tantas que hormiguean en su escrito.

¿Y despues de tantos dicterios, despues de haber tildado la historia general del clero, de haber detestado las que llama sus miras mundanas, su sórdida avaricia y maléfica influencia en nuestra sociedad, y de haber confesado el odio que le tiene, se nos viene el libelista con el respeto y la veneracion que le inspira "el sacerdote modesto, virtuoso é ilustrado, que profesa "sin hipocresía ni ostentacion la verdadera religion del Crucificado?» Es cierto que en unas partes solo se limita á hablar de la que llama "aristocracia del clero;» pero en otras muchas habla de toda la clase en general, y sus acusaciones comprenden á todos sus individuos: ¿y con solo esta fria escepcion, habrá creido que libra á tal cual de esas injuriosas afirmaciones generales? Si nosotros escribiéramos que "el carácter de todos los filósofos es igual al de *Calígula*, que por tener el gusto de aniquilar á todo el género humano de un solo golpe, deseaba que no tuviese sino una sola cabeza,» ¿convendrian en que esto no era negar que hubiese entre ellos algun hombre humano, benéfico y digno del aprecio universal? Y si en seguida, dándoles satisfaccion con decirles, al modo del libelista: "solo podemos comparar el odio que tenemos á la filosofía, con la consideracion que se merecen los hombres muy beneméritos que hay entre los filósofos,» ¿se diria que esta escepcion laudatoria era de buena fé y no estaba en consonancia con las injurias primeras? Sin duda fué un error el no haber esceptuado desde el principio á todo el personal del clero, y decir que no hablaba sino con una parte la mas pequeña de él, y una equivocacion el no haberlo eximido de unas notas que tan generalmente se han atribuido á la clase entera. Bueno seria corregirlo en las nuevas ediciones con alguna notita.... ¿Pero qué decimos? esto seria pedirle que obrase contra unos principios á que no puede renunciar, pues "jamas un filósofo, escribia Laharpe (*), dice que se ha equivocado, á no

(*) System, de la nat., *tom.* II *cap.* 10.

(*) Cours de litter., *part.* IV, *lib.* I, *cap.* III, *secc.* II.

ser en cosas de poca entidad, y por sacar alguna gran ventaja, y aun estas ocasiones son muy raras.»

CONCLUSION.

Hemos manifestado ya, sirviéndonos de testo las mismas palabras del autor del cuaderno, las causas únicas y verdaderas de la desgraciada situacion en que se encuentra la República, procurando corroborar nuestras reflexiones con hechos de que todavía existen multitud de testigos, y con doctrinas nada tachables, pues en su mayoría han sido tomadas de las antorchas de la ilustracion moderna, que no son recusables por fanáticos, retrógados y preocupados. Hemos visto que nuestra gloriosa revolucion se ha asemejado mas en sus principios á la francesa, que tuvo por máxima el establecimiento del ateismo filosófico, que á la de los Estados-Unidos, que proporcionó una racional libertad, salvando los fundamentos sociales del pais, á nuestros vecinos del Norte. Esto mas que nada esplica los gravísimos abusos y aun crímenes del libertinage de la prensa entre nosotros, que ha producido la impunidad de los mayores delitos que pueden cometerse, los de trastornar el órden público, y la elevacion al mas comprometido puesto que pueda darse, el de dictar leyes á los pueblos, á esos jóvenes ardientes, fogosos, superficiales en su instruccion, y sin ninguna esperiencia, que se denominan *capacidades* (*). Con tan triste convencimiento, nos limitamos, con el libelista, "á desear "que todas las desgracias que hemos su"frido, produzcan un desengaño saludable "en todos los mexicanos; y que, sobre to"do, los hombres que tienen algun influ"jo en la sociedad, y que por consiguien"te tengan parte en la direccion de los ne"gocios públicos, se convenzan de que es "indispensable el que variemos de rumbo, "porque el seguido hasta aquí nos condu"ce evidentemente á un próximo abismo.» Por otra parte, si, como se escribe en *El Eco del Comercio* (*), "aun queda por resolver el problema de si el pueblo francés ha llegado á la madurez necesaria para que en él fructifiquen las instituciones republicanas;» con mucha mas razon debe creerse que el mismo problema no está resuelto para México, nacion moderna, y educada por tres siglos bajo habitudes muy diversas. Esto no quiere decir que el gobierno republicano deba variarse entre nosotros, ni que somos de esta opinion; sino que las mejoras sociales que pide esta hermosa forma de gobierno, el único que sin mayores inconvenientes puede sistemarse tranquilamente en las antiguas colonias españolas, se establezcan lenta y gradualmente, y, sobre todo, respetando á la religion, base firme de toda sociedad, que no pugna en su esencia con la democracia, y que antes contribuirá poderosamente, si se protege, á cimentarla. Jesucristo no vino al mundo á poner formas de gobierno; pero los principios de su Evangelio cuadran perfectamente á todas, y son los mas apropiados para establecerlas, cimentarlas y llevarlas á toda su perfeccion posible.

Por tal motivo, y por volver por la verdad y justicia, nos hemos esforzado en defender el honor del clero mexicano, atrozmente calumniado por el escritor del folleto, denigrando su enseñanza, culpándolo de egoista y revolucionario, atribuyéndole en suma los males todos que ha sufrido nuestra sociedad durante veintiseis años, y últimamente, el desastroso fin de la pasada guerra. La historia de los tiempos, así antiguos como modernos,

(*) *No hay regla sin escepcion, y nosotros no hablamos de ningun individuo determinadamente. Recordamos tan solo lo que decia el Espíritu Santo de los jóvenes gobernantes:* Vae tibi terra, cujus rex puer est....

(*) Núm. 96 del juéves 29 de Junio, artículo *Revista política de Europa*.

os enseña que la decadencia de la ver-adera creencia religiosa, es la señal y la ausa de la decadencia y ruina de las na-iones; y que ésta será siempre tanto mas ápida, cuanto mas abiertamente deje la eligion de ser el móvil y el apoyo de los obiernos: y aun cuando nos faltasen las ecciones de la historia, y una terrible y inesta esperiencia no nos hubiera hecho omo palpable esta verdad, la razon sola astaria para convencernos de ella. ¿Y n ataque tan brusco como injusto á los ninistros de esta religion, no podria pro-lucir todos los males de la anarquía reli-iosa, como la que hace tantos años devo-a á otras naciones; y, atendiendo á las urbulencias que agitan en la actualidad á arios pueblos de la República, precipitar-a en su total destruccion, como desgra-iadamente está sucediendo en la filósofa tolerante Yucatan?

A pesar de nuestros cuidados en no re-ordar esta desastrosa guerra entre hijos e un mismo pais, solo por la diferencia le orígen, color y civilizacion, al fin se os ha venido á la pluma; y no debemos ilenciar que esa guerra fratricida no ha econocido otro principio que el de haber lesprestigiado al clero en esa península, privádolo del respeto y debida venera-ion que le profesaban los indios, punto le que ya nos ocuparemos. Y á vista de sto, ¿podremos tolerar se pretenda seguir a misma marcha entre nosotros? Cuan-lo sola la religion católica puede acallar as pasiones humanas, y establecer por es-e medio el órden, la paz y la felicidad en as naciones, porque ella sola es bastante ica para pagar al hombre el sacrificio de os deseos impetuosos de una naturaleza orrompida; ¿podremos ver con indiferen-ia que se aniquile su influjo, degradando sus maestros, depositarios y ministros? Cuando no podemos sin lágrimas recor-ar la prosperidad de que disfrutaron nues-ros abuelos católicos, la paz que reinó en nuestro suelo, la envidia con que nos miraban todas las naciones, lo que flore-cian todos nuestros elementos de felicidad y grandeza, esclamando con dolor: *¡Ah! ¡nunca volveremos á ver aquellos hermo-sos dias!* ¿dejará de crecer nuestra aflic-cion, al ver que despues de una juventud perturbada con mil revoluciones, se nos espera una vejez infeliz, en que véamos nuestras canas holladas por los bárbaros, á nuestros hijos víctimas de sus puñales, y á nuestra grande nacion presa de su bar barie y odio contra nuestros padres, repri-mido por espacio de tres siglos?

La pluma se nos cae de la mano al con-siderar tantos horrores; y concluimos ex-hortando á estos hombres imprudentes, conjurándolos en nombre de la patria, cu-ya felicidad dicen intentan promover, á que aparten de nuestras cabezas y las su-yas ese rayo que tal vez está muy próximo á estallar, y del que seremos todos vícti-mas infaliblemente. Así lo conoce todo el mundo, sin escepcion de los mas ar-dientes regeneradores de otra época; y ellos y nosotros, repetimos á ciertos alu-cinados reformistas, llenos de talento, pe-ro sin ninguna moral y esperiencia, lo que decia no hace mucho tiempo Sir. Tomás Beevor Bart en una alocucion al pueblo inglés: "Seria preciso ser enteramente ciegos y tener tapados los oidos, para no conocer los sucesos desastrosos que se nos preparan y oscurecen nuestro horizonte. En la situacion en que nos hallamos, é ín-timamente convencidos del inmenso y ter-rible peligro que nos amenaza, al ver for-marse una horrenda tempestad sobre nues-tras cabezas, al oir bramar los vientos y resonar sordamente el trueno, y á la vista misma de los horribles escollos contra los que los hombres del dia están á punto de estrellarnos, ¿será posible desechar por consideraciones vergonzosas la asistencia del piloto hábil, vigilante y fiel, dispuesto á sacrificar su vida por nuestra seguridad,

y preferir ser víctimas de ese cúmulo de males espantosos que amenazan á nuestra patria, á nosotros y á nuestros hijos!»

POST SCRIPTUM.

Al comenzar nuestros trabajos, dijimos: "Tal vez algunos escritores, interesados en el triunfo de las doctrinas que nos proponemos combatir, levantarán contra nosotros el grito, y querran atacarnos con las armas vedadas de *la calumnia* y *el ridículo:* pero desde ahora protestamos no entrar JAMAS en polémicas inútiles y agenas de nuestro designio, ni escribir UNA SOLA LÍNEA que se separe en lo mas mínimo del objeto de nuestro periódico.»--Esta solemne protesta nos impide contestar á las embrolladoras cuestiones que con el título de *Preguntas al Católico*, nos dirige *El Eco del Comercio*, el miércoles 5 del corriente.---Señores editores. Así como vdes. tienen derecho de pensar á su modo y manifestar sus pensamientos de escrito y de palabra; y como otros entienden que es lícito y de *derecho natural* pensar, hablar é imprimir á lo loco y ateo; de la misma manera nosotros estamos persuadidos que tenemos igual derecho para escribir y hablar á lo racional y religioso. Rebatan vdes. como escritores *juiciosos é ilustrados* nuestras producciones, ya que han enmudecido hasta ahora: manéjense con la *decencia*, *urbanidad* y *moderacion* que tanto vociferan, oponiéndonos las armas de la razon, de la historia, de la filosofía, de la legítima y verdadera autoridad; y no diatribas, injurias y despropósitos, y no se espongan á que se les apliquen por los maliciosos estas palabritas del *Vocabulario filosófico democrático:* "La filosofía moderna no tiene consecuencia, ni vergüenza, ni sentido comun, y no se hallan en ella mas que contradicciones y absurdos; pero si no guarda consecuencia en sí, guarda una política muy digna de sí.... ¡Cuándo obra la seduccion á golpe mas seguro; cuando es, ó cuando no puede ser contradicha? Nadie negará que del segundo modo. Pues ved aquí por lo que todo libro bueno debe ser desterrado del reino del *filosofismo...* y no hay medio que no se adopte para impedir el curso de todos aquellos escritos que pueden rectificarlos cerebros.... Lo que le es sobre todo intolerable, es, que se ataquen sus disparatadas máximas y *eternos* principios con el ridículo. Para esto es para lo que de todo punto le falta la paciencia; porque no puede ver que se le ataque con aquellas mismas armas de que él se ha aprovechado tambien á falta de verdades y razones.»---Nosotros no atacamos unas instituciones por las que tenemos la mayor decision, sino descubrimos los crímenes de esa que se llama *filosofía*, que tantos males nos ha causado: acatamos las leyes; pero estas no nos vedan ni pueden vedarnos defender las buenas costumbres, la razon, la religion, la verdad y el órden, y hacer guerra á la estupidez y fanatismo filosóficos, al ateismo, al atolondramiento, al libertinage, á la ignorancia y presuncion de los que han estraviado el buen sentido de los mexicanos, y han sumergido á nuestra amada patria en el profundo abismo en que yace. Basta por ahora--EE.

CONDICIONES.--EL OBSERVADOR CATOLICO se publica todos los sábados, y se reparte á los señores suscritores á *un real y medio* cada número en la capital, y *un real y tres cuartillas* fuera de ella, franco de porte. Se reciben suscriciones en el despacho de la imprenta de la calle de Cadena número 13, adonde deberán dirigirse todas las comunicaciones, reclamaciones, &c. Fuera de la capital, se reciben suscriciones por los señores y en los puntos que constan en la lista inserta en la cubierta.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 17.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 15 DE JULIO DE 1848. [Num. 17.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

EL INFIERNO.

Todas las naciones han admitido el dogma de la eternidad de las penas: todos los pueblos han creido en el infierno: el aniquilamiento de las almas es la suposicion de una filosofía moderna, que ha sustituido sus sueños á las tradiciones y á la verdad. "Todos los muertos, dice Platon, son conducidos delante del Juez soberano. Los impíos, que despreciaron las leyes santas, son precipitados en el Tártaro, para no salir jamas, y para sufrir tormentos horribles y eternos. Despues de haber reflexionado maduramente y todo bien examinado, no he hallado nada mas conforme á la verdad, á la sabiduría y á la razon."

La revelacion habla sobre este punto como la tradicion de los pueblos y la filosofía. Dios se espresa así por boca de Moisés: "Yo he encendido un fuego en mi cólera que abrasará hasta el fondo del infierno, y devorará la tierra y todas las plantas, hasta los fundamentos de las montañas." "Se verán los cadáveres de los pecadores rebelados contra Dios, dice Isaías: su gusano no morirá, su fuego no se apagará, y horrorizarán á toda carne."

Finalmente, Jesucristo ha dicho: "Los malos irán al fuego eterno, preparado para el demonio y para sus ángeles." Por eso la Iglesia repite con San Atanasio: "Los que han obrado bien irán á la vida eterna, y los que han obrado mal irán al fuego eterno." Tal es la fé católica, y el que no la guarde, no podrá salvarse.

En efecto, quítese el infierno, y el edificio de la religion se hunde. Cuanto existe es una burla, cuyo objeto nadie puede penetrar. El poeta de la incredulidad habrá tenido razon en decir que Dios ha echado á los hombres al mundo para manejarlos como un juguete. El odio, la muerte y el pecado serán inconsecuencias monstruosas. Dios se conmoverá en su trono, en el Cielo, en la tierra, en la razon, en el corazon del hombre. ¡Cómo comprender, sin el infierno, al Dios Creador, al Dios Redentor, al Dios Santificador, la creacion, la Cruz, la gracia, las tentaciones, los demonios, los bienes, los males temporales, el orígen del mal y la libertad! El infierno sin duda es un misterio de justicia; pero solo este misterio puede esplicar á Dios y el universo, que sin él seria inesplicable.

"Si os hago temblar, decia en otro tiempo San Agustin, hablando de las penas del infierno, primero he temblado yo: *timens terreo*. Yó procuraria tranquilizaros si pudiera tranquilizarme á mí mismo: *securos vos facerem, si securus fierem ego*. Te-

mo el infierno, temo un fuego eterno: *ignem æternum timeo.*» Así hablaba el doctor incomparable; pero como todos esos suplicios son el resultado de los crímenes del entendimiento y del corazon del hombre, en el uno y en el otro hay que buscar el principio del infierno. Este hace comprender á Dios y comprender el universo.

Hay un Dios Creador: los cielos cuentan su gloria, el universo su sabiduría, su poder y misericordia. El dia persevera por su órden: la vida se distribuye sin cesar por sus manos. Todas las criaturas esperan de él el alimento en el dia señalado: él dá, y ellas recogen. El abre la mano, y ellas se hartan de sus dádivas. El cubre su rostro, y ellas se turban. El retira su soplo, y ellas espiran y vuelven á ser polvo. El envia su espíritu, y ellas renacen y se renueva el mundo. El mira á la tierra, y la tierra tiembla: toca las montañas, y las montañas se abrasan. Dios ocupa el universo, está en todas partes, y no se encierra en ningun espacio: nos ha criado, nos conserva, nos impide á cada instante volver á la nada de donde salimos. Así puede decir á cada uno de nosotros: "Yo soy el Señor tu Dios: *ego sum Dominus Deus tuus.*» Dios nos ha dado la libertad; pero no la independencia: nuestra libertad debe estar sujeta y ejercerse dentro de los límites de las leyes inmutables, para no destruir el órden, la ley inviolable de las inteligencias, el órden que quiere que las criaturas dependan de su Criador.

Si no hay infierno, este órden no existe. El bien y el mal son igualmente indiferentes á Dios: Dios no egerce ningun dominio soberano sobre toda la creacion; es decir, que Dios no es Dios; porque Dios todopoderoso, Dios soberano, ordenador de todas las cosas, Dios y providencia, son nociones que no pueden separarse.

Nada se puede desviar del fin general de la Providencia divina. Así el hombre, cuyo carácter esencial es la libertad, puede muy bien alejarse de su fin particular, de su salvacion y del goce del bien soberano; pero no puede apartarse del fin último universal de la creacion, por el cual lo hizo Dios todo, el órden del universo: de modo, que el hombre que no quiera contribuir á él por su felicidad, contribuirá por el castigo que Dios imponga á su voluntad rebelde.

Abranse los dos grandes libros del mundo, la naturaleza y la Biblia: se verá en todas partes la justicia divina escrita en letras de sangre: sin eso, los hombres no hubieran creido jamas, porque se hubieran dicho lo que se oye aun en el dia en medio de un mundo herido de tantos rayos: Dios no puede castigar la ofensa de un momento con un suplicio eterno! como si Dios no fuese infinito; como si hubiese algo en Dios que no fuese Dios, su poder lo mismo que su justicia, y su justicia lo mismo que su amor.

La justicia de Dios es una consecuencia de su bondad. Supuesto que Dios ha producido séres libres, capaces del bien y del mal, ha debido darles leyes y proponerles recompensas y castigos. El órden moral no existe sino por las leyes morales; y Dios se debe á sí mismo la conservacion de estas leyes para manifestar su perfeccion.

Mas si el infierno no existe, esas leyes morales y todos los atributos de Dios se aniquilan: Dios no es el Todopoderoso, ni el Eterno: no castiga mas que temporalmente: no es el Dios justo: el crímen elude su venganza: y si una sola criatura pudiera eludir su dominio soberano, el poder de Dios seria limitado y se detendria ante una criatura. ¡Qué importan años, siglos de padecimientos? Hay voluntades que arrostrarán suplicios temporales mas bien que doblegarse: Dios será vencido por el hombre. Hay séres rebeldes, como habla San Ambrosio, que dirán á su Señor: yo no obedeceré, y que repetirán con Faraon: "¡Quién es Dios, para que yo

escuche su voz? *¿Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus?* Y no se diga: todo pecador no llegará hasta ese punto: en la eleccion que el pecador hace de otro objeto diferente de Dios, no solo hay debilidad de corazon, sino un deseo secreto de vivir eternamente sin Dios.

Es menester pensarlo bien: sin el infierno, el hombre que desafia á Dios, habria de ser definitivamente dichoso ó aniquilado; mas ni lo uno ni lo otro es admisible. Si el hombre es dichoso, triunfa su voluntad rebelde, Dios es vencido; si el hombre es aniquilado, Dios ha podido manifestar su poder, mas no su justicia y su santidad. Estas se hacen problemáticas. Despues de dejar al pecador triunfar acá abajo, Dios le concederia lo que él desea, el aniquilamiento antes que las penas eternas: Dios estimularia el crímen en vez de atajarle, y la ley fundamental del universo seria trastornada. El hombre hallaria desde entonces su felicidad fuera de Dios: habria séres independientes de Dios; por consiguiente, varias voluntades soberanas en el universo, varios dioses.

Así Dios no es ya el que es, no es ya el Todopoderoso: la criatura no depende de él. No puede decirse ya: Dios lo hizo todo por sí mismo. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus.* Pero si Dios no es uno, no es Dios, ha dicho Tertuliano.

La idea, pues, de un Dios criador basta para probar el infierno: ¿qué diremos ahora de la idea de un Dios redentor?

La sola idea de un Dios salvador, supone penas eternas. En efecto, Jesucristo no es nuestro salvador por relacion á las penas temporales, supuesto que no nos preserva de ellas. Si curó los ojos á los ciegos, á los sordos y á los paráliticos; si resucitó á los muertos, fué para manifestar su poder, para enseñarnos que puede perdonar el pecado, orígen de las enfermedades y de la muerte: el pecado, única causa de la muerte eterna. Jesucristo nos libra del infierno, mas no nos exime de la muerte. Pues si Jesucristo no nos preserva de las penas temporales, ni de la muerte, es preciso que nos preserve de las penas eternas; porque si no hubiera penas eternas, no se esplicaria su muerte.

La muerte subsiste en el tiempo, y el infierno en la eternidad, porque Dios quiere que no separemos jamas la idea del pecado de la idea de la desgracia.

Hé aquí por qué el que llevó la Cruz dijo: "Tengo en mis manos las llaves del infierno: *habeo claves inferni.*" En efecto, ¿para qué la Cruz, para qué la sangre con que la riega un Dios, para qué la muerte que sufre, si no tiene que librar al hombre de una desgracia infinita? Sin el infierno, no hay razon para los padecimientos de un Dios, ni se guarda ninguna proporcion: es un efecto sin causa: no se vé ningun motivo para la muerte de un Dios, ni nada que la haga necesaria. Destrúyase la Cruz, la gloria de las glorias: *gloriatio gloriationum Cruz Christi.*

El infierno solo hace comprender la Redencion: el infierno solo esplica la Cruz; como el abuso de la sangre de un Dios muerto por nosotros, y el desprecio del beneficio de la Redencion necesitan penas eternas, y no pueden castigarse sino con el infierno. Por esto decia Santo Tomás de Villanueva: "Mas me aterra la piadosa redencion del hombre que la dura perdicion de los ángeles: *me plus hominis pia redemptio terret, quám ángeli dura perdictio.*» Y San Bernardo: "Si las penas no hubiéran sido seguidas de la muerte, y muerte eterna, nunca hubiera muerto el Hijo de Dios para remediarlas: *si non fuissent hæc penæ ad mortem, et ad mortem sempiternam, nunquam pro earum remedio Filius Dei moreretur.*»

El alma del hombre es el templo del Espíritu Santo, el altar mismo del Señor, dice San Policarpo. ¿Qué son todos los

edificios de piedra levantados al Altísimo? Imágen de los santuarios que debemos prepararle en nuestros corazones. Pues bien, si miramos como un gran criminal al que prende fuego á un templo, ¿cuánto mas culpable no es aquel que da entrada en su corazon al pecado, el cual arroja al Espíritu Santo de nuestra alma, verdadero templo del Señor?

Y ¿qué otro suplicio que el infierno guardaria proporcion con tanto amor, con tan grande aparato de auxilios y desgracias? Los pecadores dicen á Dios: "Retiraos, no queremos conocer vuestros caminos." Así tantos sacramentos, fuente abundante de gracias, instituidas entre nosotros, tantas exhortaciones que instan al hombre á que se convierta, tantos pensamientos santos, tantos deseos generosos de la tierra y del Cielo, tantas circunstancias, todas particulares, son los medios que una bondad divina nos proporciona para obrar nuestra conversion. Dios se sirve de todos los acontecimientos de los hombres y de los ángeles, y nos dice: "Para salvar una alma yo removeré todos los pueblos y el Cielo: *movebo omnes gentes et cœlum pariter.*"

Sin los suplicios eternos ¿haria Dios tantos esfuerzos? ¿tomaria su gracia todas las formas para llevarnos á él, para vencer nuestra naturaleza, para librarnos de las tentaciones que combaten sin cesar contra nosotros?

La gracia es el don del amor de Dios. El desprecio, pues, de un don sobrenatural, del amor de Dios, es el mayor de los crímenes, que no será perdonado ni en este mundo ni en el otro.

Este universo es el órden de cosas en que la criatura podia ser mas feliz por la manifestacion completa de Dios. Cuanto mas se revela Dios á nosotros, mas nos prueba su amor aumentando nuestra felicidad. Hé aquí por qué el mundo existe tal cual está. La Cruz ha sido una manifestacion nueva del amor de Dios, que el infierno y la muerte habian hecho menos perceptibles á todos los espíritus; y él no se castiga con el infierno, sino porque es la abolicion de la Cruz, el desprecio de la gracia de Dios, la asociacion con los demonios, la voluntad de reproducir todos los males que afligen al universo. El pecado no es solamente una imprudencia: es una ingratitud, es el crímen de los judíos, es el deicidio: el hombre destruye en cuanto está de su parte la muerte del Salvador.

Si el pecado quedara impune, seria el aniquilamiento del Dios poderoso justo y bueno. Por eso todas las perfecciones de Dios quieren destruirle: su bondad divina quiere borrarle: su sabiduría suministra los medios, y su poder entero se emplea en castigarle. Tan imposible es que Dios no aborrezca el pecado, como lo es que deje de amar sus propias perfecciones y sea enemigo de sí mismo. La medida del odio que Dios tiene al pecado, está en la medida del amor que se tiene á sí y á sus escogidos.

Si por nuestra culpa perdiese de pronto el sol su luz, si la tierra no produjera, seria un mal menor que el pecado. En efecto, ¿por qué os alumbra el sol y produce la tierra? A fin de que ameis á Dios: conque si no amais á Dios, y el pecado es el menosprecio ó el odio de Dios, se frustra el objeto de toda la creacion, supuesto que Dios, al crear el universo, quiso ser amado de vosotros. Haceis mas mal entregandoos á vuestros deseos criminales, que extinguiendo la luz del sol, é impidiendo á la tierra producir los frutos necesarios á la vida corporal; aniquilais en cuanto está de vuestra mano la Redencion, la Cruz, los sacramentos, la Iglesia, la obra de Dios, su poder, su sabiduría, su amor, todo lo que constituye la vida del alma.

El pecado, pues, que os quita amar á Dios, es, porque Dios os ama, el enemi-

go mas grande de Dios, y le es mas contrario que las tinieblas á la luz. En el pecado, la criatura se sirve del concurso de Dios contra Dios. El pecado se opone á la voluntad de Dios, qué es la naturaleza de todas las cosas: *tanti conditoris voluntas cujusque rei est*. Así solo el infierno está en proporcion con el pecado, el mayor de los males, el supremo mal, supuesto que se opone al Supremo Ser; el pecado que, segun Santo Tomás, es el aniquilamiento de Dios, *annihelatio Dei*.

El pecado destruiria el Cielo si pudiera subsistir impune, y no habria bienaventurados en el seno de la misma Trinidad; porque Dios no seria ya el Bueno, el Verdadero, el Justo; la contemplacion eterna de la sabiduría y del amor; la vision de Dios, no seria ya la dicha de los escogidos, ni Dios seria el Santo de los santos. Se acabaria la felicidad del mismo Dios, supuesto que ésta consiste en la contemplacion de su sabiduría, de su verdad, de su justicia, del órden inmutable; contemplacion de donde nace su amor.

Acabamos de manifestar que el infierno solo puede hacer comprender á Dios, y por consiguiente, probar la unidad de Dios. Vamos á demostrar que sin el infierno los demonios, los males físicos del hombre, tal cual es, y el universo, serian inesplicables; y que los demonios, los males físicos, los ángeles y el hombre que componen el universo, suponen un infierno ó penas infinitas.

Todos los pueblos han creido en la existencia de espíritus maléficos, dedicados á dañar al hombre, á destruir el reinado de Dios, la verdad, la justicia y la virtud. Si no existen genios del mal y un rey de esos hijos de orgullo, que procura destruir la dominacion de Dios, para reinar solo, ¿cómo se comprende que el mundo haya estado entregado tanto tiempo á la idolatría, y se hayan esparcido tan densas tinieblas sobre la inteligencia de los hombres, y que tan poco piensen en Dios? Esto es lo que dicen la razon y la filosofía.

"Nosotros no tenemos que combatir contra hombres de carne y sangre, dice San Pablo, sino contra potencias espirituales, y contra los ardides de este aire tenebroso que nos rodea.» Así se esplican esas sugestiones repentinas, esos pensamientos de suicidio moral, esas tentaciones misteriosas, que no son ni del mundo ni de nuestra naturaleza, y que únicamente pueden venir del infierno.

Satanás cree vengarse de Dios haciéndole aborrecer, y busca por todas partes cómplices miserables. Su envidia le abrasa mas que las llamas, y no se ocupa mas que en destruir al hombre: *operatio ejus est hominis eversio*. Lo que la revelacion nos dice de Satanás, ¿no lo vemos repetirse todos los dias á nuestra vista? ¡Cuántos hombres perversos se dedican á arrastrar al mal á criaturas inocentes, sin ningun atractivo para ellos, sino por una secreta inclinacion á aumentar el número de los desgraciados, por odio á la inocencia! ¡Cuántos ambiciosos envuelven en sus crímenes á una multitud de hombres, instrumentos de su poder! El infierno nos revela tambien la existencia de estos genios del mal, que la razon, el consentimiento general de los pueblos y la revelacion nos incita á creer. En vano se ha intentado esplicarla por los dos principios del bien y del mal; este sistema absurdo de un poder igual á Dios, siempre en pugna con él, unas veces vencido, otras vencedor, no propende mas que á destruir á Dios. Es menester conocerlo, los demonios son los ministros de la justicia de Dios, como los ángeles lo son de su misericordia, ó si no la unidad no existe en e universo.

Las penas infinitas hacen comprender la lucha de los demonios contra Dios. Si no padecieran mas que penas temporales, habrian conservado la esperanza, y con la

esperanza tendrian el amor del bien, en vez de aborrecerle. Su amor al mal solo se esplica por la desesperacion de una desgracia sin remedio, de un suplicio eterno.

Los ángeles rebeldes buscaron en sí mismos su perfeccion, su gloria y su felicidad, y encontraron la desesperacion y el odio. Los insensatos, al rebelarse contra Dios, no se habian figurado, en medio de los regocijos del Cielo, la posibilidad del infierno; como tampoco el hombre, al desobedecer á Dios cerca del árbol de la vida, se habia figurado la posibilidad de la muerte; pero el castigo les probó el poder de Dios. Estar separado de Dios es una pena tan grande como el mismo Dios: *Separari á Deo est hæc tanta pœna quantus ipse est Deus.* Así el fuego consumirá todo lo que la rebelion de los ángeles y de los hombres ha manchado en la tierra y en los Cielos. El fuego reemplazará al amor donde quiera que éste no se halle, y todos los qne mueran fuera del amor caerán bajo la cólera: *Deus noster ignis consumens est.*

La existencia de los demonios supone, pues, un infierno ó penas infinitas: vamos á ver ahora que la existencia de los males, repartidos en el mundo, prueba la misma verdad. Los que, imaginándose ser mejores que Dios mismo, niegan las penas eternas, no pueden esplicar el mundo tal cual es. Dios, dicen ellos, no crió al hombre sino para hacerle feliz. Mas entonces ¿por qué el dolor? por qué las plagas? por qué las catástrofes y tantos séres nocivos? por qué las deformidades? ¿por qué, en fin, el hombre no es mas que enfermedad, cómo dice Hipócrates? por qué la muerte? Las guerras que los hombres se han hecho desde el orígen del mundo, los niños arrebatados de la cuna, las mortandades, la lepra, la peste, todos los azotes son imposibles de esplicar para el deista que desecha la Escritura á causa de las venganzas ordenadas por Dios á Moisés. ¿Cómo comprender la libertad del hombre, la justicia de Dios, las plagas esparcidas por la tierra? Si las ideas de la bondad de Dios no pueden concordarse con las penas infinitas, repugnan igualmente á las penas temporales; porque si no es digno de Dios castigar al hombre en la eternidad, tampoco lo seria castigarle en el tiempo. Los males pasageros pueden concebirse y conciliarse con la idea de un Dios justo y bueno; pero solamente como pruebas ó expiaciones para salvar al hombre de mayores males, ó advertencias para precaverle de suplicios eternos. Esta es la razon de los males temporales, segun los designios de Dios. El hombre mas allá de esta vida tiene que temer penas sin fin. Los males de esta vida son reflejos de los males del abismo eterno, una luz puesta al borde del precipicio, para advertir al hombre que no caiga en él. Estos males nacen de la misericordia, para evitar los que provendrán de la justicia y serán irremediables; sirven para darnos una idea de lo que nos espera mas allá de esta vida. Son chispas que salen del infierno para hacernos temer el fuego eterno.

Entonces todo se esplica, los bienes y los males de esta vida y de la eternidad. Los bienes y los males están mezclados aquí abajo para el tiempo de prueba, á fin de revelarnos el lugar donde están unidos para siempre.

Reunid, pues, todo lo espantoso, infecto y horrible que hay en este mundo; el fuego que consume, el acero que desgarra, el aire que lleva la peste; aumentad y multiplicad todos los males reunidos y tendreis una idea del infierno: por el contrario, juntad la hermosura y las gracias, lo que encanta, lo que transporta, lo que embriaga; aumentad y multiplicad todos los bienes reunidos, y tendreis una idea del Cielo.

El Cielo y el infierno están en embrion

aquí abajo: multiplicad el fuego, el dolor y la muerte, y tendreis los abismos de horror, las tinieblas eternas, la desesperacion espantosa, la sed que nunca se apaga, el hambre que no se sacía jamas. Multiplicad la gracia, la hermosura, la harmonía, la alegría y el amor, y tendreis el Cielo con sus transportes, sus éxtasis, su eterna felicidad.

El infierno y el Cielo esplican todo lo que vemos en el mundo; el bien, el mal, la vida y la muerte. Nada de cuanto conocemos es inútil. Dios ha puesto en la esposicion lo que ha de aparecer en la série del drama; de modo que un entendimiento mas vasto que el nuestro veria desde este mundo todo lo que verá en el otro.

La vida es el Cielo, el infierno es la muerte: aquí tenemos los nombres allá estarán las realidades: *Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur*. Las palabras de muerte y de vida son incompletas en este mundo: para hallarlas completas es menester creer en el infierno y en el Cielo. Todos los goces de la vida terrenal que nunca se llegan á gustar, tienen un punto en que se detienen, así como los dolores; pero nada se detendrá en el Cielo ni en el infierno. El éxtasis y el remordimiento son estados accidentales en esta vida: en la otra serán estados permanentes.

Los bienes y los males físicos, el Cielo y el infierno son obras del mismo Dios. Las zonas del Mediodia abrasador que producen las arenas y los monstruos mas crueles, las zonas templadas donde crecen tantos productos variados, deliciosos; estos admirables contrastes provienen de la posicion de aquellos climas con respecto al sol. El mismo sol vivifica en el Cielo y abrasa en el infierno. El sol es ardiente y suave al mismo tiempo: así tambien en el Cielo Dios será un Dios de bondad; en el infierno un Dios de justicia. El mal temporal no sé esplica, pues, sino por el mal eterno, y la existencia de los males de esta vida supone un infierno.

Réstame probar que el mismo hombre seria incomprensible, porque su dependencia y su libertad, lo mas grande que hay en él, serian quiméricas sin el infierno. En efecto, profundícese la libertad del hombre, y se hallará el infierno. La libertad, hé ahí el verdadero rasgo de semejanza del hombre con la Divinidad de quien es imágen. Es una facultad maravillosa del ser independiente y criado que su dependencia no se oponga á su libertad, y que pueda modificarse como quiere. Se hace bueno ó malo á su eleccion: vuelve su voluntad hácia el bien ó hácia el mal, y, como Dios, es dueño de su operacion íntima: ningun bien de este mundo supera su voluntad, ni ninguno le determina invenciblemente: todos le dejan á su propia determinacion. El es dueño de sí, delibera, decide y tiene un imperio supremo sobre su propia voluntad: está cierto que en este imperio sobre sí hay un carácter de semejanza con la Divinidad que asombra. El hombre, pues, se crea á sí mismo, *en cierto modo*, bueno ó malo eternamente, feliz ó desgraciado eternamente, á pesar de la Creacion que le hace dependiente, á pesar de su calidad de criatura.

Así tenemos dos nacimientos, uno para el mundo, y otro para la eternidad: Dios hace el primero, y nosotros el segundo (*). Dios ha puesto en nuestras manos la eleccion de nuestra eternidad: *Salus sequitur voluntatem*. Pero sin el infierno, el hombre no tendria una prueba de su libertad, ni por consiguiente de su grandeza. Si un dia viésemos á todos los hombres reunidos en el Cielo, ¿cómo creeriamos que habiamos poseido realmente la libertad en este mundo, cuando nadie habia abusado de ella? Desde luego, obligados los

(*) *Se supone que no se escluye la gracia del Salvador para las obras dignas de la bienaventuranza.*

escogidos á gozar de la bienaventuranza, no serian hijos del amor y de sus propias obras: no tendrian mérito ni demérito; serian atraidos hácia á Dios, como la tierra hácia el sol: no serian libres sino forzados. Señor, dirian á Dios los ángeles y los hombres: vos nos dijisteis que éramos libres; pero vuestra bondad no lo ha permitido. Habeis obrado con nosotros como una madre que quiere persuadir á su hijo que ande y le sostiene con la mano. "Mas un solo ser en el infierno todo lo cambia, y ya no puede el justo dudar de su libertad, porque el impío, condenado á los suplicios eternos, ha podido merecer ó desmerecer; si se ha perdido para siempre, él lo ha querido. Si hay libertad, ¿es posible que nadie haya abusado de ella? ¿Y cómo se habia de creer que hubiese libertad, si ningun hombre hubiera pecado? Es menester conocerlo. Si un solo hombre padece eternamente, á pesar de la bondad divina, el amor de Dios se ha contenido á vista de su decreto de la grandeza del hombre.

Mas el hombre no es libre si no puede elegir: toda su grandeza se desvanece y se reduce á una mentira. Si el hombre, libre en su eleccion, ha preferido la muerte á la vida, el crímen á la virtud, entonces se ha declarado en favor del supremo mal, en vez de optar por el supremo bien. Pero decidme: ¿no es el infierno solo el que tiene proporcion con esa eleccion monstruosa que encierra implícitamente el odio ó el desprecio de Dios? ¿No se debe éste á sí mismo, castigar eternamente una voluntad que permanece eternamente su enemiga? Acordaos que Dios juzga al hombre no con arreglo á la duracion de la falta, sino conforme á la disposicion de su corazon.

Las penas son eternas, porque el pecador tiene una voluntad eterna en el placer del pecado, y aun cuando Dios le hubiese dado millones de años, no hubiera salido de su pecado: hubiera deseado, dice San Agustin, vivir eternamente, para permanecer eternamente en su crímen: *Qui impœnitens moritur, si semper viveret, semper peccaret*. De donde concluye San Gregorio, que ha sido justicia de Dios que el que nunca quiso poner fin á su pecado, no halle jamas fin á su suplicio.

El remordimiento esplica tambien el infierno: la mano comete en un instante el crímen: el crímen es eterno en la memoria: *Facere in tempore fuit, fecisse in sempiternum manet*.

Si Dios entregase el Cielo á los deseos del ambicioso, éste querria dominarle. Los réprobos no concluyen sus crímenes, sino porque se les acaba la vida. *Semper vivere vellet, et semper pecaret*.

Hé aquí por qué morirán sin cesar para revivir siempre, y vivirán para morir siempre: *Semper morientur ad vitam, et semper vivent at mortem*.

Dios ¿puede castigar con suplicios temporales al que estaria dispuesto á ultrajarle durante una eternidad, si le hubiese dado la eternidad en este mundo? El infierno prueba, pues, que el hombre es libre, por consiguiente semejante á Dios. La libertad del hombre supone un infierno. El hombre es tan grande, que se necesita nada menos que unas penas infinitas para castigarle el mal uso de su libertad, primero de sus atributos, este rasgo de su semejanza con Dios mismo; su libertad que, sin el infierno, le hacia un dios independiente de Dios.

El hombre en el infierno no tendrá otros vínculos con Dios que los del ser y la dependencia, habiendo perdido voluntariamente los vínculos de sabiduría y amor del Verbo y del Espíritu Santo. En el infierno no hay esperanza, la muerte no muere: *non moritur mors*. La primera muerte arroja del cuerpo al hombre á pesar suyo. La segunda muerte le retendrá en este cuerpo á pesar suyo, y no hay muerte mas

terrible que la que no puede morir: *Major et pejor non est mors, quam ubi non moritur mors.*

Los que niegan la existencia del infierno ó del mal absoluto, no reparan que el Cielo supone la libertad del hombre y de los ángeles. Un mundo donde no hubiese un bien moral, ni sacrificio; donde ningun ser inteligente y libre fuese llamado á abrazar la verdad y la virtud con el desprecio de las cosas presentes, en quien todo fuese necesidad y violencia; no seria digno de la sabiduría de Dios. Por mi parte declaro que no le querria: quiero haber buscado á Dios en medio de los sacrificios: quiero haberle hallado en medio de las tinieblas: quiero haber arriesgado el perderle, para ser mas dichoso alcanzándole: quiero haberle elegido, amado voluntariamente, á pesar de las pruebas, de las tentaciones, de las enfermedades de mi naturaleza, y poder decírselo durante la eternidad: quiero saber que Dios me ama, y que yo le he amado tambien verdaderamente. Su amor y el mio serán el mantenimiento eterno de mi alma, la alegría inefable de mi corazon.

Nuestro Divino Maestro ha dicho: "Al acabar el tiempo hay dos ciudades eternas para nosotros: en la una Dios es el sol de las almas; en la otra es él fuego que devora: en la una están el resplandor y la alegría; y en la otra las tinieblas y el horror eterno. En la una se renueva sin cesar la vida, en la otra la muerte no puede morir. La una domina toda la creacion; la otra está en lo mas profundo del abismo; y nosotros, viageros de un momento en la tierra, estamos suspensos entre esas dos eternidades, mientras que nuestra alma, que lleva encima este peso de gloria ó de muerte, adelanta en el tiempo siempre hácia el momento de salir de él. La vida sola nos separa de estos dos océanos de miseria ó de felicidad, de fuego ó de delicias, de odio ó de temor; la vida, esa sombra que pasa, ese vapor ligero que un instante va á disipar.

Pero ¿á qué eternidad iremos? ¿Estaremos en el amor ó en el odio; para siempre en el seno de Dios, ó rechazados para siempre de él? Ahora os hallais á la entrada de la eternidad, de donde no se sale jamas. Dentro de un poco de tiempo podreis sufrir la segunda muerte. Todos los dias llorais un cuerpo del que ha salido la vida: llorad el alma de que Dios os separa, porque la separacion del alma y de Dios es eterna.

El tiempo corre con una rapidez espantosa: cada momento pasado en el olvido de Dios nos aproxima á la ciudad de las lágrimas. Allí no hay ni fondo, ni orilla, ni esperanza, ni amor: allí no hay ya redencion: *in inferno nulla est redemptio.*

REPRESENTACION

SOBRE LA INMUNIDAD PERSONAL DEL CLERO,

REDUCIDA POR LAS LEYES DEL NUEVO CÓDIGO, EN LA CUAL SE PROPUSO AL REY EL ASUNTO DE DIFERENTES LEYES, QUE, ESTABLECIDAS, HARIAN LA BASE PRINCIPAL DE UN GOBIERNO LIBERAL Y BENÉFICO PARA LAS AMÉRICAS Y PARA SU METRÓPOLI.

(Continúa.)

Este privilegio era universal, y se estendia á todas las causas civiles y criminales, sin escepcion alguna en las monarquías española y francesa, desde su establecimiento hasta el siglo trece, como lo afirman los historiadores, y se convence por el Fuero-juzgo y los capitulares de los francos, y por los sagrados cánones

que logrando entonces el mayor respeto y deferencia, lo habian establecido con la misma universidad. Y así vemos las primeras escepciones en el fuero real y leyes de Partida, por lo tocante á España, y en el edicto de Francisco I, de 1566, por lo respectivo á Francia. Pero hay una diferencia infinita entre este edicto de Francisco I y las leyes del fuero real y de Partida, porque tambien hubo (y ojalá aun hubiera) la misma diferencia en el modo de pensar entre los jurisconsultos y magistrados de aquel tiempo españoles y franceses. Estos, emprendiendo con furor el reparo de algunos inconvenientes que resultaban de la estension del privilegio, y la reforma de algunos abusos que habia permitido la ignorancia de aquel tiempo, escedieron la línea de lo justo, y dieron en otros inconvenientes y abusos. Pero aquellos, esto es, nuestros jurisconsultos, magistrados y legisladores, corrigieron los inconvenientes y abusos con equidad y con respecto á los verdaderos intereses de la Iglesia y del Estado.

Nuestras leyes redujeron el fuero clerical en las causas civiles en solo aquellas que tenian relacion directa con el bien comun del Estado, con alguna gracia inmediata, ó con los empleos ó encargos civiles que aceptaban los eclesiásticos; y en las criminales lo redujeron solamente en los crímenes de falsario de letras apostólicas ó reales, de herege, dogmatizante y relapso, de escomulgado indolente por un año, para el efecto solo de ocupar sus bienes, y al delito solo de injuriar ó insidiar la vida de su propio obispo. Estas leyes que desafueran á los eclesiásticos en los referidos casos, no permiten al fuero real que toque su persona, sin que preceda la degradacion solemne de la Iglesia. En todos los demas delitos, como hurto, homicidio, perjurio y otros semejantes, no pierden el fuero clerical, aun cuando por ellos los degrade la Iglesia, á cuyo juicio dejan las leyes su castigo. Esto es lo establecido en la materia por nuestras sábias leyes de Partida, como se vé por los dos títulos V y VI de la primera Partida.

Posteriormente por las leyes recopiladas de Castilla é Indias, se redujo el fuero clerical en las causas civiles, en todos los casos en que se habia reducido la jurisdiccion eclesiástica, que dejamos relacionados. Mas el fuero clerical en las causas criminales, se dejó en el mismo pié en que lo habian establecido las leyes de Partida, pues no se halla otra escepcion que la que se contiene en la ley 8, título 15, lib. 8 de la Recopilacion de Castilla, en la cual el señor Don Cárlos III, padre de V. M., que santa gloria haya, desafuera lós clérigos y otras personas privilegiadas que tengan participio en sediciones ó motines, es decir, que son reos de lesa magestad, como turbadores directos de la tranquilidad pública. Fuera de este caso, en todos los demas gozan los clérigos del privilegio del fuero en las causas criminales.

Por estas leyes se estableció tambien una gran reforma en cuanto á los clérigos de menores órdenes y sirvientes de la Iglesia, que antes gozaban el fuero clerical en causas civiles y criminales. Desde 68 á 87 produjo esta reforma la rebaja de veintiocho mil doscientas cincuenta y siete personas eclesiásticas, como se vé por el censo español. En una palabra, se redujo el fuero civil de los clérigos todo lo que exigian el bien público, la buena administracion de real hacienda, y la naturaleza de las gracias que dimanaban del trono.

Estas reducciones rebajaron mucho la inmunidad personal y consideracion del clero. Pero como no tocan directamente la persona de los clérigos, y solo recaen sobre sus beneficios, sobre sus cosas, de aquí es que sin embargo de ellas, el clero se conserva todavía en estado de poder llenar sus obligaciones sacerdotales y civiles hácia el pueblo y hácia su soberano,

pues siempre conservará cierto decoro y dignidad, mientras las leyes le conserven su fuero en las causas criminales, que son las que tocan á su persona y en las que se compromete su concepto, su honor y su vida. Y esta es la razon porque se habia conservado hasta ahora ileso el fuero criminal de los clérigos por las referidas leyes recopiladas y providencias últimas del glorioso padre de V. M., las cuales, aunque tan próvidas y estendidas á tantas materias y casos, no hieren, como se ha dicho, el fuero criminal de los clérigos, sino en el caso gravísimo del crímen de lesa magestad, escepcion que justifica y recomienda el interés y el bien público de la sociedad entera.

Las leyes antiguas y modernas..... han tenido una vigilancia suma en defender y proteger la persona y el honor de los clérigos, estableciendo al efecto penas muy severas contra los agresores de obra ó de palabra. Nuestros religiosísimos monarcas, desde V. M. inclusive hasta Ataulfo, han reprimido y castigado con severidad todos los insultos particulares que han llegado á su noticia, estendiendo esta animadversion aun á los tribunales supremos, previniendo á éstos y á todos los demas inferiores que no se admitan en ellos escritos injuriosos contra los prelados y personas eclesiásticas. Y así se vé que si por una parte la necesidad los obligó á disminuir las inmunidades eclesiásticas en lo respectivo á jurisdiccion, á la exencion de las cosas y al fuero civil, procuraron al mismo tiempo aumentarlas en lo tocante á las personas y al decoro de los eclesiásticos, vedando sus injurias y conservándoles su fuero criminal como la cosa mas sagrada y mas importante á la conservacion y al respeto que es debido á este estado.

Con esta legislacion se habia gobernado .... hasta el año pasado de 95 en la integridad de sus costumbres, en su carácter religioso y fiel á la religion, y en su generosa firmeza para el desempeño de sus deberes públicos y particulares. La soberana voluntad de V. M. no esperimentaba el menor obstáculo. Sus ordenaciones supremas fluian, digámoslo así, desde el trono por todos los miembros del cuerpo político, como la sangre fluye por las venas desde el corazon á las estremidades del cuerpo humano. El clero y el pueblo español eran como habian sido siempre, con corta diferencia. Cualquiera novedad que pudiese haber habido en sus costumbres y modales, ciertamente no era efecto de la legislacion, por lo menos de la legislacion antigua, sino de la poderosa influencia de las novedades, vicios y costumbres de este siglo. Y sea lo que fuere de esto, lo cierto é indubitable es, que el clero y el pueblo español en 95 eran mas fieles y leales á su religion y á su soberano, que ninguna otra nacion de Europa.

Luego se debe concluir, que la inmunidad personal del clero, en cuanto al fuero criminal y civil, está reducida todo lo que conviene; y que, en suma, lo están todas las inmunidades eclesiásticas. . . . .
. . . . Luego la nueva jurisprudencia y la aplicacion que de ella hace la real sala del Crímen de México, que en sustancia destruyen el fuero eclesiástico en las causas criminales, la reducen de hecho con esceso.

Pero todavía se dirá ¿cómo se demuestra este esceso? Señor, todo estremo es vicioso en lo moral, y es difícil acertar y mantenerse en el medio inmutable en que Confucio ponia la suma de la sabiduría humana. Confesamos nuestra insuficiencia para señalar la línea de division de estos estremos, y determinar el punto fijo donde deben parar nuestras inmunidades. El acierto es de suma importancia en un negocio comun á V. M. y al clero.... y para conseguirlo parece que no puede seguirse regla mas segura que la esperiencia en casos semejantes: continuaremos, pues, el

paralelo con la Francia, examinando el proceso de su legislacion en la materia, sus efectos y resultas, y ellas determinarán esta línea, y harán ver que la nueva jurisprudencia induce de hecho el referido esceso.

Ya espusimos la conducta de los jurisconsultos y magistrados franceses en lo respectivo á la jurisdiccion eclesiástica. Ellos observaron la misma en lo tocante al privilegio clerical en las causas civiles y criminales. En las primeras lo estinguieron en el todo, y en las segundas lo hicieron ilusorio y vano.

Al principio intentaron solamente conocer de los delitos de lesa magestad. Despues ya se estendieron á los atroces y enormes, con pretesto de la insuficiencia de las penas canónicas, y de que ella era incentivo para que los eclesiásticos delinquiesen. Y finalmente, pretendieron conocer de todos los delitos graves de los eclesiásticos.

Conociendo el clero de Francia que esta conducta de los magistrados destruia su principal inmunidad; que la publicacion de los delitos de los eclesiásticos era de gran escándalo á los ojos de los seculares, y disminuia su veneracion y su obediencia, y que, por otra parte, el principio en que se fundaron los magistrados, no solo era incierto, sino contrario á los fines que se proponian, pues la esperiencia y la razon han acreditado en todo tiempo, que el medio mas eficaz de mejorar los hombres consiste en el honor y no en la infamia; por estas consideraciones se determinó á reprimir la audacia de los magistrados, con tanta mayor satisfaccion, cuanto ella no tenia fundamento alguno en las leyes civiles de aquel reino. Y así, congregados en concilios, estableció las penas de escomunion y de entredicho contra los invasores de su inmunidad personal en las causas criminales, como se vé por los concilios de aquellos tiempos, es á saber, el de Rems, celebrado en 1301, el de Abiñon, en 1326, y el de Paris, en 1346. Es digna de notarse una circunstancia particular que refieren los padres del concilio de Abiñon, es á saber, que los magistrados no solo procedian contra derecho en las prisiones de los clérigos, sino que de intento las hacian en el modo mas torpe y que mas pudiese servir de confusion á la Iglesia y al clero. Por donde se vé, que desde aquellos tiempos se perseguia ya la Iglesia á la sombra del bien público, y que allí era contagio antiguo en los magistrados encubrir la envidia, el espíritu de partido y otras pasiones con el velo especioso de la justicia.

Se pasaron mas de tres siglos en esta contienda, con ventaja siempre de los que tenian en su mano la fuerza y el poder, hasta que por fin se promulgó el referido edicto de Francisco I, por el cual se estableció que los magistrados seculares conociesen de los delitos privilegiados de los eclesiásticos, y los sentenciasen y castigasen antes de entregarlos á sus jueces eclesiásticos para el conocimiento de los delitos comunes.

El clero comprendió luego el golpe mortal que daba este edicto á su inmunidad, y lo reclamó al instante. Y en resultas se publicó el edicto de Enrique III, de 1580, que viene á ser una modificacion del primero, en cuanto establece que la instruccion de los procesos criminales contra las personas eclesiásticas, en los casos privilegiados, se haga conjuntamente tanto por los jueces eclesiásticos como por los seculares, imponiendo á éstos la obligacion de concurrir al tribunal de la jurisdiccion eclesiástica.

Tenemos ya autorizados por ley á los magistrados seculares de la Francia para proceder contra eclesiásticos en los delitos privilegiados. Pero ellos no se podrán contener en sus límites. El espíritu que da impulso á sus conatos, no reconoce lí-

ites. En efecto, ellos traspasaron de .ego á luego los términos de esta ley; y ͻspreciando la concurrencia de los jueces :lesiásticos en los delitos privilegiados, ›nocieron de ellos sin intervencion suya, solo se la daban en los delitos comunes; por último se apropiaron tambien éstos; solo dieron intervencion al eclesiástico ı los delitos leves en materia de discipliı, y de esta suerte se estinguió en Frana el privilegio clerical en las causas criıinales.

Van Espen da la historia de estos pro›dimientos, en la tercera parte de su obra :l Derecho eclesiástico, con referencia á uillermo Benedicto, Febrecio, Rouselio, ipéo, Rebujo, y otros autores que cita. ero donde se vé con claridad todo el arìcio con que los magistrados y tribunas de la Francia llegaron á destruir la juɔdiccion y la inmunidad personal de la ;lesia, es en la obra intitulada "Leyes :lesiásticas de Francia," escrita por Heri›urt, abogado del parlamento, en que se sertan y se glosan las leyes, y los arress ó decretos de los consejos, parlamens y demas tribunales superiores de aqueı nacion; en los cuales se descubre un :rdadero sistema, sostenido desde el prinpio y transmitido de unos á otros, de in›dir y aniquilar esta inmunidad de la ;lesia.

Ellos consumaron efectivamente sus inntos. ¿Pero qué utilidad, qué benefiɔ resultó á la monarquía, al clero y pueo francés? El que hemos visto era naral, y se debia seguir de los principios ıe gobiernan el corazon de los hombres. No dejando de serlo los eclesiásticos ›r eclesiásticos, es indispensable que en e muchos deje de haber alguno que deıca por fragilidad humana, por provocion ó por malicia. Deducido su deli› en un tribunal superior, ante jueces res:tables y de muchas relaciones, en conırso de espectadores de toda la nacion, se representaba allí con los colores mas vivos y sangrientos por un orador vehemente, que ponia su gloria en la conviccion de un miserable, en la exaltacion del crímen, y en el triunfo de la malicia sobre la inocencia. Engrandecido con los colores de la oratoria, se difundia y derramaba en el público, no cual era en realidad, sino cual se pretendia que fuese; y transmitiéndose de unos en otros hasta las provincias mas remotas, se aumentaba progresivamente en razon de la distancia, como sucede siempre. En el segundo caso que ocurria, se traia á colacion el primero en todas sus circunstancias. En el tercero se recordaban los dos antecedentes. Y así en todos los demas. De suerte que una acusacion fiscal contra un eclesiástico, venia á ser un cuerpo de historia de todos los crímenes eclesiásticos del siglo ó siglos precedentes. En las demas clases del Estado ningun reo carga el delito de otro. Pero en la del clero *cada individuo sufre el peso de los crímenes de los demas individuos que componen el cuerpo, y el cuerpo sufre la infamia de los crímenes de todos sus individuos.* Por esta razon un corto número de delitos de los eclesiásticos, fué bastante para irrogar una infamia perpetua al clero de la Francia.

Sin embargo, este ha sido uno de los menores males que le resultaron de la amision del fuero en las causas criminales. Este lo compensaba de algun modo con sus virtudes, sus servicios y sus luces. Pero le resultaron otros mayores que no admitian compensacion ni reparo. Tales fueron, en primer lugar, el oprobio y el desprecio que resultaba al cuerpo de que sus miembros se viesen revueltos y confundidos con el comun de facinerosos: y en segundo, la libertad y audacia de hablar contra el clero, que, con el egemplo de los procuradores de los parlamentos, se fué introduciendo en los tribunales inferiores,

pasando de los juicios al trato social, y de aquí á la república de las letras: y operándose progresivamente una revolucion de opiniones, se comenzó á declamar y escribir contra el clero sin miramiento ni respeto; y luego se vieron nacer, reproducirse y pulular una inmensidad de escritos en todo género contra los ministros de la religion y contra la religion misma. La sátira, la ironía, el razonamiento, todo se puso en juego para atacar ó para hacer ridículos estos objetos. Se consiguió el fin en la mayor parte. Los ministros de la religion cayeron poco á poco en descrédito, en desprecio y aun en odio del comun, que ya no veia en ellos sino sus defectos y sus riquezas, exageradas por la envidia y por la maledicencia. Este ha sido un efecto necesario de aquélla causa que se previó y reclamó en tiempo y sin efecto por algunos prelados celosos, y cuya existencia nos es notoria por las relaciones de nuestros viageros, por correspondencias particulares, por las producciones literarias que llegan á nuestras manos, y finalmente, por el testimonio de Jacobo Bernardin, autor de la obra intitulada "Estudios de la naturaleza," que escribió en el año pasado de 84, y habla precisamente en la materia: el cual, despues de haber declamado tambien contra los defectos del clero, hace su apología en los términos siguientes. "El mundo, dice, mira el dia de hoy con "envidia y, digámoslo de una vez, con "odio á la mayor parte de los sacerdotes. "Debiéramos hacernos cargo que ellos son "hijos de su siglo como los otros hom-"bres. Los vicios que se les atribuyen per-"tenecen en parte á su nacion, al tiempo "en que ellos viven, á la constitucion polí-"tica del Estado y á su educacion. Los "nuestros son franceses como nosotros. "Ellos son nuestros parientes, sacrificados "frecuentemente á nuestra propia fortuna "por la ambicion de nuestros padres. Si "estuviéramos encargados de sus deberes, "los desempeñariamos mas mal que ellos. "No conozco deberes tan penosos ni tan "dignos de respeto como los de un buen "eclesiástico. No hablo de los de un "obispo que vela sobre su diócesis, que "forma sábios seminarios, que mantiene "el órden y la paz en las comunidades, "que resiste á los malos y soporta á los dé-"biles, que está siempre dispuesto á socor-"rer los desgraciados, y que en este siglo "de error refuta los enemigos de la fé por "sus propias virtudes. El está recompen-"sado por la estimacion pública. Nada "digo tampoco de los de un párroco, que "atraen á veces por su importancia la aten-"cion de los reyes. Hablo solamente de "los de un simple y obscuro vicario de "parroquia ó teniente de cura, á quien na-"die hace atencion. El sacrifica los pla-"ceres y la libertad de su juventud á los "mas penosos y molestos estudios. So-"porta todos los dias de su vida la inconti-"nencia en mil ocasiones propias para per-"derla, y rechaza sin cesar, sin testigos, "sin gloria, sin elogio, la mas fuerte de "las pasiones, y la mas dulce de las incli-"naciones. Por otra parte, está obligado á "esponer diariamente su vida en las en-"fermedades epidémicas. Es necesario "que confiese, teniendo su cabeza sobre "la cara de un enfermo apestado de virue-"las, de fiebre pútrida ó purpúrea. Este "valor obscuro me parece muy superior al "valor militar.... ¿Qué fortuna se prome-"te él de sus trabajos? Una subsisten-"cia frecuentemente precaria. ¿Qué in-"demnizacion recibe él de los hombres? "Tener que consolar frecuentemente á gen-"tes que ya no tienen fé: ser el refugio de "los pobres y no tener que darles: ser "perseguido á veces por sus virtudes mis-"mas: ver sus combates convertidos en "desprecio, sus oficios en repulsas, sus "virtudes en vicios, y su religion en ridi-"culez. Tales son los deberes y la recom-"pensa que el mundo da á la mayor parte

"de estos hombres, cuya vida el mismo "mundo envidia. (*)"

Se vé, pues, por el testimonio de este autor, que la envidia, el odio y el desprecio de los eclesiásticos era general en Francia el año pasado de 84. Las reflexiones que espende para demostrar la injusticia de este tratamiento, son sólidas y convincentes. Pero ya el pueblo francés no estaba en estado de escucharlo; y el daño pasó tan adelante en los seis años siguientes, que en el de 90 no habia en Francia persona mas despreciable y aborrecida que un fraile, un clérigo, un cura, ó un obispo. Pero los frailes ya habian caido en este desprecio algunos años antes. Y siendo máxima constante, acreditada por la esperiencia, que despreciados los ministros de la religion, cae en desprecio la religion misma, se ha visto tambien que ella ha ido caminando á su ruina en la misma proporcion que sus ministros: porque éstos, sin opinion y sin concepto, no son ni pueden ser instrumentos idoneos para hacerla reinar en el corazon de los fieles. Entró, pues, la relajacion en las costumbres; y el clero mismo, arrastrado de los vicios de su siglo, se manchó con ellos; y de dia en dia vino á quedar mas inhábil para el desempeño de sus funciones sacerdotales, y aun mucho mas para inspirar y sostener la obediencia y subordinacion de los súbditos á su soberano.

(*) Bernardin, *Etudes de la natura.*, *tom.* III, *art. Du clere.*

(*Se continuará.*)



EL JUDIO ERRANTE.

Las reiteradas instancias de varios de nuestros suscritores y el aprecio con que han sido recibidas en el público las cartas sobre los *Misterios de Paris* del célebre letrado Mr. Alfredo Nettement, nos han movido á publicar sus reflexiones sobre la otra escandalosa novela de Eugenio Süe, titulada el JUDIO ERRANTE; absteniéndonos de toda recomendacion, tanto porque nuestros lectores conocen ya al autor, cuanto porque la obra por sí misma se recomienda, sin necesidad de agenos elogios. Unicamente advertimos, que hemos omitido, por no venir al caso, la historia de este romance, que se publicó por via de folletin la primera vez en el *Constitucional*, periódico de Paris, y que hemos variado el título de Cartas en que se escribió esta impugnacion, en el de Observaciones, que nos ha parecido mas conveniente á nuestro objeto, por evitar ciertas enfadosas repeticiones.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION PRIMERA.

PUNTO DE VISTA LITERARIO.—ASUNTO DEL LIBRO.—ACCION.

¡Qué libro es este que ha originado una revolucion en un periódico; que ha adquirido á su autor mil veces mas nombradía que á Milton su *Paraiso perdido;* que por todas partes se encuentra; en el salon, como en la buhardilla; en la alcoba de la doncella retirada, como en la antesala de los libres pages; en la tienda del comerciante que está en la plaza, como en el figon del mas retirado arrabal; en el gabinete de lectura, donde ocurren á centenares los suscritores, como en el cuarto bajo de la vieja portera;.libro que forma época y del que acaso resultarán sucesos impor-

tantes, porque nunca se trabaja en vano sobre la opinion pública, y cuando se arroja una tea ardiendo entre barriles de pólvora, no debe admirar si sobreviene una esplosion? ¿Cuál es, pues, el asunto de este libro? cuáles los móviles de la accion? cuál el valor? cuál el término á que se dirige?--Voy á esforzarme no solo á decirlo, sino á probarlo. El primer deber de la crítica es ser legal. Negar el talento, es un miserable recurso, cuando no se carece de él. Contentarse con declamar contra un libro, sin hacerlo conocer al lector, seria caer en la falta de un juez, que en vez de instruir una causa, comenzase por la sentencia. La misma marcha debe seguirse cuando se trata de formar proceso á una obra ó á un hombre; es necesario referir antes de sacar la consecuencia, porque juzgar es conocer. Procuremos, pues, cueste lo que costare, tomar conocimiento con el JUDIO ERRANTE.

La accion comienza en pleno melodrama, aunque por desgracia muy lejos, porque es necesario llegar nada menos que hasta los lugares que jamas pisó planta alguna humana; al Occeano polar que rodea las desiertas playas de la Siberia y de la América del Norte. En estos últimos límites del mundo, separados por el estrecho canal de Behring, es donde dispone Mr. Süe una especie de diorama, que sienta muy bien á un personage misterioso y sobrehumano, y á un asunto tomado de las leyendas maravillosas; aunque disuena no poco el mal color del cuadro, y que la tela se haya pintado á brochazos, habiendo tan hermosos pinceles. El autor no está dotado de un grande estilo y se vé constreñido á remontarlo mucho para describir la triste y sombría magestad de esta naturaleza inmoble y desolada. Hay, pues, algo de teatral, y por consiguiente de falso en su paisage; se distingue demasiado la costura de la tela de decoracion, y no se ocultan bien las cuerdas del maquinista.

Evidentemente decidido Mr. Süe á producir el efecto, este mismo empeño contribuye á impedirlo: el efecto consiste en esa "luna, cuyo disco azulino palidece ante la reverberacion deslumbradora de la nieve, en esas desiertas regiones, gélidos y tempestuosos parages de hambre y muerte." De heladas y tempestades, pase; pero si ningun sér los habita, ¿cómo puede allí sentirse el hambre? Y si ninguna criatura viviente se encuentra en esos lugares, ¿cómo puede llamárseles regiones de muerte! Sabemos muy bien que, para el tiempo que corre, estas observaciones parecerán mezquinas y pueriles á los grandes escritores de la época; pero sin embargo, las relaciones exactas de las palabras y las ideas son las que forman la hermosura y verdad del estilo. Todo lo demas se halla en el mismo gusto. Despues de haber contado el autor que sobre la capa de nieve que cubre aquellos desiertos se advierten huellas de persona humana, agrega: que por la parte del suelo americano, los pasos son de una muger, y del lado de la Siberia, los de un hombre; y en seguida, interrogándose á sí mismo, se pregunta quiénes son esos dos séres, y al momento se responde en su idioma fatídico: "Sea acaso fatalidad ó intencion, ello es que el hombre lleva herrada la suela de su calzado con siete clavos salientes que forman una cruz." El diorama de Mr. Süe, que no vale mas que el de Daguerre, continúa en funcionar: "Una noche sin crepúsculo sucede al dia;--siniestra noche,--reina un imponente silencio." Entonces el último cuadro se presenta á los ojos del espectador; una aurora boreal ilumina la tela, y se ven aparecer dos figuras, tendiéndose mútuamente los brazos de los dos lados del estrecho. Despues de esto, desaparece todo, la exhibicion concluye, y el espectador, fatigado de esta claridad de lámparas, de esta naturaleza facticia, de estos horizontes sin profundidad, y de este occea-

no colorido, que sofoca en un cuadro de algunas varas cuadradas, desea luz y respirar el aire libre.

Hé aquí toda la esposicion de Mr. Süe, que le hacemos honor comparándola á las vistas del diorama, porque tiene mas analogía con esas estampas pintarrajadas que se ponen á la espectacion pública en las fiestas de aldea, en una caja con empañadas lentes. ¿Y será necesario decir que ese hombre del calzado de los siete clavos es el JUDIO ERRANTE? Esto habla de por sí. Pero la segunda figura que deja sobre las regiones del continente americano las huellas de una muger ¿cómo se llama? Recordémonos de aquella jóven doncella que danzaba hace mas de 1850 años, con un paso voluptuoso y lleno de gracia delante del tirano de la Judea, y que por complacer á su madre pidió y obtuvo de Herodes, que le habia prometido concederle el don que le pidiese, la cabeza de San Juan Bautista. Pues precisamente esa cruel bailarina Salomé, es la que viene cada año en el mes de Septiembre, sobre los confines de la América del Norte, á tender los brazos al JUDIO ERRANTE que se los tiende desde la Siberia.

Mucho debe Mr. Süe, sin duda, al sábio que le ha revelado esta leyenda; la desgracia es que carezca del mérito de esta clase de invenciones que cabalmente consiste en su popularidad; porque como desde la infancia hay una cierta costumbre de recibirlas, no se esperimenta al verlas puestas en accion por el novelista ó el poeta, aquella especie de sorpresa burlona de que se siente sorprendida la razon humana cuando se le presentan personages y sucesos fuera del órden natural, sin que la autoridad imponente de la religion le demuestre la existencia de tales personages y la realidad de esos sucesos, ó sin que el hábito lo haya dispuesto de antemano á admitir esos séres facticios y esos acaecimientos de convencion.

El personage del JUDIO ERRANTE se encuentra en este último caso, y no carece de esa popularidad que se le niega. ¡Quién no ha oido contar entre nosotros, siendo niño, sobre el regazo de su madre ó nodriza, la triste historia de ese artesano de la Judea, que por haber rehusado á Cristo, cuando caminaba al Calvario, un momento de descanso á la sombra de su tienda, ha sido condenado á marchar, cual eterno viajante, hasta el fin del mundo? Esta leyenda es universalmente conocida y aceptada, y tiene ademas el mérito de ser el mas hermoso símbolo del destino del pueblo deicida, siempre viagero y continuamente estraño sobre la tierra. Traspórtese al pueblo lo que la leyenda cuenta del hombre, y nada hay mas verdadero.

Eternamente desterrado del suelo en que se elevaba su ciudad y templo, se le vé por todas partes en el mundo; siempre anda errante, nunca muere; porque es el inmortal testigo de la verdad de una profecía divina. Para las ficciones hay tambien una verdad relativa, y el JUDIO ERRANTE se encuentra en las condiciones de esta verdad. ¿Pero pasa lo mismo respecto de la hija de Herodías? ¡Cuando se enseña á esta muger que danzaba en tiempo de Pilato y de Herodes, dirigiéndose á Leipsick, á librar á las víctimas del despotismo ruso, no se vé ser imposible que deje de asomarse la risa á los labios? ¡No se percibe que con esto se destruye la ilusion que producia el JUDIO ERRANTE, y se pone ante el lector su fé de bautismo? Salomé, la bailarina del banquete dado por Herodes Antipas antes de la muerte de Jesucristo, viniendo diez y ocho siglos y medio despues de que se le entrega en un plato de plata la cabeza de San Juan Bautista, á estender los brazos al JUDIO ERRANTE sobre una de las costas del estrecho de Behring, no es una leyenda, es una caricatura.

Es ademas una idea bastante desgraciada la de Mr. Süe, mezclar al JUDIO ER-

RANTE en los acontecimientos contemporáneos. Las figuras maravillosas tienen siempre necesidad de ser vistas á alguna distancia, como las sombras de la fantasmagoría. La lejanía de los tiempos y del espacio les conviene; pero si en lugar de proporcionarles la luz pálida y equívoca que necesitan, se presentan en la de los sucesos que pasan en nuestros dias, el choque demasiado patente de la realidad y de la ficcion, hacen desaparecer la verosimilitud, esta verdad relativa que debe hallarse en le misma novela y la poesía.

El JUDIO ERRANTE interviniendo en un drama que comienza en el ministerio de Mr. Casimiro Perier; el JUDIO ERRANTE, mezclado con personages que bailan la *Tulipa tempestuosa*, con la *Reina bacanal* y *Rosa la salada* en el figon de la pla za del Castel, y otros que van en la noche á aplaudir las óperas de Bellini ó de Rossini en el teatro; el JUDIO ERRANTE mezclado con nuestra civilizacion, con los jueces de instruccion, los ministros de policía y los pasaportes, y espuesto á conducir al Sr. Martinez de la Rosa ayer, y hoy al Sr. Mendizabal por nuestras calles, se hace imposible. ¡Qué se pensaria de un leyendista que colocase una historia de la antigüedad en el baluarte italiano, entre la ópera cómica y Tortoni; y que en vez de elegir la media noche, hora sagrada de las leyendas, en que los muertos salen de sus túmulos, escogiese el medio dia, cuando los concurrentes al mercado asisten en mayor número á adquirir noticias, ó á entretenerse con la subida ó bajada de los precios? Sin duda se tendria por bastante poco diestro, y á su cuento por digno de la risa general, cosa que no puede ser de peor agüero para una historia destinada á causar pavor. No ha calculado bien Mr. Süe la gravedad de este inconveniente, cuando se ha decidido á mezclar al JUDIO ERRANTE en un drama que pasa en nuestros dias; y sea la que fuere la habilidad que haya manifestado en desenvolver el asunto, ni ha destruido ni destruirá este vicio.

¿Pero qué será si del asunto pasamos á la accion? Se comprende que el autor no ha podido tomar al JUDIO ERRANTE por héroe de una obra en diez volúmenes, con el único fin de hacerlo pasear, porque este eterno paseo acabaria por ser tan monótono al lector como al mismo JUDIO ERRANTE. Se debió, pues, comprometer en un drama, en una accion, es decir, en una lucha, con alternativas de fortuna y reveses, de vicisitudes y peripecias; y hé aquí lo que Mr. Süe ha imaginado para satisfacer esta necesidad.

El JUDIO ERRANTE, segun dice, tenia una hermana á quien idolatraba, y á cuyos descendientes ha profesado la mas viva ternura, empleando sus cuidados, que deben haber sido bastante numerosos, pues al momento en que hablamos no baja de mil ochocientos años que se ocupa de esto, en ocurrir á su auxilio cuantas veces se han encontrado en alguna posicion difícil ó en algun peligro inminente. En este piadoso oficio ha ayudado siempre al JUDIO ERRANTE con un celo envidiable, Salomé, la bailarina del banquete de Herodes, representando ambos en esta novela casi el mismo papel que Walter Scott ha hecho representar á la Dama blanca en uno de sus romances mas dramáticos é interesantes. Sépase ahora que los descendientes directos de la hermana del JUDIO ERRANTE se hallaban en el año de gracia 1832, en la mas peligrosa de las situaciones en que vez alguna pudieron encontrarse. ¡Y quiénes los habian puesto en ella? Los jesuitas, á los que faltaba todavía que dar este nuevo motivo de enojo al *Constitucional*, que ya abundaba de tantos en su contra.

El hecho merece contarse con algunos pormenores, porque es necesario saber cómo han llegado á ser los jesuitas los encarnizados perseguidores de los herederos

del JUDIO ERRANTE; y por otra parte, este es el asunto de toda la obra, que seria incomprensible si no se diese aquí la clave. Sépase, pues, que en la época de la revocacion del edicto de Nantes, habia un noble protestante, heredero directo de la hermana del JUDIO ERRANTE, que tenia el apellido de Rennepont, quien despues de haberse convertido al catolicismo, recayó, ó á lo menos hubo de ello sospechas, en sus antiguos errores. Los jesuitas denunciaron y obtuvieron en premio de su denuncia el secuestro de los bienes de Rennepont; mas éste consiguió sustraerles una suma de ciento cincuenta mil francos (*treinta mil pesos nuestros*), que hizo colocar en tercera mano, con disposiciones muy excéntricas, como vamos á ver.

El capital é intereses capitalizados, segun la voluntad del testador, debian acumularse de un año en otro, partiendo del de 1682, época de este estravagante legado, hasta el 13 de Febrero de 1832, para ser distribuido á los herederos vivientes de la querida hermana del JUDIO ERRANTE, que en ese mismo dia 13 de Febrero, no la víspera ni el siguiente, sino en él mismo dia, se presentasen en una casa situada en la calle de San Francisco, número 3, en que se abriria el testamento. Para que el recuerdo de esta cita dada á su posteridad no pereciese, ordenó Mr. de Rennepont que sus descendientes llevasen de generacion en generacion una medalla en que hizo grabar, entre otras estas, palabras: "31 de Febrero de 1832, calle de San Francisco, núm. 3."

Las órdenes de Mr. de Rennepont fueron fielmente egecutadas. De generacion en generacion ha perpetuado la medalla el recuerdo de la cita dada á la posteridad del testador. Su testamento ha sido mas dichoso que el de Luis XIII y el de Luis XIV, y se ha cumplido en todos sus puntos durante doscientos años. No solamente el capital primitivo no ha sido desfalcado, sino que el interes se ha capitalizado al cabo de cada año con una admirable exactitud. Ese tesoro en aumento ha triunfado de todas las catástrofes; de todos los cataclismos públicos y privados; de la bancarrota de los últimos años de Luis XIV; del naufragio del sistema de Law, así como del desastre de los asignados; de los trastornos del imperio, lo mismo que de los tiempos mas pacíficos de la restauracion. La casa de la calle de San Francisco, murada á la época del testamento, ha permanecido cerrada: la familia judía de los Samuel, encargada de su cuidado, no se ha estinguido, y cada generacion ha dado su conserge. Se toca al año de 1832, y los herederos de Mr. de Rennepont, que descienden por él de la hermana del JUDIO ERRANTE, y que han sido dispersados por la emigracion que ha seguido al edicto de Nantes, se repartirán, si se presentan, una suma neta de cuarenta millones; esto es á lo menos lo que creen los jesuitas, que no tan diestros calculadores como Mr. Süe, no saben que una suma de ciento cincuenta mil francos, debe, por el poder de los intereses compuestos, producir al cabo de ciento y cincuenta años un capital de doscientos cincuenta millones y algunos centenares de millares de francos.

Estos herederos, pues, son en número de seis: por la descendencia materna, Rosa y Blanca Simon, hijas de un glorioso mariscal del imperio, que ha ganado el baston y título de duque en la batalla de Ligni; y Djalma, jóven príncipe indio: por la paterna, el señor Santiago Rennepont, álias el descamisado, artesano ébrio y prostituido; Adriana de Cardoville, hija del conde de Rennepont, duque de Cardoville; y Gabriel Rennepont, misionero católico.

Todo va bien. Hay una herencia, y herederos que la recojan: todo se arregla á maravilla. Sí, todo se arreglaria maravillosamente sin los jesuitas. ¡ *El Constitucional* los acusa con sentimiento, como

es bien sabido; pero habituado á tomar el partido de la inocencia no sabria abandonar á los pobres herederos del JUDIO ERRANTE á las maniobras despojadoras dirigidas en su contra por los jesuitas. Todavía es esta una historia que merece ser conocida.

Los jesuitas, uno de ellos es quien lo declara, y así lo refiere Mr. Süe, que les profesa sin duda el mismo género de afecto que el *Constitucional*, y tiene la malevolencia de prestar su estilo á los miembros de la Compañía de Jesus, como un castigo que vale por muchos; los jesuitas, vieron con demasiada pena, en el reinado de Luis XIV, este robo de 150.000 francos, efectuado por Rennepont contra su órden, á la cual se habia defraudado una parte de sus despojos; porque Luis XIV, dándoles todo, habia aparentemente entendido darles tambien estos 150.000 francos. Tal es á lo menos la manera con que discurria el general de los jesuitas, á la época de la revocacion del edicto de Nantes, añadiendo, "que era necesario velar *furiosamente* á esta familia y entrar *per fas aut nefas* en los bienes que han sido robados traidoramente á la Compañía."

Véase un jesuita del siglo XVII que habla *furiosamente* el idioma de los románticos de nuestros dias: pero en fin, nada importa. Segun la recomendacion del general de los jesuitas, los Rennepont han sido *furiosamente* vigilados desde el año 1685 hasta el 1832; y gracias á esta vigilancia, los jesuitas, aunque espulsados, durante el siglo XVIII de Portugal, de España, de la Francia, y en fin, suprimidos por un breve de Clemente XIV, no han perdido un solo dia las huellas de los herederos del JUDIO ERRANTE; y al momento en que comienza el año fatal que va á decidir su suerte, la Compañía de Jesus, gracias á los registros que han sido seguidos exactamente, sabe muy bien dónde se hallan todos los personages que deben reunirse en la calle de San Francisco el 13 de Febrero.

¡Y qué bien les resulta! ¡Esto les transfiere los derechos del protestante Rennepont? ¡Los jesuitas, que son capaces de todo, van acaso á establecer una genealogía, segun la cual descenderán mas directamente de la raza del JUDIO ERRANTE que aquellos herederos? ¿O bien se presentarán ante Mr. de Velleyme, á fin de pedirle un testimonio autorizado de la revocacion del edicto de Nantes y del decreto de confiscacion pronunciado por Luis XIV en 1685 contra los emigrados protestantes! ¡Ah! ¡cuán poco se conocen las combinaciones maquiavélicas de la Compañía de Jesus, y los recursos melodramáticos del génio fecundo en enredos de Mr. Süe! Los jesuitas tienen una idea mas atrevida y fecunda. Hay seis herederos Rennepont: los que no se encontraren en la calle de San Francisco el 13 de Febrero, serán escluidos de la sucesion; porque es fácil comprender que la voluntad del testador supera á todos los tribunales, que admiten muy poco la validez de estas excentricidades en materia de testamento. Sígase bien la combinacion jesuítica. Se impedirá, *per fas aut nefas*, como lo decia su general, á quien tan maliciosamente ha prestado su estilo y sus ideas Mr. Süe; se impedirá pues, *per fas aut nefas* á los Rennepont, presentarse el 13 de Febrero en la calle de San Francisco; se alistará al sesto Rennepont en la Compañía de Jesus, á la que hará, al entrar en la órden, una donacion general y especial de sus bienes presentes y futuros; y de esta manera la sucesion del JUDIO ERRANTE pasará á los cofres de la Compañía de Jesus. Cabalmente así han obrado los jesuitas: Gabriel, uno de los Rennepont, es de su órden: ha ido á anunciar la palabra de Dios en América á las montañas pedregosas, pero se le vigila, y estará de vuelta á 13 de Febrero.

Por lo que mira á los otros Rennepont,

la Compañía tiene á la vez los ojos abiertos en Siberia, en la India, en Paris; en los magníficos palacios, en las fábricas del pueblo, en los bailes mas improvisados de la plaza de Castel, para impedirles *per fas aut nefas*, no sè olvide el terminillo, encontrarse el 13 de Febrero de 1832 á la cita marcada.

Afortunadamente los jesuitas sostienen el juego con un partido muy fuerte. Cuantas veces crian un embarazo, un obstáculo, un peligro á los cinco Rennepont, otras tantas el JUDIO ERRANTE ó Salomé Herodías separan este embarazo, allanan este obstáculo, disipan este peligro. Si los jesuitas están por todas partes, el JUDIO y la JUDIA ERRANTES tambien andan por todas; de esta manera se combate con armas iguales. Si los jesuitas saben todo por sus registros, por sus confesonarios, por sus correspondencias, por sus espías, así es á lo menos como los representa Mr. Süe; el JUDIO y la JUDIA ERRANTES son advertidos por una intuicion natural, cuantas veces alguno de sus protegidos corre algun peligro y se encuentra estraviado en el laberinto con que los jesuitas enredan todos sus pasos por mil caminos.

En una palabra, si los jesuitas hacen todo lo posible para impedir á los cinco Rennepont presentarse el 13 de Febrero de 1832 en la calle de San Francisco, el JUDIO ERRANTE, ayudado de su auxiliar Herodías, no perdona cuidados ni pasos; y se comprende fácilmente que éstos no cuestan mucho al que está condenado á vagar sobre la tierra hasta el dia del juicio final: no perdona repetimos, ni cuidados ni pasos para conducir á los seis herederos de su muy querida hermana, en el dia señalado, á la casa en que deben repartirse la opulenta herencia del señor de Rennepont.

Véase el resúmen de los cuatro primeros volúmenes de la novela de Mr. Süe. Estos están llenos de marchas y contramarchas, de golpes en cuarta y de paradas en cuarta, de fintas y de quites á éstas (*), que se suceden indefinidamente. Espresemos la cosa en una palabra: esto es simplemente en un todo la narracion de una partida de agedrez, que el JUDIO ERRANTE con Herodías su compañera, juegan en el ministerio de Mr. Casimiro Perier contra la Compañía de Jesus, representada en Paris por el abate marqués de Aigrigny y el abate Rodin.

¿Qué alegre locura contais? se me dirá sin duda.---Esta no es una alegre locura, sino una bien triste. ¿Se quiere hacer el papel del prodigioso y del fantástico? Hágase francamente y sin hipocresía. Que se me cuente á *Piel de asno*, á la *Bella durmiendo en el bosque*, la *Linda de los cabellos de oro*, la *Lámpara de Aladin*, nada mejor, con tal que se permanezca en el asunto; y yo recibiré un placer estremo, como lo ha dicho un admirable cuentero. Pero que se me trate de fabricar lo maravilloso ante notario; que se quiera establecer lógicamente y sobre actas auténticas lo fantástico y sobrenatural; que se quiera hacer admitir que la fortuna que el JUDIO ERRANTE quiere transmitir á sus herederos, ha sido impuesta á cinco por ciento, y á beneficio del ministerio de Mr. de Villele; si la *Lámpara de Aladin* no es mas que una inscripcion de rentas, multiplicándose por el poder del interes compuesto; esta alianza de *Baremé* y de las *Mil y una noches*, de la realidad y de la ficcion, me fatiga y oprime.

Suéñese ó delírese como cada uno quiera, pero no se sueñe dispierto. No se presente la loca realidad con el pretesto de hacerla marchar con la ficcion, y la ficcion metódica y matemática, con el de hacerla vivir en buena armonía con la realidad. Séase autor de leyendas, si esto conviene á cualquiera; historiador, si se ama lo mejor; escritor de panfletos, si así lo dicta el corazon; pero no se hagan panfletos en la leyenda, no se mezcle ésta con la historia, ni la aritmética en la novela.

(*) *Diversos terminos del arte de la esgrima.*--T.

MISCELANEA.

CARIDAD CRISTIANA.--De Argel escriben á Paris lo que sigue:--El 20 de Enero se ha visto en la iglesia de San Felipe de esta plaza una ceremonia no menos hermosa ni patética que la de la instalacion del obispo. Doce hermanas de la aparicion han hecho su profesion por cinco años. Siento no poder enviarós, aunque fuese en simples notas, el discurso pronunciado por Monseñor. Hizo derramar lágrimas á todos los que estaban presentes, y ciertamente no eran pocos, pues la iglesia estaba llena.

El obispo, despues de haber recordado á las doce novicias la importancia de lòs deberes que iban á desempeñar asistiendo á los infelices sin distincion de sexo, de estado ó de religion; despues de haber ponderado la escelencia del voto de pobreza y de castidad, què debia ser su guia en todo lugar y tiempo, se sentó delante del altar mayor, y arrodillándose las hermanas á su vez delante de él, ratificaron solemnemente sus promesas hechas antes á Dios, y cumplidas fielmente para consuelo de los desgraciados.

El hecho siguiente, que escojo entre mil, os probará que en Argel, lo mismo que en Francia, la religion es la que inspira aquel afecto fraternal para con los desgraciados, y hace se les presten auxilios que no se pueden obtener ni pagar con todo el oro del mundo.

Hace pocos dias que un judío, vendedor de agua, se hirió en el pié derecho; no pudo sacar un pedazo de vidrio metido en la herida, la cual se enconó al instante. Este infeliz se presentó en el convento, la hermana enfermera lavó la llaga, la dilató, estrajo el cuerpo estraño; y despues de hecha la operacion, encargó al judío que no trabajase, y que tuviese su pierna todo el tiempo que pudiese en una posicion horizontal. "Si no trabajo, respondió el herido, no tendré con qué comprar un pedazo de pan." Al momento la caritativa hermana le dió con qué poder mantenerse; y mientras no se curó se le prodigaron las medicinas, los remedios, y en cada visita se le daba una limosna hasta el momento que la hermana pudo anunciar á su enfermo que estaba curado, y que podia sin inconveniente volver á su trabajo. (*La Religion*.)

TRIPLE ERRATA.

En el "Almanaque histórico" que adorna todos los dias las columnas de *El Eco del Comercio*, se lee al 6 de Julio: "1415 Juan de Hus sufre el suplicio del fuego. Fué condenado por el concilio de Constanza que presidió el papa Juan XXIII." En otra vez hemos suplicado á nuestros *juiciosos é ilustrados* cólegas, con toda la *urbanidad*, *moderacion* y *decencia* posibles, se sirvan dar una pincelada á este Almanaque, y no den lugar á que sus *equívocos afectados*, desluzcan su apreciable periódico. Pero ya que nos niegan este favor, lo haremos nosotros en la parte que alcancemos y nos corresponda, en obsequio de la verdad y honor de la literatura mexicana. CORRÍJASE, pues, Juan de Hus.... "declarado herege, escomulgado y anatematizado por el concilio de Constanza:" CORRÍJASE, ademas: "sentenciado al fuego por el *emperador* Sigismundo." La razon de estas dos correcciones se hallará en las actas del mencio-

nado concilio, citadas en nuestro número 12. CORRÍJASE últimamente: "despues de la deposicion del *antipapa* llamado Juan XXIII, presidiendo el cardenal de Ostia." Vayan los datos. Ese *antipapa* convocó el concilio, y en él fueron depuestos tres supuestos pontífices, Gregorio XII, Benedicto XIII, y el convocante. Este último lo fué á 29 de Mayo de 1415, citado á oir su sentencia definitiva el dia anterior, estando ya suspenso desde el 14 del mismo mes. El 31 se le intimó la dicha sentencia, se conformó con ella é hizo formal renuncia del papado; no podia, en conclusion, presidir el concilio al tiempo del anatema contra Juan de Hus, que tuvo lugar DOS MESES despues.--Leiamos el mismo dia en un *folletin* romántico: "¿Ciencias eclesiásticas? . . . . están reducidas á tener dinero y dominio." Nos reimos de la especie, y dijimos á un amigo que estaba en nuestra compañía:-¡Válgate Dios por siglo del *progreso!* Antes se decia: *Dat Galenus opes: dat Hospinianus honores*. . . .; pero ahora todo lo dan las ciencias eclesiásticas. ¡Feliz descubrimiento! ¡Ojalá lo aprovechen los ambiciosos de riquezas y mando, y quizá así se reformará el mundo!--¡Pobres hombres! nos contestó el amigo, todo lo toman literalmente. Las ciencias eclesiásticas, sirven para entender esa religion de que todo el mundo habla sin saberla; esa moral cuya práctica enseñan con menos trabajo y han desnudado de sus sacrificios los humanos filósofos; ese culto que ya han ampliado los tolerantes; esa disciplina que regeneran los periodistas; esa historia que, cuando mas, sirve para lo que ahora ocupa al *Observador*, de corregir equivoquillos como el presente, en que no se repara en el siglo de las luces; esa.... -Basta, le interrumpimos, de sátiras: nosotros no dirigimos ataques á personas determinadas: si hacemos observaciones, este es nuestro oficio, y pasar mas allá es temeridad y arrogancia. Corregir al que yerra es obra de misericordia; ¿y por qué no la hemos de egercer, usando de la libertad de publicar nuestros pobres conceptos, mucho mas, cuando solo nos limitamos á producciones literarias?--Los señores editores de *El Eco* nos dirán si vamos fuera de camino.--EE.

OTRA ERRATILLA

12 de Julio. "1429.--Muerte de Gerson, *autor de la Imitacion de Cristo*." Poco importa el nombre del escritor de una obra; pero causa lástima que al cabo de mas de cien años que el célebre crítico Heriberto Rosweido, jesuita, ha demostrado del modo mas terminante que el autor de ese *libro de oro* fué el V. Tomás de Kempis, canónigo reglar de San Agustin, se nos venga todavía con esa opinion antigua.--Pero así son todas las luces del *progreso:* sacar á la plaza todas las opiniones, todas las doctrinas, todos los errores, yerros y delirios de *otros dias;* silenciar sus contestaciones, por malicia ó ignorancia (que es lo mas seguro); y decir muy orondos: nosotros sí somos *ilustrados*, no nos dejamos dominar de preocupaciones, no seguimos la rutina, ni consentimos se nos guie como á un rebaño. ¡Viva el saber del siglo!

A MI SEPULCRO.

¡Oh tú, region oscura,
Estrecha patria mia,
Do dormiré algun dia
El sueño de la paz;
Desde ora te saludo
Cual único reposo
Que al mortal afanoso
Dió el Cielo por solaz.

Adoren los mortales
La tierra en que nacieron
Y en que tristes bebieron
La copa del dolor:
Adoren de la vida
El rápido momento,
Fugaces como el viento,
Caducos cual la flor.

En medio del delirio
Con que sus sueños cantan,
Y á su barro levantan
Palacio colosal,
Yo á tí, recinto amado,
Me acerco suspirando,
Con respeto besando
Tu losa sepulcral.

Su sepultura cava
En su labor diario
El hijo solitario
De Bruno y de Rancé,
Y en el hoyo de muerte
Mirando su morada,
Le dice: ¡tierra amada,
Presto á tí bajaré!

Que á la region sublime
De interminable vida,
Volando incorrompida
El alma en el morir,
Deja á la tierra el barro
Que sus alas ligara,
Cuando aquí suspirara
Cansada de gemir.

Alzada la losa, con ánsia te miro
Espacio que llenan las sombras vacías,
Que eclipsar esperas la luz de mis dias
Para siempre mas!
Angosto retrete que afanes y orgullo
De inmensas conquistas pacífico encierras,
Do calla del hombre que ardió en crudas guerras
El polvo fugaz!

Con trémula mano tus ámbitos mido,
Y el aire respiro del lóbrego lecho
Que contener debe mi fango deshecho
Sin nombre y sin voz!
Tendido á lo largo del corto recinto,
Escucho el ruïdo de lento gusano
Que en hondo silencio devora al humano
Que aquí descendió!

Y quizá ni un siglo dejará en reposo
Ingrata progenie mis áridos restos,
Y agenos despojos en tí sobrepuestos,
Te habré de dejar!
Ay, ¡ojalá al menos que hundidos en tierra
No insepultos vaguen por suelo maldito!
Ni lleguen los hombres al fiero delito
Do los ví llegar!

Albergue querido! tu mármol al menos
A cuantos he amado mi nombre revele,
Y un ¡ay! un recuerdo mis restos consuele,
Y una expiacion!
Y en pos de mis hijos los hijos futuros,
De mí ya olvidados, no pasen sin verte,
Y del viejo padre ante el polvo inerte,
Esclamen: perdon!

FELS.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR
CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. 1º—Num. 18.

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 22 DE JULIO DE 1848. [Num. 18.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

EL CIELO.

¿No oimos repetir ahora á nuestro rededor: cuál es esa felicidad de los santos de que nos hablan? ¿En qué pueden ocuparse los bienaventurados durante la eternidad? ¿Qué quiere decir ese amen, ese hosanna, y ese aleluya perpetuos?

Vamos á esponer la felicidad de los escogidos, y á demostrar que los santos son dichosos en el Cielo, porque tienen la realidad, el complemento de toda la dicha, que en vano buscamos en la tierra.

En efecto, el principio de todos nuestros placeres, de toda nuestra alegría en el mundo, consiste en la existencia, en el conocimiento y en el amor. Existir, conocer y amar, eso es todo el hombre: todos participamos en la tierra de la existencia, del conocimiento y del amor; pero los santos en el Cielo tienen la plenitud de la existencia, la plenitud del conocimiento y la plenitud del amor.

Así basta al hombre mirarse á sí mismo para tener una idea del Cielo, porque la felicidad del Cielo consiste en la perfeccion de las tres facultades del hombre, el ser, el conocimiento y el amor, aumentadas hasta lo infinito, y satisfechas por la vida, la inteligencia y el amor del mismo Dios.

Sí, todos en el Cielo tendremos la plenitud del ser, supuesto que en Dios solo está la fuente de la vida: *Apud te est fons vitæ;* la plenitud del conocimiento, supuesto que en su luz veremos la luz: *In lumine tuo videbimus lumen;* y finalmente, la plenitud del amor, supuesto que Dios hará correr sobre sus escogidos el torrente de sus delicias: *Torrente voluptatis tuæ potabis eos.*

El hombre tendrá en el Cielo la plenitud del ser, y por ser entendemos no solamente la existencia, sino la salud, la riqueza, la libertad, la abundancia, la soberanía, la gloria y la eternidad. ¿Cuál es en este mundo la primera condicion de la felicidad para el hombre? El conocimiento completo de la vida. El niño existe en el seno de su madre, y la vida es entonces para él como si no fuera. El reo condenado á muerte, que espera en una cárcel la egecucion de su sentencia, no vive tampoco; existe solo, por decirlo así, para temer el momento en que ha de morir; todo lo que le rodea está ya herido, aniquilado para él.

El hombre sobre la tierra se halla casi en el estado del feto ó del reo de muerte. El sueño, que le quita una parte del conocimiento de la vida, es una imágen de la infancia, y durante el poco tiempo que le queda, todo le recuerda que este mundo va á acabarse pronto. ¡Y sin embargo,

traia al nacer el horror á la destruccion y la pasion de la inmortalidad! ¡Vanos deseos! ¡Esperanza falaz! Esos mundos desparramados por el espacio, esta tierra que habitamos, han visto ya multitud de criaturas semejantes á nosotros. Todo parecia que se referia á ellas mientras pasaron por este mundo, y un dia vió nacer y un dia vió morir á aquel cuyo entendimiento profundizaba los abismos, abrazaba lo presente, reflejaba lo pasado, y penetraba lo porvenir. Hombre, tú edificas, pero para otros: la destruccion amenaza á todas tus obras: comienzas y no acabas: el ser te falta por decirlo así á cada instante. Gloria, poder, riqueza, abundancia, nombres soberbios y magníficos; pero en la tierra, donde todo concluye en un sepulcro, títulos vanos y estériles de los bienes cuya realidad está en otra parte.

El conocimiento, pues, de la existencia, tal como acabamos de considerarlo, es la necesidad mas imperiosa para nosotros; todo lo que tiene fin, por largo que sea, es de muy corta duracion: la primera condicion de la felicidad para el hombre es la plenitud de su ser, la certeza de la eternidad. ¡Pero dónde se ha de encontrar esta plenitud del ser, esta certeza de la eternidad? Religiones de los pueblos ¿qué nos ofreceis despues de esta vida? Sombras errantes por unos jardines donde echan de menos los cuidados de la tierra; figuras que se columpian en las nubes; una mitad del género humano condenada á una nada eterna, y la otra entregada á deleites vergonzosos.

Abramos ahora los libros que contienen nuestra fé, y hallaremos otro lenguage diverso y una conformidad admirable entre la palabra de Dios, nuestra razon y nuestra conciencia.

"Yo soy el que soy, y el que es me envia á vosotros:" así es como se define el mismo Dios. Dios es, pues, el que es por esencia; Dios es siempre el mismo, inmutable, eterno, inmenso; lo ha criado todo, todo lo conserva: infinito, no tiene una porcion del ser, sino el ser todo entero. Todo es en él, todo es por él. Todo proviene de él, todo existe por él, todo reside en él. No tiene pasado ni futuro: no está en ningun lugar ni en ningun tiempo. ¡Qué sirven mundos infinitos, siglos infinitos, al lado del que es el ser de los seres. Su grandeza escede á toda infinidad, dice San Dionisio llamado el Areopagita: *magnitudine suâ transcendit omnem infinitatem.* Dios es todopoderoso, el rey de los reyes, el señor de los señores; á él pertenecen la gloria y un imperio eterno. El llama lo que no es como lo que es; es el primero y el último. Sin abatimiento, sin trabajo, sin cansancio obra continuamente. Estiende la bóveda de los Cielos sobre el vacío; suspende la tierra de la nada; con su poder agita los mares, con su sabiduría refrena su furor. Nos alumbra con el sol; nos encanta con los sonidos y con los aromas; nos refresca con el aire y con las aguas, y nos admira con la variedad de los colores. Hé aquí una corta parte de sus obras, dice Job: lo que oimos no es mas que un ligero ruido. ¡Quién podria sufrir el trueno de su pujanza? Dios es, pues, la fuente del ser, de la vida, de la salud, de la abundancia, de la riqueza y de la soberanía. La vida es Dios, el poder es Dios, la gloria es Dios; el espacio, el tiempo, la inmensidad, la eternidad, es Dios mismo.

El destino del hombre es unirse en el Cielo á la vida de Dios; á su poder, á su gloria, á su eternidad. En el Cielo se acabaron las debilidades, las enfermedades, los deseos, el temor de la muerte. "El Eterno, dice Isaías, precipitará la muerte para siempre. No se oirá hablar de violencia ni de destruccion: se acabarán los dias de lágrimas."

"Dios, dice San Pedro, resucitó á Jesucristo para hacernos participantes de su vida eterna." El hombre es á un tiempo

alma y cuerpo: el alma y el cuerpo deben, pues, hallarse reunidos para que el hombre exista en el Cielo. Si es cierto que Dios no ha hecho nada en vano en todas sus obras, es de toda necesidad que el cuerpo sea inmortal como el alma misma.

Almas de los santos, no solo teneis la certeza de una vida que no se acabará, supuesto que participais del ser de Dios y la eternidad es vuestra esencia; sino que veis venir el tiempo en que vuestros cuerpos han de resucitar espirituales y gloriosos. No recibireis un cuerpo aprisionado en un espacio estrecho, sino un cuerpo al que nada detendrá.

Donde quiera el espíritu de los bienaventurados allí estarán sus cuerpos, dice San Agustin: *Ubi spiritus voluerit, ibi corpus erit*. Nuestros cuerpos despues de la resurreccion, dice San Francisco de Sales, tendrán, así como nuestras almas, la sutileza, la agilidad, la impasibilidad y la claridad. En la reunion del cuerpo con el alma gloriosa, ésta dirigirá á aquel, le conducirá por todas partes sin ninguna resistencia, penetrará en todo lugar sin tropezar con ningun obstáculo, será mas sutil que el rayo del sol y mas ágil que los movimientos del espíritu: irá con mas celeridad que el viento, con tanta como el pensamiento: será tan luminoso, que su claridad escederá á la del sol. Los justos vivirán eternamente de la esencia divina, y tendrán una salud, una juventud inalterables. No solo participarán de todas las perfecciones del ser del Dios criador, sino que habitarán cerca de él, y recibirán de su mano la diadema de gloria. Sentados en su trono, reyes de un reino eterno, ellos mismos son este reino.

¡Qué son entonces las enfermedades, los dolores, la languidez y la muerte misma, sino la prueba que debe merecernos la vida, las riquezas, la gloria y la eternidad? La tierra no es para nosotros mas que un lugar de paso: podemos contar las horas que nos acercan á la vida real, como el viagero cuenta las leguas de su camino.

Los santos, dice el gran obispo de Meaux, están tan embellecidos con los presentes de Dios, que apenas les bastará la eternidad para conocerse. ¡Es este, dirán, aquel cuerpo sujeto en otro tiempo á tantas enfermedades? ¡Es esta aquella alma que tenia cualidades tan limitadas? No podrán comprender cómo es capaz de tantas maravillas. Los justos tienen la seguridad que el complemento del ser es suyo, que nada puede arrebatárseles, que participan de la vida, de la gloria y del poder de Dios mismo. Tendrán la vida eterna, como habla la Iglesia, la plenitud de la vida; la poseerán en su alma y en su cuerpo; todo lo que es de Dios les pertenece: Dios será en todos: *Deus omnia in omnibus*. El mundo criado subsiste por ellos. Mientras que esta semilla de los escogidos germine y produzca frutos sobre la tierra, dice un santo padre, la tierra no perecerá. Hecha la siega, y recogida la mies en los tabernáculos eternos, el mundo entero se disolverá. Los justos, pues, tendrán la plenitud del ser: acabamos de asentar esta gran verdad. Ahora vamos á manifestar que tendrán tambien la plenitud del conocimiento, y que en tu luz, Señor, veremos la luz: *In lumine tuo videbimus lumen*.

El amor de la ciencia es una de las mayores pasiones de nuestra naturaleza. Los antiguos filósofos se privaban de todo por entregarse al estudio: Pitágoras sentia una alegría indecible en descubrir las relaciones de los números. Segun Platon, el supremo deleite del alma consiste en contemplar las relaciones de las ideas: sin embargo, cada uno de estos filósofos no estudiaba mas que una parte de las ciencias humanas. En la astronomía, en la historia, en la poesía, en la música y en la elocuencia hay cosas capaces de absorver la contemplacion de los entendimientos mas grandes. Pregúntese al poeta, al músico y al

orador, si hay nada comparable á la satisfaccion que siente cuando compone sus versos, sus harmonías y sus discursos, y todos dirán que si pudieran esperimentar á cada instante los mismos placeres, no conseguirian mayor felicidad. Pero nuestras facultades se cansan, y por otra parte, ¡cuántos límites tiene la ciencia humana! El error y la obscuridad están al lado de nuestras luces.

Toda la ciencia humana consiste en reconocer nuestra ignorancia. El hombre combatido por todas las olas, errante bajo un cielo obscuro, va á estrellarse en todos los escollos. En vez de la verdad que busca, suele encontrar un error mas. Las tinieblas en que estamos sumergidos aquí, no solamente se estienden á Dios y á las leyes del universo, sino que no nos conócemos á nosotros mismos, y la mas profunda obscuridad nos oculta casi siempre el espíritu y el corazon de aquellos á quienes amamos. La vida de su alma se nos encubre cuando tendriamos mas deseos de conocerla. Dios, el corazon del hombre y el universo se nos ocultan igualmente.

Pero esta ciencia que buscamos, ¿no existe fuera de nosotros sustancialmente como el ser? Sí, sin duda existe; pero ¿quién la ha hallado? dónde se encuentra la sabiduría? dónde está la morada de las ciencias, dice uno de los libros mas antiguos de la Escritura? El hombre ignora su precio. Ella no habita la tierra de los vivientes. El abismo dice: no está en mí; y el mar: yo no la conozco. El oro, el zafiro, el cristal y la esmeralda no valen nada al lado de ella. ¿De dónde, pues, viene la sabiduría? dónde está la morada de la ciencia? Se oculta á los ojos de los mortales, y las aves del aire la desconocen. El infierno y la muerte han dicho: hemos oido hablar de ella. Dios solo conoce sus senderos, sabe el lugar donde habita, como que vé hasta las eternidades de la tierra, y contempla todo lo que hay debajo de los Cielos.

La filosofía antigua, despues de haberlo examinado todo, declaró que el hombre no podia saber nada de sus relaciones con Dios, si la misma verdad no aparecia sobre la tierra. Esta verdad, esta sabiduría, esta ciencia bajó del trono de Dios, se hizo carne, y se la vió conversar con los hijos de los hombres. Ella es la razon de Dios y del hombre, la luz del Cielo y de la tierra, la ciencia de las ciencias: el hombre no tiene mas que su emanacion, que le ha sido prestada como la vida.

En este mundo no tenemos, por decirlo así, sino huellas del Verbo, que nos ha dejado para seguirle hasta el Cielo. Dios es un Dios oculto: no le vemos, dice San Pablo, sino por entre enigmas. Sin embargo ¡cuánta grandeza en lo que conocemos de él, en esa bóveda inmensa de los Cielos, en esos abismos de aire y agua que nos rodean, en esos astros que nos alumbran! Para pintar la inmensidad del espacio, ha dicho un gran poeta, hablando de la caida de los demonios: "Estarian cayendo aún, si los decretos de Dios no los detuvieran." Esta imágen no tiene nada de exagerado, porque, estrella hay cuyos rayos, caminando desde la creacion, no han llegado hasta nosotros.

La luz de la tierra encanta nuestros ojos y nos descubre todos los objetos; pero ¿qué es esta luz al lado de la del Cielo? La luz de la tierra nos da á conocer una parte del universo. La luz del Cielo nos hará conocer el universo, el hombre y Dios.

Santa Teresa, que parece haber sido un espíritu celestial en un cuerpo mortal, vió esta luz, y asegura que respecto de su resplandor, la luz del sol es una sombra. La luz increada, dice esta gran santa que escede en resplandor y hermosura á cuanto puede imaginarse en el mundo. Es un brillo que no deslumbra, una blancura inconcebible, un resplandor que alegra la vista y no la cansa, una claridad que hace al alma capaz de ver esta belleza toda di-

vina, en fin, una luz en cuya comparacion la luz del sol parece tan obscura, que no se dignaria uno de abrir los ojos para mirarle.

Gracias á la luz de la tierra, nuestros ojos abarcan todos los objetos del horizonte, los ven sin confundirlos con su maravillosa variedad, su proporcion y su brillo, y si nos trasladáramos de repente al centro del universo, podriamos contemplar todos los soles, todos los mundos arrojados con tanta profusion en el espacio. Pero cuando nuestra alma, el ojo del mundo espiritual, vea el mundo criado, y el mundo increado, todas las inteligencias celestiales y á Dios mismo con la luz misma de Dios, la luz del Verbo, ¿no tendremos la plenitud del conocimiento, de la sabiduría, de la verdad y de la ciencia infinita que se nos oculta en la tierra? Nuestra alma estará en todas partes, en el centro de la creacion, supuesto que estará en Dios, y nos veremos inundados de un torrente de luz: *In lumine videbimus lumen*. El Verbo es un océano de ciencia en que están sumergidos los escogidos, como están en Dios Padre en un océano de vida y de grandeza. Los escogidos beberán la sabiduría en su fuente misma: verán al Verbo á las claras, y lo verán todo, dice Bossuet, en el espejo infinito de la ciencia divina.

Así la contemplacion, el éxtasis de la hermosura divina, es el estado perpetuo del alma de los bienaventurados. Una voz de júbilo y de salvacion se ha oido en los tabernáculos de los justos: *Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum*.

Mas en la tierra, la ciencia de las ciencias es la fé: en el Cielo no creeremos sino que veremos: veremos á Dios cara á cara, *á facie ad faciem*. Seremos semejantes á él, dice San Juan, porque le veremos tal como es.

Entonces comprenderemos las causas de todo lo que nos ha sucedido durante nuestra vida: sabremos todos los secretos de nuestra historia particular y de la historia de la humanidad. Entonces contemplando el Verbo, la ciencia, la sabiduría de Dios, la luz del Cielo, el manantial de toda la hermosura, el orígen de todo cuanto existe, de la armonía, de los acontecimientos, el principio de nuestra salvacion, conoceremos la esencia misma de las cosas, el gran misterio de la creacion, de la caida de los ángeles y del hombre, la razon de la Cruz, ese dogma de amor; el misterio de Dios, el misterio del hombre, el misterio del universo. Admiraremos, amaremos y nos uniremos al amor divino, tercer principio de la felicidad de los escogidos.

No solamente sentimos la necesidad de vivir en todos tiempos y lugares, y de conocer las obras de Dios y á Dios mismo; tenemos un corazon mas grande que el mundo, y que para descansar debe amar un objeto proporcionado á la inmensidsd de sus deseos. El amor es todo el fondo de nuestra naturaleza. *Locus animæ in dilectione*: el lugar del alma es el amor.

Tenemos tanta inclinacion á amar, dice un orador cristiano, que preferimos padecer, consumirnos, estar en la turbacion, perder la alegría, la quietud, la riqueza, la conciencia y el honor, mas bien que dejar de amar. El amor es un movimiento que nos lleva al objeto amado, como á nuestro soberano bien, como á una naturaleza superior que puede suplir lo que nos falta y hacernos completamente felices.

Véase por eso cuántas madres, cuántos padres, cuántos esposos, cuántos hijos han hallado, sacrificando su vida por aquellos á quienes amaban, una alegría superior á todas las alegrías, un manantial de delicias, de felicidad superior á todos los placeres del mundo. Sin embargo, ¡qué engaños esperimentan todos los afectos humanos!

Para ser felices por los que nos rodean, es preciso encontrar personas dignas de

nuestro amor, no separarse jamas de ellas y no temer nunca perder su ternura, y todavía no basta: es necesario que nuestro corazon no se sacie jamas, y halle siempre lo que ama, un corazon que corresponda á la energía de sus transportes.

Lejos de conseguir semejante seguridad, temblamos á cada instante por el afecto, la salud y la vida de los que amamos; si nosotros ó nuestros amigos no variamos, si no nos cansamos jamas de dar testimonios de nuestro amor, sobreviene la muerte y rompe los lazos mas suaves; los vínculos mas legítimos.

No hay amor dichoso sin posesion segura ¡Quién ha poseido jamas en el mundo ningun objeto de su cariño con seguridad! Este pensamiento inquieta: ¿Cuánto durará mi dicha? Este cuánto bastaria para turbarnos.

No existe, pues, sobre la tierra el amor cuya necesidad sentimos: habita fuera de nosotros como la ciencia y la vida. El amor no está en el hombre, sino en Dios, que le posee en sí mismo y que le disfruta eternamente. Es una persona de la Divinidad, un ser subsistente, eterno: Dios es amor: *Dues charitas est:* El Espíritu Santo es este amor infinito, inmutable, único que puede llenar nuestra alma, porque nuestra alma se ha hecho para él. El Espíritu Santo, el vínculo, el amor, la alegría del Padre y del Hijo, es un rio de gozos celestiales, un océano de amor donde el Cielo entero se sacia de delicias, y de donde se reparten sin cesar todos los afectos de la tierra. Amor sobrenatural, movimiento del espíritu en nosotros, vos sois el amor de vos mismo, la alegría, la paz, la felicidad.

Los bienaventurados en el Cielo no cesarán jamas de amar, y ya los únicos felices en la tierra son los que aman á Dios. Los justos saben, gracias al amor divino, que nada de lo que ellos aman perecerá, que ellos mismos son inmortales; y como los bienes inmutables son el único objeto de sus deseos, el mundo es para ellos una prueba de su amor. Este amor es mas fuerte que la muerte y el infierno. Los dolores, la obscuridad y la separacion no les turban: saben que todo sucede para su salvacion: que Dios nos volverá centuplicado, lo que al parecer nos ha quitado: *Omnia propter electos;* y que todo sirve para bien de los que aman á Dios: *omnia cooperantur in bonum diligentibus Deum.*

En el Cielo los justos amarán á las tres personas divinas y á todos los espíritus bienaventurados. La paz, dice el salmista, rodeará la Jerusalem celestial y residirá en medio de ella, la union mas perfecta, subsistirá entre todos los escogidos y amarán de tal modo, que la felicidad de cada uno aumentará la felicidad de todos, y la dicha de todos la dicha de cada uno, divina union de los corazones, santas delicias, si sois la felicidad en la tierra, ¿qué sereis en el Cielo! Todos los escogidos son verdaderos amigos, hermanos, poseen la misma herencia, el mismo Dios: allí no existe la envidia, el odio ni las disensiones: allí reinan la caridad, la bendicion y la alegría. Los Santos no solamente están unidos con Dios, sino entre sí y con nosotros. Sin cesar estamos presentes en su pensamiento, y ellos participan de todos los bienes que disfrutamos.

Almas santas, vosotras veis lo que nos sucede, seguis todos nuestros movimientos, favoreceis todas nuestras empresas, rogais continuamente por nosotros: nuestras pruebas tienen como suspensa vuestra felicidad.

Despues de vuestra partida de este mundo, dice Orígenes, vuestro esposo, vuestros hermanos y vuestros amigos recibirán mas auxilios que si hubierais permanecido con ellos. "Nada te apartará de mi memoria (escribia San Paulino á su amigo), mientras dure esta edad concedida á los mortales. Mientras esté yo detě-

nido en este cuerpo, cualquiera que sea la distancia que nos separe, te llevaré en el fondo de mi corazon. Presente en todas partes para mí, te veré con el pensamiento, te abrazaré con el alma; y cuando libre de esta prision del cuerpo vuele de la tierra, en cualquier astro donde me coloque el Padre comun, allí te llevaré en espíritu, y el último momento que me saque de la tierra, no me quitará la ternura hácia tí; porque esta alma que sobreviviendo á sus órganos destruidos se sostiene por su orígen celestial, conserva sus afectos como guarda su existencia: llena de vida y de memoria, no puede olvidar como tampoco morir.»

Si en la tierra hay tanta dicha en la certeza de ser amado por unas criaturas que en nada sin embargo pueden aumentar nuestro amor, y á quienes nada podemos dar nosotros mismos, ¡cuál será nuestra alegría de estar unidos al amor de Dios, único que puede elevar á lo infinito nuestra facultad de querer, descubriéndonos incesantemente nuevos motivos de amarle, innundándonos y embriagándonos de delicias!

Reunid todos los placeres que habeis disfrutado, y los que todos los hombres juntos han podido gozar: estos placeres provienen de Dios, y no son mas que una partecilla de las delicias de que se embriagarán los escogidos: *torrente voluptatis tuæ potabis eos.*

El cristiano que conoce toda la grandeza del sacramento de nuestros altares, esperimenta ya en los abrazos eucarísticos de Jesucristo, una alegría superior á la alegría de la tierra, y encuentra en aquel alimento divino una abundancia de paz que el mundo no puede dar. Si todos los transportes de los hombres no son nada, en comparacion de sus transportes, ¡qué será cuando levantados los velos, la criatura se vé amada de su Criador y las tres personos divinas, la vida, la ciencia y el amor, vengan sustancial y visiblemente á habitar en nosotros! Entonces, para hablar el lenguage de los Santos padres, el espíritu humano perecerá en esta union y en cierto modo se hará Dios. Aquí es el océano del Cielo en vez de las gotas de āgua de este mundo: es el autor de todos los soles en vez de los rayos de un sol: es el corazon del hombre que se ensancha bastante para convertirse en el templo de Dios.

Hermosura de los colores y de la luz, dulzura de los sonidos, de los aromas y de la harmonía; Cielo, océano, tierra, sol, ¿qué sois al lado de los tesoros de la verdad eterna, de los secretos del Cielo, de los resplandores brillantes del gran dia de Dios? No sois mas que velos, sombras, imágenes: dentro de poco tiempo habreis desaparecido: Dios solo será visible, y todas esas sensaciones deliciosas que los astros, los aromas, la luz y la harmonía producen en nosotros, las producirá Dios inmediatamente en nuestras almas: estaremos en la esencia divina como en medio del aire que nos rodea; la gloria celestial reemplazará al resplandor del sol; el amor divino al fuego que nos calienta; la palabra eterna al pan que nos alimenta: oiremos la voz de Dios mas dulce á nuestros oidos que todas las harmonías de la tierra, y habitaremos el palacio de su eternidad. Si los templos y los palacios construidos por la mano de los hombres, nos arrebatan de admiracion, ¿qué será el templo, el palacio donde habita el mismo Dios! ¡Qué diremos de aquel edificio preparado hace seis mil años, en silencio, por el gran Arquitecto de los Cielos? ¡Ah! Aparecerá la gloria de los hijos de Dios; allí veremos todas las almas mas diferentes que las hojas de los árboles, y mas variadas que las piedras preciosas, las flores y los astros.

Ahora nos parecemos á esas nubes sin color, undulantes en el espacio, que no son nada hasta que brillan con el resplan-

dor del sol. En el cielo resplandeceremos nosotros con todo el brillo de la divinidad. Dios estará unido á dioses, y nosotros estaremos divinizados con Jesucristo: así habla San Gregorio Naciar.ceno. Cuanto mas amamos á Dios, dice San Clemente Alejandrino, mas nos parecemos á él: mas se mezcla nuestra naturaleza y se confunde con la suya.

Y ahora, mortales que yaceis en el letargo, despertad, ya lo habeis oido: Dios unido á dioses: *Deus diis unitus:* ese es el Cielo. La vida la ciencia y el amor: ese es el *hosanna*, el *amen* y el *alleluia* perpetuos de que habla la Iglesia: esa es la promesa inmensa que aquellas palabras encierran.

Cuando todo se acabe y pueblen el espacio los hijos del Verbo, mas brillantes que soles, yendo sin cesar de eternidad en eternidad; *imperpetuas æternitatis*, de claridad en claridad, *de claritate in claritatem*, de amor en amor, ¡cómo no habian de desaparecer el universo y el sol á vista de su brillo? ¿Qué estraño es entonces que el Cielo deba arrollarse como un vestido en el último dia, y obscurecerse las estrellas?

A la vista de tantas maravillas repitamos con el salmista: ¡Cuándo iré á presentarme delante de mi Dios? ¡Cuándo se me concederá oir esta palabra: desde el reino que se os ha preparado poseed el principio del mundo: entrad en el gozo de vuestro Dios? Señor, yo me saciaré cuando me descrubrais vuestra gloria.

REPRESENTACION

SOBRE LA INMUNIDAD PERSONAL DEL CLERO,

REDUCIDA POR LAS LEYES DEL NUEVO CÓDIGO; EN LA CUAL SE PROPUSO AL REY EL ASUNTO DE DIFERENTES LEYES, QUE, ESTABLECIDAS, HARIAN LA BASE PRINCIPAL DE UN GOBIERNO LIBERAL Y BENÉFICO PARA LAS AMÉRICAS Y PARA SU METRÓPOLI.

(Continúa.)

Por estos medios la legislacion francesa gastó este resorte poderoso del gobierno . . . .

, ... postró al enemigo, y sin poderse reprimir, lo esterminó; sin advertir, digámoslo así, lo que hacia. Quiso reformar solamente los abusos de las inmunidades del clero. . . . . y estinguió las inmunidades mismas y los privilegios. Como en este conflicto se hacia chocar perpetuamente el perjuicio de muchos con la comodidad de pocos, y se consideraban las clases privilegiadas en la relacion nociva y no en la benéfica al Estado, el pueblo movido con este egemplo, sensible á sus intereses y mal juez para discernirlos con justicia, fijó la atencion en el negocio; se ocupó de lo que le interesaba de presente; tomó los argumentos contra los abusos, y batió con ellos tumultuosamente los abusos, los privilegios y los privilegiados. Y no concibiendo en ellos sino perjuicio, convirtió en odio y desprecio la veneracion y respeto que antes les tenia. . . . . La beneficencia del clero no pudo hallar ya reconocimiento ni aprecio en corazones indiferentes y aun enagenados de la religion.

Los progresos del espíritu público, el cambio de opinion del pueblo francés desde 84 á 90, se vé como en un espejo en el periódico intitulado *Correo de Europa*, en donde se detallan por menor todos los sucesos que, eslabonándose los unos de los otros, forman la cadena que une en esta

parte de su historia á los antecedentes, como un efecto sucesivo de aquella causa progresiva.

En principios de 89 el pueblo francés ya no reconocia en la práctica clases, leyes, constitucion ni gobierno. Las clases eran á sus ojos fantasmas ridículas, las leyes injustas, la constitucion viciosa, y el gobierno abusivo. La impudencia llegó hasta lo sumo. En las máscaras del Carnaval, en Paris, dirigian un faetonte cocheros y lacayos vestidos de obispos. . . . En la fiesta de la Juventud de Nantes las inscripciones de la Barca de Acaron, que introducia á Voltaire y á Rousseau en los Campos Elíseos, eran un testimonio claro del desprecio de todo lo establecido: y la impunidad de estos escándalos demuestra que ya no habia energía en los magistrados para reprimirlos. Vemos á qué punto llegó la efervescencia y la audacia en la convocacion de los Estados generales. . . . . .

. . . .

Este es el último resultado del rumbo que habia tomado la legislacion francesa en el tratamiento del clero. . . . y este es el mismo que predijo Montesquieu á mediados de este siglo. "Los tribunales, dice, "de un gran Estado en la Europa (la Fran-"cia) baten sin cesar hace muchos siglos so-"bre la jurisdiccion. . . . . eclesiástica. No "queremos censurar magistrados tan sá-"bios, pero dejamos por decidir hasta qué "punto la constitucion puede mudarse en "resultas. (*)" No dudaba este político profundo que la constitucion francesa debia mudarse necesariamente por el choque perpetuo de los tribunales y magistrados contra el clero: . . . solo dudaba, ó por mejor decir, no se atrevió á decidir hasta qué punto se debia alterar. Pero esta enunciacion, en su laconismo significativo y picante, persuade muy bien que Montesquieu anunció la subversion total de la constitucion de su patria. . . . . y que de hecho confirmó el suceso.

(*) *Montesquieu, Esprit des loix, lib.* II, *cap.* IV.

Siendo, pues, estas las resultas de la reduccion escesiva de las inmunidanes eclesiásticas. . . . en Francia, parece que ellas determinan la línea de division de las inmunidades eclesiásticas de España, en aquel punto en que la legislacion francesa se separó de la legislacion española. Esta conservó con buen suceso hasta el año pasado de 95 el fuero eclesiástico en las causas civiles en la forma relacionada; y en las causas criminales lo conservó en toda su estension, menos en el crímen de lesa-magestad: y aquella lo estinguió en las primeras y lo redujo á casi nada en las segundas, con el espantoso suceso que acabamos de indicar. Luego debemos concluir, que el punto fijo en que deben quedar las inmunidades, es el que determinan nuestras leyes hasta el año pasado de 95. Luego la nueva jurisprudencia induce esceso y puede causar gravísimos perjuicios, y mucho mas el uso ó abuso que de ella hace la real sala del Crímen de México.

En efecto, esta jurisprudencia contenida en las citadas leyes, esto es, la 71, tít. 15, la 12, tít. 9, y la 13, tít. 12, lib. 1 del nuevo código y real cédula de 25 de Octubre de 95, desafueran al clero secular y regular en los delitos atroces y enormes. Con la nueva forma que establecen para sustanciar los procesos en union de las dos jurisdicciones eclesiástica y secular, dan ingreso á ésta antes de acreditarse si hay delito, y si es en efecto atroz ó enorme; es decir, desafueran al eclesiástico sin la constancia de que haya perdido el fuero. El primer paso en las causas criminales se dirige á comprobar el cuerpo del delito, esto es, el efecto, la obra, ó el hecho del que se supone delincuente. El segundo se dirige á inquirir su autor, la intencion, el modo y circunstancias con que lo egecutó, que son, rigorosamente hablando, las

que constituyen el delito y lo elevan á la clase de calificado; pues hay incendios y homicidios, por egemplo, inculpables, y que no constituyen delito leve, grave, atroz, ni enorme. Un indicio, la sospecha mas ligera, es bastante en la materia para continuar el proceso y decretar la prision del eclesiástico mas respetable. Son, pues, infinitos los casos en que los eclesiásticos pueden ser despojados de su fuero indebidamente, en virtud de esta nueva jurisprudencia.

Mas: la cualidad de enorme y de atroz no está definida por las leyes, y los autores varían hasta lo sumo en la graduacion de los delitos, que comienza desde el leve hasta el atrocísimo. Al principio solo estimaron atroces los que turbaban directamente la sociedad, como el crímen de lesa-magestad, falsificacion de la moneda, é infraccion de la salvaguardia del soberano. Despues se colocaron otros en la misma clase, como el parricidio, incendio de mieses ó casas, homicidio proditorio, y otros semejantes, en que se acompaña alguna circunstancia muy agravante en la especie del delito. Los mas de los autores confunden las denominaciones de graves, enormes y atroces. Algunos quieren que sean atroces y enormes los delitos de pena capital. La cosa es tan dificil, que hasta ahora no hemos visto código criminal que establezca una regla capaz de determinar con exactitud estas cualidades. Enunciaciones vagas, y algunos egemplos, es todo lo que vemos en ellos.

Por otra parte, el concepto de los delitos es relativo á los usos y costumbres de las diversas naciones y de los diversos tiempos en cada nacion: y las penas admiten todavía mayor diversidad. En Francia ó en España, dice un autor moderno, seria infamia vindicar privadamente una injuria de otro modo que en el duelo; y en Nápoles y en Mesina se celebra la astucia del que atraviesa á su enemigo por la espalda. Los francos expiaban con penas pecuniarias los delitos que los godos castigaban con pena capital. La ley Porcia la estinguió entre los romanos, aun en los mayores crímenes. Y el tiempo, las costumbres, y las luces de este siglo quitaron la pena del tormento, y la de muerte en una infinidad de casos en que la prescriben las leyes. Por manera que las penas en el dia casi son todas arbitrarias.

De esta diversidad inmensa en el modo de concebir los delitos y las penas, resulta un motivo poderoso á todos los jueces seculares para intentar conocer de todos los delitos de los eclesiásticos, ya solos, y ya en union de la jurisdiccion eclesiástica; y por tanto resulta un seminario de competencias y discordias entre las dos jurisdicciones, con gravísimo perjuicio de la buena armonía que debe unirlas para la edificacion del pueblo. Y resulta sobre todo el mayor de todos los males, que es la difamacion del clero en la publicacion de sus delitos grandes ó pequeños. Este gravísimo mal, que produce todas las consecuencias que espusimos á los piadosos ojos de V. M., no se repara de modo alguno con el recurso á la real Audiencia.

Confesamos, señor, que la sabiduría profunda de este tribunal, la justificacion y piedad de sus ministros, ha sido el verdadero asilo del clero perseguido en estos últimos años. Si el pueblo no nos insulta todavía, si conservamos parte de la consideracion y el respeto que antes nos tenia, podemos decir con verdad, y lo decimos con el mas vivo sentimiento de gratitud, que nos hallamos en este estado por la justicia y proteccion de la real Audiencia de México. Ella desempeña magestuosa y dignamente los altos deberes que V. M. le impone. Hace lo que está de su parte. Repara un atentado, una violencia, una injusticia de los jueces y magistrados seculares contra el clero;

pero no puede reparar el escándalo y la difamacion del clero, causados en estas injusticias, violéncias y atentados, que se repiten sin cesar por los jueces de provincia, fiscal y real sala del Crímen de México, con motivo de las referidas nuevas leyes, que su celo, modo de pensar y autores que dirigen su opinion hacen estender á todo caso.

Tal vez pasan de setenta las fuerzas que han introducido en este último trienio, y estamos informados que todas las han perdido, porque en todas eran los delitos de poco momento, ó no eran en sus circunstancias comprendidos en las referidas nuevas leyes.

Pero lo que ha causado mas ruido y mas escándalo, ha sido la que se intentó contra el reverendo obispo de Puebla, con motivo de la causa criminal que éste seguia al cura de Quinistlán, D. Manuel de A., por cierta diferencia con el encargado de justicia del mismo pueblo, dependiente del subdelegado de San Juan de los Llanos, de la cual se dió cuenta á V. M. por el real acuerdo, con el testimonio íntegro del proceso. En ella la real sala del Crímen escedió abiertamente los límites de las leyes nuevas, y los escede tambien en todos los demas casos ocurrentes. En primer lugar, calificó por sí solo el delito del cura como atroz y enorme: en segundo, dió órden al intendente de Puebla para que procediese á la prision del cura, con mano militar y sin noticia del obispo, á quien despojó de su jurisdiccion y de su reo, trasladando á éste á la cárcel pública de Puebla, entre los facinerosos mas infames; y en tercero, insensible á la humanidad, negó á este infeliz cura los socorros naturales en una enfermedad muy grave.

La real sala y su fiscal piensan del mismo modo en todas las demas causas. Bajo el número 2 acompañamos á V. M. testimonio del pedimento fiscal de 27 de Septiembre, y auto de la real sala de 21 de Octubre próximos pasados en la causa del presbítero D. José María S., cura interino que fué de Petatlán en este obispado. El fiscal asienta que el juez eclesiástico no tiene jurisdiccion en la concurrencia con el juez secular en la instruccion de los procesos de los delitos enormes de los eclesiásticos; que solo es una intervencion negativa, dirigida á presenciar las declaraciones de los testigos y reos, segun el tenor de la citada ley 71. Causará admiracion sin duda este modo de concebir y entender las leyes, de un ministro tan autorizado como un fiscal del Crímen de México; pero no por eso es menos real. La ley dice que el proceso del hecho criminal se forme por la jurisdiccion real en union de la eclesiástica: y que en estado, resultando mérito para la relajacion del reo al brazo secular, pronuncie el eclesiástico su sentencia de degradacion y lo entregue con el proceso al secular, para que proceda *ad ulteriora*. La ley no puede estar mas clara. Atribuye igual jurisdiccion á los dos jueces para la instruccion de estos procesos. Obrar uno en union de otro es obrar unidamente los dos, esto es, cooperar igualmente en la produccion de la obra Unir es juntar dos ó mas cosas entre sí, haciendo de ellas un compuesto, y union es el acto de juntar una cosa con otra. Conque si en la formacion de estos procesos ha de haber union de la jurisdiccion eclesiástica con la secular, resultará de ellas un compuesto de las dos jurisdicciones; y se sabe que todo compuesto de las dos jurisdicciones, ya sea físico, ya moral, retiene sus principios. Mas: la jurisdiccion eclesiástica, en el caso, es la única que se halla reconocida por la ley, y la que está espedita por notoriedad de hecho y derecho. Al contrario la jurisdiccion real en este estado del negocio, es solamente presuntiva, y su verdadera existencia solo puede resultar á *posteriori*, despues que, sustanciado el delito, aparece acreditada la cua-

lidad de enorme y atroz, que es la que da causa al ingreso de la jurisdiccion real sobre el eclesiástico y le degrada de su fuero.

La real sala, á consecuencia de este pedimento fiscal, declaró que el intendente de Valladolid se habia separado de la letra y espíritu de la referida ley 71; y le manda recoger los autos originales, proceder en ellos con escribano público, perfeccionar la sumaria, y continuar en la causa hasta ponerla en estado de sentencia, en union del eclesiástico que deputare el obispo; que éste vaya á la posada del intendente, y que en este estado dé cuenta á la real sala para determinar lo que corresponda. El intendente, el obispo y el provisor de Valladolid procedieron en esta causa formando un solo proceso en union el uno del otro y con la mejor armonía. Y así es evidente que no faltaron al espíritu de la ley, y mucho menos á su letra, que nada dice sobre las fórmulas de los decretos, que parece los deja al arbitrio de los jueces en el encargo de que se conduzcan con la mayor armonía. La real sala parece que no tiene facultad para decidir sobre la concurrencia del eclesiástico á la posada del juez real. Pueden ofrecerse casos en que esta práctica fuese muy irregular, como lo seria si se procediese contra un canónigo, que por el concilio tiene privilegio de que conozca por sí el obispo en sus causas criminales, que pudiendo iniciarse por un alcalde ordinario ó por un alcalde de barrio, seria muy indecente que el obispo fuese á sus posadas. Y sobre todo, V. M., único dispensador de los honores y distinciones de sus vasallos, es á quien toca determinar los presentes. Finalmente, la real sala ordena que puestos los autos en estado de sentencia, se le remitan para determinar lo que corresponda. Esta parte de su decreto es tambien escesiva contra el tenor de la citada ley, y todas las demas que establecen fuero por razon de delito y que favorecen á todo vasallo para ser juzgado por su juez inmediato. Si del proceso resulta mérito para la degradacion, el eclesiástico debe proceder á ella y á la entrega del reo y de los autos al juez real para que proceda á sentenciar, obrar y egecutar lo que hubiere lugar en derecho: debe terminar la causa, hasta definitiva inclusive. Y así no deben remitirse los autos á la sala sino por apelacion, ó por consulta, cuando la sentencia definitiva contiene pena corporal. Si del proceso no resulta mérito para la degradacion, en tal caso el juez eclesiástico debe continuar solo el proceso y sentenciarlo definitivamente sin dar noticia á la sala. Si resultare discordia entre los dos jueces eclesiástico y secular sobre el mérito de la degradacion, se recurrirá á la Audiencia por via de fuerza. No hay, pues, caso alguno en que, sustanciado el proceso, se deba remitir á la real sala del Crímen.

Sus pretensiones, señor, son inmensas, y no tienen otro objeto que la degradacion del clero americano. Pretende decidir en primero y último resorte sobre la calificacion de la atrocidad y enormidad de los delitos de los eclesiásticos. Pretende que para ello no se debe seguir otra regla que la pena que las leyes señalen á los delitos de que se trate y su comparacion con la potestad eclesiástica para castigarlo segun todo el rigor de la vindicta pública. Pretende que la Iglesia no tiene facultad para imponer penas graves á los eclesiásticos, porque á sus ojos la pena de reclusion perpetua, ayunos y oracion, es una pena leve para los eclesiásticos, que no pueden corregirse ni mejorarse sino con la rueda, la horca y el cuchillo. Pretende que los eclesiásticos deben encarcelarse en todo caso con el comun de los delincuentes facinerosos. Y pretende finalmente tener facultad de consignar á presidio correctivamente, sin degradacion, á los eclesiásticos con delitos que no merezcan la pena capital, como destina los reos

en la inmunidad local. Si como tiene presidios, tuviera á su disposicion galeras, es de creer qne los destinaria con preferencia al remo. Ellos no tienen escape. Si los delitos son graves, irán degradados al cadalso, y si leves, irán sin degradacion al presidio. ¡Infeliz clero americano! ¿Qué fuera de nosotros si V. M. no nos hubiese protegido con el escudo impenetrable de la real Audiencia, contra los rayos que un celo desmedido enciende en el foco mismo de la justicia?

Si las referidas leyes, entendidas en su sentido natural, producen en realidad el desafuero del clero en las causas criminales (siendo como es cierto que si no le aprovecha en las causas graves y de entidad, le será indiferente tenerlo ó no tenerlo en las causas leves), ¿qué efecto no producirán en el modo en que las entiende y aplica la real sala del Crímen de México? ¡Qué desolacion, qué dolor ocupó nuestros corazones con la noticia circunstanciada de la prision del cura A! Su fama se difundió por todo el reino instantáneamente como de un suceso grande é inaudito. Pudo ser decisivo de la consideracion del clero. Se puede asegurar sin hipérbole, que la prision del cura A. decretada por la real sala del Crímen de México, y egecutada con mano militar por el intendente de Puebla, hubiera producido en aquella ciudad, y despues en todo el reino, el mismo efecto que produjo en Wirtemberg, y despues en todo el norte de Alemania, la combustion de la bula de Leon X, egecutada por Lutero, si la primera hubiera hallado en la real Audiencia la misma proteccion que halló la segunda en el gran duque de Sajonia. Basta, señor, un solo golpe para arrastrar al pueblo de un estremo á otro, de la veneracion al desprecio. El pueblo (dice un autor hablando de la accion de Lutero) que vió quemar la bula de un Papa á quien tanto respetaba, perdió maquinalmente este pavor y emocion religiosa que le inspiraban los decretos del soberano Pontífice, y la confianza que él tenia en las indulgencias que este impío atacaba en sus sermones juntamente con la autoridad del Papa. (*) La astuta política de Pedro el Grande degradó del mismo modo en un instante al patriarca de las Rusias, colocando en esta dignidad á la persona infame de un sastre, y celebrando la eleccion con aparatos ridículos, que, escitando la risa del pueblo, lo condugeron pronto del desprecio de la persona al desprecio de la dignidad misma. ¿Qué hará, señor, el pueblo de América, si se repiten á sus ojos otras escenas como la de Puebla? ¿si vé otra vez que un puro encargado de justicia, indio, ilegítimo, advenedizo, sastre, encubridor de la incontinencia de su hija, tiene atrevimiento de prender á su párroco, porque le reprende este escandaloso crímen?

¿Y qué harán los subdelegados y sus tenientes con este egemplo, si los autoriza la ley para fulminar causas criminales, encarcelar y sentenciar á sus párrocos? Siendo cierto que el abuso del poder y de la autoridad crece en razon compuesta de la distancia á los superiores y de la falta de contrapeso de otros poderes cualesquiera: ¿qué abusos y qué escesos no cometerán los subdelegados y sus tenientes en pueblos distantes del primer superior inmediato mas de cien leguas, y distantes entre sí diez, veinte, treinta y cuarenta, y en los cuales no se halla otro contrapeso ni otra persona de respeto que el párroco? Si las disensiones entre el párroco y el justicia no tienen comunmente otro orígen que la resistencia que aquel opone en favor de sus feligreses á las estorsiones y estafas de éste, ¿no es espantoso el manantial de desgracias que abre la ley misma, autorizando al justicia para sojuzgar al párroco, que es la persona única del distrito que puede reprimir sus escesos? ¿Quién es capaz de concebir todas las resultas en tales circunstancias?

(*Se continuará.*)

(*) *Dic. des Heresies. verb. Luther.*

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION II.

PUNTO DE VISTA LITERARIO.—CONTINUACION.

Voy á tomar el mayor empeño en separar la apreciacion literaria de la obra de Mr. Süe, de la moral religiosa y política, á que en seguida quiero someterla, por la razon que francamente paso á manifestar. Se ha tendido en el JUDIO ERRANTE un lazo oculto á la crítica; ¿y por qué la haremos caer en él? El autor, obedeciendo á las inspiraciones del espíritu de partido mas apasionado, se ha proporcionado la facultad de esplicar por via de represalias del espíritu de partido contrario, las censuras de que pudiera ser objeto su obra. quitándole así toda la autoridad. No conviene, segun esto, contemplar su cálculo, confundiendo los diversos puntos de vista bajo que se puede estudiar su libro; porque no dejarian de decir sus amigos, que se desconocian maliciosamante las bellezas de una obra en que son atacados los jesuitas, porque el que la impugna lo es, y se combate su estilo porque está consagrado á la revolucion de Julio. Con este cómodo sistema, las equivocaciones literarias en que ha podido incurrir, se hallarán bajo la salvaguardia de las leyes establecidas, sus solecismos en materia del arte se harán inviolables, y casi comprometerán á los procuradores del rey del actual régimen, á proceder contra los facciosos bastante temerarios para no admirar al JUDIO ERRANTE. Esta pretension empero, no es nueva; el modelo y maestro de todos los críticos se lamentaba en el gran siglo de encontrarla ya en los autores de su tiempo. Para quitar al escritor este recurso, despojémonos de toda opinion política, y hagamos callar un momento todos los sentimientos religiosos en nuestro corazon. Una obra de arte, una obra literaria es la que juzgamos con las luces imparciales de la razon y del sentido literario. ¡Es buena, ó mala, bajo el punto de vista del arte y de la literatura? Hé aquí toda la cuestion.

Esta parece ya resuelta por lo que hemos dicho del asunto y de la accion de la obra. En efecto; ¿cómo puede justificarse, aun en literatura, esta incoherente amalgama de lo maravilloso, con la ilusion de vida real que Mr. Süe intenta crear en su novela? ¿Cómo hacerse soportable el contacto del JUDIO ERRANTE con nuestra historia contemporánea, y con los personages tan intimamente ligados á nuestras costumbres, nuestras ideas y usos? Y si se fija cualquiera un momento en el asunto maravilloso del libro, ¿con qué medio podrá atenuar el inmenso ridículo de la JUDIA ERRANTE, de esa Salomé Herodías, que parece imaginada á propósito por Mr. Süe, para destruir la verosimilitud relativa que se adhiere á la tradicion del JUDIO ERRANTE? Léase le leyenda de Lewis (*el monge*); y una vez admitida la tradicion del JUDIO ERRANTE, ¿no se presenta este personage de una manera natural y conforme á las ideas recibidas? La lógica de lo maravilloso, permítasenos este término, ¡no se vé allí observada? Pero no sucede lo mismo con la de Mr. Süe. Hágase á un lado esa fantástica aparicion de los

mares polares, nueva prueba en apoyo de una verdad bien antigua, de que lo sublime siempre está cerca de lo ridículo, mucho mas aún que las heladas riberas de la Siberia podrán estarlo de los confines de la América del Norte, en que Herodías va á tender los brazos al JUDIO ERRANTE; ¿y cuál es el papel del héroe del libro? Uno muy subalterno, el de *Robin de los bosques*, en la ópera así llamada. Aparece para desaparecer; recibe cartas en la India y las lleva á la Siberia, que es lo que se llama en el teatro una *utilidad;* representa el personage de esos demonios familiares, que no se hacen visibles hasta el momento en que es indispensable su intervencion; de manera que el principal personage de la novela está bajo el segundo término; de lo que resulta evidentemente, que hasta aquí el autor ha faltado á su asunto.

Estas son faltas contra el arte, y no son las únicas que la crítica ha podido reprender. ¡Se cree, por egemplo, que la demasiada sencillez de los resortes sobre que Mr. Süe la hace mover en los cuatro primeros volúmenes, no acabe por parecer fastidiosa y monótona al lector? La invencion, esta grande facultad del novelista y el poeta, debe estar muy distante de agotarse en él, juzgando de la manera con que la maneja. Seis personas tienen un grande interes en hallarse en el mismo lugar en un dia fijado; y muchas otras tienen otro no menor en impedirles se presenten en él: hé aquí el asunto cuyo desarrollo llena cuatro tomos. La monotonía de la situacion resalta naturalmente de la uniformidad de los medios, que acaba por ser fatigante. Los Rennepont siempre son á los que se retarda y aprisiona de una manera mas ó menos inverosímil, casi siempre mucho; lo que produce evasiones mas ó menos imposibles.

Ya es Morok, domador de fieras, quien va espresamente á Alemania con sus jaulas, para hacer devorar por su pantera negra, llamada la *Muerte*, al viejo caballo *Jovial*, que conduce á Francia á las dos hijas del mariscal Simon, pretendientes ambas de la sucesion del JUDIO ERRANTE, que disponiendo de un capital de muchos millones, no puede dar á sus sobrinas medios mas seguros y prontos para llegar á Paris, donde su presencia es tan necesaria. ¡Llegaron ya á esa capital? Allí el confesor de la Baudoin es quien, teniendo bajo su influencia á esta simple y fanática muger, sujeta tambien al influjo de los jesuitas, determina á su penitente á entregar las pupilas de su marido á la emisaria de la princesa de San Dizier, que, consagrada enteramente á los intereses de la Orden, hace conducir á las dos desgraciadas niñas al convento de Santa María, en que son detenidas en una especie de *carcere duro*. ¿Se trata de Djalma, el príncipe indio? Los jesuitas, porque ellos son los que hacen mover todas estas máquinas contra los herederos de la hermana del JUDIO ERRANTE, pagan á uno de los miembros de la temible secta de los ahogadores. . . . .--¡para ahogar sin duda á este otro pretendiente?--No, sino para pintarle sobre el brazo, mientras duerme, el nombre formidable de la diosa Bowania, despues de lo cual se le arrastra á un lazo tendido á esos mismos ahogadores, á fin de que, arrestado con ellos, se suponga pertenecer á sus ritos nefandos, y aprisionado en su compañía, de órden del gobernador de Java, se le impida hallarse presente en Paris el 13 de Febrero de 1832.

Con respecto á madama de Cardoville, se emplea un medio, si no semejante, al menos análogo. El doctor Baleinier, jesuita de tiros cortos, la encierra, bajo el pretesto de una alienacion mental, en un hospital de dementes, de acuerdo con la princesa de San Dizier, su tia, que se presta á esta intriga. Mr. Hardy, el fabricante, se aleja de Paris por otro espe-

diente imaginado tambien por los jesuitas. Uno de sus amigos íntimos está sumamente apasionado de una muger, cuya suerte depende de los jesuitas, porque tienen en sus manos las pruebas de su adulterio. ¡Qué hacen los jesuitas? Amenazan al amigo de Mr. Hardy de hacer público el delito de esa miserable muger, y perjudicarla si, traicionando á su amigo, no se presta á emplear algun ardid para tenerlo lejos de Paris, con perjuicio de sus mas caros intereses, el 13 de Febrero de 1832. En cuanto á Santiago Rennepont, (á) el Descamisado, el procedimiento es mas sencillo. Los jesuitas le hacen prestar diez mil francos por uno de sus agentes, y especulan sobre sus relaciones con una jóven turbulenta, trasportada de la locura embriagante de los placeres, y que en los bailes de estudiantes y rameras se la llama magestuosamente la *Reina bacanal.* Consumida ya esa suma, la que no durará mucho puesta á disposicion de tal soberana, el Descamisado sucumbirá al golpe de una libranza que se le ha hecho firmar por igual cantidad, y los jesuitas le procurarán un alojamiento en Clichy para el dia fatal del 13 de Febrero.

¡Quién no vé aquí lo que esta reproduccion continua d[illegible]n mismo medio empleado para cinco personages, y muchas veces para cada uno, tiene de monótono y fastidioso?--"¡Llegará! ¡no llegará?"--Siempre la misma cuestion, que trae invariablemente la misma respuesta: "Llegará, si no se le detiene: no llegará, si se consigue detenerle."--Este es el recurso de la *Efigenia* de Racine, se dirá:--Es cierto; pero este recurso, que basta á la accion de los cinco actos de la tragedia, falla bajo el peso de cuatro volúmenes de que está recargado en la novela. Paso en silencio la inverosimilitud verdaderamente increible de los medios que emplea Mr. Süe para contener ó hacer arribar á sus personages: nada diré, si así se quiere, del JUDIO ERRANTE que acorta la escala á Dagoberto y á Rosa y Blanca, aprisionadas en el pueblo de Mockern, cerca de Leipsik, ni de Salomé Herodías, que saca al príncipe Djalma de la prision en Batavia y desclava á Gabriel de la cruz en que lo habian fijado los idólatras de las montañas Pedregosas; esto constituye lo maravilloso del libro, y no queremos altercar con el autor por el uso mas ó menos feliz que ha hecho de lo maravilloso. ¡Pero ha habido jamas cosa comparable á ese doble naufragio de que es teatro la costa de Picardía? Dos herederos de la hermana del JUDIO ERRANTE, Gabriel el misionero, y Djalma el príncipe indio, llegan á vista de esa costa sobre una embarcacion que viene de la India, al mismo tiempo que otros dos personages de la misma sangre, Rosa y Blanca Simon, se aproximan en otra que ha partido de Alemania. Una tempestad horrorosa estalla, y ambos navíos, venidos de dos puntos tan distantes, se chocan y hacen pedazos.

Pase; ¿pero los herederos del señor de Rennepont no llegarán el 13 de Febrero de 1832 á la calle de San Francisco? Vamos allá. El príncipe Djalma y el misionero Gabriel vienen cabalmente de la India, para salvar á nado sobre la costa de Picardía, á sus primas que venian de Alemania; todo esta judiería se encuentra reunida en el castel que posee allí mismo otra heredera del JUDIO ERRANTE, madama de Cardoville; y para coronarlo todo, Dagoberto, que viene en línea recta de la Siberia, logra la fortuna de reconocer y abrazar en esa casa, á ese mártir de las montañas Pedregosas, al hijo adoptado por él y su muger cosa de veinte años antes en la calle de Brisse-Miche en Paris. Solo faltó aquí otra casualidad, que reuniera allí cerca al fabricante Rennepont con su fiel amigo Cossart, y al Descamisado en una taberna, para hacer mas interesante el cuadro. ¡Y quién podrá decir, aun sin esta última circunstancia, en lo que viene á parar el

arte, en medio de semejante caos de inverosimilitudes y este amontonamiento de imposibilidades? *Piel de asno*, si esto se admite, ya es historia; *el marqués de Carabas* toma un carácter de evidencia, y las *Mil y una noches* serán en lo de adelante una verdad.

Estas observaciones, por graves que sean, no tienen sino una importancia accesoria, comparadas con las que nos restan que presentar. El JUDIO ERRANTE no es mas que el pretesto del libro de Mr. Süe, y es imposible leer veinte páginas de su obra, sin quedar convencidos de que su principal asunto es pintar á los jesuitas. Estos llenan los cuatro primeros volúmenes de que nos ocupamos, tienen los hilos todos de la accion, hacen mover á todos los personages, determinan todas las peripecias del drama; béstias y gentes obran bajo su impulso. De su órden la pantera negra de Morok devora el caballo de Dagoberto; Goliat, el gigante del bosque, roba el dinero y los papeles de las jóvenes Simon; el doctor Baleinier secuestra á Madama de Cardoville; los ahogadores sofocan en la India; los confesores violan en Paris el sigilo sacramental; los jesuitas, en fin, están por todas partes, y son el alma de la novela que se titula el JUDIO ERRANTE. Conviene, pues, á vista de esto, investigar si Mr. Süe ha cometido, poniéndolos en accion, menos faltas, no solo contra la verdad de la historia, de que no queremos ocuparnos actualmente, sino contra el arte, en la parte en que pone en accion al Judío de la leyenda; y por consiguiente, si las páginas de su libro en que quiere pintar la vida real, ofrecen menos á la crítica, hablando literariamente, que aquellas en que lo hemos visto luchar tan desgraciadamente contra lo maravilloso de su asunto.

No dejará de confesarse, segun lo que decimos, que no somos demasiado exigentes para con el autor; no le pedimos pinte á los jesuitas de tal ó tal manera, sino antes bien que los pinte á la suya. Lo que sí exigimos de él, por ahora, y tenemos derecho de exigirle en nombre del arte, es, que sea consecuente con su asunto; que no pinte á los jesuitas de blanco y de negro; que no se contradiga; que no les aplique faltas inconciliables; que los haga obrar segun los principios que les atribuye; en una palabra, que todo sea homogéneo, consecuente y bien ligado en su cuadro.

Los jesuitas, tales como Mr. Süe los retrata, componen una cuadrilla de temibles malhechores, mucho mas que los que diariamente vemos comparecer ante los tribunales. Los bergantes poéticos de Schiller; los bandidos de Mandrin y de Cartouche, en la historia de los famosos malvados del último siglo, la pandilla de Lacenaire, en nuestra época, están lejos de igualar en perversidad á la Compañía fundada por San Ignacio de Loyola, y que cuenta entre sus miembros al apóstol de la India, San Francisco Javier, cuyas virtudes han reconocido con aplauso los mismos enemigos del Catolicismo. Ella tiene en todo el mundo agentes numerosos y decididos, que egecutan ciegamente sus órdenes, sean las que fueren, y su principio de conducta es, que los intereses de la Compañía de Jesus deben ser satisfechos *per fas aut nefas*, (estas son las propias palabras que Mr. Süe presta á su general) es decir, por vias lícitas ó ilícitas, y aun por crímenes, si los otros medios no pueden alcanzar el objeto á que se dirigen. En cuanto al límite en que se contiene este terrible principio de conducta, es muy difícil fijarlo, ó por mejor decir, no existe segun Mr. Süe; de lo que puede convencerse cualquiera por la lectura de los numerosos pasages de su libro, en que inicia á sus lectores en el interior, ó al menos en lo que dice serlo, de los jesuitas.

De esta manera, en la conferencia en que Rodin da cuenta al abate marqués de

Aigrigny del estado de los negocios de la Compañía, se ve que el rapto que los jesuitas han ordenado en España, se ha verificado; que en Italia han hecho publicar un libelo incendiario contra los franceses, por un escritor de costumbres perdidas que tienen á sus espensas; que sostienen cerca de un príncipe, que no se nombra, un agente; que excitan al regicidio, y que como el asesino siente todavía algun escrúpulo, el superior de los jesuitas de Paris ordena "seguir influyendo en el ánimo del mancebo, por medio del silencio y de la soledad.... que lea y relea los casos en que de derecho se hace el regicidio y sin incurrir en pena ninguna." Se vé tambien ordenar á los jesuitas á una muger, cortejada á la vez por padre é hijo, preferir á éste, "porque en el anciano la pasion de los celos ha de ser mas violenta, mas desesperada; y como no dejará de vengar su derrota, de esperar es que entonces publique todo cuanto hasta ahora tienen ambos callado por su propio interes," que era lo que á los jesuitas interesaba conocer. Dos criadas del cura Ambroisius han desaparecido y se habla de asesinato; los jesuitas lo defenderán "mientras el hecho no salga clara y perfectamente justificado." Los mismos darán doscientos ducados á Fra-Paolo, que por sus calumnias ha reducido á Boccari, gefe célebre de una sociedad secreta italiana muy temible, á la desesperacion y al suicidio: están en relacion con la bailarina Ducornet, que gobierna de una manera absoluta al príncipe reinante de uno de los pequeños Estados de Alemania (*), y para obrar sobre esta muchacha, no tienen dificultad en relacionarse con su amante que ha sido condenado por falsario.

Se vé, pues, que semejantes hombres no deben ir atrás ante ningun crímen, porque el asesinato, el regicidio, el rapto, la prostitucion y la calumnia que arrastra al suicidio, les son familiares, sin agregar aún que en Paris tienen asesinos y libelistas asalariados, y que no les es mas difícil hacer dar una puñalada que infamar á sus enemigos por plumas venales que destilan la hiel y la calumnia; sin añadir que violan y hacen violar el secreto de la confesion, que varian los conventos en lugares de arrestos arbitrarios; que son sin religion, sin fé, como sin ley, porque, con tal que se frecuenten los sacramentos, autorizan todos los crímenes y todos los vicios; testigo Mr. de Aigrigny, que dice formalmente á un gran dignatario de la restauracion, que puede vivir como le parezca, y que no se le exigen sino satisfacciones esteriores. Tal es, en efecto, la idea de Mr. Süe al representar á los jesuitas como hombres capaces de todos los delitos, que los pone en paralelo con la secta de los ahogadores de la India, y les da la palma de la perversidad y perfidia.

El poder de los jesuitas no es menos grande, segun los datos de Mr. Süe, que su perversidad, y para convencerse basta leer las escenas en que manifiesta al abate marqués de Aigrigny y á Rodin, su cooperador y espía secreta, en éxtasis delante de un globo terrestre, cuya superficie está cubierta de pequeñas cruces rojas, que indican los lugares en que la Compañía tiene agentes poderosos y decididos, y dispuestas formidables baterías. Las conversaciones de Mr. de Aigrigny con la princesa de San Dizier, destruirán las dudas que pudieran subsistir todavía despues de esta lectura. "Este viage que á Roma acabo yo de hacer.... una idea muy exac-

(*) *No es esta la célebre* Lola Montes, *cuyo empeño en procurar la espulsion de los jesuitas de Baviera llegó casi á enloquecerla, y que ha renovado en este siglo la inicua conducta de la Pompadour del pasado contra la misma Compañía de Jesus en Francia. ¡Válgate Dios por jesuitas! ¡Que los hechos siempre han de destruir las imputaciones de sus enemigos! ¡Que unos sean en la historia y otros en los novelas!*--T.

ta me ha dado de nuestro formidable poderío.... Es un curioso espectáculo ver de tan alto el juego regular de esos millares de instrumentos, cuya personalidad se absorve continuamente en la inmutable personalidad de nuestra órden. ¡Qué poderío tenemos! Yo estoy lleno de casi una espantosa admiracion al pensar que al cabo de algunos meses el hombre no tendrá mas de hombre que el esterior. Inteligencia, libre albedrío, conciencia, todo está atrofiado en él por el hábito de una obediencia muda y terrible.»

Por lo que mira á la habilidad de los jesuitas, ella es, en espresion del mismo Mr. Süe, aun mas formidable que su perversidad y poderío. En efecto, ¿no nos ha mostrado á Dagoberto, ese intrépido veterano de los ejércitos imperiales, á quien nada asusta en este mundo, asombrado y lleno de temor de esa infernal habilidad? Cuando pone al ahogador indio Faringhea en presencia del jesuita Rodin, ¿no es para hacer vencer la astucia y ardides indianos por los jesuíticos? ¿No pinta metafóricamente á los jesuitas arrastrándose como el reptil, cuando no pueden volar como águila para llegar á la consecucion de sus fines? ¿No los describe dotados de una suma inteligencia para abusar de la perversidad del crímen, y de la ignorancia de la virtud, y para enredar á sus adversarios en los hilos no menos invencibles que ocultos de su espantosa duplicidad?

Pues hé aquí cómo, despues de cuanto ha apurado su ingenio en pintar esas gentes, que no retroceden ante ningun crímen, que son las mas hábiles del mundo y cuyo poderío no tiene igual sobre la tierra, las hace proceder en la práctica. Los jesuitas tienen un interes inmenso, un *interes vital*, como habla Mr. Süe, en impedir que se encuentren en Paris, el 13 de Febrero de 1832, cinco personas, de las cuales tres están en paises remotos y tienen mil leguas que caminar, y que atravesar no pocas costas desiertas para llegar á Francia. Y estos hombres que se nos pintan tan hábiles, á quienes no arredran los medios estremos, pues estipendian al regicida y asesino, cuyo poderío, en fin, es de tanta eficacia como si se hallasen presentes en todos los paises del globo; estos hombres tan fuertes, tan astutos y tan poco reprimidos por sus conciencias, ¿no emplearán sino medios impotentes, absurdos, y cuando no inocentes, á lo menos inofensivos, versándose para ellos el mayor interes de la época? ¿Se divertirán en crear, perdónesenos el término, estorbos de carruages en las calles para contener á los que pueden soplarles cuarenta millones, los que por mucho menores intereses traspasan todas las leyes divinas y humanas, envenenan, se avocan con presidarios cumplidos y fomentan regicidas? ¿Estos hombres tan hábiles, no hallarán cosa mejor que hacer devorar un viejo caballo blanco por una pantera negra, para detener á las hijas del mariscal Simon en Alemania? ¿Estos hombres tan poderosos, no las hubieran hecho arrebatar, en este largo y solitario camino que han recorrido viniendo de la Siberia á Francia? ¿Estos hombres tan poco habituados á retroceder ante un crímen, no las habrian hecho asesinar antes de dejarlas entrar en el territorio francés? ¡Estas personas tan hábiles, habrian sido tan torpes, estos omnipotentes tan débiles, y estos grandes criminales tan escrupulosos para con el príncipe Djalma? ¿En lugar de entregarlo al dogal del ahogador, que solo aguardaba una señal para hacerlo pasar, sin que nadie lo percibiese, del sueño de pocas horas de un narcótico al eterno del sepulcro, se contentarian con que se le pintase sobre el brazo el nombre de la diosa Bowania?

¡Era esto racional, ó lo contrario? Siendo los jesuitas tales como los pinta el novelista, tan poderosos, tan hábiles é implacables, las hijas del mariscal Simon y

el príncipe Djalma han muerto en el camino; el Descamisado sucumbe en Francia en uno de esos lugares de prostitucion y locura en que nos introduce Mr. Süe, bajo el puñal de uno de esos malhechores que los frecuentan, y con quienes los jesuitas están en relacion; el fabricante Francisco Hardy desaparece en su viaje, y madama de Cardoville es envenenada por el doctor Baleinier, ó por una de las espías que mantiene la Compañía cerca de su persona. Considérese que se trata de una suma de cuarenta millones, y que por un interes mucho menor los jesuitas ordenan el regicidio. Obsérvese tambien que unas gentes tan hábiles, tan poderosas y perversas, no debian esperar tanto para hacer sustraer las medallas que sirvan para acreditar la identidad de los herederos Rennepont; y mucho mas, cuando contaban en la bolsa con la obediencia de *cadáver* de un heredero como Gabriel, sacrificado á su órden, y cuya legitimidad nadie podia poner en disputa, ni aun el mismo Judío errante y su compañera Herodías.

Es imposible, pues, no dejar de sorprenderse de la contradiccion que se nota entre la manera con que Mr. Süe pinta á los jesuitas, y aquella con que los hace obrar. En pintura, son formidables en poder, atrevidos en el crímen, y soberanamente hábiles; en accion, no se les vé emplear sino medios mezquinos, urdir intrigas medianas y aun absurdas, sin ver lo que todo el mundo vé, esto es, que una trama tan vasta se deshará por sí misma bajo la multiplicidad de los pequeños fraudes de que se ha sobrecargado. Por otra parte, incurren en tonterías insignes y faltas inescusables. Así Rodin, al instante en que la Compañía necesita de todas sus fuerzas para "el negocio capital de la época," va estúpidamente, esta es la palabra del autor, á descubrir el secreto de los rodeos, de las intrigas é infamias jesuíticas al arrendatario de madama de Cardoville, de que quiere hacer un instrumento para monopolizar, en provecho de la Compañía, la fortuna de una madama de Santa Cándida, antigua modista en el Palacio-Real. Así el marqués de Aigrigny comete la imprudencia de colocar á las dos hijas gemelas del mariscal Simon, precisamente en un convento que da frente á las ventanas del hospital en que madama de Cardoville está encerrada por loca.

Sea enhorabuena que todo sea permitido contra los jesuitas. Pero aunque sean jesuitas, no pueden ser á la vez hábiles y torpes, poderosos é impotentes, audaces y tímidos. Sin duda puede ser consolatorio al *Constitucional* prestarles de esta manera vicios y faltas contrarias; pero esta contradiccion es chocante, y una falta grave contra el arte, que exige consecuencia, trabazon y concordancia en los caracteres como en los hechos. Para que haya interes en la obra, es necesario que se inspire temor á los jesuitas. Y cuando se les vé tan débiles, tan tímidos, tan impotentes; en una palabra, tan béstias, no puede temérseles.

La novela de Mr. Süe, como ha podido verse por el exámen á que se acaba de sugetar, no es una obra del arte. Todas las reglas de lo verdadero y verosímil están violadas constantemente, y así es que no puede decirse que ha buscado su fortuna en la perfeccion literaria. El recurso que ha hecho á las pasiones políticas, en vez de ser una prueba de fuerza, es un acto de impotencia. Este talento, agotado por su última produccion, ha desesperado de sí mismo, y no sin razon, salvo algunas escenas dramáticas, y tal cual figura bien dibujada que se le han ofrecido. Se ha arrojado, por tanto, al vórtice de las preocupaciones y cóleras del momento, para ser sacudido por el viento y arrebatado por la corriente del rio.

Nosotros examinaremos el libro de Mr. Süe bajo este nuevo punto de vista; pero

desde ahora hacemos notar, que nos mantendremos muy lejos de esta fiera teoría, *el arte para el arte*, á que se queria reducirnos. Los puritanos en literatura, no consienten admitir un asunto moral, ó un objeto de moralidad en una obra literaria. Seria humillar la dignidad del arte, esclaman, hacer de él un instrumento para producir el bien, y un auxiliar de la virtud. ¡Qué dirán, pues, de Mr. Süe, que no solamente no ha hecho el *arte para el arte*, sino que, en vez de darle el bello y noble papel de auxiliar de la moral, lo ha hecho cómplice de la política y, como lo probaremos de un modo tan claro como la luz, el esclavo del mas deplorable espíritu de partido! ¿Qué título darán al procedimiento de un escritor que parece ocupado en defraudar los derechos de la crítica, colocando una cucarda á su novela, y sorprender, con auxilio de las preocupaciones y pasiones que adula, una fortuna de contrabando, semejante á un jugador que, para estar mas seguro de ganar la partida, no jugase sino con dados falsos?

EL FISTOL DEL DIABLO.

En esta novela, que publica por Folletin *El Eco del Comercio*, hemos visto (el 13 de Julio) ciertas proposiciones no menos cínicas que injuriosas á la Iglesia, sobre el celibato eclesiástico, que no dejaron de alarmarnos, hasta que advertimos que el autor, sugeto de mucha instruccion y moralidad, las ponia en boca de. . . . . *un calavera y militar*, para combatirlas sin duda á su tiempo. Como creemos que éste llegará, y que algun interlocutor del *Fistol del Diablo* (pues no todos han de ser *calaveras*), redarguya al que profirió tales espresiones, nos tomamos la libertad de ofrecerle el siguiente artículo, que acaso podrá ministrarle alguna idea útil y adecuada al estilo satírico con que parece haberse escrito esta obra de ingenio.

"Cuando se trata del celibato eclesiástico, que es el justo y honesto, y que se profesa como máxima de perfeccion religiosa, para servir mejor á la sociedad y para ventaja de las propias familias, pues con la mayor herencia que se deja á los hermanos y dote á las hermanas, se promueven mas los matrimonios, el celibato es *la ruina de la sociedad*, la causa total y parcial de la despoblacion; y los defectos y faltas de algunos pocos eclesiásticos se ponderan y aumentan de tal modo, que no parece sino que el dicho celibato es el principio y orígen de toda la relajacion y de todos los escándalos que hay y ha de haber en el mundo.

"¡Válgame Dios! ¡conque tan malo como todo esto es el celibato? Yo no sé qué época es esta, que no hay forma de que á lo blanco se le llame blanco, y negro á lo negro. Digo esto porque, ó el celibato consiste en no casarse y no tener hijos, ó en abstenerse de lo uno y lo otro para vacar mas libremente á Dios. Si en lo primero, ¿cómo tienen cara los filosófos para improperar á los sacerdotes el no casarse, cuando casi todos ellos se andan viviendo al pillage, sin pensar siquiera en cosa que huela á casamiento! Si mientras hay en la República mil religiosos que no se casan, hay cien mil seculares que viven solterones, y que pudiéran y debieran por justos motivos casarse, ¿á qué tanto estrépito y alboroto sobre el celibato de los mil eclesiásticos, y tanto silencio sobre el de los cien mil seculares? Y si consiste

en lo segundo, ¿por qué no es esto, y no el celibato á bulto, lo que se condena en los sacerdotes? Seamos sinceros y justos: cásense antes todos los seculares que se hallan en estado de poder hacerlo, y despues hablaremos sobre el casamiento de los sacerdotes. Esto no se compone con declamaciones, chulerías ni desvergüenzas, sino poniendo manos á la obra. Conque, señores filósofos antiocelibatarios, vamos apretando los puños á casarse, que eso se hallan hecho para cuando comiencen la reforma.

"Otra cosa noto en vdes., y es, que deben de ver como los gigantes, pues á no ser así, no podrian dejar de conocer el celibato de tantos seculares que á los pocos dias de casados abandonan á la infeliz muger, para ir á encenegarse en la mas infame, torpe, sucia é infructuosa liviandad. Contra estos, señores embusterones, contra estos es contra quienes deben vdes. aguijar su celo. Destrúyanse tales celibatos matrimoniales, persíganse á sus profesores á sangre y fuego, casénse todos los seglares que pueden y deben casarse, y ciertamente se verá la República mucho mas embarazada en proveer de subsistencias á la poblacion, que en aumentarla. Verán cómo entónces se tiene por felicidad el que los religiosos no se casasen.

"Los filosófos deistas ó ateos, no pierden la coyuntura, cuando se trata de poblacion, de poner en obra toda la elocuencia contra el celibato eclesiástico. Ya se vé, como que una de las principales obligaciones de todo verdadero filosofastro, es la de denigrar por cuantos modos pueda la religion, y presentarla siempre como contraria al bien de la sociedad. Pero tan cuidadosos y diligentes como son en esto, tan perezosos y torpes están en descubrirnos con franqueza las verdaderas y legítimas causas por qué en tantas partes escasea la poblacion. Mas ya que ellos, constantes en *su buena fé*, se desentienden de darlas, y hacen de los olvidadizos, se las recordaremos nosotros.

"La presente guerra, que solo la impía filosofía ha atizado, ¿no es una de las verdaderas causas de la despoblacion? ¿Cuántos millones de hombres, todos en la flor de su juventud (y cuasi todos de aquella poblacion *útil* á la sociedad, cuales son los artesanos y labradores), no lleva ella á esta hora sacrificados á su furor? ¿Cuántos millones de millones que de ellos esperaban la existencia en los siglos futuros, no se han quedado en la nada? ¿Son acaso, señores antropófagos, esos clamores porque los sacerdotes se casen, para ver si con la sangre de sus hijos podeis apagar la rabiosa sed de sangre que con la de tantos millones de seglares aun no habeis podido mitigar? ¡Qué dolor, qué desgracia tan grande para esos corazones *filantrópicos*, la de que en una batalla en que sacrificasteis dos mil hombres, no hubiesen sido veinticinco mil! Debeis sin embargo consolaros, pues si hasta ahora no hay hijos de sacerdotes y religiosos que llevar al matadero, teneis religiosos y sacerdotes á quienes no os descuidais en llevar.

"Y el lujo, que tantos defensores tiene entre los filósofos, ¿no es uno de los mayores impedimentos á la poblacion? Es necesario ser poco menos que un Creso para poder en estos tiempos pensar en muger. Una suma que bastaria para comprar un terreno capaz de mantener una familia, no alcanza ni con mucho para los trages, vestidos, joyas, relojes, &c. que el imperio de la *moda* y el uso han establecido echar á cuestas á una muger. Y si esto es una verdad, ¿dónde hay razon ni justicia para pretender que jóvenes honrados y circunspectos deban arruinarse con el matrimonio! Y en tales circunstancias ¿no es el libertinage una consecuencia poco menos que necesaria? Vamos á otra cosa.

"La falta de religion, que tan estendida

está en nuestros dias (gracias á los misioneros y propagandistas filosóficos), ¿no es otro de los principales motivos de la despoblacion? ¿Por qué causa aquel pisaverde libertino no se casa, sino que trae una vida estragada y obscena, ocupada toda en poner lazos y asechanzas á las mugeres de otros, sino porque no tiene religion? ¿Por qué el que tiene muger propia la abandona y se echa en los brazos impúdicos de una meretriz, sino porque es un hombre sin religion? ¿Por qué el jóven honesto y religioso tiembla aun de pensar en casarse en medio de una corrupcion tan universal, sino porque no hay tálamo seguro, y que no manche el irreligioso libertinage?

"El remedio, pues, para el aumento de la poblacion, no debe buscarse en la abolicion del celibato eclesiástico, el cual por otrosí la promueve de muchos modos, sino en atajar el lujo, la irreligion y el libertinage. Y ya que tanto furor y rabia tengan por mordiscar el celibato, ¿por qué no lo emplean contra el celibato filosófico y deshonesto, que es el que presta para ello un amplísimo campo? Señores libertinos, si vdes. no tienen alientos para desliarse del impuro comercio con las *personitas*, y vivir castos, dejen al menos que otros lo hagan, y no sean como el diablo, que cifra su felicidad en arrastrar consigo á la perdicion á todo el linage humano. Dejen que un religioso con su honestidad y desinteres, y á costa de su propia mortificacion, renunciando á su porcion de herencia, ponga á sus hermanitas en estado de hallar maridos, y á sus hermanos en el de poder tomar mugeres. Dejen que entre tantos que ni piensan ni pueden pensar en otros que en sus propios hijos, haya obispos, párrocos, frailes y sacerdotes que piensen en los agenos, y empleen sus tiernos y amorosos cuidados en los desgraciados hijos de la sociedad. Dejen que mientras ese espantoso número de inicuos (entre los cuales están los enemigos del celibato) viven sepultados en el lago cenagoso y abominable de la liviandad y la impureza, haya siquiera religiosos que aplaquen con sus mortificaciones y penitencias la justa indignacion del Cielo, y levanten á él desde en medio de la soledad sus inocentes manos y sus labios puros, para que no vierta sobre ellos el fuego y el azúfre que ya otra vez vertió sobre los impuros habitadores de Sodoma y Gomorra.»

(Nuevo Vocabulario filosófico democrático: tom. II, pág. 15 y siguientes.—México, 1834.)

PROSPECTO.

LA VOZ DE LA RELIGION.

Periódico Religioso y Social, Científico y Literario.

La religion es el mas firme apoyo do estriba la estabilidad del reinado de la justicia, bajo cualquiera forma de gobierno. Una vez quitada esta base, tan luego como se desestime el poderoso influjo que egerce la Religion sobre los corazones de los mortales, todo será confusion, todo anarquía, todo desórden. Las revoluciones se sucederán unas á otras, y ya no se oirán mas que gritos de vencedores y lamentos de vencidos. La union, la paz, la tranquilidad que podian hacerlos menos infelices en este valle de miserias, desaparecerán de todo punto. El justo y el

malo, el inocente y el culpado, el ciudadano pacífico y el revoltoso, todos serán envueltos en un mismo torbellino; y el partido vencedor para aprovecharse de su victoria, que sospecha no podrá ser permanente, no perderá ocasion de oprimir á los que considera sus enemigos. Esta es una verdad terrible que ya no admite la mas leve duda. Nuestra patria, esta República privilegiada que, por la gravedad de carácter de sus habitantes y su innata religiosidad, parecia inaccesible á las revoluciones, mas de una vez se ha visto y se vé al borde del precipicio y de su total destruccion, desde que la Religion católica no tiene su benéfica y consoladora influencia. Los partidos que han despedazado y despedazan nuestra cara y amada patria, no tienen otra causa ni origen que el olvido ó el desprecio de la santa Religion de Jesucristo.

Para restablecer á ésta en el goce de sus celestiales derechos, para estinguir los partidos, para unir los corazones de todos los mexicanos, de suerte que todos tengamos una misma alma y unos mismos sentimientos, se han inventado y aun puesto en egecucion varios proyectos. La invencion de periódicos religiosos para sostener las doctrinas católicas y sociales contra los continuos embates de la impiedad, no hay duda que ha producido maravillosos efectos. Los mexicanos todos recordarán con veneracion y respeto los nombres, El Católico, El Ilustrador Católico, El Observador Católico. De generacion en generacion repetirán los padres á sus hijos: "éstos son los ilustres campeones que, arrostrando mil peligros y contradicciones, salieron con mano armada á combatir la orgullosa impiedad, que ya contaba por seguro su triunfo en la católica México, cuyo mas glorioso timbre es el amor á la Religion católica, apostólica, romana." En efecto, estos ilustres escritores han sacado á todo mexicano de su letargo, viendo los progresos de la irreligion en nuestro suelo; su voz ha resonado por todo su dichosísimo continente; los verdaderos católicos han recobrado nuevo espíritu y aliento, al ver la valentía con que se ha defendido en la capital la doctrina religiosa. Empero nos falta mucho que hacer. Es necesario estar prevenidos; es menester poner un dique capaz de contener las furiosas olas que se pueden estrellar contra nosotros.

No es, no será, no puede ser otro el fin y objeto del periódico La Voz de la Religion, que nos hemos propuesto publicar. Llevando *Catolicismo* por enseña, á todos hablará con moderacion y decoro, si bien con firmeza, sea cual fuere el partido á que pertenezcan; porque á todos interesa la religion y la moral, porque á todos ama en Jesucristo, porque á todos desea hacer felices y salvos, porque en todos reconoce aquel don precioso con que nos distinguió el Eterno, La libertad, de cuyo buen ó mal uso pende la prosperidad de las naciones y el bienestar de las familias y de los didividuos. Un movimiento religioso se obra por todas partes, necesario es impulsarle, protegerle y auxiliarle.

Pero este impulso, esta proteccion, este auxilio ni puede ni debe ser aislado. La Voz de la Religion trabajará en cuanto alcancen sus fuerzas para llenar tan sagrados objetos; pero al mismo tiempo cuenta con la cooperacion del Estado eclesiástico y de todos los mexicanos amantes de su Religion y de su patria, á quienes se dedican estos trabajos.

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13.

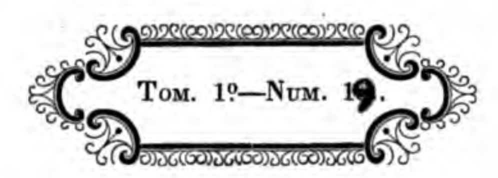


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 19.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 29 DE JULIO DE 1848. [Num. 19.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

LA BIBLIA.

Hay un libro que nos vino de Dios y sin el cual hubiera reincidido el mundo en el caos: un libro que ha brillado como el sol en todas las edades, hecho para todos los hombres y todos los tiempos, propio para inflamar el espíritu, para inspirar todas las virtudes, para animar nuestra debilidad y para consolar la desgracia. Este libro es la Biblia.

Contiene la historia del género humano, la mas bella legislacion, la mas elevada filosofía: nos presenta la historia de la creacion, la caida del hombre y la redencion. Designa la historia del mundo en la profecía de Daniel, anunciando las grandes monarquías, y acaba con el Apocalipsis. Como no haya nada en la Biblia despues de esta profecía, cuyos tiempos se aclaran diariamente, no habrá tampoco mas sucesos en la tierra que los anunciados por aquella. A su cumplimiento todo se sabrá: cerraráse el libro de los tiempos y se abrirá el de la eternidad.

Sublime y sencilla la Biblia, admira y habla al corazon: á la lectura de todas sus páginas se percibe que procede este libro de aquel que creó el corazon y las potencias del hombre. Por eso ha corrido en todos los siglos y triunfado de todas las pruebas.

En estos caracteres descubrimos su divinidad, y para hacerla mas patente nos bastará manifestar que este libro se ha conservado intacto, atravesando las épocas y venciendo todas las impugnaciones.

¡Cómo podemos dudar que Dios habló á los hombres, y que el primer hombre salió con el don de la palabra? Nada le hubiera servido la existencia, á no poder comunicar sus pensamientos con su compañera y con sus hijos. No es posible creer que Dios no le hubiera dicho para qué habia sido criado. Erale igualmente necesario, tanto como la vida, el conocimiento de la verdad religiosa, es decir, las relaciones del hombre con su Dios; y estas revelaciones suponen una palabra y la inteligencia de ella. Poco importaria la existencia si no supiéramos nuestro orígen ni nuestro fin. ¿Qué seria de nosotros sin este vínculo que nos une á Dios, sin religion? Todos los pueblos han pensado que Dios se ha declarado con el hombre haciéndole conocer su orígen y el fin para que fué criado, y dándole una ley: ¡dónde se encuentra esta palabra? En la Biblia.

Siendo la Biblia la palabra de Dios mismo dirigida á nuestro primer padre, á Noé, á Abraham, á Moisés y á los Profetas, y mas adelante la palabra de Jesucristo á

sus discípulos, ha debido ser tan importante á los ojos de Dios la trasmision de la Biblia como la propagacion de la vida; y habiendo llegado hasta nosotros la historia de este libro en toda su pureza, entre las vicisitudes de los imperios y las revoluciones que han destruido ó desfigurado las obras humanas, es sin contradiccion una historia maravillosa.

Los medios de que se ha valido Dios para conservar su palabra, han sido desde luego tan sencillos como los que empleó para perpetuar la vida humana. La palabra de Dios ha pasado fácilmente desde Adan hasta Moisés, mediante la vida dilatada de los patriarcas, y esta longevidad aseguraria la tradicion si faltasen las Santas Escrituras. Con que hubieran vivido un siglo cada uno cincuenta hombres, bastaria para ponernos en relacion con el primero, supuesto que solo Adan vivió muy cerca de mil años.

La ley dada primitivamente á Adan y renovada en el monte Sinaí, es el depósito que Dios mismo conservó. El Pentateuco, escrito por Moisés inspirado de Dios, se guardó en el tabernáculo. Los hebreos fueron los primeros que conservaron la palabra divina; y así como antes de Moisés habia una descendencia patriarcal, destinada á conservar y trasmitir la tradicion, instituyó Dios entre los hebreos una tribu de sacerdotes, de levitas y de pontífices que se encargase del libro sagrado que contenia los títulos del orígen y destino del género humano.

En todas circunstancias vemos á Dios protegiendo su palabra escrita para preservarla visiblemente de todo detrimento, al paso que conservaba milagrosamente á su pueblo hasta la venida de Jesucristo, el Verbo encarnado y la palabra eterna.

Cuando se dividieron las tribus, cuando Samaria se separó de Jerusalen, formaron los judíos dos reinos: Judá é Isael. Edificaron los samaritanos un templo y conservaron los libros de Moisés. No es posible que dudemos de su autenticidad é integridad. Dos pueblos enemigos, contrarios en todo, se reunen para ofrecernos el Pentateuco como la obra del Supremo legislador; y ambos conservándole el mismo respeto y vigilándose mútuamente, le presentan á la veneracion universal.

Trescientos años antes de Jesucristo deseaba Tolomeo conocer los libros de los hebreos, y setenta de éstos, enviados por el sumo sacerdote, traducen en griego, idioma el mas general, no solamente el Pentateuco, sino los Profetas, para que todo el mundo pudiese leer, antes de suceder, los hechos que iban á cumplirse á vista de todas las naciones. Cuando se traducian estos libros, los Profetas callaban en Israel. Desde David hasta Malaquías se habia anunciado el reinado del Mesías con tales circunstancias y pormenores, que nadie podia engañarse acerca de su venida. Importaba que los judíos no pudiesen alterar el sentido de las profecías; y la Divina Providencia lo dispuso todo para que el universo conociese su palabra divina en la version de los setenta.

En las diversas partes que componen la Biblia, nada hay dudoso, nada oscuro. Si los primeros libros han adquirido una irrecusable autenticidad por la separacion de Samaria, las profecías de David, de Isaías, y de Daniel adquirieron una data infalible con la traduccion de los setenta, escrita tres siglos antes de Jesucristo, y últimamente por la dispersion de los judíos en toda la tierra.

La dispersion de los judíos y la version de los setenta son dos hechos admirables, que atestiguan la autenticidad del Pentateuco y de los Profetas, en el momento en que era necesario asegurar el éxito de la predicacion de los Apóstoles á los gentiles. Iba á entablarse la controversia entre los judíos y los cristianos á la faz de las naciones: los libros sobre que debia recaer es-

taban al abrigo de toda sospecha de suplantacion ó alteracion. Y los judíos, entre todas las revoluciones y vicisitudes que han sufrido de mil ochocientos años acá, conservan la Escritura, la palabra de Dios en la lengua de Moisés; milagro viviente que no se ha verificado en ningun otro pueblo: y si no, ¿dónde están los anales de los asirios, de los caldeos, de los fenicios, de los persas y de los egipcios, tan célebres en la tierra? El tiempo los sepultó en el olvido.

La Escritura, interrumpida para los samaritanos despues de Moisés, continuada para los judíos hasta el tiempo de los macabeos, seria una obra incompleta sin el Nuevo Testamento, porque entonces pareceria que Dios habia hablado al pueblo hebreo, y entregádose al silencio.

Pero gracias al Nuevo Testamento, el libro de Dios continúa: á la historia del pueblo judío sigue la de la Iglesia y del fin del mundo: á las profecías que anunciaban al Mesías, se juntan su vida y sus palabras. Un libro nuevo, complemento del antiguo, se ha confiado á un pueblo nuevo. Roma reemplaza á Jerusalen: Pedro, el soberano pontífice de los cristianos, sucede al gran sacerdote de los judíos, Ananías. El sacerdocio principió en Aaron, y continúa en Gregorio XVI.

Ha sido objeto de la misma solicitud de Dios el Nuevo Testamento, porque concluye la revelacion, porque es la verificacion de las promesas, el término de la divina enseñanza, la realizacion de todas las figuras, y la luz que aclara toda la ley.

Tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, Dios ha prodigado los milagros, para autorizar por sí mismo su palabra. El Espíritu Santo que inspiraba á los Profetas es el que bajó sobre los Apóstoles. A la vista de todas las naciones, los discípulos de Jesucristo hablaron todas las lenguas, porque tenian que convertirlas á todas. Hombres de la plebe escriben sublimes libros; separados y distantes, refieren lo que han visto y oido sin diferencia alguna respecto á los hechos esenciales; y estos libros se dirigen á los pueblos mas conocidos ó famosos, á la Iglesia de Roma, á la de Aténas y de Smirna. Suscítanse numerosas heregías, intentando apoyarlas en los libros del Nuevo Testamento: lo mismo que el cisma de Samaria sirvió para asegurar la autenticidad del Pentateuco, Dios ha hecho que las heregías publiquen la autenticidad del Evangelio. Obispos y filósofos convertidos escriben á las Iglesias y á los emperadores: citan los Evangelios, y estas citas son un testimonio irrefragable de su autenticidad. Los nestorianos, los eutiquianos y los griegos, al separarse de la Iglesia conservan el Evangelio y su autenticidad: entretanto que ésta, como antes la Sinagoga, conserva la inspiracion divina. De esta manera Dios ha querido asegurar la autenticidad y la divinidad de toda su palabra escrita, y dos pueblos milagrosos le han servido, digámoslo así, de testigos: uno que escapó en medio de prodigios de la espada de los Faraones, y el otro, por maravilla, de las de los emperadores. El efecto de la potestad divina se manifiesta visiblemente en el establecimiento del primero de aquellos en Jerusalen, y del segundo en Roma. La dispersion de los judíos por el mundo difunde en todo lugar una parte de la Escritura Santa; la conversion de las naciones propaga la otra en el universo, y la nueva ley unida de este modo á la antigua, conquistó el mundo en pos de las águilas romanas.

Dios es la suma verdad en todo tiempo y lugar: el libro que encierra la palabra de Dios, no puede estar en contradiccion con ninguna verdad. Examinad si no los errores que hallais en la Biblia en materias filosóficas, históricas, políticas, legislativas, morales, teológicas, astronómicas ó físicas. En el último siglo apareció una secta de filósofos censurando todas las partes

de este libro, y negando que hubiese sido inspirado. No solo se han mofado de los milagros que refiere, sino que han intentado falsificar todo lo que pertenece al orígen del género humano, á la creacion, al diluvio &c. Los astrónomos se fatigaron para justificar la cronología de los indios y sostener la exactitud y autenticidad de sus tablas astronómicas, que alcanzaban nada menos que veinte millones de antigüedad. Triunfaba la incredulidad y se lisonjeaba de que no podria restablecerse la cronología mosaica del golpe con que la habian anonadado. Bentley, Laplace, Delambre, que no son aquí testigos sospechosos, se ponen á calcular, siguen todas las observaciones y descubren el error. Demuestran hasta la mayor evidencia, que que tales tablas astronómicas no subian mas hasta el siglo segundo de la era cristiana, y así, á su pesar, los sabios sirven para confundir la impostura de los judíos y la credulidad de sus intérpretes, y para confirmar la exactitud de la cronología de Moisés.

Segun los superficiales datos del siglo último, querian los naturalistas hacer creer la existencia de muchas razas de hombres sumamente distintas, alegando el color de los negros, la figura de su frente y el cabello parecido á la lana; pero en el dia se sabe que la forma y el color de estos hombres se modifica considerablemente: y aun el idioma en que se entienden, parecido al de muchos blancos, prueba mas la identidad del orígen.

Grande abuso se hizo de la geología contra los libros de Moisés. Pero apenas se estudió esta ciencia con mas profundidad, cuando cayeron para siempre las teorías de la orgullosa ignorancia. El descubrimiento de fósiles gigantescos en las entrañas de la tierra se esplica con el intervalo que medió entre la creacion y la primera organizacion del universo. La cronología da seis ó siete mil años al género humano; pero no determina la época de la creacion de la tierra. Nada prueba por otra parte que el relato de Moisés sea la historia de una creacion y no de una restauracion. Acaso los dias de que se habla en el capítulo primero del Génesis, pueden consistir en períodos indefinidos; y no puede dudarse del diluvio, cuando Cuvier, acorde con Deluc y Dolomieu, ha declarado que si hay algun hecho auténtico en geología, es que la superficie del globo en que habitamos ha sido víctima de una grande y súbita revolucion, cuya data no puede subir á mas de cinco mil años. En el siglo XVIII se decia: ¿cómo es posible que Dios haya criado la luz en el primer dia y el sol tres dias despues, como cuenta Moisés? ¿Hay acaso luz sin sol? Y en el dia todos los físicos están de acuerdo en sostener que la luz es un fluido, repartido en el espacio, y que le pone en movimiento el sol.

Vemos que el estudio de las ciencias es la victoria de la religion y el triunfo de la fé: y en efecto la concordancia de nuestros sagrados libros con las tareas de los geólogos, los descubrimientos de los viageros, los cálculos cronológicos, los estudios de los políglotos, las investigaciones de los naturalistas; y en una palabra, con todo lo que ha inquirido la curiosidad humana, no puede ser mas evidente hace bastantes años.

La Biblia ha sido objeto de vivas controversias; y examinado por la ciencia bajo todos aspectos y en todas partes, ha salido triunfante este divino libro de tan continuas pruebas.

Los hombres que han reflexionado sobre la marcha de las sociedades, reconocen que todavía son secretamente conducidas en su gobierno temporal, como lo fueron los hebreos, de una manera milagrosa y visible, bajo la direccion de Moisés, de los jueces y de los reyes. Repárese que el pueblo judío atravesó todas las formas de

gobierno, para que las naciones hallasen egemplos de la conducta de la Providencia en los diferentes reinos. Cotéjense las situaciones parecidas en el pueblo judaico y en las sociedades modernas, y se echará de ver que se repite en nuestros dias el método mismo con que Dios dirigia á los israelitas; porque Dios es el conservador de las sociedades, su verdadero gefe, el que castiga, el que recompensa; y porque en su último juicio no se presentarán los pueblos en esta calidad en su recto tribunal, es necesario juzgarlos en esta vida. San Agustin indicó este sublime pensamiento en su Ciudad de Dios, y Bossuet le esplanó en su Discurso sobre la historia universal y su Política sacada de las Sagradas Escrituras.

En la Iglesia primitiva se manifestó esta verdad de una manera palpable. Ahora invisiblemente sucede lo propio: no se ven las lenguas de fuego en el Cenáculo, los milagros ni las profecías: los efectos se ven con menos claridad.

Ha sido el pueblo hebreo un gran cuadro presentado á la espectacion general, para que vean todos los pueblos y naciones la conducta que observa Dios en su direccion hasta el presente.

Y ¡qué diremos del lenguage de la Sagrada Escritura? ¡Hay literatura humana que pueda compararse con la de los hebreos? Un escritor moderno dice, que la inspiracion divina se patentiza hasta en el lenguage de las Sagradas Escrituras. Puede muy bien decirse á los autores sagrados lo que decian de Jesucristo los fariseos: "Ninguno babló jamas como este hombre." Al leerlos se conoce que el dedo de Dios habia tocado sus labios. ¡Qué cándida sencillez en sus relatos! ¡Cómo encanta aquel candor y verdad! ¡Qué gracia tan seductora! Allí se vé la palabra en su pureza é inocencia primitivas. Ademas ¡qué fuerza de espresion! qué profundidad! qué riqueza de imágenes! qué conocimiento de la humana naturaleza! ¡Dónde se reconocen mas sus miserias, ni dónde su elevacion?

Fenelon dice que la Escritura escede infinitamente á todos los autores profanos en candor, en viveza y en sublimidad. Jamas Homero pudo llegar á la elevacion de Moisés en sus cánticos, particularmente en el último, que debian aprender de memoria los niños israelitas. Ninguna oda griega ó latina podia llegar á la sublimidad de los salmos. Sirva de egemplo el que empieza así: "El Dios de los dioses, el Señor habló y llamó á la tierra." Esto es superior á toda humana imaginacion. Ni Homero ni otro poeta ha llegado á Isaías, cuando pinta la magestad de Dios, á cuyos ojos no son los reinos mas que una partícula del polvo, y el universo como una tienda que hoy se arma y desaparecerá mañana. Otras veces ostenta este Profeta toda la dulzura y terneza de que es capaz la égloga, en las risueñas pinturas que hace de la paz: otras se eleva tanto que nadie puede alcanzarle. Pero ¡hay acaso en la antigüedad cosa que se acerque ni pueda justamente compararse al sensible Jeremías, cuando deploraba las desgracias de su pueblo, ó á Nahum cuando veia desde lejos en su imaginacion que la soberbia Nínive caeria arruinada por los esfuerzos de un ejército innumerable? Parece que se palpa este ejército, que se oye el estrépito que siempre le acompaña: tan viva y eficazmente está referido, que absorve la imaginacion. Muy atrás quedan Homero y todos. Si leemos despues á Daniel anunciando á Baltasar la venganza de Dios inmediata, inminente, que va á caer sobre su cabeza· buscad en los primeros modelos egemplo alguno comparable con este pasage. Ademas, en las Santas Escrituras todos los caracteres se sostienen, todas las relaciones y circunstancias se observan. La historia, el órden de las leyes, las descripciones, los pasages vehe-

mentes, los misterios, los trozos de moral; por último, tanta es la diferencia entre los Profétas y los poetas profanos, cuanto separa la inspiracion del fingido entusiasmo: los primeros espresan notoriamente una cosa celestial: los otros, por mas que se esfuercen á elevarse sobre sí mismos, dejan traslucir desde luego la flaqueza humana.

¿Qué cosa hay mas interesante que la historia de José? ¿Dónde se hallará drama mas seductor y sublime que la de Job? ¿Dónde himnos, odas ni cánticos comparables á los de Débora, David é Isaías? ¿Cuáles al Cántico de los cánticos? ¿Dónde los hay mas tiernos que los libros de Ruth y de Ester, ni mas moral que el de Tobías? ¿Qué historia mas heróica que la de los Macabeos? ¿Y los Proverbios, y la Sabiduría y el Eclesiástico? ¿Dónde se pintan mejor las miserias humanas que en el Eclesiastes de Salomon?

Con la magestad del Antiguo Testamento contrasta notablemente la sencillez del Evangelio. Se descubre un Dios oculto; parece que el Santo Espíritu quiso templar el esplendor de la divinidad con las humildes formas del lenguage. Lo que hay mas admirable en el estilo de los evangelistas es, que de nada se asustan, y hablan de las mayores maravillas como acostumbrados á todos los secretos del Cielo.

En las Cartas de San Pedro y de San Juan, asombra el considerar que unos obscuros pescadores del lago de Genezareth, pudieran llegar á ideas y sentimientos tan elevados. En las de San Pablo se presenta la religion con la mas convincente claridad. En ellas todo es grande: los misterios enlazados sábiamente: la caida del hombre, su redencion, la gracia, todas estas maravillas del nuevo mundo esplicadas de un modo inimitable, forman el compendio de toda la teología cristiana.

El fundador de la sociedad asiática de Calcuta decia: "He leido con mucha atencion las Santas Escrituras, y pienso que este libro, ademas de su celestial orígen, contiene mas verdades históricas, mas moral, mas riquezas poéticas, en fin, mas bellezas de todas clases, que todos los demas libros juntos, cualquiera que sea el siglo y el idioma en que estuvieren escritos."

REPRESENTACION

SOBRE LA INMUNIDAD PERSONAL DEL CLERO,

REDUCIDA POR LAS LEYES DEL NUEVO CÓDIGO, EN LA CUAL SE PROPUSO AL REY EL ASUNTO DE DIFERENTES LEYES, QUE, ESTABLECIDAS, HARIAN LA BASE PRINCIPAL DE UN GOBIERNO LIBERAL Y BENÉFICO PARA LAS AMÉRICAS Y PARA SU METRÓPOLI.

(Continúa.)

Puede llegar caso en que se encarcele y ponga grillos al párroco al tiempo mismo que iba á confesar á un enfermo, á administrar el Viático, predicar ó decir misa: que el enfermo muera sin auxilios ni sacramentos, y que el pueblo quede sin oir misa ni la predicacion evangélica. En fin, señor, el pueblo miserable será presa de la voraz codicia del juez y el juguete de su despotismo, y el clero llegará en poco tiempo á lo sumo del desprecio.

Por otra parte, la nueva jurisprudencia es impracticable en estas regiones dilatadas. El obispado de Valladolid, por egemplo, por la parte del Mediodia, se compone de una zona de tierra de cincuenta le-

guas de ancho desde la mar del Sur hasta la capital, y de ciento y cuarenta leguas de largo de Oriente á Poniente. Esta dilatadísima superficie, atravesada por dos sierras elevadas, no tiene apenas un punto de clima templado; todos son estremos, las sierras frias y pobres, y la costa, valles y barrancas, estremadamente ardientes y enfermas. Está, pues, muy despoblada, y las poblaciones muy distantes unas de otras. En todo este vasto distrito no hay un letrado siquiera, ni un pueblo de tres vecinos españoles acomodados. En los mas de los pueblos todos son indios ó mulatos; no hay mas cara blanca que la del cura y la del justicia, si no es tambien mulato. Muchos de estos curatos son pobres y no pueden mantener mas que un cura, que de ordinario se halla en calidad de interino, y forzado, porque nadie los quiere en propiedad ni voluntarios. No es estraño, porque ellos van á morir en seis ú ocho meses, ó á enfermarse de por vida. El obispo se vé precisado á usar de medios estraordinarios de premio y de castigo para proveer de ministros esta parte de su grey. En este conjunto de cosas, ¿cómo se podrá practicar la nueva jurisprudencia, á quién diputa el obispo, qué jueces se pueden hallar capaces de sustanciar un proceso criminal contra un cura? Por la parte del Norte de este obispado concurren impedimentos de la misma naturaleza, y sucede lo mismo en todos los demas, Oajaca, Puebla, México y Guadalajara, que solo están poblados en sus centros; y por lo respectivo á Durango y Sonora están todos ellos en la misma situacion que acabamos de esponer por lo tocante á la parte del Mediodia de este obispado.

¡Pero qué causa ha dado el clero para que se le degrade en el tiempo mismo en que mas convenia autorizarlo para detener el torrente de la impiedad. . . . . que amenaza inundar toda la superficie de la tierra? La causa es, dice la sala del Crímen, la frecuencia de sus delitos atroces y escandalosos. ¿Mas cómo se acredita esta frecuencia? Se acredita de que entre ocho ó nueve mil eclesiásticos seculares y regulares que residen en el distrito de esta real Audiencia, se han hallado en un decenio tres ó cuatro á quienes se imputan crímenes atroces, es á saber: el religioso lego de Guadalajara de que trata la citada real órden de 25 de Octubre de 95, que en efecto cometió el de estupro circunstanciado de que allí se hace mencion; el religioso M que, ébrio, mató á su comendador; el subdiácono Z. que hirió á un niño primo suyo, estando loco; el diácono y subdiácono F. y M., que en necesidad urgente cometieron un robo simple; el religioso R., subdiácono, que cometió el robo de unas alhajas de plata en la iglesia de San Francisco de esta ciudad, y el presbítero V., que parece está iniciado del crímen de lesa magestad. Estos seis eclesiásticos son los únicos que, entre ocho mil, y en un decenio se pueden llamar reos de crímenes atroces. Pero de estos se deben rebajar los dos homicidas, el uno por ébrio y el otro por loco. Se deben rebajar tambien los dos autores del hurto simple. Se puede dudar si merece la calificacion de atroz el hurto de R., respecto á que por su muerte se suspendió la causa sin haberse sustanciado completamente. Resta solo el presbítero V., de cuya causa, reservada al superior gobierno, no tenemos mas noticia que la fama pública. Todas las demas causas que se han seguido contra eclesiásticos no tienen por objeto delito que merezca la calificacion de atroz y enorme. Es, pues, evidente que ni el número de los eclesiásticos ni el de sus delitos permite que se pueda decir, ni aun con impropiedad, que el clero comete con frecuencia crímenes enormes y atroces. Entre doce Apóstoles, escogidos por el mismo Dios, se halló un proditor deicida. No será estraño que entre ocho mil sacerdotes, escogidos por los

hombres, se hallasen seis ú ocho criminosos; ni lo seria tampoco, aun cuando se hallasen los seiscientos sesenta y seis que corresponden en proporcion geométrica. De la conducta de estos pocos nada se puede concluir en buena lógica contra el clero. Sin embargo, este es el argumento de los impíos y libertinos para atacar la Providencia Divina, la religion y las instituciones de los hombres mas respetables. Y este es tambien el que hoy se usa para combatir al clero y persuadir la frecuencia de sus delitos y el perjuicio de su privilegio. Pero él es vicioso y no puede concluir en caso alguno.

La frecuencia de los crímenes de los eclesiásticos debe acreditarse por la comparacion de estos crímenes con los de los seculares, en proporcional número de unos y otros. En el mismo hecho de sujetar al clero á las penas civiles, á los juicios y jueces seculares, se supone que su fuerza correctiva y reprimente es mas eficaz que la de las penas canónicas y de los juicios y jueces eclesiásticos, y se supone por el mismo hecho y se afirma abiertamente que las penas canónicas y la correccion eclesiástica son insuficientes para reprimir al clero. Luego se supone del mismo modo que los súbditos del fuero secular no delinquen tanto como los súbditos del fuero eclesiástico; pues si estuvieran todos en el mismo estado de costumbres, los medios correctivos de los unos serian tan eficaces como los medios correctivos de los otros, y seria impolítica una novedad inútil para el fin de su intento y nociva en todas las demas relaciones. Luego es necesario que el estado eclesiástico delinca mas que el estado secular para que se pueda decir que delinque con frecuencia. La consecuencia es necesaria, y quedamos solo en puntos de hecho, capaces de demostrarse hasta la evidencia matemática. El número de individuos del estado secular y el de sus crímenes deducidos en juicio, el número de los individuos del clero, y el número de los suyos, estos son los hechos que se deben probar, y probados, su comparacion dará la diferencia, y ella acreditará si el clero se abandona á crímenes enormes, atroces y escandalosos, ó por el contrario que no hay mas atrocidad que la de la injuria que se le irroga inconsideradamente.

La verdad en estos dos estremos es de suma importancia al clero americano, no solo porque de ella puede depender el que V. M. le conserve el fuero criminal, sino porque de ella depende únicamente la justificacion de su conducta difamada públicamente en el solio de la justicia y estendida su difamacion por todas las estremidades de este reino. Por tanto, suplicamos á V. M. se digne mandar que, á costa del clero americano y con su intervencion, se haga un padron general de todos los habitantes de la Nueva-España, y un reconocimiento exacto y fiel de todos los delitos deducidos en juicio, así en los tribunales seculares como en los eclesiásticos, en los diez años anteriores ó en los veinte, con distincion de sus autores eclesiásticos ó seculares, y que se comparen los unos con los otros, para liquidar la diferencia y para que, resultando favorable al estado eclesiástico, como es preciso que resulte, segun los datos que tenemos, V. M. tome en desagravio del clero las providencias que le dicte la justicia y la piedad de su corazon. Entretanto espondremos nuestros conocimientos prácticos acerca de estos hechos, y haremos por cálculo aproximado las inducciones que persuaden nuestra asercion.

Consideramos que la Nueva-España tendrá con corta diferencia cuatro millones y medio de habitantes. El marqués de Sonora le reguló tres millones en el informe que hizo al virey Bucareli, de resultas de su visita en el año pasado de 71. El virey conde de Revillagigedo hizo un padron general con bastante exactitud que no publi-

có ni aun se halla, segun dicen, en la secretaría del vireinato, pero corrió entonces la voz de que el resultado era, con corta diferencia, el mismo que nosotros computamos por los padrones del cumplimiento de iglesia y otras noticias que resultan del gobierno de los obispados. Suponiendo, pues, que sea esta la poblacion de la Nueva-España, se puede regular un millon á los tres obispados Sonora, Durango y Guadalajara, que componen el distrito de aquella real Audiencia, y los tres millones y medio restantes á los cinco obispados, México, Puebla, Oajaca, Nuevo Reyno de Leon y Valladolid, que componen el distrito de la real Audiencia de México. De estos tres millones y medio se deben rebajar la mitad que son mugeres, y quedan un millon, setecientos y cincuenta mil hombres, y de estos debemos rebajar tambien la mitad, que comprende la infancia y la juventud hasta diez y ocho años, que, segun el conde de Buffon, importa la mitad de la generacion existente. Quedan, pues, ochocientos, setenta y cinco mil varones adultos eclesiásticos y seculares. Supongamos que todos son seculares, y que á mas de ellos hay ocho mil eclesiásticos.

Los crímenes mas frecuentes son homicidios, robos, adulterios, estupros y embriagueces. Tomemos por egemplo los dos primeros. Se puede asegurar que en este último decenio los seculares adultos del distrito de la real Audiencia de México, cometieron por lo menos tres mil hurtos entre simples y cualificados, deducidos todos en juicio. Guardando proporcion, correspondian á los ocho mil eclesiásticos ciento sesenta y cuatro. No se dedugeron en juicio contra los eclesiásticos mas que los tres robos que quedan referidos, en el mismo período de tiempo: luego la diferencia es de ciento sesenta y tres, es decir, que los crímenes de los seculares en la materia han sido cincuenta y tres veces mas frecuentes que los crímenes de los eclesiásticos.

Tambien se puede asegurar que en el mismo tiempo cometieron los seculares dos mil homicidios. Los eclesiásticos solo cometieron dos, y les correspondian ciento nueve: luego la diferencia es de ciento siete, y resulta que los homicidios de los seculares fueron cincuenta y ocho veces mas frecuentes que los de los eclesiásticos. En todos los demás se hallará igualmente una desproporcion escesiva de crímenes en los seculares mas que en los eclesiásticos. Y en esto, señor, no tenemos duda y nos remitimos á la prueba de hecho.

En este supuesto, admitido el principio de la sala del Crímen, de que la frecuencia de los crímenes acredita la insuficiencia de la correccion pública y la necesidad de variarla, se sigue que la correccion canónica es preferente á la correccion civil: que los jueces eclesiásticos egercen su jurisdiccion con mejor suceso que los magistrados civiles: que en lugar de éstos se deben colocar aquellos por suerte ó sin eleccion, y que en vez de destruir el fuero clerical, como pretende la real sala, seria mejor destruirla á ella. Pues es infinitamente mas útil á la sociedad prevenir los crímenes que corregirlos, conservar los hombres buenos que castigar los delincuentes, y evitar una muerte, que hacer otra para castigar la primera. Pero el principio es falso y lo son tambien las consecuencias.

El estado eclesiástico delinque menos que el secular; lo primero porque en el órden sobrenatural de la gracia los auxilios son proporcionados á los ministerios, como asientan los teólogos, y siendo el sacerdocio el mas alto ministerio que pueden egercer los hombres, los sacerdotes son tambien socorridos con mayor copia de los auxilios de la gracia, que suplen los defectos de la naturaleza humana. La santidad del ministerio, el trato con Dios, la ocupacion continua en cosas santas, todo

coadyuva á elevar el corazon de estos hombres sobre las pasiones humanas. Lo segundo, prescindiendo de estos poderosos motivos sobrenaturales, y considerando al clero en el órden natural como miembro del estado civil, concurren otras poderosas causas para que se contenga en su deber. El clero es una porcion escogida por nacimiento, educacion y costumbres. La prueba de su vocacion se toma de su conducta, y su conducta antes del ingreso al estado se modela por su vocacion: sus ascensos ulteriores, su consideracion en el clero y en el pueblo, y hasta la ambicion en los corazones que se resienten de ella, todo gira sobre el plan de unas buenas costumbres y de una conducta religiosa. Por estos motivos se sujeta el clero voluntario á las leyes y se identifica con los intereses de su soberano, á quien reconoce como creador y su conservador en el órden civil.

Si se compara la conducta del estado eclesiástico con la de aquella parte del estado secular que se distingue del comun por nacimiento, profesion ó facultades, resultará una diferencia mucho mas pequeña que si se comparase con el total del Estado; y seria infinitamente mayor que la que se deja espresada, si la comparacion recayese sobre el comun solamente. Pues es cierto en general que el hombre se adhiere á las leyes en razon de sus intereses: que es tanto mejor, cuanto mas tiene que perder; y que siendo el honor la cosa mas preciosa de los hombres, y la que conservan con mas empeño, deben ser y son en efecto tanto mejores, cuanto fueren mas honrados.

Si la real sala del Crímen hallase un medio capaz de escitar en el corazon del pueblo americano un ligero sentimiento de *ser mas*, arreglaria mejor sus costumbres, y evitaria mas delitos que con las penas sanguinarias del Japon. Entonces no daria lugar á que se retorciese contra ella el argumento que hoy nos hace, y podemos fundar en su principio y en la multitud de crímenes en que incurre un pueblo inerte y deshonrado de hecho y de derecho. Este suceso le daria motivo á elevar su consideracion á los verdaderos principios que gobiernan las clases distinguidas de la monarquía española, y seguramente no solicitaria la destruccion del clero americano.

Es, pues, muy incierto, señor, que esta porcion escogida de los vasallos de V. M., que vive en el concepto de que nadie puede escederla en el amor á su real persona, ni en la obediencia y subordinacion á sus leyes, órdenes é insinuaciones de su soberano, se halle abandonada á los crímenes mas atroces y escandalosos, como injustamente asienta la real sala del Crímen de México. La prueba de hecho que ofrecemos, disipará todas las nubes con que se pretende obscurecer la gloria y la conducta del clero americano, y hará ver que se le injuria atroz y enormemente. Sin embargo, nunca pedirá la pena del talion ni tratará de vindicar injurias. Si sus votos mereciesen algun aprecio, los elevariamos hasta el trono de V. M., á fin de que se dignase elevar á quien nos deprime, y hacer término de la carrera de la toga á la que hoy es escala; porque á la verdad, señor, para decidir sobre la vida y el honor de los vasallos de V. M. se necesita mas moderacion, mas ciencia y esperiencia que para decidir de los intereses pecuniarios.

Pero cuando el clero americano delinquiera y tuviese contra sí algunos cargos, tiene á su favor para compensarlos servicios de la mayor consideracion. El desempeña sus funciones sacerdotales con igual celo y dignidad que el clero de la metrópoli, que se ha reconocido siempre y se ha numerado en la historia de la Iglesia por uno de los mas religiosos y observantes. Tampoco le escede en sus deberes civiles. Si las universidades, los colegios, hospitales, reservatorios, escuelas,

y la mayor parte de los establecimientos públicos de España subsisten con las rentas eclesiásticas, ó son productos de la economía y buen gobierno de los eclesiásticos; aquí en América ha sucedido y sucede otro tanto, en proporcion de las rentas y del tiempo que lleva de fundacion esta Iglesia. Si el clero español ha sido el maestro de la juventud y estendido las ciencias y aun las artes en la metrópoli, el clero de América ha hecho otro tanto en estas vastas regiones. Si el clero español ha mantenido y mantiene en la carrera de las armas y las letras la cuarta parte de los oficiales del ejército y de la armada, y de los magistrados y jueces, el clero de América puede ser que haya mantenido y mantenga el tercio de la juventud que sigue aquí estas carreras. El protege del mismo modo las ramas desamparadas de su familia, y carga con la viuda y los huérfanos de toda la parentela, con cuya mira los clérigos son sacrificados á veces á la fortuna de los demas hermanos por la ambicion de los padres, como dice Bernardin en el lugar citado; y en una palabra ellos son el refugio de todos los miserables. El clero americano no ha cedido tampoco al clero de la metrópoli en sus esfuerzos constantes de socorrer la corona en todas las necesidades de la guerra y demas urgencias públicas, ni en los socorros del pueblo en las calamidades de hambres y pestes, tan frecuentes y desoladoras en estos vastos dominios de V. M. En los años pasados de 86 y 90, el obispo y cabildo de Valladolid agotamos todos nuestros recursos y arbitrios para socorrer al pueblo. El primero perdió cuarenta y seis mil pesos en la compra de cincuenta mil fanegas de maiz que vendió á menos precio, para detener la avaricia de los hacenderos y redimir de la muerte y de la miseria á los infelices que no podian pagar este alimento de primera necesidad á precios tan subidos. El mismo gastó mas de cien mil pesos en el acueducto de esta ciudad, que se habia arruinado, dejándola sin una gota de agua, en varias calzadas y puentes en las vías públicas de la provincia, que por su defecto eran intransitables, y en otras obras públicas: y mantiene en los colegios y reservatorios una cantidad considerable de juventud pobre de ambos sexos para su educacion y enseñanza. Por el documento adjunto número 3, se acredita entre otros varios servicios á la corona, los que el cabildo y obispo de Valladolid, hicimos últimamente á V. M. y á su padre el señor D. Cárlos III, de gloriosa memoria, que escede la suma de cuatrocientos dos mil pesos, en esta forma: doscientos doce mil y pico al padre de V. M., y los ciento noventa mil restantes á V. M. mismo para la guerra con la Francia y la Inglaterra: los setentá mil en calidad de mutuo gracioso, de los cuales se deben todavía cuarenta mil, y los ciento veinte mil restantes en calidad de donativo,

Por otra parte, el clero americano puede pretender el título de conquistador, no por la fuerza de las armas, sino por el atractivo de la virtud. Son muchas las provincias que se han agregado á la corona de V. M. por este medio dulce, tan glorioso á la religion como á sus ministros. En él haya Montesquieu el egemplo de un gobierno que escede á las instituciones de Licurgo y de todos los legisladores antiguos (*). Y el conde de Buffon dice: "que las misiones han formado mas "hombres en estas naciones bárbaras, que "los ejércitos victoriosos que las han sojuzgado. Ciertas provincias, continúa, "no se han conquistado de otra manera: "la dulzura, el buen egemplo, la caridad y "el egercicio de la virtud, constantemente "practicada por los misioneros, movieron "á estos salvages á pedir voluntariamente

(*) *Montesquieu, Sprit des loix, lib*, 8, *cap*. 6.

"el conocimiento de una ley que hace á "los hombres tan perfectos. Nada hace "mayor honor á la religion, que haber civilizado estas naciones y echado los fundamentos de un imperio sin otras armas "que las de la virtud (*)."

Con mas razon todavía puede pretender el clero americano los títulos de institutor y maestro de los pueblos conquistados. El redujo los indios á poblaciones, les enseñó el idioma castellano, la doctrina de la fé y de la moral, y los civilizó en cuanto permitian las circunstancias de aquellos tiempos, como acredita la historia municipal de cada provincia y la general de estos reinos. Trabajó incesantemente para separarlos de sus errores y de sus vicios, fué su maestro de primeras letras, y de las artes y oficios. El reverendo Quiroga, primer obispo de esta diócesis, á quien se debe la fundacion de la mayor parte de los pueblos de los indios de este obispado y la de todos los hospitales, estableció en cada pueblo su particular oficio, con dependencia los unos de los otros, á fin de establecer entre ellos la comunicacion y el comercio. Su memoria se conserva todavía en el corazon de los indios despues de cerca de tres siglos. En los primeros tiempos los obispos y los curas doctrineros eran sus defensores contra las opresiones de los encomenderos, hacendados y alcaldes mayores, así en las reales Audiencias como en el supremo Consejo de Indias, y ellos motivaron muchas de las reales cédulas que los favorecen. Despues han continuado con igual celo en cuanto á su instruccion y á su socorro en las epidemias y escaseces. Y finalmente, señor, el clero americano, es la única clase que, por su beneficencia en lo espiritual y civil, logra algun ascendiente y aprecio en el corazon del pueblo. Esta consideracion es mas importante de lo que se piensa, y para hacerla sensible convendrá dar aquí una idea del estado actual de la poblacion de este reino y de su gobierno civil y eclesiástico.

Ya dijimos que la Nueva-España se componia, con corta diferencia, de cuatro millones y medio de habitantes, que se puede dividir en tres clases, españoles, indios y castas. Los españoles compondrán un décimo del total de la poblacion, y ellos solos tienen casi toda la propiedad y riquezas del reino. Las otras dos clases, que componen los nueve décimos, se pueden dividir en dos tercios, los dos de castas y una de indios puros. Indios y castas se ocupan en los servicios domésticos, en los trabajos de la agricultura, y en los ministerios ordinarios del comercio y de las artes y oficios. Es decir, que son criados, sirvientes ó jornaleros de la primera clase. Por consiguiente resulta entre ellos y la primera clase aquella oposicion de intereses y de afectos que es regular en los que nada tienen y los que lo tienen todo, entre los dependientes y los señores. La envidia, el robo, el mal servicio de parte de los unos; el desprecio, la usura, la dureza de parte de los otros. Estas resultas son comunes hasta cierto punto en todo el mundo. Pero en América suben á muy alto grado, porque no hay graduaciones ó medianías: son todos ricos, ó miserables; nobles, ó infames.

En efecto, las dos clases de indios y castas, se hallan en el mayor abatimiento y degradacion. El color, la ignorancia y la miseria de los indios los colocan á una distancia infinita de un español. El favor de las leyes en esta parte les aprovecha poco, y en todas las demas les daña mucho. Circunscritos en el círculo que forma un rádio de seiscientas varas, que señala la ley á sus pueblos, no tienen propiedad individual. La de sus comunidades, que cultivan apremiados y sin interes inmediato, debe ser para ellos una carga

(*) *Conde Buffon, Hist. natur., tom. 6 en 12, pág.* 299.

tanto mas odiosa, cuanto mas ha ido creciendo de dia en dia la dificultad de aprovecharse de sus productos en las necesidades urgentes, que vienen á ser insuperables por la nueva forma de manejo que estableció el código de intendencias, como que nada se puede disponer en la materia sin recurso á la junta superior de real hacienda de México. Separados por la ley de la cohabitacion y enlace con las otras castas, se hallan privados de las luces y auxilios que debian recibir por la comunicacion y trato con ellas y con las demas gentes. Aislados por su idioma y por su gobierno, el mas inútil y tirano, se perpetúan en sus costumbres, usos y supersticiones groseras, que procuran mantener misteriosamente en cada pueblo ocho ó diez indios viejos, que viven ociosos á espensas del sudor de los otros, dominándolos con el mas duro despotismo. Inhabilitados por la ley de hacer un contrato subsistente, de empeñarse en mas de cinco pesos, y en una palabra, de tratar y contratar, es imposible que adelanten en su instruccion, que mejoren de fortuna, ni den un paso adelante para levantarse de su miseria. Solórzano, Fraso, y los demas autores regnícoletas admiran la causa oculta que convierte en daño de los individuos todos los privilegios librados á su favor. Pero es mas de admirar que unos hombres como estos, no hayan percibido que la causa de aquel daño existe en los mismos privilegios. Ellos son una arma inofensiva con que un vecino de otra clase hiere á su contrario, por ministerio de los indios, sin que jamas sirva para la defensa de ellos. Esta concurrencia de causas constituyó á los indios en un estado verdaderamente apático, inerte é indiferente para lo futuro, y para casi todo aquello que no fomenta las pasiones groseras del momento.

Las castas se hallan infamadas por derecho, como descendientes de negros esclavos. Son tributarios, y como los recuentos se egecutan con tanta exactitud, el tributo viene á ser para ellos una marca indeleble de esclavitud, que no pueden borrar con el tiempo ni la mezcla de las razas en las generaciones sucesivas. Hay muchos que por su color, fisonomía y conducta se elevarian á la clase de españoles, sino fuera este impedimento por el cual se quedan abatidos en la misma clase. Ella está, pues, infamada por derecho, es pobre, y dependiente, no tiene educacion conveniente, y conserva alguna tintura de la de su orígen: en estas circunstancias debe estar abatida de ánimo y dejarse arrastrar de las pasiones bastante fuertes en su temperamento fogoso y robusto. Delinque, pues, con esceso. Pero es maravilla que no delinca mucho mas, y que haya en esta clase las buenas costumbres que se reconocen en muchos de sus individuos.

Así los indios como las castas se gobiernan inmediatamente por las justicias territoriales, que no han contribuido poco para que se hallen en la situacion referida. Los alcaldes mayores, no tanto se consideraban jueces como comerciantes, autorizados con un privilegio esclusivo y con la fuerza de egecutarlo por sí mismos, para comerciar esclusivamente en su provincia, y sacar de ella en un quinquenio desde treinta hasta doscientos mil pesos. Sus repartimientos usurarios y forzados causaban grandes vejaciones. Pero en medio de esto, solian resultar dos circunstancias favorables; la una, que administraban justicia con desinteres y rectitud en los casos en que ellos no eran parte; y la otra, que promovian la industria y la agricultura en los ramos que les importaba. Se trató de remediar los abusos de los alcaldes mayores por los subdelegados, á quienes se inhibió rigorosamente todo comercio. Pero como no se les asignó dotacion alguna, el remedio resultó infinitamente mas dañoso que el mal mismo. Si se atienen á los

derechos arancelados, entre gentes miserables, que solo contienden sobre crímenes, perecen necesariamente de hambre. Por necesidad deben prostituir sus empleos, estafar los pobres, y comerciar con los delitos. Por la misma razon se dificulta hasta lo estremo á los intendentes encontrar sugetos idóneos para estos empleos. Los pretenden, pues, solamente los fallidos, ó aquellos que, por su conducta y su talento, no hallan medio de subsistir en las demas carreras de la sociedad. En tales circunstancias, ¿qué beneficencia, qué proteccion podrán dispensar estos ministros de la ley á las dos referidas clases? ¿Por qué medios podrán conciliar su benevolencia y su respeto, cuando es como necesaria en ellos la estorsion y la injusticia?

Al contrario los curas y sus tenientes; dedicados únicamente al servicio espiritual y socorro temporal de estas clases miserables, concilian por estos ministerios y oficios sú afecto, su gratitud y su respeto. Ellos los visitan y consuelan en sus enfermedades y trabajos. Hacen de médicos, les recetan, costean y aplican á veces ellos mismos los remedios. Hacen tambien de sus abogados é intercesores con los jueces y con los que piden contra ellos. Resisten tambien en su favor las opresiones de los justicias y de los vecinos poderosos. En una palabra, el pueblo en nadie tiene ni puede tener confianza sino en el clero y en los magistrados superiores, cuyo recurso le es muy difícil.

En este estado de cosas, ¿qué intereses pueden unir á estas dos clases con la clase primera, y á todas tres con las leyes y el gobierno? La primera clase tiene el mayor interes en la observancia de las leyes que le aseguran y protegen su vida, su honor y su hacienda, ó sus riquezas contra los insultos de la envidia y asaltos de la miseria. Pero las otras dos clases, que no tienen bienes, ni honor, ni motivo alguno de envidia para que otro ataque su vida y su persona, ¿qué aprecio harán ellas de las leyes, que solo sirven para medir las penas de sus delitos? ¿Qué afeccion, qué benevolencia pueden tener á los ministros de la ley, que solo egercen su autoridad para destinarlos á la cárcel, á la picota, al presidio ó á la horca? ¿Qué vínculos pueden estrechar estas clases con el gobierno, cuya proteccion benéfica no son capaces de comprender? (*S, C.*)

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Nació en un alcázar de este nombre, en Vizcaya, en el año 1491, de padres nobles ó hidalgos. Fué page de Fernando V el Católico, y militó bajo las banderas del duque de Najara contra los franceses, que se empeñaban vanamente en arrancar la Navarra de manos de los españoles. En el sitio que pusieron aquellos á Pamplona, en 1521, el caballero vizcaino fué herido de un golpe de piedra en la pierna izquierda, y en la derecha de una bala de cañon. Una *Vida de Santos* que se le dió á leer durante su convalescencia, le infundió el vivo deseo de consagrarse á Dios. Hasta entonces la galantería caballeresca habia ocupado su espíritu; pero nacido con una imaginacion vivísima, la hizo servir tambien para la religion. Las costumbres de su pais y de su siglo influyeron en que los principios de su devocion tuviesen una apariencia de singularidad. Cuando hubo curado de sus heridas, pasó á Nuestra Señora de Montserrate: retiróse en seguida á una cueva, cerca de Manresa, en donde se abandonó á todos los rigores de la penitencia, y partió pará la Tierra Santa, en donde llegó en 1523. El piadoso peregrino, de vuelta á Europa, aunque de edad de 33 años, estudió en las universidades de España. Como su celo y su piedad tomaban á veces un aire estraordinario, le suscitaron algunos obstáculos. Pasó á Paris en 1528 y volvió á empezar el estudio de las humanidades en el cole-

gio de Montaigù, mendigando su pan de puerta en puerta para subsistir, y egercitándose en todas las prácticas de la humildad y de la resignacion cristiana. Si alguna vez pareció incidir en algun género de e-ceso, es, en sentir de un juicioso escritor, porque los santos en el primer fervor de su conversion y de su penitencia, se dejan llevar mas allá de las leyes naturales de la moral, y no es razon juzgar de sus acciones por las reglas de la vida comun. Cursó despues filosofía en el colegio de Santa Bárbara, y teología en los Domínicos. En Santa Bárbara se asoció para el establecimiento de un nuevo órden de religiosos con Francisco Javier, Pedro Le-Fêvre, Jaime Lainez, Alonso Salmeron, Nicolás Alonso Bobadilla y Simon Rodriguez; á los que se agregaron á poco Claudio Jayo, Juan Coduri y Pascasio Broet. Los primeros miembros de la sociedad se ligaron con votos en 1534 en la iglesia de Mont-Martre, en donde se vé un monumento que perpetúa la memoria de este suceso. Pasaron luego despues á Roma, en donde Ignacio presentó al Papa Paulo III un proyecto de su instituto, añadiendo á los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia un cuarto voto de obediencia al romano pontífice relativamente á la predicacion del Evangelio en todas las regiones de la tierra. Paulo III lo confirmó en 1540, bajo el título de *Compañía de Jesus*, y el concilio de Trento lo confirmó y alabó á pocos años, llamándolo piadoso: *pium institutum*. Ignacio habia dado este nombre á la nueva milicia, para manifestar que su designio era el combatir á los infieles, hereges, y á todos los enemigos de la Iglesia católica, bajo la bandera de Jesucristo. Sus hijos tomaron en seguida el nombre de *Jesuitas* del nombre de la *Iglesia de Jesus* que se les dió en Roma. Ignacio, elegido en 1541 general de la familia de que era padre, tuvo la satisfaccion de verla ya estendida en Italia, en España, en Portugal, en Alemania, en los Paises-Bajos, en el Japon, en la China, en América. Francisco Javier y algunos otros misioneros formados por la sociedad, llevaron su nombre hasta las estremidades de la tierra. Su Compañía que no habia podido aún penetrar en Francia, se estableció en este reino en 1550, el año mismo en que Julio III dió una nueva bula de confirmacion. En Francia la Compañía tuvo que arrostrar grandes dificultades. El parlamento de Paris, la Sorbona, la Universidad, alarmados por sus privilegios y por sus constituciones, se declararon contra ella; y la Sorbona llegó hasta dar un decreto, en 1554, por medio del cual la calificaba nacida mas bien para la *ruina* que para la *edificacion* de los fieles. La paciencia empero y los frutos asombrosos que por todas partes produjeron el nuevo instituto, fueron disipando poco á poco estas tormentas. Su santo fundador murió contento al 31 de julio de 1556, á la edad de 65 años. Si hemos de dar crédito á sus historiadores, era San Ignacio de talle mediano, mas bien pequeño que grande. Tenia calva la cabeza, los ojos llenos de fuego, ancha frente y nariz aguileña. Habia quedado cojo de la herida recibida en Pamplona; y aunque se habia hecho aserrar ó recortar la pierna para ocultar la deformidad, le quedó un poco mas corta que la otra. Habia visto el cumplimiento de las tres cosas que mas deseaba: La Compañía confirmada por los soberanos pontífices; el libro de los *Egercicios espirituales*, aprobado por la Santa Sede, y las constituciones publicadas en todos los lugares en que sus hijos trabajaban. Su Compañía contaba ya doce provincias, que abrazaban á lo menos cien colegios, sin contar las casas profesas A mediados del siglo XVIII se contaban veinte mil jesuitas, pero su número fué disminuyendo todos los dias desde que fueron suprimidos por el papa Clemente XIV. La historia

de las causas que operaron esta destruccion se han patentizado el dia de hoy, en multitud de obras, y ya no cabe duda en que esta ruidosa caida fué obra de la impía filosofía moderna, asociada al hipócrita jansenismo (*). Vióse á estos religiosos, acogidos en las córtes de Europa, gozar de la confianza de los reyes, y adquirirse una gran nombradía por sus estudios, y por la educacion que dieron á la juventud, ir á reformar las ciencias en la China, convertir el Japon al cristianismo por algun tiempo, civilizar á las Américas, y especialmente dar leyes admirables á los salvages del Paraguay. "Es muy hono-"rífico para la Compañía, dice Montes-"quieu, el haber sido la primera que en "las regiones de América enseñó la idea "de la religion junto á la de la humani-"dad. Un delicado sentimiento por to-"do lo que se llama *honor*, y su celo por "la religion, le han hecho emprender gran-"des cosas, de las cuales ha salido con "buen éxito. Ella sacó del fondo de los "bosques pueblos dispersos, ella les ase-"guró su subsistencia, vistió su desnudez; "y aun cuando con esto no hubiera hecho "mas que aumentar la industria entre los "hombres, ya habria logrado mucho."— "Los jesuitas, dice el abate Reynal, los "mas filósofos de cuantos han anunciado "la fé á los bárbaros, están siempre pron-"tos á sufrir el martirio cuando conviene." Grocio, á pesar de ser protestante, rindió homenage á sus talentos y virtudes; y hablando de ellas decia: "que la santidad de "su vida, y el desinteres con que daban "una escelente educacion á la juventud, "les habian conciliado los respetos del pú-"blico." Este árbol tan antiguo como magestuoso, añade un autor mas reciente, herido por el rayo, ha quedado seco hasta en sus raices, y sus últimas ramas andan esparcidas sobre la tierra. La numerosa juventud que debajo su sombra reposaba, ¿ha encontrado en otra parte un asilo tan seguro? ¿Qué es, qué será de ella en un siglo como el nuestro? Se ha observado que la estincion de este órden célebre ha precedido á la época tormentosa de las revoluciones religiosas y civiles que asombran la Europa; bien sea que el filosofismo haya considerado la destruccion de este obstáculo como indispensablemente necesario á sus proyectos, bien sea que los trabajos y los servicios de este grande cuerpo, cayendo sobre su misma cabeza, por una consecuencia natural, haya dejado mas libre la vía de la seduccion, y mas rara y mas trabajosa la defensa de los verdaderos principios. Pueden verse, entre otras, las *Vidas* de este ilustre fundador por Maffei y por Bouhours, dos de sus hijos. Ambas están bien escritas. La primera ofrece todas las gracias y la pureza del lenguage de la antigua Roma. Ignacio dejó á sus discípulos dos libros igualmente célebres. Primero; los *Egercicios espirituales*, traducidos en casi todos los idiomas de Europa. Se ha pretendido que esta obra existia 150 años antes que él, en la biblioteca del Monte Casino, en donde tuvo ocasion de verla nuestro Santo. Mas ¿cómo conciliar esta asercion con el absoluto silencio que se ha guardado sobre la pretendida antigüedad de esta obra, en un tiempo en que hacia tanto ruido el libro de los egercicios? Pero á mas de este argumento negativo, hay otro positivo, y es el decreto de la congregacion general de la religion de San Benito, celebrada en Ravena en 1644, que condenó al monge de su órden que inventó é hizo circular esta especie. De este admirable libro es-

(*) *Entre las obras mas célebres de esta clase, son muy dignas de consideracion la "Historia verdadera de las doctrinas y actos de la Compañía de Jesus," por Leclere D'Aubigni, publicada en Paris en* 1839, *y la que acaba de dar á luz en el de* 846 *el juicioso crítico J. Cretineau-Joly, en seis tomos, y con documentos importantísimos.*

cribia San Francisco de Sales, que habia hecho mas conversiones que letras contenia (*), y San Cárlos Borromeo, que valía por una biblioteca. Segundo; las *Constituciones*, de las cuales decia el cardenal Richelieu, que con principios tan seguros y miras tan bien dirigidas se gobernaria un imperio igual al mundo; y lo que es todavía mas asombroso, los mismos protestantes la reimprimieron en Leon de Francia en 1606, dedicando la edicion al papa Alejandro VII, colmándolas de desmesurados elogios. Pero el mayor que puede hacérseles ante un católico, es el número de los santos que ha formado su exacta observancia, entre los que se cuentan once con su santo fundador, á saber: San Francisco Javier, apóstol de las Indias; San Francisco de Borja, duque de Gandia y tercero general de su órden; San Juan Francisco Regis y San Francisco de Gerónimo; aquel apóstol de la Francia, y éste de Sicilia; San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, jóvenes nobilísimos y espejos de inocencia; tres ilustres mártires del Japon, los beatos Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisay, y últimamente, Alonso Rodriguez, beatificado en nuestros dias, sin contar algunos centenares de individuos, cuyas causas están pendientes en la curia romana, entre las que se hallan muy adelantadas las del célebre cardenal Bellarmino, el apóstol y padre de los negros Pedro Claver, el famoso ascético Luis de la Puente, el confesor de Santa Teresa, Baltazar Alvarez, y el inocentísimo jóven flamenco, Juan Berchmans. Algunos escritores han pensado atribuir-

(*) *Estos prodigios de la gracia se han reproducido hasta en nuestros dias, y oigase una nota que tomamos de la citada historia de J. Cretineau-Joly.--"La casa llamada de San Eusebio, en Roma, fundada á principios de este siglo, se ha hecho célebre por los egercicios que cada año daban allí los jesuitas, durante la semana santa. En* 1833, *uno de los mas brillantes escritores de Alemania, Agustin Theiner, combatido como siempre de sus dudas é incertidumbres en materia de religion, entró á hacerlos bajo la direccion del P. Kohlmann, el amigo del historiador protestante Schlosser, y en su obra titulada* El seminario eclesiástico, ú ocho dias en San Eusebio, *da cuenta de sus sentimientos del modo que sigue: "Yo entré á esta casa de retiro de San Eusebio, firmemente persuadido de que apenas podia pasar en ella tres dias. Atraido mas bien por curiosidad que por otro motivo, queria estudiar un poco de cerca á estos famosos jesuitas de que se hablaba tanto, y mucho mas cuando habia oido decir tanto mal en Viena de esta casa de egercicios; con la esperanza cuando menos, si llegaba á escapar* salva cute, *de encontrar allí materia para un picante artículo de un periódico. Yo habia tomado tambien la precaucion de encargar á mi amigo, el artista francés de quien me habia despedido con pretesto de un paseo al campo, de hacerme reclamar con instancia en esa morada, si no habia vuelto á los doce dias. ¡Pero cuánta fué mi sorpresa! El piadoso silencio que reinaba en esta amable casa, habló al momento íntimamente á mi alma; y tan venturosos principios prometian desde luego un dichoso fin. Se me condujo á una pequeña capilla adornada con gusto, cuyo estilo gótico convidando al recogimiento, ayudaba igualmente á la impresion producida por el orador, y en que todo contribuia á suscitar y mover la piedad. El discurso preparatorio cautivó enteramente mi alma y calmó sus agitaciones. La sencilla y luminosa esposicion del elevado objeto de estos egercicios, la exhortacion patética dirigida á todos los concurrentes, de retirarse de aquel lugar, si no se sentian con bastante valor y fuerza para seguirlos con las disposiciones y miras exigidas por el santo fundador; todo esto hizo sobre mí la impresion que deseaba, y no me dejó dudar un momento de sacar de ellos para mi alma las fuerzas que necesitaba, y esa paz por la cual tanto tiempo habia suspirado, y que tantos meses hacia era el objeto de tantas y tan sérias meditaciones."—Agustin Theiner salió de San Eusebio el 29 de abril de* 1833, *ya fervoroso católico; y el dia de hoy es presbítero del Oratorio de San Felipe Neri."*

las á Lainez, segundo general de los jesuitas, y lo fundan en que hay en ellas demasiada penetracion, fuerza de espíritu y profunda política para ser de Ignacio, que no era instruido ni pasaba por un génio brillante, como si la piedad, ilustrada por el espíritu de Dios y una virtud practicada constantemente, no diesen á una razon recta y sana y á un hombre sólido y verdadero, mayor copia de luz y de energía que todas las especulaciones humanas. Esta atribucion á Lainez queda de otra parte refutada por el hecho y la preexistencia reconocida de estas Constituciones, pues que desde 1540 habian sido solemnemente aprobadas, y sirvieron de reglas y de leyes á millares de religiosos, hasta la muerte del santo fundador.

Apenas se hallará un cuerpo religioso que haya sufrido las vicisitudes que la Compañía de Jésus: nacida en las borrascas, criada entre las tempestades y crecida en medio de las mas deshechas tormentas, ha vacilado, ha chocado contra mil arrecifes, ha naufragado, pero no ha perecido. Destruida en 1773 por Clemente XIV, como dijimos arriba, fué conservada en un rincon del mundo (la Rusia blanca) por su sucesor Pio VI, en 1778, y devuelta al orbe católico por Pio VII, en 1814, por una bula solemne. Espulsada de varios reinos católicos en el siglo pasado, ha sido rehabilitada en los mismos, ó al menos tolerada en el presente; aclamada como al principio de su fundacion y durante el tiempo de su existencia por los papas, obispos y hombres todos de bien y religiosos; perseguida tambien por los sectarios, impíos y apasionados. De esta Compañía se dijo que no habia tenido infancia ni vejez, en la época de su engrandecimiento; y lo mismo se ha repetido en la de su nueva aparicion. Con la espada en la mano peleó contra el error, el vicio y la ignorancia, cuando nació en el siglo XVI; con ella continuó combatiendo hasta que sucumbió en el XVIII: la empuñó nuevamente en el XIX, y la esgrime todavía en defensa de la verdad, de la verdadera ciencia y de los principios sociales, á pesar de los efímeros triunfos de sus enemigos. ¿Qué cuerpo es este, siempre vencido y siempre vencedor; herido por todos sus flancos y nunca sin vigor ni fortaleza; cortado en todos sus ramos y brotando constantemente nuevos retoños; en pábulo sin cesar al fuego de las mas terribles persecuciones, y renaciendo incesantemente de sus cenizas! Muchos de los que lo vimos nacer con tanta gloria, de los que presenciamos el entusiasmo con que fué recibido de los pueblos, del aprecio con que se solicitaron sus servicios por los gobiernos, del respeto con que fueron contempladas sus virtudes; ¡no lo miramos hoy nuevamente eclipsado, aborrecido, cubierto de oprobios é infamado del modo mas injusto y atroz! ¡Ah! es cierto y no podemos negarlo; pero tambien recordamos que esta herencia de cruces y tribulaciones fué la que el Fundador del cristianismo legó á sus mas queridos discípulos, y esta la que pidió y obtuvo Ignacio de Loyola para sus hijos. Hé aquí la esplicacion del gran fenómeno que hace mas de tres siglos presencia el mundo. Un cuerpo consagrado mas que ninguno á beneficiar por todas las vias posibles á las naciones, y que no recibe otra recompensa de sus inapreciables servicios sino el odio, la proscripcion, la infamia y la muerte.

"Por espacio de tres siglos, dice Leclere D'Aubigni, ninguna cosa grande se ha hecho en las sociedades humanas, en que esta órden célebre no haya impreso su sello; ni nada monstruoso ha ocurrido, en que no se la haya intentado mezclar. Diríjase la vista por do quiera, aplíquese el pensamiento al primer objeto que se presente, fíjese la atencion sobre alguno de los sucesos acaecidos despues de la reforma, sea el que fuere, y considérese super-

ficialmente, ó á fondo, allí la encuentra el lector quiera ó no quiera: en el movimiento de las ideas, todo termina y parte de esta Compañía, y se deja reconocer como la levadura en la masa.

"Atúrdese el que se abisma en contemplar la Iglesia, porque en su seno reconoce el punto de reunion de sus rayos: quien se sumerge en los misterios de la política, la encuentra allí trabajando: mírala reinar y afanarse ardorosamente con la fecundidad de las avejas, el que escudriña las ciencias: en vano se buscará asilo en las letras para evitar su presencia, porque todos sus ramos se inclinan bajo el número y peso de sus obras.

"Consúltense las artes, estúdiense todas sus ramificacionas, recórranse todos sus circuitos, en todos ellos, desde los grados mas brillantes que elevan al alma y exaltan la imaginacion, hasta los mas humildes y obscuros que labran y utilizan la materia, en lo alto como en lo profundo, se encuentra á los hijos de Loyola encorvados bajo el peso de una obra maestra. Buscar en la esfera de la civilizacion un punto en que estos no se hallen, es solicitar un imposible, es tanto como emprender hallar en la esfera inconmensurable de la creacion un solo punto en que se dé solucion de continuidad, ó que el sér ceda su lugar á la nada.

"Y si en la imposibilidad de negar esta manifestacion de existencia universal y tan cumplida actividad, se esforzare cualquiera en minorarla, oponiéndole contrastes tomados en su propia naturaleza, quedará confundido, porque bien puede evocar á las demas órdenes religiosas y gritarles "levantaos, haced alarde de vuestros servicios, y cubrid de rubor por vuestras virtudes y obras á esta rival de que teneis celos:» en vano escitará su emulacion, porque no podrá conseguirlo. La órden de Jesus eclipsa y domina á todas, porque las mas poderosas son incompletas, y porque cada una de ellas solo se consagra á un objeto especial en este mundo, al paso que aquella no rehusa ninguno y los desempeña todos. La Compañía lleva en sí el doble atributo de la creacion, la unidad y la divisibilidad. A una fuerza de concentracion inaudita, reune la de espansion inmensa, que no se retarda ni reconoce mas límites que los del universo, fuera de los cuales no hay alma alguna que salvar. La tierra la ha visto transitar todos sus caminos, y los mares surcar sus abismos todos: ella se encuentra en todas partes y en todos los lugares. Su voz truena en los púlpitos, discute en los concilios, se escucha en los consejos de los reyes, en las asambleas de los sabios y en las escuelas de los niños: á su mágico poder, pueblos enteros salen de los desiertos con una prontitud prodigiosa. No hay obscuridad tan profunda en los calabozos que esa sociedad no penetre, ni miasmas infectos en que no se detenga: la inteligencia decaida no tiene precipicios que no sondée, el alma enfermedades que no cure, ni el cuerpo úlceras asquerosas que no laven sus manos con amor y caridad. Lucha contra la peste, como contra la heregía; y no hay medio, ó triunfa ó queda en el campo de batalla: nada de armisticio, ningunas treguas, ninguna capitulacion: ó la muerte, ó la victoria. Por su Dios, por su fé y por la humanidad, el jesuita prodiga á torrentes la sangre de sus venas y agota las fuerzas de su inteligencia; predica, sufre, escribe, reune todas las glorias de cristiano, doctor, mártir, sabio y artista, y se inmortaliza por todos los actos que hacen sublime, preciosa y apreciable á todo el mundo la vida humana ¡Y cuando durante tres siglos obra todas estas cosas, se calumnia y ultraja!

"La pobreza, la castidad y obediencia forman su regla y son el móvil de su vida. Su pobreza no se le ha negado, su castidad no ha podido amancillarse, su obe-

diencia no se ha puesto en duda. ¡Y sin embargo, por un estraño contraste y una espantosa anomalía, desde que él aparece, marcha, se fatiga y suda por el bien de los hombres, todos los vicios le son reprochados, y se le imputan todos los crímenes por aquellos mismos ¡oh locura! que no le disputan unas virtudes cuya práctica quita toda presa al vicio y todo asidero al crímen en la voluntad, en el pensamiento, en el cuerpo y el corazon, que dominan, subyugan y dirigen! El es casto, es pobre, está sometido no solo á su regla, sino á todas las potestades de la tierra que le permiten respirar bajo su jurisdiccion; su señor lo manda de una manera absoluta; ¡y todas estas autoridades que respeta, se levantan en su contra!

"Este viagero no posee sino la tosca ropa que lo cubre, un *breviario*, un Crucifijo; ¡y se le acusa de ambicionar los cetros, las coronas é imperios! No acepta ningun empleo, honor, dignidad ni salario: le está prohibido disputar, y en efecto no disputa el puesto de nadie; ¡y hace sombra á todos!

"Mártir secreto de la abstinencia, víctima voluntaria de aquel grande combate de la carne y de la sangre que Jesucristo esperimentó la noche tenebrosa de Gethsemaní, oculta tambien esta lucha al mundo; solo su aposento conoce el sacrificio y el suplicio; no ostenta ni en las calles ni en las plazas las pompas de una fastuosa y siniestra penitencia. Despiadado inquisidor de su conciencia, siempre odiándose á sí mismo, y pendiente del mas imperceptible movimiento de su sentido moral, para lanzar lejos de sí no solamente el menor síntoma de un mal deseo y de una inclinacion depravada, sino hasta su idea y su sombra; teniendo á su YO cautivo, sin reposo ni tregua, en la ardiente fragua de la prueba, no sabe derramar mas que aceite y bálsamo en las llagas del prógimo, ni aplicar al pecador sino la ley de la misericordia y perdon, las mas dulces y suaves palábras del Evangelio: tal es su doctrina; ¡y ésta es declarada infame! No se vé á su Orden tomar la iniciativa en la terrible necesidad de los rigores religiosos; ¡y se la designa como el símbolo viviente del fanatismo, como un demonio gigantesco escapado de los infiernos, blandiendo el puñal del regicidio y torciendo, para hacerles vomitar todo el veneno, á las furiosas víboras de las discordias civiles!

"Jesucristo ocupa y consume su corazon; el instinto de la civilizacion mas ardiente, mas viva é ilustrada llena su inteligencia; ¡y se le acusa de fautor de la ignorancia y de la barbarie! En sus relaciones esteriores y sociales nada hiere la suma delicadeza humana, ninguna soberbia ostentacion revela al formidable atleta de la soledad, al rival de los Antonios y de los Gerónimos: el jesuita es un hombre sencillo, dulce, afable, cortés; ¡y todas estas cualidades se trasforman en crímenes!

"En fin, nada hay en el jesuita, sin esceptuar su mismo nombre, que no haya venido á ser en el pueblo el sinónimo del mas innoble de los vicios, del mas característico de sus acusadores, la hipocresía. Sí, la rabia de la mentira ha marcado de infamia hasta su nombre, este nombre sagrado que les dió su fundador, por un trasporte de abnegacion poco comun, para despojarse aun de esta gloria tan legítima y pura, que muy grandes santos no han rehusado, adjudicando su nombre, el signo de su bautismo, á las órdenes que habian instituido."

Basta: prosiga el filosofismo como hasta aquí en ese su tenaz empeño de borrar de la haz de la tierra hasta el nombre de jesuita: nosotros, fiados en las lecciones de la historia y en lo que hemos palpado por nosotros mismos, desde ahora pronosticamos que nunca quedarán satisfechos sus inicuos deseos, pues combate con un enemigo inmortal, mal que le pese. Alguna vez se desengañarán los pueblos de

que dé nada sirven las modernas teorías para volver la paz y la tranquilidad, que parece que ha huido para siempre del mundo; y no hallarán otro medio de mayor eficacia para volver al estado feliz de que los han alejado inmensamente las encantadoras sirenas filosóficas, que el que proponia nada menos que un Talleyrand á Luis XVIII, en 1815. "Una sábia y "fuerte educacion es la única que puede "preparar á las nuevas generaciones á "esa calma interior, cuya necesidad todos "proclaman, El remedio mas eficaz pa-"ra conseguirla sin trastornos, es la re-"constitucion legal de la Compañía de Je-"sus."

EL FUERO ECLESIASTICO Y EL ECO DEL COMERCIO.

Hubo en el siglo pasado un escritor que dió en la peregrina idea de publicar una obra en que defendia el *pro* y la *contra*, el *sí* y el *no*, la *universal* y la *contradictoria* de diversas cuestiones que se propuso; y si bien tan estravagante asunto lo ponia repetidas veces en ridículo, es necesario confesar que fué no poco el trabajo, ingenio é instruccion con que procuró desempeñarlo. Con las mismas dotes, sin duda, los señores editores de *El Eco* parece que han reproducido la misma especie, en lo que escriben respecto de la estincion del fuero eclesiástico, como medio eficaz para la reforma del clero; con la pequeña diferencia, de que aquel escritor exhibia, aunque aparentes, algunas razones para sostener sus opuestas ideas, y no decidia *ex tripode* sin alegar ningunas pruebas; al paso que los últimos, sin contestar á las reflexiones contrarias, ni probar uno solo de sus asertos, los repiten cuando les viene á cuento, sin acordarse de que con sus mismos principios pueden refutárseles, mientras no hagan mas que repetir y no se tomen el mas pequeño trabajo en probar ó rebatir los argumentos de sus adversarios.

A poco de haber principiado *El Eco* á tratar de la reforma que, en su juicio, necesitaba el clero, comenzó nuestro periódico, y de lo primero casi que se ocupó fué, de hacerle algunas reflexiones sobre la materia, en oposicion á sus ideas; á lo que se sirvieron contestar sus dignos editores, en 6 de Mayo, con el objeto de tranquilizar nuestros temores: que si abogaban por una reforma, era con el objeto de que se realizase *por medios legales y canónicos;* que sus opiniones eran *tan ortodoxas como las de cualquiera;* y en fin, que sometian *á la decision de la Iglesia* todo lo que dijesen en un asunto de tanta trascendencia é importancia. Se les hizo advertir en la réplica que les dirigimos el 3 de Junio, que bajo esos principios, no debian colocar entre las "exigencias nacionales" que solicitaban, la abolicion del fuero eclesiástico, que los decretos de la Iglesia les vedaba atacar; pero ni contestaron á nuestras observaciones, ni han dejado de estampar sin intermision la estincion de ese fuero, y sembrar de cuando en cuando en sus ilustrados editoriales, ya una, ya otra frasecita mas ó menos picante y satírica contra ese mismo clero, que en nada los ha ofendido, y que si necesita reforma, no debe ésta comenzar por injuriarlo: *Ne addas afflictionem afflicto.*

Por mucho tiempo hemos aguardado que llegase la ocasion de que nuestros respetables cólegas tratasen el delicado punto de esa estincion del fuero eclesiástico que tanto les escuece, y ver cómo compondrian que él se suprimiese *por medios legales y conónicos*, que no pugnasen con lo decidido por la Iglesia, ni chocasen con las opiniones ortodoxas de cualquiera; pero ha sido en vano, nada han dicho exprofe-

so, y solo al cabo de dos meses (el 7 de Julio) han soltado como al paso las siguientes proposiciones, nada conformes con su anterior protesta, en un tono de maestros, y que contienen unos contraprincipios que serian punibles en boca de un retrógrado.

"La reforma del clero, dicen, está hecha con solo exigirle el cumplimiento de su ministerio.--La abolicion de *fueros* lo moralizará. ¿Se compone el clero de ciudadanos mexicanos? ¿somos todos iguales ante la ley? Luego el que no quiera evadirse del castigo, que no delinca, pues no hay ley dura, como sea observada."

"La reforma del clero está hecha con solo exigirle el cumplimiento de su ministerio." *¿Con solo exigirle el cumplimiento de su ministerio?* Esto no es exacto, y mas que leyes coercitivas necesita de proteccion y amparo, y sobre todo, de remover los obstáculos que se oponen á que se corrijan los vicios de algunos particulares. Esto mismo contestaria cualquiera clase, corporacion, familia ó individuo de la sociedad, si se solicitase su reforma, como se trata de la del clero. Lo que aquellos dirian dice éste, y aguarda la respuesta. Podia darse otro sentido á la proposicion, y es que, en cumpliendo el clero con su ministerio, ya estaba reformado: permítasenos contestar, que si así debe entenderse, esta es una verdad de *Pero-Grullo:* refórmese cada uno en lo particular, y desaparecerán del mundo todos los delitos.

¡Y esta reforma se exigirá "por medios legales y canónicos," como se habia ofrecido?--No: "la abolicion de *fueros* lo moralizará."--Conque ya no solo se trata de reformar sino de moralizar, y de moralizar con la abolicion de fueros: vaya en gracia. Pues acabe el fuero militar, el mercantil y el de los altos funcionarios de la República, junto con el eclesiástico, para que todas esas clases queden moralizadas. Deróguense las leyes de libertad de imprenta, y ésta se moralizará: suprímanse los guardas en las costas, y se moralizarán los contrabandistas: quede abolida la responsabilidad de los altos funcionarios, y se moralizarán no cometiendo abusos del poder. ¡Lástima que no se hubiera pensado mas antes este remedio, qué ya habria dado fin la edad de hierro de las naciones!....

"¿Se compone el clero de ciudadanos mexicanos? ¿somos todos iguales ante la ley?"--Nosotros preguntamos á la vez: ¿son ciudadanos mexicanos los comerciantes? ¿lo son los escritores públicos? ¿lo son los altos funcionarios de la República? ¿son todos iguales ante la ley?--Sí, se nos contestará.--Pues si á pesar de serlo no son juzgados por los tribunales comunes, disfrutan de ciertos privilegios, de ciertos tratamientos de honor y distincion, casi inescusables, y que no pugnan con la igualdad ante la ley, ¿por qué han de chocar estos mismos principios con el honor y consideraciones de gerarquía y goce de fuero que se merece el clero, y son necesarias para hacer útil, eficaz y respetable su ministerio? Otra pregunta: ¿en el clero hay cierta gerarquía, cierta jurisdiccion y ciertas atribuciones, que no hay ni puede haber en el comun de los ciudadanos? Cuidado con opiniones que no sean "tan ortodoxas como las de cualquiera:" atencion á no ir de frente con "la decision de la Iglesia." ¡Y esta gerarquía, esta jurisdiccion, estas particulares atribuciones, no exigen en los paises CATÓLICOS, aunque sean democráticos, alguna escepcion á su favor, para que sea respetada, obedecida y practicada la religion del Estado?

"Luego el que quiera evadirse del castigo, que no delinca, pues no hay ley dura, como sea observada."--Confesamos ingenuamente no comprender cómo de las premisas de que el clero se compone de ciudadanos mexicanos, y de que todos somos iguales ante la ley, se infiera que "el que

quiera evadirse del castigo, no delinca.» Mientras se nos esplica el modo de sacar esta conclusion de proposiciones tan disímbolas, volveremos á decir con el respeto debido, que esta nos parece otra verdad de *Pero-Grullo*. Sea quien se fuere, militar, comerciante, alto funcionario, clérigo ó simple particular, como no delinca, nada tiene que temer de las leyes penales; y ésta sí, al menos cuando la justicia vuelva á reinar sobre la tierra, será la verdadera igualdad ante la ley; porque entonces el calumniador será castigado y se le aplicará la pena del talion, el virtuoso premiado y no oprimido el inocente. La causal de la consecuencia la entendemos menos; "pues no hay, se dice, ley dura, como sea observada.» Luego si se observa como se debe la pena de reclusion para los que abusan de la libertad de imprenta, la de multas para los infractores de policía, la de decomiso para el contrabandista, la de presidio y horca para los ladrones y asesinos; estas penas dejaron de ser duras y se convirtieron en suavísimas. Volvemos á confesar que no comprendemos toda la fuerza del argumento.

El dia 10 del mismo Julio, decian otra vez los repetidos señores editores, hablando de sus ideas favoritas de reforma: "Así "el clero conocerá que para conservar su "prestigio en medio de una sociedad inte-"ligente, necesitará revestirse de las vir-"tudes evangélicas y acreditar su creencia "por medio del egemplo severo y de los "bienes *positivos* que procure al pueblo.»

Ahora bien: nosotros aplaudimos estos buenos deseos; pero como por desgracia hace dias que estamos mirando que ciertos escritores versátiles, cual *Proteos*, ya hablan como todo el mundo, y despues se transforman para hablar al contrario y decirnos portentos y cosas inauditas: *¿Omnia transformat sese in miracula rerum?* deseariamos se amplificaran mas claramente, sin rodeos, con pruebas y no con decisiones magistrales estos últimos conceptos, ó se resolviesen satisfactoriamente las cuestiones siguientes. ¡Pugna con el espíritu de una democracia *católica* conservar, para su bien y utilidad, un fuero que ya encontró establecido y defienden las leyes de la Iglesia, cuando sin lesion de la igualdad republicana reconoce otros fueros en su constitucion, y sus representantes han concedido ó disimulado otros? ¿Conservará mejor el clero su *prestigio*, no disminuirán sus *virtudes*, proseguirá dando *buen egemplo*, procurará *bienes positivos* á los pueblos, si se le despoja de su fuero, que si se le mantiene en su posesion? ¿Qué será mas capaz de reformar y moralizar al clero, aun suponiéndolo relajado y desmoralizado, sujetarlo á la jurisdiccion ordinaria, que lo mas que puede vigilar es sobre las grandes faltas; ó proteger y sostener la episcopal que, hallándose con él en mayor comunicacion que el magistrado civil, y por razon del ministerio en un próximo, necesario y continuo contacto, vela sobre sus menores acciones, y puede tenerlo mas á raya? ¿A qué tribunal temerán mas los malos clérigos, que los hay y es fuerza que los haya; al de su prelado nato que los conoce bien, que sabe todo el peso de sus deberes, que tiene reglas especiales para obrar en los diversos y complicados casos en que puede delinquirse en el ministerio; ó al de un juez secular, lleno de negocios, lego, á lo menos en la práctica, que no debe conocerlos tanto, y por consiguiente, no le es tan fácil cerrar la puerta á la intriga, á la simulacion y aun muchas veces á los vicios y á su impunidad?

Estas son las cuestiones que han de resolver nuestros juiciosos cólegas, no olvidándose de la protesta de que nada solicitan que no sea "por medios legales y canónicos,» sin opiniones que no sean "tan ortodoxas como las de cualquiera,» y principios que no puedan someterse de nuevo "á la decision de la Iglesia,» por te-

nerlos ésta de antemano condenados y proscritos. Noble empeño de sus ilustradas plumas es este á que los convidamos; y puesto que no quieren que sus reformas sean obra de la violencia é impiedad, sino del convencimiento y amor á la religion, en vez de sembrar proposicioncillas sueltas que los pongan en ridículo, ¿hay cosa mas fácil que escribir algunos artículos en su acreditado diario, que disipe todas las dudas, destruya antiguas preocupaciones, y confirme la justicia, sinceridad y razon de sus proyectos?--EE.

ERRATA.

En el *Almanaque histórico* que publica todos los dias *El Eco del Comercio*, se lee al 23 de Julio: "1431.--Apertura del concilio general de Bale (*Basilea* en castellano), indicado por el papa Martin V, y que llevó á efecto su sucesor Eugenio IV: se confirmó en él el decreto espedido en Constanza, que colocaba la autoridad de los concilios sobre la del papa."--La historia de este concilio, cuya cabeza fué de hombre y la cola de serpiente, como ha demostrado un sabio crítico, es muy larga, y en su pretendida autoridad, se funda la doctrina galicana de la superioridad del concilio sobre el papa. Nosotros no intentamos ahora discutir esta materia, victoriosamente tratada por multitud de teólogos católicos; y limitándonos á la parte histórica, diremos únicamente para que se corrija esta noticia y se ponga en toda su verdad: que aunque este concilio comenzó siendo legítimo, acabó de conciliábulo, pues todavía continuaba sus sesiones cuando ya estaba reunido el concilio general ecuménico de Florencia, convocado por Eugenio IV, al que desobedecieron los muy pocos obispos que se hallaban en Basilea, que eran llamados á esa ciudad. Diremos tambien, omitiendo hablar de esos decretos del concilio de Constanza, que no tienen paridad con los dictados por el de Basilea en la misma materia: que este último concilio no fué aprobado, como parece darlo á entender el almanaquista, por Eugenio IV, sino formalmente reprobado y con las espresiones mas fuertes por el mismo papa en su bula *Moyses*, publicada en el concilio ecuménico florentino: *sacro approbante concilio;* y llamado tambien conciliábulo, ó mas bien conventículo, especialmente despues de su dispuesta traslacion, á que no quiso obedecer, por Leon X, en su bula *Pastor æternus*, publicada tambien *sacro approbante concilio*. Ultimamente, sobre esa doctrina y los que la dictaron, oígase cómo se espresaba el cardenal de Cusa, en la carta que escribió á D. Rodrigo de Treviño, en que, hablando del concilio de Basilea, trata á los que lo componian de ciegos, locos, sin sentido, cismáticos y atentadores de una horrible maldad, al haber osado atribuirse poder sobre la suprema cabeza de la Iglesia: *Visi sunt*, dice, *illi obcæcatissimi viri in spiritu furoris fuisse extra omnem sensum, quando supra Sacrum Principem Ecclesiæ, nescio qualem judicariam sibi vendicabant potestatem, et horridum nefas attentarunt in Sacrum Principem suum sævientes, se ipsos ab eodem et universa per orbem catholica Ecclesia perniciosissime secantes*. ¡Válgate Dios por historiadores del progreso!

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

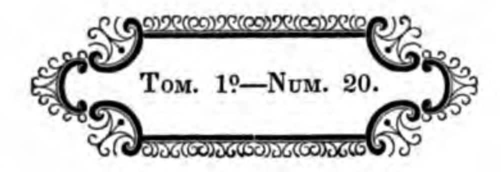


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 20.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 5 DE AGOSTO DE 1848. [Num. 20.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

JESUCRISTO.

Es muy digno de atencion en nuestra época que una gran porcion de hombres que profesan hoy la religion católica, la han abrazado caminando por las dudas y el exámen; que se han visto precisados á dominar no solo sus pasiones, sino sus preocupaciones filosóficas; porque en el dia la ceguedad se ajusta á los incrédulos y la ciencia pertenece á los fieles.

Estamos en una época muy semejante á los primeros tiempos del cristianismo, en que la Iglesia hallaba discípulos entre los filósofos platónicos, que creyeron despues de haber examinado. La fuerza está del lado de los cristianos; su fé es producida por la conviccion y la razon. Presentanos un sistema unido en todas sus partes, y nuestros disidentes no comprenden ninguno.

La doctrina de Jesucristo no debe examinarse segun los errores de los tiempos ni de los hombres: se debe juzgar como es en sí. Pues bien, no hay situacion alguna entre los hombres en que no pueda aplicarse esta doctrina: no se hallará estalo alguno en la sociedad, por nuevo que sea, al que no pueda convenir. El entendimiento humano, el corazon no recibirán en la tierra una constitucion nueva, y la religion abraza todas las necesidades del entendimiento y del corazon. ¿Qué significa una nueva revelacion? Nada mas nos enseñaria que las relaciones del hombre con su Dios, y sus deberes con el Criador y las criaturas. Espliquense con claridad. ¿Es ó no Jesucristo aquel hijo de Abraham en quien debian quedar benditas todas las naciones de la tierra? ¿Hánse cumplido en su persona todas las predicciones? No pudo Sócrates convencer á una corta poblacion de Atica, y Jesucristo, que vino hace mil y ochocientos años, cuando no existia mas que un templo erigido á la unidad de Dios en toda la tierra, convirtió al género humano en cuantas partes se ha oido su palabra y conocido su nombre. Como Dios lo tenia profetizado, el Evangelio ha recorrido todo el mundo. Luego no queda duda de que es el redentor prometido, porque le acompañan todos los caracteres de la mision divina. Ni un solo rasgo hay que no le convenga. El sanhedrin de Jerusalen le sentenció á muerte; y un sanhedrin reunido hoy en Paris ¿no lo reconoceria por Mesías? Si hablamos de la verdad religiosa, ó sea de las relaciones entre Dios y los hombres y entre éste y sus semejantes, podemos sostener que Jesucristo la tiene revelada á la tierra.

La existencia de Dios, la caida del hom-

bre, la redencion de la humanidad es el fondo de la religion judía y es el mismo de la católica. Precisamente son las verdades necesarias al hombre. Este, despues de su caida, que, como dijo Voltaire, está reconocida en todas las teologías, ¡no se hallaba dominado del temor por el castigo que se esperaba del Cielo? Lucrecio lo habia dicho ya: *timor fecit deos:* el temor hizo á los dioses. Los sacrificios sustituyeron en todas partes el culto de alabanza y bendicion, el culto del hombre en el estado de inocencia. Jesucristo restableció en la tierra ese culto de amor, y no solo hizo que cesasen los sacrificios humanos, sino hasta los de la antigua ley. Fundó la confraternidad entre los hombres, y consagró unos deberes superiores á los que tenemos con la patria y nuestras familias; el deber de la humanidad. El mismo creó ¡admirable cosa! una sociedad de hombres unidos con los vínculos de la misma fé, de la misma esperanza, de un mismo amor, aunque separados por los tiempos, los lugares y las clases. Destruyó las pasiones en el corazon de sus discípulos, y lo que es mas, puso en su lugar el amor á Dios y á nuestros prógimos.

Esta religion ha logrado que los hombres comprendan la verdadera igualdad y la verdadera libertad. Ella da la paciencia en los trabajos; fortalece contra los temores á la muerte; disipa el fastidio y la tristeza; esplica bien nuestras miserias, pero satisface completamente un deseo de grandeza que reside en nuestro interior dándonos justa idea de la divinidad. La providencia de Dios, su bondad, su justicia brillan con el mayor esplendor en la doctrina del cristianismo; como que establece la perfecta union entre Dios y el hombre. Su moral es pura por confesion de sus enemigos; sus misterios son grandes, sublimes, dignos de Dios y apropiados á nuestros alcances y á nuestro corazon: ella cura el orgullo y la concupiscencia, las *dos* plagas mayores de la humanidad.

Añádese que está perfectamente concorde con la ley natural, dada al primer hombre y destruida por el paganismo; con la revelacion de Moisés, á la que sirve de complemento; y finalmente, satisface á la razon y al corazon humano. No puede el hombre tener otras relaciones ni deberes hácia su Dios, para sí mismo, ni con sus semejantes.

Gloria á Dios, dignidad al hombre, amor al prógimo, ese es el cristianismo. Que se nos diga ahora qué novedad social pudiera exigir otros deberes, ó á quién podrian aplicarse hoy las profecías que anunciaban á un Mesías.

¡La alianza no habia de hacerse por un mediador? ¡No debia ser éste hijo de Abraham y de Jacob y pertenecer á la tribu de Judá? ¡No debia descender de David y de Salomon? ¿No debia nacer en Bethleem y aparecer en el segundo templo? ¿No debia morir, segun Daniel, David é Isaías? ¿No debia ser burlado, hombre de dolores y ajusticiado entre los malhechores? ¡No debia ser glorioso su sepulcro? ¡No debian dispersarse los judíos por el mundo entero?

Moisés dijo: "Vendrá un profeta semejante á mí: escuchadle.» Este profeta debia ser el maestro de las naciones: al principio le habian de rechazar, desconocerle, venderle y darle hiel por refrigerio: tenian que atravesar sus piés y sus manos y quitarle la vida: produciria un gran pueblo, le libertaria de la esclavitud del pecado, le daria leyes, grabándolas, no en una piedra sino en los corazones: debia servir de víctima por los pecados del mundo; y siendo la piedra fundamental, estrellarse contra ella Jerusalen.

¡No estaba escrito que la ley saldria de Sion, la palabra de Jerusalen, y que las naciones correrian al monte santo? ¡Se podria hoy que están confundidas todas las tribus en Israel, reconocer un descendiente de David, un hombre de la tribu de Ju-

dá! Cumpliéronse los tiempos: así la sinagoga prohibe calcularlos.

Jesucristo tenia en sí todas las señas del Mesías. Hijo de un carpintero de Nazareth, dijo á un pescador en el lago de Genezareth: "*Yo te haré pescador de hombres:* deja esas redes;» y hace mil ochocientos años que Pedro y sus sucesores han establecido y conservado en el mundo estos tres dogmas: la existencia de Dios, la caida del hombre y su redencion. Doscientos cincuenta y ocho papas despues de Jesucristo ¿no atestiguan que el sacerdocio de Aaron se ha reemplazado definitivamente en la tierra? ¿No anunció Jesucristo que seria destruido el templo de Jerusalen? ¿No está honrado su sepulcro en el lugar mismo donde antes de su venida fué reconocida la unidad de Dios? Los judíos ¿no se han dispersado por todo el mundo y el Evangelio predicádose en todo el orbe conocido? Los hombres que llevaron á cabo esta revolucion inaudita y establecieron el culto en espíritu y en verdad, ¿no pertenecian á la plebe entre los judíos, como simples pescadores en el lago de Genezareth?

Siendo cierto que Jesucristo dijo que venia á formar una sociedad nueva para estender el culto divino en la tierra; que los judíos se dispersarian, el templo se arruinaria, los ídolos caerian á pedazos; y no pudiendo ser humanamente previstos ni cumplidos estos hechos sin auxilios celestiales; Dios, concordando los sucesos con las predicciones de Jesucristo, ¿no habria autorizado una supersticion? ¿Haria mas en favor de la humanidad que Jesucristo un nuevo mediador? Permítasenos que propongamos á todos los que tengan la desgracia de dudar de la revelacion, el exámen del espectáculo admirable que ofrece hoy el mundo.

Combatido el catolicismo por todas partes, se halla espuesto á la luz en todos conceptos. Nosotros, que creemos en su divina verdad, nos hallamos obligados á responder al filosofismo, al protestantismo, al judaismo, al paganismo, &c. Da materia esto para que mediten mucho todos los hombres de buena fé y de buena voluntad. Una religion declara que está fundada por el mismo Dios, y segun el gran filósofo Bacon, los que saben poco la rechazan, y la abrazan los que saben mucho. Y esta religion, segun Fontenelle, la única que incluye pruebas incontestables, examinada en todos sentidos por toda clase de ingenios, subsiste sin el apoyo de los poderes temporales y entre las luces de la civilizacion. Al lado de esta religion existen el mahometismo, el protestantismo y el judaismo, religiones que exigen una fé ciega hácia sus fundadores. Mahoma decia: "Cree, ó muere;» Lutero dijo: "*Sit pro ratione voluntas,*» y las iglesias que fundó tienen por cabeza á los príncipes seculares. Entre los judíos es máxima establecida que si un rabino dice que la mano derecha es la izquierda, y la izquierda la derecha, están obligados á creerle. Solo el catolicismo permite el exámen, y dice con San Pablo: que sea nuestra creencia razonable: *Obsequium tuum sit rationabile.*

Nadie por tanto se admira al ver en Paris y en nuestros propios dias, en un mismo salon, á sugetos instruidos que, habiendo atravesado por todos los errores, profesan gustosamente la religion católica: filósofos, judíos, protestantes precisados á rendir homenage á la verdad católica.

Ahí está el movimiento religioso que indicamos; y el hecho verdaderamente grave, particular de la época, que debe llamar la atencion de todo el mundo, porque será fecundo en resultados. Voltaire decia: "Nuestros nietos tendrán una buena baraúnda,» cuando veia progresar sus mismas ideas; y nosotros podemos repetir con el príncipe de Hohenlohe, á vista del movimiento religioso que se manifiesta en

toda la Europa: "llegamos á una aurora magnífica, presagio de mejores tiempos." Por consiguiente, lejos de huír la discusion sobre estas materias que interesan en grado tan alto á la humanidad, la reclamamos con todos nuestros esfuerzos.

Jamas han dudado los judíos que uno de ellos, un descendiente de Abraham, era llamado para conquistar el mundo, y esta prediccion nosotros justificamos diariamente que se halla cumplida en Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando Jesus apareció en la tierra, todas las naciones eran idólatras. Quiso Dios que Sócrates protestara contra el paganismo, y murió porque confesaba la unidad de Dios: quiso que los esfuerzos del filósofo fueran insuficientes, á pesar de su talento y el de sus discípulos Platon, Jenofonte y Aristóteles, para que fuese mas grandiosa la revolucion que habia de ocurrir por medio de su Hijo en la tierra, por la adorable persona de Jesucristo.

Ya se cubren de templos dedicados á la unidad de Dios todos los pueblos del orbe, y ¿por quién? por Jesucristo. El es el que envió para hacer este asombroso cambio á doce hombres, simples artesanos. El es quien dispersó á los judíos por toda la tierra. Los mahometanos han tomado del cristianismo el gran dogma de la unidad de Dios, y tambien le han difundido entre los suyos. Nos dicen que si Jesucristo es Dios, el efecto de su venida es demasiado pequeño para tan grande acontecimiento; y que los resultados no han sido proporcionales con la elevacion del enviado: en esto los deistas caen en una manifiesta contradiccion. Si la intervencion de Dios en nuestra redencion es censurada por ellos, atendiendo á lo mucho malo que aun existe en la tierra, y á tantas pasiones y preocupaciones que conservan los cristianos; lo mismo podian censurar la intervencion de Dios en la creacion del mundo y del hombre, cuando se vé el estado de ambos en el momento en que Jesucristo vino al mundo. Si los deistas censuran la redencion, mas razon tienen los ateos de censurar la creacion. La idea misma de Dios habia desaparecido de la tierra, y hoy, gracias á Jesucristo, la idea de Dios existe en todas partes.

REPRESENTACION

SOBRE LA INMUNIDAD PERSONAL DEL CLERO,

REDUCIDA POR LAS LEYES DEL NUEVO CÓDIGO, EN LA CUAL SE PROPUSO AL REY EL ASUNTO DE DIFERENTES LEYES, QUE, ESTABLECIDAS, HARIAN LA BASE PRINCIPAL DE UN GOBIERNO LIBERAL Y BENÉFICO PARA LAS AMÉRICAS Y PARA SU METRÓPOLI.

(Concluye.)

¿Se dirá que para conservar el pueblo en la subordinacion á las leyes y al gobierno basta el temor de las penas? Dos clases, dice un político, hacen vano este resorte: la de los poderosos que rompen la red, y la de los miserables que se deslizan entre sus mallas. Si en Europa tiene lugar esta máxima, ella es mucho mas poderosa en América, en donde el pueblo vive sin casa, sin domicilio y casi errante. Vengan, pues, los legisladores modernos y señalen, si lo encuentran, otro medio que pueda conservar estas clases en la subordinacion á las leyes y al gobierno, que el de la religion, conservada en el fondo de sus corazones por la predicacion y el consejo en

el púlpito y en el confesonario de los ministros de la Iglesia. Ellos son, pues, los verdaderos custodios de las leyes y los garantes de su observancia. Ellos son tambien los que deben tener y tienen en efecto mas influjo sobre el corazon del pueblo, y los que mas trabajan en mantenerlo obediente y sumiso. . . . . Y, por tanto, vienen á ser el móvil mas poderoso para reunir al gobierno las dos clases miserables que componen, como es dicho, los nueve décimos de toda la poblacion de este reino.

Tiene, pues, el clero á su favor servicios de gran consideracion é importancia al gobierno. . . . . . con que se pueden contrabalanzar con esceso las faltas de algun otro de sus individuos. La necesidad de sostener su concepto, y de reparar el daño que estamos ya sufriendo, nos ha obligado á hacer una indicacion de ellos. El mal que nos amenaza es todavía mayor. El lance es crítico: V. M. se dignará dispensarnos. Si fuéramos mas felices, seriamos tambien mas modestos.

Ya que por incidencia de nuestro asunto tuvimos que tratar de los malos efectos de la division de tierras, de la falta de propiedad ó cosa equivalente en el pueblo, al tiempo mismo en que la vigilancia paternal de V. M. se halla ocupada en el gran negocio de la nueva legislacion que ha de causar la felicidad de estos reinos; parece conveniente y conforme al encargo de las leyes, el que elevemos á la suprema consideracion de V. M. los remedios de estos males que, despues de una meditacion profunda sobre conocimientos prácticos del carácter, índole, usos y costumbres de estas gentes, nos parecen mas propios para levantarlos de su miseria, reprimir sus vicios y estrecharlos con el gobierno, por la obediencia y subordinacion á las leyes. No intentamos prevenir los juicios soberanos de V. M. ni las consultas sábias de sus celosos ministros. Solo queremos esponer resultados de hechos, que tal vez no se conocen allá con la propiedad que nosotros. Si estuviesen previstos y adoptados, tendremos la satisfaccion de pensar como V. M. Si no lo estuviesen y se adoptasen, será doble nuestro gozo en contribuir á cosa tan importante. Y en todo caso damos, señor, un testimonio de nuestro buen deseo del éxito mas feliz en esta gloriosa empresa de V. M.

Decimos, pues, que nos parece de la mayor importancia, lo primero, la abolicion general de tributos en las dos clases de indios y castas. Lo segundo, la abolicion de infamia de derecho que afecta las referidas castas; que se declararán honestas y honradas, capaces de obtener los empleos civiles. . . . . si los mereciesen por sus buenas costumbres. Lo tercero, division gratuita de todas las tierras realengas entre los indios y las castas. Lo cuarto, division gratuita de las tierras de comunidades de indios entre los de cada pueblo. Lo quinto, una ley agraria semejante á la de Asturias y Galicia, en que, por medio de locaciones y conducciones de veinte ó treinta años en que no se adeude el real derecho de alcabala, se permita al pueblo la apertura de tierras incultas de los grandes propietarios, á justa tasacion en casos de desavenencia, con la condicion de cercarlas, y las demas que parezcan convenientes para conservar ileso el derecho de propiedad. Sobre todo lo cual conocerán los intendentes de provincia en primera instancia, con apelacion á la audiencia del distrito, como en todos los demas negocios civiles. Lo sesto, libre permision de avecindarse en los pueblos de indios, y construir en ellos casas y edificios, pagando el suelo, á todas las clases, españoles, castas é indios de otros pueblos. Lo séptimo, dotacion competente de todos los jueces territoriales, á escepcion de los alcaldes ordinarios, que deben servir estos empleos gratuitamente como cargas concegiles. Si

á esto se agregase la libre permision de fábricas ordinarias de algodon y lana, se aumentaria el impulso de las otras providencias con que el pueblo debe dar el primer paso á su felicidad. Ellas están ya permitidas por mayor, mediante licencia especial de los vireyes ó gobernadores; pero se debe quitar esta traba insuperable á los pobres, y toda otra pension, menos el adeudo de alcabala en la importacion y esportacion de los efectos.

Ya vemos que causará sorpresa la proposicion de abolir los tributos en las urgencias actuales de la corona. Pero si en la aritmética de real hacienda hay casos en que tres y dos no son cinco, el presente es ciertamente uno de ellos. Y por un cálculo, aproximado á la verdad, se demostrará que con la abolicion de tributos y las otras providencias referidas, lejos de perjudicarse la real hacienda, se aumentará en menos de diez años en el triplo ó cuádruplo de lo que hoy producen los tributos.

Beleña, en su Coleccion de providencias de gobierno, asienta que ellos produgeron en el quinquenio desde 1780 á 1784 inclusive, cuatro millones cuatrocientos treinta y nueve mil ochocientos veintisiete pesos, que corresponden en año comun á ochocientos ochenta y siete mil novecientos setenta y cinco.

Ahora pues, sube la poblacion de la Nueva-España á cuatro millones y medio. Rebajado el décimo, de la clase española, que es la acomodada y que hace grandes consumos, quedan las otras dos clases en cuatro millones y cincuenta mil almas; que, á razon de cinco por familia, hacen ochocientas diez mil familias. Algunas de estas familias están fuera por su industria de miseria, andan calzadas y vestidas, y se alimentan mejor que las demas: y se pueden comparar en esta razon con el pueblo bajo de la Península. Podrán hallarse en este estado la quinta parte. Pero supóngase que se halla el tercio, y quedarán quinientas cuarenta mil familias en el último estado. Las familias mas bien paradas de este último estado son las de los peones acomodados en las haciendas; de las cuales consume cada una cincuenta pesos anuales en las haciendas de tierra fria, y setenta y dos en las de tierra caliente, cuyo medio término es el de sesenta y un pesos. Una familia de las del referido primer tercio para vestirse, calzarse y alimentarse necesita por lo menos de la cantidad de trescientos pesos, que, comparada con la de sesenta y uno, que es el consumo ordinario de una familia de las mas acomodadas en los dos tercios, resulta una diferencia de doscientos treinta y nueve pesos, que empleados en los artículos de consumo deben producir catorce pesos de derechos de alcabala. En esta proporcion las quinientas cuarenta mil familias de los dos tercios del último estado, si aumentaran su consumo al igual del otro tercio, aumentarian tambien el real derecho de alcabala en siete millones quinientos sesenta mil pesos anuales. Es decir, se aumentaria la real hacienda seis veces mas que lo que le producen en el dia los tributos. Es así que por los referidos medios se deben levantar necesariamente estos dos tercios de su miseria, y aumentar su consumo al nivel del otro tercio: conque es visto que aunque se hagan muchas rebajas, siempre resultará triplicado ó cuadruplicado el producto de los tributos, con gran ventaja de la real hacienda, de las costumbres, de la agricultura, del comercio y del gobierno.

Pero para evitar todo perjuicio á la real hacienda en los primeros años, se suspenderá la egecucion de la ley en que se establezca la abolicion del tributo en el primer quinquenio, ó hasta que el aumento de alcabalas acredite su compensacion. El establecimiento solo de la ley producirá casi el mismo efecto, mayormente si fuere

corto el término en que debe egecutarse. Sobre todo, suplicamos á V. M. de nuevo se digne admitir estos sentimientos como testimonios sinceros de nuestro amor y fidelidad, y como un indicio de los ardientes deseos que nos animan de que la nueva legislacion de V. M. forme época feliz en los fastos de la monarquía española; y que en la historia futura de las naciones se coloque á su autor entre los Numas y Licurgos.

Y volviendo á nuestro asunto, é insistiendo en el principio de que los intereses individuales producen y redoblan los vínculos de la sociedad, ó lo que es lo mismo, que éstos son proporcionales á aquellos; hallamos en la aplicacion al clero una razon que ella sola, cuando no hubiera otra, bastaria para conservar ileso el fuero criminal en el estado que lo prescriben nuestras antiguas leyes. Los intereses del clero son mas ó menos grandes en cada órden ó clase de que se compone el cuerpo: y ellos admiten todavía mas variacion en los individuos de cada órden ó clase. Todos están unidos al gobierno, pero no lo están del mismo modo. Un cura, un sacristan mayor, ambos recibieron de V. M. sus beneficios, y ambos reciben de V. M. y de sus leyes las prerogativas que disfrutan en sus oficios y beneficios. Pero siendo mayores las prerogativas y facultades de aquel que las de éste, tambien es mayor su gratitud á su bienhechor, y su interes en la observancia de las leyes que le conservan en el goce de mayores bienes. La diferencia gradual de los beneficios produce otra diferencia gradual en los sentimientos de los beneficiados. Hay, pues, diferente adhesion entre sacristan y sacristan, y entre cura y cura. La de los canónigos es mayor que la de las dos clases primeras, porque tambien es mayor su consideracion; y la de los obispos escede á todas las otras, porque esceden tambien en número y escelencia los beneficios que reciben de V. M. Ellos son sus consejeros natos; gozan honores militares como los mariscales de campo; se ven frecuentemente á la cabeza de los tribunales supremos de V. M., en gobiernos y comisiones de la mayor confianza; son tratados con un decoro sublime y afectuoso; sus personas y dignidades están recomendadas y defendidas por las leyes; y en fin, ellos deben á V. M. su promocion al obispado, y todas las prerogativas de esta dignidad que no son de institucion divina. Este cúmulo de beneficios los estrechan y los identifican de tal suerte con V. M., que todos sus intereses los miran como propios, y jamas pueden separarse de este concepto.

Pero los demas clérigos sueltos, que no tienen beneficio, y subsisten solo de los cortos estipendios de su oficio, nada reciben del gobierno que los distinga de las otras clases, si no es el privilegio de fuero. En este estado se hallan los ocho décimos del clero secular de América; por lo menos así sucede en este obispado. En el mismo se debe considerar todo el clero regular. Unos y otros son como auxiliares de los curas, los que mas predican y confiesan, y los que tratan y manejan las dos últimas clases del pueblo con mayor frecuencia é inmediacion. Y por tanto ellos tienen un gran influjo sobre el corazon de estas clases. Luego el fuero clerical es el único vínculo especial que los estrecha al gobierno. Luego si se quita el fuero, se romperá este vínculo, y se aflojará el que estrecha las dos referidas clases. Luego exige la prudencia y la política que no se altere, puesto que no causa impedimento alguno.

Señor, tratamos de las cosas en el órden natural: tratamos de causas y efectos ordinarios: de las razones y motivos que gobiernan comunmente el corazon humano; porque en este mismo sentido se establecieron las nuevas leyes que dan materia á

nuestro asunto. Sabemos que todos los clérigos, por religion y por conciencia, están obligados á guardar las leyes, y á cooperar con todos sus esfuerzos á que todos los demas las obedezcan y las cumplan. Pero no por esto se debe estimar superfluo lo que se estableció á su favor como estímulo para que mejor desempeñen este deber. Si todos cumplieran con los suyos, estaban de mas los jueces, las leyes y las penas, los ejércitos y las escuadras. Los clérigos son hombres, y su corazon es tambien sensible al interes de su conservacion, de su honor y de su bienestar, que, como es dicho, es el primer principio de la adhesion al gobierno. La esperiencia está tambien de acuerdo con el principio y con el discurso. Y así vimos por el citado *Correo de Europa*, que el clero regular de la Francia, que habia años que estaba en el último abatimiento y desprecio, y una parte del clero secular que, por su pobreza, se hallaba casi en el mismo estado, al primer movimiento de la borrasca se dejaron ir sobre las olas que batian la nave. . . . pero todos los demas individuos y miembros del clero combatieron hasta la muerte por salvarla.

Se vé por la serie entera de nuestro discurso, que de intento no hemos traido en su apoyo las decisiones de los sagrados concilios, ni las autoridades de las santas Escrituras, ni aun siquiera el pasage de San Mateo, contenido en el capítulo 18 de su Evangelio, versículos 23, 24, 25, y 26, que se ha estimado siempre como un establecimiento divino de las inmunidades eclesiásticas en la ley de gracia; porque deseamos remover toda sospecha y apariencia de que intentamos introducir demanda, vindicar derechos ó revocar en duda las facultades soberanas de V. M.

Tambien nos desentendimos advertidamente del exámen de los concordatos y obligaciones recíprocas que de ellos resultan; y aun con mas cuidado pasamos en silencio las relaciones *utrinque* obligatorias, que enlazan y ordenan á los fines de su institucion las dos potestades independientes del sacerdocio y del imperio; porque no queremos turbar con escrúpulos la tranquilidad de V. M., ni mover hácia nosotros su piadoso corazon por motivo de justicia.

Y finalmente, no hemos querido recordar la serie de sucesos funestos que las historias sagradas y profanas atribuyen á la infraccion de los privilegios del sacerdocio: lo uno, porque no se vuelva á decir que promovemos por misterios nuestros intereses; y lo otro, porque íntimamente convencidos de la pureza de intencion y rectitud de V. M. y sus ministros en el establecimiento de aquellas leyes, sabemos que, sean cuáles fueren sus resultas, ellas no deben ser á cargo de sus autores, pues la intencion y buena fé justifican las acciones humanas delante de Dios y de los hombres.

Separados, pues, de estos motivos y respetos, y elevados en lo posible sobre nuestras pasiones mismas, nos hemos acercado al trono de V. M. considerándolo solamente como nuestro padre benéfico y amoroso; y con una confianza filial y la mayor exactitud, espusimos nuestro asunto á la luz de la sabiduría en sus relaciones esenciales con el bien público y los verdaderos intereses de V. M. Convencimos á nuestro modo de entender, la necesidad de las inmunidades eclesiásticas establecidas en todos tiempos, en todas las naciones y gobiernos, como monumentos públicos de las relaciones de los hombres con su Creador, y del Creador á los hombres, como incentivos de la religion, y como premio de los ministros de ella. Hicimos ver, que habiéndose establecido en la verdadera religion y ley escrita por Dios mismo, tenian todavía mayor motivo en la ley de gracia, por la sublime elevacion del sacerdocio y por la importancia de los ser-

vicios de los ministros evangélicos, tanto en el órden sobrenatural, como en el órden natural y civil.

Demostramos igualmente la íntima relacion de las inmunidades eclesiásticas y prerogativas del clero español con nuestra constitucion. . . sus enlaces y reciprocidad de intereses en todos sus miembros y partes. Y analizándolas una por una, demostramos hasta la evidencia que ellas no inducen perjuicio alguno al bien comun de los vasallos de V. M., ni el mas ligero impedimento en el egercicio de su soberano poder. Pues en efecto, la inmunidad local no puede ya tener el menor influjo sobre la frecuencia de delitos; ni en América causa gravámen alguno al comun, ni casi á la real hacienda la inmunidad real del clero. Lo mismo se debe decir del fuero y de la jurisdiccion, reducidos tal vez mas de lo que conviene. Pasaron ya aquellos tiempos en que los obispos podian reformar los juicios de los tribunales seculares. Estamos en el estremo opuesto. Los tribunales seculares reforman los juicios de los obispos y los modifican, aun en materias puramente espirituales. Se invertieron la jurisprudencia y la opinion. Teodorico creia que á nadie se podia encargar mejor la administracion de justicia en las causas de sus súbditos que á los sacerdotes, qué amando á todos con igualdad, no hacen escepcion de personas, ni dejan lugar á la envidia (*). . Pero hoy se cree que un subdelegado, un teniente el mas ignorante la administrará mejor que un obispo. Si en otro tiempo hubo prepotencia en el clero, en el dia sucede lo contrario. El encargo interino de la real jurisdiccion, basta para que un indio miserable, un sastre vil tenga la animosidad de aprehender á su párroco y á su jues eclesiástico. Finalmente, si en otro tiempo el sistema político. . . . . se resentia con el contrapeso del clero. . . . en el presente se resiente ya de la debilidad de estas partes, átenuadas hasta lo sumo, y tan sensibles como la superficie del agua en reposo, que no puede tocarse sin que se produzca un movimiento undulatorio que la conmueva toda.

Hicimos ver del mismo modo, que la nueva jurisprudencia desafora realmente al clero, por cuanto le despoja de su privilegio en las causas graves en que mas le interesa; y que siendo este fuero el constitutivo esencial de la inmunidad personal, el que ennoblece al clero, el que protege el honor y la vida de sus individuos, es tambien el que constituye el vínculo mas fuerte de su adhesion al gobierno. Demostramos al mismo tiempo, por razones sólidas y esperiencias demasiadamente sensibles, los efectos que debe tener esta legislacion, y el uso que de ella hace la real sala del Crímen de México en la degradacion del clero, cuya consideracion y respeto constituye tambien uno de los mas poderosos resortes del gobierno. . . . . de V. M., señaladamente en estos vastos dominios, en que, por la situacion política de sus habitantes, el clero solo es por su ministerio y su beneficencia el agente único que pueda obrar sobre el corazon de los nueve décimos de dichos habitantes.

A este fin entramos en detalles sumamente importantes sobre las condiciones de las personas y relaciones de sus intereses, asunto verdaderamente digno de toda la atencion de V. M. y de sus sábios ministros. El solo, si se atiende bien, dará motivo para reponer las referidas leyes, y acaso moverá el benéfico corazon de V. M. á establecer las otras que le proponemos en favor de esta gran masa de gente miserable. La oposicion constante de intereses y de afectos de los nueve décimos contra uno, tiende fuertemente y de continuo, como la fuerza espansiva de la naturalesa á la division de las partes; que ya

(*) *Casiodor, lib.* 2, *Epes* 8.

hubieran caido en disolucion, si no se hallasen contenidas por la fuerza represiva de la religion y sus ministros. ¿Qué objeto, pues, mas sublime y mas digno de la atencion de un legislador, y de algunas páginas en un código legal, que aquel que se dirige á moderar las fuerzas desiguales de las partes, que se buscan en un compuesto que no puede existir sin equilibrio?

Creemos, pues, señor, haber hecho á V. M. el servicio mas importante en las nociones de hecho que hemos espendido en este asunto. Por lo demas, una confianza suma en las virtudes grandes de V. M. y señaladamente en su piísima aficion por la Iglesia, por la religion y por sus ministros, nos impide en este estado otra conclusion, que la de arrojarnos en el seno de su clemencia, y la de redoblar nuestras oraciones al Todopoderoso, para que ilustre el entendimiento de V. M. en la formacion del nuevo código de leyes, y en el gobierno de sus vastos dominios, y guarde su católica real persona en la mayor felicidad y gloria los muchos años que la Iglesia y sus reinos necesitan.

Valladolid de Michoacan y Diciembre 11 de 1799.

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION III.

Esplicacion política del buen éxito literario del Judío errante.— Las recetas de Mr. Sue.

"¡Y no obstante la tierra se mueve!» clamaba Galileo, dando una patada en el suelo, el dia en que se tuvo la torpeza de creer interesado á Dios en que no se descubriese en el siglo diez y siete una verdad física desconocida en tiempo de Josué; como si para que la Escritura fuese verdadera, se necesitara que el sucesor de Moisés hubiera sido grande astrónomo como Mr. Arago, ó tan consumado naturalista como Mr. Cuvier. Ciertamente nosotros no somos la Inquisicion, ni creemos que Mr. Süe, aunque haya escrito los *Misterios de Paris*, el Judio errante y la *Matilde*, sin contar á *Atar-Gull*, tenga la pretension de ser otro Galileo; empero á pesar de esto, solo se responde á todas nuestras críticas: "¡Y sin embargo triunfa el libro!» Espliquémos, pues, antes de todo, el buen éxito del Judio errante.

Si la enunciada respuesta no ha sido dada por Mr. Süe, á lo menos ella es la del periódico en que ha aparecido su obra. La contestacion del *Constitucional* á las críticas, es invariable, y se encuentra estereotipada todas las mañanas al frente de cada número: el total de sus suscritores. Gracias á esta atencion preventiva, renovada desde el tiempo en que cada diario nos anunciaba al levantarnos de la cama el número de las conquistas que el cólera habia hecho durante la noche, sabemos dia por dia cuántos nuevos lectores ha reclutado el Judio errante. Mientras nosotros discurrimos, el *Constitucional* suma; poco le inquieta la lógica, y la aritmética ocupa todo su tiempo.

Pudiéramos decir, parodiando una palabra célebre de Pascal: "¡Qué me importa vuestro libro de caja! los suscritores,

lo mismo que las citas, no son razones.» En efecto, nada tiene de convincente una suma para un hombre que piensa. Pero el *Constitucional*, que sin duda es de la opinion de que los periódicos se recomiendan como las preparaciones para el gálico, por su venta; con una humildad que en el fondo es acaso un orgullo, cada dia presenta su suma al público; y lleva tan adelante esta manera tan *positiva* aunque nada poética de considerar las cosas, que á uno de nuestros amigos, en el mismo dia que aparecieron nuestras observaciones contra el Judio, decia uno de sus redactores, hablándole de ellas: "No puede negarse que esta crítica es séria y fundada; pero en vez de perjudicarnos, va á hacernos provecho; pues van á valernos dos mil suscritores mas.» Hermosa contestacion, y muy digna en un todo de aquel curial de cierta comedia de Racine, *que tenia buen lomo y cuatro hijos que mantener*. ¡Qué delicadeza de sentimientos! ¡qué miras tan elevadas! ¡esto es lo que se llama tener alma grande y gusto literario! Con tan noble sistema, no debe embarazarse el *Constitucional* en apreciar una obra de arte y de literatura; ella vale lo que produce, y la crítica no es sino una regla de proporcion.

¿Pero este *Constitucional*, tan engreido de su fortuna ha conocido la razon? ¿esplica por qué cierta fatalidad que pesaba sobre su caja, fué conjurada de un golpe por la aparicion del Judio que vino á auxiliarlo? Sobre este punto voy á procurar esplicarme, ya que mi objeto me ha conducido á él, por lo importante que es apreciar la obra de Mr. Süe bajo el punto de vista moral; de manera que, investigando cuál es la moralidad de su obra, descubriremos el secreto de esa fortuna del Judio errante.

No negaremos que el talento del autor haya tenido alguna parte en el buen suceso del libro; porque decir lo contrario seria dar prueba de exageracion y parcialidad. A pesar de las faltas literarias y contra el arte que hemos podido y debido echar en cara á Mr. Süe, no debe disputársele el ingenio que manifiesta en no pocas escenas y en unos caracteres. ¡Quién puede, en efecto, desconocer esa emocion, ese interés y suspension dramática tan notables en la escena en que la princesa de San Dizier, el abate de Aigrigny, el médico Baleinier, y Tripeaud, antiguo administrador del duque de Cardoville, convertido en baron, gran propietario y subrogado tutor de la hija de su amo, se reunen en consejo de familia para interrogar á Adriana de Cardoville, cuyas respuestas cópia un taquígrafo oculto detras de una cortina?

La astucia de los conjurados, la manera con que se han repartido los papeles, la provocativa aspereza y orgullo insultante de la princesa, la sangre fria del abate de Aigrigny, la fingida humanidad del doctor Baleinier y la imprudencia de la jóven Cardoville que, cayendo en el lazo que se tiende á sus piés, se deja arrebatar de su natural exaltacion, ministrando de esta suerte apariencias de verosimilitud á la acusacion de demencia por la que se pretende justificar el encierro que se medita; ¡todos estos tintes no están dados con talento é inteligencia?

Se descubren tambien el terror y las emociones del drama en la escena en que el doctor Baleinier llega á hacer dudar de su razon á la misma Adriana, cuya imaginacion aun está conmovida por los sustos de una noche pasada en un hospital de locas, y la conduce hasta llegar á demandarse si es una prueba de interes la que el doctor le da, ó una traicion horrible de que se ha hecho cómplice, conduciéndola á esta triste morada, en que se trata de encender de nuevo en el alma de las pobres criaturas decaidas, el rayo divino que el Criador les habia comunicado. Entre los caracteres, hay uno que, salvo un tinte de

exageracion, está trazado con mucha gracia y sensibilidad, y es el de la *Corcoveta;* pobre jóven, en quien se encuentra consumado uno de los grandes misterios de la humanidad, el de la alianza de la hermosura moral con la fealdad física.

Este es, como decia Fielding en una de sus comparaciones mas encantadoras, "la paciencia que sonrie al dolor sentado sobre un túmulo." Ella es horrorosa, débil, pobre, y sin embargo buena: no conoce la felicidad, nada debe á la hermosura; pero no las envidia, no se queja de su estado, ni se indigna contra su suerte: trabaja, sufre, calla y hace el bien que puede. Desgraciadamente Mr. Süe, que parece haber querido expiar, trazando este tipo, la horrible prostitucion de pluma que habia cometido en los *Misterios de Paris* al pintar el innoble retrato de la Monte de San Juan, no ha comprendido que la Corcoveta era cristiana, y que esta alma llena de dulzura, y esta vida llena de sufrimientos la ligaban invenciblemente á la religion, que hace feliz á la mansedumbre y al dolor.

Hay tambien pinceladas muy finas y delicadamente interesantes en los retratos de Rosa y Blanca Simon, aunque el color algo pálido de estas dos figuras, recuerda aquellos pasteles ajados por el tiempo. Las relaciones del viejo soldado Dagoberto con las gemelas, por su mismo contraste, tienen mucho de sensible, y Mr. Süe ha sacado un buen partido de la poesía en esta reunion.

Pero ¡ah! estos son relámpagos pasageros en una noche obscura. Algo ha podido contribuir el talento de Mr. Süe para decidir el buen suceso, porque los libros totalmente desnudos de mérito, jamas lo alcanzan; pero en el Judio errante hay demasiadas faltas contra el arte, y muy pocas cualidades literarias, para que se dejen de buscar las causas determinantes de una fortuna tan prodigiosa fuera del círculo de la literatura. Un escritor, cuya indigna fantasía tiene algun parentesco con la de Persio y Juvenal (*), ha enumerado en una obra llena de pasion y lozanía las que llama recetas políticas ó literarias para llegar en nuestros dias á la celebridad y á la fortuna (†); y parece que esta enumeracion que vamos á presentar se hizo á la vista de la que se ha adquirido Mr. Süe, en su Judio errante.

La primera es fácil de adivinar, si nó se ha olvidado el inmenso lugar que ocupa la Compañía de Jesus en la novela de Mr. Süe, y el papel que le hace representar; para lo que conviene recordemos cierta palabra atribuida á Mr. Thiers. Una mañana en que se reunian los batallones de la izquierda (§) en la casa de la calle de San Jorge, y cada uno de los miembros del partido ocurria á recibir la órden semanaria, Mr. Thiers, que ese dia se hallaba con vena de profeta, dejó escapar magestuosamente este oráculo á manera de Napoleon, cuyo historiador ha sido, y de quien se asegura se cree á veces el sucesor, se entiende por lo relativo al genio: "Es necesario, dijo, ofrecer diariamente á la revolucion un jesuita ó un carlista, para que se desayune."

La segunda parte de esta receta se hacia cada dia mas dificil de emplear, escaséandose los carlistas, si por carlista se entiende lo que parece queria indicar Mr. Thiers; es decir, un hombre contenido en

(*) *Mr. Alexo Dumenil.*

(†) *Medítese bien el espíritu que anima á ciertas novelas de nuestros plágios románticos, y se verá lo bien que han sabido aprovechar estas lecciones.--T.*

(§) *Con este título de* banda izquierda *se distingue en Francia á los diputados de la oposicion, de que en esa época era gefe Mr. Thiers, el principal redactor del* Constitucional, *que tantas veces se nombra en estas observaciones, y en que, como hemos dicho, se publicó por primera vez el* Judio errante.

ideas impracticables, y defendiendo el poder absoluto y el derecho divino.

Era, pues, dificultoso entregar á la revolucion, como absolutistas, á los que pedian simultaneamente y sin separarlas jamas las libertades nacionales y la monarquía, y no dejaban de acusar de enemigos de la Francia á los que apelaban á la convencion nacional. Sin duda es muy sensible que los hombres de la derecha no hayan tomado esta posicion de campeones de lo imposible, tan cómoda para sus adversarios; ellos deben avergonzarse de que mas de medio siglo de revolucion, no les haya enseñado nada, y que sus rudas lecciones no les hayan hecho descubrir una sola doctrina, dejar una preocupacion, ni sacrificar un abuso; ¿pero qué remedio? Las cosas han pasado de otra manera. Los hombres de la derecha no querian ser ni los partidarios del derecho divino, ni los defensores del privilegio, ni los que invocasen la proteccion del estrangero. A todo esto manifestaban tal repugnancia, ó por mejor decir, una tan decidida obstinacion, que quitaban á Mr. Thiers y al *Constitucional* una formidable máquina de guerra. Pero, en fin, era necesario que Mr. Thiers, la revolucion y el *Constitucional* tomaran su partido. Los realistas demandaban aquellas libertades á que no podian oponerse ostensiblemente ni Mr. Thiers, ni la revolucion; y aun la misma Gaceta, consagrada al poder real, se habia hecho mas liberal que el mismo *Constitucional*. ¡Qué recurso les quedaba en estas circunstancias!

Llegando á faltar el carlista en la amplia senda de las opiniones, no quedaba ya sino uno solo de los dos alimentos que Mr. Thiers queria regalar todas las mañanas á la revolucion, es decir, el jesuita, y esta segunda parte del aforismo de Mr. Thiers, es la que Mr. Süe ha imaginado poner en accion todos los dias.

Las circunstancias, por otra parte, favorecian singularmente su empresa. Una grave discusion se habia elevado en las cámaras sobre la libertad de enseñanza, una de las promesas de la carta, cuyo cumplimiento se exigia; y el partido de la izquierda y su centro se hallaban muy embarazados para declinar los compromisos anteriormente contraidos en esta materia. Si la libertad de enseñanza es una cosa mala y peligrosa, ¡por qué haberla pedido bajo la restauracion, y prometido en la carta de 1830! Si es justa y útil, ¡por qué rehusarla hoy?

Véase poco mas ó menos el dilema en que se hallaban enredados los hombres que tenian el poder, y los que intentaban apoderarse de él. Su posicion lógica no era muy brillante, y sus amigos comenzaban á desconfiar de la manera con que saldrian de este paso difícil, en que se habian metido sin contar con sus enemigos. Lafontaine ha hablado en cierto lugar del daño que un amigo poco diestro puede causar; pero por el contrario, ¡cuántos servicios no puede prestar un enemigo torpe? ¡Cuán gran presente del Cielo es uno de estos adversarios honrados, llenos de verbosidad y talentos poco previsivos, que toman las situaciones á la inversa, la opinion en contraviento, los espíritus en contrasentido, y los hechos en contratiempo! Su servicial enemistad es cien veces mas preciosa que la amistad de un Pílades y su decision por Orestes. Es bien conocida esa historia de un enemigo de este género, que desafiando á un hombre á quien odiaba mortalmente, le dirigió muchas estocadas, y no dejó de avanzar, mientras éste no dejaba de defenderse, hasta que un golpe dirigido al pecho, le abrió, no el corazon, sino una apostema interior, de que infaliblemente hubiera muerto, á no ser por aquella feliz casualidad que le dió la vida. Verdaderamente que aquí ha pasado cosa semejante.

No ignoro lo delicado de esta cuestion; pero sin chocar con la opinion de ninguno

de los contendientes, permítaseme espresar la mia. Ninguno mejor que yo honra mas ese generoso entusiasmo, esa fé viva y profunda, y esa noble decision con que un hombre, persuadido de la verdad de su opinion, la defiende cuanto alcanzan sus fuerzas; y cuando él está dotado de talento, confieso que mi admiracion viene á aumentar mi simpatía. Pero, á pesar de esta mi profesion de fé, no dejaré de esforzarme en juzgar con una entera libertad el hecho de que se trata, bajo el aspecto político. Ya se conocerá que quiero hablar de ese jóven y elocuente orador, uno de esos nuevos é impetuosos talentos, de que decia Mr. de Talleyrand, mejor juez en materia de táctica política que en movimientos oratorios: "Sobre todo, señores, nada de celo;" que ha representado un papel de la mayor importancia y trascendencia en esta cuestion, aunque con la desgracia de que el mal cálculo con que atacó á sus adversarios, la hizo desnaturalizar completamente. Entrando en materia nuestro jóven representante al momento en que la discusion sobre la libertad de enseñanza se hacia mas difícil para los hombres del actual sistema, y metiéndose ciegamente en la pelea, comenzó á tirar tajos y reveses; y á propósito de la libertad de enseñanza, peroró altamente sobre el instituto de los jesuitas y sus trabajos en la Bélgica, promoviendo de esta suerte una cuestion que tiene el privilegio de levantar un mundo de preocupaciones y desencadenar terribles tempestades. Difícilmente ha habido jamas hombre mas elocuentemente torpe que éste lo fué en esta circunstancia: pero acaso tampoco contrario alguno se ha aprovechado mejor de un discurso tan torpemente elocuente, para salir de un atolladero parlamentario.

El efecto de este reclamo á favor de los jesuitas fué grande y es necesario confesarlo. El enemigo, que ya perdia los estribos y casi se miraba en el suelo, logró rehacerse, y atacó á nuestro jóven orador de un furioso bote de lanza, de una manera tan hábil y feliz, que lo sacó de la silla. No puede dudarse, repetimos, que esa estemporánea apología de la órden de Jesus fué una escelente jugada para los adversarios de la libertad de enseñanza, estableciendo desde este momento una *solidaridad*, como se dice, ó mas claro, sábia confusion entre ella y el restablecimiento de los jesuitas, haciendo creer que eran cosas iguales; y así fué cómo se descubrió la primera receta de Mr. Süe. Efectivamente, se provocó un grande movimiento de opinion contra los jesuitas, y la universidad, como quien aguarda con los brazos cruzados, hizo aparecer contra ellos acusaciones en forma. El cuerpo universitario, en que no se hallan ambiciosos, ni aspirantes, ni codiciosos, y en que no se cuenta un solo miembro que sea par, diputado, ministro, director general, consejero de estado, gefe de division, tronó altamente contra la ambicion y avaricia de los jesuitas, que segun su constitucion, no pueden, á lo menos personalmente, aceptar ninguna clase de dignidad, empleo, ni dinero

De esta manera se hallaba preparado el terreno el dia en que Mr. Süe vino á darles grandes golpes en el *Constitucional*. Los universitarios ya habian establecido que la libertad de enseñanza era un jesuita, y salvo el estilo, habian resucitado las *Provinciales*; y Mr. Süe se encargó de manifestar á los espíritus conmovidos y á las imaginaciones llenas de asombro, á esos jesuitas ya tan odiados, y compuso un espantoso retrato de cuanto la astucia puede ofrecer de mas diabólico, la avaricia presentar de mas desvergonzado, la corrupcion de mas cínico, y la violencia de mas odioso, y declaró que esta era la Compañía de Jesus. ¡Pero de qué medio valerse para hacer interesantes unas acusaciones, cuyas respuestas se hallaban en

:os? ¿Cómo representar unos hechos historia desmiente por todas partes? editar un instituto, que fué necesasificar para encontrar en él delialumniar un cuerpo cuyos miem. an vistos con respeto por sus virtuque contra ni uno solo se habia le) la menor queja? ¡Cómo libertarse de la crítica que habia confundido á ritores universitarios (*)! El empedifícil, pero el espediente fué fácil: vela, en que con arte se mezclasen rtos de los libelos; que ocupase la n de los ociosos que nada examinan; n su carácter fabuloso se pusiese á o de los ataques de la crítica, pero último resultado infamase totalá los jesuitas, con tanta mayor segucuanto que no podian exhibirse acstimonios, monumentos ni otro gée pruebas en su defensa. Así es e vió realizada la profecía de Mr. en provecho suyo y de Mr. Süe, el movimiento de opinion que poducir al primero al poder, se devia de un modo nuevo, cuando en el ERRANTE tuviese la revolucion su jeue devorar todos los dias.

aquí la primera receta de Mr. Süe; os á la segunda. ¡Cosa notable! o favorece menos en política á Mr. , que en literatura al autor de la noerá una casualidad, pero debe con- que ella es un poco lisongera. Si rreccion del movimiento de opinion los jesuitas y la manera con que lo ha sabido propagar el autor del JUDIO ERRANTE, satisfaciendo diariamente pasiones exaltadas, ha sido el primer móvil de la fortuna de su libro y de la del nuevo *Constitucional* que, al cabo de catorce años, parece haber vuelto á hallar las favorecidas por el antiguo; puede tambien decirse que hay otro móvil de este suceso, que nos trasporta mas atrás, y es la resurreccion del *bonapartismo;* no á favor, se entiende, de la dinastía imperial, sino al de las ideas de guerra, de un despotismo brillante, y de esas terribles luchas que arrebataban á la nacion de unos campos de batalla á otros, sobre las huellas del capitan que hacia forjar por la victoria los grillos con que aprisionaba la libertad. ¡Quién es este Dagoberto, antiguo granadero de la guardia imperial? Es la personificacion de las *victorias* y *conquistas;* el *campo de asilo* encarnado; un cuerpo de que Mr. Süe ha revestido al coro de una cancion á la gloria imperial, que hizo la fortuna de tantos *vaudevilles* en los primeros años de la restauracion, y ha sacado ahora de los escombros de lo pasado el segundo móvil de la fortuna del antiguo *Constitucional.* Napoleon glorificado, como amigo y bienhechor del pueblo, á quien franqueó la entrada por mil puertas á las mas altas dignidades; el lado fatal y odiable del régimen imperial disimulado; esa siega destructora de la poblacion sobrante; el despotismo que hacia pesar sobre la Francia, representado como un beneficio; las ideas de guerra acreditadas, y las inteligencias populares, en fin, inclinadas hácia esa vida de aventuras y esa especie de loteria de los campos de batalla, en que las generaciones iban á rifar su existencia por títulos y una grande fortuna militar, ó el túmulo: hé aquí el fondo de la segunda receta de Mr. Süe.

No es difícil de comprender que esta segunda receta es tan conveniente á Mr. Thiers como la primera. En la lucha minis-

(*) *Mr. Süe se vanagloria en una nohaber auxiliado, dizque con sus rees, el efecto producido por los unitrios, como Mr. Michelet, Quinet, allando como es natural las contes es dadas, no por jesuitas, sino por res seculares, como el conde de Me-Vatismenit y otros. Véase un cuapublicado en esta capital en* 1845, *e Abadiano, con el título:* De los s y su instituto.

terial en que éste se ha comprometido con Mr. Guizot, le es muy importante reanimar el espíritu entorpecido de los franceses, y no sabria maniobrar mejor contra el ministro de la paz, que haciendo nacer á toda costa un movimiento belicoso en la opinion nacional, que no conducirá ciertamente á un desenlace práctico, pero que puede producir una agitacion apasionada favorable á su ambicion.

En efecto, Mr. Thiers ha trabajado incesantemente en identificar su fortuna con el triunfo de las ideas napoleónicas. ¿Y se ha olvidado acaso, que durante su ministerio se repuso la estatua de Napoleon sobre su columna; y que el grande emperador, vulnerable al talon como Aquiles, lleva grabado bajo la bota de bronce, el nombre del pequeño ministro que presidió al restablecimiento de su imágen sobre ese mezquino monumento de la plaza Vendome? ¿No fué tambien Mr. Thiers, quien algun tiempo despues negoció con la Inglaterra la devolucion de las cenizas de Napoleon prisioneras en Santa Helena, y quien concibió la idea de ese pomposo y melodramático triunfo del féretro del hombre de las batallas, que ha presenciado Paris, no reconquistado por la victoria, como debia haberlo sido para dar á esta ceremonia un carácter de verdad y de grandeza, sino rescatado por la diplomacia? En fin, ¿no ha sido ese mismo ministro quien ha consagrado los momentos de reposo que le dejaban los negocios, en estos últimos catorce años, en escribir la historia del imperio, como para poner el sello á la alianza de su fortuna con los recuerdos apasionados de esta grande epopeya militar, que hará volar sus cantos heróicos por los cuatro ángulos de la tierra?

Todo lo que renueva la memoria del imperio y resucita las ideas napoleónicas, favorece, pues, á Mr. Thiers. Bajo este aspecto, el antiguo granadero de la guardia imperial, Dagoberto, no es un peor auxiliar para el suceso político del competidor de Mr. Guizot, como para el literario de Mr. Süe; tanto mas, cuanto que para aumentar la eficacia de esta receta, el novelista del *Constitucional* no ha dejado de traer á la memoria los recuerdos irritantes de la emigracion y destierro, en los personages del veterano de los ejércitos imperiales Dagoberto, del glorioso mariscal del imperio Simon, salido del seno del pueblo, y cuyo padre ha querido permanecer de fabricante, y del noble marqués de Aigrigny, que ha servido en las filas estrangeras contra la Francia; figuras de que ha sabido formar una clase de sombras destinadas á hacer resaltar mejor los caracteres que ha situado en toda su luz. Permítasenos creer que, en esta circunstancia, la célebre frase de Mr. Guizot: *Yo he ido á Gante*, no es muy fuera del caso al uso de la segunda receta de Mr. Süe; porque evidentemente hay al lado de una combinacion literaria, otra política, ó mas claro, sobre ésta se ha fundado aquella.

Digamos de paso una palabra sobre otra tercera receta de Mr. Süe, la única que puede llamarse literaria. Esta especie de pintura á la *Rembrandt* que hace de la Compañía de Jesus, esos tintes sombríos y melodramáticos, podian y aun debian á la larga producir cansancio y fastidio... El lector no puede mas, sucumbe y va á cerrar el libro. ¡Qué hará el autor del JUDIO ERRANTE para obviar á este inconveniente, en que el objeto político que desempeña lo haria de necesidad caer? Ha adoptado un espediente que se emplea con frecuencia en los teatros de melodramas, donde un hablador gracioso viene á alegrar una pieza, cuya gravedad demasiado sostenida y el mucho horror de sus escenas pudieran cansar al espectador. Toma á sus lectores de la mano, y con el pretesto de iniciarlos en los dolores y miserias populares, lo precipita en medio de un baile de Carnaval de manolas y obreros, bosquejado con

un pincel tan atrevido y una tal crudeza de colores, que harian parecer decente y tímida la impudencia de M. Pigault Lebrun, de erótica memoria. Este cambio de escenas tan completo é imprevisto, ha dejado muy atrás las excentricidades mas aventureras de la pluma de Kock, cuyo soez estilo, en vez de describir las costumbres populares, las presenta en su vergonzosa desnudez, le da el mérito de una especie de gazmoñería, y lo constituye un autor casi digno de escribir para las monjas.

Efectivamente, ¿hay cosa comparable al lúbrico paspié de la *Tulipa tempestuosa*, en medio de una loca noche de Carnaval, egecutado por *Rosa la salada*, Nini-Moulin, el Descamisado y la *reina Bacanal!* ¡Qué actores! ¡qué escenas! ¡qué costumbres! ¡qué baile! ¡qué cuadrilla! Esta es una erudicion estraña é inaudita de cuanto la embriaguez de los sentidos, exaltada por la del vino, puede inventar de mas desordenado: es la descripcion de lo que hay mas difícil de describir, no precisamente de ese mundo del crímen que se mueve en los fangos llenos de sangre de los *Misterios de Paris*, sino de ese otro de prostitucion y demencia que gasta la vida y precipita el movimiento, empujándola en la fiebre de los placeres; de la miseria que se olvida bailando con la cabeza llena de vino y el corazon repleto de las ilusiones de los sentidos; de la desnudez pródiga de la angustia, que gasta el pan de un mes en una loca orgía, en cuyo seno sardanápalos indigentes y sus concubinas tan indigentes como magníficas, aguardan, el vaso en la mano y la frente coronada de flores, la hambre y desesperacion que á otro dia llamarán á su puerta. Y todo esto se cuenta, ó mas bien es representado, con auxilio de ese lenguage cínico usado en esos bailes y banquetes, porque la prostitucion tiene su *caló*, como el crímen, y el autor sabe admirablemente enseñar el *caló* á sus lectores.

Esta es la tercera receta de Mr. Süe, y el descanso que se dá y concede á sus lectores de su larga requisitoria contra los jesuitas.--"Sea así, se dirá; pero véase al autor del JUDIO ERRANTE algo alejado de la solemnidad de su principio. La *reina Bacanal* bailando al lado de *Rosa la salada* con el Descamisado y Nini-Moulin la obscena danza de que se ha hablado, forma un estravagante contraste con la escena de los mares polares, *iluminada por el disco azulino de la luna en las regiones de la hambre, de la soledad y de la muerte.* No basta hacer del moralista con los jesuitas, es necesario aprovecharse asimismo de las lecciones que se dirigen á otros.»

Aquí era donde esperaba yo al lector, y le suplico me preste toda su atencion, porque se trata de esponer con el hecho la cuarta receta de Mr. Süe. Acaso se creerá que solamente como pintor ha dibujado el cuadro, cuya idea acabamos de dar, y que su única intencion ha sido distraer á sus lectores. Es un equívoco: estas páginas tan estrañas las ha escrito como moralista. --"¡Cómo! ¡en el interes de la moral está hacer bailar delante de nosotros esos cargadores ébrios y esas cínicas manolas! ¡Como moralista nos inicia en el ruidoso triunfo de la *reina Bacanal!* ¡Para la mayor gloria de la moral nos pone á la vista ese *ideal del cancan;* esas *campanelas muy poéticas*, segun el lenguage de este nuevo La-Bruyere, de que se compone su *Tulipa tempestuosa!*» Así es; y tal es, segun lo he dicho, la cuarta receta de Mr. Süe.

No tengo reparo en confesarlo; su moral es de un género particular, y está renovada de aquellos optimistas de la revolucion de 93, que establecian en principio que el pueblo era siempre bueno, honesto, puro, infalible; que no era responsable de sus faltas, y que toda la responsabilidad debia recaer sobre las clases superiores y sobre la organizacion de la sociedad. Ella dista mucho de la que enseñó Jesucristo, y aun de la de Sócrates, Platon y Ciceron; pero

es la quinta esencia de la imaginada por Fourier; ¿y no esplican esto bastante los aplausos de que ha colmado al autor del JUDIO ERRANTE uno de los periódicos de la secta, hasta avanzarse á proclamarlo el mayor moralista del siglo XIX?

El cuarto móvil de la fortuna de Mr. Süe no es, pues, otro en el fondo, que el sentimiento poco benévo o que ha sabido inspirar al pobre contra el rico, ó para hablar en su idioma, al trabajador contra el ocioso; sentimiento que desenvuelve por todo el libro, irritando de esta suerte las pasiones mas perniciosas del populacho: el horror á la gerarquía, los rencores del pié de la escalera con su alto, los celos de la pequeña propiedad contra la grande, y esa hermana bastarda de la emulacion que eleva el nivel de la sociedad, la envidia, que lo deprime. ¡Y quién ignora ademas que esta ha sido una de las pasiones políticas que Mr. Thiers no ha dejado de lisongear, cuando no ha estado en el poder, y que estos pésimos instintos no le han sido siempre útiles auxiliares para volverle á franquear la puerta del ministerio?

Véase, pues, otro nuevo servicio que Mr. Süe ha prestado á la política del redactor del *Constitucional*, escitando las pasiones que lo auxilian; no porque Mr. Thiers pueda ó quiera hacer algo á favor del sistema democrático, sino porque cuando esta clase de tormenta amaga en el horizonte, se ofrece á la córte como un pararayo que la conjura, pidiendo ser colocado en esta calidad sobre el terrado del edificio político. No determina él la situacion; la esplota.

Resalta de lo dicho con toda claridad la verdadera causa del crédito del JUDIO ERRANTE, y se conocen suficientemente las recetas empleadas para decidir esta fortuna, que no es solamente la del autor de la novela, sino de tres intereses asociados. Mr. Süe gana en la compañía *cien mil francos*, Mr. Veron *veinticinco mil suscritores*, y Mr. Thiers espera con ella *ganar el poder.*

COLONIZACION.—TOLERANCIA DE CULTOS.

(ARTÍCULO 1.°)

Hemos visto en el *Monitor* del viérnes 14 de Julio un proyecto de ley, precedido de una larga esposicion sobre los medios mas propios para que se verifique un pronto aumento de la poblacion de la República, por la inmigracion de estrangeros.

La esposicion de la direccion de colonizacion é industria, debia ocuparse naturalmente de la religion de las colonias; y en efecto, no se ha desentendido de éste importante punto, y lo ha resuelto, como era de esperarse, á favor de la tolerancia pública de los cultos, esceptuando únicamente á los *incrédulos é indiferentes*, á los que cierra formalmente la entrada á las nuevas poblaciones. Así es que le dedica un largo párrafo, en que se conoce que sus autores no profesan las ideas mas exageradas y libres, ó á lo menos confiesan que la religion católica es la verdadera; y solicitan mantenga la nacion á sus espensas su culto. Sin embargo, muchas son las especies que allí se vierten que merecen reflexiones muy sérias; pero siendo esta materia muy estensa, requiere dilucidarse con mas espacio y detencion que lo que permiten los estrechos límites de un artículo, por lo que la dividiremos en varios, para examinar sus diversas proposiciones; comenzando en éste por algunos principios, cuyo exámen debió haber precedido á la resolucion de esa tolerancia pública de

sectas, que bajo el halagüeño pretesto de proteger la poblacion se quiere establecer, acaso contra la opinion general de la nacion, como lo confiesan aun los mas ardientes defensores de esa tolerancia.

Antes, pues, de haberse tratado este interesante punto, parecia natural que los señores de la direccion tuvieran ya resueltas muchas cuestiones, que ellos mismos aseguran no lo están, cuya importancia confiesan, y cuya resolucion debia sin embargo preceder á la esposicion de los medios para realizar el sistema de colonizacion; tanto como fabricar primero la casa, que amueblarla é irla á habitar. Vamos nosotros á examinarlas, sirviéndonos de testo sus mismos trabajos; y se verá que no un ciego fanatismo, sino el mas puro amor á la verdad y el deseo del verdadero y sólido bien de nuestra cara patria, son los únicos móviles de la oposicion que estamos resueltos á sostener, cuanto alcancen nuestras fuerzas, á esa fatal tolerancia de cultos, que si algunos de buena fé, como los individuos citados, creen un arbitrio para promover la felicidad de la República; otra multitud, especialmente entre los periodistas, la solicitan con el mayor empeño, como el medio mas eficaz para combatir la religion católica, y aun lanzarla si les fuera posible de un pais que le es deudor de cuanto es y puede ser en adelante; y pues la prensa liberal, como se vanagloría uno de esos periodistas, es la que debe introducir esa que llama *reforma*, la prensa católica es tambien la que debe hacer resistencia á esas empresas temerarias, que no han sido mas que las fuentes de todos los males en las naciones. Comencemos.

"No ha sido, dice la direccion, ni será "posible tener pobladores, mientras el "llamamiento se haga á territorios que *no* "*se conocen*, y á terrenos que *no están* "*marcados* ni declarados como *baldíos*. "Tal vez no lo son la mayor parte de los "despoblados que no hemos visto sino co- "mo se descubre el horizonte, porque por "todas partes hay propiedades de conce- "siones y ventas antiguas y modernas, *y* "*á la hora de venir á las adjudicaciones á* "*los colonos*, podrian presentarse dificul- "tades. Es fuera de duda que no hay "que esperar colonizacion sino sobre ter- "renos *bien determinados;* y para deter- "minarlos, es preciso que la mano de un "perito los mida y los represente en pla- "nos, anotando en ellos la calidad del sue- "lo, la naturaleza del clima (*las otras cir-* "*cunstancias que los hagan habitables y* "*cultivables*), y la especie de sus produc- "tos, así como las vías por donde pueden "ir éstos á los mercados. Lo ha dicho la "direccion de todas maneras, desde que "presentó el proyecto de su reglamento, "y *lo repite ahora.*" ¿Y está dado ya este primero y esencialísimo paso? No: antes de la guerra, "por la falta total de medios pecuniarios:" despues, porque aunque "las reglas para la medicion de las tierras y el levantamiento de planos están prescritas detalladamente, no resta sino egecutarlas . . . . y se necesitarán de pronto treinta mil pesos para costear los planos." ¡Y es una operacion tan fácil y sencilla declarar cuáles son los terrenos baldíos! Tampoco, pues se opone á esta declaracion un obstáculo de mucha importancia: "la posesion inmemorial de terrenos. La mayor parte de los propietarios tienen tal vez perdidos sus títulos primitivos de compras y composiciones, y el inculcar sus derechos causaria una alarma general. Es conforme á los principios legales respetar aun contra la hacienda pública los derechos de la prescripcion inmemorial." En consecuencia, aun no puede decirse que hay terrenos propiós y acomodados para establecer esas colonias que se proyectan, y cualquiera plan que sobre ellas se discurra es vago y sin ningun fundamento. "Antes de esas

operaciones, no es posible llamar la poblacion estrangera á la República.»

Sin ese requisito tampoco puede resolverse con seguridad otra cuestion de no menor importancia. "El reparto de tier-"ras con que se invita á los nuevos pobla-"dores, brindándoles por concesiones li-"berales, se asemejaria al sarcasmo, si al "mismo tiempo la gente indígena no me-"reciese, estraña en su propio suelo, las "miradas de la consideracion del gobier-"no. La poblacion antigua tambien de-"be ser atendida, para que se multiplique "y prospere; y su prosperidad no puede "esperarse sin medios fáciles y abundan-"tes de alimentarse, que para los habitan-"tes del campo no son posibles sin tier-"ra productiva que labrar.» Reflexion muy patriótica, justa y equitativa "con una clase numerosa, que solo por serlo merece grandes miramientos. . . . que pide proteccion, justicia y medios de vivir, de que tal vez carece *por falta de terrenos.*» Remedio tambien muy oportuno para que terminen de un modo conciliatorio y racional "las turbaciones de la Sierra, que han tenido orígen en disputas de terrenos, ó porque los indígenas se han querido apoderar de los de los propietarios blancos, por la necesidad de proveer á las primeras necesidades de la vida, ó por recobrar aquellos de que estaban privados por indiscretas é ilegales enagenaciones, ó por fallos dados bajo la influencia de los ricos y propietarios.» Consideracion, en fin, muy oportuna, ó porque sin "la formacion de nuevos pueblos aislados,» se ampliarán los antiguos sin necesidad de mas gastos; ó si se formaren nuevas colonias, para lo que basta "menos de mil pesos por familia de cinco individuos. . . .» estas pueden y deben ser, con mejor éxito, compuestas de mexicanos, como se dice de las de militares, vagos, y mal entretenidos. "Síguese de todo esto, que antes de contraer compromisos con el estrangero, debia calcularse hasta qué punto la poblacion católica nacional que existe, puede ser suficiente por sí sola para establecer las colonias de que se trata, ó debe ser auxiliada por la inmigracion estrangera. Para alumbrar, pues, esta cuestion es del todo indispensable "la luz de la estadística, hasta ahora no formada en la República:» debe calcularse igualmente á qué número podria ascender esos soldados inválidos y retirados, y esos vagos, mal entretenidos y viciosos que han de poblar las fronteras: mientras no se haga, nada puede asegurarse con exactitud, y resolverse si deberán ó no convidarse estrangeros, para un sobrante de terrenos que se ignora si resultará.

Careciendo de tan esenciales datos, y estimulada únicamente la direccion de "la idea salvadora de hacer un grande esfuerzo para el pronto aumento de la poblacion,» pasa á tratar de los medios para impulsar *grandes inmigraciones* de estrangeros, añadiendo que los que habrán de venir á nuestro pais en mas número no serán católicos. ¡Y por qué? Hasta ahora no se han mandado agentes al estrangero, para solicitar colonos; ni se sabe si la multitud de católicos de la Bélgica, Irlanda, Polonia, cantones suizos y otros paises, se aprontan á venir á residir entre nosotros. ¿De dónde, pues, se infiere que la inmigracion se verificará principalmente de la clase de los protestantes? Si "la repulsa, se dice, de muchos pobladores, que á tal equivale obligarles á abandonar su religion, será el decreto de la despoblacion en mucha parte,» ¿el convite de conservar la suya, y de evitar con él la persecucion que sufren en su pais natal, solo por su ortodoxismo, no será un sumo aliciente á los católicos? Si se cree que los hombres de conciencia no renunciarán á su culto por la posesion de tierras en que no pueden egercerlo, ¿no es mas creible que los católicos no se nieguen á esta oferta, cuando mantienen la suya? ¿Se cree acaso que los protestantes, tan

versátiles en sus opiniones religiosas, serán mas concienzudos que los católicos en conservar la suya, aun en medio de las mas rudas persecuciones? ¿Se pensará tal vez, como algunos blasfemos periodistas, que vendrán mas bendiciones de Dios sobre este pais, con los que profesan el error, que con los que aman y siguen la verdad? Lejos de nosotros tan injuriosa opinion de los señores de la direccion: ellos han creido de buena fé, que mas serán los protestantes que quieran venir, que los católicos; y como entienden que urge la satisfaccion de esta exigencia del engrandecimiento nacional, por todo pasan, sin aguardar á remitir sus agentes á solicitar colonos, y á que conste de un modo innegable que los católicos se rehusan á la invitacion. Sobre los datos que nosotros tenemos para creer lo contrario, agregaremos lo que acabamos de leer en un periódico.

El Eco del Comercio, en su número del 19 de Julio, inserta un artículo del Sr. D. Juan N. de Pereda, en que son notables las siguientes espresiones: "La Bélgica carece de colonias, y tiene necesidad de buscar al otro lado del Atlántico vastos mercados, donde pueda dar salida á la superabundancia de su industria, tan activa como variada.... Los padecimientos sufridos por estas poblaciones han disminuido ese sentimiento filial (de amor á su suelo natal) que, por otra parte, seria fácil conciliar en una empresa de colonizacion lejana.... Estos agricultores ingeniosos, estos trabajadores infatigables, estos perseverantes industriales, al encontrar en México el *culto católico*, una acogida fraternal, una hospitalidad franca y leal, y la riqueza juntamente con el bienestar que le es consiguiente se ligarán por mil vínculos á su nueva existencia...." Es cierto que "la emigracion se verifica principalmente de paises protestantes;" ¿pero quién duda que los emigrados son en gran parte irlandeses, abrumados bajo el peso de las persecuciones del protestantismo, alemanes católicos, y polacos perseguidos en su pais por su religion? A todos estos debia convidarse de preferencia para colonos de las nuevas poblaciones; tanto mas, cuanto que no es tan fácil como entre los protestantes, se introduzcan *incrédulos ó indiferentes*, cuyo número domina entre las sectas no ortodoxas; evitándose de esta manera lanzar en el seno de la República un nuevo dardo que destruya sus entrañas, é inocule el veneno de la incredulidad é indiferentismo religioso que hoy impera en las naciones protestantes en virtud de sus mismos principios, y aun lo que es peor, el deismo, el pirronismo y el ateismo. No exageramos: así lo ha confesado Mr. Naigron, autor nada fanático, y hé aquí sus palabras: "Acabaré este artículo (*de los unitarios*) con una reflexion cuya verdad no podrá menos de percibir cualquier lector inteligente. La religion católica, apostólica romana es incontestablemente la única buena, la única segura y la única verdadera. Pero esta religion exige al mismo tiempo á los que la abrazan la sumision mas completa de la razon. Cuando en ella se encuentra un hombre de espíritu inquieto, bullicioso y mal contentadizo, empieza desde luego á constituirse juez de la verdad de los dogmas que se le manda creer; y no hallando en esos objetos de la fé un grado de evidencia que la naturaleza de ellos no admite, se hace protestante. Advirtiendo bien pronto la incoherencia de los principios que caracterizan el protestantismo, busca en la secta de *Socino* una solucion á sus dudas y dificultades, y se hace sociniano. Del socinianismo al *deismo* no hay mas que un grado muy imperceptible y un paso que andar: lo anda. Pero como el deismo en sí no es mas que una religion inconsecuente, se va precipitando insensiblemente en el *pirronismo*, estado violento y tan humillante para el amor propio, como incompatible con la naturaleza del espíritu humano. Acaba, en fin, por caer en el *ateismo*, estado verdadera-

mente cruel, y que proporciona al hombre una desventurada tranquilidad, de la que no se puede esperar que salga (*).»

¡Y qué, es posible que cuando dice la direccion que los hombres de conciencia no es creible renunciarán á su culto por intereses temporales, no se tenga la misma consideracion en un pais que profesa la única y verdadera religion, que tiene por principio fundamental, que los intereses terrenos y transitorios deben sacrificarse á los espirituales y eternos? ¿Esas exigencias de poblacion, son tan inmensas y perentorias, que no dejen lugar de reflexionar, si esa admision de colonos de todas sectas á una nacion en que nunca han tenido cabida (en cuanto á su culto público), acarreará mas males que bienes á nuestra sociedad? ¿Se ha olvidado de que "por la colonizacion puede robustecerse la República, ó ponerse en peligros, como ha sucedido ya, siendo su consecuencia la guerra que ha terminado?» ¡Y qué, en esa ingratitud de los colonos de Tejas que tantos males nos acarreó, ¿no habrá tenido alguna parte la poca moral de los protestantes que allí fijaron su residencia, no menos que la de los gobernantes de Washington, protestantes tambien en su mayoría! ¡Se ignora que los Estados de la Union americana en que hay mas católicos, fueron los menos exaltados por la guerra que acabamos de sufrir! Mucha consideracion se tiene á la conciencia de los protestantes, que á la verdad no han dado tantas muestras de ser tan consagrados á su culto; y muy poca ó ninguna á nuestros pueblos, en que realmente, á pesar de la impiedad del siglo, todavía se vé un decidido empeño por las prácticas del culto católico. ¿Y poner á la vista éstos hombres tan descuidados de su culto, no es dar un mal egemplo á los mexicanos, y hacerles creer que la religion solo es una convencion y un acto de política? ¿Y qué será de nuestro pais el dia que se pierda el saludable freno de las creencias y moral religiosas?

Los apologistas de la tolerancia siempre se empeñan en pintar á los protestantes como muy adheridos á su culto; la desgracia es que lo contrario vemos con nuestros propios ojos. Algunos años ha que tenemos en México ministros y enviados de naciones protestantes, y hasta ahora no hemos visto jamas se valgan del privilegio que disfrutan de tener en sus casas capillas ú oratorios, en que se reunan los de su profesion religiosa á los actos que ésta les prescribe, que, casi todos, se reducen á la pública leccion de la biblia: los artesanos y comerciantes jamas han sido muy celosos en guardar la solemnidad del domingo; y no olvidarán los señores de la direccion que ha sido necesario cerrarles sus talleres y tiendas por la policía.... ¿Pero, qué mas? ocupada la capital por el ejército norteamericano, compuesto de individuos de todas creencias, y con una absoluta libertad para egercer su culto, no solo no dieron ningunos buenos egemplos de adhesion á él, sino que los sermones que sus ministros les predicaban en el palacio nacional, cesaron muy luego por falta de auditorio. Véase, pues, si la libre introduccion de tales colonos dejará de causar males muy trascendentales á la creencia de nuestro pueblo.

¡Y cuántos mas no debe causar en nuestro pais la introduccion de esas estravagancias llamadas religiosas, que han degradado al género humano, formando colecciones de cultos como se pudiera hacer de cuadros y pinturas en un museo, y constituyendo una religion pública que no sea mas que la reunion de todas las religiones particulares! "¿Qué seria, segun la espresion de un protestante (*), y en qué vendria á parar esta pobre nacion, situada, á la manera de un cuerpo de tropas, en medio de dos fuegos, entre el furor de la irreligion y el furor del fanatismo!»

Los individuos de la direccion no han pensado lo bastante en los males incalculables que vendrian á la nacion, si se adopta su plan de tolerancia. Consideran que "la repulsa de muchos pobladores, que á tal equivale obligarles á abandonar su religion, será el decreto de la despoblacion en mucha parte;» y no advierten que abrir las puertas á esta clase de hombres, seria un decreto mas eficaz para producir esa despoblacion, promoviendo un nuevo gérmen de discordia, entre los que quisiesen aprovecharse de ese beneficio y la multitud de los nativos de este suelo, que no la llevarian en paz y con tranquilidad. No reflexionan tampoco en que si esas nuevas

(*) *Diction. encyclop. art.* ATHEISME.

(*) *Warbunton, obispo de Glocerter en sus Cartas, pág.* 47.

s floreciesen, causarian celos en las
, que tomarian por pretesto para
·las la diversidad de religion. Las
ében darse con arreglo á las opinio-
la multitud, si el sistema liberal no
arcasmo, y no á las de la menor
Si la tolerancia (no hablamos de
iones religiosas privadas, contra las
guno ha atentado en nuestro pais,
del culto público y legal que se
e introducir), si la tolerancia, re-
s, es hija de la ilustracion, nuestros
no están tan ilustrados todavía
rla establecida; si es el resultado
rrupcion, aun no están tan gene-
e corrompidos; si es, en fin, la
iencia de la necesidad, ¿á dónde es-
s grandes masas de sectarios que
necesariamente esa tolerancia? ¿dón-
hebreos, turcos, luteranos, calvi-
kuákeros, &c., &c., que compitan
católicos y hagan necesaria la to-
de su respectivo culto, para que no
ueble la nacion, y decaiga su es-
, como en otro tiempo los moris-
España, y en Francia los hugonotes?
ura seria no inocular de un nuevo
un cuerpo enfermizo y atacado de
graves y complicadas enfermeda-
necesidad imperiosa en un diestro
, alejar de él las causas que pudie-
ducir en esa espirante naturaleza
s males que llevan al sepulcro á los
s mas sanos y vigorosos; ¿y no de-
conducirse de la misma manera los
hallan al frente de un pueblo que
entra en igual estado y demanda
nos atentos cuidados? Sí, la rebe-
s siempre un delito, un crímen que
primirse y castigarse; pero cuando
semejantes se presentan, no pue-
zon del poder público dejar de re-
se á las causas que los han abortado,
acerlas cesar yendo hasta sus rai-
no será aplicable este principio, pa-
par de nuestra sociedad ese cáncer
e, no de la tolerancia, porque aun
á quién tolerar, sino de la pugna de
ad con los errores, que bajo este
se quiere suscitar, y que debe dar
á millares de escesos? Nuestras
bres, nuestras habitudes y usos, que
an á la vez de las antiguas ideas de
s padres y de las nuevas que la re-
n ha introducido; nuestras conti-
vueltas, los arraigados odios entre las diversas razas que componen nuestra poblacion; la relajacion de los principales resortes del órden social; la obediencia á la religion y á las autoridades civiles; la exageracion de los principios de libertad, mal entendidos por la mayoría de nuestros pueblos, y peor practicados, han reducido á la nacion al estado de perpetua anarquía en que la vemos. ¡Y en estas circunstancias se viene á introducir un nuevo elemento de desunion y trastornos políticos, tanto mas peligroso, cuanto que se cubre con la capa de la religion? ¿Se prestará este nuevo pretesto á los hombres inquietos y á los desmoralizados partidos, avezados por cinco lustros á la revolucion?

Ademas, como deciamos en nuestro número 4, y volvemos á repetir ahora, la tolerancia existe de hecho entre nosotros, y hasta el dia los estrangeros protestantes que viven en la República, no han sufrido jamas ninguna persecucion ni molestia alguna por sus opiniones religiosas; y desafiamos á cualquiera á que diga si en pais alguno de la tierra ha disfrutado jamas de mayor libertad de conciencia que la que disfruta en México. Esto solo destruye cuanto se vocifera de que nuestra intolerancia retrae á los estrangeros de emigrar á nuestro pais. Si ellos prefieren dirigir sus pasos á los Estados-Unidos del Norte, no es en razon de la tolerancia religiosa, sino por los motivos que hemos esplicado en nuestro citado artículo. ¡Qué tolerancia en efecto puede mover á los irlandeses católicos, que mas bien desearian hacer pesar sobre sus opresores protestantes la pena del talion, por lo que les han hecho sufrir por sola su creencia? ¿qué halago puede causarles á los alemanes, franceses, ingleses y suizos, que la tienen establecida en sus paises, en que solo se oprime y molesta á los católicos? Las causas de preferir al Norte son muy diversas, y ellas subsistirán aunque aquí se publiquen treinta leyes de tolerancia; y ahí está Yucatán, que no consiguió un solo poblador de mas, por la que dió sobre el mismo asunto, y antes. . . . pero no nos divaguemos de la cuestion. Nadie ignora que gran parte de esas emigraciones son costeadas por el gobierno inglés y por las compañías norte-americanas, para procurarse operarios y labradores europeos: allá nada importa la creencia, porque no hay ni ha habido nunca religion única y esclusiva: aquí no pasa lo

mismo. ¡Por qué, pues, no solicita la direccion esas mismas emigraciones, acomodándose á las circunstancias de la República y no conforme á las ideas filosóficas! Y si sobran católicos que pasen al Norte América, ¿cómo habian de faltar para venir á poblar un suelo en que vieran, á mas de mejorados sus intereses materiales, favorecida y practicada generalmente su creencia y culto?

Pero nos hemos estendido mas de lo que creimos en este primer artículo. Los señores de la direccion no han llenado su objeto satisfactoriamente en el informe que han dado al gobierno. Los primeros datos sobre terrenos baldíos, número de colonias y pobladores, su situacion, ventajas é inconvenientes, no existen absolutamente. No prueban que escaseen católicos de otras naciones, á quienes distribuir terrenos de preferencia, ni aparecen las providencias que hayan tomado para solicitarlos. No se espresan con exactitud al atribuir la falta de emigracion á nuestro pais á la intolerancia religiosa. Sobre todo, no han pesado atentamente los daños y perjuicios que pueden resultar de esa mezcla del error y la verdad, de las sectas y de la religion, en un pais tan revuelto como el nuestro, y en que una nueva chispa arrojada imprudentemente en medio de tantos conbustibles, puede causar un espantoso incendio. "La horrible situacion de Yucatan habla mas fuertemente que cuanto puede espresarse por pronósticos escritos.... Las revoluciones sociales están ya reemplazando las políticas, y la sabiduría de los gobiernos debe mostrarse en prevenirlas, en remover sus causas mas ó menos próximas." ¿Y quién desconoce que la principal de éstas es ese abatimiento en que yace el catolicismo, único que refrena las pasiones, y ese desprecio á toda creencia que intenta establecerse en las naciones católicas, con el título de tolerancia? Muchos son los encomios que se hacen de esa libertad de religiones y de ese abrazo fraternal que ha logrado se den todas ellas, en los libros de los filósofos; pero lo cierto es que los hechos no están de acuerdo con estas alabanzas. Los señores de la direccion, bastante instruidos y despreocupados, no necesitan de nuestras reflexiones para conocer el triste y lamentable estado á que ha reducido á las naciones todas ese funesto sistema de la tolerancia religiosa: es indudable que las cuestiones teológicas han concluido; ¡pero qué ha ocupado su lugar! los odios, las persecuciones, el derramamiento de sangre, la confusion general, el trastorno en fin de todas las sociedades. "Sonríase enhorabuena, dice el célebre abate La-Mennais (*), sonríase la política del siglo, complacida y satisfecha de este sublime resultado de sus máximas: vanagloríese de la paz que ha sabido establecer entre religiones enemigas: gemimos, pero no nos sorprendemos. Paz, una profunda paz reinaba en los lúgubres campos en que Germánico encontró confundidos los huesos de los germanos con los de los soldados de Varo. Contemplad la sociedad; solo observándola viva y atentamente es como se puede apreciar en justicia el sistema filosófico que tanto se celebra. La religion, como ciencia, se estendia á todas partes, y hoy en todas se hace sentir su falta. Estaba en el gobierno para velar sobre los intereses del pueblo, y protegerle contra los abusos del poder ó de la tiranía; estaba en el pueblo para velar sobre la perpetuidad del gobierno, y escudarle y protegerle contra las pretensiones de la multitud, ó la anarquía; de donde resultaba que el gobierno era á un tiempo suave y fuerte, y el pueblo libre y sumiso. Mas apenas la religion dejó de mirarse como una creencia divina, cuando los gobiernos y los pueblos, puestos como en una especie de estado de guerra, porque el poder sin contrapeso propende al despotismo, y la obediencia sin seguridad á la rebelion, se han visto obligados á pedirse garantías mútuas y buscar su seguridad en *pactos* ilusorios; ilusorios, sí, porque sus infracciones no tienen otro juez que las partes mismas. Tal es la causa en Europa de esa multitud de constituciones medio monárquicas, medio republicanas, verdaderos tratados temporales, armisticios entre el despotismo y la anarquía.--EE.

(*) De la indiferencia en materia de religion *tom.* I, *cap.* II *hácia el fin*.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. 1º—Num. 21.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 12 DE AGOSTO DE 1848. [Num. 21.

ESPOSICION DEL DOGMA CATOLICO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL SEÑOR DE GENOUDE, Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. J. V. A.

RESPUESTA A CIERTAS OBJECIONES.

Destruidos están todos los argumentos en que intenta apoyarse la incredulidad, y puede decirse que no ha quedado una sola dificultad para todo entendimiento cabal y todo corazon recto. De aquí deducimos que en el dia hay que ser católico ó ateo. No hay medio alguno entre estas dos situaciones en que pueda fijarse el entendimiento, y el ateismo no es otra cosa que la desesperacion de la razon y de la humana inteligencia y el suicidio filosófico. En el siglo último se decia que Dios habia adoptado para trasmitir la verdad un modo que ofendia á la razon. ¡Para qué necesitábamos un hombre entre Dios y nosotros? ¿Qué falta nos hace el sacerdocio? Bien fácil era conocerlo. Jesucristo, este Dios de la redencion, se manifestó en esto como el Dios de la naturaleza, supuesto que la verdad se trasmite por el sacerdocio, como la vida por la paternidad. La verdad y la vida tienen un mismo orígen, y la trasmision de ellas está sujeta á las mismas leyes. El mismo Dios que fundó el universo fundó la religion.

¡Por qué sufren los hombres la pena del pecado de su primer padre? ¡Por qué Moisés mandó que se pasara á cuchillo una porcion de gentes, por medio de las cuales atravesaba el pueblo hebreo bajo su direccion? Estos hechos se interpretan como contrarios á la bondad y á la justicia de Dios; pero los que creemos en un Dios creador y remunerador, no admitimos la escepcion, al conocer que en el órden de la naturaleza muchos individuos traen al nacer vicios de conformacion, debidos á la incontinencia de sus padres; que la muerte se lleva millares de niños en su pubertad; que diferentes calamidades, y entre ellas la guerra, no cesan de diezmar el género humano; que el Dios de la naturaleza y el de la Biblia obran en esta parte de un modo idéntico; y así como aceptamos el uno, hay que aceptar el otro, porque el Nuevo Testamonto está ligado tan estrechamente con el antiguo, como éste lo está con el libro de la naturaleza.

Un célebre escritor hace pocos años intentó probar que los sentimientos religiosos eran innatos en el hombre; que habia sucesivamente aplicado este afecto á mas elevados objetos, á medida que él se remontaba en una progresiva civilizacion. Error inconcebible, cuando se sabe sin ninguna duda que la unidad de Dios ha sido el principio del culto del género humano, aunque éste despues haya adoptado la idolatría.

Una de las objeciones que mas se han

repetido en el último siglo es la de Bayle sobre la presciencia de Dios y la caida de los ángeles y del primer hombre. Dios, dicen, sabia anticipadamente que el hombre, abusando de su libre albedrío, pecaria y sería confundido en el abismo: ¿para qué fué creado? Poco valor tiene este argumento para los que conocen el precio de la libertad. Dios existe por sí mismo, y quiso criar al hombre á su semejanza. Pues ¿qué atributo nos eleva á mayor altura que esta dádiva de la libertad, que coloca nuestra suerte en nuestras propias manos, y que nos proporciona el que no pudiendo darnos nuestra misma existencia como Dios, nos creamos, usando de nuestra libertad, una felicidad ó desgracia eterna? Dada una vez la libertad, convenia que el hombre escogiese entre el bien y el mal. Este fué el plan de Dios: su amor debia detenerse ante el decreto de la libertad del hombre ¿Ni quién creeria en efecto en su libertad si no pudiera abusar de ella? Y si todas las criaturas fuesen eternamente felices, ¿quién comprenderia que jamas tuvieran la probabilidad de errar? La presciencia de Dios no determina los actos humànos. Dios vé lo futuro como el hombre lo pasado; lo que nosotros sabemos de Bruto, v. gr., no ha influido mas en su conducta que lo que Dios sabia desde la eternidad.

No se han contentado con estos capciosos argumentos para impugnar el cristianismo: se han empleado mentiras y calumnias. Supónense que en estas palabras, no hay salvacion fuera de la Iglesia católica, es decir, de la universal sociedad de los fieles, ó que tienen fé, habia querido decir la Iglesia que fuera de la esterior profesion del cristianismo, nadie podia salvarse; como si la Iglesia, llamándose no solo cristiana, sino católica, no hubiera querido designar que comprendia á todos los que habian vivido, viven y vivirán en el amor dé Dios en la tierra, á los hebreos fieles, á los patriarcas, á los hijos de Adan y de Sem que observaron la ley como ellos la comprendieron, así como á los hàbitantes de los paises en que el cristianismo aun no se ha promulgado, y que, segun San Pablo, serán juzgados por la ley natural que está impresa en su corazon. "Dios, decia Santo Tomás, enviaria mejor un ángel á un salvage que deseara saber las verdades que necesita para salvarse, que dejarle perecer sin haberlas conocido. Los ataques de la infidelidad respecto á este punto tan importante de la religion, eran dirigidos contra las mezquinas ideas del protestantismo, donde fueron concebidas, y nunca han podido aplicarse al catolicismo, cuyo solo nombre desecha tan miserables esclusiones. Repítese aun hoy que el espíritu del catolicismo es un sistema de innovacion é intolerancia; recordemos la regla máxima de San Vicente Lerinense: *Quod ab omnibus ,quod semper, quod ubique*, y hemos destruido la primera acusacion. La Iglesia católica declara que no cree mas de lo que ha sido creido en todo lugar, siempre y por todos; é invocando la Escritura y la tradicion, imposibilita el que nada particular se introduzca en su doctrina. Muy singular es que venga esta censura de parte de aquellos que trataban de abandonar á la interpretacion individual la sagrada Escritura, al paso que la Iglesia católica sostenia que no podia separarse aquella de la tradicion, porque la enseñanza de la religion debia ser la apostólica y no la particular de un individuo, de una secta ó de una nacion.

No sabemos qué pensar de la acusacion de innovadora que se achaca á la Iglesia católica. En cuanto á la intolerancia, ademas de contradecir lo que acabamos de condenar, no hay que profundizar mucho su exámen, cuando se recuerdan estas máximas, la verdadera regla de la Iglesia: 'La Iglesia aborrece la efusion de sangre; es necesario matar el error y no al que

yerra, al vicio y no al vicioso: sed indulgentes con los demas y severos con vosotros mismos.»

El hombre, para la enseñanza eclesiástica es un órgano y no un legislador. Ha recibido el depósito; le guarda y le trasmite. El papa, el obispo, el presbítero y el fiel, son todos respectivamente partes de un todo: la institucion existe antes que cada uno de ellos, y todos deben estarle sumisos. En la religion católica ninguno está sujeto al hombre. Los mismos concilos, cuando dan sus decretos, están obligados á apoyarlos en la tradicion. El Espíritu Santo habla por su boca, porque no pueden ellos hablar otro lenguage que el de los Apóstoles.

¡Cuánto no se ha dicho acerca de la confesion y de la comunion, cuyo establecimiento fijan en el siglo XI? No han podido menos de convenir en que se conservan estos dos sacramentos y la misma profesion de fé en ellos, que la iglesia latina pone en boca de sus hijos, en la griega, separada en el siglo IX, y entre los nestorianos, separados en el V. ¡Conque ascendemos al menos al IV siglo, y no hay vestigio alguno que un hombre haya inventado en los tres primeros siglos el sentido que damos nosotros á nuestros dogmas sobre la confesion y la comunion? ¡Conque es necesario confesar que estos dos sacramentos vinieron á la Iglesia romana desde los Apóstoles? Lo mismo que decimos de la confesion y comunion, debe estenderse á la primacía del papa, á la invocacion de los santos, á los sufragios por los difuntos, y últimamente, á todos los puntos que han impugnado los protestantes.

Todavía se oye en el dia: ¿Por qué se llama la Iglesia católica ó universal, cuando se observa que el Asia y el Africa son mahometanos ó idólatras? La respuesta es fácil. La Iglesia es universal porque es de todos los tiempos, contemporánea de todas las edades, porque son universales sus principios y porque son aplicables á todos los pueblos y á todos los individuos. ¿Cómo no se cumplirá la promesa de universalidad de lugar sucesivamente como todas las demas, cuando es cierto que la Iglesia es la sociedad religiosa mas numerosa en el mundo? Por otra parte, en el mahometismo y en la idolatría oriental se hallan algunas nociones alteradas de las verdades que la Iglesia manda creer: por consiguiente, abraza y conserva todo lo que hay de cierto en todas las inteligencias humanas.

Es, pues, positivo, que el tiempo sirve siempre para el triunfo de la verdad, y que el Dios que ha fundado el universo y le sostiene, es el mismo que estableció la Iglesia y la afianza en medio de los huracanes.

PORVENIR DEL MUNDO.

Cuando se vé todo lo que ha ocurrido en el espacio de mil ochocientos y mas años, desde que Jesucristo nació, no hay motivo para dudar de la conversion del mundo entero. El catolicismo reinará ó ha reinado en todos los lugares habitados por el género humano antes del fin de los tiempos. En la época misma en que le sustraia el protestantismo una parte de la Europa, Cristobal Colon, impelido por uno de aquellos movimientos irresistibles, que pueden llamarse inspiracion divina, vino á descubrir la América, y á dar al pueblo español donde la heregía no habia tenido entrada mil y novecientas leguas de costas.

Todo lo que ha pasado desde aquella época es la preparacion de la segunda venida de Jesucristo y al cumplimiento de

todas las promesas. Las heregías y las persecuciones de los primeros siglos, agitando la antorcha de la fé, han dado mas esplendor al testimonio de la verdad y de la virtud que habian sellado nuestros primeros padres. El espíritu del error, impulsando á Mahoma para que imitase la mision de Jesucristo, no ha hecho otra cosa que acelerar la destruccion de los altares en que estaban los ídolos, y manifestar al mundo, despues de la caida del paganismo, lo que un pueblo puede llegar á ser, aun con la unidad de Dios, sin conocer al Mediador verdadero. Los bárbaros que vinieron á vengar la sangre de los mártires, destruyendo el imperio romano, se prosternaban al mismo tiempo á los piés de Jesucristo; y las conquistas de la civilizacion no cesaban un momento de estenderse por el mundo entero.

El protestantismo despues ha establecido durante tres siglos una lucha en el seno de la civilizacion, con el pretendido nombre de reforma; y por un beneficio de la Providencia, que sabe sacar del mismo mal un bien efectivo, ha servido para purificar el aire, y justificar esta espresion de San Pablo: *Oportet et hæreses esse*.

El catolicismo ha llegado á ser una luz cuyos rayos brillantes iluminan al mundo. El cristianismo, fiel á su mision, aunque dividido, no ha dejado de estender por el centro de nuestra Europa todas las facultades del espíritu humano. Ciencias, artes é industria han hecho grandes progresos: descubrimientos nuevos han ensanchado los límites del ingenio humano. El vapor que triunfa del tiempo y de las distancias ha aproximado las partes de la tierra. La mecánica ha provisto á la prensa de medios de multiplicar el pensamiento con la misma viveza que el pensamiento mismo.

El telégrafo, escediendo la velocidad de las aves, ha acercado los pueblos lejanos: el vapor y la mecánica han preparado una grande revolucion intelectual, creando, por decirlo así, la generalidad de los conocimientos y de los sucesos. El mundo está en el dia en perpetua comunicacion en todas sus partes, y muy pronto no formará mas que un solo cuerpo, ni tendrá mas que una vida, un mismo pensamiento é idéntico lenguage. Mirad á los rusos invadiendo la Persia, á los ingleses penetrando en lo interior de la India y declarando la guerra á la China, á los franceses luchando contra los árabes en Africa, y á todas las potencias europeas arbitrando en Constantinopla sobre los destinos del Egipto y de la Turquía.

¡Cosa estraña! La revolucion francesa que parecia destinada á la destruccion del catolicismo, producirá su mayor estension y aumento por todo el mundo; porque la Iglesia ha salido de aquella mas pura y gloriosa, aunque parecia sumergida en el abismo.

Cada vez nos admira mas cuando contemplamos los caminos de que se vale la Divina Providencia para convertir en la realizacion de su grande obra los mismos sucesos que parecen un mal á nuestros ojos. Parecia que el comercio, que emplea las inteligencias en las especulaciones materiales, debia enervar los resortes del espíritu; pero marchan las ideas y la industria sobre todas las salidas por donde aquellas se insinúan, y la industria prepara las alas con que ha de volar el ingenio del un estremo del mundo hasta el otro. De este modo los filósofos en su corta carrera, apoderándose de las máximas del cristianismo, han derribado los tronos y las instituciones, quebrantado los instrumentos del suplicio y la tortura, y anulado las leyes que restaban de los tiempos bárbaros; y despues ellos mismos han sido derrotados. Su espada no alcanzó al catolicismo; antes recobrando éste su imperio, halla el suelo preparado y dócil para recibir la fecunda semilla de la verdad. Los judíos,

los protestantes, los griegos y los mahometanos han perdido sus preocupaciones nacionales que los separaban de nosotros; y forsados á examinar las verdades religiosas, entrarán en la Iglesia católica que las conserva todas. Al tiempo mismo en que nació Jesucristo, y cuando se ocupaba en la instruccion de los Apóstoles, presentando su vida mortal como prenda del rescate humano, Roma estendia su poder con sus armas hasta los últimos confines de la tierra: tan repetidos triunfos presagiarian á los ojos carnales el culto de los dioses del Capitolio y de la filosofia griega que llevaban en sí las escuelas romanas. Con todo, las águilas imperiales no hacian mas que trazar los caminos y términos que siguieron muy pronto hombres sencillos, armados únicamente de fé y de verdad, para cambiar la faz del mundo y marchar á su conquista, pisando los ídolos de los falsos dioses.

Las revoluciones que palpamos, las grandes convulsiones de los imperios, las conquistas que hace la inteligencia sobre la materia, son los caminos por donde se estiende el progreso de las ideas, y se propaga por el mundo: lo que nos parece un desórden es la fuerza principal del progreso, es la palanca de Arquímedes que halló el punto de apoyo. Así las conquistas de los romanos prepararon el camino de los Apóstoles.

Observad que el mahometismo, comprendiendo la civilizacion cristiana, y saliendo de su apatía y sus preocupaciones bárbaras, se halla dispuesto á seguir el camino del movimiento. El mahometismo, sin saberlo sus mismos secuaces, marcha hácia el cristianismo, y por consiguiente hácia la libertad. Mirad á los judíos mezclados en los derechos políticos, asistiendo á nuestros campamentos, á nuestras escuelas, á nuestras asambleas deliberantes, á nuestras instituciones provinciales y municipales. De esclavos que eran hánse convertido en ciudadanos, y se ha quitado la valla mas alta que los separaba del cristianismo. Cuando se cansen de esperar, se convertirán, y al convertirse á Jesucristo entrarán otra vez en la Iglesia universal.

Ahí teneis á Ibrahim que permite predicar el catolicismo en la Siria, en tanto que los musulmanes, adoptando las costumbres y trajes europeos, dejan que el cristianismo penetre en el islamismo con todas las ciencias del Occidente.

Han llegado los tiempos señalados por la Providencia Apenas hace tres siglos que la mitad de la tierra era desconocida de la otra mitad. Abre el arte de la imprenta la marcha del progreso, como si este medio de comunicacion los comprendiese todos; la brújula engrandece y asegura la navegacion, descúbrese la América; explóranse y entran en comunicacion con la civilizacion europea el Africa, el vasto continente del Asia, los archipiélagos del grande Océano, las tierras polares, y en fin, la Nueva-Holanda. Merced á estas nuevas progresiones, los contrapuestos polos, los continentes, los mares y rios, todo se convierte en un ancho teatro, en que los principios cristianos se han fijado ó tienden á fijarse. Un nuevo mundo terreno se puebla ó anima con un mundo nuevo de ideas.

Marchamos, pues, á los tiempos profetizados, en que los sucesos que ocurran en medio de cualquier pueblo, deben ser considerados como del interes del género humano: todo esto cumple y acredita la profecía de S. Juan, como lo que pasaba ahora hace mas de mil ochocientos y cuarenta años era la realizacion de la profecía de Daniel. Todo irá mas veloz, porque en el orígen del cristianismo eran menos rápidas las comunicaciones entre los hombres. El mundo entrará pronto en el séptimo milenario, y los comentarios de los Profetas hacen conocer que esta época será mas notable que todas: todo anuncia la conversion

de los judíos, y esta atraerá los mas notables sucesos. Sostengamos la espectacion del Señor, como dice la Escritura. Llegan ya los dias en que debe brillar la Iglesia de Jesucristo con un nuevo esplendor.

¿Qué Jerusalen nueva sale del fondo del desierto brillante de claridad!

Jerusalen despues de la conversion de los judíos está llamada acaso para muy altos designios. ¿Quién sabe si desde allí el sucesor de Pedro se pondrá algun dia en comunicacion con el universo cristiano!

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION IV.

A LOS INTERRUPTORES (*).

"¡Ahora sí que no teneis salida! Estais vencido, desarmado, postrado en tierra. Mr. Eugenio Süe os reservaba una estocada literaria, que os ha castigado por todas vuestras irreverentes observaciones, y que no os deja mas alternativa que seguir de un modo ridículo vuestro capricho, ó retiraros de una manera vergonzosa. La crítica ha sido derrotada, y ahora se vé precisada á ver con admiracion ese genio fecundo é ingenioso, que con un ligero movimiento de su varita trasforma los errores en méritos y los defectos en perfecciones. Confesad, señores críticos, que vuestro adversario es demasiado fuerte para vosotros. "Pigmeos impotentes, huid de la presencia del coloso: nubecillas ligeras é inconstantes, disipaos á los rayos poderosos del sol."

Así hablan los *interruptores*, y por mi parte apenas necesito añadir que ese coloso es el JUDIO ERRANTE, y la crítica el pigmeo; que Mr. Süe es el sol, y que nosotros tenemos el honor de ser las nubecillas. Si creyésemos á los apologistas del célebre novelista, ya no nos quedaba mas recurso que el de marchar con un cirio en la mano y los piés desnudos, á hacer una romería en satisfaccion de nuestras culpas á esa linda casita situada en las alturas del arrabal de San Honorato; esa bella mansion de la cual el *Constitucional*, que se está volviendo poeta á mas no poder, describia aun ayer con tanto amor y coquetería, "las verdes y trepadoras lianas, el césped florido y brillante, y el mueblage colorado y embellecido con clavos de oro, sin contar los vasos preciosos, bellos presentes de las amistades femeninas, que cubren las cómodas y las mesas. . . . ."

¡Pobre *Constitucional!* ¡cuánto trabaja para reanimar el entusiasmo del público! Ese periódico hace con su novelista lo mismo que con esa pasta célebre pectoral que tanto le ha producido en sus anuncios, y con la que pretende haber hecho tantos servicios á los pobres acatarrados; á esos infelices cuya tós no ha aumentado en nada (ni disminuido tampoco) desde que la susodicha sublime pasta pectoral fué in-

(*) *Mr. A. Nettement llama* interruptores *á los que habian suspendido la publicacion del* JUDIO ERRANTE, *que en efecto fué interrumpida por algun tiempo.*—T.

ventada y anunciada en las columnas del *Constitucional*.

En la descripcion de la casa de Süe, nada omite este periódico que pueda escitar la curiosidad y llamar la atencion. ¿Sábese por ventura, que la recámara donde duerme el gran novelista es azuleada?--Sin duda se desea con empeño saber de qué estilo es el salon donde ese hombre grande escribe su JUDIO ERRANTE: pues bien, os lo diré: es de *mosaico!!!* Todo está cubierto de piedrecitas, y conchas y pedacitos de coral. . . . . ¡qué! si parece una gruta encantada!

¡Bravo, bravísimo!. . . . . Pero, señores, escribidnos *Athalias*, *Cides*, *Atalas*, *Faustos*, *Pablo y Virginia*, *Macbeth*, *Child-Harold*, y escribidlos en el salon que os dé la gana. ¿Qué nos importa la descripcion de vuestras casas, si no vais á alquilarlas; ni el inventario de vuestros muebles, si no vais á venderlos?--Haceis embalsamar vuestros perros cuando mueren; nadie os lo puede impedir; pero estos son puramente negocios ordinarios *de familia;* una justa corespondencia entre el cuadrúpedo favorito y su reconocido dueño. Si todos los que embalsaman animales fueran á meterlos en los periódicos, bien pronto la prensa se convertiria en un curioso gabinete de historia natural.

Por lo que hace á los vasos preciosos, bellos presentes de las amistades femeninas, si tuviésemos que hacer alguna observacion sobre una cosa que nada nos importa, recordariamos que, segun las costumbres esquisitas de cortesía y galantería de la sociedad francesa, no era posible sospechar que esta clase de regalos, participando, como participan, del misterio de las amistades que recuerdan, pudieran ponerse como de muestra en un aparador público. Pero una consideracion tan ligera, de ningun modo arredra al *Constitucional*. El anuncio (porque de lo que se trata es de un anuncio) es implacable: la vida, la muerte, el amor, la cólera, la miseria, la riqueza, todo lo pone en contribucion y lo esplota para acreditar el efecto que ofrece de venta.--¿Se recuerda ese interesante personage de un sainete de Sheridan, apellidado *Mr. Puff* (*)*!* El incendio, el granizo, todos los azótes de la humanidad se vuelven fecundos bajo su pluma ingeniosa. Un dia aparece la imágen de una infeliz madre, con cuatro huérfanos desvalidos. Al siguiente un anciano desgraciado, sin familia, que despues de haber servido largo tiempo á su pais con fidelidad, se vé triste y abandonado como Belisario, reducido á tender su mano mutilada á los que pasan, implorando de ellos una compasiva limosna. Y detrás de estas imágenes dolorosas ¿á quién se encuentra?--A Mr. Puff: Mr. Puff, que bebe bien y come á dos carrillos; Mr. Puff, que se almuerza la miseria de los huérfanos, y se cena el abandono del anciano.--Guardando bien todas las proporciones, lo que se nos presenta ahora es un caso idéntico: Mr. Puff es el *Constitucional*.

Fácil será comprender que este hábil periódico ha tenido sus motivos para daguerreotipar este bonito panorama de la vida privada de Mr. Süe: al escribirlo se ha propuesto nada menos el lograr que los suscritores renueven sus suscriciones por otro año. Porque, es evidente; un escritor que escribe en un salon *mosaico*, y que tiene suspendidos en su vestíbulo "un lobo y un gavilan embalsamados," claro es que no puede ser un escritor adocenado; y entonces no cabe duda en que es preciso aprontar los cuarenta y ocho francos, para obtener la continuacion del JUDIO ERRANTE, que cuanto antes va á aparecer en el pe-

(*) *En Francia y en Inglaterra se dá el nombre de* puff *á la recomendacion exagerada y á menudo disparatada que hacen los periódicos de los efectos que anuncian de venta. Sheridan y Grandville han personificado esta idea con la mayor gracia.*--T.

riódico. Esa hermosa cascada que forma un concierto armonioso al estrellarse contra las rocas, los faisanes dorados que revolotean al rededor, las palomas que vienen á posarse al caer la tarde en el musgo de los árboles floridos; todos los personages, en fin, de esta bella pastorela repiten sin cesar este grito: *Suscribios!*

Hasta los mismos lebreles que lord Chesterfield regaló á Mr. Süe, parece que ladran en el mismo sentido, y que, como otros tantos perros de pastor, procuran reunir todo el rebaño de suscritores que el JUDIO ERRANTE habia procurado al *Constitucional.* Parece que las circunstancias son algo apuradas, pues ese periódico, enemigo acérrimo de las genealogías, se deja arrastrar por su entusiasmo hasta el estremo de publicar la de Mr. Süe.--¡Se sabe que su padre y sus abuelos fueron médicos insignes?--Tanto mejor para vuestros padres y abuelos, si tuvieron la dicha de ser curados por ellos--¿Se ignora acaso que la emperatriz Josefina y el príncipe Beauharnais eran sus padrinos?--¡Pues no se habia de ignorar, pecadores de nosotros!. . . . Pero esta ignorancia no nos causaba la menor mortificacion; y hubiéramos preferido que se nos hubiesen señalado dos bellas escenas de mas en el JUDIO ERRANTE, que dos médicos insignes entre los antepasados del autor. Para un novelista de folletines, es decir, para un poeta, es de mayor importancia el haber estado, como Horacio, cubierto en su infancia por las palomas misteriosas, de ramos de mirto y de laurel sagrado, dulce presagio de talento y de poesía, en las escarpadas vertientes del Vulturno, que se levanta como una línea militar entre la Pulla y la Lucania (*), que haber sido sacado de pila por la emperatriz Josefina y el príncipe Beauharnais. --El *Constitucional,* despues de haberlo dicho todo, termina ese bello trozo manifestando á sus lectores que Mr. Süe se halló en la batalla de Navarino. Bien librados salimos con que no nos haya encajado á renglon seguido, que el autor del JUDIO ERRANTE era quien habia ganado aquel sangriento combate.

Pero dejemos á un lado estas miserias, que sin embargo era preciso señalar, aunque de paso, siquiera como uno de los caracteres de nuestra época. Paul-Louis Courrier decia, que la adhesion que inspiran los reyes es siempre algo necia y ridícula; y hoy ¡cómo ha de ser! ya vemos que no hay mas rey que el talento. Se ha declamado mucho contra la lisonja, que lleva cuenta hasta de las mas mínimas acciones de los príncipes, y por esta causa Dangeau y su periódico han sufrido burlas crueles: ¡qué pensais, pues, de los Dangeaus literarios! Pero volvamos al JUDIO ERRANTE.

Los partidarios de Mr. Süe creen, ó fingen creer, que la crítica se halla en una posicion bien dificil. No se apuren, señores; Mr. Süe ha puesto por sí mismo á la crítica en una posicion escelente: el campo de batalla ha quedado por ella, y el JUDIO ERRANTE ha ido á curar sus heridas; ó bien, para servirnos de una metáfora que sin duda será mas del gusto de un escritor que empezó su carrera escribiendo romances marítimos, y que, si no ganó la batalla de Navarino, á lo menos estuvo en ella, diremos que el JUDIO ERRANTE ha ido á componer sus averías. Nosotros vamos á aprovecharnos de las ventajas de nuestra posicion, primeramente para echar abajo las maniobras de los interruptores, y en seguida continuaremos vindicando la moral pública del éxito del JUDIO ERRANTE, quien, á favor de esa diversion, esperaba sin duda respirar algo. Estamos lejos de haber llegado al fin de nuestra crítica; y Mr.

(*) Fronde novâ puerum palumbes
Texêre. . . . .
. . . . Ut premerer sacrâ
Lauroque collat âque myrtho,
Non sine dîs animosus infans.
(ODAS DE HORACIO.)

Süe puede estar seguro de que no ha oido todavía nuestra última palabra.

Lejos de temer las interrupciones, á mí me han gustado siempre. Cuando una estocada alcanza, al que la ha recibido se le escapa un grito involuntario, que revela á pesar suyo la herida. Esto es precisamente lo que ha sucedido ahora. Hé aquí lo que hay. El JUDIO ERRANTE se detiene por algun tiempo, y el *Constitucional* se cree obligado á anunciar que es falso que ese andador eterno haya sido detenido en la mitad de su carrera. A esto añade una biografia poética de Mr. Süe, y una égloga sobre su habitacion, todo con el objeto de sostener y reanimar la curiosidad. Al fin se compromete á publicar, despues de terminado el JUDIO ERRANTE (pero no antes), *los Siete pecados capitales*, del mismo autor, á fin de tranquilizar al mundo, que podia temer la inmensa desgracia de quedarse con el JUDIO ERRANTE incompleto. Al mismo tiempo todos los periódicos amigos de Mr. Süe levantan la voz contra la irreverencia de la crítica. Un diario consagrado al fourrierismo y á Mr. Süe, nos interpela con rudeza; pero esto en nada nos incomoda, pues sabemos por esperiencia que el sectario no tiene la palabra fina y pulida, y que el utopista, á pesar de su pretension de querer civilizar el mundo, á menudo se halla él mismo sin civilizar.

Este periódico se avanza hasta reproducir algunas páginas del JUDIO ERRANTE, á pesar de que tal reproduccion se halla severamente prohibida, so pena de ser perseguida como falsificacion. Pero ese periódico arrostra el peligro; porque, segun dice, su entusiasmo es tan grande, que aun cuando se viese perseguido por el *Constitucional* que no lo persigue, como podeis facilmente calcular, ni aun entonces podria resistir al placer de poner á la vista de sus lectores ese magnífico pasage que desconcierta todas las observaciones de la crítica, y debe obligar á cambiar todos sus ataques en elogios.

¡Qué hay, pues, en eso? Veámoslo. Para descubrirlo, no se necesita ser hábil adivino; basta leer solamente el último capítulo del tomo cuarto de Mr. Süe, que es el que causa esos arrebatos de gozo á sus amigos. En el momento en que el abate marqués de Aigrigny y Rodin su cómplice, despues de haber logrado apartar todos los herederos de Mr. de Rennepont de la casa de la calle de S. Francisco, en la mañana del 13 de Febrero de 1832, se apoderan del cofrecito que contiene, no cuarenta millones, sino doscientos doce millones en valores, patrimonio que van á heredar ahora los jesuitas, gracias á la donacion otorgada ante escribano por Gabriel, ábrese una puerta misteriosa. . . . . y delante de los circunstantes estupefactos aparece el alma de una muger. . . . . Es Salomé Herodías, que entrando en la sala de luto, se encamina derecho á un mueble, toca un resorte saca un paquete cerrado y sellado de un cajon misterioso, lo entrega al escribano, y despues de haber dado su mano á besar al viejo Samuel, desaparece otra vez con el mismo silencio. El escribano abre el paquete; es un codicilo de Marius de Rennepont, que proroga la particion de su patrimonio hasta el mes de Junio del mismo año, *porque á la distancia de cerca de dos siglos habia previsto las maniobras que los jesuitas podrian emplear para impedir que sus herederos se reuniesen en el lugar señalado!* El codicilo contiene toda una peripecia. Los herederos de Rennepont, advertidos y prevenidos ahora, tendrán buen cuidado de no faltar á la próxima cita. El padre Aigrigny sale aterrado y confundido con Rodin, que se muerde las uñas y acepilla su grasiento sombrero con la manga de su vestido; y ambos, arrojándose en un coche-simon, vuelan á toda prisa á la casa de la princesa de San Dizier para participarle este terrible chasco. Aquí nace otra peripecia; y esta es la que escita ó parece escitar el entusiasmo de los partidarios de Mr. Süe.

En este lance el abate marqués de Aigrigny no manifiesta mas que debilidad, impotencia y desaliento. Inclina la cabeza y se lamenta, y declara que el negocio está perdido, y que es preciso abandonar ya toda esperanza de buen éxito. Entonces Rodin, que durante toda esta escena no ha cesado de morderse las uñas con furor, transportado de cólera y con las pupilas hinchadas de sangre, alza la cabeza, y en vez de obedecer á su gefe escribiendo á Roma el malogro de esta grande intriga, censura con los términos mas ásperos y mas crueles la conducta del abate marqués de Aigrigny. ¡Cosa estraña! Creeríase que el deforme y asqueroso habitante de la calle *Milieu-des-Ursins*, ese criado del Tartufo de Moliere, tomado al punto de vista melodramático, es decir, monstruosamente exagerado, creeríase, deciamos, que ha leido todas las críticas que hemos dirigido á Mr. Süe. Porque todas las adopta, y las reproduce hasta en sus mismas palabras, con una escrupulosa fidelidad.

A su modo de ver, el padre Aigrigny no ha cometido sino trastadas. "¡Qué pobreza de invencion! (dice Rodin) ¡qué estupidez en los medios empleados para traerle á buen fin!. . . .¡Qué! ¿tanta ciencia es menester para embocar á cualquiera en un cuarto y dar luego un par de vueltas á la llave? Pues en eso se cifra todo cuanto habeis hecho, dice al abate Aigrigny. A las cárceles de Leipsich las hijas del mariscal Simon. ¿Llegan á Paris? á un convento con ellas. ¿Y Adriana de Cardoville? á un encierro; ¿y el Descamisado? á un calabozo; ¿y á Djalma? un narcótico". . . . . . Esto dá asco.

Esto es precisamente lo que nosotros habiamos dicho de Mr. Süe. El recurso de que ahora se echa mano, consiste en descargar sobre los hombros del personage principal de la novela todo el peso de la crítica que cargaba en los suyos; semejante á un niño de escuela que, sorprendido en una falta, procura disculparse siempre con el que está á su lado. A hacer caso de los periódicos que defienden á Mr. Süe, esta era una red que él habia tendido á la crítica.

"El sabia mejor que *esos señores de la crítica* (decian los defensores de Mr. Süe), cuán imperfectas son las combinaciones que no descansan sino sobre resortes brutales." Pero ahora que él mismo ha condenado al desprecio esas combinaciones, ahora que ha lanzado de su novela al abate marqués de Aigrigny, como un insigne majadero, sobre quien pesan todas las faltas contra el arte que hemos señalado en la obra, "ya no queda nada de la antigua disputa" que habiamos suscitado. Rodin va á continuar la obra de Mr. Aigrigny, y para ello va á valerse de los resortes morales, en vez de recurrir á los medios materiales: es preciso, pues, retirar nuestras críticas sobre lo pasado, y preparar nuestros aplausos para lo venidero.

Imposible seria haber hallado mejor espediente para arreglar el negocio. ¡Eso es lo que se llama despachar aprisa! Si estos lindos argumentos fuesen sin réplica, de veras ya no nos quedaba otro recurso sino agarrar el cirio que tan generosamente se nos ofrece, y emprender la romería de expiacion de que hemos hablado, á la linda mansion de los altos del arrabal de S. Honorato. Pero tenemos la desgracia de no dejarnos convencer tan fácilmente. ¡Cómo ha de ser! Cada uno á su obligacion: los deberes de la crítica son muy diversos de los de la amistad.

La crítica no es ni tan asquerosa ni tan fea como Mr. Rodin, á pesar de que Mr. Süe ha querido, por espíritu de venganza, poner en boca de éste las palabras de aquella. Pero la crítica tiene el gran defecto de ser algo exigente, y de querer hallar en el desarrollo del carácter de un mismo individuo esa unidad, esa continuacion que son el sello de la verdad misma. Horacio

(perdóneme si lo cito al hablar del JUDIO ERRANTE), Horacio, este hombre de tanto gusto, naturalidad y buen sentido, recomienda á los poetas que jamas terminen en un pez monstruoso una figura cuyas partes superiores tienen el carácter de la belleza; es decir, que no cámbien jamas el carácter de una persona al desenvolverlo; que no achiquen lo que es grande; que no afeen lo que es bello; y por consiguiente, que no embellezcan lo que es deforme, ni engrandezcan lo que es pequeño y miserable. Mr. Süe permitirá que se aplique esta regla de Horacio á la peripecia de su cuarto tomo; regla que no solo se halla aceptada por la literatura, sino que está dictada por la mas alta filosofía.--Ved ahí al marqués de Aigrigny sacrificado al inmundo Rodin: nada mas que esto. Aigrigny es ahora un torpe, un nécio, un hombre incapaz, que da asco á la princesa de San Dizier. Está bien: pero yo quisiera que Mr. Süe tuviese la bondad de esplicarnos, cómo al hablar de ese mismo Aigrigny, de ese hombre tan inhábil, tan torpe, tan incapaz, que ha echado á perder toda la intriga; cómo al hablar de ese mismo hombre al principio de su novela, ha podido decirnos al hacer su retrato, que "tenia una frente noble y espaciosa, y que manifestaba una inteligencia elevada, acompañada de una vigorosa organizacion física;" cómo ha podido pintarle contemplando el globo cubierto de innumerables crucecitas rojas, "con una frente altiva, un labio desdeñoso, apoyando su mano sobre el polo, de manera que parecia creerse seguro de dominar el globo, al que contemplaba erguido con toda la elevacion de su alta talla;" cómo, en fin, ha podido añadir, hablando de un hombre tan mediocre, tan impotente, tan inepto, tan novicio en las intrigas y en los grandes negocios, y que lo mas de que puede servir es de secretario del asqueroso Rodin; cómo ha podido añadir que "su frente espaciosa se arrugaba de un modo formidable, y que el artista que hubiese querido pintar el demonio de la astucia y del orgullo, el génio infernal de una dominacion insaciable, no hubiera podido escoger mas fiel y espantoso modelo."

Era preciso escoger desde el principio, porque esta falta de unidad en el mismo personage es intolerable. ¿A qué hacerlo tan fuerte y poderoso al principio del libro, si al fin debia ser tan débil é impotente? O bien ¿por qué tan débil é impotente al fin, si se le queria hacer tan fuerte y poderoso al principio?--¿Por qué tan imponente y grandioso al entrar en escena, y luego tan miserable y ridículo al salir de ella? ¿Por qué el autor, que al principio del libro ha agotado todos los colores de su paleta para dar al abate marqués de Aigrigny el aspecto mas terrible, hasta el estremo de pedir imágenes á Milton, y que no ha vacilado en comparar á este sacerdote formidable, que tiene el mundo en la mano, con el mismo génio del mal, con el monarca de los abismos, ¡por qué, decimos, lo arroja en seguida debajo de los inmundos zapatones de Rodin?

¡Por qué?--No se espere que Mr. Süe lo diga; pero en su defecto lo diré yo.--Porque Mr. Süe, semejante á esos generales que conocen que han hecho una mala maniobra, se ha visto obligado á confesar que la crítica tenia razon, y ha querido hacer un cambio de frente bajo el fuego de las observaciones, á las cuales no podia dar respuesta alguna. Cuando Mr. Süe empezó su novela, el abate marqués de Aigrigny era su principal personage, lo empleaba sériamente, y queria reunir en él todas las imágenes de la fuerza, todos los grandes recursos de la astucia, todo el poder del mal; y Rodin no era entonces mas que su sombra, el vil y subalterno Laurent de un Tartufo. De ahí procedió el retrato que hizo Mr. Süe del abate marqués de Aigrigny, retrato que acabamos de recordar ahora.

Estos medios de union, que Mr. Süe califica hoy dia de tan mezquinos, tan miserables y tan mal combinados, los tenia entonces por la quinta esencia del maquiavelismo, por una obra maestra de política y de habilidad. Es imposible leer la relacion que hace de ellos, ó acordarse de la importancia que les da y el espanto con que abruma al mismo Dagoberto, sin convencerse de la exactitud de esta observacion. Pero cuando Mr. Süe ha visto puesta en claro la pobreza de aquellos medios; cuya invencion le parecia á él tan magnífica, entonces se ha propuesto cambiar su plan como por *post-data*, del mismo modo que Mr. de Rennepont modificó su testamento por un codicilo. Mr. Süe ha echado la culpa á la poca habilidad del principal personage de su novela, cuando toda la falta consistia en la mala composicion del poeta. Ha sacrificado al abate marqués de Aigrigny, para exaltar á Rodin, creyendo que todo el mundo olvidaria el principio de su libro, solo porque á él le daba la gana de echarlo en olvido.

¡Qué importa, se dirá tal vez, si por este cambio completo de ideas, que es fácil de comprender en una literatura momentánea y fugaz, entra el autor en una senda mejor, y si en vez de esos recursos groseros y melodramáticos, va á sustituir el juego fino y dificil de las pasiones?--Importa mucho. En primer lugar, el personage principal del libro, el marqués de Aigrigny, pierde toda naturalidad y verosimilitud, y se convierte en una contradiccion larga y chocante. Ademas, la travesura que el autor, segun dicen, ha querido jugar á la crítica, cae sobre él mismo. ¡Qué gana Mr. Süe en esplicar, por medio de la inhabilidad y torpeza del marqués de Aigrigny, la grosería y la simplicidad brutal de los medios empleados para usurpar el patrimonio de los herederos de Rennepont? Si el superior de los jesuitas en Paris es tan ignorante y tan necio, segun lo afirma su mismo *sócio*, la Compañía de Jesus, á la que Mr. Süe continúa atribuyendo un génio infernal, debe ser igualmente bien nécia en haber confiado y mantenido en la direccion del *principal negocio de la época* (son palabras de Mr. Süe) á un majadero incapaz, que no ha hecho mas que comprometerla.--De suerte, que el espediente que ha inventado Mr. Süe, no lo saca absolutamente de su posicion embarazosa: solo una cosa ha ganado en ello; en vez de esplicar la conducta del marqués de Aigrigny, tiene que esplicar ahora la de los jesuitas.

Por otro lado, ¿cómo podrá comprenderse que Rodin, que hoy se nos representa como tan hábil y tan profundo, y que en clase de espía y vigilante de la Compañía se hallaba constantemente al lado del marqués de Aigrigny, haya permitido á éste el amontonar mil faltas peligrosas, sin revocar sus poderes, toda vez que podia hacerlo cuando bien le pareciese? ¿Cómo se esplica, no diremos ya de una manera razonable, pero siquiera de un modo especioso, esa complicidad del hábil Rodin en las faltas del torpe marqués de Aigrigny? Ese Rodin que habla con tanto desprecio de la torpeza de Aigrigny, ¡no se ha manifestado igualmente inhábil dejando marchar el negocio hasta el punto donde debia ó podia perderse para los jesuitas, sin que en ese caso estremo el mismo Rodin hubiese podido ya cambiar la marcha de los sucesos y la solucion del negocio? Porque él ni siquiera sospechaba la existencia del codicilo: luego debia temer que la sola presencia de cualquiera de los cinco herederos de Rennepont bastaba para echarlo á perder todo. Toda vez que él tenia por débiles, torpes é imprudentes todos los medios empleados por Aigrigny, debia temer que esa trama, urdida con tanta laboriosidad, debia romperse, y que alguno de los herederos de Rennepont se hallaba en la calle de San Francisco el dia señalado.

¡Y con esta conviccion, el hábil, el astuto Rodin dejaba que el marqués de Aigrigny continuase sus faltas! ¡y no le denunciaba, ni le destituia de su empleo! . . . . Y en Roma se guardaba el mismo silencio: despues de haber cometido el error de escoger á un hombre incapaz, se cometia la falta de permitirle que continuase dirigiendo de una manera tan torpe un negocio tan importante. Tomado todo bajo este punto de vista, ¿dónde se hallan la habilidad y superioridad de Rodin? ¿dónde el maquiavelismo de la Compañía de Jesus?

Así pues, fácil es de ver que la crítica ha quedado intacta. En vez de debilitar su fuerza, Mr. Süe se la ha aumentado. Semejante á esos tegedores inespertos que deseando enmendar un defecto en la tela que están tegiendo, pierden los hilos, y en vez de componerla hacen en ella otro nuevo rasgon; así Mr. Süe en vez de enmendar los defectos de su obra, los ha hecho mas chocantes y los ha puesto mas en evidencia. Ademas, se ha comprometido, por boca de Rodin, á no servirse ya mas que de medios morales, de combinaciones intelectuales, con esclusion *de todo resorte brutal* (son palabras de un periódico amigo de Mr. Süe) y de espedientes melodramáticos, lo cual hará su tarea mucho mas árdua de lo que él cree, porque el juego de las pasiones es mucho mas dificil que el de las máquinas de grande espectáculo, que se ponen en movimiento al primer silbido del maquinista. Puede ser que Mr. Süe olvide esta promesa, así como ha olvidado el principio de su libro; pero nosotros nos encargamos de recordársela.

En resúmen, ¿qué tiene de estraordinario, de notable ó de hábil esta última peripecia? Una nueva contradiccion y una nueva inconsecuencia en medio de tantas inconsecuencias y contradicciones, y un cambio evidente en el plan de la obra; cambio que, sin justificar lo pasado, compromete á Mr. Süe en un camino cuyas dificultades tal vez no ha medido. La contradiccion resulta no solo de los pasages que hemos citado, sino del espíritu del libro todo entero. En todo el curso de la novela, el marqués de Aigrigny se nos ha representado como el demonio de la astucia, como el hombre intrigante y artero que juega con las dificultades, y Rodin como una naturaleza bruta, inculta y perversa, que arroja al mal como por instinto; y hasta ahora ha debido creerse que si criticaba á su gefe, era porque no procuraba mas diestramente y sin ceremonias la consecucion de su objeto, valiéndose de los medios enérgicos que cortan de un golpe las dificultades, y porque se detenia con pequeñeces y espedientes simulados, cuando era tan fácil emplear el veneno y el puñal.

Pero hé aquí que de repente cambian los papeles. Rodin se trasforma en un hombre agudo y sutil, un hombre profundamente versado en la ciencia de las pasiones, en un hábil político que sabe cuál de las fibras del corazon humano ha de tocar para poner en movimiento las pasiones. ¡Y el marqués de Aigrigny! Vedlo ahí revestido del villano ropage de Rodin; porque esceptuando los zapatones de hule y el sombrero grasiento, Mr. Süe se lo ha encajado todo. Aigrigny es ahora el lego é ignorante criminal, cuya torpe brutalidad no sabe emplear sino medios violentos y groseros.

No vaya á recordarse ahora que ese marqués de Aigrigny ha pasado su vida en el gran mundo, entre las intrigas galantes y políticas; que ha perfeccionado los estudios de gabinete con los de los negocios; que está acostumbrado á burlarse de todos los sentimientos y á servirse de ellos; que tiene la esperiencia del corazon humano; que ha profundizado todos los secretos de nuestra naturaleza, y que conoce la marcha y ceguedad de las pasiones. Todas estas observaciones, por justas que parezcan, y

precisamente porque son justas, embarazarán á Mr. Süe en el desarrollo de su nuevo plan. Procúrese, sobre todo, olvidar que Rodin no es mas que un monigote, que no conoce el mundo ni el trato de las mugeres; que en su calle Milieu-des-Ursins no ha podido estudiar el juego de las pasiones humanas, y que, la primera vez que Mr. Süe le dió una comision, cometió la insigne torpeza de proponer neciamente al mayordomo del castillo de Cardoville, que fuera el espía de los jesuitas y que traicionara á sus amos.

Estos recuerdos serian un nuevo obstáculo para la realizacion de la nueva marcha que Mr. Süe ha ideado. Rodin dice que tiene mas profundidad y sagacidad que el marqués de Aigrigny, porque es *feo, asqueroso, vírgen*. Hé aquí una razon muy pobre. Precisamente porque es vírgen y feo, Rodin no puede saber nada de las pasiones mundanas. ¿En dónde habrá aprendido los secretos que jamas ha tenido ocasion de estudiar? ¿Por qué intuicion habrá adivinado el mundo, cerrado á sus zapatones de hule y á su grasiento sombrero?

¿Quiere saberse lo que pensamos sobre esto? Segun indica la lógica de los caracteres y de los hechos de la novela, Mr. Süe se habia propuesto, en su primer plan, servirse de Rodin para el envenenamiento y el asesinato, auxiliando así al cólera-morbo, cuya aparicion saluda como la llegada de un aliado; epidemia que, segun se dice, fué como el editor responsable de una multitud de crímenes particulares, que se perdieron en aquella inmensa catástrofe, como las aguas de los rios se pierden en la profundidad del Océano. En el nuevo plan, Rodin va á servirse del efecto moral del cólera-morbo, "para poner en juego las pasiones generosas, nobles, elevadas, que coadyuvan á todas las sorpresas y á todos los ataques, y tambien las pasiones malas y perversas." Son palabras de Mr. Süe, y las repetimos porque lo ponen en un compromiso. Rodin va igualmente á poner en juego "el reconocimiento del amor feliz, la decepcion que conduce al suicidio, y el esceso de la sensualidad que conduce á la muerte por una lenta agonía." La crítica acepta con gusto este nuevo plan, y el empleo de los medios morales sustituido á los resortes materiales, ¡Desempeñará Mr. Süe la obligacion que acaba de imponerse, mejor de lo que desempeñó la primera? Lo veremos.

Júzguese ahora si hemos contestado á los *interruptores*, y si Mr. Süe ha colocado á la crítica en una posicion no tan difícil como ellos habian afectado creerlo. Lejos de tener que quejarse de Mr. Süe, la crítica tendria mucho que agradecerle si se deleitase en sus defectos. Ella espigaba, y él ha querido que se segase. Mr. Süe ha hecho con la crítica lo que hizo Augusto con Cinna: la habia colmado de beneficios, y ahora ha querido abrumarla con ellos. Esto es tan cierto, que nos ha sido imposible aprovechar todas las ventajas que Mr. Süe nos ha dado. En efecto, ¿hemos dicho una sola palabra sobre la ridícula aparicion de la difunta Herodías en medio de los herederos de Rennepont, durante la lectura del testamento; sin duda la primera aparicion que ha tenido lugar ante escribano desde la creacion del mundo? ¿Hemos apuntado por ventura todo lo que habia de inútil y de ridículo en esa aparicion singular, cuando el acaso mas vulgar ó el medio mas natural y sencillo, como por ejemplo, un mueble tocado por inadvertencia, ó una carta que hubiese pasado de generacion en generacion á los descendientes de Samuel, podian haber descubierto ese codicilo? ¿Acaso hemos hablado del testamento de Mr. Rennepont, que en tiempo de Luis XIV adivinó que doscientos años despues debia aparecer el fourrierismo, y legó sus innumerables mi-

llones al futuro *falansterio* (*) que tuviese por objeto "libertar al hombre y á la mu- "ger de toda servidumbre degradante; fa- "vorecer la libre espansion de todas las pa- "siones de que Dios, en su infinita sabidu- "ría é inagotable bondad, ha dotado al "hombre como de otras tantas palancas "poderosas; y de santificar todo lo que "viene de Dios, lo mismo el amor que la "maternidad!»

Véase, pues, á Mr. Süe tocando á la puerta del *falansterio;* y puede que pronto lleguemos á saber que es ya neófito en una secta de *harmonianos.* Sea en hora buena; pero quisiéramos saber si el *Constitucional* y Mr. Thiers seguirán tan bello ejemplo. ¡Qué!; el antiguo ministro de negocios estrangeros y el nuevo propietario del *Constitucional,* arrebatados por el movimiento de una atraccion apasionada, pasarán con sus armas y bagages á colocarse bajo la sombra de los estandartes de Fourrier!

(*) *Sociedad fourrierista ó socialista.*

INDIFERENCIA DE RELIGION.

Combatida la irreligion de las irresistibles pruebas del cristianismo, cuya veracidad jamas podrá abatir, ha inventado finalmente, en su impotencia de proseguir el combate, proponer un tratado de alianza á su enemigo. Con la risa en los labios y simulando su franqueza en despojarse de un poder de que en todo carece, le ha dicho: vamos, termine la guerra entre nosotros; vivamos en paz en adelante, y no turbemos el descanso de los demas: enseñad vuestros dogmas á vuestros pueblos, pero no molesteis la piadosa creencia de los que no han nacido en vuestro seno: siendo todas las religiones buenas, y pudiéndose en todas salvar los hombres, ¿á qué viene el que mútuamente nos hagamos guerra, y procuremos inhumanamente la destruccion de nuestros propios hermanos? De esta manera es como esta impía, viendo no serle ya posible vencer á su adversario, ha solicitado, á lo menos, lograr su impune subsistencia.

Pero sus ideas le han salido vanas: filosofó en otro tiempo muy mal para destruir el cristianismo; y su actual raciocinio es peor para su defensa. Si todas las religio nes son buenas y en todas pueden salvarse los hombres, es necesario confesar que siendo el cristianismo una religion, es bueno, y en él pueden tambien los hombres salvarse.

O se concede esta hilacion, ó se niega· elíjase el medio que se quiera, y sea cual fuere, se hallarán los tolerantes presos en la misma red que fabricaron para sorprender á sus enemigos. ¿Se confiesa que el cristianismo es bueno? Debe entonces confesarse que su bondad ha de consistir en sus máximas esenciales, las que no pueden acrecentarse ó disminuirse sin destruir el cristianismo. Ahora bien: una de estas máximas fundamentales es, que sin fé no hay salvacion: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere será condenado (*). A quien no oiga á la Iglesia, tenedlo por gentil y publicano (†).» Estas palabras, que constituyen un dogma en el cristianismo, prueban evidentemente que las demas religiones son falsas; y por consiguiente solo él debe profesarse, como que únicamente en su seno puede conseguirse la salvacion. ¿Se dice que no es bueno el cristianismo, porque enseña que

(*) *Marc., cap. XVI. vers. XVI.*
(†) *Matth. cap. XVIII. vers. XVII.*

no son buenas las demas religiones, y hace á los cristianos intolerantes? Bien: luego segun este modo de sentir, la intolerancia es la que constituye la falsedad de una religion. Mírese bien lo que se dice; porque bajo este principio, todas lo son, porque todas son intolerantes. Vamos á probarlo. Los *deistas* enseñan que la ley natural es la que prescribe todas las obligaciones del hombre y que no hay revelacion. Con esto condenan á los hebreos, que traen en sus manos las tablas recibidas de Dios sobre el Sinaí; á los turcos, que respetan su Alcorán; á todos los pueblos que veneraban los oráculos; á los luteranos, calvinistas y demas sectas, que reconocen la palabra de Dios en la Escritura.

Los *hebreos* enseñan que debe venir el libertador del mundo, é invocarse el Mesías que esperan. Luego condenan á todos los cristianos, que reconocen su venida; á los turcos, que honran á su Mahoma como el mayor profeta; á los deistas, que sostienen que en medio de tanta luz de la naturaleza, no hay necesidad de un enviado del cielo; y á todos los demas, que se rien de su ley y sus profetas.

Los *mahometanos* admiten tres profetas; Moisés, Jesucristo y Mahoma, y prohiben á sus secuaces indagar la verdad de su religion. Conque condenan, segun esto, á los hebreos y cristianos, que niegan la mision profética del último; á los gentiles, que los niegan todos; á los filósofos, que buscan la religion de la naturaleza en su propia razon, y no la reconocen grabada sino en su propio corazon. En fin, todos se condenan unos á otros: los politeistas á los teistas, y éstos á aquellos; de lo que debe deducirse, segun el referido principio, que todas las religiones son intolerantes, y por consiguiente todas falsas.

Alguno dirá: no es esto cierto: amo mi religion, pero no condeno las otras. Contestemos. El amor nunca debe dirigirse á un objeto falso y pernicioso: por consiguiente el que ama á su religion, es necesario que la tenga por verdadera, y teniéndola por tal, con precision debe tener á las demas por falsas: porque como todas enseñan dogmas contradictorios entre sí, y la verdad no puede hallarse en ambas partes de la contradiccion, si se reputan las demas por falsas, ó no se aman sinceramente, ó se ama la falsedad. Siendo esto así, ¿cómo puede cualquiera gloriarse de ser filósofo y amigo de la razon, cuando no obstante de conocer la falsedad la ama? Dígase en hora buena, que se aman de buena gana todas las otras religiones; pero al que tal diga, yo le contestaré que ama el error, que no es filósofo, y que su religion es su capricho. Elíjase el término que se quiera: sea cual fuere el que se abrace, será ser irracionales é injustos.

Hay otra clase mas benigna de tolerantes, que dicen: creed en buena hora lo que querais, pero dejad á cada cual que viva en el estado segun su creencia. Los hebreos, los turcos, los hereges é incrédulos, se deben sufrir y tolerar, pedir al Padre universal por ellos, pero no lanzarlos de la sociedad. Ellos son nuestros semejantes, y Jesucristo manda amar á nuestros prógimos. Refiérese en el Evangelio, que algunos discípulos del Redentor deseaban que bajase fuego del Cielo y redujese á cenizas á los incrédulos y obstinados; cuyos deseos les fueron reprendidos por el Divino Maestro con estas palabras: "No sabeis todavía el espíritu que os anima: yo no he venido para perder á los hombres, sino para salvarlos." ¿Y quién ignora que Jesucristo mandó á San Pedro claramente volver la espada á la vaina? Y hombres que se precian de discípulos de un tan decidido amigo de la humanidad, ¿se atreverán á perseguir á sus hermanos, solo porque por su desgracia no han sabido aplicar las mismas ideas á algunas palabras? ¡Oh siglos hermosos de la primitiva Iglesia!

¡Oh piedad de Agustin, al contener la espada de Donato contra los hereges! A la verdad, si se consultasen las Santas Escrituras y se leyesen los escritos de los Santos padres, se entenderia mejor el espíritu del Evangelio, y se comprenderia en toda su estension el precepto de la caridad.

No puede negarse que este discurso es muy patético y misericordioso: diremos mas, tiene algo de justo y verdadero; pero es muy falaz y va por mal camino, queriendo hacer universal á todos tiempos, lugares y circunstancias, lo que solo es laudable y necesario en algunas ocasiones. De aquí resulta que los poco instruidos, percibiendo únicamente lo poco de verdadero y justo de semejante discurso, se engañan con facilidad, no descubriendo la malicia y falsedad que encierra. Si escuchamos á los apóstoles de la tolerancia, sus discursos se hallan tan cubiertos con el oropel de la caridad, que fácilmente nos inclinan á respetar sus doctrinas; si por el contrario se oye á los intolerantes, intimidan sus palabras, que no son otras que relámpagos de rayos y vislumbres de desnudos aceros: unos y otros citan en su apoyo autoridades y ejemplos; y ya se inclina la balanza hácia un lado, ya hácia el otro. ¿Y quiénes tienen la razon de su parte? ¿A cuya sentencia debemos diferir? Distingamos como se debe los tiempos y circunstancias; y obsérvese cuál es el verdadero espíritu del Evangelio y de la Iglesia, y nos resolveremos con seguridad por el mejor partido.

Se cita la autoridad. Bien; pero no olvidemos las leyes que están recibidas por los hombres sábios é imparciales, cuando se trata de ella. No basta un paso ó un ejemplo para darle todo su valor, pues de lo contrario, volvemos á lo mismo de pretender todos tener razon sin tenerla. Es necesario confrontar las autoridades, examinar su espíritu, ponderar el tiempo y circunstancias, y de esta suerte, iluminada la autoridad, disipará con su luz todas las tinieblas, y pondrá de manifiesto los límites de la caridad.

Pero antes de todo, ¿de qué se trata en esta cuestion? Aquí no se habla de tolerancia en paises infieles, conquistados por un príncipe cristiano; ni de un reino herege, recien sujeto á las armas católicas; ni de una provincia en que por pacto necesariamente establecido en tiempo de guerra, viven los católicos mezclados de necesidad con los hereges. Esta es una cuestion de otro género; y no hay duda que quedaria bien decidida diciendo: que las mas veces debe usarse del consejo y no del mandato, del agrado y no del imperio, de la dulzura y no de la persecucion. Pero el caso es muy diverso. Se trata de un pais en que la única religion es la fé ortodoxa; en que si hay hereges, están ocultos y sin ningun egercicio público de sus sectas; tolerados en sus creencias privadas, pero separados é inhabilitados para los empleos y derechos religiosos de los católicos. Esto supuesto, véamos si en semejante pais pueda y deba admitirse indiferentemente todo culto de cualquiera religion, y admitir sin diferencia á los derechos y privilegios civiles y religiosos, tanto á los hereges como á los ortodoxos.

Propuesta en estos términos la cuestion, es tan clara y convincente la razon para decidirla, que por sí sola es suficiente, sin echar mano de la autoridad. En efecto; en un reino en que la fé ortodoxa es la única religion, ¿no es ésta con toda verdad el objeto de todas las leyes esenciales y fundamentales del Estado? Abranse los códigos todos de las leyes guardados en los archivos de los paises católicos, y sin la menor escepcion se hallará que una de las primeras sanciones, de las primeras leyes, de los primeros decretos, es la profesion y observancia de la religion católica. Y cuando las leyes esenciales y fundamentales de un Estado no pueden destruirse ni trastornarse sin causas gravísimas y urgen-

tísimos motivos; cuando la ley de la pública, universal y única profesion ortodoxa es una ley permanente en sí misma é indisputable por su propio derecho; cuando el catolicismo está en virtud de ella en posesion, con esclusion de cualquiera otra secta ó sobre ella misma, ¿por qué delito se pretende privarlo de su universal dominio? ¿No seria una injusticia y una manifiesta prepotencia privar de sus legítimos derechos á la verdadera religion, por dar entrada á toda secta estraña, y unir las sectas falsas y escluidas por la ley á la religion única y verdadera?

Por otra parte, hay una ley de naturaleza, que obliga mucho mas estrechamente á propagar el catolicismo y á estirpar las falsas religiones. Hablamos con los católicos, sea cual fuere la forma de gobierno que hayan adoptado, y discurrimos con ellos segun los principios de su creencia. Segun éstos, la autoridad suprema, sea de la clase que fuere, procede de Dios; egerce el poder de castigar á los delincuentes, que esta es la espada de que habla San Pablo al decir que no sin razon la lleva el que manda, como ministro de Dios, el cual principalmente debe dar razon de su conducta. Ahora bien, este representante de la soberanía divina en la tierra, sea un individuo particular, ó un cuerpo moral y colectivo; reuna en sí todos los poderes, egerza uno solo y los demas otros cuerpos soberanos; herede sus derechos de otros, ó los adquiera por la eleccion de sus conciudadanos; ¿no son criaturas del Artífice Supremo, y no dependen como tales de la Eterna Magestad, como todas las demas? No puede esto negarse sin incurrir en la nota de ateos. Luego si Dios ha publicado en el mundo una revelacion, y ha intimado á todos los hombres la obligacion de creer sus dogmas y observar sus preceptos, las autoridades, aunque tales, estarán obligadas, como todos los demas, á escuchar y sujetarse á esa imperiosa voz que liga á los representantes de la soberanía nacional como á sus comitentes, al príncipe como á sus súbditos. ¿Y cuál es el fin con que Dios los ha constituido ministros suyos en la tierra? No otro que el bien, la paz, el buen órden y las utilidades de la sociedad. ¿Y no es un bien de ésta creer lo verdadero y detestar lo falso? ¿No es su vínculo mas firme, tener unidas las almas con una sola creencia? ¿No es un buen órden social, caminar todos á un mismo fin? ¿No es de suma utilidad para los asociados el que se conserve ilesa la única verdadera religion? Las autoridades temporales por lo mismo, como diputadas por Dios para llenar sus intenciones sobre los hombres, están estrechamente obligadas á promover en sus Estados la verdadera creencia, á estirpar las falsas cuanto les sea posible, y con mayor razon mantenerla en la universal posesion y dominio en que la han hallado.

Acaso se dirá que la paz, el buen órden y las ventajas todas que las autoridades deben procurar á la sociedad, son de diverso órden que el culto de la religion, que pertenece á otro muy diverso, cuanto dista lo civil de lo espiritual. Esto seria desconocer todo el influjo de la religion sobre los hombres, reconocido aun por los mismos paganos. Pues qué ¿la paz, el buen órden y les ventajas espirituales, no son medios muy oportunos para mejorar los bienes civiles de la misma sociedad? ¿Podrá negarse que un pueblo en que estén unidos los entendimientos con una misma verdadera creencia, no se hallarán mucho mas estrechados los corazones con una misma amorosa voluntad? ¿Habrá alguno que dude que con mayor eficacia son movidos á conservar la caridad, el buen órden y la fidelidad, los que no solo obran por el temor servil y terreno de los rigores de la espada material? ¿Podrá ponerse en cuestion que es mas fácil hallarse la tranquilidad entre los cristianos, que adoran al

Dios de la mansedumbre y de la paz, que entre los turcos, que veneran á un profeta con el arco siempre armado de flechas y saetas? Nada de esto puede negarse ciertamente sin hacer agravio á la evidencia; de lo que debe concluirse, que si de la religion debe tomar la regla é incrementos el buen órden civil, y el catolicismo es el medio mas propio para conservar éste en una sociedad, las autoridades todas, por su oficio, tienen un deber de conservarlo y promoverlo con esclusion de todas las demas religiones que son falsas.

Y en efecto, ¿cómo puede conservarse la paz entre tantas religiones que, como hemos demostrado, se condenan y destruyen mútuamente unas á otras? Si las primeras autoridades fuesen protestantes, deistas, &c., ¿no serian conferidos los mejores empleos á los de su secta? ¿no tendrian en su mano el principal manejo del gobierno? ¿no los favorecerian con preferencia á un católico, ó á otros de diversa comunion? Es muy natural que así sucediera, y esta predileccion de secta no podria menos de producir envidias y emulaciones en un pais en que en mucho tiempo no equilibrarian las sectas todas al catolicismo, al verse que con unos mismos privilegios se preferia al menor número, y acaso de estrangeros nacionalizados, al mayor de patricios. Es cierto que esto no pasa en otras naciones en que desde su establecimiento todas las religiones están permitidas, pero que en la realidad no hay ninguna; en aquellas en que está permitida toda libertad de costumbres y todo es lícito, salvo el robo y el homicidio, no cabe duda que allí siempre hay paz, pero no leyes. Jamas se ha visto en ninguna parte una paz tan tranquila como en Sibarí, donde ni aun el gallo podia á media noche impedir con su canto el dulce sueño de los delicados niños. Si se desea esta paz, ya no hay cuestion; pero leyes rectas é incorruptas; tolerancia de todas las religiones; ortodoxos y hereges, largo tiempo juntos con igualdad de privilegios y paz verdadera, és imposible.

Demos otro paso. Se confiesa que las autoridades temporales son inmediatos ministros de Dios. ¿Y los ministros no están obligados á defender el honor de sus soberanos? No hay duda. ¿Y el honor de Dios no consiste en someterse á su voz, en promover su culto y obedecer á su revelacion? Es innegable. ¿Y la verdadera religion, el verdadero culto de Dios, la pureza é integridad de la revelacion, no se encuentra en el catolicismo? Siendo todos estos puntos demostrados, debe deducirse, que las autoridades, si como ministros de Dios deben defender su honor, están tambien obligados á proteger y promover la religion católica, y no consentir la introduccion de ninguna otra de las sectas disidentes.

Dirijamos tambien la palabra á las autoridades temporales, y preguntémosles, ¿cuál es el fin con que colocan á un ciudadano al frente de un ejército, le confieren el mando y lo autorizan con amplias facultades? No otro, nos dirán, sino el de defender el pais, atacar al enemigo, derrotarlo, y hacerle desistir de sus locas ó temerarias empresas. Y si este general consiguiese todo ésto, pero al mismo tiempo permitiera que los soldados se burlásen de las instituciones, despreciaran las leyes, no obedeciesen los decretos, conspirasen contra los principios fundamentales de la sociedad, ¿seria tenido por un fiel comandante de los ejércitos? Es cierto que el principal objeto de su comision fué la derrota de los enemigos, y que él lo ha conseguido, esponiendo su vida en las batallas; ¿pero por esto está dispensado de la sumision que debe á las autoridades, del respeto á las leyes, del cuidado de vigilar del honor de la patria, tan solo porque no se le han recomendado directa y espresamente estos esenciales objetos? Decir lo con-

de atraer á la fé católica la mezcla de hereges y ortodoxos? Los hereges son hombres que voluntariamente se han apartado de la Iglesia, ó permanecen de su voluntad fuera de ella, de lo que se sigue que parte por error, parte por malicia, parte por espíritu de venganza, todos ellos son enemigos jurados de la Iglesia, y no maquinan otra cosa que destruirla. Unanse con los católicos, ¿y esta caridad los hará mejores en un momento? ¡los convertirá en amigos? ¡les hará olvidar sus antiguos odios y añejas preocupaciones?

Suelen en algunas naciones permitirse ciertos asilos á las rameras públicas, con el objeto de que un mal irremediable no venga á hacerse mas comun, y para que no suceda que esas halagüeñas y engañadoras sirenas, esparcidas y confusas entre la multitud, fácilmente y sin advertirlo inficionen con su veneno á los ciudadanos. Pero óbrese de una manera contraria: déseles libertad para que salgan de sus inmundos alvergues; mézcleselas con los jóvenes mas morigerados; confiéraseles en la córte honrosas ocupaciones; ¡horroriza este proyecto? ¡Y por qué? Pues qué, ¿esta caridad no conquistará el corazon de esas infelices, y el buen egemplo de las autoridades y señoras honradas, no vendrá á separarlas de su mal estado y á encaminarlas bien? Todavía mas: introdúzcanse en los claustros mas penitentes y edificantes de la ciudad; y sin duda el silencio, el retiro, los ayunos, las virtudes todas de aquellas buenas religiosas, separarán del vicio á estas pobres seducidas y seductoras, y una tan tierna caridad las atraerá mas fuertemente que los mas encantadores halagos de sus falsos y mundanos amantes. El celo menos piadoso se inflama y enardece contra esta escandalosa imágen. Sin embargo, esta paridad no es adecuada ni con mucho con la tolerancia de los hereges (cuando no es necesaria); porque éstos no solamente mueven guerra contra las buenas costumbres, sino tambien contra la raiz de ellas, que es la fé.

De nada sirve decir que entre éstos hay muchos que son puramente hereges materiales, que no conocen el error, no contemplan ir en cosa alguna contra la fé católica, y que con facilidad abrazarian la verdad, si se les propusiese con dulzura; porque aunque es cierto que hay algunos hereges de esta clase, se hallan tan mezclados con los otros malos, que no basta toda la sagacidad humana para discernirlos y separarlos. Ademas, aunque hubiera algunos inocentes por lo que hace á un error que no conocen, amaestrados por los otros, son tan tenaces en sostenerlo y abrazarlo, como los mas malos y rebeldes de cuya autoridad dependen. . . .Pero esta réplica no viene al caso; no se trata aquí de manejarse con dulzura con los simples pervertidos, sino de mezclarlos é igualarlos con los católicos, mientras persistan en su error.

Ultimamente, atendiendo al buen órden de la caridad que, como queda dicho, empieza por nosotros, no pueden las autoridades sin un motivo insuperable permitir en sus Estados las falsas religiones, y mucho menos igualarlas en el favor con la católica. Las autoridades están sujetas como todos, y quizá mas que todos, en especial en aquellas materias que miran á la fé, y que las mas veces esceden la esfera de su conocimiento. Hacer, pues, que admita á los hereges, que los mire con buenos ojos, que los reciba en su seno y les confiera empleos honoríficos, es tenderles lazos para que cautiven su corazon, y á que hombres dispuestos á toda clase de escesos, usen de toda clase de adulaciones para insinuarse en el ánimo de los que gobiernan, y lograr que se les apasionen. ¿Se ha olvidado acaso que Constantino, aunque tan pío y religioso, rodeado de los arrianos de tal suerte fué seducido por ellos, que llegó á desterrar á la invicta co-

lumna de la fé, S. Atanasio? ¡Que su hijo Constanzo mantuvo en su córte á estos mismos hereges y abrazó su secta? ¿Que el emperador Valente, que permitió el libre egercicio de todas, terminó por hacerse arriano y perseguidor de los católicos? Si cada uno, pues, está obligado, en virtud de la caridad propia, á alejar de sí las ocasiones de escándalo, la misma ley obliga á las autoridades á evitar este acto de mal entendida caridad con los incrédulos.

En vano se dice que no hay tal escándalo, porque la caritativa tolerancia quita la máscara al vicio, destruye la hipocresía, y asegura mas y mas á los simples. En un pais intolerante siempre se vé que los hereges, simulando un catolicismo que no profesan, con mayor y mas inevitable habilidad, andan pervirtiendo á los pequeñuelos; pero si llega á introducirse la tolerancia religiosa, libres ya los sectarios del temor de la opresion, hacen pública su ceremonia, y cualquiera puede señalarla libremente: bienes que son mas brillantes y ciertos, que todos los males que sin culpa suya pudiera traer consigo una mal entendida intolerancia. Semejante discurso es falso, y se apoya en un conocimiento imperfecto del escándalo. Este es público y oculto: el primero es mas perjudicial que el otro, porque perjudica á la multitud, al paso que el último solo daña á algunos pocos. Ahora bien: el escándalo que indirectamente pudiera seguirse de la intolerancia, es oculto y muy raro, atendidas las grandes cautelas que se practican en los paises católicos: al contrario el escándalo que produciria la tolerancia, seria público y universal. El que en un pais intolerante hubiese algunos hereges que pasasen plaza de católicos, seria escándalo, porque con su hipocresía pervertirian á los pequeñuelos; pero será mayor el escándalo si, quitada la intolerancia, se manifiestan públicamente los hereges que estaban ocultos. La razon es clara. Estos hipócritas, para ocultar su veneno, practicaban los ritos de los católicos, fingian algunas virtudes, y profesaban, aunque fingidamente la misma fé; y al ver los pequeñuelos que éstos, dejada la piel de corderos se manifiestan lobos, ¿no dirán que han venido á conocer la falsedad de la Iglesia romana? ¿que muy bien se puede ser bueno y piadoso sin la profesion católica? ¿que la religion esterna es un asunto que solo pertenece á la policía? Así lo dirán, ó á lo menos hay peligro próximo de que así lo piensen; y de esta manera inficionado el entendimiento, pasará el escándalo á la voluntad por la pública licencia, por las públicas y supersticiosas ceremonias, por la mayor libertad de conciencia, y por lo favorecidas que se vean en el Estado. ¿Y no será peor y mas universal este escándalo, que el privado de algunos hipócritas? Vaya otra paridad, cuya solucion esperamos. Hay algunos malos católicos que alimentan privadamente y tienen concubinas en sus casas; pero para ocultarse á los ojos del mundo y libertarse de las penas á que los sujeta la ley, fingen devocion y virtud, y toda su conducta esterior es una verdadera hipocresía.

¿Y será buen remedio para destruir este vicio, abolir las penas eclesiásticas y civiles contra los concubinarios? El escándalo que antes estaba entre pocos, ¿no será mas peligroso volviéndose universal? ¿no se dará lugar á que despues se profese públicamente y se haga gala del concubinato?

En vano se alega que Jesucristo ha venido en hábito de paz y mansedumbre, no trajo espada á la cinta, ni anatema, ni maldiciones en la boca; y que aun siendo Rey de los judíos, no los ha lanzado de su Estado. Todo esto es cierto, y la Iglesia misma, imitando los egemplos de su Divino fundador, no respira con los incrédulos y pecadores sino mansedumbre. Muchos hebreos viven pacíficamente en los Estados

de la Iglesia, y cuando el imprudente celo de algunos cristianos se convirtió contra ellos, la misma Iglesia condenó y castigó severamente su furor. Con los mismos hereges, aunque hijos rebeldes de esta amorosa madre, siempre ha procedido en los principios con amonestaciones de paz y brindis de caridad; pero cuando Jesucristo y la Iglesia no pretenden sino salvar y convertir á los pecadores, tampoco deben ni quieren multiplicar esta infiel é ingrata casta. Si el infiel, si el incrédulo y herege ocultan en sí mismos su enfermedad, si no pretenden comunicarla á otros, ni hay peligro de infeccion en el justo, la Iglesia los tolera como madre piadosa y paciente; pero cuando el veneno se difunde, se multiplican los escándalos, se oprime la religion, ó hay peligro de que se oprima, ¿el silencio de la Iglesia no dejaria de ser caridad; y la tolerancia de las autoridades una verdadera injusticia? ¿deberá perderse á todos por no condenarse á algunos; y privarse el Estado de su mejor apoyo, por conservar algunos miembros inficionados y venenosos?

Abrase el Testamento antiguo, y allí veremos á los idólatras, profetas falsos, blasfemos, contumaces y otros reos de semejantes delitos, castigados con pena de muerte. Moisés mandó matar muchos millares de israelitas, porque, faltando á la fé de un solo Dios, adoraron al becerro de oro (*). Elías quitó la vida á los profetas de Baal (†), Matatías mato á un judío que sacrificaba á los ídolos (§). Ni se diga que este fué un celo indiscreto y caprichoso: Dios mismo fué quien mandó esta pena contra los delincuentes. "Si alguno ofreciese su hijo á Moloch, muera (¶). . . . . Mate cada uno á sus prógimos que han sacrificado á Beelfegor (*). . . . . Muera cualquiera que blasfemase el nombre del Señor (†) . . . . Si tu hermano te quisiese persuadir á servir á los dioses estraños, lo matarás sin tardanza (§). . . . . El que alzare la frente no queriendo obedecer al imperio del sacerdote y al decreto del juez, este sea muerto (¶)." ¿Pero qué mas? el mismo Dios habia prohibido á los hebreos el hacer alianza con los gentiles, dándoles por razon el peligro que habia de pervertirse. "Guárdate, dice, de unirte con los habitantes de aquella tierra, en amistad que pueda ser tu ruina (**). . . . No harás con ellos alianza, ni te unirás en matrimonio. No darás tu hija á su hijo, ni recibirás su hija en consorte de tu hijo, porque lo seducirá á no seguirme, y á servir mas bien á los dioses estraños (††)." Ni se diga que este espíritu de justicia ha espirado en la ley de gracia. Es cierto que Jesucristo reprendió á los apóstoles, porque, á imitacion de Elías, querian bajase fuego del Cielo sobre los ingratos samaritanos; pero esto significa que el Salvador queria promulgar en el principio su ley con espíritu de paz; que no es la severidad del Evangelio del todo la misma de la del Pentateuco; y que sin una suma necesidad no debe procederse con los hereges á los estremos suplicios; mas no que esta mansedumbre, siempre y en todo su vigor, deba usarse en su Iglesia. Efectivamente, ¿no fué el mismo Jesucristo, quien lleno de autoridad echó del templo con un látigo á los escandalosos profanadores (§§)? ¿no fué él mismo quien con una poderosa voz hizo caer á sus piés los ministros de la sinagoga (¶¶)? Los

(*) *Exod., cap.* 32, *V.* 27.
(†) *Reg.* 3. ○, *cap.* 18, *V.* 40.
(§) *Machab.* 1. ○, *cap.* 2. ○, *V.* 24.
(¶) *Levit., cap.* 20, *V.* 2.

(*) *Núm., cap.* 25, *V.* 5.
(†) *Levit., cap.* 24, *V.* 6.
(§) *Deuteron., cap.* 3. ○, *V.* 6.
(¶) *Ibid., cap.* 17, *V.* 12.
(**) *Exod., cap.* 34, *V.* 12.
(††) *Deuteron., cap.* 7, *V.* 3.
(§§) *Luc., cap.* 19, *V.* 13.
(¶¶) *Joann, cap.* 18, *V.* 6.

apóstoles no hay duda que debian saber cuál fué el espíritu de su Divino Maestro, y es cierto que S. Pedro castigó no menos que con la muerte el sacrilegio de Ananías y Safira (*); S. Pablo privó de la vista al impostor y mago Elimas (†); y el mismo apóstol, escribiendo á los corintios les dice: "¿Quereis que vaya á vosotros con vara en mano, ó con el espíritu de paz (§)?"

Por otra parte, hay una notable diferencia entre los primeros tiempos de la Iglesia y los presentes. Los príncipes eran paganos, y lo mismo sus Estados: no habiá leyes municipales á favor del cristianismo y del Evangelio. ¿A quién, pues, habian de recurrir los apóstoles para espulsar ó castigar á los hereges? ¿ý por qué leyes estaban éstos condenados á salir del Estado y á tener paz con la Iglesia? Es por lo mismo necesario fijar la época del espíritu cristiano en este particular, desde que los príncipes se sujetaron al Evangelio y los reinos admitieron la fé de Jesucristo; porque la cuestion se reduce á averiguar, si los príncipes y autoridades cristianas deban ó puedan, sin una inevitable necesidad, tolerar en los paises católicos indifirentemente todas las sectas ó religiones: cuestion que no puede instituirse sin la existencia de estos dos términos, á saber: príncipes católicos y paises católicos.

Sin nada de esto, se descubre desde el tiempo de los apóstoles un espíritu severísimo contra los hereges, y una intolerancia tal, que causaria horror en los tiempos presentes á los amantes de la humanidad. Los apóstoles solo eran unos pobres pescadores, que habian comenzado á hacer algunas conquistas á favor del Evangelio, por lo que eran desterrados y perseguidos de muerte por los monarcas de la tierra, paganos supersticiosos. ¡Y bajo tales príncipes habian de procurar ni aun suplicar los apóstoles que no se consintiesen las otras religiones, siendo tal vez ellos los únicos no tolerados.? No obstante, su conducta con los hereges era tal, cual acaso no han llegado á tenerla en los tiempos mas felices del cristianismo los gobiernos mas intolerantes. No hay que horrorizarse: óigase lo que el evangelista S. Juan intimaba á sus discípulos, respecto de los hereges: "Si alguno viene á vosotros, y no os trae esta misma doctrina, no lo recibais en vuestra casa, ni siquiera lo saludeis. (*)" Todavía mas: cuenta S. Irineo, refiriéndose á S. Policarpo, discípulo del mismo S. Juan, que habiendo ido este santo á Efeso, con el fin de bañarse, sabiendo que dentro del baño estaba Cerinto, se retiró de allí á toda prisa, temiendo no se arruinase por estar en él ese herege enemigo de la verdad (†). Prosiguiendo el asunto el mismo S. Irineo, refiere, que habiéndose encontrado el herege Marcion con el mencionado S. Policarpo, le dijo: ¡Me conoces? Sí, le contestó este último; conozco en tí al hijo primogénito del diablo. Tanto temor, concluye aquel santo, tuvieron los apóstoles, que ni aun de palabra quisieron comunicar con los que habian adulterado de la verdad, como escribia S. Pablo en la epístola á Tito: "Huye del hombre herege, despues de la primera y segunda correccion: sabiendo que el que es tal está pervertido y peca, siendo condenado por su propio juicio (§)." ¡Y á vista de esto, podrá dudarse que si los apóstoles hubieran podido, no habrian procurado con los príncipes el que no se permitiese la tolerancia de las falsas religiones!

(Se continuará.)

(*) *Act., cap.* 5. ° , *V.* 4.
(†) *Ibid., cap.* 13., *V.* 11.
(§) *Corint.* 1. ° , *cap.* 4. ° , *V.* 21.

(*) *Epist.* 2. ° , *V.*10.
(†) *Lib.* 3. ° , *cap.* 3. °
(§) *Ad. Tit., cap.* 3. ° , *V.* 10.

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION V.

CARACTER DE LA OBRA BAJO EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO.

No es mi intencion escribir al lado de la novela de Mr. Süe la historia de los jesuitas. Esta seria obra de algunos años, y materia para muchos tomos; y es probable que, al concluir mi tarea, seria ya inútil; porque de aquí á algunos años nadie leerá el JUDIO ERRANTE. Si en efecto escribiese yo tal historia, procuraria distinguir escrupulosamente lo que Mr. Süe ha confundido en todas partes, es decir, el bien que hicieron los jesuitas, y el mal á que dieron lugar. Referiria su intervencion en las misiones; intervencion valerosa, heróica, y tan fecunda para la civilizacion y para la ciencia, como para la fé; y su intervencion en la política, que siempre, y sobre todo en tiempo de Luis XIV y en el siglo XVI, fué tan perjudicial, y dejó en la memoria de los franceses largos y tristes recuerdos, de los cuales proceden en gran parte las prevenciones que existen en nuestro generoso pais contra los jesuitas. Porque en Francia jamas se ha querido tolerar que las cuestiones de soberanía sean resueltas en el estrangero; que las leyes del Estado sean revocables á voluntad de una influencia estrangera; que la religion pueda convertirse en pretesto para la persecucion y la proscripcion política; y que aquel que tiene el honor de mandar á los franceses, pueda depender, en lo temporal, de un poder estrangero. Pesando todas las cuestiones en la medida de la imparcialidad, yo cuidaria escrupulosamente, en una obra de esta clase, de apreciar debidamente las precauciones legítimas que pueden necesitar las máximas ultramontanas de los jesuitas; su ciega sumision á la córte de Roma, aun en las cosas temporales; su escesiva indiferencia por las cuestiones nacionales y los derechos políticos, los cuales, á pesar de la corta duracion de las sociedades humanas, tienen un interes eterno, porque constituyen deberes, y nadie puede faltar á sus deberes de ciudadano, así como no puede faltar á sus deberes de cristiano sin desobedecer á Dios (*). Al mismo tiempo que estableceria estos principios, yo recordaria, en honor de los jesuitas, que ellos defendieron dos veces el principio del libre albedrío del hombre y de la justicia de Dios, primero contra Lutero, y sobre todo contra Calvino, que degradaba la voluntad del hombre, y convertia á Dios en un amo imperioso y bárbaro, que salvaba á unos violentamente á pesar de cuantos delitos cometiesen, y condenaba á otros irremisiblemente á la perdicion eterna, rehusándoles el auxilio necesario de la gracia. Defendiéronlo despues contra los jansenistas, que bajo unas formas mas suaves, reproducian en el fondo la doctrina de Calvino, tan contraria al espíritu del Evangelio como á los sentimientos de equidad natural que Dios ha puesto en el corazon del hombre.

Yo no retrocederia ante la cuestion de los casuistas sobre la moral relajada. En

(*) *Todas estas concesiones son muy gratuitas por parte de Mr. Nettement. Véase la Apología del instituto de los jesuitas del P. Cerutt, que se ha insertado en el tomo III de la Defensa de la Compañia de Jesus, impresa en México en 1842 y la famosa Historia de J. Crétineau-Joly.--T.*

primer lugar me adheriria de todo corazon á la declaracion de la asamblea del clero en 1700, que condenó á esos casuistas, que pertenecian en su mayor parte al órden de los jesuitas, y censuró en la doctrina del probabilismo, el orígen de esa moral que, segun las palabras de Bossuet, "bajo el pretesto de que no pueden desarraigarse los desórdenes que se multiplican en el mundo, toma el mal partido de escusarlos y disfrazarlos, creyendo servir á Dios ganándole almas con esa falsa suavidad, lo cual ha producido opiniones monstruosas que son, de algun tiempo á esta parte, el escándalo de la Iglesia y de la Europa (*)." Despues de haberme espresado con tanta franqueza, miraria como un deber de justicia el recordar que si los principales apologistas del probabilismo y de la moral relajada se hallaban entre los jesuitas, el enemigo mas elocuente y mas austero de esta moral, Bourdaloue, era igualmente jesuita, y que el enemigo mas terrible del probabilismo, el qué sugirió á Bossuet los argumentos mas poderosos de que se sirvió para hacer condenar ese pernicioso error, era un general de los mismos jesuitas, Tirso Gonzalez, que publicó en 1694 una obra notable, en la cual reunió todos los testimonios y todos los argumentos mas á propósito para manifestar los peligros de aquella doctrina.

Hé aquí los diversos puntos que yo tocaria, si me propusiese tratar históricamente la cuestion de los jesuitas. Añadiria, ademas, que si Mr. Süe es católico, debe saber el juicio que formó y espresó el concilio de Trento sobre esa órden célebre. Si es protestante, puede leer el homenage que el historiador Robertson rinde á las costumbres de los jesuitas, cuando dice, que de los veinte mil que fueron espulsados cuando fué destruida la órden, no pudieron hallarse *tres* cuyas costumbres fueran vituperables. Si Mr. Süe es espíritu fuerte, que abra las obras de Voltaire, á quien seguramente nadie acusará de adulador del clero ni de los órdenes religiosos, y leerá las siguientes palabras: "Todo el libro de las *Cartas provinciales* está fundado sobre un cimiento falso: atribúyese en él á toda la Compañía de Jesus las opiniones estravagantes de algunos jesuitas españoles y flamencos. Esas mismas opiniones se hubieran hallado igualmente entre los casuistas domínicos y franciscanos, pero el objeto era atacar á los jesuitas. En esas célebres Cartas quiso su autor probar que los jesuitas tenian formado el designio de corromper las costumbres de los hombres; designio que no puede formar jamas ninguna sociedad ni secta. Pero el autor no trataba de tener razon; trataba solo de divertir al público (*)."

Al recordar estas ideas y estos juicios, yo cuidaria de no dejarme arrastrar del espíritu de entusiasmo ni del espíritu de antipatía, y procuraria permanecer en los límites de una severa imparcialidad. Los jesuitas se hallan en la religion, pero no son la religion; se hallan en la Iglesia, pero no son la Iglesia. No es permitido calumniarlos; pero sí es permitido al catolicismo el indagar si las prevenciones que existen contra ellos en Francia, prevenciones que van siempre juntas con las cuestiones mas íntimas y amargas de nuestra historia nacional, los hacen útiles para el bien, mientras que ellos no quiten todo pretesto á las prevenciones y á las preocupaciones; y si es un buen sistema el ir á buscar los instrumentos enmedio de los obstáculos.

Ya se vé que si yo tuviese que tratar de una manera histórica la cuestion de los jesuitas, el *Constitucional*, á pesar de toda su buena voluntad, no podria revestir mi imparcialidad con el *ropage corto*, y que se veria forzado á acusar al protestan-

(*) *Memorias y discursos de Bossuet, en la asamblea del clero, en 1700.*

(*) *Siglo de Luis XIV.*

te Robertson de ser *profeso de tres órdenes;* y al mismo Voltaire, que es su ídolo, tendria que achacarle, cuando menos, el ser *coadjutor temporal*, como ese corresponsal del reverendo Padre Rodin en Batavia, el cual mantenia unas relaciones tan edificantes con los estranguladores de la India. Pero ¿por qué estender indefinidamente el círculo de una cuestion que se circunscribe naturalmente á lo presente? En la novela de Mr. Süe no se trata de una historia general y metódica de los jesuitas; trátase únicamente del carácter que la Compañía de Jesus tiene actualmente en Francia, de lo que puede hacer en el pais, y de lo que realmente hace. Es, pues, inútil é imprudente el complicar con una cuestion de erudicion histórica una cuestion de hechos, que puede resolverse con echar una mirada sobre la situacion del pais.

¿Es cierto que hay en Francia en la actualidad, ó si se quiere en el año de 1832, una sociedad religiosa, organizada como los jueces-francos de la edad media, ó como la secta de los asesinos de la India, que tiene un gobierno aparte, y mas poderoso que el gobierno de la nacion; una justicia aparte de la justicia pública, y superior á ella; y una multitud de agentes que forman una especie de fuerza armada? ¿Es cierto que esa sociedad religiosa, organizada de esta manera, haya cometido y cometa todavía actos repetidos de violencia y dolo, prohibidos por las leyes y castigados por los tribunales; que haga encerrar á ricos herederos como locos en un hospital; que entregue á un sueño artificial, por medio de un fuerte narcótico, los estrangeros de quienes le interesa apoderarse; que tenga esbirros y sicarios á quienes da la comision de prender violentamente y de despojar á las gentes en la calle; que encuentre en los conventos verdaderas cárceles de Estado, á cuyo fondo detiene arbitrariamente varias prisioneras, arrancadas alevosamente á sus familias? ¿Es cierto que en una época en que el secreto de las cartas se respeta tan poco, esa sociedad de que hablamos tenga establecida una correspondencia central en Paris, por medio de la cual se ordenan toda suerte de crímenes, se conducen fuera de la capital mil tramas tenebrosas contra la libertad, contra la fortuna y contra la vida de príncipes y de particulares?

Todo esto es evidentemente falso, no solo porque nada de esto existe, sino porque es imposible que nada de esto existiera; porque para admitir la verdad de estos hechos seria preciso negar la existencia de las leyes, del gobierno, de los tribunales, de la policía; ó admitir lo que seguramente no admitirán ni Mr. Süe ni el *Constitucional*, es decir, el silencio complaciente de las leyes, la connivencia de los magistrados, la tolerancia de la policía, y la complicidad del gobierno liberal con los jesuitas.

No siendo cierto nada de lo que refiere Mr. Süe, es una inmoralidad presentar como verdadero lo que es falso. Pues qué, ¿si un escritor inventa un negro y horrible drama, y concibe en sus meditaciones solitarias uno de esos romances tenebrosos que la imaginacion de Ana Radcliffe se gozaba en engendrar, y cuyos terrores misteriosos acabaron, como es sabido, por serle fatales á ella misma, pues, semejante á un operario que se ocupa en doblar un muelle, el cual salta en pedazos y lo mata, esa autora infeliz murió de terror al terminar su última novela; si un escritor, decimos, inventa uno de esos dramas terribles, despues de haber ennegrecido cada una de sus páginas con el resultado de sus mas lúgubres y horrorosos ensueños, despues de haber esparcido por do quiera el horror y el crímen, le será permitido el dar por actores de ese drama imaginario--¿á quien? --á personages vivos, reales, que existen entre nosotros? ¿Podrá ese escritor, lo

repetimos, introducir en esa novela inventada á su placer, personages reales y verdaderos, que todos los dias vemos y encontramos en las calles y plazas públicas; convertir á estos personages en perpetradores de crímenes de toda especie, que el autor se ha complacido en inventar, y hacer pesar sobre sus cabezas la responsabilidad de los atentados que ennegrecen su novela, sin que la voz unánime de los hombres honrados se levante para condenar semejante escándalo?

¡Lo ha pensado bien Mr. Süe? ¿Antes de adoptar semejante idea, ha recordado que esto es precisamente lo que hizo Aristófanes para hacer beber la cicuta á Sócrates, al mas justo de los hombres? Pues tal es el peligro de mezclar la ficcion á la realidad. Es preciso deslindar aquí la regla de la aplicacion, porque las leyes no deben hacerse para las circunstancias, sino que al contrario, deben ser una regla absoluta, destinada á regirlas, sean las que fueren; y Montesquieu hace notar, como un carácter deshonroso para muchas de las leyes de Justiniano, el que habian sido evidentemente promulgadas con el objeto de proveer á ciertos casos particulares, y autorizar el partido que de ellos queria sacar el emperador.

Nosotros, pues, que habemos dado á la moral pública la satisfaccion de obligar á Mr. Süe á defenderse, ó á hacerse defender por sus amigos; nosotros preguntamos á los defensores de Mr. Süe, si es lícito el atacar á unos adversarios vivientes, valiéndose de ficciones en las cuales el acusador atribuye arbitrariamente á aquellos las intenciones y actos que á él le conviene atribuirles, toda vez que tales ficciones salen únicamente de su imaginacion? Y si no, ¿qué dirian Mr. Süe y sus defensores, si un enemigo de la Universidad, que tuviese de ella una opinion mas desfavorable que la que Mr. Süe pueda tener de los jesuitas, escribiese una novela en la cual pusiese en accion á todos los profesores universitarios, desde el rector y el consiliario hasta el mas humilde bedel, y si, dando á esta novela una fecha contemporanea, representase á todos los miembros de esa grande corporacion enredados en intrigas infames, conduciéndose como hombres sin fé ni ley, sin honor, sin pudor, capaces de todas las bajezas, de todos los fraudes y de todos los crímenes?

Tal conducta Mr. Süe la hallaria inescusable: diria, y con razon, que todo el mundo tiene derecho de combatir las faltas de la Universidad, sus doctrinas y sus ideas; pero que nadie tiene derecho de inventar arbitrariamente una ficcion difamante, y de mezclar á la Universidad en tal ficcion. En tal caso, Mr. Süe consideraria muy justo el que la Universidad recurriese á las leyes que protegen el honor de las corporaciones como el de los individuos; porque en último resultado, estos son los que componen aquellas, y cuando se representa á una corporacion como corrompida de vicios y de crímenes, conduciéndose de una manera infame, los individuos que la componen se ven cubiertos de la ignominia que sobre ella pesa.

Esto es lo que diria Mr. Süe si se tratase de la Universidad. Se sorprenderia al pensar que el autor de un tal libro no hubiese reflexionado que la acusacion es una especie de sacerdocio, ora se entable ante un tribunal judicial, ora lo sea ante el mas tremendo é inexorable de los tribunales, la opinion pública. Mr. Süe preguntaria con una justa indignacion, ¿qué opinion deberia formarse de un juez de instruccion, ó de un fiscal real, que en vez de instruir un proceso ó de formular una acusacion, recordando fielmente los hechos, los testimonios, los documentos escritos y los interrogatorios, inventase una accion imaginaria, en la cual hiciese representar á los acusados un papel ficticio, segun su capricho ó impresiones, y quisiese fundar un

juicio real y verdadero, pronunciado contra persónas vivientes, sobre esta obra de imaginacion y fantasía?

¡Oh! todo esto seria ciertísimo si se tratase de la Universidad. Y ¿por qué no ha de ser igualmente verdadero, tratándose de los jesuitas?--¿Será tal vez porque estos son jesuitas?--Pero entonces retrocedemos en vez de progresar!--Voltaire, que como es bien sabido, no tenia ninguna simpatía con los judíos, acostumbraba sin embargo decir: "aunque sean judíos, no por esto deben ser quemados."--La calumnia es una llama que abrasa y un veneno que mata. Pues qué! ¿lo que es esencialmente malo se convierte en bueno cuando se aplica á la Compañía de Jesus? ¿un crímen moral se transforma acaso en una buena accion, cuando las víctimas son los jesuitas?--¿Qué mas? ¡deben ser quemados porque son jesuitas?

Ya oigo la respuesta. La Universidad, á la cual con tanto despropósito se ha comparado la Compañía de Jesus, tiene una existencia legal; por consiguiente, si se viese atacada tan cruelmente como los jesuitas, la Universidad tendria mil razones para pedir proteccion y justicia á las leyes, y para hacer condenar á sus detractores. Pero la Compañía de Jesus no tiene existencia legal; hállase fuera de la ley. . . .

Y bien! ¿se halla igualmente fuera de la humanidad? No se trata ahora de una cuestion de partido. trátase de una cuestion de honor, de justicia, de libertad general y de civilizacion. ¿Es una conducta leal el emplear contra los jesuitas, por mas jesuitas que sean, un género de ataque que no es ni legal ni leal, solo porque ellos no pueden defenderse legalmente? El gobierno, que ha favorecido en Francia el desarrollo de la Compañía de Jesus, porque esperaba sacar un gran partido de la complacencia política de los jesuitas, ¿tiene ahora la ocurrencia de asirse al pretesto de su posicion extra-legal, para abandonarlos así á los peligros de la peor de las calumnias, de una calumnia en accion, que renace cada dia en las columnas de un periódico dinástico?

Cuidado, pues, porque no se trata de un órden que no exista mas que en la historia. Si Mr. Süe hubiese tomado por asunto de su novela una sociedad religiosa de las que ya no existen, los templarios, por ejemplo, y hubiese cargado á su placer de oscuras sombras el cuadro que hubiese pintado de ellos, esta licencia hubiera sido algo menos intolerable. En esta clase de dramas retrospectivos, solo padecen la justicia y la verdad; esto es, sin duda, un mal, porque no deberia alterarse nunca la verdad histórica; pero en fin, las consecuencias de este mal no alcanzan sino á algunas tumbas, y no pueden producir ni asesinatos ni otros crímenes. Pero no sucede lo mismo con los jesuitas: con ellos no se trata de recuerdos históricos, sino de individuos que viven entre nosotros, tolerados y aun fomentados por el gobierno, por mas que no se les haya dado una existencia legal. Gracias á esta tolerancia y fomento del gobierno, hace algunos años que los vemos subir á nuestros púlpitos; y ahora, gracias á Mr. Süe, sabemos hasta las calles y casas donde habitan.

¿Ha medido bien Mr. Süe las consecuencias de las pasiones que enciende contra hombres que viven en el centro de nuestras ciudades mas populosas? ¿Seria muy nuevo en Francia el ver un populacho enfurecido y estraviado, atacar las personas y propiedades? ¡no hemos visto á nuestros templos ennegrecidos por mucho tiempo con las manchas de pasiones desordenadas, inflamadas por escritos menos violentos, y sobre todo, menos personales que el Judio errante? Mr. Süe lo sabe bien: si para algunos lectores ilustrados su libro no es sino una novela, para la mayor parte de los lectores, que no tienen el tiem-

po suficiente para profundizar y confrontar con los hechos los cuadros que él presenta, su libro es una historia. Ademas, Mr. Süe tiene sin duda la pretension de todo escritor sério: escribe para ser creido, y quiere comunicar sus ideas á sus lectores. Pues bien, ¿qué sucederá si llega á lograr su objeto?

Un dia, cualquier choque imprevisto, como siempre sucede, producirá una chispa que prenderá fuego á ese cúmulo de materias inflamables que él ha amontonado en los corazones y en las inteligencias. Entre los escritores, las ideas se quedan en el estado de ideas; pero entre las naturalezas mas enérgicas y mas apasionadas, que hierven en una esfera inferior, las ideas se convierten en hechos. La multitud pone en accion los dramas que los escritores inventan en sus gabinetes: allí es un actor formidable que da vida y realidad á todo lo que toca. Mr. Süe sabe bien que con el nombre del padre Aigrigny, basta que se levante una voz, en un momento de confusion y desórden, para que algunos hombres estraviados por la cólera, lancen al fondo de un rio al padre Ravignan, ese hombre de virtud austera y de inteligencia sublime, en el momento en que se dirija al templo de Nuestra Señora para continuar sus elocuentes conferencias. Porque el padre Ravignan es jesuita, todo el mundo lo sabe; y con decir jesuita, basta.

Cuando esto haya sucedido, entonces condenareis á los perpetradores del crímen. Pero yo os respondo que vos sois mil veces mas culpable, porque vos sois quien ha encendido en sus pechos la cólera que los ha estraviado, y ellos no han sido mas que los ciegos instrumentos de un crímen, cuya idea se les ha ocurrido leyendo vuestros escritos. ¡Y qué diríais todavía si esos mismos hombres, arrebatados por una indignacion furiosa al pensar en los atentados, que segun decís, se cometen en ciertas casas religiosas que señalais, aprovechasen uno de esos momentos en que Paris siente hervír bajo sus piés ese tremendo volcan donde arde la lava de las ideas y las pasiones, y cuyas erupciones terribles trastornan al mundo; qué diríais si en ese momento llevasen la tea incendiaria á esos conventos donde, segun decís, están detenidas las víctimas, en donde están encerradas como locas las herederas á quienes se quiere despojar de su patrimonio, en donde se emplea la violencia para obligar á las pobres huérfanas á contraer matrimonios odiosos? ¡Opinareis luego que estos ataques contra personas y propiedades deben castigarse? Pero estos ataques ¡quién los habrá escitado, preparado y determinado?--Vos! nadie sino vos!

¡Sabeis lo que le sucedió al condestable de Borbon cuando conducia su ejército á Italia? Para contentar á sus soldados, queria permitirles el saqueo de una ciudad, y solo se hallaba indeciso sobre su eleccion. Pero la mayor parte de esos soldados luteranos, que venian de Alemania con el espíritu imbuido de las lúgubres maldiciones de Lutero contra Roma, á la cual señalaba sin cesar en sus escritos como una segunda Babilonia, condenada por Dios á la ruina y al esterminio, obligaron á su gefe á que los condujese contra aquella capital del catolicismo. Así fué como las espadas afiladas por los folletos de Lutero, y las teas inflamadas al terrible incendio de sus palabras, llevaron el fuego y el degüello àl seno de la ciudad eterna. ¡Quién fué mas culpable del saqueo de Roma, Lutero, ó los soldados del condestable de Borbon? El mas culpable fué evidentemente Lutero; porque él fué el juez que condenó á Roma: los soldados solo fueron los verdugos que ejecutaron la sentencia.

EMIGRACION.—TOLERANCIA RELIGIOSA.

Bajo este rubro nos ha regalado *El Eco del Comercio* (el 22 de Julio) otro artículo de *El Arco-Iris* de Veracruz, muy semejante al que impugnamos en nuestro núm. 7, y á cuya censura se sirvieron deferir los mismos señores editores, confesando no hallarse en total acuerdo con sus ideas, y que únicamente lo habian insertado para manifestar su *imparcialidad* y dar á conocer el *pro* y *la contra* de las cuestiones. El mismo motivo los habrá impulsado á copiar esta nueva produccion de tan *irreligiosas* plumas; pero constituidos nosotros opositores de tales escritos, y comprometidos á levantar el guante que se nos ha arrojado, nos presentamos en la estacada, sin temor de esa grita tumultuosa que se convida armar á todos los periodistas contra la verdad, contra los intereses de la patria, y contra esa opinion general de que los periódicos se vanaglorian ser el órgano, el éco y el canal. Examinemos, pues, el artículo, y veremos mas claro que la luz, que solo es un fárrago de máximas estúpidas, impías, blasfemas y anti-liberales, indigno en consecuencia de ser admitido en las columnas de un periódico que se precia de juicioso, sensato é ilustrado, y que puede tratar esta cuestion de una manera mas decente y comedida que con la insercion de tan tenebrosas producciones.

Entran los editores de *El Iris*, como todos los de su clase, anunciando pomposamente que desean "un porvenir grandioso para su patria;" y tal es el objeto que los impulsa á tratar la materia mas delicada que puede tocarse entre los mexicanos: *la tolerancia religiosa*. Ya veremos despues si ésta es el mayor obstáculo que se opone al incremento de poblacion por que se suspira, ó si en esas declamaciones contra la intolerancia se llevan otras miras mas avanzadas, de que solo es pretesto la colonizacion; pero primero demos una idea de lo que significan en el idioma filosófico las palabras *porvenir* y *en adelante*, lo que allanará no poco el camino para lo que espondremos sobre los proyectos de los *tolerantes*. "Estos vocablos, dice un escritor que estudió con bastante aplicacion el lenguage revolucionario, son el áncora de la moderna filosofia, y los que deben remediar los males infinitos que ella ha producido, produce y producirá en todas las naciones. Cuando el *filosofismo* es convencido de las mayores iniquidades, de las inauditas calamidades y miserias en que ha precipitado á los pueblos, se ase del vocablo *porvenir* como de su áncora y último refugio. Y nadie negará que en esto obran los *filósofos* como hombres de prudencia, pues son en esto como aquel otro que para librarse de la muerte prometió que enseñaria hablar un borrico en espacio de veinte años, bien seguro de que en este tiempo moriria él ó el asno, ó el grandísimo salvage que creyó la promesa. ¡Qué le cuesta al gran ladron que quema mi casa, que me roba mis bienes, que me deshonra y da de palos, prometer que restituirá ciento por uno á mis biznietos! Que tiranizando y destruyendo ciertos sugetos el mundo presente, prometan hacer feliz al mundo futuro, que no existe, y que no podrá reconvenirles, no es ninguna maravilla. Eslo sí, y muy grande, que haya hombres tan sumamente tontos que les den crédito. Ninguno que tenga ojos puede tener la menor duda sobre cuál será el *porvenir filosófico*, si reflexiona con seriedad en el vocablo (*)."

(*) *Nuevo Vocabulario filosófico-*

Efectivamente, el *porvenir* ha sido entre nosotros no solo el pretesto para todas las reformas, sino la disculpa de todas las calamidades que han ocasionado nuestros continuos pronunciamientos *libertadores*, *regeneradores*, *restauradores*, &c.; y últimamente, ahora se adopta para los progresos reformistas, en tantas materias que los pasados mejoradores de nuestra suerte han respetado, temerosos de las malas consecuencias de un cambio impreviato y poco meditado de cosas establecidas durante tres siglos. Solo tal cual de los llamados *ilustrados*, ó hablemos sin disfraz, de los corrompidos discípulos de Voltaire y demas corifeos de la impiedad habian hasta ahora tocado este punto de tolerancia religiosa, que no tiene otro objeto que atacar al catolicismo, privar al clero de sus preeminencias, robar los bienes de la Iglesia, abrir la puerta al ateismo, é inundar de sangre á nuestro pais, como lo fué desgraciadamente la Francia en el siglo pasado. Que este y no otro era el objeto de estos tolerantes, bastante se les ha demostrado en no pocos escritos (*), y bien sabido es que no fué otro el del filósofo *Helvetius*, cuya dulzura y suavidad se ha ponderado con afectacion, y cuya tolerancia, segun Mr. Grimm (†), nada sospechoso en esta declaratoria, "no se estendia mas que á los vicios particulares de la sociedad, pues en cuanto á los autores de los males públicos (el clero católico y todos los adictos á la religion verdadera), los ahorcaba ó los quemaba sin misericordia. En todo caso no gustaba de paliativos, dejaba jamas de indicar los últimos remedios, y por consiguiente los mas violéntos." El los indicó, y sus buenos discípulos, los humanísimos asambleistas parisienses los adoptaron y ejecutaron, en forma de no dejar duda de las amenidades que acompañan á la tolerancia; y sus nuevos secuaces mexicanos, amenazando desde que abrieron su boca, con el "momento en que, exasperados los filósofos, hagan correr á rios la sangre" (*), dieron otro testimonio de no haberse estinguido en el mundo el blando, y dulce, y suave, y humano y filantrópico fuego filosófico.

Deshechos en mil encuentros los primeros tolerantes, no por eso han dejado de pulular sus principios en la moderna generacion de odios y revoluciones; pero ó menos instruida ésta que aquellos, ó mas hipócrita, no se ha atrevido á volver á la carga con los antiguos argumentos, sino que con el pretesto de "la muy escasa poblacion nuestra, comparada con la vasta estension y fertilidad del suelo mexicano," proponen la tolerancia, como el único medio de ocurrir á este inconveniente, haciendo creer á los poco pensadores y reflexivos, que con solo que se diga, "ya no existe la intolerancia religiosa sancionada por el código fundamental del pais," sin otro medio se llena el pais de mas tropa de colonos que las que fueron á conquistar el vellocino de oro, ó á sacar á la hermosa Elena del poder de los troyanos. Si esto se cree sin tener en consideracion lo que ha pasado en alguna de las repúblicas americanas, y en la península de Yucatán, que no han logrado con igual ley fundar una sola colonia, ni hacer inmigrar á su seno una única familia estrangera, discurren muy mal. Si se han figurado que la sola sancion de la ley ya allanó los obstáculos que así la comision de colonizacion é industria como algun periodista

---

democrático, verbo, *en lo de adelante*, *en lo porvenir*.

(*) *Entre estos tenemos el placer de citar el famoso* Quebrantahuesos, *publicado en* 1827, *que cubrió de tanta confusion á uno de los primeros escritores impíos de nuestro pais.*

(†) Correspond; *part.*, 2, *tom.* 2.

(*) *Palabras testuales de uno de los números del* Hueso.

(*), en uno de sus editoriales, han señalado para la fundacion de colonias, son unos estúpidos. Ultimamente, si sus miras sobre tolerancia, solo se reducen á descatolizar el pais, á introducir libremente el error para aniquilar la verdad, y á suplantar los falsos cultos al único verdadero, para destruir de un golpe toda creencia y moral, son unos malvados. Y qué! ¿será juicio temerario sospechar tales miras en hombres que han hecho gala de llamarse á boca llena *irreligiosos?* No hablamos nosotros, lo dicen los hechos, lo confirma la historia, y lo claman las naciones, especialmente la francesa, cuyos principios revolucionarios é impíos del siglo pasado, no se tiene hoy vergüenza de predicar entre nosotros.

"Grandes afanes y fatigas, dice el citado Vocabulario (†), ha costado al filosofismo la introduccion de la palabra *intolerancia religiosa.* Ella fué acusada en millares de escritos y de libros, como un monstruo que habia puesto en combustion la tierra, causando infinita efusion de sangre y turbando la quietud de los pueblos. La tolerancia filosófica debia pacificar todo el mundo y remediar los daños que aquella habia causado. Sancionóse, pues, como ley *sacrosanta é inviolable.* ¿Y quién lo duda? Desde luego pacificó ella el primer Estado tolerante, con las horrorosas matanzas en el Cármen y la Abadía, con el destierro y la muerte de los obispos y de los sacerdotes católicos, y el asesinato de millares de ciudadanos, víctimas todos de la conciencia y la religion. Donde quiera que llegó á poner el pié la pacificante tolerancia, hubo destierros *por barba,* matanzas y saqueos; y no solo no toleró á los obispos, frailes, monjas y sacerdotes, pero ni templos, ni altares, ni culto, ni religion.... No sabemos cómo componer una tolerancia que persiga de muerte á cuantos profesan la religion, que violente las conciencias á jurar contra lo justo, y que nada perdone para borrar de entre los hombres cuantas ideas puedan recordarles los deberes para con su Dios.... Pero despues de todo, nadie podrá dudar que el método filosófico de poner en paz todas las religiones y cultos es escelente y digno del agudo ingenio de los filósofos. *En destruyéndolos todos,* acabadas son cuentas. Porque ¿cómo ha de haber camorras ni litigios sobre cultos, cuando no haya quedado uno para un remedio? Así, el específico es admirable. . . .¡Señores ateos! ¡señores impíos! ¡señores tolerantes! ¿cómo estamos de inquisicion? La inhumana intolerancia antigua, por mas intolerante que VV. la pintasen, jamas atacó sino la seduccion y la apostasía; y nos deben conceder, por lo menos, que el católico toleraba al católico, y el turco al musulman. ¿Pero me querrán VV. decir de su *humanísima tolerancia?* ¡Fuego en ella! ¡Tolerancia que no tolera sino en tanto que á lo zaino y á mansalva puede arruinar el altar! ¡Canario con ella!»

Que esta tolerancia filosófica sea la que se predica por algunos, bajo el especioso pretesto del aumento de la poblacion, no puede dudarse; así porque no hay ningun motivo racional para hacer inseparable la colonizacion de la tolerancia religiosa, "garantizada por la ley, y en un pais en que no se persiguen las privadas creencias de ningun estrangero; como porque para solicitar esa que se llama benéfica ley, se desconocen las circunstancias peculiares de la nacion, y todo el empeño se reduce á denigrar al catolicismo y ofrecerlo como la víctima que debe sacrificarse á la irreligion, ni mas ni menos que como se hizo en Francia en tiempo del reinado de la sangrienta filosofía.--En un artículo burlesco, publicado en un periódico de esta

(*) Eco del Comercio, *viérnes* 28 *de Julio.*

(†) *Verbo,* Tolerancia.

capital, "el de mas crédito tal vez" (*), se hace una pintura que cuadra perfectamente á lo que vamos á decir: "Soy escritor, se dice en él, ¿entendeis? puedo tomar un aire magistral, y decir con voz campanuda, como un cura el *Dominus vobiscum:* vedme, aquí estoy, ¡soy redactor!. . . .los pobres viejos del siglo pasado. . . .pensaban que habian de escribir lo que sentian. Miserables, que no sabian que con *palabrotas vacias de sentido* se llenan al mismo tiempo los periódicos y las bolsas." Véanse aquí retratados con toda exactitud los editores de *El Arco-Iris*. Son escritores porque escriben: escriben, no lo que sienten, porque son jóvenes de este siglo, y con las palabrotas de *emigracion, tolerancia religiosa,* zurcidas á los dicterios de llamar "ignorantes, presuntuosos, egoistas, desmoralizados y fanáticos," á los que no piensan como sus mercedes, ya creen haberlo probado todo y conseguido el triunfo. La desgracia es que todavía esa generacion de pobres viejos aun no ha acabado, y tiene bastante energía para oponerse á sus proyectos, descubrir sus fines, y defender esa religion que atacan los impíos sin conocer. Sus gritos no nos intimidan, y tan lejos de manifestar ellos ese valor cívico que blasonan, son como los desentonados cantos de los caminantes al transitar en una noche oscura por un bosque espeso ó un llano desierto, resultados inequívocos del pavor, y que descubren mas el miedo mientras mas altos suenan.

La tolerancia filosófica, tal cual la acabamos de describir, no es ciertamente la que ha de aumentar la poblacion de nuestro pais, para la que tampoco ha bastado la tolerancia civil, pues á pesar de que la tenemos bien amplia y tratamos cada dia con multitud de estrangeros de cultos diferentes, que hace algunos años habitan pacíficamente entre nosotros, éstos no han aumentado nuestra poblacion; solo esplotan nuestras riquezas naturales, á cambio de haber arruinado nuestra industria; y á la verdad no son gran parte de ellos ante quienes debemos avergonzarnos de nuestras aberraciones. Si hubiera habido empeño en avecindarse entre nosotros, era muy suficiente esa tolerancia civil, á que jamas hemos formado oposicion los católicos, pues bien conocemos las causas por donde semejante comunicacion es lícita y permitida. ¿Por qué no ha aumentado esta indulgencia la poblacion? ¿Por persecucion á las opiniones religiosas privadas? ¿por la carencia de derechos para adquirir bienes raices? No en verdad: la primera nunca ha existido; la segunda hace tiempo se removió por una ley. Luego si á pesar de allanados esos obstáculos la poblacion no aumenta, hay otras causas, que debian estudiar mas filosófica y detenidamente los apóstoles de la colonizacion.

Sí, se nos contesta, la franquicia que se echa menos, y á la que no puede sufrirse que se opongan los fanáticos, es la tolerancia civil, no solo de las personas, sino tambien de *sus cultos*. Esta es en efecto el objeto de los suspiros filosóficos y el blanco á que se dirigen sus tiros; pero esta es tambien la que un gobierno católico no puede lícitamente conceder, cuando no es estrechado á ello por la imposibilidad de mantener la unidad del culto verdadero. En los Estados-Unidos de Norte-América, cuya nacion se formó de pueblos educados cada uno en diferente secta, y entre los que se veian reunidas mas religiones que en parte alguna del mundo, donde habia luteranos, puritanos, anglicanos, anabaptistas, cuákeros, judíos, &c. &c. fué indispensable esa tolerancia, para combinar elementos tan heterogéneos y poder hacer de ellos una sola y nueva nacion. Mas en

---

(*) Eco del Comercio, *sábado* 1.º *de Julio, artic.* Ya soy escritor.

un pueblo todo católico, como por favor del Cielo lo es el nuestro, nada hay que haga indispensable esa tolerancia de falsos cultos, imposible la conservacion esclusiva del único verddaero, y lícita y honesta esa introduccion de sectas que se pretende de cultos. Pero ese es el modo, se dice, de cerrar la puerta á los colonos, que no vendrán sin esa condicion; y qué! ¡no podrán venir católicos, cuando ya estén allanados los primeros pasos para señalarles local y darles ó venderles terrenos? ¿Por facilitar el menor de los inconvenientes, abriremos nuestras puertas á unas sectas, que pronto darian en tierra, á lo menos en gran parte de nuestro pueblo, con la unidad religiosa, única áncora de salvacion que hoy resta al Estado? La introduccion de una sola secta ha causado el trastorno de toda una nacion, como lo enseña la historia (*); ¡pues qué será la de todas sin escepcion? Todas esas sectas llamadas *cristianas protestantes*, difieren tanto entre sí, en dogmas, opiniones y pareceres, que su tolerancia ha llegado á punto que, segun dijo Rousseau, autor á quien no recusarán los editores de *El Arco-Iris*, "no saben ya lo que creen, ni lo que pretenden, ni lo que dicen. . . . Se les pregunta si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder. . . . Se les pregunta qué misterios creen, y no osan dar una respuesta. . . . . *su interes temporal* es quien decide de su fé . . . . El modo único que tienen de establecer su creencia es impugnar la de los demas (†)." Unidos esos sectarios á los filósofos que hace tanto tiempo cubren de invectivas á la religion y á sus ministros, ¡qué creencia, qué moral, qué disciplina dejarán intacta en los pueblos?

Semejante á esa diversidad de creencias es la de los preceptos de la moral: sin reglas seguras para creer, se carece tambien de reglas para obrar. Pero nuestros editores, que no desean sino "conducirnos al precipicio," dicen muy ufanos que los ejemplos de esos colonos sin fé, contribuirán á perfeccionar nuestras costumbres. Error notable, y asercion contraria á la razon y á la esperiencia. En efecto, ¡no es un hecho que multitud de delitos, los mas destructores y opuestos al ídolo de la poblacion, no se conocian entre nosotros, ó á lo menos no estaban tan generalizados como desde el momento en que los libres adoradores de Dios é intérpretes de sus máximas han venido á residir á nuestro suelo? El espíritu católico que aun anima á nuestro pueblo lo hace ver todavía con horror el desafío, el suicidio, el envenenamiento, &c., &c. ¡Y será lo mismo el dia que los vea practicados y autorizados entre algunos protestantes, turcos, judíos é idólatras, deistas y ateos, pues á ninguno, segun las máximas de *El Arco-Iris*, debe cerrarse la puerta, para recibir *las bendiciones del Altísimo*? ¡con tales ejemplos, no nos hallamos en el caso de portarnos lo mismo, "para evitar la crítica que puedan hacernos nuestros huéspedes?" Tales modelos ¡no nos harán mas políticos, mas comedidos, mas religiosos y bien criados?

Otra observacion. Es un hecho que el hombre no tiene el instinto necesario para gozar del mundo físico, y es indispensable que el poder lo auxilie en su imbecilidad: que sabiamente divida en dos clases, una buena y otro mala, una autorizada y otra prohibida, sus alimentos, medicinas, diversiones, &c.; ¡cómo, pues, se supone á este mismo hombre con tanta habilidad para saberse dirigir en el laberinto mil veces mas complicado del mundo intelectual y morál, para desafiar todos los peligros que lo rodean, en medio de individuos de tan opuestas creencias y moral? ¡No seria

(*) *Entre otras obras puede consultarse*: la Historia de la Reforma protestante en Inglaterra, etc., *por Cobbett.*

(†) *Lettre 2, ecrite de la Montagne.*

esto tratar ligeramente los intereses de su alma, porque no se la vé sufrir, porque no arroja sangre ni llora lágrimas? ¿Se tendrá cuidado de que el pan y vino no estén adulterados, las carnes podridas, los teatros mal ventilados, y no se confie la salud á curanderos sino á médicos hábiles, y se entregará su sanidad espiritual al primer venido, sin temor de que manche los mas nobles corazones y estravíe los mas hermosos talentos? ¡Se concederá facilmente á cualquiera, al mas ignorante como al mas hábil, al mas pérfido como al mas sincero, al mas concienzudo como al mas prostituido, el derecho de hacer prosélitos, de exhortar públicamente, ó de sembrar en lo privado libremente sus máximas, y de gritar traidoramente al viagero: "Venid acá, pasaos de ahí; este es el camino de la felicidad, esta la senda de la gloria; la única que conduce al sumo bien?" ¿Y semejante crueldad se consagrará, porque en lo *porvenir*, esté mas poblada la República, aumenten los contribuyentes, y sea mas valioso el suelo de nuestro pais? ¿Se hará este mal á la generacion presente, únicamente por hacer triunfar opiniones y sobreponerse á los justos clamores de la multitud? Permítase que lo digamos: nada se vé aquí de liberal: nada se descubre sino los placeres de un bajo celo, el amor de un oro mas oneroso á la humanidad que el de los juegos y la loteria, contra que tanto se declama, y mas sucio é inmoral que el de los lugares de prostitucion.

Estas son exageraciones de partido se dirá, y declamaciones de tantos interesados en que se oculta la verdad: "hasta "ahora no hemos alcanzado sino las *mal*"*diciones*: imitemos la tolerancia de Dios "que consiente el que cada uno le adore "á su gusto, y tal vez se apiadará de noso"tros." De la tolerancia política y civil que puede llamarse esterior pasan los editores de *El Arco-Iris* á tratar de la tolerancia teológica y religiosa á que se puede dar el nombre de interior, y en pocas líneas establecen calumniosa y blasfemamente dos principios aunque espresados confusamente: uno, que nuestra unidad religiosa nos ha atraido *maldiciones;* y otro, que para Dios es indiferente el modo de recibir culto de los mortales, y que esto no impide su piedad y misericordia hácia ellos. Que hace muchos años que la maldicion del Cielo parece que gravita sobre nuestro pais, es un hecho incuestionable; pero atribuirla á la intolerancia religiosa, es un absurdo y una blasfemia. En efecto, ¡quién ha ocasionado esa suma espantosa de calamidades que no dejan progresar á la República, y que la asemejan á los montes de Gelboe, malditos por el rey profeta, sobre los que no se vé caer la lluvia ni el rocío, y permanecen áridos y secos! Entre otras causas, ese prurito de variar todos los dias de instituciones políticas, ese derecho de revolucion que nada deja sistemar y mantiene á la nacion en un estado permanente de inquietud y desórden. ¡Y ha causado este mal la intolerancia religiosa? No: la religion tiene su constitucion mas invariablemente fijada y establecida con mayor seguridad que la sociedad política; y esta constitucion infalible, es el Evangelio anotado por los siglos. El pais que lo adopta por alma de sus instituciones, sean de la clase que fueren, se cimenta, porque de una fuente tan esperimentada y tan pura no puede manar el despotismo ni la tiranía, el libertinage, la discordia y la insurreccion; el que le cierra las puertas, ó lo adultera *á su gusto*, abre la puerta á todos los males y vaga al acaso, como bajel sin timon, á merced de las olas. De todo pueden abusar los hombres; y si el Evangelio mal entendido puede inclinar al fanatismo, la indiferencia religiosa arrastra al ateismo; y dígase lo que se quiera, si aquel ha presidido á la cuarta parte de los crímenes que han asolado la tierra, ninguno de ellos se

ha cometido que no pueda imputarse rigurosamente al úl imo, ó al olvido momentáneo de un Dios remunerador y vengador. Esto es muy evidente para que requiera prueba. Nuestros padres serian fanáticos, si se quiere; nosotros lo habremos sido por mucho tiempo, arrastrados de los que se califican sus malos ejemplos; el fanatismo ha dejado su lugar á la ilustracion y tolerancia del siglo; pero dígase con franqueza y buena fé, ¿cuándo recibia este pais las *bendiciones del Altísimo?* ¿desde cuando no alcanzamos sino las *maldiciones?* La misma reflexion tiene lugar en todas las naciones; y si esto no es un argumento demostrativo contra las aserciones de los editores de *El Arco-Iris* y de los que profesan sus principios, ignoramos qué otro pueda darse. Vale mas un hecho solo, que cien resmas de papel de argumentos y discursos.

Volviendo ahora á la tolerancia religiosa, fundada en el principio de que Dios consiente el que cada uno le adore á su modo, es una falsedad y una blasfemia: falsedad, porque si así fuese, inútil habria sido la revelacion, y con tal principio todas las religiones vienen á tierra, y ya no debe haber ni dogmas, ni moral, ni culto, sino á todo esto debe sustituir lo que á cada uno dicte su instinto, su orgullo ó su capricho. Nada hay mas claro, nada mas preciso en el Nuevo Testamento que la obligacion de seguir la verdad, y la reprobacion de los que abrazan el error. Por el fútil argumento de que Dios no estermina á los que no siguen el culto católico, de que hace alumbrar el sol igualmente para todos los moradores de la tierra, y de que alimenta á todos como á hechuras de su mano, se quiere inferir blasfemamente *que consiente el que cada uno le adore á su gusto*, y se ataca su infalible palabra con que amenaza á los que no son sus verdaderos adoradores con la eterna condenacion, al decir que sin ese requisito, *tal vez se apiadará de nosotros.* No, Dios no es como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para variar. Y qué! ¿dijo y no hará? ¡habló y no cumplirá! En esta hipótesis, Dios protegeria igualmente la verdad y el error: amaria y salvaria igualmente á los que le obedecen y á los que se resisten voluntaria y criminalmente á sus órdenes, desechando las verdades que él mismo les propuso creer; y seria indiferente á la verdad y al error, á la virtud y al vicio, á la obediencia y á la rebelion. ¿No es esto destruir la nocion misma de la Divinidad é introducir en el mundo el dios de Epícuro!

¿Pero por qué Dios no estermina pudiendo, á todos estos de un soplo? Por la misma razon que no destruye y aniquila á todos los criminales aun de los paises católicos. Sufre á los blasfemos, á los incrédulos, á los impíos, á los homicidas, á los ladrones, á los concubinarios, á los perjuros, aguardando á que se conviertan, ó reservando su venganza cumplida para la otra vida. Pero así como seria mal argumento el que Dios sufre y tolera á estos hombres, para que los sufra y tolere la sociedad, sin desterrarlos de su seno, ni aplicarles ningun castigo; de la misma manera no tiene ningun valor para exhortar á las naciones que profesan la verdad, á que admitan en su seno y formen miembros suyos á los que profesan el error bajo todos sus aspectos.

Los nuevos reformadores; pretendiendo conocer mas el espíritu del Evangelio que lo que se ha conocido hasta aquí, dicen muy ufanos: Que Jesucristo, su divino Autor, no fué intolerante, y que se opone á sus máximas el que no secunda las de la tolerancia que ellos predican. ¡Miserables! bien se echa de ver lo poco que han estudiado ese libro divino, regla de la conducta de los católicos. Jesucristo, despues de haber dicho que era el camino, la verdad y la vida, añadió: que el Que no lo

seguia, no era digno de él, permanecia en las tinieblas, y no tendria la vida eterna: maldijo las maldades de Corozain, Betsaida y Cafarnaum, porque habian cerrado los ojos á las obras milagrosas que habia obrado, á fin de establecer las verdades que les habia anunciado: lloró sobre Jerusalem, que habia abusado de la misma gracia: dejó en la reprobacion á Pilato, que despues de haberle preguntado qué era la verdad, no testificó deseo alguno de conocerla: declaró ya juzgados á los que aman las tinieblas y aborrecen la luz.... ¡pero qué mas! Este mismo divino Legislador, cuyo ejemplo se invoca con blasfema osadía para barrenar sus principios, dijo terminantemente, hablando de esta tolerancia que hoy quiere establecerse, como un acto de filantropía evangélica, y de esa misericordia que se presume vanamente conseguir: "El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que no creyere, será condenado." ¡Y se proclama que Dios consiente el que cada uno le adore á su modo! ¡Y se aguarda piedad y misericordia!

Esta misma ha sido la doctrina de los Apóstoles, de los Padres, de la Iglesia entera, y seria inmenso referir los testos que lo comprueban, y que nos reservamos para cuando insten los *evangélicos* fautores de la tolerancia religiosa; es decir, los que bajo el pretesto de tolerar á los hombres que no son de la misma creencia, desean abrir las puertas al error para contaminar la verdad. Pero no podemos omitir que el evangelista San Juan, que debia conocer bien el espíritu de su divino Maestro, hablando á sus discípulos de la comunicacion con los hereges, les decia: "Si alguno viniere á vosotros con otra doctrina diversa, no lo recibais en vuestra casa, ni lo saludeis;" palabras que condenan la tolerancia de los cultos en un pais católico: y el Apóstol S. Pablo, dice terminantemente, contra aquellos blasfemos que aseguran que los hereges *reciben las bendiciones del Altísimo*, y los católicos alcanzan las *maldiciones* por su intolerancia:" que la cólera de Dios está sobre todos aquellos que no están de acuerdo con la verdad, ó la retienen cautiva en la injusticia: que los que una vez fueron iluminados y recayeron, son como una tierra que no produce mas que abrojos y espinas; tierra reprobada y que está muy cerca de ser maldita para siempre: hijos de perdicion y abandonados por Dios...." ¡pueden éstas llamarse *bendiciones?* ¡Serán comparables con los castigos temporales con que Dios suele afligir á los pueblos, que aunque profesan la verdad, lo ofenden con su ingratitud y delitos; castigos de Padre misericordioso, que los impios tienen la osadia de llamar *maldiciones?*

El autor del *Contrato social*, en su idioma metafísico, así se espresa al hablar de la voluntad general, alma de las democracias modernas: "*La voluntad general siempre es recta y tiende siempre á la utilidad pública.... jamas se corrompe el pueblo, lo mas frecuente es que se le engañe:* "y en efecto, agrega un escritor, esta máxima es cierta, si se compara la voluntad general, en la comunidad ó en el pueblo, á la antorcha de la pura y sana razon, tomada en cada hombre en particular; porque ella siempre es recta, inspira siempre el verdadero bien y sugiere lo que es de una utilidad principal. Pero con frecuencia esta luz es oscurecida por las pasiones, se deja de escuchar este sabio é inflexible Mentor, se pierde de vista la senda que esa guia imparcial señala; se engaña, en una palabra, y se deja engañar, porque el hombre se cansa de ser racional. Esto mismo pasa en la comunidad ó en el pueblo. Las pasiones reinan allí, producen voluntades particulares y sofocan la voluntad general. Mientras mas numeroso es el pueblo, mayores dificultades esperimenta esta voluntad general para manifestarse en su pure-

za y estension; cuanto mas poderoso se hizo el pueblo romano, mas ciudadanos adquirió Roma, y mas frecuentes se hicieron en ella las revueltas, mas peligrosas y contrarias á todos los principios de gobierno, hasta que al fin esta formidable república sucumbió bajo el yugo de ambiciosos y usurpadores. Estoy creido que en todo Estado hay una voluntad general que tiende al verdadero bien; pero me atreveria no obstante á afirmar que nada es mas dificil que ponerla en ejercicio por medio de las asambleas generales y por el camino de todos los sufragios reunidos; porque hay entonces tantas voluntades particulares que se eclipsa la general.» (*). Estas reflexiones del juicioso abate Berthier manifiestan bastante, que si bien la opinion pública por lo comun es recta como la razon, tambien, como ésta misma, frecuentemente es presa del engaño de las pasiones, y víctima aun de los mismos que debian satisfacerla y llevarla al cabo. *El Arco-Iris* nos ofrece hoy un ejemplo del modo con que ella se estravía y se le hace obrar en contra de los intereses de la comunidad, y merecen estudiarse con atencion sus palabras.

"Los hombres de prestigio, dicen los editores, los que tienen influencia, por temor de perderla, no se determinan casi á pronunciar la palabra *tolerancia religiosa*.... los mismos periodistas vemos que apenas se atreven á soltar una espresion en ese sentido, porque (*¡Atencion!*) porque un cincuenta por ciento, ó tal vez mas de sus favorecedores, dejaria de serlo tan luego como tratasen de ilustrar un punto tan importante.» Con que en juicio de esos señores, la opinion á favor de la "tolerancia religiosa, garantizada por la ley» no solo no es general, sino que se mira con horror. Y si esto pasa aun entre los hombres de cultura, que por lo comun son los que favorecen los periódicos, ¿qué será entre la multitud que los mira con indiferencia y no hace caso de ellos? ¿qué en los pueblos, en que entre centenares de habitantes, apenas dos ó tres reciben periódicos de las capitales? ¿Con qué caracter, pues, se proclama esa *tolerancia* y se invita á los periodistas á que la sostengan, "abandonando el servil temor que los ha contenido hasta ahora.» ¡Cuál es la razon por que "la prensa debe introducir esta reforma?» Debiendo ser los periódicos "los intérpretes de la opinion nacional, generalmente manifestada,» y no sus corruptores y tiranos; semejante invitacion no solo es un contraprincipio liberal, sino una máxima sediciosa y antisocial, digna de un ejemplar castigo; ó es un sarcasmo la opinion general, y acto de patriotismo chocar de frente con el modo de pensar de toda una nacion. No hay duda que la historia de los siglos nos presenta de vez en cuando algun hombre estraordinario, y que con su conducta y elocuencia ha sabido atraerse á sí los ánimos; pero, como lo nota muy bien el juicioso Spedalieri (*), "la virtud apenas cuenta un Pitágoras y un Sócrates; pero facinerosos que hayan cambiado las opiniones de los pueblos, se cuentan en gran número.» Dos ó tres malvados de primer órden fueron los incendiarios de la Francia, en el siglo pasado: otros tantos cubren hoy de sangre y desolacion á esa resucitada república y á la Europa entera; y en nuestro pais ?qué ha sucedido por espacio de casi medio siglo?....

"Si todos, continúa *El Arco-Iris*, si todos *los periódicos* levantamos la voz á un tiempo, si nos unimos para introducir tan benéfica medida, ¿quién duda que lo conseguiremos? A ello, pues, con todas

(*) *Observation. sur le Contr. Social de J. J. Rousseau, lib.* 2.

(*) *Derechos del hombre, pág.* 190.—*México*, 1824.

nuestras fuerzas....» He aquí descubierto el modo con que se ha logrado corromper la opinion general de los pueblos, apoderándose de la prensa un partido que, profesando la contraria por sus intereses privados, apoyado en la *fuerza*, no ya con accion directa, sino indirectamente sofocan la razon, hacen enmudecer á la verdad, y remueven de los sentidos todos los objetos propios y adecuados para sostener la opinion que se quiere destruir en el pueblo, y sustituir á ellos otros signos que representen con viveza las nuevas opiniones. La grande obra de la política, para que la opinion pública no sea, en consecuencia, mas nociva que útil á la sociedad, es acallar esta grita tumultuosa, y hacer que la opinion de los individuos esté siempre de acuerdo con las leyes, y se destruyan las causas que la hacen variar; y ¡desventurado pais en que se descuida este principio, porque desaparecerán de su seno las costumbres, la moral, la religion el órden y la paz! "En el idioma antiguo, dice el repetido Vocabulario filosófico (*), tenia este vocablo (*opinion*) una significacion general; pero en el lenguage moderno ha sido reducido á un sentido bastantemente estrecho. Por ejemplo, *libertad de opinar*, que en la lengua antigua significaba: *poder pensar cada uno como le agradase*, significa ahora, *que sola y únicamente se puede y se debe pensar por ateismo, incredulidad y libertinage*. Opinar de otro modo no lo permiten los *filósofos*, sino á aquellos á quienes no alcanzan con el *palo* los despojos, las fusiladuras y los destierrros.» Y aunque no tan descaradamente ¡no es en sustancia lo mismo que dice *El Arco-Iris*?

Este detestable abuso que se ha hècho de la libertad de imprenta, de que muchos han formado una red para coger á los incautos, y un club autorizado para sembrar por todas partes el error y la irreligion, es el que en represalia ha movido á muy sensatos escritores á denunciar al público esas sirenas engañosas periodísticas, que desnaturalizando la institucion liberal de poder publicar sus ideas, se prevalen de esa libertad para oprimir la voluntad racional y justa de los pueblos, y conducirlos como una manada de ovejas al matadero y al cuchillo. Estamos muy distantes de atribuir á todos los periódicos, de que pueden citarse algunas honrosas escepciones, lo que Mr. Ponchon escribia en una obra muy filosófica sobre los lugares comunes que tanto ponen en juego ciertos escritores públicos para hacer triunfar sus perniciosos principios; pero cuadrando bastante á los que dirigimos nuestras reflexiones, no debemos callarlas, para que los pueblos desconfien de esos presuntuosos sábios, fingidos intérpretes de su voluntad y falsos promovedores de sus intereses. "El periodismo, dice, como nadie lo ignora, infecta de error la verdad; y lo que es mucho mas pernicioso y en lo que ninguno hace alto, es que hace tomar al error carácter de verdad.--La muerte no nivela sino á todos los hombres; pero el periodismo nivela todas las palabras, todas las ideas, todas las verdades, todos los sentimientos.--Se nutre de ruinas, y su desarrollo progresivo, cada vez mas sensible, atestigua la abundancia de su pasto.--Todo lo mira, todo lo escucha; vé y oye por todos los poros; y con demasiada frecuencia no tiene oidos, como el estómago hambriento.--Es invencible, tiene mil cabezas, está en todas partes, todo entero en todo lugar: es verdaderamente el dios del abismo.--Es el fluido disolvente que desnaturaliza y cambia en su propia sustancia todas las que son abandonadas á su accion. En la pluma del de poca habilidad es funesto: el mas hábil no sabe cómo hacerlo útil.--Es la espresion mas alta de la corrupcion pasada, y la mas sonora voz

(*) *Obra citada, verbo* Opinion.

del caos futuro.--No pueden vivir bajo el mismo cielo el periodismo y ninguna creencia, aunque sea falsa; hace imposible la reconstruccion de toda unidad.--Se avanza con tanto poder y astucia á la conquista del género humano, que multitud de sus víctimas ya no sienten el peso de sus cadenas, ni perciben sus uñas y dientes de tigre, sino que juegan y se divierten con él como con un cordero ó una paloma.--Por algunos lugares comunes de buena ley con que siembra sus discursos y los hace brillar, se le introduce en las familias, se le confia la educacion de la infancia, y la perfeccion de la juventud; como si el viejo ortodoxismo moral y religioso hubiese decaido en la imbecilidad como lo ha sabido insinuar él astutamente. Se sostiene á escote, se concentra en un foco para hacerlo obrar con mas violencia, se refleja en mil vidrios para agrandar su dominio y ponerlo al alcance de los mas miserables recursos, é introducirlo hasta en los establos y cabañas.--El periodismo es un soplo del averno, que sin cesar va cargando la atmósfera de átomos devorantes, no precisamente funestos á los ojos, á los pulmones y entrañas; sino funestos, totalmente funestos al órgano de la razon, y en cuyo medio el ser que está dotado de ella, no podrá ya respirar por mucho tiempo sin sofocarse, ó morir de asfixia. . . ."(*).

Reasumamos en dos palabras el artículo de que nos hemos ocupado, y veremos con cuanta justicia pueden atribuírsele esas tachas que acabamos de escuchar, y lo perniciosas que son tales producciones á la sociedad. Por solo el frívolo argumento de que Dios no escluye de su Providencia á los enemigos de su nombre y de su culto verdadero y único, se quieren introducir esas creencias espureas, en un pais que las mira con horror, y esos estravagantes cultos que detesta y abomina; y que si tolera á los estraviados que los profesan, ningunas muestras ha dado de desear que los practiquen libremente en su seno, y mas bien de todas maneras les manifiesta su ódio y aversion. Para conseguir este depravado designio, se ocurre á los dicterios, sofismas y blasfemias; se pretende presentar el error como verdad; se olvida el comedimiento, el respeto y consideracion que se merece el público; se quiere que se borren de la memoria las desgracias que tales concesiones han ocasionado, no solo á otras naciones, sino á la misma nuestra; que cerremos los ojos á los sucesos que pasan entre nosotros, y los oidos á cuanto nos predica el Evángelio y demas libros divinos, regla de la conducta de todo pueblo ortodoxo; y solo escuchemos y demos asenso á los clamores de nuestros mortales enemigos, de esos inmorales tolerantes que despues de habernos mantenido desde 1827 en continuas revueltas, hoy se han usurpado una gran parte de nuestro vasto territorio, que han arrancado tambien del seno de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Y lo que es todavía peor, reconociendo y confesando esa repugnancia general de la nacion á la *tolerancia religiosa*, se convida á la prensa periódica á que, reunida en sentimientos, levante "á un tiempo la voz para sofocar la opinion nacional, sobreponerse á ella y sacrificar el voto comun á los delirantes proyectos de cuatro alucinados. Ya el *Siglo XIX* correspondió á este grito de guerra directamente, é indirectamente el *Eco del Comercio* y *Monitor Republicano*, dando mayor publicidad á esas anti-católicas, anti-racionales y anti-liberales ideas; y no tardarán en responder á ese éco de la filosofía del siglo los demas periódicos del pais, que hace algun tiempo han hecho liga contra Dios y su ungido, rebelándose á su imperio, como en otro tiempo los infelicísimos judíos. Pero son

(*) *L'Agonie du Genre Humaine, pág.* 143 *y sig.--Paris* 1837.

vanos tales diabólicos esfuerzos: la libertad de imprenta es para todos, ella sabrá hacer oposicion, y "habrá bastantes buenos mexicanos para sostenernos." Nosotros, aunque los mas pequeños entre los hijos de la Iglesia católica y los ciudadanos de la República mexicana, levantamos hoy tambien nuestra humilde voz, é invitamos á la prensa religiosa y á cuantos todavía se envanecen con el honroso título de ortodoxos, á que sostengan los derechos de Dios sobre nuestro pais, en que se pretende introducir sin trabas ni restricciones á los enemigos de la verdad que se dignó revelar á los mortales; los de esta misma verdad, con la admision de todos los errores; los de nuestra constitucion que espresa y terminantemente escluye otro culto que no sea el verdadero; los de nuestra independencia, establecida bajo la garantía de la única religion católica, apostólica romana; los de nuestros pueblos que claman en contra de esa tolerancia religiosa que se predica en oposicion á sus sentimientos; los de nuestra posteridad, en fin, á la que debemos legar la fé tan pura como la recibimos de nuestros padres. ¿Serán mas diligentes los hijos de las tinieblas para difundir sus depravadas máximas, establecer sus erróneos principios y realizar sus inicuos sistemas, que los hijos de la luz para combatirlos, é impedir se oscurezca el mas augusto blason de la República mexicana, su catolicismo? A ello, pues, con todas nuestras fuerzas; y no tardaremos en recibir las bendiciones de un pueblo feliz y entusiasmado; las del mismo Dios que terminantemente ha dicho en su Evangelio, y su palabra es infalible y no como las mentirosas ofertas de los hombres: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará de añadidura."--*EE.*

EL MONITOR REPUBLICANO.

Se ha escandalizado mucho su "autor ó empresario" de la *pincelada* que dimos en nuestro último número, acerca de los *folletines que publican los periódicos*; y eso que solo lo supo de oidas y no por su inmediata lectura. ¡Válgate Dios por señor tan escrupuloso y timorato! Nos dice que sus novelas son instructivas, morales, (¿que querrá decir esta palabra en su idioma?) cuanto divertidas. No negaremos lo último, especialmente para esa turba de mozalvetes, quo beben con gusto las doctrinas de perversion, que despues han de propagar en sus composiciones prosaicas ó poéticas, con que han de darse nombre en las columnas de los periódicos que dejan libres los folletines; pero esto cabalmente es lo que condenamos, ó por mejor decir, lo condena *La Censura*, juicioso periódico español, de quien tomamos el artículo, y que ha impugnado no con declamaciones vacías de sentido, sino con los mismos testos, multitud de esas piezas *escandalosas é inmorales*. Algo hemos hecho tambien nosotros, en nuestros números anteriores, combatiendo esos famosos *Misterios de Paris*, obra maestra del moralista Eugenio Süe, y ese JUDIO ERRANTE, al que, segun sus fanáticos admiradores, nada habia que oponerse. Ya se seguirá el *Sr. Conde de Monte Cristo*, pues á cada puerco se le llega su San Martin, aunque se llene de bilis el *Monitor*; y tenemos la generosidad de prevenírselo, para que defienda su instructivo y moral folletin; pero al grano, y no con esas frases que sabe sacar de su costal la filosofía, en su decente, fino y mo-

desto lenguage, de que no "nos hallamos en el siglo X, ó en aquellos tiempos de fanatismo, en que todo se sujetaba al imbécil juicio y degradante imperio de la abominable Inquisicion." Si esta réplica es como el lirio en los valles, que descuella con primor en la literatura de nuestros ilustrados y profundos cólegas, nos perdonarán que les digamos con el autor del nuevo Vocabulario filosófico democrático, que es" cosa escelente para confundir mentecatos, para que nunca se sepa cuál es el punto que se trata cuando se escribe, para combatir lo que nadie sostiene, y para salirse boniticamente de la cuestion, atacando una cosa cosa bajo el nombre de una otra." No tenga tampoco cuidado el *Monitor* que nuestras produccio nes sobre folletines impidan la *emigracion*; antes lo contrario, para conocimiento de los nuevos civilizados colonos hemos escrito (ya lo habrá dicho el chismoso) que en la República se progresa mas y mas en las "instructivas, *morales*, cuanto divertidas novelas" pues ya se usa dar en algunos periódicos dos folletines diarios, fuera de su novela semanaria. Por otra parte, esa *colonizacion* tan bien premeditada y que se llevará al cabo para satisfacer la primera y mas vital de las "exigencias nacionales," no se impedirá, por mas esfuerzos que se hagan y razones que se aleguen en contra; porque, como dice nuestro compañero *El Eco del Comercio*," no haciendo caso de la grita de los charlatanes y fanáticos," no dejará de ganar la prensa periódica, como que es el amo y dueño de toda la sociedad. "Adelante en la marcha propuesta, y venga lo que viniere." . . . .

Este es consejo de moderados; y si no dígase (máxima de los esaltados) con una cara de baqueta cuantas villanías y desvergüenzas se vengan á las mientes, y todo queda concluido, y chiton en boca los fanáticos. Hasta otra vez.

ERRATA.

En el *Almanaque Histórico*, con que cada dia nos regala *El Eco del Comercio*, se lee al 12 de Agosto: "1678.--Conjuracion de los papistas en Inglaterra bajo el reinado de Cárlos II." Corríjase. Una de las muchas tramas é infamias del embustero Oates y su sócio Tongk, para arruinar á los católicos, fieles á la religion de sus padres, y enemigos de los sangrientos destructores reformistas de su pais.--Las pruebas de lo que decimos pueden verse á la larga en la famosa Historia de Inglaterra, escrita por el Dr. John. Lingand, con los documentos mas auténticos y fidedignos, impresa en Paris en 1844, tomo 6 º, páginas 108 y siguientes. --Para satisfaccion de nuestros lectores, solamente diremos; que tal fábula no tuvo otro objeto, que privar á los nobles católicos no solo de los derechos que les daba su cuna, del sentarse en la cámara de los Lores, mas aun de los comunes de recibir legados ó donaciones, ser tutores, albaceas, etc., si no abjuraban su creencia con un sacrílego juramento, y el de quitar la vida con infamia á ciertos grandes, cuyos altos puestos y bienes se codiciaban. . . . ¡Ahora lo habian de hacer que hay tantos protectores de la *tolerancia*, y que saben interponer sus respetos para que no se ahorque ni aun á salteadores ni asesinos! Agregaremos tambien, que mientras la alharaca que se armó con aquella soñada conjuracion, el rey Cárlos II (escribia un testigo presencial), cuya existencia se amagaba, "era el único que conservaba su tranquilidad enmedio de la agitacion que se habia logrado promover; y no vacilaba en declarar cuando se proporcionaba, que no creia en tal complot, y sentia vivamente que sus súbditos fuesen el juguete de osados é impudentes impostores."--No será esta la postrera ocasion que hablemos de estas calumnias de los anglicanos, pues es imposible que nuestro erudito y religioso almanaquista, no mencione á su tiempo con la mayor fidelidad, *la conspiracion de la pólvora*, el *incendio* de Lóndres y demas gracias de los *papistas*. ¡Tan exacto es, y sobre tan buenas memorias trabaja!

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL,
calle de Cadena número 13.



EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 23.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom I.] SABADO 26 DE AGOSTO DE 1848. [Num. 23.

INDIFERENCIA DE RELIGION.

(CONTINÚA.)

No intentamos reunir aquí todas las autoridades que podian alegarse en la materia; pero no podemos desentendernos de citar algunas de las mas fuertes y antiguas, que manifiestan claramente cuánto promovieron los primeros pastores la separacion, no solo eclesiástica, sino tambien civil de los hereges. San Ignacio mártir prohibia á sus ovejas recibir y tratár familiarmente á los hereges, y les encomendaba muy de veras la fuga de ellos (*). San Cipriano condenaba abiertamente su comunicacion: "Hermanos carísimos, decia, apartaos y evitad con todas vuestras fuerzas la conversacion con esos hombres, cuyas palabras corroen como el cáncer;» y poco despues añade: "Ningun comercio se tenga con ellos, á ningun convite se llamen, en ninguna conversacion suya os mezcleis: estemos tan separados de ellos, como lo están esos prófugos de la Iglesia (†).» San Juan Crisóstomo, preguntando qué deberá hacerse con el herege que no cree la divina Escritura, responde de esta suerte: "Despues de lo que hemos dicho, os exhortamos á que os separeis de ellos como de unos furiosos visionarios. Ellos toman un aspecto de mansedumbre y humildad, cubriéndose sus corazones de lobo con piel de oveja. Pero no hay que engañarse, antes por la misma razon debe huírseles mas, porque simulando humanidad para con sus prógimos, sostienen guerra contra el Señor de todos, corriendo como insensatos á su misma perdicion (*).» San Leon intima resueltamente á sus oyentes en un sermon, huir las comunicaciones viperinas de los hereges, añadiendo: "Nada haya de comun entre vosotros y aquellos que, oponiéndose á la fé católica, solo son cristianos en el nombre (†).» ¿Pero quién puede llamarse mas intolerante que San Gerónimo? Este santo, esplicando aquella sentencia del Apóstol: "Una pequeña parte de levadura corrompe toda la masa,» añade: "Por lo mismo, al momento que apareciere la chispa, debe apagarse; la levadura apartarse de la masa que estuviere cerca; cortarse las carnes corrompidas, y alejar á la oveja roñosa de las sanas, para que no arda, se corrompa, se pudra y perezca toda la casa, toda la masa, todo el cuerpo y todo el rebaño. Arrio fué en Alejandría una chispa; pero por no haber sido sofocada al momento, su llama se comunicó á todo el orbe.» San Atanasio, no contento con haber separado al mismo Arrio de la comunion católica, le prohibió entrar en

(*) *Epistol. ad Smirn., núm.* 4.
(†). *Lib.* 1.°, *Epist.* 3. *Ad Cornel.*

(*) *Homil.* 2.ª, *super Genes.*
(†) *Sermon* 67.

Alejandría (*); y es muy digno de notarse lo que San Basilio escribió al repetido San Atanasio, cuando habiendo escomulgado al presidente de la Livia por sus enormes infamias, hizo saber á los obispos sus vecinos, entre los que se hallaba aquel santo, esta condenacion: "Hemos recibido, dice, vuestras cartas, y la única voz que su lectura ha producido es, que todos debemos rechazar á ese hombre execrable, de tal manera, que ninguna comunicacion ni de fuego, ni de agua, ni de techo tengamos con él. Porque conviene mucho el que estos violentos tiranos sean condenados por un juicio unánime y comun (†)."

Es necesario á vista de esto confesar, que el espíritu de intolerancia estaba muy arraigado en los antiguos cristianos, pues tan cuidadosamente se guardaban de todo género de comercio con los hereges. Es muy ilustre entre todos el hecho que refiere Teodoreto, acaecido despues del destierro de San Eusebio, obispo de Samosata (§). Los arrianos sustituyeron en su lugar á Eunomio, hombre afable y modesto: pero ninguno de los ciudadanos quiso luego asistir, como era costumbre, á las funciones eclesiásticas. Solo se estaba en todas partes, porque ninguno queria oirlo, hablarle, verlo, ni tratarlo de modo alguno. Un dia se fué á lavar al baño público, y al momento las guardias cerraron las puertas, estorbando la entrada á todos los demas. Advirtiendo que estaba el pueblo esperando á las puertas, mandó que se abriesen; y viendo que aun despues de abiertas nadie entraba, creyó que era por respeto y se salió con toda prisa del baño. Al momento entró el pueblo, y observándolo él desde un lugar retirado, vió que toda el agua se habia vaciado, y echado otra limpia, juzgando los católicos que no debian bañarse en el agua contaminada por el cuerpo de un herege; accion que tanto pudo á Eunomio, que al momento se marchó de la ciudad, reflexionando ser una locura residir en una ciudad donde era aborrecido de todos y perseguido con pruebas tan públicas de un ódio mortal. Ahora bien, digan todavía los amigos de la humanidad, que Jesucristo ha querido que aun con los hereges y apóstatas de la fé se use de suavidad y mansedumbre. Pero lo cierto y constante es, como acabamos de verlo, que los apóstoles y sus discípulos, que los primeros pastores y cristianos huian de todo comercio con los hereges, y persuadian al pueblo á que los aborreciese. Es necesario decir que ó los apóstoles ignoraban cuál era el espíritu de Jesucristo, ó que no es verdad que el Salvador haya querido que siempre, con todos y en todas circunstancias se use de esa afable tolerancia que con tanto teson se defiende y se predica.

Y ¿cuál es la causa porque los apóstoles y sus discípulos los primeros padres, encargaban tanto esta separacion eclesiástica y civil de los hereges? No otra, sino para evitar el peligro de escándalo y subversion que podia ocasionar su conversacion á los fieles y verdaderos católicos. Así lo dice espresamente S. Pablo, escribiendo á los romanos, amonestándolos á huir de estos engañadores: "Y os ruego, hermanos, que no perdais de vista á aquellos que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habeis aprendido; y que os aparteis de ellos. Porque los tales no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á su vientre; y con dulces palabras y con bendiciones engañan los corazones de los sencillos (*)." Esto supuesto, podemos discurrir del modo que sigue. Cuando los apóstoles prohibieron á sus discípulos el trato, la conversacion y cohabitacion con los hereges, por el peligro de escándalo, es claro que debian ser muy diligentes en remover de los fieles toda ocasion de escandalizar-

(*) *Apolog. advers. Arian.*
(†) *Epist.* 47.
(§) *Hist. lib.* 4, *cap.* 15.

(*) *Ad Roman, cap.* 16, *vers.* 17 *y* 18.

se y corromperse. Luego no hay duda que si los príncipes de sus tiempos hubieran sido cristianos, y en sus Estados hubiera dominado la religion católica, jamas hubieran permitido que con evidente peligro de la misma se hubiera introducido en ellos la tolerancia de las sectas falsas. Otra reflexion mas fuerte en nuestro juicio. Si los apóstoles temian que los cristianos mas fervorosos fuesen pervertidos con el comercio de los hereges, ¿no habrian temido lo mismo en los príncipes cristianos, de cuya autoridad depende comunmente la fé de todo un pueblo, y no habrian solicitado que se separasen del comercio de los hereges, procurando impedir para esto su fatal tolerancia? Unos hombres que en medio de las persecuciones fueron y se manifestaron tan intolerantes con los hereges, ¿serian sus cordiales amigos en los tiempos de la prosperidad? Unos hombres que en el tiempo del mayor fervor desconfian de la virtud de sus discípulos, ¿se fiarian en el que tanto se ha resfriado? Unos hombres, en fin, que temiendo el peligro de escándalo y seduccion, separan y alejan de sí mismos á sus propios conciudadanos, ¿permitirian despues, estando en su mano, que fuesen tolerados y admitidos indiferentemente todos los enemigos de la verdad? No hay duda, pues, cuando los apóstoles, observando la doctrina de Jesucristo, fueron intolerantes cuanto les fué posible con los hereges, que el espíritu del verdadero catolicismo fundado en el Evangelio, debe ser verdaderamente opuesto á la tolerancia. Y si las autoridades temporales deben, en cuanto pueden, guardar la doctrina de Jesucristo, que no es otra que la practicada por los apóstoles, es incuestionable que no pueden llamarse y ser católicas y tolerantes.

¿Deberá admirar, segun lo dicho, que tantos reyes, príncipes y repúblicas católicas se hayan armado tan frecuentemente contra los hereges y paganos de sus Estados, al escuchar á los primeros prelados de la Iglesia exhortar y alabar estas resoluciones? Constantino privó á los hereges y cismáticos de todos los privilegios, y mandó agravarlos con ignominiosas y pesadas cargas civiles; prohibió sus juntas, é hizo que sus oratorios fuesen consignados á la Iglesia católica (*). Teodosio y Justiniano prohibieron que el herege pudiese ser testigo, testar, heredar y sostener cargo público. Honorio y Arcadio publicaron una ley contra los donatistas y maniqueos, privándolos de sus bienes y de cualquiera donacion ó herencia. Valentiniano mandó que fuesen lanzados de las ciudades para que no inficionasen con su presencia al pueblo. Ultimamente, por los concilios toletanos IV y VIII, se vé que los reyes de España, antes de sentarse en el trono, juraban no tolerar en sus reinos á ninguno que no fuese católico, y perseguir á los hereges que turbaban la paz de la Iglesia. Y con cuánta prudencia hayan obrado en esto, nos lo manifiesta un sabio historiador, hablando de los primeros emperadores cristianos. "El gran Constantino, dice Teodoreto, este monarca ilustre, digno de los mayores encómios, el primero de todos que honró con su piedad el imperio mirando aún furioso á todo el orbe, totalmente prohibió los sacrificios que se hacian á los demonios, y mandó cerrar sus sacrílegos templos. Sus hijos siguieron las huellas paternas; pero Juliano restituyó la impiedad y volvió á encender la llama del error. Mas subiendo Joviniano al imperio, prohibió nuevamente el culto de los ídolos; y Valentiniano el grande rigió á la Europa con las mismas leyes; pero Valente permitió á todos seguir la ley que quisiesen, y servir á los dioses que tuviesen por tales; enfureciéndose únicamente con los que defendian los dogmas apostólicos. De aquí se siguió que durante todo el tiempo de su imperio,

(*) *Euseb.*: Vita Constant., *libro* 3.°; *cap.* 65.

ardia el fuego en las áras, se ofrecian libaciones y víctimas á los ídolos, se celebraban banquetes en la plaza, y los iniciados en las orgías de Baco, armados de tirsos y escudos, despedazaban á los perros en las calles, corriendo como furiosos, y cometian toda clase de aquellos desórdenes que manifestaban bastante la impiedad de su señor. Todo esto, empero, lo cortó de raiz el fidelísimo emperador Teodosio, y lo hizo olvidar para siempre (*). Y cuando los príncipes católicos, en los primeros siglos de la Iglesia, en que estaba mas reciente y fresco el espíritu del cristianismo, pensaban de esta manera, ¿se defenderá que sus ideas eran falsas y su celo un furor tiránico y una violencia supersticiosa?

Obsérvese, por otra parte, que en un negocio de tanta importancia no dirigian esos soberanos sus resoluciones por solo su capricho, sino que los mas doctos y santos prelados de la Iglesia les dictaban y aconsejaban esas leyes. Es muy notable en este particular lo que San Ambrosio escribió al jóven emperador Valentiniano, cuando el prefecto Símaco, á nombre del senado romano, le presentó una súplica, pidiéndole que volviese á erigir el altar de la victoria con sus antiguos honores. "Ya que todos los hombres, dice, que viven bajo el imperio romano, se emplean, ¡oh emperadores y príncipes de la tierra! en vuestro servicio y defensa, es muy justo que vosotros os ocupeis en servir á Dios omnipotente y en defender su santa fé católica; porque no puede asegurarse la salvacion, sin que cada uno honre con verdad al verdadero Dios, que es el de los cristianos, que gobierna, provee y dirige todas las cosas. Quien lo sirve, pues, y con toda su alma lo confiesa por el solo digno de culto y veneracion, no obra jamas ni se deja llevar para sus resoluciones de la lisonja ó condescendencia, sino de sola la fidelidad y devocion; y cuando no puede otra cosa, á lo menos no da su consentimiento para que con el profano culto de las ceremonias se dé honor á los ídolos; pues nadie puede engañar á aquel Señor, á quien están patentes los mas recónditos afectos del corazon. Debiendo tú por lo tanto, ¡oh cristiano emperador! ser fiel á Dios, y cauto, devoto y fervoroso en defender su fé, me admiro de que haya quien conciba esperanzas de que mandes erigir nuevamente altares á los dioses gentílicos, y promuevas á tus espensas sus profanos sacrificios. Si tales cosas no estuvieran ya prohibidas, desearia yo que durante tu imperio, tú mismo las prohibieras; pero ya que mucho tiempo ha lo están en todo el mundo por muchos príncipes; ya que en Roma lo fueron por respeto á la verdadera fé, por vuestro hermano Graciano, de laudable memoria; y ya que esta prohibicion se ha anticuado con los reales edictos, no querais, señor, suprimir tan justos decretos y órdenes. Si ninguno cree que pueden violarse los establecidos en materias civiles, ¿se despreciarán de esta suerte las ordenanzas favorables á la religion? Si no faltan acaso cristianos de algun lustre que te aconsejen á dar tal decreto, no te sorprendan sus voces ni dejes engañarte de sus nombres fantásticos. El que da semejante consejo, en el mismo hecho ofrece sacrílegos sacrificios. Por lo que mira á nosotros los obispos, si como no lo espero, desoyereis mi voz y dais tal decreto, no podremos llevarlo á bien, sufrirlo ni disimularlo. Bien podreis luego venir á la Iglesia; pero ó no hallareis en ella sacerdote, ó lo encontrareis dispuesto á resistiros. ¿Qué le respondereis cuando os diga, que habiendo vos adornado con vuestras ofrendas el templo de los gentiles, no acepta vuestros dones la Iglesia católica; que el altar de Jesucristo desprecia vuestras ofertas, ya que habeis erigido áras á los simulacros, pues tanto vale vues-

(*) *Hist., lib. 5, cap. 20.*

tra voz como vuestra mano, y vuestra firma como vuestra obra; que el Criador desecha vuestro obsequio, pues habeis tributado otro igual á las criaturas, habiendo dicho él mismo que ninguno puede servir á dos señores; que no gozan de vuestros privilegios las vírgenes consagradas á Dios, y los usurpan las vestales? ¿Para qué recurris á los sacerdotes de Dios, habiendo preferido á sus consejos las súplicas profanas de los gentiles? No por cierto, no, nosotros no podemos hacernos cómplices del delito ageno. Por tanto, os ruego, ¡oh emperador! hagais lo que para con Dios conoceis que puede ser útil á vuestra eterna salvacion (*).» Hasta aquí San Ambrosio, cuyos bellísimos sentimientos reprueban toda superflua tolerancia y confirman las razones que tenemos alegadas. Y qué, ¡si un gobierno católico pretendiese introducir en sus Estados la indiferencia de religion y ampliar la libertad de los hereges, no podrian los obispos de esa nacion detestar sus pretensiones palabra por palabra de las referidas?

Síguese, pues, de lo dicho, que en nada puede favorecer la autoridad de la Iglesia antigua á los tolerantes, sino mas bien condenarlos. Pero para convencerse mas de que los santos han alabado siempre la intolerancia en los príncipes cristianos, oígase á San Leon en la carta al obispo Toribio, en que hablándole de los errores de los priscilianistas, le dice: "Nuestros padres, en cuyos dias se suscitó esta nefanda heregía, han obrado justamente en procurar con todas veras desterrarla de la Iglesia, y los príncipes de la tierra en detestar tanto esta sacrílega locura, hasta emplear la espada de las leyes contra su autor y sus discípulos. Ellos conocian muy bien que permitiendo que tales hombres viviesen en algun lugar con semejante profesion, se desterraba toda honestidad, se disolvian los lazos del matrimonio, y se quebrantaban todos los derechos humanos y divinos. Esta severidad fué utilísima á la mansedumbre eclesiástica; la que si se contenta con dar el juicio sacerdotal, jamas echa mano de sangrientas venganzas, y es ayudada y fortalecida con el rigor de las leyes civiles; pues muchas veces sucede que recurren por remedios espirituales los que temen los castigos temporales.»

(*) Epíst. 17 ad Valentinian.

Ni difiere de esta sentencia la de San Gregorio el Grande, quien en una carta á Genadio Patricio, exarca de África, de esta manera lo persuade á reprimir á los hereges (*). "Así como Dios ha hecho que resplandezcais en esta vida con las victorias que habeis alcanzado de los enemigos del Estado, así tambien es necesario que con todo valor os opongais á los de la Iglesia, para que ambos triunfos hagan que vuestra fama sea tanto mas plausible, cuanta mayor sea la gallardía con que peleeis á favor del pueblo cristiano, y mas generosa la fortaleza con que, como campeon del Altísimo, sostengais estas batallas eclesiásticas; porque es constante que si los hereges, lo que Dios no permita, llegasen á tener libertad para hacer el mal, se levantarian furiosos contra la fé católica, y procurarian inficionar cuanto les fuese posible con el veneno de la heregía los miembros del cuerpo cristiano. Reprimid vos, empero, sus esfuerzos, y con el yugo de vuestra justicia quebrantad su altanera cerviz.» En iguales términos escribia el mismo santo á Pantaleon, prefecto tambien de Africa, incitando su celo contra los donatistas (†). "No podeis ignorar, le dice, que las leyes persiguen severamente la nefanda maldad de los hereges; conque no será pequeña culpa si éstos, á quienes condena la integridad de nuestra fé y el rigor de las leyes humanas, hallan en vos

(*) Epíst. 74.
(†) Lib. IV., epíst. 34.

abrigo y libertad. Considerad ante todo, qué juicio formarán de vos los hombres, si ven que en vuestro gobierno tienen licencia para seguir sus escesos aquellos mismos que en otros tiempos fueron justamente reprimidos: sabed, por último, que si sois omiso en enmendar cuanto esté de vuestra parte esta maldad tan grande, os pedirá Dios estrecha cuenta de las almas que con ella se han pervertido.»

Todavía es mas fuerte lo que el mismo santo escribia al emperador Mauricio acerca de los mismos donatistas no reprimidos, segun se prevenia en las leyes imperiales. Despues de haber elogiado el santo el empeño del dicho emperador á favor de la religion católica, añade: "Bien nos manifiestan los decretos espedidos todo el celo ardiente y sincero que os anima contra la muy inicua perversidad de los donatistas. Pero algunos obispos respetables, recien venidos de Africa, nos han asegurado que por efecto de un disimulo incauto y pernicioso, están vuestras leyes tan olvidadas en esa provincia, que ni se teme el justo juicio de Dios, ni vuestras providencias surten sus debidos efectos; añadiendo que es tanto lo que allí prevalece el oro de los donatistas, que está puesta casi en venta la fé católica. Por lo tanto os suplico que mandeis que sean castigados rigorosamente los que sean reconocidos por tales, que apliqueis una medicinal correccion á los necios y alejeis de ellos el error, para que disipándose por el influjo de vuestras disposiciones las tinieblas de tan maldita peste, y estendiendo sus serenos y refulgentes rayos la verdadera fé, os prepareis un triunfo glorioso y celestial en la presencia de nuestro divino Redentor; pues á todos aquellos á quienes en lo esterior defendeis del enemigo, los libertais en el mismo hecho de que en sus interiores sean inficionados con el veneno de los diabólicos engaños, que es una obra la mas gloriosa para vuestra esclarecida piedad (*).» Véase, pues, si este gran papa queria que los hereges fuesen indiferentemente tolerados en los Estados católicos; ó si, por el contrario, procuraba que fuesen estirpados de ellas. ¡Y quién ignora que no hacia en esto otra cosa que imitar los ilustres egemplos de algunos de sus santos predecesores, como San Inocencio I, San Gelasio y San Símaco, los cuales, segun consta en sus vidas, desterraron á los catafrigas y maniqueos que se ocultaban en Roma!

Alguno llevará á mal esta série tan larga de autoridades, ¿pero qué remedio! Se dice que la tolerancia es conforme al espíritu evangélico; y es muy conveniente demostrar lo contrario con el testimonio de aquellos hombres que por su virtud y santidad debian conocer mas que los novadores el que anima al Evangelio. Prosigamos. San Gregorio Nacianceno exhorta, en una carta á Olimpo, á castigar y reprimir á los apolinaristas; dando por razon, que la mansedumbre que hasta entonces habia usado el santo con ellos, en vez de reducirlos á la unidad de la Iglesia los habia hecho mas obstinados y soberbios. Oíganse sus palabras: "Es cierto que siempre se aprende algo en la vejez, aunque la mia no es de la clase de aquellas que merecen nombre y fama de prudencia y de consejo. Yo conocia muy bien la escesiva impiedad de los secuaces de Apolinar, y creí siempre intolerable su temeridad; y con todo, pensé podria suavizarlos con mi mansedumbre; pero la esperiencia me ha enseñado que obraba imprudentemente, pues de esta suerte los he hecho ser peores, y con esta tolerancia usada fuera de tiempo he perjudicado á la Iglesia; porque los inicuos ni se ablandan con la dulzura del trato, ni se dan por vencidos con la afable humanidad.»

Considérese tambien atentamente lo que el santo pontífice Gelasio escribia al em-

(*) Lib. 6 epist. 65.

perador Anastasio, que favorecia al cismático Acacio (*). "No cabe duda que con vuestras leyes el imperio romano no echa menos ninguna gloria, ni teme daño alguno. Pero ¿será acaso verdad, ¡oh príncipe ilustre! que vos, que esperais que Jesucristo os colme de beneficios en la presente y en la futura vida, sufris que en vuestro tiempo se perjudique y dañe la sinceridad de la comunion y de la verdadera fé católica? ¿Con qué confianza, decidme, con qué confianza podreis pedirle que os premie en el Cielo, si en el suelo no impedis sus agravios? Ea, pues, ¡oh grande emperador! yo no pretendo que se turbe la paz de la Iglesia, que deseo se conserve, aunque sea á costa de mi sangre; pero consideremos que esta paz debe ser verdadera y cristiana. ¡Y cómo puede serlo la que no tiene sincera caridad? Cuál debe ser ésta, nos lo predica el Apóstol, diciendo: *es la caridad de corazon puro, y de buena conciencia, y de fé no fingida.* ¡Y cómo podrá ser caridad la que está contaminada con un contagio esterno? ¿cómo podrá ser caridad de buena conciencia, la que esté mezclada de buenos y malos? ¡cómo podrá ser caridad de una fé no fingida, la que tiene sociedad con los malvados enemigos de la verdadera fé! Muchas veces hemos dicho estas mismas cosas; pero conviene repetirlas siempre, y no callarlas nunca, mientras se nos oponga el nombre de la paz. Si el dogma de Eutiques debe escluirse del de los católicos, ¿por qué no ordenais que sean separados del contagio de aquellos que os consta estar inficionados, sabiendo que enseña San Pablo, que son reos: *No tan solamente los que hacen cosas que no deben hacerse, sino tambien los que consienten á los que las hacen!* Porque así como no se puede comunicar con los malvados sin aprobar la maldad, así tampoco se puede condenar la maldad admitiendo y tolerando al que es su cómplice y fautor. (*S. C.*)

(*) *Epist. ad Anastas. Cap.* III.

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION VI.

CARACTER DE LA OBRA BAJO EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO.

No pretendemos disimularlo: de lo que acusamos á Mr. Süe es de un crímen moral; y esta acusacion la entablamos ante el único juez que puede legítimamente condenarlo: este juez es la opinion pública. La única pena que pedimos contra Mr. Süe, es una pena moral; la reprobacion de los hombres honrados, de aquellos que para defender los principios de la moral pública, de la justicia y de la libertad general, saben sobreponerse al espíritu de partido, y estiman en mas el honor de su patria y de su siglo, de la civilizacion y de la humanidad, que sus sentimientos, rencores y antipatías.

Estos hombres, sean cuales fueren sus opiniones políticas, comprenderán fácilmente que ahora no se trata únicamente de los jesuitas. En primer lugar, es muy peligroso en tiempos en que las pasiones se exaltan fácilmente, el hacer circular esas denominaciones vagas y terribles á la vez, que reasumen y concentran un fondo de odios y rencores. En tiempos de revolu-

cion, los apodos son sentencias, sumarias de muerte. Se presenta un incidente, estalla una crísis, entonces el primero que se encuentra á mano ejecuta aquellas sentencias. ¡Cuántos asesinatos no se hicieron cometer durante la revolucion francesa, solo con los apodos de *aristócrata* y *federalista*, que se aplicaban á cualquiera y en toda circunstancia! La denominacion de *jesuita* no es menos peligrosa en el dia. Si se me llamase ladron, aunque Voltaire dice que en tal caso lo mejor y mas breve es echar á correr, yo podria preguntar ¿qué he robado? ¿á quién he robado? Pero si al salir de una Iglesia un enemigo me aplica el apodo de jesuita, designándome así á la cólera y á la venganza de la plebe irritada contra los jesuitas, ¿qué haré entonces? ¿Cómo probaré que en realidad no soy jesuita? ¿Qué carácter invocaré para apoyar mi negativa? Para los semisabios, ninguna diferencia hay entre un clérigo y un jesuita; pero para los hombres ignorantes y, mas preocupados aún, un hombre que oye misa y un jesuita son una idéntica cosa.

Mr. Süe no solo ha atacado la Iglesia católica de un modo indirecto, sino de un modo directo y formal; y no solo en sus prácticas, sino tambien en sus dogmas. Es imposible seguir el desarrollo de su libro, en la parte donde pinta el carácter de la muger de Dagoberto, y sobre todo en el capítulo que intitula *La influencia de un confesor*, sin tropezar con una sangrienta sátira contra la confesion, de la cual parodia Mr. Süe hasta las fórmulas sacramentales. La humilde introduccion, la bendicion acostumbrada, las preguntas del sacerdote, nada omite; y es fácil comprender la mortificacion que debe causar á las almas convencidas de la verdad del catolicismo esa pintura del interior de un confesonario, puesta al lado de la descripcion de las escenas eróticas en donde la *reina Bacanal* danza delante de su pueblo, con esa escentricidad de posturas y de gestos, que sorprende hasta á los que están habituados á concurrir á los bailes de la plaza de Chatelet. Ese confesonario, en la novela del JUDIO ERRANTE, se asemeja mucho á esos adornos religiosos que, despues de haber sido robados en el saqueo de Saint German l'Auxerrois, figuraban en medio de los desórdenes y escenas del carnaval.

Por lo demas, Mr. Süe emplea contra la confesion las mismas armas que contra los jesuitas: la pone en accion y la espone bajo el punto de vista mas odioso. El padre Dubois, dominado por los jesuitas y dominando á la vez á la muger de Dagoberto, emplea su influjo sobre ella para decidirla á meter en un convento, sin el consentimiento de su marido, á las hijas del mariscal Simon, confiadas por éste á Dagoberto, obligando de esta suerte á su penitente á hacerse cómplice del robo y del secuestro de ésas dos criaturas. En esta escena todo está combinado para hacer sospechoso el influjo de la confesion; para hacerla odiosa, sobre todo á los hombres del pueblo, á los cuales se representa al sacerdote en el confesonario como un fanático ó un enredador, que abusa de su ascendiente para imponer á su penitente sacrificios pecuniarios superiores á su fortuna, y limosnas exageradas para la Iglesia; dejando todavía á un lado la accion mas peligrosa aún que egerce en los asuntos mas importantes, y el odio y el desprecio que inspira á la muger cristiana contra el marido que no participa de sus ideas religiosas.

¿Quiérese saber á lo que tiende esta escena? Pues bien, lo diré: tiende á inducir á los hombres del pueblo que tienen la desgracia de carecer de sentimientos religiosos y la fortuna de tener mugeres cristianas, á que no dejen á éstas en libertad de seguir su religion. Así Mr. Süe, ese gran defensor de las libertades, compromete la primera de todas, la libertad religiosa. Al mismo tiempo este elocuente *deplorador* de la condicion de las mugeres en las sociedades modernas, y sobre todo de las mugeres del pueblo, las espone, por las tendencias de su libro, á verse privadas del mas elevado y puro de los consuelos, del que viene del Cielo; y las pone en peligro de que pierdan con este consuelo la fuerza, el derecho del habla, el sentimiento de su dignidad y de su personalidad; ese sentimiento noble que ellas beben en esas conferencias sagradas, que solo tienen á Dios por testigo, y que á menudo son lo único que les recuerda que con este cuerpo condenado á tantas miserias y trabajos, tienen un alma inmortal, un alma libre que no depende mas que de Dios.

Nadie se atreverá á decirnos que des-

prendemos un hecho aislado del conjunto de la obra de Mr. Süe, para fundar sobre él la acusacion de un plan sistemático. El espíritu de todo el libro es profundamente anticatólico. ¿Se quiere que demos de ello una nueva prueba? Todos los personages que representan en él ideas religiosas, ó bien son unos monstruos viciosos, ó unos estúpidos fanáticos: todos los personages que representan ideas de religion natural, es decir, que no son cristianos, son virtuosos, honrados hasta en el seno de la orgía; puros hasta en medio del fango.

Esta nomenclatura es demasiado curiosa para no hacerlá. Agricol con su religion natural, es el mejor de los hijos, el mas noble y mas generoso de los hombres. Dagoberto, su padre, el antiguo granadero de á caballo, *que acuchillaba á los frailes con mucha sensualidad en España* (son palabras de Mr. Süe), Dagoberto, que tampoco tiene mas religion que la natural, es el modelo de los maridos, de los padres, de los servidores, de los soldados, en fin, de los franceses. La Mayeux, cuya religion es tambien la natural, es la criatura mas santa, mas dulce y mas generosa. Adriana de Cardoville, tambien de religion natural, y muy natural, como que quema incienso ante un grupo de Dafne y Cloé, al cual considera como al tipo de la belleza, Adriana es la mas recomendable, la mas generosa, la mas magnánima de las mugeres. El comerciante Francisco Hardy, tampoco reconoce otra religion que la natural: por consiguiente, hállase poseido de una bondad paternal hácia sus obreros, á quienes tiene por sócios, dándoles una parte de los beneficios de su fábrica, en proporcion de sus trabajos. Rosa y Blanca, de religion natural, son puras, bellas y dulces como los ángeles del Cielo. El mariscal Simon, de religion natural, es el mas valiente y el mas grande de los hombres. Su padre, Simon el artesano, de religion natural, es un hombre lleno de probidad, de dignidad y desinteres. Todos, hasta el mismo Descamisado y Cefisa, llamada *la reina Bacanal*, todos, en medio de los mayores desórdenes conservan una nobleza de alma y una generosidad admirables, y hacen mil buenas acciones aun en medio de la orgía y de esas contradanzas escéntricas que el pudor obliga á los celadores de policía á prohibir en los arrabales: pero tambien es cierto que nadie puede negar que todos los que figuran en la *tulipa tempestuosa* profesan por única religion la natural.

Tomad ahora el reverso de la medalla, y pasad en revista los personages de la novela que pertenecen á la religion católica. Aquí hallais un Rodin, un monstruo de crímenes, un Satanás encarnado, que asusta al mismo Faringhea, á ese tremendo gefe de los estranguladores de la India, por la superioridad de sus atroces maldades: allí os encontrareis con el abate maqués de Aigrigny, que ordena y paga el robo, la violencia, el fraude, el adulterio, todo con el objeto de lograr el despojo de una familia inocente, y para quien el asesinato y el regicidio son medios comunes y ordinarios para obtener un fin: en seguida tropezais con la princesa de San Dizier, la cual, despues de haber escandalizado el mundo con el número y clase de sus adulterios, busca en la religion los medios de satisfacer sus pasiones de odio y envidia; una muger que, á la vez que recibe en su salon á los obispos y al clero, se goza en precipitar á sus antiguos rivales en la vergüenza y la desesperacion, y á sus antiguos amantes al suicidio.

Seguid, seguid vuestra revista: todavía no habeis llegado al fin de este horrible museo. Ahí teneis al abate Dubois, sacerdote fanático y criminal, que abusa de su influencia sobre su penitente, la muger Beaudoin, para arrebatar á dos niñas jóvenes á su protector natural, y enterrarlas en una especie de *in pace;* y que al mismo tiempo incita á una esposa á desobedecer á su marido, y á una madre á odiar á su hijo. Sigue la muger Beaudoin, esposa de Dagoberto: ella seria la perfeccion de la virtud, si no fuese católica; pero el catolicismo la ha sumido en un idiotismo fanático, que no le permite distinguir entre el bien y el mal.--Ved á ese otro: es el doctor Baleinjer, médico hipócrita, que se sirve de toda la dulzura y suavidad de su lenguage para cometer los mayores crímenes, y que contribuye á que una jóven que tiene perfectamente sano el entendimiento, sea encerrada en un hospital de locos, con el fin de despojarla de su herencia.--Hé aquí á madama Grivois, digna ama de llaves de la princesa de San Dizier, que hace arrestar á la Corcobeta como ladrona, para facilitar de este modo el robo de Rosa y Blanca, y su reclusion en un conven-

to. Ahí está Morok, el que anda enseñando bestias feroces, *baratillero de religion*, que hace robar por Goliath los papeles y el dinero de las hijas del mariscal Simon. --Ved: esa es Florina, que se arrepiente de una falta cometiendo un crímen, y que se hace espía de los jesuitas para que se le perdone el haber sido frágil.--Ese de mas allá es Dumoulin, todo ennegrecido con los odios de Mr. Süe contra la prensa religiosa; Dumoulin, el escritor católico, que gasta en los lugares mas vergonzosos é inmundos todo el dinero que ha ganado difamando al profesor Martin, filósofo distinguido; Dumoulin, en quien Mr. Süe se ha complacido en reunir los rasgos mas innobles, la vida licenciosa y la apología del cristianismo, la ciencia religiosa y la crápula de los mas repugnantes vicios; de quien ha hecho una especie de Tertuliano inmundo, que compone sus apologéticas entre la orgía donde se embrutece, y el baile sin nombre, en el cual figura frente á frente del Descamisado y de la reina Bacanal, y al lado de Rosa Pompon, á la que dirige palabras licenciosas y cumplimientos cínicos, salpicados (permítasenos la espresion) de pasages sacados de las magníficas meditaciones de Bossuet sobre el Evangelio, y de citas del apóstol San Pablo, que se encuentran en su boca mezclados con los equívocos y dicharachos mas impúdicos del libertinage, y con los hijos de la orgía.

De veras, ¿creeis que el mismo Mr. Süe tenga fé en la exactitud y semejanza de sus retratos? ¿Piensa él en efecto que el hombre tiene todos los defectos y todos los vicios, solo porque practica una religion que prescribe todas las virtudes?

--¡Oh! qué inocente sois, y qué poco conoceis las cosas de este mundo! Trátase, en efecto, de hacer retratos, y de conservar perfectamente la verdad cuando se trata del catolicismo. ¿No os lo han dicho ya? Lo que importa es el acelerar el movimiento que debe colocar á Mr. Thiers al frente del ministerio, y procurar al *Constitucional* mayor número de suscritores; ¡porque este *Constitucional* paga á Mr. Süe 100,000 francos (20,000 pesos) por su novela! Y qué! ¿no creeis que todas las consideraciones posibles deben enmudecer ante estas consideraciones? ¿no creeis que se puede recargar el colorido y alterar un poco la verdad cuando se trata de intereses tan grandes?

—Alto ahí, enemigo capital del probabilismo y de los casos de conciencia, de la justificacion de los medios por los fines, y de todas las astucias justificadoras: ahí os atrapo haciendo lo mismo que condenais: Ved ahí la doctrina práctica de Mr. Süe: *no se puede hacer el mal solo por el placer de hacerlo; pero cuando este mal ha de resultar en bien para el que lo hace, entonces ya es otra cosa.* ¡Hola! parece que para ser jesuita no se necesita vestir un hábito negro. ¿Quién lo creyera! Mr. Süe, ese gran enemigo de los jesuitas, es un jesuita á su modo, y aun el mismo *Constitucional* se vé preso *in fraganti*, cometiendo un delito de jesuitismo, que no parece sino que ha ido á buscar la moral de Sanchez ó del padre Lami, de la cual se trata en las *Cartas Provinciales*.

No quiero que se me eche en cara el mismo delito de que acuso á Mr. Süe, y así me apresuro en reconocer que me he dejado llevar demasiado lejos, cuando he dicho que todos los personages que representan al catolicismo en su obra, se hallan poseidos de todos los vicios y entregados á todos los crímenes, ó cuando menos á una estupidez fanática. Hay uno entre ellos que ha escapado de la proscripcion general; es el misionero Gabriel. Es preciso añadir, no obstante, que en el pensamiento de Mr. Süe, Gabriel está muy cerca de no ser católico. Ya se ha declarado contra la teología, la cual, sin embargo, no es sino el resúmen de las creencias de la Iglesia sobre las verdades reveladas. Hay algo mas: Gabriel se manifiesta lleno de admiracion hácia uno de sus antepasados, que se hizo protestante porque la conducta de los jesuitas, durante la liga, le pareció criminal; y ademas siente una viva simpatía por Marío de Rennepont, que ha terminado su vida por el suicidio, con la aprobacion del JUDIO ERRANTE, que es nada menos que "la representacion viva de la Divinidad." O nos engañamos mucho, ó Gabriel está destinado en la continuacion de la novela á hacerse protestante, ó tal vez furrierista. Por lo menos allí lo conduce la lógica de su carácter; sin embargo, Mr. Süe podrá muy bien variar de camino, porque, segun hemos visto, se halla ya acostumbrado á hacer esos cambios de frente bajo el fuego de la crítica, sometiendo enteramente su drama á los intereses de la polémica de sus defensores.

Pero sea de esto lo que fuere, se está ya viendo de un modo evidente: en la novela de Mr. Süe todo el que no es católico es un hombre virtuoso; y al contrario, todo el que profesa la religion católica, es un hombre perverso, entregado á todos los vicios, y que no tiene mas alternativa que ser, ó un bellaco infame, ó un estúpido majadero, juguete é instrumento de los mas astutos. Para que nadie se equivocara, el autor ha cuidado bien de señalar al odio y al desprecio universal, aquellos á quienes él apellida los *católicos practicantes*. Mr. Süe tiene alguna consideracion por aquellos cuyo catolicismo consiste en las palabras, y que tienen religiosidad, pero no religion: es tambien indulgente con los católicos inconsecuentes, y con los cristianos románticos que adoran sobre todo las ogivas, y creen en los vidrios y ventanales pintados, mejor que en el símbolo de Nicea. Pero aquellos que se someten á los mandatos de la religion, y que son para la Iglesia hijos obedientes; esos, decimos, no le merecen á Mr. Süe consideracion ninguna, y así es que no se la concede de ningun modo. Los católicos que *practican*, son monstruos de hipocresía, de maldad, de codicia, de deshonestidad: son Rodins, Aigrignys, Baleiniers, Dubois, San-Diziers, Grivois, Dumoulins, Tripeauds, y Moroks.

Aquí quisiera yo que Mr. Süe me sacase de una duda.

¿Se puede profesar una religion, sin practicar sus dogmas y su enseñanza? Ved á Mr. Süe, por ejemplo, que es ó debe ser furrierista. Pues bien, por esta misma razon está en favor de la atraccion apasionada y de la fundacion de un *falausterio*, en donde los harmonianos puedan dar rienda suelta á todas las pasiones, inclusa la *mariposa* (*), cuidando solamente de poner cada vicio en su lugar, lo cual lo trasformará en virtud; y he aquí que donde nosotros no vemos mas que la posibilidad de una cacofonia moral y política, un desórden espantoso, Mr. Süe percibe una santa y admirable armonía. Luego Mr. Süe será un *furrierista practicante*.--¡Qué cosa es un católico practicante? Es un hombre que profesa una religion nacida hace diez y ocho siglos, que ha renovado el mundo, y que aplica los principios de conducta adoptados por Mr. Süe, al abrazar una utopia que todavía no ha producido ningun resultado útil, y que hasta ahora no ha engendrado mas que palabras y frases mas ó menos oscuras.

El autor del Judio errante se ha declarado enemigo de los católicos que ponen en práctica los dogmas de su religion. Pero entónces, decidme, ¿qué era San Luis? Un católico practicante. ¿Y San Vicente de Paul? Un católico practicante. ¿Y Fenelon, y Las Casas? Católicos de la misma especie. Una fé muerta no es una fé sincera: un católico que no practica lo que cree, no es católico. De ahí dimana, sin duda, todo el encono de Mr. Süe contra los católicos practicantes.

El autor del Judio errante ha colocado las cosas bajo un punto de vista tal, que es imposible que el lector que no ha estudiado esas cuestiones sino en esa novela, deje de sentir una especie de repugnancia involuntaria contra todo hombre que solamente entre en una Iglesia.--Ved ahí á un hombre que ha entrado por la puerta del templo; pues ya es sospechoso.--Ha tomado agua bendita, pues ya las circunstancias se agravan, y las sospechas contra él se robustecen.--Ahora levanta los ojos.... ¡ah! eso no es mas que para mirar á las mugeres: norabuena; esto lo aconseja la religion natural.---Pero no.... sus miradas se elevan hácia la cruz; pues no hay que dudarlo; ese hombre es un solemne pícaro.---Está orando.... ¡es un miserable, un infame!--Luego se acerca á esos tribunales que, por valernos de una magnífica frase de Bossuet, justifican á los que se acusan....--¡Socorro! socorro! ese hombre es un ladron!--Despues se dirige al altar.... ahora sí que ya no cabe duda; es un malvado, un facineroso.... ¡Quién sabe? Puede que sea un regicida.

No creais que exagero: no podeis formaros una idea exacta de las pasiones que ha escitado el libro de Mr. Süe, y el estravío que ha producido en ciertos espíritus. No digais "eso no sucederá," porque ya ha sucedido. ¿Sabeis acaso que Mr. Süe (el novelista, no el antiguo médico) ha tenido el honor de alargar el catálogo, ya demasiado largo, de las enfermedades humanas? No creais que esta es una invencion

(*) *La* mariposa *era la pasion que mas embarazaba á Fourrier en su sistema. La* mariposa *es el capricho, la fantasía, la circunstancia.*

ó una suposicion gratuita: es un hecho positivo. Desde que, bajo el nombre del doctor Baleinier, el novelista ha acusado al médico católico ante la opinion pública, como cómplice de despojos y secuestros arbitrarios, como testigo falso en materia de alienacion mental, como envenenador, y qué se yo qué mas; se ha declarado, segun refiere la *Gaceta de los hospitales* (*), un nuevo delirio ó enfermedad peligrosa, que el mismo periódico denomina *la jesuitofobia*. ¡Se aconseja á tal enfermo, aislado y sin familia, que se haga trasladar á una casa de sanidad! pues al momento se incorpora, se sienta en la cama, y con los ojos indignados, el cabello erizado y el gesto amenazador, contesta con voz temblorosa al médico sorprendido, "*¡quitaos de aquí, vil Rodin!*"---¡Quereis persuadir á otro enfermo á que llame á su cabecera á una de esas hermanas del Buen socorro, que cuidan á los enfermos por amor de Dios, mientras que tantos otros no los cuidan sino por amor del dinero! pues el enfermo os señala al momento la puerta, y os dice con ironía: "*ya os conozco, doctor Baleinier!*" Las cosas han llegado á tal punto, que pronto los médicos tendrán que estudiar el JUDIO ERRANTE, si no por gusto, á lo menos para comprender el orígen de un nuevo órden de enfermedades cerebrales.

A no ser que Mr. Süe continúe su novela poniéndola en accion en los entreactos que separan las diversas partes de que se compone, y si se confirman los rumores que corren sobre el particular, es de temerse que esa enfermedad, á la que él ha dado orígen, acabe por apoderarse de él mismo. Segun esos rumores, el autor del JUDIO ERRANTE, rodeado de sus perros de Terranova, no come sino con la mayor precaucion, y no se mete en la boca ningun alimento que primero no lo hayan probado sus honorables cuadrúpedos. Semejante á Dionisio de Siracusa, pronto se hará afeitar con cáscaras de nuez, porque ha llegado á vislumbrar una inmensa navaja, cuyo mango está en Roma y la hoja en todas partes. Hablemos mas claramente: ¡sabeis por ventura que personas fidedignas han visto varias cartas anónimas, en las cuales se prometia al pastelero de Mr. Süe una gran recompensa, siempre que el autor del JUDIO ERRANTE sucumbiese al influjo de un insidioso requeson, ó de un azucarado bizcocho preparado segun los principios de la moral relajada?

¿Qué decis de esta nueva novela, colocada entre la primera y la segunda parte de la novela de Mr. Süe?--Yo digo que si Mr. Süe refiere esto sin creerlo, es digno de lástima; y que si lo cree á fuerza de referirlo, lo es mas todavía; porque entonces está destinado, como Ana Rad-

---

(*) *Copiamos á continuacion el pasage literal de la* Gaceta de los hospitales *de* 19 *de Noviembre de* 1844. *Dice así.*

"*Hé aquí una nueva enfermedad de la cual Mr. Süe y el* Judío errante *son la causa patogénica; hablamos de la* jesuitofobia. *No os riais de esto: la cosa es real y verdadera, y uno de mis compañeros refiere al que quiera oirlo, que dos veces ha sido ya víctima de este nuevo delirio cuyos casos se multiplican. Llamósele á ver dos enfermos á quienes faltaban los cuidados indispensables de familia: á uno le aconsejó que se hiciese trasladar á una casa de sanidad, y al momento fué despedido con el apodo de* Doctor Baleinier; *al otro le dijo que llamara á una hermana del Buen socorro para que lo cuidara, y al instante se le dijo que era un* vil Rodin. *Lo mas chistoso fué, que como mi compañero no habia leido el* Judío errante, *se quedó á oscuras con respecto al significado de aquellos apóstrofes, y por consiguiente creyó que semejantes dislates procedian de un delirio grave, por lo cual insistió de nuevo y con mas energía en su primera opinion. Este empeño, nacido de un buen deseo, hizo que en ambas casas fuera literalmente echado á la calle; y uno de los dos enfermos le escribió la siguiente esquela, que le hizo al fin abrir los ojos. Decia así.*--"Muy señor mio: No basta ser jesuita; es preciso al mismo tiempo ser astuto. La torpeza con la que vd. quiso rodearme de gentes de su calaña, me ha manifestado pronto quién era el médico con quien yo trataba. Detesto á los Rodins, lo mismo de ropage corto que de diploma: Eugenio Süe nos enseña el modo de conocerlos y de quitarles la careta."

"*Bueno será que nuestros compañeros los médicos estén al tanto de esta disposicion en que se hallan algunos enfermos, para que en aquellas casas en donde no sean muy conocidos, se abstengan de proponer nada que huela á Rodin.*"

cliffe, á morir del miedo que él mismo se está haciendo.

Y ¿qué necesidad tenemos de recoger los rumores de las tertulias, ni de buscar las pruebas de lo que hemos dicho en los periódicos consagrados á pintar la innumerable variedad de las enfermedades humanas? ¡No acabamos de tener á la vista un egemplo, que prueba, mejor que todo lo demas, el desórden que puede producir esa idea fija, esa idea que hace ver á los jesuitas por todas partes, y que confunde con ellos al catolicismo? ¡No se ha alimentado constantemente de esta idea en un año que ha tardado en redactar una ley sobre la libertad de la enseñanza, ese ministro, cuya brillante inteligencia acaba de eclipsarse tan tristemente, á pesar de que su espíritu fino y lleno de aticismo no manifiesta nada de esa fogosidad y arrebato, que suelen ser el presagio y la esplicacion de las tinieblas que á veces envuelven de golpe las regiones intelectuales? Hemos recordado á Ana Radcliffe, pereciendo bajo la reaccion de su poética de espectros y apariciones, y viendo volverse contra ella misma los terrores que ella evocaba. Pues este es un egemplo muy semejante. Hé aquí á un ministro que perece bajo la reaccion de una política de fantasmas. En la junta de ministros, al manifestarse de golpe su manía dominante, ¿cuál es el primer grito que se escapaba de sus labios? *¡Los jesuitas!* por todas partes vé jesuitas: sus cólegas en el ministerio son jesuitas, hasta el príncipe mismo es jesuita. Por esto al descubrirlo se arroja hácia él gritando: que pues que se ha decidido su muerte, viene á entregar su cabeza á los jesuitas, y está pronto á subir al cadalso. ¡Desgraciado Lisias! tan académico, tan elocuente, tan elegante, vuestra cabeza no ha podido sin embargo resistir á las nubes que se amontonaban en ella cuando por defender la causa de los universitarios resucitábais tantas preocupaciones, tantas prevenciones y terrores! Pigmalion no pudo terminar su estatua sin prendarse de ella: vos trabajais igualmente, hace ya mucho tiempo, en una estatua destinada á atemorizar á las nuevas generaciones, y á precipitarlas en el monopolio universitario como en un asilo; y vos caeis despavorido y con la razon perdida á los piés de vuestra horrenda Galatea.

Es cierto que no todos los entendimientos naufragan de este modo: es cierto que no todas las inteligencias se cubren así de espesas tinieblas. Pero si estos no son mas que casos particulares, estos casos particulares no pueden nacer sino en una situacion que les es análoga; y cuando tales casos se producen en las imaginaciones enfermizas, se puede y se debe temer que, en lo comun de los espíritus pueden encenderse esas pasiones violentas, que son la locura de los que tienen sana la razon. Cuando prevalecen las epidemias físicas es cierto que no todos adolecen de sus enfermedades; pero no es menos cierto que todos resienten la influencia de las causas perniciosas que vician la atmósfera: pues lo mismo sucede en las epidemias morales é intelectuales. Así pues, cuando la *jesuitofobia* se declara en los enfermos solo con oir una palabra que les recuerde una idea católica, y cuando el que redactó la ley de la libre enseñanza, cediendo él mismo al error y desórden que lo arrastran, vacila, sucumbe y pierde la razon en medio de la espesa niebla que cubre la atmósfera; cuando esto sucede, estad seguros de que existen una multitud de espíritus que resienten la influencia de la época. En tal caso ¡cuánto no debe temerse de un libro como el JUDIO ERRANTE, es decir, un folleto de la peor especie, un folleto dramático dirigido contra las personas y las cosas religiosas! ¡Qué perturbacion no debe producir en las ideas! ¡Qué odios, qué rencores contra el cristianismo no encenderá en los corazones!

Antes de concluir, permítasenos preguntar á Mr. Süe, si ha examinado jamas el cristianismo, ¡ese cristianismo que pinta con tan horribles colores? ¿Ha medido de una mirada esa gran figura de la religion, que, descendiendo del Calvario hace ya diez y ocho siglos, ha atravesado los pueblos y las civilizaciones, haciendo el bien, como su Divino fundador; porque el mal que las pasiones humanas han podido hacer en su nombre, ella lo reprueba y condena con sus principios y preceptos; y la que despues de haber orado sobre las tumbas de los imperios, como nosotros oramos sobre las tumbas de nuestros parientes, se levanta y continúa su camino hácia sus destinos inmortales? ¡Sabe bien Mr. Süe que las mas largas historias no son mas que un simple capítulo en la historia de la religion? ¡Ha tenido Mr. Süe

tiempo suficiente para saber que el cristianismo lo ha producido todo en el mundo moderno; que la fraternidad de los pueblos no es mas que el espíritu del Evangelio aplicado á la política; que la filantropía no es mas que la caridad; que el espíritu de igualdad, en cuanto tiene de justo y elevado, desciende en línea recta del Monte santo, desde cuya cumbre Aquel que quiso nacer en un humilde pesebre, mandó á un pescador con once compañeros, todos de la clase mas ínfima del pueblo, para que conquistasen al mundo entero? El cristianismo nos ha hecho todo cuanto somos. La primera de las libertades verdaderas (hablamos de la libertad sin esclavos) salió del Evangelio; y la primera de las igualdades nació entre el pesebre y la cruz. Nuestras asambleas nacionales salieron de los concilios; las formas de nuestras elecciones políticas, de las elecciones eclesiásticas; nuestras universidades, de las escuelas que cada obispo edificaba al lado de sus iglesias.

¿Qué puede, pues, esperar Mr. Süe de esta guerra que hace al catolicismo? ¿Destruirlo en Francia? Ya una vez el catolicismo fué destruido oficialmente en este pais; y pocos años despues, como es bien sabido, cuando Napoleon quiso edificar sobre ruinas, tuvo que llamarlo otra vez en su auxilio, esplicando del modo siguiente esta gran medida de reparacion social en el informe que escribió sobre el concordato: "Las leyes (decia) no regulan mas que "ciertas acciones, la religion las abraza to-"das: las leyes no detienen mas que el "brazo, la religion regula el corazon: las "leyes solo hacen relacion al ciudadano, "la religion se apodera del hombre. La "moral sin dogma religioso, no seria sino "una justicia sin tribunales. Los sabios "y los filósofos de todos los siglos han ma-"nifestado constantemente el deseo loable "de no enseñar sino lo que es bueno y ra-"zonable; pero ¿han llegado jamas á con-"venir entre ellos sobre lo que llamaban "razonable y bueno? Despues de los ad-"mirables servicios del cónsul romano, "¿se ha hecho, por las solas fuerzas de la "ciencia, algun nuevo descubrimiento en "la moral? Despues de las disertaciones "de Platon ¿se han disminuido las dudas "en la metafísica? El interes de los go-"biernos humanos, exige, pues, que se "protejan las instituciones religiosas, por-"que solo ellas hacen intervenir la con-"ciencia en los negocios de la vida; porque "solo ellas colocan á la sociedad toda en-"tera bajo la garantía poderosa del Autor "de la naturaleza. ¿Sábese bien lo que "llegaria á ser un pueblo de escépticos? "El escepticismo aisla á los hombres, así "como la religion los une: el escepticismo "no los hace tolerantes, sino malcontentos: "desata todos los vínculos que los unian "entre sí; fortifica el amor propio, y lo ha-"ce degenerar en un sombrío egoismo; "sustituye la duda á la verdad; arma las pa-"siones, y es impotente contra los erro-"res; inspira pretensiones sin dar luces; "conduce por la licencia de las pasiones á "la licencia de los vicios; marchita los co-"razones, rompe los vínculos, y disuelve "la sociedad (*)."

¿Son estas máximas de circunstancias, verdades en 1802 y mentiras hoy; ó bien son principios de una exactitud eterna? ¿Tiene Mr. Süe alguna cosa que poner en lugar de la religion, como vínculo social; ó bien tiene otra religion con que sustituir al catolicismo? ¿El vacío que el catolicismo dejó, en la época de la primera revolucion francesa, no se repetiria hoy si el catolicismo desapareciese? Desprovista la moral del dogma religioso, por mas que haya sido suficiente á algunos casos escepcionales de hombres que, por un profundo sentimiento de honradez han escapado á la lógica de los principios del escepticismo que conduce á la adoracion de lo útil; ¿será suficiente, mas que en los tiempos de Sócrates y Platon, á crear para todo un pueblo una moral social? Si las cosas no han cambiado desde el dia en que el anciano Portalis leyó su informe ante el cuerpo legislativo; si las consideraciones que él desenvolvió no han cesado de ser justas; si una moral sin dogma es siempre una justicia sin tribunales; si solo la religion regula el corazon; si el escepticismo rompe todo los vínculos y condena á una disolucion social, y si las instituciones religiosas son las únicas que hacen intervenir la conciencia en todos los negocios de la vida, ¿no es cierto que Mr. Süe hace á la sociedad francesa el peor de los servicios, al pro-

(*) *Informe sobre el concordato, leido por el anciano Portalis ante el cuerpo legislativo, en la sesion de 5 de Abril de 1802.*

curar estinguir en ella el sentimiento religioso por medio de esas pinturas, en las que se esfuerza á hacer sospechoso todo cuanto tiene conexion con el cristianismo, y en hacer retroceder á la Francia, á lo menos moralmente, á la situacion de la que Bonaparte creyó necesario arrancarla en 1802, para edificar con condiciones de porvenir y de vida.

COLONIZACION.—TOLERANCIA DE CULTOS.

(Artículo 2.°)

Procuramos manifestar en nuestro primer artículo, que la direccion de colonizacion é industria no habia llenado suficientemente su objeto, pues sin presentar ningunos datos sobre los terrenos baldíos, número de colonias que podian fundarse ó de pobladores que debian formarlas, ni probar que no habria bastantes católicos que admitirian la oferta de tierras vendibles ó donables, &c., se avanzaba á proponer la tolerancia religiosa, providencia que debia alarmar á nuestro pais católico y causar males de mucha trascendencia, sin producir el único bien que se solicitaba: la inmigracion á la República de familias estrangeras. A pesar de tan notables faltas, los señores de la direccion habian guardado cierta dignidad en su modo de espresarse, poco comun en esta clase de materias; mas por desgracia no ha sabido ésta conservarse en lo restante del párrafo que es asunto de nuestras observaciones. Olvidando su decoroso carácter, ocurren para probar su aserto á esos lugares comunes, que tanto hacen brillar los periodistas, que nada dicen, nada prueban, solo seducen á los superficiales y poco pensadores, y que, analizados con alguna detencion, manifiestan únicamente la falta de razones y el embrollo de conceptos de los modernos predicadores de la tolerancia. Entremos en materia.

"La cuestion de tolerancia, dicen, es de los intolerantes de escuela, no de los hombres de Estado." Esta proposicion es muy confusa. Si se quiere decir que por cuestion de escuela es de poca monta y solo se reduce á simples especulaciones abstractas, de que no deben hacer mérito los hombres de Estado, es una falsedad. Esta cuestion se ventila en la escuela bajo todos sus aspectos, y con los principios, raciocinios y autoridades suficientes para fijar toda su importancia, su justicia y demas circunstancias que la hacen lícita ó ilícita, necesaria ó infructuosa, útil ó perjudicial á las naciones, segun las luces que ministra la religion, la historia y la esperiencia; y de la ponderacion de todos estos motivos, los hombres de Estado deben sacar conceptos prácticos, para que sus resoluciones sean cautas, circunspectas, prudentes y acertadas. Si se da á entender que hay cuestiones que la teología ha tratado por el raciocinio, y que la política puede decidir de otra manera por los hechos, y que estas opiniones, que la primera ha considerado en su conformidad ú oposicion con los principios de la religion cristiana, la otra puede considerarlas en su influencia sobre el órden y la estabilidad de las sociedades humanas; "este método de juzgar, ha dicho un célebre periodista, está menos sujeto á la discusion que cualquiera otro, y se puede afirmar en general que un error político no puede ser una verdad religiosa (*);" y ademas, no basta para que las medidas que adopten los hombres de

(*) La Religion, *tomo* 2.°, *pág*. 160. —*Barcelona* 1837.

Estado se tengan por justas y racionales. En algunas materias podrán acertar, desentendiéndose de los argumentos en contra, de las escuelas; pero en otras no pocas podrán errar, y en efecto han errado no raras veces, por no escuchar los principios con que deben dilucidarse las cuestiones, y que se enseñan en las escuelas. Valgámonos de algunos ejemplos que hagan palpables nuestros conceptos. El agiotage lo repugnan y condenan los moralistas; la esclavitud ha sido combatida casi generalmente por los teólogos, lo mismo que el derecho de conquista, el orígen inmediatamente divino de los reyes, la desigualdad de derechos entre los ciudadanos, &c., &c.; ¿y quién duda que, á pesar de esta oposicion escolástica, los gobiernos celebran contratos ruinosos, han autorizado y protegido la compra y venta de esclavos, han creado privilegios y han tenido por legítima la posesion de terrenos conquistados, y los hombres de Estado han sostenido semejantes principios? Ultimamente, si la proposicion espresa que nada importan los fundamentos ni las razones en que estriba una cuestion que se ventila en las escuelas, para que los hombres de Estado la resuelvan de hecho como mejor les parezca y convenga á sus miras, dígase claramente y sin rodeos: establézcase la tolerancia, y nada importa sea ó no sea necesaria, conveniente ó fuera del caso, útil ó perjudicial.

Algunos escritores han echado en cara al *progreso* filosófico que tiene, contra lo que Dios ha prohibido espresamente (*), dos pesos; uno grande para recibir, y otro chico para dar, olvidándose de que debe ser uno solo, y ese, justo y fiel; y es necesario confesar que no han carecido de razon en multitud de casos, y entre ellos el que ahora nos ocupa. ¿Enseñan las escuelas católicas alguna cosa que no acomode á las opiniones dominantes, y manifiestan los motivos de su oposicion intentando se tengan presentes siquiera antes de resolver? No hay que hacer caso; estas son pretensiones ridículas de los que tienen por oficio enseñar, y seria absurdo que un gobierno se sujetase á argumentos y dictámenes escolásticos. Pero varíe la escena: no sean católicos sino filósofos los que hablan *ex cathedra*, esto ya es otra cosa: entonces sí deben ser consultadas las escuelas y dirigir las disposiciones gubernativas. "La parte que gobierna, decia Mercier, debe respetar á la que enseña (*los filósofos*), y, sobre todo, no creer que sabe mas que ella (*);" y todavía se espresaba con mas descaro el partido en la Enciclopedia: "Nosotros, escribia, somos los verdaderos profetas del género humano, nacidos *para instruir y juzgar á los demas hombres*. El género humano es nuestro pupilo; nuestra sabiduría pone el universo á nuestros piés (†)." ¿Y cuáles han sido las consecuencias de estos principios? Cien años han pasado que ya lo dijo un famoso periodista, no de estos que solo repiten cuanto hallan escrito, como los de nuestro pais, sino de aquellos que saben pensar por sí mismos y no tienen mas color político que la verdad y la razon. "Diariamente vemos, habla Alberto de Haller (§), que gentes que rehusan en un todo dar la menor fé á los principios científicos universalmente recibidos, muestran, por otra parte, una indecible credulidad por las hipótesis necesarias á su secta." Y qué, ¿no es esta la conducta de muchos de los actuales hombres de Estado?

"Esta cuestion, continúa la direccion, es de los tiempos que han quedado atrás,

(*) Deuteron. *cap.* 25, *vers.* 13 *y* 15.

(*) Notions claires sur les gouvernements, *tomo* 1.°, *pág.* 1.--1787.

(†) *Artículo* Gloire.

(§) Gazzete litt. de Gottingen, 1747, *pág.* 885.

no del siglo que une á los hombres de diversas creencias, marchando unidos y sin odios.....» O la tolerancia es justa en sí, ó no: si lo primero, su justicia es de los tiempos que han quedado atrás, del siglo presente y de los futuros; si lo segundo, el que en este siglo se predique y propague, mas que en los tiempos que han quedado atrás, no le da ningun valor, ni destruye las razones intrínsecas de su injusticia. Si solo porque el siglo es presente, basta para que el mayor error se establezca como principio demostrado, y sea reconocido como un punto de que nadie puede dudar, cada siglo ha tenido y tendrá igual derecho, y la verdad ó justicia de las cosas quedan sancionadas sin otro requisito que haberlo declarado así algun siglo presente. De esta manera la idolatría con sus horrorosos sacrificios de sangre humana, sus escandalosas saturnales y sus absurdas creencias, es un culto justo y racional; el derecho de conquista, una legítima adquisicion; la esclavitud, una institucion laudable y meritoria; la desigualdad de derechos, un dogma social. ¿Y quién lo duda? Los hombres de Estado así lo resolvieron, sin pararse en razones, arrastrados del espíritu del siglo; y esto fué suficiente para que se sostuviese y declarase por justo, equitativo y humano, lo que en su esencia era inicuo, injusto y opuesto á los derechos de la humanidad. ¡Véase el estremo á que conducen ciertos principios! Ha dicho un sábio, que el mundo no es otra cosa que un círculo de la iniquidad y justicia, de lo bueno y de lo malo, de la libertad y de la servidumbre, de la anarquía y del órden, del triunfo del error y de su derrota por la verdad. ¿Y quién no vé que estas son consecuencias del principio, tan reverenciado el dia de hoy, de que debe marcharse segun el espíritu del siglo presente? Sobre si los hombres marchan unidos y sin odios, ya lo estamos mirando en todas las naciones, especialmente en las que se llaman tolerantes; de manera que si esa union y fraternidad con que se dice marchan los hombres es fruto de la *tolerancia*, es forzoso reconocer que está muy verde, y que en vez de causar placer al comerlo, origina una asperísima dentera. Pero aun no es tiempo de que toquemos esta materia.--"La tolerancia es ya un dogma práctico del mundo civilizado.» En efecto, las predicaciones del filosofismo han logrado ya establecer este principio; pero cuál haya sido en esto su mira, tambien es "un dogma práctico» de que ninguno puede racionalmente dudar el dia de hoy, por las revelaciones de sus secuaces mismos. "Todos los grandes hombres, dice Grimm, han sido intolerantes *y debieron serlo*. Si el filósofo, no obstante, encontrare en su marcha algun príncipe devoto, debe predicarle la tolerancia, *para que caiga en el lazo*, y que el partido derrotado tenga tiempo de levantarse por la tolerancia que se le concede *y de derrotar á su vez á su adversario*. Así es que el sermon de Voltaire, que tanto insiste sobre la tolerancia, es un sermon compuesto para los *zotes*, para las gentes *de quienes se hace burla*, ó que no tienen ningun interes en el asunto (*).» Véase, pues, el espíritu con que se predicó el "dogma práctico» el siglo pasado; espíritu que ha sido trasmitido al presente, así como un padre lega á sus hijos ciertas enfermedades de que es presa. Los filósofos predicaban entonces altamente la intolerancia, porque necesitaban de ella; pero desde esa época fueron los mas intolerantes para los que combatian sus opiniones, pretendiendo, como hemos dicho, hasta lo que hoy es un absurdo, que las doctrinas de su escuela fuesen la regla de conducta de "los hombres de Estado.» "Nosotros, decia el citado Haller, vemos en los espíritus fuer-

(*) Correspondance de Grimm, 1.° *de Junio* 1772, *parte* 1.ª, *tomo* 2.°, *pág*. 242 *y* 243.

tes los mas pronunciados, un espíritu de persecucion tan violento como pudiera serlo el que se echa en cara al mas exaltado inquisidor, aunque no pueda espresarse de otro modo que en derramar injurias.... Los mas ardientes y celosos predicadores de la toleraacia, como Helvecio y Voltaire, perseguirian y harian tambien *correr la sangre sobre los cadalsos*, si hubiesen tenido el poder» (lo han tenido en efecto mas tarde sus discípulos y lo egecutaron al pié de la letra)......; "La filosofía moderna es una verdadera perseguidora, qúe castiga con sus calumnias y ultrages á todos los que no pertenecen á su secta (*)." "La enseñanza, decia otro escritor, ya no pertenece á otros; los filósofos se han atribuidó el privilegio esclusivo de contradecirse, combatirse y cometer estravagancias. Todo mortal demasiado temerario para oponerse á su doctrina, es un imbécil, un hombre sin talento ni virtud, un crédulo, un visionario, un perseguidor y un fanático (†)." De esta manera comenzó el dogma práctico del mundo civilizado en el siglo pasado: "la filosofía, dice el Sr. Martinez de la Rosa, levantó largo tiempo la voz..... reclamando una justa tolerancia, y antes que alcanzase su triunfo, ya el fanatismo de la impiedad, so pretesto de estirpar la supersticion, se mostraba á su vez perseguidor y sanguinario (§)." Los filósofos tolerantes, profesando el principio que predicaba sin embozo el apóstata Raynal (¶), de que "no conocian otro crímen que el de profesar la religion cristiana," se decidieron á perseguirla cruelmente. Por eso se vió en Francia guillotinar á los católicos, mientras que gozaban de todos los favores de la revolucion los judíos, los hugonotes, los luteranos, los teofilántropos..... los sectarios todos, hasta los mismos jansenistas, que tanto se distinguian de los ateos, adoradores de la diosa Razon, y tan poco se diferenciaban en lo esterior de los católicos; pero bastaba que errasen, aunque no fuese mas que en no reconocer la autoridad del vicario de Cristo, para ser tolerados, como lo eran, mientras no se daba cuartel á ningun adepto de la unidad católica (*).

El dogma práctico del mundo civilizado, comenzó, pues, en el siglo XVIII, ó por mejor decir, se continuó del XVI, en que fué establecido por los luteranos y demas reformadores, persiguiendo al catolicismo de muerte, y vertiendo á torrentes la sangre de los católicos, medio mas eficaz para que un pais sea poblado sin demora; y este mismo dogma práctico prosigue el dia de hoy haciendo los mismos estragos; de manera que es un sarcasmo decir que la tolerancia pone en paz al universo, y un insulto al buen sentido de un pueblo católico, convidarlo á una tolerancia, que si es provechosa á todas las sectas que profesan el error, es sumamente perjudicial y nociva á los que hacen profesion de la verdad: *veritas odium parit*, decia Terencio, y nada es mas cierto: mientras un pueblo esté dividido en una parte que profese la verdad y otras que abracen el error, bajo todas sus formas, es tan imposible esta union y falta de odios, como lo es que el sol no caliente, ni el agua humedezca. México aun no ha esperimentado esta pugna; pero ya la verá con sus ojos tan luego como deje de ser intolerante, y las desgracias que desde ahora le pronos-

(*) Obra citada arriba 1768, *pág*. 952.

(†) L'Oracle des nouveaux philosophes: *en la advertencia*, *pág*. VII.--1760.

(§) El Espíritu del siglo, *pág*. 254, *en la nota*.

(¶) Histoir. philos. des Indes, *tom*. 4, *lib*. 19.--*Véase tambien el libro de las* Ruinas *de Volney*.

(*) *Varias obras se han publicado sobre esto: nosotros recomendamos especialmente la* Historia del clero de Francia, *de Barruel, traducida á nuestro idioma.*

ticamos, si llega este caso, le harán conocer que, tan lejos de que por ese medio crezca su poblacion *nacional*, va á diezmarle notablemente. Nosotros no hablamos sino con los documentos en la mano; aborrecemos las declamaciones y somos secuaces de la verdad; no calumniamos sino que manifestamos los hechos. Hagamos una breve reseña de las persecuciones que el catolicismo ha sufrido y sufre en este siglo del dogma práctico de la tolerancia, "que une á los hombres de diversas creencias, marchando unidos y sin odios;" y de ahí deduciremos si "México debe adoptarla, si quiere ser poblado sin demora."

En efecto, ¿cuál ha sido el carácter de la tolerancia en el siglo presente? Sin hablar de las persecuciones sufridas por la Iglesia católica á principios del mismo, hasta el grado de haber sido arrancado su cabeza visible, Pio VII, de su silla y conducido á Francia en clase de prisionero, como su venerable antecesor; fijémonos en una época posterior, en que el catolicismo comenzó á respirar con alguna mas libertad; es decir, desde 1814. ¡Y qué es lo que nos enseña la historia desde ese año hasta el presente, respecto del dogma práctico del mundo civilizado, ó tolerancia religiosa? Cardenales, arzobispos y obispos atropellados por defender los derechos de la Iglesia, ó por ligeras suposiciones de desafectos á las instituciones reinantes; usurpacion del poder espiritual por varios gobiernos temporales; destierros de eclesiásticos muy venerables por su ancianidad y virtudes, y aun constituidos en dignidad; su arresto al mismo tiempo de desempeñar sus funciones, y otras tropelías que ajaban su carácter y personas; secularizacion ó lanzamiento de los reinos de varias órdenes religiosas, aun hospitalarias, sin mas motivo que el odio á la religion; decretos prohibitivos de los votos monásticos; supresion de conventos; conversion de seminarios eclesiásticos en cuarteles; profanacion de iglesias y reliquias de los santos mas ilustres, y pillage impío de las alhajas consagradas á su culto. Ni se diga que tal persecucion solo se ha limitado á las órdenes religiosas y al fuero eclesiástico, no; ellas se han estendido á los católicos y á los objetos mas respetables de su creencia y culto. El signo sagrado de nuestra redencion ha sido profanado en el pais tolerante mas civilizado del mundo, haciéndose fuego sobre el pueblo, con muerte de no pocas mugeres y niños que, abrazados el pié de la Cruz, la defendian de los sacrílegos esfuerzos que se hacian para echarla al suelo: allí mismo se ha derogado una ley dada contra el sacrilegio y las profanaciones en las iglesias; allí se prohibieron las procesiones, y se gritó *abajo la religion;* allí no solo mozalvetes impíos cometian impúnemente desórdenes en los templos para impedir la predicacion del Evangelio, sino que alguno de ellos ha sido convertido en teatro (*). Y qué, ¿tan pronto se ha olvidado la inhumanidad con que fueron sacrificados en España los ministros del Altísimo, por esos *liberales*, apóstoles los mas ardientes de la tolerancia? ¿No se saben las grandes controversias de las cámaras de Inglaterra, sobre la emancipacion de los católicos, desde el año de 1805 hasta el de 29 en que pasó el bill á la sancion real! ¿Se ignoran las proscripciones de los arménios católicos en Constantinopla, las turbaciones contra los mismos en Suiza, y las sangrientas persecuciones que han padecido en Prusia, Polonia y todo el imperio ruso?

En estas naciones, así como en Francia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, federacion Norte-Americana &c., el modo de practicar la tolerancia, no es como el de los católicos, sufrir las personas y profesar

(*) Biographie universelle, de Feller, *tom.* 1.º, *pág.* 136 *y siguientes.--Paris* 1844.

odio á los errores; sino abrazar todos éstos y declararse opuestos y perseguidores de los que únicamente profesan la verdad. Así es que en esos paises se refieren las calumnias, las mentiras y las fábulas mas absurdas contra la religion católica, la ciudad y Sede romana, el clero, los ritos, la adoracion de las imágenes y cuanto toca á las creencias católicas; de manera que, esceptuando algunos graves escritores, que jamas tocan, por decencia, estas materias, los demas, especialmente los autores de novelas y periodistas, todos los dias se ocupan en deshonrar al catolicismo y repetir esas necedades, aunque cien veces se hayan refutado y destruido completamente.

La tolerancia es en efecto el dogma práctico del mundo civilizado; pero como este dogma no se entiende segun los principios de la escuela, sino conforme á la arbitraria inteligencia de los hombres de Estado, ella se alarga y se estrecha como conviene á las miras de aquellos. "Si alguno compara, dice un escritor moderno, la libertad que disfrutan los protestantes en la Francia y en el imperio austriaco con las vejaciones con que son oprimidos los católicos en los dominios rusos y en la Prusia, es imposible que no se llene de espanto. En Francia especialmente, los protestantes celebran libremente sus reuniones, y aun edifican templos auxiliados en los gastos por el gobierno. Al contrario los católicos de aquellas naciones, no pueden disfrutar ni aun de la libertad de conciencia: no solamente no se les permite erigir templos, sino que aun los que disfrutaban por el edicto de Catalina II de 1773, se les han quitado con diversos pretestos, y entregado á los protestantes y cismáticos, y no uno ni dos, sino cerca de dos mil, del año de 1833 al de 37. En Prusia, en sola la provincia de Silesia, en poco tiempo se quitaron á los católicos ciento treinta templos, que se entregaron á los protestantes. En el año de 1838 se forzó á los ortodoxos, en Uratislávia, á entregar á los protestantes el magnífico templo de *Santa Cruz*, levantado por Santa Eduvige, duquesa de Silesia y reina de Polonia, con la notable circunstancia de que en el barrio de la ciudad en que está situado, todos los vecinos eran católicos, escepto un único luterano, de oficio *carnicero*. En Varsovia se quitó otro grandioso templo del mismo título á los católicos, para convertirlo en catedral cismática; y lo mismo se hizo en Wilna con el templo de San Casimiro, para el mismo objeto; siendo lo mas raro que en esas ciudades, salvo las tropas del ejército ruso, no hay uno solo que profese el cisma. Pero seria infinito querer referir cuanto en el imperio ruso y en el reino de Prusia se conspira casi generalmente contra los católicos; y sin embargo, si se escucha á esos hereges, ellos son tolerantes, é intolerantes los católicos (*).

¡Y se han limitado, por ventura, á solo los dichos ataques las autoridades de esas naciones tolerantes? No, en verdad; el dogma práctico del mundo civilizado ha pasado mas adelante. "En Mayo de 1830, continúa el citado autor, se dió un decreto en la *dieta* de Varsovia, obligando al clero, bajo crímen de lesa magestad si desobedecia, á consagrar con el rito de la solemne bendicion los casamientos mistos entre católicos y cismáticos, á pesar de sus reclamaciones y no ser este un punto en que deben mezclarse los gobiernos seculares .... Se intentó hacer abjurar el catolicismo á multitud de jóvenes de ambos sexos, los que fueron reducidos á prision por su resistencia á la apostasía, y sus padres sentenciados á destierro; cometiéndose en el particular tantas tropelías, que la Silesia, que antes de estar sujeta á la Prusia era enteramente católica, en el dia equilibra y

(*) Praelectiones theologicae á P. Joanne Perrone, *tom.* 7.° , *pág.* 390. *not. C.* --*Roma* 1839.

aun escede el número de protestantes. ¡Qué mas! No solo no se ha castigado en Rusia, como opuestos "al dogma práctico" á la muchedumbre de escritores que han publicado incontable número de libros desvergonzados, repletos de sátiras injuriosas y calumnias contra el catolicismo, sino que el mismo emperador premió á uno de los mas impudentes autores de esa clase de obras con el diploma de noble y veinte mil rublos de gratificacion, por la que escribió titulada *Historia del imperio ruso*, ó mas bien, libelo atrocísimo contra la Iglesia romana (*)." ¡Y qué diremos de las sangrientas flagelacionas empleadas aun contra mugeres muy delicadas, para obligarlas á abnegar su religion? ¿qué de tantas confiscaciones, proscripciones, lanzamientos de sus clausuras de las vírgenes consagradas á Dios, &c., &c., &c? Baste solo decir, que tanta tiranía y tan deshecha tempestad contra el catolicismo, ha originado en el imperio ruso la violenta defeccion de mas de seis millones de católicos, en lo que lleva trascurrido este siglo. ¡Dónde existe, pues, ese dogma práctico de la tolerancia, "que une á los hombres de diversas creencias, marchando unidos y sin los ódios que engendró un tribunal sanguinario, cuyos écos recogen todavía los que aun lloran sobre su sepulcro soñando en su resurreccion?"--Que la filosofía del siglo use de este lenguage sin la menor vergüenza, y sin recordar que ella ha hecho derramar mas sangre en un año, que la odiada y calumniada Inquisicion en tres siglos, es el estremo de la demencia y ceguedad; pero que sugetos tan sensatos como los señores de la direccion ocurran para sostener sus ideas á semejantes declamaciones, faltas de verdad y vacías de sentido, es inconcebible. No hay que alarmarse; no vamos á distraernos con la apología de ese famoso tribunal, que han formado modernamente plumas muy filosóficas y sábias (*), ni á comparar sus pretendidos escesos con los crímenes reales y positivos del *filosofismo*; pero nadie condenará que, en obsequio de la verdad y justicia, digamos dos palabras á un argumento que en nada hacia al caso, pues ni la Inquisicion existe, ni á ninguno le ocurre resucitarla, sean cuales fueren las ideas que tengan de la bondad de su primitiva institucion, y sus mas decididos defensores, conocen muy bien y confiesan, como Muzzarelli, que su utilidad es relativa á los tiempos, á los pueblos y á las circunstancias.

Llamar á la Inquisicion tribunal sanguinario, es desconocer solemnemente su carácter, que ha sido reconocido aun por hombres muy liberales, aunque nada preocupados. "¡Cuál es, esclamaba un periodista francés, cuál es el tribunal en Europa, que no sea el de la Inquisicion, que absuelva al culpable cuando se arrepiente y protesta la enmienda? ¿Cuál es el individuo que sostiene proposiciones, afecta una conducta irreligiosa y profesa principios contrarios á los que las leyes han establecido para la conservacion del órden social, que no haya sido amonestado dos veces por los miembros de ese tribunal? Si recae; si á pesar de estas amonestaciones insiste en su conducta, se le arresta; y si se arrepiente se le pone en libertad. Mr. Bourgoing (ministro de la república francesa), cuyas opiniones religiosas no pueden ser sospechosas, cuando escribia su "Cuadro de la España moderna," hablando del Santo Oficio, dice: *Haciendo homenage á la verdad, debo confesar, que la Inquisicion puede ser citada en nuestros dias como un modelo de equidad.* ¡Qué confesion! ¿cómo seria recibida si nosotros la hiciésemos? Pero Mr. Bourgoing no ha visto en el tribunal de la Inquisicion, sino lo que es realmente, un medio de alta policía (†)."

(*) Ibid., *pág*, 413 *y* 415, *notas A*.

(*) *Véanse entre otros los* Opúsculos de Muzzarelli, *tom.* 1. °, *opúsculo* 10.

(†) Journal de l'Empire, 17 *Setiembre de* 1805.

No es este sin embargo el lenguage indecente y los sarcasmos de los folletistas impíos, que por desgracia, es sensible decirlo, vemos en la pieza oficial que nos ocupa, que debia respirar decoro y sensatez. Llamar sanguinario, volvemos á repetir, al tribunal de la Inquisicion, es calificar con el mismo odioso título á todo aquel que aplica y egecuta la pena capital impuesta por las leyes; y deberá aplicarse, segun lo observa el célebre conde de Maistre (*), á todos los tribunales del mundo, y entre nosotros á los juzgados de letras de lo criminal, á los tribunales superiores, y á la suprema córte de justicia. Las leyes ó los legisladores serán los sanguinarios, no los tribunales. Pero aun menos que ninguno merece este apodo el de la Inquisicion, que no condenaba jamas á muerte, en que nunca se vió el nombre de un sacerdote católico suscribiendo una sentencia capital, sino que simplemente relajaba á la persona del reo á la justicia y brazo secular, que era la que encendia las hogueras; y todavía mas, como escribia un anónimo italiano á fines del siglo pasado sobre el mismo asunto: "El tribunal del Santo Oficio no abandona (espresion muy exacta) al último suplicio sino á gente de perdida conciencia y reos de las mas terribles impiedades (†)."

Pero sobre todo es muy ridículo (disimúlese la espresion, pues no encontramos otra mas propia) tratar á la Inquisicion de tribunal sanguinario, hablando de su muerte y sepulcro, cuando tanto tiempo antes de morir habian cesado las penas y egecuciones, á que parece alude Llorente en cierto lugar de su obra, y aun el horror y molestia de sus exageradas prisiones. En 1764, en un *espantoso* auto de fé celebrado en Madrid á 9 de Mayo, y que describe un protestante, habiendo uno de los reos (son palabras del escritor que citamos), demandado la gracia de la vida, se le contestó "que el Santo Oficio no estaba ya en uso de condenar á muerte (*);" y por lo que toca á nuestro pais, podemos asegurar que jamas oimos á nuestros abuelos hablar de esas hogueras, sino como de una cosa que no habian presenciado, y que solo se conservaba por tradicion. Si se duda, aun existen entre nosotros octogenarios que pueden desmentirnos. ¿Y qué diremos de esos calabozos horribles, de esas prisiones subterráneas, de esos instrumentos de suplicio, que los enemigos de la Iglesia han hecho resonar tan alto en su delirio, para convertir á los ministros de un Dios de paz en Nerones y Dioclecianos, encendiendo braseros y permitiéndose cuanto la crueldad y barbárie pueden inventar de mas atroz? Nosotros no diremos otra cosa, sino que hace algunos años que están á la vista de la América entera y de la España esas terribles cárceles, y hasta ahora no han podido descubrirse sino prisiones decentes y comódas, "porque los ministros del Santo Oficio sabian reunir á la justicia la dulzura y la misericordia (†)." No insistamos mas sobre estos caracteres de la Inquisicion, y dejemos á sus apologistas el cuidado de refutar, como lo han hecho, las innumerables calumnias acumuladas contra ese tribunal, que desgraciadamente hanse ducido á sugetos por otra parte muy prudentes é ilustrados; pero no podemos omitir que ese tribunal, tan lejos de producir desunion y odios, conservó á la España en una paz octaviana, y como dice un autor anónimo: "El Santo Oficio, con unos sesenta procesos en un siglo, nos libró del espectáculo de un amontonamiento de cadáveres, que escederia á la altura de los Al-

(*) Lettres sur l'Inquisition Espagnole. *Lettre I, pág.* 36.--Lyon 1837.

(†) Della punizion degli eretici, &c. --*Roma* 1795.

(*) Voyage en Espagne &c., par Towsend.--*Lóndres* 1792.

(†) Gacetas de Madrid. *Abril de* 1815.

pes, y detendria la corriente del Rin y del Pó (*)»

Si hay quien sueñe en la resurreccion del tribunal en este siglo de impiedad, no lo sabemos; pero los que consideran el lamentable estado á que se miran reducidas las naciones desde el triunfo de las ideas irreligiosas y revolucionarias, no condenarán, á lo menos en su interior, á los que suspiren por la perdida tranquilidad, ni se les ocultará que tienen razon los que lloran por el modo y causas con que se envió al sepulcro (†) á esa "institucion saludable, (habla de Maistre), que prestó los servicios mas importantes á las Españas, y que ha sido tan ridícula é infamemente calumniada por el fanatismo sectario y filosófico; "écos que recogen y resuenan muy lejos, aun en oidos nada fanáticos, como lo acredita no poco la escelente obra que hemos citado del conde de Maistre, que ojalá leyesen todos los preocupados. En ella verian puesta en toda su claridad la malignidad con que fué calumniada la Inquisicion, los bajos motivos porque fué estinguida, y lo que mas importa, que generalmente todos los que hablan de este tribunal están imbuidos en tres graves errores que han dado lugar á injustas declamaciones (§). Sensible seria que se contase entre ellos á los señores de la direccion, que sin venir á cuento han dado lugar á que digamos unas verdades que acaso desagradarán á muchos; pero ¿qué debemos concluir de cuanto hemos dicho hasta aquí? Que esa cuestion de tolerancia, resuelta por los hombres de Estado sin atender á los principios de la escuela; aun cuando se condecore con el título de dogma práctico del mundo civilizado, no lo es ni puede serlo; que la tolerancia no es otra cosa que una fraternidad con todos los errores y una persecucion abierta al catolicismo; que tan lejos, en fin, de que con ella marchen unidas las naciones, desde que ya no existe la Inquisicion, á quien se calumnia sin conocerse, es la fuente de la desunion y de los ódios que jamas se han espresado con mas fuerza. ¡Y con tales elementos se convida á nuestra nacion, asegurándose que "México no puede ser intolerante si quiere ser poblado sin demora?"...¡Y esta fatal y desorganizadora tolerancia se propone en competencia con la unidad religiosa, para un sistema de colonizacion! Ya veremos si es exacto discurrir de esta manera en otro artículo.--*EE.*

(*) *Folleto titulado:* Qu'importe aux Pretres?--Christiapople 1797.

(†) *Velez:* Apología del altar, *cap.* II *y* 12.

(§) *Estos errores son: "que la Inquisicion era un tribunal puramente eclesiástico; que los eclesiásticos que tenian el empleo de inquisidores, condenaban á ciertos acusados á la pena de muerte; que éstos eran condenados por simples opiniones." Todo esto es falso, aunque muchos lo ignoran, y nosotros lo recordamos por lo que pueda importar en el discurso de la presente controversia.*

HONRAS DEL SEÑOR PEÑÚÑURI.

Hablando de la exhumacion del cadáver de este ilustre mexicano, dice *El Eco del Comercio*: "Se celebró una misa que no sabemos por qué no fué de difuntos.» Generalmente no se puede decir misa de *Requiem* en domingo, y este fué el motivo porque no se celebró ni podia celebrarse. La rúbrica del misal esceptúa el dia del entierro, *Depositionis defuncti*; porque como entonces la misa es parte del oficio de sepultura, se supone la presencia del cadáver, y por eso se esplican los autores

bajo esta frase: "Misa de cuerpo presente." Pero de tal manera se han de juntar las dos cosas, el entierro y la presencia del cadáver, que si aquel fuera por la tarde, no se podria decir misa de *Requiem* el domingo por la mañana, aunque fuese el mismo dia del entierro; y si hubiera de enterrarse el lúnes, no se podia decir esa misa el domingo, aunque estuviera el cuerpo presente. Así lo enseñan Merati y Gavanto (§. *Miss. defunctor*). La presencia pues, del cuerpo en el dia, no del entierro, sino de la exhumacion, no autorizaba para que se dijese misa de difuntos.

¿Y el dia que vuelva á sepultarse, podrá decirse misa de *Requiem!* Daremos nuestra opinion con desconfianza del acierto en una materia poco comun. Desde luego no se puede, en virtud de la citada rúbrica, porque esa solo concede que se diga en el dia de la muerte ó del entierro indistintamente; y así como aquella es única, así tambien se supone único el caso de este. Sin embargo de lo dicho, si no fuere dia festivo y el nuevo entierro se hiciere con notable pompa y aparato, como el que ha habido en la traslacion, creemos que se podrá celebrar de *Requiem*, por cuanto la rúbrica permite la misa de difuntos en los dias tercero, séptimo, trigésimo, y siempre que se celebre solemnemente el oficio. No está claro el sentido de estas últimas palabras, y los autores varían en su inteligencia; pero por lo que trae Guyet (libr. 4., cap. 21, *quæst.* 5.) entendiéndolas de la solemnidad que resulta de aquel órden y aparato en el altar, coro, asistencia de ministros y concurso de pueblo con que acostumbran celebrarse las fiestas solemnes, y añadiendo la circunstancia tambien solemne de la presencia del cadáver, creemos que debe decirse misa de *Requiem*. Tal es nuestra opinion, que proponemos al juicio de los sábios, para que se resuelva de un modo que redunde en la mayor celebridad de las exéquias del Sr. Peñúñuri y de los demas dignos mexicanos que se hallaren en el mismo caso.

FOLLETINES DE LOS PERIODICOS.

Empeñado el *Monitor Republicano* en canonizar la moral, instruccion y ningun peligro de las novelas, ha atacado con otros dos artículos, "llenos de bílis y ponzoña," el que copiamos de *La Censura* en contra de estas publicaciones. Parece que solo se intenta introducirnos en aquellas polémicas periodísticas en que se hace brillar la audacia de los redactores. No es este el carácter del *Observador*, aunque use de la crítica decente permitida á los literatos, conveniente en muchas ocasiones, no condenada por ninguna ley divina ni humana, y propia para sostener esta clase de discusiones. Pero por la importancia de la materia, contestaremos por última vez en nuestro número siguiente su artículo del dia 22; comprometiéndonos desde ahora á no replicar á ninguna clase de producciones en que la personalidad, las injurias y diatribas sean las únicas armas que se jueguen; y ademas á que así que se haya concluido la impugnacion del *Judío errante* que hemos comenzado, y del *Conde de Monte-Cristo* que tenemos prometida, demostrar hasta la evidencia, el perjuicio que causa á la moral pública la insercion de los folletines en los periódicos. Entretanto, recomendamos á los señores redactores del *Monitor* la *lectura* del artículo del presente número contra el *Judío errante*.--EE.

ADVERTENCIA.--La hoja que hoy se reparte, servirá para reemplazar la correspondiente del número 21, en razon de la mala clase del papel de aquella.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

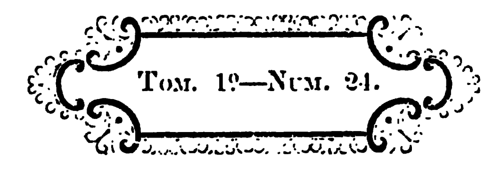


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 24.

MÉXICO,

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 2 DE SEPTIEMBRE DE 1848. [Num. 24.

INDIFERENCIA DE RELIGION.

(CONCLUYE.)

No es de omitir un hermoso paso de un sermon de San Máximo, obispo de Turin, pues aunque él no se dirige á los príncipes, y su idea es solamente desterrar los ídolos de las casas de campo, é impedir á los labradores la supersticion, apoyados en la autoridad de sus amos, se hallan esparcidos en él algunos sentimientos tan oportunos y propios contra la tolerancia, que no podemos dejar de citarlos. Oígase, pues, cómo habla el santo obispo (*): "Dias hace, hermanos mios, os he avisado que como religiosos y santos debiais quitar de vuestras posesiones todo contagio, y alejar de vuestros campos todas las supersticiones propias de los gentiles; pues á vosotros que traeis á Jesucristo en el corazon, no os es lícito tener en vuestras casas al Anti-Cristo, ni permitir que los vuestros veneren al diablo mientras vosotros venerais al verdadero Dios en la Iglesia. Ni crea alguno poderse escusar diciendo, que no tiene culpa de eso, pues no les ha mandado hacerlo; porque es cierto que todo aquel que sabe que en su casa se cometen sacrilegios y no los estorba, en cierta manera los manda, pues callando y no respondiendo da su consentimiento al idólatra. El Apóstol dice, que son delincuentes, no solo los que hacen el mal sino los que lo consienten. Conque sábete, hermano mio, que pecas cuando ves que tu labrador ofrece sacrificios á los ídolos y no lo impides; porque aunque tú no lo mueves á que lo haga, pero con callar le das licencia. No hay aquí, es verdad, ningun mandamiento pecaminoso; pero lo es tu voluntad condescendiente, pues con callar das mas á entender que te agrada lo que hace tu labrador y que sentirias que no lo hiciera. No peca solamente el súbdito que sacrifica á los ídolos, sino tambien el superior que no lo estorba, pues si lo impidiese, no pecaria el inferior.» Hasta aquí el santo: ¿y no es verdad que todos estos sentimientos pueden sin violentarse dirigirse á los gobiernos, que sin una necesidad inevitable quieren hacerse tolerantes? Lo que llama mas la atencion en estos sentimientos es, que se fundan en la incontrastable máxima de que tan reo es el que peca, como el que pudiendo no lo impide; y cuando la tolerancia sufre, mantiene y fomenta la heregía y la impiedad, ¿no es claro que es tan reprobable como los mismos errores y blasfemias que tolera? Y no puede negarse que la tolerancia no sea de este carácter. Hágase que en un Estado en que domina la religion ortodoxa se introduzca la libertad de religion, se autorice la heregía y se igualen las sectas todas con la religion dominante, necesariamente sucederá que se mirará despreciada la verdadera religion, viéndose comparada con las falsas, y elevada la

(*) *Sermon* 68.

cátedra del infierno al par de la de Jesucristo; sucederá ademas que las religiones falsas, no encontrando estorbo alguno, ni impedimento humano ni temporal, exaltarán su delirio y disolucion, así por la licencia de su doctrina, como por la libertad de las leyes; sucederá finalmente, que ni habrá ley humana por la que se pueda impedir á un mal católico el que abrace el partido herético, ni aliciente ó atractivo con que animar á un herege dudoso á pasar al catolicismo. ¡Y habrá quien diga que un gobierno que es causa con su tolerancia de todo esto, no se hace reo de la impiedad y de la heregía? ¿No niega ni blasfema á Jesucristo, diria San Máximo, no niega ni detesta sus sacramentos, no niega y abjura su Iglesia el que convida, el que franquea sus Estados, el que tolera y protege á los enemigos de Jesucristo, de los sacramentos y de la Iglesia? Si un amo que sin necesidad tolera en su casa un criado ladron ú homicida, es reo del hurto y asesinato; un gobierno que sin inevitable necesidad, no solo tolera en sus dominios, sino que llama á los incrédulos é impíos, ¿no será igualmente culpable de su incredulidad é impiedades?

No hay duda que San Bernardo desaprobó altamente el que un pueblo hubiese muerto algunos hereges (*); pero este mismo pacífico santo aprueba y alaba mucho el que los gobiernos se opongan con la fuerza á estos pervertidores de la fé: "Aprobamos, dice, el celo; pero no podemos aprobar el hecho, porque la fé se ha de persuadir, mas no imponer. Aunque, sin la menor duda, son refrenados mejor con la espada de la autoridad, de quien se dice que no la lleva sin motivo, para no permitirles que avancen mucho en su error. Porque el príncipe es ministro de Dios y su vengador en la tierra del que obra mal."

(*) *In Cantic. Serm.* 66 *núm.* 12.

Mucho se invoca tambien la autoridad de San Agustin á favor de la tolerancia, sin advertir que el santo doctor no desdice en un ápice del parecer de los demas santos que hemos citado. Es cierto que le habia tocado un corazon lleno de dulzura, suavidad y mansedumbre; que amaba la conversion del pecador y no su muerte, lo cual es realmente conforme al espíritu de Jesucristo y de su Iglesia; porque para hacer entrar en la verdadera senda á los descarriados, es prudencia y caridad probar antes de todo el agrado y suaves consejos, siempre que pueda hacerse sin peligro y escándalo de los buenos; es cierto tambien que el mismo santo aconsejaba á Donato no quitar la vida á los hereges, le decia que se guardase de ser uno de aquellos precipitados intolerantes, que con capa de celo pretenden encubrir la crueldad mas ambiciosa é inhumana, y que aun alguna vez desaprobó que la postestad secular obligase á los cismáticos á abrazar la comunion católica: es innegable, repetimos, que hizo todo esto, porque deseaba y esperaba que su reunion fuese libre y voluntaria; pero la esperiencia lo desengañó muy presto. Oígase hablar al mismo santo doctor (*), cuando obligado de la fatal temeridad que advertia en los cismáticos, se retracta de su primera conducta. "Yo, escribe, he compuesto dos libros con el título: Contra el partido de Donato. He dicho en el primero, que no me parecia bien que los cismáticos fuesen precisados á la comunion, compelidos por la fuerza de la potestad temporal. Confieso que esto me desagradaba entonces; pero la causa era porque todavía no habia yo esperimentado los males que se atrevia á emprender su maldad no castigada, ni cuánto mas á propósito seria para mudarlos una diligente correccion."

Si los límites de un artículo permitiesen

(*) *Retractation. lib.* 2, *cap.* 5.

esponer mas por menor la opinion de San Agustin sobre este particular, espondriamos por entero las cartas 93 y 185, escritas por el santo, la primera á Vicente, y la segunda á Bonifacio sobre el mismo asunto; pero nos contentaremos con citar un pedazo de la última, en que se hallará la confirmacion de muchas de las razones que hemos dado y la solucion de no pocos argumentos que pudieran hacérsenos. "Por lo que toca, escribe el santo en la epístola citada, á lo que dicen los que no quisieran leyes contra su impiedad, esto es, que los apóstoles jamas pretendieron esto de los reyes de la tierra, no consideran los tales la diversidad de circunstancias, y que cada cosa pide hacerse en su tiempo. Porque ¡qué emperador habia abrazado entonces la fé de Jesucristo, que pudiese en defensa y servicio de la piedad hacer leyes contra la impiedad? . . . . ¡En qué manera puede decirse que los reyes sirven con temor á Dios, si no prohibiendo y castigando con severidad religiosa las ofensas hechas al Señor contra sus mandamientos? No sirve á Dios el rey del mismo modo en cuanto á su calidad de hombre ó de soberano; en cuanto á esta última le sirve si con vigor conveniente establece leyes que prescriban lo justo, y prohiban y castiguen lo que no lo es. De esta suerte le sirvieron Exequías y Josías destruyendo los bosques, los lugares elevados y los templos de los ídolos fabricados contra la órden espresa de Dios. De la misma le sirvió el rey de los ninivitas, obligando á toda la ciudad á aplacar la justa ira del Señor; Darío entregando á Daniel un ídolo para que lo hiciera pedazos, y esponiéndo á la ferocidad de los leones á sus enemigos; Nabucodonosor, por último, prohibiendo con leyes severísimas á todos sus súbditos el blasfemar el santísimo nombre de Dios. Entonces por tanto sirven los reyes al que lo es de Cielos y tierra, cuando por obsequio y gloria de su Magestad hacen aquellas cosas que solo el que tiene la autoridad pública puede hacer.»

A vista de esto ninguno que tenga juicio podrá decir á las autoridades temporales: no os metais en cuidar si en vuestros paises se sigue ó se combate la Iglesia de vuestro señor Dios: no os tomeis el trabajo de averiguar quién quiere ser en ellos religioso y quién sacrílego: ni os molesteis mucho porque este ó aquel se empeñe en ser casto ó deshonesto, porque habiendo Dios dado al hombre libre albedrío, ¿qué razon hay para que las leyes castiguen los adulterios y sacrilegios? De esta manera solamente puede discurrir quien carezca en un todo de sentido comun. ¡Es acaso de menor monta el que una alma no guarde fidelidad á Dios, que el que una muger no sea fiel á un hombre? ¿Por ventura no se debe hacer caso alguno de las faltas que se cometen no por desprecio, sino por ignorancia de religion, por la precisa razon que dicta que dichas faltas se castiguen con penas mas suaves y moderadas? No hay duda que es mejor encaminar á los hombres al culto de Dios con la doctrina, que con el temor y dolor de la pena. Pero no porque sea mejor lo primero, se ha de dejar cuando es menester lo segundo; porque la esperiencia enseña que á muchos les ha sido muy útil el ser antes afligidos con el temor y dolor, para que animados despues pudiesen ser instruidos con facilidad y practicar lo mismo que les habia sido enseñado con palabras. Así lo confirma el dulcísimo obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, en la carta escrita á Clemente VIII, contando la conversion de algunos hereges muy obstinados, ocasionada del temor que les causó el destierro que les habia intimado el piadosísimo Manuel de Saboya: *Dum configitur spina*, dice el Santo, *et afflictio dat intellectum*.

¿Quién á vista de lo que llevamos es-

puesto de la intolerancia de los antiguos padres de la Iglesia, no se asombra de ver á los tolerantes citarlos como á patronos de sus opiniones? A la verdad esto es contar demasiado con la crédula docilidad de los lectores. Porque vamos claros: ó se cree que es digna de respeto esa autoridad, ó no. Si no se cree, ¿para qué citarla con tanto afan en apoyo de la tolerancia? Si se cree, ¿por qué no se cede á su peso y dignidad? Pero sépase que si hay personas tan pacíficas que pretenden que se debe tolerar el error y la irracionalidad de los incrédulos y hereges, no somos aquí tan faltos de juicio que toleremos esa pretendida tolerancia; porque prevemos muy bien que una tan diforme perversion de su raciocinio, es capaz de conducir á la última, aun á aquellos que con el nombre conservan el corazon de católicos.

Ni se diga que la misma Iglesia tolera á los judíos, que no los echa fuera de los paises católicos y los admite en sus propios Estados. Es cierto; pero ó se habla de los judíos comparados con los hereges, ó con otros infieles. Si lo primero, contestamos que la misma esperiencia ha enseñado que la tolerancia de los judíos no es motivo de escándalo; no así como se ha probado la de los hereges, porque [éstos, segun lo hemos demostrado con testimonio de los mismos apóstoles, son como lobos rapaces y astutas y maliciosas zorras, que ponen todo su estudio en tramar redes de perniciosímos engaños, en que hagan caer al rebaño de Jesucristo. Pero los judíos llevan en su mismo semblante las señales de su obstinacion y condenacion, que los hacen abominables y dignos de desprecio; por lo que se esperimenta que muchos de ellos abrazan la religion, pero que nunca ó muy rara vez se alista un católico en la sinagoga. Por otra parte, ¿cuáles eran las circunstancias con que se toleraba á los judíos en los paises católicos? Se les concedia un asilo, si así puede llamarse, en las ciudades, como muestra de cristiana caridad; pero se les prohibia poder adquirir y poseer; estaban privados de obtener oficios públicos, y aun se les señalaba un barrio de la ciudad como á apestados y contagiosos, para quitar con esta separacion toda ocasion de escándalo; y si á pesar de estas cautelas hubiesen llegado á ser peligrosos á la fé, no se crea que la Iglesia hubiera seguido permitiéndolos en sus Estados, esponiéndose á perder inhumanamente sus propios hijos, por conservar una mal entendida caridad con sus enemigos.

Si se habla de los judíos comparados con otros infieles, dígase de buena fé: conque porque se vea que un corto número de pueblo supersticioso, despreciado de todos, separado de todos, y vigilado con el mayor cuidado por los pastores católicos, se tolera en un Estado, ¿se pretende que igualmente sean tolerados y admitidos todos los infieles? ¿Con todos se podria acaso guardar las mismas cautelas, y separar del mismo modo de su contagio á los católicos? ¿Con tanta facilidad puede suponerse que con semejante tolerancia no llegaria pronto á superar el número de los infieles al de los católicos, y el poder de aquellos á ganar la condescendencia de éstos? Si en alguna ciudad marítima se usa esta tolerancia, no podrá probarse que es sin perjuicio de la fé; y sobre todo, ¿qué comparacion puede haber de una ciudad con un reino; de un pais en que los habitantes todos los dias son diversos, con otro en donde siempre son unos mismos; de un puerto de mar, adonde los infieles que aportan no piensan sino en sus negocios mercantiles, y unos vastos Estados en donde sin afan alguno se disfruta el descanso, las diversiones y placeres? Ademas, si por la necesidad del comercio se tolera que los infieles aborden á un puerto católico, ¿se vé acaso que por esto se les permita su culto público, se les iguale indiferente-

mente con los católicos en derechos, privilegios y empleos?

Todavía se hace otra objecion, y es, que la intolerancia es un punto de disciplina eclesiástica, que la Iglesia ha variado segun las varias circunstancias. La Iglesia hasta el siglo XV ha sido sumamente rígida con los hereges, y no ha tolerado con ellos comunion alguna; pero el concilio general ecuménico de Constanza ha moderado este rigor con una constitucion, confirmada despues por Leon X en el Lateranense, que comienza: *Ad evitanda animarum pericula*. En algunos paises septentrionales se usa comunicar con las personas infectas de heregía, con tal que no estén escomulgadas por sentencia dada y pronunciada por legítimo superior. Todo esto en efecto es verdad, pero en nada obra contra nuestra sentencia, ni viene al caso en la presente cuestion: tendria fuerza contra aquellos precipitados intolerantes, que apenas oyen el nombre de hereges, invocan al momento el fuego y las catastas. Pero ni el concilio de Constanza, ni el Lateranense, ni Leon X han soñado siquiera permitir que se introduzca la libertad de cultos en un pais en que se profesa la religion católica. Si se puede comunicar con los hereges donde están introducidos, no por eso pueden introducirse donde no estaban tolerados. Si puede comunicarse con ellos en algunas necesarias, inevitables, políticas y domésticas circunstancias, no por eso se puede igualarlos con los católicos en los derechos, privilegios y cargos públicos, en donde por indispensable necesidad no los gozan. Ultimamente, si se puede comunicar civilmente con los hereges para evitar el escándalo de las disensiones públicas, que de otro modo no se puede huir, este no es un motivo para que se pueda tolerar el mucho mayor y peor de la pública profesion de la heregía, en donde ésta no se halle autorizada con una fuerza irresistible. Y véase aquí á un mismo tiempo la disparidad y la solucion al argumento.

Podria añadirse que algunos de los padres de la Iglesia han usado de mucha humanidad y agrado con los hereges. Pero no es menos cierto que la mayor parte se han manejado con ellos con aspereza, rigor é intolerancia, como hemos manifestado con testimonios irrefragables; y aun los mismos que los han tratado humanamente, han llegado á ser intolerantes á su respecto, tan luego como han descubierto sus consejos, llenos siempre de mayor impiedad, engaño y obstinacion, como lo hemos mostrado con el Nacianceno y San Agustin. ¿Y quién ignora que la Iglesia siempre ha tenido por máxima inalterable el alejar cuanto le ha sido posible á los católicos del comercio con los incrédulos; máxima que jamas puede en realidad combinarse con la escandalosa indiferencia de los tolerantes? Recordémonos de los términos con que desde el principio propusimos la cuestion. Si el príncipe ó magistrado católico no puede impedir la libertad de religion sin mayor perjuicio del bien público, puede tolerarla como un mal menor para evitar otro mayor, que necesariamente debia seguirse de la intolerancia. Por tal razon, si con el fin de impedir mayores desórdenes, se toleran en algunas partes las rameras públicas; por la misma, si para acabar una guerra civil que trae muchos daños al Estado, no se puede concluir de otra suerte que pactando con los hereges la libertad de religion, debe observarse el pacto, para evitar mayores males públicos y asegurar la tranquilidad del pais. Así lo enseñan Santo Tomás y otros teólogos. Pero lo que hemos defendido, defendemos y defenderemos constantemente es, ser contra todos los derechos divinos y humanos introducir, sin una indispensable necesidad en un Estado en que domina la religion católica aquella libertad que tolera todos los cultos, que iguala

sin diferencia en los favores, privilegios, empleos y representaciones á los católicos con los judíos, los turcos, hereges, &c; y que por *aumentar la poblacion*, hacer florecer el comercio y semejantes motivos, nada cuida del peligro de la fé, ni del escándalo y perversion de sus propios ciudadanos. Siempre ha reclamado la Iglesia contra esta deplorable caridad: siempre la ha impugnado la razon, y las leyes la han combatido innumerables veces.

Se dirá, acaso, por último, que de tal suerte se pretende moderar esta tolerancia que acariciando á los hereges, turcos, &c, no se siga de ello detrimento alguno á los fieles. ¡Y son católicos los que así se espresan? ¡tienen valor para hablar de esta manera contra el parecer de los apóstoles, de los santos padres y de la Iglesia, que siempre han mandado que, pudiéndose, y sin que se siga mayor mal, se huya el comercio y compañía de los hereges é incrédulos? ¡Juzgan que pueden ellos decidir cuándo hay ó no perjuicio contra la fé, y escándalo de los súbditos? ¿Creen que no deben remitir este juicio á la Iglesia, á quien está cometido apacentar á los fieles con la verdadera doctrina y alejarlos de los lobos rapaces? Si hay circunstancias en que se puede admitir sin escándalo la tolerancia, ó en que ésta sea indispensable, ¿quién será el que no afirme que lo debe decidir la Iglesia mas bien que los periódicos ó libretines de los falsos políticos? Esto es lo que el invencible S. Ambrosio escribia al tirano usurpador Eugenio, que habia concedido dones y auxilios á los templos de los ídolos. Recuérdale el santo el egemplo de los hebreos, que se habian negado á dar una suma que un perverso rey gentil les habia pedido para hacer un sacrificio á Hércules, y concluye con estas palabras: "Si subyugados estos por un poder estraño opusieron tal resistencia, no puedes poner en duda, ¡oh emperador! lo que es conveniente que hagas: tú, pues, á quien ninguno obligaba, ni tenia bajo su dominio, debiste haber consultado al sacerdote (*)." Traígase á la memoria despues de esto cuanto queda dicho, y se verá, que aunque el escándalo es uno de los mayores obstáculos para la tolerancia, no es el único.

Sostenga, pues, cualquiera la tolerancia, bajo el aspecto que mas le agrade; siempre hallará que no tienen estabilidad sus argumentos, porque les falta el apoyo tanto de la razon como de la autoridad ¿Se quiere para en adelante ahorrarse de trabajo y de tiempo en las cuestiones? Antes de internarse en ellas, indáguese bien la verdad de algunos antecedentes, que temerariamente se suponen verdaderos; porque esta es la causa de que los adversarios tengan que suplir la negligencia de tales disputadores, y de que éstos tengan que avergonzarse de sus mal hilados discursos.

(Muzzarelli: El buen uso de la lógica en materia de religion: tomo 1 º, opúsculo 8 º)

(*) *Epist.* 57.

SOBRE LAS NOVELAS INMORALES DE LA ESCUELA MODERNA.

I.

El artículo que en su número 1198 ha publicado el *Monitor Republicano* en vindicacion de las novelas de moda que en la actualidad llenan los folletines de varios periódicos, provoca una cuestion de importancia suma; una cuestion, no solo literaria, sino tambien religiosa y social; como quiera que aquellas producciones,

afectando profundamente la moral pública y privada, afectan á la religion y á la sociedad, pues que una y otra sin la moral serian nombres vanos.

Entraremos, pues, en la cuestion, no porque en el indicado artículo se nos dirijan ciertas alusiones desagradables, sino porque cumple á periódicos del carácter del nuestro el combatir el error do quiera que aparezca y bajo cualquiera forma que se presente.

Fijaremos primero la cuestion, porque es de importancia trascendental el hacerlo así para discutir con fruto.

Héla aquí, pues, reducida á sus términos mas claros y sencillos: El *Observador Católico* ha reprobado las novelas *inmorales* que de algun tiempo acá llenan los folletines de los periódicos. El *Monitor Republicano* ha saltado á la arena en defensa de esas novelas, y los argumentos que ha alegado han sido estos: Primero: *Que no son inmorales*, y que al contrario, ellas *constituyen un ramo bello de la literatura, que forma el solaz de la especie humana, y que bajo el apólogo descubre los vicios para curarlos, los ataques á la virtud para embotarlos, y marca las precauciones contra los seductores.* Segundo: *Que las novelas y cuentos amorosos no son de ahora; que corrieron en manos de todos en tiempos de la Inquisicion intolerante y perseguidora; que hasta los mismos eclesiásticos han escrito novelas en los pasados siglos*; y que por consiguiente *no son inmorales*. En seguida indica las causas que, á su modo de ver, han provocado nuestra censura. Hoy nos ocuparemos de ventilar la cuestion sobre la moralidad de las novelas; mas adelante nos ocuparemos de la que á nosotros nos toca.

Vamos, pues, á probar: primero: Que las novelas modernas de que hemos hablado, *son inmorales en alto grado:* que lejos de formar un ramo bello de la literatura, *son un aborto informe, que rechazan todas las escuelas literarias conocidas:* que en vez de constituir el paladion de la inocencia, *la destruyen completamente:* que en lugar de proteger la virtud *la atacan mancillándola con el hálito impuro de torpes máximas y reprobados principios, y la esponen á graves peligros con la pintura incesante de crímenes horrorosos que trastornan la razon, y de escenas lúbricas que son la tumba del candor.* Segundo: Que esas novelas y cuentos amorosos *fueron desconocidos antes del siglo pasado; que nada tienen de comun con la bella literatura propiamente dicha*, y que, por lo tanto, *es inútil quererlas canonizar con la sancion favorable de los pasados siglos.* Finalmente probaremos, que *tienden á arruinar la civilizacion, y hacer retroceder la humanidad á los siglos de la barbarie.*

II.

Preciso es distinguir, antes de todo, entre la palabra *novelas*, y la frase *novelas inmorales*. Aquella palabra envuelve en su sentido todos los libros que se han escrito en todos tiempos, bajo aquella denominacion. Las novelas, en efecto, forman un ramo de la bella literatura; y sea lo que fuere de su mérito y utilidad, estábamos muy lejos de incluirlas á todas en la censura que hicimos de las novelas *inmorales*. Nosotros hemos querido incluir en esta denominacion, las estravagantes y á menudo inmundas producciones, que de algunos años á esta parte arroja al mundo la prensa periódica, especialmente en Francia, y á veces en Inglaterra y en otros paises. De estas producciones, las que mas en boga se han puesto, han sido, entre otras muchas, las debidas á las plumas tristemente célebres de Victor

Hugo, Alejandro Dumas, Federico Soulié, y Eugenio Süe.--Prévia esta aclaracion, entremos ya en materia.

La tendencia hácia la perfectibilidad de que Dios ha dotado al alma humana, produce en nosotros el amor á la virtud, y escita nuestro entusiasmo á la vista de lo grande y maravilloso. El noble deseo de sobrepujar á los demas en virtud y poder, ha engendrado siempre en la mente del hombre proyectos grandiosos, acciones heróicas, combinaciones magníficas que en la realidad de su pequeñez le ha sido imposible llevar á cabo. Entonces, como para vengarse de su impotencia, el hombre ha creado héroes imaginarios, y dotándoles de nuevas facultades y medios de accion, les ha atribuido la egecucion de aquellos proyectos y combinaciones. Hé aquí el orígen de la poesía.

En la Iliada, no es Homero solo el que canta; es la Grecia toda entera, que deseando sobrepujar á las demas naciones del orbe en las prendas que segun los griegos constituyen la perfectibilidad humana, las ha personificado todas en los héroes de su ejército, reunido al pie de los muros de Ilion. Néstor es la personificacion de la sabiduría y de la elocuencia, Ulises de la astucia, Diómedes del atrevimiento, Patroclo de la belleza, y Aquiles del valor. Casi todos los poemas primitivos están concebidos bajo el mismo plan, y bastaria para probarlo la estraordinaria semejanza que reina entre la Iliada y los antiguos poemas indios el *Ramayana* y el *Mahabarat*.

El amor de lo *bueno* y de lo *bello* fué pues, el que dió ser y vida á la bella literatura: del amor de lo *bueno* y de lo *bello* nació el entusiasmo de los pueblos y la gloria de los poetas: el amor de lo *bueno* y de lo *bello* perpetuará la verdadera poesía al través de las vicisitudes de los siglos hasta el último dia de los tiempos.

De donde se infiere que lo *bello* y lo *bueno* deben ser inseparables de la poesía. *Bella* en la forma, *buena* en el fondo: estas son las condiciones indispensables sin las cuales no puede existir la bella literatura. Hé aquí una ley universal, siempre acatada y jamas puesta en duda.

La literatura clásica (*), espresion de las sociedades paganas, donde la materia era el dios, y la fatalidad un dogma, cuidó mas, como era natural, de la belleza de las formas. La literatura romántica, espresion de las sociedades cristianas, donde la materia está sometida al espíritu que nunca perece, y donde la doctrina del libre albedrío deja al hombre en libertad perfecta, ha cuidado mas, como era natural, de la bondad ó *moralidad* del fondo.

Una obra que procure mas la belleza de las formas que la moralidad del fondo, pertenecerá, pues, á la escuela clásica; y una que procure mas la moralidad del fondo que la belleza de las formas, pertenecerá naturalmente á la escuela romántica.

Veamos ahora por medio del análisis si las novelas que hemos reprobado llenan las condiciones indispensables de *moralidad* y *belleza* que hemos indicado. Veamos si pertenecen á alguna de esas dos escuelas, únicas posibles en la literatura.

III.

Tomaremos en consideracion y examinaremos tres cosas: los *héroes*, los *argumentos*, y como consecuencia lógica de ambos, las *tendencias* de la novela moderna.

¿Cuál es el héroe del Bug-Jargal, concepcion la mas poética de Victor Hugo?

(*) *Entendemos por* literatura clásica *la de los pueblos gentiles, y por* literatura romántica *la que nació despues del cristianismo. Esta aclaracion nos parece indispensable para evitar inútiles divagaciones.*

—*Habibrah*, el repugnante, deforme y odioso enano, bufon y esclavo de D'Auverney, ese monstruo cuya superioridad consiste en la refinada astucia y frialdad con que sabe saciar su sed de sangre. En esta novela, el príncipe africano y la jóven María, no son mas que dos bellas figuras colocadas en segundo término, y su hermosura sirve solo para realzar mas la horrible fealdad de Habibrah. Así la accion marcha con pesada lentitud mientras el monstruo no aparece en la escena; pero luego que él se muestra revestido sacrílegamente de los paramentos sagrados robados en la iglesia de Acul, entonces la accion marcha con viveza y energía hácia su desenlace. La novela termina, como es natural, cuando el enano cae lanzando una maldicion en la profunda cascada de la caverna. Lo poco que sigue despues, es insignificante y pesado. La muerte de Habibrah es la verdadera catástrofe de la novela; y por esto Victor Hugo ha empleado para describirla todos los recursos de su imaginacion, y un espacio mucho mayor que en ninguna otra de las escenas del libro.

¿Cuál es el verdadero héroe de *Nuestra Señora de Paris?* No son Febo ni la Esmeralda: estas dos figuras, dotadas de alguna belleza, están colocadas en aquel cuadro estravagante, así como Pierrot y María en el *Bug-Jargal*, para realzar mas y mas la repugnante monstruosidad de Quasimodo. Este desgraciado aborto de la naturaleza es el héroe *principal* de la novela. Hé aquí el retrato que el autor mismo hace de su figura: "No trataremos, "dice, de dar al lector una idea de aquella "nariz tetraedra, de aquella boca de her"radura, de aquel ojuelo izquierdo eclipsa"do por una ceja roja y borrascosa, al mis"mo tiempo que el ojo derecho desapare"cia todo bajo un enorme verrugon; de "aquellos dientes desordenados, despor"tillados á trechos como las almenas de "una fortaleza; de aquel labio calloso con "el peso de un enorme diente, que hubie"ra podido equivocarse con el colmillo "de un elefante; de aquella barba hendi"da como perdiguero de dos narices; de "aquella mezcolanza de malicia, de asom"bro y de tristeza: imagínese el lector un "tal cuadro, si puede, y se hallará todavía "algo lejos del original.»

Hemos dicho que Quasimodo era el héroe *principal* de la novela; porque á su lado descuella otra figura formidable no menos importante, pero que en cierto modo le está subordinada. Este es *Claudio Frollo*, sacerdote cínico en quien Victor Hugo ha querido personificar la mas horrible deformidad moral, así como en Quasimodo habia personificado la deformidad física mas asquerosa. Para conocer bien el carácter de este segundo héroe, bastará repetir una parte del discurso que dirige á la Esmeralda cuando procura seducirla: "¡Oh, dice, qué desercion de toda virtud! "¡qué desesperado abandono de mí mis"mo! Doctor, hago escarnio de la cien"cia: noble, prostituyo mi nombre: sacer"dote, hago del misal una almohada de lu"juria, escupo en el rostro de mi Dios; y "todo por tí, ¡oh encantadora! para ser "digno de tu infierno: ¡y no me quieres ni "aun para condenado!» (*) Pasemos adelante

¡Cuál es el héroe de *los Misterios de Paris*! Hé aquí una pregunta de difícil respuesta. En la incomprensible amalgama de sucesos aislados é incoherentes de que se compone esa especie de epopeya, es en estremo difícil adivinar cuál es el verdadero héroe. ¡Será Flor de María, que empieza su carrera en medio de la prostitucion mas abyecta, sale de ella por casualidad y *con el alma pura*, que se vé despues rodeada con el esplendor de un trono, y

(*) Nuestra Señora de Paris; *traduccion de D. Eugenio de Ochoa, edicion de Madrid, tomo* 3. °, *pág*. 207.

que al fin muere de tristeza en un convento? Pero la historia de Flor de María no ocupa sino una pequeña parte de la obra. —¿Será Rodolfo, ese príncipe quijotesco que desciende de su trono para aprender el lenguage y las maneras de los asesinos; que ora aparece en los mas brillantes salones, ora en el mas corrompido burdel; y que á pesar de los graves peligros á que se espone y de la infame compañía en que se mezcla, conserva siempre el corazon intacto *y el alma pura*? Pero el carácter de Rodolfo en los *Misterios de Paris* solo sirve para encadenar unos con otros, digámoslo así, los diversos cuentos y sucesos aislados de que se compone la obra, así como para sacar al autor de lances apurados y complicaciones difíciles, con su fuerza hercúlea, su habilidad sin igual, su talento incomparable, su facilidad en cambiar de figura, y cierta prevision estraordinaria de los sucesos futuros, que hacen de él poco menos que un mágico de los pasados tiempos.—¿Será el Churiador, que despues de haber cometido un asesinato y de haber vivido por muchos años en presidio y en los lupanares, en compañía de ladrones y facinerosos de la peor especie, y despues de confesar que durante mucho tiempo el derramar sangre ha sido su mayor delicia, conserva sin embargo un corazon noble y *un alma pura*?-¿Será la Loba, que despues de haber vivido amancebada con varios bandidos, y despues de haber inscrito su nombre como muger pública en los registros de la policía, ha conservado sin embargo un corazon heróico y *un alma pura?*

Confesamos ingenuamente que en medio de ese laberinto de la Cité y los salones de la nobleza, entre la corrupcion democrática y la corrupcion aristocrática, entre esa multitud de bandidos, rameras y criminales de toda especie que pueblan los *Misterios de Paris*, nos es imposible descubrir al héroe principal de la pieza. Sirvan de modelo, sin embargo, los que hemos ligeramente bosquejado; aunque, sea dicho de paso, Rodolfo y Flor de María, la Loba y el Churiador, son las figuras mas hermosas del cuadro: cada una de ellas forma un bello ideal á los ojos de Mr. Süe.

Si no temiéramos alargar demasiado este artículo, pasariamos revista á todos los personages de las principales novelas de los célebres autores que hemos citado. Lo que dejamos apuntado puede servir, sin embargo, como de tipo de todos ellos, porque, como dice un profundo escritor de nuestros dias, todo el plan de esta escuela estravagante, todo el anhelo de esos novelistas, toda la perfeccion á que aspiran en sus obras, es la de presentar en sus caracteres *la belleza de la fealdad, la castidad de la prostitucion, la honradez del crímen, la dignidad de la chocarrería, el honor de la infamia, la magnificencia de los harapos, y el perfume de los muladares.*

Siendo tales los caracteres, fácil es suponer cuáles serán los argumentos. Entre jugadores, prostitutas y asesinos, claro es que se ha de hallar el juego, la prostitucion y el asesinato. Seria la mayor maravilla el que con tan inmundos materiales pudiese el poeta formar un bello y perfecto conjunto. Sin mas que los negros colores de la noche, ningun artista podrá pintar los rosados albores de la mañana.

Así, en todas esas novelas el crímen se representa siempre en sus mas negras y horribles formas. Pero muchos de los criminales obran inpulsados por una irresistible fatalidad, y por consiguiente merecen no solo toda la indulgencia del autor, sino aun su admiracion y sus alabanzas. Cefisa se ha entregado á la prostitucion; pero no importa: Mr. Süe le dice por boca de su hermana la Jorobada, que *ella ha cedido á una necesidad irresistible* (*), y no

(*) *Judio errante, edicion de Madrid tomo* 4º, *pág.* 19 *y* 20.

por eso dejan ambas de abrigar en su pecho un bello corazon, y de hallarse animadas de los sentimientos mas nobles. Mas adelante, arrastradas ambas por la misma fatalidad, tratan de suicidarse, y escogen *la dulce muerte* de la asfixia por medio del carbon: pero tampoco en esto cometen crímen ninguno, porque ellas no obran por su libre albedrío, sino arrastradas por la fatalidad que las persigue; y ademas, segun el autor, *la criatura tiene derecho de devolver á Dios una vida que no puede soportar*.

Esta misma fatalidad irresistible es la que ha sumido en el crímen á Flor de María, al Churiador y á la Loba; por eso no son criminales á los ojos del novelista.

La fatalidad es, pues, un dogma para Mr. Süe; y esto esplica fácilmente cómo sus héroes conservan, en medio de la mas degradante corrupcion, *el corazon noble y el alma pura*.--Sigamos adelante.

Mr. de Lagny, padre de la desgraciada Adela Georges, rico hacendado, quiere casar á su hija. Mr. Duresnel, jóven, rico y de familia distinguida, se presenta pretendiendo su mano. Duresnel es un perverso, que encubre su maldad bajo un esterior hipócrita. Poco tiempo despues de celebrado su enlace, sus vicios van manifestándose uno tras otro: disipador, jugador desenfrenado y entregado á una continua embriaguez, no tarda en consumir sus propios bienes y los de su muger. . . . : Duresnel viéndose arruinado busca en el crímen nuevos medios de subsistencia: hácese falsario, ladron y asesino, y es condenado á presidio perpetuo. Como el matrimonio es indisoluble, la Sra. Adela no puede separarse de su marido; y así, abandonando á sus parientes, que hubieran podido sostenerla, huye á Paris á ocultar su vergüenza, y pasa desconocida las mayores angustias y miserias. Y no solo ha dado lugar á todo esto la indisolubilidad del matrimonio, sino á otro mal todavía mayor, y es que Duresnel, al separarse de su muger, le ha robado al único hijo que tenia, para educarle en el crímen; lo cual no hubiera sucedido si la señora Adela hubiera podido disolver su matrimonio desde que empezó á notar los vicios que dominaban á Duresnel (*).

Veamos otro episodio. El marqués de Harville, jóven de buenas costumbres, hermoso, rico y bien educado, ha heredado de sus padres una espantosa epilepsia, cuyos frecuentes ataques le hacen perder el juicio y debatirse entre las mas horrorosas convulsiones, echando por la boca una espuma ensangrentada. Cásase con la bella Clementina, que ignoraba su mal; pero en la noche misma de su boda se lo revela un violento ataque que postra á sus piés al marqués de Harville. Clementina se considera engañada; pero ya es tarde: *el matrimonio es indisoluble!* "¿Qué puede "hacer la infeliz (dice Mr. Süe) para salvarse? Nada, nada mas que padecer y "llorar: nada mas que dominar su disgusto y su horror. . vivir sumida en el terror "y la amargura . . . *buscar acaso un consuelo criminal* fuera del círculo de angustia y desolacion en que la han encerrado.

"Estas leyes singulares, continúa el novelista, obligan á uno á hacer comparaciones vergonzosas y degradantes para la "humanidad....

"Segun estas leyes, los animales parecen superiores al hombre, por el esmero "con que se les cria y se procura mejorarlos, y por la seguridad y proteccion que "se les dispensa.... Así es que si compramos un animal, y despues de cerrado el "contrato descubrimos en él alguno de los "males ó alifafes señalados por la ley.... "la venta es nula. Véase si no qué indignidad y qué crímen de lesa sociedad, "obligar á un hombre á quedarse con un "animal que tose de cuando en cuando, "que da cornadas ó que cocea! Es un escándalo, un crímen, una atrocidad sin

(*) Misterios de Paris, *edicion de México, tomo* 1 º, *pág*. 279 *y* 280.

"igual. ¡Verse uno obligado á conservar "por toda la vida un caballo que tiene "muermo, un buey que da cornadas, ó un "pollino que cojea! ¡Qué espantosas con- "secuencias no puede traer esto consigo "para la humanidad entera!. . . .Así es "que no hay en tales casos contrato que "sirva, ni palabra que deba cumplirse.... "porque la ley omnipotente releva de to- "da obligacion al engañado. . . .

"Pero si se trata de una criatura hecha "á la imágen de Dios, de una jóven que, "unida con lealtad y buena fé al hombre "que creyó sano hasta el dia de su boda, "descubre al otro dia que es epiléptico, "que padece una enfermedad de espanto- "sas consecuencias morales y físicas; una "enfermedad que puede introducir el ódio "y la aversion en la familia, perpetuar un "mal horrible y viciar generaciones ente- "ras. . . .entonces esta ley tan inexorable "con respecto á los animales que cojean, "cornean y tosen, esta ley tan previsora "que no permite que un caballo lisiado sir- "va para la reproduccion. . . .esta ley se "guarda bien de librar á la víctima huma- "na de semejante union. . . .

"Sus lazos son sagrados, indisolubles; "y romperlos ó desatarlos seria ofender "á Dios y á los hombres.

"A la verdad el hombre se entrega á "veces á una humillacion muy vergonzo- "sa, y se deja llevar otras de un egoismo "y un orgullo detestables. . . .Hácese in- "ferior á la béstia, confiriéndola garantías "que se niega á sí mismo; y consagra y "perpetúa las enfermedades mas terribles, "poniéndolas bajo la proteccion é inmuta- "bilidad de las leyes divinas y humanas."

Clementina no ama al marqués de Harville: éste, por consiguiente, pasa una vida infeliz, y por fin resuelve terminarla con el suicidio. Quiere, sin embargo, que nadie sospeche la causa; y á este fin, despues de haber almorzado alegremente con varios amigos, hace como que se divierte con una pistola, y se levanta la tapa de los sesos. Oigamos las reflexiones con que Eugenio Süe concluye la relacion de este trágico suceso.

"No hay necesidad de decir que el mar- "qués de Harville llevó consigo al sepul- "cro el misterioso secreto de su muerte "voluntaria. . . .

"Sí, voluntaria, y calculada y meditada "con calma *y generosidad*. . . .para que "Clementina no concibiese la mas ligera "sospecha sobre la causa verdadera del "suicidio.

"Una desesperacion habia dictado es- "ta resolucion. . . . .

. . . .

"Y se decia en medio de la exacerba- "cion de su dolor:

"No amo ni puedo amar mas que á una "sola muger. . . .á la mia. . . .Su conduc- "ta noble y elevada aumentaria mi loca "pasion. . . .si fuese posible aumentar- "la. . . .

"Tiene derecho para despreciarme y "aborrecerme. . . .

"Y la he engañado infamemente para "unirla á mi detestable suerte. . . .

"Estoy arrepentido. . . .¡Pero qué de- "bo hacer ahora por ella?

"Librarla de los lazos odiosos que la "impuso mi egoismo.

"Solo la muerte puede librarla de es- tos lazos. . . .debo pues quitarme la vida.

"Y hé aquí la razon por qué el mar- "qués de Harville ha llegado á consumar "este grande y doloroso sacrificio.

"¡Se hubiera acaso suicidado si existie- "se el divorcio!

"¡No!

"Podria reparar en parte el mal que ha- "bia hecho, dar libertad á su muger, y per- "mitirla que buscase la felicidad en otra "union."

"La inexorable inmutabilidad de la ley "hace con frecuencia irremediables cier- "tas faltas, y no permite lavarlas, como "en el caso presente, sino con un nuevo "crímen."

El marqués de Harville es una víctima de la fatalidad: uno de esos seres desgraciados, que, segun los poetas paganos de la antigüedad, escogia el destino para descargar sobre sus cuellos inocentes su cruel é inexorable cuchilla. Es otro Edipo, que ha nacido sellada su frente con la maldicion de los hados.--Pero su suerte hubiera sido mas llevadera, si él hubiese podido disolver su matrimonio con Clementina.

El matrimonio es, pues, segun Mr. Süe, una institucion injusta, tiránica y monstruosa. El matrimonio solo será justo, sábio y benéfico cuando sea disoluble á voluntad de cualquiera de los consortes. Así, la disolubilidad del matrimonio es para Mr. Süe un dogma indispensable; un dogma sin el cual en vano se buscará la perfeccion y justicia en las leyes, ni la felicidad en las sociedades; un dogma que solo pueden contrariar la ignorancia, el fanatismo y la tiranía.

Bien á pesar nuestro dejamos de presentar otros trozos de los argumentos de esas novelas, porque un artículo de periódico no consiente una estension ilimitada. Pero los que hemos presentado pueden servir como de muestra, aunque, sea dicho de paso, dejando á un lado su tendencia disolvente, son sin duda de los menos inmorales que esas obras contienen. Ahora diremos algo sobre las catástrofes y los desenlaces.

Aunque una gran parte de los criminales de la novela moderna no son responsables de los crímenes que cometen por obrar impulsados por una irresistible fatalidad, otros hay cuyos móviles son una refinada malicia y la mas profunda perversidad de corazon. Pero es notable que éstos pertenecen por lo comun ó al clero ó á la aristocracia. Especialmente Mr. Süe, fuera de esas dos clases apenas concibe la posibilidad del crímen. El Maestro de Escuela y Polidori, son dos monstruos de iniquidad; pero aunque en la sociedad ambos figuran ahora en la mas baja esfera, téngase presente que el primero es el noble y antes rico Duresnel, y el segundo fué clérigo, uno de los primeros médicos de Europa, y que perteneció en otro tiempo á la aristocracia de Gerolstein.

Por lo comun, el malvado de corazon no sufre castigo ninguno en la novela moderna. Cuando sus crímenes son ya insufribles, cuando saciado ya de sangre y horrores llega el momento en que debe desaparecer de la escena, ó muere de una puñalada, ó envenenado, ó cometiendo un nuevo crímen, termina su existencia con el suicidio. Los remordimientos, esa tortura del alma que forma el verdadero suplicio del criminal; ese delirio espantoso que le devora, haciéndole entrever el tremendo castigo que le aguarda en la vida futura; ese espantoso desórden de las facultades intelectuales, que es como un sentimiento anticipado de los horrores del averno, donde el delincuente va á ser lanzado por la mano de Dios para expiar sus crímenes; ese correctivo sin el cual no es permitido presentar en la escena los grandes crímenes, está desterrado de la novela moderna.

Habibrah, el monstruo del *Bug-Jargal*, pide á Biassou que, en recompensa de sus servicios, le conceda únicamente el disponer á su gusto del prisionero D'Auverney. En seguida conduce á este infeliz por un pasage subterráneo hácia una cueva, en cuyo fondo un caudaloso torrente que se desprende de las venas de la montaña, se precipita con espantoso rugido á un abismo, cuya profundidad se pierde en las tinieblas. Al llegar á este sitio, Habibrah, semejante al tigre feroz que se divierte al ver palpitar las entrañas sangrientas de su víctima, se complace en las agonías de D'Auverney, y le refiere con estrema minuciosidad los crímenes espantosos que ha cometido, y el asesinato de todos los individuos de su familia. Saciado por fin su feroz placer, y despues de algunos sucesos que no hacen á nuestro propósito, se arroja sobre D'Auverney para lanzarlo al precipicio. Pero sus piés resbalan en la roca húmeda, y en vez de precipitar á su víctima, él mismo rueda hácia el fondo del abismo. En su caida, enrédase el largo ropage de que va vestido en unas raices que asoman por entre las rocas perpendiculares del precipicio, y allí se queda suspen-

dido, digámoslo así, entre la muerte y la vida, esperando el instante en que la raiz se tronche al peso de su cuerpo, y ruede con él al fondo de la cascada.

Hé aquí una situacion magnífica para que el novelista pueda hacer resaltar el castigo del malvado, entregándolo á toda la fuerza de los remordimientos con que lo abrume la mano vengadora de la Providencia. ¡Creeis que así lo haya hecho Victor Hugo?--Pues os engañais: Habibrah, suspendido sobre el hirviente abismo, no siente los crímenes que ha cometido; siente solo un horrible despecho al ver que ha errado el golpe de su venganza. En su situacion desesperada, cuando no vislumbra ningun medio de salvacion, cuando oye crugir debajo de sí la raiz que se está haciendo pedazos, conserva la mas imperturbable sangre fria, y calcula con la mayor calma y serenidad un nuevo é infalible proyecto de venganza.

D'Auverney se alejaba ya de aquel tenebroso sitio, cuando hirieron su oido los tristes acentos de una voz lastimera. Era Habibrah, que le pedia humildemente perdon, y le suplicaba le tendiese una mano bienhechora para ayudarle á salir de aquel abismo, prometiéndole el agradecimiento y la enmienda de su vida. D'Auverney tenia un corazon compasivo, y así, creyendo en las falaces palabras de aquel malvado, se inclina al borde del precipicio y le tiende la mano para ayudarle á salir de él. Pero así que Habibrah logra asirla, en vez de prestarse al movimiento de ascenso que el generoso D'Auverney le ofrece, se agarra de ella con loco furor, y dejándose caer con todo su peso, procura arrastrarlo consigo al fondo de la espantosa sima. "¡Ah, "le dice, te cogí al cabo! ¡Necio, tú mis- "mo te entregaste! ¡Te cogí! Estábas en "salvo y yo perdido, y por tu capricho te "metes de nuevo en la boca del caiman por- "que lloró despues de haber bramado! Te "cogí en el lazo, *amigo*, y tendré un com- "pañero humano entre los peces de la si- "ma...... Sé que con tu ayuda hubiera "podido salvarme; pero mejor quiero que "perezcas conmigo. Antes que mi vida "deseo tu muerte. Ven!»

Un perro fué el que salvó á D'Auverney del inminente peligro, y Habibrah rodó al fondo del abismo lanzando una maldicion, que fué el último acento que salió de su boca.

La muerte de Claudio Frollo es una repeticion casi exacta de la de Habibrah. Ese clérigo perverso, que despues de haber gastado la mitad de su vida en estudios profundos, habia grabado en la pared de su celda toda su creencia en esta sola palabra griega 'ΑΝΑ'ΓΚΗ (*fatalidad*), no pudiendo seducir á la Esmeralda, convierte su impuro amor en deseo de venganza, y logra hacerla condenar á muerte. Para mejor gozar del espectáculo de la agonía de la infeliz gitana, súbese de rodillas al barandal de piedra que corona una de las torres de la catedral de Paris. En el momento en que la Esmeralda es precipitada por el verdugo desde lo alto de la horca, Quasimodo, que la amaba y que ha comprendido que Claudio Frollo es quien la ha conducido al patíbulo, lo empuja violentamente por la espalda y lo precipita al abismo. ¡Creeis que al caer Claudio Frollo siente algun remordimiento de sus crímenes? os equivocais. La única palabra que suelta es una maldicion. Semejante á Habibrah, una canal de plomo que estaba debajo de él lo detiene en su caida, y permanece por algun tiempo suspendido en el aire. Hé aquí otra bella ocasion para que el autor castigase al criminal, haciendo pesar sobre él todo el rigor de los remordimientos: pero ¡cómo ha de sentir remordimientos aquel cuyas creencias se espresan con la sola palabra 'ΑΝΑ'ΓΚΗ? Así, lo único que siente es el despecho, el furor contra Quasimodo; y lo único que procura es salvar la vida, trepando por las piedras

esculpidas de la pared; y cuando, exhausto de fuerzas, sangrientos y destrozados sus dedos y rompiéndose debajo de él la canal que lo sostenia, no tiene ya esperanza ninguna de salvacion, cierra los ojos y se deja caer al abismo con la mayor calma, como si fuera un justo que mirase la muerte como el término de sus trabajos y como el camino que ha de conducirlo al celeste empíreo.

Admitiendo la fatalidad como dogma, y desconociendo los remordimientos, la novela moderna no puede presentar nunca el bello espectáculo de un delincuente arrepentido, que procura borrar con su llanto la memoria de sus crímenes, y que conmueve el alma de los que lo oyen con el sentimiento profundo y la espresion pura y enérgica de su dolor. Porque es preciso no equivocarse: el pesar que produce en Flor de María el recuerdo de su prostitucion en los figones de la Cité, no es el remordimiento; es un sentimiento íntimo de humillacion y de vergüenza. Lo que siente el Maestro de Escuela despues que ha perdido la vista, no es el remordimiento; es el delirio que produce en su mente la sed de sangre que lo devora, y que no puede saciar; es la lucha entre sus pasiones y su impotencia; es el despecho que lo ahoga al verse obligado á someterse á despreciables insectos, él, ante quien han temblado los hombres mas valerosos.

Sentimos que el espacio no nos permita bosquejar ligeramente los escandalosos pormenores de la muerte de Jaime Ferran, así como otros mil lances iguales que á cada página nos ofrecen estas novelas. Pero lo dicho basta para dar una idea de lo que son estas producciones, vaciadas todas, digámoslo así, en el mismo molde. Pasemos ahora á los desenlaces ó finales de las piezas. Referiremos lo que Victor Hugo llama *el Casamiento de Quasimodo*.

Despues de muerta la Esmeralda, su cadáver fué trasladado, como los de todos los criminales ajusticiados, á la sepultura de Montfaucon. Quasimodo desapareció y nadie volvió á verlo en parte alguna. "Cosa de dos años (dice el novelista) despues "de los acontecimientos que ponen fin á "esta historia, cuando fueron á buscar en "el subterráneo de Montfaucon el cadáver "de Olivier-le-Daim, ahorcado dos dias "antes, y á quien Cárlos VIII concedia la "gracia de ser enterrado en San Lorenzo "entre mejor compañía, se hallaron entre "aquellos hediondos huesos, dos esqueletos, *uno de los cuales tenia abrazado al* "*otro* DE UN MODO MUY SINGULAR. Uno de "ellos, que era de muger, tenia aun algunos girones de vestido de una tela que "habia sido blanca, y veíasele al rededor "del cuello una gargantilla de cuentas de "adrezarach, con un saquito de seda adornado de abalorios verdes, el cual estaba "abierto y vacío. Estos objetos tenian tan "poco valor, que el verdugo sin duda no "los habia querido. El otro, *que tenia* "*abrazado estrechamente á éste*, era un "esqueleto de hombre. Notóse que tenia "torcida la columna vertebral, la cabeza "entre los hombros, y una pierna mas "corta que la otra. Por lo demas, no tenia "ninguna rotura en las vértebras de la nuca, lo cual probaba evidentemente que "no habia muerto ahorcado. En consecuencia, el hombre á quien habia pertenecido, habia ido allí, y allí habia muerto. Cuando quisieron desprenderlo del "esqueleto á que estaba abrazado, se hizo "polvo." Estos dos esqueletos eran los de la Esmeralda y Quasimodo.

Este impúdico pasage ha sido recientemente reproducido por Eugenio Süe en la conclusion de su *Judio errante;* pero su pintura, si no encierra tanta abominacion é infamia como la de Victor Hugo, en cambio es mas lúbrica, y por consiguiente mas peligrosa. El pudor nos impide transcribir íntegro todo el pasage; pero citaremos sus últimos periodos.

El príncipe Djalma y Adriana de Cardoville, que se aman con una pasion frenética, se han envenenado la víspera de su casamiento. Adriana, cual desesperada bacante, violando todas las leyes del honor y del pudor, provoca con sus impúdicas palabras y *acciones* al moribundo príncipe. Pero dejemos que ella y Eugenio Süe terminen la pintura. "Por tanto "(dice Adriana), ¿qué nos importa la muer- "te, ángel adorado?...... Nuestras almas "inmortales, en besos de inefable ternura, "van á exhalarse, para pasar entre delicias "de amor........ hasta el seno de ese Dios "adorable que no es sino amor y delicia.

"--Adriana!......

"--Djalma!......

. . . .

"Y el sutil y diáfano cortinage como "una nube se descorrió, cubriendo aquel "tálamo nupcial y fúnebre.

"Fúnebre, porque dos horas despues "ya rindieron su espíritu Adriana y Djal- "ma en las ansias de una deleitosa ago- "nía."

Solo citaremos otro final: el del *Vigia de Koat-Ven* de Eugenio Süe. En esta obra detestable, que tanto perjudicó la reputacion literaria de su autor, ha querido pintarnos el novelista, en la persona del conde de Vaudrey, un hombre infame que todo lo sacrifica á su egoismo; todo, hasta su esposa y su hija. Postrado en su cama pocos momentos antes de morir, viene á visitarlo el cardenal de Cilly, sacerdote panteista, á quien el autor ha dotado de todas las bellas prendas de la naturaleza, y en quien, por decirlo así, se personifica él mismo, poniendo en su boca las máximas y reflexiones que quiere inculcar en el ánimo del lector. Este cardenal sabe todos los secretos de la vida del conde, y quiere agobiarlo con crueles remordimientos antes de que espire. Pero no puede lograrlo: todos sus reproches, todos sus esfuerzos son inútiles; el conde espira en la consoladora y profunda conviccion de que su alma va á volar en derechura á los cielos.

"El cardenal (dice Eugenio Süe) se pre- "cipitó sobre el conde, mirólo con una an- "gustia horrible, y despues, dejándose caer "confundido en un sillon, esclamó: ¡Ha "muerto!. . . . . .

"El cardenal quedó sumido en una pro- "funda meditacion, escondido el rostro "entre sus manos. Un cuarto de hora "despues se levantó, cerró los ojos del "conde, y despues de contemplar largo "rato ese rostro lívido donde se retrataban "todavía la serenidad y la calma, dijo en "voz lenta y solemne:

"--Despues de la vida infame de ese "hombre . . . ¡quién se atreverá todavía "á dudar de la existencia lógica de un "Dios justo y remunerador, de un Dios "que castiga al malvado en una vida futu- "ra! ¡Quién osará dudar que nuestra es- "tancia en este mundo, no es sino el paso "de la nada á la eternidad!

"El cardenal contempló otra vez el ca- "dáver del conde: luego añadió:

"--¡Quién osará dudarlo!

"Despues, con una espresion profunda "de dolor y de desesperacion, esclamó:

"--¡YO, yo lo dudo!"

Con estas palabras termina la novela.

IV.

"Reina, dice Goethe, entre los hombres que se entregan á las ciencias y á las bellas letras, una gran desgracia, un verdadero azote. Rara vez su simpatía los une sobre lo *bueno* y *bello* en sí mismo, sino sobre lo que los eleva, sostiene y exalta. Aquel de quien se prometen algun apoyo, es objeto de sus elogios: el que los critica viene á serlo de su odio. De buena gana desterrarian del mundo el sentimiento de lo *bello* y lo *bueno* como una autoridad opresora, como un dominio insoportable; y aun en las ciencias positivas admiten mucho menos lo que sirve á los conoci-

mientos generales, que lo que coadyuva á sus intereses. *Divinizarian el error, si pudiese trasformarse en pensiones, dignidades y conveniencias.*»

Tal vez por esta razon los autores de las novelas modernas habrán creido no faltar á los principios de *belleza* y *bondad* imprescindibles en literatura. Pero el sentimiento íntimo de los lectores, á quienes no alcanza el influjo de las causas de que trata Goethe, debe juzgar de muy diversa manera.

Por el rápido análisis que hemos hecho de la novela moderna, será fácil juzgar si sus autores han llenado ó no aquella regla indispensable.

Siendo los héroes de esas novelas tipos de deformidad física y moral, y no pudiendo, por lo tanto, so pena de pecar contra la lógica, obrar sino conforme á su carácter; siendo imposible, ademas, en medio de la complicacion, incoherencia y vaguedad de sus asuntos el conservar las conocidas reglas de Aristóteles, es imposible en ellas la *belleza de las formas*. La novela moderna no puede pertenecer, pues, á la escuela clásica.

Admitiendo la fatalidad por dogma, y negando el principio del libre albedrío, rebelándose contra la institucion del matrimonio, poniendo en duda la existencia de Dios, y haciendo siempre asunto de sus cantos á la materia, es imposible la bondad ó *moralidad en el fondo:* por tanto, la novela moderna no puede pertenecer á la escuela romántica.

El clasicismo era perfecto en las formas, defectuoso en el fondo; el romanticismo al contrario, perfecto en el fondo y defectuoso en las formas. De manera que, para valernos de las palabras de un sábio de nuestros dias, una obra que fuese clásica en las formas, romántica en el fondo, seria el modelo acabado de la bella literatura.

La novela moderna lo ha hecho al revés: ha adoptado las ideas materialistas y frias del clasicismo sin la belleza de sus formas, y las formas vagas y complicadas del romanticismo sin la riqueza de sus ideas.

Por eso dijimos que la novela moderna era *un aborto informe que rechazan todas las escuelas literarias conocidas.* Ahora añadiremos que ella forma una escuela aparte; escuela cuyo género indicó Goethe al escribir las palabras que hemos transcrito; escuela que podriamos denominar *mercantil,* y cuyo orígen y progresos tal vez indicaremos algun dia.

Del mismo análisis que hemos hecho, resulta, que la novela moderna *es altamente inmoral; que lejos de constituir el paladion de la inocencia, la destruye completamente; que lejos de proteger la virtud, la debilita, mancillándola con el hálito impuro de torpes máximas y reprobados principios, y la espone á graves peligros con la pintura incesante de crímenes horrorosos que trastornan la razon, y de escenas lúbricas que son la tumba del candor.* Hé aquí algunas de las tendencias de la novela moderna; insistiremos mas sobre ellas, porque son de la mas vital trascendencia.

Preciso es no confundir la *inocencia* con la *virtud.* La *virtud* consiste en conocer los vicios y detestarlos, en conocer las pasiones y avasallarlas. La virtud es el resultado de una buena educacion moral y de la esperiencia. La *inocencia* es la bella y perfumada primavera de la vida; aquella florida edad en que, agena de amarguras y pesares, el alma se vé rodeada de una atmósfera purísima de ilusiones brillantes, y no distingue en el horizonte de la existencia mas que imágenes bellas y risueñas, y un lisongero porvenir. La inocencia, en fin, consiste en la *ignorancia del vicio.*

Eugenio Süe, quizá sin saberlo, ha puesto al principio de los *Misterios de Paris* una bella y exacta imágen de los funestos efectos que la lectura de sus obras produce sobre la inocencia. ¿No recor-

'dais el lindo rosalito que Flor de María cuidaba con tanto amor, y que formaba todas sus ilusiones y delicias? ¿No recordais que esa tierna planta, no pudiendo resistir al influjo deletéreo de la pestilente atmósfera de la *Cité*, se marchita y muere, á pesar de todos los cuidados de Flor de María?—Pues esta es una imágen exacta de la inocencia, que se marchita y muere al soplo fétido de esos impuros libros.

Es evidente que desde que el jóven lector se ha iniciado en los horribles misterios que revela la novela moderna, desde que el incauto Adan ha gustado del fruto engañoso que cubre el árbol de la ciencia del bien y del mal, *la inocencia desaparece, y las tentaciones empiezan.*

¡Hé aquí encendido en el alma el peligroso combate de las pasiones, cuando demasiado jóven aún y falta de los auxilios de una educacion moral acabada, se halla menos dispuesta á resistirlas y mas próxima á sucumbir á sus rudos y crueles embates! ¡Hé aquí que el mejor escudo de la virtud, que era *la inocencia*, yace hecho pedazos por la serpiente venenosa que estaba oculta debajo de las pintadas flores!

¡Y aprobais y aplaudís esa conducta, y decís que no es inmoral, y haceis cuanto podeis para propagar la lectura de esas obras; vosotros, que os habeis horrorizado al ver estampada en un periódico religioso *una sola palabra* impropia, porque, decís, puede tal vez despertar en la tierna infancia alguna idea impura! Aprobais, y con razon, el que los padres de familia cuiden de que sus hijos no lean ciertos libros dispuestos para prepararse á la confesion, que no oigan cierta clase de sermones, ¡y no vacilais en poner en sus manos inocentes esas novelas, donde los vicios mas seductores y peligrosos se describen con la mas cínica impudencia y con los mas minuciosos pormenores!. . . .¡Os indignais á la sola idea de que sacerdotes imprudentes refieran á la infancia el caso de Onan y el de los viejos de la casta Susana, y vosotros no vacilais en referirles el impúdico fin de Djalma y Adriana de Cardoville, y *el casamiento de Quasimodo!*. . . . ¡Vosotros mismos os habeis condenado; vuestra sentencia es inapelable! . . . . .

V.

Vamos ahora á desempeñar la segunda parte de nuestra tarea: vamos á examinar ligeramente cuál era la índole de la bella literatura de los pasados siglos, y si es posible compararla con la escuela de los novelistas modernos. Este trabajo es indispensable para medir con exactitud, qué fuerza tiene el argumento que alega el Monitor, cuando dice que *tambien en los tiempos pasados se escribieron novelas y cuentos amorosos; que hasta algunos eclesiásticos las escribieron;* de lo cual viene á deducir que esas novelas *no son inmorales.*

Este estudio es tan ameno, tan interesante, tan bello, que sentimos vernos obligados á tratarlo con la brevedad que exige la índole y el limitado espacio de una publicacion periódica. Procurarémos, sin embargo, llenar esta condicion, sin faltar á lo que la materia exige como indispensable.

Los griegos fueron los primeros que ensayaron la novela; pero este género de literatura jamas llegó entre ellos á adquirir crédito ni perfeccion. Platon, en el tomo II de su República, condena severamente á los poetas licenciosos, y los llama traidores á la patria. No gozando, pues, del aura popular, ni ofreciendo una carrera de gloria, la novela no fué cultivada sino por los escritores de menos nota de la Grecia.

Apenas puede imaginarse cosa mas insípida y desagradable, que las ideas detestables de Dafne y Cloé al manifestar las pasiones y móviles del corazon humano. Los romanos apenas conocieron la novela, tal vez á causa de la inflexible severidad de sus costumbres. Pero vino un tiempo en que las composiciones amorosas fueron harto comunes entre ellos, y esto fué cuando habiendo llegado ya al apogeo de su gloria, las costumbres fueron corrompiéndose en la ciudad eterna, preparando así su inmensa y estrepitosa caida. Pero aun entonces ese género de literatura era mal recibido: Ovidio fué desterrado á Tomes por Augusto, á causa del escándalo que producian sus licenciosos escritos; Ovidio, que parece arrepentirse de haber engendrado en su imaginacion y escrito tantas impurezas cuando dice:

Eloquar invitus, teneros ne tange Poetas,
Submoveo dotes impius ipse meas;

y en otra parte:

Scripta cave relegas blandae servata puellae,
Constantes animos scripta relecta movent.
Omnia pone feros, quamvis invitus, in ignes,
Et dic, ardoris sit rogus iste mei.

Cuando se desplomó el imperio romano, las artes y las ciencias fueron envueltas en la general ruina. Las liras de los poetas quedaron hechas pedazos en aquel inmenso cataclismo; y el mundo no volvió á oir los suaves acentos de la poesía, hasta que, primero los trovadores del Lemosin, y luego los *minnesingers* de la Germánia, resucitaron la literatura con sus amorosos y á menudo melancólicos cantares. Pero entonces una revolucion inmensa se habia verificado en las ideas, y por consiguiente en la civilizacion y en la literatura. El cristianismo habia filtrado sus benéficas doctrinas hasta en los corazones de piedra de los bárbaros conquistadores del Norte: habia arruinado los principios constitutivos de las antiguas sociedades paganas; habia anatematizado la esclavitud, elevando al siervo al igual de su señor: habia revelado al hombre su dignidad, reveándole el principio de su libre albedrío, y condenando el antiguo dogma del fatalismo; habia ennoblecido á la muger, haciendo que en vez de esclava fuese la compañera del hombre: habia santificado el amor, elevando el matrimonio al rango de sacramento. "Entonces, dice un célebre escritor contemporáneo, hubo dos leyes santas, desconocidas de los tiempos antiguos: la de la caridad, que ligó los hombres entre sí con vínculos suaves; la del amor, que ligó á la muger con el hombre en indisoluble lazada.» Tan profunda y completa revolucion en la sociedad y en las ideas, debia necesariamente afectar á la literatura, haciéndola muy diversa de lo que antes era; porque, como dice el mismo escritor, "la literatura no ha tenido el privilegio de existir como una abstraccion independiente de las revoluciones del mundo, de las mudanzas de los hombres y de los trastornos de los siglos.»

El amor, pues, el verdadero amor, el amor puro que habia sido proscrito de las sociedades materialistas y tiránicas de la antigüedad, santificado por la religion, fué el asunto de los cantos de los trovadores y de los *minnesingers*. Pero esos tiernos cisnes de la edad media, jamas ofendian el pudor con sus bellas y suavísimas endechas. Cuando el trovador lemosin cantaba en su laud estos versos,

Yeu sais, mesqui, qu'en llit de un emperayre
Per bella é protz sots digne de dormir;
Yeu sais, mesqui, qu'en tron de llum é d'ayre
Havetz nascut per sus en cel lluir.
Yeu sais, mesqui, que ofrirvos sol porria
Hymns, é llauzors, é l' cor, car est cant hay;
Mais yeu's promet darvos ventura, aimia,
Tant mon amor est calt, fis é veray;

cuando el trovador se atrevia á preludiar estos versos, en los cuales no existe una sola sílaba que pueda herir al mas casto y delicado oido, se consideraba que era el

estremo de la libertad concedida al estro del poeta.

Al siglo de los trovadores siguió el siglo de oro de la poesía moderna y de las bellas artes. La Europa parecia haberse trasformado en un vasto y ameno pensil, poblado de canoros ruiseñores, que sin cesar exhalaban en el perfumado ambiente sus dulces trinos y sus melancólicos y deleitosos gorgeos

La poesía de entonces no era aquella poesía rica en imágenes, bella en sus formas, pero fria y materialista de la antigüedad; no era el canto de la naturaleza que busca su dicha en los placeres sensuales; no era el horror de la muerte, que no vé sino lúgubres sombras mas allá de la sepultura; no era, en fin, el canto de la materia, que cifra toda su felicidad en sí misma. Era una poesía profunda en sus pensamientos, ardiente y espiritualista: era el doloroso gemido de Adan desterrado, qué llora su Paraiso perdido, y anhela y espera encontrarlo de nuevo en el Cielo: era el lamento del cansado peregrino, que no vé en el mundo mas que un árido desierto, y que ansia salir de él para llegar al término feliz de su jornada: era, en fin, el canto del espíritu, que no puede alcanzar dicha y reposo sino junto al trono del Eterno.

Tal era en el fondo el carácter de las composiciones *románticas* á fines de la edad media. El cristianismo habia sido la fuente y orígen de la nueva literatura: el cristianismo la habia inspirado con sus sublimes doctrinas. Así, mientras el cristianismo y sus doctrinas no perdieran su fuerza, era imposible introducir nuevos gustos ni fundar nuevas escuelas: era imposible sustituir la poesía religiosa de entonces, con otra que habria chocado con los hábitos, deseos y creencias de todas las clases: era imposible, en fin, resucitar la literatura naturalista, sensual y fatalista de la antigüedad. Porque los pueblos que habian visto caer hechas pedazos las cadenas del esclavo á los acentos de la religion; los individuos que habian recobrado su dignidad perdida en las sociedades antiguas á la voz poderosa del cristianismo; los hombres que veian consignada su felicidad doméstica en los dogmas y preceptos de aquel código divino, hubieran cerrado con indignacion los oidos á los principios de una nueva doctrina.

Mientras que los ilustres escritores de aquella época fueron dueños de la arena literaria, no era fácil que despreciables medianías lograsen introducir nuevos gustos, ni fundar nuevas escuelas. Porque los oidos acostumbrados á solazarse con las notas suavísimas de las liras del Dante y del Petrarca, del Tasso y del Ariosto, del Bojardo y del Bembo, no hubieran podido sufrir el discorde chirrido de un laud desentonado.

Pero apenas habia desaparecido el último de aquellos príncipes de la poesía, cuando de todas partes surgieron las medianías, así como los astros de la noche aparecen con su escasa luz, luego que el padre del dia ha apagado en las aguas del mar el último de sus deslumbradores rayos. No es nuestro ánimo seguir los pasos de la literatura en aquella época; no pretendemos analizar en sus formas las obras que produjo la ridícula escuela francesa de Madama Scudéri, ni la pesada escuela inglesa de Richardson. Solo consignaremos el hecho de que, cualquiera que fuese el mérito y formas de aquellas escuelas, la inmoralidad y el desenfreno no llegaron nunca á formar una de sus partes constitutivas.

La escuela moderna, pues, esta escuela que sienta sus reales en el inmundo fango de las pasiones corrompidas; cuyos héroes respiran el fétido ambiente de la prostitucion y la orgía; esta escuela que ensalza al crímen y escarnece la virtud; que revistiendo al libertinage de brillantes adornos, lo espone á la pública veneracion,

mientras que cubriendo á la honestidad con el degradante sambenito de la necedad é idiotismo, y manchado de lodo su divino rostro, procura atraer sobre ella la befa y escarnio del mundo entero: esta escuela, que todo lo invade y trastorna, la moral, la religion, y la política; esta escuela no era conocida aún á fines del siglo diez y siete.

Resulta, por tanto, que el argumento de que "*los antiguos escribian tambien cuentos y novelas amorosas, que ellas circularon por todas partes en los tiempos de la Inquisicion, que varios eclesiásticos se ocuparon tambien de este género de literatura,*" es un argumento inconducente, inútil y de ningun valor. Era preciso que los apologistas de la novela moderna, en vez de amontonar nombres de autores y de obras, hubiesen comparado esas *novelas y cuentos amorosos de los antiguos*, con las novelas y cuentos amorosos de ahora; era preciso que hubiesen analizado las respectivas escuelas, para fundar su argumento sobre los cimientos sólidos de la razon, y no sobre la arena resbaladiza de palabras sin sentido. Ellos no lo han hecho, pero lo haremos nosotros; no con la profundidad y estension que demanda la materia, sino con la indispensable brevedad que exige un artículo de periódico.

VI.

Es un absurdo el querer comparar la escuela fatalista é inmoral de los dramaturgos actuales, con la escuela espiritualista de los románticos de la edad media. La poesía de entonces era una poesía noble, una poesía de sentimientos, una poesía que purificando y casi diré divinizando cuanto tocaba en su paso, abandonaba lo perecedero y terreno, y fijos los ojos en la eternidad, desplegaba sus alas para remontarse y perderse en las espléndidas regiones del cielo. Sus personages eran los mártires y los héroes, las castas doncellas y los leales caballeros. El mártir espiraba entre los mas crueles tormentos, cantando la gloria del Señor y perdonando á los sayones; exhibiendo así el mas brillante triunfo del espíritu sobre la materia. El héroe abandonaba su palacio y su patria, y ostentando en su pecho el símbolo del cristianismo, buscaba en regiones lejanas al enemigo de la fé.

El amor era una pasion violenta, pero noble; una pasion que lejos de corromper el corazon, lejos de allanar el camino á la prostitucion y á la infamia, purificaba las costumbres, ennoblecia el espíritu, y ensanchaba el ánimo cuanto era indispensable para acometer y dar cima á los hechos mas gloriosos y á las mas árduas empresas. La religion y la gloria, á la par que el amor, inflamaban el pecho del héroe, y rara vez cometia un desacato contra las leyes del honor.

Tancredo, perdido de amor por Clorinda, la sigue á todas partes y desea poseerla á toda costa. El alma del héroe es el campo de una lucha encarnizada entre los encontrados afectos que combaten por dominarla: el amor, revestido con el brillante y seductor ropage del deleite, le impele á buscar á Clorinda y abandonar sus deberes: el honor, cubierto con el severo ropage del deber, y señalándole al Cielo como el término de sus trabajos, le obliga á permanecer fiel á sus juramentos. Hasta aquí solo los afectos luchan en el alma de Tancredo: el héroe todavía no se halla espuesto á una prueba: la *ocasion* no ha arrojado aún en la balanza sus terribles y á menudo irresistibles tentaciones. Pero el momento llega: Clorinda, cubierta de su brillante armadura, vaga al pié de los muros de Jerusalen despues de haber sembrado la

muerte y el terror entre los cristianos. Tancredo la sigue sin conocerla, deseando tan solo vengar la sangre de sus compañeros. En el combate encarnizado que entre ambos se traba, Tancredo es herido, pero Clorinda sucumbe á los golpes irresistibles de la espada fulminante de su adversario. Tendida en el ensangrentado césped y mortalmente herida, Clorinda, que siempre habia alimentado contra Tancredo un odio implacable, no espira vomitando contra él imprecaciones, ni llamando sobre su cabeza las maldiciones del Cielo. "Amigo, le dice con una voz tier-"na, me has vencido: *yo te perdono!* Ten "compasion, no de un cuerpo que ya no "tiene que temer, sino de un alma que im-"plora de tí su salvacion eterna. ¡Puedan "tus plegarias, pueda el bautismo que te "pido lavar todas mis faltas!» Tancredo reconoce á su amada Clorinda, á aquella por quien ha delirado en su loco frenesí, Clorinda está ahora en su poder..... y nada ha perdido de sus atractivos, al contrario, su languidez y la dulce resignacion que brilla en su semblante, dan un nuevo realce á su hermosura. Pero ni la mas leve tentacion, ni un solo pensamiento impuro cruzan la mente de Tancredo. Esclavo de sus deberes como cristiano y como caballero, fijo el pensamiento en la inmortalidad, en donde espera reunirse con la amante adorada que ha perdido en la tierra, ora por ella y derrama sobre su pálida frente las aguas bautismales que han de abrirle las puertas del Cielo (*).

Dejad ahora que la pluma de Eugenio Süe trate el mismo asunto, y vereis como Clorinda y Tancredo espiran entre lascivos abrazos, como Djalma y Adriana de Cardoville.

El amor constituia el fondo de los cantos de los trovadores y de las composiciones poéticas de la edad media; pero un amor puro, un amor ideal, un amor poético, cuyo encanto desaparecia en el momento en que el amante queria acercar á sus labios la copa prohibida del placer: El amor cifraba su gloria y su felicidad supremas en agradar á la amante y en *ganar su corazon*. Para lograrlo, el caballero acometia las mas arriesgadas empresas, despreciaba los mayores peligros, y rechazaba con horror todo cuanto podia empañar su honor y buen nombre. De suerte, que el amor era la fuente de la moralidad y del heroismo; era el aguijon que impelia á los hombres hácia las buenas acciones, y un dique poderoso contra la perversidad: era, en fin, el galardon del bueno y el suplicio del malvado.

Por eso en las composiciones amorosas de aquella época, la accion consiste generalmente en los trabajos que sufre el amante para ganar *el corazon* de su amada; trabajos siempre nobles, siempre heróicos; y el desenlace natural consiste en la consecucion de aquel objeto loable, y en la celebracion de un legítimo enlace. Así es que casi todas las ficciones amatorias de entonces, fueran líricas ó dramáticas, terminaban por lo comun con el matrimonio de los héroes de la pieza.

Tal era el amor en las composiciones literarias de la edad media, y tal fué hasta que la novela moderna vino á torcer el curso de la bella literatura. Comparad ahora el amor que hemos descrito, con el amor de los dramaturgos actuales: comparad á Tancredo con Djalma, y á Clorinda con Adriana de Cardoville: comparad á Rogerio con el vizconde de Saint-Remy, y á la tierna, fiel y heróica Bradamante, con la vil y disoluta duquesa de Lucenay. Comparad todos los personages, todos los caracteres, todas las acciones de una y otra literatura. Comparad, en fin, si os atreveis, el espiritualismo y la ternura del Petrarca, con el estravagante materialismo de Victor Hugo; la nobleza y finura del Tasso, con el repugnante cinismo de Paul de Kock

(*) *La Jerusalen libertada, canto* XII.

y de Balzac; la profundidad de ideas y los cuadros consoladores del Dante, con la doctrina disolvente y desesperadora, y las pinturas de sangre y cieno que componen las obras de Süe. Comparad, comparad, y decidnos luego si la literatura asquerosa y materialista de algunos autores contemporáneos, tiene nada de comun con la literatura espiritualista, noble y elevada de los poetas de los pasados siglos (1). Pero todavía queremos hacer resaltar mas y mas la diferencia entre ambas literaturas.

Los cantos del trobador idealizaban las pasiones, la novela actual materializa las ideas: para los poetas, la muger era un ángel descendido del Cielo para suavizar los trabajos del hombre, embellecer con fragantes flores los ásperos senderos de su vida, y conducirlo al fin de su carrera al celeste empíreo de donde ella habia descendido para ser su guia. Para los modernos dramaturgos, así como para los paganos de la antigüedad, la muger es un ente que la naturaleza ha creado para el placer del mundo, y su único destino es agradar y gozar. Los poetas cantaban el amor, los dramaturgos celebran la prostitucion: así pues la lógica conducia á los primeros á no relatar sino acciones heróicas; y la misma lógica arrastra á los segundos á no pintar mas que cuadros horrorosos de corrupcion y de sangre. El amor producia el heroismo: la prostitucion engendra la infamia y degradacion del género humano.

Rindiendo culto á la prostitucion, el dramaturgo ó novelista moderno no puede conocer el amor, pues esta pasion noble y esclusiva no puede existir sin la idea de la pureza en el objeto amado; y la pureza y la prostitucion no pueden existir juntas.

Por eso en las composiciones amorosas del novelista moderno, la accion consiste casi siempre en una série de crímenes y de actos lascivos; los personages del drama, en su ciego materialismo, jamas elevan los ojos á las eternas regiones de la beatitud infinita; y faltos de espíritu y de porvenir, sin mas teatro que la materia y el limitado espacio de la tierra, la lógica inflexible los arrastra casi siempre al mismo desenlace, que es y debe ser la saciedad, el fastidio, el asesinato y el suicidio.

La novela moderna no tiene, pues, nada de comun, *en su fondo y tendencias*, con la literatura romántica verdadera á que ha querido comparársela. Sus ideas y doctrinas son mas bien las de la escuela fatalista y material de las sociedades paganas. Pero ni aun con esta puede ser justamente comparada; porque á pesar de la semejanza que existe en sus doctrinas, la disparidad en el conjunto es escesiva. "Los poetas de la antigüedad, dice un ilustre escritor, buscaban la belleza, los dramaturgos de nuestros dias buscan la trivialidad de las formas. Los unos y los otros se someten al yugo de las realidades y cantan el mundo físico: pero para los poetas de la autigüedad el mundo es un Eden vestido de flores y embalsamado con perfumes, mientras que para los dramaturgos de nuestros dias es un horrible desierto, sin vegetacion y sin verdura. En medio de su soledad se levanta un cadalso, y al pié de este cadalso suele haber un verdugo que amenaza y una víctima que gime. Los poetas de la antigüedad cantaron al mundo

(*) *Notarán los lectores que ni una sola palabra hemos dicho sobre la escuela de Chateaubriand y Lamartine. Lo hemos hecho á propósito. El comparar la castidad y ternura de Atala y Chactas, con la repugnante prostitucion de los héroes de la novela moderna; el comparar á Chateaubriand con Victor Hugo ó con Eugenio Süe, es un absurdo de tanta monta, que estamos persuadidos de que los Señores del* Monitor *solo han podido cometerlo por inadvertencia, ó cediendo á un error involuntario.*

físico, pero solo escogieron como dignas de sus cantos sus bellezas: los dramaturgos de nuestros dias cantan tambien el mundo físico, pero solo aceptan como dignos de sus cantos sus horrores.»

Véase, por tanto, con cuánta exactitud dijimos que la *novela moderna no tiene nada de comun con la* BELLA *literatura propiamente dicha.*

VII.

Concluyamos. La cuestion que estamos tratando, ofrece materia para muchos volúmenes; sin embargo, preciso es cerrar este artículo, quizá demasiado largo ya para un periódico.

La civilizacion actual, fundada por el cristianismo, se apoya en tres grandes principios: la libertad civil, la libertad doméstica, y la libertad individual. Para fundar la libertad civil, el cristianismo abolió la esclavitud, y proclamó como un deber el dulce dogma de la caridad: para establecer la libertad doméstica, el cristianismo proclamó la igualdad entre el hombre y la muger, é instituyó el matrimonio: para afianzar la libertad individual, el cristianismo condenó el dogma del fatalismo y promulgó el del libre albedrío. Y para proteger estos grandes principios contra la perversidad y la fuerza, el cristianismo los puso bajo la salvaguardia de un Dios todopoderoso, sabio y remunerador, estableciendo así el admirable principio de la justicia universal.

Hace diez y ocho siglos que el catolicismo defiende y sostiene la civilizacion, defendiendo y sosteniendo aquellos grandes principios con su doctrina.

Hace algunos años que algunos espíritus malcontentos pretendieron derrocar la civilizacion, derrocando los principios sobre que estriba y el apoyo que los sostiene. Para lograrlo, atacaron al catolicismo con las armas de la libertad religiosa, llamaron en su apoyo las pasiones, aliáronse con un tirano, é inundaron á la Europa en sangre; pero no obtuvieron mas resultado que el establecimiento de sectas disidentes, que cediendo al poder de la razon, van debilitándose sin cesar, y miran su reunion al catolicismo como próxima é inevitable.

Vencidos en el campo de la teología, echaron mano de la filosofía y se presentaron de nuevo á renovar la lucha: apelaron otra vez á la fuerza física, apoderáronse de la política, y trastornaron el mundo enrojecido con la sangre de millares de víctimas que ellos habian sacrificado en la frenética embriaguez de su pasagero triunfo; hasta que desengañados los pueblos y cansados de su tiranía, se alzaron unánimes contra ellos y los anonadaron.

Vencidos en el campo de la filosofía, aparecieron luego en el de la bella literatura, y cubiertos con el hipócrita disfraz de la filantropía, han vuelto á emprender la lucha con mayor encarnizamiento.

Atacan el principio de la libertad individual, atacando el dogma del libre albedrío y proclamando el fatalismo.

Atacan el principio de la libertad doméstica, atacando el dogma del matrimonio y proclamando *la libertad de los sexos*, es decir, la prostitucion general, que al fin restableceria la esclavitud de la muger.

Solo respetan *por ahora* el principio de la libertad civil; pero en cambio cuando tuvieron en sus manos el poder, arrebataron al pueblo la libertad política.

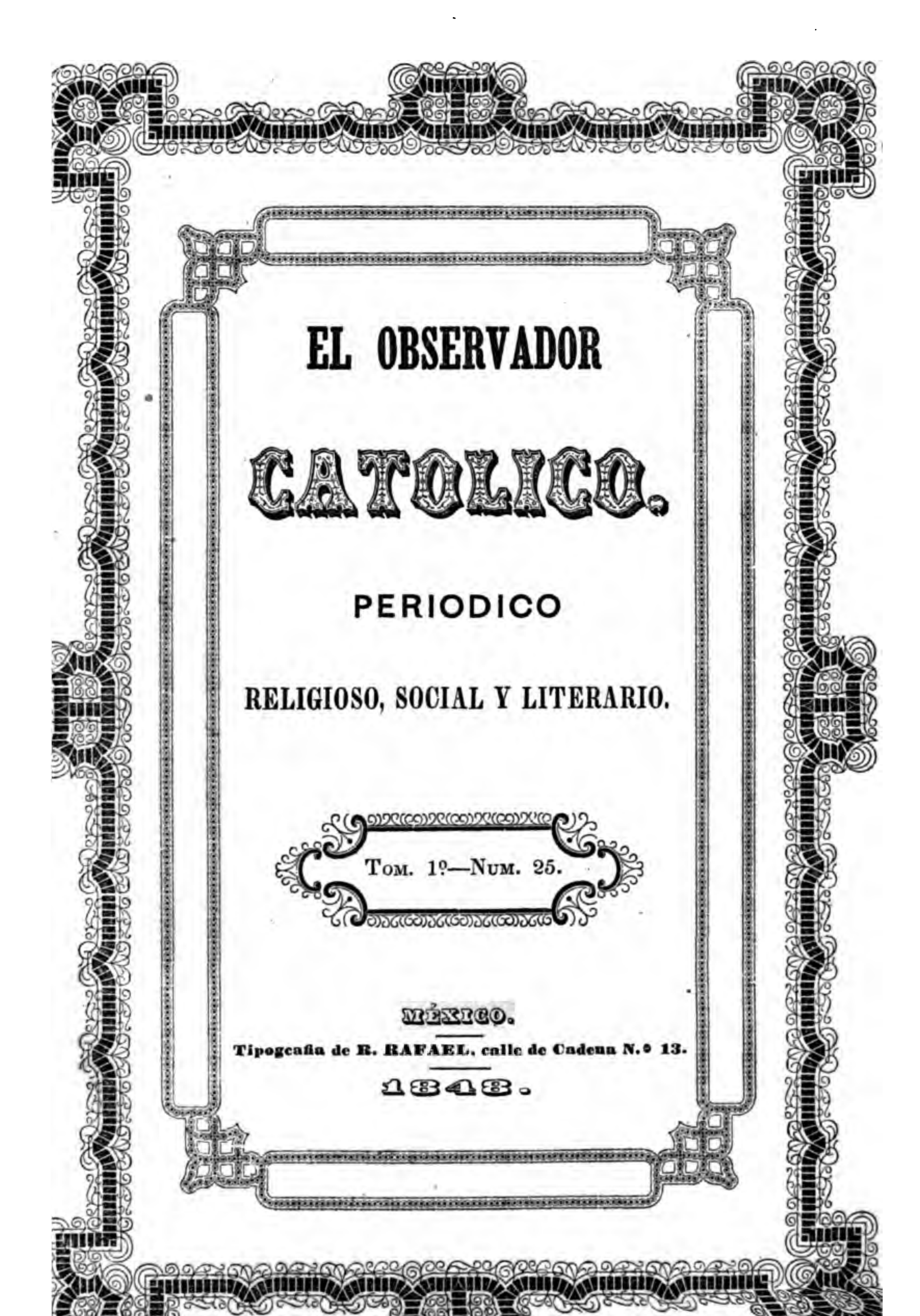
Finalmente, atacan el principio de la justicia universal, y proclaman el de la impunidad, atacando el dogma de la existencia de un Dios justo y remunerador, *único que puede juzgar y castigar los crímenes ocultos y los desmanes del poder.*

Suponed ahora que esa funesta escuela logra seducir al mundo y establecer sus principios: ¿cual será el resultado?

¡Habrémos retrocedido diez y ocho siglos!

Ved aquí la tendencia lógica y final de esa escuela. ¡Defendedla ahora si os atreveis!--*EE.*

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.



EL OBSERVADOR CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

TOM. 1º—NUM. 25.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR
CATÓLICO.
PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 9 DE SEPTIEMBRE DE 1848. [Num. 25.

UNIDAD RELIGIOSA.

Ninguna cuestion puede presentar de mayor importancia el espíritu filosófico del presente siglo que la unidad de creencias, como el mas estrecho y poderoso vínculo que uniendo á los pueblos civilizados en una gran familia, les hermana con una homogeneidad de principios religiosos, fuente de union y concordia en todos los demas principios. Entendemos hablar del espíritu filosófico, que se ocupa en los progresos verdaderos, no aparentes de la civilizacion, en el goce pacífico de todos los placeres de la vida, y en la consecucion del mayor bien que puede hallarse sobre la tierra, la concordia hija de la paz, no de aquel espíritu orgulloso que abrogándose con altivez el dominio supremo de las inteligencias, edifica y destruye, con la misma facilidad se pierde en el laberinto siempre mas tortuoso de la teoría, y desdeñando el clamor inestinguible de la esperiencia y de la realidad, esclaviza con su influencia tiránica el principio de todas las verdades y el móvil de todas las virtudes.

En efecto, si llegase el dia en que todas las fuerzas morales de las sociedades se reuniesen para reconocer por base una sola y misma verdad, y en que todos los esfuerzos del hombre para ser virtuoso y feliz se centralizen, por decirlo así en un solo y único objeto; entonces la universalidad de la persuacion y la profesion de unas mismas creencias produciria en las sociedades una fuerza irresistible de conviccion y de estabilidad contra los vaivenes de la estólida indiferencia y de la impiedad turbulenta, y dando una misma y poderosa direccion á las opiniones cuyas fuerzas chocan ahora entre sí y se destruyen, fijaria de una vez el objeto final de mejoramiento y perfeccion á que deben aspirar las sociedades humanas, proporcionándoles unos mismos medios para buscar la verdad y defenderla contra los embates de la ignorancia ó de la perfidia.

Por mas lejano que parezca ese punto de felicidad y de convencion en lo que mas interesa á los individuos y á los pueblos, no es de manera alguna imposible; y aun pudiéramos decir que los ataques violentos y repetidos de la filosofía atea contra todo principio de religion puede haber acortado en poco tiempo y considerablemente la distancia que de aquel nos separa. Los cristianos de todas comuniones, miran con escándalo atacados los fundamentos de su creencia, y todos sus principios puestos á un mismo nivel de desprecio y de irrision por los propagadores de unas doctrinas enemigas tan manifiestas de la religion, como lo son ocultas del órden social. Asombrados de los rápidos adelantos del materialismo ven ya con espanto la *segur á la raiz del árbol*, y deben de necesidad buscar en la union y concordia de sus doctrinas la fuerza única capaz de resistir los golpes de sus enemigos. Los motivos que dieron lugar á sus primitivas desuniones han cesado en gran parte, otros se han debilitado con el tiempo, y urge so-

bremanera que la gran comunidad cristiana vuelva otra vez á fortificarse con la unidad de sus creencias, y á vigorizarse con la mútua comunicacion de su caridad, para que la navecilla que no debe perecer, se salve como en los siglos primitivos entre las ondas encontradas de la persecucion en Europa.

Para dilucidar de algun modo esa cuestion que parecerá vital á aquellos hombres cuya ojeada penetrante se estiende como desde un punto elevado sobre lo presente y lo porvenir, estractaremos algunas reflexiones del sábio autor del precioso opúsculo que escribió sobre tan importante materia. Deseariamos transcribirlo todo entero, pero nos lo impiden así su estension como ciertas alusiones políticas de que se vale para llegar á su objeto, que muy poco nos pertenecen, y sobre las que nos hemos propuesto guardar silencio. En lo que vamos á estractar, se echará de ver la vasta erudicion y profundidad de miras de su autor, la clara solidez de su raciocinio, y aquel espíritu de indulgencia y de buena fé con que va desenvolviendo sus principios el filósofo cristiano, sin transigir con el error, ni exasperarle, atrayendo á un centro comun con una suavidad inesplicable las opiniones mas divergentes, sin ofender los derechos de la verdad.

"Aun cuando la reforma fuese buena (lo que no se concede) es mas cierto que la unidad es mejor, y lejos de que lo mejor sea enemigo de lo bueno, los hombres deben aspirar siempre á lo mejor posible, esto es, á la perfeccion; porque este es el único límite en que deben detenerse, segun el órden que han recibido del maestro Supremo de todos los hombres que les tiene dicho que sean perfectos: *perfecti estote*.

"Desde que la sociedad cristiana se ha dividido en varias comuniones, estas han hecho un esfuerzo continuo para reunirse: porque la division es un estado de muerte para la sociedad, la que considerada en el órden moral es *la reunion de séres inteligentes para su mútua perfeccion*; así como considerada en el órden material consiste en *la aproximacion de los séres físicos* para la produccion y conservacion recíproca.

"Las predicaciones de los ministros de las diferentes religiones, los escritos de los controvertistas, y las leyes penales de los gobiernos no han tenido otro objeto que el de reunir por la persuacion ó la fuerza unas opiniones divergentes ó contrarias. Por una y otra parte se ha dicho cuanto habia qué decir, y se ha hecho cuanto habia qué hacer. Los unos no tendrán misioneros mas elocuentes que Fenelon, Flechier y Bourdaloue (*), ni controvertistas mas sábios que Bossuet, Veron y Bellarmino. Los otros no tendrán un mejor orador que Saurin, ni defensores mas hábiles que Claudio, Dailli, Oafon, &c. Los gobiernos tampoco tomarán contra los reformados medidas mas severas que las que tomó Luis XIV á fines de su reinado, ni contra los católicos se publicarán leyes penales mas crueles que las que pusieron en Inglaterra Enrique VIII y sus sucesores (§). Todos los medios de persuacion y

(*) Estos tres grandes oradores fueron empleados en Poitou, en Saintonge y en Languedoc para reunir los protestantes á la Iglesia Católica.

(§) "Todos cuantos se negaron á prestar el juramento de la supremacia espiritual del rey, ó en otros términos, cuantos rehusaron apostatar, todos fueron calificados de traidores, tratados como tales, y condenados á muerte con una crueldad inaudita. Baste un ejemplo. Juan Hougteton por no ser perjuro fué colgado, le cortaron la cuerda y cayó en el suelo enteramente vivo. Entonces le desnudaron, abrieron su cuerpo y le arrancaron los intestinos, el corazon y las entrañas, le cortaron la cabeza, le descuartizaron, y despues de haber medio cocido sus cuartos, los colgaron en diferentes sitios de la ciudad.

"Es muy fácil conocer que mientras semejante poder estuviese concentrado en las manos de tal hombre, no podrian estar seguros los bienes y la vida de los particulares; así es que desde el momento mismo en que se suprimió la supremacía del Papa y se derogó la famosa

de rigor, pues, están ya agotados por los dos partidos; y llegados á este punto, como la division no puede ser eterna, por ser directamente contraria á la naturaleza y al fin de la sociedad, la reunion no puede estar muy distante, pues siempre cuando los hombres han llegado al cabo de sus esfuerzos, entonces, entonces empieza á obrar la naturaleza.

acta de Eduardo III. dirigida á proteger al pueblo de toda acusacion infundada de "alta traicion," empezó á hollarse ya con el mayor descaro la "Grande Carta." Muchos de los actos que hasta entonces no se habian considerado como criminales, fueron declarados delitos de "alta traicion," y los "juicios" que hacia ya mucho tiempo eran ilusorios, fueron por último suspendidos del todo, y los acusados condenados á muerte, no solamente sin ser citados y sin permitirles defenderse, sino tambien en muchas circunstancias sin decirles los delitos que se les imputaban, y por los cuales se les condenaba. Cuanto se refiere de las acciones de los Deys de Argel y de los Beys de Tunez, aun en las relaciones mas exageradas, no puede, en cuanto á barbarie é iniquidad compararse con las acciones de este hombae á quien "Brunet" llama el "hijo primogénito de la reforma inglesa." Las víctimas de su crueldad sanguinaria eran por lo comun, como naturalmente debe suponerse, las mas virtuosos de sus súbditos, como que eran de quienes mas tenia qué temer un hombre de su carácter. Familias enteras y reuniones de amigos espiraban al filo de su cuchilla sin consideracion á edad ni sexo, si los que se le designaban tenian ó se sospechaba que tuviesen bastante integridad para desaprobar sus acciones. Una sola mirada dudosa escitaba sus sospechas, y ninguno necesitaba mas para ser enviado al patíbulo. La Inglaterra tan feliz, tan libre, y tan poco habituada al crímen antes de su reinado sanguinario, que en las listas de sus tribunales apenas contaba tres criminales sentenciados durante el año en cada condado, vió entonces mas de "sesenta mil" personas encerradas á un mismo tiempo en "los calabozos." La corte del hijo primogénito de la reforma era verdaderamente un matadero de hombres; sus pueblos, abandonados por sus protectores naturales que ya se habian dejado corromper por el pillage ó por la esperanza de participar de él, formaban un rebaño asustado y lleno de terror, mientras el tal "hijo primogénito de la reforma" semejante á un carnicero, gordo, alegre y contento, daba desde su palacio las órdenes para el degüello, y su gran sacerdote, "Grammer" se manifestaba siempre propicio para sancionar y santificar aquella matanza." (Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda escrita en Inglés por Sir William Cobbett, carta 3.ª y 4.ª.)

"Bossuet y Leibnitz dignos plenipotenciarios de estas dos altas potencias, al nivel si es posible, de tan grandes intereses, por su genio y su reputacion, emprendieron á instancia de algunos príncipes de las dos comuniones la reunion de las dos iglesias: su correspondencía es un modelo de razon, de saber, de moderacion y de urbanidad. Bossuet desplegó en ella el gran poder del raciocinio, y Leibnitz un arte infinito de discusion. Al ver con qué respeto y gravedad, Leibnitz, el genio tal vez mas vasto, y seguramente el talento mas cultivado que haya aparecido entre los hombres, trata de la religion cristiana, y con qué ligereza, con qué tono amargo y despreciable, y casi siempre con qué ignorancia y mala fé algunos poetas, físicos, artistas, autores de novelas y escritores sin talento aun para el género frívolo han tratado y tratan todos los dias de ella; se pregunta si estos ingenios brillantes habrán descubierto sobre estas altas materias alguna cosa que se hubiese escapado á las profundas meditaciones del genio.

"Pero el momento de la reunion no habia llegado, y las negociaciones entre estos dos grandes hombres no tuvieron éxito alguno. La causa, á lo menos aparente, de la rotura fué la discusion sobre el concilio de Trento, de cuya autoridad Bossuet no podia prescindir, y de la cual su adversario se obstinaba á declinar la jurisdiccion. Mas desde que Bossuet y el sábio *Molano*, ministro luterano de *Loc-Kum*, que en un principio estaban muy opuestos, se aproximaron luego en tantos otros puntos; la terquedad de Leibnitz en no ceder á las razones poderosas de Bossuet, y aun el mal humor que se percibe en sus últimas contestaciones, inducen á sospechar la secreta influencia de las consideraciones políticas, siempre superiores en Alemania al sistema religioso y dan lugar á pensar que se buscaba un pretesto para romper una negociacion que alarmaba intereses distintos del de la religion.

"Séase lo que se fuere de estas diferencias que la teología no ha terminado, la política puede hacer entrever su fin. Quiero decir (pues me apresuro á esplicar mi idea, porque no se crea que quiero someter la religion al magistrado) quiero decir pues, que hay cuestiones que la teología ha tratado por el raciocinio, y que la política puede decidir por los hechos; y que estas opiniones, que la primera ha considerado en su conformidad y en su oposicion con los pricipios de la religion cristiana; la otra puede en el dia despues de la larga esperiencia que ha adquirido la Europa, considerarlas en su influencia sobre el órden y la estabilidad de las sociedades humanas. Creo tambien, que este método de juzgar está menos sujeto á discusion que cualquier otro, y que se puede afirmar en general, que un error político no puede ser una verdad religiosa»

"No se me acuse de hacer de la religion *un negocio de política* en la acepcion comun de este término. No hay duda, hago de la religion un negocio de la política, porque hago de la política un grande é importante negocio de religion.

"Yo no considero la religion como hombre de estado, sino porque considero la política como hombre religioso, y que mirando la religion como el poder Supremo (por sus leyes y no por sus sacerdotes) y el gobierno como su ministro, pienso que deben estar indisolublemente unidos como el esposo y la esposa, para concurrir al fin único de la gran familia, que no es de ningun modo, como lo enseña una política deslumbradora y una moral de teatro, el multiplicar á los hombres y procurarles riquezas y goces, sino antes que todo hacerles buenos para que sean felices.

"No debe creerse que la sana política sea indiferente á la gran cuestion de la unidad religiosa. No hay un solo hombre de estado, si es digno de este nombre, que no piense que la unidad de las diversas comuniones cristianas es el mayor beneficio que la Europa puede esperar de los gefes que la gobiernan, porque es el único medio de salvar la religion cristiana en Europa, y con ella la civilizacion y la sociedad. El enemigo mas peligroso de ésta, el ateismo especulativo ó práctico, está á las puertas del cristianismo; y ya la profesion pública de esta doctrina monstruosa, ó mas bien de esta abstraccion de toda doctrina no es mas que una chanza.

"El materialismo, consecuencia inevitable del ateismo, se enseña bajo los auspicios de hermosos nombres y de sistemas especiosos. Antes se tomaban en el hombre moral motivos de determinacion por el hombre físico, y leyes para sus acciones, así como se hallaba en la inteligencia Suprema la razon del universo; en el dia se busca en el hombre físico la razon del hombre moral, y en la energía de la materia la causa primitiva de todo lo que exíste.

Noche eterna amenaza al universo (*).

"El ateismo indudablemente seria el fin del mundo moral y de toda sociedad; y entonces, ni aun con las solas nociones de una sana filosofía ¿donde se hallaria la razon de la duracion del mundo material! (§) sola la union entre las diferentes comunidades cristianas, no aquella union que procede de una indiferencia general sino de la unidad de la creencia, es la que puede preservarlas del azote que á todos amenaza. En tiempo de Bossuet y de Leibnitz se trataba de la religion católica y de

(*) Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem (Virgil).

(§) Esta consideracion de filosofía Leibnitziana concuerda con la creencia de la religion cristiana que pone en el número de los signos precursores del fin del mundo la estincion de la fé, y la tibieza en la caridad. Así la muerte de la sociedad seria como la del hombre, ausencia de luz y de calor. Esto nos recuerda el célebre dicho de Bacon: «poca filosofía nos aleja de la religion; mucha filosofía nos vuelve á ella.»

la reformada, porque entonces aun habia católicos y reformados. Pero en el dia que los indiferentes superan, es preciso defender la religion cristiana, es necesario conservar la civilizacion de la Europa y del mundo; el órden, la política, la paz, la virtud, todo lo que hay de moral, esto es, de grande y elevado en la sociedad, tanto en las costumbres como en las leyes, en las artes como en la literatura, y bajo este respecto, y sin entrar en ninguna consideracion ni aun filosófica sobre la verdad de las creencias respectivas de las diversas comuniones, no temo decir, hablando en general, que la doctrina mas fuerte, la mas inflecsible, mas positiva, y mas enemiga de la indiferencia, sea la que fuere, es aquella que es necesario preferir, asi como en el estado político, el sistema de gobierno mas fuerte, el mas vigoroso, y el mas represivo de todas las pasiones populares, es el mas apropósito para asegurar la verdadera libertad de los pueblos.

"Pero si la unidad religiosa entre los cristianos es un bien y el primero de todos, ¿están los hombres acaso imposibilitados de alcanzarlo? ó mejor ¿hay algun bien para cuyo logro poniendo la sociedad todos los medios, no pueda al fin conseguirlo? Y si la religion nos enseña que el hombre puede todo lo bueno con el socorro de la gracia divina, ¿no nos demuestra la razon que la sociedad puede lograr lo mejor con el auxilio de los sucesos? pues los acontecimientos públicos, sean felices ó desgraciados, y aun las revoluciones, son medios de que se sirve el Padre Supremo de las sociedades para destruir los desórdenes á que se han entregado, y volverlas al camino de las leyes naturales y del órden; asi como los accidentes de la vida son medios de que se vale el padre de los hombres para sacarlos del vicio y guiarlos á la virtud.

"Vamos pues, á echar una rápida ojeada sobre las circunstancias religiosas en que se halla la Europa, y las facilidades que le presentan para la reunion de las diversas comunicaciones cristianas.

"La causa, el pretesto, ó lo que se quiera de la reforma, fueron diversas quejas mas ó menos fundadas; pues en la revolucion religiosa que entonces se verificó, lo mismó que en nuestra revolucion política, lo que era defecto de los hombres se atribuyó á las cosas, y se destruyó cuanto hubiera bastado corregir.

"Se echaba en cara al clero de la antigua Iglesia el número escesivo de sus ministros, sus grandes riquezas, su dominio temporal la multitud de fiestas &c. Verdaderas, falsas ó ecsageradas, todas estas quejas no ecsisten ya. Muchas fiestas han sido ya suprimidas, el clero ha perdido en Francia todos sus bienes, en Alemania sus soberanías temporales; y en otros paises se han cercenado sus rentas. El número de ministros ha disminuido con los medios de subsistencia; y muy distante en el dia de haber demasiados, no hay de mucho el número de sacerdotes indispensablemente necesarios.

"La facultad del divorcio fué otro de los motivos de separacion. En el dia el divorcio está juzgado por la política, la que aunque lo tolera, lo ha deshonrado para siempre.

"Algunas personas célebres de la Reforma (*) lo han atacado vivamente, y nadie se ha presentado á defenderle. Esta facultad desgraciada se considera aun en Inglaterra como un yugo insoportable; que el gobierno intenta sacudir desde algun tiempo, y me atrevo á asegurar sin temor de ser desmentido por los reformados virtuosos é ilustrados; que la reunion no dependerá de la tolerancia del divorcio.

"Es verdad que desde sus principios se

(*) Madama y Mr. Necher. El autor ha conocido personas recomendables en paises protestantes, que alaban con entusiasmo la doctrina de la Iglesia Católica sobre el matrimonio.

dividieron sobre cuestiones en apariencia mas sutiles; se disputaba de la *gracia* de la *justicia*, de la *predestinacion*, del *libre albedrio*, de la *autoridad* de la Iglesia: cuestiones teológicas y filosóficas segun las espresiones que se emplean, y las autoridades que se alegan; cuestiones aun políticas, cuando se consideran sus efectos sobre el espíritu de los pueblos, pero del mayor interés, porque deciden de la moralidad de los actos humanos, de las relaciones del hombre con Dios, y de los fundamentos de la sociedad.

"Pero cualquiera que sea sobre estos puntos importantes la diferencia de la creencia de los unos á la de los otros, y lo que enseña la doctrina de los primeros reformistas para sus principios ó sus concecuencias sobre la estricta predestinacion, la imposibilibad del libre albedrio, la inamisibilidad de la justicia cristiana, la inutilidad de las buenas obras para la salvacion, la independencia de toda autoridad esterior en materia de fé, &c. &c. la dureza de estas opiniones teológicas, se ha modificado mucho en las escuelas de la teología protestante. Los ministros de la religion reformada predican en el dia la moral que nos es comun, mucho mas que los dogmas que le son particulares; y los mismos reformados se aprocsiman á los católicos en la práctica de algunos casos en que la especulativa es diferente. De aquí su deferencia, aunque sin obligacion, á sus pastores y sínodos. Imploran la misericordia divina, como si no hubiera predestinacion; practican las buenas obras, como si, en su concepto, fuesen indispensables para la salvacion: y ya no piensan como los ingleses en tiempo de sus disensiones (*) en si están santificados, sino que trabajan para ser santos. Aun sobre el dogma fundamental del cristianismo católico, la *realidad*, no debe creerse que en el fondo haya tanta diferencia entre una y otra comunion, como quiere hacer creer un partido, que siempre ha atizado entre ellas la discordia para acabar con las dos con mas seguridad. Como las dos comuniones están mucho mas instruidas de lo que las divide, qne de lo que las puede dirigir á una reconciliacion, juzgo oportuno el entrar en algunos pormenores sobre el particular.

"La mas antigua, numerosa y sabia parte de la reforma, los luteranos, han retenido la sustancia del dogma aunque lo esplican de un modo que les es particular, vituperado por los calvinistas mucho mas consecuentes en sus opiniones. La Iglesia Anglicana que Jurien llama el honor de la reforma, tiene segun Burnet célebre historiador reformista "tal moderacion sobre el "dogma de la *realidad*, que no hay definicion alguna positiva del modo con que el "cuerpo de Jesucristo está presente en el "Sacramento: las personas de diferente "sentimiento pueden practicar el mismo "culto, sin que se pueda presumir que con"tradigan su fé." Este mismo historia"dor dice en otra parte: "El designio de "la reina Isabel, (que dió la última forma "á la Iglesia anglicana) era el tratar este "dogma con palabras un poco vagas, por"que tenia muy á mal el que por esplica"ciones tan sutiles se hubiese arrojado del "seno de la Iglesia á los que creian la pre"sencia corporal. Su designio era el for"mar un oficio cuyas espresiones fuesen "tan ambiguas, que evitando condenar la "presencia corporal, reuniese todos los in"gleses en una sola y misma iglesia."

(Se continuará.)

(*) Véase la historia de los Estuardos por Mr. Hume.

REMITIDO.

Sres. editores del *Observador Católico*.--Casa de vdes. Agosto 28 de 1848.-- Muy señores mios: Entre los diversos papeles ya sueltos, ya en los periódicos, que con motivo de la ruidosa cuestion de tolerancia se han publicado en estos dias, como el del doctor Sollano, el firmado por *un mexicano católico* y otros; nos ha complacido mucho el que inserto *la Voz de la Religion* el dia 23 del corriente con el título de "Carta de Teóphilo á Philópatro;" produccion mui juiciosa en toda la palabra, que pone la cuestion en un punto de vista muy ecsacto, y que manifiesta que su autor no es un hombre vulgar en la difícil ciencia del gobierno. Nuestra opinion no es bastante para que se respete; pero á pesar de su pequeñez, juzgamos, que las reflecsiones que alli se hacen deben tenerse presentes por los legisladores, si desean acertar en la resolucion de una materia tan importante, en que si se obra con ligereza y poca cordura, puede originarse nada menos que la total ruina de nuestra nacionalidad.

Estamos muy lejos, á vista de lo que hemos dicho con la mayor buena fé, de disminuir en lo mas pequeño el mérito de esa pieza; pero el amor á la verdad y justicia nos estimula á manifestar dos espresiones inesactas escapadas en el calor de la composicion; manchas que nunca faltan en el mas brilllante sol; pero que es conveniente borrar en obsequio del mismo buen juicio del escritor, y de sus sentimientos religiosos altamente esplicados en su artículo.

Hablando Teóphilo del peligro de que la ley de tolerancia llegase á originar en nuestro suelo una guerra religiosa, despues de una espresion del gran Federico que autoriza sus temores, añade: "El incensario prestaría nuevo fuego á la guerra de castas, cuyos estragos son tan alarmantes. . . ." A lo que parece esta proposicion se dirige al clero entero; y con ella se le infiere un agravio no menos manifiesto que injusto. Bien sabe el autor del artículo que no fué el clero francés quien autorizó las matanzas del San Bartolomé, y que no pocos prelados se interpusieron en ese funesto dia entre los verdugos y las victimas, y aun les dieron asilo en sus mismos palacios: sabe tambien que la Iglesia ha condenado esas sangrientas persecuciones contra los hebréos, y que no se dará un solo caso verdadero y legítimo en que la historia condene á todo el estado eclesiástico de motor de unas revueltas que reprueba el espíritu pacífico del evangelio. Podra muy bien haber saltado alguna vez y saltar ahora entre nosotros alguna chispa, de indiscreto celo, de ese incensario; pero será un crimen personal, pues sus sagradas llamas no se ceban en los pueblos, sino consumen los odios y enemistades que los dividen y destruyen: *fugat odia, concordiam parat*; en lo que está de acuerdo nuestro escritor, cuando hablando mas adelante de la guerra de castas iniciada en Yucatan, dice terminantemente: "los ministros de la religion con sus caritativas eshortaciones han de lograr mejores resultados en beneficio de la paz, que las armas, tan propias para arrastrar á la desesperacion á nuestros hermanos seducidos." Y en efecto, ¿no hay fundados motivos para esperarlo asi? ¡no obrará de esta manera conforme á la santidad de su ministerio y á la conducta que siempre ha guardado el clero mejicano? ¡los succesores de los venerables, Las-Casas, Valencias, Vascos de Quirogas no sabran interponerse hoy, aun arrostrando mil peligros, entre ambas razas, como en esa triste época supieron colocarse entre los míseros conquistados y

los orgullosos y avaros conquistadores? ¿salva tal cual insignificante escepcion, no sería el clero mas dañado que ninguna clase de la sociedad en promover esa guerra desastrosa y fratricida, aun bajo el pretesto de religion! . . .Pasemos al otro punto.

Tocando el autor del artículo con mucha oportunidad el de la heroica resistencia de los españoles á medio millon de franceses, mandados por Napoleon á imponerles el yugo en el año de 808 la atribuye entre otras causas á su *fanatismo religioso*, aserto que nos parece tambien poco esacto. Fanatismo segun el moderno diccionario de la lengua castellana, es: "La tenacidad y preocupacion del fanático;" y fanático "el que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en materia de religion." El diccionario frances llamado de Trevoux llama fanáticos á todos los hombres furiosos y estravagantes. ¿Y cual de estas inculpaciones podrá hacerse á los españoles? Su valor, su constancia, y aun si se quiere su arrogancia, fué un heroísmo, no un furor: el defender su patria, su rey, su religion, sus hogares, era juicio, prudencia, honor, sensatez, no estravagancia: ellos defendian la verdadera religion, no algun error, y la defendian por los insultos que le hacian los franceses asi en los lugares donde entraban hostilmente, de que habla el conde de Toreno, como en la impía máscara que hicieron en Madrid en el carnabal. Y no, no hablamos solo de los soldados franceses, declarados en esa época por unos deistas, materialistas y filósofos impíos, sino aun de sus mismas leyes que tarde ó temprano se hubieran introducido en la Peninsula española si hubiese llegado á ser completamente subyugada. No calumniamos, leanse los artículos orgánicos agregados por Bonaparte al concordato con Pio VII, los discursos de Mr. Portalis, ministro de los cultos, y otros papeles de ese tiempo sobre aquellos artículos y el concordato, para conocer lo que la España debia prometerse de su sumision y anecsacion á la Francia. Lejos pues de ser la nacion española reprehensible, como lo seria si hubiese sido fanática, no puede negarse que se cubrió de gloria y se la dió á la religion, cuando á las inspiraciones de esta no solo debió su libertad nacional, sino que obtuvo la de toda la Europa.

No faltará quien nos tache de ciegos admiradores de los españoles en esa época, en que tambien representa un papel no inferior nuestro pais que auxilió con inmensas sumas tan gloriosa reaccion; pero nosotros no somos sino el éco de hombres muy ilustres y nada tachables, en razon de ser franceses, que se espresan en los términos mas honoríficos de esos gloriosos sucesos. El conocido abate La-Mennais en su obra de la *Indiferencia en materia de religion*, tomo 1.°, capítulo 2.°, se espresa así: "La religion era como un resorte y un manantial de energía patriótica, donde la sociedad bebia en los momentos de crísis una fuerza infinita de resistencia y de conservacion Lo que ha pasado en nuestros dias en la España, lo hace bien sensible: nunca se olvidará, no, aquel grito generoso, inspirado por su catolicismo á todo el pueblo: *vamos á morir por la justa causa*, y los nobles esfuerzos de este pueblo fiel y católico por conservar su independencia, esfuerzos que coronó la victoria y debia necesariamente coronarlos, son mas notables aún, por el contraste de debilidad, ó pudiera decirse cobardía de algunas otras naciones, y así es como la religion, obligando al hombre á obedecer al poder ó autoridad, asegura la libertad de los pueblos; cuando la incredulidad, cuyo último término es la indiferencia, destruyendo el principio de la sumision y de la obediencia, dispone á la esclavitud, y tarde ó temprano nos conduce á ella." Y en otra parte dice estas palabras notables, que pueden aplicarse á lo ocurrido posteriormente en la

Península, en la invasion del duque de Angulema: "En los reveses y calamidades, cuando se trata de morir voluntariamente por su rey y por su patria, es donde se aprende á distinguir un pueblo deista ó indiferente de una nacion católica. Una batalla bastó para conquistar la Prusia, y despues de treinta victorias, la España se conservaba como en un principio. Se derrotaba un ejército, al instante renacia otro.... Pero si hubiese reinado en aquella noble nacion la filosofía, estaria gimiendo bajo una dominacion estrangera. (*Melanges, pág.* 206.)

A estos pasages no podemos dejar de añadir otro muy interesante de Mr. Clausel de Couserges, miembro de la cámara de los diputados en Francia, y confirmado, como veremos en seguida, por su cólega Mr. Bignon, en el que, á pesar de la rivalidad eterna de ambas naciones, la verdad triunfa de la envidia y de las preocupaciones mas envejecidas. Mr. Clausel, despues de haber manifestado en sus *Observaciones sobre la revolucion de España*, dadas á luz el año de 1823, que la religion y el amor al rey y antiguas instituciones ha sido el móvil de su heroicidad desde el año de 8, escitó la cuestion siguiente: "¿Cuál fuera el estado de la Europa, si los españoles, en vez de haber conservado con todo su vigor aquel espíritu de cristianismo, que hace que se tenga en nada el perder la vida cuando se trata de conservar la religion, corrompidos y relajados por el epicureismo moderno, hubiesen quedado sujetos al dominio de Bonaparte y le hubiesen entregado sus hijos para hacer la guerra á la Europa?» La contestacion es bien sencilla: "Bonaparte hubiera tenido, para atacar á la Prusia, á la Austria y á la Rusia, los seiscientos millones que gastó en la guerra de España, y otra cantidad, á lo menos igual, que hubiera impuesto á aquel reino; los seiscientos mil hombres que allí perecieron desde 1808 hasta 1814, y otros tantos, á lo menos que hubiera podido sacar de la Península en aquellos seis años.»

Mr. Bignon ha demostrado muy bien cuales fueron los resultados de la resistencia de España al nuevo Atila. "Si despues de la dilatada lucha (dice este diputado) que ha sostenido durante veinte años el gobierno británico ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quién lo debe? ¿á su política, á sus tesoros, al continente entero? No, á un aliado solo, á la nacion española.--La Prusia, despues de una empresa temeraria (en 1806), fué ariquilada...... El palacio de Federico II podia ser todavía por mucho tiempo un cuartel general francés. ¿Quién será, pues, el que intercederá por la Prusia? Una potencia que no negocia sino con la espada en la mano; la España, la España sola, obligando á los franceses á llevar ciento y cincuenta mil hombres á la otra parte del Pirineo. El territorio prusiano queda desocnpado; Federico Guillermo vuelve á su capital: ¿quién lo restituyó á ella? La nacion española.--Cuando Napoleon, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo á aquella nacion cien veces vencida y siempre invencible, el gabinete austriaco (en 1809) calculó que se le ofrecia una ocasion favorable á sus designios. La division de las fuerzas de la Francia multiplica las probabilidades de su buen éxito. Era ya una ventaja sacar á Napoleon de España, y prolongar aquella guerra devoradora. Napoleon se separa rabioso de las orillas del Manzanares y corre á las del Danubio; pelea y vence; está en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan, prodígale la victoria sus laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano estender mas allá sus conquistas. solo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderacion inesperada?

¿Quién salva á la Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? El mismo auxiliar que salvó á la Prusia; la nacion española.--Una guerra vastísima conduce á Napoleon á Moscow; el vencedor de Smotenko y de la Moscowa vuelve fugitivo á Paris como Gerges á Persépolis.... ¡Dónde están, pues, aquellas huestes aguerridas, cupa presencia le volveria su dominacion pasada sobre la Alemania y la Polonia? ¡Quién las detiene, quién las ocupa, cuál es el enemigo infatigable que batieron ayer y las desafía hoy á nuevos combates? ¿Quién salva, en fin, á la Rusia, como á la Prusia y á la Austria?--La nacion española.--La lucha que se ha empeñado en España no ha sido contra un gabinete, pero sí contra una nacion, solo allí ha sido negado á nuestras armas un triunfo definitivo. Si reinara Napoleon, todas las potencias del continente estarian aun á sus pies, y la Inglaterra hubiera sufrido por segunda vez la paz de Amiens, si limitándose á una guerra de gabinete contra gabinete, y de ejército contra ejército, no la hubiese declarado el carácter *moral* de una nacion. --El carácter moral de la España es, como lo hemos demostrado en todas las partes de este escrito, una adhesion invencible á la religion. Esta nacion se ha visto sorprendida otra vez (en 1820) por un ejército revolucionario, formado en gran parte de todos los forajidos de Europa, atrincherado en aquella inmensa península, y amenazando ó insultando desde allí á todas las monarquias. Si la religion no hubiese conservado su influjo en España, y que el pueblo hubiese obedecido á los revolucionarios, se hubieran necesitado las fuerzas de todas las potencias del continente para combatirlos, y con las inteligencias que tienen los *liberales* en todas partes; ¡cuán difícil y sangrienta hubiera sido esta lucha, y á cuantos riesgos hubiera espuesto á la Europa! La providencia parece haber permitido para que no quepa duda de que la religion es el único móvil de la resistencia de España, que en las dos guerras contra la revolucion, mandada diez años antes por Bonaparte y despues por las córtes, los grandes de aquel pais hayan como renunciado á su derecho natural de ser los caudillos del pueblo, y que el ejército de la verdadera España, no haya podido titularse sino el ejército de la fé...»

¡Ah, cuán diversa habria sido la defensa de México en la última guerra, si esos sentimientos tan puros y religiosos hubieran animado como en otro tiempo animaban á nuestro pueblo! Si se trata, pues, de reanimar el espíritu público tan amortiguado entre nosotros, la historia nos enseña cuáles deben ser los medios mas apropiados para ponerlo nuevamente en accion. Dejémonos de esas doctrinas corrompidas y envenenadas que enervan á las naciones. Protejamos á la verdadera religion y á sus ministros, sostengamos á toda costa la unidad religiosa; y sin necesidad de esa *tolerancia* que tanto preconizan ciertos reformadores poco instruidos y sensatos, la república volverá á ser lo que fué por tres siglos, nacion poderosa, nacion rica, nacion feliz á quien envidien todas las del globo.

Es de vdes., señores editores, muy atento servidor Q. SS. MM. B.--*Un suscritor*.

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION VII.

CARACTER DE LA OBRA BAJO EL PUNTO DE VISTA SOCIAL.

Examinando el libro de Mr. Süe bajo el punto de vista religioso, no he qnerido dirigirme únicamente á las personas que participan de nuestras mismas creencias. O mis espreciones han hecho traicion á mis ideas, ó no he dado á las observaciones que he presentado el caracter agrio y de violencia, de un hombre que apegado á sus convicciones, denuncia á la indignacion de sus partidarios, á aquel que no participa de ellas. El objeto que me he propuesto, ha sido á la vez menos circunscrito y mas elevado,

En medio de todos las religiones hay un fondo comun de ideas de justicia, de honestidad, de razon, que procede de la primera revelacion que Dios ha hecho al hombre, y que la verdadera religion, el catolicismo, ayudado de las verdades reveladas, ha desenvuelto perfectamente. En este sublime Evangelio, cuyas primeras palabras grababan los platónicos en el frontispicio de sus escuelas, se habla de dos distintas luces; la una que alumbra al hombre en cuanto nace; la otra, que se forma de una viva relacion que ha venido á disipar las tinieblas y rectificar los errrores que habian alterado los conocimientos escritos por la mano de Dios en la razon del hombre. Á este fondo comun de ideas, de justicia, de razon, de sentimientos, de generosidad y de fraternidad humana, es al que me he dirigido. He querido preguntar á los lectores de todas las opiniones, de todos los cultos, y no solamente á los creyentes sino á los filósofos que pretenden prolongar la religion natural de Platon y de Sócrates despues de diez y ocho siglos y medio trascurridos desde la predicacion del Evangelio, que ha revelado los dogmas sospechados por él primero, y sancionado la moral que entrevió el segundo; he querido preguntarles ¿si era un proceder lícito el de introducir en un romance no solamente á personages contemporáneos y que pertenecen á una sociedad que existe, sino tambien disfrazar en él todo lo que en Francia lleva el nombre de cristiano, excitando contra una religion que se dice ser la dominante en Francia: las malas pasiones que reinan en una gran ciudad donde todos los estremos se encuentran, así los del bien como los del mal? A ellos he hecho jueces en esta cuestion entre Mr Süe y la crítica, y á nadie he recusado de la lista del gran jurado de que acabo de hablar. La guerra que hace Mr. Süe ¿es una guerra leal y legítima? Si se quiere atacar á enemigos ¿debe hacerse confundiendo el romance con la historia, y convirtiendo en jueces, no á la razon, sino á las pasiones á quienes se tiene el derecho de atacar? Cuando se trata de ver con claridad ¿es acaso el mejor medio, el de preocupar los espíritus, es decir, comenzar por obscurecerlo todo? ¿Tiene derecho el escritor de hacer que se juzgue por las prevenciones que él mismo escita, y de que se juzgue poniendo por modelo una efigie pintada tambien por él con los colores mas negros?

No se nos alegue el *Tartufo* de Moliere:

el Tartufo es una escepcion horrible, pero es escepcion; al lado de este personage, el verdadero cristianismo halla intérpretes y representantes. Tartufo en la obra de Mr. Süe no es la escepcion, es la regla, es el todo, y por todas partes se encuentra. El padre Aigrigny, Rodin, la abadesa del convento de Santa María, el doctor Baleinier: el financiero Tripeaud, el negociante de Batavia, Morok, Dumoulin, Mme. Grivois, en fin, todo lo que se contrae al cristianismo en su obra, todo es un Tartufo. Solo Gabriel puede esceptuarse, y ya Gabriel comienza á no ser cristiano. ¡Y á esto puede llamarse pintar? ¿no debe decirse mas bien que es desfigurarlo todo? ¿No equivale este proceder al de un hombre que altera los documentos que deben ayudar á descubrir la verdad en una causa?

Esto es lo que he dicho, ó al menos lo que he querido decir, y es evidente que nada hay en todo esto que tenga la mas leve sombra de intolerancia religiosa, ni apariencia hostil contra la libre discusion: deseo la libre discusion tan estensa cuanto sea posible; pero la quiero leal y deteniéndose en los límites que demarcan la verdad y la justicia, que deben medir el campo cerrado donde se encuentran las opiniones. No obstante, no me hago ilusiones, se querrá hacer creer que si no á los jesuitas, al menos ataca Mr. Süe al catolicismo: se representará como efecto de un encono religioso, la crítica que no ha sido dictada sino por la justicia y el amor á la verdad. Es necesario no dejar este recurso á los amigos del JUDIO ERRANTE. Antes de estudiar ese libro bajo el punto de vista religioso, hemos hecho ver su poco mérito como obra artística; ya que hemos mostrado sus errores contra la religion, ahora nos resta examinarla (haciendo á un lado al catolicismo) solamente en lo que afecta á la utilidad y moral de la sociedad.

¿Qué es lo que se pretende? ¡Mr. Süe es moralista? Sí, por cierto; un moralista, y lo que es mas, Mr. Süe es un legislador que reformará nuestros códigos cuando queramos, y que cual nuevo Solon y moderno Licurgo, tiene constituciones románticas prontas ya para los pueblos que quieran hacerse felices por su medio.

¡Moralista! ¡Y desde cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo ha estudiado la moral? ¡Qué repentino milágro le ha hecho adivinarla! ¿Por ventura en un baile, en las orgías!.... ¡El autor de Atar Gull moralista! ¡Moralista el autor de la Salamandra; el autor de Plik y Plok, de la Cucaracha, del Hotel Lambert..... Moralista!.... Vaya, es una apuesta que habeis hecho, y ciertamente vais á perderla.

Hé aquí lo que dicen los que ven la cosa por el lado alegre; tanto es lo que ha sorprendido el ver aparecer á Mr. Süe como moralista. Muy bien le está á Süe sin duda querer ser moralista; pero el lector no estaba preparado para recibirle como apóstol de la moral: en cuanto á los críticos severos, ni aun se han dignado dar cabida á semejante fantasía. Uno, sobre todo, ha sabido apreciarlo con un estilo de indignacion elocuente que deja bien atrás nuestras críticas contra el autor del JUDIO ERRANTE.

"Bajo el imperio del frenesí literario, esclama este duro censor, los novelistas, lo mismo que los filósofos, han soñado merecer las palmas del apostolado. Con efecto, hé ahí la pretension singular de esos ingenios que han abusado de todo hasta del talento, y que han convertido el comercio de las letras en la industria mas vulgar. ¡Los romanceros de esta clase convertirse en moralistas, en reformadores de la sociedad? ¡En verdad que es ridícula la pretension, y digna de nuestros dias! Antes que ocuparse de ella, quizá hubieran debido consultarse á sí mismos y apurar todos los medios para usar de una espresion bíblica. Siendo ya esta literatura escéptica, burlesca y poco escrupulosa,

solo le faltaba ser tambien hipócrita, tomar la moral por solapa y la reforma social cómo último espediente.

"Este seria un escándalo agregado á tantos otros. ¡Moralista el que se ha servido de la lengua de Ravelais para infectar al público con escenas indecentes y cuentos cínicos! ¡Moralista el que ha tomado por costumbre, despues de cada suceso horroroso, la impunidad del delito! ¡Moralista el que despues de haber pintado infinidad de mugeres adúlteras, declara que el desliz es una herencia de todas las hijas de Eva, y que la castidad, con muy raras escepciones, es una palabra que puede siempre tomarse por falta de oportunidad! Sí, moralistas todos, moralistas de un mismo temple, que se volverán virtuosos si la virtud puede venderse con mas estimacion, y les presta mas provecho que el vicio."

Hé aquí palabras elocuentes y tan animadas, que no las hubiéramos reproducido sin preceder antes un exámen menos apasionado y mas justo de la moral de Süe, si no hubiéramos creido perjudicar al *Constitucional*, privándole de una cita de la que puede sacar fruto y hacerle honor, porque esas líneas que tan enérgicas aparecen contra los romanceros moralistas, fueron escritas,--¿quién lo creyera?--por un antiguo redactor en gefe del *Constitucional* (*).

Es preciso ser justos en todo, y con todo el mundo. Conocemos sin duda que en la época en que el redactor en gefe del *Constitucional* trataba con tanto rigor las pretensiones de Eugenio Süe al título de moralista, este último se presentaba solo y sin fianzas: hoy tiene dos: la una viene directamente del banquete de Grandoaux, y la otra, de entre los bastidores de la ópera. Deja conocerse todo lo que esta asociacion tiene de imponente cuando se trata de moral, y qué nueva importancia le da á Mr. Süe.

Estudiemos, pues, su novela bajo el punto de vista de la utilidad de la moral social. ¿No es participar de las mismas miras de Eugenio Süe el examinar la cuestion por este lado? El autor del JUDIO ERRANTE se ha procurado un refugio: ¿cuál es este? la moral social. ¿Qué es, pues, la moral social?--Preguntadnos mas bien lo que no es, y la respuesta será mas fácil. En primer lugar no es la moral religiosa; podeis haberos convencido de esto por el estudio que hemos hecho del JUDIO ERRANTE bajo el punto de vista religioso.

Con menos razon podrá ser la moral, propiamente dicha, la que se avendria muy poco con la descripcion de los bailes de la plaza Chatelet y la descripcion coregráfica de la *Tulipa Tempestuosa*, sin hablar de las costumbres mas que escéntricas del Descamisado, de Rosa Pompon, de Mr. Dumoulin y de Cefisa llamada la reina Bacanal. Luego ¿qué cosa es la moral social? Voy á procurar esplicárosla.

¿Os acordais del *Cuadro de Paris* por Mercier, libro del que decia Rivarol que habia sido concebido en la calle y escrito sobre un poyo? Pues bien, esta obra original, de que es un plagio *los Misterios de Paris*, comienza ya, á causa de la manera con que fué concebida y escrita, á pertenecer á la moral social. Quizá habreis oido pronunciar el título de las *Noches de Paris*, á la que se ha dado el nombre, y con razon, de *una pesadilla en catorce volúmenes*, porque Retif de la Bretonne vió aparecer al través de las alucinaciones de una imaginacion enfermiza, todas las llagas de la sociedad, á las que ha ido proporcionalmente exagerando. Ha bajado hasta los cimientos de los edificios construidos por la mano del hombre, y ha hecho el inventario de todo el cieno que pueden contener, sin ocultar á sus lectores ni una infamia, ni un crímen, ni una impure-

(*) *Por Mr. Luis Reybeaud, en su obra*: Etudes sur les reformateurs et les socialistes modernes.

za. ¡Qué mas? Ha escudriñado los antros de la prostitucion y las guaridas del asesinato en todos sentidos para sacar de allí los miasmas pestíferos que encierran.

Ved aquí la moral social en todo su esplendor. La moral social consiste en arrancar todas las infamias que puede contener la perversidad humana, y mancillar con ellas la imaginacion de aquellos que las desconocen. Ademas consiste en exajerar las miserias que encierran las sociedades, para con este pretesto atacar violentamente el órden social. Cierto, las sociedades humanas están bien lejos de haber llegado al tipo de la perfeccion: encubren muchos vicios, muchas miserias. Muy buena accion es corregir lo que tienen de defectuosas y purificarlas de la liga impura de abusos y escesos, semejantes á la lepra inmunda que consume el cuerpo. Todos los hombres de luces y virtuosos se han dedicado de generacion en generacion á tarea tan honrosa como útil: éstos han ido sin cesar sucediéndose, y la humanidad, particularmente desde la era cristiana, continúa avanzando, modificándose sin cesar y ensanchando el círculo de los progresos. Nada mas útil que acelerar, si posible es, este movimiento.

Que se proponga la correccion de los agravios, la destruccion de abusos, este sí será un celo muy loable. Sobre todo, nosotros que no somos de la opinion, bastante nueva en economía política, del JUDIO ERRANTE, que atribuye las desgracias de las clases trabajadoras á la maldicion que les alcanzó, cuando Jesucristo lo maldijo á él por no haberle permitido sentarse á sus puertas, deseamos vehementemente verla mejorada; pero al querer perfeccionar el lienzo, debe cuidarse de no hacer pedazos el cuadro que lo contiene. Muy mal método es el de mejorar el órden social destruyéndolo. Tal como es, con todos sus inconvenientes, es una conquista, fruto de los trabajos de las generaciones que nos han precedido; y es tener demasiada presuncion é imprudencia querer remplazar el trabajo de los siglos por improvisaciones del espíritu de innovacion y de utopia, que destruye realidades medio concluidas para querer construir sobre sus ruinas el edificio imposible del bien completo.

La imaginacion lo entrevé algunas veces en sus dorados ensueños; pero la fria y severa razon viene bien pronto á disipar esta engañadora ilusion, y nos demuestra que la imperfeccion de las sociedades humanas está unida á la imperfeccion del hombre, que podria ser mejor sin duda, pero que jamas se logrará que sea perfecto; de manera, que tanto como debe admirarse y alabar á aquellos que se sacrifican por mejorar á los hombres y á las sociedades humanas, tanto debe desconfiarse de aquellos que queriendo demostrar una imágen falsa de una perfeccion imposible en la tierra, destruyen con un bien ideal el bien posible. Falsos guias que desviando á la humanidad del camino por donde avanza lentamente, pero por donde avanza, la empujan á un atolladero, presentando á sus ojos falsos vislumbres que la conducen al abismo. Pues hé aquí cabalmente el doble carácter que tiene la moral de Mr. Süe. Dos son sus móviles: una sátira violenta, exageracion de los vicios y abusos de la sociedad presente, y la seductora esperanza, aunque vaga é indeterminada, de una sociedad imaginaria donde la inmensa ambicion de felicidad que el corazon del hombre esperimenta se encontrará satisfecha.

Con el pretesto de escitar en los corazones una generosa indignacion contra los abusos que se encuentran de la manera que está constituida, el autor acumula cuadros horriblemente obcenos por do quiera. Dirigid la vista á la introduccion del JUDIO ERRANTE. Sin esperanza ya de podér profundizarse mas en la pintura de la perversidad humana, el autor que ha descrito en

los *Misterios de Paris* la taberna del Corazon Sangriento y del Conejo Blanco, el Churiador, el Esqueleto, el Maestro de Escuela, la Lechuza, reunidos en esta casa infame, embriagados en la doble borrachera del vino y del crímen, trasporta al lector á un corral de bestias feroces. Huyendo de él, por decirlo así, todo sentimiento de humanidad, parece impulsado á la crueldad por una fuerza secreta que le arrastra. Hé aquí al lector iniciado en los usos bestiales y familiarizado con el tigre *Judas*, el leon *Cain* y la pantera negra *la Muerte*. Hasta el hedor que despiden las fieras encerradas en sus jaulas hace Mr. Süe percibir al olfato, gastado ya con el olor de sangre que ha respirado en los *Misterios de Paris*. Para pintar con mas propiedad este cuadro horrible, el autor asistirá durante un mes, si es necesario, asistirá á las comidas de los animales del Jardin de Plantas. Examinará con una solícita escrupulosidad de qué manera el tigre ó el leon devoran los miembros del animal que se le arrojan aun destilando sangre. El leon, así como los reyes antiguos, tendrá un puntual observador los dias de gran banquete, y este observador será Mr. Süe.

¿Y para qué tan estraña curiosidad? Para hallar una ocasion de poner al nivel del bruto al hombre, á quien en su obra precedente ha colocado ya en el grado mas bajo de que es susceptible la naturaleza. El autor nos hará ver al gigante Goliat viviendo bajo un punto de igualdad con *sus bestias*, como el dice, partiendo con ellas su ensangrentado alimento, y unido con una amistad casi fraternal con la pantera *la Muerte*, sin la que jamas ha dejado de sentarse á la mesa, como lo significa con fina urbanidad. Mr. Süe, como hombre que lo entiende, hace los honores de la humanidad á la bestia, y con gusto le diria, como los franceses dijeron á los ingleses al principio de la batalla de Fontenoi: "Vuestro es el paso, porque de ninguna suerte hemos de ser nosotros los primeros;» y las espresiones que hace decir á su Goliat, reunen otra clase de trivialidad y de energía.

A la hora acostumbrada de comer esclama: "Mi parte y la de la *Muerte* están abajo:--esta es la pantera-- aquí está la de *Cain* y la de *Judas*: ¿dónde está la cuchilla! Voy á separarla en dos porciones: nada de preferencias; *bestia ú hombre* á cada cual su parte.» Hé aquí una escena horriblemente escandalosa; pero ahí está la moral social para justificarlo todo. ¡No veis que es necesario avergonzar á la humanidad por las miserables anomalías que encierra? Con este deslumbrante pretesto, perfuma sus obras con un olor de sangre. Se sirve de la lengua en que escribieron Bossuet, Corneille, Racine, Pascal, Voltaire, Boileau, Montesquieu y Buffon, y en la que hablaron Grammonts, Hamilton, Mmes. de Sevigné y de Laffayette, para pintar escenas, que en lugar de producir un efecto moral é intelectual, solo producen uno enteramente físico; y en lugar de procurar conmover ya con una escena de terror, ó ya con una de alegría, se limita á menos su ambicion, encontrándose dichoso con que su obra haya producido náuseas.

La moral social se va á esplicar y á encontrarse justificada con otro género de escenas, no ya horriblemente impúdicas, sino impúdicamente horribles. Hasta hoy, los autores que habian cubierto sus escritos con esas pinturas donde la inmoralidad marcha triunfante, no habian pretendido hacerse acreedores al reconocimiento público, sino que se habian contentado con la aprobacion de aquellos que se complacen en esta clase de escenas, no anhelando el nombre de moralistas; porque su objeto precisamente era atacar la moral. Rabutin, Pigault Lebrun y Paul de Kock, jamas han aspirado, al menos no ha lle-

gado á nuestros oidos, á querer pasar por presuntivos herederos de Sócrates y Confucio.

Pero todo esto ha cambiado desde la invencion de la moral social. Os he hablado de la parte del romance en que Mr. Süe escribe con los colores mas claros las orgías de esas noches de carnaval, donde la reina Bacanal y el Descamisado, son los principales héroes y semi-dioses. Sin duda os acordais de la contradanza de la Tulipa Tempestuosa, allí veis á Nini Moulin en un estado completo de embriaguez, halagando á Rosa Pompon con un lenguaje impuro; estais oyendo sin duda las innobles chocarrerías que pasan de boca en boca.

Esta habla de "*meter bien la pala* á su ruin y mentecata familia." Hé aquí el uso que hace Mr. Süe de la lengua en que se han espresado tan grandes hombres y que tan sublimes obras ha inmortalizado. Mas adelante se encuentra la descripcion del triunfo de la reina Bacanal y los admirables clamores de los cortesanos que á su rededor esclaman: *¡Eso sí que se puede llamar un bailar agarbado, ondeado y serpenteado!* Pues bien, ¿sabeis por qué Mr. Süe presenta á los ojos de sus lectores esta noche licenciosa y respirando embriaguez? El mismo os lo dirá. "Es para resolver la acalorada disputa de la organizacion del trabajo, y para demostrar el benéfico proceder que un hombre de alma noble y de claras luces podría tener sobre la clase obrera, y las terribles consecuencias de toda justicia, de toda caridad, de todas simpatías hácia aquellos, que entregados á todas las privaciones, á todas las miserias, á todos los dolores sufren en silencio, no reclaman mas que el derecho de su trabajo, es decir un jornal proporcionado á sus duras fatigas y á sus módicas necesidades.

Si no hallais una semejanza íntima entre este propósito y la contradanza de la Tulipa Tempestuosa, y si no comprendeis cómo las chocarrerias de Rosa Pompon la cordonera, el vestido escandalosamente corto de Cefisa, llamada la reina Bacanal y las cabriolas mas que atrevidas del Descamisado y de Nini Moulin pueden adunarse con el problema de la organizacion al trabajo, es porque no poseeis á fondo la teoría de la moral social de la manera que Mr. Süe la profesa en su obra. Segun su moral, la responsabilidad individual desaparece, para ser remplazada por la responsabilidad de la sociedad. Si Dumoulin se embriaga, no es á él á quien debe culparse, sino á la sociedad. Si el Descamisado se entrega á una vida haragana y prostituida, es inocente, creedlo; la sociedad sola debe ser acusada. Si la reina Bacanal y Rosa Pompon no tienen precisamente las cualidades de una rosa, no por eso son menos puras é inocentes, os lo aseguro; esta abominable sociedad es quien las ha condenado á aprender á bailar en el Tívoli de Invierno el paso de la Tulipa Tempestuosa, con sus adornos coregráficos que escitan el entusiasmo de los apasionados á estas danzas.

Este es el punto de vista de la moral social. ¿Y esta moral social de donde proviene? ¿Mr. Süe es el inventor ó la ha tomado prestada? Si es así ¿de donde la hubo? Problemas interesantes que merecen la pena de resolverse y que vamos á procurar hacerlo.

EL MONITOR REPUBLICANO Y EL OBSERVADOR CATOLICO.

ι defensa del *Judio Errante* que hace tenia anunciada el *Monitor*, salió por luz el 1. ° de este mes, bajo el título *'l Judio Errante y sus impugnado-* Hemos leido ese escrito con atencion, ι hemos podido descubrir en él mas un solo argumento á favor de la de-ıda novela: este argumento consiste . aceptacion general con que fué reci- esta obra.

.Cual es, dice el *Monitor*, el termóme- por donde se puede graduar la bon- l y el merito de una produccion? La ›gida pública. «--Establecida esta pre- , el *Monitor* saca en consecuencia, pues el *Judio Errante* tuvo una bue- ;ogida, no puede ser malo.

'eemos que los señores del *Monitor* ın advertido lo insignificante é inexac- ; tal modo de raciocinar. Ellos creen toda obra que se vende es buena, y por consiguiente pueda figurar en su :in; pero tengan presente los señores *Monitor* que *el Citador, el Hijo del ıaval, la Locura española, la Lucin- Teresa la filósofa, el Portero de los ujos*, y el *Arte de triunfar del bello* , han sido obras de las cuales se han achado numerosas y repetidas edicio- con una rapidéz asombrosa, y que la ɔr parte de ellas han sido traducidas á s idiomas, y se han vendido bien en hos paises; y sin embargo ¿se atreve- los señores del *Monitor* á dar cabida ı folletin á ninguna de ellas?

decir, *esa obra se vende, luego es bue-* ;uadra perfectamente al ávido especu- r que todo ló sacrifica á su interes par- ar; pero sienta muy mal en boca del tor que pretende posponerlo todo al general de la sociedad.

No diremos mas sobre el artículo del *Monitor*, aunque tiene mil flancos por donde pudieramos poner en claro su ligereza. Artículos de ese genero, se califican por si solos y hacen inútil toda discusion.

Nosotros no creiamos, sin embargo, que la defensa del *Judio Errante* se redujese á ese solo artículo, pues en él dicen los señores del *Monitor* estas palabras: "*en- "traremos en un exámen* DETENIDO. . . . "*examinaremos el Judio Errante bajo el "punto de vista religioso, y bajo el punto "de vista literario*. . . .&c."

Para que este exámen *detenido*, asi como la discusion á que necesariamente debia dar lugar, produjesen algun fruto, dirijimos el dia 2 á los señores del *Monitor* la siguiente carta:

"Sres. editores del Monitor Republicano.--México, Setiembre 2 de 1848.-- Muy señores nuestros: El deseo sincero de ser útiles á la sociedad, y nuestro deber como editores de un periodico religioso, nos ha obligado á denunciar como inmorales algunas de las novelas que se han insertado en los folletines de varios periódicos de la República, ó que se han publicado en forma de libro.

"Vdes., llevados sin duda de igual deseo, las han defendido.

"Todos nos dirijimos á un mismo fin, aunque por diversos rumbos. Vdes. creen que esas obras son útiles á la sociedad, y por eso las defienden: nosotros creemos que ellas encierran un mortal veneno que tiende á la corrupcion general y á la disolucion de la sociedad, y por eso las atacamos.

"Indudablemente vdes. ó nosotros nos hallamos en el error. Y como la cuestion

que tratamos es de importancia trascendental, seria utilísimo hallar en ella la verdad por medio de la discusion fria y razonada.

"Invitamos, pues, á vdes. á entrar en en ella, empezando por el exámen del *Judío Errante*, cuya defensa, segun Vdes. han anunciado, tienen ya preparada, y han comenzado á publicar en su número de ayer. Al *Judío Errante* seguirán los *Misterios de París*, como que son las dos obras de esta clase que mas boga han obtenido en la República.

"Para que esta discusion produzca el fin de *utilidad general* que nos proponemos lo cual seria imposible si los lectores oyesen solo á una de las dos partes, el *Observador Católico* insertará en sus columnas los artículos del *Monitor*, y este insertará en las suyas los del *Observador Católico*.

"Como el *Observador* es periódico semanario, el *Monitor* solo se ocupará de esta discusion una vez á la semana, para que sus escritos quepan integros en el *Observador*, y para que así ambos periódicos puedan publicar sobre la materia igual número de artículos.

"Si vdes., señores editores, se hallan animados, como no dudamos, de un sincero deseo de hallar la verdad en esta cuestion importante, creemos que no rechazarán nuestra propuesta. En el caso de admitirla, sírvanse vdes. desde luego insertar en el *Monitor* esta carta y el artículo que les remitimos que lleva por título "*Sobre las novelas inmorales de la escuela moderna,*" y nosotros insertaremos en nuestro próximo número el que vdes. publicaron ayer bajo el rubro de "*El Judío Errante y sus impugnadores.*"

"Somos de vdes., señores editores, con el mayor respeto atentos servidores Q. B. SS. MM.--*Los editores del Observador Católico.*"

Parecia natural que unos escritores que se proponian defender el *Judío Errante*; que dias hace nos están regalando con los apodos de *ignorantes, fanáticos y oscurantistas*, y amenazando con que revelarán los motivos que nos obligan á escribir; parecia natural, decimos, que hubieran aprovechado esta ocasion para revelar estos ocultos y misteriosos motivos, así como para manifestar á la luz del Sol nuestro *fanatismo, oscurantismo é ignorancia*, y sobre todo para defender su novela favorita. Pues nada de eso: he aquí la contestacion que nos da el *Monitor* del dia 2:

"AL OBSERVADOR CATÓLICO.

"Muy en gracia nos ha caido una carta que nos dirigen los señores Observadores, desafiandonos á una polémica literaria.

"Tengan por respuesta esos señores, que no tenemos tiempo que perder: nosotros defenderemos las novelas, cuando nos parezca que merecen defensa.

"Cuando hicimos la del Judío, no hicimos sino presentar datos, porque con ellos se contestan todas las razones de la calaña de las de ciertos periódicos.

"El objeto que llevaron esos señores es, que les hagamos la olla gorda, como dicen, es decir que insertemos en nuestras columnas sus artículos, para ver si asi tienen alguna popularidad, y lo de las suscriciones crece.

"¡Qué agudos son algunos!"

Y he aquí que se acabó, aun antes de empezar, el *exámen detenido* y *la defensa* del Judio Errante.

En esta estraordinaria é inesperada evasion del *Monitor*, resalta sin embargo un hecho notable, y es, que sus editores temen que si nuestros escritos fuesen mas conocidos del público, nuestro periódico se *popularizaria* mas y se aumentarian los suscritores (son sus palabras), y por esta causa se niegan á insertarlos.

Este temor del *Monitor* indica muy claro que sus editores tienen muy poca fé en la causa que defienden, y que no quieren

de ningun modo esponerse en la discusion á una derrota inevitable.

Pero á pesar de todo, ellos continuarán insertando en su folletin, cuando lo crean *útil*, toda la inmundicia de los periódicos franceses. Todos nuestros argumentos no son mas que *ladridos á la luna*, segun dicen, y con razon, los señores del *Monitor*. Ya se vé, ¿como convencereis á un hombre que os dice con tanta formalidad y frescura, "*eso se vende, luego es bueno*"!

DELICADEZA DE CONCIENCIA DEL ECO DEL COMERCIO.

Con el rubro de: ABUSOS ESCANDALOSOS, dice *El Eco del Comercio* el dia 4 del corriente: "Se nos asegura que algunos curas "de la diócesis de Oajaca han recomendado "que sus feligreses se suscriban á uno de "los periódicos religiosos que se imprimen "en esta capital, dando por motivo, que el "gobierno y el congreso quieren apode- "rarse de los bienes del clero y tirarle á "la Iglesia. Deseamos que el Illmo. Sr. "obispo de Oajaca, se informe de si esto "es cierto, y si lo fuere, suprimir por los "medios que tiene en su mano un abuso "verdaderamente escandaloso;"

Ignoramos si el periódico recomendado es *La Voz de la Religion* ó el nuestro, y tambien si se ha dicho que el gobierno y el congreso quieren apoderarse de los bienes del clero y tirarle á la Iglesia. Podrá ser que alguno se haya espresado tan indiscretamente: pero si el principal motivo de recomendar los periódicos religiosos que actualmente se publican en México, ha sido para que los pueblos se instruyan á fondo de las solidísimas razones en que se apoya la oposicion que se hace á los proyectos de tolerancia de cultos, desafuero eclesiástico, reforma del clero y otros que se ventilan en esta capital por los periodistas, y que algunos se han propuesto ya en las cámaras, no nos parece ver en esto ningun abuso, sino un medio muy legítimo de imponerse en la cuestion, y de adquirir las luces necesarias para poder fallar sobre la justicia é injusticia, ventajas ó nulidades de tales reformas. Si nosotros nos quejásemos de que ciertos periódicos, en cuyas columnas se insertan ya por via de editoriales, ya de remitidos, ó ya de folletines, mil producciones contra la religion, contra sus ministros, contra las prácticas piadosas, contra la verdad y contra la moral y buenas costumbres, circulasen en las pueblos, ó se denunciasen ante los mismos de fautores de la impiedad, del desórden y de la inmoralidad, al momento se levantaria contra nosotros una grita horrible, se nos llamaria amigos del *oscurantismo*, fanáticos, jesuitas, monarquistas, y hasta ogros y caribes: *arma gastada entre periodistas tontos que van perdiendo hasta el triste poder de ofender con sus desvergüenzas*. Pero al contrario: recomiéndense los periódicos religiosos: dígase que ellos combaten las máximas irreligiosas del siglo; que su objeto es defender á la Iglesia, y á la religion de nuestros padres: este es un abuso verdaderamente escandaloso, digno de reprimirse por todos los medios posibles.

Lo que llama la atencion es, que nuestros apreciables cólegas que se han escandalizado de que algunos curas hayan recomendado á sus feligreses se suscriban á uno de los periódicos religiosos que se imprimen en esta capital, calificándolo de un abuso verdaderamente escandaloso y digno de un ejemplar castigo, cuando ignoran si esta invitacion fué personal y aun no les consta de cierto, sino por un simple

se asegura, que en su recomendacion se ofendió al gobierno y al congreso, hubiera recibido bien el que en Tula de Tamaulipas (*Eco del* 20 *de Agosto*) se hubiera hasta reunido junta á propósito para solicitar suscriciones á *El Tesoro del Pueblo*. ¡Y por qué se juzga con tanta variedad? "Si el escritor que acometa la árdua empresa de ilustrar á las masas, es digno de la veneracion de los hombres y de las bendiciones del Altísimo» ¿desmerecerá esa veneracion y esas bendiciones, el que se ocupa principalmente de ilustrar á las masas en las materias que mas les interesan como son las religiosas? Piénsese bien la respuesta, y dígase si aun cuando se hubiera citado una junta para solicitar suscriciones á alguno de los dos periódicos religiosos, no se puede decir, y con mayor razon, sea el que fuere, lo que de *El Tesoro del Pueblo* decia el Sr. Gallardo: "Si en todos los pueblos de la República se difundiese proporcionalmente, como aquí, tan interesante periódico, muchas serian las mejoras que se observarian en nuestro pueblo, sumido ¡qué dolor! en la ignorancia; para cuyo logro seria, á mi ver, muy conveniente promover juntas como la que aquí ha tenido lugar.»

Los señores redactores de *El Eco*, como tan imparciales y sensatos, no se atreverán sin duda á decir que los que promovieron juntas con el objeto de solicitar suscritores á un periódico, debian calificarse de revoltosos, conspiradores, ó enemigos del gobierno, aun cuando tales periódicos fuesen de los llamados de oposicion, de los que claman: "Abajo miisterio!» calumnian á los ministros, ó desconceptuan á toda la administracion. Sinceros amigos de las luces, y deseosos de que una decente y sábia discusion ponga en toda su luz las cuestiones, jamas condenarán el que esas producciones circulen en los pueblos, mientras las leyes no los reprueben, tanto mas, cuanto que ellos sabrian, no con vagas declamaciones, ni palabras vacias de sentido, ni girando en un círculo vicioso, combatir esas opiniones y confundir á sus autores con sus solidísimos argumentos. Pero no todos los periodistas tienen esta tolerancia, imparcialidad y confianza en la justicia de su causa y poder de su lógica. Para todos los periódicos políticos reclaman la mas ámplia indulgencia; para los religiosos la mas decidida persecucion: aquellos pueden decir cuanto quieran, pueden copiar lo que les convenga, tratar las materias que les viniere á cuento; en estos todo es delito, todo abuso y supersticion: los primeros pueden ganar el dinero que puedan, hacer sus producciones empresa mercantil, apurar todos los medios de adquirir suscritores y de proporcionárselos á toda costa; pero los últimos no deben ni aun sacar los costos, como si el impresor, el que encuaderna, y todos los demas que emplean en su servicio, no alargasen la mano para recibir dinero; deben aguardar tranquilamente á que sus fanáticos suscritores de la ciudad ocurran á la imprenta por sus números, y los foráneos manden un propio cada semana por ellos. . . . y guarda con que alguno los recomiende ó les solicite suscritores: este es un crímen, un exceso, un abuso escandaloso, digno de un castigo que haga éco. Qué bien podia aplicarse á ciertos periodistas aquel refran tan sabido: baila el guardian, ¡qué pecadito! bailan los legos, ¡qué pecadote! No faltará quien nos entienda.—*EE*.

MISCELANEA.

ROMA.--Estracto de una carta de dicha capital de 8 de Junio del presente año.

"Estamos muy lejos de que nuestra situacion mejore. Las noticias recientes del teatro de la guerra, y la incertidumbre en que nos hallamos sobre el fin que tendrán los asuntos, aun suponiendo que los austriacos sean al cabo espelidos, agravan el mal. Hay aquí dos partidos muy determinados. Uno está en favor de un solo reino de Italia para Cárlos Alberto de Carignano, quien no quiere gozar de honores por unos pocos meses, cuando está seguro de que será á su vez víctima del movimiento revolucionario que por el momento se ha fijado en él como en un Júdas Macabeo. El otro partido, sin hacer aprecio de los obstáculos de toda especie que se presentan, desea fundar la república federal. Hay algunos tambien que sueñan con cambiar del todo la sociedad, á costa principalmente de la Iglesia. Las estravagancias predominan en todas partes. Estamos esperando cada dia una nueva crísis; y si los tinsteverini, tramontani y paisanos del Sabina, quienes son uña y carne de la Santa Sede y del Sagrado colegio, no inspirasen respeto á algunos *avocati* y ciudadanos, Roma indudablemente ya seria el teatro de algun drama sangriento, producido por los periodistas y estrangeros.

"A pesar de lo que digan nuestros papeles públicos, y de las mentiras que los periódicos estrangeros están obligados á repetir, creed que el Papa no goza de libertad. Sus servidores mas inteligentes y fieles, han sido separados de él violentamente. El santo Padre es á la letra cautivo en su palacio; y el hombre que predijo aquí hace un año que él seria el "*Luis XVI del pontificado*" vió con claridad lo futuro. Pio IX, bienhechor de los romanos, es prisionero de un ministerio que le han puesto los clubs. Su correspondencia es interceptada y está suspendida. No puede enviar ni recibir cartas. No hay en su capital un periódico que proteste contra las acciones indignas á que se une su nombre, al paso que cada dia vemos nuevas pruebas del descanso de Mamiani y de sus cofrades ministeriales. Por ejemplo: la *Gazetta di Roma*, que se ha creido el órgano oficial de la Sta. Sede, ha publicado, y no hay duda que tambien los demas periódicos, un manifiesto del ministerio al pais en general: este manifiesto lleva el nombre del cardenal Orioli, quien es presidente *ad. interim* del consejo. Ahora bien, el cardenal Orioli no firmó ni consintió en firmar tal documento. Se atribuyen al Papa cartas en que ni ha pensado, y se ponen en su boca palabras que no ha dicho. En efecto, la mentira reina en Roma, la mentira organizada para engañar al mundo católico, sobre el estado verdadero de las cosas; y la presencia de Gioberti ha dado mayor audacia á esos embusteros.

"El Pontífice se vió obligado á dar una audiencia á este calumniador. Pero Pio XI ha mostrado en medio de todos sus pesares dignidad y valor. Reprendió á ese indigno sacerdote por sus discursos y por las mentiras en que ellos abundan, y que han causado tanto mal á la religion. Le dijo con la libertad propia de un sacerdote, que debia á Dios, á la verdad y á la justicia histórica, hacer una retractacion pública y solemne. Conmovido con esas reprensiones, Gioberti prometió retractarse de sus calumnias, y abjurar sus errores. El dia siguiente todos los periódicos de Roma presentaban esa audiencia con colo-

levantaba una especie de altar, donde colocaba algunos cuadros notables, como por ejemplo, de la pasion del Señor, del infierno, de la gloria, &c., para ministrar á esos espíritus groseros alguna idea de nuestros misterios. A fin de que los esclavos pudiesen escuchar cómodamente las instrucciones que les daba, iba á buscarles bancas, mesas y escaños en que se sentasen, haciéndolo todo con un aire tan tierno y afectuoso, que esos infelices no sabian como atestiguarle su gratitud. Se hubiera dicho que no habia nacido sino para servirlos, y que era esclavo de los mismos esclavos. De aquí se seguia, que aunque muchos de los negros tenian una cierta ferocidad ó una horrorosa estupidéz que los hacia casi intratables, no quedaba ninguno que no se rindiese en fin al agrado y perseverancia de su santo pastor. Ni se conformaba con hacerlos cristianos de nombre y profesion, sino que pretendia que fueran verdaderos fieles, hombres exactos en cumplir todos los deberes del cristianismo; y por un prodigio que la sola gracia podria obrar, á fuerza de trabajos y de penas, en esta porcion degradada y casi totalmente embrutecida del género humano, formó modelos de virtud, capaces de confundir á los europeos mejor instruidos.

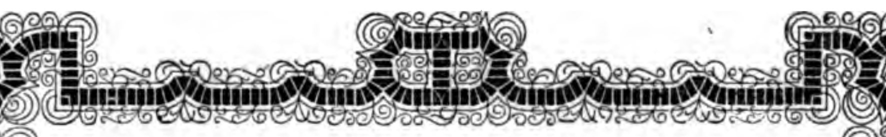
Este ejemplo no dejará de agradar hasta á nuestros filósofos, que, en estos últimos tiempos han afectado manifestar una tan grande inclinacion hácia los negros. Pero dudamos mucho que, aunque ellos se vanaglorien de haber sido sus libertadores, hubiesen podido resolverse á testificarles su ternura de la misma manera que el padre Claver les mostró la suya. Para librarlos, toda la cuestion se reducia á dar un decreto y sacrificar el interés de los propietarios; en vez de que para aliviarlos, consolarlos é instruirlos, era necesario sacrificarse á sí mismos y condenarse á la vida mas laboriosa y llena de penas. ¡Mas quién ignora que la humanidad que inspira la filosofia, jamas ha llegado hasta este grado de heroismo!

ERRATA.

En el *Almanaque histórico* que publica *El Eco del Comercio*, se lee al 3 de Setiembre: "1758.--Tentativa de asesinato contra José I, la que se atribuyó á la influencia de los jesuitas." Si el almanaquista se contentára con formar puramente *registros mortuorios*, que en último resultado casi en eso viene á parar el pomposo título con que adorna su obra, nadie le disputaria; pero como cuando pasa adelante manifiesta su profunda ignorancia ó su insigne mala fé, necesario es no dejarlo de la mano.--Para satisfaccion de sus lectores y copistas rectificaremos la noticia. La tal tentativa de asesinato fué una fábula inventada por el feroz Carvallo, *para perder á la nobleza de Portugal* y á los jesuitas, que aborrecia de muerte; entre otras causas, por el imperdonable delito de haber defendido de su sed de oro, *á los indios del Paraguay*, que habian reunido en sociedad, estableciendo entre ellos *la República* mas perfecta que ha existido jamas en las colonias americanas. Los supuestos reos, sacrificados del modo mas inhumano por ese ministro, fueron declarados inocentes por sentencia formal en 1781, en que fué condenado tambien Carvallo á destierro, escapando de la pena capital solo en consideracion á su ancianidad. Ultimamente la inocencia de los jesuitas fué vindicada desde entonces, no solo por el célebre académico Lacondamine, el abate D'Ases, el mariscal de Belle-Isle y el diarista luterano Murr, escritores de mas nota y crítica que la que se reconoce en el anónimo almanaquista, sino por el mismo Voltaire, que hablando de estos sucesos los llamó: "los excesos del ridículo y del absurdo, unidos al exceso del horror." ¡Válgate Dios por progresistas de nombre y retrógrados en realidad!

ERRATA.--En nuestro número anterior, página 572, columna 1.ª, línea 44, donde dice: *literatura naturalista*, léase: *literatura materialista*.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

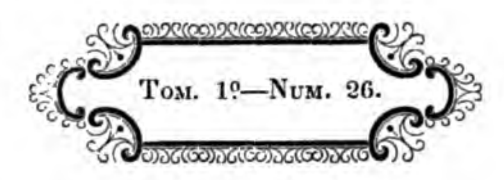


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



MÉXICO.

Tipogcafia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 16 DE SEPTIEMBRE DE 1848. [Num. 26.

UNIDAD RELIGIOSA.

(Concluye.)

"No se trata de examinar si era practicable este proyecto, y si la religion puede conciliarse con *espresiones vagas y ambigüedades políticas*, pero siempre resulta que no se querian llevar las cosas al estremo, y que se evitaba el condenar formalmente á aquellos á quienes no se decidia rechazar del todo. El mismo Calvino, para espresar este dogma, se vale de espresiones que los católicos no hubieran enteramente desaprobado, y si en lo sucesivo pareció disentir tanto de los sentimientos de sus adversarios, es evidente que lo hizo por no chocar con los suizos, primeros autores y partidarios intratables del *sentido figurado* aborrecido por Lutero.

"No es de aquí el investigar, si mas adelante en la reforma se han separado de esta moderacion en los sentimientos, pues no debe suponerse que pueda haber para los reformados una autoridad mas grave, que la del padre de la misma reforma.

"Las Iglesias de Inglaterra, de Suecia, de Dinamarca y de Sajonia, han retenido las unas el episcopado, y las otras, algunas autoridades eclesiásticas que se aproximan á la misma dignidad, aunque bajo diferentes nombres. Se halla en unos ó en otros parte de la antigua liturgia y aun de la misa, lo mismo que bienes y dignidades eclesiásticas; y aun en algunas partes de la Alemania luterana, algunos vestigios de confesion; y esta última práctica, aunque solamente como obra de consejo y de gran devocion, no es enteramente desconocida á los calvinistas. Melanchton, la luz de la comunion luterana, alarmado por las divisiones que se suscitaban en su partido, solo veia en la autoridad episcopal el remedio de los males de su iglesia; y Leibnitz, luterano y el honor de Alemania, habla con frecuencia de la necesidad de la primacía del papa, y reconoce que ningun trono de la Europa ha sido ocupado por un mayor número de príncipes tan ilustrados como virtuosos. Ya no se mira al papa como al Antecristo; y los príncipes de la religion reformada mantienen relaciones con la corte de Roma. La misa ya no es considerada entre ellos como una idolatría, porque ya sea curiosidad ó deber de sus empleos públicos, los nuevos reformados no manifiestan ningun escrúpulo en asistir á este acto augusto del culto católico.

"La misma reforma, desde su principio ha puesto los cimientos de la reunion, cuando ha enseñado que se puede agradar á Dios en la religion católica por contener esta los fundamentos de la fé cristiana. "Cuando Enrique IV, dice Bossuet, instaba con eficacia á los teólogos, la mayor "parte de éstos le confesaron de buena fé "que con ellos el estado era mas perfecto, "pero que el nuestro bastaba para la salvacion. Esto era tan público en la corte,

"que los señores ancianos que lo sabian "por sus padres, nos lo contaban á menudo, y si no se nos da crédito, consúltese "á Mr. Sully, quien á pesar de ser un celoso reformado, no solo declaró al rey "que tenia por infalible el que los católicos se salvaban, sino que nombró á este "príncipe cinco de los mas principales entre los ministros protestantes que eran "de la misma opinion." (*Memorias de Sully.*)

"La fácultad de teología de la universidad protestante de Helmstadts en el pais Bruns-Wich, consultada con motivo del casamiento de la princesa Elisabeth-Cristina de Bruns-Wich Wolfembuttel, luterana con el Archiduque Católico, sobre la siguiente cuestion: "¿una princesa protestante destinada en matrimonio á un príncipe católico, puede sin ofender su conciencia abrazar la religion católica?" despues de varios debates sobre las creencias respectivas de las dos comuniones, contestó por su dictámen doctrinal de 27 de Abril de 1807. "Hemos demostrado, pues, "que el fundamento de la religion subsiste "en la Iglesia católica romana, de modo "que en ella se puede ortodoxamente vivir "y morir bien, y obtener la salvacion, y "por esto es muy fácil decidir la cuestion "propuesta. Por tanto: *La serenísima "princesa de Wolfembuttel puede con motivo de su casamiento abrazar la religion "católica*."

"Esta decision ha adquirido fuerza de ley en Alemania, y se ven en casas soberanas que profesan la religion reformada algunas princesas de la misma familia, educadas en comuniones diferentes ó en la diferencia de tal ó cual comunion, ser luego griegas, reformadas ó católicas, segun los esposos que toman y la corte en que entran. Aun algunos príncipes protestantes al casarse con princesas católicas, reciben la bendicion nupcial de los ministros de esta última comunion; habiéndose visto recientemente un egemplo de ello en el casamiento del príncipe real de Baden, bendecido en Paris por el legado de la Santa Sede.

"No temo el decir que todo anuncia desde largo tiempo, por parte de los reformados mas ilustrados y que han conservado una verdadera adhesion á la religion cristiana, las disposiciones menos equívocas para la reunion. Empiezan á percibir que la division entre los cristianos no ha hecho mas que abrir la puerta á los errores enemigos de toda religion revelada, y miran el cristianismo como una plaza sitiada embestida por todas partes, en donde es necesario perecer, ó reunirse todos los habitantes para la comun defensa.

"Sin hablar aquí de los dogmas de la reforma, sin recordar lo que algunos para ensalzar la grandeza y el poder de Dios, han admirado el libre alvedrío del hombre, y otros poniendo la inspiracion particular en lugar de la enseñanza pública, han destruido ó comprometido la paz de la sociedad; los mas ilustrados de entre los reformados, acusan su culto de demasiada desnudez y de una sencillez demasiado austera; esto es, de no ser bastante *sensible* (*) quiero decir, bastante esterior para séres *sensibles*. Sin duda un culto material y que solo hablase á los ojos podria hacer idólatras; pero una religion que solo ocupase el pais intelectual é hiciese una continua abstraccion de los sentidos, peligraria en los hombres groseros, haciéndolos fanáticos, y á los de talento, iluminados.

"Los hombres de una imaginacion bella y adornada, echan menos estos templos magníficamente decorados, estas ceremonias pomposas, estos cantos, estas iluminaciones, estos perfumes, estas obras maestras de pintura y escultura, esta Vír-

(*) "Sensible," en el lenguage filosófico, significa lo que tiene "sentido" y que es esterior y material; y de aquí procede que en un siglo de "materialismo" solo se habla de sensibilidad.

gen módelo de todas las madres, patrona de todas las almas tiernas, *intercesora* de las gracias entre el hombre y su Dios, sér celestial, augusto y afectuoso, del que ninguna otra religion ofrece nada que se le asemeje: echan menos toda esta *poesía* del culto católico tan acomodada á la naturaleza del hombre, *que da una espresion humana á las verdades divinas*, y reviste de formas graciosas y magníficas un fondo sério y austero.

"Tambien puede ser que las almas tiernas y *ardientes*, estas almas que en el gran concierto de la sociedad, si se me permite la comparacion, nunca están en el tono de las demas, desengañadas por una cruel esperiencia ó por reflexiones saludables de las ilusiones de la ambicion y de la fortuna; maltratadas por la naturaleza ó por la sociedad, demasiado débiles ó fuertes para vivir entre los hombres, hayan envidiado estos asilos piadosos, estos pacíficos retiros (*) en donde la religion católica atenta á todas las necesidades y á las penas morales, como á las necesidades físicas, oculta á la malignidad de los hombres y algunas veces á su justicia inexorable, grandes faltas ó grandes desgracias. Y ¡desdichada la sociedad que no deja al infortunio otra puerta que el suicidio (*) para salir de un mundo que se le ha hecho insoportable! Finalmente, mas de una vez el dolor de una madre, de una esposa, de un amigo, elevándose á la mansion de la inmortalidad, han implorado, á pesar de los dogmas de la reforma, la misericordia Divina para el objeto de sus lágrimas, conociendo que esta piadosa comunicacion con aquellos que la muerte ha separado de nosotros, esta continuacion en el seno de Dios, de afectos y servicios entre las almas que se han amado, al mismo tiempo que fortifica la creencia de la inmortalidad de los espíritus, no solo es para el corazon una verdad de sentimiento, sino que es aun para la razon un dogma de fé (†).

Despues de haber recorrído el autor con alguna estension las relaciones que pudiera tener en Europa la unidad de religion con los adelantos de la sana política, concluye así: "La Inglaterra, por mucho tiempo protectora interesada de la religion reformada en sus vecinos (§), la Inglaterra,

(*) Cuando las revoluciones políticas agitaron el bajo imperio, las repúblicas de Italia, la Francia, y aun todos los Estados cristianos en su prímera edad, los monasterios ofrecieron un asilo inviolable á la desgracia y aun al crímen que en las guerras civiles en que los hombres se hallan dominados por las circunstancias, muchas veces es solo una nueva desgracia. Los mismos reyes destronados estaban seguros bajo el hábito religioso, y la rabia de las facciones espiraba al pie de las murallas defendidas por la religion. En la revolucion de Francia, que ha sido tambien mas religiosa que política, se empezó por destruír estos asilos, que hubieran preservado á muchos hombres de ser desgraciados y á otros de ser culpables. Los crueles, antes de causar el dolor, tuvieron cuidado de separar el consuelo; y la Francia ha sido como un vasto recinto del cual el cazador cierra todas las salidas para que su presa no se le pueda escapar. La "filosofía» que tan solícita se muestra en procurar los placeres del cuerpo, ha descuidado enteramente aliviar las dolencias del alma, ó mas bien satisfacer sus necesidades, porque esos dolores parecen constituir la parte mas esencial de la naturaleza humana. A fuerza de buscar la felicidad donde no se halla, no ha estudiado al hombre sino por sus ilusiones y quimeras; ha llamado positivo y real lo que era tan efímero como el soplo de su vida; no ha querido ver que si en ésta hay algun placer un poco real, consiste en la disminucion del dolor, y abandonando el hombre á sí mismo, por último consuelo de los profundos pesares del corazon, no le ha dejado mas que un remedio; la muerte.

(*) Antes de la revolucion de Francia, Lóndres y Ginebra eran las ciudades donde se cometian mas suicidios, y Mr. de Montesquieu atribuye este efecto al crímen.

(†) Mr. Necker en el prefacio de algunas cartas de Madama Necker que ha publicado, hace una alusion manifiesta al dogma de las penas expiatorias cuando dice, hablando de su muger, muerta desde mucho tiempo: "Que ella es ó será feliz." Se sabe que la abolicion de las oraciones para los muertos fué el cambio que costó mas á Gustavo Vasa de introducir en Suecia, en donde el culto reformado ha conservado mas que en otra parte la pompa del culto católico. El dogma de un lugar de expiacion se desprende de las mas antiguas ideas de los pueblos. Esta verdad ha sido reconocida tanto por los poetas como por los filósofos.

(§) Cuando esto se escribia, aun no estaba

tiende á un cambio político que infaliblemente arrastraria á un cambio religioso. La Prusia, considerada como potencia (*) independiente y separada de la confederacion germánica que profesa menos la Religion de Lutero y de Calvino que la de Federico II. La Prusia, con su constitucion militar.... pero cuando la fuerza de un gran Estado es un secreto, su destino es un problema. La envidia de la Inglaterra contra la Francia, los temores que la casa de Austria inspiraba á los príncipes germánicos, todos estos motivos que se han tenido por un poderoso vehículo de la reforma, en lo sucesivo ya no existirán, ó emplearán otras armas que las disensiones religiosas. Lo repito, la reforma considerada en su estado político, no tiene ya suelo natal que sea propio á su naturaleza. Y hágase atencion que no hay en el mundo ni puede haber sin duda sino la religion judaica, otra que subsista por sí misma independiente de todo gobierno casi por espacio de veinte siglos. Dios ha derogado para esta única sociedad la ley general de las causas secundarias, que coloca una religion luego de establecida bajo la proteccion de un gobierno análogo; y solamente sin el ministerio de los hombres, y á menudo contra la voluntad de éstos se ha encargado de su existencia. Este es el milagro perpetuo de la duracion del estado religioso de los judíos, tan admirable para el observador político, como lo seria para un naturalista la vegetacion de una planta cuyas raices no tocasen en la tierra, y navegasen en el vacío de la atmósfera.

"Prescindiendo de si la reforma de Lutero ha sido, como dicen algunos, útil al progreso de todas las ciencias, aun de las mas estrañas á la religion, todas las ciencias en el dia son conocidas y cultivadas en todas partes por una y otra fraccion de la gran sociedad cristiana, y el *oscurantismo* de la religion católica, para servirme de la espresion favorita de algunos escritores, que tampoco es muy clara, permite ecsaminar las ciencias físicas, y aun apreciar su importancia y utilidad. Y al fin, ¿de que sirven estos conocimientos para la estabilidad de la sociedad, y que son si se comparan con la union en los hombres? La reforma, pues, al romper la unidad religiosa entre los cristianos, ha debilitado la union política que debe ecsistir entre los hijos de una misma patria; y segun dice Schiller historiador de la guerra de treinta años. "Los intereses que hasta la "reforma habian sido nacionales, cesaron "de serlo desde esta época. . . . Un senti-"miento mas poderoso en el corazon del "hombre, que el mismo amor de la patria, "le hizo capaz de ver y de sentir fuera de "los límites de esta misma patria. El re-"formador francés, se halló mas en con-"tacto con el reformador ingles, aleman, "holandes y ginebrino que con su compa-"triota católico. . . . Se prodigaron con "celo socorros á un compañero de su "creencia que se hubieran concedido con "repugnancia á un simple vecino. . . ."

"Si hay virtudes personales y domésticas en los reformadores, tambien las hay entre los católicos; pero entre estos unicamente es donde se hallan estas instituciones públicas que prescriben por deber principal el entregarse enteramente y sin reserva á todos los sacrificios personales, que esciten las diferentes necesidades de la sociedad, á las que se consagran sus miembros por una obligacion indisoluble. Si de la escuela reformada han salido obras escelentes para la defensa de la religion católica, tambien han salido de la escuela católica, hombres valerosos que á costa de su vida han llevado la fé cristiana y la civilizacion á los pueblos bárbaros, y aun hasta los límites del universo. Aun cuan-

---

decretada la emancipacion de los católicos, y este hecho memorable ha justificano plenamente la prediccion del autor.

(*) Véanse las cartas de Mirabeau sobre la Prusia.

do la religion reformada conviniese tanto como la católica al hombre puramente intelectual, esta convendría mejor que la reformada al hombre esterior y sensible, por que es mas sensible y esterior; si la una conviene tanto al hombre sin pasiones, la otra conviene mejor al hombre apasionado, porque le opone un freno mayor y le rodea de socorros y socorros mas eficaces. Conviene mejor á la sociedad sea cual fuere su forma de gobierno; mejor para los gobiernos contra los pueblos, por que tiene mas autoridad; mejor para los pueblos contra los gobiernos, por que es mas independiente.» (*)

Todo, pues, anuncia á los amigos de la humanidad, que la unidad religiosa, *esta única y grande necesidad de la sociedad civilizada* renacerá en la cristiandad y sin duda por la Francia, primer ministro de la Providencia en el gobierno del mundo moral, siempre feliz mientras que ha llenado este glorioso destino, y siempre castigada cuando se ha separado de él. "Lutero, "dice el Sr. de Saint-Lambert no era un "hombre de genio, y ha cambiado el mun-"do.» A Dios únicamente pertenece el cambiarlo, porque él solamente conoce la necesidad, el momento y los medios del cambio; y cuando es necesario lo revela á los hombres de genio. Es preciso decirlo: la gloria del genio guerrero esta agótada, pero la del genio religioso restaurador del órden moral, permanece entera, y puede tomar un carácter elevado. "Si fue-"semos tan dichosos, dice Leibnitz, que "un gran monarca quisiese un dia tomar "con empeño el estender el imperio de la "religion y de la caridad, se adelantaria "mas en diez años para la gloria de Dios "y la felicidad del genero humano, de lo "que por otro medio no se lograria en mu-"chos siglos. Y (citando palabras de este "hombre célebre, aun mas apropiadas al "objeto de este discurso), la reunion de to-"dos los espíritus, constituye *la ciudad* "*de Dios* y el mundo moral en el mundo "físico. Nada hay mas sublime y divino "en las obras del Criador. Esta es la mo-"narquía verdaderamente universal, y el "estado mas perfecto, bajo el mas perfec-"to de todos los monarcas.»

"Esta reunion que el tiempo ha empezado y que los gobiernos ilustrados pueden apresurar, con tal que no la precipiten, el tiempo solo la consumará, y el sepulcro que una admiracion política eleve al cabo de tres siglos á Lutero (*) en los mismos lugares que lo vieron nacer, será tarde ó temprano el sepulcro de la division de que fué el primer autor.»

Siendo, pues, la religion una necesidad para los pueblos, y no reconociendo la civilizacion moderna otra religion verdadera que la cristiana, es indispensable que el término de todas las convulsiones religiosas que han agitado la Europa por espacio de tres siglos, sea la reconciliacion universal de todos los hombres que conserven de buena fé, un apoyo racional á la religion de Jesucristo.

Combatida la religion cristiana por los pseudos filósofos del siglo XVIII y XIX, y combatida en sus fundamentos, no podrá ya por mucho tiempo ecsistir la division entre sus defensores. Es preciso que se proclame ya, para el bien de la humanidad y para la paz de los pueblos, que la

(*) Se vé frecuentemente en la primera edad de las naciones cristianas á los papas escomulgar á reyes semibárbaros por haber contraido matrimonios ilegítimos, cuyo egemplo podia hacer retrogradar hácia la barbarie de sus primeras costumbres á pueblos en que el cristianismo no estaba aun bien consolidado. Lutero, Melanchton, y cinco otros doctores famosos del partido, permitieron al Landgrave de Hesse, sin embargo de su repugnancia, el que se casase con una segunda muger, viviendo la primera. El mismo escándalo se ha renovado en Prusia con respecto al último rey. Véase la historia de Federico Guillermo, por Mr. de Segur.

(*) Cuando el autor escribió este opúsculo, se habia abierto en Sajonia una suscricion para levantar un monumento á Lutero.

Iglesia de Jesucristo debe ser UNA, ya que en el símbolo de los apóstoles decimos *creo* en la santa Iglesia CATOLICA, esto es universal. ¿Y como podremos creer que sea universal esta Iglesia, sin ser UNA y dirigida por una sola cabeza? Jesucristo dice en el evangelio. *Yo soy el buen Pastor. . . . y habrá un solo rebaño y un solo Pastor.* Deputa despues á Pedro para ser pastor en lugar suyo, y en el mismo evangelio añade "y todas mis cosas "son tuyas como las tuyas son mias, y "ademas, en ella he sido glorificado. Yo, "ya no estoy mas en el mundo; pero estos "quedan en el mundo: yo estoy de parti- "da para tí; ¡ó Padre Santo! guarda en tu "nombre á estos que tu me has dado, á "fin de que sean UNA misma cosa *por la "caridad*, asi como nosotros lo somos en "la naturaleza." Oigamos la profunda filosofia del Apóstol escribiendo á los de Corinto: "por lo demas, hermanos mios, es- "tad alegres, sed perfectos, ecshortaos los "unos á los otros, reunidos en UN mismo "espíritu y corazon." Y en su carta á los de Efeso se espresa en estos términos: "Solícitos en conservar la *unidad* del es- "píritu con el vínculo de la paz, siendo *un "solo* espíritu, asi como fuisteis llamados "á *una* misma esperanza de nuestra voca- "cion. UNO es el Señor, UNA LA FE, UNO "el BAUTISMO, UNO el Dios y Padre de to- "dos." Y hablando antes á los de Corinto les habia dicho. "Mas os ruego en- "carecidamente, hermanos mios, por el "nombre de nuestro Señor Jesucristo, que "todos tengais *un mismo lenguage*, y que "no haya entre vosotros *cismas* ni *parti- "dos*, antes bien vivais perfectamente uni- "dos en *un* mismo pensar y en *un* mismo "sentir."

Toda la doctrina que se advierte en los diversos testos del Nuevo Testamento, induce y llama á la unidad de la fé y de la caridad, y este sentimiento esencial del cristianismo no puede ser desconocido ní aun á aquellos que busquen sinceramente en las sagradas letras la inspiracion de Dios. "Seria ciertamente monstruoso, "añade el citado autor de la historia de la "Reforma, suponer que pueda haber *dos "fés* verdaderas; esto es enteramente im- "posible y es absolutamente preciso que "una de las dos *sea falsa*." Esto supuesto, ¿que hombre se atreverá á aprobar una medída que necesariamente debe producir un número indefinido de fés? Y si nuestra salvacion eterna está fundada en la *creencia de la verdad*, ¿con que razon no pudiendo ser esta mas que una, se podrá obligar á nadie á tener muchas creencias! ¡Como en efecto puede continuar siendo UNA la fé de todas las naciones, si en cada nacion no hay un gefe de la Iglesia, al cual se deba recurrir por última apelacion para la decision de todas las cuestiones y controversias que puedan suscitarse! ¡Como en este caso puede haber *un solo rebaño y un solo pastor*! ¿Como puede no haber mas que *una sola* fé, y *un solo* bautismo! ¡Como puede conservarse la *unidad* del espíritu por el vínculo de la paz? Abrase la historia, y pronto se verá que *unidad* y que *paz* reinaron en Inglaterra desde el momento en que el rey llegó á ser gefe de la Iglesia.

No hay monumento en la aciaga historia de la division cristiana, ni consideracion alguna sobre el estado presente del cristianismo, que no reclame imperiosamente la unidad en la Religion. Corriendo un velo sobre el origen de la desunion que desgarró el seno maternal de la Iglesia, y movio á protestar contra su autoridad á una parte preciosa y considerable del orbe cristiano, no hay mas que examinar con alguna detencion el espíritu del Evangelio para conocer que el Estado de division es un Estado de violencia entre sus hijos, que deben vivir tan estrechamente unidos con los vínculos de la fé, del amor y de la esperanza. El espíritu turbulento del error

se ha manifestado en cada siglo bajo diverso aspecto, y tomado diferentes formas, aunque fuese siempre uno mismo su objeto. Prevaleciéndose de los abusos de los hombres, ha declamado siempre contra las cosas que intentaba destruir. Siglos hubo en que, para destruir la religion, se invocó á la religion misma; otros, en que se ha declamado abiertamente contra la religion, solo por que algunos hombres se valian de ella para sus intereses. La destruccion de los abusos es tambien muchas veces un pretesto para introducir otros de nuevos ó de peores, cuando el que los quiere quitar no ama sinceramente la cosa de que se abusa. Los verdaderos abusos han ido cayendo á la segur incansable del tiempo, que tiene tambien el mismo poder para reproducir de nuevos, y en materias de religion lo que mas importa es conservar intacto el depósito divino que la contiene y contra el cual se dirigen los tiros mas ó menos directos de sus irreconciliables adversarios.

Cuando se recuerdan tan á menudo los estragos de la superśticion y de la ignorancia, sin definirnos una ni otra; cuando se nos habla vagamente de antiguas *creencias fanáticas*, y se nos añade con aire de triunfo que se han roto y dirruido para el bien de la humanidad, entonces se siente mas que nunca la necesidad de una reunion entre todos los que conservan todavía, sin ser fanáticos, ciertas *creencias antiguas* que honran é ilustran la razon humana, aunque desechan ciertas otras creencias antiguas y modernas que la prostituyen y la envilecen. Entonces es cuando entra un deseo intenso de que las comuniones cristianas, abriéndose mútuamente los brazos adquieran una fuerza inesperada é incontrastable que llenaria de asombro y de desmayo á los enemigos de toda creencia y de toda religion. Si está todavia léjos aquel dia el que el Hijo del Hombre no ha de *hallar fé sobre la tierra*, y el Omnipotente ha decretado que brillen todavía algunos dias hermosos para la religion, esta época no esta lejana. Los pueblos mismos, agitados, buscarán otra vez el reposo de que carecen tantos siglos hace, y en el seno de una civilizacion culta y racional, porque será el fruto de los sufrimientos y del desengaño, hallarán en la *unidad de la religion* un asilo poderoso é inviolable contra el choque de la ambicion y el embate violento de las pasiones humanas.

(*Extracto de una obra anónima*).

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION VIII.

CARACTER DE LA OBRA BAJO EL PUNTO DE VISTA SOCIAL.

(Continúa.)

Al leer el JUDIO ERRANTE, me he formado una idea equivocada, ó si se quiere he hecho una mala suposicion que es preciso que refiera, aunque no fuera mas que para acusarme de ella. Sin duda os acordais del principio del libro, cuando el lector trasladado de repente al estremo de la tierra, descubre huellas de un pié de hombre en una de las orillas del estrecho de Behring, y en la rivera ópuesta se encuen-

tra con otras que por su figura y tamaño reducido manifiestan ser del pié de una muger. Como estos vestigios son de diversos tamaños, el autor saca por consecuencia lógica, que no ha sido uno solo, sino dos, los entes humanos que han tenido la estravagante idea de estender su paseo sentimental hasta aquellas desoladas regiones. ¡Lo diré, pues! Mientras que yo examinaba, con el lente de la crítica, las numerosas páginas del JUDIO ERRANTE, y que comparaba unas con otras las diversas partes de la obra, me ha parecido mas de una vez hallarme en presencia de un descubrimiento análogo y notar en el libro las huellas de diversos piés, ó, si se quiere, de diversos ingenios. Bajo este supuesto, si Mr. Süe no está bien seguro de haber concebido y ejecutado *él solo* el JUDIO ERRANTE, yo me inclino á creer que en la firma social, ó para hablar con mas finura, en la firma literaria inscrita en el frontispicio de la obra, se descubre una sociedad ó compañía intelectual compuesta de tres elementos: un dramaturgo acostumbrado á conmover esas reatas que se designan bajo el nombre de *nervios de los espectadores de melodramas*, y á trabajar en la cantera de las situaciones violentas y críticas, que realzan las escenas sentimentales y terribles: un novelista hábil en el desarrollo de los caracteres, en la pintura viva de bosquejos algo groseros, y en hacer accesibles á los lectores, por medio de la ejecucion, concepciones melodrámaticas que sin aquel auxilio necesitarian ser *pregonadas* por algun Talma de los arrabales, para que produjesen el efecto medio fisico y medio moral que puede esperarse de ellas: en fin, un utopista encargado de revestir el escepticismo del novelista y la indiferencia del dramaturgo con ilusiones y delirios apasionados, y de abrir algunas lontananzas poéticas en el horizonte del porvenir. He prometido no callar nada; pues bien, para no faltar á mis promesas añadiré que por entre la piel de leon que cubre á esas tres cabezas reunidas, me ha parecido que asomaban las orejas de un...... universitario.

Esa intervencion del utopista se manifiesta sobre todo en aquellas partes de la obra de Mr. Süe que manifiesta la pretension de ser la espresion indignada de la moral social. Es imposible que en el breve análisis de las proposiciones desarrolladas por Mr. Süe, no se hayan reconocido los indicios del influjo de dos ó tres utopistas, que vencidos en el campo de las ideas, han dejado sin embargo marcadas las huellas de la marcha á la esfera de los sentimientos. Hablamos de las doctrinas de Owen, de Saint-Simon, y sobre todo de Fourier, quien por la originalidad de su talento y la superioridad de sus concepciones, viene á ser como el fondo comun, en donde todos los reformadores contemporaneos vienen á buscar sus principales teorías.

Segun ellos, hace cinco mil años que la moral humana anda descarriada y engañada, cuando prescribe al hombre la lucha contra las pasiones, y cuando le enseña que el mas brillante triunfo es el que consigue venciendose á sí mismo. Segun ellos, en vez de resistir á las pasiones, es preciso abandonarse á ellas: he aquí una moral fácil; moral que han acatado las bestias antes de que se le ocurriese al hombre. Todas las pasiones, dicen los reformadores, son buenas porque vienen de Dios; la inmoralidad, pues, no consiste en entregarse á ellas, sino en contrarestarlas.

Tales son, á corta diferencia, los principios de los reformadores modernos. Ya no hay responsabilidad individual para las acciones de los hombres: la responsabilidad es colectiva y social. Dése rienda suelta á las pasiones; y por medio de la inmensa variedad de goces que deberán encontrarse en la satisfaccion de todas las inclinaciones fisicas y morales, se realizará, segun ellos, la felicidad universal; esa cuadratura del círculo que se buscará hasta el fin del mundo, y que no se encontrará jamás.

Estas utopias no son muy peligrosas cuando no salen de los utopistas propiamente dichos, precisamente porque ellos las presentan al estado de sistema y las discuten; y la discusion manifiesta bien pronto su vaciedad y simpleza. Los puntos de vista en el conjunto y los planes de aplicacion, son mortales para esta clase de delirios; en primer lugar porque el talento de los reformistas es como el talento de los locos, que no pueden sostener una conversacion larga sin que por una escapada repentina se ponga de manifiesto su manía: en segundo lugar, porque la realidad tiene algo de sólido y hasta de brutal, que desmenuza bien pronto con su ru-

do choque, esos ensueños y esos proyectos fantásticos, que tanto se asemejan á las bolas de jabon que hacen los muchachos, y que se presentan tan brillantes y tan magníficamente adornadas con los colores del iris, pero que se deshacen al menor contacto, no dejando en su lugar mas que un poco de agua sucia. Leed á Fourier, por egemplo, y dejaos arrastrar un momento por el prestigio de esa inteligencia matemáticamente loca, que ordena los delirios de su romantica imaginacion en ecuaciones, y que despliega una fuerza incontestable de ciencia y de raciocinio para probar lo imposible á fuerza de silogismos, y poco tardareis en dispertaros. Ora os hallareis con las estravagantes ideas en esa especie de poeta, que por medio del fluido boreal, transforma al mar en una inmensa limonada, y que por medio del influjo de la *sociedad armoniana* va á producir una nueva creacion, en la cual se hallarán los *anti-tiburones* que se dedicarán á la pesca para que el hombre pueda comer pescado sin trabajo, y los *anti-ballenas* que se uncirán á los lados de los buques para hacerlos andar cuando el mar esté en calma. Ora tropezareis con la estraña teoría de Fourier sobre el matrimonio, por la cual se asegura á la muger la pluralidad de maridos, concediéndole á la vez un *favorito*, un *genitor*, y un *esposo*, siguiendo asi los grados de la paternidad. Tal vez despertareis sobresaltados, al estruendo de trescientos mil tapones de botellas de Champaña, que saltan simultáneamente al aire á una señal convenida, y que anuncian al mundo un Austerlitz de nueva especie, que aumenta las glorias de la Francia, haciéndola salir victoriosa de la grande batalla de los dulces y pasteles, dada á las orillas del Eufrates por ejércitos de cocineros (*)..

Estas estravagancias son como otros tantos guardalados ó antepechos que advierten al caminante la clase de terreno que atraviesa. Asi todos estos sistemas sociales pierden prontamente el crédito. Pero es imposible que tantas utopias crucen el aire sin dejar algunas trazas de su paso. El furierismo ha quedado en el estado de sentimiento en ciertos entendimientos, es decir, como una protesta vaga pero apasionada contra el estado social del mundo; como una intuicion confusa de una nueva organizacion social en la cual las condiciones del bien y del mal serán cambiadas.

Pues bajo esta nueva forma, mucho mas peligrosa porque es menos sistemática y menos razonada, es como ha entrado el furierismo en la composicion del JUDIO ERRANTE, dándole una parte que le faltaba absolutamente: hablo de la parte moral.

Presentemos un egemplo. Seria preciso no tener la mas leve nocion de las doctrinas de Fourier para no reconocer el influjo de esas doctrinas en el carácter de Adriana de Cardoville, cuya figura ha sido delineada con tanto amor por Eugenio Süe, en aquella escena del baño, en donde se nota ademas, algunas pinceladas que recuerdan el estilo pintoresco del Albano. Esta deliciosa jóven, tiene una multitud de vicios que convierte en virtudes; y creo que entre la numerosa coleccion de perfecciones morales de que la ha dotado el autor, nos sería fácil hallar los *Siete Pecados Capitales*, que Mr. Süe ha prometido poner en drama tan pronto como haya terminado su JUDIO ERRANTE. En primer lugar, su boca *adorablemente sénsual*, (son palabras de Mr. Süe) indica bastante las inclinaciones poco combatidas de su naturaleza. La golosina atrae á ella *los mas esquisitos deleites*, y se da en ella la mano con la voluptuosidad. La molicie y la pereza respiran en todos sus movimientos. En una palabra, Adriana es la personificacion mas ideal "no de esa sensualidad vulgar, ininteli-"gente, rústica, siempre violada y corrom-"pida por la costumbre ó la necesidad de "goces groseros; sino de esa sensualidad "esquisita, que es á los sentidos lo que "el aticismo es al espíritu."

No vayais ahora á creer que la sensualidad, la golosina, la molicie y la pereza componen todas sus perfecciones: ¡no! Adriana tiene todavía otros defectos, quiero decir, otras virtudes. A las que ya he citado, es preciso añadir la coqueteria y la

(*) *Como en nuestra República no ha cundido por fortuna la doctrina comunista de Fourier, que tantos destrozos produce hoy dia en Europa, el párrafo que antecede será para la mayor parte de nuestros lectores una algarabía inintelible. Pronto nos ocuparemos de analizar y refutar esa perniciosa y estravagante doctrina.*--T.

vanidad. ¡Cómo ha de ser! Adriana creeria ofender á Dios, si no cuidase de adornar la obra de sus manos: así es que solo "por reconocimiento á Dios que ha dota- "do de tantas gracias á la muger," y por un espíritu de devocion, Adriana reviste sus atractivos de todo el prestigio de la gracia y de todo el esplendor de los adornos "á fin de glorificar la obra divina á los "ojos de todos."

Henos aquí ya en el camino de una devocion fácil y cómoda: y ved ahí esa bella pagana del siglo diez y nueve, que tiene todo el aire de una feligresa de Ovidio, de Catulo, de Gentil-Bernard, ó de Parney,

Pagana: este es exactamente su nombre; y á todas las virtudes de que os he hablado, es preciso añadir aquellas que se derivan naturalmente de la idolatría. Pero esta es una idolatría bella y adorable, porque Adriana tiene en su recámara, que forma una especie de templo "que debe- "ría llamarse templo de la hermosura," un lindo y elegante altarcito, sobre el cual arde sin cesar una lámpara de oro, de la que se exhalan los mas preciosos perfumes, delante de un grupo admirable de mármol que representa á Dafne y Cloé.

¡He aquí el modelo que Mr. Süe presenta á las mugeres de las clases elevadas, en este siglo! ¡He aquí el ideal que quiere sustituir al de la Vírgen y de la muger cristiana que respiran en Ximena, Paulina, Atala, Virginia, una vez tocada de la divina gracia! ¡He aquí el tipo con el cual quiere destronar la belleza moral, dueña de los sentidos vencidos, que reina en los corazones é inteligencias de todos, desde lo alto de los cuadros inspirados de Rafael! ¡He aquí los sentimientos con los cuales Mr. Süe pretende regenerarnos, y darnos sin duda, en todo caso, una reina Blanca, una Juana Hachette, una Isabel de Borbon, una Juana de Arco! Con este órden de ideas quiere Mr. Süe conservar á la humanidad esas santas doncellas á quienes la miseria y el sufrimiento dicen: "hermana mia!" y que, semejantes á aquella muger piadosa que el dia de la última cena derramó á los piés de Jesucristo, próximo ya á su pasion, un vaso de olorosos perfumes, ponen á los piés del pobre los bellos dias de su juventud, sus esperanzas, sus goces: esos Cristos siempre vivos que permanecen entre nosotros. ¡Y á la semejanza de ese modelo profano que parece tomado de los recuerdos vergonzosos y enervadores de Capua, tendrian que formarse nuestras hermanas y las madres de nuestros hijos, y tendremos que educar segun él á nuestras hijas! ¿y es así como la sociedad á que pertenecemos ha de recobrar su rango en el mundo, y adquirir ese poder y ascendiente, que una nacion busca en vano en las leyes, cuando se han corrompido las costumbres?

Sin duda habeis reconocido ya en Adriana de Cardoville, la personificacion prematura de la muger del *falansterio* tal como ha de brillar cuando los *anti-tiburones* harán la pesca y las *anti-ballenas* empujarán los buques en tiempo de calma.— En efecto, Adriana de Cardoville, profesa todos los principios de la secta, y se conoce bien que la pobre muchacha, ha leido á Fourier por encima del hombro de Mr. Süe ó de su socio. Ella ha vislumbrado en el porvenir *visiones espléndidas*: ella ha respirado un aire puro, vivificante, libre. *¡Oh, libre sobre todo y generoso al alma!* Ella ha visto á sus nobles hermanas, dignas y sinceras *porque eran libres*; queridas y respetadas, *porque ellas podian* retirar de una mano desleal, una *mano dada con lealtad.*

¡No encontrais por ventura en esta perífrasis sonora, la bella teoría del *favorito*, del *genitor*, y del *esposo*, es decir, la pluralidad de maridos en el matrimonio, y esa facultad ilimitada de cambio, que establecerá cierta semejanza entre las mugeres y esos efectos mercantiles que circulan entre miles de manos, antes de que llegue el dia de su vencimiento?---Hace treinta siglos, que un sabio dijo: *nada hay nuevo debajo del sol.* Si la teoría de esta estraña moral es nueva, la práctica ya es viejísima. Nunca han faltado mugeres que se han apresurado á retirar su mano, dada con lealtad, de una mano desleal, y que han repetido la misma operacion tantas veces cuantas se han creido engañadas ó equivocadas. Esas mugeres, que practicaban una moral tan superior á la moral del vulgo, se llamaban en la antigüedad Lais y Phriné, y en tiempos mas modernos se las llamó Ninon de l'Enclos y Marion Delorme.

La moral social, que el autor del JUDIO ERRANTE anuncia á las clases populares, es tan antigua como aquella cuyo uso recomienda á las clases elevadas; y ademas

es mucho mas peligrosa. En esa moral, como ya habeis visto, el deber individual desaparece, y no se reconoce mas que el deber social.

Segun el sistema furierista, puesto en accion por Mr. Süe, todo el mundo es responsable de un crímen, menos aquel que lo comete: todo el mundo es responsable de las malas pasiones, menos aquel que se entrega á ellas. El hombre del pueblo, es casi siempre arrastrado al crímen por la fatalidad: la muger del pueblo se ve siempre arrastrada á la prostitucion, por una miseria y una hambre irresistibles. El frio agudo que siente, es el que la obliga á buscar algun calor entre las llamas impúdicas del vicio. La sociedad no tiene derecho de reprobar su conducta, porque esa misma sociedad es la que la ha reducido á aquel estremo. ¡Qué quereis? Uno es *robusto* y *vivaz:* "*Dios os ha hecho bella*, (son palabras de Mr Süe) *os ha dotado de una sangre viva y ardiente, y de un carácter inquieto, espansivo, amante del placer*. Por consiguiente, Dios no "ha querido que pasaseis vuestra juventud en el rincon de una helada buhardilla, sin ver jamas el sol, clavada en vuestra silla, trabajando sin cesar y sin esperanza. ¡Qué! ¡no os ha dado Dios mas "necesidades que la de beber y comer? "¿por ventura la juventud no tiene necesidad de alegría y placeres? Si se pudiese ganar siquiera para comer y beber, "para tener cada semana uno ó dos dias "de recreo, para poder vestirse con la decencia que reclama imperiosamente una "hermosa cara, entonces ya no se pediria "mas Habeis cedido, es verdad, pero á "una necesidad *irresistible.*"

¿Qué os parece? ¡No encontrais que esta es una noble y santa moral, capaz de desarrollar ó de hacer nacer la virtud en el corazon de las mugeres del pueblo; esa virtud, esa suave flor que llena de gozo las miradas del hombre, y cuyo perfume es el incienso mas agradable, que desde la tierra que habitamos pueda elevarse hácia el trono de Dios? Si los hombres hacen las leyes, las mugeres forman las costumbres, cuyo influjo es tan poderoso como el de las leyes sobre los destinos de la sóciedad. Por poco que se establezcan los principios de la moral social de Mr. Süe, podemos esperar que nuestras costumbres serán bien honestas.--Figuraos ahora el efecto del pasage que acabamos de trascribir, leido y comentado en una de esas miserables buhardillas en donde la miseria oprime á sus víctimas, no tan cruelmente como ha dicho Mr. Süe, porque los novelistas siempre exageran; pero en fin, donde la miseria hace sentir esos males que quisieramos ver remediados de una manera sólida y positiva.

¿Qué auxilio ofrece Mr. Süe á esas jóvenes doncellas laboriosas y honradas, cuya lámpara arde por la mañana mucho antes de amanecer, y sigue ardiendo muchas horas despues que el sol ha retirado su luz? El auxilio que les ofrece, es el de quitarles las únicas riquezas que Dios les ha concedido, es decir, la resignacion y la esperanza. Mr. Süe les enseña, que á pesar de todos sus esfuerzos, á pesar de cuanto su honradez y su laboriosidad les sugiera, ellas tendrán que ceder á una necesidad irresistible. ¿Y qué boca escoje Mr. Süe para predicar á esas infelices esa doctrina peligrosa é impostora? La boca de una muger, en la cual ha procurado personificar todo lo que la pureza tiene de mas delicado y suave; todo lo que la paciençia tiene de mas tierno y admirable. La Corcoveta es la que proclama que con una salud robusta y un rostro hermoso, toda jóven del pueblo debe entregarse á la vida desarreglada en la que se ha encenegado la reina Bacanal. Así, la virtud de la Corcoveta, no es mas que una deformidad! Mr. Süe ha proporcionado á la flaqueza el pretesto que le faltaba, y ha quitado á la virtud el horror del vicio, que es precisamente el que constituia su fuerza: él ha allanado el camino á la corrupcion que gira en torno de esas pobres doncellas del pueblo, que no tienen mas guardianes que su honestidad natural y las buenas ideas y sentimientos que les vienen de Dios. Mr. Süe aumenta á los ojos de esas infelices los motivos que ellas tienen para caer; debilita el ascendiente del deber que las detiene, y fortifica la tendencia que las arrastra; quita al delito la vergüenza, y justifica las tentaciones seductoras del lujo y del placer, esos brillantes pero pérfidos fantasmas coronados de flores y con la sonrisa en los labios, que demasiado á menudo cruzan sus pensamientos, mientras que sus dedos conducen con rapidez la industriosa aguja, y se les aparecen en sus sueños durante las horas del descanso.

Segun Mr. Süe, la vida que llevan esas jóvenes laboriosas, no es la que debieran llevar. Dios las ha creado para la alegría, para los adornos, para el placer, y para eso las ha hecho bellas y encantadoras. Si ellas sucumben, la sociedad, en vez de poderlas vituperar, debe cargar con toda la responsabilidad de su caida. En cuanto á ellas, su misma caida las hará mas dignas de interés y de simpatía. Ellas no serán culpables: serán víctimas que habrán cedido al frio y al hambre.

Grandes casuistas del *Constitucional*, habladnos ahora si os atreveis, de la moral relajada!--Y esa otra moral ¿qué os parece? ¿Por ventura la encontrais austera? Allanados los caminos del vicio: invocada la fatalidad de la corrupcion; la necesidad de la inmoralidad erigida en principio; ¿es esto lo que os da derecho á mostraros tan severos con los apologistas del probabilismo y con los indulgentes doctores que para todas las faltas hallaban pretestos, y circunstancias atenuantes para todos los errores? Eso mismo que les vituperais, es precisamente lo que haceis. --No lo negueis: vosotros tambien sois casuistas de la moral relajada; porque vosotros tambien hallais mil pretestos para la corrupcion, mil escusas al libertinage. ¿Qué mas? hallais buenas razones para las acciones reprobadas.

Gracias á Dios! Vosotros calumniais á la vez la sociedad y las clases populares. No, no es cierto que el frio y el hambre sean los dos grandes reclutadores de la prostitucion y del libertinage. Todo el mundo sabe, al contrario, que la pereza y la glotonería, la vanidad y el amor á los placeres, son los verdaderos móviles que arrastran las mugeres de las clases laboriosas á los abismos del vicio.--No, no es cierto que un número inmenso de trabajadoras se halle entregado á esa vida tan vergonzosa que pintais. Al oir vuestros relatos, cualquiera diría que ese pueblo francés, cuyos defensores os llamais, envia sus hijas á la prostitucion, del mismo modo que hace marchar sus hijos á las fronteras, y que tiene establecida una conscripcion tan numerosa para el vicio, como para la gloria.

Esta es una exageracion injuriosa para las clases populares. ¡Raro modo de defenderlas calumniándolas!--Al abrigo de esas buhardillas que condenais irremisiblemente al vicio, ¡cuántas puras, sencillas y modestas virtudes florecen, protegidas por la religion y por el trabajo! ¡Cuántas existencias valerosas, sobre las cuales los ángeles se deleitan en fijar sus miradas!---A pesar de cuanto Mr. Süe pueda decir ó hacer, la doncella cristiana no es ni una fábula ni un recuerdo; es una realidad viviente, que todas las semanas encontramos en los templos: esa doncella comprende que la vida no se compone de placeres, sino de deberes amenudo difíciles y austeros. No, la honestidad no es entre las clases populares una flor tan rara como pretendeis: la sociedad á nadie impone la infamia; y si es cierto que hay virtudes difíciles, tambien lo es que no hay vicios indispensables.

La moral social de Mr. Süe es igual para ambos sexos: la sociedad es responsable de los vicios de los obreros, tanto como de la corrupcion de las obreras. Segun él, nadie tiene derecho de condenar á los menestrales, que, como el Descamisado, se entregan á la disipacion y á la holgazanería. Acusad mas bien, el abandono y falta de prevision de la sociedad. El Descamisado os referirá, si quereis escucharlo, como de escelente trabajador que antes era, se ha convertido en holgazan y borracho incorregible.

El os dirá, si quereis oirlo, que ha visto despedir al padre Anselmo de su fábrica, despues de cuarenta años que trabajaba en ella, y que, no teniendo otro auxilio que el hospicio, se asfixió una noche en compañía de su anciana muger. Entonces vió el Descamisado, que "por mas "que uno se sacrifique en el trabajo, el "único que se aprovecha de ello es el dueño "de la fábrica; y por lo tanto se ha hecho "perezoso."--Ved, pues, la holgazanería y la embriaguez amnistiadas por el casuista del *Constitucional*, lo mismo que la corrupcion. "El hombre civilizado, es"clama Mr. Süe, desheredado de los do"nes de Dios, tiene derecho á exijir, en "pago de su trabajo, que enriquece á la "sociedad, un salario que le permita vivir "racionalmente."

He aquí unas palabras muy bellas; pero cuando se trata de aplicarlas, ¿qué encontramos?--La cuestion de la fijacion de los salarios--¿Y quién fijará el salario? ¿Será el obrero? ¿Será el dueño? ¿El precio de los salarios, depende de la voluntad arbi-

traria de los hombres? ¡No es el resultado de la competencia, no solo en el interior, sino tambien en el esterior? El precio de costo, el precio de venta, la mayor ó menor demanda, ¡no son cosas que complican irremisiblemente la cuestion de los salarios?--Mr. Süe, sin embargo, no se detiene por tan poca cosa: á eso nos contestará con una gran palabra, que no indica hasta ahora mas que un problema sin solucion: *la organizacion del trabajo*. Mr. Süe dirá al trabajador, que tiene derecho á reclamar un salario proporcionado á sus rudas labores y á sus cortas necesidades; y luego para calmarlo le repetirá una frase que para honor de la humanidad, jamas ha sido pronunciada: "Los obreros se "quejan de no tener pan en el vientre: "pues, bien metedles bayonetas!»

¿No sería mejor, para adelantar la solucion de este problema de la organizacion del trabajo; problema que se levanta para luego dejarlo caer otra vez con todo su peso; no sería mejor, decimos, el interesar á los obreros en la grandeza y prosperidad del pais, iniciándoles por medio de arbitrios prudentes en los derechos políticos? Honrando asi en ellos la dignidad humana, se obligaría á las cámaras y al gobierno á contar con ellos, como lo hacia notar un hombre de estado en el congreso de 1815; y los espíritus se hallarian naturalmente en el camino de aquella solucion que hasta ahora se ha buscado en vano; solucion cuyo descubrimiento harán mas difícil esas pasiones á quienes ahora se apela, y que solo podrá hallarse por medio de la razon.

Todavía una pregunta. Esos obreros á quienes predicais como un dogma la libre espansion de las pasiones y la legitimidad de todas las inclinaciones, las cuales les decis que son como otras tantas palancas divinas que el Creador nos ha dado para servirnos de ellas sin ninguna sujecion ni embarazo; esos obreros á quienes repetis sin cesar, que es lícito buscar de todos modos la satisfaccion de los sentidos; que la deshonestidad, la glotonería y la vanidad no son vicios sino virtudes; que han nacido para gozar de toda clase de satisfacciones; que la sociedad debe darles un salario proporcionado,--medida en estremo elástica, y que se agranda prodigiosamente con la ambicion del que la aplica;--esos obreros á quienes insinuais que la sociedad es la verdadera culpable de los crímenes que ellos cometen, esos obreros ¡sobre qué sentimientos quereis que se apoyen, para soportar los trabajos penosos, y para luchar contra las pruebas de todo género, que los asaltan á cada instante en la vida real y positiva?

Les quitais la moral, que era la que les daba fuerzas en el combate, la moral de la preeminencia del alma sobre el cuerpo; de los sentimientos sobre los sentidos, la moral del deber, del sacrificio, de la lucha, de la inteligencia contra el instinto; y reemplazais esta moral por la del *furierismo*, que da rienda suelta á los instintos, que diviniza los sentidos, y que convida é impele á la satisfaccion de todas las pasiones. Pero no olvideis que esos obreros no están destinados á vivir en vuestro *falausterio* ideal, sino en la sociedad real y positiva. En vano os esforzais en cambiar sus ideas; los hechos se quedan lo mismo que antes. He aquí, pues, que desarmais al soldado antes de concluir la batalla; he aquí que debilitais al luchador, cuando la lucha no está terminada todavía. Entregais al individuo sin defensa á todas las tentaciones del órden social y á todas las venganzas; y esponeis el órden social á los peligros incesantes á que lo esponen tantas rebeliones individuales. Trabajais en debilitar el sentimiento moral de la sociedad destruyendo la base sobre que descansa, comprometiendo así los destinos interiores y esteriores de esta sociedad ya debilitada, en medio de las vicisitudes del porvenir.

¡Creéis por ventura que este sentimiento moral no se halla ya bastante comprometido? Esas causas célebres cuyas últimas frases resuenan aun en vuestros oidos; esas cuadrillas organizadas de malhechores; esa sociedad de los fosos, que parece parodiar á los estranguladores de la India; esa especie de golpe de Estado que el ministerio se ha visto obligado á dar contra el arsénico para devolver la seguridad al hogar doméstico, ¡son estos tal vez síntomas tan favorables, que sea permitido socabar las columnas que permanecen en pié y que sostienen el edificio social?

En una palabra, ¡qué fin se propone Mr. Süe cuando de tal modo excita las clases obreras? ¡Pretende tal vez encender la peor de todas las guerras, una guerra de clases, una verdadera guerra social? ¡Cree por ventura que el apetito de los go-

ces materiales no se halla aun bastante desarrollado? ¿ó bien cree que la virtud ejerce demasiado imperio?--¡No sabe Mr. Sue que destruyendo la responsabilidad de los individuos, quita toda garantía al pais? Ya no se trata del arte, ya no se trata de la justicia, de la moral, ni de la religion: trátase de la sociedad. En verdad es dejar demasiado campo á la crítica, el hallarse en oposicion, á la vez y en un mismo libro, con el arte, con la moral, y con la justicia; y ser no solo anti-religioso, sino tambien anti-social.

COLONIZACION.—TOLERANCIA DE CULTOS.

(Artículo 3.°)

Del idioma periodístico de moda, pasa la direccion de colonizacion é industria á otro metafísico, ininteligible, ridículo falso y aun opuesto á los principios que profesa; y lo que todavía es mas lamentable, se avanza sin venir á la cuestion, ni hacer al caso para los objetos de su instituto, á zaherir calumniosamente á la nacion de unos vicios que jamas ha tenido, con mas ligereza y menos datos que en los que hace estribar su informe, para el establecimiento de la tolerancia religiosa, so pretesto de aumentar la escasa poblacion de la República. Nosotros nos ocuparemos de tales raciocinios en este último artículo, haciendo ver especialmente que, siendo el primer elemento del progreso verdadero de las naciones la paz, ésta de ningun modo se alcanza mejor que con la unidad religiosa, y que por consiguiente, México debe continuar como hasta aquí siendo intolerante, pues aun en el caso de que no siéndolo no seria "poblado sin demora;» mas le convendrá serlo poco á poco por sus mismos aborígenas, ó en último caso, por estrangeros católicos, que introducir en su seno el gérmen de la desunion y las discordias, que acabarian con la actual poblacion, sustituyendo en su lugar otras razas de creencia protestante, que se sobrepondrian sin duda y aun la oprimirian, como lo han hecho en otros paises y comienzan á hacerlo en los terrenos recien desmembrados de la antes vastísima Nueva-España.

Hablando Marco Tulio de la metafísica de Platon, decia, y con mucha justicia: "Este filósofo nada afirma en sus libros; disputa en pro y contra; todo lo pone en cuestion y nada resuelve como cierto (*).» El mismo vicio fué constantemente el de los antiguos sofistas, que aun enseñando la verdad, se espresaban en un modo obscuro, se fundaban en débiles congeturas y sin pena se contradecian á sí mismos, y en él han incurrido tambien, segun lo observa el juicioso Muzzarelli (†) ciertos escritores modernos, estableciendo sus doctrinas sobre palabras vanas, desnudas de sentido, faltas de método, claridad, precision, exactitud y consecuencia, que deslumbran á los ignorantes, y con lo que siempre tienen dispuesta una salida para cuando se ven estrechados por los argumentos de sus adversarios: obscura logomaquia que ha reemplazado á la que se echa en cara al escolasticismo de las escuelas contra que se declama tan fuertemente el dia de hoy. El informe que traemos entre manos, ofrece un ejemplo de este vicioso modo de esplicarse al tratar el punto de tolerancia. Léamos: "Profesemos, dice, y veneremos los mexicanos, y mantengamos á espensas de la na-

(*) Quaest. adcadem. *lib.* 10, *núm.* 46.
(†) Opuscules, *tom.* 1.°, *núm.* 1.°

"cion el (*culto*) católico, que es el verdade-"ro: fortifiquémoslo por la doctrina y las "costumbres, no por el esclusivismo que "hace dormir las virtudes y los egemplos, "y que forma, no la unidad de la creen-"cia, sino la hipocresía y el engaño, el odio "y la division oculta, engendrada y fomen-"tada por la tiranía sobre las conciencias "bajo cuyo peso nace y se acrecenta el "rencor disimulado." Confesamos con toda franqueza no comprender lo que en este período quiere decir la direccion, y si como lo vemos en una pieza oficial dirigida al gobierno, la hubiéramos leido en un editorial de periódico, no vacilariamos en creer, á vista de un estilo tan capcioso y complicado, que se habia transcrito de los impíos escritos de aquel D'Alembert, que decia sin embozo que todo su cuidado era "dar papirotes á la supersticion, manifestando hacerle reverencias." Tal fué la infame táctica de este hipócrita filósofo.

¡Conque el culto católico es el verdadero, el que debemos profesar y venerar los mexicanos y aun mantener á espensas de la nacion? Así lo confiesa la direccion, y ciertamente, habiendo buena fé, solo esto bastaria para no solicitar de ninguna manera ni proponer la tolerancia de religiones. Bastante ilustrados son los señores que componen ese cuerpo, para comprender que en el mismo hecho de que los mexicanos debemos profesar y venerar el culto católico, como "que es el verdadero," no podemos ni debemos admitir el egercicio público de ningun otro. El culto, como lo ha demostrado perfectamente el sabio cardenal de la Lucerne (*), no solo consiste en tributar esteriormente nuestra adoracion á la Divinidad, sino que se encuentra tan unido á los dogmas y á la moral de la religion, que sus actos todos nos los recuerdan y son los símbolos esteriores de nuestra creencia; de manera, que no se puede profesar y venerar ese culto, sin profesar y venerar los dogmas de la fé, y los preceptos del Evangelio. Nada hay en el cristianismo de mas ó menos fundamental; todo debe creerse ó nada; y toda nacion, lo mismo que todo hombre que quiera elegir entre los dogmas, los mandamientos ó ritos sagrados, los perderá todos. ¿Cómo, pues, podrá profesarse y venerarse el culto católico, que es el verdadero, admitiendo al mismo tiempo al metodista, que amenaza abiertamente sofocar las creencias todas, al puritano, que niega el mérito de las buenas obras, á los kuákeros, que rehusan los sacramentos, á los arrianos, que desconocen la divinidad de Cristo, &c., &c.?

Dios ha hablado, á nosotros no nos toca sino creer. La religion que ha establecido, es una precisamente como su autor. Siendo la verdad intolerante por su naturaleza, profesar la tolerancia religiosa, es profesar la duda, escluir la fé. Es una estúpida imprudencia la del miserable que nos acusa de condenar á los hombres. Dios es quien condena; él es quien ha dicho á sus enviados: *Id, enseñad á todas las naciones. El que creyere, será salvo, los demas, serán condenados.* Esta es la profesion de fé de todo el que tiene el culto católico por verdadero, del que lo venera y desea que se mantenga á espensas de la nacion. En las que profesan esta doctrina, la legislacion se dirige toda hácia el mundo futuro, *creyendo que todo lo demas se les dará de añadidura:* profesa y venera la verdad y no puede menos que defenderla, y no decir que las injurias hechas á Dios no toca la venganza sino á él: *Deorum injuriæ diis cura* (*); sino impedir sus ultrajes, y acomodarse al espíritu de su creencia, que tiene una aversion insuperable por toda novedad, un ojo siempre abierto sobre los proyectos y las maniobras de la impiedad,

(*) *En su tratado:* De la escelencia de la religion, *art.* Culto.

(*) *Tacit.* Annal. *lib.* 73.

un brazo intrépido é infatigable, siempre levantado contra ella; este es el deber del que profesa, y venera, y sabe lo que quiere decir culto católico que es el verdadero.

El debe fortificarse, no hay duda, por la doctrina y las costumbres..... ¿Y cuál es esa doctrina, sino que respirando en todo santidad el culto católico, á la misma deben sujetarse los ánimos de los ciudadanos? ¿cuáles esas costumbres, sino que siendo imposible el hacerse sordos á la influencia externa de la misma religion, ella es siempre un motivo reprimente que evita á la sociedad muchísimos desórdenes? ¿Acaso presentando doctrina y costumbres diversas se fortificará el culto católico? No en verdad: poniéndose á la vista del pueblo las estravagancias y aun desórdenes de las liturgias de las sectas, como sucede en el Norte-América, se produce el tristísimo efecto de esponer al desprecio todas las ceremonias religiosas; y "al ver tan ridículos estravíos, habla una escritora protestante, es imposible dejar de reconocer las ventajas de una iglesia establecida, especie de cuartel general para los cristianos pacíficos y sin presuncion, que se contentan con llenar sus deberes, y no pretenden alzar bandera aparte ni tener divisa de su propio caletre.... Donde hay una iglesia constituida de manera que merezca el respeto de los hombres, me parece que siempre lo conseguirá aun de la parte de aquellos que no admitan los dogmas de su fé; y donde existe ese respeto, nunca deja de producir cierto decoro en los estilos y lenguage que suele echarse de menos donde falta. Ya que otra cosa no se logre, se obtiene la de alejar del trato comun de la sociedad las invectivas de los *sectaristas* y el escarnio de los incrédulos; defectos que igualmente ofenden la moral y que importa mucho reprimir.... La sabiduría de una nacion consiste en dirigirlos bien (habla de ciertos sentimientos) y valerse de su saludable influjo sobre las opiniones y costumbres del pueblo (*).

No siendo el esclusivismo religioso otra cosa que la preferencia debida á la verdad, ó valiéndonos de las palabras de un célebre escritor, el empeño en sostener el tronco y separar los ramos viciados que desgraciadamente han nacido de él, no podemos comprender con qué razon plausible se le pueda atribuir la negra nota de hacer dormir las virtudes y egemplos, y promover odios y divisiones. Esto quiere decir, que los actos verdaderamente virtuosos son hijos del error, y la amistad y concordia, resultado de la diversidad de opiniones en lo que mas interesa al hombre, que es su creencia y su moral; paradoja insostenible y contraria á lo que la esperiencia enseña diariamente y no ha dejado de enseñar desde el principio del mundo. No negaremos que entre los antiguos gentiles hubo algunos hechos ilustres que acaso pueden calificarse de virtudes, mas ¿quién duda que éstos, segun el testimonio de San Agustin y otros padres, no se pueden considerar sino como efecto de la soberbia y orgullo? Y por lo que toca á las diversas sectas que se llaman religiones, sobre ser en ellas rarísimas esas virtudes y egemplos que tanto abundan en el catolicismo, mal que les pese tienen que decir á éste: "sin tí nosotras no existiriamos:" espresion muy exacta y profunda de uno de los mayores hombres de Estado de nuestro siglo y de creencia protestante, quien á pesar de sus preocupaciones, conocia muy bien que: la religion de todos los *negativos* cualesquiera que sean (*tolerancia*), no es sino un odio comun contra la *afirmacion* (*esclusivismo*); objeto de un aborrecimiento que, si llegase á suprimirse, nada quedaria (†)." Decir, pues, que la realidad

(*) Costumbres familiares de los americanos del Norte, *por Mistress Trollope, tom.* 1. °, *cap.* 11.

(†) De-Maistre: Lettres sur l'Inquisition espagnole, *pág.* 128, *en la nota.*

adormece la virtud y enerva los buenos egemplos, y los hacen dispertar las ilusiones de los juicios privados, permítase decirlo, es una falsedad, es una inconsecuencia, un contraprincipio.

Todo el mundo puede ser testigo, de que desde que el catolicismo ha dejado de existir en las naciones, esclusivamente, por dar lugar á la diversidad de creencias, faltando á la moral una base estable y toda su consistencia, ha desaparecido la caridad, la paciencia, la resignacion, la pobreza, la mortificacion de las pasiones, la sumision, obediencia y demas virtudes cristianas que hacen feliz á la sociedad. ¡Con qué cara, pues, se dice que el *esclusivismo* forma, no la unidad de la creencia, sino la hipocresía y el engaño, el odio y la division oculta, engendrada y fomentada por la tiranía sobre las conciencias bajo cuyo peso nace y se acrecenta el rencor disimulado? Estos arbitrarios asertos con que se zahiere á las naciones ortodoxas, especialmente á la nuestra, son otro contraprincipio, otra inconsecuencia de los que así se espresan, pues la verdad jamas dió ni puede dar frutos tan amargos.

Si se quiere decir que los incrédulos que habitan en los paises esclusivamente católicos, se convierten en hipócritas y engañadores, que en el fondo de su corazon profesan odio mortal al culto que domina en el Estado, y llaman tiranía sobre las conciencias el que no se tolere practicar otros cultos, de que deben resultar divisiones, no ocultas sino manifiestas, y acrecentarse rencores descubiertos y no disimulados, se dirá una verdad; pero atribuir estos vicios al catolicismo que los condena, y afirmar que han reinado en las naciones que han adoptado el esclusivismo del culto verdadero, es una notoria falsedad y una inconcebible paradoja. ¿Cuándo sino desde que se predica esa *tolerancia* y se condena el *esclusivismo* se ha visto mas triunfante la hipocresía? Cuando se ha llegado á ser tolerante, legítimo y castizo, renunciándose á la verdadera religion, nada se respeta, todo se confunde, y todo se conculca, sagrado y profano, justo é injusto, falso y verdadero. Porque, hablemos claro, no siendo entre muchos la tolerancia, sino una indiferencia á toda religion, ó lo que es lo mismo, la profesion del ateismo, éste, habla un escritor, "no hace ascos á la hipocresía mas nauseante y sacrílega; uniéndose en él el exceso del orgullo á la bajeza mas vil, todo va acompañado de una impudencia que hasta ahora no tuvo igual, sin que haya medio, por mas inicuo y horrible que sea á los ojos de la justicia, de la razon y de la honestidad, que no abrace prontamente, con tal de que lo conduzca á la consecucion de sus fines, ¿y no se vió á los republicanos franceses gloriarse de católicos en Bolonia y de musulmanes en el Egipto, y hacer de ello pomposas relaciones en sus gacetas á toda la Europa, la que sin embargo no dejó de tenerlos por hombres de bien, y sobre todo, por leales y sinceros (*)?"

Es cierto tambien, que esos mismos incrédulos profesan odio á la unidad de la creencia, y llaman tiranía y persecucion el sostener la religion del Estado contra sus enemigos, y aun se avanza á decir que una religion bien puede ser destruida, pero jamas sostenida por la persecucion; ¿pero quién no advierte, diremos con un periódico protestante, ser imposible aniquilar un sistema enemigo sin sostener la religion atacada? ¿no seria esto decir que un cierto medicamento puede muy bien destruir una enfermedad, pero que nunca ha conservado la salud? (†) El catolicismo no promueve ningun odio y division oculta por sus principios humanos y conciliadores; los sectarios son los únicos que se odian

(*) Vocabulario filosófico democrático: *verbo* Hipocresía.

(†) Morning-Chronicle 5 *de Junio de* 1812.

entre sí y guardan su rencor contra las doctrinas y las personas de los católicos. La caridad, sin duda, y aun la cortesia, son perfectamente independientes de los símbolos de la fé, es necesario guardarse bien de insultar; pero hay, sin embargo, una medida prescrita por la conciencia, que solamente conocen los que han estudiado á fondo el espíritu ortodocso. Odio á los errores, consideracion á las personas, paciencia ácia los engañados y seducidos, valor y energía para defender la verdad, respeto y veneracion á los estraviados, celo y decision en atacar sus doctrinas ha sido el carácter de los defensores de la religion. No cabe duda en que esto se entiende cuando no hay peligro de escándalo y seduccion; ¿donde pues se encuentra que los que se hallan unidos en la profesion de estos principios puedan estar divididos entre sí, egercer tiranía sobre las conciencias, de donde nazca y se acrecente el rencor disimulado?

Si esas discordias se dice que comenzaron con la religion, y de facto se habla de algunas en las actas de San Lucas y en algunas cartas de los apóstoles; y por eso quieren atribuirse á la verdadera Iglesia, y decir que se deben á su esclusivismo, este es un nuevo error: porque ¿de parte de quién se movieron estas? ¿quiénes fueron los que las encendieron? "Debia pues especificarse, habla Spedalieri, que algunos falsos hermanos hombres sumergidos en vicios y pasiones carnales, comenzaron á esparcir varias novedades, contrarias, no menos á la pureza de la moral que á la verdad de la fé. *Ex nobis prodierunt*, dice San Juan, *sed non erant ex nobis*. Los herėges se han sucedido siempre los unos á los otros, enarbolando la bandera de la discordia, y han afligido continuamente á la Iglesia, y por consecuencia han turbado tambien el Estado civil: *Sed non erant ex nobis*.--Si los verdaderos cristianos se han defendido de los injustos agresores; si han rechazado valerosamente los ataques y se han hecho un deber, el de conservar ileso el depósito de la doctrina revelada, necesario para la salud eterna y tambien para la felicidad temporal de los hombres, ¿se deben por esto censurar? ¿á ellos se les ha de imputar el escandalo? Luego será entonces justo el abandonar las habitaciones á los incendiarios que vengan á invadirnos, y, segun esta doctrina, miraremos con indiferencia los adulterios, los robos, los asesinatos que los facinerosos quieran cometer contra la patria. Por otra parte continúa el mismo autor, es una verdad simple, una verdad tribial, una verdad de buen sentido que, muchas veces, el *escluir*, el *desunir*, el *aislar*, es medio de *estrechar* de *consolidar*, y de *custodiar* la union, de donde se deduce que la intolerancia nace de la sociabilidad, y que es falso, que sin intolerancia ninguna sociedad podria subsistir. ¿No es intolerancia el no permitir que cada uno haga lo que quiera? ¿No son unas murallas de intolerancia todas las leyes civiles? ¿No son instrumentos de intolerancia las cárceles, los grillos, las cadenas, y demas que se emplean con los malhechores? ¡Y sin estos auxilios, cómo podria conservarse la sociedad! ¿Y no es puntualmente la sociabilidad, *el amor de los hombres*, quien produce semejante intolerancia? ¿Luego por que se declama solamente contra la intolerancia, cuando se trata de la religion, la cual á mas de ser necesaria para la salud del alma, forma el mas sólido apoyo para la sociedad civil? ¿Y por qué tratándose solamente de la religion quiere decirse que la intolerancia de ella (*el esclusivismo*) destruye la sociedad (*)?"

Ni se diga que la paridad no es exacta, pues en tanto se concederá la tolerancia y tal fué el espíritu con que se declaró en la asamblea de Francia uno de los derechos

(*) Derechos del hombre *lib.* 5 *capitulo* 21.

del hombre, en cuanto la manifestacion de las opiniones religiosas no turbe el órden público establecido por las leyes. En efecto así se dice, pero lo contrario enseña la esperiencia, pues jamas la introduccion de diversas creencias donde domina esclusivamente una, ha dejado de turbar la paz en los estados; y tal es el principal motivo porque los mayores políticos de la antiguedad recomendaban la unidad de religion para conservar la tranquilidad pública en las naciones. ¡Pero, que mas! El mismo Bayle, á quien nadie tachará de *intolerante*, decia en términos muy claros: "La razon y la justicia piden que un príncipe que ve llegar estrangeros á su Estado para anunciar una nueva religion, se informe en qué consiste y se acomoda con la fidelidad que los súbditos deben á su príncipe con la que deben Dios. . . . No tengo dificultad en decir que un rey que no se informase de esto, pecaria contra las leyes eternas, que quieren que vele en la tranquilidad pública del pueblo que Dios le ha encomendado. (*)" Este es un punto sobre que no se llama la atencion, aun que es de mas importancia que el de aumentar la poblacion, porque ¿de qué sirve que aumenten los pobladores, si en ellos nos viene un nuevo elemento de discordias que acabe con los actuales, de manera que la nueva nacion que formen no será la mexicana de hoy? ¿Que importa que ella sea grande en los tiempos futuros, si como lo nota un juicioso escritor (†) desaparecerán las leyes, con las leyes las costumbres, con las costumbres la patria, y con ella nuestro nombre, nuestra historia, nuestros mas dulces recuerdos?

Nada se opone mas á la paz, que el que en una misma república, provincia ó ciudad dominen juntamente muchas religiones. La religion es el vínculo de la sociedad hnmana, cuya santidad sanciona las alianzas, los comercios y contratos. Salidos los hombres del seno de Dios, volvemos al mismo por la religion: en él descansamos todos, no de otra manera que todas las lineas que parten de la circunferencia se reunen en el centro del círculo. ¡Pero que clase de comunicacion y sociedad puede ecsistir entre aquellos, que no recurren al mismo Dios, ó á lo menos no con aquel culto que le es debido? ¿qué union podrá haber condenando unos, como impías las ceremonias y ritos de otros, y persuadiendose á sí mismos que solo ellos honran á la divinidad y los demas la ofenden? Decia prudentemente el padre de la elocuencia romana, que la amistad es el benévolo y uniforme consentimiento de las cosas humanas con las divinas; y decia muy bien, porque aunque se convenga en las opiniones humanas, si se disiente en las divinas, semejante amistad es necesario que claudique por su parte principal, y que aquella conformidad que falta entre los amigos, por lo que respecta á sus creencias religiosas, no sea cumplida y verdadera aun en los negocios puramente temporales. Si ningun parentesco, ninguna semejanza de costumbres, habitudes ó espíritu de paisanage estrecha tanto las voluntades, cuanto las aparta la diversidad de religion; ¿qué será cuando faltando aquellos lazos, solo quede la repugnancia y el odio que engendra la diferencia de creencias?

En vano se pretende argüir con lo que pasa entre nuestros vecinos los americanos del Norte, en que no se observa ninguna alteracion en la tranquilidad pública por la diferencia de religiones. En este punto como en otros los Estados-Unidos forman una asombrosa escepcion, que no puede servir de modelo. y que en efecto ninguna nacion ha podido imitar. Quizá en el discurso de esta polémica, tendremos ocasion de manifestar los motivos por

(*) De la revocacion del'Edicto de Nantes, *en la introduccion*.

(†) Voz de la religion, *núm*. 11 *carta de Teóphilo á Philópatro.*

que allí la libertad de religiones no ha producido ni produce los estragos que en otros paises, que de católicos esclusivos han pasado á ser tolerantes ó indiferentes; ¡pero qué vale este caso particular, respeto de lo que enseña la historia antigua y moderna de esta introduccion de los errores con la verdad, y del influjo que egerce la creencia religiosa uniforme para unir á los pueblos, y evitar sus alianzas íntimas con las demas? ¿Cual fué la causa de que en Egipto dividido en doce provincias despues de la muerte del rey Setton, se inventara un dios para cada una, de que nació su estúpido politeismo, sino porque se previó que de esa manera no pasarian todas á formar en lo succesivo un reino bajo un soberano y una cabeza? ¿Que otras miras llevó Jeroboan en introducir la idolatria en las diez tribus de Israel, sino separarlas totalmente aun de pensar reunirse con las otras dos que constituian el reino de Judá? Al contrario Moises y á su egemplo los demas legisladores, siempre procuraron, para unir mas á sus pueblos, establecer su felicidad y sancionar sus leyes, la uniformidad en las creencias, en los ritos y ceremónias. Por la misma razon desde el grande Constantino en adelante, todos los soberanos piadosos y católicos han procurado no solo fovorecer á la religion, evitar los cismas y reunir á todos sus súbditos bajo la misma Iglesia, sino oponerse fuertemente á la introduccion del error, y castigar con severidad á todos los novadores que intentaban alterar los dogmas y el cúlto; y desgraciados de los que asi no lo hicieron, sus reinos fueron turbados por las discordias civiles, la sangre corrió á torrentes, los pueblos fueron devastados: y en vez de aumentarse la poblacion, quedaron desolados para siempre (*). ¿Y á vista de los males que ha causado la indulgencia, ó perversidad de algunos príncipes, deberá estrañarse, que se hayan tomado las medidas mas violentas, para rechazar la violencia de los sectarios, en introducir sus destructores doctrinas é incendiarios principios! *Quid est*, diremos con Ciceron, *quod contra vim sine vi fieri possit?*

Pero sin remontarnos tanto, fijemos la vista sobre una época mas cercana, y veremos no solo á nuestra República haber prosperado en otro tiempo y sido feliz con la unidad religiosa, sino á la España salvarse en medio del incendio general de la Europa en los siglos XVI y XVII, por sola la unidad religiosa, pues dígase lo que se quiera, los antiguos legisladores veian desde lo mas alto, consideraban las cosas en su totalidad y no se dejaban seducir por apariencias. Esa intolerancia que se nos echa en cara á los mexicanos, aquí; y que los escritores irreligiosos europeos reprochan allá á la católica península española, hizo felices á ambas naciones, previno las guerras de religion y aseguró la tranquilidad social: "No se vieron, dice Voltaire, en España durante los siglos XVI y XVII, ninguna de esas revoluciones sangrientas, de esas conspiraciones, de esos azotes crueles, que se veian en los otros paises de Europa. Ni el duque de Lerma, ni el conde de Olivares, derramaron la sangre de sus enemigos sobre los cadalsos; y los reyes sin embargo no fueron asesinados como en Francia, ni perecieron por la mano del verdugo como en Inglaterra (*)." Examinemos mas las consecuencias de esta intolerancia, y recusemos cualquiera otro juez que no sea la esperiencia.

(*) *Esta materia muy vasta en sí, ha sido perfectamente tratada por varios publicistas muy profundos, aunque no de los de moda. Puede verse entre otros la famosa obra del P. Juan de Mariana:* De rege et regis institutione, *lib.* 2 ° *cap.* 14 *y lib.* 3 ° *cap.* 17.

(*) Essai. sur l'Histoire gènérale *tom.* 4. ° *cap.* 177, *pág.* 125.

"Véase, dice el conde de Maistre, la guerra de treinta años encendida por los argumentos de Lutero; los escesos inauditos de los anabaptistas; las guerras civiles de Francia, de Inglaterra y de Flandes, las matanzas del San Bartolomé, de Merindol y de las Cevenas, el asesinato de Maria Stuart, de Enrique III, de Enrique IV, de Cárlos I, del príncipe de Orange, &c., &c. Un bajel flotaría sobre la sangre que los novadores han vertido. . . ¿Y á vosotros ignorantes presuntuosos, que nada habeis previsto, y que habeis bañado á la Europa en sangre, á vosotros os corresponde condenar á los legisladores que todo lo han previsto? No vengais á decirnos que la unidad religiosa, protegida por las leyes, ha producido tal ó cual abuso en este ó aquel momento, por que esto no es de lo que se trata, sino de saber, si, durante los tres últimos siglos ha habido, en virtud de la intolerancia, mas paz y felicidad en España que en las otras naciones de la Europa. Sacrificar á las generaciones actuales á la dicha problemática de las futuras, podrá ser el cálculo de un filósofo; pero los legisladores calculan de otra manera (*)."

Pero aun cuando esta observacion decisiva no bastase, lo ocurrido en el año de 808 bastaría para imponer silencio al mar preocupado. ¿Quién sino la unidad religiosa, salvó entonces é hizo inmortal á la España? ¿quién síno ella, conservó ese espíritu público, esa fé, ese patriotismo religioso que produjo los milagros que admiró el mundo, y que, en opinion de muy ilustres escritores franceses, salvó no solo á esa heroica nacion, sino tambien á toda la Europa? ¿quién sino esa misma unidad religiosa conservada en las masas, ha salvado á la misma España, á pesar de haberse introducido en ella con dolor de los buenos, y causado no pocos males, el filosofismo, de los horrores de la Alemania, de la Inglaterra, de los Cantones Suizos, y de la Francia tolerantes? Hagamos justicia á esta ilustre nacion. Ella es del pequeño número, qne sobre el continente Europeo, no han sido totalmente cómplices de los estragos de la revolucion política y religiosa francesa. Si á los principios del siglo fué su víctima, la sangre de cuatrocientos mil estrangeros la vengó suficientemente; si despues ha tomado parte en estas reformas, tambien se le ha visto volver á sus antiguas máximas con una impetuosidad digna de los respetos del universo, aun cuando puedan echársele en cara algunos sangrientos escesos.

Sin embargo, ¡cuánto no se ha daclamado contra la superSticion española? Ella ha pasado por un proverbio, y sus antiguas colonias han sido envueltas en la misma calumnia: nada es á pesar de esto mas falso. "Las clases elevadas de la nacion, dice un escritor francés, saben tanto como nosotros. Por lo que mira al pueblo, propiamente tal, puede suceder, por egemplo, que sobre el culto de los santos, ó por mejor decir sobre el honor que se debe á sus imágenes, esceda de vez en cuando la justa medida, pero colocado el dogma sobre este punto fuera de todo ataque, y recibiéndose mal la menor burla plausible sobre él, los pequeños abusos de parte del pueblo, no significan nada en este género, y aun no carecen de alguna ventaja, como pudiera demostrarse si este fuese lugar de hacerlo. Por lo demas, los españoles tienen menos preocupaciones y supersticiones que los demas pueblos que se burlan de ellos, sin saber examinarse á sí mismos. Son bien conocidas mil gentes honradas, y sobre el nivel del pueblo, que creen con la mejor buena fé del mundo, en los amuletos, apariciones, remedios simpáticos, adivinos, sueños, en la teurgía, comunicacion de los espíritus, &c. &c., &c. Y bien, visítese la España, y

(*) *Obra citada arriba, pág.* 98.

asombrará no encontrar allí ninguna de estas humillantes supersticiones. Por que siendo el principio religioso esencialmente contrario á todas estas vanas creencias, no dejará jamas de sofocarlas por cuantas partes pueda desplegarse libremente, sin pretender negar por esto, que este principio no haya sido favorecido poderosamente en España por el buen sentido nacional (*)."...

Nos hemos estendido sobre este punto, y citado con singular placer á la España, así porque siendo nosotros sus hijos participamos de su mismo espíritu y educacion, como para que se vea que ese esclusivismo religioso que se echa en cara á nuestra antigua metrópoli, lo mismo que á nosotros, no solo no ha producido ningunos engaños, odios, divisiones y rencores, sino que por el contrario, ha inspirado la buena fé, formado el lazo de la mas estrecha union entre los ciudadanos, salvado la nacionalidad cuando se ha visto atacada, ilustrado y hecho feliz al pueblo, librándolo del cúmulo de males de que han sido presa otra multitud de naciones que no han seguido su egemplo. ¿Por qué, pues, insistir tanto, como lo hacen muchos de los fanáticos predicadores de la tolerancia, en que imitemos los egemplos de la multitud, aunque sean irrazonables, despreciando el del menor número, aunque sean juiciosos y acertados? ¡Qué bien podia aplicarse á estos reformistas de las naciones, lo que echaba en cara á los particulares el filósofo cordobés en una de sus epístolas! "Entre las causas de nuestros males, es una de las principales el que vivimos segun los egemplos; no nos conformamos á la razon, sino que nos dejamos arrastrar por la costumbre; de manera, que si pocos lo hacen, no queremos imitarlos, pero si muchos comienzan á obrar, aunque sea del modo mas estraviado, los seguimos, como si el proceder con mas frecuencia fuera obrar mas honestamente, calificando de recto el mayor error, cuando llega á ser público."

El esclusivismo, por tanto, es decir, la profesion única de la verdadera religion, no solo constituyó, como hemos visto, la felicidad de las naciones, entre ellas la nuestra, sino que ha sido el lazo de la paz entre los ciudadanos y quien ha constituido el espíritu público, cuando se ha visto amagada la libertad y existencia de ellas. ¿Y quién duda que el mejor elemento para aumentar la poblacion, es la paz, que hace prosperar todos los ramos de la riqueza pública, que cubre con su egida al labrador, al traficante, al minero y á las clases todas de la sociedad? ¡Ah! si volviera á presentar nuestra República la feliz perspectiva que antes de su revolucion, ¡cuánto progresarian sus pueblos! ¡cómo se desenvolverian los elementos que posee de grandeza y de prosperidad! ¡cómo volveria á ser la admiracion y la envidia de las naciones! ¡cómo!.... pero no nos alimentemos de quimeras.

Con esa fatal y desorganizadora tolerancia que propone la direccion de colonizacion é industria, para que México sea poblado sin demora, en competencia con la unidad católica, que en otros tiempos formó toda su dicha y que indudablemente es hoy el único elemento con que puede contarse para su reorganizacion, en vez de hacerla grande y feliz, van á precipitarla en un precipicio, de que acaso nunca podrá salir. Pongamos un egemplo en lo que pasa hoy en los pueblos que han tenido la desgracia de ser anexados á los Estados-Unidos del Norte: "En carta escrita en la frontera de Durango (*), refiriéndose á la relacion de dos personas de las mas notables de Nuevo-México, se dice entre otras cosas lo siguiente:--Dicen que la plebe de

(*) *De Maistre obra y lugar citados.*

(*) *Lo que vamos á decir lo hemos tomado del* Eco del Comercio *del* 14 *de Agosto del corriente año, artículo:* Aviso á los anexionistas.

Nuevo-México, y algunos comerciantes se alucinaron al principio con las promesas de los conquistadores; pero que su conducta posterior los ha hecho generalmente odiosos, porque han cometido horribles crueldades, porque no hay otra mejora material en tres años de dominacion esclusiva, que una pobre máquina para aserrar madera; porque faltaron indignamente á la capitulacion de Taos, porque siendo como son *enemigos de todas las razas indígenas*, han traido sobre el pais calamidades que no tenia y que ellos no pueden ni saben contener, pues continuamente son batidos por los comanches que les han quitado convoyes enteros y derrotado compañías y escoltas completas.... Refieren que han subvertido *todos los usos* estableciendo una legislacion arbitraria y atropellando toda clase de consideraciones; que tras del parapeto de un pretendido *jurado*, compuesto de unas mismas personas elegidas por ellos entre las mas desacreditadas, cometen mil venganzas é injusticias, que revocan sentencias ejecutoriadas, y solamente son *tolerantes* en materia de impuestos, fijando bases generales y dejando que cada cual se califique como quiera; que predicando y sentenciando contra los compromisos de los sirvientes con sus amos, han causado á los propietarios cuantiosas pérdidas, y han difundido *un espíritu de rebelion* en las clases pobres, de manera, que nadie paga ni sirve, sino que huye, roba y petardea, pues es regla general, que si el amo reclama al peon su deuda, el peon es aprehendido, encarcelado por cinco dias en castigo de su engaño, y exonerado de cualquiera otra responsabilidad por la sentencia que declara nulo el contrato, en virtud del cual uno recibe dinero para pagarlo despues con su trabajo. Dicen que *no hay culto de ninguna clase, moralidad ni órden*.... y que á los pobres les falta la proteccion de los ricos, y que los conquistadores, odiados por unos y otros, descuidan la justicia, la administracion, y van y vienen sin establecer nada de una manera permanente &c., &c.»

Cambiemos el nombre de conquistadores en el de colonos, de toda nacion y culto, sin escluir á ninguna secta, ni aun á los idólatras, ateos, &c., como lo ha pretendido uno de los jóvenes padres del pueblo: usemos, pues, del nombre de colonos europeos, generalmente *enemigos de todas las razas indígenas*, de todos los usos establecidos, irreligiosos, inmorales y anarquistas: ¿cuáles serán las consecuencias de venir á establecerse entre nosotros, preocupados ya contra nuestra raza, nuestra religion, nuestras leyes y hasta nuestro idioma? Si las colonias se forman de las orillas del Bravo para acá, tan luego como su poblacion sea respetable, no faltará pretesto, como á los ingratos colonos de Tejas, para proclamar su anexacion á los Estados-Unidos con que han de tener mas simpatías, y esto nos costará otra nueva desmembracion de terrenos, que tengamos que ceder á nuestros ambiciosos vecinos, cuyo plan no es otro que tragarnos á bocados. Si las nuevas poblaciones se situan mas adentro, aun suponiendo ya declarados los terrenos baldíos, no habiendo entre nosotros los grandes rios que en el Norte, comenzarán las cuestiones por el robo de las aguas, seguirán por las vejaciones á las haciendas y pueblos vecinos de indígenas, á los que reputan poco menos que á irracionales; se incrementarán por la ilegal estension de terrenos, por la proteccion que allí encuentren los criminales, por la competencia en que entren los productos de la tierra, y por otros motivos que seria inmenso referir. Si no se forman tales colonias, y solo acuden á las capitales un enjambre de míseros aventureros á aguardar se les repartan tierras, y entre tanto quieren aprovecharse de la mal premeditada ley de tolerancia pública de

cultos, para levantar mezquitas, sinagogas, ó convertir templos católicos en protestantes, ¿quién responderá de que nuestro pueblo vea esto con indiferencia, y unido el odio que profesa á los estrangeros, con el celo de defender su religion, no cometa mil atentados contra los que fabriquen esos edificios, vistos con horror por los católicos? ¡Quién responderá, que si algunos de los no pocos casquilucios que hay entre los mismos mexicanos, abrazan las nuevas sectas, por entrar en moda y presumir de despreocupados, no se encienda un odio mortal en las familias? ¿Quién responderá de que interpolada nuestra poblacion católica con poblaciones disidentes, no se interrumpa la jurisdiccion de los obispos, la administracion de sacramentos, la celebracion de la misa, la predicacion del Evangelio en multitud de lugares? ¿Y de esta manera se fortificará por la doctrina y costumbres el culto católico, que es el verdadero; se dispertarán las virtudes y egemplos, se harán desaparecer la hipocresía y el engaño, terminarán para siempre los odios, las divisiones y rencores?

Todo esto se ha premeditado menos que los terrenos que deben darse ó venderse á los colonos; menos que los lugares convenientes para formar las poblaciones; menos que el cálculo de si basta la poblacion actual católica, en nuestra desmembrada República, especialmente la indígena, para acrecentar la poblacion, concediéndole los terrenos baldíos. Si de nada sirve para la resolucion de esas importantes cuestiones, la recomendacion de esa tolerancia con los errores y persecucion á la verdad que hoy se reconoce como "dogma práctico," y que debe establecerse sin hacer caso de los principios de la escuela, por que así lo juzgan conveniente los hombres de Estado; tampoco prueban que las circunstancias actuales de la República sean propias para establecer esa tolerancia, aunque ya no exista la Inquisicion, nadie piense en resucitarla y el siglo presente sea el que une en una masa indigesta y ágria á los hombres de diversas creencias. Ultimamente, si todo esto ha sido obrar con imprevision, suscitar cuestiones que no venian al caso y fundar principios vistos con disgusto en nuestro pais; lejos de que con esa intolerancia, por mas que se preconicen sus bienes y ventajas, se convierta nuestra nacion en el celeste imperio, vuelva la paz á su seno y progresen unidos mexicanos y estrangeros; ella va á ser no la fuente de esta fantástica felicidad, sino el tósigo que destruya nuestra nacionalidad, la raza hispano mexicana y la desgraciada indígena que debe entre nosotros su existencia únicamente á las máximas caritativas, humanas y civilizadoras de la única religion verdadera que es la católica.

Fínjanse pues castillos en el aire; alucínense los hombres del siglo presente con sus deslumbradoras é impracticables teorias; invoquen en su apoyo los egemplos de naciones que en nada se parecen á la nuestra, sacrifíquense los pueblos; desoiganse los consejos de la religion y de la esperiencia, y échense á un lado por atender á los de una filosofía sangrienta y destructora de toda sociedad y órden público: establézcase en fin, con el pretesto de nuestra escasa poblacion, esa tolerancia que arruinará la de los infortunados que Dios en sus altos designios ha elegido para que pueblen este suelo: lloraremos esta desgracia, tendremos la satisfaccion de habernos opuesto contra nuestras débiles fuerzas á los males que deben ser su consecuencia; pero no nos cogerá de nuevo, ni nos sorprenderá que tales proyectos lleguen á tener su verificativo: "Esta, concluiremos con el juicioso historiador de España, esta ha sido la calamidad de todos los tiempos, preferir los intereses privados á los comunes, y tener en mas cualquiera consideracion política que lo que ordena la verdadera religion."--*EE.*

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13.

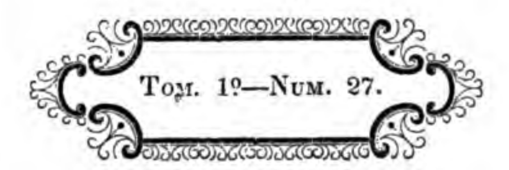


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



Tom. 1º—Num. 27.

MÉXICO.

Tipografia de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

meter en lo mas mínimo sus triunfos y sucesos.

Pero si es cierto que la religion, lejos de ser contraria á los conocimientos humanos, les es favorable por las disposiciones que produce en los que las cultivan, puede ademas afirmarse que ella misma es la *ciencia* por *escelencia*, á la que la mayor parte de las otras se refieren, ó vienen á beber á ella como á su fuente natural y comun. Algunos cortos detalles bastarán para convencernos de ello.

¡Se trata, por egemplo, de la sana *filosofía*, de la que es verdaderamente digna de este bello nombre, y que aprecian todos los amigos de la *sabiduría*? La religion sola la secunda poderosamente en las investigaciones sobre Dios, sobre el alma, sobre todas las existencias, todas las generalidades, todas esas innumerables cadenas de agentes y de efectos, que forman del universo un todo único, y nos conducen á una primera causa que no puede rechazarse sin cerrar los ojos á la luz.

¿Se trata de las *ciencias físicas*, que no contentas con estudiar las obras materiales de la creacion, observar los fenómenos y examinar las relaciones y semejanzas, deben tambien reunirlas bajo ciertas leyes y principios? Jamas los que se ocupan de ellas son mejores y mas útiles observadores, ni atraen sobre sus trabajos un interés mas vivo y mas durable, que cuando nos hablan con un corazon religiosamente conmovido.

¡Se trata de la *cronología*? En los escritos de Moisés es donde ha encontrado sus primeros datos ciertos; y sin esta guia divinamente inspirada, se habria tal vez estraviado con los caldeos, los egipcios y chinos en ese número incalculable de *siglos inventados*, que, como se ha dicho muy bien, *no tienen al tiempo por padre*.

¡Se trata de la *historia*? ¿Cómo sin el auxilio de la Biblia hubiera podido descubrirse la verdad en las brillantes ficciones de la mitología, y al través de las profundas tinieblas en que se hallan envueltos los tiempos fabulosos?

¡Se trata de la *jurisprudencia* y de la *mejora* de las costumbres? Recórranse todos los tratados publicados por los escritores antiguos y modernos sobre estos puntos tan importantes y tan íntimamente ligados á la dicha y prosperidad de los pueblos, y dígasenos, si pudieran hallarse en otra parte que en el Evangelio los mejores principios de legislacion, la mas fuerte sancion de las leyes y los sublimes preceptos de una moral apropiada siempre á la naturaleza y á los destinos del hombre. "¡Cosa admirable! esclama con este motivo *Montesquieu*, la religion cristiana, que no parece tener mas obgeto que la felicidad de la otra vida, constituye no menos nuestra felicidad en esta.... Y le debemos en el gobierno un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes, que jamas la naturaleza humana sabrá debidamente agradecerle.»

¡Se trata, en fin, de la civilizacion? Recordemos lo que eran en la época del paganismo, entre otros, los habitantes de las Galias y de las islas británicas. Aquellos, inmolando á los desgraciados cautivos en las aras de los falsos dioses, y haciéndose notables por su pereza é ineptitud para las artes de la vida civil, al grado de que en boca de Tácito, la *inertia Gallorum* habia pasado en proverbio. Estos, ó los bretones, de los que decia Ciceron en sus cartas á Atico, que no deberia aguardarse encontrar entre ellos ni aun esclavos propios al servicio, porque eran un pueblo grosero y sin ninguna especie de cultura; tanto, que cuando fueron subyugados por Agrícola, sus soldados tuvieron que enseñarles á fabricarse casas y templos: *Hortari privatim, adjuvari publico, ut templa, fora, domus estruerent. Laudando promptos et castigando segnes*. Despues de haber contemplado tan humillante cuadro, véa-

se ahora á los descendientes de estos mismos pueblos, y se les hallará haber llegado á tal grado de actividad, de instruccion, de gusto y de industria, que ninguna nacion los escede: ¿y á quién se deben tales frutos, sino á ese cristianismo, que constantemente ha conducido consigo, por donde quiera que ha penetrado, las artes, las ciencias y las costumbres?

Por otra parte, ninguno puede dudar que lo que ha hecho el Evangelio para sacar á la Europa de la ignorancia y de la barbárie, hace ya cerca de quince siglos, no pueda ya hacerlo hoy, como lo pretenden esos atrevidos fabricantes de sistemas, que incesantemente repiten, "que ha pasado ya su tiempo el cristianismo y llenado su mision, que ha caido para no renacer jamas, porque lo pasado no resucita." Dejemos á los ridículos discípulos del estravagante San-Simon aplaudirse de su ideal triunfo, repitiendo hasta el fastidio estas frases tan lúgubres como embusteras. Entretanto nos muestran de esta manera la augusta religion del Hijo de Dios cómo *espirando* de *vejez*, de *decrepitud é impotencia*, el cristianismo prosigue gloriosamente su carrera, y no continúa menos su obra regeneradora en veinte pueblos diversos; así es que aunque los vientos tempestuosos soplen con furia, y se desencadenen las borrascas, nada hay que temer por él, y por nada deben contarse los proyectos, las amenazas y congeturas de sus enemigos, que hace diez y ocho siglos que han sido confundidos, y puede asegurarse que lo serán todavía, porque jamas faltará la palabra de el que ha dicho: "Enseñad á todas las naciones, y hé aquí que yo estoy con vosotros hasta la *consumacion de los siglos*."

Réstame probar que las ciencias tributan homenage á la religion en recompensa de los servicios que de ella reciben. Si llego á demostrar por hechos incontestables, que en esta materia se ve reinar todavía la armonía mas perfecta entre la religion y las ciencias, ¿no será esto para la revelacion divina un nuevo título que recomiende el respeto y le adquiera la merecida confianza de los mortales?

Al entrar á desenvolver esta segunda idea, no debo disimular una objecion que no dejará de hacérseme, y es que se han visto hombres distinguidos por su saber, constituirse enemigos declarados de la religion, y no emplear su talento sino en desacreditarla y combatirla. Convengo sin dificultad en este hecho, por mas doloroso que pueda ser, asi como en el de que algunas personas, tan piadosas como poco ilustradas, miran con poca cordura las ciencias, con ojos desconfiados ó llenos de desprecio. ¡Pero el uno de estos egemplos prueba acaso mas que el otro? ¡Quién no comprende que pueden concurrir muchas causas para hacer de un sábio un incrédulo! Ya son las pasiones del corazon las que ciegan el alma, ó le sugieren la manía de los sistemas y la loca presuncion de quererlo esplicar todo; ya una escesiva preocupacion y una atencion llevada demasiado esclusivamente sobre un solo objeto, que inspira la indiferencia y aun desprecio hácia los demas obgetos de que no se ocupa; ya en fin la imposibilidad en que se halla el hombre de profundizar al mismo tiempo todas las ciencias; de manera, que aun mereciendo el título de *sábio* bajo ciertos aspectos, no merece menos bajo otros el reproche de *ignorancia* y hasta de *temeridad*, cuando emprende juzgar lo que no conoce.

¡Cuán fácil me seria aplicar estas sencillas reflexiones á muchos de los corifeos de la filosofía mofadora y anti-religiosa del último siglo! Por mucho tiempo se les miró como árbitros supremos del saber y del gusto, y sus nombres solos hacian autoridad, en vez de que, en nuestro siglo, mucho mas positivo, se aprecia su mérito real en su justo valor en materia de inves-

tigaciones concienzudas y de sólida erudicion. ¡Ah! si, en lugar de la *ignorancia* relativa y de la *frivolidad* que los caracterizaron muy frecuentemente, por el juicio mismo de los que por mucho tiempo fueron sus mas celosos admiradores (*) hubiesen tenido un verdadero saber con circunspeccion é imparcialidad; si sobre todo hubieran estado atentos á no admitir nada sino sobre pruebas ciertas, y á no rechazar una verdad de hecho por la sola razon de que la hallaban inesplicable; ellos tambien, no lo dudamos, habrian confirmado con su egemplo esta asercion de un grande hombre, que sugetó el primero las ciencias á la esperiencia y observacion: "poca filosofía conduce á la incredulidad, mucha filosofía vuelve á la religion (†)."

Efectivamente, ¡qué hace el *astrónomo*, cuando con el ausilio de sus instrumentos perfeccionados y sus laboriosos cálculos penetra, por decirlo así, la profundidad de los cielos; cuando descubre en el universo un grandor que asombra la imaginacion; cuando reconoce, con una suerte de espanto, que este mismo universo no es sino uno de los universos sin número, sembrados en el espacio á asombrosas distancias? Ministra á la religion la idea mas magnífica del poder y de la magestad del Criador.

¿Qué hace el *anatómico*, cuando espone el órden tan regular que reina en todos nuestros órganos, las delicadas relaciones que los ligan, los cuidados tan ingeniosos que alejan de ellos la destruccion! Nos pinta con una fuerza irresistible la prevision y la suprema sabiduría de aquel Señor á quien debemos todo lo que somos.

¡Qué hace el *naturalista*, cuando contempla esta multitud de seres organizados que por todas partes pueblan la tierra; cuando nos muestra el mas pequeño espacio ocupado por la vida, bajo mil formas diversas, y correspondiendo á cada una de estas formas los mas apropiados medios de conservacion y placer? Espone á nuestros ojos, con un encanto inesplicable, todos los tesoros de la bondad divina hácia el hombre.

Pero si entre tantos hombres llamados por estado ó por gusto á estudiar y describir las maravillas de la creacion, se hubiesen encontrado algunos materialistas ó ateos, ¿se tendria derecho de concluir que los cielos y la tierra carecen de lengua, y no *cantan la gloria de su Criador* (*)? Esto probaría á lo mas, que hay sordos que no quieren oir, y ciegos voluntarios que no quieren ver. Pudiéramos citar en esta materia mas de un egemplo, y probar hasta la evidencia, que el cristianismo no teme ni las luces ni los descubrimientos modernos.

Es sabido, que el docto Bailly (†) habia trabajado mucho para justificar la cronología remota de los indios, sosteniendo la esactitud y autenticidad de sus tablas astronómicas. Este sistema adquirió en Francia y en toda la Europa una grande celebridad. Hace cuarenta años que el sábio profesor Playfair lo enseñaba públicamente delante de la sociedad real de Edimburgo, y la *Revista* de esta ciudad le prestaba activamente el apoyo de toda su influencia. Ya triunfaba la incredulidad, y parecia que la cronología mosaica no se

(*) Benjamin Constant, que como nos lo dice él mismo en su carta á Mr. Huchet ("Etudes historiques» por Mr. Chateubriand, "prefac. pág. 155») "se vió forzado á retroceder á las ideas religiosas, profundizando los hechos, recogiéndolos de todas partes y estrellándose contra las dificultades sin número que oponen á la incredulidad.» Benjamin Constant no ha titubeado en decir: "Para burlarse con Voltaire á espensas de Ezequiel y del Génesis, es necesario reunir dos cosas que hacen bien triste este placer, la mas profunda "ignorancia» y la "frivolidad» mas deplorable.

(†) "Leves gustus in philosophia movere fortassé ad atheismun, sed pleniores haustus ad religionem reducere.»—Bacon, "De augment. scientiar.» lib. 1. 31.

(*) Psalm. 19. v. 1.

(†) Uno de los sábios franceses víctima del "terror," en 1793.

levantaría mas del descrédito en que habia caido ¡Frívolo y pasagero triunfo! Muy pronto los *Bentley*, los *Laplace*, los *Deslambré*, rectificaron los cálculos de Bailly y probaron que se habia equivocado, de manera que se reconoció que estas mismas tablas indianas, que los Bramines querian hacer subir á *veinte millones de años*, habian sido fabricadas tan recientemente, que apenas tenian ocho siglos.

A pesar de esta derrota, bien pronto se volvió á la carga, principalmente con ocasion del famoso *Zodiaco de Denderah*. Todavia no se ha olvidado todo el partido que Dupuis y sus discípulos esperaron sacar de él, para apoyar sus delirios sobre el orígen de los cultos, y sobre una pretendida civilizacion egipcia bastante anterior á Moisés y aun al diluvio. Su hipótesis ocupó vivamente un gran número de ingenios. "En los periódicos, en los salones, por todas partes en fin, no se hablaba sino del Zodiaco: ¿habeis visto el Zodiaco? ¿qué pensais del Zodiaco? eran preguntas á que no se podia vacilar en responder, só pena de decaer del rango de hombre ó de muger de buen tono, pues que la moda, esta caprichosa soberana, tan poderosa sobre todo en Francia, se dignaba hacer el honor á un monumento de esta antigüedad. de admitirlo un instante en su variable imperio (*).» En el mundo sábio, empero, se hallaron hombres superiores que rectificaron tambien los cálculos de Dupuis y de sus partidarios, y probaron su inesactitud (†); y arqueólogos y artistas profundamente versados en el estudio comparativo de los monumentos antiguos, se convinieron generalmente en dar por edad al Zodiaco la época de la dominacion romana en Egipto (§). Pero aunque la hipótesis que le atribuia una antigüedad de mas de sesenta siglos amenazaba ruina, se osaba todavia sostenerla, y á veces con algunas ventajas. ¡Sin embargo, de un golpe quedó desvanecida como un sueño engañador! Sobre la fachada de los templos arruinados, de uno de los cuales habia sido estraido el Zodiaco, objeto de tantas discusiones, y en medio de las pinturas misteriosas de que estos templos estaban adornados, los cuales se decia, debian encerrar los primeros conocimientos del mundo todavia niño, MM. Letronne y Champollion han leido, uno en *griego*, el otro en *geroglíficos*, que hizo al fin inteligibles (*), los títulos y nombres de Ptolomeo, de Cleopatra y de los emperadores romanos que los habian hecho construir hácia el principio de la era cristiana. ¿Hubo jamas demostracion de la verdad de la Biblia y de la inutilidad de los esfuerzos de los que la atacan, mas notable y completa al mismo tiempo (†)?

¿Y qué no podria decirse todavia de otros preciosos descubrimientos del mismo género, hechos por los dos hermanos Champollion, para quienes, por medio del admirable invento del alfabeto geroglífico, han desaparecido los secretos de los monumentos de arquitectura y *papirus* del Egipto? Antes era un dicho comun, que las Pirámides, yacian veinte siglos sumidas en eterna noche, sin movimiento, sin luz y sin sonido (§); pero ahora podemos asegurar con Chateaubriand: que han recobrado su palabra en el desierto esos antiquísimos mudos (¶) ¡Y en qué otra cosa resalta mas la Providencia que en esas imponentes voces, que despues de un silencio de tres mil seiscientos años, pare-

(*) El abate Greppo—"Essay sur le sistéme hiéroglipyque de Mr. Champollion.»

(†) Biot, Visconti, el abate Testa, etc: "Journal des savans, 1823 y 1824»

(§) MM. Huyot y Gaut, Letronne. "Recherches pour servir á l histoire.»

(*) "Précis du systéme hiéroglipkique des anciens Egypthiens.»

(†) Cellerier, (hijo:) "Origine authentique de l'Ancien-Testament.»

(§) Vingt siécles descendus dans l'éternelle nuit Y sont sans mouvement, sans lumiére et sans (bruit.

(**) "Etudes historiques,» pref.

cen salir de los gigantescos túmulos de los Faraones y del medio de las envolturas de las mómias, para tributar espresamente homenage á la religion, confirmando las narraciones del Génesis y del Exodo? Hace muy poco que MM. Champollion (el jóven) y Lenormant han recorrido el Egipto de Norte á Mediodia, y á pesar de sus infatigables esploraciones nada han podide descubrir que remontase mas allá de la época de Abraham, y por lo que mira á los tiempos anteriores no han encontrado en los monumentos, asi como en Manethon, sino ruinas y fábulas. Al contrario, todos los documentos esplorados ahora ó que ya habian reconocido en Europa antes de su partida, han demostrado las narraciones de Moises, ó ilustrado ciertos pasages tenidos hasta aquí por obscuros, ó sugetos á disputas. Esto supuesto, ya no preguntaría hoy Voltaire, cómo y sobre que materia ha podido escribir el Pentateuco el legislador de los hebreos, pues se tiene la prueba que en su tjempo ya se escribia sobre el *papirus*. Tampoco preguntaria cómo el sacrificador Hilkifa pudo encontrar en el templo de Jerusalen, despues de un intervalo de cerca de mil años, el autógrafo de la ley divina, porque *papirus* y contratos de la época de los Faraones subsisten y son legibles todavia. No preguntaria, cómo Moises ha podido hacer egecutar en el desierto tantos objetos del arte para el Tabernáculo, los vasos y vestiduras sagradas, pues entónces todas las artes florecian en Egipto, donde Moises pudo tomar conocimiento de ellas (*). Ya no preguntaría si Esdras ha forjado los libros santos cuya conclusion formó; porque si estos libros eran obra de la impostura, ¡cómo habria podido falsificarse la historia escrita y monumental de Egipto, para hacerla coincidir con ellos en una multitud de circunstancias y de fechas esenciales! Pero bastante hemos dicho sobre una materia tan vasta: agreguemos solamente, antes de concluir, algunas observaciones sacadas de la *geologia*.

Esta hermosa ciencia tadavia es muy nueva, ha nacido, por decirlo asi ayer, y con todo ya ha pagado su noble tributo á la religion contra la que se dirigian muy frecuentemente sus laboriosas, aunque imperfectas investigaciones.

En efecto, no se ha olvidado que los incrédulos, despues de haber agotado vanamente su arsenal de argumentos metafísicos, han recurrido á ataques de un nuevo género. Asombrados de la obscuridad y contradiccion que observan en los diversos sistemas por los que se procuraba despues de mucho tiempo esplicar el orígen y composicion de nuestro globo, convirtieron muchos hácia esta parte la actividad de su ingenio. Esploraron las riberas de los rios y de los mares, las capas de las montañas, las entrañas de la tierra; y, parecidos á los gigantes de la mitología, creyeron haber tomado en su comun madre fuerzas suficientes para combatir al Todopoderoso y su palabra de verdad. La mayor parte de los escritores escépticos del siglo pasado fueron seducidos por las objeciones de esos géologos de su tiempo. El patriarca de Ferney, mas bien que creer en el diluvio, quiso mejor admitir que las cosechas y pescados petrificados hallados á grandes distancias de la mar habian sido llevados allí por los viageros.

Un canónigo llamado *Recúpero*, que ha escrito la historia del monte Etna, se imaginó, segun algunos datos evidentemente defectuosos, que necesitaba dos mil años una capa de lava para hacerse propia á la vegetacion; y como en una cueva cerca de Jali se descubrian señales ciertas de

(*) Mr. Eusebio Salverte, no dándole ningun cuidado contradecir á Voltaire, que disputa á Moisés hasta saber escribir, nos presenta al hijo adoptivo de la hija de Faraon, en una obra moderna, como un génio superior que conocia "el uso de la pólvora," etc. ¡Cuántas contradicciones en los escritos de los adversarios del cristianismo!

siete capas distintas sobrepuestas, cuyas superficies son paralelas, y la mayor parte estaban cubiertas en apariencias de un lecho de tierra vegetal, se concluyó de aquí que la primera capa habia debido fluir á lo menos catorce mil años hacia. Asombrado sin duda de semejante conclusion, el obispo de Recúpero le recomendó, se dice, muy sériamente, pensase muy bien en no hacer á su montaña mas antigua que Moises habia hecho el mundo. El dia de hoy que un viagero géologo (*) ha demostrado, sobre los mismos lugares, que la congetura del buen canónigo era sin ningun fundamento, ninguno participa ya, gracias á los progresos de la ciencia, de las alarmas de su obispo. Por otra parte ¿no se sabe que Herculano está cubierta tambien de siete capas de lavas del Vesubio, que tienen entre sí venas de *buena tierra*, y que sin embargo no hace mas que mil setecientos y sesenta y cinco años que la mas profunda de estas capas ha sepultado á esa desgraciada ciudad?

Hay en particular un punto de crítica sagrada que se refiere á la idea que desenvuelvo, y sobre el cual han disputado por mucho tiempo los téologos, á pesar de los numerosos comentarios destinados á ilustrarlo (†): quiero hablar del verdadero sentido que debe darse á los primeros versículos del Génesis. Despues de no haberse visto sino una creacion única, se vino á congeturar, segun la significacion de algunas palabras hebreas, que era necesario establecer una distincion entre la creacion primitiva del universo y la conformacion progresiva de nuestro globo (§). Los trabajos, aunque muy imperfectos, de los primeros géologos, hacian ya necesaria esta distincion; pero los *seis dias* de esta creacion, referida sumariamente por Moisés, presentaban bastantes dificultades insolubles; de lo que resultaban dudas que parecian atacar á la autoridad divina de la Biblia. Las personas piadosas, que sin renunciar á la ciencia de la salvacion, cultivan al mismo tiempo las ciencias humanas, y hacen profesion de creer que las verdades reveladas no podrian estar en contradiccion con las que los sentidos nos manifiestan, ó la razon nos demuestra, miraban con dolor á los detractores de los libros santos tomar en el mas antiguo de todos, las principales armas de que se servian para atacarlos: esto hizo tomar un grande empeño en los estudios geológicos, y esta ciencia tomó un nuevo aspecto. La antigüedad material del globo ha sido inmensamente estendida: las antiguas teorías, que frecuentemente se destruian entre sí y se neutralizaban mútuamente, han cedido á observaciones incontestables, y los adversarios del Antiguo testamento han creido ver abismada la verdad del Génesis para siempre con la antigua ciencia. Sin embargo ¿qué ha sucedido? La nueva ciencia, perfeccionada con la mas loable emulacion por una multitud de sábios franceses y estrangeros, y tal cual ha salido de las manos del célebre Mr. Cuvier (*) es cierto que parece haber rechazado la esplicacion vulgar y literal de los *seis dias*; pero, en vez de convencer al Génesis de mentira y de perjudicar en nada la doctrina ortodoxa, nos ha dado un comentario tan admirable como plausible (†), mas propia

(*) El doctor Daubiny.

(†) Puede verse la larga lista de estos en la "Biblioteca sagrada de Calmet.»

(§) "Dissertation sur le vraie systéme du monde, etc., par D. Encombre.»

(*) Véanse sus "Recherches sur les ossemens fossiles,» y sobre todo el discurso preliminar "sur les revolutions du globe.»

(†) La cronologia de Moises data menos del instante de la creacion de la materia, que desde la del hombre, de manera que remonta menos al orígen mismo del globo, que al de la especie humana: así es que tenemos derecho para decir á los géologos: "Hojead cuanto quisiereis en las entrañas de la tierra; si vuestras observaciones no solicitan otra cosa sino que los dias de la creacion no sean mas largos que nuestros dias ordinarios, nosotros proseguiremos en seguir la opinion recibida hasta aquí sobre la duracion de estos dias. Si descubris, al contrario, de una

que todas las disertaciones críticas á llenarla de confianza y de respeto. Ella nos ha descubierto, antes del nacimiento del hombre y la última organizacion del globo, largos períodos, en que el Dios de la naturaleza revestia sucesivamente su obra de formas diversas y progresivas; preparando así lentamente el imperio del hombre inteligente y moral; antes de este, el globo es ocupado por el caos de las olas, despues por vegetales monstruosos, luego por reptiles gigantescos, y despues por mammíferos enormes aunque análogos á los nuestros. Estas no son simples congeturas ó hipótesis brillantes mas ó menos avanzadas, sino hechos generalmente admitidos y difíciles de negar. Efectivamente, cuando guiado por la geología examina cualquiera con atencion la cubierta sólida de nuestra tierra, queda convencido de que despues de las capas de granito, que anuncian que á la época de su formacion ningun ser organizado habia aparecido todavía, se encuentran los vegetales en fragmentos ó petrificaciones (*Gén* 1 v. 11), elevándose á las capas superiores. se descubren las conchas y restos de pescado, (*Ib.* v. 20 y 21) y succesivamente los restos de grandes reptiles y huesos de cuadrúpedos (*Ib.* v, 24 y 25). Demostrando de esta suerte el perfecto acuerdo de los dias ó épocas mencionadas por el historiador sagrado, con las grandes épocas de la naturaleza, en medio de este vasto cementerio, triste amontonamiento de ruinas de un mundo primitivo, busca el hombre con un vivo interés y aun con inquietud, los restos de su semejante; pregunta sin suceso, á lo menos hasta aquí, los anales de los siglos, ellos le responden, que el hombre criado al último (*Ib.* v. 26 y 27), no ha sido envuelto en estas espantosas catástrofes (*), porque entonces Dios, segun todas las apariencias, no le habia dado todavia la vida.

"Así pues, esclama con este motivo un profesor, esta misteriosa historia de la creacion, sepultada en los abismos de lo pasado; este secreto infinito que ningun ojo ha podido ver, este secreto que despues de haber sido sumergido durante millares de años en las entrañas de la tierra, no ha sido sacado de alli sino en nuestros dias con las hosamentas de los *mastodontes y megalosauros*: este secreto lo poseia Moises y lo escribió en su libro....... ¿Dónde lo habia encontrado? ¿Quién habia dirigido su pluma? Se han buscado pobres soluciones á este admirable problema; y sea lo que se fuere de la ciencia de Moises, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, no pueden esplicarse bastante bien tales geroglíficos. Los sacerdotes del Egipto no habian seguramente escedido á nuestro siglo XIX en el estudio de la geología; y no es verosimil que los sábios descubran jamas en sus *papirus* la obra de Mr. Cuvier, ni cosa que se le parezca. No, solo una intervencion divina es quien puede esplicar este misterio; y Moises no lo ha conocido sino por haberlo aprendido del mismo Dios que le inspiraba."

De todo lo que se acaba de decir se deduce esta consecuencia bien consoladora para el hombre instruido y amigo sincero del cristianismo, y es, que verdaderamente nada debemos temer de los nuevos descubrimientos científicos, y ¡por qué los

manera evidente, que el globo terrestre, con sus plantas y animales, debe ser mucho mas antiguo que el género humano, el Génesis nada tendrá que contradecir á este descubrimiento, porque os permite ver, en cada uno de estos seis dias, otros tantos períodos de tiempos indeterminados; y entonces vuestros descubrimientos serán el comentario que esplique un pasage cuyo sentido no está enteramente fijado»—M. Frayssinous: "Conferencia sobre Moisés, considerado como historiador de los tiempos primitivos."

(*) Otra esplicacion no menos racional que erudita y católica, ha dado otro escritor á estos fenómenos. Véase le obra titulada: "Moises y los géologos."—T.

temeremos como peligrosos á la fé! ¡El Dios de la naturaleza no es al mismo tiempo el de la religion? ¡Y no estamos seguros de antemano, que siempre reinará el mas profundo acuerdo entre sus diversas obras? La religion no quiere sino la verdad, y esta es tambien el objeto esencial de los conocimientos humanos. Tan lejos, pues, de tener celos de los descubrimientos de los verdaderos sábios, hacemos por ellos los mas sinceros votos, habiéndonos enseñado la esperiencia, que confirmarán constantemente las narraciones de nuestros libros sagrados, y que á lo mas podran hacer apercibir el verdadero sentido de algunos pasages oscuros, que hasta entonces habrian podido ser disputados ó mal comprendidos. Si pues alguna dificultad ó contradiccion aparente se presenta alguna vez á producir embarazo á algun tímido creyente, asegúrese y tranquilícese; el tiempo y el verdadero saber le aclarará el misterio que no puede comprender en lo pronto. Una generacion pasa y otra viene (*). Pero el género humano subsiste. El que ha dicho: *Yo soy la luz del mundo* (†) vive y reina eternamente, sin ninguna duda cumplirá su promesa, y la oscuridad aparente que queda todavia, quedará mas ó menos pronto disipada.

(*Le nouveau Conservateur belge.*)

(*) "Eccles." cap. 1, v. 4.
(†) "Joann." cap. 8, v. 12.

DEL ESTUDIO DE LA MEDICINA EN SUS RELACIONES RELIGIOSAS.

A medida que las generaciones se corrompen, el materialismo invade poco á poco el dominio de todas las ciencias, aun las que parecen mas íntimamente ligadas á la creencia de un Dios, y así es como las mas honrosas profesiones se envilecen insensiblemente, y en vez de ser saludables á la humanidad, se convierten en su vergüenza y ruina. Para probar que no caimos en una culpable exageracion, nos bastará considerar en este artículo una ciencia que en alguna manera es la reunion y aplicacion de todas las demas, la *medicina*. Los mayores médicos de la antigüedad, y aun de los siglos que han precedido al XVIII, han sido recomendables todos por su piedad; pero en nuestros dias, la medicina, que lejos de conducir á la impiedad por sí misma, deberia ministrar las armas mas poderosas para combatirla, no es con la mayor frecuencia, sino una escuela de incredulidad; y los pormenores en que pudiéramos entrar sobre las lecciones de mas de un gefe de esta escuela moderna, serian muy propios para hacer ver hasta qué punto de envilecimiento puede bajar el hombre, cuando estraviado por una falsa filosofía y ciego por sus pasiones, se atreve á profesar públicamente el materialismo entre los médicos. Desgraciadamente es un hecho incontestable, que gran de número de éstos no creen la inmaterialidad del alma, y que para ellos no es otra cosa el hombre que una máquina mas ó menos organizada, que no piensa sino por resortes ni obra mas que por instinto, y cuya muerte produce su entera disolucion, sin que sobreviva nada á este cadáver, que en su opinion es todo el hombre, sino las fibras que consulta su escalpelo. Acaso no hay clase alguna de la sociedad en que sea mas universal esta creencia, lo que tal vez consiste en que por ventura no hay otra en que sea tan fácil corromperse y en

que la falta de religion favorezca mas la inmoralidad. Bien sé que aun se cuentan no pocos médicos, no menos distinguidos por sus creencias religiosas que por su profundo saber en el arte de curar; pero estos no son ciertamente los que hácen alarde del materialismo, renuevan el sistema de Epicuro y lo revisten de formas mas ó menos brillantes. Estos, repito, lejos de trastornar la base de las creencias universales y de insultar á nuestros mortales despojos, reflexionan atentamente, que si el interes de la ciencia exige que ellos sirvan á la perfeccion del arte y á la instruccion de los que abrazan la carrera, se deben á lo menos manejar con respeto en presencia de la muerte, recordando que ese cadáver tiene aún algo de sagrado, y que ha sido el santuario de una alma inmortal. Pero cuando se ve diariamente verter mil proposiciones infames á jóvenes rodeados de esos restos, cuyo aspecto no deberia inspirarles sino pensamientos graves y severos, cuando se les mira ultrajar esos despojos del hombre, con desprecio de todo pudor, y blasfemar á Dios cerca de los objetos los mas apropiados para hacerles conocer su poder y su propia nada, ¿qué deberá pensarse de una generacion que se educa con tales ideas y semejantes lecciones, y qué esperar ademas de un arte egercido, con la mayor frecuencia, por hombres llenos de un sumo desprecio hácia Dios y hácia la humanidad? Digámoslo con franqueza, el que es capaz de burlarse de un cadáver, está muy próximo á hacer mofa de las miserias de sus semejantes. ¿Y cómo se quiere que el médico sea sensible á nuestros males, respete nuestras debilidades y conozca la importancia de sus deberes; cómo se quiere que tema aventurar operaciones peligrosas, y asista á sus enfermos con aquella delicadeza de conciencia que conoce la terrible responsabilidad que gravita sobre sí, si reputa al hombre como un *bruto*, sobre quien puede hacer sus esperiencias, lo mismo que se ensaya sobre un animal el efecto de un veneno! No olvidemos que mientras mas vil es el hombre á nuestros ojos, menos nos interesamos en su destino, y que un profundo menosprecio por la humanidad es el carácter de un corazon insensible y cruel. ¡Y qué hay mas capaz de degradar á la naturaleza humana que ese impuro materialismo, que hace del hombre un ser sin Dios, sin leyes y sin temor de una vida futura! ¡Qué cosa es mas propia para desecar el alma y estinguir el amor de los hombres, que esa doctrina insensata que deprime al nivel de la béstia la imágen de Dios sobre la tierra!

¡Y qué otro es el fundamento de esa doctrina? ¡Serán estos los nuevos descubrimientos de que se há enriquecido la ciencia? No, ciertamente, y sin embargo, así se creeria segun el tono dogmático y decisivo que reina en los cursos públicos. Uno nos dice que "todos los actos de la inteligencia toman su orígen en causas puramente físicas;" otro, que "el cerebro digiere el pensamiento, como el estómago y los intestinos los alimentos, y que el enlace de las ideas no es sino la dependencia mecánica ó química de los movimientos orgánicos; que la accion de pensar ó de sentir es un efecto particular de la accion de movernos, y que la ideologia es como una rama de la física animal." Este "que el cerebro produce el entendimiento humano;" aquel, "que el pensamiento no es sino el resultado de una secrecion de este órgano, y el efecto inmediato de la accion cerebral." Casi todos concuerdan en mirar la moral del hombre como efecto de la materia organizada. Asi es, pues, que en un anfiteatro de diseccion es donde el hombre en adelante deberá estudiar sus facultades é instruirse en sus destinos. Pero si el hombre no es sino la combinacion química de algunos elementos materiales, debe volver á la nada tan luego como estos se separan. De esta manera la inteligen-

cia y el pensamiento van á estinguirse como una chispa fugitiva, y véase todo el sistema de nuestros modernos sábios. Segun ellos, el pensamiento no es producido sino por el movimiento casual é involuntario de las fibras del cerebro, á fin de establecer que no hay en él ni vicio ni virtud, ó mas claro, que "la mas elevada virtud, como el vicio mas vergonzoso, es en nosotros el efecto del placer mas ó menos vivo que hallamos en practicarla." Así es como hacen depender las mas sublímes concepciones del genio, los mas heróicos sacrificios de la caridad, ó la mas vil insensibilidad del egoismo, del estado del *estómago* ó del *abdomen*.

Puede juzgarse, segun estos principios, cuán inútiles serán los esfuerzos de los moralistas, sin el socorro de la medicina, para entregarnos á la virtud. ¡Qué serán todos los preceptos de la moral al lado de un medicamento bien preparado? La mejor educacion estribará siempre en el mejor régimen, y si es cierto que, "por el efecto de ciertas enfermedades, hombres habitualmente duros y malvados, se convierten en sensibles y buenos," aquel miserable que espiró por sus delitos en la horca, acaso no tenia necesidad sino de un buen médico para volverse un hombre honrado.

Un filósofo bastante conocido se preguntaba con una sencillez llena de candor: "el estado de alegría causado por una noticia grata, ó por algunos vasos de vino ¿no es el mismo? Para mí, confieso que me ha sucedido frecuentemente no poder discernir si el sentimiento penoso que esperimentaba, era efecto de las circunstancias tristes en que me hallaba, ó del actual desarreglo de mi digestion." Véasenos pues reducidos á no poder distinguir el sentimiento de nuestras penas morales, del trabajo de nuestra digestion, y á no saber cuándo necesitamos de los consuelos de la amistad, ó de los auxilios de la medicina. Segun estas doctrinas, era natural que la investigacion del orígen y del desarrollo de nuestras facultades entrara en el dominio de la cirugía. El nuevo metafísico, armado del escalpelo, ha interrogado á la muerte sobre los misterios de la vida; creyendo arrancar á un cadáver los secretos de la inteligencia, ha penetrado con un ojo ávido en el helado laberinto de nuestros sentidos, pero no hallando allí nada de alma, ha desgarrado algunas fibras, analizado algunas sales, desprendido algunos gazes y ha esclamado: ¡hé aquí todo el hombre!

¡Deberá asombrar segun esto, que la mayor parte de los médicos hayan concluido que la *materia puedepensar*, y que todo muere con ella? ¡Se estrañará que un filósofo haya envilecido á la naturaleza humana hasta pretender que era hacer *mucho honor al hombre el colocarlo en la clase de los animales*: que otro se haya contentado con decir: *que entre su perro y él no habia mas diferencia que el vestido*: que otro, en fin, haya llevado el delirio del materialismo hasta irritarse de que Dios lo hubiese puesto, por su inteligencia, sobre la bestia, y haya osado pronunciar estas furiosas palabras: *el hombre que piensa es un animal depravado*, como si hubiera querido sepultarse en un todo en la materia?

Véanse las funestas doctrinas que se siembran entre la juventud: he aquí los principios que nuestros jóvenes estudiantes van á aprender en el santuario de las ciencias. ¡Ah! si el médico, al estudiar nuestras enfermedades, considerase dentro de sí mismo que Dios es el médico supremo, que solo de él depende la vida y la muerte, que su providencia permite sin duda que el hombre pueda hallar remedios en la naturaleza y en los socorros del arte; pero que no por eso deja ser menos el árbitro soberano de nuestros destinos; si últimamente los dirigiese siempre la reli-

gion así en sus sábias investigaciones, como en las lecciones que dan á sus discípulos, ¿se verían los desórdenes que acabamos de indicar, y la medicina en vez de ser una ciencia de corrupcion y ateismo, no seria, al contrario, un aprendizage de humanidad y de sumision á las leyes divinas, y un poderoso medio para conocer y apreciar la sabiduría, la grandeza y la bondad de Dios? Es pues de desearse, que se trabaje en mejorar esta parte de la instruccion pública, vigilándose de una manera especial unos estudios en que es tan fácil corromperse. Y en efecto, nosotros osamos preguntar: aquel jóven, en medio de un anfiteatro, en que muy pronto se familiariza con la muerte, entre unos condiscípulos que con bastante frecuencia le han enseñado á divertirse friamente con cuanto vé, manejando libros mas ó menos infectos de neto materialismo, y en que frecuentemente la ciencia no está tan casta y tan severa como debia serlo, y en que no se habla sino de sentidos que contemplar é instintos que satisfacer, ¿ese jóven no se hará muy en breve impio y libertino, si no tiene una fé robusta, sino lleva al estudio de nuestra organizacion natural, un corazon puro, para conservarlo en pensamientos graves y sérios, y el temor de Dios para enseñarlo á respetar todo lo que es respetable? Ni se diga que esto es insultar una profesion tan noble como útil en sí misma, ¡ojalá no se encontrasen entre los que la abrazan tantos hombres de costumbres corrompidas, cuando su estado y carácter los obligan á la mas severa moral!

Acaso se dirá, ¿qué importa que un médico sea materialista y ateo con tal que posea bien su profesion? Un médico no está encargado de convertir á los hombres, sino de curarlos. Nada mas fácil que responder á esta miserable obgecion. La profesion del médico es una especie de sacerdocio, en cuyo ejercicio no es menos esencial tener el corazon, los ojos y las manos puras, ser humano, compasivo, y discreto que en el del ministerio eclesiástico. ¡Y estas costumbres no son incompatibles con las doctrinas del materialismo? El que no ve en el hombre únicamente sino sentidos que contemplar é instintos que satisfacer, ¿está dispuesto á respetar siempre la decencia? Quien cree que el placer y el dolor constituyen solo la distincion entre el vicio y la virtud, ¿se hará escrúpulo en abusar de la confianza que se le concede? El que mira al hombre como un vil animal, como un ser puramente sensible, ¿sabrá compadecer bastante nuestras miserias, y llenar sus deberes con esa dulce é indulgente humanidad, que suple tantas ocasiones á la impotencia del arte con los consuelos de la caridad? Quien no tiene conciencia ¿será bastante fiel para guardar los secretos de que las familias lo hacen depositario? En fin un ateo y un libertino ¿es propio para inspirar confianza al hombre de bien que lo introduce en su casa para hacerlo confidente de sus males, guardian de la salud de sus hijos y desinteresado bienhechor de lo que le es mas caro? Sin duda no se pueden pagar demasiado los cuidados prestados por un hombre hábil y concienzudo; ¿pero la codicia mercantil de algunos doctores no calcula sobre los males públicos y sobre las fortunas particulares? ¡Y existirian estos desórdenes, si el médico, penetrado de los sentimientos de la religion y de la moral sublime, no se acercase jamas á su enfermo, sin demandar á Dios bendiga sus tareas; y si el deseo de ser útil á sus semejantes fuese la principal y como la única vocacion del que abraza esta hermosa carrera? Y si todavia se pregunta de qué sirve á un médico ser religioso; yo responderé, que esto le impedirá ser un corruptor y un especulador codicioso y cruel. Si fuere religioso, será bueno, casto, desinteresado, y la sociedad se aprovechará de sus virtudes y talentos.

Por otra parte, hay que presentar una consideracion importante, y será la última. En ese momento terrible en que el enfermo se aproxima á su hora postrera, y en que los socorros del arte ya son inútiles, el médico, hombre de bien, puede prestar un inestimable servicio al que se vé obligado á abandonar, advirtiendo á la familia que el único ministerio que reclama en adelante el moribundo, es el de un sacerdote, mezclando en sus discursos, algunas palabras sobre la eternidad. Estos deberes, se creian obligados á desempeñar los médicos de otros tiempos, porque no se desdeñaban de ser cristianos; pero hoy se tendrian por deshonrados, si dejaran pensar que creen en la inmortalidad del alma y en la vida futura. Para la mayor parte de ellos lo presente es todo, el porvenir un sueño, y la eternidad una quimera.

(*Anales de la filosofia cristiana.*)

EL JUDIO ERRANTE.

PARTE PRIMERA.

OBSERVACION IX.

CONCLUSION.

Es preciso acabar. El mismo JUDIO ERRANTE, ese andador infatigable, ha hecho alto (*), y tal vez podemos felicitarnos de haber contribuido á darle este instante de reposo. Hagamos tambien alto, sin perjuicio de que mas adelante emprendamos con él nuestro viage, en el caso de que aun encontremos algunas verdades útiles que decirle. La crítica ha llegado á aquel momento difícil, cuando despues de juzgar á los demas, va á juzgarse á sí misma. Ella va á descender del modesto tribunal cuyas sentencias, débiles y caducas cuando no tienen mas fuerza que el individuo que las pronuncia, pueden hacerse omnipotentes cuando la razon general las adopta y la conciencia pública las reviste de su sancion; y al descender de ese tribunal, la crítica se pregunta á sí misma si ha llenado su mision.

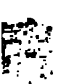
Por lo menos lo que la crítica puede afirmar, es, que ha pronunciado sus fallos concienzudamente, sin parcialidad y sin encono: ella ha dicho la verdad que era favorable al autor, lo mismo que la verdad que le era adversa: donde quiera que ha encontrado el talento del escritor, no lo ha negado, ni siquiera ha tratado de disminuirlo. Si ha dejado de llenar su tarea en alguna parte, su falta ha procedido de su insuficiencia, y de las tristes condiciones á que se halla sometido el trabajo intelectual en un siglo de lucha y de combate, en el cual nada puede hacerse sin mil interrupciones, y cuando la reflexion procura en vano aislarse de la corriente general que arrastra á los hombres y á las cosas, para profundizar debidamente una materia. Si la crítica no ha dicho todo lo que debia, á lo menos ha indicado algunos lados de las numerosas cuestiones que la obra de Mr. Süe ha provocado.

Ella ha estudiado la obra en cuestion, bajo el punto de vista artístico, y ha ma-

(*) *El autor alude al intervalo en que la publicacion del* JUDIO ERRANTE *estuvo interrumpida, despues de concluidos los primeros cuatro tomos.*--T.

nifestado, que el mérito del libro era muy inferior al éxito que habia obtenido. El plan se le presentó al momento con su ridiculez incomparable: la lucha de los descendientes del JUDIO ERRANTE contra los jesuitas que les disputan una herencia inmensa, lucha en la cual esos descendientes son socorridos alternativamente por el mismo JUDIO ERRANTE y por la sangrienta bailarina del banquete de Herodes, que diez y ocho siglos atras pidió la cabeza del Bautista por premio de sus graciosas piruetas.

En la ejecucion de ese plan ridículo, la crítica se ha visto obligada á señalar, casi en todas las páginas de la obra, la torpeza é inutilidad de los sucesos maravillosos de que el autor ha querido echar mano. ¿Cómo podia tolerarse ese espectáculo de la vida fantástica al lado de la vida real y positiva; lo fantástico, que no pudiendo existir sino en las tinieblas, se le hace existir á la luz del sol; de la leyenda del JUDIO ERRANTE puesta en contacto con hechos históricos de nuestros dias, y con personages contemporáneos?--La crítica ha manifestado lo incoherente y contradictorio de esta falsa precision, y en esta pretendida esactitud del autor (que quiere probar que el interes compuesto ha podido elevar hasta la suma enorme de 212 millones, la cantidad moderada de 150,000 francos que fueron depositados al fin del reinado de Luis XIV), puestas en contacto con la intervencion fantástica del JUDIO ERRANTE, y aun de la JUDIA ERRANTE, cuya leyenda es desconocida casi de todo el mundo y que por consiguiente no está admitida. La crítica se ha quejado, por consiguiente, de ese matrimonio entre la aritmética y la imaginacion de *Baremé* y de las *Mil y una noches*, que convertia á la lámpara de Aladin en una tabla de interes compuesto.



Y ademas ¿por qué el JUDIO ERRANTE, ese pretendido héroe de la pieza, ha sido relegado al segundo término, y reducido á representar un papel subalterno? y ¿cuál es el verdadero papel que desempeña? El de comisionado de los demas personages; nada mas. ¿A qué vienen esas apariciones, tan inútiles y tan sin motivo, y á qué emplear esas enormes máquinas para producir efectos tan pequeños? Horacio y la razon han dicho que la presencia del dios en el drama, debia justificarse con su grande interes; y jamas ha habido regla peor observada. ¿Por qué el JUDIO ERRANTE sirve de escala de mano á los herederos de Rennepont siempre que se hallan encarcelados, cuando podia hacerlo otra persona cualquiera? ¿Por qué Herodías viene á propósito de la América del Norte, para indicar un codicilo del testamento de Rennepont, que el acaso mas vulgar podia haber hecho descubrir? Dejando á salvo el increible ridículo de esta *aparicion* ante escribano (porque nosotros sabiamos que ante escribano se *comparece*, pero no que se *aparece*); dejando á salvo el ridículo, esa idea graciosa y estravagante tiene el inconveniente de que Mr. Süe haya agraviado gravemente á Mata-Alegría, el digno perro de la Siberia, que podia haber tratado á Rodin como trató al dogo pérfido y gruñidor de Madama Grivois, el análogo á cuatro patas del *hombre vírgen y feo* de la calle du Milieu-des-Ursins, y de este modo hubiera ahorrado á Herodías aquel larguísimo viage, y hubiera producido igualmente una peripecia.

Si pasamos de lo sobrenatural á lo natural encontramos defectos no menos graves. En primer lugar, nos encontramos con un vicio capital, que resulta del plan mismo de la obra. Como el desenlace depende de que se reunan en Paris cinco individuos que los jesuitas quieren apartar, el resorte del interes de estos cuatro volúmenes es siempre el mismo. Trátase de unos hombres á quienes se quiere detener; que se escapan, y que vuelven á ser de-

tenidos; lo que produce una monotonía enfadosa. Este vicio se agrava estraordinariamente con las enormes inverosimilitudes que el autor acumula para producir esos repetidos arrestos y evasiones. Viene en seguida la contradiccion chocante entre el modo como el autor ha pintado á los jesuitas, y el modo como los pone en accion. Cuando habla de ellos, son en estremo hábiles y astutos; cuando los pone en accion, son en estremo torpes y majaderos. Capaces de cometer todos los crímenes imaginables, los jesuitas son sin embargo tan tímidos y tan mal inspirados, que cuando se trata de un negocio el mas importante para ellos, no saben emplear mas que medios despreciables, incapaces de producir el resultado que anhelan.

En vano Mr. Süe ha procurado, por medio de un cambio de frente, arrojar sobre los hombros del abate Agrigny los defectos de composicion de que la crítica acusaba al autor con justicia. Este espediente de un escritor en derrota, nada ha cambiado á la monotonía del resorte de los cuatro primeros volúmenes, y por consiguiente en nada modifica el tedio y la saciedad que esta monotonía produce. Ademas, siempre le quedan á Mr. Süe que esplicar dos cosas inesplicables, á saber: ¿por qué ha pintado al abate de Agrigny, en los tres primeros tomos de la obra, como el demonio de la astucia y del engaño y como el genio del mal, si en el cuarto tomo debia representarlo como un necio, incapaz, y colocarlo mucho mas abajo que el innoble Rodin? ¿Cómo se justifica esta contradiccion y esta falta de coherencia en un mismo personage?

Y aun cuando quisiésemos cerrar los ojos á tamaña inconsecuencia, ¿cómo podriamos esplicar la estraña torpeza de los jesuitas, esos hombres tan hábiles, segun Mr. Süe, que escogieran á un imbécil como representante suyo, en el negocio mas importaute de la época? ¿cómo esplicar esa inconcebible incuria de los jesuitas, que segun Mr. Süe son los hombres mas activos y vigilantes del universo, esa incuria incomprensible en mantener al frente de aquel importante negocio á un hombre que ha cometido tantas faltas, y que puede echarlo á perder todo? La misma observacion tenemos que hacer con respecto á Rodin. Si era un hombre tan hábil, ¡cómo ha podido dejar que el abate Agrigny cometa tantas torpezas, que comprometa el éxito del negocio, cuando le era tan fácil quitarle la direccion con los poderes secretos que tenia? Si Rodin es tan esperto en el arte de escitar y esplotar las pasiones, y si desprecia los medios violentos, ¿á qué fin se le ha pintado, en la primera parte de la obra, como un hombre violento que se precipitaba al mal de un modo brutal; como una especie de galopin, sin conocimienlo del mundo, y que, por consiguiente, debia ignorar el arte difícil de trabajar sobre las pasiones y sobre las ideas?

Añadid á estas observaciones críticas, las que se presentan naturalmente sobre el estilo, recargado de una especie de énfasis de mal gusto donde quiera que el autor ha querido hacerlo poético ó elevado; bastante fácil, aunque sin correccion y sin carácter en la mayor parte del libro, pero degradado hasta lo mas inmundo del lenguage tabernario, cuando el autor quiere pintar las costumbres de las clases populares.

Tales han sido las observaciones de la crítica al tratar de la cuestion del arte. Es fácil ver que estas observaciones afectan el fondo y la forma de la obra, y que nada dejan intacto sino las escenas del pormenor y los caracteres particulares. Resulta pues, que como obra de arte, la composicion de Mr. Süe es en estremo imperfecta: á pesar de las verdaderas bellezas, seria imposible atribuir su buen éxito á su mérito. ¿A qué debe atribuirse, pues, este éxito?

Aquí la crítica ha tenido que indicar las máquinas que Mr. Süe ha tenido que poner en movimiento para obtener ese éxito fuera de la literatura. El arte, del cual no querian servirse los puritanos literarios ni aun para auxiliar á la moral, temiendo rebajarlo ó degradarlo en manos de Mr. Süe, se ha convertido en cómplice de la polít.-ca; ¡y de qué política!--El JUDIO ERRANTE se ha impuesto la comision de preparar un terreno para el ministério Thiers, contribuyendo á desarrollar y popularizar el movimiento contra el clero; ese movimiento á que dieron lugar los atolondramientos elocuentes de Mr. de Montalembert y su inclinacion antifrancesa por el ultramontanismo, y que fué despues propagado por algunos escritores universitarios en algunos libros de polémica histórica, pero que no habia descendido todavía hasta las masas. El primer medio de que se ha valido Mr. Süe para obtener ese éxito, ha sido, pues, la esplotacion de las pasiones contra los jesuitas; y con el ausilio de una [illegible] fácil de establecer, la de las pasiones [illegible] el clero y contra el catolicismo [illegible] ha servido á este movimiento, á la vez que se servia de él. Su segundo medio ha sido un llamamiento á las ideas militares, la resurreccion de las pasiones del imperio, ligadas con precaucion á un llamamiento contra las clases elevadas, que en la revolucion de 1793 fueron las que proporcionaron el personal de la emigracion. La fórmula favorita del sistema de Mr. Thiers "es preciso dar á la revolucion un jesuita ó un carlista para devorar todas las mañanas," se ha puesto en práctica, sin ningun miramiento por lo que hace á los jesuitas, y con ciertas precauciones hipócritas por lo que hace á los carlistas, porque la posicion de los realistas era mucho mejor que la del clero.

Mr. Süe ha hallado todavía otro medio para lograr un buen éxito, en la pintura atrevida de las costumbres libres y fáciles de la porcion menos honrosa de las clases populares. Despues ha descubierto una escusa á esas pinturas licenciosas, y al mismo tiempo otro medio de buen éxito, en el llamamiento que ha hecho á esa moral social, resúmen de las impresiones apasionadas que han dejado en los entendimientos las últimas utopias de este siglo, y cuyo resultado real es el de excitar las clases inferiores contra las superiores, poniéndoles á la vista una pintura exagerada de las miserias y negras manchas del órden social, al mismo tiempo que las bellas perspectivas de un mundo imaginario, construido á fuerza de utopias, en el cual las condiciones del bien y del mal serian cambiadas, con gran ventaja de la humanidad, que disfrutará en ese nuevo siglo de oro, de todos los goces y felicidades imaginables.

Así, el informe de Mr. Thiers, comentado por MM. Michelet y Quinet, las canciones imperialistas de Beranger, y el *Libro del Pueblo* de Mr. de Lamennais, parecen haber confundido sus matices en la obra de Mr. Süe. Diríase que estas tres influencias se han combinado para producir un libro de un órden menos elevado, pero de una tendencia mas general, por la misma razon de tener cierto carácter de vulgaridad.

No era bastante el haber juzgado el libro de Mr. Süe bajo el punto de vista literario, y de haber esplicado su buen éxito bajo el punto de vista político; era preciso examinarlo igualmente bajo el punto de vista moral. La crítica ha comprendido que su mision, sobre todo en el presente siglo, no se limitaba únicamente á pesar en su balanza las faltas cometidas contra el arte, á señalar lo que era inadmisible en el plan del libro y defectuoso en su ejecucion, y que su tarea no quedaba completamente desempeñada ni aun cuando descubriendo los caminos subterraneos que ha seguido el autor para obtener el buen éxito, habia

reducido á su justo valor las escepciones y argumentos que los escritores oponen siempre á los que los juzgan. Hay ahí una cuestion de moral, que para los buenos talentos y los corazones rectos, es la primera de todas las cuestiones. Es preciso antes de todo, escribir honestamente un libro honesto; es decir, es preciso servirse de armas leales, y escribir en el interés de lo bueno y lo bello, de manera que se defiendan á la vez el interés de la patria y la causa general de la humanidad, propagando ideas justas, verdaderas, morales y útiles.

Esta consideracion ha obligado á la crítica, cuyos deberes se ennoblecian y se ensanchaban á medida que adelantaba en sú carrera, á juzgar la obra de Mr. Süe bajo un punto de vista mas general; es decir, á examinar su lealtad, su moralidad, su utilidad, examinando los diversos medios de que se ha valido para obtener un buen éxito.

El exámen del primero de esos medios, ha traido la crítica á la primera cuestion provocada por Mr. Süe: la de los jesuitas y el clero. Sin hacerse apologista, é indicando con brevedad lo que debia condenarse y lo que debia enzalsarse si se queria apreciar justamente la accion de la Compañía de Jesus en el mundo, la crítica ha erigido solamente en principio esta máxima incontestable: que si es permitido el atacar con la historia y la lógica á personages contemporáneos, no es permitido el introducirlos en una ficcion difamante, entregándolos así á las pasiones inflamadas, disfrazados con la máscara horrible con que se les han cubierto los rostros para hacerlos odiosos, como esas víctimas que eran revestidas de pieles ensangrentadas con el objeto de escitar el furor de las fieras del circo.

La crítica ha hecho notar, que el escritor que en vez de apelar á la razon por una discusion leal, apelaba á las pasiones exaltadas por medio de una ficcion dramática, era moralmente cómplice de los escesos á que podian dar lugar sus escritos. Ella ha recordado el terrible influjo de los apodos en tiempos de revolucion: en efecto, ¿cuál es el hombre á quien no puede hacerse asesinar en Francia con el nombre de jesuita, sentencia sumaria que la cólera ciega de un populacho desenfrenado tal vez ejecutará mañana!--Y no son solamente los jesuitas: Mr. Süe ataca á la religion toda entera en las personas de los que la practican. ¡Hay alguna verdad, alguna justicia en esa especie de galerías en donde Mr. Süe muestra á todos los personages católicos de su libro, como otros tantos Tartufos encenegados en todos los vicios y culpables de todos los crímenes, divididos en dos clases, pícaros é imbéciles? ¡Es justo, es racional el pintar un esterior piadoso como el signo de la corrupcion de costumbres, de la perversidad de corazon, ó de la estupidez? Los hombres de buen sentido y los entendimientos rectos, sean cuales fueren sus opiniones en materias de religion, ¡podrán admitir esta nueva categoría de sospechosos, compuesta de gentes que van á la Iglesia!

Que un entendimiento como el de Mr. Süe haya podido sériamente y de buena fé pintar á los jesuitas cometiendo crímenes cuya impunidad es materialmente imposible en una sociedad organizada como la sociedad francesa, y que, por otra parte, el novelista haya podido dar crédito á la novela que él mismo componia contra las personas religiosas, dibujándolas con rasgos tan repugnantes como inverosímiles, esto es demasiado absurdo para ser cierto. ¿Quién, pues, ha podido determinar á Mr. Süe y al *Constitucional* á servirse de tales armas?--La esperanza de lograr un fin político que les parecia bastante importante para decidirles á hollar toda clase de consideraciones. Grandes adversarios de los jesuitas, fáltaos esplicar cómo voso-

tros mismos cometeis el delito mismo que les echais en cara. ¿Segun vosotros los fines justifican los medios? ¡Segun vosotros la senda es siempre buena cuando conduce al fin deseado? ¿Es decir que puede uno acomodarse perfectamente con su conciencia, y con tal que se acelere el movimiento que debe poner á Mr. Thiers en el ministerio, todo lo que se haga está bien hecho? Está bien; pero entonces no ataqueis en los demas los mismos crímenes que cometeis vosotros; porque aceptando en las palabras el significado que les dais, puede decírseos con exactitud que es imposible hacer la guerra á los jesuitas de un modo mas jesuítico.

En cuanto á las observaciones que la crítica podia presentar sobre la tercera causa del buen éxito del JUDIO ERRANTE, quiero decir, esa amalgama malévola de los recuerdos de la emigracion con los recuerdos del imperio y la resurreccion de las antiguas animosidades que dividian la Francia [illegible] hemos pasado ligeramente por esos [illegible] de Mr. Süe; ataques que están [illegible]en indicados que realizados; y esta [illegible]encia ha dado lugar á un poquito de desden. Los hombres de la derecha han manifestado tan claramente su firme é incontrastable voluntad de evitar las redes en que cayeron sus padres; se han separado, de un modo tan abierto y positivo, del ultramontanismo en religion y del absolutismo en política, que para apoderarse de esa posicion no le ha bastado á Mr. Süe el hacer decir á los jesuitas, "que lamentan la caida de los Borbones, y que "los 212 millones de la casa de Rennepont, "van á servir para restablecerlos en el trono, porque solo reinando ellos puede florecer la Compañía de Jesus." Son demasiado sabidos los servicios que han hecho los jesuitas á la dinastía liberal de Julio; por consiguiente, esas pequeñas venganzas de Mr. Süe á nadie engañan.

Sin detenerse, pues, en esta pequeña maniobra del novelista, la crítica ha podido pasar inmediatamente al exámen de la moralidad de otro de los medios de que se ha valido Mr. Süe para obtener un buen éxito, á saber, lo atrevido de ciertas pinturas en las cuales las costumbres de la hez de la sociedad se pintan con colores tan vivos, que el autor mismo ha sentido la necesidad de buscar una escusa al cinismo de esas descripciones. De este modo hemos podido examinar la obra de Mr. Süe, dejando á un lado toda idea religiosa, y solo bajo el punto de vista de la moralidad y de la utilidad social.

En efecto, en las utopias de los socialistas es donde Mr. Süe ha ido á buscar sus ideas, cuando ha querido ser reformador y moralista, con gran sospresa de los lectores de *Atar-Gull*, de la *Salamandra*, y de *Plik y Plok*, obras anteriores de Mr. Süe, las cuales están muy lejos de tender á esa especie de sacerdocio público. La crítica ha buscado, bajo el énfasis de las palabras y bajo la superficie poética de las descripciones, los principios de esa nueva moral que Mr. Süe inaugura en sus libros, y ha encontrado en ella la negacion del deber individual, reemplazado por el deber social. Por todas partes una sátira apasionada contra la sociedad, y una apología no menos apasionada de los crímenes individuales; la posicion de las clases laboriosas representada, no como difícil, sino como intolerable; el problema de la organizacion del trabajo provocado de una manera irritante, sin darle solucion ninguna; la prostitucion y todos los desórdenes no solo escusados, sino justificados como el resultado de una necesidad irresistible, lo cual equivale á la rehabilitacion de las doctrinas que tan amargamente se reprobaron á los casuistas de la moral relajada, esos casuistas que han sido atacados tan vivamente por el *Constitucional* y por Mr. Süe.

Añadid á todo esto la moral del bien-

y de los goces materiales, sustituida
l sacrificio; la glorificacion de la sen-
ıd, la libre espansion de todos los
·, sean los que fueren, reemplazan-
lominio del sentimiento moral sobre
tintos físicos, y la república de los
ɔs fundada sobre las ruinas de la mo-
a del alma, y tendreis el resúmen
servicios que Mr. Süe ha hecho á
idad humana, que degrada; á la so-
, que calumnia; á las clases propie-
que espone con tales doctrinas á las
ofes de una guerra social; á las mis-
ases laboriosas, que desarma en las
que tienen que sostener y en las
s que tienen que sufrir en la vida
ɔositiva; á la nacion, en fin que ener-
:on esas fatales máximas, destru-
el sentimiento moral, la energía de
r, y el espíritu de generosidad y de
io.

:a que hemos presentado, en sn re-
sustancial, el conjunto de las críti-
ue ha dado lugar la obra de Mr.
ácil será ver que teniamos sérios
s para emprender nuestra tarea, y
os de habernos dejado arrastrar por
íritu de animosidad, no hemos he-
ıs que llenar un deber para con el
. verdad, la justicia, la religion, la
la dignidad humana, el órden so-
los mas caros intereses de la patria.
trata aquí de una obra ordinaria; al
l talento del escritor, la especula-
ılítica y la especulacion industrial
ligado sus esfuerzos, para dar una
dad, inmensa y por consiguiente mu-
yor alcance, al folleto dramático que
diariamente en las columnas de un
co, un capital inmenso de preocu-
de irritacion y de odio. Despues
ɜr establecido, por medio de una es-
n lógica y detallada, el número y la
on de las quejas de todo género que
ıcipios mas distintos y los intereses
uestos puedan sugerir á la crítica contra la obra de Mr. Süe, tal vez nos será permitido el terminar con alguna severidad.

Acusamos, pues, á Mr. Süe y al *Constitucional* en nombre del arte, que han degradado hasta hacerlo cómplice de la política; los acusamos en nombre de la literatura francesa, que han arrastrado fuera de su verdadero terreno, que no es otro que la razon humana elevada á su mayor espresion, para arrojarla en la senda abrasadora de las pasiones y en los espacios imaginarios de la fantasía, que de lo alto de un trono de brumas estiende su cetro nubloso sobre los horribles ensueños producidos por el ardor de una imaginacion enferma; los acusamos en nombre de esa grande y gloriosa lengua francesa, legado magnífico de las generaciones que han precedido á la nuestra, monumento sublime á cuya construccion han contribuido tantos y tan ilustres arquitectos, instrumento el mas perfecto de la razon y de la civilizacion en los tiempos modernos, lenguage intelectual del mundo; esa lengua que, á pesar de todo, Mr. Süe ha degradado hasta las bajezas repugnantes de la *germania*. ¿No comprende Mr. Süe que cualquiera ataque á la integridad de nuestra literatura y al genio de nuestra lengua, compromete esa universalidad de la influencia francesa que no depende ni ha dependido jamas de la suerte de las armas? ¿No ha sentido tal vez que atacando el vínculo mas poderoso de la unidad y nacionalidad de nuestro pais, debilitaba el resorte mas seguro y mas fuerte de nuestro ascendiente sobre los destinos generales del mundo?

No es Mr. Süe el único que ha incurrido en esta grave falta, sino todos los escritores folletinistas de nuestros dias, esos escritores que llenan diariamente una parte de los periódicos con sus producciones mal digeridas. La invencion de esta literatura de vapor (permítasenos la espresion) que emprende hacer obras maestras á tan-

to la página, y que vende adelantado el talento y las inspiraciones que espera tener, es un azote para el arte y un golpe fatal á la literatura francesa. Pero de todos los escritores que se dedican á ella, ninguno ha incurrido tanto en esa grave falta como Mr. Süe, precisamente á causa de su verdadero talento y de la popularidad de sus obras.

¡Qué responderá Mr. Süe cuando ante todos aquellos que quieren asegurar la gloria y la grandeza de la Francia, lo acusemos de haber prestado el prestigio de su talento á una política de brumas y de nubes, que parece querer estinguir el último destello de luz que alumbra la situacion, á fin de que los charlatanes políticos puedan apoderarse del poder en medio de las tinieblas? Por cierto, estamos bien lejos de querer hacer la apología de los jesuitas: no es á ellos á quienes defendemos: es la justicia que ataca Mr. Süe cuando los ataca á ellos.

...os ahora de buena fé, ¿creeis que ...les peligros de este pais vienen de ...itas? ¡Son de las *jesuitarias* (como ahora dicen) ó de las bastillas, esas sombras colosales que descienden amenazadoras y siniestras sobre Paris? ¿Tenemos que temer el ser arrastrados entre el ropage negro de Aigrigny, y ver que el sombrero grasiento de Rodin apaga las luces de la civilizacion; ó mas bien tenemos que temer que el *presupuesto de hacienda*, ese monstruo cuya hambre es siempre creciente, sea el que nos devore; que la corrupcion que por instantes se va estendiendo, no acabe por destruir, con el sentimiento moral de la union, las libertades que las leyes de intimidacion nos han dejado; y que la alianza inglesa, esa mentira á la que hemos sacrificado ya nuestro poder y dignidad, no nos imponga nuevas humillaciones y nuevos sacrificios? Nos hablais de una conspiracion urdida en las sombras de algunos impotentes locutorios contra la familia del JUDIO ERRANTE, y quereis concentrar toda nuestra atencion sobre este drama! ¿No veis, acaso, que la nacion de Carlomagno, de S. Luis, de Luis XIV, de Napoleon, minora y decae, y que ya no se siente en el mundo el brazo poderoso de la Francia? ¿No veis que la Inglaterra y la Rusia suben, mientras que la Francia desciende ¡Y á la vista de las tremendas realidades de esta terrible situacion, venis vosotros, descuidados y temerarios, á inaugurar una nueva política de fantasmas! Embargais el espíritu de esta sociedad con cuentos de aparecidos, apartando su atencion de la historia verdadera, que triste y pensativa prepara ya una nueva tarea á su buril, la de recordar las bajezas y la vergüenza de la Francia! En vez de trabajar para la union de todos los corazones, de todos los espíritus, y de consumar la fusion general en el amor y consagracion á la patria, removeis indiscretamente las cenizas todavía ardientes de lo pasado, para encender de nuevo la llama de las divisiones y de los odios!

¡Y en esto consiste el ser frances, hombre del siglo presente, y ciudadano de la patria? ¡y se cumplen así los deberes del escritor, que consisten en consagrar su talento á la gloria de la patria y al servicio de la humanidad! ¿No veis que los caballeros de la industria política os hacen gritar *¡al jesuita!* en medio de una situacion preñada de mil peligros, así como los rateros gritan *¡fuego!* en medio del gentío, para poder mejor vaciar las bolsas de los que los rodean?

Y no solo os acusamos de comprometer la grandeza de la Francia, sino aun su existencia misma. ¡Imprudente! vos, que venis á trabajar para destruir el sentimiento moral de la sociedad francesa, que reemplazais las ideas de sacrificio por la sed de goces materiales, la moral del deber y de la lucha por la moral del bienestar y de un negligente abandono á todos los instin-

tos sensuales; ¡poseeis por ventura los secretos de Dios? ¿sabeis por qué clase de pruebas ha de pasar la generacion actual? Demos gracias á la Providencia porque no permitió que tales principios reinasen en nuestro pais, en la época en que desbordándose la Inglaterra sobre nuestras costas, vió á sus escuadrones cubiertos de hierro, estrellarse contra el cayado de una pastora. Esa sociedad sensual, cuyo establecimiento procurais, jamas hubiera producido una Juana de Arco, que ayunaba, oraba y triunfaba; y los hijos de Dugesclin y de Clesson serian hoy esclavos de los compañeros del Príncipe Negro.

¡Y creeis que á fines del siglo pasado, con esas bellas teorías que hacen al hombre esclavo de sus pasiones, y que reemplazan las santas y nobles beatitudes del Evangelio por las de los sentidos, creeis, decimos, que se hubiera visto á todos los partidos dar y seguir el ejemplo del valor y constancia, á simples mugeres morir como heroinas; á madama Isabel subir al cadalso con la serenidad de la virtud cristiana, y á madama Roland con la frialdad y la gravedad de la filosofía antigua; á la Vendé producir á la vez un Cathelineau y un Larochejaquelein para confesar su fé monárquica y cristiana con victorias; y á la Francia, abriéndose ella misma las entrañas con un esfuerzo heróico, dar ser y vida á la vez á catorce ejércitos para defender la integridad del territorio nacional amenazado, á la voz de Danton (*), que en todo era grande, en la guerra como en el crímen!--¡No, no! Si la moral social que proclamais hubiera estado entonces en práctica, nuestra nacionalidad hubiera terminado, y la Francia pertenecería hoy al rey de Prusia.

Si el espíritu de sacrificio no hubiese estado profundamente grabado en el corazon de los franceses; si el amor de los goces y del bienestar material hubiese debilitado las almas; si en vez de esa generacion que cometió faltas y aun crímenes, pero que llevó hasta el heroismo el culto de las ideas, y no creyó pagar demasiado caro su triunfo, que le costó toda especie de sufrimientos, y que para lograrlo tuvo que inundar con su sangre la Europa entera; si en vez de esa generacion hubiese existido otra educada en la escuela de vuestra moral, persuadida de que el hombre debe entregarse á todas sus pasiones, que ante todo debe satisfacer á sus sentidos, que ante todo debe buscar su bienestar material; no hubiéramos visto ciertamente lo que vimos; y para anonadar nuestra resistencia, la Europa no hubiera necesitado tomar las armas, porque le habrian bastado algunos látigos, como para los ilotas rebelados.

No os sorprendais, pues, al ver la importancia que hemos dado á esta obra de imaginacion, y la viveza de nuestras críticas. No hemos podido sufrir por mas tiempo el espectáculo de la Francia enervada por esa triste y deplorable literatura, y tratada como esos hermanos del Sultan, cuyo corazon se degrada y cuya inteligencia se aniquila en las profundidades devoradoras del serrallo. Nosotros no opinamos con los que dicen que los escritores se hallan absueltos por la complicidad de los lectores. La complicidad jamas ha destruido la culpabilidad; y los deberes de aquellos en cuyas frentes ha puesto Dios

(*) *Danton, á pesar de sus crímenes que pesan de un modo tan grave sobre su memoria, sobre todo, los degüellos de Setiembre, que mandó egecutar, porque segun él decia,* era preciso atemorizar á los realistas, *tuvo algunos rasgos generosos. Desplegó una energía incontestable para la defensa del territorio nacional; arrancó á un gran número de personas á las leyes sanguinarias que él habia contribuido á hacer promulgar: en fin, es sabido que antes de morir pidió perdon á Dios y á los hombres por haber instituido el tribunal revolucionario.*

un rayo de inteligencia, son mucho mas estrechos y mas rigorosos que los deberes del resto de los hombres. Los conductotores no deben seguir: deben conducir: ellos no han recibido la iniciativa en vano, y si lisongeando las malas tendencias de su siglo contribuyen á multiplicar sus estravíos, ellos se hacen responsables de estos estravíos ante Dios y ante la humanidad, y se asemejan á ese miserable Dubois, que habiendo recibido el encargo de desarrollar en el corazon del regente de Orleans el gérmen de todas las virtudes, cultivó en él las malas semillas del vicio.

Las letras no son un comercio vil, ni las obras del espíritu son géneros que puedan fabricarse de manera que agraden á tal ó cual gusto dominante, tal capricho ó tal debilidad. El arte es lo bello que sirve de instrumento al bien: aquellos que lo olvidan derogan la primera de las noblezas, la nobleza de la inteligencia; porque si el comercio estuvo en otro tiempo prohibido á la nobleza de raza, está siempre vedado á [illegible] de espíritu.

[illegible] nuestra última palabra á [illegible] sobre todo á las lectoras que [illegible] clase de publicaciones, por el entusiasmo con que las acogen. ¿Nada hallan en este siglo que sea mas digno de su interes, que esos infortunios imaginarios, sobre todo los de la Guillabaora y la reina Bacanal? ¿No se sonrojan siquiera al pensar que consumen de un modo tan estéril su sensibilidad y su interés en las regiones de lo ideal, de un ideal tan miserable y grosero; y que no prestan á las grandes cuestiones del porvenir de la patria mas que un corazon distraido por las aventuras de los héroes y heroinas del JUDIO ERRANTE y de los *Misterios de Paris!* ¿No han calculado jamas que enervando así el corazon y la inteligencia, se viene á caer en esa especie de entorpecimiento, en esa indiferencia apática que entregan la patria al baston de un déspota ó á la espada de un conquistador, y que precipitan rápidamante á las naciones en la pendiente de su decadencia?

No quiero ofender á nadie; pero mucho dudo de que entre toda la multitud de lectoras de novelas cuyas almas se hallan cautivadas por esos dramas imaginarios de Mr. Süe ó de Mr. Soulié; mucho dudo, repito, que entre ellas pudiera hallarse un corazon capaz de compararse con el de la muger del gran Sobieski. Esta heroina no se ocupaba de masdra mas que los que ofrece la historia; y cuando su invencible esposo, ya montado á caballo y pronto á partir al frente de un ejército polaco para disipar el innumerable ejército de infieles que estrechaba á Viena en un círculo de hierro, le dirigia su última despedida, vió que ella lloraba mirando á su hijo, bello y noble infante de solos diez años de edad, cuyos ojos llenos de fuego estaban fijos igualmente en su padre.

El gran Sobieski le preguntó la causa de sus lágrimas, añadiendo, que Dios le protegeria en los peligros á que iba á lanzarse, y que la gloria de salvar la Alemania, gloria reservada á su valor, seria el brillante premio de todos sus trabajos.— "Lloro, señor (le contestó esta muger heróica), al pensar que este niño es demasiado jóven aún para volar con vos á la defensa de la Cruz, y para participar de la gloria inmarcesible que os espera."

¿Quién sabe? Si la esposa de Sobieski hubiese sido una de las lectoras de las novelas de Mr, Süe, tal vez hubiera contestado: "Lloro, señor, al recordar la muerte del pobre Churiador;" ó bien: "Lloro al pensar en los infortunios de la reina Bacanal y del Descamisado, ese desgraciado heredero del JUDIO ERRANTE."

DENUNCIA.

El Eco del Comercio del mártes 5, dice saber de oidas, que el artículo impío sobre tolerancia del *Arco Iris* de Veracruz, que impugnamos fuertemente en nuestro nùmero 22, ha sido denunciado. La *casualidad* hizo que en el jurado hubiese algunos eclesiásticos, entre ellos el padre prepósito de la Casa Profesa, con quien tiene cierta ojeriza, y ella se sabe bien por qué, la sociedad filantrópica. Esto ha dado lugar á la sátira de nuestros cólegas, que siempre están prontos á zaherir á los *padrecitos*, asiendo la ocasion de los cabellos. No nos meteremos en si el artículo en cuestion debió ó no denunciarse en México ó en Veracruz donde está su autor; será curva ó laberinto, pero con esto no se prueba que el juicio sea tachable por parcialidad de los jurados. La cuestion de tolerancia no afecta únicamente al clero, sino á todas las clases de la sociedad, escepto la respetabilísima de los periodistas, se entiende no de los *fanáticos;* que sin responder sólida ni decentemente á ninguno de los argumentos en contra, únicamente siguen la conducta con la religion católica que los judíos guardaron con su divino Autor. Empeñados éstos en llevarlo al patíbulo, sin mas razon que el odio que les inspiraban hácia su sagrada persona los escribas y fariseos; á cuantos alegatos hacia el presidente de Judea á favor de la inocencia calumniada, no daban mas respuesta que la de un estúpido *tolle, tolle,* ó un feroz *crucifige, crucifige.* Pero últimamente, entonces no estábamos en el siglo de la filantropía, de la fraternidad, del progreso y de la perfectibilidad.... ¡Pero hoy!.... ¡hoy que la libertad de imprenta, sirve para discutir los negocios que interesan al pueblo!.... ¡hoy que debe escucharse la voz pública antes de dictar una ley!... ¡hoy que tanto se respeta la conciencia de los ciudadanos!.... ¡hoy que ya pasaron para siempre los tiempos de obedecer y callar!... hoy se quiere en esta malhadada y peor pensada tolerancia, que enmudezca el excesivo número de católicos que rehusan la derogacion del artículo constitucional de que mas se glorían que se opriman y tiranicen las conciencias de ocho millones de habitantes, que todos callemos á la omnipotencia de un número muy reducido, solo porque algunos de ellos pueden hacer ley su capricho y antojo. ¡Cuan cierto es que es superior el despotismo, la tiranía, la arbitrariedad de una faccion, que la que tanto se echa en cara á los monarcas mas absolutos! Tiempo es de espresarnos así cuando vemos que la prensa periódica llamada por *antifrasis* liberal, no hace otra cosa que cerrar los oidos á la razon, huir el cuerpo á las dificultades, satirizar al clero, mofarse de los que no piensan como ellos, atropellar la opinion pública, y no responder otra cosa á cuanto se les dice, que "*tolerancia, tolerancia,*" *emigracion, emigracion,*" y si la patria se pierde, "su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos."--Lo gracioso es, que los que así arrojan esta nueva manzana de discordia entre los mexicanos, son los que continuamente están predicando la paz y la union, recordando los infandos males que nos han traido nuestras interminables rerevueltas. ¡Qué bien podemos nosotros á la vez decir á los promovedores de ciertas cuestiones: "Despues de tan hondos desengaños, cuando blanquean con los huesos de las víctimas nuestros campos, "cuando está en pie la terrible disyuntiva "para nosotros, de ser ó no ser como nacion (y llevamos ya mas de veinticinco "años de independencia) ¿cómo la resolveremos? ¡En qué pensamos? ¡Por qué "nos ensordecemos al escarmiento, y no "queremos palpar el esterminio que nos "rodea y que nos ahoga!--"*EE.*

FALLECIMIENTO DEL SEÑOR BALMES.

"Con la mayor pena y sentimiento hemos visto por los papeles públicos venidos últimamente de Europa, la muerte prematura del siempre esclarecidisimo Dr. Balmes. Cuanto pudiéramos decir en su elogio, nos lo dice minuciosa aunque brevemente el *Diario de Barcelona*, de donde copiamos la noticia. Sabemos y tenemos muy conocidas las simpatías que este jóven presbítero se habia formado en nuestra República, y por lo mismo nos apresuramos á participar á nuestros suscritores tan infausta noticia, suplicándoles al mismo tiempo una lágrima, una súplica ante el trono del Altísimo.

"El *Diario de Barcelona* refiere del modo siguiente el fallecimiento de este distinguido publicista.

"La muerte acaba de dar un golpe terrible. El domingo 9 (de Julio) á las cua- [illegible] de ecsistir, despues de [illegible] n el mayor fervor todos [illegible] iestra santa religion, el Dr. D. Jaime Balmes, presbítero, á la edad de 37 años diez meses y doce dias. Uno de los tres redactores de la *civilizacion*, y que lo fué solo de *La Sociedad*, el autor de las *Consideraciones sobre los bienes del clero* y sobre la *situacion de España*, el que combatió el escepticismo religioso, el que comparó el *Protestantismo* con el *Catolicismo* en su influjo civilizador, el autor del *Criterio*, el que holló con planta firme é impávida la arena resbaladiza de la política en su *Pensamiento de la nacion*, el que con tanto acierto espuso los elementos de la filosofía, como antes habia sentado sus fundamentos, ya no ecsiste. Ha cerrado sus ojos por última vez en la ciudad de Vich, en donde los abrió por la primera. ¡Que inmenso círculo recorrió en el corto trecho de su cuna al sepulcro! Aquella inteligencia sublime y creadora, cuya mirada de águila dominaba los espacios y los tiempos, ya no es. Aquel espíritu privilegiado que con rapidez tan asombrosa se encumbró sobre los demas, llamando la atencion del mundo pensador, vuela ya por otra region inaccesible. La muerte no le asila en su tumba como á un filósofo del siglo, sino que le enlaza con la eternidad como á un filósofo cristiano. La impresion del momento es la que espresamos por ahora al derramar sobre la reciente tumba del ilustre difunto una lágrima viva de dolor." (*La Voz de la Religion.*

ERRATA.

"22 de Septiembre.--1744.---Muerte del papa Clemente XIV (*Lorenzo Ganganelli*)" Asi el Almanaque Histórico del *Eco del Comercio*. Corrijase· 1774; pues no hay razon para que el compositor adelante este *principal hecho*, treinta años!!!

CONDICIONES.

El OBSERVADOR CATOLICO se publica todos los sábados, y se reparte á los señores suscritores á *un real y medio* cada número en la capital, y *un real y tres cuartillas* fuera de ella, franco de porte. Se reciben suscriciones en el despacho de la imprenta de la calle de Cadena número 13, adonde deberán dirigirse todas las comunicaciones, reclamaciones, &c. Fuera de la capital, se reciben suscriciones por los señores y en los puntos que constan en la lista inserta en la cubierta.

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Num. 13

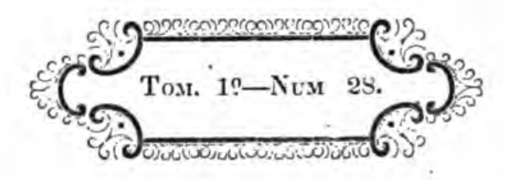


EL OBSERVADOR

CATOLICO.

PERIODICO

RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.



TOM. 1º—NUM 28.

MÉXICO.

Tipografía de R. RAFAEL, calle de Cadena N.º 13.

1848.

EL OBSERVADOR CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, SOCIAL Y LITERARIO.

Tom. I.] SABADO 30 DE SEPTIEMBRE DE 1848. [Num. 28.

JESUITOPHOBIA.

"Solo el bien puede aborrecerse con aquel odio que se ha jurado á la Compañía de Jesus, porque debiendo ser el objeto del amor mas ardiente, no puede dejar de ser, cuando se aborrece, el del mas exaltado aborrecimiento.»

VIZCONDE DE BONALD.

Reina el dia de hoy una epidemia mental en Europa y tambien en nuestra América, cuya naturaleza conviene estudiar con la mayor atencion, no tanto para investigar el modo de curarla radicalmente, lo que es imposible en no poco número de casos, cuanto para consignar á la posteridad la historia de una de las mas estravagantes enfermedades del espíritu humano, en un siglo que se condecora con los pomposos títulos de filósofo, *ilustrado* y tolerante. Este mal es la *jesuitophobia* ú horror á los jesuitas, especie de manía furiosa y terrible que padecen constitucionalmente casi todos los políticos de gran tono, los historiadores románticos, los universitarios monopolizadores de la enseñanza pública, los escritores *volterianos*, los supuestos reformadores de la religion, los trastornadores de todo órden social, sea cual fuere, y la mayor parte de los periodistas llamados por antífrasis *liberales*; y se comunica por contagio á todo estado, sexo y condicion de personas. La historia de esta vesania es tan curiosa, su origen tan remoto, sus síntomas tan variados y tan filosófico su método curativo, que acaso pocas aberraciones intelectuales merecen tanto ser consideradas por un espíritu observador, ni deploradas por un verdadero amigo de la humanidad. Sobre cada uno de estos puntos podian escribirse obras enteras; pero como nuestro ánimo solo es dar una ligera ojeada sobre esta contagiosa epidemia del siglo diez y nueve, únicamente apuntaremos lo mas sobresaliente de sus caracteres, dejando á mejores plumas mas amplios y detallados pormenores.

Aunque la *jesuitophobia* comenzó á observarse en el mundo tan luego como los jesuitas aparecieron en él, esta no fué una nueva enfermedad del espíritu obscurécido y corazon depravado de cierta clase de hombres. Este odio no fué entonces, ni ha sido hasta la presente, diverso del que en la fundacion del cristianismo profesaron á Jesucristo los judíos, del que en seguida concibieron éstos mismos y los paganos á la Iglesia naciente, del que despues hizo perseguirla por los hereges, oprimió en sus primeros siglos á padres muy santos y venerables, y denigró posteriormente á las órdenes religiosas, con especialidad á las que adoptaron por instituto la salvacion de las almas y propagacion de la fé, como las de Santo Domingo y San Francisco. Decimos que fué ese mismo odio, porque no hizo sino variar de nombre y aparente-

mente de objeto, convirtiéndose desde esa época en un grito de union y una contraseña para los que pretendian hacer guerra á la única y verdadera Iglesia, infamándola é hiriéndola al través de la Compañía de Jesus (*); aconsejando unos á sus sectarios, que á los jesuitas, como á sus mayores adversarios, era indispensable matarlos, ó si en esto hubiese dificultad, espelerlos, ó á lo menos oprimirlos con injurias y calumnias (†): otros, que escribiesen atrevidamente cuanto les viniese en gana contra los jesuitas, seguros de ser creidos, sobre su palabra, de la multitud (§): estos, con mas descaro que su caida y destruccion, era el mas seguro golpe de muerte para el catolicismo (*): aquellos, que aniquilada esta órden religiosa, todas vendrian á tierra (**): y no pocos en fin, denigrándola con la mayor hipocresía, tirando, como decia Voltaire, la piedra y escondiendo la mano, ó segun la frase de Madrolle, apagando, como los ladrones, los faroles públicos, para cometer con mas facilidad sus robos y ocultar sus crímenes.

Los primeros *jesuitophobos*, pues, fueron los luteranos, calvinistas y demas hereges del siglo XVI, cuyos errores se presentaron á combatir los jesuitas; pero muy pronto creció el partido que les hacia frente, parte con los libertinos, cuyas escandalosas costumbres eran reprendidas por ellos; parte, con émulos llenos de envidia y rabia por sus progresos y fama, entre los que se cuentan varios cuerpos docentes, que vieron atacados sus intereses por la enseñanza sábia y acertada, al par que *gratuita*, que se daba á la juventud en los colegios jesuíticos; educacion que, aun en boca de sus enemigos, es la mas incontestable de sus glorias (*), parte, por ciertos hombres, aun religiosos y constituidos en dignidades eclesiásticas, por falsas creencias nacidas de amor propio, pasion, soberbia, vanidad y presuncion: y parte, en fin, por la multitud de los nuevos discípulos de la filosofía y enciclopedia, flamante secta del último siglo, en que parece llegó á su apogeo esa furiosa manía. Tales *jesuitophobos*, que pueden llamarse *espontaneos*, no dudando hacer uso de las calumnias mas insubsistentes, de las acusaciones mas contradictorias, de las denuncias mas injustas y pueriles, de las mas palpables mentiras, y de las injurias mas atroces y descomedidas: no dándoseles ningun cuidado del descrédito que debia redundarles ante los sábios, y como si hubiesen reducido á cenizas, como en otro tiempo Omar, todas las bibliotecas públicas, en que se hallan millares de obras que los han refutado; con tal de vomitar la negra bilis que los roe, y dar gusto á sus partidarios, semejantes á aquellos perros que muerden la piedra con que han sido heridos, aunque se rompan en ella los dientes, no han dejado de corromper el buen sentido de los pueblos, inoculándoles su veneno. De aquí ha resultado contagiada del mismo mal una inmensa turba de ignorantes, imbéciles, preocupados y envidiosos, que hablan sin leer, juzgan sin examinar y condenan sin oir, los cuales sin ninguna instruccion y criterio para juzgar del valor de las cosas, é incapaces de pensar por sí mismos, sin auxilio de los que tienen por maestros y directores de sus opiniones, solo se ocupan en repetir lo que ven escrito, creyéndolo á pié juntillas (†), solamente porque está en letra de molde.

(*) *Florimundo*. De origin. haeres., *lib*. 5., ○ *cap*. 3. ○

(†) *Calvino*. Aphorism. 15 de mod. propagand. calvinism.

(§) *Arnaldo*. La Relig. des Jesuit.

(*) *Véase la correspondencia de Federico II, D'Alembert y Voltaire.*

(**) *Barruel*. Historia del Jacobinismo.

(*) *Lavergne*. Chateaux et Ruines historiques de la France: "Port-Royal," *página* 168.--*Paris* 1845.

(†) *Bayle*. Diccionar. historic. critic. art. LOYOLA

De esta raza de estúpidos creyentes se compone la segunda clase de *jesuitophobos*, que pueden llamarse *contagiados*, y cuyo número es incalculable, particularmente el dia de hoy, tanto por la superficialidad con que todo se trata en este siglo de *progreso* y *luces*, cuanto por haber desaparecido de la mayor parte de la reciente generacion la honorífica remembranza tradicional, que se trasmitia de padres á hijos, del mérito de los jesuitas, de sus importantes servicios y utilísimos ministerios; por el órden de cosas tan diverso que hace algunos años ocupa la espectacion pública; y sobre todo, porque se ha vuelto moda hablar de todas las instituciones antiguas con desprecio ó un compasivo desden.

La *jesuitophobia* se contrae por la comunicacion de los apestados de ambas clases: su medio de propagacion es especialmente la prensa periódica, donde se reconcentra mas su foco: su intensidad es proporcional al estado religioso y moral de los contagiados, y los caracteres del delirio son relativos á la capacidad intelectual y moralidad de los enfermos. Véamos algunos de ellos.

Delirio estúpido y pueril. Un periódico de medicina, francés, lo describe de esta suerte: "Véase, dice, una nueva enfermedad, cuya causa patogénica es Mr. Süe y su *Judío errante*. Se trata de la *jesuitophobia*, y no se tome á burla, la cosa es muy real, y uno de nuestros comprofesores cuenta al que quiera escucharlo, que él acaba de ser por dos veces víctima de esta nueva vesania, cuyos ejemplos se multiplican. Llamado por dos enfermos que carecian de todo recurso, propuso á uno de ellos un hospital, y ha sido tomado por un doctor Baleinier; al otro, una hermana de la caridad, como enfermera, y se le ha llamado *vil Rodin*. Lo mas gracioso es, que como el profesor no habia leido el *Judío errante*, nada comprendió del apóstrofe, y creyéndolo un delirio grave, insistia tanto mas en sus propuestas. Por dos veces fué vergonzosamente despedido, y uno de esos enfermos le escribió la siguiente esquela, que le hizo abrir los ojos: *Muy señor mio: no basta ser jesuita, sino que es necesario tambien ser diestro. La supercheria con que ha querido vd. rodearme de gentes de su calaña, me ha indicado lo bastante cuáles son sus pretensiones. Yo detesto á los Rodin de capa corta y de diploma: Eugenio Süe nos ha enseñado los medios de conocerlos y quitarles la máscara. Ya vd. me entenderá.*--Es útil que nuestros comprofesores estén prevenidos de esta disposicion mental de algunos enfermos, y se guarden bien á donde no fueren bastante conocidos, por el *Judío errante* que corre, de proponer la menor cosa que huela á Rodin (*)." ¿Semejantes pacientes son verdaderos niños: dan tanto crédito á los ridículos embustes de Süe sobre jesuitas, como á las fábulas de los Oliveros y Fierabras del arzobispo Turpin, de los liliputienses del viagero Gulliver, y del Pais de las Monas de Wanton; son de tal masa, que creen á puño cerrado las virtudes de los zahoríes, y tiemblan de convertirse en ranas ó lechuzas á la omnipotente voz de las hadas; y tienen un criterio tan fino, que despreciarán la utilísima y noble institucion de la caballería, en virtud de la obra satírica de Cervantes.

Delirio erótico ó amoroso. Ante estos dementes desaparece todo el universo, y solo se presenta á sus ojos el obgeto querido, como el prototipo de toda la perfeccion humana. Palafox, persiguió preocupado de la pasion á los jesuitas: he aquí todo el episcopado. Clemente XIV los abolió, obligado por la fuerza: esta se llama la voz libre del papado entero. Cárlos III los espulsó, sin ninguna forma de juicio, *bárbaramente* y por solo su real antojo,

(*) Gazette des hopitaux. 19 *de Noviembre de* 1844.

de sus dominios: este es el paso de justificacion único de su gobierno, y por él debe juzgarse de la opinion de todos los soberanos. Guatemala desecha de su suelo, con la mayor inconsecuencia é inhumanidad, á los jesuitas, á quienes una ley habia llamado á su seno: hablaron ya todas las repúblicas. Pascal agotó el diccionario de las injurias y mentiras para infamar su doctrina: á esta atroz é inmoral conducta se denomina el juicio de los virtuosos. Michelet altera sus constituciones é historia; y este fraude se califica el voto de los sabios. . . ¿Tales enfermos apasionados por su Dulcinea, puestos de hinojos ante su sin par fermosura, siempre la veneran como á la reina de sus pensamientos, aunque sea en realidad. . . . ¿quién sabe?

Delirio frenético ó monomaniaco. Los que lo sufren no tienen presente en su imaginacion, sino el obgeto de su alucinamiento, que á todos instantes los pertur- [illegible] [illegible]tre los *jesuitophobos* de esta clase [illegible] notables en el siglo pasado el ministro de Portugal, Carvallo, y el de España don Manuel Roda. Del primero decia Choiseul: "que siempre traia montado un jesuita en la nariz;" y el satírico Azara se burlaba del segundo diciendo: "que continuamente tenia puestos anteojos, y que con uno de los vidrios veia colegiales mayores y con el otro jesuitas." El frenesí de tales delirantes llega á términos increibles: no hay delito ni desgracia que su monomanía no atribuya á los *reverendos padres*: estos introdugeron el pecado original en el mundo, aconsejaron en la confesion á Absalon se rebelase contra su padre, nos trageron el cólera-morbo del Asia, sepultaron á Caracas en sus ruinas..... y no, no es esto burla, hace mas de un siglo que Fenelon observó esta demencia, y la Francia tenia hace poco entre otros, dos célebres frenéticos de esta clase, Mr. Villemain y el campeon del espirante calvinismo, Mr. Guizot (*).

Delirio furioso. Llega éste á tal grado en ciertos *jesuitophobos*, que hacen un crímen á sus adversarios de lo que cabalmente se encuentra en oposicion al espíritu de su instituto, en pugna á sus principios, en repugnancia á sus hechos, en contradiccion á las denuncias de sus mismos enemigos; de lo que ellos han rehusado y combatido por todas partes y siempre mas que todos los otros; y de lo que puntualmente se les ha acusado en todas épocas. La inconsecuencia, pues, y la total perversion de ideas es el carácter de estos delirantes. ¿Cuál era, en efecto, el espíritu del instituto de los jesuitas, segun los protestantes de los siglos XVI y XVII? No otro que el de oponerse á los progresos de la reforma, que tendia á destruir la unidad católica. ¿Cuáles los principios que profesaban? Los contrarios á los anárquicos é irreligiosos de la enciclopedia, conforme á la confesion de los filósofos del XVIII. ¿Cuáles sus hechos reconocidos por estos mismos? Servir de guardias de corps al papa, en espresion de Federico II: haber sobrepujado en virtudes y literatura á las demas órdenes regulares, segun D'Alembert: derramado su sangre, despues de la vida mas penosa, por civilizar á los bárbaros, en dicho de Voltaire: adquirido una grande y justa celebridad siempre creciente, en pluma de Bayle: haber sido baluarte á todas las autoridades, por el testimonio de Muller. ¿Cuál era, en fin, el principio que hacia el fondo y el alma de las tareas y combates de los jesuitas, en que sobresalian á todos los otros cuerpos, y que se les ha echado en cara constantemente, por su tenacidad en sostenerlo en todos los ramos de su enseñanza? El opuesto á esa tolerancia de los errores religio-

(*) *Véase un papel titulado:* Los jesuitas y Mr. Guizot, *impreso en México el año de* 1846.

sos, que hoy se proclama como el último esfuerzo de la inteligencia humana; principio vital de su existencia, que hizo decir al luterano Eunio, entre otros: "que los "jesuitas debian reputarse como evange-"listas del pontífice romano, pues promo-"vian con tanta industria su causa, que "(¡blasfema y estravagante exageracion!) "apenas podian hacerse por el mismo "Cristo cosas mas grandes (*)."

Oigamos ahora el artículo *Prensa estrangera*, publicado en un periódico de esta capital (†). Los hechos que han conciliado celebridad á la Compañía de Jesus, es decir, su tenaz adhesion á los gobiernos, su merecido renombre, sus laboriosas misiones, sus sobresalientes virtudes y letras, su valerosa decision en servicio de la Iglesia romana, son, en boca del articulista, *títulos tristes*: su combate á máximas sediciosas é impias, *una guerra mas ó menos manifiesta á vitales instituciones*: su especial obediencia al vicario de Cristo, y su constánte defensa de la fé ortodoxa, *un obstáculo á la vuelta hácia la unidad católica*. ¿Pero qué estraño es contradiga asi á sus *cofrades*, cuando no guarda consecuencia consigo mismo? Al principio del ártículo llama á la Compañía *congregacion religiosa*, y pocas líneas despues la califica de reunion de *sectarios*, y la declara *hostil al clero* ¡linda religion! y tambien *á la monarquía*; ya, como que ignora que en la república de Guatemala ha sido denunciada, y en virtud *de su misma institucion*, como un cuerpo de *emisarios de los reyes*, para abrir el camino á la Santa liga, y destruir las libertades públicas. . . . ¡Pobres alucinados, que nada ven como es en realidad!

Delirio religioso á la protestante y volteriana. Escuchemos otra cosa periódica: "El *jesuitismo* no es en el caso, sino una vieja fórmula, que tiene el mérito de resumir todos los odios populares contra cuanto retrógado y aborrecible hay en las tendencias de una religion degenerada: (*asi se habla de la católica*). A pesar de las distinciones que se establecen entre el clero francés y los padres de la fé (*los jesuitas*) todo el mundo conoce lo bastante lo que hay en el fondo de esta cuestion: lo que se trata en realidad de saber es, por quién quedará el triunfo, si por el catolicismo esclusivo, ó por la libertad (*)." Bien claro es, segun esta confesion, el espíritu que anima á esta especie de *jesuitophobos*, y lo que origina su perturbacion intelectual: *bajo la capa de religion y valiéndose del nombre de* jesuitismo, *se combate lo que presenta cualquiera apariencia de piedad ó de fé cristiana* (†), con el loable fin de volver á los deseados tiempos de D'Alembert, tiempos de *color de rosa*, en que los sacramentos queden abolidos, los sacerdotes se casen, se deifique la razon, y se conviertan las reuniones sagradas de los templos en orgías inmundas de prostitucion.

Delirio ecoico ó de repeticion. El clamor de los *jesuitophobos* comunica un desvarío, que se repite candorosamente de edad en edad, de familia en familia y de generacion en generacion: porque se ignora que este es el grito de la envidia, el grito del orgullo, el grito estrepitoso de los remordimientos que se quieren sofocar; porque no se conocen los complots de los hereges, de los impíos y revolucionarios, y no se sabe que esa Compañía que se infama, viene á defender con abnegacion y *sin salario* la unidad que se intenta romper, las instituciones que se pretende arruinar, una sociedad de diez y ocho siglos que se trata destruir. Este delirio, por desgracia, acomete á muchos

(*) *Bartoli*. Vida de San Ignacio.
(†) El Espectador: 15 *de Julio de* 846,

(*) Revue independante, redactée par MM. Leroux, Sand, &c.
(†) Memorial catholique, *Julio de* 1826.

hombres de bien aunque de cortas luces, porque se esplota sobre la ignorancia, se sorprende hipócritamente la buena fé, y se gana una vergonzosa victoria con quimeras que se desconocen y fantasmas que no pueden disiparse sin entrar en el fondo de una cuestion, que nadie estudia, pero sobre la que todos creen poder fallar, sin las menores nociones de los principios, estatutos y fines de esa órden célebre, ni la mas pequeña idea de su historia. El número de esta última clase de delirantes, en consecuencia de la superficialidad con que actualmente se examina todo, es muy considerable, y aun puede decirse *infinito*.

La vesania *jesuitophóbica* tiene tambien sus intervalos lúcidos. Durante estos los *jesuitophobos*, así *espontaneos* como *contagiados*, son los hombres mas indulgentes á todas las debilidades y errores, los espíritus mas rectos para no confundir [illegible]nocente con el culpable, los talentos [illegible]s claros para distinguir la sátira de la rea[illegible]ad, y para no tomar las abultadas caricaturas por los semblantes naturales, los amigos mas decididos de la verdad y justicia: en sus conversaciones y escritos nada se vé mas recomendado que la tolerancia de opiniones, la libertad de conciencia, el ódio al despotismo, el amor al progreso, el entusiasmo por defender los derechos del hombre, la filantropía para con todos sus semejantes, la animadversion á todas las providencias arbitrarias, un noble esfuerzo, én fin, por rechazar á toda costa del seno de las sociedades aquella fuerza tiránica de los pasados siglos, *que por un efecto necesario de sus instituciones despóticas tiende á absorver en sí todos los poderes*, tomando en esto el mayor empeño, *como si un instinto de salvacion les advirtiese de la presencia de un principio destructor*. Mientras no se trata, pues, de jesuitas, todo es tranquilidad, imparcialidad y equidad; todo se disimula y escusa, sabiéndose distinguir tiempos, lugares y persona[illegible] Pero apenas se habla á estos tolerant[illegible] estos filántropos y predicadores de la[illegible] rías liberales sobre esos padres, luego [illegible]den los estribos, los arrebata el furor, á conocer toda la violencia de su m[illegible] olvidan sus máximas y se trasporta[illegible] ira.¡ *Abajo los jesuitas! ¡abajo los j[illegible] tas!* he aqui todo su raciocinio--¿M[illegible] son ellos, se les replica, hombres [illegible] nosotros? ¡no tienen derechos como t[illegible] ¿no disfrutan de la misma libertad [illegible] conciencia y opiniones, mientras no [illegible] piren y alteren el órden establecido! es una arbitrariedad escluirlos de la [illegible]teccion de las leyes? ¿dónde está, si [illegible] tolerancia? ¿dónde la libertad indivi[illegible] ¿dónde las *cartas y leyes de garantias*?- se contesta, arrojando espuma por la [illegible] y rechinando los dientes, no, *¡abajo lo[illegible] suitas!*--Estos son una clase de hom[illegible] aparte, que no disfrutan ningunos derec[illegible] no gozan de los privilegios de su pais [illegible]cion; á quienes no debe perdonarse su [illegible]cacion, disimularse sus faltas, tolerars[illegible] preocupaciones, ni disimularse ningu[illegible] sus yerros; porque la falta, la opinio[illegible] error de uno solo, es una especie de [illegible]cha universal, que inficiona y corrom[illegible] cuerpo entero. Sobre todo, ellos son [illegible] malvados, unos intolerantes, unos fa[illegible]cos y retrógados.--¡Los jesuitas malva[illegible] ¿Pero á dónde están los procesos juri[illegible] que se les han formado; á dónde las [illegible]tencias con citacion de los reos á d[illegible]

(*) *Observacion que en estos mis[illegible] términos hizo de los* jesuitophobos *[illegible] ceses del siglo pasado el Illmo. Cris[illegible] de Beaumont, arzobispo de Paris, y [illegible] parece una profecia de lo que ahora [illegible] con los del presente.--Véase su fa[illegible] Pastoral de 28 de Octubre de 176[illegible] que deben existir no pocos ejemplar[illegible]tre los literatos de nuestro pais, pa[illegible] mas de la primera traduccion castel[illegible] que se publicó en México en 1765, se r[illegible]primió por segunda vez en 1822, en l[illegible]sa de Benavente.*

los cadalsos en que han expiado sus crímenes? Habrá habido en su corporacion, como en todas las del mundo, algunos perversos; ¿pero por un criminal han de castigarse los inocentes? ¿por un inicuo han de proscribirse los virtuosos? ¿Con semejante jurisprudencia no debe acabarse con todos los cuerpos, clases y aun familias de la sociedad? ¿Se ha olvidado el principio de que los delitos son personales y no deben trasmitirse por infamia? ¡Los jesuitas intolerantes y fanáticos! ¡Pues y su *probabilismo*; su genio dulce y conciliador que tanto se les echa en cara; el decreto del parlamento de Paris de 1762 que les atribuye todos los errores, todas las aberraciones, aun las mas opuestas de las sectas religiosas, sin escluir la idolatría? ¡Los jesuitas retrógados! ¡Y tantos centenares de obras en todos los ramos de las ciencias naturales; tantos viages y sudores en beneficio de la civilizacion; tantos colegios para instruir tan cumplidamente á la juventud en la literatura antigua y moderna? ¿Y esa Europa tan floreciente por sus trabajos; esas Américas cultivadas á costa de su sangre; esa Asia admiradora de su saber y de su celo; esa Africa testigo de su humanidad; esa. . . .!--¡Esa qué. . . .! *¡A bajo los jesuitas!* se interrumpe. Sus leyes son un foco de corrupcion: sus maximas opuestas al cristianismo: su presencia hostil á los gobiernos y á los pueblos: los sugetos mas notables por su sabiduría de los tres últimos siglos son sus adversarios, los mas santos sus enemigos. El último siglo los ha visto lanzar ignominiosamente de los reinos católicos, la misma Sede romana los proscribió para siempre... --Hombres alucinados, calmad vuestros arrebatos, escuchad la razon, oidnos siquiera. Mirad qué todo es delirio y calumnia; no son los jesuitas como se les pinta: hé aqui sus constituciones que no conoceis: nada mas sábio y liberal: consultad su historia; ninguna mas gloriosa que la suya: su ortodoxismo de que dudais; la misma Iglesia católica es su garante, sus empresas que se os ocultan, les dan derecho para no ser escluidos de ninguna parte, sino antes bien solicitados por todo gobierno, culto ó bárbaro, monárquico ó republicano: sus amigos y admiradores han sido un Bacon, un Leibnitz, un Montesquieu, un Grocio, un Buffon, un Lalande, un Cervantes, un Gresset, un Boilleau, un Chateaubriand, un La-Condamine, un Jorje Juan, un Ranke. Ni un solo santo de los últimos tiempos se venera en los altares que no los haya estimado y engrandecido. El siglo pasado, es cierto, fué testigo del misterio de iniquidad de la destruccion de esta celebre Compañía; pero ¿habeis consultado las cábalas, las intrigas y mala fé de este negociado? ¿habeis registrado esas sentencias inicuas y contradictorias, que en una parte atribuyen los delitos á las personas, reconociendo por santo el instituto; en otra, éste es pernicioso é impío, y los que lo profesan modelos de virtud; en otra se oculta el supuesto delito bajo el velo tenebroso de secreto de estado; en otra y otras, solo se sigue el mismo principio de condenar á los que todos reconocen por inocentes, y condenar sin oir el menor alegato ni defensa de los acusados? Si Ganganelli, oprimido por la prepotencia de los soberanos Borbones, los suprimió; ¿no siguió la misma conducta en proscribirlos y no obró por el débil pretesto de una *paz* imposible, pues jamas la tendrán los impíos? ¿No sabeis que ese desgraciado pontífice los conservó en la Prusia é imperio ruso, donde los protegieron dos monarcas muy grandes y filósofos, Federico y Catarina? Sobre todo, si tanto aprecio se hace de la autoridad de la Sede apóstolica; ¿no deben pesar mas que un breve, arrancado por la fuerza, centenares de bulas, dadas á favor de los jesuitas por diez y nueve papas, entre ellos el gran político Sixto V, el Smo. Pio V, el muy

sabio Benedicto XIV, y el celoso Clemente XIII, inmediato antecesor del que los sacrificó á la rabia y encarnizamiento de ministros filósofos? ¿No fueron tambien vicarios de Jesucristo un Pio VI, primero que derogó el breve clementino para el imperio de la Rusia, un Pio VII, que en 1814 volvió la existencia á la Compañía de Jesus en todo el orbe, anulando la disposicion de su antecesor Clemente XIV, un Leon XII y un Gregorio XVI, que entre las demas muestras de aprecio, fiaron á esa órden religiosa el cuidado del colegio romano y el de *propaganda*? ¿y estos actos de rehabilitacion, como los de los soberanos de Francia, España, Nápoles, Parma, Portugal, Alemania, la Bélgica y Estados-Unidos, no prueban toda la injusticia y malignidad de los decretos de 1759, 62, 67, y 68! Hé aqui. . . .--¡*Abajo*, vuelve á interrumpirse, *abajo los jesuitas*! estos son los principios constitucionales; es[illegible] la opinion pública que debe acatarse [illegible] suprema ley.--¡Los principios [illegible]ionales repelen á los jesuitas! ¿Os [illegible]ais, ó lo decis de veras? Esos principios de tolerancia no rechazan á ninguna secta, á ninguna religion, á ninguna creencia: ¿por qué pues han de escluir al instituto de San Ignacio? ¿Puede un ciudadano libremente ser judío, mahometano, protestante, ó ateo: ¿y no puede ser jesuita? pueden establecerse en esos paises; Derviches, Brammas, Santones; ¿y no podrá fundarse un colegio de una Compañía, que tiene por título el del fundador del cristianismo? . . . . ¡La opinion pública rechaza á los jesuitas! ¿Por qué, pues, sus establecimientos se multiplicaban hace poco, cada dia mas y mas? ¿Cómo los padres de familia se atropellaban, para poner á sus hijos bajo la salvaguardia de la sabiduría y moralidad de sus colejios? ¿cómo los indigentes ocurrian á millares á sus casas por socorros; los afligidos por consuelo; los ignorantes por doctrina; los sabios por consejo; los justos por direccion; los pecado[illegible] por remedio á las corrompidas llagas de [illegible] conciencia; los encarcelados desde su p[illegible] sion y los enfermos desde el lecho de [illegible] dolores, clamaban á ellos por auxilios op[illegible] tunos á sus respectivas exigencias: y [illegible] bárbaros, en fin, desde sus insalubre[illegible] salvages paises invocaban á los *pad[illegible] prietos*, á quienes debieron sus mayo[illegible] la luz de la fé y los beneficios de la civ[illegible] zacion? ¿cómo á su sola voz se calmab[illegible] las pasiones, se reconciliaban amistad[illegible] se abrian las arcas en favor del necesita[illegible] se restituia lo mal adquirido, se gustal[illegible] por todas partes los dulces frutos de [illegible] paz y de la concordia? ¡La opinion púl[illegible] ca rechaza á los jesuitas! Si así es, ¿[illegible] qué se ha ocurrido para destruirlos [illegible] nuevo á las vias de hecho mas injustas [illegible] las revoluciones mas sangrientas, á las m[illegible] repugnantes arbitrariedades? ¿Habia n[illegible] que abandonarlos á la indiferencia, cu[illegible] do menos del pueblo? Este habria sido [illegible] mas eficaz remedio á vuestros terror[illegible] los jesuitas se habrian destruido po[illegible] mismos, hallado pronto su tumba, y a[illegible] quilado por falta de simpatías y prot[illegible] cion. . . .--¡Ah! ¡ya es esto demasia[illegible] ¡*Abajo los jesuitas, abajo!* basta de ale[illegible] tos retrógrados y alegatos liberticid[illegible] ¡*Abajo los jesuitas!* con ellos no hab[illegible] nuestros principios, no tienen que ver [illegible] da con la emancipacion del género hun[illegible] no, ni con los progresos de la civilizaci[illegible] Idólatras de los derechos del pueblo: [illegible] neos. Mirad que así comprometeis [illegible] *juri*, esa libertad de imprenta, esa resp[illegible] sabilidad ministerial, esa independen[illegible] del poder judicial, por que tanto hab[illegible] trabajado; y sustituis en su lugar ese s[illegible] tema de contribucion opresivo y antipo[illegible] lar, esa administracion claudicante, [illegible] despotismo que á su antojo escluye á cu[illegible] quier ciudadano del derecho comun. R[illegible] flexionad que establecido una vez el pr[illegible] cipio de que basta llamar á un hombre

suita, para perseguirlo, aprisionarlo, juzgarlo, atormentarlo y proscribirlo, y para que todas sus acciones sean crimenes y absurdos sus palabras, el dia de mañana se hará lo mismo con cualquiera clase, partido ó secta de personas, lo que seria dar un golpe maestro á la tolerancia y libertad. . . .--Es cierto ¿pero acaban esos malditos jesuitas? pues todo lo damos por bien empleado; y nos sugetamos, con tal de aniquilarlos, como el caballo de la fábula, á que nos pongan el fierro, nos enfrenen y ensillen (*).» ¡*Abajo*! ¡*abajo para siempre los jesuitas*!--Esta es la última contestacion que puede arrancarse á estos rabiosos maniacos; y no hay que replicar, porque exaltada la imaginacion y arrebatada la sangre á sus cerebros con nuevas obgeciones, por mucha que sea la suavidad con que se hagan, todo se les convierte en jesuitas, y ya no ven mas que á los *reverendos padres*. Jesuita es el papa, jesuitas los obispos y todo el clero; jesuitas los reyes y gefes de las Repúblicas; jesuitas los ministros, los pares y diputados; jesuita últimamente cualquiera sea quien fuere, si osa abogar su causa, ó aun solo compadecerse de sus desgracias.

Tal es el triste cuadro que presenta la *jesuitophobia* en su mas alto período: digamos dos palabras sobre su curacion. Una larga esperiencia ha enseñado, que esta manía rabiosa es incurable en los que la padecen *espontáneamente*, porque su mal es simpático, no por vicio de su cabeza, sino por la corrupcion de su corazon. En efecto, ni los antiguos métodos bárbaros, ni los suaves modernos de Pinel, Esquirol y Ferrus, que consisten en el convencimiento y gradual retorno á la razon, por medio de oportunas reflexiones, han podido ser eficaces para sanar á uno solo de estos delirantes; pues si damos crédito á grandes prácticos, ni los terribles desengaños de diez y seis lustros de desgracias, de revoluciones y catástrofes, ni los victoriosos argumentos de mil apologías, ni la irrecusable evidencia de los hechos, y los persuasivos de la paciencia é irreprochables costumbres de las víctimas han sido poderosos para volver á la salud á uno solo de los modernos *jesuitophobos*; cuya vesania se les ha trasmitido por un *virus* hereditario. Abandonemos por lo tanto á la próvida naturaleza, á estos obcecados enfermos, y contraigámonos únicamente á los *contagiados*.

En estos el principal remedio á su rabia, contraida por las venenosas mordidas de los *jesuitophobos* espontáneos, consiste en profundas escarificaciones en los miembros heridos, aplicándoles allí mismo poderosos causticos; y la Providencia, que siempre pone el contraveneno al lado del tósigo, ha dispuesto que los mismos agentes que con sus lenguas é infernal saliba causan el mal, sean los instrumentos de su curacion, con las obras de sus manos. En efecto, el *filosofismo* por *tantos títulos tristes*, célebre donde ha podido introducirse, es sin la menor duda el mas agudo cuchillo y caustico, el mas potencial para destruir el *virus* con que han contagiado á los pueblos sus discípulos. Díganlo Francia, en el siglo pasado y aun en el presente, Portugal y España en el nuestro; las Américas convertidas desde su independencia en teatro de una guerra sangrienta y fratricida. ¡Y cuál es la influencia que ha causado ese trastorno en la sociedad? ¡quiénes los agentes de tantos males? ¿de quien los principios de que se han seguido estas consecuencias? No en verdad de la Compañía de Jesus, sino del escuadron de Satanás, insuflado por las máximas de Lutero y Calvino, de Rousseau, Voltaire, Holbach y demas turba de desmoralizadores filósofos. Ese centro de *filosofismo*, y solo él, es el que no puede existir en ninguna sociedad, sin renvensarla de alto

(*) Courrier des Pays-Bas *noviembre de* 1827.

á bajo, sin absorver en sí á todos los poderes, sin ser igualmente hostíl á las Repúblicas y monarquías, sin destruir al clero y la religion, sin poner "los mas insuperables obstáculos á la vuelta providencial hácia la unidad católica, hecho el mas memorable de nuestra época, porque aspirando á trasformar un movimiento religioso en un monopolio de sectarios, lebanta contra este movimiento á cuantos temen ver restablecido el reinado del fanatismo é intolerancia (*)," (como llaman á la verdadera religion los *espíritus fuertes*) para establecer el de la impíedad y anarquía.

Naciones del globo, responded; ¿no es verdad lo que decimos? Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, y Estados-Unidos del Norte; ¡no caminais con vuestros jesuitas, á pesar de la guerra mas ó menos manifiesta que se les suscita, á pasos agigantados á *la unidad católica*! ¡Marchan así la Francia, los cantones suizos y otros paises en que se persigue á esa corporacion religiosa, cabalmente por adicta y [illegible]sagrada esencialmente á la silla apos[illegible] ¿hay en aquellos reinos y repúbli[illegible]as las revueltas intestinas; las guerras sangrientas, los desórdenes públicos, que adonde todavia se sienten los perniciosos efectos de la influencia filosófica! ¡Y de esas revoluciones, no son cabalmente los corifeos los adversarios de los jesuitas los que detestan sus principios, y se empeñan en destruir sus establecimientos! ¡No son los que se dan el título de *filósofos* y amigos de la humanidad, del *progreso* y de las luces?

He aquí, repetimos, los causticos; véanse las profundas y dolorosos escarificaciones, que al fin han de curar á los pueblos de la *esuitophobia* de que han sido contagiados, haciéndoles comprender esa ironia del infierno con que los filósofos atribuyen sus propios vicios á sus inocentes

(*) *Véase el* Espectador *arriba citado.*

adversarios, reproduciendo al cabo de torce siglos lo que San Agustin [illegible] ba en cara á los hereges de su tie[illegible] "Esos crímenes, decia, de que nos [illegible] san para inducir en error á los hon[illegible] poco instruidos. . . . ellos mismo[illegible] han cometido." Si, los pueblos abrir[illegible] ojos, y se convencerán por sus mi[illegible] desgracias, de que no es lo mismo esc[illegible] á los jesuitas que á los prostituidos [illegible] nos, y que no se siguen los mismos [illegible] tos de oir los sermones del reverend[illegible] dre Bourdaloue y las conferencias de[illegible] verendo padre Ravignan, que las [illegible] doctrinas de Voltaire y los anárquicos [illegible] cipios de Eugenio Süe. Si, volv[illegible] á decirlo, los pueblos se curarán co[illegible] rudas lecciones, pues aunque nunca [illegible] tarán escándalos y estos son un mal [illegible] sario, la iniquidad jamas tendrá un et[illegible] triunfo sobre la tierra.

Esta curacion, empero no es esclu[illegible] y no faltan medios menos dolorosos [illegible] aplicar á aquellos *esuitophobos* conta[illegible] dos, á quienes únicamente ciega la [illegible] cupacion, pero que no odian cordial[illegible] te á los jesuitas, sino porque los creen [illegible] como los pintan sus enemigos. Dos s[illegible] llas reflexiones bastarán á darles á co[illegible] toda la malignidad é injusticia de esto[illegible] cuos perseguidores de la virtud é inoce[illegible] Sea la primera: ¿de dónde viene este [illegible] to de reprobacion y anatema, que hace [illegible] siglos brama contra los hijos de Lo[illegible] "Ese grito, dice el célebre Leclere d[illegible] bigni, que los acusa de corrupcion, [illegible] de las cortes que se sumergen en todo[illegible] desórdenes de las orgías: ese grito qu[illegible] denuncia á las monarquías de cons[illegible] su caida, parte de los parlamentos que[illegible] ditan la abolicion de los tronos, y d[illegible] *partidos que todo lo trastornan en los* [illegible] *biernos republicanos, el que los de*[illegible] *á los pueblos, como enemigos de las li*[illegible] *tades públicas*: ese grito que les m[illegible] sembrar la anarquía y la innovacion [illegible]

Iglesia, se exhala de las filas de un clero revolucionario, que se ha hecho cómplice de Satanás, para conmover la piedra eterna sobre que la fundó Jesucristo: se levanta del polvo de las universidades, que venden á peso de oro una enseñanza llena de errores, ese grito que los denigra de ambiciosos y avaros.... (*).» Basta abrir los ojos y conocer á los autores de tales declamaciones para convencerse de estas observaciones; y abrir la historia de estos últimos ochenta años para penetrarse de la eficacia de la segunda reflexion. En efecto, ¿las inconsecuencias y contradicciones de la faccion *anti-jesuítica*, no han hecho perder á estos impostores todo crédito y aprecio ante los hombres honrados y sensatos? Véase y júzguese: se disuelve á estos *criminales jesuitas;* se les destierra, se les quita la existencia; sus entrañas palpitan en las horcas, sobre la guillotina humea su sangre, y, para servirnos de un lenguage apropiado al furor de sus enemigos, la tierra fatigada de su presencia los despide de sí.... y ellos desaparecen.... Y bien: ¿los negocios humanos que esa Compañía turba y trastorna, sin duda marcharán mejor? No obstante, esos negocios van de malo en peor. Reformadores, parlamentarios, filósofos y liberales, ya no teneis mas en vuestro poder á esos *jesuitas execrados*, á ese *hircus pro peccato*, sobre quién descargar el peso de las calamidades públicas, y supuesto que sois los señores, so pena de infamia para vosotros, es necesario que todas ellas desaparezcan. Sin embargo, fluyen é inundan las naciones, como las aguas que no respetan ningun dique. Vengadores de la *moral ultra usada*, columnas de la dignidad de los tronos, y apoyos de la libertad de las repúblicas, al fin las habeis preservado de los golpes de esa espada *cuyo puño está en Roma y la punta por todas partes*: nosotros os damos el parabien, porque en vuestras manos progresan admirablemente la paz, la seguridad, la quietud y concordia de los pueblos. La política respira ya libre de esos *miserables jesuitas*, que habian llevado por tres siglos el timon del Estado, dirigiendo los destinos de todo el universo. Los hijos de Loyola no atormentan mas con sus complots la esfera del poder en que reinais: ¿de dónde viene, pues que el rayo de las revoluciones estalle y la destruya? ¿De dónde que las monarquías y repúblicas caigan en el desprecio, y se aniquilen entre torrentes de sangre? Todavía una palabra: *esos enemigos de los reyes y de los pueblos*, no aparecen mas sobre el teatro en que se forman, se complican y desenlazan los negocios humanos. ¡Y sobre este teatro se amontonan, se impelen y suceden las mas espantosas tragedias, los pueblos se degüellan, las repúblicas se hunden, los tronos bambolean, y dinastías enteras son arrebatadas por no sé qué viento de la cólera de Dios, que sopla por los cuatro horizontes y dispersa hasta el polvo de sus osamentas y tumbas! ¡Ah! los jesuitas han desaparecido, la política se ha sustraido, como repiten ciertos écos, á su direccion é influencia; y han sido reemplazados por los predicantes de la tolerancia, los supuestos amigos de la pureza de la religion y de los derechos de la humanidad. Y ¿cuáles han sido las consecuencias de este cambio? ¿cuáles las ventajas que de él han resultado á las naciones? Ya lo dijo Federico II, rey de Prusia, que tenia motivos para conocerlos muy bien: "si yo tuviera, escribia, que castigar á una provincincia, la entregaria al gobierno (no en verdad de los jesuitas) sino de los filósofos;» y Voltaire, otro de los corifeos de los *esuitophobos* del siglo pasado agregaba: "Si el mundo estuviese gobernado por ateistas, valdria mas vivir bajo del imperio inmediato de los seres infernales (*).»

(*) Histoire des doctrines de la Compagnie de Jesus. *Discours prelimin.*—*Paris* 1839.

(*) Hom. sur l'Atheism.

Estas consideraciones, bien ponderadas, y no hechas con ligereza y parcialidad, han producido admirables curas de esta vesania rabiosa, como últimamente se ha observado en Francia, en no pocos sugetos apreciables, y deben obrar los mismos venturosos resultados en los *esuitophobos* contagiados de todos los paises, sobre todo, en nuestra América, en que la falta de los jesuitas, acaso se hace mas sensible que en otros, y donde tambien son atacados por hombres que en su tanto no difieren mucho en sus opiniones y actos, de los que en Europa han causado tan incalculables males á los pueblos incautos que les han prestado oido. Pero para que la curacion sea radical, conviene igualmente adquirir algun conocimiento, no tanto de esa multitud de acusaciones y calumnias, que, vengan ó no al caso, se publican con frecuencia contra la Compañía de Jesus, especialmente por los periodistas, sus mas [illegible]nizados adversarios, y los mas faná[illegible] [illegible]ores de los libelos y folletos [illegible]gran, cuanto de las respuestas [illegible] [illegible]es han dado. Mucho, sí, muchísimo se ha escrito y se escribe todavía en contra de los jesuitas, así como antes y ahora se ha escrito y se escribe no poco contra la Iglesia católica, sus dogmas, su moral, sus instituciones, sus gefes y ministros; pero asi como á ésta no le han faltado ni le faltarán jamas defensores y apologistas, tampoco esa órden religiosa ha carecido ni carece de quién vindique su honor y encomie sus méritos y virtudes; con la notable circunstancia, de que de la misma manera que los enemigos del catolicismo no enmudecen ni se reconocen vencidos, por mas que vean en tierra sus sofismas y hechos polvo sus argumentos; los contrarios de la familia de San Ignacio, por toda respuesta solo repiten sus imputaciones y cargan de denuestos é injurias á los que sellan sus bocas maldicientes con victoriosas apologías y sólidos alegatos. No hace mucho tiempo que México [illegible] senció algo de esta lucha. En 1841, [illegible] do se intentó el restablecimiento [illegible] Compañía de Jesus, se vieron saltar [illegible] lid ciertos sugetos muy marcados, co[illegible] titulados "Documentos y obras impo[illegible] tes sobre jesuitas," ofreciendo con l[illegible] [illegible]yor fanfarronada, confundirian á los [illegible] sionados á los *reverendos padres*; ¡[illegible] sucedió! Que desde que comenzó [illegible] blicarse la "Defensa de la Compañ[illegible] Jesus," que á poco tiempo se les o[illegible] callaron vergonzosamente, y no han [illegible] to á aparecer en el campo, para cont[illegible] *á uno solo* de los treinta opúsculos de [illegible] voluminosa obra, y toda su réplica ha [illegible] y es, repetir sus calumnias, sus imp[illegible] ras, sus sarcasmos é injurias. ¡Sien[illegible] guno los síntomas precursores de la *j[illegible] tophobia!* Escuche con imparcialid[illegible] buena fé á ambas partes; reflexione, [illegible] los argumentos y los votos de uno y [illegible] partido, y verá muy pronto desapa[illegible] su delirio.

Pero como la controversia requiere [illegible] ta severidad de lógica y medida de c[illegible] cimientos, rara vez reunidos en un su[illegible] y generalmente agenos de la multitu[illegible] principal remedio para curar á los *es[illegible] phobos* puramente preocupados, pero [illegible] ceros y de buena fé, consiste en cons[illegible] la historia, no aquella que, segun la fe[illegible] ta espresion del conde de Maistre, ha [illegible] do "una conspiracion permanente co[illegible] la verdad durante tres siglos;" sino la [illegible] se ha escrito conforme á los suces[illegible] comprobada con auténticos testimon[illegible] Consúltese, pues, la historia de la Co[illegible] ñía de Jesus, ó la particular de cada [illegible] vincia, como la de la Nueva España, c[illegible] puesta por el sábio veracruzano Franci[illegible] Xavier Alegre, ó la general de la ór[illegible] publicada con una inimitable crítica [illegible] mas fé-hacientes piezas, por el conoci[illegible] terato Cretineau-Joly, en Paris, en 18[illegible] y traducida el dia de hoy en casi todos

idiomas, y se verá si esta odiada y perseguida Compañía se ha hecho célebre por títulos tristes ó por los mas gloriosos de que ninguna órden religiosa pueda honrarse. Sí, lo repetimos, consúltese esta clase de escritos, y estamos seguros de que todo el que los llegue á leer con atencion, será iluminado con tal claridad sobre los embustes y calumnias de los adversarios de los jesuitas, que solo que su corazon se halle obstinado, podrá permanecer en su delirante manía y dejar de abjurar con sinceridad sus funestas y absurdas preocupaciones.

Concluyamos. Es cierto, como acaba de decirlo el *Monitor Republicano* que "los jesuitas están ya juzgados por la opinion del mundo;" ¿pero este juicio ha sido favorable ó adverso á esta órden religiosa? Si se habla del mundo católico, no hay duda que ha juzgado á los jesuitas, colmándolos de elógios y aplausos por sus ministerios y servicios, por boca de sus pastores y de los hombres mas ilustres en santidad de estos tres últimos siglos. Si se trata del mundo literario, ha juzgado tambien á los jesuitas, admirando su inmenso saber en todos los ramos de los conocimientos humanos. Si se entiende el mundo político, él ha reconocido en esa sociedad, el cuerpo mas bien constituido, mas eminentemente civilizado, mas útil, mas benéfico á la humanidad. Si el mundo actual, irreligioso y anarquista, ha juzgado tambien á los jesuitas, haciendo preceder su caida y destruccion á todas sus empresas impias y sediciosas, como el mayor obstáculo que podian encontrar en su marcha. Ultimamente, si se quiere dar á entender el mundo moral, ese mundo enemigo de la cruz de Jesucristo, de sus máximas, de su Evangelio y secuaces, él en gran manera ha juzgado á los jesuitas, odiándolos, persiguiéndolos é infamándolos, como á su divino capitan. ¡Y qué mayor gloria para la Compañía de Jesus que el haber realizado por todo el tiempo de su existencia, y muy notablemente en esta época, la profecía de la Sabiduria eterna á sus verdaderos discipulos: "por tanto el mundo os aborrece, por que no sois del mundo; por que si fueseis de él, el mundo amaría lo que es suyo; y si á mi me aborreció, á vosotros tambien os aborrecerá?" Bajo cualquiera aspecto, que se tome la proposicion, ninguno negará que es honrosa á los jesuitas: gloriosos son ellos, porque los honran y veneran todos los buenos; pero mas gloriosos todavia por que los calúmnian, los abominan, los detestan, los malvados é impios. *Te omnes catholici venerantur* (escribia San Gerónimo á San Agustin) *et quod majoris est gloriae, te omnes haeretici detestantur.*

El mundo actual ha juzgado tambien á los jesuitas. El mundo retrógrado, que con una ignorancia presuntuosa invoca en su contra los decretos de proscripcion del siglo pasado, llamándose progresista, se los echa en cara, como un argumento sin réplica y que los cubre de infamia. El mundo ilustrado se rie de tales argumentos, porque el tiempo ya ha descubierto las inicuas maniobras de ese negociado, que ha acrisolado el honor y la inocencia de los jesuitas, cuanto ha cubierto de oprobio y confusion á sus inicuos perseguidores. En los congresos, en obras de mucho mérito, en periódicos muy juiciosos y sensatos, se les ha hecho justicia á los jesuitas; y esto lo sabe todo el mundo: el mundo que lee y se instruye; no el mundo ignorante, preocupado y que no tiene mas maestro que á los periódicos de su misma opinion y estraviado modo de pensar. Oiganse algunos de estos testimonios, y véase como los jesuitas estan ya juzgados por la opinion del mundo.

En la sesion de la cámara de los Pares (en Francia) del 8 de mayo de 1844, tratándose de la libertad de la enseñanza, asi se espresaba el conde de Montalembert:

"No hay duda, señores, decia, que constantemeute se repite por cierto partido: ¿para que insistir tanto sobre los jesuitas? ¿Acaso la religion no puede subsistir sin ellos, ni puede defenderse sin hacer la apología de estos padres? ¡Santo Dios! ¿y será necesario deciros lo que nos aficiona tanto á los jesuitas? Pues bien: os lo diremos, el principal motivo es el encarnizamiento y malignidad de que son el blanco, y de las calumnias con que se les persigue. ¿Y cual es el corazon generoso y delicado, que viendo á hombres que son sus hermanos y sacerdótes de su fé, oprimidos sin cesar por la injuria y perversidad, no se siente movido imperiosamente á tomar su defensa? Este odio violento, que su solo nombre inspira á todos los enemigos de la Iglesia, es cabalmente lo que nos aficiona mas á los católicos hácia ellos. No quiero afirmar que los adversarios de los jesuitas pertenezcan en su to- [illegible]l á los del catolicismo; pero no va- [illegible] asegurar que los enemigos de este, [illegible]re y de toda preferencia, son contrarios á los jesuitas, sobre los que constantemente dirigen los primeros golpes; y esto es lo que los señala á la estimacion y confianza de los católicos, como la vanguardia y uno de los cuerpos mas escogidos de la Iglesia.

"Esta guerra, de que no daremos otra prueba que las mismas confesiones de los adversarios del clero, es, os lo diré claramente, la que me ha convertido á mí mismo, por que yo tambien he tenido necesidad de convertirme de mis opiniones desfavorables á los jesuitas. Cuando, como discípulo de la universidad, bajo la restauracion, seguia los cursos de los señores Villemain y Cousin en la Sorbona, tambien gritaba yo contra los jesuitas, y al par de mis incrédulos camaradas, ponia mi fé de cristiano á cubierto de mi antipatía por esos padres, como todavia lo hacen no pocas gentes en el mundo.

"Pero cuando entré en el fondo de las cosas, cuando he visto en el mundo y en la historia, que en todos los paises, desde el Paraguay hasta la Siberia, los perseguidores todos de la Iglesia, desde el marques de Pombal hasta el emperador de la Rusia, todos los grados del error, desde el descarado ateismo hasta el jansenismo hipócrita, han estado de acuerdo contra los jesuitas, conspirando unidos y en todas partes en su ruina y proscricion; cuando he reconocido en las luchas religiosas de nuestros dias los mismos síntomas aunque sobre menor escala, me he dicho á mi mismo: preciso es que haya alguna cosa en estos hombres de sagrado y misterioso, que esplique y motive esta maravillosa union de enemistades tan diversas: es indispensable, repito, que en este instinto de odio siempre tan perspicaz exista alguna cosa que indique que este es el flanco por el que se intenta penetrar al corazon mismo de la Iglesia. Véase por que he venido á ser partidario y admirador de los jesuitas despues de haber sido su adversario. Y no, no soy yo ¡gracias á Dios! el único que he seguido esta senda. Vosotros habeis oido lo qne decia dias pasados el señor conde Beugnot; aqui teneis delante al vice-presidente de vuestra asamblea, al gefe de la corte real de Paris, al autor principal de los famosos decretos de 1826, al señor baron Séguier, que se ha asociado á las resoluciones favorables á los jesuitas; y habeis podido leer lo que ha escrito á favor de su existencia, bajo la carta de 1830, ese sábio letrado, ese íntegro ministro, el Sr. de Vatismenil, que ha sido el cólega del señor conde Portalis y del señor conde Roy, cuando fueron hechas las ordenanzas de 1828, y que tambien lo fué del honorable Sr. Bourdeau hasta la llegada del ministerio Polignac.

"Pero, se dice, ¡los jesuitas han cometido grandes faltas! Yo no niego que hayan cometido ciertas faltas de direccion,

cuando se les ha mezclado en los negocios públicos; y como detesto cordialmente todo lo que de cerca ó de lejos tiende al despotismo, yo reprobaria formalmente todo lo que los jesuitas han hecho en esta línea, siempre que se pueda demostrar la exactitud de los cargos que se les haya hecho sobre esta materia. Pero aun suponiéndolos fundados todos: ¡quién hay que no haya cometido estas faltas? ¿cuál es la asamblea, cual la dinastía, cual el cuerpo constituido que haya cometido tan pocas como la Compañía de Jesus, y que sobre todo, haya redimido sus faltas con tan realzados méritos? Sin duda los jesuitas no son infalibles; únicamente lo es la Iglesia, segun las creencias católicas. Pues esta misma Iglesia precisamente ha usado de su infalibilidad á su favor, quien los ha criado, quien se ha servido de ellos en los dos mundos durante tres siglos, quien los ha restablecido despues de la mas odiosa persecucion, y la que aun en nuestros mismos dias canoniza á sus hijos y los coloca en los altares á nuestra veneracion.

"Si: la infalible Iglesia ha hecho por ellos mas que por ninguna otra órden moderna; en la mas augusta de sus asambleas, en el último de sus concilios generales, en Trento ha dado solemnemente á la Compañía de Jesus una indestructible aprobacion; y si despues un papa; vencido por la violencia y la hipocresia, la ha suprimido sin condenarla (notad bien, sin condenarla); otro papa, el autor del concordato, la ha restablecido, y diez y nueve papas le han prodigado pública y oficialmenle los mas magníficos elogios. Yo no conozco en el mundo ningun otro cuerpo ni institucion, que reuna semejantes derechos al respeto y á la confianza de todos los que reconocen la autoridad de la Iglesia; y quisiera ademas que los que se manifiestan animados de una tan edificante docilidad hácia la Santa Sede, cuando citan el breve de supresion, dado por Clemente XIV, fuesen igualmente dóciles á la autoridad de Paulo III, que ha criadó á los jesuitas, de Pio VII, que los ha restablecido, y de otros diez y siete papas, que tan constantemente los han protegido y aprobado.

"Se habla de su supresion en el último siglo. ¡Ah! aquí es, señores, donde yo quisiera que el tiempo me permitiese relataros en compendio esta grande iniquidad; quisiera citaros las protestas unánimes del episcopado francés en las asambleas de 1761 y 1762, las elocuentes quejas de D'Alambert y Lalandé, y haceros juzgar asi de la rara osadía, con que el señor ministro de instruccion pública ha podido decir en su esposicion, que *ninguna voz acreditada se elevó para defenderlos*. Nuestro antiguo cólega el marqués de Lally-Tolendal, era mas justo cuando escribia bajo el imperio, en 1806: "que la des-"truccion de los jesuitas fué un negocio "de partido y no de justicia, que fué un "triunfo orgulloso y vengativo de la auto-"ridad judicial sobre la eclesiástica y aun "sobre la real. . . . Que los motivos eran "fútiles; que la persecucion se hizo bár-"bara; que la espulsion de muchos milla-"res de sugetos fuera de sus casas y de su "patria por metáforas comunes á todos los "institutos monásticos, por librejos sepul-"tados en el polvo, y en un siglo en que "todos los casuistas habian profesado la "misma doctrina, era el acto mas arbi-"trario y tiránico que podia ejercerse; que "de el resultó generalmente el desórden "que produce una grande injusticia, y que "en particular fué hecha una herida incu-"rable á la instruccion pública."

"Quisiera tambien mostraros al papa, que los habia sacrificado á la iniquidad, muriendo en la desesperacion y gritando: ¡Yo lo he hecho á mi pesar: *Compulsus feci!* Pero se estrecha el tiempo; y yo quiero mejor remitiros á la obra recientemente publicada por vuestro cólega el señor conde Alexis de Saint Priest precisamen-

te sobre esta supresion. Este es el escrito de un adversario, pero de esos adversarios de talento é instruidos con los cuales siempre se gana algo. Leedlo, pues señores, y allí vereis el vergonzonso orígen y los odiosos detalles de la mayor iniquidad de los tiempos modernos: allí vereis las cartas en que madama de Pompadour hace el proceso á estos jesuitas tan intrigantes y tan cortesanos, por que no quisieron tolerar sus relaciones con Luis XV; allí vereis los motivos innobles y frívolos que han armado á las potencias contra ellos, y vosotros no terminareis esta lectura, lo aseguro, sin sentir el corazon lleno de piedad y respeto hácia las víctimas, y de indignacion y menosprecio para con los verdugos.

"¡Y esta pretendida incompatibilidad de los jesuitas con las libertades públicas puede actualmente sostenerse? Yo no lo pienso así, y aun me atrevo á decir que es- [illegible] aserciones mas gratuitas, [illegible] su avono la menor apa- [illegible], en presencia de los hechos patentes y tan universales que demuestran, que si la existencia de los jesuitas es incompatible con alguna cosa, es con el despotismo, y sobre todo con ese despotismo hipócrita que se enmascara bajo el nombre de la libertad. En efecto, en el estado actual del mundo, nada hay mejor probado que la existencia de los jesuitas en todos los paises que poseen la verdadera libertad. Hay tres naciones en el globo que disfrutan inconcusamente de libertades públicas entendidas de diversa manera que en la Francia: los Estados-Unidos de América, la Bélgica y la Inglaterra. Podrán admirarse, desearse ó repelerse mas ó menos las constituciones de estos tres paises; pero no se puede negar que todos tres gozan de una libertad ilimitada de manera muy diversa que la de la Francia.

"Pues bien; en estos tres paises y. . . por todas partes, en fin, donde hay una libertad real y sincera, los jesuitas existen, libres, tranquilos y prosperando, con sus votos y sus colegios; y en ninguna parte, ni en ninguna época se les ha podido hechar en cara la menor tentativa, la menor oposicion contra las instituciones liberales de esos reinos y de esas repúblicas, instituciones que ellos invocan al contrario, como la única salvaguardia de sus derechos.

"Y estos colegios, señores, reflexionadlo bien, están poblados en parte por jóvenes franceses, escluidos de la patria por injustos legisladores, que perfectamente satisfechos por sí mismos de la educacion que se encuentra en Francia, reusan á sus conciudadanos el medio de educar á sus hijos como ellos lo entienden. Si, mas de mil y docientos jóvenes franceses, pertenecientes todos á familias acomodadas y respetables, es decir, casi la cuarta parte del número de los pensionistas que la universidad enseña en sus colegios reales, van á buscar al estrangero la educacion religiosa, y dan testimonio ante el cielo y la tierra de las preocupaciones y de la intolerancia que aun reinan entre nosotros, y de la servidumbre que se disfraza bajo el nombre de libertad." Hasta aquí el elocuente y juicioso Montalembert.

¡Pero qué debe admirar que un católico se esprese de esta manera, cuando los mismos protestantes, enemigos natos de los jesuitas, han llegado á reconocer las tramas de su inicua destruccion, hecho justicia á su mérito y confesado sus eminentes servicios! Nos seria fácil citar tantos testimonios de esta clase, que harian interminable este artículo, pero para confusion de los *esuitophobos* preocupados é ignorantes, nos limitaremos, para terminar, á dos muy famosos, uno, del lord Fitz-William, autor de las célebres "Cartas á Atico," y el otro, de la "Revista de Oxford y Cambridge." El primero, ha-

blando en una de sus obras (*) de la conspiracion tramada por los filósofos para trastornar la religion y la monarquía, se espresa en estos términos:--"Sus progresos, no obstante, fueron detenidos por un obstáculo, que hubiera desconcertado todas sus esperanzas, si no hubiesen hallado modo de franquearlo: éste era la Compañía de los jesuitas; órden sábia y valerosa, que por la naturaleza de su instituto ocupaba el primer rango entre los defensores del altar.... En la época de que hablamos, los jesuitas estaban en posesion del mayor número de seminarios y colegios de la cristiandad, ó vivian dispersos entre los pueblos idólatras, á los que predicaban el Evangelio. Lo que prueba que se habian hecho propios para semejantes empleos, es el número de hombres grandes é ilustres en todos los ramos de las ciencias que han producido; y que sus tareas hayan sido coronadas de sucesos, es cosa incontestable, á vista de los testimonios reunidos de los reyes, de los obispos, y de los magistrados, por la aprobacion de un concilio ecuménico, y por la especial proteccion que les acordaron diez y nueve Papas durante una sucesion no interrumpida de doscientos treinta años.---Esta ilustre y sábia Compañía, ocupada de esta suerte en estender y conservar en todos los paises del mundo la piedad cristiana, en formar el espíritu de la juventud en las letras, en hacer germinar en sus corazones los preceptos de la religion y de la virtud, inspirándole al mismo tiempo sentimientos de respeto, de reconocimiento y amor hácia sus maestros, era una falange temible á los ojos de esos filósofos sensuales y licenciosos. Las armas solas de la chocarrería y la sátira eran muy débiles para conmoverla: recurrieron á la calumnia, y atacando al instituto hasta en sus principios, con mengua de toda verdad y justicia y aun sin conservar las esterioridades, lo acusaron audazmente de inmoralidad, fanatismo, entusiasmo perseguidor y sacrilegio bajo la máscara de piedad; de usurpaciones odiosas con el nombre de privilegios; de política intrigante y doctrinas regicidas con la apariencia de patriotismo. Por desgracia de los jesuitas los negocios de Francia eran dirigidos entonces por un ministro, cuyos talentos en sus manejos en la guerra habian sido censurados acremente, y con justicia, y para rehabilitarse en el concepto público, solicitaba los aplausos de la nueva secta. Este fué el motivo porque puso mano á la grande obra, y.... los jesuitas fueron suprimidos. Lo que causó mas asombro fué que, en un pais que tanto se vanagloría de sus derechos civiles y religiosos, vió la Europa á una porcion tan considerable de ciudadanos, viviendo pacíficamente bajo la proteccion de las leyes, útilmente consagrada al servicio del Estado, honrada por tanto tiempo de la confianza de su soberano y del aprecio de sus compatriotas, caer de un golpe víctima de la calumnia, presentarse ante los tribunales como culpable, y aquí, por asertos sin pruebas, y sin ser escuchada en su propia defensa, ser condenada y perder á la vez con tanta inhumanidad como injusticia su estado, sus bienes y su nombre.»

Ni es menor la claridad con que los periodistas protestantes citados, avergonzándose de la credulidad é injusticia de sus antepasados, se espresaron al tratar de los generales y principales miembros de la Compañía, en el mes de Julio de 1845: "Ellos, dicen, fueron siempre y son todavía hombres de gran carácter y prudencia, y de una resolucion que nunca se encuentra en las personas del mundo: de un talento lleno de calma é ilustracion, junto con un corazon ardiente que nadie ha osado jamas tachar de insensibilidad: á quienes pueden fiarse en consecuencia los mas árduos negocios, seguro

(*) El Concordato esplicado,--1801.

de que serán desempeñados, no con el rastrero artificio que suele á veces calificarse de habilidad, sino con grandeza de ingenio y honradez sin igual. Bajo la conducta de estos admirables guias, y combatiendo sin cesar por la causa de la virtud, de la pureza, del órden civil y religioso, marcha el grande ejército de los jesuitas; grande, no por el número, sino por las obras, y compuesto de predicadores elocuentes; de misioneros á quienes los mas ásperos trabajos no hacen perder la urbanidad de las maneras; de literatos de fino gusto y de imaginacion viva; de sábios, con la pasion, aunque sin la monomanía del estudio; de hombres en fin, viviendo en el mundo sin ser mundanos....»

¿Y en otra parte, hablando de la historia de Cretineau-Joly, que hemos citado arriba, dicen: "¿Quiénes fueron los jesuitas?--Hombres de Estado, hombres de letras, escritores de gusto y de una elocuencia ra- [illegible] bres estraordinarios que dificil- [illegible] ndrán quien los iguale: en la ora- [illegible] resalientes; en la diplomacia, hábiles y consumados; en una palabra, espíritus superiores en todos las ramos de la humana inteligencia; sábios, santos, mártires; ved aquí lo que la historia de la Compañía de Jesus presenta á la vista del que la lee y estudia sin pasion.»

¿Y á vista de todo lo dicho, qué debemos concluir? Que el horror á los jesuitas es una verdadera demencia; hacerles la guerra con los decretos espedidos en su contra en el siglo pasado, una supina ignorancia; apelar á la opinion del mundo en su causa, es verdaderamente engrandecerlos y dar á conocer todo su mérito.--*Uno de los editores de la Defensa de la Compañía de Jesus, publicada en México en* 1812.

POST SCRIPTUM.--El autor de este artículo nos ha autorizado á convidar al *Eco del Comercio, Monitor, Siglo XIX*, ó cualquiera otro periódico de dentro ó fuera de la capital, á abrir una polémica sobre esta materia en sus mismas columnas, sin otra condicion que la que impuso al *Cosmopolita* en 812, á saber, que opondrá "documentos á documentos, hechos á hechos, réplicas directas á producciones originales, artículos de periódicos á composiciones de igual clase.» Ahora es tiempo de dilucidar la cuestion, y sobra papel y es bien grande en nuestros progresistas *Diarios*, para agotar esta materia y llenar de oprobio y confusion á los retrógrados apologistas de los *reverendos padres*. Quedamos esperando la respuesta, y si se enmudeciere, como lo hizo el citado *Cosmopolita*, bien pueden llover sátiras, calumnias y diatribas contra los jesuitas, ó contra nosotros por lo que hemos escrito, que no les haremos mas aprecio que la luna á los ladridos de los perros.--*EE.*

MISCELANEA.

LICENCIAS POÉTICAS.

Como verdaderos patriotas hemos tomado parte, con el sentimiento profundo de nuestro corazon, y nos hemos interesado vivamente en los diversos actos fúnebres que con tanta justicia se han promovido últimamente en esta capital para tributar un homenage de llanto y gratitud á nuestros valientes hermanos que sucumbieron hace un año en las acciones de guerra habidas en nuestro hermoso valle y á la vista de esta afligida capital. Nose-

tros tambien, mezclados entre la multitud de ciudadanos, que concurrieron á esas tristes funciones, no por necia curiosidad, sino por un celo patriótico, unimos nuestro duelo al duelo general y derramamos algunas lágrimas en las tumbas en que se encierran los restos mortales de aquellos héroes; y el deseo de oir encomiar debidamente su grande sacrificio y su malogrado valor, nos hizo prestar un oido atento á las diversas composiciones en prosa y verso que para tan digno objeto se pronunciaron por varios ciudadanos en el panteon de Santa Paula el dia 17 del presente mes.

Muy lejos de nosotros el espíritu de murmuracion tan ageno de nuestro caracter y mucho mas de la melancólica solemnidad de aquellos actos, apenas pasamos nuestra atencion en el mayor ó menor mérito literario de esas composiciones, pues solo una idea nos ocupaba, y era la de que los oradores inspirasen al auditorio los sentimientos de fraternidad, union y consuelo cristiano, que son los únicos con que un pueblo católico debe honrar la memoria de sus héroes. En todas ellas tuvimos el gusto de ver esplayados mas ó menos estos conceptos; y aunque nos pareció que algunas de las piezas poéticas no tenian el tono elegíaco que convenia al objeto, y que en otras se hablaba mucho para no decir nada, repetimos que no nos metemos á censurar ni á calificarles como literatos. Pero á fuer de escritores católicos no podemos menos que hacer una ligera observacion sobre la composicion del Sr. D. Guillermo Prieto.

Casi al principio de su composicion dice:

....
Yo, inmenso *como un Dios*, en mi energía
Le hubiera dicho al Sol..................
....

Y luego mas abajo:

....
¡Tu eres *mi Dios*, mi cielo, patria mia!
....

Creemos que en estos dos pasages, el estro ardiente del poeta lo hizo desviar de la verdad filosófica, haciéndolo parecer impío, lo que jamas ni aun sospecharemos en el Sr. Prieto.

La primera idea es ademas falsa en poesía, porque se aleja de la posibilidad física de las cosas, siendo de todo punto imposible que un poeta, por grande que sea el entusiasmo que lo inspire, pueda creer que en alguna vez le sea fácil tomar la inmensidad de Dios y hablar al sol imperiosamente para ser entendido y obedecido de este astro. La sana razon y las reglas sabidísimas señalan al poeta el límite hasta donde le es permitido llegar en este punto, y le prohiben severamente anunciar pensamientos falsos por mas sublimes que parezcan.

La segunda idea que citamos, es evidentemente una impiedad y no hay necesidad de esforzarse mucho para demostrarlo. Muy grande y muy noble es el sentimiento del amor á la patria, pero confundirla con Dios es hasta ridículo; y el decirle á la tierra en donde la Providencia quiso que viésemos la primera luz: "tú eres mi Dios," es una blasfemia imperdonable.

Basten estas cortas indicaciones para hacer ver que no somos críticos ni pretendemos serlo, de lo que debe estar persuadido el Sr. Prieto; y que solo deseamos no dejar pasar desapercibidas especies que en una composicion de la clase de que se trata perjudican notoriamente á la moral y á la reputacion del escritor.

PREGUNTA SUELTA.

"En el número 12 del periódico "La Voz de la Religion," ha salido á luz un artículo con el mismo título de dicho periódico, suscrito por el señor magistrado D. Juan Bautista Morales. Con la maestría y fluidez que le son propias, desarrolla en el cuerpo del artículo la sublime doctrina que contiene el breve testo de

Montesquieu, y que tomó por tema de su escrito. Mas en la página 206, línea 29, dice estas notables palabras: ....*algunos hombres religiosos, solamente aprueban y enseñan lo que se usó en tal tiempo. De aquí es que unos predican el ateismo, otros el celibato, otros el recogimiento del claustro; todo eso es excelente en su caso y circunstancia*..... Ahora bien: ¿qué hombres *religiosos* son los que han *predicado el ateismo?* Y el mismo ateismo *¿en qué casos y circunstancias es excelente?*--El buen nombre del señor magistrado reclama una retractacion ó rectificacion de ideas, para evitar que el comun del pueblo abrace un error trascendental, que aparece autorizado con el respetable nombre de un literato que ha dado pruebas de su acrisolado catolicismo."

Así se espresa la *Dignidad*, periódico juicioso de Puebla, en su número 13 del sábado 5 del corriente, animado del mas noble celo de que el comun del pueblo no ... r trascendental, autorizado ... e célebre; y movidos noso... celo por la moral pública, suplicamos igualmente á los señores editores, se sirvan releer sus composiciones poéticas, en las que no dejan de deslizarse proposiciones no menos perjudiciales para el comun del pueblo, tanto mas, cuanto que este género de composiciones se leen mas generalmente y acaso con mayor atencion que las sérias. Sirva de egemplo la estrofa con que concluye su poesía del mismo número, titulada *El beso*, que dice así:

"De amor un beso, y moriré, querida,
Envidiándome el ángel mi placer. . . .
¿Para qué quiero la cansada vida
Despues de un beso, celestial muger?"

Es muy disonante, aunque quiera disculparlo la licencia y trasporte poético, decir que un ángel envidia placeres sensuales, y cuando menos ridículo trocar la vida por ese mismo momentaneo p... Por otra parte, ¿quién desconoce l... bricas representaciones que engendr... los ánimos de los lectores semejante... sías, que son como chispas de que p... resultar gravísimos incendios? ¿Hasta... do se llegará á temer escandalizar... pequeñuelos? Tenga presente la *Dig...* su título, y esfuércese en no desmere...

ERRATA.

"21 de Septiembre: 787--Séptim... cilio general celebrado en Nicea. E... vo por obgeto condenar las doctrina... rianas." Desgraciados son los con... nicenos en el Almanaque. El prim... convirtió en conciliábulo, como *pres...* por el emperador Constantino (*Véase ... tro número* 14); y este segundo, se h... nido con sumos gastos, para condena... trinas, anatematizadas cerca de *quin...* *años* antes. CORRIJASE, en confor... con los *anales* eclesiásticos: "Conci... de Nicea y VII general, contra los i... clastas, para declarar el culto de las s... imágenes." ¡Si por no poner de ma... mor á los compiladores de *hechos prin... les* evitaremos estas *distinciones met... cas!*

AL MONITOR REPUBLICANO.

El índice con que cerramos este p... tomo de nuestros trabajos, dará á co... á los señores editores de ese periódi... ligereza con que han estampado, que ... tros pasamos por todo con tal que n... toque á los jesuitas: les suplicamos q... lean, siquiera para que otra vez haga... gos con conocimiento de la causa. P... que respecta á si los que redactam... *Observador* somos jesuitas, no nos ... valer negarlo, porque está tomada ... reda con la invencion de la tercera ... de Eugenio Süe, ó *jesuitas de tiros co...* regicidas, raptores, incendiarios, al...

dores, &c., &., á la que se nos filiará *per fas aut nefas*. Sea pues como lo dice el *Monitor*; pero ya que nos confunde con los hijos de San Ignacio, lo que lejos de tomar por una injuria, lo admitimos como un honor, ya habrán visto en este último número como "los jesuitas están ya juzgados por la opinion del mundo," y qué papel representan en el mismo sus enemigos. Habrá otra polvareda, ¡paciencia! algun dia se habia de hablar la verdad, pese á quien pesare.

A EL ECO DEL COMERCIO.

Algo nos ha dado que hacer este moderado y prudente periódico de la sociedad filantrópica, del que solo hemos recibido, de vez en cuando alguna réplica, poco decente y literata, de las que se llaman en buen castellano respuesta *de pié de banco*, y tambien, entre las muchas materias en que les hemos dirigido la palabra, no han visto mas que "prurito y esforzado empeño en contrariar cualquiera indicacion sobre (las que llaman) sórdidas maquinaciones de los jesuitas." Sobre todo su "Almanaque histórico de los *principales hechos*.... que ministran los anales de todas las naciones y de todos los siglos, desde la creacion de Adan hasta el año de 1840," no ha dejado de darnos material para dar á conocer su inesactitud; no porque nuestras *altas inteligencias* en todo encuentren defectos, sino porque la historia desmiente ciertas de sus noticias á cada paso, cuya verdad tampoco harán prevalecer contra los hechos, *altas inteligencias*. Es una moderacion y prudencia la de nuestros ilustrados cólegas la de dar por terminada toda ulterior contestacion (y no dieron mas que una sin tocar el principal punto de la cuestion) sobre las ERRATAS que hemos corregido á su Almanaque, remitiéndose únicamente "al juicio imparcial del público sensato," y no perdiendo el tiempo en refutar alguna de nuestras impugnaciones. Esto es entenderlo, y ya esperábamos tal contestacion, muy parecida á la que á la hormiga de la fábula dió la literata pulga.

"¡Miren qué friolera!
¡Y tanto piensas que me costaría!
Todo es ponerse á ello....
Pero... tengo que hacer... Hasta otro dia."

Si el público sensato ha de ser juez en esta contienda, nosotros estamos resueltos á continuarla por nuestra parte, sin dejar de salir al encuentro cuando se hable de jesuitas; ¡ocupan ellos un papel tan importante en la historia! no con *fastuosas y enérgicas disertaciones*, como dice con gracia *el Eco*, sino apuntando ligeramente las razones en que se apoyan nuestras observaciones, ó indicando las fuentes á que pueden ocurrir los que tengan alguna *duda que esponer: remitiéndonos únicamente* (por falta de adversarios) *al juicio imparcial del público sensato*.

INDICE

DE LOS ARTICULOS DE QUE CONSTA ESTE PRIMER TOMO.

NUMERO 1.

Págs.

Introduccion. 1
Artículo primero. Sobre la introduccion del protestantismo en México. 2
El Sentimiento religioso. 4
Los Misterios de Paris.--Carta primera.--La concepcion.--El cuadro.--La idea primitiva. . . . 9 y 10
Miscelánea.--Hermanas de la Caridad.--Reforma de los israelitas.--Conversion.--Iglesia católica en Rusia.--El Monitor Republicano (en defensa de la *Dignidad*).--El Eco del Comercio (sobre *bienes eclesiásticos*). . . . 17 y 18
Sobre la poesía religiosa. 19
Poesía--Invocacion. 20

NUMERO 2.

Sobre la introduccion del protestantismo en México: artículo 2. ○ 25
Pio IX. *Carácter de sus reformas.* 29
[illegible]iones teatra-[illegible]ásticos. . . . 32
[illegible]ís--Carta se-[illegible].--Clases populares. 36
Miscelánea.--Misiones protestantes.--Conversion del hijo de madama Norton.--Penas contra el duelo en Holanda.--Sociedad de templanza en Francia.--Mendigos en varias naciones europeas. 43 y 44
Religion. 44
Poesía.--Oracion del huérfano. . 47

NUMERO 3.

Sobre la introduccion del protestantismo en México: artículo 3. ○ 49
Pio IX. *Carácter de sus reformas.* 52
Dogma católico--*Los Misterios.* . 58
Consuelos del hombre en la contemplacion de Dios. 65
El cielo estrellado (contemplacion). 67
El Eco del Comercio (sobre su artículo *Observaciones sociales*) . Ibid.

NUMERO 4.

Sobre la introduccion del protestantismo en México: artículo 4. ○ 73
Pio IX. *Obstáculos que se oponen á sus reformas.* 77
La moral pública y las lecciones de los filósofos. 83
Pastoral del Illmo. Sr. obispo de Yucatán á los indígenas de su diócesis. . . . .
Carta del general de los jesuitas al *Courrier français*. . . . . . .
Consuelos del hombre en la contemplacion de Dios. . . . . . .
Poesía. Obscuridad. . . . . . .

NUMERO 5.

Pio IX. *Obstáculos que se oponen á sus reformas.* . . . .
Los Misterios de París.--Carta tercera.--Continuacion de los tipos. ---Clases populares. . . . . . .
El Eco del Comercio (sobre su artículo *Obstáculos que presenta el clero para los adelantos*). . .
Pasion y muerte del Redentor del mundo. . . . .
El Sacerdote. . . . . , . . .

NUMERO 6.

Dogma Católico.--*La Trinidad.*
Los Misterios de París.--Carta cuarta.---Continuacion de los tipos. ---Los salones. . . . .
El Eco del Comercio (sobre su artículo *Sentimiento religioso* . .
El tratado de Paz. . . . . . . , . .

NUMERO 7.

Dogma católico.--*La Encarnacion*
Los Misterios de París.--Carta quinta.---Moralidad de la obra de Mr. Süe. . . . .
Sobre el espíritu del Clero. . . .
El Eco del Comercio y el Arco-Iris de Veracruz (sobre *tolerancia*) .
Necrología del padre Luis Gonzaga Gutierrez del Corral. . . . .

NUMERO 8.

Alocucion de Ntro. Smo. padre Pio IX pronunciada en el consistorio de 17 de Diciembre de 1848.
Dogma católico.--*De la Eucaristía.*
Reforma del clero (al *Eco del Comercio*). . . . .
Semana Santa.--*Edicto permitiendo la comunion á los fieles el sábado santo.* . . . .

NUMERO 9.

Dogma católico.--*La Redencion.*
Sectas religionarias de los Estados-Unidos. . . . .

Los Misterios de Paris.--Carta sesta y última.---Moralidad.---Literatura.---Cualidades.---Faltas.--Causas de su nombradía . . . 204
Teatro.---*Lucrecia Borgia*. . . . 214
Miscelánea.--Hermanas de la caridad en Baviera.--Jesuitas en la América del Sur. 216

NUMERO 10.

Dogma católico.--*La Resurreccion*. 217
Sobre los felices efectos del poder pontificio en la edad media. . . 225
Reforma del clero (al *Eco del Comercio*) 229
Nota del nuncio apostólico de España sobre la *inmunidad eclesiástica*. 235
Miscelánea.--Cárlos II el hechizado (comedia). 239
Anécdota.--Sobre Eugenio Süe.—Contraste: la conducta de los jesuitas. 240

NUMERO 11.

Dogma católico.--*La Ascension* 241
Tolerancia de religion 248
Reforma del clero (al *Eco del Comercio*) 255
Micelánea--Ruinas de Efeso en el Asia menor 262
Remitido--El 4 de Julio celebrado por los jesuitas en el Norte-América 263

NUMERO 12.

Dogma católico .---*Del Espíritu Santo* 265
Ojeada política y religiosa á la Francia en Marzo de 1848 . . . 273
Privilegios del clero 279
El prestigio 287
Errata (*del Almanaque histórico*) sobre el suplicio de Gerónimo de Praga. 288

NUMERO 13.

Proclama de su Santidad Pio IX á los pueblos de Italia 289
Dogma católico--*De la Santísima Virgen* 290
Puseismo 297
Jesuitas 300
Sermon edificante del doctor Serrano (al *Eco del Comercio*) sobre *bienes del clero* 307

NUMERO 14.

Dogma católico.--*La Muerte* . . . 313
La fiesta del Corpus 321
Representacion sobre la *inmunidad personal del clero* 325
Miscelánea.--Procesion de Corpus en Salónica.--Noticia de Rusia, ... 334 y 335
Errata (del *Almanaque histórico*) sobre el concilio de Nicea . . . 336

NUMERO 15.

Dogma católico.--*El Juicio final*. 337
Reflexiones sobre las verdaderas y únicas causas del Estado en que se halla la República, y sobre la injusticia, falsedad y mala fé con que se atribuyen sus calamidades al clero 345
Procesion de Corpus--honores que deben hacerse (al *Monitor y Siglo XIX*) 357

NUMERO 16.

Dogma católico.--*El Purgatorio*. 361
Reflexiones sobre las verdaderas y únicas causas, &c. (conclusion) . 367
Post-scriptum (al *Eco del Comercio*) 384

NUMERO 17.

Dogma católico.--*El Infierno* . . 385
Representacion sobre la *inmunidad personal del clero* (continuacion) 393
El Judío errante. Parte I.--Observacion I.--Punto de vista literario.--Asunto del libro.--Accion 399
Miscelánea.--Caridad cristiana en Argel.--Triple errata (del *Almanaque histórico*) sobre la sentencia de Juan de Hus.--Otra erratilla (del mismo *Almanaque*) sobre el autor de la imitacion de Cristo, ... 406 y 407
Poesía. Mi sepulcro 408

NUMERO 18.

Dogma católico.--*El Cielo*. . . . 409
Representacion sobre la *inmunidad personal del clero* (continuacion) 416
El Judío errante.--Observacion II. --Punto de vista literario.--Continuacion 422
El Fistol del Diablo (sobre *celibato eclesiástico*) 429
La Voz de la Religion (Prospecto) 431

NUMERO 19.

Dogma católico.--*La Biblia*. . . 433
Representacion sobre la *inmunidad personal del clero* (*continuacion*) 438
San Ignacio de Loyola 446
El *Fuero eclesiástico* y *el Eco del Comercio* 453
Errata (del *Almanaque histórico*) sobre el concilio de Basilea. . . 456

NUMERO 20.

Dogma católico.--*Jesucristo* . . . 457

Representacion sobre la *inmunidad personal del clero* (*conclusion*). 460

El Judío errante.---Observacion III.--Esplicacion política del buen éxito literario del Judío errante.--Las recetas de Mr. Süe. 466

Colonizacion.--Tolerancia de cultos (Art. 1. °) 474

NUMERO 21.

Dogma católico.--*Respuesta á ciertas objeciones* 481

Idem.--*Porvenir del mundo* . . . 483

El Judío errante.--Observacion IV --A los interruptores. 486

Indiferencia de religion. 495

Miscelánea.--Folletines de los periódicos 501

Mas erratas (del *Almanaque histórico*) sobre el símbolo de que usa la Iglesia católica.--Sobre el dia de la muerte de San Ignacio.--Sobre el decreto de destruccion de los jesuitas en Paris . . . 502 y 503

Poesia.--A la Asuncion de Ntra. Señora 504

NUMERO 22.

[illegible]cia de religion (continua[illegible] 505

[illegible]rante.--Observacion V. [illegible]cter de la obra bajo el punto de vista religioso. 510

Emigracion.--Tolerancia religiosa (al *Arco Iris de Veracruz*) . . . 516

El *Monitor Republicano* (sobre folletines de los periódicos). . . . 527

Errata (del *Almanaque historico*) sobre la conjuracion en Inglaterra de 1678. 528

NUMERO 23.

Indiferencia de religion (Continuacion). 529

El Judío errante.--Observacion VI --Carácter de la obra bajo el punto de vista religioso 535

Colonizacion.--Tolerancia de cultos (Art. 2. °) 543

Honras del Sr. Peñúñuri 551

Folletines de los periódicos (al *Monitor Republicano*). 552

NUMERO 24.

Indiferencia de religion (*conclusion*) 553

Sobre las novelas inmorales de la escuela moderna 558

NUMERO 25.

Unidad religiosa . . . .

Remitido sobre un artículo de *la Voz de la Religion*. . . . . . .

El *Judío errante*.-Observacion VII --Carácter de la obra bajo el punto de vista social. . . . .

El *Monitor Republicano* y el *Observador Católico* (sobre la impugnacion al *Judío errante*) . .

Delicadeza de conciencia del *Eco del comercio* (sobre *recomendacion á los periódicos religiosos*)

Miscelánea.-Roma: triste situacion del Papa . . . .

El apóstol y el padre de los negros

Errata (del *Almanaque histórico*) sobre la tentativa de asesinato contra el rey de Portugal en 1758 atribuida á la influencia de los jesuitas . . . .

NUMERO 26.

Unidad religiosa (*concluye*). . . .

El Judío errante.-Observacion VIII --Carácter de la obra bajo el punto de vista social (*continuacion*).

Colonizacion.-Tolerancia de cultos (Art. 3. °). . . . .

NUMERO 27.

Relaciones entre la religion y las ciencias. . . . .

Del estudio de la medicina en sus relaciones religiosas . . . . . .

El Judío errante.—Observacion IX. --Conclusion. . . . .

Denuncia (sobre un artículo de tolerancia del Iris) á *el Eco del Comercio*. . . . .

Fallecimiento del Dr. Balmes. . .

Errata (del *Almanaque Histórico*) sobre la fecha de la muerte del papa Clemente XIV. . . . . .

NUMERO 28.

Jesuitophobia. . . . .

Miscelánea.---Licencias poéticas.

Pregunta suelta (sobre un artículo del Sr. D. Juan Bautista Morales y una poesía de la *Dignidad*.

Errata (del *Almanaque Histórico*) sobre el Concilio II de Nicea y VII general para declarar el culto de las santas imágenes. . .

Al *Monitor* (sobre nuestro índice)

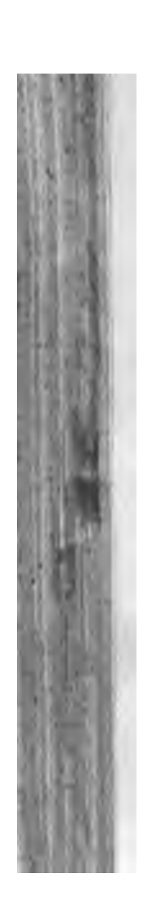
A el *Eco del Comercio* (sobre las erratas de su *Almanaque*) .

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

SE SUSCRIBE

En Mexico, en el despacho de esta Imprenta, y en los Estados, en los parages siguientes:

AGUASCALIENTES............	D. Antonio Arenas.
ANGANGUEO	Sr. Cura Dr. Juan Villaseñor.
ANGAMACUTIRO................	D. Fermin de Villaseñor.
ATLIXCO	D. Cristobal Pedraza.
ATOTONILCO EL GRANDE ...	D. Jose Castella.
BARCA	Sr. Cura Ramon Castillon.
CELAYA	D. Trinidad Gomez:
CIUDAD DE MATAMOROS.....	D. Rafael Vargas.
CORDOBA	D. Vicente Victoriano Sanchez.
CUERNAVACA..................	D. José Mariano Garduño.
CULIACAN..	D. Juan Jose Mazos.
CHICO POR JALAPA	Br. Manuel M. Dominguez Casas.
CHIETLA POR PUEBLA........	Br. Pedro Jose Romero.
DURANGO.	D. Jose Joaquin Roldan
GUADALAJARA...............	Sr. Lic. D. Dionisio Rodriguez.
	D. Pedro Rata
GUADALCAZAR..................	D. Alejandro Pellochio.
GUANAJUATO	D. Francisco Garcia de Leon.
HACIENDA DE SANTA CRUZ...	D. Juan Maria del Moral.
HUAJUAPAN...............	D. N. Roldan.
HUATUSCO	Sr. Cura D. Mateo Rebolledo
JALAPA	D. Jose Maria Roa Barcena.
JALACINGO.	Sr. Cura D. J. Antonio Toledano.
LAGOS	D. Quirino Saavedra.
LEON DE LOS ALDAMAS......	D. Ildefonso Portillo.
MAZCOTA	D. Gaviño Gutierrez.
MORELIA	D. Jose Febronio Retana.
NAOLINCO	D. Luciano Bautista.
NOMBRE DE DIOS	P. D. Francisco L. Mejia.
OAJACA........................	D. Victor de la Cruz.
	D. Jose Antonio Alberdi.
ORIZAVA.....	D. Jose Maria Naredo.
PARRAS	D. Lorenzo Yarto.
PEROTE	D. Santiago Aguiar
PUEBLA	Libreria de D. E. MacPefert.
PURUANDIRO	D. Jose Desiderio Mendez.
QUERETARO..................	D. Marciano Pimentel.
SAYULA	D. Claudio Gutierrez.
S. CRISTOBAL CHIAPAS..	D. Ramon Larrainzar.
S. JUAN TEOTIHUACAN........	Sr. cura D. Francisco Bernal.
S. JUAN DE LOS LAGOS........	Br. Francisco de P. Correa.
S. LUIS DE LA PAZ	D. Jose Dolores Ramirez.
S. LUIS POTOSI	D. Manuel Escontria
S. SALVADOR EL VERDE......	Sr. Cura D. Blas Perea.
S. MIGUEL DE ALLENDE .	D. Jose Luis Santo.
S. ANDRES CHALCHICOMULA	D. Jose Maria Fernandez Lara.
SILAO.	D. Jesus Campos
STA. MARIA DEL RIO	D. Julio Nava y Bravo.
TEOTITLAN	D. Pablo Juan Trejo.
TLALPAM	Sr. cura D. Feliciano Perez.
TLALTENANGO	Br. Leandro Scordia.
TESUITLAN	D. Jose Pascual Galindo.
TEHUANTEPEC...	Fr. Felix Maria de Chazari.
TOLUCA	D. Jose Maria Arnaldo
TATLAUQUITEPEC............	Sr. cura D. Antonio del Castillo
TAMPICO	D. Juan de Escobar
TEHUACAN DE LAS GRANADAS.	D. Joaquin Maria del Moral
TECALI.	Sr. cura D. Francisco Cabañas.
VERACRUZ	D. Jose Pujol y Ester.
ZACOALPAN POR SAYULA ...	D. Ignacio Gonzalez.
ZACATECAS.. .	D. Marcos Aguador.
ZACATLAN DE LAS MANZANAS	D. Gabriel Palacios y Acosta.
ZAMORA	D. Ignacio Garcia.
ZAPOTLAN EL GRANDE.......	D. Jose Dolores Perez.
ZIMAPAN	D. A. Garrido
ZINAPECUARO.	D. Luis Espino Dueñas.
ZUMPANGO DEL RIO POR CHILPANCINGO...	Sr. cura D. Salvador Suarez.



[redacted]

